APOLO

REVISTA DE ARTE

DIRECTOR-REDACTOR

Manuel Pérez y Curis



MONTEVIDEO

FEBRERO.—1906

Obras de M. Pérez y Curis

PUBLICADA:

La Canción de las Crisálidas.—El Poema de la Carne. (Poesías).

ESCRITA:

Heliotropos. (Poesías).

EN PREPARACION:

Rosa ígnea. (Cuentos realistas).
Alma de Idilio. (Poema).

// APOLO

REVISTA DE ARTE

Director-Redactor: MANUEL PEREZ Y CURIS

MONTEVIDEO, Febrero de 1906

Liminaria [1]

La época es de lucha y de tristeza. Abajo, en los légamos impuros, las medioeridades vocean el efímero triunfo de los viles que se arrastran como reptiles grotescos, desafiando la majestad de lo noble y de lo bello; y surge, como por ensalmo, con ostentaciones de artista y plétora de ficciones, ese aptérix del torpe diletantismo impotente y presumido.

Aptérix hosco y deforme, él mira con el dolor de la envidia, el vuelo del águila de la idea por las cimas de la gloria solemnes y luminosas como un biselio del arte.

Y á las almas conscientes y sinceras, no indignan su estulticia y zafiedad sino sus actitudes de pavo real vanidoso.

La estulticia es digna de compasión.

La vanidad suele ser la expresión antitética del eunuco de talento velada por un tul de hipocresía.

En esta época de odios y de egoísmos, surge APOLO, sincero en su desnudez que rechaza de esa hoja de parra encubridora, el atributo de moral ficticia.

Ojos hostiles seguirán su marcha

Almas sinceras amarán sus páginas.

Y, en plena lucha, cantará APOLO la rebeldía ingente de las almas bajo la gloria épica del sol.

M. PÉREZ Y CURIS.

(1) Terminadas estas frases liminares, he sabido que un periodiquillo clerical y por ende hipócrita y timorato, relegado al más bajo escalón de la inepcia; sostenido como un exvoto por las almlas refractarias á la Verdad y al Honor; simu ador de todas las grandezas y sabedor de todas las ruindades; obscurantis a como sus patronos, por necesidad, porque de ello depende su existencia de bestia avara y voraz, no sólo inútil para las gentes ignaras sino también inculcador de doctrinas muy retrógradas en un país tan liberal como el nuestro; que uno á modo de episcopologio impuro, grotesco, desgraciadamente enfático; evocador del fango en que predica y predicará mientras viva; digno al fin de conmiseración ú olvido, que conmiseración y olvido concedo yo como escritor libre y fuerte á las innocuas medioeridades activas; que una *revue pour rire*, en fin, me nombró, *calbuceando símicamente* sobre mi cuento «Almas Volubles» aparecido en *La Tribuna Popular* del día 12 del mes pasado.

Leyendo esa seudocrítica custodiada por acólitos y abúlicos, podrá el lector apreciar la verdad de estas frases.

Yo he admirado nuevamente el encanto axiomático de estos versos de Díaz Mirón:

¡Odio que la obscura escama
profesa á la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!

Y, en un gesto de desdén hacia los obscurantistas y los débiles, reproduzco hoy aquel cuento, como réplica más elocuente y discreta.

Sinceridades

(DIARIO DE UN HOMBRE)

Perspectiva.

Enero 1.º de 1906.—Aunque me cuesta creerlo, tengo ante mí la perspectiva de año sin nada de común á los demás hombres, llevado por las circunstancias, y quizás por mi idiosincracia, más por esto que por otra influencia, personal, como soy, en todas mis cosas; llevado, como lo he sido, á un tácito renunciamiento de las generalidades humanas en sus manifestaciones sociales y sicológicas, la amistad, el amor y hasta el arte.

Del teatro y de la vida.

Esta noche, como todos los domingos y días festivos, en los que no se trabaja en el diario en cuya redacción ocupo un puesto de cronista, he ido al teatro. Asistí á la representación de «Las Estrellas», un *chistoso* juguete cómico-lírico, según los programas. Se trata de un padre que, contra los deseos de su mujer, lleva á sus hijos hasta el *camino de la gloria*, como él dice. Tiene un casal, y dedica la hija al teatro y el hijo al toreo. Como resultado, silban á la muchacha y apalean al muchacho. Y los tres, en una noche fría y sin luna, al dar las doce, vuelven fracasados del *camino de la gloria* á cobijarse en la caliente y amorosa tranquilidad del hogar. El público rió anoche, y creo que reirá siempre, de este final, encontrándolo gracioso, muy cómico. Yo, no sé si por estado de ánimo, lloré casi, sentí húmedos los ojos. Es que á mí la vida me ha enseñado otras cosas ó yo tengo un modo raro de juzgar sus menores sucesos. Por ésto, quizás, veo todo al revés que los demás, y suelo reir cuando otros lloran ó llorar cuando otros ríen. Bien que así, y todo, he visto muchas cosas en la vida. Y sobre el mismo tema, ¡cuántos fracasos dolorosos he podido ver ya, al empezar recién la etapa de los veinte años! ¡Cuántos tristes regresos del *camino de la gloria* me han rozado en este sarcástico juguete cómico-lírico que se llama vida!...

Luz que pasa.

Yo también vengo de vuelta. Antes me sentía artista, y, diariamente, pensaba y escribía como tal. Hoy, después de mis relaciones con Muñeca y con Mimí, la virgen soñadora y vaga en sus deseos, y

la prostituta de sensualidades enervantes; luego de estas dos mujeres que me arrastraron hasta hacerme naufragar en la vorágine perturbadora de las pasiones del corazón, la una, y de los sentidos, la otra, soy otro. Tengo, como todo intelectual de alma enferma, los desalientos melancólicos del pesimismo, las rebeldes altiveces del luchador y el fatal nilismo de la duda, la desesperanza y el descreimiento del ideal. Desapareció ya en mí el frío, el sereno analizador, el audaz teorizador de la vida y sus cosas, el orgulloso mental que vivía asegurando que el amor era una esclavitud moral, un limitamiento de la idea y de la acción, del que el intelectual debía libertarse, y la mujer un perjuicio, cuando no se aceptaba como utilidad física ó como recreo, por su belleza, de artista que admira y siente su hermosura. Fugaz meteoro, pasó, dejando apenas un leve trazo de su luz.

Angel C. MIRANDA.

Cuarto, Enero 19 de 1906.

Pon algo de luz divina...

El amor no pide glorias, el amor no pide galas,
El amor es silencioso porque vive de quimeras;
El amor es como un ángel que lleva sobre sus alas
Todo un mundo florecido de lujosas primaveras!

Por eso voy jubiloso buscando el antro en que esperas
Y en donde—flor de las tumbas—en un perfume te exhalas;
El amor es silencioso porque vive de quimeras,
El amor no pide glorias, el amor no pide galas!

Con tu lumínica gracia quiero enflorar las oscuras
Nostalgias en que sollozan mis ya mustias primaveras...
¡Pon algo de luz divina sobre mis ansias impuras,
Y condúceme en el vuelo sonámbulo de tus alas!...
¿No ves que voy jubiloso buscando el antro en que esperas
Y en donde—flor de las tumbas—en un perfume te exhalas?...

Francisco Alberto SCHINCA.

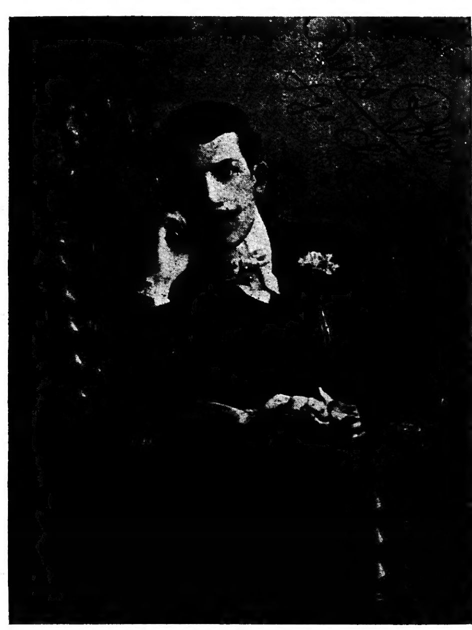
Montevideo.

"Liturgia sentimental"

I

EN LA SOMBRA...

Estoy solo. Solo, sin tí, que me iluminas y que me alientas, en esta tenebrosa sombra de mi destino.... Medito. Mi cerebro vigila, como un águila en acecho, sobre una cumbre. Y, dentro de mí mismo, el corazón ruge, como un violento mar airado que se desboca... Mis pupilas están áridas, como una maldita flor sin riego, y siento en mi cuerpo la agitada vibración de mis nervios en crisis... ¡Estoy solo! ¡Qué triste estoy, mi bien! Soy como un árbol joven floreciendo en un páramo, sin una mano compasiva que riegue su tronco enhiesto, sin una alegre caravana que acampe bajo sus ramas.



Luis Roberto Boza

Y, tú, viajera golondrina, vas pasando... y yo aguardo tu trino que me extasía, tu sonrisa que me cautiva. Pero, soy hosco, altivo como un roble de la selva. No oirás nunca de mis labios la frase que envuelve una ternura, ni la canción que rimarán mis suspiros...

¡Dios mío! Las manos sobre mis sienes que palpitan como un volcán, fijas mis pupilas en el inmenso, en el infinito vacío en que me envuelvo como en un nimbo de sombra, oigo que alguien me llama, de muy lejos, con una voz suplicante y lejana, como una leve palpitación de alas... ¿Eres tú acaso? ¿Tu impalpable espíritu pasa, dejando una rauda estela de risas, que forman cual un collar de notas y de armonías?... ¡Quién sabe! ¡Tal vez si en estas horas de sombra, tu sueñas.. alma mía!

Llueve. ¡Oh! Nunca esa lluvia será más intensa que las lágrimas que encerradas llevo en mis pupilas!

En la calle, ni un eco. Sólo el

tintineo quejumbroso del agua cayendo sobre las planchas de zinc. ¡Qué tristeza hiela mi vida, esta mísera vida que arrastro, sin una luminaria que me guíe en este océano solemne, infinito, sin un espejeo de sol, sin una estrella que se mire en sus ondas serenas!

En mi vaso de Bohemia, los juncos y las campánulas tiemblan. Y yo pienso en tí, que eres una flor de altar en tu lilial blancura; acerco mis ardorosos labios á sus corolas húmedas, y me imagino te beso á tí, que esas flores á quienes consagro mis cuidados, tienen algo de ti misma, de tus labios, de tu alma...

II

LEYENDO UN POEMA...

Lo leí... Cerré los párpados, y en mi pecho sentí como un rumor de alas desplegadas. Había como la condensación de una angustia, de un sollozo mudo ahogado en la garganta, de una suplicante imploración en aquel poema, resplandeciente de dolor y de esperanza.

Y, después de esa sombra que negreaba mi espíritu, ví entrar intangibles visiones, pálidas florescencias que constelaban en el cielo de mi cuarto. ¡Ah! Eran tus ojos que veía en sueños, alma mía, tus ojos que iluminaban la noche de mi vida, como benignas estrellas compasivas, como flotantes mariposas de luz en medio de la tempestad. ¿Y el poema? Era tu recuerdo. Tu imagen que adoro, así tan piadoso como un ermitaño adorando una reliquia. ¡Bendita seas tú, que vienes á consolarme en esta horrenda vigilia que me aniquila, que gasta mi juventud, mi juventud sin un destello que la alumbre, sin un alma que reciba su imploración!

Luis Roberto BOZA.

Presentida

¡Salve, Ideal!

Hay la soberbia morbidez de un bello
Tulipán de Bizancio en tus pupilas,
Y en el marmóreo cutis de tu cuello
Císneo, un encanto de nevadas lilas.

Hay en tus labios la tremante gloria
De un arrebol de púrpuras perenne.
Y una como balada evocatoria
En la harmonía de tu cuerpo indemne.

¡Oh, cómo abrasan encendiendo amores
Tus palabras de luz! Como en un río
De ondas de fuego, las abiertas flores
Mueren bajo el incendio del estío.

Así, al arrullo de tus frases cálidas,
Muere mi corazón recién abierto
Cuando al rozarse con tus manos pálidas
Tiemblan las mías y tu fiebre advierto.

¿Amas la gloria del amor? Yo espero
Ver al rebelde de mi amor contigo.
¿Que eres alma no más? yo te venero.
¿Que eres alma y cerebro? te bendigo.

Tu rebeldía es astro que fulgura
En el cenit de un cielo arrebolado.
¡Jamás la sombra de la nube impura
Empañará su disco inmaculado!

¡Oh, tu gesto de amor y de heroísmo!
¡Oh, tu sonrisa de magnolia erguida
Tiene el espiritual heliotropismo
De la verdad por la calumnia herida!

Tú evocas en miradas oportunas,
Flamas lívores de incendiarias teas,
Y á la belleza de la forma, adunas
La magnanimidad de las ideas.

¡Ah! ¿Qué espera de mi tu pecho ardiente?
¿Las ficciones de un hombre que lo abrumen?
¡No! Yo tengo, mujer, para tu frente,
Los besos ardorosos de mi numen.

En el ocaso de las luchas mías,
Pactar quisiera con la airada muerte;
Y caer en un mar: tus alegrías,
Como un albatros amoroso y fuerte.

MANUEL PÉREZ Y CURIS.

Ramiro Blanco

Engalanamos las columnas de nuestra REVISTA con el retrato del distinguido escritor español don Ramiro Blanco, muy conocido en América por la variedad de cuentos y narraciones que publican con frecuencia los diarios y periódicos. En el Plata se hizo conocer con sus amenas «Notas españolas», y á más ha ensayado con bastante éxito el teatro y la novela. Entre sus obras más conocidas se cuentan la comedia en dos actos «La de Málaga», los juguetes cómicos «Con permiso del mando», «Don Juanito», «Los primos de mi mujer», «El pecado de Adán» y «Un estuche». Las novelas «Ser algo», «El cercado ajeno», «Las mujeres de lance», «La muerte en un beso», «Un secreto de amor», «El filón de oro», «¡Estaba escrito!», «La esposa fea», «La domadora de fieras» y el tomo de cuentos «Historia de doce timos». Como homenaje á su fecunda labor ofrecemos hoy á nuestros lectores este dato biográfico de su vida literaria.


Ramiro Blanco

La copa del olvido

A Medina Betancort.

El llanto que corrió por tus ojeras
No lavó la negrura de mi duelo
Y en la fina batista de un pañuelo
Se perdieron tristezas agoreras.
No sabías mi mal. Obscuros velos
Cruzaban por la tarde cual severas
Reflexiones de Dios. Ah! si pudieras,
(Te decía) pensar como los cielos.

Y como con la tarde tu serena
Nostalgia remontaba hacia la luna
Cual á una copa de olvidar la pena
Llegó vibrando del salón lejano
Un sueño de Chopín como un hermano
A contar sus tristezas una á una.

VÍCTOR BONIFACINO.

Bajo los ceibos

A Raul J. Melgar Diana.
Fraternalmente.

Después de un momento de silencio Rodolfo prosiguió nuevamente su conversación, interrumpida por el vuelo atropellado de una garza, blanca y misteriosa.

—No seas terca María. Bien sabes tú que mi corazón no alberga ninguna baja pasión mercantilista. Él se encuentra depurado de todo ese sedimento de maldades que el río humano, en el correr de las edades depositó sobre la conciencia de los seres humanos. Si te hablo de la necesidad de amar libremente es porque entiendo que el amor debe manifestarse así, sin calculismos mezquinos, ni intereses, ni dogmas sociales. No lo concibo legislado por el Estado ni por las costumbres de los pueblos. Pierde todo su valor y sinceridad cuando se le abruma de prejuicios y se reparte en dosis según las conveniencias que nos agitan en el caos de las fórmulas. Observa de lo contrario en torno de tu persona, en esta naturaleza agreste, propicia á toda manifestación de vida amplia, si existe alguna ley que reduzca en lo más mínimo la libertad de amar. Esa multitud abigarrada de pájaros que pueblan con sus gorjeos y trinos la espesura, va cumpliendo con la necesidad de amar, de rama en rama, de mata en mata.



Perfecto B. López

Hacia cualquier lugar que dirijas la mirada verás la eterna comunión de dos naturalezas contrarias. Es la ley inevitable de la vida manifestada por los seres que pueblan el mundo y á la cual nadie ni nada puede substraerse. La trasmutación del todo, el movimiento incesante de las moléculas en la creación eterna de las formas, radica en el amor. Él implica muerte aparente de unas cosas para dar vida á otras. Es

su esencia por ser ley de la vida, la integración y desintegración de la materia.

¿Nosotros, reyes de la creación, hemos de ser los únicos en el concierto de los demás seres que se agitan dentro de las mismas influencias que nos substraeremos á la vida? Eso, María, es rídiculo á la par que salvaje. Deberíamos ser los más favorecidos, los más libres, impulsados por la luz de ciertos cerebros, y en cambio, somos los que más obstáculos oponemos á la realización de nuestra misión en la vida, encerrada en estas palabras del evangelio: "Creced y multiplicaos".

¡Oh! María, medita en esto. Todo es transitorio en la vida de los seres. Estos instantes no vuelven y aunque volvieran ¿si algo se agita en tu pecho y te impulsa al amor, por qué no amas? Ante un cielo de apoteosis, en la hora crepuscular cuando el sol muriente arroja el oro viejo de sus rayos sobre la tranquila campiña olorosa; aquí, cercanos á esta corriente cristalina que ríe sin cesar gozando el placer de la vida libre; en estos instantes en que la brisa nace para herir las cuerdas ocultas en las copas de estos ceibos, sangrando flores, que nos brindan su sombra; cuando desde el más inofensivo insecto hasta el pájaro de más hermoso plumaje despiden al día que se va, ¿no te sientes dispuesta al abandono de todos tus prejuicios? ¿La sangre no se enardece en tus venas? ¿Tu corazón no brinca de júbilo ante la majestad imperiosa de este panorama que se desarrolla ante nuestros ojos como un convite á la vida.

Solos estamos. Ningún ojo humano nos avergüenza con su fijeza escrutadora. La poesía de la vida que palpita en toda la creación nos habla de dulzuras y ternezas que podemos disfrutar sin contrariar á las leyes naturales. ¿No ríes ni hablas? Tus ojos entornados, la actitud de tu cabeza hermosa, ese suspirar agitado, me hacen pensar que después de tantos meses de lucha vas convenciéndote . . .

Rodolfo calló y acercándose á María la cogió por la cintura, la estrechó fuertemente contra su cuerpo, pintando su rostro con el fuego de una multitud de besos. María respondió á todos ellos y por breves instantes fuertemente apretados, fundieron en uno solo sus alientos, contando las palpitaciones de sus carnes.

—No vengo á violarte, sí á convencerte—prosiguió Rodolfo casi al oído de María, con gran desfallecimiento en la voz. Una palabra de tus labios, esa palabra que hace tantos meses esperé febriciente, para vivir y amar. Responde. La noche espera. El sol ha besado ya la comisura lejana del horizonte incendiado. Las sombras van bajando velozmente de estos árboles y en el cielo las estrellas, con sus brillos temblorosos, escriben el misterio de la noche. Vamos, una palabra, tan solo una palabra de tu boca para ser feliz.

María enmudecida no levantaba los ojos del suelo en tanto sus manos jugaban inconscientemente

con la hojarasca que los vientos habían desprendido de los árboles. Rodolfo interpretando según sus ideas aquel silencio, enmudeció dejando que sus manos vencieran la última resistencia opuesta por María.

—No, eso no, respondió ésta aprestándose á la defensa. Te quiero mucho, mi amor es infinitamente grande, pero no puedo llegar á eso. El día que nos casemos, seré tuya, únicamente tuya. Hasta tanto eso no ocurra, no, mil veces no. Antes la muerte que la deshonra.

Gruesas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas enardecidas y Rodolfo desistió de sus propósitos. Se incorporaron luego de sus asientos y sin cambiar ni una sola palabra salvaron la arboleda, y ya en plena campiña aturdida por el redoble de los grillos y el cló-cló de las ranas de los pantanos, se encaminaron en dirección á las casas. El día había sido hermoso; mas la elocuencia de la vida no pudo desgarrar del cerebro de María el velo de sus preocupaciones. Persistía en ser *honrada* aunque el amor le exigía otra cosa.

PERFECTO B. LÓPEZ.

Montevideo, 1905.

Literatura y filosofía

Psalmo á Venus Cavallieri.

Roberto de las Carreras es uno de los pocos escritores que en nuestro ambiente siente con intensidad el arte y maneja hábilmente el estilo. Poco comprendido entre nosotros; zaherido por la burguesía á quien sienta mal sus producciones vigorosas y valientes; inhibidas de todo bajo preconcepto utilitario, es un verdadero esteta en el más amplio sentido de esta palabra. El libro que nos ocupa y del cual es autor, es la mejor prueba de lo que dejamos afirmado. En todas las páginas que lo componen, de las Carreras no sólo ha hecho derroche de ese exquisito sentimiento que lo caracteriza como escritor, sino que también, en un desborde de majestuosas metáforas nos hace evocar el pasado, ese pasado ya muerto, por cuyo reinado brega incansable y que hizo de la risueña Heliado, la región de la Belleza suprema, el reino de la luz, de la vida y de la alegría misma, imperecedera y siempre triunfante.

«Psalmo» no es un libro destinado á estudiar lo complejo de la vida moderna, las miserias y desigualdades sociales. Pertenece únicamente á lo que fué. Aunque expresión sincera de un entusiasmo idolátrico hacia una mujer que pasó triunfante por la ciudad divina, en una loca carrera de amor, es todo él una imprecación al pasado risueño que ya no volverá, porque en el presente se vive una vida mer-

cantilista y es el corazón una víscera y el placer una pasión que sólo el oro satisface. Saturado con los perfumes de las rosas de Amatente, con cinamomo y mirra, sabe á mieles añejas y á pecados helénicos, pecados divinos, donde intervienen las carnes estremecidas por el deseo, los labios temblorosas por la fiebre de los besos y los senos palpitantes. Todo él respira amor, pero un amor sensual, como chispas de fuego de un deseo irreductible que extenúa en las largas noches de insomnio. Es sencillamente, y para concretar todo su valor en unas pocas frases, hermosamente divino. En otro país que no fuera el nuestro, hubiera bastado la publicación de «Psalmo» para que el éxito coronara el esfuerzo del artista y de las Carreras recogiera la palma simbólica con que los antiguos sabían premiar al talento. Aquí, entre una turba de vociferadores de oficio y de impotentes cerebralmente, el libro será condenado y su autor verá acribillada su reputación de artista que siente la belleza y sabe traducirla en párrafos que semejan block de mármol del pentélico, por aquellos que nada han hecho y en los corrillos de café levantan y hunden reputaciones y talentos; «Psalmo», volvemos á repetirlo, no es para un ambiente como el nuestro, donde no existe criterio crítico ni menos aún facultades analíticas y donde cada cual se cree un Dios capaz de la concepción de nuevos mundos. Con todo, de las Carreras sabe con qué bueyes ara en el país y de qué manera debe tratarlos.

«Psalmo á Venus Cavallieri» es un verdadero libro de arte, una especie de cofre donde du me el pasado sensual, lleno de vida y que brillará aunque se arroje todo el lodo de la envidia, por que tiene luz y mérito s propios

ANÍBAL DEL RISCO.

Degeneración

SALVADOR, cuarenta años, avejentado, pringoso, peón de albañil á ratos, sin educación, sin moral, lleno de vicios y de malos instintos. Casado con LIBORIA, treinta y dos años, macilenta, basta, á veces irascible, á veces solapada, á veces acomodaticia, hija de la moral sin sanción ni escrúpulos de un hogar á la buena de Dios y de un ambiente demasiado pecaminoso y demasiado libre.

Cuarto de casa de inquilinato. Una cama de matrimonio sin tender, una mesa llena de vajilla sucia, de restos de comida y de moscas. Sillas caídas, ropas revueltas en los rincones.

SALVADOR, (temblando de rabia y de fatiga, la cara congestionada, los brazos en alto, los puños apretados). —¡Perra! ¡Renegada! ¿Que por qué te pego? ¿Pues no he de darte hasta escurrirte los huesos? Todo el día trabajando, de sol á sol, subido en el andamio ó acarreando arena, con dos postas de pescado y un pedazo de pan. Todo el día así, sin reclamarlo ni llorarlo, pa ganar los jornales, y venir á la noche rendido á comer

la cena, y encontrarse sin fuego y sin un pocillo de caldo...

LIBORIA (recostada en la puerta, le mira con rencor y desafío; mientras, se limpia las lágrimas con las manos, se arregla los vestidos, y se alisa las greñas caídas).— Es que tú no mereces la pena, ¿sabes? Te quejas de gusto. . ¡borracho!

SALVADOR (avalanzándose). — ¿De gusto?

LIBORIA.—Sí, de gusto, sí señor! ¿Con qué quieres que compre pa encender puchero? ¿Con qué? ¿Con las manos vacías?

SALVADOR.—¿Y los quince reales del jornal que te traje? ¿Yo me los he comido?

LIBORIA.—¡No! Pero te los has chupado. (Serenándose). El domingo, dos reales pa el sapo. El lunes, uno pa tabaco y pa papel. El martes...

SALVADOR (bajando la voz). —El martes... sí, me puse alegre... es cierto...

LIBORIA (interrumpiendo) — Como siempre.

SALVADOR.—Deja, déjame hablar... Me puse alegre... ¡de rabia!... Pa olvidarme del hambre y olvidarme de tí.

LIBORIA (levantando la voz).—¿Y entonces? Si reniegas de mí, si me aborreces, si me prefieres ver muerta. . (El hace un gesto) ¡Muerta, sí, muerta!... á qué te enojas, á qué me acusas, á qué me pegas? Echame con una patada y lárgame á la calle... Tú sabes lo que ganas... Tú sabes de tus vicios... ¡Tú sabes lo que hay!... ¡Siempre la paga una! ¡Siempre se quejan de una! Y después... unas somos las cristas... (bajando la voz)... las buenas... las que perdonan todo...

(Hacen un silencio Salvador, con las manos en los bolsillos se pasea unos instantes, arrastrando las zapatillas endurecidas por la cal. Su mujer le observa de reojo).

SALVADOR (deteniéndose). — ¿Y qué haces los lunes, y los martes... y todos los días... fuera de casa?

LIBORIA (con indignación). — Voy á casa de las amigas... ¿Qué hay?

SALVADOR (sonriendo). — De las amigas, eh!... ¿Te piensas que soy zonzo? (Con decisión) Mira, Liboria, puedes tener todos los... queridos que tú quiéras ¿sabes? Yo sé que soy un borracho, y tú una mujer... que necesita llenarse el buche... y buscar lo que le hace falta... ¿entiendes? Pero los reales que te traigo pa mi cena... son pa mi cena ¿lo oyes? Si yo lo trabajo, yo me lo como... Cada uno que se arregle!... (Después de un silencio). El amor da dolor de cabeza... y el hambre, Liboria, da dolor de barriga!...

LIBORIA (con fastidio).—Y entonces ¿quién paga la pieza? ¿Con qué dinero? ¿Acaso me lo das tú?

SALVADOR (andando de nuevo, y mirando el suelo).—Yo no te pregunto de donde lo sacas...

LIBORIA (con aire de ofensa, gritando).— Entonces... ¿tú crees?...

SALVADOR (encogiéndose de hombros). —Yo... Y á mí qué me importa!... Mientras no lo vea...

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Almas volubles

I

Una brisa impregnada de perfumes evocativos de dulces ensoñaciones y reminiscencias vagas, penetró en la sala de Leopoldo, suavemente,como el hálito de vírgenes increadas, en la aurora fugitiva de aquella noche estival.

En la beatitud silente de la pieza, y animadas por la lumbre opalescente de una lámpara de bronce, algunas acuarelas lucían la harmonía eximia de sus matices tiernos, y en medio de ellas, en un cuadro con marcos de caoba, inclinábase un retrato de Víctor Hugo en actitud meditativa.

Leopoldo, adolescente aún, con su belleza imberbe de andrógino recatado y la luenga cabellera negra que caía en ondas acresponadas y espesas sobre sus hombros de niño, parecía un efebo-poeta de las fiestas apolíneas.

Sus ojos obscuros, reflejo de amargos presentimientos, de nostalgias y de ensueños y de vida conventual, revelaban las inquietudes de un espíritu medroso, las angustias enervantes de un corazón que se inicia en las luchas del amor.

Y, Leopoldo era un poeta humilde y sentimental. Sus versos de un sentimentalismo inconmensurable rimaban las dulzuras añorosas de la musa becqueriana. Diríase un díscipulo de Becquer contemporáneo de Mistrai.

*
* *

Aquella noche, Leopoldo, obsesionado por el desdén con que horas antes le hablara la amada de su alma, alma enferma y sensitiva, estaba triste, casi sombrío. Su rostro se contraía en un rictus de dolor exacerbado y meditaba, meditaba en los albores de aquel amor de castidades sagradas que hacía negras sus visiones sublimadas de poeta y de vidente.

Parvadas de recuerdos alegres y candorosos afluían á su cerebro y torturaban su corazón adorante con la nostalgia de aquellas horas liminares de su adolescencia en flor, saboreadas en la campiña aromada entre el murmurio de diáfanos arroyuelos y la eterna sinfonía de los pájaros cantores, que surgían en polícroma miriada, como evocados por espíritus etéreos, cuando la aurora con su gama de colores poemizaba las cimas de los cielos.

¡Oh! ¡Qué es triste evocar al rumor de los recuerdos las placideces de las horas idas, ansiando mitigar nuestras congojas bajo el palio capitoso de la ilusión siempre hermosa, siempre fugaz!

Pensaba Leopoldo mientras

sus ojos obscuros inmóviles y piadosos parecían contemplar alguno de los libros predilectos ordenados esmeradamente sobre los anaqueles de su regia biblioteca

Súbitamente, con un arranque de epilético impulsivo, levantóse, cerró la puerta del gabinete, y murmuró *sotto voce*:

¡Oh, no, no puede ser! mis sentimientos morirán conmigo! Esa mujer me subyuga.

Sortílega deslumbrante, su voz tiene las inflexiones arcanas de las sirenas falaces y arrulladoras. Ella me inició en los ritos del amor cuando mis ojos recién abiertos á la vida miraban hacia horizontes augustos pletóricos de luz, recamados de glorias augurales, y sus frases incoercibles, en amoroso ritornelo, me hablaron de divinas emociones y venturas y placeres que yo ignoraba todavía en la penumbra de mi adolescencia ingenua.

¡Oh, amor, qué fatal eres!

Y luego, con un gesto de erotómano incurable y alisándose el cabello que humedecía el sudor de la fatiga en aquella hora de meditación y de dolor, repitió:

No, no puede ser. Ahora mismo le escribiré una esquela comunicándole los motivos que me obligan á abdicar de su amor é implorarla olvido.

Y, esto diciendo, tomó del estante el libro que acababa de mirar tiernamente, devotamente.

Era «Ibis», de Vargas Vila. Lo abrió en el primer capítulo y leyó con fruición la carta que Teodoro, víctima del amor más tarde, recibiera de su maestro: profeta, filósofo y artista, sublime en sus ideas fecundas y su soberbia de rebelde irreductible.

Y comenzó á escribir en un pliego tenue y blanco:

Amiga mía:

Amiga, sí, amiga solamente. No te impresione que te llame así. Fría y voluble, tú me obligas, consciente de tus grandes sortilegios, á dejar de llamarte Bien Amada.

¿Recuerdas, cuando leyendo «Ibis», me dijiste que la carta del maestro es un sofisma sacrílego, que el amor es el alma de la vida y el paliativo eficaz de los espíritus tristes en medio de los dolores que consumen el alma de la humanidad apática por excelencia?

Y, ¿recuerdas también que aplaudiendo yo esa carta, te presenté ejemplos clarovidentes en que el amor como una úlcera moral había corroído á aquellos que le rindieran fervoroso culto?

¡Ah! recuérdalo, amiga mía!

Ahora, al decirte que mi corazón ha dejado de ser tuyo y no palpitará por tí, que ya no llegará á tu oído el eco melodioso de mis raros madrigales, los mismos ejemplos te presento para que así puedas conocer las tristezas del amor.

En tí misma está el ejemplo. Me hiciste siervo del tuyo con arrullos halagadores de paloma enamorada, y cuando creías que dominados estaban mi corazón y mi cerebro, te mostraste indife-

rente, esquiva, ajena á mis aflicciones y mis sentimentalidades de trovador vencido del infortunio.

Mas yo, hostigado por todos los dolores, poseído de todos los cilicios, he reaccionado y comprendido mi engaño. Y ahora, iluminado como por un relámpago volitivo de mi espíritu, mi corazón se ha hecho fuerte. Ya no lo domina nadie.

«Gobernarse á sí mismo es la mayor de las victorias», dijo Lub bock.

¡Feliz el que pueda hacerlo!

Yo, emancipado ahora de prejuicios amatorios, pienso en tus desdenes y se me ocurren muy ásperos y muy fríos, fríos como las ráfagas de invierno.

Y tu esquivez, y la insensibilidad que finges, en contraste con tu belleza impecable de pagana emperatriz, me exasperan tenazmente

Como esos medallones de vírgenes escotadas y esas estatuas de marmol de contornos lujuriantes que simbolizan las deidades mitológicas, así provocaste tú mis deseos en embrión. Y mi amor fué hacia tí, humilde, sincero, vencido por el deseo que tu habías hecho nacer en mi cerebro y mi corazón, accesibles am bos á todas las modalidades del amor y la belleza

No pretendas acusarme de. .

. . . .

No pudo continuar. El sueño le había rendido y su rostro apoyado sobre la mesa tenía las expresiones dolientes de un enfermo de anemia.

¡Pobre bardo adolescente!

Había visto á su corazón, crisálida del amor, transformarse en mariposa y volar incautamente, con ebriedad de luz y de perfume hacia el foco en que había de abrasarse!

Y sus tristezas juveniles dormían entre libros y periódicos, á la luz opalina de la lámpara que agonizaba lentamente, como trémula flor crisantemada en las inmensas sombras de la noche.

II

El alba insinuóse débilmente cual si temiera á los reflejos lívidos de la luna en el tramonto.

Más tarde, el ángelus de la catedral lejana vibró sonora, pausadamente, como un salmo broncíneo lleno de amor y misterio en el encanto de aquella hora apacible.

Cuando despertó Leopoldo, los primeros resplandores del nuevo día tamizados por los cristales de una ventana amplia, iluminaban ya su sala silenciosa de artista y de poeta.

Al despertar, sorprendido de encontrarse allí completamente vestido y fatigado, pensó en la noche anterior. Sus palabras, sus meditaciones, la carta, todo pasó en ronda por su mente acongojada como un cortejo de angustias desconocidas.

Recogió la esquela inconclusa, y al leerla, una brisa impregnada de perfumes evocativos, de dulces ensoñaciones y reminiscencias vagas inundóle de gozo el corazón, y Leopoldo, hondamente conmovido, rompió el billete en

pequeños trozos que se esparcieron sobre la alfombra como pétalos de gardenia maculados de tinta en rasgos negros y finos y exclamó:

¡Oh, mujer! Sois invencible!

¡Hasta lo inesperado os favorece!

MANUEL PÉREZ Y CURIS.

De la caravana bárbara

LA CANCIÓN DE LAS CRISÁLIDAS Y EL POEMA DE LA CARNE

Justo Pastor Ríos, el noble caballero del Toisón de Oro del Arte, á su paso por Chile, dejó en mis manos este libro, este magnífico libro bello. Su autor es Manuel Pérez y Curis, poeta uruguayo, uno de los nuevos paladines que vienen á horadar montañas y á embriagarse en el lujurioso derroche de las rosas plenas del Arte, rosas pletóricas de savia y de perfume.

En *La Canción de las Crisálidas,* es un alma la que canta, un alma sencilla, desnuda y reverente que se inclina ante la augusta visión de los ideales. Ya cante ó grite, ya sonría ó blasfeme, el verso-idea resplandece con nimbos de una claridad sincera y fecunda en suprema fuerza y en suprema gracia. Tal así, por ejemplo, en *Labios Vírgenes,* en que el suave arrastramiento rítmico va armonizando con la dulce pulcritud del lenguaje; verso casto como para ser escrito sobre el albo marjen de un Misal. Ahora, en otros, tales como en *Blasones,* el apóstrofe es entero y firme, y entonces el poeta no canta, sino que habla con voz tribunicia y eufónica. Admirable faz de la psiquis de Pérez Curis es esta ductibilidad de su *yo,* tanto más de admirar cuanto que por hoy la poesía contemporánea,—hablo de América,—se sintetiza en un desdoro de la personalidad y en morbosa tendencia al sensualismo atrofiante. Casi todos los poetas americanos de la generación nueva llevan su lira encadenada al medio vivido, con sus prejuicios y desequilibrios, y al medio sentido, con sus esclavitudes y el inherente renunciamiento á la propia voluntad. Es por esto que los buenos lapidarios abundan; pero los artistas intelectuales, los poetas intensos ya escasean en la tierra de nuestra América. El vocerío apaga toda manifestación de nobleza y toda voz justiciera que se levante, como una montaña de rimas, aplastada queda ante la rancia sonatina de los versificadores de oficio. Me complazco, pues, en aplaudir

á este poeta, y en reconocer en él al luchador de raza y al soñador de fibra. Porque en su libro hay retazos que son como fragmentos de carne viva, carne herida que se subleva y que pide cauterio.

(Es como una racha de tempestad soplando corolas pensativas).

Ha comprendido, pues, este poeta de fibra sáxea, que la época pide más energías, más savia ardorosa para el futuro triunfo de la vida sobre la inicua agonía del presente. Hay que encausar la cuadriga de sus apóstrofes por sendas más humanas y bellas. No hay que llorar versos, sino que presentar versos que tengan la virtud de conmover hasta el llanto En todo caso, las lágrimas que se desbordan no son más que una manifestación de una oculta fuerza impulsiva. Y los propios dolores se atesoran y no se profanan.

El Poema de la Carne se titula la segunda parte del libro. El título es sugestivo, y el poema en sí mismo no es más que una nueva demostración del poder sensitivo de su autor. Aquí Pérez Curis se nos muestra como un ardoroso pagano. Adora la forma y la canta. Y esto para mí es efecto lógico, dada su libre espiritualidad para prejuzgar los vicios rutinarios que plagan la vida moderna, estos refinamientos de crueldad inventados por los hombres con el pretexto de una moral falsa y sin base ética que la afirme. ¿Por qué taparse los ojos ante el impecable desnudo de una forma radiante? Como un céfiro de intenciones cálidas pasa por ese *Poema*, cual si entreabriera los broches de anémonas virginales.

El Poema de la Carne es lo más artístico del libro; pero á mi ver, su primera parte es lo más sincero, porque es lo más ingenuo. Y el arte debe ser sincero. Porque estas súbitas explosiones líricas no son más que energías acumuladas en el cerebro,—esta sagrada caja de música que llevan los poetas en la frente.

Vuelvo á repetirlo. Este es un libro bello, de juventud generosa en ideales y pletórica en esfuerzos.

Yo bien sé que Pérez Curis gallardamente lleva su morrión lírico y que toma fila en las huestes irredentas de los bárbaros, de los que venimos á echar al surco la prolífica semilla de la justicia y de la solidaridad humanas.

Porque, mi poeta, más vale destrozar tu lira contra la testa de los tiranos, en vez de arrancar á su cordaje el quejumbroso lied, que hará sonreir á las niñas desde el balcón.

LUIS ROBERTO BOZA.

Santiago de Chile, octubre de 1905.

Psicología de un muerto

Confieso francamente cómo nunca pensé morir en aquella ocasión. Cuando las llamas prendieron en mis ropas y no pude apagarlas, á pesar de los esfuerzos, me angustié mucho y hasta creo que perdí un poco la cabeza. Perdí, no; no es la palabra, ya que durante el pavor del trance conservé una extraordinaria lucidez, hasta el instante en que mi conciencia se desvaneció en un crepúsculo y luego cayó en la sombra

Devoradas las ropas, el fuego lamió mi carne con sus lenguas de caricias mortales. Las llamas parecían serpientes luminosas, y las serpientes cantaban, cantaban algo como una canción de exterminio.

Las llamas me sirvieron de iluminación. Sin saber cómo, á esta luz, vi, en un momento, cuanto había visto en mi vida. Vi las personas, las cosas y las ideas. Lo vi todo como en un fresco maravilloso. No era una pesadilla. Era algo muy real; yo estaba viendo todo aquello.

Fragmentos de mi vida, que no recordaba, aparecieron de súbito y distintamente á mis ojo . Recordé que mi madre vestía un blanco traje de muselina constelado de estrellitas azules, la noche en que mi padre murió.

Recordé á la gorda maestra que me daba muchos besos detrás de las persianas y me hacía caricias en su cuarto, á solas.

Recordé una cruz rural bajo unos mangos, en la hacienda nuestra, por donde jamás pasé de niño sin estremecerme. Allí asesinó á un borracho casi á mis ojos, un negrito sirviente de casa, de nombre Alejo.

Recordé todas las dulzuras de mi vida con particular precisión. El inmenso amor de mi madre; mis viajes; sensaciones de arte; horas de triunfo; amores felices; toda la gama de impresiones de una vanidad satisfecha.

Pero no sé cómo expresarme. También veía paisajes de amargura, caras que eran para mí representación de una contrariedad ó una pesadumbre. Entre éstas, descollaba cierto rugoso, amarillento rostro lleno de cómica majestad, coronado de doctorales canas; la barba rucia, amarillosa de nicótica. Era la cara del asno satisfecho, á quien la ingenuidad paternal presentó mis primeras rimas; del Moisés literario, cuyo reproche arcaico, fulminado desde un Sinaí de desdén y en medio de una tronitante retórica, me hizo desde muy temprano despreciar á los pedantes y saborear como artista las primeras hieles.

He dicho que también veía las ideas. Veía con una claridad sorprendente, la concreción de lo inconcreto, por un extraño modo. Así, por ejemplo, Aristóteles—un busto que había yo visto en alguna parte, en Roma—pasó

á mis ojos. Advertí que pasaba la Filosofía. Mi inteligencia comprendió las cosas como si estuviese de pie sobre una montaña construída con todo el saber humano; pasó una pálida frente, ceñido el laurel. Era Dante, es decir, la Poesía. Pasó otra pálida frente coronada; pero de esta corona caían gotas de sangre. Era el Cristo, es decir, el Altruísmo.

A la vista de estas figuras yo sentía el bienestar infinito de un momento. En mis hombros, las devorantes y mortíferas llamas, empezaron á vibrar como alas.

Todo esto fué cosa de segundos. Lo vi, lo comprendí todo en un momento. Dios también se presentó á mi vista. Dios era todo aquello; Cristo, Dante, Aristóteles, los paisajes, los recuerdos, todo.

Después del atolondramiento del principio, y cuando comprendí que era inútil todo esfuerzo por apagar las llamas, fué cuando me vino la extraña lucidez de que hablo. Pero ni entonces, ni en la fuerza del suplicio, pensé morir; pensé que, manos piadosas y fuertes, llegarían á tiempo de salvarme, y mientras me estaba desvaneciendo, soñé que días después iba á despertarme en un cuarto desconocido, entre buenas gentes que me cuidaban, hasta que por fin me recobrase poco á poco. Repito: ni un momento creí que aquella fuese mi última hora.

***

Del lado acá de la tumba, en la sombra, se está mejor que del otro lado, bajo la caricia del sol. Me valgo de tales frases para que se me entienda; pero aquí no existen las funciones, merced á las cuales nos cabe en lote, allá en la vida, sufrimiento ó placer. Aquí no se tiene conciencia—aunque se dirá una paradoja en mis labios;—aquí el pensamiento se evapora como el perfúme de una flor y va á donde van los colores del arco iris y la luz de las estrellas y las músicas. Entretanto, los átomos imperecederos se cambian en copa de tamarindo, mañana palacio de pájaros; en hoja de laurel, mañana corona de próceres; ó en veta de mineral, mañana pan de infelices.

La muerte vale más que la vida para aquellos que no gustan mieles, sino dolores en el mundo. Los desgraciados deben salirse de la vida, que es un festín donde no hay puesto para ellos. El pesimismo es una cosa inútil. Pero el hombre, aun el mártir, se aferra á la vida porque *duda*, primero, es decir, por el miedo teológico ó moral, y luego porque *teme*, es decir, por el dolor físico que apareja la destrucción de sí propio. La duda quizás existirá siempre como lo más humano del ser; cuanto al dolor físico de la muerte voluntaria, aunque el bien que se compre al precio del sacrificio es grande y valioso, parecerá al hombre siempre caro. El hombre es avaro de su vida. Si el dolor del parto se padeciera antes del placer del amor, ninguna mujer tendría

prole. En esto, como en todo, es sabia la Naturaleza.

Cuenta una hermosa leyenda terrenal, que un profeta resucitó al hermano de dos mujeres piadosas. Si alguien pudiera, como en el relato bíblico, prender la llama de la existencia en lámparas humanas vacías de aceite vital; si alguien pudiera recoger y fundir los átomos dispersos que animaron un ser, y si este taumaturgo me infundiera la vida, yo lo apostrofaría indignado.

—¿Por qué — le diría— me arrojas al agujero luminoso adonde entro sin deseo y de donde saldré á mi pesar? ¿Por qué me reduces de nuevo al dolor, cuando ya me había libertado de él? ¿Por qué me haces el mal de la vida, Señor, por qué?

Mas no abrigo el temor de que ningún profeta me resucite.

R. BLANCO FOMBONA.

Eternidad

A Magdalena.

No llores, niña, no llores,
que la vida se complace
en este perpetuo enlaçe
de alegrías y dolores.

La semilla, que da flores,
en la propia flor renace,
y la ilusión se deshace
como la luz, en colores.

Por mucho que se divida
en la hostia del sentimiento
nunca se agota la vida;

Y surge, en cada fragmento,
¡el alma, recién nacida!
¡incólume, el sacramento!

JOSÉ DE DIEGO.

Flor pagana

Dadivosa eres de amor, pródiga de tus gracias: por eso los hombres te aman.

Tu pelo de oro, como trigal por Mayo: negros son tus ojos como noche sin fulgor de estrellas: y tu aliento, tibia caricia de campo oloroso y húmedo...

Tu voz rumor de corrientes, armonía de viento en arboleda, canto de ave en la alborada: miel que fluye del panal de tu boca.

Montones de nieve tus pechos, en que florecen rosas: tu talle palma del viento mecida: y la sangre, que oculta corre, da calor al mármol de tu cuerpo

Tus hombros suaves lomas

albas: tus manos como lirios, umbrales del amor, comienzo blanco de un camino de besos.

Tu vientre, arca sagrada de amorosos frutos.

Tus muslos, obra de torno de artífice supremo: humano prodigio tus piernas, fuertes columnas que sostienen la voluble ligereza de tu corazón.

Tus pies, manojos de jazmines que exhalan el fragante contorno de tu figura.

Entre boscaje se esconde el lugar deleitoso: fuente de amor y manantial de vida.

Tu andar airoso, dulce rima de amor: ligera eres, como paloma que acude al arrullo.

Tu piel suave y tersa, como membrillo tempranero: graciosa tu sonrisa: luz de perlería asoma en el girón carmíneo de tus labios.

Tu nariz aletea como ave prisionera, abrasada bajo el fuego de sombra de tus ojos.

Tus orejas diminutas, amasadas de leche y rosas: el oro de tu pelo las defiende y tiembla al cálido soplo de mil cuentos de amor.

Tu nombre, risa que seca el llanto: esperanza de dulzor tras la amargura: cicatriz de dolores

No hay fragancia como la fragancia de tu carne; ni perfume como el perfume de tu pelo; ni aroma como el aroma que exhala el clavel de tus labios.

Corre por los campos, sube por las laderas de los montes: deja en los sotos florecidos rastros de deleites y estela de caricias. Mira que bajo las frondas hay nidos de amor, y en las oquedades de las rocas refugios de ventura.

¡Ven, amada mía! En tu cuello cándido he de colgar los collares de mis besos: serán mis brazos cinturón que, sin romper, oprima el junco de tu talle: y mis manos hallarán sabroso escondite en los graciosos áureos ricillos de tu nuca.

*
* *

Girasol de los valles mi espíritu, esclavo de la luz de tus ojos.

Tierra generosa que á todos se ofrece, así tu cuerpo: tu espíritu, alocada mariposa que en muchas flores liba.

Infiel eres, como hermosa. ¡Bendita tu infidelidad mil veces!

Gusté en tus labios el calor de otros besos: también besarán sobre las huellas de los míos. ¡Qué importa si tus pupilas fueron un instante espejo de mis ojos!

Grácil eres como tallo de ribera: alegre y ondulante como regato de serranía.

Breves son los remansos en que tu amor serena: como las aguas, tornas á despeñarte loca.

Y por campos yermos y tierras que florecen, esparces la rumorosa alegría de tu canción eterna.

Enrique de Mesa.

APOLO

REVISTA DE ARTE

Director-Redactor: MANUEL PEREZ Y CURIS

MONTEVIDEO, Marzo de 1906

Soliloquio de un rebelde

Irguió el rebelde la cabeza airada
Con ese gesto de orador que impone
Silencio á la exaltada muchedumbre,
Y el soliloquio fué:
«Buhos é histriones
De cualquier secta que vivís gritando
En vituperio de las almas nobles,
Y huís do los harapos del mendigo
Cual fugace torcaz de los halcones;
Que adoráis las imágenes ficticias
De los iconostasios, y á los priores
Besáis las plantas con afán inmenso,
Cual antiguos idólatras teutones;
Seres que al deslizaros por el Cosmos
Infectáis el ambiente con la podre
De vuestras almas que oscilando ríen
En el obscurantismo de los *nobles;*
Tal el gusano que surgió del cieno
Llevando en pos á su pequeña prole,
Y arrastrándose luego por el césped
Dejó en él sus miasmáticos vapores:

Vuestro espíritu es antro de impurezas,
Anfora de los cánceres en donde
Sus venenos mortíferos escancian
De la muerte los torvos escorpiones,
Y la nube del crimen se eterniza
Como en un trono de barbarie el bloque
De las abe raciones de la idea
Y el acerado corazón de un *hombre.*

Vuestros dicterios—vaniloquios pálidos—
Portavoces del énfasis que acogen
Las ideas de clérigos y reyes,
No me ofuscan á mí, pardas é insomnes
Falanges de retóricos innocuos,
Proxenetas amados de los dioses,
Que vivís, cual vulpejas y murciélagos,
Con la sangre de todas las succiones
En el abismo
De la crápula infanda.
Ya no impone
Ese vuestro ridículo visaje
Velado eternamente por la innoble
Sonrisa del hipócrita sin alma,
Paniaguados que sois de aquestos dómines
De falsos ritos y doctrinas negras,
Negras como el tugurio de los pobres!

Vuestra nequicia ingénita ha arrancado
Rayos de indignación á mis apóstrofes:
Formidables faláricas de fuego
Hechas para los réprobos del orbe.
Y, pues, vosotros desdoráis la gaya
Lumbre de los espíritus de bronce,
Azuzados quizá por la tristeza
Del bien ajeno que las almas roe;
En el nudo gordiano de mis versos
Expiaréis vuestros crímenes, y entonces,
Allá, en la cumbre de mis viejos odios,
Veréis nevando mis desdenes jóvenes.»
. . . .
. . . .
Y el rebelde calló... calló el bendito
Verbo de la Verdad á los fulgores
Del crepúsculo azul que se extinguían
En el umbral silente de la noche.

MANUEL PÉREZ Y CURIS

"Vae Soli"!

. . . .
. . . .

Pasaban los días tediosos llenos de inquietudes, de temores que se agigantaban con el tiempo.

Dos meses hacía ya que la condesa no salía de sus habitaciones, dos meses en los que apenas se había levantado del lecho.

La enfermedad terrible avan-

zaba en su obra de destrucción, en su labor exterminadora.

La grieta se profundizaba cada vez más, dejando al descubierto las venillas azules que se veían palpitar... La carne se deshacía rápidamente, con una prontitud espantable, como si sobre ella se hubiera vertido algún líquido corrosivo, alguna substancia infernal.

El amado pasaba las horas de la noche en constante vigilia, atento siempre, en acecho, cual si esperara de un momento á otro el desenlace. Su razón fuertemente sacudida por tan rudas conmociones, comenzaba á vacilar, á sufrir extravíos, á vislumbrar figuras irreales en las brumas de la demencia.



En ocasiones soñaba paisajes desolados, acuarelas de sepia, donde árboles raquíticos y desprovistos de verdura, elevaban sus ramas retorcidas en el espacio, como brazos renegridos de fantásticos enemigos que lo amenazaban.

Otras veces, viendo el cuerpo inmóvil de la amada, bajo las blancas sábanas, forjaba su fantasía un cuadro melancólico, sombrío, de tonalidades extrañas. Veía entonces sobre el lago revuelto y alumbrado por una luna llorosa, el cadáver de un cisne, de un cisne que bogaba sin rumbo, empujado por la corriente, como una góndola abandonada, como el alma errática de un bardo suicida.

El pensaba en la separación, pensaba en la ausencia, en el desenvolvimiento de los acontecimientos, en la partida... en el último adiós...

Y todos sus dolores de otros días, todas las amarguras del pasado resurgían en su mente, acudían á su memoria, como en ronda espectral, como los esqueletos descarnados de una raza antigua, lejana, que se alzara de la fosa. Evocando los primeros días de su amor, pronto á desaparecer con la muerte del sér que lo inspiraba; recordando los primeros besos, las caricias primeras, se le antojaba que todo había sido un sueño que comenzaba á desvanecerse lentamente, volviéndolo á la vida ruda, á las luchas estériles, infructuosas...

El médico había quitado á Gabriel Alsina toda esperanza de salvar á la amada. La enfermedad había avanzado notablemente como si tuviera empeño en acabar de una vez. Los continuados dolores en la parte afectada hicieron que el facultativo aconsejara al poeta la aplicación de la morfina para soliviarla, para adormecerla evitándole así los sufrimientos horribles que experimentaba; dolores acerbos que

la hacían pensar en núcleos de arácnidos que caminaran sobre la carne deshecha. . .

Gabriel veía correr los días, veloces, tristísimos, y pensaba que cada hora que pasaba lo alejaba de ella, que caminando hacia el misterio, marchando á la muerte, se llevaba su alma de bardo atormentado, de psicólogo sutil, que estudiaba los fenómenos fisiológicos de su propia entidad psíquica para sorprender los secretos no revelados, para practicar en la carne viva del espíritu que se hallaba en la plancha, para disecarla sin piedad.

Su libro que acababa de entrar en prensa, vería tal vez la luz el día en que la amada se dirigiera á otros climas, á las playas distantes y brumosas del no ser.

Tal vez, ella no podría contemplar el volumen elegante que lucía una portada prerrafaélita, trazada por su diestra, un año hacía, cuando aun era feliz, cuando se encontraba en la aurora de su amor.

Quizás no podría leer la amada la simbólica dedicatoria que al principio había colocado el autor, y cuyas palabras armoniosas, precisas, eran las notas de un himno que él entonaba en su loor, en agradecimiento á sus bondades, en compensación á sus ósculos, bajo cuya impresión había él escrito los capítulos de su obra.

Raúl Díaz, recientemente graduado de doctor en medicina, había puesto especial empeño en aliviar á la enferma, que sólo tenía fe en las medicinas por él recetadas.

Con cariño fraternal, con esmerada solicitud preparaba las fórmulas que le habían de ser administradas, y pasaba largas horas estudiando la enfermedad terrible, como si la paciente fuera su hermana.

Y Alsina sabía agradecer aquellas atenciones de su amigo, y se sentía ligado á él de un modo íntimo por los lazos de una gratitud sin límites que se empeñaba en expresarle de todos modos.

Era que Raúl sufría al ver el estrago que en su hermano de luchas causaba el estado de la condesa, que rápidamente, como impulsada por una fuerza brutal, marchaba á la muerte. Conocía demasiado la enfermedad para forjarse ilusiones, para creer que pudiera detener el proceso que no podía dejar de tener un desenlace fatal; pero quería al menos, ya que era imposible arrancarla de los brazos de la Implacable, ya que era estéril toda lucha contra el destino, anhelaba siquiera aminorar sus dolores físicos en los últimos días que le restaban.

Leonor languidecía como un lirio que se marchita iluminado por las luces de un crepúsculo otoñal. El brillo de sus ojos se había extinguido, su voz sinfónica anteriormente, vibraba ahora de distinta manera, como una lira de cuerdas destempladas.

Y mientras que su sangre se iba descomponiendo; mientras que el cáncer se agrandaba destrozando los tejidos, consumiéndolos; mientras mayores eran los

sufrimientos de la carne, más grande era su resignación, más estoica su entereza, como si su espíritu se alimentara de la materia, como si su alma candorosa y triste, encontrara un alivio en el martirio porque atravesaba, martirio que habría de purificarla como el fuego.

Mas al pensar en el amado que doloroso y sin consuelo peregrinaría por la tierra hostil, llena la mente de visiones y nostalgias, sentía que su alma lloraba entristecida, rebelde á desprenderse de la materia, y llamaba á la vida fugitiva, á la existencia ingrata que se alejaba, que se alejaba sin escuchar su llanto, sin reparar en sus suplicantes frases, tiernas, humildes, llenas de dulzura.

Un secreto instinto, esa clarovidencia de los que pronto han de morir, le hacía vislumbrar su fin cercano. Ella sentía como un desprendimiento paulatino que se operaba en su ser, la separación de las dos fuerzas que integran la vida: el alma y el cuerpo. Sentíase suspender, como un fluido, como un éter, como la exhalación de una rosa que se muere.

Y se veía á sí misma como si se hubiera escapado de la envoltura física, cual si su espíritu ya ido, contemplara la materia inerte, el ánfora que contuvo el licor, el arpa donde vibró el sonido misterioso.

Se palpaba y creía hallar dormida la carne, creía no encontrar en ella el calor de la vitalidad, el fuego del alma, y sus ojos miraban á la materia muerta descomponerse, transformarse, disolverse los músculos, deshacerse los huesos que fecundarían á la madre tierra con su abono, en tanto su espíritu desligado de trabas, libre para el vuelo, se perdía en el aire, yendo á dar vida á alguna estrella que titilaba débilmente en la lejanía infinita, en el cielo límpido y azul.

Y soñaba que las fulguraciones del astro iluminaban la frente del amado, del amado sin consuelo, del amado que lloraba sin cesar...

Juan Guerra Núñez.

Canto de amor

I

—Ven, amada mía. Nada temas de la inmensidad. Somos fuertes con el amor que nos inunda.

—Las aguas son traidoras. Tienen de las pasiones sus borrascas y de las caricias sus dulzuras.

—¿No ves, tontuela, como estas ondas que nos hablan besando las riberas silenciosas, son mansas? ¿No las oyes en su música extraña, que prometen ser buenas contigo? Atrévete y sube. El balanceo de esta barca me exalta. Quiero mecerme, abrazado á ti, sobre su débil armazón, en medio al cristal de las aguas

que murmuran la canción de los amores.

—¡El amor de las aguas! Dulces y apacibles son sus caricias, pero dentro de la calma aparente que guardan junto á las barrancas, se oculta la traición. Su amor tiene cambios imprevistos: recorre la gama de las pasiones...

—No temas de la vida, en la pasión, los embates imprevistos. Sé fuerte como el roble que no se doblega al recio empuje de los vientos. Cobra valor y arrójate á la vida. Sabrás de ella. El temor es la muerte. No temas; vive en la aventuración de tu audacia arrancada á un momento de irreflexión.



II

La tarde moría reflejándose en la turquesa de las aguas tranquilas. Sobre las barrancas, encima de la franja desigual de la ribera opuesta, caprichosas tonalidades, flamas de un rojo subido, coloraciones extrañas de un país de ensueños, en el cielo sin borrascas se diluían en una apoteosis triunfal.

La franja verdinegra y desigual, recortaba el horizonte lejano, donde el sol se había hundido dejando en la tristeza crepuscular el último beso de sus rayos de alegrías.

En el cenit, sobre lo más profundo de la comba sidérea, una nubecilla blanca como humo de incensario, iba perezosamente disgregándose, hasta que se mezcló con la tranquilidad azul.

Los grupos solitarios de árboles, que bordeaban aquí y acullá la ribera de la laguna inmensa, se destacaban como cuajarones de sombras, sobre los celajes de la tarde que moría.

La hora era suprema.

La mente galopaba en pos de fantasías irrealizables.

La creación reposaba en la transición de la luz y las tinieblas, en la hora doliente, en esos momentos que la angustia atenaza y es el corazón un volcán de latidos.

III

—Así te amo, mujer, valerosa y resoluta. Bogaremos, y nuestro amor, en el silencio majestuoso de la hora, sentirá el epitalamio de las aguas, como un hosanna triunfal á nuestra dicha.

—Boguemos, y que las manos invisibles de las ondas decidoras, aplaudan este momento. Despojada del temor primero hacia la inmensidad de las aguas, voy contigo segura. *El amor es fuerte como la muerte,* y yo te amo.

Partamos en pos de la inmensidad. Y en la postrera y angustiosa hora, deshoje la tarde sus caricias de colores sobre nuestras cabezas nimbadas por los recuerdos gratos de la vida.

Lejos del mundo, de sus ruidos artificiosos y de sus fórmulas grotescas, seamos el uno para el otro.

—Tu voz cobra en el dolor de este paisaje soberano, el metal de las promesas que radian dicha. La felicidad me inunda. Quiero vivir lejos de la sociedad. Quiero ser yo misma.

—Vivamos, pues.

IV

El barquichuelo, viró al impulso seguro de los remos manejados por manos que ardían de pasión. Las aguas fueron hendidas por la quilla de aquel juguete de las olas, y la canción plañidera de las aguas, fué llenando las barrancas, la tarde, la fronda verdinegra de los árboles que elevaban sus copas al cielo.

La brisa, fresca y blanda, trajo en sus alas el golpeteo isócrono de los remos, mansos como palabras. Las aguas fueron tiñéndose con los reflejos del horizonte encendido. Sobre el lago, manchas desiguales, simulaban remansos donde habían buscado refugio miles de peces de colores.

A medida que los minutos transcurrían, la brisa dejó de traer en sus alas intangibles la canción de los remos. El barquichuelo al alejarse borró la silueta de sus tripulantes y fué como un punto informe sobre las aguas tranquilas.

V

—No exijo de ti un juramento de amor. Sé que me amas, y el amor, forma transitoria de los sentimientos humanos, no es eterno. El juramento te ataría al carro de una promesa junto al hombre á quien has amado ó amas. Vive hoy en mi amor, porque nos queremos. Apuremos la felicidad que nos embarga bebiendo en la copa de la vida. Mañana tal vez todo cambie. . .

—Sí, bebamos la felicidad en la copa de la vida, pero júrame amor eterno. Temo que en ti todo sea una veleidad pasajera, hija de un momento de entusiasmo.

No lo puedo, amada mía. Sé que mi vida toda, hoy depende de ti. No quiero en un instante de ceguera amorosa mentir jurando pertenecerte eternamente, porque sé que todo pasa, el amor, la forma, las instituciones, las costumbres, las circunstancias, y más que nada, los sentimientos humanos.

—No te quiero así. Ámame para siempre y vibre la vida en torno nuestro como un rayo de luz, ó sea mar proceloso de tormenta nuestra pasión. Y como dos náufragos arrojados á los embates de las olas, luchemos en sentido contrario con nuestro infortunio. Desafié el temor de la inmensidad, y con tu amor fuí resoluta. Desafía tú también la idea y ven hacia mis brazos que se abren para estrecharte con fuerza contra mi pecho, donde murmura mi pasión. Seamos grandes y así unidos seamos felices.

—Amada mía: relampaguea aún en tu cerebro el fuego de una idea que te encandila. Eres

juguete de un prejuicio insano, que tiene en el ambiente moderno, fuerza de muerte. Como el temor á la inmensidad, avéntalo al espacio, y sólo vivamos de la vida lo que la vida nos ofrece.

Sobre las aguas que mueven el barquichuelo, en el silencio majestuoso de esta hora melancólica, ante el divino reflejo de los arreboles, sella con un beso de tus labios frescos, tu independencia final. Sé mujer del porvenir. No quebrantes tu libertad de amar con el prejuicio de una eternidad amorosa. Vive, levanta la cabeza y mira el horizonte rosado, prometedor de bonanzas para los seres humanos, en un porvenir que galopa.

Hunde en el olvido lo pasado, tu vida, tu educación convencional, el temor al qué dirán, é interroga á tu corazón. El te responderá. ¿Me amas? Bien: tú lo has dicho. *Fuerte como la muerte es el amor.* Con él, el sacrificio es necesario. ¿No me amas? Sigue tu ruta de mentiras sociales y macera tus carnes en el vicio de una ficción que concluirá contigo y no te hará vivir. El dilema es cruel, pero necesario. Para mí, en la explosión violenta de un amor sincero, ó para el mundo que te atará á la coyunda fatal, de un convencionalismo de muerte.

Elige, mujer, en la hora grandiosa de la prueba.

—Duro y tirano es todo lo que me pides. Transé contigo en la aventura que corremos sobre las aguas terribles. Me exiges ahora que acepte algo oído recién por primera vez, y cuyas consecuencias me espantan.

—Transaste conmigo en aventurarte sobre las aguas bonachonas. El temor que le tenías se esfumó con el conocimiento adquirido. También lo que te pido provoca en ti un temor infundado. No conoces el porvenir y éste te espanta con su inmensidad inexcrutable, como no hace muchos instantes estas aguas que nos mecen. El día que tengas suficiente valor moral y te propongas desafiar las consecuencias, el porvenir abrirá sus puertas y por ellas entrarás á conocer la felicidad y la vida. Sólo te pido en este momento, amada mía, que seas libre, libre como el pájaro, libre como la vida, libre como el amor, ese amor infinito que se esconde en tu pecho como un florón de fuego. Vuela, Sulamita. Sé feliz. Ven, que mis brazos y mis labios te esperan para festejar la ruptura definitiva de las cadenas que te atan á las grotescas fórmulas sociales, que te oprimen y no te dejan vivir.

VI

Las sombras cenicientas de la tarde fueron inundando el espacio. Los contornos de la ribera se hundieron lentamente en la noche, mientras el cielo se salpicó de miles de partículas de oro milenario que guiñaron á la tierra.

Los celajes del crepúsculo avanzado parpadearon unos instantes más, y luego, en una carcajada explosiva se perdieron en la negrura de la noche.

La luna asomó su mole gigantesca por entre las copas de un montón de árboles, y sobre las aguas dormidas en las sombras, trazó un surco profundo de plata.

Y en esa hora, en medio del silencio de la naturaleza dormida, mecida por el débil movimiento de un barquichuelo, una mujer se independizó de las fórmulas y fué libre, libre para siempre.

PERFECTO B. LÓPEZ.

José de Diego

Publicamos hoy el retrato del distinguido poeta y publicista



José de Diego

portorriqueño don José de Diego, cuya personalidad literaria se ha captado el aprecio de los intelectuales de América, y es, en la pequeña Antilla, como un astro que ilumina los senderos por donde marcha la falange de los ricos de ideas y de ensueños.

Luchador noble y sincero, abogado de talento que ve el *más allá de la vida*, el señor José de Diego es autor de la «Codificación Administrativa» y «La criminalidad en Puerto Rico».

Ultimamente, publicó en Barcelona un hermoso libro de poesías intitulado «Pomarrosas», y en ese libro, la originalidad y la belleza se han juntado para formar un símbolo de triunfos inmarcesibles.

Al noble literato, nuestro voto de admiración.

A una casada

Violada la ilusión del primer sueño,
comprendiste que no eras comprendida;
sangró un raudal de llanto tu alma herida
y agonizó en los brazos de tu dueño...
¡Qué abrumador, qué bárbaro es el leño
para tu débil fuerza, alma afligida!
que no hay mayor dolor en esta vida
que morir de la muerte de un ensueño.

Perdóname el placer de aquellas horas
en que de mis pupilas á las tuyas
hubo un vuelo magnífico de auroras:
¡Tal vez hoy, cuando en lágrimas diluyas
de tus ojos las luces tembladoras,
se te acerque el Pasado y no le huyas!

EMILIO FRUGONI.

Ofrenda

Recuerdo de un alma eximia, este poema es un exvoto de amor. Como *ella*, la amante efímera, aquella alma selecta se ha perdido en el caos eterno de la vida.

. . . .

. . . .

¡Salve! ¡Oh, pagana evocatriz del amor y la harmonía!

Surgiste en la brumosa estepa de mi vida como una Helena fugaz coronada de mirtos y de rosas. Y al hablarme de tus emociones íntimas, de la unción de tus decires y el excelso crisol de tus ideas, huyeron de la barca de mis sueños los petreles del dolor cuya omnividencia hablaba de vórtices y borrascas. Y, mi cerebro tanto tiempo atormentado, quedó apacible y risueño, como una mar en calma, que surcaran esquifes de cristal.

Entonces, á ti fué abierta la urna de mi corazón transido, que no concibe un amor con sujeción á las voces del futuro, agoreras y siniestras como chirridos de cárabos en un claustro de tinieblas...

Y te hice el exvoto de mi amor, que sabe á salmos gloriosos del paganismo, mientras tus labios elocuentes y temblorosos, rasgaban el silencio originado por el lirismo de nuestros besos, y murmuraban quedo, muy quedo, quemándome las mejillas:

«¡Cómo es sabia, cómo es triste la elocuencia del silencio!»

*
* *

Tú sabías de la vida... y la cantaste un salmo vibrador.

Yo sabía de sus tristezas inmensas, y mi homenaje á ella era un himno de dolor.

Por eso, hallé en ti el elíxir de la vida:

cuando me oblaron sus caricias infinitas, tus ojos tiernos y madorosos como dos pétalos desprendidos de un corimbo de hortensias azules;

cuando el ánfora de tus labios abierta á mi imploración volcó en mi boca acre sus efluvios de nébeda exquisita;

cuando mis ojos, avaros de tus encantos—venero inagotable de ternuras—cayeron sobre el domo de tus senos, que ostentaban como las rosas de Irán los hechizos de eternas primaveras;

cuando mis brazos como un pselión animado, nimbaron tu cuello lácteo y divino, mientras surgía en mi memoria aquel verso de Francis Jammes, voluptuoso y pagano como tú; aquel verso...

«Rien n'est plus doux pour moi que ta chair dans la nuit.»

Y, cuando ambos nos amamos ¿recuerdas?

El alba nos sorprendió besándonos aún frenéticos y ardorosos y nuestras almas vibraban al unísono por ideales de amor y de verdad. Tu cuerpo laxo temblaba prisionero en mis brazos fatigados, y tus ojos soñolientos y vagos en sus miradas de amor, aureolados estaban de dos trazos como pétalos de una lila agonizante. Tus cabellos en desorden caían como una avalancha de oro sobre la nívea almohada, y, bajo los cobertores que te arropaban aún, yo adivinaba mórbidos y esculturales cual un poema de mármol, el pequeño cimborio de tus senos y la curva auroral de tus caderas.

Y aún así ¡cuán bella eras!

Después—¿me quieres? susurraste en mi oído como haciéndome un reproche.

—¡ . . . !

—Yo ya no te quiero á ti. Te amé, y para no odiarte es preciso que te olvide. Seamos libres. El olvido, sólo el olvido decreta la libertad de las almas.

Callaste, y una harmonía de perfumes y de luces pobló nuestros corazones.

Y luego, cuando te fuiste, y en la azulada lejanía perdióse tu silueta leve y dulce cual una paloma blanca, murmuraron mis labios dolorosos:

¡Oh, pagana evocatriz del amor y la harmonía! ¡Salve!

Surgiste del misterio y tornas á él con la libertad de un pájaro de la selva.

Manuel Pérez y Curis.

Azul. . . .

Tras el azul de los cielos se despliega el luminoso infinito de lo inconmensurable donde mora Dios.

Bajo el azul del mar duerme el obscuro abismo del misterio donde se agita la tempestad.

Y bajo el azul de tus ojos, dime, ¡oh, mi adorada! ¿qué habrá? ¿el luminoso infinito de los cielos donde mora Dios ó el obscuro abismo del Océano?

Rafael Angel Troyo.

Página artística

POR ORESTES BAROFFIO



A Ulises W. Riestra.

El cuadro es elocuente y real.

Baroffio, con la originalidad y el encanto que le han hecho acreedor á infinitos aplausos, nos mueve hoy á las meditaciones de la vida. Es el epílogo de una novela de amor. Sobre la mesa, la triste esquela yace como una sentencia irrevocable. *Ella* llora. El pañuelo que ambas manos sostienen cubre su rostro como señal de inmenso desconsuelo. ¡Quién sabe! Una decepción amorosa, acaso... Acaso, no; es evidente. Porque el amor es pródigo en decepciones.

Nuestras sinceras felicitaciones al delicado artista. ¡Lástima que en la copia de su cuadro no se puedan apreciar la sutilidad de su capricho artístico y los trazos excelentes de su hábil pincel!

Nieve

Es la alcoba una habitación pequeña, tapizada de rojo obscuro y cuyo techo lo cruzan bermejas vigas paralelas. Los muebles son escasos: un velador de madera barnizada con incrustaciones de nácar, sobre el que descansan varios libros de tapas policromas; en sus lomos desiguales se leen los títulos de las obras ó de los autores: Ohnet, Dumas, «Imitación de Cristo»; en los restantes no puede leerse ni el título ni el autor.

Entre los dos balcones que, aunque pequeña, tiene la estancia, hay una mesa con tablero de mármol: sobre el tablero reposan: una bandejita de cristal tallado que contiene horquillas, peinetas de concha y alfileres negros, de negra y esférica cabeza; frascos con etiquetas extranjeras conteniendo líquidos de colores distintos y de perfumes penetrantes; hay también sobre este tocador cintas azules y gasas incoloras, abandonadas allí en desorden; y en su centro, en un búcaro de rosado cristal, se muere un crisantemo con sus hojas amarillentas enervadas y su tallo verdoso bañado por agua añeja. Frente al espejo hay una cama de madera negra cubierta con lienzos muy blancos, y por entre esos lienzos asoma un rostro de niña ó de mujer, no tan blanco como las sábanas, porque es amarillento, pero encerrado en un marco de cabellos negros, que sí son más negros que la madera del lecho. La niña se muere. Cabe la cama llora una vieja y muchas veces sólo el gemir de la anciana turba el silencio de la habitación y apaga el lento respirar de la enferma que, con los ojos abiertos, mira el balcón que hay frente á ella.

Desde allí ve la niña cómo van cayendo los copos de nieve. ¡Cuántos caen, y qué despacio, y cómo descienden del plomizo cielo para besar á la tierra con su beso frío; y qué blancos son, y cómo se juntan unos con otros, como si fueran lágrimas que se encuentran para formar una sola, y cómo van posándose en las hojas de los árboles y las van uniendo hasta formar un manto que á todas las aprieta en blanda caricia!

La niña se queja; la anciana pasa sus escuálidos dedos por las cuencas de los ojos para quitarse las lágrimas y procura consolarla.

—¡Ya no volverá! — dice la niña.

- Sí, gloria; sí, volverá; lo que es menester es que tú no pienses en ello, que dejes pasar las horas cuidándote, distrayéndote conmigo siempre á tu lado; y luego, cuando más lejos tengas el pensamiento, tú verás como viene; sí, volverá, sí.

Y la niña suspira, y la vieja, al oir el lamento del alma, vuelve á llorar.

¿Te acuerdas? La última tarde que estuvo fué la última tarde que hizo sol; un sol que no calentaba; amarillo, amarillo, como si fuese de metal . Desde entonces no ha vuelto.

Salen las palabras de la boca de la niña, lentamente, muy lentamente, y entre una y otra deja un silencio para respirar; entra el aire muy despacio hasta llenar el pecho enfermo, y luego, como si le causara horror estar allí metido, sale de prisa, en una sola bo canada. Después torna á hablar la niña:

—Las cuatro; ya no viene hoy, ya no viene nunca... y sigue nevando, nevando...

—Volverá, hijita, volverá; cuando desaparezca esa nieve, muy pronto; cuando vuelva el sol, vuelve él.

—Sí, vendrá con el sol. ¿Pero el sol vendrá pronto?

. . . .

La respiración de la niña va siendo más despaciosa cuanto más difícil; llega la noche; poco antes de llegar lo anuncia emplomando los cristales y confundiendo las cosas y las personas con sus propias sombras.

La vieja calla, la vieja duerme. La niña calla: está á punto de morirse. Y la noche sigue avanzan do, avanzando; se oyen desde la estancia los pasos precipitados con que caminan por la calle los trasnochadores; luego un silencio muy largo, muy largo, de una, de dos horas; luego el rodar de un coche que ha de estar desvencijado á juzgar por el ruido que produce; luego otro silencio más largo que el anterior, después el golpe seco que hace el farolero al herir con un palo la palanca del farol; más tarde se oye el blando ruido de la nieve al tropezar en las vidrieras; pero pronto se extingue; el trotar de un caballo que lleva cántaros de leche y que va entrechocando; el gemir de unas ruedas que hacen moverse á un carro muy pequeño que lleva basura; y por fin, el alba, y con el alba un sol muy grande, que debe estar muy cerca del mundo y que al asomar allá lejos, detrás de la sierra, manda su primer rayo á los balcones de la niña.

El sol llegó tarde La niña murió á la media noche.

Pronto despertará la anciana.

MIGUEL A. RÓDENAS.

Bajo los árboles

Preguntabas: (Tu frase era la esencia
inmaterial de una camelia blanca)
—¿Las aves son poetas?—De las flores;
—te decía. ¡Las flores tienen alma!
—¿y el canto?
—¡El canto es el dolor, de lo que muere
de nostalgia inmortal bajo las alas!

M. PIMENTEL CORONEL.

Crepúsculo

El Sol está cerca de su ocaso, un mar de fuego se divisa en el horizonte, caprichosos paisajes se dibujan en la atmósfera, la suave brisa mece la copa de los árboles, los pajarillos entonan sus alegres trinos al regresar á su querido hogar, la naturaleza ya muda é imponente, ya animada y retozona, ofrece á mis ojos el más delicioso y poético cuadro.



Doctora M. Práxedes Muñoz

Sentada al pie de un fúnebre sauce contemplo tantos primores. La analogía que tienen sus abatidas y mustias hojas con el estado de mi alma, me hizo escogerlo por compañero y testigo de dolor, y allí la cabeza inclinada, mudo el labio, palpitante el corazón, dí libertad á mi llanto, por mucho tiempo comprimido.

¡Oh, dulces recuerdos, adoradas ilusiones que sin cesar rodáis en mi mente! ¿Será posible que sólo seáis para mí quimeras é imposibles? Sueño de gloria y ventura que habéis dormido tanto tiempo en el fondo de mi ser, ¿quién os despertó así para mi tormento? ¡Ah, pluguiese al cielo que antes de turbar mi dulce inconsciencia, hubiéranme arrebatado la enojosa vida, entonces no bullirían en mi confusa mente esas imágenes que á toda hora acosan mi pobre corazón, torturándolo sin piedad con el anhelo de lo imposible, el deseo de lo desconocido, el amor de lo misterioso y lo verdadero que tan sólo seduce y entusiasma mi espíritu.

Seducción adorable, encanto irresistible, cual música sagrada de esferas intangibles, de mundos ignotos, lejos, muy lejos de nuestras groseras realidades y del medio empequeñecido en que el destino me colocara.

¿Por qué tan brillantes perspectivas, tan encumbrados pensamientos han de surcar á toda hora el cerebro juvenil de una

tierna adolescente, para evaporarse luego como sombras caprichosas, alucinaciones insanas, productos de fantasía desequilibrada? ¿Y cómo huir del ideal sagrado que alberga lo íntimo del alma, cómo matar entusiasmos puros, creaciones excelsas, acariciadas entre los perfumes de la niñez, hoy profundamente arraigados en mi mente?

Así desahogaba mi pecho junta á esa fecunda naturaleza, mudo testigo de mi quebranto, cuando las negras sombras de la callada noche, vinieron á nublar aquel encantador paraje, llevándose entre los últimos destellos del terminado día, al par que los dolores, las esperanzas de mi alma enferma.

Oprimióseme el corazón al pensar si sería aquella la vez postrera que vendría á exhalar allí mis doloridas quejas, lágrimas amargas brotaron de mis ojos al abandonarlo, y mi exaltada imaginación que no cesa de presagiarme inevitables desgracias, no dejó de atormentarme un instante mientras me acercaba á mi morada.

Fué tal el aturdimiento que engendró en mi espíritu, que dudando hasta de la evidencia creíme presa de una horrible pesadilla, y aun al escribir estas líneas, no sé si sueño ó si estoy despierta.

M. PRÁXEDES MUÑOZ.

Rondel

En la lumbre de tus ojos se bañó mi desconsuelo,
Y las mieles de tus labios endulzaron mis dolores;
Y pasó, cual vago bólido, por los nublos de mi cielo
La caricia inebriativa de tus púdicos amores.

¡Oh visión ultraterrestre cuyos vivos resplandores
Alumbraron las perpetuas lobregueces de mi anhelo!
Con las mieles de tus labios endulcé mis sinsabores
Y en la lumbre de tus ojos se bañó mi desconsuelo.

No te ausentes, dulce amiga, blanca estrella de mi cielo;
Quiero, asido eternamente, á tu cauda de fulgores,
En la lumbre de tus ojos empapar mi desconsuelo
Y en las mieles de tus labios endulzar mis sinsabores.

SALVADOR MARTÍNEZ ALOMIA.

Cositas....

Ante la ley de evolución, el hombre adquiere en lo creado una majestad verdadera, aun más grande que si lo consideramos irreflexivamente de fabuloso origen divino. La perfección



Enrique Crosa

humana alcanza su máximum en las manifestaciones del amor. Un hombre ó una mujer que sepan amar, son por todos conceptos seres superiores.



Cambiada ó disminuída la actividad exterior de los elementos generadores, es posible que hoy sea apta la naturaleza tan sólo para engendrar espontáneamente seres inferiores. Basándose en esa afirmación, es posible creer que cuando apareció el hombre en la tierra, el estado de esos elementos generadores era de una extraordinaria actividad. Los animales llamados antidiluvianos, no existen ya, y fueron los primeros en aparecer en nuestro globo, según lo afirma la zoopaleontología. Por consiguiente, puede creerse en la degeneración generatriz de la naturaleza. Los estados exteriores de nuestro planeta, han cambiado; varían también los elementos de producción de vida. Nuestro mundo pierde sus energías.

* * *

Si se inyectara fósforo en el cerebro de un determinado animal, ¿se obtendría acaso una inteligencia artificial superior á la del rango del animal inyectado?

* * *

Los dioses se van... los dioses se han ido... y los que aun reinan en la tierra, viven una pobre vida. Venus acepta en su culto, los refinamientos franceses; Apolo se dedica al *art nouveaux*, y el pobre Cupido tiene que mantenerse á fuerza de extracto de carne.

Los dioses se van...

* * *

Si la materia es inmortal, en vano
resultará á los hombres pretender
destruir el amor, pues soberano
guarda el amor el insondable arcano
del principio del ser!

ENRIQUE CROSA.

De "Némesis"

Rara vez ciertos triunfos del sufragio popular, me consuelan de sus derrotas;

nacido en una democracia analfabeta y domeñada, en la cual la sola forma de elección fué dicha por la boca voraz de todos los partidos, en este aforismo de una impudente precisión: *el que escruta elige;*

hecho después, á ver salir de las urnas prostituidas, como de una matriz de devastación, los más rudos lobatones de la ineptitud y la violencia, aptos para devorar la libertad;

habiendo vivido luego en la República Modelo, donde el soborno y el cohecho son los únicos medios de elección;

encastillado entre dos horrores: el de aquellas democracias bozales que reclutaban los electores, y esta democracia colosal que los compraba;

no sabiendo cuál era más vil, si el voto uncido ó el voto vendido; si el del esclavo atado ó el del liberto comprado; si el obtenido por la fuerza del hecho, ó el obtenido por la fuerza del cohecho, asombrado ante las repúblicas del Sur, que votaban amanadas y la república del Norte, que votaba sobornada, entristecido y desesperanzado ante esa farsa triunfal, ante ese hacinamiento de bastardías, en donde crecía como en un estercolero la generación espontánea de las larvas parlamentarias, estuve un tiempo, tocado de un temor, más grande que mi amor por el principio violado del Sufragio popular;

Francia, Italia, España, me han consolado después;

ellas, me han demostrado que aún envenenado y enturbiado por los reptiles de la fuerza, aquél permanece el único manantial puro del derecho, la única fuente de fuerza y de salud para los pueblos;

como no tengo patria, sino una circunscripción geográfica, apta para el insulto de mi nombre;

como obligado á optar entre la patria y la libertad, he optado por la libertad;

no he sido elegible ni elector;

salido de mi país en mi primer albor de juventud, habiéndome hallado el Destino, digno de emigrar con la Libertad, antes de ser apto para votar sin ella; habiendo sido guerrero antes de ser ciudadano; habiendo disputado á la suerte el derecho de morir, antes de tener el derecho de votar, mi pluma, abierta como una azucena de fuego, en medio á los combates borrascosos, ni ha firmado un voto, ni ha tenido que agradecerlo;

he sido el solitario armado, que no sabe de la vida, sino la lucha y el dolor;

no siendo bastante mediocre para merecerlo, ni bastante vil para mendigarlo, el voto de las

democracias esclavas, apenas adultas y ya maduras para el crimen, no ha hecho enrojecer mi nombre;

mi juventud pasó envuelta en la tempestad, virgen de esa mancilla;

entrado en la edad madura, me hago inaccesible al halago de las urnas, porque todo en mi país, todo, hasta la Presidencia de la República, está por debajo de mi ambición... y, de mi orgullo...

yo, tengo en mi patria pasiones, pero no tengo aspiraciones;

he renunciado á habitarla, pero no he renunciado á defenderla;

no vivo en ella, pero vivo para ella;

y, en momentos como el presente, no le queda otro refugio, que mi pluma;

no se dirá que desapareció, sin que el himno triunfal de mi palabra la acompañara á la tumba;

mientras otros viven para explotarla, yo, vivo para honrarla;

y, esperando darle un día libertad, le doy un rayo de gloria;

defiendo su vida contra la insolencia de los amos, y protejo su honra contra la insolencia de los siervos;

y, en ella, nada aspiro, y de ella, nada espero;

me estimo mucho, para aspirar á ser su amo, y la amo mucho, para dejar de ser su apóstol;

el poder, está muy por debajo de mi nombre: sólo el deber está á la altura de él;

y, lo cumplo;

hábil en hacer la soledad en torno mío, ¿cómo no extrañar y agradecer la caricia que un viento de fraternidad, trae hasta la profundidad de mi aislamiento?

lo confieso:

ver mi nombre, en la lista de los candidatos que los republicanos de las «Dominicales» de Madrid, desearían ver triunfar para diputado al Parlamanto español, me ha conmovido hondamente;

esa candidatura, no es sino un deseo, pero, eso basta para ser un honor;

que haya habido un español, que haya dicho su voto por mí, para Diputado por Madrid, eso basta á mi orgullo de luchador cosmopolita, en el combate universal por la libertad;

y, cuando ese español se llama Demófilo y, el partido que lo rodea es el partido republicano, eso sobrepasa á mi ambición, que es como poner un límite á lo infinito;

el deseo de aquel voto, es apenas una enunciación, pero, no por eso, deja de ser una consagración;

por eso he querido dejar aquí constancia de mi ardiente gratitud;

ella rebosaba ya, desde que los republicanos del distrito de Chamberi, á raíz de una conferencia de Fernando Lozano, firmaron una proposición en mi honor y aclamaron ruidosamente mi nombre;

esa nobleza inesperada, me consuela de tanta bajeza estipendiada que se comete contra mí;

ese honor que la democracia me tributa en España, me venga

ampliamente de los ultrajes que la autocracia me prodiga en América;
ese honor vale el olvido de este horror;
esta prueba de fraternidad, compensa los insultos de la venalidad;
el amor de los hombres libres me venga del odio de los esclavos;
por ese recuerdo de mi nombre ante un plebiscito de conciencias libres:
¡Gracias, gracias!...
ex imo pectore...

VARGAS VILA.

Homenaje

En una postal de la señorita Flor de María Sagarra.

Ha tiempo que voy en busca,
como aquel héroe Manchego,
del Ideal de mi älma,
armado de caballero.
Errabundo y solitario,
vivo, discurro, y me encuentro
en cada justa de honor
haciendo triunfar mis fueros.
Cada concepción que abrigo,
cada ilusión que entreveo,
es un imposible más
á mis imposibles sueños.
Yo también—como aquel lírico
héroe de Cervantes, ruedo—
resplandeciendo mi escudo,
como un astro, en los torneos.
Comprendo que la Esperanza
va abandonándome lejos;
sólo en las noches tranquilas
muy cerca la noto en sueños.
Hermosa dueña de este álbum
de pensamientos selectos:
¿pretendes un madrigal
de este humilde caballero?
¿Pretendes, dí, que formule
sobre esta postal anhelos?
¿Qué podrá decirte un alma
árida como un desierto?
Hermosa dueña de este álbum:
á tu pedido me niego;
sólo á rendir homenaje
á tus beldades me presto,
depositando en tus manos,
cual cumplido caballero,
mi vieja lanza de oro
¡demoledora de ensueños!

PEDRO ERASMO CALLORDA.

A propósito de "La Canción de las Crisálidas" y "El poema de la Carne"

Torres de Meirás—Por Betanzos—Sada, 2 de Julio de 1905.—Señor Manuel Pérez y Curis.—Montevideo.—Mil gracias por el envío de su libro de versos, que acabo de leer con sumo interés y que revela una personalidad.

Aprovecha esta ocasión de ofrecerse, de usted afectísima,—*Emilia Pardo Bazán.*

New York, Agosto 15 de 1905.—Señor Manuel Pérez y Curis.—Montevideo.—Distinguido señor mío:—Me ha honrado usted con el obsequio de un ejemplar de su hermoso volumen de poesías; y al presentar á usted el testimonio de mi gratitud por tanta distinción, y especialmente por las muy galantes frases con que lo dedica, me permito también unir mis felicitaciones á las numerosas que sin duda, habrá usted recibido de personalidades mucho más valiosas que la mía.

Deseara, en verdad, hallarme en aptitud de emitir en esta forma las impresiones que he recibido con la lectura de su hermoso libro; pero no siéndome esto posible por el momento, y no queriendo demorar el cumplimiento de un deber que el agradecimiento impone, mientras puedo darme la satisfacción de decir de usted lo mucho bueno que pienso, al través de la distancia que nos separa, tiendo á usted mi mano para estrechar la suya cordialmente en prenda de viva admiración y simpatía, á la vez que me complazco en ofrecerle las seguridades de mi aprecio y amistad.—*Alirio Díaz Guerra.*

Bibliografía

Sueños de media noche.

Este es el título de un libro de poesías de que es autor el joven Ovidio Fernández Ríos. Hay en ese libro estrofas vigorosas que prometen algo bueno.

Trate el novel poeta que su oído corresponda al dictado de su numen, y llegará á la cumbre, á pesar de las sierpes de la envidia que le acechan vilmente.

Musas hermanas.

Así se titula un tomito de poesías de los jóvenes literatos nacionales F. Acosta y Lara y Casiano Monegal. El encanto armonioso, y á las veces la rebeldía de la forma y la complexidad de ideas, anuncian futuros triunfos de esos dos iniciados en la lucha.

"Almanaque-Joya" para 1906.

Buenos Aires.

Es en verdad una joya por las colaboraciones literarias y artísticas que encierra, y por la nitidez y el gusto de la impresión impecable.

En la parte literaria hemos visto composiciones subscritas por literatos que, como Samuel Blixén, Chocano, Naón, Noé, Casimiro Prieto y Troyo, ocupan un puesto de preferencia en el campo literario americano.

Tiene hermosas ilustraciones firmadas por los aplaudidos artistas Francisco Fortuny, Apeles Mestres, Federico Prieto y otros.

Es una verdadera joya artístico-literaria.

APOLO

REVISTA DE ARTE

Director-Redactor: PEREZ Y CURIS

MONTEVIDEO, Abril-Mayo de 1906

Para el "Aurea mediocritas" de Horacio

Uno de esos Gargantúas del Crimen, cómico y único, que en su voracidad de gran bestia viteliana, deshonra la Dictadura, más allá del trópico, amostazado por los foetazos de luz, con que Vargas Vila castiga su canibalismo oprobioso y su bestialidad concupiscente, hizo llamada á todos sus plumarios, y no halló para su defensa, sino un *escritor*, uno solo, y eso, fuera de la Nínive indígena, en que reina como señor:

en cambio, pulularon los asnos de alquiler, romos y desmazalados, para llevar repletas las alforjas del insulto oficial, hasta los pies del escritor rebelde;

entre estos esclavos blasfemantes, todos de una mentalidad infinitesimal, digna de Fray Candil, hubo uno, divertido hasta la exageración y bufo hasta el oprobio, que hizo las delicias del escritor insultado;

este pedagogo hambreado y venal, cultiva la gramática;

y, fué, por este tubo digestivo de la mediocridad, que se descolgó hasta Vargas Vila;

blandiendo la quijada épica de ese burro muerto, que se llama el clasicismo, llegó este benemérito de la inepcia, dando tajos y mandobles, contra la prosa altanera de Vargas Vila, con la inocente ceguera de un escarabajo, que clavara sus cuernos en el tronco de una encina;

no sé cuántos litros de leucorrea gramatical derramó este maestro de escuela, infeliz, sacado del ayuno para vomitar viejas barbaridades léxicas;

ni hace el caso;

no es persona hábil á la discusión, ni tiene personalidad jurídica en los estrados de la prensa, cualquier follón menesteroso, que aspira á discutir con escritores, y quiere deslizar su personalidad clandestina, hasta cerca á la gente intelectual, para morderla en los talones;

Contreras, ó cosa semejante, parece ó dice llamarse aquel pulpo de antología, enconado por comisión oficial, contra la licencia majestuosa del Verbo revolucionario;

pero, su nombre, si lo tiene, sea ése ú otro, que todo es lo mismo, hablando de esos anónimos sin cacumen, no viene al caso;

¿es que tienen nombre propio los esclavos?

no llevan en el collar sino el nombre de su amo;

llegado á ciertos bajos fondos de la infamia, el Alfabeto se desorganiza, y aún ayuntando sus letras por la fuerza, no dicen nada: se rebelan á dar su nombre á ciertos entes;

no es pues á este vertebrado de nóminas guatemaltecas, á quien Vargas Vila, quiere referirse á propósito de la crítica, chirle que las polillas de Diccionario, hacen diariamente, á su prosa atrevida y personal, á su tecnicismo supraelevado, ajeno á los viejos odres, donde se agria, el vino ya intrajinable de un clasicismo vetusto;

es á propósito de un escritor insonoro y amable: don Gerardo Matos Avilés, que en su libro reciente: *Del Estilo y de la Idea*, concluye por asegurar, que: Si Vargas Vila, escribiera en español, sería el primer escritor de América y, aún *(sic)* de España...

y, Perogrullo sonrió con su risa *bonhomme*, en el fondo de esa candidez problemática;

el dardo, aun finamente pulido, no tiene punta;

la mano del arquero marró el tiro;

Vargas Vila, ha declarado altamente, no aceptar y no seguir las reglas estrechas de las Academias; como no acepta y no sigue los dogmas estrechos de las iglesias;

ni academias, ni concilios le dan la ley;

tanto vale para él la Academia como el Sylabus;

y, se cuida tanto de la inmutabilidad del idioma como de la inviolabilidad del dogma;

esas cosas vetustas no hablan nada á la independencia salvaje de su corazón;

sabe tanta Gramática como Menéndez Pelayo, y tanta Teología como un Prior de Benedictinos, y, tiene sin embargo, la grata entretención, de violar por igual los dogmas y las frases, torturar la fe y el lenguaje, con una rara voluptuosidad, que le viene de su amor huraño á la independencia del espíritu;

la tradición, no es su culto;

no se encierra en ella, ni para pensar, ni para escribir;

no es águila de museo, ni león de feria;

toda jaula está mal á su espíritu;

no cabe en ellas; ni vive en ellas;

piensa libremente y escribe como piensa;

ama hasta el delirio la libertad de su vuelo y de su verbo;

sus ideas, como su gramática, son de El;

si escribiera como tantos, sería uno de tantos;

no sería: *El.*

prefiere la libertad amenazante del lobo, á la tranquilidad colectiva del rebaño;

no aspira á que los otros escriban como él; se conforma con no escribir como los otros.

no impone su estilo, como regla; pero, no sigue las reglas del estilo;

voilá tout;

continúa con su prosa atormentada y rara, libre, como su conciencia, de todo yugo;

esa prosa, que recientemente, escritores españoles han hallado; uno: *contorsionada y luminosa como una zarza ardiendo;*

otro: *personal y sugestiva, tan rítmica y poética que llena sus frases con una euritmia sana;*

otro: *á veces incorrecta, pero siempre bella y elocuente;*

y, otros... ¿á qué citar todos los conceptos recientes?

hasta el señor Matos Avilés, que la halla: *consubstancial con su personalidad brillante y tumultuosa;*

todo eso prueba, que esa prosa de Vargas Vila, que á tantos exaspera, se abre campo,—por no ser una prosa trivial—á través de sus mismos críticos, con la fuerza avasalladora de su libertad;

y, Vargas Vila, no entiende renunciar á esa prosa, á la cual debe todo, comenzando por su indiscutible superioridad sobre sus críticos;

ha podido hallarlo declamatorio y ensañarse contra él, el raquitismo intelectual de cierto revistero cubano, que escribe desde París á diarios de la Habana, con un seudónimo frailesco;

ha podido hallarlo *démodé,* cierto filisteo marroquinesco, acosado por esos apóstrofes debelatorios y fustigado y perturbado por ellos, en las bajas obras de su domesticidad, en su oprobiosa misión de delator paniaguado;

nada han podido, nada pueden, las catacresis degeneradas de esos juglares, contra la prosa triunfal que entona las aleluyas de bronce de la Libertad;

la Envidia tiene sus válvulas;

la Crítica es una de ellas;

¿qué sería de la crítica si no existiese el mérito?

¿contra qué se ensañaría?

esa epilepsia de los desesperados es un homenaje;

la Gloria, tiene el deber de alimentar á los insectos que viven de ella;

hay nombres hechos para saciar con su misericordia el hambre de los reptiles;

el señor Matos Avilés, no pertenece á los últimos, pero tampoco pertenece á los primeros;

no parece sentir la Envidia;

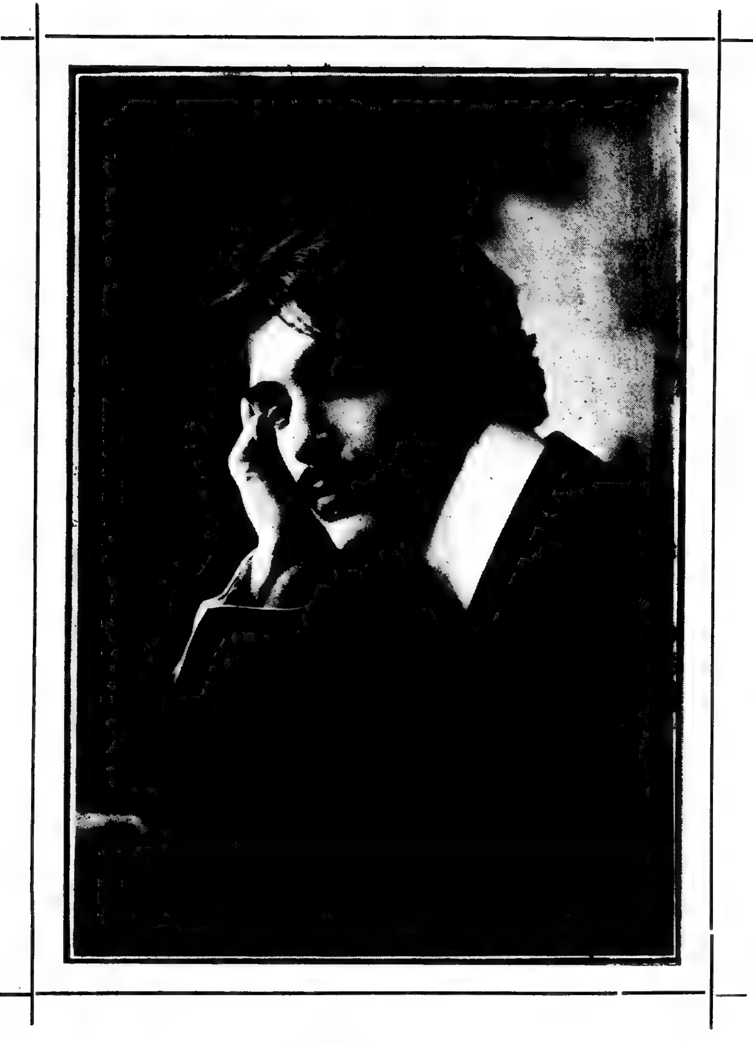
no tiene talla para despertarla:

ni la alimenta ni la merece;

es la Gramática apacible;

Aurea Mediocritas.

VARGAS VILA.



Amor. . . .

A una señora deseable...

Amor sabe enervantes y finas sensaciones;
Duquesa, Amor merece morar vuestro corpiño
Y á cambio de cariño canta suaves canciones.
Duquesa, Amor conmueve y es un perverso niño
Que vive de placeres, y fiebres, y cariño.

Duquesa, Amor es triste; Duquesa, Amor es bello,
Y dar á Amor la vida es cual si os dieran besos,
Besos á vuestros ojos, besos á vuestro cuello,
Besos á vuestra nuca y á esos pálidos presos
De dos líneas de sangre que están llorando besos.

Duquesa, Amor es triste; Duquesa, Amor es grande,
Amad bien locamente: Sufrid, después, señora.
Amad mientras Dios quiera y que á la tumba os mande—
Que sea vuestro lema, Duquesa, mi señora:
«Sufrir toda una vida y amar toda una hora».

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

Contemplando el mar

Todas las noches así que el silencio vela el sueño del mar, voy á recogerme ante su vista, evocando el destino de mi vida. En cada ola que se agita violenta, veo surgir las tempestades de mi alma! Nada más solemne ni más grande que el mar contemplado en medio de una borrasca del corazón! Entonces aparece toda la inmensidad del dolor, y el dolor sumerge el alma en un volcán de pasiones.

*
* *

Una noche plácida el mar retrata las olas plateadas y rumorosas, que apenas se quejan al morir en la playa y si rebotan sobre las peñas ó las rocas, caen envueltas por un golpe suave, incierto, apesadumbrado.

*
* *

En cambio si la noche es tempestuosa, si en el cielo no brillan las estrellas, se mira al mar bajo una gran sombra de dolor. Por eso decía Víctor Hugo que el mar como la mujer abisman. Yo he escuchado muchas noches seguidas el lenguaje de las olas, me he familiarizado con ellas, adivinando sus pensamientos. No permanecen quietas, el rumor lejano me avisa la ola próxima á estrellarse contra las piedras. Pero, ¡qué pavor inmenso me produce el mar en una noche negra, de tinieblas, de misterios profundos!

*
* *

Recuerdo con dolor una de estas noches. La lejanía me traía el rumor del viento y yo en la orilla, con la penetración del visionario, contemplaba impasible el líquido elemento. Estábamos en plena noche. Se proyectaba una gran sombra en el espacio y en el alma. El corazón también llo-

raba en la sombra. El mar se extendía inmenso, en una inmensa llanura de luces oscilantes que se movían al compás de lo indefinido. Todo se concentra, y en medio del mar se proyecta una mancha negra. Luego se extiende, se hincha, y una montaña de espuma blanca, nívea, arroja sus flecos encrespados á través del círculo opaco que le sirve de sudario. Después, nuevamente el mar duerme, vela el sueño de los que naufragan, de los que luchan, de los que lloran.

NORBERTO ESTRADA.

Abril de 1906.

Helénica

Yo enfermo cuando rima sus dulces ritornelos
De tu garganta núbil el pájaro cantor;
Y cuando, con el arco de luz de tus ojuelos,
Me arroja sus saetas el sagitario Amor.

Y, en tanto que sonríe tu faz de camafeo,
Las cálidas mejillas perladas de rubí,
Con el perfume ustorio de un incensario hebreo,
Van—píxides hibleas—mis versos hacia ti.

Yo sé que en tus palabras de adoración palpita
La gloria de algún *verso dorado* de Nerval;
Que enciende y embriaga, subyuga y debilita,
De tus odoros labios el hálito sensual.

Cual dáctilo glorioso del mago Anacreonte,
Tú evocas alegrías y júbilos de amor;
Por eso los efebos, al par de Carmoleonte,
Sus ósculos te dieran ungidos de pudor.

¡Oh, canta la hermosura de Helena, porque el griego
Jardín lentejuelado de asfódelos está;
Y en él han esparcido sus pétalos de fuego
Las rojas eglantinas de tus ensueños ya!

Yo canto en apoteosis á ti tu heliotropía
Hacia el rosado limbo del connubial crisol,
Mas—heliotropo ardiente—tú sigues todavía,
Al sol de la belleza pagana de Antinóo.

Y ríes, cuando ríen mis labios amatorios,
Y luego tus pupilas me besan porque ven
De mi semblante austero los rasgos ilusorios
Velados por la nube sañuda del desdén.

Y pues tu rostro luce las líneas deslumbrantes
Y el garbo de las damas de Greuze y de Rembrandt,
A tí, doncella de ojos y gestos adorantes,
Rindieran homenaje las vírgenes de Ispaham.

¡Cuán bello es ver la onda de tus cabellos negros
Caer en bucles tenues por cima de tu sien!
¡Cuán harmonioso el lírico rumor de tus alegros!
¡Jamás así cantaron las aves del Edén!

Cual ibis hacia el Nilo de lotos circundado,
Hacia tus ojos rútilos mis ilusiones van;
Y en tus ojeras jóvenes que amor ha dilatado,
Ven el matiz del bello jacinto de Ceilán.

Semíramis rodeada de eróticas ofrendas,
Remedo de las flores ninfales de Estambul:
Tú sueñas en un ciclo de míticas leyendas
Y adoras el lenguaje melifluo del bulbul.

La fiebre del deseo tu espíritu exaspera
Magüer de tus heraldos de amor sentimental:
¡Oh, si exteriorizaras su voz, aquél te hiciera
Trasunto de la humilde Mireya de Mistral!

Empero, nunca inmoles la flor de tu sahumerio
De ideales voluptuosos: sé libre, tú, también;
Porque un amor existe bordado de misterio,
Y en él se abisman todas las áncoras del bien!

¡Oh, diosa que me brindas el soplo de tus labios
Voluble como el vuelo fugaz del colibrí!
¡Qué en el altar divino de tus amores sabios
Me arrulle con sus glorias el cisne que hay en ti!

PÉREZ Y CURIS.

Página artística

POR ORESTES BAROFFIO



De Manuel Ugarte

Crepúsculo de Estío

En Saint Germain

Los grandes troncos saltan al beso de la tarde
como chorros de vida del horizonte en flor,
y en medio del incendio de la floresta que arde
preparan nuevas fráguas los génios del Amor.

Tus ojos inquietantes, de aceros españoles,
que apuran mis audácias bajo la luz triunfal,
dejan flotar en su honda constelación de soles
una esperanza humana sobre un deseo ideal.

Febril, la tierra anima sus gérmenes fecundos...
Las rosas mismas tiemblan con carne de mujer
cual si en las vibraciones enormes de los mundos
hubiera un infinito secreto de placer...

Y en el supremo espasmo del orbe que delira
y nos envía en sangre su última claridad,
nuestros labios unidos parecen una lira
donde resuena en himno toda la eternidad.

Manuel Ugarte

París, 1906.

Las flores

¿Le gustan las flores, Blanca? Ellas son el emblema de la poesía; son como el símbolo que sintetiza los pensamientos de las almas delicadas. Yo las amo i cada una de ellas sujiere en mi mente ideas distintas:

Las violetas, esas delicadas y enfermizas florecillas, tan tímidas, tan diminutas, con su perfume vago i suave, me hacen pensar en amores ocultos que moran en lo recóndito de almas castas de vírjenes pudorosas, que aman, que aman con delirio en silencio, sin hacer jamás trasparentar su acallado amor, pero que siempre están diluyendo su esencia como un hálito impregnado de aroma misterioso i sujestivo que comunica a los corazones una ignorada i seductiva sensacion. Oh! en las violetas, Blanca, están palpitando las al mas de los que sufrieron amores desgraciados i dolientes, amores sublimes que se esfumaron en el misterioso secreto de un sufrimiento resignado.

Las azaleas, son lo contrario. Esas flores blancas, pálidas, con esa blancura eucarística, inmaculada; sin un matiz, sin un perfume; con ese aspecto de muertas sagradas, me semejan vírjenes frias, marmóreas, esas que no aman, que no sienten i que están enfermas por el mucho hielo del corazon, por ese cierzo helado que siempre rocía su alma, sin una queja, sin una sola expresion de sentimiento; siempre mudas, indiferentes, sin conmoverse jamas ni ante la sublimidad de lo grandioso i admirable, niante lo hórrido i tenebroso de un dolor del alma mui hondo i mui intenso. ¡Oh esas flores me hacen daño. Son como el cadáver aun tibio de una hurí. No tienen vida, producen secreta repulsion a pesar de ser tan bellas. Creo que en ellas vagan las almas como la de Hamlet, profundamente tristes, frias, desengañadas, que ni el amor lleno de arrebatos delirantes como el de la pura Ofelia son capaces de conmoverlas.

I los claveles, Blanca, oh! los claveles con su corola de urdimbre graciosa i rara, con sus tintes multicolores, su exquisito perfume i sus pétalos triangulares i bordados, me seducen, son mis flores predilectas. Ellas producen en mi imajinacion la idea de almas vibrantes i apasionadas, en las cuales los pensamientos cálidos i luminosos nacidos al calor de mil influencias que suscita la artista naturaleza, se ajitan i se mezclan para formar filigranas primorosas de sentimientos ignorados, que emerjen efluvios trastornadores en la juvenil primavera de la vida.

Esos claveles encarnados, que parecen grumos de pasiones intensas, son los mas sujestivos. Ellos exhalan aromas embriagan-

tes que perturban e hipnotizan en uno como ensueño tropical, despertando en los corazones amores somnolientos, deseos de amar, de extasiarse i de sentir la dulce impresion de caricias invisibles, de confusas sensaciones i espamos ardorosos de un ser ideal, intanjible, cuya presencia seductora se adivina en derredor de uno, se siente palpitar con emocion creciente, con anhelo inusitado, i no se ve, no se palpa; es incorpóreo. Oh! esos claveles rojos. Sin duda en ellos están impregnadas las almas de Romeo, de Abelardo i Byrón, apasionadas, delirantes, como la expresión magnánima del amor sublimizado.

Por eso hace dias que uno de estos primorosos claveles no abandoua mi ojal. I son tan bellos i los quiero tanto!

RAUL DEL CASTILLO.

Santiago de Chile.

Primavera

A José Santos Chocano.

¡Soberbio despertar! En los alcores
Se difunden los rayos de la aurora,
Y allá, en lo espeso de la verde flora,
Se inquietan los alados trovadores.

Triunfa la luz; la niebla se evapora...
Y entre sauces, cascadas y rumores,
Copiando cielos, retratando flores,
Se desliza el raudal. Encantadora

La reina de los mundos, Primavera,
Como nunca, graciosa y hechicera,
Vuelve con sus obscuras golondrinas.

Y con ellas, debajo del alero,
Quebrando los impulsos del pampero,
La regia floración de las glicinas.

EUGENIO C. NOÉ.

De alas azules...

El pájaro de las alas azules replegó su vuelo silencioso y fué á posarse en el hombro de marfil de la virgen pensativa y melancólica...

Sus dedos suaves como la seda, oprimían delicadamente, como una mano cariñosa, aquella piel, pálida y fría como una alba de invierno.

Y en la selva salvaje de su cabellera hecha de rayos de sol, de hilos de oro, colocó su cabeza aterciopelada, azul como tus pupilas, azul como las sonrisas del cielo, azul como la onda...

Y, en una extraña hipnosis, se adormeció, embriagado por el perfume del jazmín blanco como tu alma, como los sueños de los que no saben de la pena, — prendido á sus cabellos que parecían quemarlo en una ola de fuego.

El pájaro de las alas azules oyó el ruido formidable de la tempestad bajo tu cráneo; la lucha de las ideas opuestas, que combatían furiosamente como dos adversarios que alimentan pasiones violentas azuzados por el odio; oyó el correr de la sangre en sus arterias, con la impetuosidad invencible y pujante del torrente...

Despertó el pájaro de alas azules, y se asomó á tu alma y quedó espantado: la noche, reina despótica imperaba en ella, y uno que otro resplandor de astros fugitivos la alumbraban pálidamente con luces fantásticas de crepúsculos que mueren; y, en aquel silencio de sepulcro, escuchó el grito desesperante de la Dicha, implorando anhelante su salvación, desmayada, flotando en un mar negro como un cadalso y tempestuoso como el océano cuando agita su tridente Neptuno irritado...

Y supo de tus angustias y de tus sufrimientos, de tus dolores y de tus alegrías: supo tus secretos todos.

Y entonces, el pájaro de las alas azules, acercó su pico de ágata á su oído, albo como un nardo en flor, y le dijo:

Amor ciñe con caudales hechos de flecos de luz, tu alma pura como un rayo de sol.

Pero, tu alma está triste y vaga, somnolienta, con el perfume de rosas envenenadas por los países ensombrecidos del Misterio, agonizando en el crepúsculo autumnal de la Tristeza...

La duda, como una corona de espinas, hace doblegar melancólicamente tu cabeza soñadora, adormecida en el seno helado y estéril del Dolor.

¡Oh, *poupeé*, tu pobre cabecita pálida y triste!

¡Oh, el alma es astro! ¡Oh, la duda es sombra! ¡Oh, la tristeza!;—el eclipse del astro, el reinado momentáneo de la Sombra!

¡Oh, la melancolía es la primavera, el parpadeo de luz, la agonía del astro en el regazo del Sufrimiento.

¡Oh, juventud, beso de luz, aurora de la vida —¡vives soñando, mecida en los brazos de la Ilusión y del Ensueño!

¡Oh, virgen, tú posees á Juventud, fuente inagotable de la vida!

No debes estar triste, aunque una sombra vele la luz de tu alma, porque á veces tras la nube se oculta el Sol.

¡Oh, virgen, tú debes vivir con un cielo en el alma, con la retina perpetuamente herida por el deslumbramiento del miraje!

Cuando una venda negra te ciegue, cuando el horizonte vuelto negro, se muestre impenetrable á tus miradas, avanza, avanza siempre, mira allá lejos, —muy lejos,—un rayo de luz te indicará donde, entre fulgores, te espera anhelante, con los brazos luminosos abiertos, la Dicha sonriendo, perdida en mares de bruma.

No te importe de los espinos del camino, del oleaje huracanado de los océanos en tempestad, de las heridas que sangran de tus pies desnudos, de la fatiga que te abruma, de la atonía in-

vencible que te domina, ni de las saetas zumbadoras que te envía tu enemigo implacable, el Dolor, ¡en mi pecho y en mis alas desplegadas, azules como las ondas, como en un dosel de bronce, se quebrarán los dardos! Mira siempre hacia adelante, hacia el Porvenir, perdidas en el azul tus miradas—¡rayos de sol, luces de alba, luz, gloria del día!

Vencerás á tus enemigos, el Dolor y la Duda. Cuando tú estés desesperada, yo vendré á alentarte; ¡con salvas de luz, disiparé las sombras! Yo soy profeta, te auguro el triunfo: Vencerás: Y, partió el pájaro de alas azules, abriendo silenciosamente las alas tenues...

Otoño de 1906.

LINO ARANDA Y CORREA.

Lied

Te dije una noche bajo el milagro de un vasto cielo florecido como un jardín:—¡Cuán pequeño es el mundo cuando se le compara á nuestro amor!

Oyendo los ruiseñores, permaneciste á mi lado hasta que llegó el alba; y al despedirte sollozando, dejaste entre mis manos tu pequeño dedal de marfil.

Te alejaste y contigo se fué la primavera...

Murió nuestro amor, porque todo ha de morir...

El torreón ve languidecer la hiedra, y la hiedra lozana busca un nuevo torreón.

Más tarde, en el retiro de una floresta de pinos, para ahuyentar el frío, hice un auto de fe con nuestras cartas de amor.

Extinguiéronse las llamas sobre el suelo húmedo de la floresta; y con las cenizas llené el fondo de tu dedal de marfil.

EUGENIO DE CASTRO.

Al partir

Estreché sus quince años,
besé su boca de flor
y sus cabellos castaños
junto al viejo mar cantor.

—Piensa, amada, en el amante,
no me quieras olvidar...
Y cayó una estrella errante
en la copa azul del mar...

R. BLANCO FOMBONA.

Remember

¿Te acuerdas? Arrastrados por las ansias
de mi amor, que más bien era locura,
envueltos en murmullos y fragancias,
buscando de la selva la espesura.

Ya por el cielo azul i trasparente
un pálido crepúsculo de seda,
deslizábase triste al Occidente
con claridad de lágrima que rueda.

I sentados al fin bajo las frondas
que difundían un rumor de oleaje,
cuando á los soplos de la brisa, en ondas
se inclinaban las copas del follaje,

Bañándome con lúbrica porfía
de tu dulce mirar en los fulgores,
—ardo en tu alma, cual arden, te decía,
en luz los cirios i en color las flores.

I pues no aumentaría con mi anhelo
ni un vago pliegue, ni una débil línea
del rubor fujitivo—tenue velo
ya desplegado por tu faz virgínea.—

Si la luz que lucía en tu mirada
era tibio destello solitario
de erótica ignición, alimentada
en el fondo de tu íntimo santuario,

Debías ir con mi profundo anhelo
—ensueño audaz en horizonte puro—
bajo la sombra que cernía el vuelo
de sus alas abiertas al futuro;

I nuestras almas, del dolor ignotas,
las cantaríamos de cima en cima,
poniendo yo la idea, tú las notas
de himno en que abriera, como flor, la rima!

II

Calló mi voz. En el silencio apenas
vagar se oía débil soplo hesperio,
i sobre los latidos de mis venas,
los latidos astrales del misterio.

Comprendí que eras mía, te vi muda
á mis plegariás férvidas, extrañas,
i, queriendo cubrir tu alma desnuda,
bajaste el leve tul de las pestañas.

Entre dudas, suspiros i sonrojos
á mí inclinaste de tu sien el peso
i, húmedos del rocío de tus ojos,
me diste un azahar en cada beso....



Después... ¡ah, sí! besé tu faz, en tanto
que, al desplegarse por la selva bruna,
como suave cendal sobre tu llanto
pasó el ala de cisne de la luna!

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.

Adoración

Las viejas catedrales me estremecen;
Hay soplo celestial en sus olores
De incienso, tienen astros sus colores,
Y los ensueños con sus luces mecen.

Las viejas catedrales me enternecen;
Prestan sombra bendita á los dolores
Y ante la cruz entre sus cantos, flores
De esperanza y amor, divinas crecen.

Más que los cielos nos cobijan bellas
Con su visión de místicas estrellas,
Más que los parques de la tierra, hermosas,
Nos ofrecen sus lirios y sus rosas,
Y el alma vuela y se convierte en ellas
En astro y flor, con alas misteriosas!

ANGEL DE ESTRADA (hijo).

Epístola á un corazón

Noche. Todo reposa en la estancia. Rayos de luna semejantes á pistilos de ópalo, armonizan con la fragancia de los jardines dormidos y penetran en la alcoba del poeta. La brisa trae el rumor de las doce campanadas de la media noche. El poeta escribe.

. . . .

. . . .

¿No lo sabes aún? ¡Acaso tú lo imaginas, con tristeza, oh, mi sabia virgen lírica!

Yo era el paria del amor.

Soledades de regiones hiperbóreas y huérfanas de luz, había siempre en mi estancia. Sólo, de tarde en tarde, llegaban á mi alcoba en silencio,—un silencio de ermita medioeval—muelles aromas de madreselvas en flor como evocando aquellas que hace ya un lustro albeaban, leves y trémulas, cual las alas de un lepidóptero á vuelo, mi ventana insaciable de su perfume insinuante.

Hace ya un lustro, ¿verdad?

¡Cómo pasan los años lentamente y sin atractivo alguno para los seres que esfumar vieron la idealidad de sus sueños en la sombra tediosa de un paisaje de añoranzas! ¡Cómo pasan lentamente!

Entonces, lejos de esta elegía: la vida, aunque soñando en ella; virgen aún de dolos y pesadumbres, de calumnias y de odios; yo estrechaba tus manos diáfanas é inquietas, como pétalos de nardo que el aura mece apenas con un soplo de santidad, soplo de amor y de vida, y en tus pupilas de cielo que dicen el encanto apacible de un miosotis del Mosela; la castidad de una devadassi humilde; y la sapiencia de Aspasias conmovedoras; buscaban mis ojos un rayo de inspiración y una llama de amor para cantarte...

Y, tus frases ingenuas sonoramente, venían cual un arpegio de luz á despertar mis dormidos pensamientos, y penetraban hondo, muy hondó, en mi corazón, y allí dejaban como harmonías de aladas anacreónticas.

¿Te acuerdas, oh, sabia sacerdotisa del amor y la verdad?

Después, el destino que te había mostrado á mí como en un nimbo de ensueño, valladares infinitos entre nosotros puso, pero ellos no evitaron que el eco de tus palabras llegara á mi soledad y amortiguase las angustias de mi exilio doloroso, en tanto voces ignotas, melodiosas algunas como el gorjeo de un mirlo, me decían: *ama;* sonoras y fuertes las otras cual la épica de Alceo: *lucha.*

Y amé... Otros labios prendieron sobre los míos la púrpura del

deseo, y otros ojos alegres y centelleantes hicieron estremecer mis nervios; exaltar mi sensorio; desvanecer mis dudas y creencias; mis recuerdos; y, acaso mis sentimientos, como un olvido á la vida.

Amores frágiles fueron, amores breves, como breve fué mi amor y mi olvido engañoso de la vida.

Ya la voz de lucha vibraba dentro de mí, bajo la exasperación de mis dolores y el fuego de mis ideas.

Y luché por pensamientos de una idealidad grandiosa, y, rebelde y sincero como hoy, no brotaron de mis labios sino palabras de rebelión y de verdad: apóstrofes vibrantes de dolor.

Yo tenía amigos, también hermanos, pero, chocados por mi idiosincrasia de hombre libre y no de siervo consciente, me abandonaron al fin, y quedé solo, solo, como en un idilio de silencios infinitos.

¿Hermanos? No lo eran moralmente aquellos que abominaban de mí, empujados por su índole y sus instintos venales, cuando yo, solo y altivo como un águila en la cumbre solitaria, me rodeé de sinsabores y también de odios.

¿Hermanos? Si aquellos que, adolescentes aún, rechazan toda forma de servil esclavitud; todo halago clerical que implica siempre soborno; toda voz de apostasía que sabe á debilidad; y sueñan un ideal de libertad.

Aquéllos son el estigma de mi nombre.

Estos mi admiración y mi orgullo.

Ahora mi soledad sonríe poblada por un pájaro muy blanco: tu sentimiento; y una frase elocuente: tu sonrisa. ¡Qué júbilo cuando rasgaron ellos el enigma de mis sueños, de mis sueños dolorosos en que flotaban como nimbos de brumas hibernales, heraldos de duelo y desolación!

Yo medité, conmovido el corazón, volví los ojos á mis pasiones pretéritas y apareciste tú, la primera, con vaguedades de flor de iris; tenue, delicada y voluptuosa, cual un ritmo de balada cabe una fronda de amor.

¿Cómo no cantar entonces un epitalamio azul por el eterno consorcio de nuestras almas?

Y ¿cómo no evocar á tu retorno el perfume de aquellas madreselvas que con el tuyo animaba mi alcoba como de bohemio y mi espíritu doliente?

¡Ah, pero he evocado el pasado! No, mi artista, olvidémoslo. ¿Quieres? Yo lo olvido en homenaje á ti, que sabes de mi infortunio.

Por ti, que eres la más bella estrofa del poema de mi vida y la flor inicial de ese poema.

Que así como una sonrisa tuya basta á ahuyentar mis tristezas, una lágrima, sólo una, de tus ojos de turquesa, bastará también para conmoverme.

Porque se ha abierto mi corazón.

Tuyo es ¡oh, mi sabia virgen lírica!

. . . .

Afuera todo es azul. El cielo, apacible y risueño como un lago: se diría un crepúsculo de estrellas. En la alcoba sueña el poeta arrullado por el eco monorrítmico de las hojas que besa el suave viento del amanecer. Y, en el zafiro de agua de la atmósfera, parece que vibraran las últimas palabras de la epístola...

PÉREZ Y CURIS.

Atlántida

A Alma Fuerte, homenaje de simpatía intelectual.

En un bello girón del Universo,
Forja moderna de la Especie Humana,
Do se ostenta al asombro de los seres
Unica flora y vigorosa fauna,—
Pechos de espuma,
Brazos de agua,
El poderoso Atlante y el Pacífico
A veinte pueblos con amor abrazan.



Dominando los bosques y las nubes
Como una inmensa tempestad de alas,
Soberbia síntesis de varios climas
—Balcón de fuego con rastel de escarcha—
Médula enorme,
Jiba con galas
¡Como atalaya fiel de un continente
La cordillera Andina se levanta!

El majestuoso cóndor hace nido
Entre las rocas sin cesar nevadas,
Y —mientras por los valles silenciosos
Tiende la noche su brumosa capa—
Cruza los aires
Provoca el alba
¡Y va á pedirle al sol que le derrita
Toda la nieve que ligó sus garras!

Poniendo proa á un promisor futuro,
Que riela al fin de su bravía etapa,
Turgente el seno, el mirar altivo,
Su enseña por el sol acariciada,
Rima del cielo,
Perla del Plata
¡Se perfila con astros en la frente
—Y alguna orla de crespón—mi patria!

Y la joven América se yergue
Marcando un derrotero á la Esperanza...
Y cuando el alma de la vieja Europa
Se siente de la lucha fatigada,
Mira ultramares
Mientras descansa
¡Como al impulso de los pueblos nuevos
Con toda plenitud la Vida estalla!

...Porque es cota de hierro para el crimen
Y á sus banderas el Derecho marca;
Porque su sol la esclavitud no alumbra
Y en ella es Libertad la soberana,—
Si en sus dominios
Es pura el alma
¡Dios reserva á la América Latina
Ser crisol decisivo de las razas!

SANTÍN CARLOS ROSSI.

Montevideo.

Voces americanas

APOLO.—El valiente y talentoso escritor uruguayo Manuel Pérez y Curis, acaba de dar á la estampa, en Montevideo, una deliciosa revista de arte, con el título de APOLO.

El cuaderno que tenemos á la vista y que es el primero que ha salido á luz, consta de veinticuatro páginas de fino papel, nítidamente impresas y engalanadas con los fotograbados de Luis Roberto Boza, Ramiro Blanco y Perfecto B. López, tres distinguidos intelectuales.

En la primera página, carátula, destácase el busto del señor Pérez y Curis.

Todo el material de APOLO ha sido cuidadosamente seleccionado. De ahí su importancia. Rúbranlo, entre otros, Manuel Pérez y Curis (Redactor), Angel C. Miranda, Luis Roberto Boza, Perfecto B. López y R. Blanco Fombona.

APOLO, estando como está, bajo la competente dirección de un intelecto entusiasta y batallador, tal como es el señor Pérez y Curis, tiene, indudablemente, que surgir y llegar á conquistarse un puesto envidiable entre las publicaciones de su índole.

El número que nos ocupa es el primer brote de un árbol de arte, á cuya sombra los trovadores de esta América escasa, pobre de revistas ó publicaciones de bellas letras, vayan á hacer vibrar las cuerdas de su laúd.

Agradeciendo la visita de APOLO, dirigimos al lejano cofrade nuestras más calurosas palmadas por sus valiosos esfuerzos intelectuales.—De *La Voz del Perú*, de Iquique.

—

APOLO. — Coqueta é interesante se nos presenta la revista oriental que, en Montevideo, redacta y dirige el poeta modernista Manuel Pérez y Curis, con el simpático título de APOLO.

El número que tenemos á la vista, que es el segundo que ha llegado á nuestra mesa de trabajo, ostenta en sus páginas las firmas de reputados mentales que rubran una serie de importantes colaboraciones.

Entre los fotograbados que engalanan el texto se destaca una copia de un hermoso cuadro del artista Baroffio, que representa á una joven, próxima á una mesilla en que se advierte una esquela, llorando profundamente, cubierto su rostro por el blanco pañuelo que sostienen sus manos. Quizá si llora la pérdida de alguna tierna ilusión que, efímeramente, endulzó las horas de su vida para amargar, después, los días de su existencia.

Con sumo agrado notamos que APOLO marcha camino del progreso.

Ello es debido al entusiasmo y gusto literario de su inteligente redactor á quien deseamos completo éxito en sus labores intelectuales. — De *La Voz del Perú*, de Iquique.

—

«LA CANCIÓN DE LAS CRISÁLIDAS» Y «EL POEMA DE LA CARNE».— Acaba de llegar á mis manos un precioso tomo de poesías, editado en la respetable casa del señor Alberto A González, calle de 18 de Julio, número 156, en Montevideo, debido á la pluma del joven é ilustrado poeta Manuel Pérez y Curis,—Ismael,— prologado por el dulce escritor Angel C. Miranda, y dedicado como homenaje de admiración al señor J. M. Vargas Vila, cuyos títulos encabeza estas líneas.

El libro que el compañero me envía con una muy cariñosa dedicatoria, es, á mi juicio, un desgrane de hermosísimas perlas entre las que surgen rayos vibrantes que hieren al déspota

Por eso el poeta, al abrir su libro, nos dice en sonora prosa:

(Aquí la introducción).

Después de tan brillante paragoge, surgen en el libro delicadas estrofas. En «Flor de fuego», dice:

Ríe; tu gracia española
De andaluza rozagante
Fuera el tema palpitante
De un soneto de Argensola.

En «Labios Vírgenes», en «Amatoria» y en «Mi Ofrenda», se nos presenta tierno y enamorado para levantarse después vibrante y potente en «De mi Carcax», hélo aquí:

Allá van—como flechas arrojadas
Sobre el cráneo de un monstruo corpulento...
Las soberbias estrofas arrancadas
A mi exaltado numen, cuyo acento
Baja estentóreo al fondo del abismo,
Donde la Libertad yace proscrita,
Para decirla en frases de heroismo:
¡Espera! El pueblo te reclama y grita.

Siguiendo la misma composición agrega:

¡Pueblo de ilotas éste! El ciudadano,
Víctima del tirano
Iconoclasta que holla nuestras leyes,
Debe apedrear el trono...
Es necesario,
Para ser libre, hacerse lapidario
Y hacerse Verbo, destronando reyes'

Sería tarea interminable el hablar sobre los fluidos versos «Juan Montalvo» y «Blasones», así como del resto de la obra que es un bellísimo conjunto de matizadas flores, rumorosas y tiernas, cuyo perfume eleva al alma

Con estas líneas va hacia el ausente compañero, unido á los aplausos, el testimonio de mi admiración y aprecio.—SALVADOR DÍAZ RODRÍGUEZ.—De *El Moderado*, de Matanzas (Cuba).

———

Manuel Ugarte

Nuestra revista publica hoy una hermosa poesía que el distinguido literato argentino Manuel Ugarte, nos envía galantemente desde su residencia en París.

Agradecemos su gentileza.

"Apolo"

Este número se había anunciado que saldría en Buenos Aires, comenzando así la gira artística que por algunos países de América pensaba efectuar Pérez y Curis.

Circunstancias imprevistas impidieron la realización de esa gira; Apolo, seguirá publicándose aquí.

Libros y periódicos recibidos

Alarcón.—«El Capitán Veneno» (Biblioteca de «El Deber Cívico»)—Melo (R. O.).

La Voz del Perú — Iquique (Chile).

El Moderado—Matanzas (Cuba).

La Prensa—Medellin (Colombia).

Caras y Caretas—Buenos Aires (R. A.).

El Deber Cívico—Melo (R. O.).

Rocuant (Miguel Luis)—«Poemas»—I Brumas—II La onda y la espuma—III Alma-Mater—Santiago de Chile.

Revista Crítica—Veracruz (Méjico).

Henriquez Ureña — «Ensayos Críticos», Habana.

Moreno Alba—«Lienzos» (Poesías) — Barranquilla (Colombia).

Zulig—«Un montón de barbarismos», Montevideo.

Ugarte Cuentos de la Pampa.

» —El Arte y la Democracia.

Minelli y González—«El Alma del Rapsoda».

Errata

En el segundo número, página 40, donde dice: *Deseara, en verdad, hallarme en aptitud de emitir en esta forma;* debe leerse: *Deseara, en verdad, hallarme en aptitud de emitir en otra forma...*

APOLO

REVISTA DE ARTE

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

MONTEVIDEO, Junio-Julio de 1906

INEXORABLES

Tímidamente se agitan en la penumbra, con la monotonía de sus élitros fangosos hechos para el ludibrio eterno, y, á su abrigo, poblado de silencios largos, cómplices de sus atentados á la virtud intelectual, divina por excelencia, vegetan en dulce consorcio con su madre: la estulticia.

Y, por ende, son incestuosos conscientes esos necróforos exilados de las regiones del Arte, porque no fueron dignos de habitarlas libremente bajo la luz insinuativa del sol.

Es que temen los resplandores del sol del Arte deslumbrantes como el rayo, y, cual él, destructores de la sombra.

Su heliofobia sobreviene al fracaso de sus propios sueños; no digo de sus ideas porque no tienen ninguna.

Su carácter, de una rusticidad vulgar que no enmiendan las palabras humildes ni las liturgias de rebelión de los espíritus consagrados, es refractario á todo ideal de nobleza y de vida.

Sus ideales están en sus vientres. Comer, beber, dormir, mandar... como dice Octavio Bunge.

Son diletantes, simplemente.

Y, entre el diletantismo y la mediocridad, el paralelo existe, inmensamente visible.

Ambos van hacia el nihilismo de la multitud amorfa.

Algunos, más osados que los otros, me han hecho blanco de sus diatribas diarias que son algo así como la exteriorización de sus tristezas infecundas.

Y, lejos de mí, que no los busco ni les huyo, dirigen sus miradas hacia APOLO, y, blandiendo sus yataganes oxidados y vetustos, ensayan las actitudes irrisibles de un prosimio exasperado.

Eso me tiene sin cuidado.

No son ellos aptos para emitir juicio alguno sobre obras literarias, y menos sobre una revista como APOLO, rebelde y libre, que no se ciñe á cánones ni preceptos de ninguna clase, ni adjudica, como muchas otras, sus ideas en pública subasta.

Ni yo me obligo con nadie á publicarla en determinada fecha pues no tengo motivo para ello.

La publico cuando quiero ó cuando puedo.

Todo esto lo saben ellos.

Y, por eso mismo, porque no lo ignoran, es que me arrojan sus diatribas epilépticas.

Les ha chocado también, y enormemente, que vaya en su frontispicio mi retrato, y atribuyen esto á causas de un *egoismo inconsciente.*

Yo no discuto la existencia de ese egoismo que ellos dicen *inconsciente.*

Sería una satisfacción para ellos.

Y, mis labios, en que no encuentra eco la voz de la satisfacción, por conceptos de rebeldia y de amor á la verdad, permanecen herméticos y libres, libres para el anatema y la admonición en el alba difusa de este ciclo que bosteza dominado por la pantera del sueño.

¡No! yo no discuto su existencia. Antes bien, lo hallaria lógico y justo, dada la índole personal de mi revista que no está hecha para abrevar en las fuentes de la adulación por ideales de lucro preconcebidos.

Ese hato de ventrudos que, cual babosas inmundas, se arrastran penosamente, dejando en su trayecto un reguero de los miasmas pestilentes en que se exhala su cuerpo, me recuerda ciertos seres, autores fracasados cuando menos, que, tentando un último esfuerzo para salvar su personalidad de abismo, se convierten súbitamente en críticos (¡qué críticos!) é imitando de Valbuena y Fray Candil su inexorabilidad irrisoria y nula, completamente nula, juzgan á éste por la melena leonina que cae sobre su espalda, y á aquél por su corbata extravagante y rara, calificando á ambos de decadentes con un desdén de monarca envanecido.

Son los Aristarcos modernos, y la crítica, el último refugio de sus sueños infecundos.

Conmiseración para ellos, que hallarán en el Futuro un nirvana para sus vanidades inmensas.

¡Conmiseración!

PÉREZ Y CURIS.

LAS LÁGRIMAS

Hombre ó mujer, la prueba más evidente que podrian dar de su amor lágrimas sinceras son. ¡Ah! las lágrimas debieran ser una virginidad que la amada nos reservara y que nosotros rasgásemos como la otra...

JULES LAFORGUE.

AL MUJICK

Para Enrique R. Talice.



La libertad tu rostro no ilumina
Con sus luces de púrpura esplendente;
¡Permites enlodar tu triste frente
Que ante el pope y el Czar siempre se inclina!

La ortodoxia te vence y te alucina;
Ignorante, te encuentras impotente,
Para obrar como la ola que rugiente,
Se alza sobre el peñasco y lo domina!

En tu mente, la idea redentora
Con fuerzas que se impone no aletea,
No anhelas contemplar la roja aurora,

Ni aspiras percibir la roja tea,
Que sirva como heraldo á la gran hora
En que el ruso se lance á la pelea!

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

9 de Abril de 1905. Montevideo.

MACABRA

Para Pérez y Curis.

— Con mi cráneo — me dijo — haz la caja sonora
De mi cítara blanca de los huesos pulidos,
Que mis dientes que ríen de la virgen que implora
Serán todos de un piano de profundos sonidos.

O si quieres violines que parezcan de Hungría,
Con mis fémures rotos de suicida, haz un arco,
Preludiando en mi tórax la canción de la Harpía
Que simule el lamento de las jarcias de un barco.

Yo temblaba de miedo, y en la risa faunesa
De aquel cráneo amarillo que encontré en una fosa,
Ví el destello impreciso de una vaga tristeza:
La tristeza infinita de la Muerte espantosa...

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

Habana, Abril 1906.

ÆTERNUM VALE

M. PIMENTEL CORONEL

Murió el extraño poeta maravillado y maravilloso, ¡muri !

y, el plegamiento de sus a as enormes, hace un criptógramo de oro, en el cristal misterioso del silencio estupefacto;

y, las acres hojas del laurel, cantan sobre su tumba: flores de Gloria crecen;

hay sonoridades en el laurel pensante: ¡sonoridades de las auras inmortales y los ponientes gloriosos;

todo laurel es un grito; en la gran noche calmada grita: Inmortalidad;

todo laurel dice: Eterno;

. . . .

en la linde de los bosques misteriosos de la Muerte: canta el laurel;

implacable en el duelo de la Gloria, que hace temblar el aire, lleno de gritos perpetuos y de palabras de otras voces. Canta;

el laurel, que inmortaliza; sinfoniza: Eternidad, Sonoridad, ramas líricas del laurel son;

todo laurel es una lira;

suena en la noche milenaria, sobre las tumbas sagradas;

y, los poetas muertos, lo escuchan, en un gesto asombrado de pájaros que miran nacer el sol;...

. . . .

El Poeta, es el Verbo de lo bello;

el Poeta, es aquel que nombra lo Inconocido y lo produce;

es aquel que articula lo divino; divino es él;

el Poeta, es la voz de la Eternidad, dándoselas á las cosas frágiles de los hombres;

por él viven;

la submersión de un gran poeta, en la sombra eterna, es un hundimiento de astros en la tiniebla inagotable;

un poeta muerto, es una página de luz, arrancada brutalmente al libro de la Vida;

es una desheredación de la humanidad, privada así, de una gran voz de revelaciones;

la inteligencia universal gime, cuando el genio muere;

. . . .

un soplo exhuberante de tristeza, pasa hoy por sobre las almas enamoradas del eterno ritmo, y del misterio eterno, pertinazmente vueltas hacia el divino Ideal, que duerme en el fondo de los corazones;

¡un gran poeta, ha muerto!

¡Pimentel Coronel!

era un alma musical, crepuscular, sinfónica;

divina á fuerza de Idealidad;

¡alma de Misterio y Oblación!

como una flor abierta hacia el inmutable azar; así, su alma hacia la Belleza: ¡desmesuradamente era!

fué esa alma, como un motivo musical, lleno de ideas significativas, de sonoridades, de profundidades, de tonalidades: Sinfónica. Polimorfa;

de oro y púrpura eran las alas hiperfísicas de aquel pájaro canoro que escaló los cielos de la Gloria, á grandes golpes de ala; luminosamente, sonoramente;

la virtud apolínea de la melodía reinaba en espíritu y vibraba en sus rondas de sueños reveladores é inmateriales: divinamente, tal un manto sutil;

de ritmos y de fascinaciones, era hecha su alma;

su alma lírica, donde cantaba el Ensueño, en perpetua comunión con el aire sonoro;

¡su alma! hundida ahora tras el gran nimbo de argento pálido,

en el gran gesto negro de la muerte!...

su alma, expuesta ya á las gritantes ráfagas del mar que se oculta á la sombra del poniente, más allá del horizonte de oro del Dolor;

¡la pradera de las floraciones negras, donde inmóviles, los pájaros plácidos y dolientes, no cantan ya!

su alma, que era un pájaro;
su alma, que era una flor;
una cadencia;
un gran rayo de oro pálido;

. . . .

Pasó el Poeta;

y, pasó el camino de la Vida, mirando en los estanques inertes del Enojo, el rostro misterioso de lo Desconocido;

y, nos dijo el trágico esplendor de sus visiones; sintió el Dolor, el acre y alto Dolor que pone el alma humana desnuda y temblando, ante ese enigma tenebroso: el Absoluto;

y, nos dijo, en el incendio portentoso de su ideología lírica, los secretos de ese dolor, las maceraciones, y, las agonías magnificentes de las almas que mueren bajo él;

amó, con un culto extraño y sincero, la Belleza:

y, en palabras misteriosas é inesperadas, llenas de ocultos sentidos, y secretas armonías,—tal uu órgano en la noche, entre rosales en flor,—nos dijo del Deseo y de la Belleza, con el desplegamiento majestuoso de su verbo, la fraseología voluptuosa de un gran Poeta y su metafísica, grandiosa como el murmullo del mar cerca á una selva nocturna:

las resonancias graves de su espíritu; los tumultos de su corazón apasionado y sonoroso como un caudal de rio; sus emociones de Infinito, desconcertantes y lacerantes; sus altos sueños de ideología intensa; sus simbolismos difusos, luminosos y lejanos, dichos nos fueron en las subtilidades exquisitas de su estilo, en el bello lenguaje de sus visiones, claras y sonoras;

obsesionado y penetrado de las formas vagas de la Vida: filtro de encantamiento fué su Verbo;

magnificente fué, como un castillo de oro: la música de la palabra cantó en los muros de aquel templo de Idealidad;

obra de orfebre hizo, mas no de bizantinismo, que la técnica verbal, en manos suyas fué cálido metal y cristal dócil, pera la laboración de las ánforas y vasos en que vació su pensamiento; y construir supo el Verso, trasparente, sólido, dúctil, en un milagro de galvanoplastia vitriscente;

la palabra tuvo en la estructura rítmica de su estrofa, todo el valor de su sentido intenso, y el soberano poder de su energia significativa;

no puso el vino efervescente de su inspiración en las vasijas arcaicas, que la vieja coroplastia académica vende como modelos; no estaba bien el jugo abundante y nutriscente de aquella vid de gloria, en esos embasajes herrumbrosos, caídos en desmedramiento y desuetud;

ni de esta fiebre de exhumación de muertos resucitados y exhibidos como nuevos, tuvo el contagio;

todo vértigo es debilidad;

y, él, no se inclinó del lado de las escuelas;

permaneció erecto en medio de ellas;

quedó, personal; única manera de ser original;

sectarismos escolares no encadenaron su musa; libre fué como un águila;

sobre la melena hirsuta de su alta lírica verbal, ninguna escuela poética enredó la mano para alisarla y domeñarla;

ninguna secta lo encadenó;

y, cosa rara en estos tiempos de triste pecorismo literario: fué un poeta sin collar;

y, porque no fué un versificador, sino un Poeta;

porque desdeñó ser pastor de

vocablos, para ser águila de Idealidad y Pensamiento;

porque no se ocupó en tejer con los mimbres de la dialéctica canastillas de embeleso, sino que se produjo en una primavera de rosas, de las cuales cada una de ellas tiene como perfume, el sentido hermenéutico, peculiar al Símbolo;

porque á la esencia, y, no á la forma del Verso, dió su vida;

por eso su lenguaje guarda una serena independencia, una altanera soledad, desde la cual se vierte su alma, en hidromiel de ritmos, sobre los moldes de personal modelación que él, laboraba en el silencio, con la delicia ascética, de un monje artista, que fuese un divino orfebre;

vasos de Bohemia y dijes cincocentistas, se dirían algunos versos suyos, tersos y artísticos claros y concisos, cual, un frasco de Ghirlandajo, grabado por el buril de Benvenuto, en el broche de una capa pluvial;

de leones es abrir trocha en la maleza; de carneros el irse en manada á la sombra de un cayado;

y, Pimentel Coronel, ni moldes nuevos, ni moldes viejos imitó; ni tuvo jefes, ni se alineó en fila; ni ofició en altar de ídolos bajo el ritualismo de las liturgias impuestas; ni se inclinó en gesto de adoración, como el cañaveral pensante de los cenáculos de ogaño;

fué solo y libre; y, como libre, grande;

su poesia, es raudal sonoro y agitado; ni reproduce riberas, ni repercute rüidos; vibra, él, solo; corre, él, solo; autóctono en la llanura;

ninguna secta literaria puede enorgullecerse de él, sino la secta, cada hora mas escasa, del buen gusto;

ninguna academia lo contó entre sus icoglanes venerables, ginecólogos de la frase, rumiantes inofensivos de las cosas del pasado;

no cultivó la poesía académica y universitaria, esa pedagogia rimada, ciencia de profesores, pradera anacrónica, en que pastan sin enojo los camellos verbilíricos de la mediocridad y, se oye el relincho agudo de las yeguadas académicas, en espera del Pegaso;

el clasicismo es la epizootia de las bestias inútiles;

Pimentel, fué un Poeta, no fué un clásico;

vivió de la inspiración y, no de la tradición;

conociéndola, no amaba el alma medioeval, el alma clásica; no la evocoba en sus cantos; no tuvo el placer idiota de imitarla; y, la puerilidad caudalosa, de aquella poesía arcaica, no regó sus linfas muertas, por sobre el prado ardiente y voraz de sus creaciones, donde se abrían las grandes flores laminarias y rojas de su genio;

su alta y noble sensibilidad, su rara cultura estética, se hermanaban admirablemente para depurar y acrecentar su culto puro y fiero á la esencia abstracta de lo bello;

el Amor, la Libertad y la Belleza, tales fueron los dioses de la Visión vitrisibilar que columbró su genio;

esa fué la antorcha que lo alumbró, en aquella lampadedromia hacia el Ideal que fué su vida;

humanista é impresionista; á la vez ligero y grave; en sus versos hay energías altaneras de apóstol, voluptuosidades melancólicas de soñador; sensibilidades indefinidas de artista, y el grito bélico y lírico de una musa tan enamorada del sueño como de la acción; del combate como de la meditación de la tristeza, como la Belleza: Medusaria, Revolucionaria;

como en la quietud de una agua tranquila el esplendor de un sol convulsionario, tal en sus rimas tersas, salta el pensamiento atrevido y fulge la metáfora de asalto y de revuelta;

los sueños de su vida interior, cantados en horas de naufragio,

tienen el encanto soberano de una música verbal rítmica y suave, como un descenso de olas en un estuario crepuscular, y, una sobria elegancia, llena de coloraciones tristes, como una caída de sol, vista en los valles de Umbria, sobre terrazas gloriosas;

y: como el sueño, lleva al Poeta, hácia los hombres, sus hermanos, la musa de Pimentel, baja á la arena y combate sin cólera, entre los clamores bestiales de los hombres;

y, sirve altamente, á la Ley de Humanidad;

la secreta melancolia de su espíritu se esparce sobre las luchas de la tierra, como una lluvia de de rosas, sobre la frágil gloria de una tarde;

y, como:

les femmes et l'amour l'envirent de sanglots;

la musa de Pimentel, está llena de esos sollozos, que palpitan en sus versos, con un ritmo grave, de intensidad baudelariana;

ningún odio ascético ni bíblico, al Amor ni á la Belleza, antes, bien, un himno polícromo y vibrante de deseos, al cuerpo de la mujer, al perfume de su carne, el beso dado sobre los senos erectos y sobre los labios rojos;

mézclase la voluptuosidad á la meditación en la armoniosa simplicidad de esas rimas, profundas y sonoras, como un mar en calma:

quien dice amor, dice abismo, y algo del horror de haberlo contemplado, hay en el tenebroso vértigo de los versos del Poeta;

las subtiles ficciones de su poética, desarrolladas en paisajes violentos y tiernos de una intensa melancolía, hacen replegarse el alma, apaciguada, en limbos de lo Absoluto, acre y cruel, tanto es el sentimiento penetrante, del alto, inhumano dolor, que las impregna;

tales de sus versos, están saturados de un lejano perfume adolecente, cuyo divino candor, nos hacer columbrar la suavidad idílica de las campiñas en que fueron escritos, á la hora de la agonía crepuscular, en el violeta denso de los campos, que se dormían bajo los cielos de oro;

los tórridos soles caniculares del trópico; la esmeralda túrgida de los serenos valles; el perfil opalescente de los cerros, hundidos en lejanía; la gran tristeza de los cielos, hechos de nácar al llegar la noche; la mansedumbre tierna de los lagos, llenos de visiones imprecisas; el duelo de los horizontes, en la lenta desaparición de los paisajes dilüentes; la tristeza de las floraciones otoñales que en su amarillo palor, aguardan el largo beso invernizo; el gran silencio de las selvas, en cuya ribera de hojas muertas, canta el mar, la canción de los siglos genesiacos, son evocados y surgen vivaces á la caricia de aquella musa reminiscente, que decora como un pincel y todo lo ornamenta con sus rimas flexibles y florecidas, como astrágalos de oro;

su dolor, altanero como una roca coronada de glicinas, cerrado á la imposible esperanza de las cosas eternas, tiene en su tristeza enigmática, la grandeza de todas las renunciaciones;

la Fé, no ensombreció esos cantos, con la sombra de sus alas fuliginosas;

el fantasma de ningun dios, llena con su inutil vacuidad, aquellas rimas, llenas de un calmado deseo y de una dulce voluptuosidad, obstinada y melancólica;

ama la tierra genitriz, fecunda y voraz; y, su estro, es como un pálido tirso, inclinado sobre la llama de las rosas;

la eflorescencia triunfal de sus metáforas, el ritmo de sus aliteraciones y de sus odios de aëda apasionado, lejos de la lúgubre noche cristiana, producen en el alma, la impresión humana y calmada, de un himno eólico, lleno del sortilegio peligroso de la grande alma pagana;

la grave armonía de esos cantares dejan al espíritu la estática

emoción de grandes soles desaparecidos tras el aterciopelamiento de los cielos, en el vacío de la tarde;

tal así, la serenidad divina, se desprende á veces, de aquella gran lira, donde las sagradas cuerdas bordonean de un innato amor á las divinas cosas;

la enunciación de dolorosas palpitaciones psíquicas; el aspecto fugaz de las visiones emotivas; la rareza enfermiza de ciertas sensaciones, que hacen temblar el alma, en los limbos fronterizos á la gran noche demente, son expresadas allí, con un sombrío esplendor, en una lengua, de la cual cada hemistiquio, es como un rayo de enigma, serpenteando en la tiniebla;

Pimentel, tenía herencias mórbidas, que predisponían su espíritu á perderse en la gran sombra maupasantiana, antes de entrar en la noche definitiva;

sufriendo sin quejarse, del mal cruel, que sentía avanzar en la noche como el ala de Azrael, en su engrandeciente crepúsculo, su alma luminosa aún, trazaba en la gran sombra, con el orgullo imperativo de una llama, las líneas resplandecientes de ese poema que fué su vida de orfebre viajero y soñador, hecho á trabajar el oro repujado de sus cálices, en la pompa orquestal de los desiertos, en el tumulto de las ciudades, llenas de almas neuróticas, gemelas de la suya, en la bruma azul y el fastuoso silencio de los grandes montes, y bajo los manglares de la costa, que la pensativa mar besa: enormemente;

á donde quiera que su carne, doliente, llevada fué por la angustia de la vida, el Poeta, cantó;

inquieto, febricitante, nos deja al morir, pedazos de su corazón, todo su corazón poemizado, con los fragmentos de su vida magnificente de visiones, donde todo el dolor y toda la ambición de una alma, canta, en ritmos de serena eternidad, lo infinito de la pena, lo amargo de la voluptuosidad, la pavorosa nada de vivir;

altanero, doloroso, fatigado ese Poeta, que no amó el reclamo, nos dió sus versos para morir, como si alinease una teoría de vírgenes armoniosas, cautivas de su genio, que escoltaran su ataúd hacia la tumba, bajo un cielo soñador, á través de un bosque de laureles;

y, se retiró de la arena ensangrentada, dejándonos sus cantos por herencia;

su espíritu bello y fiero, entró en la muerte como en el alba de un bello crepúsculo;... y, se perdió en ella;

desapareció el Poeta, en el follaje luminoso de sus versos;

envuelto en ellos, como en un sudario

armoniosamente;

luminosamente

gloriosamente

. . . .

¡Paso al Poeta!



SERENATA

En la penumbra de tus pestañas
hallé el reflejo de un bien querido:
la poesía de las montañas
y los verjeles donde he nacldo.

¡Oh, quién me diera por sus umbrías
vagar contigo soñando amores,
cielos, y cumbres, y lejanías
viendo en tus ojos encantadores!

Moisés Numa Castellanos.

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG



Poetisa tierna, emotiva; tal el alma de Becquer, con quien tiene afinidades sentimentales, ella se ha hecho cargo recientemente de la dirección de la revista *Vida Social.* Ha publicado ya dos volúmenes de poesías y cuentos: "Lágrimas" y "Lirios", que la han hecho acreedora á los sinceros aplausos de distinguidos escritores hispanoamericanos.

He aquí el pórtico de "Lirios":

PRIMAVERA

á Ernestina Méndez Reissig.

Canta; la aurora hechicera
De la ilusión te ilumina:
Canta, fugaz golondrina
De una hermosa primavera.

Sobre la varia pradera,
Y en la esmaltada colina,
La blanca luz matutina
Como un joyel reverbera.

Canta; persigue en tu anhelo
La visión que esfuma el velo
Sobre el marfil de tu frente.

Todo es color y esplendores,
Y abre el alma de las flores
Su sagrario en el ambiente.

PEDRO J. NAÓN.

SONETINO

Las rimas de oro y de cristal,
Los versos que destilan miel,
Canten tus labios de clavel
Y tu alba frente virginal.

Para tu mano, un madrigal;
Para tus ojos, un rondel;
Para tus gracias, un tropel
De estrofas rumbo al Ideal.

¡Princesa pálida y gentil
De un luminoso cuento azul!
Te baña un tímido arrebol;

Y en tu belleza, flor de abril,
Es tu alma pura un leve tul
En donde brilla un áureo sol.

F. M. DE OLAGUÍBEL.

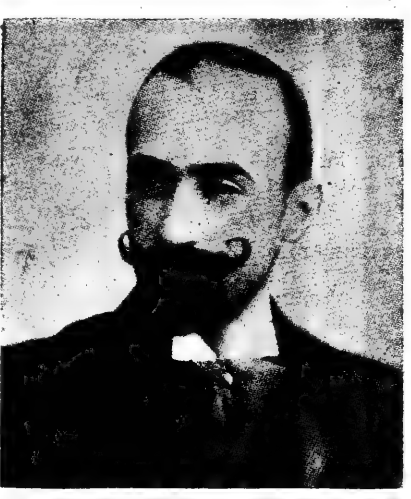
JACINTO BENAVENTE

Este distinguido dramaturgo español ya conocido en nuestros círculos literarios por su figuración en los estrados del teatro moderno, ha venido, en gira artística con la Guerrero y Díaz de Mendoza, á las repúblicas de ambas orillas del Plata.

Personalidad loable, cuyos triunfos forman como un pedestal inmenso, el Sr. Benavente no necesita más frases de encomio que la que inspira la lectura de sus obras bellas y el aticismo de su ideal artístico.

Ha publicado: *Figulinas, Cartas de mujeres* y trece tomos de comedias y dramas.

El escritor argentino José León Pagano, dice, á propósito del Sr. Benavente, en su libro «A travésde la España literaria» *Sus cartas de mujeres* pueden citarse como joyas de sutil psicología femenina. En ciertos aspectos tiene afinidades con Bourget, aunque este escritor quizás haya influido sobre Benavente menos que algunos dramaturgos tambien franceses. El autor de *La Comida de las fieras* y *Gente conocida*, á no dudarlo, debe conocer muy bien á F. de Curel, Maurice Donney, Alfredo Capus, Lavédan, Prévost y otra vez Donney. Los que conozcan las obras y las teorías de este último, comprenderán por qué insisto al oir las declaraciones de Benavente, sobre la vida moderna en el teatro.



FLOR DEL LACIO

De "Heliotropos"

Alma y cerebro:
cuando muy cerca
De tus pupilas aparecí,
Miré tus labios en que lucían
Eflorescencias de flor de lis.

Y, luego ¿sabes? dije á mi mismo
Con fugitiva, tierna emoción:
Nunca á tus ojos, oh, flor del Lacio,
Será insondable mi corazón;
Porque en tu espíritu,
Como en las flores de Raffaelli,
Tremen gloriosos rayos de sol.

PÉREZ Y CURIS.

¡LADRONA!

Es media noche. Clara y Esther duermen reposadamente en sus camas de madera blanca estilo arte nuevo. Sobre una mesa de noche una mariposa en un velador de aceite, mece su luz mortecina y alumbra con una vaga claridad amarilla el dormitorio. En frente, el espejo de un lavabo, refleja la llama del pabilo y la reproduce sobre la luna del ropero de espejo que separa los lechos. De tiempo en tiempo un coche que cruza á escape por la calle hace temblar los vidrios y el silencio del dormitorio se estremece con un retumbar de trueno lejano. A veces Esther ó Clara se revuelven bajo los abrigos, monologan una frase ininteligible, ó suspiran con una languidez de gemido. La mariposa sigue meciendo su luz mortecina sobre el aceite y juega á las penumbras por el silencio del cuarto. De pronto Esther suspira prolongadamente como un desahogo de penas, y comienza á hablar en alta voz. Sueña. Clara, su hermana mayor, de dormir ligero, se despierta y en ese asombro azorado de la conciencia repuesta, escucha monologar á su hermana. Siente un estremecimiento por todos los nervios que le hace sentar en el lecho con una vibración de epilepsia. Y encorbada, echada sobre las rodillas, con las manos en junto, los ojos muy abiertos, escucha, escucha y escucha, atónita, espantada, sufriente. Esther deja de hablar, revuelve su cabeza despeinada y suspira otro quejido prolongado y hondo.



Clara se arroja de la cama y corre hasta el lecho de su hermana con una precipitación de locura. El ropero de espejo en la media luz amarilla, ha reflejado la silueta blanca que ha pasado como una visión de leyenda espeluznante. Coje á su hermana por los hombros y la sacude, apretando los dientes mientras habla:

—¡Esther!... ¡Esther! . . . Despiértate... ¡sinvergüenza! . . . Por fin! ¡Por fin!... ¡Ya me lo sospechaba, hipócrita! ¡Ya me lo sospechaba! Tú estás enamorada de mi novio, tú me quieres robar á Pepe, ladrona!

Esther, despierta de una manera tan brusca, acusada é insultada en una exaltación y en un lenguaje de mujer de arrabal, sintió un pánico terror y se dejó hacer y decir hundiéndose arrollada bajo los abrigos. El pecado oculto tanto tiempo en el fondo de su temor, la traición de aquel robo que ella hubiera querido ocultar y saborear en lo íntimo de su ser apocado y henchido de

amor, le paralizaba la insignificante energía de su pobre alma, y sentía, junto con el temblor del miedo á perderlo todo, la conciencia de que debía dejarse castigar la falta para purgarlo todo.

—Dime, ladrona, exclamaba Clara mordiéndole con las uñas los brazos desnudos escondidos bajo las ropas. Dime, ladrona, me quieres robar á Pepe, tú, mocosa, mosca muerta ¡canalla!

—¡Yo no!.. ¡Yo no!.. ¡Déjame! ¡Déjame!

—Sí, tú, tu misma; yo te he sentido. Soñabas con él; le llamabas tuyo; le decías que me dejara... (Clara comienza á golpearla en el cuerpo, en los hombros, en la cabeza) Dejarme á mí, ¡á mí! para que se casara contigo ¿no? ¡Me lo quieres quitar, mocosa! ¡Me lo quieres quitar! Tú te piensas que él es para que tu lo babees con tu boca y le ensucies con tus manos! ¡Ni á las plantas de sus pies! ¡Ni para su sirvienta sirves!

—¡Déjame! ¿Tú que sabes? Tú mientes. ¡Déjame en paz! Vete.. vete...

—¿Miento? ¡No! No me voy de aquí hasta que no lo sepa todo.... ¡todo! ¿Lo oyes? ¡Dime!.. ¡habla!.. ¡sinó!... ¡sería capaz!...

Y prolongando la frase con un sonido gutural como un rugido, Clara se echó sobre la cama y le apretó el cuello con las manos.

—¿Hace tiempo que te gusta él, eh? ¿Hace mucho, no? ¿Qué se dicen? ¿Qué le dices de mí? ¿Cómo te lo conquistaste? ¿Qué le das para que te haga caso? Dí sinverguenza: ¿Qué hacían aquella noche junto al piano cuando yo entré en la sala? Dí, ¿qué hacían?... Se estaban besando, no?.. ¡Asquerosa! ofreciéndose como una... loca al novio de su hermana! ¡Parece mentira, mentira!...

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

De pronto, azorada, Clara calló y se levantó de la cama. Había sentido un rumor en el cuarto vecino. Le pareció que alguien se había despertado. Y mientras escuchaba, ahondando el oído en el silencio, se sentía el jadeo continuado que exaltaba el pecho desnudo y terso de Clara, que asomaba por el escote festoneado con flores de sedas blancas y rosas. Esther se ahogaba acurrucada bajo los abrigos. En el cuarto vecino el silencio se hizo de nuevo, y Clara dejó de escuchar y se agachó otra vez sobre el lecho.

—¡Si no me dices todo, te ahogo! ¿Lo oyes? ¡Te ahogo como á una bestia! Clara se mordía los labios con rabia, mientras apretaba con todas sus fuerzas el cuello de su hermana.

—¡Yo no sé nada! ¿Qué quieres que te diga? Déjame, porque llamo, grito!

—¡Grita! ¡Llama! Aun tienes coraje! ¡Anda! ¡Llama á mamá, á papá! ¡Te dejo libre! ¿Quieres que yo vaya?

Ante esta amenaza, Esther no insistió, y lloriqueando á pequeños gemidos como los niños mimosos, empezó á revolverse en el lecho haciendo fuerza con los hombros:

—¡Déjame!... ¡Suéltame!... ¡Déjame!... ¡Yo no sé nada!... ¡Nada!

—¿Que no sabes? ¡Sabes, sí! Es que no quieres decir, hipócrita! Es que no quieres decir, ladrona!... Pero tú estás fresca, ¡bien fresca! Para el santo de mamá me caso con él ¿sabes? El me lo ha dicho. Me caso con él, óyelo bien, óyelo. (Le gritaba junto al oído) Mamá y papá lo saben... Y tú te quedarás con tu envidia, con tus porquerías, con tus caricias y tus besos... Sí, sábelo bien: Pepe será mío, mío, se casará conmigo!

Esther, vencida por el cuerpo de su hermana, hizo un esfuerzo desesperado y estiró prolongadamente el cuello, para desasirse de las manos que le ahogaban. Luchó, se enrojeció la cara, apretó la boca, dilató los ojos que se anegaban de lágrimas ardientes, y sosteniéndose en un codo, se incorporó. El dolor de las carnes azotadas y estrujadas, los vejámenes, el odio de la im-

potencia física, le estremeció toda la sangre. Y un hondo deseo de venganza le subió hasta la garganta con un impulso criminal.

—No será tuyo, Pepe, ¿lo sabes? No será, no, no, y mil veces no! Será mío ¿sabes? ¡mío!

Clara rió secamente enseñando la blanca dentadura, los labios rígidos, con un gesto de burla y de odio.

—¡Tuyo! ¡Tuyo! ¿De dónde? ¡Y todavía lo dices!.... No te lo sueñes, mocosa! ¡No tienes dientes! Ese pan no es para tu hambre!

—¡Que no! ¡Que no!

—¡No! ¡No!

—¿En qué te fundas?

—En lo que no te puedes fundar tú; en su corazón y en su cariño.

—Eso es poca cosa. Un corazón se deja por otro, y una novia se deja por una madre...

Clara se estremeció de espanto.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. ¿Sabes? Pepe no será tuyo porque yo he sido de él...

Esther pronunció las últimas palabras arrastrando y mordiendo las sílabas para llenarlas de toda la saña de su rabia. Aquellas dos mujeres delicadas, finas, pulidas por el roce social, y que á la luz rutilante de los salones parecían dos mariposas ligeras é inocentes, en un momento de celos de amor se disputaban un hombre como dos fieras, como dos bestias, como dos comadres de arrabal.

Clara se incorporó muda, galvanizada por el pavor de la terrible noticia. En su cabeza enloquecida por la locura de los celos y la lucha inaudita de ideas é instintos maquiavélicos, veía en un relámpago toda una escena espantosa, donde desfilaban destacándose con perfiles siniestros, su novio, su hermana, ella, el porvenir... Ellos triunfantes, ella vencida...

Esther le cogió una mano y se la condujo con decisión por debajo de los abrigos.

—Ven... Convéncete... Convéncete... Toca... Hace dos meses... Dos meses...

Clara al sentir las carnes tibias de su hermana, retiró violentamente la mano.

—No decías que era tuyo, solo, solo? ¿No decías que se iba á casar contigo? ¿Te parecía mentira? ¡A mí, tambien!

Esther reía ahora con una risa de soberbia y de triunfo. Clara alargó los brazos en una sacudida de extravío, de ira loca, de frenesí bestial. Y con toda su voluntad, con todas sus fuerzas, con todo su rencor acumulado, dió un alarido y se echó sobre el lecho, se sentó sobre el cuerpo de su hermana, y empezó á saltar con ahinco, con rabia, una, dos, tres, muchas veces... Tenía los codos hundidos en los flancos como para concentrar todas las fuerzas; los ojos dilatados, fulgentes de extravío; los labios abiertos, los dientes apretados, un rugido en la garganta. Esther aplastada y desmayada de dolor, volcó la cabeza sobre la almohada, y empezó á gemir como en una agonía. Su hermana, en la inconciencia de su odio bestializado, seguía saltando sobre el tierno vientre fecundo, sobre aquel retoño que le tronchaba su porvenir, sobre aquella flor de discordia que florecía de los escombros de todos sus sueños y de todo su mañana.

Al fin Esther, pasado el acceso, pasada la ira, pasadas las fuerzas, dejó de saltar y se levantó de la cama. Y al ver á su hermana que en un quejido prolongado y doloroso, yacía hundida en el lecho, medio muerta, inmóvil, pavorosa, sintió como un fantasma el espanto de su obra. La reacción de la conciencia serenó su cerebro exaltado, y un frío espeluznante le hizo temblar como un azogue. Las piernas se negaban á sostenerla, los dientes le castañearon, y su cara y su escoteterso y fresco retrocedieron al blanco marfil. Y como si se

arrastrara, hizo un esfuerzo supremo y se precipitó sobre su lecho medio abierto. La silueta espantable y despavorida se reflejó sobre el espejo del ropero como una visión de ultratumba.

Y mientras Clara, muerta de frio y de espanto, se encorvaba hundiéndose en el lecho, su hermana seguía quejándose prolongadamente, en una agonía interminable.

Y en tanto la mariposa, continuaba meciendo serena, silenciosa, imperturbable, la luz del pabilo sobre el aceite del velador.

MANUEL MEDINA BETANCORT.

NERVIOSA

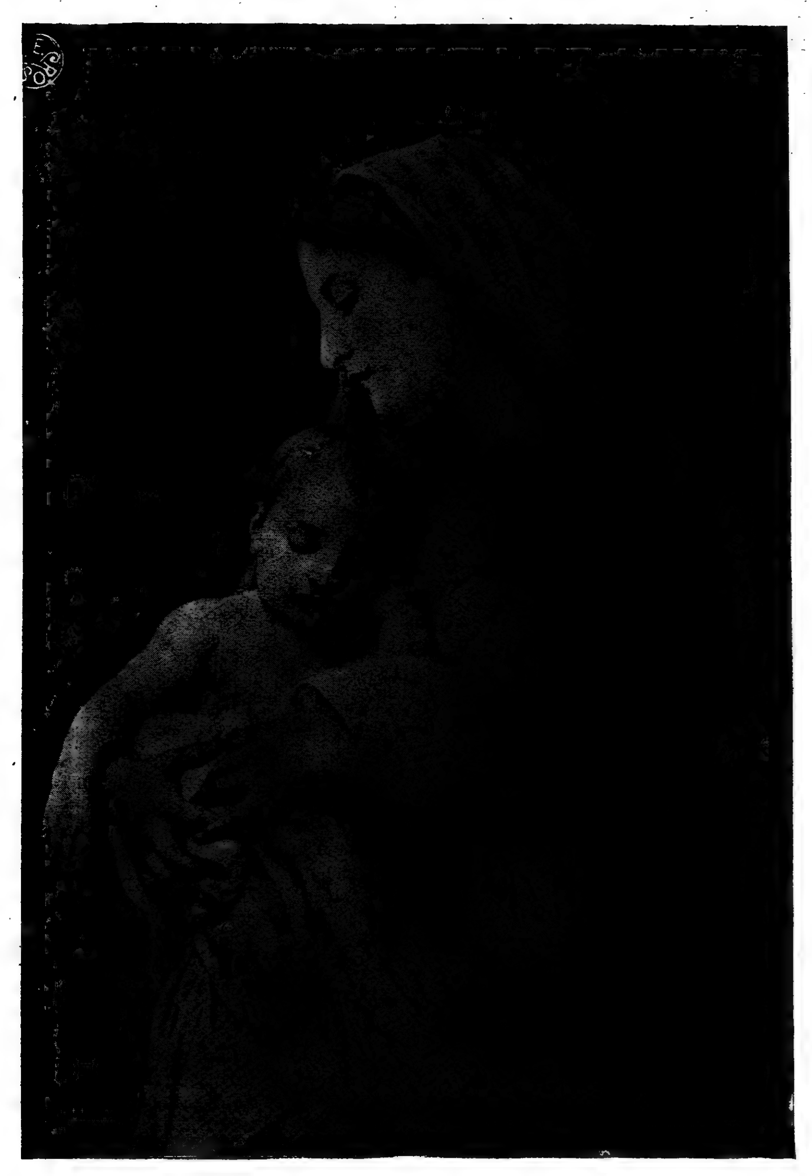
¡Cuántos génios, Señor, que están dormidos!
¡Cuántos génios, Señor, que sufren hambre!
¡Y cuántos que no sirven para nada
brillando en todas partes!

Adula al poderoso el infelice,
el de cerebro enfermo, el ignorante,
que se arrastra cual sierpe ponzoñosa
dañando al que más vale.

Es ley de humanidad; solo el pequeño
inclina la cerviz y honra al magnate;
el genio no se humilla: iergue altivo
su frente de gigante.

LUIS MARTINEZ MARCOS.

PÁGINA ARTÍSTICA



INOCENCIA

POR W. BOUGUEREAU

EL PATRÓN

De "Muecas Humanas"

Desde el primer instante que ocupó su puesto de auxiliar en el escritorio y abrió el libro de Caja para anotar las entradas y salidas de dinero, detestó la nueva vida á que habia sido empujado brutalmente por su precaria situación económica.

Huerfano de padre y madre, sin mayores relaciones en el medio ambiente para insinuarse en un círculo propicio al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales, habia aceptado aquel empleo en una casa de comercio, porque se le prometió una remuneración excelente y estaba obligado por necesidades de todo orden. Al principio, cuando aun no se daba exacta cuenta de lo que iba á desempeñar, creyó firmemente poder soportar esa esclavitud voluntaria del negocio donde el cerebro se nutre con guarismos comerciales, sin que se resintiera en lo más mínimo el vasto cúmulo de ideas que su anterior vida introspectiva habia hecho florecer en su cabeza. Bastarian las pocas horas que sus ocupaciones le dejaran libre, para dar forma y colorido á todo ese mundo misterioso é íntimo que le hacia tener fé en el porvenir. Luego no podia detenerse á filosofar sobre las inconveniencias del presente. La claridad de su situación lo heria tan vivamente que la resignación no debia discutirse ni un solo instante. Ella le aportaria la oblación de todo temor económico á la vez que recursos para la prosecución de sus lecturas favoritas.

Se daba perfecta cuenta de su encierro en aquel escritorio atestado de libros comerciales, de notas y cartas de la misma índole, pero sabía tambien que habia nacido por la condición social y económica de sus padres, para ser esclavo de una voluntad agena, para cambiar las condiciones de su cerebro robusto, exuberante de gérmenes de ideas nuevas, por un mendrugo ofrecido con a taneria imperiosa por cualquiera, el comerciante ó el capitalista afortunado que la audacia ó el nacimiento habia dado proeminencia en el complicado mecanismo social. Y por eso, porque veia su independencia frustada, en los momentos de abatimiento moral, de desconfianza en el sacrificio y de rebeldias ingénitas, acataba sonriente y sumiso las observaciones inconsultas del patrón, sus rezongos, sus malos gestos y sus modales autoritarios, sin que un solo músculo de su rostro denotara la más mínima contrariedad íntima. Y cuando el sol, el aire libre, el movimiento inusitado de las calles, la visión del cielo y del mar lejano, todo eso que se aquilata cuando se posee alma y el pensamiento se ha forjado en la libertad de la vida, en los momentos mecánicos de la función oficinesca le infundian valor, rebeldias, desalientos, un cúmulo de sensaciones nuevas, trataba de sofocarlas para no comprometer su empleo y con él su tranquilidad diaria. Las envidias rastreras de losp equeños que merodeaban en torno suyo; los chismes preconcebidos y elevados hasta el oído del patrón por todos los bajos emuladores, sus compañeros de oficina, que encontraban aceptable todo los medios para ascender un peldaño más en aquella vasta escala de la remuneración capitalista, habían herido su alma grande, abierta á todas las acciones generosas, pero no habían logrado exasperarlo ni arrancarle una

sola frase de censura ni de queja. Los había comprendido y los aceptaba por fuerza en las horas mecánicas de su vida, rehusando su contacto porque quería permanecer inmune á todas las bajas miserias humanas, no nivelándose con esa inmensa mayoría de seres que acechando en el silencio sus debilidades, se hallaban dispuestos á perderlo en sus miras presentes. Eterno enamorado de lo bello, huía siempre qde podía de la vulgaridad encarnada en los seres que lo rodeaban para poder gozar de ese mundo íntimo de sensaciones que poblaban su cerebro. Borracho recalcitrante de un ideal, de todo aquello que no se palpa pero que se lleva con alegría en el cerebro por ser el gérmen fecundo que infunde doble vida á los espíritus superiores, no podía detenerse á considerar á seres que habían nacido con una sola órbita de acción: la esclavitud especuladora. En sus vaivenes de ilusionista, salvaba los escollos colocados en su camino por los mediocres, eternamente risueño, sin condenaciones para nadie. Había sabido resistir á la tentación del café y de las tertulias donde sus compañeros de tareas quisieron arrastrarlo y donde unicamente se brilla á fuerza de vulgaridades hirientes, de adaptaciones molestas, de superficialidades reñidas con todo criterio mediano, concretándose á una sola cosa: á la adoración de la belleza en sus múltiples manifestaciones de vida.

Cuantas veces en medio de su rutinarismo, anotando una partida de Caja en los libros del negocio, una chispa de luz creadora lo alejaba del ambiente de tareas obligándolo á maldecir la vida, esa esclavitud á que estaba condenado por su situación económica, sintiendo entonces deseos de volar bien alto, quebrantando todos los miramientos sociales y todos los prejuicios que lo encadenaban á un orden de cosas molesto para su psiquis. Pero estas rebeldías determinadas la mayoría de las veces por las propulsiones de su modalidad artística, eran veloces, porqué, la visión del mañana le señalaba un horizonte cubierto de nubes espesas y tormentosas. Y entonces volvía á concretarse nuevamente á su trabajo, pacientemente, sin desmayos, confiando en el destino, en las casualidades de la vida, en el mañana que talvéz se le presentara mas propicio para la realización de sus esperanzas y de sus ensueños de gloria.

Y los días transcurrían uno tras otro, monótonos, como una sucesión de cosas iguales que fatigan la retina, completando los meses, acaparando los años, sin que tras la nebulosa del tiempo que vendría, vislumbrara su independencia y con ella su libertad definitiva, esa libertad propiciatoria de toda obra futura con la que soñaba entusiasmado. Había mejorado la condición de su sueldo, pero esa ventaja le deparó mayores obligaciones que hicieron su esclavitud mas insoportable. Se le había dado cierta ingerencia en el negocio, compartía ya algo de las utilidades que las crecientes transaciones de la casa volcaban en la Caja comercial, porque era activo y despejado, pero no gozaba de tranquilidad. Se sentía inmensamente aburrido, nostálgico de su pasado de libertad en la miseria gloriosa para su espíritu que en ella se había modelado. Despojado de toda tendencia mercantilista, no veía en todas las ventajas proporcionadas por el cercenamiento aparente de la idea más que un motivo de dolorosa esclavitud. Y bregaba por independizarse sin el valor necesario para quebrar de una vez por todas y para siempre, la cadena que lo ataba á un ambiente de muerte para su cerebro, entregándose de lleno á las contingencias de los días por venir.

Cuando más s ufría era de noche, al sustraerse por breves ho-

ras al ambiente en que actuaba, buscando en la lectura de sus autores favoritos, un motivo de goce intenso. Sufría por no poder realizar todo el conjunto de cosas que en su cerebro eran despertadas por una metáfora bella ó por una idea humana. Se retiraba tarde del empleo y los pocos instantes robados con estoicismo al sueño, no le bastaban para hacer obra intelectual como él deseaba, profunda, meditada y verdadera. A lo sumo tenía solo tiempo para anotar ideas y pensamientos que iba acumulando para una ocasión propicia, cuando fuera más libre y gozara de más tiempo desocupado.

Las lecturas nocturnas, ese acopio constante de ideas, esa elaboración incesante de pensamientos, el deseo de exteriorizar lo que sentía en hermosos artículos de lucha, fueron incesantemente acrecentando la repugnancia que sentía por el empleo, por esa esclavitud del negocio, que le acaparaba el tiempo y mataba sus vuelos imaginativos. Y la idea no muerta en su cerebro lo impulsaba día tras día á la lucha por un principio, por una forma, por cualquier cosa ideológica, donde sus compañeros de antaño habían descollado alcanzando algun renombre dentro del ambiente de su pais. Y lo que era una nebulosa de libertad en su cerebro, fué avivándose, cobrando formas inusitadas, hasta constituir una obsesión furiosa de independencia, que tarde ó temprano había de realizarse. Vió aún más sombría su vida presente atado al empleo y se dejó llevar por el abandono. Ya no fué el empleado activo y despejado que velaba por los intereses del negocio, sacrificándose en aras de las utilidades patronales. Todo lo hacía apresuradamente, con mal agrado y torpemente. Descuidó la letra y muchas veces se atrasó en los libros para dar satisfacción á la idea que jugueteaba en su cerebro. Robó tiempo á sus ocupaciones para dedicarlo á sus preocupaciones intelectuales, más fuertes é imperiosas á medida que los meses transcurrían. Hizo abstracción de las ventajas conquistadas en el negocio por sus sacrificios pasados, inconscientemente, porque había perdido la noción de sus necesidades económicas presentes y no pensaba más en las contingencias del mañana, sólo y sin recursos de ninguna naturaleza. Y lo que por voluntad no se había resuelto á abandonar, lo fué minando paulatinamente, empezando por la pérdida de la confianza ciega depositada por el dueño del negocio en su persona. Las censuras y observaciones sobre su comportamiento se sucedían y varias veces el patrón tuvo que increparlo duramente, con gesto airado, por su negligencia demasiado visible.

—Esto no puede continuar así —le había dicho un día.—Es necesario que se corrija y cuide un poco más la letra.

Pero él nada replicaba. Trataba de satisfacer en lo posible al patrón y reaccionando volvía á su actividad de antaño, sin quejarse, mansamente, sin protestas exteriores.

Todas las cosas en la vida tienen sus causas y sus efectos correspondientes· Sembrada en la conciencia del patrón la semilla de un descuido aparente de su empleado, ella daba su fruto en el retiro de su confianza á aquél que hasta ese entonces había velado por sus intereses comerciales. La guerra declarada no cesaría ya más, porque, dentro de la mentalidad patronal el reconocimiento al sacrificio no anida mientras éste no sea eterno é incondicional. Había encontrado un pretesto para combatir á su empleado en el descuido de la letra y ese pretesto sería esgrimido todos los días, con la idea preconcebida de hacer mal al que por él había sacrificado todo lo hermoso que radica en el co-

razón humano: su vida libre y su vocación.

—Es necesario que perfeccione su letra—le había vuelto á repetir multitudes de veces.—Es preciso que abandone las preocupaciones de otra índole que no tengan relación con el negocio.

Esa fué la eterna cantinela que oyó aquel dependiente modelo, porque tuvo sus momentos de descuido irremediable é inconsciente. Y aún no se dió por vencido. Trató de acaparar nuevamente la simpatía del patrón, otorgando íntimo perdón á todo, estrujando el grito rebelde pronto á salir de su garganta, porque aún tenía temor al mañana y á su miseria. Transcurrieron dos meses más, hasta que por fin, una mañana risueña y luminosa de pleno sol, templada y volnptuosa, dijo lo que tanto mal le hacía reservándolo. El grito contenido de protesta, la palabra vibrante de condena, su odio sofocado, su fastidio, todo lo que había tragado durante el tiempo que conservó el empleo, lo borbotó con palabras agrias, sin contemplaciones ni miramientos. Y en medio de su rebeldía final y definitiva tuvo frases mordaces para los otros empleados, tal vez capitalistas embrionarios ó simple madréporas del gran block de oro de la especulación moderna.

El patrón perdía un esclavo de cuyas fuerzas había dispuesto á su antojo por tanto tiempo y este entraba de lleno á la vida, camino de su vocación artística, repleto de esperanzas y saturado de quimeras. El vellocino de oro no pudo inmolar su víctima rebelde.

Perfecto B. López.

PROFECÍA DEL VERBO

De *«La Voz de las Admoniciones»*, inédito

¡Detente! ¿Quién te anima? ¿La voz de lo inconsciente,
Que viene de las grutas ignotas de Aquerón,
Y ruge, y luego abrasa como en un eco ardiente,
Las almas de los émulos ferales de Nerón?

¿Dó vas? ¡Detente, oh, genio de la tiniebla, y siente
La vida! ¡cómo en luces embriaga el corazón!
Acaso eres enfermo de espíritu: ¡Detente!
¿No te amedrenta el alma del cuadro de Prudhón?

En la soberbia ruta que huellan tus hermanos,
Y en donde vibra un himno de génesis lejanos,
Y duermen sus nostalgias paisajes de magín;

No pongas, oh, nefario, la planta, porque el mismo
Espectro que te hiciera mirar hacia el abismo,
Quebrara,--al levantarse,--los brazos de Caín!

Pérez y Curis.

PÁGINAS DE UN DIETARIO

EL POETA DE LAS COSAS HUMILDES...

He aprendido, en no sé qué libros sutiles, el arte de reverenciar las cosas infinitamente pequeñas ó insólitamente nimias. Si fuera capaz de hallar, entre los autores que prefiero, al poeta veraz y meditativo que cante la epopeya de la fragilidad, ó magnifique el alma oculta, y á las veces violenta, que vive en el átomo una vida misteriosa que es apenas un suspiro, una vibración, un estremecimiento; si hallara al extraordinario taumaturgo que supiere inclinarse con amor ó con dolor hacia lo ínfimo, yo haría de la obra de ese hombre el libro de horas de mi espíritu...

Emerson y Mœterlinck poseen el maravilloso sentido de que hablo, se acercan atrevidamente al misterio, y desde el ardiente misticismo de sus almas solitarias, — dotados los dos de una imperiosa fuerza de evocación, — sueñan sueños extraños y dicen palabras que tienen el encanto de las profecías. ¿Habéis leido las obras de esos dos grandes silenciosos? Emerson habla de sus iluminaciones geniales desde una cumbre envuelta en nieblas, ó desde un astro extinto, Mœterlinck trae en los ojos los deslumbramientos de una vida anterior, imaginativa, vertiginosa y soñadora. Y á través de las épocas, esas almas fraternales y devotas se confunden en una misma fé en lo sobrehumano, en una misma adoración del misterio. ¡Qué ritmo el de sus pensamientos! El lenguaje de esos hombres, tan llenos de filosófica simplicidad, tiene las serenidades de un vuelo de ave bajo el azul. No blasfeman, no imprecan, no descomponen la hierática actitud de sus espíritus frente á lo desconocido. Son los sacerdotes de una nueva liturgia, los hierofantes de otro rito, los magos de una teurgia renaciente; son á un tiempo mismo taciturnos y alegres, porque han paseado sus almas herméticas por la sombra del bosque, ó bajo los rosales en flor... Platican con los espíritus diléctos ya desaparecidos. Se transfiguran en súbitas encarnaciones, y ora se nos aparecen como los filósofos antiguos que se aventuran en la metafísica, ora como los poetas modernos, que tienen la divina facultad de sufrir. Pero, á través de esas transformaciones, queda el alma sencilla, panteísta, pacífica; el alma buena que se inclina sobre los surcos y recoge la florecedora semilla; se yergue hacia el cielo y sigue el vuelo nómade de las estrellas por el espacio tenebroso.

Así los poetas que yo amo. Los quiero ingenuos y ardientes, llenos de pasión por las pequeñeces familiares. Los quiero extendiendo su tríunfadora generosidad aún á las cosas insignificantes

que pasan despreciadas por la vida. Los quiero con pupilas de niño para mirar á la Naturaleza; unas pupilas de niño, admiradoras, preguntonas y ávidas. Y todo el agradecimiento de mi espíritu sería para el espíritu hermano que me dijera al oído la leyenda de una rosa marchita, de una gota de agua, de un trozo de papel...

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

EUGENIO C. NOÉ

El distinguido poeta uruguayo Eugenío C. Noé, forma parte de la ilustre falange de cultores que se consagran á las letras en la República Argentina donde hace tiempo reside y brilla sobre todo por la pureza del estilo y la concepción espontánea de sus versos delicados. Cuantas revistas literarias hacen la aparición en el vecino país, muy raro sería la que no ostentase en sus páginas, alguna producción de este poeta soñador del Arte, peregrino de las letras, empeñado en difundir la divina belleza por medio de sus cantos llenos de exquisita sensibilidad. Y no solo es en las repúblicas rioplatenses que lucen sus hermosos trabajos, sino en muchas revistas americanas; su forma aparece con frecuencia, dando cuenta de su imaginación fecunda. No solamente el verso cultiva con donaire, sino la prosa, que ha tenido en él también un imitador apasionado, ofreciendo á sus admiradores la ocasión de lucir una vez más los dotes poéticos de su ingenio. Mucho antes de publicar su primer libro de versos, *Claros de Luna*, que fué muy aplaudido por la prensa americana, ya era conocido por otros trabajos publicados anteriormente. Ahora el poeta nos anuncia la próxima aparición de un nuevo libro el cual verá la luz pú-



blica en Paris, en el que ha tratado de hacer verdadera obra de Arte, reuniendo á la vez en la nueva colección de versos una gallarda primicia de composiciones inspiradas y sentidas.

A propósito de LA CANCIÓN DE LAS CRISÁLIDAS y EL POEMA DE LA CARNE

Asunción del Paraguay, 24 de Abril de 1906.

Sr. MANUEL PÉREZ Y CURIS.

Director-Redactor de APOLO.

Montevideo.

Mi estimado compañero:

Hasta mi tranquilo retiro en la sombría y lujuriosa selva paraguaya, me ha venido á sorprender su obra *La Canción de las Crisálidas-El Foema de la Carne* y ella ha sido como un destello de luz, entrando de lleno en la penumbra de mi rincón solitario.

La he leído de cabo á rabo y al concluir he exclamado: otro luchador bizarro que salta á la arena, rico en fecundas promesas.

Y bien compañero, su *obra,* vale.

No soy yo el más autorizado para juzgarla, pues estoy muy lejos de suponer que mi pobre opinión pese algo, pero mi juicio es la expresión sincera de lo que he *sentido* al leerla con detención.

En las páginas de su libro hay luz, calor y movimiento. El amor, palpita, arde!... ese amor que se infiltra en los resquicios y las grietas de los sepulcros, ese amor todopoderoso que mueve desde el ínfimo gusanillo que se arrastra entre el pastito, hasta los soles del infinito, flamea á través de las páginas hermosas de su *obra.*

Son felizmente muchos, y forman una legión á todas luces respetable y brillante, los proletarios intelectuales que llenos de noble afán exteriorizan la desbordante vitalidad de su imaginación creadora en libros, folletos, revistas y en artículos de diario ó composiciones en verso.

Dentro de ese núcleo, dentro de esa pleyade, de *nuevos*, usted se destaca con relieve propio.

Sin embargo, creo que su marcha triunfal ha de ser estorbada á diario por mediocridades, que no siendo más que entidades negativas, se complacen en desmenuzar reputaciones, aminorar méritos, con la honda satisfacción con que los caranchos se complacen en despanzurrar los cadáveres insepultos.

Pululan en el ambiente montevideano estos pajarracos de acerado pico y afiladas garras, que, impotentes para *crear* nada, pasan los días de su estéril é infecunda existencia *criticando*, demoliendo y mortificando á los que, con una admirable gallardía, lanzan á la circulación una *obra,* fruto de vigilias, trabajos sin cuento, luchas, ansias y tribulaciones.

Precisamente los que más feroz saña emplean en contra de los luchadores noveles, son pedantes patentados, con mucho viento en la mollera, incapaces de *pensar*, de *sentir* y de *hacer* nada duradero y efectivo.

Lo mejor es aislarse dentro del torrente social mundano, y consagrarse á la labor, con obstinación ardorosa, sin desfallecimientos, contestando á esas críticas de conventillo, *con nuevos partos fecundos.*

Y bien, espero su nueva producción. Ella me traerá el recuerdo cariñoso de la tierra *charrua* á esta buena tierra de *guarani* que me sirve de tranquilo refugio.

Lo saluda con afecto, su compañero y amigo:

José Virginio Díaz.

CORPIÑO BLANCO

Sin saber cómo y porqué,
evoca mi ansia febril
la visión de tu perfil
en enaguas y corsé.

Es un prodigio tu pie
que conoce la sutil
zapatilla de glasé
con botones de marfil.

Corpiño blanco de seda,
con olores á reseda,
del que supieron mis ojos;

¡Oh, maravilla de tules,
caladas medias azules
de mis pensamientos rojos!

Aquella tarde era así
como mística y sensual...
bajo el raso carmesí
de la gloria occidental.

Aristócrata benjuí
como perfume en el real
gabinete medioeval
de colgaduras turquí.

Desde el fino tocador,
el espejo en su rubor
al conocer de tus ligas,

ignoró la gracia en flor
de dos nupciales espigas
que ocultaba el peinador.

Barranquilla.

M. Moreno Alba.

FRAGMENTO DE VIDA

—Tú te vas... y me abandonas, Pablo—suspiró la esposa con una voz moribunda en que había el eco de todas las desolaciones. Y ocultó el rostro entre las manos trémulas como las hojas cuando el viento las orea, y permaneció así largo rato, silenciosa, abatida, en actitud de mujer atormentada.

La voz de los niños que manifestaban sus júbilos inocentes con palabras inconclusas, suaves y tímidas como el gorjeo de un pajarillo que apenas vuela, palpitó en su espíritu y sacudió su marasmo:

—¡Ni estos angelitos te conmueven! ¡Ay de ellos!—sollozó entonces, acariciando á sus dos hijos de cuatro y seis años que jugaban á su lado.

Y miró luego á su esposo con una mirada humilde que era el preludio de un canto de imploración y era también la síntesis de sus amarguras todas.

Había en aquella mujer resignada y dolorosa los atributos divinos de una virgen maltratada, pero indemne todavía; tan elocuente era su gesto y la vehemencia de sus ruegos ante la perspectiva de quedar abandonada en el otoño de la vida.

Los plegamientos de su faz morena, triste y doliente como una rosa te bajo el rocío; la laciedad de sus cabellos negros peinados con indolencia; la vaguedad de sus pupilas garzas anegadas de lágrimas que fingían algo así como un velo de brumas tenues sobre cielos apacibles; sus gestos imploradores de piedad; y, el rictus de sus labios exangües y conmovedores como un bardo en agonía, evocaban—rompiendo la harmonía de la estancia en cuyos muros glicinas y madreselvas mezclaban los matices de sus flores y entrelazaban sus ramas, dando á aquélla el encanto sublime de un paisaje de Corot—la tristeza sabia y mística de algunas vírgenes de Pellini y Bouguereau, y el ritmo majestuosamente lento de una oración religiosa.

Su esposo la abandonaría en breves instantes y estaba allí silencioso, inmutable, como un ser inanimado sordo á sus lamentaciones de esposa y madre sin mancilla, repudiada injustamente después de un lustro de sosegado consorcio. Y, su silencio, y la parsimonia de sus visajes la torturaban cruelmente y le anunciaban una era de infortunios jamás sabidos por ella, cuya existencia se había deslizado siempre entre un fastuoso florecimiento de dichas.

¡Sola y repudiada ella! ¡Oh, la soledad parámica de la esposa abandonada! ¡Cómo su miraje abruma los corazones y los impreg-

na de un hondo sentimentalismo que espiritualiza las ideas y palabras de la humanidad pensante!

. . . .
. . . .

...Y á aquel hombre sin conciencia que destruía un hogar y atormentaba una vída, no conmovieron los ruegos ni la muriente espresión de su esposa que aun tuvo resignación y le dijo humildemente:

—¡Pablo, tú me aborreces ahora! Sin embargo, puedes venir cuando quieras; tuya soy aunque tú ya no eres mío. Otra está en tu corazón como habré estado yo un día. ¿Recuerdas? nuestros besos furtivos á la discreta sombra de las magnolias en flor; la noche de nuestra bodas armoniosa como un epitalamio; delicada como un madrigal y fragante cual un búcaro de rosas...

Ni siquiera esas frases evocatorias de aquel idilio de amor; nada le conmovió. Y se fué tranquilo, inconsciente—con la inmutabilidad de una roca erecta sobre la mar—murmurando torpemente, fríamente:

—Adiós... pronto vendré á verte.



Perfumada y risueña, la mañana extendía sobre la alfombra esmeralda de los campos su inmensa gasa de oro; mecía el aura las hojas de los arbustos erguidos y los cantos de los pájaros canoros harmonizaban él aire como señal de adoración á la naturaleza.

Las campanas de un monasterio entonaron su sonata litúrgica que repercutió en el corazón de la desolada madre como un himno á la muerte. Y, mientras ella permanecía en doloroso recogimiento bajo la gloria de la luz matinal que se deshacía en hebras blondas sobre sus cabellos lacios, los niños, alegres y bulliciosos como dos pájaros, arrancaban madreselvas y las depositaban en su falda.

PÉREZ Y CURIS.

EL PODER DE LA HERMOSURA

Admirar es grave error
que, con mengua del pudor,
Friné ganase á sus jueces,
mostrándoles sin rubor
seductoras desnudeces,

pues en cuitas como aquellas
te bastara sin sonrojos,
para invalidar querellas,
juntando las manos bellas
alzar al cielo los ojos.

Lima.

MANUEL A. SAN JUAN.

REMORDIMIENTO PÓSTUMO

(Et le ver rougera ta peau comme un remord.)
Baudelaire.

En un sarcófago persa
tallado en marmol de Paros
por un helénico artífice,
quiero que duermas, ingrata,
el negro y último sueño.

Y cuando en noche callada
opriman rojas visiones
tu pecho níveo, mordido
por los impuros gusanos
que fluyan de tu carroña.

Y tu cadáver se cubra
de manchas verdes y lívidas
do pose pálido espectro,
besos lascivos de amante,
caricias torpes de Sátiro.

Y sientas negros fantasmas,
macábricos esqueletos,
cruzar danzando la fosa
donde tu féretro yace
en nauseabundas materias.

Y escuches ásperas voces,
chirridos, ayes de réprobos,
insultos, gritos, blafemias,
todo un infierno de notas
que crispe nervios y carnes.

Y quieras dar á tus fauces
hediondas y putrefactas
la gota pura de linfa
para templar los tormentos
de tus entrañas infectas.

En esas noches calladas
hermanas rojas de aquellas
que vimos entre caricias
flores, placeres y besos
pasar risueñas y alegres.

Verás bajar á tu huesa,
plegando las negras alas
en tus podridos cabellos,
buitre de torva pupila
que tu cerebro desgarre.

Oirás rugir en tu pecho,
repleto de miasmas pútridos,
recuerdos, frases, promesas;
falsas palabras de otrora,
engaños, ruines perjurios.

Y los rojizos gusanos
que arrastran por tu carroña
su vientre fétido y lúbrico
«roerán tu piel satinada
como ün remordimiento.»

Febrero 1906.

ARTURO C. MASANÉS.



BIBLIOGRAFÍA



JUAN DE DIOS PEZA

POEMAS POR MIGUEL LUIS ROCUANT, SANTIAGO DE CHILE: Un volumen de 190 páginas comprendiendo *Brumas, La onda y la espuma y Alma-Mater.* Es un hermoso libro, de grande aliento, donde palpita un alma enamorada de lo bello y un espíritu moderno á la par que complejo. En todos los trabajos que constituyen el volumen hay sentimiento y fluidez, principios estos que por sí solos bastan para hacerlo perdurable á través de todas las críticas. La idea no está subyugada á la forma; en todo él se trasparenta un cerebro evolucionando, lo que constituye un signo evidente de que el autor conoce la tendencia moderna y no desdeña embarcarse en su corriente humanitaria.

***

LIENZOS POR MORENO ALBA. BARRANQUILLA. COLOMBIA: Prólogo de Emilio Hernandez. Pequeño volumen de poesias emotivas. Su autor llevado por el sentimiento ha cantado en él á la vida pasional, á lo delicado de la forma esté ella en la naturaleza ó en la mujer, dejándose arrastrar en algunos versos por el deseo sensual, un deseo nada atrevido, solamente humano. Todos los trabajos están hondamente sentidos y la forma ha sido cuidada con sumo cariño. Hay en Moreno Alba estro poético y el poeta perdurará en el tiempo á través de sus produccíónes.

***

ENSAYOS CRÍTICOS POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. HABANA. CUBA. Un pequeño volumen con el siguiente interesante sumario: *D' Annunzio el poeta.—Tres escritores ingleses—I Oscar Wilde—II Pinero—III Bernard Shaw—El modernismo en la poesía cubana. José Joaquin Pérez—Rubén Darío—Ariel—Sociología—I Hostos—II Lluria—La música nueva—Richard Strauss—La Opera Italiana—La profanación de Parsifal.*

Como su título lo indica no son más que ensayos de una crítica superior, sin que se ahonde mucho el concepto. Concebida sin prejuicios, escrita con estilo fácil y fluido, trata Ureña en su obra importantes tópicos del movimiento intelectual moderno y estudia á algunos de sus representantes, pero sin detenerse mucho tiempo en ellos, trazando simplemente líneas generales. Con todo, estos ensayos son reveladores de un espíritu observador capaz de hacer crítica más profunda é intensa. Tiene condiciones no puestas de manifiesto en este pequeño volumen, las que en lo sucesivo, no lo dudamos, pondrá en evidencia.



LIBROS Y PERIÓDICOS RECIBIDOS

Scafarelli—El Mártir del Gólgota, Montevideo.

Letras—Habana, Cuba.

La Quincena—San Salvador, Centro América.

El Heraldo del Istmo—Panamá.

Monos y Monadas—Lima, Perú.

Vida Nueva—Florida, Uruguay.

El Deber Cívico—Melo.

Caras y Caretas—Buenos Aires, Argentina.

El Anunciador Costa-Ricense—San José de Costa Rica, América Central.

El Municipio—Villa Concepción, Parayuay.

Revista Gráfica—Montevideo.

Verdad—Montevideo—Periódico que la Asociación de Propaganda Liberal reparte quincenalmente á sus afiliados. Luce un hermoso título dibujado por el artista nacional Orestes Baroffio, y un fotograbado de Zola. Su material es interesante y selecto.

A. León Gomez—Secretos del Panóptico.—El Soldado. Bogotá, Colombia.

Sra. Acevedo de Gómez—El Tribuno de 1810. Bogotá, Colombia.

VOCES AMERICANAS

APOLO, revista de Arte—Director-Redactor: Pérez y Curis, Montevideo.

Con placer apuntamos el aparecimiento de esta nueva y gallarda publicación uruguaya, que trae magníficos fotograbados y abundante y escogida lectura. En el número 1.º de APOLO, su Director hace estas declaraciones:

«En esta época de odios y de egoísmos, surge APOLO, sincero en su desnudez que rechaza de esa hoja de parra encubridora, el atributo de moral ficticia.

«Ojos hostiles seguirán su marcha.

«Almas sinceras amarán sus páginas.

«Y, en plena lucha, cantará Apolo la rebeldía ingente de las almas bajo la gloria épica del sol.»

Saludamos al nuevo colega y corresponderemos al canje.

De *La Quincena* de San Salvador,
Centro América.

Libros en preparación que se publicarán en Montevideo en el corriente año

Muecas Humanas, (prosa) por Perfecto B. López.

Desde el Patagonia, (Memorias íntimas de un aprendiz artillero) por Perfecto B. López.

Mi Torre de Marfil, (poesías) por Guzmán Papini y Zas.

Los Himnos y Los Madrigales, (poesías) por Emilio Frugoni.

Proteo, (prosa) por José Enrique Rodó.

Heliotropos, (poesías) I Heliotropos—II Leyendas de un tríptico—III La voz de las admoniciones, por Pérez y Curis.

Cantares de la Aldea, (poesías) por Pedro Erasmo Callorda.

Tempraneras, (poesías) por Angel Corbacho.

Alma de Acero, (novela) por Ricardo Martínez Quiles.

Cabeza de Oro, (novela) por Horacio O. Maldonado.

Almas Trágicas, (prosa) por Isidro Rodríguez.

Hampa, (novela) por Enrique Crosa.

Cuentos al corazón. (prosa) por M. Medina Betancort.

APOLO

REVISTA DE ARTE

Director - Redactor: PÉREZ Y CURIS

MONTEVIDEO, Marzo de 1907

¡Críticos!

Ayer era Elisius: ¿conocéis á Elisius, aquel bufo-orador que en nuestras plazas y calles daba rienda suelta á su lengua de niño grande, en tanto que sobre su cabeza llovían las papas con que sus oyentes, agradecidos todos, le halagaban, en premio á la donosura de su oratoria versicolor? — Pues bien; ayer era él, quien, alardeando de crítico consumido, quiero decir: consumado, se entretenía (yo aplaudo su entretenimiento, como aplaudiría á un golfo que jugase á la bolita para distraer sus ocios), se entretenía, digo, en lapidar «Heliotropos», ofuscado acaso porque no le envié ningún ejemplar de aquel libro mío. ¡Que voy á enviarle! Obsequiarlo á él con uno de mis libros, sería como arrojarlo á un país de analfabetos. ¿Qué harían de él? — Nada. Y él tampoco, pues aunque lee y escribe cual un escolar cualquiera, carece de aptitudes para la cosa intelectual y es un analfabeto del arte y de la ciencia.

Pero, dejémoslo á un lado. Críticos de ese jaez hay tantos ¡pero tantos! ¡como plumas cortesanas! Bien lo sabe aquel jovencito ingenuo que blasona de páter intelectual y no es sino un servil cortesano de las letras; el mismo que al devolverme un hermoso libro de Pedro Henríquez Ureña: «Ensayos críticos», reputado de los mejores de su índole, me dijo, con una arrogancia de Júpiter literario: «lo he leído; tiene algunas cosas buenas».

Esa amabilidad paternal de los que nada son, ó al menos no lo han demostrado aún, me exasperó en otro tiempo, pero ahora me divierte. No es con ella que se trata á una obra superior á la del sujeto que la juzga. Porque hay maestros y discípulos, y de estos últimos son los más los pedantuelos.

. . . .

Después de una calma transitoria y cuando ya me disponía á preparar el presente número de Apolo, el gesto simio de un palurdo que se subió á las ramas de la adulación é hizo proezas de mico, me detuvo. ¿Quién era él? Un pobre diablo, con mucho de fraile y nada de literato. Ese cuadrúpedo decrépito habló. ¿Para qué? Para atacar á Vargas Vila. Y ¿cómo habló? — Parodiando á aquel Maestro, en un juicio que escribió sobre mi libro « La Canción de las Crisálidas ». La anunciación de su voz despertó, entre los pocos jóvenes que aquí escriben por ideales de nobleza, sentimientos de piedad. ¡Ese *reverendo padre* pontificando en la prensa! ¡Pobre infeliz! ¡Se olvidó de sus « Migajas » (para ratones) aquellas que él tuvo la osadía de llamar versos, y ahora, diciendo imbecilidades, quiere codearse con escritores de fibra, reconocidos. Y, atribuyéndose virtudes de escritor clásico, hace la apología del Clasicismo; es decir: pretende hacer la suya, mientras acuden á su memoria, como un recuerdo sagrado digno de su inmensa idolatría, los nombres de Zorrilla, Quintana y otros poetas quo fueron. Y no sé si ha dicho, plagiando desgraciadamente á Pompeyo Gener, que el Modernismo es fuente de delicuescencias.

Termina su parodia ese último figurín clásico, ese vulgar tonsurado, convertido en matamoros de las letras modernistas, atacándome veladamente, á medias, como permaneciendo en la penumbra; y la termina de un modo cómico tal que me ha hecho reir á carcajadas, porque dice, con la pausa y ceremonia de un colofón de libro antiguo, que: *yo hablo descarnadamente de la carne aun cuando estoy en la edad en que se me da á comer churrascos ó se me sirve con el cubierto!* ¡Pobre viejo! ¡A qué lo obliga su decrepitud! ¡A denostar á quien siente compasión por él, y cuando pasa á su lado le mira piadosamente, como si viese á un fraile castrado y lleno de lacras!

¡Pobre viejo convertido en Zoilo! Leyendo aquella parodia, digna hermana de « Migajas », pensé en los tuberculosos de la idea y del espíritu. Después murmuré, alterándolo, aquel verso de Hugo:

« Muse,
un nommé Constantin, jésuite, m'est hostile. »

Pérez y Curis.

Aquella noche...

Estábamos los dos en la ventana. Ella, absorta, contemplaba el profundo azul del cielo. Yo, encantado, miraba el radioso azul de sus ojos.

¡Oh, noche aquel a!

La luna en mitad del infinito brillaba en todo el esplendor de su grandeza...

A lo lejos, el ruido del mar que iba á morir sollozando sobre las anchas playas...

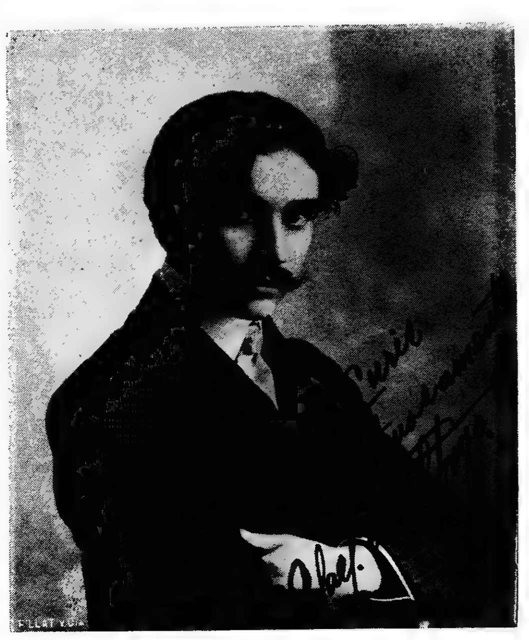
Cuando nuestro diálogo cesaba, oíamos un canto melancólico que parecía venir de algún pescador que navegaba hacia los muelles. Como la ventana era estrecha estábamos tan juntos que los sedosos bucles de su rubia cabellera me hacían cosquillas en el cuello.

Su mano, como una blanca avecita, temblaba entre las mías... A veces tornaba mi vist hacia atrás, parecíame que alguien, muy quedo, muy paso, andaba sobre la mullida alfombra de la sala...

Un olor á marisco y á salitre flotaba en el aire frío que venía del mar...

De pronto, acerqué mis labios hac a su boca.—No, murmuró, agitando sus blondos rizos, y mi beso como un colibrí, quedó suspenso, aleteando sobre la purpúrea flor de su boca.—¿Por qué?, la pregunté contrariado.—¿No ves que nos están mirando? repuso con grave acento.—Quién? la interrogué.

—Dios!... me dijo, señalándome la esplendente luna...



Dios que nos está mirando tras la luminosa ventana de su regio alcazar...

RAFAEL ANGEL TROYO.

Cartago de Costa Rica.

La ronde des roseaux

L'hirondelle fuit. Voici la vesprée. L'hirondelle fuit devant l'épervier. Sur l'étang frileux la lune étincelle, et dans son image se noie l'hirondelle.

Qu'importe aux roseaux, lorsqu'ils font la ronde autour de l'étang, la mort ou la vie? Ce n'est pas pour eux que l'épervier crie.—Le malheur s'efface comme une ride sur l'onde.—PAUL FORT.

El tributo á la avaricia

—¿Queréis saber cuál fué el motivo que me obligó á maldecir de mi padre? Bien: escuchad esta historia horrible, casi inverosímil, pero desgraciadamente cierta, que os referiré, y en la cual fuí un protagonista secundario.

Ruperto, después de una breve pausa, empezó diciendo:

—Mi padre, hombre de unos cuarenta años de edad, poco tiempo después de la muerte de mi madre contrajo segundas nupcias con una joven de veinte años que había tomado á su servicio. Del primer matrimonio le habían quedado cuatro hijos varones y una fortuna invertida en buenas fincas, avaluadas en quince mil pesos oro. El mayor de todos era yo, y me seguía Arturo con dos años de diferencia. El menor, Casiano, no había aún cumplido los quince años, y como sus demás hermanos, poseedor de un oficio, ganaba un jornal suficiente para cubrir sus gastos. Yo era un hábil escultor en madera y mi sueldo me permitía efectuar algunos ahorros que mensualmente depositaba en manos de mi padre para que los custodiara. Arturo, dedicado desde pequeño á la litografía, había llegado á ser un excelente oficial, querido y respetado por los dueños del taller donde trabajaba. Menos previsor que yo, muy mano abierta y amigo de francachelas y juergas nocturnas, gastaba más de lo que ganaba, recurriendo muchas veces á mí en demanda de dinero para cubrir sus compromisos económicos. Con todo, no era malo. Excelente corazón, gustaba de la vida y la vivía á su antojo, sin amaneramientos convencionales ni temores de futuras miserias. Además, era bastante inteligente, con veleidades literarias, lo que autorizaba su cabida en ciertos círculos vedados á los que no dedicamos un breve espacio de nuestro tiempo al parloteo improductivo con las deidades del Olimpo.

Casiano y Roberto en sus tendencias laboriosas, en su miraje de los días por venir, se parecían á mí. Y los cuatro hermanos estábamos en la más perfecta armonía, dispuestos á la realización de cualquier sacrificio, siempre que las circunstancias lo requiriesen.

Arturo y yo, por nuestros años, formábamos conjunto aparte de nuestros hermanos menores. Unidos por causas diversas, éramos recíprocos confidentes de nuestras cosas íntimas, tanto en la mala como en la buena suerte. Los intereses del uno servían á las necesidades del otro y viceversa, sin que esto nos trajera el más mínimo enfriamiento en la amistad cultivada hasta ese entonces.

En esa armonía perfecta de procederes, aunque no de miras, sin desacuerdos que hirieran nuestra susceptibilidad de hermanos, ni violencias, ni tiranteces, fueron transcurriendo los años. Nuestra madrastra, en ese tiempo, contribuyó con dos nuevos vástagos á acrecentar el número de los ya existentes. Yo había cumplido los veintiséis años y pensaba, como era lógico, en casarme, para lo cual necesitaba establecerme y trabajar por mi cuenta y riesgo. Para poner en práctica este pensamiento contaba con los ahorros depositados en manos de mi padre y la parte que me tocara en el reparto de la herencia de mi madre que hacía elevar á dos mil pesos.

Hablé á los pocos días á mi padre de esta resolución y obtuve sus plácemes. De mis ahorros sólo me entregó la mitad y el resto tuve que darlo por perdido porque mi padre, pretextando que lo había gastado, se negó á entregármelo. En cuanto á la herencia de mi madre percibí una cuarta parte de lo que legítimamente me correspondía. El resto, mi padre lo endosó á su parte, como más tarde lo supe. Para entregarme este dinero y repartir sus partes á los demás hijos, simuló una venta por dos mil quinientos pesos, de dos propiedades avaluadas en siete mil, y sólo con las rentas que éstas produjeron desde la muerte de mi madre hasta la fecha en que reclamamos lo que nos pertenecía y algo de mis ahorros que injustamente retenía en su poder, pudo salvar sus compromisos. Lejos de protestar

por esa usurpación disimulada llevada á cabo con nuestros intereses, guardamos la mas aparente conformidad. Lo que la lucha por la existencia no nos había enseñado, nuestro padre con su avaricia, nos lo indicaba en la más cruel de las manifestaciones. Su gran fondo utilitario, ese sedimento de apego al dinero depositado en su conciencia desde el día del primer ahorro hasta aquel otro en que el capital le ayudó á vivir, se nos mostraba en todo su feroz egoísmo. El padre era absorvido por la desmesurada pasión al dinero, y el amor al hijo desaparecía sin dejar rastros en el fondo de aquel corazón tocado á muerte por el temor de ver su fortuna, reunida á fuerza de privaciones, desmembrada y repartida entre su prole que la haría rodar nuevamente por la vida envuelta en el torrente circulatorio provocado por las necesidades humanas.

Atesoré en el fondo de mi conciencia esta enseñanza maldita, abrí mi pequeño taller y al cabo de seis meses, cuando la marcha del negocio mató en mí todo temor de pérdida, contraje matrimonio. Arturo, por su parte, distribuyó lo que le había tocado en el reparto entre mi padre y mi negocio, guardando algún dinerito para volcarlo poco á poco en la copa de la vida, donde lo fué escanciando sorbo á sorbo, sin remordimientos, gozoso de poder agregar al capital que mensualmente gastaba, un *pucho más*, como él decía. Se sabía robusto, con fuerzas para emprender todo trabajo, y no deseaba con el ahorro, que en sus circunstancias le aparejaría privaciones, construir una base que le sirviera para holgar en lo futuro. Y vivía disfrutando de todos los placeres que le brindaban los días, sin el menor reparo, sin contemplar siquiera que su organismo se degastaba con el derroche de fuerzas á que lo tenía sujeto. Trasnochador sempiterno, trasnochaba siempre que podía y cómo podía. Nunca supe que se recogiera antes de las dos ó tres de la madrugada y ocurrió lo que fácilmente podía preverse: enfermó del pecho. Fué un fuerte constipado que no quiso atender, magüer nuestras advertencias, el principio de su futura enfermedad. Nos creyó torpes en nuestras prevenciones, pensando que el mal se iría así como había venido, sin que de su parte hiciera lo más mínimo para conjurar sus remotas consecuencias. Sus pulmones poco á poco empezaron á dañarse y un mal día, después de un fuerte acceso de tos, arrojó sangre en sus esputos. El mal, desatendido, progresaba rápidamente é inútiles serían ya todos los resguardos. Él seguiría su curso fatal con sus diversas alternativas de mejoramiento y empeoramiento, y Arturo, mal de su agrado, tuvo que guardar cama, sufriendo la esclavitud que ésta impone. Y su vida se trocó en un martirio diario. Sujeto al lecho, pudo aprovechar únicamente aquellos instantes de tregua que su enfermedad le brindaba, y durante ellos efectuaba sus cortos paseos á pié por los alrededores de su casa, bebiendo con ansias el aire de las calles los días que un buen sol templaba la atmósfera. Después, durante el período álgido de su enfermedad, tuvo que sufrir lentamente, enclavado en el lecho, el proceso corrosivo que se operaba en sus pulmones. ¡Y vaya si sufría! Sin esperanzas de un mejoramiento en su salud, se sabía condenado á una muerte más ó menos remota, pero que al fin llegaría, y aun más, sintió en torno suyo el vacío que el temor á su enfermedad provocaba entre los que más obligados estaban á brindarle toda suerte de cuidados y atenciones.

Mi padre, temeroso de los gastos que originaría la enfermedad de Arturo, desde que pudo cerciorarse que estaba irremisiblemente condenado á morir, lo abandonó á su suerte, rehusándose á entrar por ningún motivo á su habitación, situada en su misma casa, sin tener en cuenta que Arturo había contribuído hasta el último momento al sostenimiento del hogar con sus fuerzas y el producto de su trabajo. Así mismo impartió las más severas órdenes para que ninguno se acercara al lecho del pobre hermano desahuciado por los médicos, á pretexto de que esto podría traer un contagio perjudicial para toda la familia. Únicamente yo, tocado en lo más íntimo por esa inconsulta disposición de mi padre, me sublevé contra ella, trasladando parte de mi taller á la habitación de mi hermano, con el objeto de estar á su lado el mayor tiempo posible. No me detuvieron en dicha determinación ni mi

mujer ni los intereses que durante mi ausencia estarían bajo su custodia. Debía acompañarlo hasta el final como un deber ineludible impuesto por la misma amistad cultivada en otrora y para que sus días no se vieran amargados por el vacío que en torno á su enfermedad todos hacían. Y durante muchos meses consecutivos lo atendí con toda suerte de sacrificios, alentándolo en los momentos que perdía toda fé en un futuro restablecimiento; cuando después de un terrible acceso de tos, abandonado por las fuerzas, quedaba anonadado envuelto en la fatiga cruel del esfuerzo hecho. Fuí su padre, su amigo y su enfermero, ya que nadie quería compartir conmigo la ingrata tarea de cuidarlo. Lo alentaba mintiéndole una mejoría en su enfermedad, imposible de operarse; bromeaba sobre sus temores de muerte, y más aún, le hablaba de un hermoso porvenir de vida, alejado de sus costumbres anteriores, de su característica de joven disipador, junto á una hermosa mujer, su compañera y amiga.

Era para Arturo lo que la condición de hermano me obligaba á ser; lo que el cariño sincero que le profesaba me imponía como deber ineludible.

Entre tanto habían transcurrido muchos meses; una Primavera y un Verano. Los días de Otoño, tristes y desolados, con su cohorte de nébulas que ocultan la alegría radiosa del sol de estío, con el fárrago de hojas secas esparcidas por las calles á merced de los vientos y el adormecimiento de la naturaleza en su potencia germinadora, vino en pos de los meses de esperanzas, sembrando de temores mi espíritu y reagravando el estado de salud de Arturo que parecía seguir en el agotamiento de sus fuerzas, el agotamiento de la naturaleza en su corriente de savia vivificadora. Delgado, ojeroso, con repetidos accesos de tos, su vida se iba acortando magüer mis desvelos y los esfuerzos de los médicos que pugnaban por salvarlo.

Una mañana húmeda y fría, sin sol, su voz, tomada por el lento proceso de la enfermedad, perdió la sonoridad de antaño y sus palabras no fueron más que un murmullo silvante de hojarasca en una fronda espesa. Y no pudo ingerir más los alimentos, así como los remedios. Desde ese día toda esperanza de salvación debía abandonarse. Arturo tenía pocos días de vida, pudiendo contarse por minutos sus pasos en el camino de la muerte.

En ese estado de desesperación, de lucha horrible, pasó Arturo una semana, hasta que una tarde, apenas vuelto del patio donde había ido á buscar un poco de agua, lo encontré en un período de extrema gravedad que se prolongó durante dos horas, en cuyo tiempo permanecí silenciosamente de pie ante su lecho, contemplando aquel ser que se debatía encarnizadamente con la muerte, sin poder articular una sola palabra.

Después, en un momento de lucidez, de esa lucidez que precede á la muerte, me pidió que llamara á nuestro padre, de quien quería despedirse. Corrí al patio donde éste se paseaba, lo puse en conocimiento de lo que pedía Arturo y pretextando una evasiva estúpida y malvada, se rehusó á entrar en la habitación donde su hijo agonizaba. Al entrar yo nuevamente en la pieza de mi hermano y contemplar sus grandes ojos abiertos y clavados en una mirada fija en el techo, no tuve valor para decirle la verdad, y le mentí; sí, le mentí, diciéndole que nuestro padre no estaba en casa, que hacía un buen rato que había salido no sé á qué ocupación urgente. Apenas terminé de mentirle me miró fijamente y haciendo un supremo esfuerzo para reconcentrar el resto de su vida que lo abandonaba, me dijo con palabras entrecortadas, sin una frase de condenación para nadie y resignado á morir sin el postrer adiós de su padre, las palabras que siguen y que no se borrarán jamás de mi memoria.

—Acércate Ruperto ... yo ... me muero ... Dile á papá ... que me acordé de él ... Tú recibe mi agradecimiento ... y reserva en recompensa ... lo qne tienes mío ... Te pido que no le guardes rencor... á papá... por lo malo que fué... conmigo ... Compadece ,.. al pobre viejo... Puede que algún día se arrepienta y llore ... Adiós.

No pudo continuar más. Un terrible acceso de tos, seguido de un vómito sangriento que bañó las ropas de la cama, ahogó en la garganta la última frase. Después no se movió más. Su rostro, de expresión tranquila, parecía sonreirme. En sus párpados cerrados

permanecía aprisionada una gruesa lágrima que no pudo derramarse.

Repuesto de la impresión, salí al patio, donde mi padre se paseaba con la mayor indiferencia, le comuniqué la fatal noticia y sólo á viva fuerza pude hacerlo penetrar en la habitación del muerto. Frente al lecho no derramó una lágrima, concretándose á decirme que corriera con todos los gastos que demandase su entierro. Después se marchó y no lo he vuelto á ver más. Sé que vive sin remordimientos, feliz con sus nuevos hijos, á quienes ya explota.

Ahora juzguen ustedes las razones que me obligaron á maldecir á mi padre.

Ruperto guardó silencio. Sus oyentes no se atrevieron tampoco á desplegar los labios.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

EL AMOR QUE LLEGA

Tarde de oro y azul y rosa claro
Fuera otrora en que tú ¡oh, mi coqueta!
Oyeras de mis labios la secreta
Confesión de un amor hondo y avaro.

Y la tarde que huía, allá en el aro
De tu anillo expiró, y en la violeta
Lontananza del mar la sombra escueta
De un vapor deslizóse junto al faro.

Volviendo por los últimos breñales
Ahondamos yo en tu alma y tú en la mía
La llaga heroica de los Viejos Males;

Mientras la luna en su claror sedeño
Surgió de la impalpable lejanía
Con rumbo á las riberas del Ensueño!

EL AMOR QUE PASA

Y ya todo acabó: de aquel pasado
Sólo resta una gris melancolía;
Ni un beso, ni un adiós; lo que sonría
Al alma triste, al corazón cansado.

Tal vez alguna carta: lo estampado
En pálido satín; lo que algún día
Fué mucho, acaso un mundo, más que hoy [día,
Es mísero papel y hasta olvidado!

Y así pasa el Amor. ¡Oh, cómo zumba
Un breve instante nada más y luego
Es paz y olvido, gran silencio y tumba!

¡Oh, cómo es lava y resplandor y es [fuego!
¡Oh, cómo es rayo que al herir derrumba
Todo lo que hubo sido y no fué luego!

Montevideo.

JUAN PICÓN OLAONDO.

Musa Galante

Interrogante de rosa,
de un mar dorado á la orilla;
cincelada puertecilla
de una caja misteriosa.

Caracol: ¿que verso ó prosa
floreció como semilla
de pasión, en la celdilla
más pura de su alma hermosa?

Número tres nacarado,
¿fué mi ruego el bien llegado?..
¿No fué? Pues ciérrate, flor,

y no dejes que en su oído
se filtre ningún sonido
que la estremezca de amor!

MANUEL J. PICHARDO.

Habana, 1906.

De "Prosas-Laudes"

Con motivo de unas poesías de PÉREZ Y CURIS

El Verso, es el esplendor magnífico del Verbo;
la armonía de la palabra, es la iluminación radiosa de las almas;
la tiniebla ascensional de los espíritus, principia allí, donde se extingue la vibración mágica del Verso;
el Silencio y la Muerte son gemelos;
el Verbo, mata el Silencio;
el Verso, pone en el corazón de la Muerte, la flecha palpitante de la Vida;
el Verso, es inmortal;
la Vida, es Armonía;
y, toda la armonía está en el Verso;
y toda la luz;
el Arte de la Palabra, no se ha salvado del naufragio de los tiempos, sino en el bajel armónico del Verso;
es por boca del Verso, que los siglos han dicho la palabra reveladora;
nada se ha salvado de los grandes cataclismos del Olvido, que no haya sido en las alas frágiles del Verso;
todo el pasado grandioso vive en el corazón del Verso;
Dios, está en el corazón del Verso, como el tulipán en el corazón de la magnolia;
es por el Verso, que los dioses viven;
¿por quién los del Olimpo?
por Homero;
¿por quién Jehová?
por aquellos del Deuteronomio;
¿de dónde surgió el mito cristiano?
de las estrofas rudas de la Biblia;
¿los Vedas?
un bajel de dioses asiáticos;
suprimid los poetas y habréis suprimido los dioses;
porque el Poeta es aquel que canta lo Irrevelado;
y, lo lleva en su corazón;
es aquel que canta lo Infinito;
Verbo de Eternidad. . . . .

. . . .

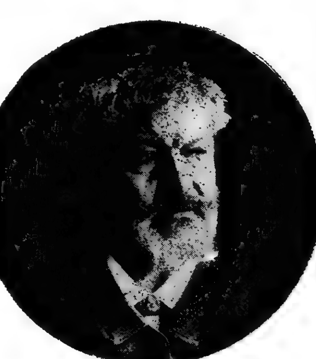
. . . .

hoy que los dioses han muerto sobre los cielos y la tierra, aun viven en el corazón de los poetas;
¿cuál es el dios de los poetas, hoy?
la Belleza;
ella vive en el corazón de los poetas, como un águila en su nido;
de allí sale tendiendo al mundo sus dos alas, en forma de lira, y el espacio, se llena de músicas sonoras. . . .
el reino de los poetas, principia más allá del reino de las águilas;
¡vamos hacia los poetas!. . . . .

. . . .

. . . .

El fin estético de una forma es llegar á su apoteosis: es decir á la absoluta realización de su Idea de Belleza;
de ahí la evolución;
fuera de la evolución, no quedan sino el estancamiento y la muerte:
rebelarse á cambiar, es rebelarse á vivir;



JEAN RICHEPIN

el castigo de esa rebelión es la desaparición;

todo va hacia adelante; todo cambia, todo pasa en el abismo tenebroso de la Vida...

la Belleza no cambia, pero sus formas de expresión sí;

va en un eterno viaje hacia el Ideal, es decir, hacia la perfección;

y el Arte, va con ella;

porque el Ideal del Arte, es el Apogeo de la Belleza;

el Arte, entra en la evolución, y hace como la Naturaleza, de sus series agotadas, formas creatrices;

y, para no kantisar mucho en Arte, sólo diré del Arte del Verso y de su evolución en América.

Toda época tiene su Arte, como toda estación tiene su flora;

el Arte exterioriza el alma de su tiempo y la modela;

toda la mentalidad de una época está en su Arte;

¿cuál era el Arte en América, es decir: el alma de América, hace veinte años?

era una alma tradicional, una alma claustral, una alma bárbara;

teníamos el alma opaca, monacal, fanática y feudal, de nuestros conquistadores;

vivíamos en pleno siglo XVII, ignaros y rencorosos, rimando nuestra desesperación, entre el mar y la montaña;

el catolicismo, nos encerraba en el templo; el clasicismo nos encerraba en la Academia, y nuestro espíritu, prisionero de esas dos extrañas fuerzas del pasado, no sabía cómo escapar á estas dos formas violentas de barbarie;

permaneciendo intelectualmente colonos españolos, nos alimentábamos de España, es decir nos agotábamos con España y moríamos con España;

pensábamos con España; es decir, no pensábamos;

y, como no hablábamos sino español; es decir, no hablábamos, todas las formas del Arte, y del movimiento intelectual del mundo nos eran extrañas...

inmóviles, cristalizados, fanatizados en la tradición, no vivíamos, sino que vegetábamos, con gestos lentos de larvas. .

nuestros grandes poetas, como bueyes ante el crepúsculo, se entretenían en rumiar la paja seca del clasicismo español, con una mansedumbre atónita;

el porvenir no existía para ellos; era el pasado el que vivía en sus almas;

cuando se fatigaban con la retórica roja y negra de los clásicos españoles, se refugiaban en el Agro romano, despojaban la vacada apacib e de las Geórgicas, y calumniaban los poetas latinos, traduciéndolos;. . .

era su mayor esfuerzo de imaginación;...

después... volvían á dormirse con Santa Teresa de Jesús; ó cualquier otro clásico de su fuste;

permanecían cándidos: reían de buena fe con los chistes de Quevedo; y tenían tempestades de hilaridad, leyendo á Don Quijote;

¡acaso eran más felices que nosotros!: podían aún reir;

la risa es el privilegio de los niños;

de vez en cuando, se escuchaba una voz tronante, rompiendo el estupor de la selva;

era Olegario Andrade, que había leído á Víctor Hugo;... y cantaba...

parecía que en el río de la Plata, hubiese caído un Sol ..

y, más allá otra vez los rumiantes, parafraseando estrofas de Quintana...

¿cómo se hizo el milagro de nuestra redención intelectual?

los *Deracinés;* esos fueron los *libertadores;* yo lo he hecho constar en otra parte;

á la pluma de estos hombres, debe la América tanto como á la espada de los héroes primitivos que la libertaron;

para el Verso, Darío fué como un Bolívar adolescente, que rompió las cadenas en pedazos;

la métrica, era la prisión del Verso, y Darío, la abrió á los cuatro vientos del horizonte;

y voló el *verso libre;*

Darío, fué el Walt Whitman, del Sur;

¿su rima es hebraica?

¿viene de Mallarmé?

yo, no lo sé...

ni él, tampoco;

su nombre es semita, su apelativo es persa; todo en él, viene de Oriente;

aunque haya nacido en el trópico;

¿no lo veis con qué pasión ama las *Mil y una Noches?*

¿su antecesor fué Kalidasa?

¿fué en *Sakountala*, que aprendió á hacer un idilio en el cáliz de una flor?

¿aprendió su teoría maravillosa entre los pájaros y las gacelas, cerca á las flores-perlas, y los cálices húmedos del lotus, que rodean el corazón panteísta de *Ouvarsi?*

yo, no lo sé, pero, como en la feria sinfónica de la pastoral elegíaca, yo, veo á Darío, libertando la Poesía, como Wikrama libertó á Apsara, en el Poema de Kalidasa;

el sortilegio del pasado es roto también; y la Virgen se liberta; como en el índico Poema;

demoler, es vencer;

y Darío fué un demoledor: ¡cómo!

¿el dulce Poeta incapaz de la violencia?

sí;

en el Artista, obra el divino Inconsciente;

de ahí, que su obra, es siempre superior á él; lo sobrepasa; hay del somnambulismo, en el divino esplendor de los poetas;

van ciegos bordeando los precipicios;

los dominan... y cantan sobre ellos;

¡no los despertéis!

¡rodarían al fondo del abismo!

esa innovación en la métrica; esa evolución del Verso hacia la Libertad, fué una prueba estallante de la Omnipotencia del Arte sobre las almas;

de los hipogeos del silencio, partieron grandes gritos;

pero, Darío triunfó;

por grande que sea el espesor de la bestialidad, no resiste á los rayos de la genialidad;

Darío, dió, lo que llamaríamos el *poncif* de la nueva poesía, y, casi todas las jóvenes intelectualidades se lanzaron sobre él, como abejas en demencia;

la imitación servil deshonró á algunos;

otros, triunfaron, porque supieron conservar intacto su *Yo,* en el generoso entusiasmo de la fascinación;

Darío, deja discípulos; pero no deja herederos;

para él, parece hecha la frase de Gourmont;

es el precursor de un gran poeta que no nacerá jamás;

su soledad, prueba su inaccesibilidad;

como las cimas. . . . . .

. . . .

. . . .

Una vez, rotas las cadenas del verso, vino el poliglotismo á completar la evolución;

la América, aprendió á hablar lenguas extrañas; y se dió á pensar con pueblos extraños;

Fernand Gregh

un gran viento de renovación, pasó sobre ella;

la agitó; la estremeció; la vivificó;

y, la selva intelectual vibró;

y, se expandió en un largo gesto de fecundación: como una mujer que ha concebido;

e; Arte, es una voluptuosidad;

las inteligencias, se hicieron hospitalarias;

el vuelo de los espíritus lejanos vino á ellas;

y, hubo una gran fraternidad de almas sobre las tierras gozosas...

¡qué emigración de genio, en aquel Pentecostés de la Intelectualidad!

llegó Mallarmé: hierático, armónico, hermético; traía un iconostasio de bellezas ocultas; sobre su tiara de Mago fulgía el Sol;

y Leconte de Lisle, el Arquero Resplandeciente; fiero y solitario cantor de la Belleza, llegó diciendo:

La Beauté flamboie, et tout renaît en elle,
Et les mondes encor roulent sous ses [pieds blancs;

y, el *Impasible* saludado fué por un coro de aplausos, que partían de pechos de discí pulos;

y, Barbey, el Gran Condestable de las letras, vino también; su armadura de Cruzado lucía al sol; y, el cóndor de los Andes, á saludarlo vino; y, él le tendió el brazo, como á un hermano; y, el c ndor se posó en él; tal un halcón feroz, en el puño de hierro de un viejo palatino;

y, el Poeta de la Justicia, que sabe

Etre á la fois Poéte et citoyen,

vino diciendo, con su gracia encantadora, sin profundidad:

Le meilleur demeure en moi-méme,
Mes vrais vers ne seront pas lus...

y, un coro juvenil le contestó: «nosotros te leeremos y te amaremos, ¡oh, Sully!»

y, lo leyeron y lo amaron;

y, el tercer Príncipe de la dinastía de los Poetas: León Dierx, llegó con sus rimas aritméticas:

Balayant les parfums au vent
Ou qu'au dessus des jupes blanches
Un pas savant
Balance et gonfle autour des hanches;

y, la panoplia prodigiosa de Heredia, brilló con centelleos de joya, como un escudo de esmaltes, en manos de nn jefe lidio;

y, Richepin, llegó con su Ideal, de Escándalo, y arrojó sus *Blasphémes*, como una pirotecnia de Titán;

y, Jean Aicard, llevó su virtuosidad lírica, llena de entusiasmo, su poesía que:

Un murmure, un rayon, voilá ce qui le [charme,
Une ombre le met en pleurs...

y, Edmond Haraucourt, emigró también con su *Ame Nue*, hacia las selvas vestidas, diciendo á la Naturaleza Implacable:

J'ai crié vers la Terre: Aïeule, ó bonne [aïeule!
Déesse de nos dieux, toi la Rhée et [l'Isis.
Toi que fais refleurir les bluets dans [l'eteule
Et susurrer la source au fond des oasis;

y, la inasible melancolía del Bravante, llegó con Rodenbach, en un horizonte de canales dormidos, llenos de nostalgias, y dijo voces de la Muerte...

Las! la rose de mai, je la sens défleurir!
Je la sens qui se fane et je sens qu'on [la cueille!
Mon sang ne coule pas; on dirait qu'il [s'éffeuille,
Et je défaille et j'al sommeil d'un peu [mourir...

y, Henri de Régnier, llevó las flores de su rosal cantante:

Un petit roseau m'a suffi
A faire chanter la forét;

y, llegó Moréas, el caballero del Gesto, con sus rimas helenas, y habló á los vivos diciendo:

Les morts m'écoutent seuls j'habite les [tombeaux;

y, Verhaeren apareció, con su flora de acuarium, sus paisajes de colorido acre, como ardidos de sol, sus ciudades tentaculares, levantadas como tiendas bajo la hostilidad de un cielo palestino,

Comme des fleurs trop énormes, trop
(massives,
Trop géantes pour la vie...

y, el elíseo y taciturno Albert Samain, con su juventud enferma, color de sepulcro, emigró también y, á su llegada:

Voici que les jardins de la Nuit vont
[fleurir;

y, florecieron

Fleurs suspectes, miroirs ténébreux...

y, Emanuel Signoret, y de Bouhélier, y Ferdinand Gregh, y Viélé-Griffin, y Maeterlinck, y des Essarts, y Le Goffic y Vicaire, y le Cardonell y Cantacuzéne, llegaron últimos, como venidos de un Bagdad Ideal, cargados de pedrerías finas y multicolores, de extrañas sederías, cambiantes, color de lejanías, y, dijeron:



Sully-Prudhomme

Que le désir est grand dans nos âmes
[muettes
De leur dire en pleurant, aux amis des
[antans,
Que nous les aimons bien...

. . . .

...y, con ese Exodo divino, aparecieron grandes claridades, sobre el sueño imposible de las almas, y un casto y doloroso deseo de cantar así, se apoderó de ellas;

y, hubo escuelas y cenáculos;

y, una gran aurora de intelectua idad, llenó el cielo todo;

y, la Nueva Poesía, nació.

—

Alucinante, como el Misterio; embriagante como una Vid de Intelectualidad;

la Nueva Poesía viene á nosotros;

llega con las arborescencias ornamentales de su estilo, en cuyo cielo continuo de Visión, se tienden las perspectivas opulentas de una superposición de visualidades amorfas;

todo el deseo del Arte nuevo, todo el encantamiento de los artífices de la Belleza, se muestra en la Poesía actual, con su esfuerzo profundo de crear, y, su *voluntad de vivir,* como diría la fórmula espenceriana; el romanticismo clásico, ya caduco y vencido, recula en el horizonte, hasta perderse de vista, y, expira sobre su fondo agotado de creaciones, de imágenes y de vida;

el coloniaje literario, está vencido hasta en el corazón, por esta ola espléndida y triunfal de poesía, fresca é intensa, reveladora de íntimas armonías, de creaciones trascendentales y simbolismos profundos;

en el sonoro silencio, las voces musicales de los artífices supremos, suenan sobre las ruinas de la mole secular, como un vuelo de águilas sobre una selva en letargo, y, brillan como una larga huella de esplendor, cual una cauda de sol, sobre parajes extintos;

el intenso desenvolvimiento, el afinamiento sutil de esta nueva versificación enamorada de los reflejos, de las sonoridades, de las disparidades cuasi paradojales del ritmo, que fija en imágenes centelleantes y duraderas su labor dolorosa y signifi-

cativa, su noble gesto de infinita armonía, desconciertan á aquellos que no alcanzan á ver su misión trascendental, su alta virtud reveladora, evocatriz de los profundos misterios del espíritu, de los mundos ignorados de la Belleza, ofrecida á las almas inquietas, como una gran flor odorífera en el lento silencio de un horizonte de Fatalidad;

nuevos modos de expresión se han creado; nuevas tonalidades sinfoniales de la palabra; hemistiquios raros; epitetismos triunfales; todo un mosaicismo de coloraciones verbales, que son como una audición de parábolas armónicas, llenas de una virtud fecundante y lúcida, de un gran poder ascensional hacia la Idealidad—Soberana Dignidad—del Espíritu;

la vieja barbarie escolástica, con sus sollozantes palinodias, y sus abyectas senilidades, desaparece; sus raros supervivientes, hechos ya inertes por osificación, se repliegan lentamente, ante este resurgimiento de vitalidad, ante este grito de la especie, alto y sonoro, vibrando en el horizonte profético, ante este gesto victorioso, que es como una gran potencia de Gloria, llena del sentido abstruso de la Vida;

las alas de la Victoria, están tendidas hacia las cimas futuras, y á ellas van;

un gran sueño de dominación, un designio prepotente de ser y de vivir, van encarnados en esa voluntad de innovar, que distingue á todos los rimadores actuales;

hay una transfiguración de Fuerza y de Belleza armonizantes, en ese grito de Triunfo, con que el grupo electo, tiende al mundo la copa de la Inspiración, llena del vino nuevo, con el cual han colmado la sed de sus labios sitibundos y voraces;

y, la insólita vibración de ese arte nuevo, repercute difusa y vencedora como un gran himno sagrado bajo bosques de laurel;

y, esa agitación dominatriz, grande y agitada como un mar, ha conquistado un mundo;

porque ¿qué gran poeta digno de ese título, hay hoy en América, que sea cultivador de las rimas arcaicas y de los simulacros cándidos de la vieja métrica española?

ninguno...

. . . .

. . . .

y, he ahí que un Poeta llega;

un Poeta casi adolescente, con las manos cargadas de rosas líricas, que arroja ante el altar de la Belleza, como un niño de coro, que sembrara de pétalos el ara donde se alza el Tabernáculo;

cada corola es una Sinfonía; donde canta la gracia de las rimas;

el perfume de sus rosas es melódico, y en él se mezclan los perfumes agonizantes de la pureza adolescente y el acre perfume de los jardines de la voluptuosidad, donde se mueren azucenas pálidas;

y, nos dice las cosas de su corazón;

y, nos cuenta los estremecimientos de su carne, en un libro lleno de exquisitas músicas, de esfuerzos de originalidad felizmente triunfadores, de ideas sonoras y ritmos nítidos, de versos llenos de Eternidad, en vuelo hacia la Suprema Belleza...

en este momento artístico, de aparición de Vida Ideal, un libro así, lleno de ritmos rojos, saturado de rebeliones, pletórico de energías altas y fustigadoras, de savias de renovación, de efluvios creadores y triunfadores, pide ser saludado con emoción, por las almas de *élite,* á quienes el sueño de la Belleza obsesiona, y el alma bermeja de la Libertad dice al oído, sus sílabas amantes, sus sílabas eternas;

Pérez y Curis: tal es el nombre del Poeta;

«La Canción de las Crisálidas»: tal es su libro;

es un libro voluptuoso, vestido de Ideal; tiene la Omnipotencia de un bello sueño, luminoso y dulce;

el joven y límpido talento de Pérez y Curis, exaltado de sueños tiernos, inquieto del misterio profundo, que pasa como una caricia por sobre su corazón; consciente de la hora terrible y crepuscular en que vivimos, canta su Ideal, y el vuelo de su voz, sube como un canto en la noche, hacia el cielo ensangrentado.. .

bajo el velo florescente de su dialéctica, se muestra un pagano exquisito, lleno de sensualidades y de refinamientos, ligero y profundo al mismo tiempo, así como un canto de Meleagro que fuese dicho en la majestad de una campiña, á la hora vesperal;



Léon Dierx

un soplo del tenebroso y armonioso infinito, revelado en su trémolo incesante, únicamente á los creadores del grande estilo, vibra en sus versos;

la inquietud obsesionante de la carne, envuelve como un péplum de voluptuosidad el libro todo;

refugiado en la soledad altanera de su pensamiento, su orgullo de efebo olímpico, parece no humanizarse sino al contacto de la mujer, y, aun allí permanece alto, dominador, dueño absoluto de sus sensaciones y de la expresión rítmica de ellas;

la caricia violenta de esas estrofas, os deja en el alma un largo estremecimiento de voluptuosidad, como si manos soñadoras de mujer, se deslizasen lentamente hasta vuestro corazón;

no hay en la teoría sinfónica de esas estrofas de odorante primavera, las huellas inolvidadas de otras musas, como sucede á los poetas jóvenes, que sienten el deslumbramiento de la admiración y van tras el Maestro, por el sendero de la imitación, recogiendo las rosas de su estilo, para modelar sobre ellas sus creaciones;

no;

Pérez y Curis, permanece personal, en su modalidad literaria, esquivando todo contacto, que pudiera dominar y esterilizar las vegetaciones vírgenes de sus versos, plenos de humanidad;

su estilo poético, lleno de armonía, exquisito de imágenes, es bien suyo; y en ese Imperio de su lenguaje personal, permanece autóctono, por el fondo y por la forma;

ni de Darío, el Príncipe del Verso;

ni de Nervo, el Cenobiarca espiritual, guardador de rimas mágicas;

ni de la pompa salomónica de las estrofas de Lugones;

ni de la bruma rheniana y el hamletismo ibseniano de Díaz Romero;

ni del lirismo épico de aquel Hugo nuestro, que es Díaz Mirón;

ni de aquel contagio de Amor y de Belleza, que hay en las rosas orientales de Santiago Argüello;

ni de la poesía fluvial y esplendorosa de Chocano;

ni del simbolismo acre y profundo de las creaciones de Jaime Freire;

ni de la nostalgia violenta de aquellas apasionantes y apasionadas «Rosas del Crepúsculo» de Carlos Ortiz;

ni de la maravillosa flor de Dolor y de Genio, que fué aquella alma-cáliz, que se llamó José Asunción Silva;

ni de la Belleza Inerte de las estrofas sin alma de Guillermo Valencia;

ni del esplendor y la paleta de ese paisajista psicológico, lleno de formas bellas, que es Blanco Fombona;

de ninguno de nuestros grandes poetas hay el contagio, en aquel libro, lleno de belleza interior, donde cada verso es un estado de alma, una síntesis musical, llena de realidad, y sugestiva de símbolos;

no le busquéis tampoco antecesores, entre los poetas franceses, que tan marcada influencia han ejercido en el movimiento intelectual de nuestra época;

ni el mosaicismo arábigo y polícromo de Gautier, aquel Salambó de la frase;

ni el huguismo hebraico y pampanífero de Mendés;

ni el olimpismo invivido de Leconte;

ni el parnasianismo de Sully;

ni de Baudelaire, ni de Heredia, ni de Régnier, ni de Moréas, ni de Gregh, hay allí;

aquella fuente de lirismo voluptuoso y directo, brota ella sola del corazón del Poeta, como de un divino manantial, abierto en el halda maravillosa del Vesuvio;

adorador ferviente y puro de la Belleza, él gusta de diademarla con sus sueños, pero por sus propias manos adolescentes, creadoras de un divino prestigio;

la flora violenta de su estilo, no tiene las opalescencias convencionales, de cierta flora anémica con que tanto espíritu sin fuerza, decora el horizante glauco de sus visiones, en una panoramia de delicuescencias; no;

los versos de Pérez y Curis, se dirían una flora de sangre, sobre una montaña fiera;

el Arte mórbido de los escritores de decadencia; el preciosisimo verlainiano de las almas sin rayos, llenas de exquisiteces moribundas; la gracia ingenua y melancólica, de ciertos poetas, no sin mérito, que hoy llenan de raras armonías nuestro Parnaso, no imperan en esas páginas, llenas, sin embargo, de una gracia noble, y refinadas y sutiles, como un tósigo oriental;

conmovidas, sin dejar de ser elevadas, las rimas de Pérez y Curis permanecen absolutamente humanas, dentro de su Idealidad, que es como una luz blonda, en un cielo de claridades;

algunas tienen la rigidez de un acero casto, que tuviese la suavidad de un lis;

son como rosas de humanidad, hechos para coronar la frente de un sueño único: el Ideal;

en ese poeta de veinte años; tan maravillosamente espléndido, yo, alcanzo á ver un futuro luchador;

ese bouquet de flores turbadoras y capciosas que hoy nos brinda, paréceme como la empuñadura de una espada, pronta á florecer en un lirio de sangre;

en él, como en Nestor Carbonell, como en Arturo de Carricarte, como en Moreno Alba, como en Emiliano Hernández, yo, veo los hombres de un poema por vivir, más que de un poema por cantar: los hombres capaces de «vivir su sueño heroico»;

aquel que sabe hacer de su genio una espada, para atravesar con ella, el corazón del Mal, es el único hombre digno de vivir;

versos de pasión y no versos de genuflexion, son los de Pérez y Curis;

mañana nos dará su Verbo de Rebelión;

en él, sus cualidades de Belleza, van hacia sus cualidades de Fuerza; y se hallarán; y, el vértigo de esa confluencia, será enorme;

el alma ardiente y tumultuosa de este Poeta, demasiado severa para las bajezas de su tiempo; su sueño, rojo, como un río bajo el incendio del crepúsculo; su lengua indócil á la domesticidad de las palabras y reacia á entrar en servidumbre. serán pronto, en los giros desmesurados de una prosa de combate, el castigo y el escollo de aquellos cantores de lira turca, que pululan entre nosotros, al pie del trono mal seguro de los tiranos adventicios, y en cuya métrica:

Traîtres sont les mots, lâches les verbes.
Ils ne font que bégayer nos maux.

. . . .

. . . .

Es la hora de que la Poesía, cumpla su destino;

Babilonia, celebra su Victoria Fatal;

hay que ir contra ella;

hay que hacer del entusiasmo estético, un entusiasmo bélico;

hay que renunciar á las gracias accidentales y precarias del Verso que no dice nada, para alzar paralelas á las estrofas de la Belleza, las estrofas de Venganza en una asíntota á lo Infinito;



Henry de Régnier

hay que despertar el alma de la Cólera, que duerme en el fondo de la estrofa;

los poetas, han envilecido mucho el plectro en América...

es tiempo de redimirlo de ignominia;

¡no hay poetas rebeldes!

¡no hay poetas heroicos!

¡apenas hay poetas dignos!

frente á los despotismos, los unos se han envilecido por debajo de toda palabra...

los otros se han envuelto en una feliz beatitud, y sobre mares de sangre, cantan la blancura de las rosas...

otros callan...

¿su silencio es una protesta?

el silencio es estéril;

. . . .

. . . . los más viles, continúan en deshonrar su Musa, con un corazón de Miedo apasionado de Injusticia;

¡vergüenza sobre su Musa!

ellos, han hecho de la inspiración una hacha, y con ella han decapitado la Libertad;

. . . .

es tiempo de que los poetas de genio, vengan á rescatar esa Impura Victoria . . . .

Yo, sé que entre esos legionarios de Verbo Acre, como un viento de borrasca, Pérez y Curis, será de los primeros, en ir con el fausto cegador de sus estrofas suntuosas, contra los histriones imperiales, haciendo de su lira una hacha de resplandores épicos;

lejos de la Ternura;

lejos de la Piedad;

como un Sol: Implacable. .

toda palabra que no va hacia la Libertad, no es una Palabra;es un ruido:

y, debe perecer en el Silencio: Ignominiosamente;

toda justicia es Belleza; toda Belleza, es Libertad;

cuando se dice bello, se dice libre;

esa es la esencia del Arte;

donde acaba la Libertad, acaba el Arte.

hagamos obra de Libertad,

para tener obra de Belleza;
demos un fin alto á nuestra vida;
vivamos heroicamente;
con energía y plenitud;
gloriosamente.

Vargas Vila



Orestes Baroffio

Nuestra revista está engalanada hoy con una hermosa página pictórica, obra que á Pérez y Curis ha dedicado este excelente artista. Hemos visto el original concebido con un gusto tan altamente sugestivo y cuidado con tal esmero, que ha hecho nuestra admiración. Es un divino paisaje. La alborada vive en él, misteriosa, expresiva, y lo anima con el palor difuso de su luz. El espíritu panteístico de Corot y el dulce genio de Hobbema se exteriorizan en ese paisaje con una gracia conmovedora y tierna.

DEL SILENCIO...

¡Oíste mi amarga risa
Y negaste una sonrisa
Cual melancólico adiós,
Dado á un alma soñado ra
Que se aleja de la aurora
Para ir, de la sombra, en pos!...

Hiciste bien; preferible
Es, á una dicha imposible,
La indiferencia crüel;
Roto el dulcísimo encanto,
Tiéndase el piadoso manto
Del olvido, sobre aquél.



Por eso ya no te miro,
Por eso ya no suspiro
Ni palidece mi faz;
Cuando brilla en tu pupila,
Como fulgor que escintila
Una mirada fugaz.

No pudo ser. ¡Es la vida!
Y aunque el alma no te olvida,
Se consuela en su orfandad;
Como un recuerdo bendito,
Conservo tu nombre escrito
Que beso en la soledad!

Ismael Cortinas.

EMILIO FRUGONI



Murió de amor...

¡Cómo ardían de amor los corazones
por la pálida virgen soñadora,
cuyos ojos diríanse la aurora
asomada á sus clásicos balcones!...
¡Cuántas almas henchidas de ilusiones
cayeron á sus pies, hora tras hora,
y ante una indiferencia abrumadora,
huyeron á enterrar sus desazones!
Pero día llegó en que por sus ojos
cruzó, como un fatal deslumbramiento,
la visión que soñaron sus antojos...
Fué, entonces, por querer, muy desgraciada;
sólo puso en morir su pensamiento,
¡y se murió de amor, la muy amada!

EMILIO FRUGONI.

Amores huérfanos

Estoy desconsolado; la pena me consume;
una extraña amargura mi pensamiento llena;
tengo ganas de verte, de sentir tu perfume,
decirte mis amores y confiarte mi pena.

El día es muy hermoso pero yo no me alegro;
nunca sentí mi alma tan desolada, nunca;
todo me causa hastío, todo lo miro negro,
porque sin ti mi vida es una vida trunca...

Fermentan en mi pecho los celos punzadores,
y en el alma se clavan mil agudos abrojos...
Yo feliz moriría de este dolor de amores,
pero en tus dulces brazos, mirándome en tus ojos!

Pasó una ave cantando una canción muy triste,
era ese canto dulce y á la vez gemidor:
si esa pobre avecilla en tus jardines viste,
sabrás como se mueren los enfermos de amor...

Hay en un árbol viejo que un tiempo fué florido,
un nido desgarrado, sin calor y desierto...
Siempre causa tristeza la soledad de un nido,
porque son los despojos de algún amor que ha muerto!

Ese nido deshecho por la tormenta fiera,
fué albergue venturoso de una ilusión en flor;
hoy no queda allí un resto de ensueño y primavera;
¡que no pase lo mismo con nuestro pobre amor!

. . . .

Una nube que pasa... una hoja que rueda,
nos hablan de lo frágil de la ventura humana. .
Acaso hoy en tu pecho ninguna ilusión queda,
y por otros amores me olvidarás mañana!

A. MAURET CAAMAÑO.

Santiago de Chile.

Le roi de Thulé

Il était un roi de Thulé,
A qui son amante fidèle
Légua, comme souvenir d'elle,
Une coupe d'or ciselé.

C'était un trésor plein de charmes
Où son amour se conservait:
A chaque fois qu'il y buvait
Ses yeux se remplissaient de larmes.

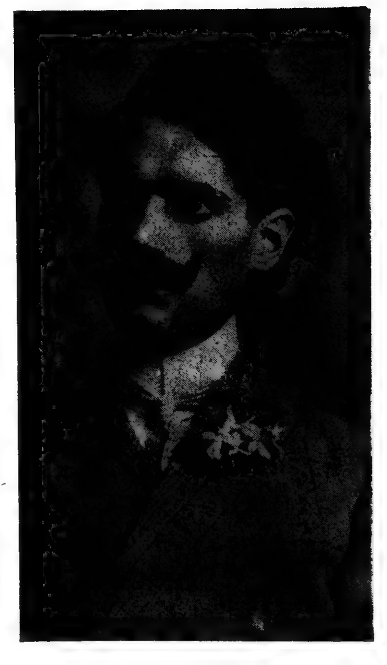
Voyant ses derniers jours venir,
Il divisa son héritage,
Mais il excepta du partage
La coupe, son cher souvenir.

Il fit à la table royale
Asseoir les barons dans sa tour;
Debout et rangée à l'entour,
Brillait sa noblesse loyale.

Sous le balcon grondait la mer.
Le vieux roi se lève en silence,
Il boit, frissonne, et sa main lance
La coupe d'or au flot amer!

Il la vit tourner dans l'eau noire,
La vague en s'ouvrant fit un pli,
Le roi pencha son front pâli . . .
Jamais on ne le vit plus boire.

GÉRARD DE NERVAL.



ANGEL FALCO

Homero

Era una vez un ciego, vagando por la Tierra,
Con su gran lira en hombros, á modo de una cruz,
Y así por las montañas, el páramo y la sierra,
Envuelto en sus tristezas, como en fatal capuz!

Cantó para los héroes, cantó la Edad que cierra,
El peplum de la fábula en broche de áurea luz,
Y al par del mago Orfeo, diz que á la voz de guerra,
Hasta las mismas fieras, doblaban el testuz!

La Muerte enamoróse de aquel gran vagabundo;
Jamás volvió á escucharse su paso por el mundo
Porque sobre él cayeron las noches de Ilión;

Pero su alma hecha ritmo perdura todavía,
Y es así que de entonces más hondo se diría,
El salmo de las olas y el trueno de Aquilón!

A. FALCO.

De "Odio de Aldea"

(Novela Nacional)

FRAGMENTO

. . . .

Miguel se calzó sus botas nuevas, de cuero de búfalo, se peinó, se sacudió las bombachas, le quitó una mancha á su saco, y bien arreglado, se fué de visita al rancho de la «Zapo Relleno».

Natalia estaba en la puerta, mirando hacia el camino que conduce al Paso Real del Carpintería, por el cual se veían galopar varios ginetes en dirección á «La Paloma».

Se dieron las buenas tardes. De pronto, Miguel, como si hubiera sido violentamente impresionado le dijo: «Pucha que'estás linda, china!»

Ella hizo un gesto frunciendo la boca, y entre contenta y enojada le contestó:

—Entrá, sentáte.

Natalia era hermosa, sobre todo maciza; alta, fuerte, bien dibujadas sus redondeces: una belleza silvestre, en plena florescencia!

Y de pié, siguió mirando hacia el camino; le interesaba aquel pelotón de hombres que avanzaban.

Esto incomodó á Miguel.

—Entrá vos también—le dijo—ya llegará esa gente.

Los dos entraron, tomando asiento en el mismo banco. Mientras se miraban en silencio, Miguel le cogió una mano y en voz baja le dijo:

—Dame un beso, nena!

—No, no; no me hablés de ternuras--le contestó ella.

—Ingrata,—le dijo Miguel soltándole la mano-mas de pronto, se la cogió otra vez y apretándola fuertemente:

—Estoy ganoso! le dijo—y le estampó un sonoro beso en plena mejilla.

—Propasao, bellaco!—gritó Natalia--y levantando la mano libre le dió una bofetada.

—A ese precio—díjole Miguel con calma--te daría tantos besos, como espinas tiene un tala!

Se amaban.

Desde el día en que regresó Miguel de la estancia del coronel Carrasnel, triunfante, platudo, luciendo golilla «azul», ella se le había entregado; le fué simpático aquel mozo fuerte y sano, famoso entre el paisanaje, amigo de «pencas», y solía desearlo con un cariño en el que había algo de la fiereza charrúa.

En esto, apareció Jacinta. Vestía pollera azul y bata celeste; era alta y fornida; tenia los senos muy desarrollados, la cintura gruesa, dibujándose fuertemente las caderas; la cara redonda, ojos vivos y alegres, la nariz llena, la boca grande, sombreado el labio superior por un bocillo negro, sedoso, que se hacía perceptible á la distancia, dientes magníficos, menudos y parejos. Una admirable cabellera negra y tupida como alón de cuervo, la coronaba.

—Como te vá, Miguel—le dijo Jacinta saludándolo.

—Aquí andamos... pasando el tiempo—contestó aquel.

—¿Has estado por San Gregorio?

—No; hace tiempo que que no voy al otro lao del «Rionegro».

Al contestarle, Miguel miraba con insistencia á Natalia.

—Estás muy aquerenciado á las casas!—díjole aquella

Miguel hizo un movimiento involuntario y contestó:

—Ando por hacer un viaje á la «Capilla de Farruco» y de ahí al Cordobés; tengo que dir á lle-

var unos encargues del viejo.

—Tu yegüita está muy flaca... —cómo te vas á lucir!—y añadió Jacinta—vos no confesás que de paso te darás una vueltita por la «Humedad»...de seguro que á la Eusebia se le vá á reventar el corsé de puro orgullosa! ...

Aludía Jacinta á otro pueblecillo de dolor y miseria inmediato á la Capilla de Farruco, situado en la 7.ª sección del departamento de Durazno, donde se reproducían las mismas escenas de «La Paloma». La Eusebia nombrada, era una moza de gran fama, por la que, en tiempo de esquila--(cuando el paisano anda con dinero)--los hombres andaban á tajos y puñaladas.

—Esa rosa tiene espinas!—dijo Miguel refiriéndose á la Eusebia.

Natalia, roja de ira, sin poderse contener, le dijo:

—Andá, andá no más con tu Usebia; matále los piojos!....

Ella sabía bien la historia de aquella Eusebia, por la cual tres paisanitos jóvenes se habían despanzurrado una ardiente siesta del mes de Diciembre.

Había sido una «gurisa» huérfana de padre y madre, criada por caridad en el rancho de una morena, en el pueblecito de la «Humedad», donde había nacido. Se crió «de patita en el suelo»; toda desgreñada, sucia, chapaleando barro, cruzando campos.

Cuando fué mocita, un buen día, se alzó con ella un esquilador y andando de aquí para allá, llegó al Durazno, donde estuvo varios años, desempeñando diversos oficios. Luego fué la querida de un teniente del Regimiento de Caballería destacado en ese punto, hasta que un buen día, se separó de su amante y se marchó á la «Humedad», en la diligencia del Cordobés, llevando tres baúles llenos de buena ropa. Y allí reinó con esplendor soberano, queriendo borrar sin duda su negro pasado. Contaba solo 19 años!

Fuertes ladridos de perros, poblaron el aire; los ginetes que venían del Paso Real de Carpintería pisaban la orilla del pueblo, y todos los perros de la vecindad se alborotaron.

Natalia y Jacinta se echaron fuera del rancho; todas las demás mujeres se habían volcado fuera de sus chozas, y estiraban sus pescuezos olfateando el aire.

Los ladridos despertaron á la «Zapo Relleno» que dormía á pierna suelta una siesta tranquila; salió afuera toda azorada, sudando, roja; también ella quería saber lo que ocurría.

La «Nutria» y la «Zorra Atorada» permanecieron en la puerta de sus covachas alargando sus narices para oler bien: las intrigaba la presencia de aquellos recién llegados.

De pronto la «Nutria» dirigiéndose á la «Zorra Atorada» le dijo:

—Esos traen platita en los cintos; montan caballos gordos, con güen herraje.... A la cuenta q' son troperos....

—A la verdad comadre—contestó la «Zorra Atorada».

Los que llegaban, eran efectivamente seis troperos, y venían con los caballos bañados en sudor.

El pueblecillo estaba alborotado.

Había una razón, pues, para descansar y tomar un mate, la suerte se volcaba!

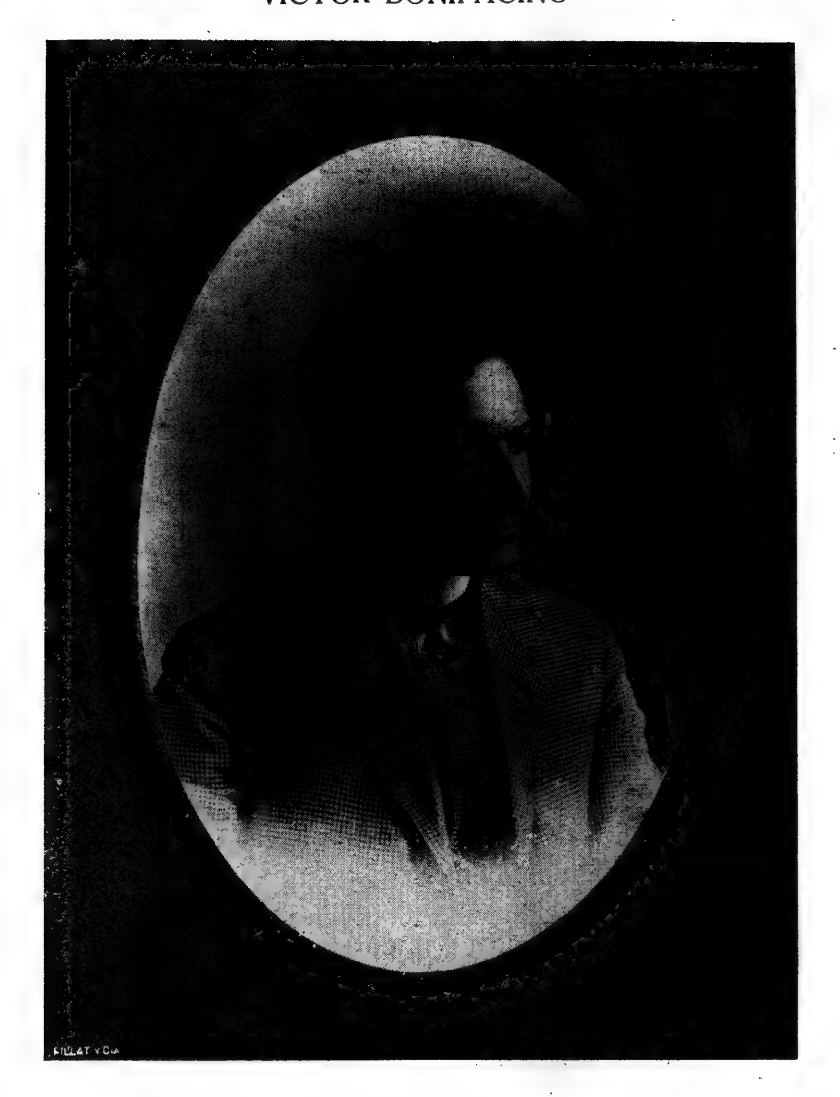
Antes de detenerse dieron una vuelta por la orilla del pueblo, y luego, se dirigieron rectamente al rancho de la «Zapo Relleno».

Esta, que había conocido á uno de los hombres, por la cabalgadura que montaba--un tostado malacara—¡Viene Maneco! —dijo en voz alta.

JOSÉ VIRGINIO DÍAZ.

Montevideo.

VÍCTOR BONIFACINO



Arquitectura Humana

A. Papini y Zas.

Las voces del abismo, gigantemente extrañas,
Surgiendo de lo oscuro retan á las montañas.
El mar, el oceano con su furor salvaje

Se baten con el muro de la roca. El oleaje
No puede. El granito es potente y destruye las olas.

En las ciudades regias, inmensas catedrales,
Soberbios monumentos, palacios colosales
Que el arte humano eleva,
Resisten á los fuertes embates de los vientos.

En el oceano humano
Hay rocas que contemplan al astro como hermano,
En la ciudad humana,
Hay regias catedrales; sin mitos precedentes
Sin cruces que coronen sus torres emergentes,
Torreones que en la ruta del alma, se levantan
Para anunciar caminos
A todos los que piensan y á todos los que cantan.

La vasta arquitectura del alma y de las cosas
Tiene serenas formas
Graves y misteriosas,
Líneas preestablecidas por infinitas normas,
Hay hombres cual montañas, inaudita grandeza
El tiempo da á esos hombres, se llena de entereza
El bronce que modela
La forma de esos seres.
Los hay que son severos cual templos. En su humano
Saber hay la grandeza del astro, y del gusano
La pequeñez exigua,
El alma de esos hombres jamás se vuelve antigua;
Llegan como los ríos
Al mar de las edades
Siempre con aguas nuevas.
Otros que en su imponente gravedad de montaña
Son dulces como un niño; como una flor extraña
Perfuman lo que tocan.
En esos grandes seres
Hay la razón que manda
El corazón que siente y el brazo que ejecuta;
Cual una gran batuta
Al cósmico concierto
Conmueven; á su paso,
Da flores el desierto;
Para esas grandes almas jamás llega el ocaso.

Víctor Bonifacino.

Página artística



El alma del Baccarat

Para Julio Raúl Mendilharsu,
evocador de lejanas elegancias...

¿Por qué soñamos cipreses,
Tantas taciturnidades,
Anémicas palideces
E ignotas inmensidades?

¿Por qué soñamos, amado
Todo lo triste y lo vago?
Nunca soñamos un prado,
Nunca una fuente ni un lago...

Siempre amamos la quietud
De los parques solitarios;
O el quejido de un laúd,
Los vértigos ofrendarios.

Abandonemos, amado,
Nuestras extrañas neurosis;
Vivamos en el pasado
Griego, de las apoteosis.

Evoquemos los festines,
Las orgías extinguidas,
Y al son de azules violines
Cantemos las cosas idas.

Evoquemos la alegría
De los clásicos festines
Y dejemos la agonía
De todos nuestros splines

. . . .

Dijo la amada aquel día
Que siempre recordará
Cuando en su copa bullía
El alma del baccarat.

(Dijo la amada aquel día
Cuando en su copa bullía
El alma del baccarat)

. . . .

Cuando la vi al otro día
Eran sus ojos azules
Una inmensa nostalgía;
¿Aun cantaban sus bulbules?

Y me dijo lentamente:
Devuélveme mis cipreses;
Venga la luna á mi frente
Con todas sus palideces.

Y mis vagos ruiseñores
Y mis santas nostalgías,
Los perfumes de las flores
Que inciensan mis agonías.

Devuelve, amado, á mi alma
Tu azul taciturnidad
Y sea una fuente calma
En medio á la soledad.

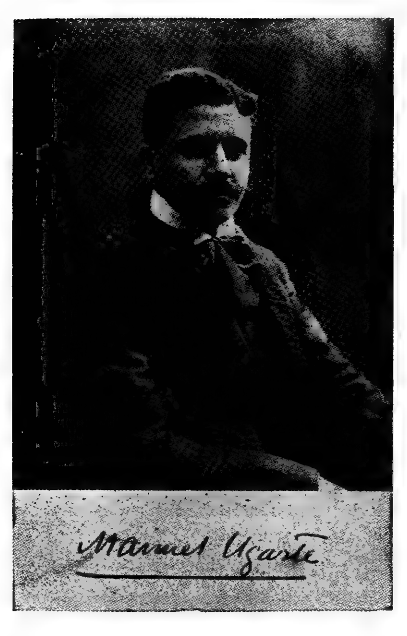
Oh, devuélveme, mi amado,
Mi sueño del *más allá*..

. . . .

Y yo le llevé angustiado
El alma del baccarat.

José G. Antuña.

Claro de luna



Altas y melancólicas virtudes
velan junto á la tumba de mi amada
y sobre su ataúd pone la luna
una corona de sonrisas blancas.

De los cipreses lúgubres y escuetos
que en el silencio se me antojan almas,
parece que bajara lentamente,
como un escalofrío, la Esperanza.

¿Será verdad que ha muerto la divina
musa de luz que la ilusión me daba?
¿Será verdad que ha muerto la que tuvo
síntesis de Universo en la mirada?

Sobre la losa lúgubre y silente
ha caído la flecha de una lágrima
pero no me responde desde el fondo
para consuelo de mi angustia, nada.

Sin embargo en las noches apacibles
que recuerdan las horas de la infancia,
resurjen las burbujas cristalinas
de los primeros juegos de palabras.

Y desde los cipreses pensativos
que en el silencio se me antojan almas,
parece qne bajara lentamente,
como un escalofrío, la Esperanza.

MANUEL UGARTE.

Despojos

Sobre este mar que alegremente brilla
dorado por las luces del ocaso,
inclínate, mi bien! i, de la orilla,
mira la arena de su fondo raso.

Hai un barco ¿lo ves? Él, á las brisas
de una tarde, partió raudo i esbelto,
i hoi está en los abismos hecho trizas
partido el casco i el velamen suelto...

¿Esa es la triste, inexorable suerte
de quien en brisas pasajeras fíe?
¿Sólo es la negra i pavorosa muerte
la que en lo azul del horizonte ríe?

No lo sé; pero en mi alma, cuando calla
el íntimo latir i silenciosa
su clara inmensidad de playa á playa
sin una leve ondulación reposa,

Tú verás, destrozados en la hondura,
las velas blancas i los toscos leños
que irguieron en su ingenua arboladura
los bajeles perdidos de mis sueños!

Santiago de Chile. MIGUEL LUIS ROCUANT.



Al mar

Muchas noches, sentado en tus riberas,
oyendo el bronco son de tus oladas
sentí sobre mi espíritu agitadas
en confusión mis cuitas y quimeras.
Me han hecho recordar tus plañideras
espumas, cuando mueren enlazadas,
que así mis ilusiones nacaradas
del mundo fueron ondas pasajeras.
¡Inmensa soledad, mundo ignorado!
¡Desierto colosal sin una palma
que le preste su abrigo al desterrado!
¡Nivelador de valles y de montes,
inunda los abismos de mi alma
y bate sus nublados horizontes!

PEDRO ERASMO CAI LORDA.

De "Irma" (FRAGMENTO)

Callan los rifles: Empeñados
en aquella persecución,
los ginetes mejor montados
se adelantan á su legión.

Siguen detrás del fugitivo
de quien admiran el valor,
y aprisionarlo quieren vivo
si lo cercan en derredor.

Mas se prolonga la carrera;
ya sólo tres siguen en pos
de aquel que cruza la pradera
bajo la mirada de Dios!

Pero los tres son campeones
que lustre dan á su escuadrón,
y en sus intrépidas acciones
muestran su bravo corazón.

Son sus caballos tan ligeros
que pronto Iván en derredor,
mira filosos los aceros
y escucha un grito vengador.

ALFREDO GÓMEZ JAIME.

Bogotá.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS



En el jardín

(FRAGMENTOS)

El soslayado sol desde el Ocaso
Nos mira oblicuamente. Una invasora
Fragancia de violetas nos conquista...
Al beso evoca la insinuante hora.

El hondo, insomne azul de tus ojeras
Recuerda tus eróticas veladas...
¡Cúal te ponen los rizos negligentes
Su sencillez de obscuras pinceladas!

El lago aletargado se despierta
Con sobresaltos de azorada espuma:
Lo azota un cisne, que en el agua imita
De Citerea un almohadón de pluma!

Inmoviliza en una faz de vidrio
La onda viva el helador Invierno:
¡Quisiera yo cristalizar tu llanto,
Su onda sufrida en un diamante eterno!

En las perseverantes castidades
De los luceros tu virtud aprendes...
¡Pescadora de almas, en tus hombros
La obscura red de tu cabello extiendes!

¿Quién hila el blanco lino de tus senos,
Que van creciendo con ingenuas prisas?
¿Y en el huso divino de tu boca
Esa hebra sonrosada de sonrisas?

La fresca intimidad de la glorieta,
Su penumbra florida de secretos
Es el confesionario en que mi lira
Te hará su confidencia de sonetos.

¡Cuántas veces, movido por tu diestra,
Tu abanico de púrpura y armiño
Se cierra con la misma picardía
Del ojo en donde parpadea un guiño!

¡Cuántas veces él se abre ante tus labios,
Como una boca que besarte quiere;
O, desmayado, sobre tu hombro cae,
Plegándose como ala que se muere!

Bendito sea, pues sus auras dona
A las jóvenes risas que tú ríes,
Y, porque sopla sobre el fuego inmóvil
De tu ardiente diadema de rubíes!

¿Crea brisas de un nuevo Paraíso
Su vaivén rutinario? ¿El Sentimiento
Hizo de él la panoplia de sus Rimas?
¿Es un paisaje que se torna en Viento?

Si el rostro ocultas tras su leve púrpura,
Tras él irradian tus pupilas bellas,
Como atrás de una púrpura de Ocaso
Dos noches de pestañas con estrellas!

En la decrepitud del viejo muro
Sus hojas un zarzal chisporrotea...
Como un pilluelo, por los nidos ronda
El viento que en las quintas juguetea.

En el buche mezquino de los tordos,
Apenas un silbido. Colibríes
Esmeraldizan el ambiente. Hay rosas
Cuya edad son tres días de rubíes!

Asolea una hebilla color de oro
Al raso encantador de tu botina...
Y el sauce, como un animal sediento,
Hacia el arroyo su tristeza inclina.

¿Te acuerdas?... fué en este jardín discreto
Donde te conocí. Muchas diamelas
Nos miraban con dichas protectoras
¡Como los ojos de no sé qué abuelas!

Tus senos aun no habían madurado:
Tu viña preparaba sus racimos;
Tu busto era el boceto adolescente
De la hermosa mujer que presentimos!...

Guzmán Papini y Zas.

La Poursuite

Les coeurs voudraient bien se connaître,
Mais l'amour danse entre les êtres,
Il va de l'une à l'autre attente
Et comme le vent fait aux plantes
Il mêle les douces essences;
Mais les âmes qui se distancent
Son plus rapides dans leur course
Que l'air, le parfum et la source
Et cherchent en vain à se prendre,
L'amour n'est ni joyeux ni tendre...

Comtesse Mathieu de Noailles.



Balada de amor

Yo vi un rayo de tristeza dormido sobre tu frente
Y una rosa, rosa exangüe, cristalizada en tus manos;
Y pasaron por la tarde de mi espíritu hiperbóreo,
Como pájaros siniestros, las nebulosas del caos.

¡Cómo en mi rostro doliente surge un dejo de añoranza
Conmovedor como el llanto,
Cuando pasas, taciturna, por las regias avenidas
Y derramas en el éter un perfume de otros años,
Cual un turíbulo ignoto que difundiese en el alba
La esencia maravillosa de una noche de Bizancio!

Entonces nieva en mis sienes, y mi espíritu comulga
Con las nieblas y el misterio de un paisaje escandinavo.

Y desfilan por mi mente,
Sosegados,—
En fúnebre comitiva,—mis antiguos infortunios,
Y el recuerdo de tus glorias, y la gloria de tus labios.

Y el búcaro de tus gracias, y tu gesto exuberante:
Matizada mariposa de los trópicos lejanos,
Resucitan mis quimeras
Que son himnos y son salmos
Desprendidos en el alba soñadora de mi vida
Y al arrullo laudatorio de tu beso enamorado.

Y desfilan lentamente
Mis tristezas—encumbrados
Ciparisos tenebrosos—ante la flor pensativa
De tus ampos,
Que, como tocas monjiles, hablan de mórbidos ritos
En la rósea eflorescencia de tus púberos encantos,
O cual pétalos de nieve fugitivos por el aire,
Fingen tórtolas dispersas y fragmentos de alabastro.

¡Ave, virgen!
Yo he soñado...
Y he soñado como un cisne
Misterioso en el ocaso,
Los deleites de otras tardes
En la riva de otros lagos.

Y yo que siento un espasmo que provocas todavía
Con la fiebre de tus carnes y la flama de tus labios.
Mañana iré silencioso—bajo una aurora de brumas—
Hacia el país del olvido—meditando... meditando:
¡Ya no más sobre tu seno mi corazón se estremece
Como un petrel aguerrido sobre la cofa de un barco
Destrozado por las olas!
¡Ya no más bajo los astros
De tus ojos madorosos desparraman sus arpegios
Los nocturnos ruiseñores de mi numen solitario!

PÈREZ Y CURIS.

Ensueño

Turbando la desierta
paz del jardín cercano,
una tímida mano
llama, lenta, á mi puerta.

La luna tu indecisa
visión traza en la alfombra,
y desgrana la sombra
el collar de tu risa.

Todas las madrugadas
conservan mis jardines
aun frescas las pisadas

de alguna sombra incierta,
que fué á cojer jazmines
para su novia muerta.

FRANCISCO VILLAESPESA.



OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Rojo y Negro

A Martinez Zuviria.

Son las locas saturnales de los Príncipes de Hungría.
El palacio es cual un reino de luz, fuego y pedrería,
Que un fantástico Aladino lo robó del Ideal;

Y al compás de la alegría, que en los aires leve flota,
Surgen trémolos muy suaves de una mágica gavota,
Con los ritmos argentinos de violines de cristal.

Hay un giro cadencioso de las sedas damasquinas,
Como sutil aleteo de invisibles golondrinas,
Que se pierde en el desmayo de la música orquestal;
El ambiente está embriagado con esencias enervantes,
Y las chispas bulliciosas de champañas espumantes,
Fingen besos voluptuosos de un pagano bacanal.

En el Parque todo es calma. Las magnolias y gardenias
Gimen, lánguidas y tristes, sus secretas neurastenias,
Y en el cielo el plenilunio se destaca como un Sol;
Sobre plintos se alzan torvos dos guerreros de Carthago,
Y en la góndola que boga, balanceándose en el lago,
Hay dos almas que se funden en un místico crisol.

Pero, allá, donde en la estepa se refugia el triste paria,
Hay, raquítica, una choza de una raza proletaria,
Y un cadáver dentro de ella, sobre tosco y ruin diván:
Es el cuerpo de un obrero, de un vencido, de un ilota,
Y una triste mujer llora por la bárbara derrota,
Y los hijos abrazados á su padre, piden pan.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Nirvana crepuscular

Música de Schúmann.

Con su veste en color de serpentina,
reía la voluble Primavera...
Un billón de luciérnagas de fina
esmeralda rayaba la pradera.
Bajo un aire de frágil muselina,
todo se idealizaba, cual si fuera
el vago panorama, la divina
materialización de una quimera...

En consustanciación con aquel bello
Nirvana gris de la Naturaleza,
te inanimaste... Una ideal pereza
mimó tu rostro de incitante vello,
y al son de mis suspiros,—tu cabeza
durmióse como un pájaro en mi cuello!...

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Cigarra de café

Allí están congregados en torno á una mesa de mármol, repleta de copas y tazas vacías, Juan, Pedro, Miguel, Julián y Doroteo, entidades abstractas de la evolución que se opera en el seno de las modernas sociedades. El que más se hace notar entre todos ellos, es Pedro, el joven rubio de voz muy atimplada, de bigotes retorcidos y muy engomados, con ojos claros de cielo y de estatura baja, cuya voz, como un remordimiento, nos persigue á todas partes.

Lo conozco desde que frecuento el café y lo detesto por lo fastidioso. Mis amigos le guardan también idéntico sentimiento, pues no nos deja tranquilos un solo instante. No podemos sostener un rato de amena conversación sin que la voz de Pedro se nos meta ruidosamente, como una descarga de platillos, en nuestros oídos. Nos cambiamos de sitio á cada instante, nerviosamente, demostrando nuestra impaciencia, pero Pedro, que es tonto de remate ó bien sordo como una tapia, no se da por aludido y persiste en incomodarnos.

Su maldita costumbre es la de leer fuerte todo lo que le impresiona. Nada embucha á solas, sino que, por necesidad psicológica, debe hacer partícipe de sus entusiasmos á sus amigos, que han adquirido el funesto hábito de escucharlo sin protestas.

Y Pedro, envalentonado por este silencio, en cuanto entra al café y ve á sus amigos reunidos, recoge cuanto periódico y diario encuentra á su paso, y con la desenvoltura mayor, sin decir oste ni moste, retira un poco la silla y procede á sentarse entre el grupo que tiene la sagrada paciencia de contarlo entre sus compañeros de ocio.

Y allí comienza á leerles fuertemente, accionando con las manos, imprimiendo á su voz variedad de sonidos, hasta que llegan las once de la noche, hora en que, bajo el aplauso unánime de los tertulianos del café, emprende invariablemente el retorno al hogar materno.

Ya son artículos de literatura, ya noticias policiales y políticas, las que Pedro lee á sus camaradas, que á su vez comentan y discuten la bondad de esas lecturas nocturnas.

Desgraciadamente, esto ya hace más de un mes que se repite todas las noches, sin que á ninguno de ellos le haya ocurrido la peregrina ocurrencia de amostazarse, mandándolo con la música á otra parte, porque es música la que nos da ese señorito de Pedro, pero una música descolorida, ruido ensordecedor de cigarra desafinada, charla de cosas que ya hemos leído ó que aprendimos de mucho tiempo atrás.

Alguien me dirá que cada uno es dueño de hacer lo que más le agrada y Pedro, ciñéndose á ésto, persistirá en sus lecturas nocturnas, malgrado las protestas y todos los gestos avinagrados que su presencia provoca entre los tertulianos del café.

La mayoría lo conoce y creo que en muchos cerebros ha echado hondas raíces la idea de una mala jugarreta. Yo, por mi parte de molestia, he pensado también vengarme de esa cigarra destemplada que aturde, y propuse al propietario del café lo contratara para que desde una tribuna improvisada, nos diera Pedro lectura de todos los sucesos y artículos con-

tenidos en los diarios á que se hallare suscripto, ó que, por lo menos, lo amordazara al entrar, velando de esta manera por nuestra paciencia y por la tranquilidad del café. Mis amigos también se lo han pedido y creo que una acción conjunta daría un resultado benéfico para todos los que como yo, aman locamente el silencio apacible, la tranquilidad apocalíptica de un café montevideano, la ciudad por exceiencia nada bullanguera, cuyos habitantes prefieren á la agitación febricitante y tumultuosa de los paseos, el dulce calorcito de las sábanas planchadas.

En el caso que nuestro pedido se encarpetara, para no emigrar del café con el que estamos encariñados, nos proveeremos de tapones de algodón que nos den la sordera voluntaria, porque es mil veces preferible ser sordo como una tapia para no escuchar esos soberanos exámenes de lectura en público, á tener oídos de tísico, sufriendo por ello lo indecible, sin que nada pueda mitigar los malos ratos pasados.

***

Han transcurrido tres años del desarrollo de este pequeño cuadro. Pedro, la cigarra de antaño, con un poco más de formalidad aparente, ha criado alas. Su modalidad pasada se ha transformado en otra tal vez peor. Ya no lee fuerte á sus amigos ni tampoco comete otras mojigaterías que lo ponían en ridículo. Consentido en sus lecturas, se creyó un genio, y, como tal, pretende hacer cátedra en el café. Todas las teorías, principios y sistemas filosóficos actualmente en tela de discusión pretende conocerlos y darlos á conocer á todos los que lo rodean. No hay talento que lo supere ni persona que sepa lo que dice. Cree resumir en su cerebro todo lo complejo de la sabiduría moderna. Está con la última lectura no comprendida y está con ninguna. Es pasto de todas las sugestiones y no es nada. Amorfo por idiosincrasia, sin una chispa creadora, destruye por destruir, por maldad ingénita, por educación atávica. Otra cosa no hace, y eso que los años dejaron las huellas de la vida y que bien hubieran podido aleccionarlo. Su obra positiva fué un discurso gestado en medio de dolores atroces, de vigilias penosas y cuya esencia sólo él pudo aspirarla. Otra obra no ha producido. En él vale la lengua, aunque se trabe, y no el cerebro. Tiene más de Quijote que de filósofo. Y por eso y por lo que se calla, el Pedro de antaño, el demoledor de hoy, el babieca del mañana, tendrá por única obra humana su engreimiento y su maldad ancestral.

ANÍBAL DEL RISCO.
(Sinforoso).

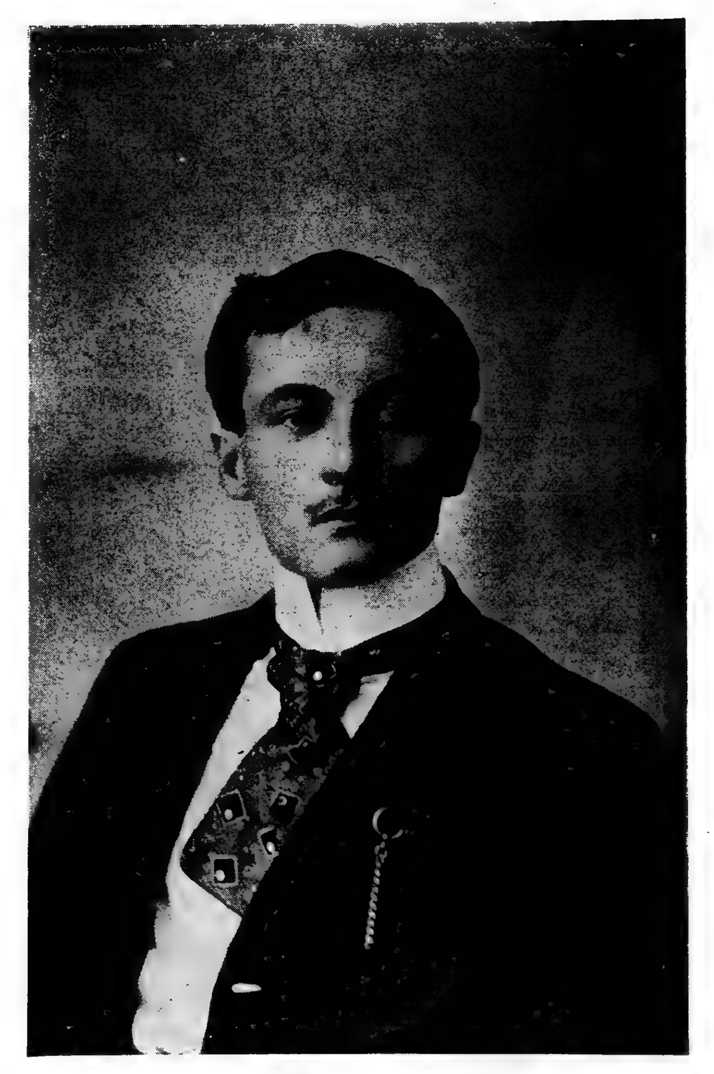
Montevideo.

De Rivarol

En una tertulia no dejaba de hablar una señora con mucho vello en la barba.

—Esa mujer es hombre para hablar hasta mañana,—dijo Rivarol de pronto.

M. MORENO ALBA



Nupcial

Para Pérez y Curis.

I

Con elegancias finas de ceramio
se engalanaron las doncellas todas
para la noche del epitalamio.

En el salón se escuchan argentinas,
alegres risas de mujer.—Resume
la charla de las bocas femeninas
una historia de citas peregrinas,
mezcla de luz, de música y perfume.

La novia es una claridad de nieve
que en el mohín de la cabeza erguida,
muestra una joven plenitud de vida,
bajo el candor de la corona breve.

II

(En la mudez discreta de la alcoba,
vacilan y se besan los esposos,
ante el tálamo nuevo de caoba . . .)

III

Nueve meses después . . . era una noche
pleniluniar . . . Entremos en la alcoba,
pero muy paso, sin hacer ruido,
porque cerca del lecho de caoba
hay una cuna y un recién-nacido.

Un hombre vela junto de la cuna;
sobre del lecho una mujer respira,
en tanto que una cínife importuna
en derredor de la pantalla gira.

Priva un encanto de quietud . . . Afuera
la noche magna y pasional, es una
mujer de milagrosa cabellera
recogida en el broche de la luna.

MORENO ALBA.

Colombia, 1906.

Con motivo de "Heliotropos" y "Rosa Ignea"

París, Octubre 6 de 1906.

A Pérez y Curis.

Estimado compañero:

Sus rimas sabias y elocuentes que evocan armonías lejanas y despiertan imágenes en el recuerdo, tienen un encanto crepuscular que subyuga. Gracias por el envío de *Heliotropos* y por la dedicatoria amable de « Soñadora ». Es usted todo un poeta que se anuncia con extraño vigor. No se deje doblar por los vientos y continúe serenamente la atrevida ascensión.

Cordial apretón de manos.

Manuel Ugarte.

—

París, 24 Noviembre 1906.

Mi querido Pérez y Curis.

Acabo de recibir y, naturalmente, de leer su precioso librito *Rosa Ignea*. Ya en prosa, ya en verso, siempre tiene usted el vigor de los que van al triunfo. Le felicito por la nueva obra llena de savia y de fulgores de estilo. Siga trabajando y mándeme cuanto escriba. Su afmo. compañero,

Manuel Ugarte.

—

Buenos Aires, Septiembre 1906.

A Pérez y Curis.

¡Gracias! acompañadas de amistoso saludo, al galante poeta, por los « Heliotropos », nacidos en la región heliconia donde su Musa se solaza, aspirando el perfume de plantas raras que allí crecen ubérrimas.

¡Verdes palmas á quien á ellas aspira y generoso las regala!

Carlos Guido y Spano.

Voces americanas

Hemos recibido la elegante revista Apolo, correspondiente á los meses de Abril y Mayo.

Escrita en papel satinado, sus grabados son nítidos y el tono de sus escritos de corte completamente modernista.

En el número á que nos referimos, Vargas Vila le sacude unos cuantos papirotazos á un su crítico, el señor Matos Avilés.

El principal redactor de la revista, joven batallador, publica una sentida poesía que titula « Helénica ».

Nos ha llamado también la atención « Atlántida », canto de Santín Carlos Rossi, homenaje á « Almafuerte ».

De *Integridad*, Lima (Perú).

—

"Apolo"

La magnífica revista de arte que dirige en Montevideo el notable poeta y literato señor Manuel Pérez y Curis, con el título que sirve de rubro á esta gacetilla, nos ha visitado, conteniendo espléndidos grabados y muy interesantes trabajos literarios.

Entre éstos reproduce el que *El Moderado* publicó, suscripto por nuestro inteligente compañero y amigo Salvador Díaz Rodríguez haciendo el juicio crítico del hermoso libro del referido bardo Pérez y Curis, denominado « La Canción de las Crisálidas » y « El Poema de la Carne ».

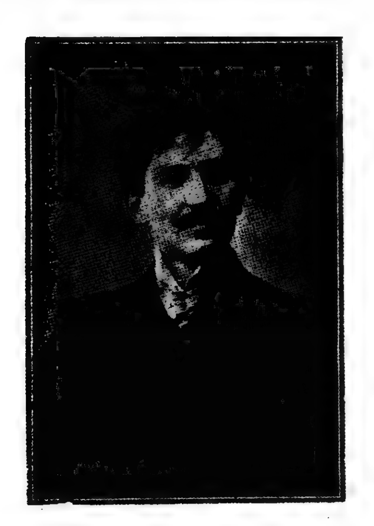
Agradecemos al apreciable colega su fineza al insertar el citado escrito y le deseamos todo género de prosperidades en la espinosa labor periodística.

De *El Moderado*, Matanzas (Cuba).

Bibliográficas

LIBROS Y PERIÓDICOS RECIBIDOS

De Marsella á Tokio, *por E. Gómez Carrillo.*—GARNIER HERMANOS, PARÍS.—Gómez Carrillo, el inimitable cronista parisién, nos obsequia con un ejemplar de su última obra *De Marsella á Tokio.* Forman el volumen impresiones de viaje, narraciones de regiones exóticas, de paises lejanos, que aun permanecen ocultos por velos de misterio, llenos de ese raro encanto que le prestan costumbres, usos, idioma, aun no del todo penetrados por las indagaciones occidentales. Sensaciones experimentadas y vividas en Egipto, la tierra ruda de una civilización ya muerta; en la India, el país de los fakires impenetrables, de las bayaderas que danzan en torno á las imágenes sagradas de los templos elevados en honor y gloria de Budha; en la China, ese imperio secular que vive aún en el florecimiento de una civilización estancada en su marcha; en el Japón, la tierra de los Kimonos, de las leyendas fantásticas, de las musmés delgaduchas, de ojos oblicuos y eterna sonrisa. Es un libro revelador de visiones, repleto de perfumes orientales, de no sé qué algo de fantástico que sugestiona y adormece, poblando el cerebro de deseos imposibles, de ansias de esos horizontes donde todo es extraño, donde la civilización occidental no ha podido arraigar sus fiebres de especulación comercial y donde todo es primitivo y exuberante de vida.



ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Pierre Loti, aqnel infatigable narrador de esos países, que vistió el kimono y usó pantuflas de terciopelo, paseándose en kurumas tirados por japoneses, nos había hecho entrever ya en sus libros la belleza de aquellas regiones. Gómez Carrillo completa esas narraciones novelescas, las amplía, les da un colorido más vívido y á través de las páginas de su libro nos conduce desde Marsella, la ciudad condal, á Port Said; pasamos el canal de Suez, nos internamos en los misterios de Ceilán, la tierra del *Mahavansa,* admiramos Singapur é Indo-China, dos regiones invadidas por las costumbres europeas, para ir á soñar en la China y el Japón, los misterios de sus religiones imperantes en el alma colectiva del pueblo; sus musmés ingenuas, de diminutos pies, de cejas arqueadas, con sus peinados artísticos y gigantescos.

De Marsella á Tokio es un verdadero libro de arte que agradecemos en todo su valor.

El Iris.—Hemos recibido el último número de este semanario que en la Villa del Cerro publica el inteligente joven Julio V. Oria. Trae excelente material.

Alma Latina.—Con este título aparecerá á fines del presente mes una revista ilustrada de arte y literatura. Cuenta ya con la colaboración de distinguidos escritores hispanoamericanos. ¡ Adelante !

Páginas intelectuales.—Hemos recibido el número 1.° de esta importante revista de arte que en Iquique (Chile),

dirige el distinguido y vigoroso escritor M. Salvador Ulloa. Su material de lectura es excelente y entre las colaboraciones figuran las firmas de los más distinguidos escritores americanos. Impresa con mucho esmero, con gran cantidad de grabados, es una revista que hace mérito á su director, lo mismo que á aquel país del Pacífico. Entre las firmás que rubran los artículos anotamos las de Leonardo Eliz, Emilio Castelar Cobian, Luis Roberto Boza, José S. Chocano, Guillermo Vargas L., M. Hernández A., Ernesto Monje Wilhems, M. Salvador Ulloa, José Antonio Román, Horacio Besio, Alfonso López García, Carlos Velarde y Fuentes, Renato Morales, Manuel S. Consuegra, Rómulo E. García, Edelmira Cortés G., Horacio Olivos y Carrasco y otros muchos escritores de talento consagrados en el ambiente literario americano.

De Ariel. — *Discurso pronunciado por Gonzalo Zaldumbride en la distribución de premios de la Universidad Central del Ecuador.* — Es un hermoso trabajo de ideas. Su autor, Gonzalo Zaldumbride, con unción casi religiosa, estudia profundamente, con gran acopio de originalidad y talento, la obra de Rodó, el joven y vigoroso pensador uruguayo que ha logrado conmover en sus páginas, toda la psiquis colectiva de la juventud americana. Escrito con admirable estilo, no se sabe si admirar más la agudeza de compenetración que revela poseer Zaldumbride del hermoso libro de Rodó, ó la clarovidencia con que interpreta los grandes problemas del sentimiento ante la absorvente vorágine del utilitarismo encarnado en las manifestacionee de la gran república del Norte. *Dé Ariel* revela que su autor ha leído mucho, que sabe pensar y sentir y que tiene condiciones para hacer obra de aliento que perdure á través de todas las manifestaciones del pensamiento humano en medio á la vorágine de las modernas ideas en pugna.

Almas que pasan, *por Amado Nervo.* — Madrid. — Constituyen el presente volumen páginas en prosa sobre temas diversos de la vida. Son páginas inocentes en su mayoría, donde sólo debe admirarse la belleza del estilo, yfresco sencillo, pero no el fondo desprovisto de ideas grandes. *Los dos claveles* (historia vulgar) es una hermosa página de vida, repleta de intenso sentimiento, tal vez la mejor de las que componen el volumen de que hacemos referencia.

Sin nombre. — *Drama en tres actos y en verso por Adolfo León Gómez.* — Bogotá. — Como el anterior, es un drama que tiene muchos méritos, aunque la tesis sostenida por su autor no tenga la profundidad ni el atrevimiento de *El soldado.* Sin embargo, es un drama de lucha y de condenación social, escrito en versos de una fluidez admirable y de exquisita belleza. Como factura literaria es sobresaliente, no así su trama, que tiene algunos recursos impresionistas sin mayor consistencia dentro de la lógica moderna. Con todo, el asunto está muy bien tratado, con algunas escenas patéticas que provocan la meditación y hacen gustar de su lectura. Los personajes se desenvuelven sin ascidencias hirientes y el final es sumamente humano y bondadoso.

Mujeres de Costa Rica, *por E. Carrasquilla Mallarino.* — San José de Costa Rica. Es un hermoso volumen, bien presentado, impreso en rico papel de ilustración, con infinidad de grabados de las bellezas costarriqueñas y con hermosas páginas escritas en un estilo castizo y ameno por E. Carrasquilla Mollarino. Está impreso en los reputados talleres gráficos de María V. de Liners, San José (Costa Rica), y habla muy favorablemente sobre el adelanto á que ha llegado la tipografía en aquella república centroamericana. Luce una hermosa carátula en oro, trazada con talento, siendo por su presentación una obra que merece figurar en cualquier biblioteca.

Tupambaé, *por Guillermo Arronga Ciganda.* — San José (República Oriental del Uruguay). — Es un pequeño folleto de 40 páginas, donde su autor relata un episodio de la última guerra que devastó la campaña uruguaya. Está tratado en forma de diario y su estilo no tiene mayores bellezas. Demasiado ampuloso, todo él revela al partidario que irrumpe en condenaciones contra el adversario, condición esta negativa para creer en la sinceridad de lo que Arronga Ciganda ha publicado. El folleto está dedicado á la memoria de Aparicio Saravia, general en jefe de las fuerzas que actuaran en Tupambaé.

El Moscardón. —*Almanaque satírico, político-uruguayo para el año 1907.— Un volumen de 80 páginas, editado por los talleres gráficos «El Arte» de Orsini Bertani.*—MONTEVIDEO.—Es un hermoso volumen, repleto de buenas caricaturas de actualidad política. Luce en su carátula un bien concluido trabajo en tricomía que representa un rancho de nuestra campaña. Su material de lectura es excelente y lo rubran firmas de gran valer literario. El objeto de este almanaque es hacer sátira de todos los acontecimientos políticos que se desarrollan en el país, de los hombres que militan en las filas de los partidos tradicionales y no dudamos que el objeto de su editor está ampliamente logrado. Entre las colaboraciones de mérito anotamos la de Leopoldo Lugones, Osvaldo Saavedra, Octavio Mirbeau, José Virginio Díaz. Víctor Bonifacino, Perfecto B. López y José María Velez.

El soldado.—*Drama histórico, en tres actos y en verso, por Adolfo León Gómez.* —BOGOTÁ (COLOMBIA).—Es un pequeño volumen de 90 páginas que ha metido mucha bulla a≈á por los trópicos. Y á fe que el drama vale, pues no se trata de un ensayo, sino de ua trabajo serio y bien meditado, escrito en verso de una fluidez admirable y hermosa, donde pinta escenas históricas de la vida militar colombiana con acendrado realismo y amplio criterio filosófico. Sin puerilidades gazmoñas, León Gómez ataca el sistema de reclutamiento empleado en aquel país americano para la remonta del ejército. La pintura no puede ser más exacta, y decimos esto porque lo que ocurre allá ha ocurrido entre nosotros infinidad de veces. Eso de que se arranque al calor del hogar al campesino inocente para agregarlo como unidad de combate á un cuerpo de línea y exponerlo á las contingencias de una guerra civil provocada siempre por rivalidad de ambiciones bastardas, es doloroso y bien merece muchos dramas como el de León Gómez. La parte del drama donde describe un fusilamiento es impresionante, así como hermosas las digresiones que sobre la aplicación de la pena capital hace el autor, encontrando ridículas las críticas que por tal concepto ha merecido este drama. Los tiempos modernos son de demolición de todo lo que implica un resabio de barbarie, y Gómez, al condenar la pena de muerte, se ha mostrado humano y poseído del espíritu moderno que anima á los pensadores. Puede estar satisfecho el autor de *El soldado,* pues además de obra de demolición ha hecho obra altamente hermosa y sugestiva.



FRÉDÉRIC MISTRAL

Cuentos al corazón, *por Manuel Medina Betancort.— Un volumen de 200 páginas, editado por los reputados talleres «El Arte» de Orsini Bertani.*—MONTEVIDEO.—Medina Betancort ha tenido la feliz idea de recopilar algunos de sus muchos cuentos publicados, en un hermoso volumen de 200 páginas. A excepción de *Camino del amor,* el más extenso de todos, los demás cuentos que constituyen el presente volumen ya los conocíamos. Sin embargo, juzgaremos al libro en conjunto, y preferentemente al cuento inédito.

Medina Betancort en este nuevo libro no se nos presenta como el mismo autor de *De la vida* que tan buena acogida tuvo entre el elemento intelectual del país. En aquella obra, magüer sus pocos defectos, no tanto de fondo como de forma, se dejaba entrever un gran espíritu observador y bien orientado que en *Cuentos al corazón* desaparece. No con esto queremos decir que el libro sea malo. No. Hay muchos cuentos, la mayoría, y con preferencia *Idilio de ojos,* que son verdaderas joyas literarias. Pero en cambio hay otros, como *Camino del amor,* sumamente romántico, saturado

de ese romanticismo huero y sin lógica ya pasado de moda, que rompe el conjunto del libro. Su final (y eso que Medina Bentancort lo reputa como el mejor de los cuentos publicados) es desastrosamente ilógico. Se concibe un suicidio por amor entre dos seres inferiores, cuando el camino recorrido está lleno de escollos insalvables. Pero no se concibe lo mismo entre dos seres (como son los personajes de este cuento) que han abjurado de todos los prejuicios de la sociedad, que se sienten intensamente, que no encuentran escollos insalvables para la realización del amor y que pueden vivir sin que nadie se lo impida. Y no es un justificativo para dar cierta lógica al final de este cuento, que ella tenga un novio á quien no quiere y él una novia porque sí, pues tratándose de dos tipos que no comulgan con los cánones sociales, lógico sería que ambos se entregaran en brazos del amor, para lo que están bien dispuestos, y vivieran la vida, y no que resolvieran de común acuerdo suicidarse, sumergiéndose para eso lentamente en las aguas del mar, buscando la *vida en la muerte*. Esto es sumamente romántico y fuera de toda lógica humana.

En el estilo de *Camino del amor* hay demasiado hinchazón... Ciertas digresiones y metáforas no pueden admitirse por lo ingenuas y faltas de sentido. En esto disentimos profundamente con el prologuista de *Cuentos al Corazón*

En los otros cuentos se nota la falta de preparación científica de Medina Betancort, pues ciertos finales no condicen ni responden al estudio que hace de los personajes. En cambio, en todos ellos hay un cúmulo de observaciones atinadas que muchas veces encubren la deficiencia de preparación de Medina. Si no estuviéramos plenamente convencidos de la honradez literaria del autor que nos ocupa, creeríamos que *La Criada* fué escrito bajo la poderosa influencia de Valle Inclán, pues este cuento se asemeja muchísimo (en ciertas partes hay demasiado similitud) con uno de este autor titulado: ¡Malpocado!

Con todo de haber apuntado estos defectos, el libro de Medina Betancort es un libro de muchos méritos y demuestra que su autor tiene condiciones sobresalientes para triunfar. El día que se resuelva á estudiar empapando su cerebro con lecturas científicas y bien ordenadas, base para la gestación de toda obra buena y duradera, Medina será una verdadera fuerza intelectiva dentro de nuestro ambiente literario. Le sobra la materia prima; talento y aptitudes de gran observador, para que el triunfo corone sus esfuerzos.

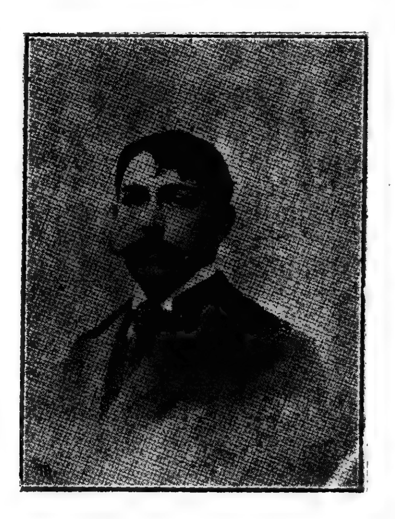
Alma de Acero, *por Ricardo Martínez Quiles.—Un volumen de 250 páginas impreso en los talleres tipográficos de Dornaleche y Reyes.*—MONTEVIDEO.—Es el primer trabajo literario que publica este autor y como trabajo primerizo no llena las esperanzas que se cifraban antes de su aparición. *Alma de Acero,* como novela psicológica, es demasiado pueril é ingénua. Su trama, mal urdida, tiene pasajes que desconsuelan y está repleta de recursos falsos y antojadizos. Su estilo no es tal, formado como está por una serie de párrafos incoherentes, sin ninguna clase de hilación, incorrectos y por demás obscuros. Martínez Quiles no se revela en su primera obra lo que nos hicieron creer sus prematuros panegiristas. En cuanto á que sea un carácter al decir del prologuista, puede que lo sea, pero á nosotros no se nos antoja tal. No creemos con el autor de las desmalazadas digresiones que luce *Alma de Acero* como presentación, que se posea un carácter de nota, narrando malamente, sin chispa de talento, cosas que ocurren en el seno íntimo de una familia.

En síntesis: *Alma de Acero,* falsa en su trama, incorrecta en su estilo, sin una metáfora buena, y sí con cargazón de párrafos obscuros, construídos con evidente desconocimiento de las más esenciales leyes gramaticales. no es una obra de aliento y pasará entre nosotros sin dejar rastros mayores. Tal vez la obra tuviera algún mérito si hubiera sido más meditada y mejor trabajada. Con todo, Martínez Quiles, estudiando más y leyendo mucho más aún, puede que nos brinde en el futuro algunas páginas de mejor sabor literario y más encuadradas en la actividad del pensamiento moderno.

Cabeza de Oro, *por Horacio O. Maldonado.—Novela.—Un volumen de 100 páginas, editado por la casa de Antonio A. Díaz.*—MONTEVIDEO.—Horacio O. Mal-

donado no es un desconocido para nosotros. Sus anteriores trabajos literarios (tres volúmenes) lo revelaron como una futura esperanza de la literatura uruguaya. Con *Cabeza de Oro*, simple bosquejo de novela de ambiente, su personalidad literaria se amplía y marca una evolución en sus primeras tendencias. Escrita con estilo sencillo, sin ampulosidades hirientes, bien escrita, en una palabra, aunque no bellamente escrita, *Cabeza de Oro* es la historia sencilla de un individuo que en nuestro medio ambiente vive la vida política y sufre por ende sus consecuencias desquiciantes para el espíritu. Lástima que su trama se resienta de ciertas falsedades que su autor, estudiando un poco más nuestras cosas, las hubiera salvado fácilmente. Nos referimos á la iniciación en la vida de la política activa del protagonista del libro, *Cabeza de Oro*, y de su rápida ascensión en un medio donde para triunfar es necesario toda suerte de humillaciones y bellaquerías morales. No es con talento que se triunfa en las filas partidarias, sino con el servilismo incondicional, el retorcimiento de todo ideal levantado y el cierre de la conciencia á toda verdad y razón adversarias. Eulogio es un tipo demasiado ingenuo, demasiado puro para la acción política que en nuestro país se desarrolla. Un joven, con título académico es cierto, (lo que es ya mucho para la fácil sugestión de la masa), un joven decimos, que después del afiebramiento producido por una lucha encarnizada, busca en el regazo materno—como un inexperto colegial—la fe y la confianza para proseguir luchando, no es el tipo que triunfa en los comicios partidarios y mucho menos aún de la noche á la mañana como ocurre con *Cabeza de Oro*. Son otros, muy diversos por cierto, los tipos que se encaraman en la montaña partidaria.

Fuera de este pasaje del libro, hay otros tratados con suma ligereza. La muerte de Tito, aquel eterno soñador de quimeras, es un recurso falso, encajado violentamente en el desarrollo de la novela. Maldonado no nos dice anteriormente á este pasaje, cuándo y porqué Catita, la prometida de Tito, entabla relaciones amorosas, íntimas, demasiado íntimas, con Zoilo, el tipo de hombre sensual y adinerado que vive de conquistas fáciles, sin un ideal levantado, sin más preocupación que la de satisfacer su morbosidad psicológica, y por lo tanto, incapaz de lograr despertar en el corazón de aquella hermosa mujer frívola, el más mínimo destello pasional. Otra de las ingenuidades del libro la vemos en aquel pasaje donde Teresa, la sirvienta, llegada la hora de la cena, sale en busca de Eulogio que acompañado de Zoilo, no ha muchas horas, ha abandonado su hogar con el objeto de distraerse, sin dejar dicho á su madre hacia donde se encaminaba. Descartando estos lunares que afean la obra, Maldonado ha mostrado una vez más tener condiciones de observador y *Cabeza de Oro* es la promesa de otros estudios superiores, tratados con mayor acopio de datos y menos precipitación.



ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

Whistler y Rodín, *por Max Henríquez Ureña.*—Hemos recibido desde la Habana con una amable dedicatoria, este pequeño folleto con la conferencia que Henríquez Ureña pronunció la noche del 22 de Abril de 1906, en la Academia de Dibujo y Pintura «El Salvador», de aquella ciudad. Es un breve pero hermoso estudio sobre las personalidades artísticas de Whistler y Rodín; el primero de ellos, pintor altamente su-

gestivo que con su realismo del arte quiso cambiar la orientación de la pintura moderna; el segundo, el genio más robusto de la estatuaria en el siglo presente, que embarcado en el simbolismo señaló una etapa nueva en la historia de la escultura.

Revista de la Sociedad "Jurídico-Literaria".—Ecuador.—Hemos recibido los números 45, 46 y 47 de esta importante revista ecuatoriana. Repleta de excelente material de lectura, tiene un sumario interesante donde figuran las firmas de J. Alejandro López, Manuel Cabeza de Vaca, A. Viteri Lafronte, Nicolás Giménez, Aurelio Falconi, Eduardo Mera, J. Trajano Mera, Francisco José Urrutia, Leonidas García, Roberto Espinosa, C. M. Tobar Borgoño y Quintiliano Sánchez.

Letras.—Hemos recibido los números 18 y 19, de esta importante revista literaria que se edita en la Habana bajo la competente dirección de los literatos Nestor Carbonell y José M. Carbonell. Es indudablemente una de las mejores revistas que ven la luz pública en los trópicos americanos, no sólo por la calidad de las colaboraciones que llenan sus interesantes páginas, sino por la cantidad de buenas firmas. En los números que obran en nuestro poder hay composiciones poéticas de subido valor artístico y firmadas por escritores ya consagrados en las rudas batallas de la idea. Anotamos los nombres de M. Lozano Casado, Diwaldo Salom, J. N. Aramburu, Nieves Xenes, Félix Cailejas, Abelardo Farrés, José M. Carbonell, Luis Rosado Vega, Regino Boti, Tomás Felipe Camacho, Juan Guerra Núñez, León Ichaso, etc.

La Quincena.—Hemos recibido el número 79 de esta importante revista ilustrada de ciencias, artes y letras que en San Salvador dirige y redacta el inteligente escritor Vicente Acosta. La mayor parte de este número que consta de 40 páginas de excelente material de lectura, está dedicado á rendir homenaje de admiración y simpatía al delicado poeta colombiano Julio Flórez. Las magistrales producciones que se publican, así como el elemento intelectual americano que ha prestado su contingente á la confección del presente número de «La Quincena», hacen que el homenaje de admiración y simpatía tributado al vate sea digno de su talento y de su reputación. No transcribimos el sumario por ser demasiado extenso y tener demasiado material acumulado para el presente número de Apolo. También debemos acusar recibo de los números 84, 86, 87 y 88 de esta misma revista que, como los anteriores, vienen repletos de excelente material de lectura y lucen grabados de alto mérito artístico.

El Fanal.—Desde Matanzas, Cuba, recibimos los números 10, 11, 12 y 13 de esta revista. Transcribe algunos trabajos literarios publicados en Apolo, lo que agradecemos sinceramente.

El Heraldo del Istmo.—Guillermo Andreve nos ha remitido el número 66 de la hermosa revista que bajo sn dirección se publica en la pequeña república de Panamá. El material de lectura que llena sus páginas es excelente, así como su impresión tipográfica que le hacen una de las mejores y más bien presentadas revistas americanas. Entre las colaboraciones que figuran en el presente número, fuera del material que pertenece á la redacción, anotamos las de Ricardo Miri, Guillermo Atiles García, Darío Herrera, Juan Ignacio Gálvez, M. Moreno Alba, Luis C. López y Rafael Angel Arraiz. Con este número termina el ciclo de lucha intelectual iniciado por la revista á raiz de la constitución en república independiente de aquel pedazo de territorio centroamericano. Lamentamos sinceramente la desaparición de esta hermosa revista que hacía honor á aquel país lejano, máxime cuando las causas que provocan su suspensión, radican en el retiro del subsidio que el gobierno panameño le acordaba, retiro provocado con la publicación de un hermoso cuento *La Mujer seria*, de Guillermo Andreve, donde se atacaba con sensatez muchos prejuicios y se hacía obra altamente humana.

Hojas dispersas.—*Poesías por Luis Eduardo Chacón Lorca.*—Santiag de Chile.—Acusamos recibo de este elegante folleto de 76 páginas impreso en los talleres de la Franco Chilena. Lo componen poesías de índole distinta, prevaleciendo la tendencia erótica atenuada. Su autor revela en él un perfecto conocimiento del tecnicismo del verso,

y en cuanto á la idea que los anima no hay los vuelos que corresponden á la actual tendencia innovadora.

Mis noches.—*Poema por Ataliva Herrera.*—CÓRDOBA.—Es un folleto premiado en los juegos florales celebrados en Buenos Aires el 12 de Agosto de 1906. Está dividido en trece cantos, algunos de ellos hermosos, sobre todo el preludio, que es una página de exquisito sabor artístico y de subido valor emotivo. Todo el poema es sentido y lo orea una gran racha de misticismo que lo hace leer con recogimiento.

Mortaja de gloria, *por Guillermo Lavado Isava. Poema.*—LA VICTORIA (VENEZUELA).—Hemos recibido con amable dedicatoria á la revista este pequeño poema, hondamente sentido, escrito en hermosas estrofas, donde su autor manifiesta grandes condiciones para la versificación. El tema, aunque común, está bien desarrollado, y, más que todo, tratado con gran dosis de sentimentalismo. *Mortaja de gloria,* en medio de toda la sencillez que lo anima, revela en su autor talento y discreción.

Gente de letras de mi país, *por Norberto Estrada.*—Este escritor ha reunido en un pequeño folleto así titulado, algunas impresiones personales sobre los intelectuales que actúan en nuestro medio ambiente, dignándose obsequiarnos con un ejemplar. Nuestro juicio sobre *Gente de letra,* es malo. Norberto Estrada desconoce de una manera evidente el consenso intelectual del país y en sus juicios, ó pretensos juicios, desbarra· No es con un criterio estrecho y propenso al favoritismo que se juzgan las altas condiciones intelectuales de nuestra juventud pensadora. Es necesario poseer nn criterio más ecuánime, seguir más de cerca á los que se inician ó á los que ya iniciades nos brindan los frutos del cerebro, para poder juzgarlos. Así no lo hace Estrada y su folleto se resiente de multitud de errores y omisiones hirientes para los que, ganosos del triunfo ó simplemente deseosos de exteriorizar su decidez, aportan sus energías al movimiento intelectual del país. Lo único que podríase disculpar á Estrada es el tratarse de impresiones; pero, con todo, en ellas debiera haber un método y una lógica que no existen en el folleto que juzgamos.

¡Ave Francia! *por Angel Falco.*—En versos vibrantes, llenos de intensas rebeldías hacia las cosas que fueron, Angel Falco, el poeta de estro vigoroso y seguro, canta á la Francia del progreso, á esa república que después de brindar á la humanidad el código de los derechos del hombre, va camino de su libertad definitiva quebrantando todos los dogmas seculares y la influencia enervante del oscurantismo. Es un folleto pequeño pero valioso, desbordante de bellos giros, escrito con la firmeza que dá el conocimiento perfecto de la misión versificadora, saturado de los altos ideales que animan á las modernas muchedumbres en marcha hacia el ideal de independización económica.

Las poesías están precedidas por unas páginas en prosa, donde valiéndose del simbolismo explica el alcance de su canto. Es de felicitar al joven bardo amigo por las hermosas páginas publicadas. En breve, de este mismo autor, aparecerá «Yambos Rojos», editado por la casa de Maucci.

Monos y monadas.—LIMA (PERÚ).—Hemos recibido varios números de esta importante revista de caricaturas que se publica en aquella ciudad. Al acusar recibo nos resta agradecer íntimamente ciertos juicios elevadísimos donde su autor hace gala de una prosa jocoseria tratando de rebajar el valor artístico de unas poesías del director de APOLO.

Verdad.—Apareció el número 15 de esta publicación, órgano oficial de la Asociación de Propaganda Liberal, con el siguiente interesante sumario: Francia triunfante—Hablando con Clemenceau (Impresiones de Morote)—Para la escuela laica — Hojarasca — Movimiento liberal—Las reliquias católicas —La hostería de los siete pecados capitales — Agua del Jordán — Sueltos — Grabados: El gabinete francés — El pulpo clerical — El desastre del clero francés.

Almanaque Anticlerical Sudamericano, *dirigido por Emilio Frugoni.*—Con excelente material de lectura y una buena cantidad de grabados alusivos á los fines perseguidos por el liberalismo, acaba de aparecer este importante almanaque que seguramente tendrá toda la buena acogida que se merece por nuestro público. Luce una hermosa ca-

rátula obra de la inspirada mente del artista Goby y está esmeradamente impreso. En su texto luce una página en tricromía obra de Laroche é impresa con todo arte en los talleres de O. M. Bertani.



ROBERT DE MONTESQUIOU

Tristitiœ rerum. (LA TRISTEZA DE LAS COSAS). *Poesías de Francisco Villaespesa. 1 vol. Librería Pueyo, Madrid.*—Es un joyel doloroso. Vibra en él la nota trémula de todas las elegías y las nenias conmovidas. El autor de «Las Canciones del camino» vuelca allí, con emotivo dolor, el cáliz de su corazón desbordante de amargura, y su plectro, pensativo y enlutado, gime dolorosamente como un pájaro aterido bajo la bruma hibernal. Hay poesías en las páginas grises de ese libro tan añorante y sincero, que conmueven hondamente. Villaespesa, herido acaso en el alma por la invisible saeta de una pasión extremada, canta en él los misterios del amor y el esoterismo nebuloso de los espíritus tristes y los corazones trágicos. Subjetivo y personal, acaso el más personal de los poetas españoles de hoy, domina todas las formas con maravilloso acierto, y encierra sus pensamientos bellos, humanamente bellos, en un joyel armonioso de molde helénico cuyo encanto exterior es aparente á la elocuencia de aquellos. Es un poeta de verdad; por su estilo puro y único y por la complexidad de su estro apasionado. En el libro que anotamos, la musa de Villaespesa, vibrante en «Luchas»; amatoria y panteística en «Las Canciones del Camino»; y, poseída siempre de singular pesimismo, canta su desolación en versos hecho de niebla, y poemiza divinamente *la tristeza de las cosas.*

La joven literatura hispanoamericana, *por Manuel Ugarte.*—UN TOMO EN 18, ENCUADERNADO EN TELA.—LIBRERÍA ARMAND COLIN. — Manuel Ugarte, el avanzado pensador argentino con residencia en París, acaba de obsequiarnos con un ejemplar de su última obra, destinada á poner de relieve en el exterior las manifestaciones intelectuales de la juventud americana. Es una antología donde su autor ha tratado de reunir lo mejor de cada uno de los intelectuales americanos, sintetizando á la vez el esfuerzo de un centenar de escritores de menos de cuarenta años que con su empuje provocan un verdadero renacimiento literario.

De gran utilidad para la juventud de las escuelas, de indiscutible interés para todos los que siguen la evolución intelectual que se opera entre los americanos, el presente volumen llena una necesidad que se hacía sentir desde hace largo tiempo.

Prosas-Laudes *por Vargas Vila.— Un volumen.— Vda. de Ch. Bouret, París.—* Hemos recibido esta bella obra de impresiones literarias. Vargas Vila, con ese criterio libre y refractario á los convencionalismos innato en él, se ocupa en su nuevo libro de los siguientes literatos: César Zumeta, Eugenio Díaz Romero, Pedro César Dominici, Víctor Pérez Petit, Jacinto López, Pérez y Curis, Pimentel Coronel, Rafael Angel Troyo y Jean Chartier-Gerson. Sus *Motivos* están precedidos de *Palabras de Arte y Estética Roja,* en las cuales hace un estudio altamente personal del movimiento evolutivo en nuestra América literaria, sujeta á los antiguos cánones españoles y aherrojada y encadenada por ellos, hasta la llegada de esa legión rebelde de innovadores, hoy en lucha abierta, con un tradicionalismo artístico enfermo y lleno de aberraciones.

En otro lugar insertamos las palabras que con motivo de unas poesías de Pérez y Curis publicó Vargas Vila en la precitada obra.

El Principio.—El número 5 de esta revista de arte, literatura y ciencias, que se edita aquí, trae un variado su-

mario que no publicamos por falta de espacio.

El Deber Cívico. — MELO. — Hemos recibido los números de este importante periódico correspondientes al segundo semestre de 1906 y Enero de 1907. Como siempre, su material es variado y excelente.

Diario Oficial.—SAN SALVADOR, (AMÉRICA CENTRAL).—Acusamos recibo de los números 257 á 280 de este importante órgano salvadoreño.

Nueva Vida.—SAN SALVADOR, (AMÉRICA CENTRAL).—Revista mensual que redactan los señores Emilio Aragón y Carlos Quehl. El segundo número trae un excelente sumario que no publicamos por falta de espacio.

Irma.—*Poema por Alfredo Gómez Jaime.*—BOGOTÁ (COLOMBIA).—Es un episodio de la guerra ruso-japonesa. Escrito gallardamente y en un estilo sobrio y firme, este poema revela toda una alma de artista. Gómez Jaime, rompiendo con la red vetusta de las escuelas tradicionales, se presenta gentilmente rebelde, y, en la variedad métrica en que ha escrito «Irma» se adivina un espíritu innovador enamorado de las nuevas formas. La acción del poema se desarrolla de un modo sumamente hermoso, no obstante la carencia de detalles necesarios para una obra de su índole. Bello gesto es el de Iván en el último canto del poema; gesto de héroe que engrandece el sacrificio en aras de la mujer amada. ¡Lástima grande que la mujer no sea meritoría, muchas veces, del homenaje de un bardo! Sino, muchos poemas divinos se escribirían, que, como el de Gómez Jaime, la hicieran digna de loa.

Élitros.—MARACAIBO (VENEZUELA).—Á nuestra mesa de redacción ha llegado el primer número de este quincenario político-literario que redacta el señor C. Medina Chirinos. Trae un buen número de buenas colaboraciones y viene precedido de unas «Palabras de la Redacción» enérgicas y vibrantes.

A. B. C.—MONTEVIDEO.—La necesidad de una revista para niños se hacía sentir desde hace mucho tiempo. *A. B. C.* ha venido, pues, á satisfacer aquélla, y, si bien es cierto que no lo ha conseguido en los primeros números, mal redactados y llenos de notas gráficas trazadas malamente y malamente escogidas, creemos que en los sucesivos lo conseguirá si en ello pone empeño su Dirección. No es con páginas y más páginas de lectura monótona y fatigosa que se hace una revista para el elemento infantil, al que agrada siempre la brevedad y sencillez de los cuentos y hasta cierta amenidad instructiva en los métodos de enseñanza, amenidad por cuya implantación en aquéllos bregaron tanto Pestalozzi, Froëbel y otros pedagogos; al niño hay que instruirlo pero halagándolo, halagarlo pero instruyéndolo, y no obligarlo á lecturas que, como «El canto de un trabajador» y algunas notas científicas que trae *A. B. C.*, resultan demasiado pesadas para ellos.

Alpha.—*Revista quincenal ilustrada.*—SAN SALVADOR (AMÉRICA CENTRAL).—Hemos recibido los números 1 y 2 de esta hermosa revista artística y literaria. Traen abundante y selecto material de lectura y bellos fotograbados. El segundo número publica unas digresiones incoherentes y perversas de Salvador Rueda (poeta de antiguo cuño) sobre el verso. Su autor, no sólo desconoce allí la alta personalidad de Mallarmé, á quien injuria con epítetos soeces, sino que la rebaja hasta el fango de su boca, dándonos así un ejemplo de su incultura y de su erudición neoclásica como su escuela.

Le Courrier Européen.—PARÍS.—Recibimos los números 4 y 5 correspondientes al cuarto año de este periódico político y literario, cuyo comité de dirección está formado por los distinguidos escritores Björnstjerne Björnson, Jacques Novicow, Nicolás Salmerón, Gabriel Séailles, Charles Seignobos y Giuseppe Sergi. Su sumario es muy nutrido é interesante.

Enfermedades sociales, *por Manuel Ugarte.*—BARCELONA.—Es un libro de estudios sociológicos tratados alta y humanamente. Ugarte, presenta en él todo ese cúmulo de prejuicios y males ancestrales y morbosos que hacen presa del alma social y no la abandonan hasta dejarla exhausta. Observador sagaz de la vida y sus costumbres y de las influencias que éstas ejercen sobre aquélla, paulatina pero decisivamente, Ugarte se muestra muchas veces optimista, y su humanismo es el hermoso atributo que por sí solo hace loable este libro.

APOLO

REVISTA DE ARTE

Director - Redactor: PÉREZ Y CURIS

Montevideo - Buenos Aires, Julio de 1907



AMADO NERVO

APOLO triunfa fuera de aquí, en América y en Europa. Su material selecto lo demuestra. Amado Nervo, el exquisito poeta de «Perlas Negras», nos ha obsequiado galantemente con la deliciosa poesía inédita que insertamos aquí, y que, como todas las suyas, está oreada por una brisa de beatífica unción y de dulzura.

N. de la R.

Languideza

(del próximo libro "En voz baja")

Yo no sé si estoy triste
porque ya no me quieres,
ó porque me quisiste
¡Oh frágil entre todas las mujeres!

Ni sé tampoco
si de ti lo mejor es tu recuerdo,
y si al adorarte fui cuerdo
y si al olvidarte soy loco.

Un suave desgano
de todo amor invade el alma mía,
¡Qué grande y qué falaz era el oceano
en que nos internamos aquel día,
los ojos en los ojos, la mano entre la mano!

Hoy, siento que renace mi existencia
como una sutil convalecencia.
Llama soy que un suspiro apagaría...

...Déjame, junto á la ventana,
sorprender en el lampo que arde,
los pensamientos de la tarde,
las locuras de la mañana.
Si estoy enfermo, llamaré á la hermana.
A la hermanita azul y blanca (y pura)
cuya dulce vejez, aún lozana,
tiene la grave y plácida mesura
de Señora Santa Ana.

AMADO NERVO.

La flor de la tierra

¡Qué pura es, aparte de absoluta!

Nada de ella me hastiaría. Y yo la veo con más serenidad que el año último, en parecida época, con esa serenidad del dilettantismo que pasa...

Un beso en la esquina de su boca cuando ella me sonríe con sus ojos vivos, llenos y benevolentes; eso no me saciaría, es cierto! pero esa sonrisa sería el aliento de mi vida. Yo olvidaría la vida por ella, sus manos entre las mías...

No es una sonrisa feliz ú optimista, es la sonrisa de un ángel sabio, que quiere hacer creer en la felicidad cuando se encuentra en sociedad. Ella ensaya un airecillo provincial, de excéntrica retirada á los veinte años.

Ah! esa sonrisa tan abierta, tan noblemente franca, lo absuelve Todo.

¡Cómo su cuello es dulce! ah! sus hombros deben ser todo un tesoro!

Todo eso es marchitable y mortal!

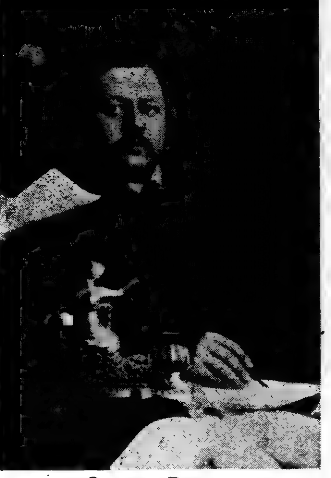
Ella me haría zozobrar en abismos de análisis y de primeros problemas... pero su sonrisa me detiene. Es la flor de la Tierra.

JULIO LAFORGUE.

Triste amor

Es un campo muy grande, inmenso; tiene tintes verdes en trozos sembrados de maiz, tonos de oro antiguo en bancales que fueron mies y son rastrojo, y lo que no es ni verde ni amarillo es tierra labrada, á veces de color de ocre y á veces de color de sangre. Brillan allá á lo lejos los cristales de una acequia que pasan riendo y murmurando alegrías porque espejan el sol.

Está partido en dos el campo por una carretera cubierta de polvo gris que parece ceniza y orlada de plátanos milenarios cuyas ramas gimen cuando pasa el cierzo. El camino parece ser muy largo, á las veces se esconde detrás de un montecillo, después de serpear su cuesta, pero más lejos, en un monte más alto, vuelve á blanquear para volver á esconderse. Por él marcha un mozuelo de aspecto medio trovador, medio juglar, y mientras marcha canta.


SAMUEL BLIXEN

Son sus mejillas encendidas como la ira del sol cuando se muere, son sus cabellos rubios como la mies tostada por el sol, tienen sus ojos brillantez de acero, tiene su andar el ritmo de una poesía y tiene la canción que canta la alegría de un vivir y la tristeza de un amor.

Por la misma carretera, pero en sentido opuesto viene un anciano de aspecto miserable, cubre sus carnes con andrajos que al parecer fueron atavíos de rey ó gran señor, pues aun ostentan, entre zurcidos y remiendos, hebras de oro enmohecido, trozos de recias sedas que ya no crujen, huecos que fueron nidos de granates ó amatistas, vestigios en fin, de muy pasada opulencia. Tiene el anciano barba gris, luenga, desigual y desgreñada, que parece nacerle de los huesos pues su cara es enjuta; sus ojos debieron ser hermosos como sus piernas derechas, pero de unos y otras no quedan más que unos párpados que casi se cierran y unos huesos encorvados que han menester un báculo en la diestra del viejo para ayudarle á sostener el cuerpo.

Viejo y juglar siguen su camino y pronto han de encontrarse. Allí, en aquella piedra musgosa, se ha sentado el anciano y el joven ya va cerca; ya llega y se detiene:

— ¡ Dios os guarde, señor! ¿Queréis decirme si es este el camino del Tiempo y si siguiendo mi marcha podré encontrar el sitio donde mora la Primavera?

El anciano suspira, vuelve la tonsurada cabeza para mirar la parte de carretera que ya pasó, y:

— Sí mozo — responde — este es el camino del Tiempo y en él has de encontrar el palacio de la reina Primavera. ¿Qué es lo que allí buscas? Parecióme tu canción, canción de amor

y de amor son historias que gustan á los viejos cuando labios de zagales las narran. ¿Quieres decirme tu nombre y quieres contarme la historia de tu amor?

— Mi nombre es Florisel, llámanme Estío las gentes y por tal me conocen. Mi amor no tiene historia: amo el cantar de los pájaros, amo el reir de los niños y el perfume de las flores y el azul del cielo y el verde de las hojas, y más que nada amo á la que dispone que canten los pájaros, que rían los niños, que se abran las flores, que el cielo se tiña de azul y que los árboles se vistan de alegría.

El viejo sonríe mirando al regatón de su báculo que describe figuras en la arena. Después dice:

— Yo he visto á tu amada no hace mucho y puedo asegurarte que es bella como un anochecer en su reino; vé, vé aprisa que amor es algo que pasa pronto y que para pasar no espera.

Florisel ayuda al viejo á levantarse y pasa éste las manos huesosas por la nieve de su barba y en silencio se aleja. Mírale el mozo marchar y, cuando al final de la cuesta casi se pierde de vista, reanuda su camino y su canción.

El paisaje se extiende ante sus ojos con color de vida y él sigue la senda, la senda que parece interminable á su corazón de amador...

Allá en la lejanía, en un montecillo de tonos pardos con heridas de ocre, hay un palacio que ha de ser el de la reina de las flores, pues perfume de ellas llega al camino incensando el espacio y cantar de ruiseñores se escucha desde lejos.

Florisel precipita su paso, sube la leve pendiente y llega al pórtico; cruza el zaguán, entra en el parque y según avanza por una senda enarenada vá arrancando nerviosamente hojas de los evonimos que crecen á los lados.

Termina la senda en una plazoleta circular en cuyo centro hay una fuente que llora sus lágrimas de cristal, lágrimas que se rompen en la taza y van á besar los pétalos de las cercanas flores que al sentir el beso frío se estremecen.

Cabe la fuente, en un tronco que yace en el suelo, más bien que sentada tendida, está la reina Primavera. El cabello negro, largo y sedoso, cae en desorden acariciando sus hombros, las manos cubren el rostro y el pecho se agita en convulsiones de llanto. Primavera está enferma, Primavera se muere.

Florisel se acerca, pronuncia con timidez su nombre y ella al oirlo intenta levantarse. Fija sus ojos azules en los del mozo, quiere llegar á él pero cae sin sentido.

— Reina de las flores, reina Primavera, si supieses que largo fue él camino que tuve que seguir hasta encontrarte, si supieras cuanta fué la nieve que con mis plantas deshice hasta llegar aquí, abrirías tus ojos para verme y en vez de lágrimas que de ellos brotan, besos brotarían de tus labios para recibirme.

— ¡Florisel, Florisel!

Primavera quiere sonreir á su amado y la sonrisa se muere en sus labios antes de nacer, quiere abrir sus ojos para verle y los párpados apenas se separan vuelven á juntarse; quiere consolar á su amante con frases de cariño y las palabras se apagan en su garganta sin que pueda decirlas; quiere acariciar su rostro pero los brazos se niegan á moverse.

Florisel la levanta, apoya la cabeza de la enferma en uno de sus hombros y al ver la palidez del rostro la llama con cariño, pero la lengua muerta no puede contestar. Los ojos del joven rebosan lágrimas y entre

sollozo y sollozo pronunica el nombre de su amada.

La luna, grande, como un disco de nácar, sube pausadamene camino del cielo y se empequeñece al avanzar; una brisa fresca pasa por los rosales deshaciendo las flores, y sus pétalos— lágrimas fragantes—se enredan en las crenchas de la muerta ó caen en la fuente haciendo ondular sus aguas serenas.

Allá, al fondo, por el final de una senda cubierta de hojas secas que crujen bajo sus pies, avanza el viejo Otoño y al escuchar el plañir del joven, murmura mientras camina hacia la fuente:

—¡Qué locura de mozo! ¡Pobre Estío!... ¡Pues no fué á enamorarse de la reina Primavera!

Miguel A. Ródenas.



Tulio M. Cestero

Marea vespertina

La playa estaba sola y yo como otras veces
lentamente seguía los caminos en eses
que orillan los peñascos, sintiendo los crujidos
de la arena impregnada de azul y de sonidos
por la luna y las olas; aspirándo á momentos
el olor salitroso cernido por los vientos;
mirando las encinas que cierran el paisaje
al borde del ribazo, la orla del oleaje
que avanzaba y volvía y allá donde se pierde
la línea de la playa, entre el agua y el verde
de los cerros distantes, la ancha torre del faro
que lucía su albura bajo el ambiente claro.
Al viento Sur, oblicua la marea venía
desde el fondo indeciso de la gris lejanía
y cual cruza á lo lejos con aleteos suaves
avanzando, avanzando una gran banda de aves,
las olas temblorosas y batiendo las plumas

de sus alas formadas por cadencias de espumas
con un vuelo apacible, silencioso y constante
pasaban con el cuello tendido hacia adelante...

¿Adónde dirijía su rumbo aquella banda?
¿En qué remota orilla, en que salvaje landa
su vuelo abatiría? ¿Qué rasgo de locura
la hacía en esa tarde volar á la ventura?
¿Qué anhelo misterioso de errancias migratorias
como aire sostenía sus alas ilusiorias?
Llevaba tal impulso, era tan insistente
el vuelo de esa banda incansable y silente,
era tan delicado el sedoso aleteo
de las olas innúmeras, tan claro el centelleo
de las leves, lejanas, perceptibles apenas
y de las que llegaban barriendo las arenas,
que lenta y dulcemente yo me uní á la bravía
marejada espumosa, sintiendo que podría
con esa fuerza virjen llegar donde no llega
el más íntimo anhelo del corazón que brega;
sintiendo que impregnado en la vasta porfía,
en la fé de esas alas yo también llegaría
más allá de la sombra, más allá de la vaga
orilla silenciosa do la vida se apaga!

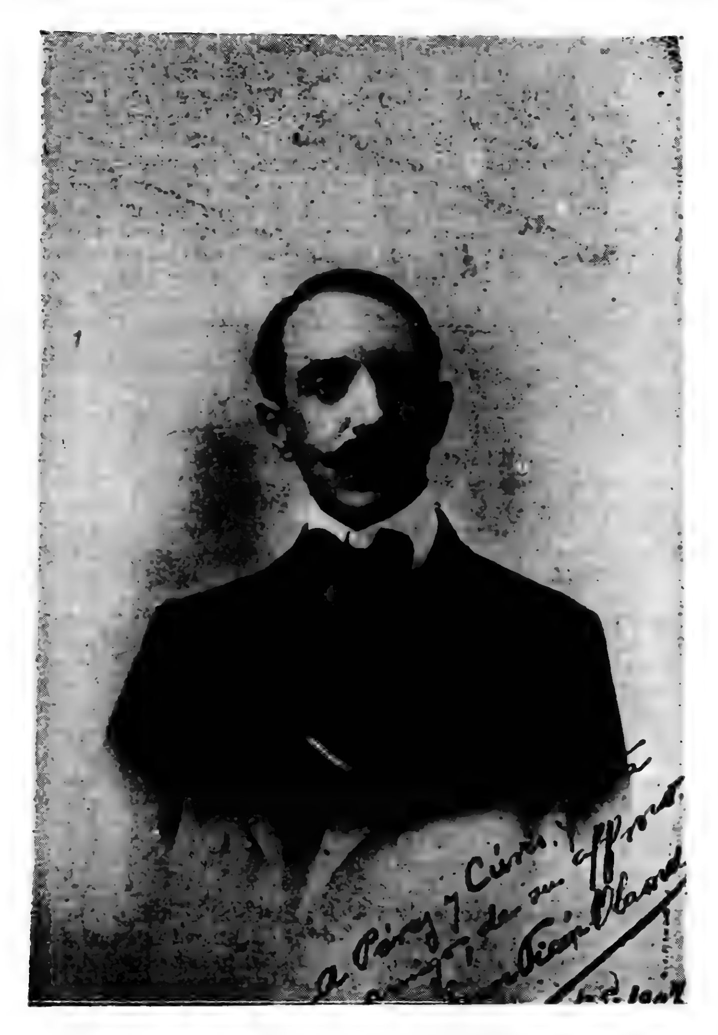
La noche se acercaba oxidando el bruñido
metálico del cielo, cayó el primer latido
de una estrella lejana y en los hondos confines
murieron lentamente los ocres y carmines.

Y en tanto que á lo lejos, en la costa ya umbría
la linterna del faro se apagaba y lucía
yo me fuí con las olas que batiendo las plumas
de sus alas formadas por cadencias de espumas,
con un vuelo apacible, silencioso y constante
pasaban con el cuello tendido hacia adelante...

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Valparaiso, 1907.

JUAN PICÓN OLAONDO



Ante una ofrenda hacia los dioses

A Pérez y Curis, poeta y amigo.

He verbalizado con sus "Heliotropos", bouquet de Arte, fino y galano, con que usted me obsequiara enhorabuena allá en una *causerie* nocturna del *cabaret* San Román, donde una vez á la semana, un grupo de intelectuales amigos se congre-

ga en *petit* cenáculo á la manera de los noctámbulos parisienses en los *faubourg* de Montmartre y *le Quartier Latin.*

Evoco esa noche... En las lunas opalescentes de los espejos una geometría inquieta y vivaz de gestos parlanchines; en el aire opaco y denso un desmenuzamiento de ruido de multitud agitada, y más allá, en un ángulo discreto y distanciado, Athenas en Cosmópolis... Y á fé que los Sábados de *l'Empereur* tienen su nota típica. En sus vastos salones iluminados caben las múltiples manifestaciones de la colectividad humana. ¡Qué de ideas contraditorias, de órbitas opuestas, de pensares distintos bullen en aquellas salas exornadas de plafones y donde un affiche de Caruso, de la Cavalieri ó de nuestro más novel literato hace pendant al novísimo reclame del Bilz ó del chocolat Saint!... Pero el ambiente es propicio al acercamiento, aunque este sólo sea transitorio como el de ejércitos enemigos que se contemplan inactivos en la pasividad de una tregua... Y allí, vense contactos que parecen paradojas, todo en una vecindad bonachona, en corrillos que se agrupan alrededor de las pequeñas mesas, en tanto en las copas de cristal luciente, humea el dulce nectar Oriental, que evoca los viejos califas, los soles caniculares de la Arabia, los visires adustos, los sultanes aletargados con sus pantuflas rojas y sus albornoces albinos, pendiente en la boca la pipa del opio y del haschis.

Y fué esa noche, en aquella babel del boulevard, donde le conocí á usted. Su silueta estereotipóse en mis retinas... Un rostro juvenil y lampiño, con ese dorado matiz de terracota que recuerda la ardorosa raza morisca; una nariz aleteante de conquistador; unos ojos morunos con súbitos relampagueos de acero en guardia; una cabellera indócil, y todo, en una delgadez aparente, engañosa al través de una largura precoz extremadamente alarmante...

Charlamos.... El vacío era en el ruido del *bart* en auge: sólo el cenáculo sabía pensar.. Algún burgués vecino, sorbía á nuestro lado y sorbo á sorbo, su cuotidiano Moka: la faz ungida, de placidez beatífica dulcificado, santificado todo él bajo la absurda metempsícosis de una digestión cien veces culpable y mil veces feliz...

Charlamos... El humo de los cigarrillos formaba en el ambiente flotadoras muselinas de nieblas Verlainianas... Rozamientos de cristales trémulos, armonías truncas de copofonos arrancadas por manos inexpertas, llegaban á nosotros en des-

MIS ENSUEÑOS

Para Amado Nervo.

Mi huerto es una penumbra eterna
Donde florecen, lentas y frías —
Cual en el borde de una cisterna,
Pátina y musgo — mis nostalgías.

Muere la tarde callada y tierna;
Y en tanto me hablan sus lejanías,
Miro en mi huerto: penumbra eterna,
Cómo se esfuman las ansias mías.

Sueños, ideales, dicha remota:
Vuestro impalpable perfume flota
Todas las tardes en torno mío...

Pero en invierno se hacen las noches
Foscas y amargas como reproches,
Y mis ensueños mueren de frío!

PÉREZ Y CURIS.

florecimientos etéreos, en tanto la voz de mando del *Empereur* de nuestros cafés-conciertos repercutía hasta más allá de las últimas mesas, meilflua y pregonante...

Fué una velada feliz. Esa noche hablamos de Literatura, de Arte, de Gloria... Los viejos Maestros desfilaron precedidos de sus caravanas salomónicas cargadas de preseas, de piedras preciosas, de tesoros magnificentes arrancados del país del Ensueño y á las riberas de Aqueron, bajo el ahullido de los lobos en acecho...

Desfilaron, también, en procesión fastuosa de Césares victoriosos, los nuevos orfebres, los exquistos los nebulosos los impalpable, toda esa pléyade brillante de artífices de hoy á quienes la Gloria ya sonríe como una novia esquiva y amante.

Y pasaron... pasaron... pasaron... En marcha hacia el templo resplandeciente de la belleza donde moran las siete Musas. Allí sus ofrendas eran mágicas. Cada artífice había depuesto parte de su alma y de su vida. El cenáculo admiraba aquella colaboración del Genio! El blanco mármol de Leconte; el jaspe maravillosamente polícromo de Gautier; la línea impecable de los estetas Griegos; la pompa oriental de los Parnasianos; el oro bruñido de Mistral; los blasones heráldicos de Heredia; los arabescos sutiles de Darío; las telas maravillosas de Samain; los símbolos cabalísticos de los impalpables... y más, mucho más todo un tesoro acumulado al través de quien sabe cuantos siglos por los magos y hechiceros de la palabra.

¡Oh, noche de evocaciones!.. En medio de aquel deslumbramiento de nombres gloriosos pronunciados por labios ungidos de fervor, el jóven cenáculo animábase como bajo el soplo potente de las alas de la Victoria. Y un poco de toda aquella Gloria parecía también llegar hasta él, templando corazones, robusteciendo energías, creando añoranzas y eusueños, en tanto que un pliegue de desaliento enarcaba los labios de algun escéptico precoz cuya fé flaquease ante el mañana...



Luís Martinez Marcos

Luego, esa noche, como tantas otras de feliz bohemia, pasó veloz y fugaz, dejando en nuestros corazones el claror vivificante de las almas gemelas que se compenetran, y en nuestra mente, el lampo luminoso de un recuerdo cuya evocación nos es grata rememorar.

Y fué después, en mi retiro, que gusté su obra. Mi espíritu permeable vibró en toda la psiquis de su sentir y gustó en todas las bellezas de su pensar, mientras mis pupilas ávidas, se intensificaban en el ultra violeta intenso de la tinta impresa. Espiritualmente aspiré esos "Heliotropos", que, como sus hermanas, las flores, también tienen mucho de enervante, de turbador, de carne voluptuosa, y violenta...

Durante esa lectura, en mi peregrinaje hacia el país azul de la Quimera, por senderos lilas y valles amenos, mi imaginación febriscente ha visto surgir esos amaneceres virgilianos en que los contornos se insinúan en el misterio de la media luz; se ha deslumbrado en la hora cálida de un meridiano estival, cuando el sol cae á plomo en una lluvia de metal ígneo ha soñado en la serenidad augusta de los crepúsculos de oro del Parthenon, y, ebria de nostalgias, ha vagado errante en las noches blancas del viejo Rhin, sugerentes bajo una luna de algodón, en medio de una nivosidad ilial en que todo es blanco... en que todo es nieve...

Y es que usted, sin la la ingenuidad infantil de los poetas pastoriles de la edad eglógica, sin el tono austero y solemne de los clásicos presuntuosos y lamidos, sin la imagen rimbombante de los Góngoras, sin el romanticismo espiritualizado de los Hugos y los Lamartines, sin el dolor descarnado de Alfredo Musset, sin el tósigo amargo de Baudelaire, sin la nebulosidad abstrusa y supersustancial de los simbolistas; lejos también, de moldes caducos, de retoricismos litúrgicos, de esa versificación justa, precisa, horizontalmente tirado á cordel. que aun sirve de clisé á los ungidos á preceptos, ha sabido imprimir á su obra mucho de la escena real y del vivir humano.

Luego, en la forma, en el decir, en el engarce fluido y armónico de esas estrofas mórbidas como muslos de mujer y candente como hálitos de Siroco, nada hay de los Maestros admirables cuya sugestión suele perdurar en la emancipación de un estilo, asi como en nuestras pupilas deslumbradas por la irrupción de un meteoro, perdura la irradiación de su luz, tiempo aún después de haberse ella eclipsado.

Y en cuanto á buen hablista usted lo es. A más de revelarse un poseedor afortunado de nuestra lengua, reune á ello el *cachet* exquisito del artista que da con la palabra justa y nece-

PASIONAL

Para Flor del Lacio

Yo no te quiero desdeñosa y fría
Como la muerte, destruyendo amores;
Quiero que en ti perdure la ardentía
De un rosal de oro reventando en flores.
¡ Quiero que llores !

Yo no te quiero mortalmente triste
Como las noches del invierno, lentas;
Te quiero alegre y sensitiva. ¡ Fuiste
Sensitiva y alegre y te lamentas!
¡ Quiero que sientas !

Yo no te quiero dolorosa y mustia
Cuando á tu seno, tímida, me llames;
Quiero que olvides tu febril angustia,
Que con tu amor mi corazón inflames.
¡ Quiero que ämes !

No! Yo no quiero que en tu casta boca
Beba otro labio su perfume, y ría;
Mía es tu gracia en carne que provoca
Amor de cóndor y pasión de arpía.
¡ Te quiero : *mía* !

Quiero que te conmueva la emotiva
Desolación de mi alma que maceras;
Y, cuando caiga mi tristeza altiva,
(Es mi tristeza la oblación que esperas)
¡ Quiero que mueras !

PÉREZ Y CURIS.

saria que ha de sugerir ampliamente la clara concepción de su idea. Y acaso este prurito en buena ley, haya llevado á usted á un cierto atrevido abuso de una fraseología exótica, al decir de ciertos paladares. Pero, teniendo presente la evolución de la Literatura en el decir, á través de las diversas etapas de la Humanidad, conforme á costumbres y á épocas, ¿acaso en el lenguaje no debe conservarse lo añejo aún lógicamente adaptable y á la vez enriquecerle con intercambios lengüisticos, con nuevos tonos, nuevos sonidos, nuevas modulaciones que le den flexibilidad, afinamiento, color y riqueza?... ¿Acaso el giro caprichoso en el vocablo no implica por si solo el lineamiento distintivo de una personalidad propia?... ¡Oh, si; seamos avaros y magníficos!.. ¡Vive Dios!... No cabalguemos el rucio lerdo de Sancho por la ruta estéril de un Toboso desolador!.. Dejemos esos escrúpulos de rancio estancamiento para aquellos que acuden á la Fuente Castalia con sólo la obsesión monomaniática de simples spormants pescadores de galicismos, arcaísmos ó modismos innovadores! Dejémoslo para aquellos cuyo mayor anhelo fuera regir á la Literatura por las reglas de un código único, absoluto, infalible; esto es: al pan, pan; al vino, vino; la simplicidad más comestible, más económica, de más fácil nutrición...



Pedro J. Naón

Y prosigamos con su obra. "Presentida", "Después de verla", "Helénica", "Camafeo", "Ojos pensativos", "Crepúsculo", 'La tarde", "Tus rubores", "Balada de Otoño", "Tarde de gris", son de aquellas composiciones que por lo feliz de la concepción, lo brillante de la imagen y el fúlgido colorido que de ella fluye, hacen intensamente codiciable ese bouquet exótico que, con principesca galanura. Usted nos brinda en "Heliotropos". Y tal, también podríamos manifestar de sus sonetos "Vargas Vila" "Rubén Darío" y "Gómez Carrillo", hermosos bajo-relieves tallados con primor y de una filigrana deliciosa y admirable.

Luego, junto á esos éxtasis de amor, á esas crepitaciones de la sangre joven que azuza al deseo, á esa plétora de juventud pujante, á esas cuitas amorosas, allá, en la estancia, *donde fingió la penumbra como un vuelo de pájaros negros,* y que, al través de la bruma gris del viejo Tiempo, la mente del poeta ha hecho revivir en estrofas emocionales palpitantes de vida, surgen los versos levantiscos que dicen de las miserias del arrabal y de la vida errante de los párias.

Y es que su obra es así: Un libro galante, pagano, con sonrisas de mujer y guiños de sátiro; un misal rojo que dice de pubertades viriles y de rebeldías indomitas: latigueante para los histriones y mercaderes;

henchido de piedad infinita para ese rebaño anónimo que aun sirve de engorde á los vampiros de la Libertad, llámense estos Czares ó *Filisteos.*

¡Oh, Musa de varón fuerte y de hembra estoica! Un vaho candente de tempestad, una bruma de borrasca que está muy lejos de ser la autumnal y vagarosa de los místicos y feministas, nimba esos versos que tienen ósculos de hermano é iracundias de Apocalipsis...

Y es que en estos himnos de guerra y de bonanza que cantan las liras de hierro de los poetas noveles, hay mucho de Cólera y de Piedad. Ellas evocan las jornadas donde la Esclavitud fué vencida, y predicen aquellas victorias que se vislumbran para un Futuro no lejano... Y evocan las violencias y las bienaventuranzas; todos los errores y todos los derechos; todas las ternuras y todos los castigos; por que la Libertad es así: buena, terrible implacable, generosa!

Y en esas estrofas bárbaras de esta Musa bélica y melancólica, cuánta sombra y cuánta luminosidad!... Ellas, como la prosa profética y libertaria de los Zola, de los Tolstoi, de los Mirbeau, de los Gorki, de los Anatole France, están preñadas de lágrimas y blasfemias... El corazón se oprime; el cerebro vé; el puño, crispado bajo el nervio de una impulsividad institiva, hiende el aire como el brazo vengativo de un gladiador que acomete y va á herir...

Y surgen ante nuestros ojos fascinados todos los vejámenes inauditos y todos los rencores inconcebibles. Ora es el rebaño de Germinal, que aulla bajo el hambre que lo roe, mientras su alarido inmenso vibra en el ambiente cósmico de la Revolución y repercute más allá de las ciudades minadas por el agio y por los truc; ora son los días turbulentos de la Convención en que ruge Dantón y brama Robespierre; ora el incendio de la Comuna lame con sus lenguas rojas el andamiaje endeble de un pusilánime despotismo; ora son los alaridos de las huestes nómades de la etapa, hostigadas bajo el knut de sus señores, vibrando en un retemblar de cascos galopantes y en marcha hacia el viejo Kremlin de los últimos Czares!...

Y pienso, ante el gesto pusilánime de algún retrógrado:

Todos los pueblos han tenido sus poetas épicos, los viriles intérpretes de la gratitud nacional. Las proezas legendarias de sus antepasados, las glorias rias homéricas de su emancipación, han sido cantados en rimas laudatorias hacía el Ven-

OLVIDO

Para Francisco Villaespesa

En el balcón las macetas
Están tristes todavía;
Florecerán las violetas
Cuando las rieguen inquietas
Manos de una virgen pía.

La glicina que se prende
A las barandillas rojas,
Gime, y agostarse tiende;
Y de sus ramas hoy pende
Un haz de anémicas hojas.

¡Cómo han quedado olvidadas
La glicina y las macetas
Tras las persianas cerradas!
¡Parece que están ligadas
Al alma de los poetas!

PÉREZ Y CURIS.

cedor. Hacerlo nuevamente sería rastrear un camino que fué fecundo en hora propicia; sería acaso desmerecer el remoto encanto de esos himnos que allá en los albores de nuestra niñez supieron engendrarnos la primer idea de Libertad, de una Independencia colectiva, local, con distingos de raza y orgullos de nacionalidad, luego, ¿por qué no ser los poetas de hoy más humanos y luchar por que esa Libertad sea aún más amplia y generosa, envolviendo á los hombres en un abrazo fraternal y único?... Puesto que en todas las edades la poesía se ha hermanado á la filosofía y á los anhelos de su tiempo ¿por qué no aceptar ahora esta nueva tendencia que al unísono de la evolución contemporánea dice de la emancipación del hombre-cosa y brega por un mañana más llevadero para la humanidad prediciéndola el bienestar común?...

Y pienso, nuevamente, ante el gesto pusilánime de algún retrógrado:

Los poetas cortesanos parecen haberse extinguido. Han pasado para siempre aquellos bardos de oropel, que entre bufones patizambos y cervices histrionisas, inclinaban su plectro ante testas coronadas de Calígulas y Nerones. Hasta casi á fines del siglo último, trovadores hispánicos endilgaban sus trovas á príncipes consortes y altezas merovingias. Uua visita real, la boda de un archiduque, el advenimiento de un nuevo infante, eran precedidos de una declamatoria rimbombástica de carácter contagioso... Toda una irrupción de epitalamios, de sonetos, de odas más ó menos hueras, caían como plaga egipciana sobre revistas y periódicos. Y ante aquella vegetación fofa de hongos palaciegos, las Musas lloraban el sacrificio y el rostro alelado de los Dioses teñíase de rubor...

EDUARDO FERREIRA

Felizmente, en los tiempos que corren, ellos ya no reciben con aplausos y víctores esos eslabones de su propia Esclavitud, legado funesto de vetustos señoríos feudales creados por el hombre en pró de su ignominia... Hoy ya nadie canta á los Czares. Estos yacen allá, en el cautiverio de sus jaulas de oro, entre un ambiente artificioso y efectista de bambolinas y bastidores de gran comedia, en tanto las cloróticas princesas, aguardan impávidas al incógnito desposado que le depare el azar de la política ó las altas conveniencias del trono, desvirtuando así la clásica leyenda que dice de la sublime ceguera luminosa del travieso Cupido.

¡Oh, los nuevos caballeros de la lid, sin miedo en el corazón y con una espada que es antorcha!

En las vicisitudes de su Calvario, en los dramas íntimos de

su existencia, hoy el Poeta ha sabido ser orgulloso... Él son, ríe á la Vida, y sabe retar, también sonriendo, al fantasma pálido de la Muerte. Y ahora son más sinceros, y más humanos, y más prácticos... La Naturaleza y la Mujer son su Norte; la fuente inagotable de toda Belleza y Sabiduría, alli donde sacian toda la sed de sus almas ávidas y lumíneas. Sus mejores ofrendas son para los Dioses y para sus hermanos de ideales, para aquellos que empuñan cetro y ciñen diadema, aunque á veces calcen botinas rotas... Y también son más amantes. Y las más raras flores de su invernáculo interior son para la estoica compañera que con él comparte las miserias de su buhardilla y los esplendores de sus éxitos. Y son para ella sus más exquisitos madrigales; para ella que le brinda con la púrpura de sus labios el beso del Placer y que le abre su corazón, para que él arranque, todo, todo el acíbar y todas las dulzuras, que luego, mañana, él inmortalizará en rimas de rubíes, de esmeraldas y de zafiros...

. . . .

Y pienso, sinceramente: ¡Oh, tú, Poeta amigo, sé con ellos y marcha hacia la lid. El combate será encarnizado pero la Victoria es inmensa!... Mírala!... ELLA sonríe... Todo su cuerpo, como una sierpe de tentación, ondula y atrae. A su boca, ánfora de delicias, mil besos fluyen. Allá en la negrura de sus ojos ha soles infinitos. Solo su cabellera sería un sudario mil veces más codiciable que la mortaja de oro del más grande Emperador... Mírala!... A su alrededor hay espinas y ahondonadas y precipicios... Pero, ELLA sonríe... ¿qué, no la ves?... Un paso... otro... otro... ELLA sólo sabrá entregarse á los fuertes y temerarios, y tú, oh poeta, como ellos también lo eres!

JUAN PICÓN OLAONDO.

En Montevideo, Abril de 1907.

EL PESIMISMO

Para Moreno Alba.

Surcando el proceloso mar de la vida
Va mi bajel errátil bajo la bruma,
Y el palor de la tarde gris que se esfuma
A lo lejos, evoca mi fe perdida.

El pesimismo eterno jamás me olvida
Y es una flor amarga como la espuma;
El infortunio es acre virtud que abruma
Mi corazón sangriento cual una herida.

Y el huracán que, airado, ruge y golpea
Los mástiles endebles, se me figura
Un mórfex sanguinario que mata y crea

Como la boca enorme de todo abismo,
Que absorviéndonos crea gracia y ventura
Mientras ahoga al monstruo del pesimismo

PÉREZ Y CURIS.



Tríptico de las tentaciones

PRIMERA TENTACIÓN

EN LA RIBERA

Sí, recuerdo el naufragio y en la playa
seco mi ropa, como el gran Latino;
y que la nave que sin mástil vino
lista otra vez para zarpar se vaya;

yo no, que hundí tras la movible valla
del mar, mi fe, mi amor y mi destino...
Déjame este crepúsculo divino
en que mi vida, como el sol, desmaya.

Mas resurgen en mí las tentaciones,
cuando tú en la penumbra te perfilas,
de encararme á borrascas y aquilones;
y, volviendo á mis horas intranquilas,
perder mi último barco de ilusiones
en el abismo azul de tus pupilas.

SEGUNDA TENTACIÓN

EN LA CIMA

Blonda de nieve y de sol, como lejana
cima, al fin de un paisaje de leyenda;
blonda de luz y nieve, de estupenda
blancura de celaje en la mañana;

blonda de mármol y oro, de pagana
y ritual actitud—¡Venus tremenda!—
blonda de leche y miel, como una ofrenda
pastoril, de bucólica romana.

Y bien; desciñe del pudor la venda,
blonda ideal, que la pasión te encienda
y que un beso de amor dulce y sonoro,
bajo la boca audaz que te profana,
el rubor y el placer fundan en grana!
nieves, mármoles, sol, nubes y oro!

TERCERA TENTACIÓN

EN EL JARDIN IDEAL

Viniste á mí, cuando por vez primera
salía del dolor que hirió mi pecho,
como sale un doliente de su lecho
por ver en el jardín la Primavera

y morir... Y llegaste; y lisonjera
una voz gritó en mí: Dime, ¿qué has hecho
de tu caudal de amor? ¿Con qué derecho
quieres matar tu fe? ¡Vive y espera!

Y aquí estoy, en la banca ensombrecida,
como un convaleciente que reposa,
leyendo el triste libro de la vida;
mientras que corres tú, gentil y airosa,
tras un sueño de amor entretenida
como un niño tras una mariposa.

LUIS G. URBINA.





Mirada encarnada

Ella es la única raza de mujer que yo no consigo desnudar. Yo no puedo, aquello no dice nada de lo de abajo á mi imaginación ardiente. Esta imaginación queda estéril, helada, no ha *existido jamás, no me ha degradado. Ella* no tiene, para mí, órganos sexuales. Yo no los sueño, me sería imposible soñar en ellos, me atormentaría en vano. Ella es toda *Mirada,* una mirada encarnada, oprimida en una forma diáfana, y escurriéndose por los ojos.

JULIO LAFORGUE.



JULIO HERRERA Y REISSIG

Métamorphose

Je rêve á Pan, dieu de lumière, éblouissant l'heure première desastres tombés de ses mains.

Le rêve meurt. Il est matin.

Le jour entre les feuilles du bois ouvre ses fleurs de cristal clair. Doux fruit doré le soleil naît d'une fleur d'air entre les branches.

Et deux bergers, Tircis et moi, d'un arbre à l'autre se renvoient — une orange.

PAUL FORT.



El baño

De "LOS ÉXTASIS DE LAS MONTAÑAS"



Entre sauces que velan una anciana casuca
Donde se desvistieran, devorando la risa,
Hacia el lago Pholoe, Sapho y Ceres de prisa
Se adelantan en medio de la tarde caduca.
Atreve un pie Pholoe; bautízase la nuca
Y ante el espejo de ámbar, arróbase indecisa;
Meneando el talle Sapho, respinga su camisa
Y corre mientras Ceres, gatea y se acurruca.
Después de agrias posturas y esperezos felinos,
Gimiendo un ¡ay! glorioso, se abrazan á las ondas
Que críspanse con lúbricos espasmos masculinos...
Mientras ante el misterio de sus gracias redondas,
Loth, Phebo y David, púdicos, tanto como ladinos,
Las contemplan y pálidas huyen entre las frondas.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

La sangre

(PANTOMIMA)

Para la señorita Emilia de Marchena,
en Santo Domingo de Guzmán.

DRAMATIS PERSONAE: **Rosalinda — Lovelace — Pierrot — Labradores.**

Desde el cielo occiduo el sol derrama sobre la campiña ondas de oro y bermellón; la brisa canta en los campos recién segados.

La granja celebra la fiesta de la vendimia. Uncida al arado, coronadas de rosas las astas, una yunta de bueyes, en la linde de la era copia en sus pupilas la serenidad del paisaje.

En el centro del patio se yergue una fuente: Dionysos joven que vierte un ánfora y un cuerno en el seno de la taza: vino blanco y rojo. Gavillas áureas, racimos ópimos, frutos de todas especies, turíbulos que perfuman el aire con sus mieles.

En las femeniles cabezas rubias, sangran las amapolas; en las cabelleras negras nievan las flores del manzano. Mozos y mozas forman un círculo en torno de Rosalinda y Lovelace. El es un gallardo mancebo, viril; ella es la primavera; los lirios silvestres le han tejido un traje con su lino fragante.

Suenan las voces de pífanos y tamboriles: las notas imitan el rocío que riega las campañas en la noche, á la luz de las estrellas.

La danza comienza. Las manos varoniles repiten las figuras que baila Lovelace; las femeniles, las de Rosalinda.

LOVELACE — Anuncia la salida del sol, los corceles del carro piafan; la tierra despierta, los gallos cantan. El labrador unce los bueyes.

ROSALINDA — La zagala ordeña la vaca; la cálida leche cae cantando en el cántaro y la ofrece como un don de su propio cuerpo hermoso.

LOVELACE — El labrador apura en el borde del cántaro, lo devuelve risueño y con el revés de la diestra borra el bozo de blanca espuma que el líquido pintó en sus labios. Se encamina á la era.

ROSALINDA — Le envía un beso en la punta de los dedos.

LOVELACE — El arador guía la yunta, la reja rompe las entrañas de la tierra. El sembrador arroja la simiente, germina, surge la planta, crece.

ROSALINDA — Las yemas estallan, los capullos se abren, los árboles se cubren de flores; fructifican, y los frutos heridos de los dardos solares se parten como frescas bocas que ríen.

(Las voces de pífanos y tamboriles remedan el susurro de la brisa entre las cañas.)

ROSALINDA — Al ritmo de la canción de la segadora la hoz brilla, las espigas se inclinan.

LOVELACE — La mano del segador, oculta en las mieses, acaricia una pantorrilla.

ROSALINDA — La diestra de la segadora pega y amapola la mejilla del audaz.

LOVELACE — El segador con rabia aprieta los haces.

ROSALINDA — Liberta los árboles agobiados de frutos; corta los racimos de uvas; aparta

los pámpanos; un pájaro sorprendido vuela.

Lovelace — Cansado el labrador sigue á los bueyes; el sol muere.

Rosalinda — Graciosa la labradora, porta un cesto colmado.

(Los mozos y mozas, acordan las voces en una guirnalda y entonan un himno á Dionysos.)

Rosalinda — Abre los brazos con un gesto de amor; en la boca encendida, un áureo grano de uva.

Lovelace — Avanza y muerde el grano y los labios. Cierra los ojos, palpita embriagado por las dulzuras del fruto y del beso.

(El círculo se rompe. Un gañán lacertoso arrebata una muchacha, suave carga que conduce á la fuente; sus anchas manos ponen grillos á los breves pies, la inclina sobre la taza, donde bulle el vino. La muchacha se agita, grita, ríe y sorbe el divino zumo. El gañán la suelta y cuando erige su linda figura, se esponja, sacude la testa risueña y riega gotas que cintilan como amatistas y se deslizan por la piel cosquillando los vírgenes pezones. La alegría estalla. Otra muchacha á la fuente, otra, otra, y todas.)

Una zagala — Ahora Pierrot. (Pierrot, olvidado, solo, triste en un rincón, envuelto en su amplio traje blanco á rayas rojas, el espantapájaros de la huerta, se estremece miedoso. Sus ojos devoran á Rosalinda.

Todos — Sí, sí, Pierrot á la fuente. (Dos mozos lo alzan en vilo, lo sumergen, patalea, pero traga vino. Un coro de risas acoge su rostro empapado.)

Otra zagala — ¡Que baile Pierrot!

Todos — Sí, sí, que baile con Rosalinda. (El círculo se forma. Las notas de pífanos y tamborilen imitan el rocío que riega las campañas á la luz de las estrellas. Pierrot contempla alejado á Rosalinda, feliz en su desgracia. Baila, es un muñeco de madera tirado de un cordelillo. Las risas corean, los aplausos ahogan las voces de los instrumentos: el vino canta en las bocas.)

Pierrot — Ansioso, avanza ¡qué dicha! Gustará la uva y los labios.

Rosalinda — Rápida muerde el grano y envía el beso en la punta de los dedos á Lovelace.

Pierrot — Se detiene extático; la diestra contraída desgarra el pecho; le duele el corazón. El brazo se tiende con un ritmo de gracia exquisita; se dijera que ofrenda una rosa, clava un puñal en el seno de la bella cruel.

Rosalinda — Vacila. Un chorro ardiente brota enrojeciendo el lino fragante de los lirios. Se abate: tal una estatua fulminada por un rayo.

Pierrot — Cae, y su cuerpo contra el pavimento produce un ruido de huesos desvencijados.

(El olor de la sangre emerge, inciensa, colma el patio en silencio con la fuerza de una palabra elocuente. Los bronces de una iglesia lejana entonan el *Angelus,* las alas de la plegaria se extienden por cima de todas las cabezas.)

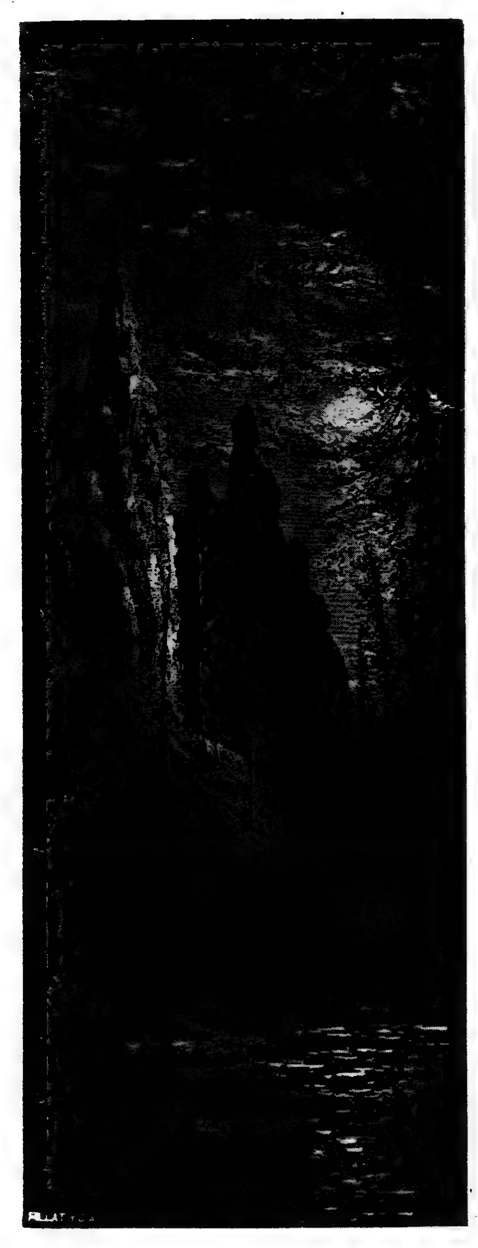
Una vieja — De hinojos, los brazos en cruz, con gesto que surge de sus entrañas maternales y lacera las carnes pavoridas: ¡misericordia, misericordia, Señor, ten piedad de nosotros!

Un joven *(inclinándose hacia Rosalinda).* — ¡Dios mío, por qué muere, siendo tan bella!

Pierrot. — Sumergido en la sangre, que asciende, asciende siempre; se oprime el rostro entre las manos; ríe, llora. Se contrae: la amaba, la maté. Se yergue impetuoso y en un grito salvaje promulga su derecho al Amor.

Tulio M. Cestero.

1907



Esdrújulos

A Blanca

Es la hora del crepúsculo,
momento solemne y lánguido...
parece oir las eólicas
arpas de los himnos clásicos
vibrar con rumor insólito
sus más armoniosos cánticos.
Pronto, pronto, el astro fúlgido
dará fin al diurno tránsito,
traspondrá las altas cúspides
en un cielo rojo y áureo
é irá á recibir las férvidas
plegarias de los asiáticos.

. . . .

En medio de ese crepúsculo
¿no veis algo de enigmático?
¿no sentís nada de irónico?
¿no sentís algo sarcástico
que nos punza hasta la médula
en nuestro orgullo satánico?

. . . .

Cuando la noche en la atmósfera
lanza sus glaciales hálitos,
el corazón pusilánime
siente misterioso pánico,
cual si los ecos fatídicos
entre los montes impávidos
trajeran aislados términos
de los himnos y los cánticos
que al Sol ofrendan en séquito
mil espíritus fantásticos.
« Oh! los pigmeos terrícolas,
microbios del ser terráqueo,
sin nuestra esencia vivífica
¿ qué fuerais ?
¡ Y desde párvulos
vuestra sapiencia escolástica
os infla el altivo cráneo
con la pretensión estúpida
de ser los supremos árbitros
de la gran familia cósmica
do el sol es padre magnánimo!
Dejad vuestro orgullo típico
pensad un instante rápido
en lo que enciende la fúlgida
luz solar viviente, que ávidos
aspiran seres innúmeros
del Universo en los ámbitos ! »

. . . .

F. Carbonell.

Los diamantes

Épocas hubo de magna excelsitud para tu estirpe, ¡oh diamante de facetas prodigiosas, de transparencias inauditas, de claridades temblorosas! Tiempos hubo en que la imaginación de los humanos hizo florecer el milagro sobre tu intacta solidez de carbono, y difundió la quimera de un hechizo benéfico en tu prestigio de mineral cristalizado, ¡oh diamante que tienes por cuna el aluvión y que tuviste por sepulcro, en olimpiadas extintas, la suavidad perfumada de los estuches imperiales!

Poseíante los nobles y dignos de la tierra; brillabas tan solo en la corona de Francia: rutilabas tan solo en el pecho de Catalina de Rusia; espejeabas tan solo en el anillo de Mattan; ardías tan solo sobre la testa coronada del Gran Mongol: eras aristocrático, eras noble!

Sobre los bucles ondulantes, en la cabeza erguida de las princesas y de las emperatrices, tu caricia de fulgor magnificaba los mohínes del orgullo y sublimaba los melindres de la coquetería.

Las manos sonrosadas, sabedoras de tu encanto, los senos turbadores, conocedores de tu beso fantástico, las frentes soberanas donde trémulas tus aguas centellearon, nacidos fueron en las más altas cumbres de la grandeza humana, en épocas remotas de la historia, cuando el denuedo era proeza y el genio inmortalidad.

***

Diamante! cristal que te electrizas al contacto, que fulguras bajo el sol y requieres para tu belleza la constancia de tu propio polvo; diamante del Africa y la India que ni te fundes, ni te disuelves, ni te volatilizas; diamante de los Reyes y los Emperadores! tu prestigio ha decaído; eres una piedra vulgar!

El sastre de mi calle y el zapatero de la esquina; el usurero de enfrente y el quincallero de al voltear, todos conocen la diáfana riqueza de tu brillo.

La moda te envilece al reclamarte para los dedos de la novia semibárbara que tiene la cutis africana y el cabello rebelde.

Tú que supiste de las orejas finas y cuasi transparentes de las infantas reales, prostituyes la gloria de tus antepasados en los aretes que habrán de hacer más ridículo el lóbulo carnudo de la india primitiva.

Tú que resplandecías en el anular de Carlos V, luces hoy en el dedo de los saltimbanquis y eres presilla valiosa en la pechera de los banderilleros.

El comerciante hecho rico por el ardid de una quiebra, y el general de alfeñique que despojó al contrario en la oportunidad de una victoria, todos te colocan como gemelo de sus anillos nupciales, todos te arrancan del rondo de los estuches para engalanar las muñecas de sus mujeres y las gargantas de sus hijas.

Y, sin embargo de todas esas profanaciones de tu estirpe nobilísima, hubo un tiempo en que sobre los bucles ondulantes, en la cabeza erguida de las princesas y de las emperatrices, tu caricia de fulgor magnificó los mohínes del orgullo y los melindres de la coquetería.

Moreno Alba.

1907.

¡Es tan fugaz la vida!

Para María C. González,
Cariñosamente.

¿Mi porvenir? ¡Oh! vana preocupación! ¡Es tan fugaz la vida; tan contados son los años que vivimos con plena conciencia de nuestras voliciones, que pensar en el porvenir es grave locura! Yo, ni siquiera incidentalmente he querido pensar en esa hidra monstruosa. Mi cerebro se hubiera visto poblado por preocupaciones harto dolorosas... ¡El porvenir! ¡El porvenir! Una fuerza de holganza futura; una reserva de privaciones para gozar en la vejez de placeres y emociones que no pudieron ser en la juventud, cuando hubo en el cerebro una ensoñación y en el alma frescura y atrevimiento! No: el porvenir me espanta; quiero vivir y soñar, sobre todo soñar... Mientras sueñe con locuras viviré intensamente la vida. Y yo quiero vivir, olvidarme de toda preocupación proterva, de todo humano odio, de todas las miserias y dolores que, precisamente, van sembrando esos buscadores de porvenir. ¡Qué hermoso es olvidar el egoismo del alma colectiva, su afan de dinero y espectabilidad, para entregarse de lleno al deleitoso gustar de la vida vista á través de las risueñas ensoñaciones del espíritu y, sólo por necesidad, rendir tributo al mandato imperioso del estómago, robando al ensueño las horas necesarias para ganar el pan de cada día! Luego..., después..., siempre..., soñar junto á cualquier manifestación de la naturaleza ubérrima y generosa. Animar con el panteísmo del alma todos sus colores, todos sus secretos, y todos sus perfumes y vivir identificado con ellos. En la salvaje roquedad, guarida de animalejos que saben de la alegría despanzurrándose al sol; en el risco peligroso donde las cabras hacen proezas de estabilidad; en la ola que salmodia un himno de prepotencia; en el lago sereno y cristalino que resguardan fantásticos peñascales; en la abrupta serranía donde construyen sus nidos las aves de rapiña, en el valle oculto donde trisca una majada ó se levanta la silueta de una choza solitaria; en la vasta pradera verdegueante que solo limita el firmamento; en las flores, en las nubes que pasan y mismo en el yermo donde la vida intensa del sol ó de la nieve ha matado todo germen de vida de la tierra; en todos los sitios y lugares, encontrar un motivo para ensoñar, para bañar el espíritu en ese lirismo incomprensible para aquellas almas volubles que beben en el cáliz de la esclavitud cotidiana, el tóxico laxante del utilitarismo. Saber que con el ensueño no se obtiene una utilidad *práctica,* pero vivir y gozar de la vida. Si en medio de las ensoñaciones se añoran unos labios, una sonrisa, una palabra cariñosa de mujer, la juventud es talismán mágico y, á su voz, no falta quien se preste á brindar en la soledad la ternura de sus caricias, polarizando en el cerebro una exigencia carnal. Vivir unos instantes á su lado el misterio femenino; reir al borde de una fuente, bajo la mirada pestañante de una estrella, entre el perfume de las flores y el parloteo sutil é insinuante de la brisa que sabe de la alegría del vivir. Luego tornar á errabundear por apartados donde el alma pueda dialogar libremente con el alma del

misterio y del enigma. Si ensoñada una mujer no se hallare en el camino, resta el mar que tiene el delicioso perfume de las carnes femeniles; el río que canta; los pájaros que trinan y revolotean; la vida que farfulla al oído todas sus bellezas y todas sus glorias.

Que el *mañana* no preocupe ni se busque. El vivir en un prolongado ensueño sea el más intenso deseo. Y cuando enfermo, achacoso y sin recursos, el invierno de la vida impida vagabundear por apartados silentes, esforzarse por ensoñar aun. También en la nieve de la edad senil hay paisajes y alegrías. Matar con el ensueño todas las hondas cavilaciones dolorosas y, ensoñando, morir con la alegría del vivir, sobre pétalos de rosas frescas, empapado en una postrera ilusión.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

Mayo, 1907.

A Cervantes

Porque fueron humanas tus creaciones
Es que siguen cruzando siempre errantes:
Del manchego, los restos arrogantes
Y de Sancho, las cuerdas reflexiones.

¡ Dualismo incomparable! Las ficciones
Del pobre soñador, serán como antes
Mirajes del ideal, mientras triunfantes
Saldrán, del escudero, las razones.

Y así siempre ha de ser, pues mientras dure
Un destello de Venus Citerea
Y el brillante color del sol, perdure
Y la razón en los cerebros brote:
Sancho se ha de reir, viendo á Quijote
Soñando con su eterna Dulcinea!

ISMAEL CORTINAS.

Montevideo, Enero de 1907.

A unos ojo

Ojos llenos de luz, ojos soñados
ojos de esfinge, impávidos y fríos;
ojos traviesos que al herir son píos
y que los celos tornan acerados.

Tristes ojos en llanto desolados
que son Inviernos y à la vez Estíos;
que saben de galantes desafíos;
en éxtasis de amor ojos nimbados.

En éxtasis de amor ojos nimbados,
son tus ojos de luz, ojos amados!

JUAN PICÓN OLAONDO.

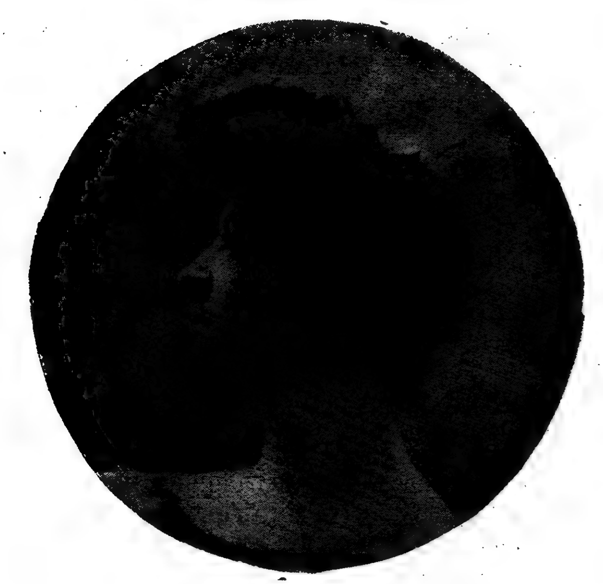
 

Tulio M. Cestero

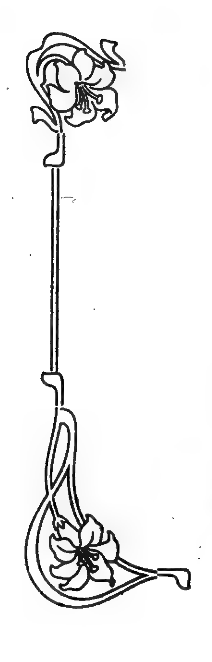
Este excelente prosador dominicano cuyo retrato publicamos en otra página del presente número, nos envía desde Paris su pantomima «La sangre», (inédita), que forma parte de su próximo libro «Citerea» que edita la casa Rodríguez Serra de Madrid en su Biblioteca Mignon. Nos obsequia también con una fotografía en que aparecen el conocido escritor Manuel Ugarte y él, en Paris. La publicaremos en el próximo número de Agosto como asimismo el último retrato del obsequiante.

Todos estos valiosos envíos que nos hacen escritores consagrados, tanto de la América Latina como de la España moderna, demuestran de una manera evidente que APOLO se impone.

N. de la R.



Mme. Catulle Mendés



Pierreries

Au jade, à la turquoise, aux nuancés lapis,
A l'émeraude, á l'hyacinte, á la topaze,
Aux béry's, au plus bleu diamant du Caucase,
Aux opales en pleurs sous leur voile d'Isis,

Aux rubis faits avec le sang clair d'Adonis,
A l'œil de l'escarboucle ou de la chrysoprase
Dont sont ornés les dieux de silence et d'extaxe,
A la perle marine égale aux fleurs du lis,

A l'or tors ouvragé par la main d'un artiste
Pour enchasser le sardonyx ou l'amethiste,
Même à l'eau du saphir préconisant l'amour,

Je préfère, decolorés de mille sortes,
Suspendus à mes doigts et transpercés de jour,
Le colliers anciens qui plurent à des mortes.

Mme. Catulle Mendés.

La canción del paria

(De un libro en preparación)

Al poeta Angel Falco

Yo soy un legionario de las turbas hambrientas,
Yo voy vagando siempre, cansado y sin hogar;
Yo voy dejando trozos de mis carnes sangrientas
En las montañas, donde yo subo á blasfemar.

Yo soy un paria errante. En mi gran fiebre quiero
Buscar las libertades, soñando un Sinaí;
Mas, tengo por guarida, el Universo entero,
Y el Universo es chico para guardarme á mí!

Yo quiero herir al monstruo del mundo, con mi lanza;
Dejar hecho ruinas donde yo plante el pié;
Yo tengo mucha hambre de amor y de venganza,
Y sufro... y me revuelco... ¡pero llorar no sé!

Yo sueño las derrotas de todas las edades;
Yo clamo por las almas vencidas y sin luz;
Y las miserias todas, de las humanidades,
Las llevo en mis espaldas, como una inmensa cruz!

El látigo del Déspota, en su bárbaro anhelo,
Jamás hizo á mi rostro teñirlo do arrebol;
¡Y yo no tengo frente para bajarla al suelo,
Porque mi frente se hizo para llegar al Sol!

Mi voz nadie la acalla. Mi voz en las cuchillas
Y en llanos, tiene el eco de un lírico huracán.
¡Y el pan, yo no lo imploro hincando las rodillas,
Pues hombre soy, tan hombre como el que tiene pan!

Desprecio las riquezas, las pompas, los laureles;
Es todo fango y sangre, orgullo y vanidad
De los cerebros muertos. ¡Yo quiero los corceles
Y la carroza roja do va la Libertad!

Y siempre voy vagando. Y si algún día siente
Mi espíritu, apagarse la fe que le alumbró:
¡Sabré morir de angustias, mas sin doblar la frente!
¡Sabré matar mi alma, pero arrastarla, ¡nó!

Abril 1907. OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

Página artística

Estudio académico *por D. Bazzurro*



He aquí un fruto de un artista novel y de talento. Domingo Bazzurro pertenece á ese grupo joven de cultores del Arte que en nuestro país vislumbran un horizonte bien despejado ya. La presente página es la reproducción de uno de sus estudios á pluma en que se entrevé, junto á la armonía de las líneas, el delicado sentimiento de su alma de artista.

Algo que fué

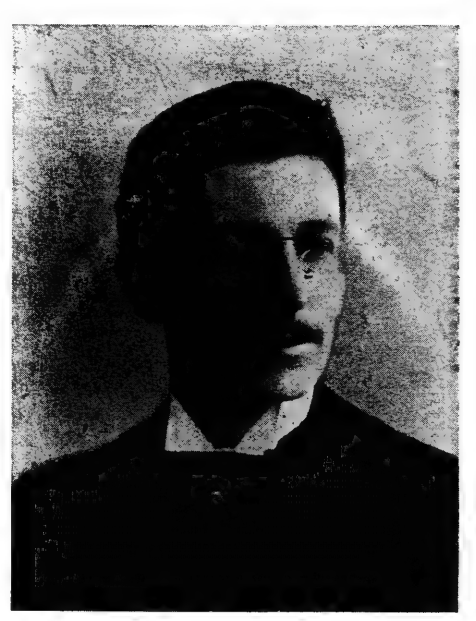
Mi amigo Tito, como cariñosamente lo llamaban sus bondadosas hermanas, faltando á su palabra, me dejó sin su compañía aquella tarde.

Resuelto me dirigí á pasar unas horas por los vastos campos de los alrededores, tomando rumbo al cercano mar. El aire demasiado fresco azotaba mi cuerpo, entumeciendo mis miembros. Levanté el cuello del sobretodo, metí las manos en los bolsillos y avancé. A cierta distancia distinguía grupos de jóvenes que paseaban en parejas, guardando prudencial distancia á fin de poner sus conversaciones á recato de las parejas vecinas. Y cruzaban... Yo meditando observaba la felicidad que embargaba á esas almas, mientras la mía, triste, muy triste, dejaba caer su llanto asi como los árboles dejan caer sus hojas, que en épocas primaverales habían sido su orgullo como el de mi alma fueron también esos vulgares coloquios, que solo alegran las épocas primeras, cayendo despues, como las hojas..

Vulgares, vulgares... Todo es mentira, todo... El gesto de interés, de dulzura; las frases aprendidas en las novelas de un romanticismo rancio, todo es mentira...

Y pensaba... De pronto mis ojos descubriendo una silueta conocida, desviaron el rumbo de mis ideas. Alta, casi obesa, haciendo crujir la seda de su traje y ostentando un sombrero con grandes plumas, Emma me saludó... Me descubrí á su paso.

Un recuerdo acudió á mi memoria: Anita, mi coqueta vecina, habíame observado que rebajaba mi persona al descu brirme ante Emma. ¡Emma! No, Emma es una mujer á quien yo aun aprecio. ¡La infancia! oh! edad que no vuelve, cantico que no arrullará más nuestros oídos, brisa perfumada que al besar nuestros rostros dejó impreso en los recuerdos la tibieza de una caricia! ¡La infancia! es tan dulce su recuerdo, su epopeya me hace tan feliz, que Emma, de mis infantiles amiguitos, es para mi lo más sublime, lo más encantador de ese recuerdo. ¡Cuántas veces abrazados por el cuello, riéndonos de todo, corrimos tras las



José Enrique Rodó

chivas y los pollitos en los campos cercanos á nuestras casas, gozando de la aflición de las gallinas que amenazaban atacarnos para defender á sus pequeñuelos! Oh! cuántas veces no tirábamos abrazados en el cesped, rendidos después de una de esas largas correrías provocadas por algun vecino que nuestras bromas habían sulfurado! Después, nuestras idas y vueltas á la escuela, siempre alegres, siempre felices!... Y ahora, porque ha hecho de su amor una mercancía; porque fué arrastrada por la miseria hacia la prostitución, ¿debo odiarla? No, no puede se La quiero más... mucho más que antes! Anita que vive rodeada de comodidades, que tiene á su alcance todo lo que anhela, que sus menores caprichos pueden ser satisfechos, ignora lo infame que es la miseria! No, el a no sabe de los dias sin pan, de las noches sin abrigo; no, no lo sabe. Sus mismos hermanos con el oro que poseen, cuántas Emmas no habrán seducido! Yo, al saludarla, al quererla en su desgracia. soy el mismo. No se ajiganta mi estatura, ni disminuye mi valor moral. Debiera no saludar á ninguna si dejara de saludar á Ema. A ninguna! Ni siquiera á Anita... Todas son unas prostitutas; del sentimiento, unas; del cuerpo, otras....

Una mano se posó sobre mi hombro. Volví en mí. Era Tito que, habiendo llegado á su casa momentos después de mi salida, logró alcanzarme.

—¿Qué piensas? — me preguntó.

—Pienso, pienso... que el invierno es triste como mi vida, porque mi vida es un invierno ausente de sol, de felicidad...

Marcos Froment.

Junio, 1907.



En secreto

Cuando en el alba, las aves
mezclan sus gorjeos suaves
del bosque con los rumores;
ahogando mis cuitas graves,
yo le confío á las aves
mis amores...

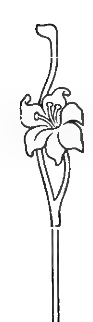
En las tardes, cuando el viento
con giro armónico y lento
roba su aroma á las flores;
fijo en tí mi pensamiento,
mi pecho confía al viento
sus amores...

Cuando en la noche, la luna
en la dormida laguna
riela sus limpios fulgores;
pensando en mi cruel fortuna,
yo le confío á la luna
mis amores...

Mas, si á tu lado, bien mío,
en tus ojos me extasío
sintiendo locos ardores;
de ansia y de gozo desmayo,
y me callo...
sin confiarte mis amores.

Santiago de Chile.

Alberto Mauret Caamaño.



Es el Ocaso

Es el Ocaso amada, y es hora de añoranza,
Cuando el alma del mundo se postra en oración,
Y lo suprasensible, gloriosamente alcanza
Hecho un ala el espíritu en la ingente ascensión!

¡Yo asordé mis deseos, de Ulises á la usanza,
Para que no escuchasen tu solicitación!
¡Y aún tú me esclavizas y ya sin esperanza,
Mueve irredenta mi alma, las ruedas de Ixión!

¡Es el Ocaso amada, cuando gimen los bronces,
Mis huérfanos amores sollozan como entonces,
En el Angelus místico su misa de Requiem.

Y aún en la campana, gigante de mi pena,
Hecho un badajo enorme, mi corazón resuena,
Con nostalgia infinita, clamando Ven... Ven... Ven..!

Yo me cegué los ojos...!



Podrá la Infamia herirme, mas, alta la cabeza,
Yo he de seguir cantando mi credo que es de Bien,
Envolviendo en mis alas de luz y de grandeza,
A todo lo que es noble y á lo que es vil también!

Al dialogar insomne con la Naturaleza,
Ella me habló de arcanos; ella me dijo, ven!
Alza la frente augusta, que ensombra la tristeza,
¡El astro da sus rayos y nunca mira á quién!

Y es así que en la sangre de mi canción suicida,
Voy fecundando el yermo silente de la Vida,
Soberbio con la augusta magestad de mi rol,

Pues con mis propias alas como el ángel de un día,
¡Yo me cegué los ojos, en tanto que ascendía!
¡Yo me cegué los ojos... y amanecí en el Sol!

Angel Falco.

REMIGIO ROMERO LEÓN



Con motivo de "Heliotropos"

Párrafos de una carta que el Dr. Remigio Romero León, distinguida personalidad del foro ecuatoriano, ha dirigido al director de Apolo:

. . . .

«La injusta crítica, de ciertos envidiosos, hecha al libro "Heliotropos", me ha dado ocasión para escribir la estrofa que le envío en la postal adjunta. Acéptela Vd. como un testimonio de cordialidad y afecto, y como una prueba de la sinceridad con que aplaudo la labor literaria de Vd.». . . . .

Cuenca, (Ecuador) Abril 22 de 1907.

Sinceridades

(DIARIO DE UN HOMBRE)

Gérmenes

Día 25. — Esta tarde, hurgando en mi biblioteca, saqué, de entre un montón de volúmenes ya aviejados por el uso, la novela "Gérmenes", de Enrique Crosa, el buen escritor de alma de artista, que ahora, en la lucha honrosa por la vida, ha cambiado su pluma de literato por el buril de grabador, montando un taller del género, del que es inspiración y brazo.

Hace ya cinco años que Crosa editó su libro "Gérmenes", á mí dedicado, según él, en muestra de admiración y compañerismo; cinco años, y todo ese tiempo no ha podido borrar de mi mente la impresión de protesta que me produjo el silencio en que apareció y quedó esa obra, apenas saludada por el acuse de recibo de algunos diarios, en la forma vaga y rutinaria que se escriben esos sueltos, que, como la hoja en que aparecen, tienen la vida efímera de unas cuantas horas. Esta tarde, pues, volví á leer "Gérmenes", y ahora, en el silencio de la noche, mientras escribo este Diario, todavía me crispo de rabia al pensar, como entonces, que se procedió así, no porque el libro lo mereciera, sino porque hay en esa obra una poderosa simiente de revolución social, mostrándose al desnudo, en páginas crueles, los orígenes de un elemento que, antes de estar en primera fila, pasó por la explotación de medios ruines, que no debe su dinero al trabajo honrado, sino á malos negocios, y que ahora, en el presente, es la parte dura de nuestro andamiaje social, allí donde más fuerte debe pegar la piqueta demoledora del mal.

Sí: en "Gérmenes", Pablo y Antonia son los gérmenes de esa parte de nuestra sociedad cuya historia equívoca se murmura de oído á oído. Son los frutos que se elevan del fango y triunfan; son el cobre enchapado en oro, que brilla, sí, pero que apenas se lima un poco, deja ver un fondo negro y sucio. Son la encarnación de los orígenes de los perdularios enriquecidos, cuya base de fortuna fué la crápula, el robo y la tarea negociadora, baja y soez. Son los gérmenes de la canalla que producen luego los políticos farsantes, los bolsistas matuteros, los periodistas sin ideal, los sacerdotes sin moral, los militares brutales, los legisladores sin civismo, la turbamulta innoble que va á las urnas con el voto fraudalento en la mano, los gobernantes sin leyes, y, también, de toda esa gente sin tradición limpia que, con las fastuosidades del presente cubre las lacras del pasado: las degradaciones, los despojos, las ventas, las fatigas y sudores mercenarios de los comienzos.

De esta germinación maldita brotan los seres espúreos, sin alma, sin nobleza en las ideas ni en la acción; los «honrados canallas» y los pillos con careta de buenos; los que en los dias de prueba no salen á las plazas á defender sus pretendidos derechos, como indica Crosa; los que tiemblan cuando enturbia el aire un cartucho de pólvora y se esconden para atisbar, por los resquicios de sus viviendas, el momento oportuno para lanzarse, como los cuervos, sobre los restos dei motin y

negociar. De esta masa informe, monstruosa, oscura en sus orígenes, salen los componentes de las dictaduras, de las claudicaciones y vergüenzas polítiticas de los pueblos; los impugnadores de la belleza y de la bondad; los idó atras del poder y del vicio; los adulado res para arribar; los tolerantes dignos de lástima, que estrechan sonrientes la mano del que difaman por lo bajo, ensuciándose así, en su propio lodo...

Pero, no salen, no, los caracteres íntegros, las almas artistas, los corazones generosos que nada quieren saber de apostasías, ni de humillaciones, ni de sórdidas avaricias. No brotan, no, de ese légamo de faltas y delitos, los espíritus austeros y serenos, los que en todos los momentos de la vida cuidan de su altanería y se yerguen agresivos ante la injusticia avasalladora de los que proceden sin derecho ni razón; no nacen, no, los seres de conciencia tranquila, de manos impecables, de frente pura, que pueden alzarla sin temor ante todos, en la seguridad de no llevar allí el sello, la marca infamante del cieno de la charca, sino la albura triunfante de los buenos, de los fuertes y de los justos.

Un libro así, que enseñaba un cuadro sombrío, pero real, debía ser silenciado, debía pasar desapercibido, no fuera que el pueblo bueno, justiciero en sus cosas, notara de donde le vienen muchos males y tratara de demoler, para hacer triunfar la gente sana, las ideas nobles y grandes. Fué así. Pero, nada se ha evitado. En la política y en las letras, hoy son muchos los que se yerguen airados contra los que ¡vienen del fango y llenan de miasmas el pais.

Por ahora sus manifestaciones son literarias; pero, ya vendrán otras. Las mentes rebeldes trabajan y los versos y las prosas de todos los estilos tienen chasquidos de látigo que sacarán al pueblo de su sueño de engaño. Ahí está, sino, la obra de todas esas almas de lucha que van hacia el porvenir y que en libros, diarios y revistas cantan ó dicen la doctrina de la redención y preparan el advenimientó de otras cosas.

En nuestro medio ambiente hay, pues, estremecimientos de rebeliones é innovaciones regeneradoras y es de esperarse que los gérmenes de la mentira y del mal sean vencidos, en la lucha que empieza, por los altivos propagandistas de un luminoso ideal de pureza, de verdad y de justicia.

ANGEL C. MIRANDA.

Cuarto, Mayo 25 de 1907.

Eremita

Tierra fragosa y adusta
llena de punzantes zarzas,
hace que riegues y esparzas
gotas de tu sangre justa.

Peñas en tu cuerpo incrusta,
mas, para que te resarzas,
te da el olvido, en que engarzas
perlas de tu fe robusta.

¡Beato! en éxtasis me miras
la patria por que suspiras
con desdén del mundo acerbo.

Y á cada luz eres rico,
sólo con el pan que un cuervo
para ti baja en el pico.

ENRIQUE DIEZ CANEDO.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA



Por jardines ajenos

"FANFARRIA DE PREJUICIOS"

Los últimos frutos que ha dado á luz nuestra juventud pensadora exteriorizando sus impresiones personales de la vida

con el noble propósito de humanizarla, hablan altamente y con halagadora elocuencia de lo que llamaremos en un futuro muy próximo el Renacimiento literario en el Uruguay.

Pronto, muy pronto, esa juventud pletórica de ideales, activa y perseverante, cosechará el fruto opimo de sus esfuerzos. Se acerca la época de la vendimia, y los nuevos viñadores irán á ella magüer las diatribas y los subterfugios de aquellos entes amorfos á quienes yo he llamado «los críticos de arrabal», y en cuyos gestos de Zoilos envejecidos duermen resquemores de odio, de ese odio circunstancial que á los anquilosados de la idea y anémicos del espíritu provoca el prematuro avance de las inteligencias jóvenes y vigorosas.

La publicación de un libro bueno, aquí, es un acto atrevido, imperdonable. Y como ella implica el esfuerzo de una mentalidad más ó menos apta para lanzarse á la arena de la lid intelectual, es preciso, pues, que vayamos á la conquista del «Yo», pero, ostentando — fuerte justificativo — algo así como una esquema de nuestro alcance y gesto intelectivos. Es menester hacerlo así, y no esperar el juicio erróneo á las veces, y á las veces malevolente, con que infinidad de críticos advenedizos, surgidos como por encanto ante la aparición de una obra cuyas virtudes ignoran antes y después de leerlas, (pues la costumbre de menoscabar lo ajeno se ha hecho en ellos una exquisita voluptuosidad) hacen su primera entrada en el recinto del tribunal literario.

Pero he aquí que entre esa falange de sembradores de ideas, hay algunos que, cegados por la palabra convencional y el aplauso servil de sus amigos de camarilla, insinceros y nocivos, se abandonan paulatinamente, con la inconsciencia de un niño, más sin claudicar del todo en sus ideales, y otros, ¡guay de los débiles! á quienes un reproche muchas veces injusto y aplastador los abate, arrojándolos en zaga aun cuando tengan suficientes aptitudes para expresar sus sentires y propender al desenvolvimiento de la acción universal. Eso no es de lamentarse sino de castigarse. La inacción nos tornaría impasibles hasta llevar nuestro sensorio ó una pasividad de muerte. Castiguemos eso, pues. No pensemos como aquel escritor que dijo:

«Selon la Nature, tout acte pour acquérir ou se défendre est legitime—Le Philosophe ne doit réprouver ni le malfaiteur ni le juge: qu'il se garde seulement de tous les deux!».

Pero he aquí también que frente á aquellos cuyo espíritu morboso está exento de voliciones supremas, se yerguen otros, y son los menos, selectos é inclaudicantes, cuyo lábaro, cual un rojo oriflama de combate, ondea á todos los vientos de tempestad. Conscientes de sus ideas é impertérritos en la lucha que se desarrolla en el momento actual en que sólo el mercantilismo impera; refractarios, tenazmente refractarios á todo convencionalismo y á las liturgias que la moda literaria impone para granjear simpatías, ellos van contra la rutina, destruyendo prejuicios y sacrificando su bienestar sin otro estímulo que el de sus sueños de libertad ni más halago que el que les ofrece la noble alma de sus obras educativas y trascendentales.

Y triunfarán, pues son los verdaderos precursores de ese Renacimiento que espera la Intelectualidad.

A estos últimos cruzados de fibra y voluntad férreas, y arietes del buen pensar, pertenece Perfecto López Campaña.

Su nuevo libro «Fanfarria de Prejuicios» tiene el vigor y el alto y generoso atrevimiento de los cerebros formados en medio de una lucha continua donde los sinsabores de la vida se prodigan, y el buitre de la envidia, insastifecho siempre, siempre en acecho, bate sus alas regocijándose ante la perspectiva de nuevas víctimas.

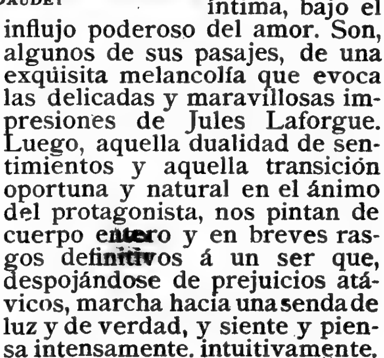
Escrito en estilo bello, y si se quiere, harmonioso; ubérrimo de ideas y hondas consideraciones en las cuales debe admirarse tanto lo elevado del concepto como la forma: urna que las encierra, todo él nos dice acertadamente del desarrollo de las humanas pasiones; de morbosidades psíquicas; y en páginas de un verismo inmaculado y fuerte, llenas de dolorosas revelaciones y axiomas que, lentos, tocan el alma y la conmueven, nos presenta hermosos temas de psicología, una psicología sutil, personalísima, (pese á los sacerdotes de esa prosa de gacetilla innocua y ultramontana que atrofia el entendimiento!) y sienta como principio, ora, las pertinaces rebeldías que provoca la oposición materna á los sentimientos de la hija que un fuego de amor inflama; ora, la perniciosa influencia que en los espíritus débiles ejerce la hipocresía del medio ambiente; ó bien, recuerda, castigándolo con frases plenas de vida todo ese cúmulo de aberraciones que se cometen en nombre de las leyes humanas.



Alfonso Daudet

Cual una mar serena en el descenso majestuoso de la tarde, así su estilo brillante y original, donde la metáfora revoletea como un pájaro travieso en una orgía de luces y de colores.

La idea no está supeditada á ese estilo con el cual armoniza, sino que lo sobrepuja. Tal asi, por ejemplo, en «Ruperto Liebe» que es un fragmento de vida discreto y real, toda una etopea sugestiva tratada con sumo acierto y una sutilidad sin mácula. Hasta ahora, nadie había he- aquí un estudio como ese en que el esoterismo de una alma inquieta, ávida de sensaciones, florece rosas de luz que bregan por reventar en un ciclo de vida íntima, bajo el influjo poderoso del amor. Son, algunos de sus pasajes, de una exquisita melancolía que evoca las delicadas y maravillosas impresiones de Jules Laforgue.



Luego, aquella dualidad de sentimientos y aquella transición oportuna y natural en el ánimo del protagonista, nos pintan de cuerpo entero y en breves rasgos definitivos á un ser que, despojándose de prejuicios atávicos, marcha hacia una senda de luz y de verdad, y siente y piensa intensamente, intuitivamente,

López Campaña perfila en ese cuento de amor y de condenación toda su personalidad pensante. Leedlo, y exclamaréis conmigo: ¡qué creación elocuente y conmovedora! ¡conmovedora y trágica como el amor!

«Sólo por un beso» es una maravilla de realidad. Margarita es el prototipo de la mujer ingenua, retraída y tímida, consagrada solamente á sus quehaceres y enclaustrada en el hogar. El diálogo bien manejado y fiel hasta en sus detalles más nimios, revela una pluma colorista exuberante en rasgos de observación.

López Campaña pone además en él, el sello de su alto personalismo que lo lleva á un puesto avanzado en nuestros cenáculos literarios acostumbrados á las falsedades de la retórica y á la tergiversación de la verdad en el ideal artístico. Por que no siendo él, partidario del arte por el arte, no escribe por simple exhibicionismo, como muchos, sino por necesidad psicológica, como muy pocos en la hora actual.

De ahí, que su libro esté impregnado de un humano perfume en que se adivina el dolor de un corazón emotivo para el que no es paradoja «la tristeza de vivir».

«Los censores», «Los reos», «La caza del hombre» y «El patrón» son páginas condenatorias, motivos de humanidad donde cada frase es una sentencia dicha contra la hez de los mandones y los aristarcos modernos.

Yo amo esos motivos humanitarios y grandes porque en ellos priva la idea y más aún, por el placer que me proporciona el gesto rebelde de un hombre de pensamiento que se yergue solo en medio á una turba multa de escritores y versificadores que no saben pensar, y se entretienen, sin embargo, en arrojar saetas ó ditirambos á literatos de verdad. Esto según el caso, pues si el escritor señalado tiene músculos de bronce que guardan la integridad de su espíritu é imponen algún respeto, para él, el ditirambo ó sino el silencio: y si es débil y no inspira temores, para él, la saeta y el escalpelo de la crítica venal.

¿Que su obra vale? ¡No importa! La cuestión es eliminarlo, y la envidia lo consigue tildándolo de imitador, sin una prueba elocuente que apoye su acusación, ó bien, atribuyendo á su obra influencias que no tiene.

Porque es indiscutible que la aparición de un libro sincero y personal, sabe á los «maestros» de hoy como una bofetada en la mejilla.

De todas estas diatribas que caldean nuestro ambiente literario me ocuparé extensamente en mi próximo libro «La neocrítica en el Uruguay» en donde pondré al desnudo con sus lacras pestilenciales y su carácter abyecto á algunos pretensos críticos que pululan por aquí. Allí diré, haciendo mía la frase de un compañero cubano: «porqué no todos los críticos son poetas ni todos los imbéciles son críticos».

Volviendo á López Campaña, os citaré «Canto de amor» que aunque tendencioso como todas sus creaciones, sabe á miel madrigalesca, tal es la oblación de sentimientos puesta en ese modo de idilio y la gracia encantadora con que describe, ora una puesta de sol primaveral, ora el estremecimiento de dos almas que llegan á confundirse sobre las olas cantantes, bajo el ósculo lejano de un poniente de rosa te.

En »Canto de amor» es un poeta el que canta. Esas emociones hondas y ese contagio crepuscular que impresionan lo más íntimo y evocan lejanas reminiscencias, bellos paisajes perdidos en un caos de tinie-

blas, sólo se producen en el alma de los poetas, por virtud de emotividad.

«Odila» conmovedora confidencia de una alma arrojada á la corriente mundana por un viento de egoísmo y desamor es un relato ligero y frágil, pero fiel á la verdad, y no exento de hermosos rasgos psicológicos. Es este un caso muy general en el seno de las modernas sociedades; no así «El tributo á la avaricia» y «Dualismo» dos casos aislados pero reales en que aparece la psiquis en toda su desnudez.

«El hijo» añoroso y tierno, evoca nuestra campiña y es la síntesis de un poema de amor trunco cuyo epílogo se adivina. Ese poema diríase una flor en eclosión decapitada por un viento huracanado en una tarde de otoño.

Cierra el libro «Bajo los ceibos» un cuento idílico y policromo, palpitante de deseos, de lágrimas y de besos. Como un vaho de voluptuosidad pasa por él el amor, impetra dulces caricias y ensaya humanas genuflexiones, mientras las almas dialogan con el alma de la tarde.

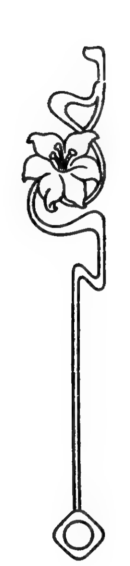
López Campaña ha derramado en su obra raudales de ideas significativas que rebosan humanismo y señalan, por ende, á una personalidad bien robusta ya.

«Ruperto Liebe» y «Sólo por un beso» entre los cuentos, y entre los estudios «Los censores» de intensa psicología, bastan para consagrarlo. Su modalidad pensante queda definida ya con motivo de esa obra en que ha logrado adunar á la belleza del estilo sereno y siempre gallardo, la pureza de la idea siempre elevada y grande.

Pérez y Curis.

Mayo, 1907.

La evocación



Suspiraba en mi oído moribundo
de Beethoven un aire triste y blando,
velaban en el cielo parpadeando
las estrellas, el éxtasis del mundo.
Un sopor nocturnal meditabundo
como un viejo filósofo, vagando
se perdía en las sendas desgranando
su sollozo neurótico y profundo.

Toda una extenuación de resplandores
hubo en el cáliz de las mudas flores
y al quejarme cual ellas de tu ausencia,
se alzó en la vaga túnica nocturna
la evocación delgada y taciturna
del misterio ideal de tu presencia.



Alberto Lasplaces.

Aspectos de Alma (*)

A Roberto J. Payró,

Cerebralmente.

En torno á una mesa del Café, festejábamos en regocijada aparcería, la vena cómica, gesticulante y comunicativa, de un cofrade en tren de fáciles éxitos. — Luego de hervir hilarante, en las gargantas, el buen humor, mosto generoso, silenciarios puntos suspensivos pusieron una tregua á las extenuaciones de una risa desenguantada, plebeya y convulsiva.

Después:

—Una musa inédita, cerebral, uniándrica é inadaptable desabrocha para mi espíritu las plenitudes de su virtualidad inamativa... La Pasión para los inactuales fluirá de veneros de sentimentalidad... En cuanto á mí, el Amor, emocionalmente, es un postizo; enuncia Marquez «alma atormentada» redondeando un monólogo mental. — El exceso ideativo nos arrástra á colocar una ilusión en una mujer, como colocamos un ramo en un florero; — prosigue. — É iluminando con un «bello gesto» una intención escéptica finaliza: — La amada es á la manera de un ánfora en la que guardamos el alucinante perfume de un ensueño temiendo su evanescencia; la amatividad viene á ser una superelaboración imaginativa que nos importuna y á la que damos la envoltura joyante de la carne para tenerla al alcance de la mano...



Catulle Mendés

Blanco, alma hecha de borrasca le agrede tumultuariamente:

—La estirpe de novedadores retorcidos se expresa en ti, por una voz pedante, oh! maravilla de innocuidad pensante.

— Cállate, fenómeno de inexistencia comprensiva!

(Un propósito conciliatorio se hace voz)

— Están abolidas las formas de discusión personales.

— Para mí como para Nordau Sighele Le Bou, la influencia ideológica de la paradoja en la muchedumbre... insinúa Bravo una *lata* presumida, trayendo

(*) De "Cuentos Intelectuales" un libro sin Editor.

por los cabellos la ocasión de citar sus últimas lecturas.

Blanco, lapida con su turbulencias combativas la charla erudita acometiendo á Marquez.

—Manipular frases, sobre esas filosofias de laboratorio se asemeja á salir con calzado de color en día lluvía: ambos, zapatos y hombres os poneis á la miseria.

—No obstante la inexpontaneidad del símil, te concedo la vida para hacerte la gracia imperial de orientar tu intelecto, se defiende Marquez, glosando con ademán gentil su certidumbre de superioridad.

— Soy andador de sendas rectas, siéndome virtud familiar la de preferir equivocarme á no estar de acuerdo conmigo mismo.

— Deteneos, que vais á precipitaros desde el piso alto de vuestros engreimientos, se interpone como una cuña, una voz entre dos réplicas. Tiene la palabra «Don Pietro Carusso» en carne donceles. Juicie él á nuestros espíritus en mal de espectativas intuidoras en las adivinaciones inquietantes de la Cábala y de las martingalas definitivas.

(A la siga del imperativo un armisticio tácito, páctase entre Blanco y Marquez. Wilson, el periodista que se pretexta bohemio para ser borracho, anda, visualmente, por los cielos rasos á la caza de «una idea». (Delirios de grandezas en un periodista). Aguiar, el abogado, hijo de padres ricos pero... honrados, segun el mal-decir de Pérez, narcisea ante el espejo tanteando un capricho artístico en los buches de la corbata. Piera, inhibitivo, vive para su orbe. Los demás afinamos el oído).

No queridos; no os regalaré un don de ensalmo para ganar, yo que soy el filósofo del perder, discurre un muchacho (calificado por Blanco de una abstracción dentro de una realidad) cuyas hondas pupilas turquesas dan la sensación de un agujero en el cielo. — Y no incurro en desliz de originalizar; continúa — Las almas acongojadas por el azar hallan positivos placeres en la dulce y varona resignación del perder. No sé cuál inescrutable red de equilibrio liga la postrer moneda con los resurgimientos del ánimo. La adversidad es materia prima de fuertes; en ella mi alma fragmentada se ha integrado. Siempre fuí menos mío en la ventura. Mi ser se expandía buscando complementarse en amigoterías que eran capitulaciones de mi yo... Contextura inteligencial, máscula y sabia se ha menester para gozar el deleite de no sentirse ausente de si mismo...

— (Por unanimidad se revela en los circunstantes una impresión de asombro irónico).

— Luego perdéis por convicción y deporte?; — interlocuta Pérez — Psch... Cuando juego me arruino sabiéndolo. Es una voluptuosidad que me pago. Un sueño de haschits. Wilson tambien se embriaga apesar de su bancarrota orgánica. — No podrán saber jamás vuestras almas en prisión de lo vulgar, de los revuelos mentales por entre las arquitecturas quiméricas y trastornadoras que forja la fantasía de un jugador que sea un imaginativo. – En determinados instantes cerebrales, inaccesibles para espíritus poco artísticos, los signos de la interrogación emparedan y torturan mis ansias como en un potro... ¿ganaré?... Y ante la aterradora posibilidad sufro por mis fantaseos inefables, adorados amigos míos, únicos amigos... Una antítesis, una incoherencia volitiva, ¡que sé yó! bien puede ser un exponente personal. — Creedme: Sólo existe una manera de felicidad: acompañarse de ideales imposibles.

(Los belfos ante burlones, ahora en grave estupor se estiran

cual si en las bocas se hubiera corrido una jareta invisible).

— Picor de lo estupendo y sensacional esas teorías epatantes.. musita Blanco y hay en su mirada como un tuteo.

— Disgregación, inestabilidad y toda la nomenclatura de esa ciencia psiquiátrica que no ha empezado á serlo; te concedo todas las denominaciones, replica Marquez, pero incuestionablemente una impresionabilidad que brilla...

— Abrillantamiento de repostería!...

— Qué opinas Piera?..—preténdese conquistar un parecer que se respeta.

- Digo que me sustraigo á vuestra peligrosa sabiduría inindividualizadora.

— Aristócrata! ¡impotente!; —truenan dos apóstrofes.

-- Impotente eres tú Pérez, impedido del esfuerzo; eterno perseguidor de lo impecable que aguardas la forma definitiva para encerrar ideas que acaso no tienes; que mal vives precaria y sobresaltada existencia, presa del pánico de que el nuevo volúmen que aparece se anticipe á tus concepciones virginales. Eso eres tú: un impotente que te autotimas descontando producciones y triunfos de futuro, irrealizables. ...A tu vulgaridad acabadita de salir de la peluquería, querido Marquez, prefiero la otra cargada de pringosidades...

— A ver! á ver! Aclara ese sanculotismo vergonzante y de tapadillo.

— Aristócrata mental, eso eres tú, pero lo eres de principalía clandestina... Si prefiero la vulgaridad de casta, en mangas de camisa y agroliente, ello se explica para los que saben leer todo lo que no está escrito. En un faquino hay una personalidad superior que pudo ser. En la otra vulgaridad, perfumada y charolada, apenas sois lo que sois, con medios para haber sido más...

— Tolerándosete la modestia!...

— La modestia es una virtud menor; virtud de débiles que no practico. Acaso se requieren arrogancias nietzcheanas para arrojar á los aires los bienes sagrados de la individualidad? Existe algo de más soberbio que recoger en haz los elementos del ser, el haz en hasta donde ondee el pabellon de la propia conquista?...

Suena el timbre anunciador del vecino coliseo é interrumpe el extraño discurso.

Aguiar propone: — Vamos!

Al cruzar nos llegan del teatro, rumores de final de velada y estrépitos de llamadas al autor. Y en el peristilo nos sobrecoge el eco de una carcajada que dá escalofríos. Mezcladas, con ella, nos vienen estas frases, que dificilmente entendemos:

— Os he hecho aplaudir vuestras propias infamias!...

José E. Peyrot.



César Zumeta

APOLO en lo futuro

Desde el próximo número del Apolo, *quedará inaugurada una seccion de Sociología, á cargo de nuestro consecuente colaborador Perfecto López Campaña. Dicha sección tiene por objeto ampliar hasta donde sea posible el programa desde ya bastante amplio de la revista, y facilitar el estudio de muchas cuestiones trascendentales que, iniliterarias en ocasiones, importan á la evolución humana muy mucho, pues de sus conclusiones depende el porvenir de las modernas sociedades civilizadas. La época actual se caracteriza por sus luchas entre el capital y el trabajo que elabora en los estrados sociales toda una evolución por venir y mal podemos nosotros, fuerzas eficientes en el gran conjunto humano, substraernos á esas luchas entabladas para la mayor felicidad de todos los que piensan y trabajan. Dedicaremos á esta sección cuya inauguración prometemos para el número próximo, una buena parte de actividades y entusiasmos.*

Una ENQUETE sobre el modernismo

Á LOS ESCRITORES DE ESPAÑA Y AMÈRICA

Con este título publica el 2.° número de El Nuevo Mercurio, la importante revista española que aparece en Paris, un llamamiento á los escritores para elucidar la muy cacareada cuestión del modernismo.

A continuación reproducimos lo que dice El Nuevo Mercurio:

¡El modernismo! ¡Los modernistas! A todas horas, en todas partes, estas palabras suenan, á veces con ironía, á veces con entusiasmo, á veces con curiosidad. Y ya no son sóio los literatos los que hablan del asunto. Un librero madrileño acaba de publicar un *Catálogo de Obras Modernistas*, lo que prueba que para el público que lee, la palabra es conocida. Verdad es que en ese catálogo se encuentran nombres de escritores como Blasco Ibáñez, Morote, Benavente, Cortón, Dicenta, que hasta hoy no habían sido reclamados ni paternal, ni fraternalmente, por los jóvenes poetas renovadores. Pero, en fin, ese catálogo, con sus mismos errores y hasta puede decirse que por sus mismos errores, es una confirmación de que, según la opinión general, el modernismo existe y que al mismo tiempo nadie sabe á punto fijo en qué consiste.

El momento nos ha parecido, pues, muy oportuno para tratar de dilucidar la cuestión, averiguando lo que es el modernismo en realidad y quienes son los modernistas de verdad. Sólo que, en estos casos, un director de revista, se en-

cuentra siempre perplejo en cuanto se trata de escoger el mejor medio de poner al público al corriente de lo que le interesa. ¿Cómo proceder, en efecto, para aclarar el punto? Si estuviéramos seguros de que alguien podría ser capaz de escribir hoy una obra que tuviera, para nuestra actual evolución la misma importancia que tuvo *La Cuestión Palpitante* de la señora Pardo Bazán para el naturalismo, á él nos habríamos dirigido. Por desgracia nadie, hasta hoy, ha demostrado conocer de un modo claro las bases de la literatura modernista.

En vez de dirigirnos á uno, recurrimos, pues, á todos los que consideran con interés las diversas fases de la vida literaria y á ellos, que sean jóvenes ó viejos, que sean conservadores ó revolucionarios, les pedimos desde luego su opinión sobre el asunto.

Lo que nos proponemos, es hacer una *enquête* como la que hacen las revistas parisienses, y para ello preguntamos á cada uno de los escritores y de los artistas que leen El Nuevo Mercurio en España y en América:

1.º ¿Cree usted que existe una nueva escuela literaria ó una nueva tendencia intelectual y artística?

2.º ¿Qué idea tiene usted de lo que se llama modernismo?

3.º ¿Cuáles son entre los modernistas los que usted prefiere?

4.º En una palabra: ¿Qué piensa usted de la literatura joven, de la orientación nueva, del gusto y del porvenir inmediato de nuestras letras?

En el próximo número comenzaremos la publicación de las respuestas que nos hayan llegado, y una vez la cuestión elucidada, pediremos á uno de nuestros colaboradores, que, resumiendo los debates, establezca una síntesis de la estética modernista.

Las repuestas, deben ser dirigidas, como todo lo relativo á la redacción, al director de El Nuevo Mercurio. El señor Gómez Carrillo no puede escribir personalmente á todos sus compañeros de letras; más espera que, considerando estas líneas como una amistosa circular, cada uno las reciba como un llamamiento individual.

De antemano, mil gracias.

El Nuevo Mercurio.

Nota de Redacción:

Apolo se hace un deber en publicar las bases de la «enquete», y al mismo tiempo, cree lógico solicitar de la Administración de *El Nuevo Mercurio* y particularmente del Sr. Gómez Carrillo el canje correspondiente.

EMILIO ZOLA



La prensa francesa ha hablado en estos días de este insigne Maestro desaparecido, con motivo de proyectarse el traslado de sus restos al panteón nacional.

Apolo publica hoy su retrato como homenaje á la memoria del inmortal autor de *J' Accuse*

Voces americanas

Apolo—El hábil y conocido escritor uruguayo Pérez y Curis nos ha remitido un ejemplar del número cinco de su hermosa revista de arte intitulada APOLO:

Contiene esta publicación colaboraciones de escritores de nombradía americana, tales como J. M. Vargas Vila, Rafael A. Troyo, Manuel J. Pichardo, A. Mauret Caamaño, Manuel Ugarte, Miguel Luis Rocuant, Julio Herrera y Reissig, M. Moreno Alba, Ovidio Fernández Ríos, Perfecto López Campaña y una pléyade más de sesudos intelectuales cuya obra literaria es altamente apreciada.

Demás está decir que entre las prestigiosas firmas que anotamos se lee la de Pérez y Curis, quien, como siempre, revela en las producciones contenidas en el número de APOLO que nos ocupa, sus bien definidas tendencias de arte, su vigorosa fuerza pensante y el completo equilibrio de su cerebro.

Engalana las páginas de APOLO un buen número de interesantes fotograbados, nítidamente impresos con fina tinta, y en rico papel.

Indiscutiblemente, APOLO es una de las primeras revistas de arte que se publican en Montevideo, y, no puede ser de otra manera si ella es reflejo de los entusiasmos periodísticos y competencia literaria de su redactor.

De *La Voz del Perú*

Iquique, (Chile).

Abril 12 de 1907.

Apolo—Tenemos á la vista el número 5 de esta espléndida revista de arte, que en la capital de la repúblca, dirige el joven literato nacional Pérez y Curis.

Es APOLO el único baluarte de las letras que nos queda y por eso mismo, la labor de Pérez y Curis resulta más simpática y más viril.

En un ambiente en que prospera más la gacetilla que el verso, ser poeta es una heroicidad.

En las páginas de APOLO, encontramos el grande deleite de las inspiraciones de Vargas Vila—cuya prosa es una tragedia de relámpagos—de Mauret Caamaño, de Papini y Zas, de Frugoni, de Angel Falco, de Ugarte, de Pérez y Curis y otros consagrados caballeros de la gaya ciencia.

Agradecemos al bibliógrafo de APOLO, el cariñoso recuerdo que tuvo para nuestra hoja.

De *El Deber Cívico*

Melo, (R. O.)

Mayo 22 de 1907.

Apolo—Hemos recibido la última edicion de la revista que dirige el joven y original escritor Pérez y Curis. Trae numerosas y selectísimas colaboraciones de literatos uruguayos y extrangeros, y entre sus nítidos fotograbados, se destaca un hermoso trabajo de Orestes Baroffio, que constituye toda una página de delicada inspiración artística.

De *Vida Nueva*

Florida, (R. O.)

Abril 18 de 1907.

Bibliográficas

Libros y periódicos recibidos

El alma japonesa, *por Enrique Gómez Carrillo*: *Garnier Hermanos,* Paris—En nuestro último número tuvimos oportunidad de hablar del anterior libro de este mismo autor: *De Marsella á Tokio.* El que informa el epígrafe de este suelto, es el complemento de aquella otra obra tan bien acogida por la crítica europea. *El alma japonesa* es un libro de arte y de encantadora observación. Gómez Carrillo nos habla en las páginas de su nueva obra, con una unción casi mística, de todo lo que en el país de las leyendas infantiles impresionó su corazón y su cerebro. Y el alma misteriosa del Japón, todos los secretos de aquellos seres orientales que adoran al Mikado y se prosternan humildemente ante el ara de los templos levantados á la gloria inmarcesible de sus dioses, nos lo dice Gómez Carrillo con ese lenguaje encantador que ha hecho de él uno de los escritores de habla castellana más leídos y gustado.

El alma japonesa no es un simple estudio árido y superficial de las maravillas que sorprenden en aquel país al viajero que por primera vez lo contempla. No: es un estudio completo y hondo de aquella raza heroica que lleva todo un pasado de leyendas fantásticas y desconocidas, un misterio religioso, colocados sobre el alma como un broche de oro que se opone á todas nuestras indagaciones occidentales. Gómez Carrillo ha logrado penetrar con felicidad en esa alma misteriosa, describe sus perfumes extraños, sus raras y extravagantes manifestaciones, el concepto que la vida le merece, poniendo de manifiesto ante nuestros ojos, la belleza exótica de un país que supo en la pasada contienda con el imperio moscovita provocar la admiración del mundo entero. Nos dice el porqué de aquel heroísmo sano de sus ejércitos combatientes. Nos habla de todo: de sus mujeres, de su religión, de su vasta literatura, del cariño inmenso que se tiene por las flores y por las plantas, de sus jardines y leyendas, de sus costumbres, juegos y diversiones. De todo nos habla Gómez Carrillo en *El alma japonesa,* con agudeza de criterio, con una observación profunda y con un hermoso é impecable estilo. No en balde la traducción de su obra al francés mereció de la más alta crítica de aquel país la acogida más auspiciosa y serena. El inimitable cronista parisién, sabe, al decir de un brillante crítico francés, con «su estilo personal y maravillosamente fluído» envolver y vaciar «de modo admirable su pensamiento al cual presta siempre el inesperado epíteto un nuevo encanto de exquisita gracia».

Mucho hemos leído á los autores que antes que Gómez Carrillo podaran bellezas en el huerto occidental, pero ninguno de ellos, como el autor de *El alma japonesa,* supo en páginas admirables provocar en nuestra psíquis un cúmulo tan grande de sensaciones diversas, y describir de manera tan altamente sugestiva aquel pais del *harikiri,* de las musmés y kimonos y de la religión de Confucio. Conociendo el Japón por los libros de viajeros y escritores más ó menos felices en sus descripciones, nos hallamos en condición de posesionarnos de toda la belleza que encierra el libro que juzgamos. Además trasciende de sus páginas un hálito tal de sinceridad que el Japón actual, que el Japón después de la desastrosa carnicería con la Rusia, magüer todos los síntomas exteriores de europeización que le atribuimos, es tal como lo describe Gómez Carrillo en su hermoso libro *El alma japonesa,* un Japón aun de leyendas, sumido en las glorias de su fastuoso pasado, que no ha entregado su alma nacional, sus sentimientos y su religión, al avance mercantilizador de la civilización occidental.

El alma japonesa, es, en suma, como muy bien lo dice el académico Emile Faguet, conceptuado el primer crítico de la Francia moderna «un libro substancial y más documentado que suelen serlo, con frecuencia, los más gruesos volúmenes».

Fanfarria de Prejuicios, *por Perfecto López Campaña; O. M. Bertani, Editor,* MONTEVIDEO — Hemos recibido un ejemplar del nuevo libro de nuestro asiduo colaborador, Perfecto López Campaña. Constituye el volumen, una serie de cuentos y estudios tendenciosos, unos publicados y otros inéditos. Por ocuparse extensamente el director de APOLO en otras páginas del presente número de la revista de esta nueva obra de López Campaña, nos concretamos á agradecer el envío.

Los muertos, *por Eduardo Carmona,* MONTEVIDEO — Es un pequeño folleto que este querido actor ha publicado, dedicado al autor dramático Florencio Sánchez con motivo de su drama "Los muertos". Escrito en cuartetas fluidas y profundamente sentidas, el folleto del viejo actor que tanto participo tuvo en épocas lejanas entre el público montevideano, se deja leer y merece un aplauso.

El Eterno Cantar, *por Emilio Frugoni; O. M. Bertani, Editor,* MONTEVIDEO — Frugoni, el poeta delicado y exquisito, de estro propio, nos acaba de obsequiar con un hermoso volumen de poesías, ricamente impreso, donde ha volcado todo el sentimiento y la intensa emotividad artística de su alma hecha en la comunión de lo bello. EL ETERNO CANTAR, cuyo es el título, es un libro de fina sensibilidad artística que revela en todas sus páginas, al poeta que siente, plenamente dominado y dominador de la rima sonora, sin amaneramientos ni hinchazones. Es condición de este poeta la fluidez que bien dice que el que lo maneja sabe andar entre las rosas de la euritmia, sin herirse en las espinas que se oponen á su conquista. *Canto del Soñador* es todo un poema corto donde no se sabe si admirar más la idea que la anima ó la belleza profunda y elocuente de las metáforas que lo salpican en todo su vasto desarrollo. Frugoni ha volcado en él todo su entusiasmo ideológico, seguro de sí mismo, en un instante de inspiración hondamente sincera y conmovedora; y bastaría ese poemita para consagrarlo fuera del ambiente intelectual del país.

Hay en todo el libro poesías exquisitas, vibrando con gamas diversas, pero todas ellas de una intensa emotividad subyugadora. En el soneto, Frugoni se muestra impecable, lo mismo que en la poesía pasional. Lástima que el reducido espacio que se dispone en una sección como la de Bibliográficas, no nos permita entrar en una serie de apreciaciones justicieras, tendentes á poner de manifiesto la belleza del libro, así como el triunfo literario conquistado por Frugoni.

Versos de las horas, *por Enrique Diez Canedo,* MADRID — Es un volumen de poesías modernistas espontáneas y ricas de colorido. Enrique Díez Canedo, lapidario del verso, multiforme, y enamorados de los nuevos ritmos, pertenece á la brillante pléyade de los actuales novadores hispanos, y sus poesías siempre nuevas, son la revelación de un espíritu sumamente delicado y exquisito.

Carne doliente, *por Alberto Ghiraldo,* BUENOS AIRES — Constituyen este volúmen, una serie de cuentos y páginas tendenciosas en las que prima la nota de condenación social. Es un libro valiente, destinado al combate, donde el autor puso su fibra de revolucionario enamorado de un ideal superior. Escrito con admirable estilo, donde no se sabe si admirar más la fluidez de las frases ó el vigor y atrevimiento de ciertas ideas, el libro vale y vale mucho. Ghiraldo, por lo demás, no es un desconocido. Caracterizado por una tendencia de lu-



VÍCTOR M. ROCAMONDE

cha social y emancipadora, desde hace tiempo, ya en verso, ya en buena y vibrante prosa, actúa como fuerza eficiente entre la pléyade de intelectuales americanos que llevan sobre sus ojos á manera de miraje sonriente, toda una elevada concepción de vida futura en una sociedad mejor y más igualitaria. CARNE DOLIENTE es un conjunto de cuadros reales de ambiente, todos dolorosos, ubérrimos de vida, animados por un hálito de condenación social, que se justan é impresionan hondamente.

Hacia el olvido, *por Rosendo Villalobos, La Paz,* BOLIVIA—Dividido en cuatro partes: *Cantos sin resonancia, Profanaciones, Ofrendas, Del diario de un excéntrico*, Rosendo Villalobos ha publicado un grueso volúmen de poesías emotivas. HACIA EL OLVIDO es su título, (por cierto bastante sugestivo), y hay en él buenos versos, sentidos y espontáneos. Poeta emotivo por excelencia, ciertas producciones suyas se resienten en la forma y dejan algo que desear para que pudiéramos calificarlas de buenas. A menudo, Villalobos, sujeto á la belleza del concepto que persigue, sacrifica la música del verso, su euritmia, esa suprema exquisitez del giro que constituye en la poesía moderna todo su poder de encanto. Con todo, HACIA EL OLVIDO tiene su valor intrínseco, su gran fondo de belleza fresca y rozagante. *Del diario de un excéntrico* (prosa) diremos que encierra ideas muy originales. El libro que nos ocupa trae como *Suplemento editorial* varios juicios sobre *"Ocios crueles"* otro libro de poesías de Villalobos.

Las rancherías, *por Héctor Saprisa Vera*—En un pequeño folleto de 32 páginas, Héctor Saprisa Vera ha publicado la conferencia leída en la fiesta de la "Liga del trabajo," en Molles, el 25 de Diciembre de 1906. Es un pequeño ensayo sobre los problemas que preocupan actualmente á todas aquellas personas que ven en el campo la prosperidad del país. Abarca, Saprisa Vera, en su trabajo, de una manera demasiado superficial, tres cuestiones que vivamente interesan á la economía nacional: población, agricultura é inmigración. Aunque los puntos que abarca nos los desarrolla en toda su compleja vastidad, el esfuerzo de Saprisa Vera es encomiable, pues es un esfuerzo sano y desinteresado en el cual mucha parte de nuestra juventud debiera ejercitarse, para dar al país un contingente de que en la actualidad adolece.

Un sueño *por Amado Nervo,* MADRID—Así se titula la última obra del brillante poeta mejicano Amado Nervo, actualmente en Madrid. Es una novela fantástica y por lo tanto inverosímil, de viejos tiempos, cuando la ciudad de Toledo era el foco de vida de la madre patria. Escrita con maravilloso estilo, no se sabe si admirar más la notable erudición que demuestra poseer Amado Nervo de las cosas que fueron en España, la belleza fresca y lozana de las metáforas que brillan en todas las páginas de *Un sueño,* ó el conocimiento profundo del arte pictórico y de sus grandes intérpretes. En síntesis, la última producción literaria de Amado Nervo, como todas las anteriores del mismo autor, son de esas que encantan en cada párrafo, que se gustan por páginas y que se leen hasta el final dejando en el ánimo del lector un sedimento de grata calma, suave y deliciosa. La forma en que está presentado *Un sueño,* es bien novedosa. Ocupa un número de *El cuento semanal* que, como su nombre lo indica, se publica con el propósito de hacer conocer lo mejor de los autores españoles y americanos que se produce en la semana.

Letras—Hemos recibidos los números 22, al 27 de esta importante publicación literaria que se publica en la Habana, bajo la competente dirección de los conocidos escritores Nestor y José M. Carbonell. Como siempre, los números que tenemos á la vista, vienen repletos de excelente material de lectura, y muchas de sus producciones vienen rubradas por escritores americanos ya consagrados en el terreno intelectual.

La Quincena — De esta importante publicación que en San Salvador (Centro América) dirige y redacta el brillante escritor Vicente Acosta, hemos recibido los números del 89 al 95. Vienen como los anteriores números, repletos de excelente material literario y sus páginas lucen algunos grabados, impresos con con toda nitidez.

El Fígaro — Recibimos de la Habana, el número 5 de esta notable revista de literatura y arte que se publica en aquella capital. De gran formato, impresa en

inmejorable papel de ilustración, con trabajos literarios de gran valía, ella llegará á ocupar uno de los primeros puestos entre las demás revistas literarias que actualmente se publican en el continente americano.



M. DÍAZ RODRÍGUEZ

América—Por primera vez llegaron á nuestra mesa de redacción, varios números de la notable revista AMÉRICA que se publica en la Habana, bajo la dirección del escritor Julio Laurent Pagés. Es una hermosa y bien impresa publicación literaria, con un excelente material de lectura donde colaboran los mejores escritores del trópico. Deseamos á la nueva revista que tan engalanada surge á la vida cumpliendo su alta misión educativa, una suerte próspera y larga longevidad.

Alpha—Acusamos recibo de los números 3, 4, 5 y 6 de esta importante publicación literaria que se edita en San Salvador, América Central. Los números presentes acusan un notable progreso sobre los que recibimos anteriormente, lo cual prueba que ALPHA se abre camino y que se impone tanto por el material de lectura que lucen sus páginas, como por lo bien presentada que viene.

Natura—Acusamos también recibo de esta importante publicación nacional, órgano de la institución del mismo nombre. Los números recibidos corresponden á los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril y Mayo. Como su título lo indica claramente, el objeto de la revista es bregar por hacer conocer las ventajas del sistema naturista (vegetarianismo) sobre el régimen médico actual, y la alimentación á base de pura carne. Bien presentada, excelentemente impresa y con un selecto material de lectura, la revista que nos ocupa lleva ya sus luengos años de vida con éxito creciente.

Elitros—Hemos recibido los números 2, 3, 4, 5 y 6 de esta revista político-literaria que se publica quicenalmente en Maracaibo, Venezuela, bajo la dirección de C. Medina Chirinos. Traen buen material de lectura.

Revista de la Sociedad "Jurídico-Literaria"—Acusamos recibo de los números 48 y 49 de esta importante revista que se publica en el Ecuador. Rubran los artículos firmas de gran valor intelectual americano.

Nueva Vida—Hemos recibido el número segundo de esta revista mensual de estudios psicológicos que en la República de El Salvador, dirigen y redactan los señores J. Emilio Aragón y F. Cárlos Quehl. He aqui el sumario de dicha publicación: A las mujeres.... Graziella; Renacimiento de la Magia Negra. E. Gómez Carrillo; Confusión (poesía), Leonor Ruiz de Carabantes; Los obreros, La oración, J. Emilio Aragón: Dos cuerpos y un alma, Quilogo, Espírita M. Alvarez Magaña; Las tinieblas de la vida, Un místico, La voz de la humanidad, Amalia Dominguez y Soler; No temas á la muerte (poesía), J. Emilio Aragón; Cuento, Salvador J. Carazo; ¡Aten! Julia Alvarez; Nueva Vida, Joaquín Zaldívar; De Ultra Tumba, A. M.; Gacetillas, Guía práctica del espiritista, M. Vives.

Germen, ***Revista mensual de sociología,*** BUENOS AIRES—Hemos recibido el número 9 de esta importante revista mensual de sociología que en la vecina capital dirije el escritor Alejandro Sux. El material de lectura que trae el número á que hacemos referencia, es de lo más sobresaliente y habla con altura de la índole avanzada de la revista.

El Artista—Hemos recibido un ejemplar de este número especial publicado

en Bogotá, Colombia, en homenaje al insigne escritor y poeta Adolfo Leon Gómez. Aunque de formato reducido, viene repleto de excelentes producciones literarias todas ellas dedicadas al autor de *El soldado* y *Sin nombre*, dos dramas que obtuvieron su éxito en Colombia y de los cuales tuvimos oportunidad de hablar en nuestro anterior número de la revista. Bien se merece un homenaje quien, como Leon Gómez, sabe pensar y sentir.

El Deber Cívico— Corrientemente recibimos los números de este importante periódico que se publica en la ciudad de Melo, Cerro Largo. Es uno de los bien presentados periódicos que se editan en el interior de nuestra república. Como siempre viene repleto de excelente y variado material de lectura.

El anunciador Costa Ricense—Acusamos recibo de esta publicación que se edita en San José de Costa Rica, América Central. Está editado por la importante Librería Española de María V. de Lines y como su título lo indica, sirve para fines de propaganda comercial.

La voz del Perú—Acusamos recibo, asimismo, de este importante diario que se publica en Iquique, agradeciendo el elogio que hace de la revista APOLO, elogio que va en otro lugar del presente número.

Trofeos, BOGOTÁ, COLOMBIA—Hemos recibido los números 7 y 8 de esta importante revista de literatura, arte y crítica que en aquella ciudad dirigen los distinguidos escritores Víctor M. Londoño é Ismael López. Sus páginas vienen repletas de excelente material de lectura y rubran las producciones firmas altamente cotizables en los círculos de América. Entre las producciones que más se destacan, citamos las de B. Sanin Cano, Antonio Gómez Restrepo, Guillermo Valencia, Alberto Sánchez, José A. Silva, Manuel Cervera, Diego Uribe, Salvador Lucerna y las de los directores de la revista. En su sección *Notas* se ocupa la redacción del folleto de José Enrique Rodó, titulado "Liberalismo y Jacobinismo"

Integridad, LIMA, PERÚ—Con regularidad recibimos los números de este importante diario que en Lima dirige el brillante periodista Abelardo M. Gamarra. En el número correspondiente al 20 de Abril se ocupa extensamente del Director de APOLO, Pérez y Curis, con motivo del juicio que Vargas Vila publicó en su obra *Prosas Laudes.*

Verdad—Con un sumario interesantísimo y doble número de páginas, hemos recibido este periódico quincenal, órgano de la Asociación de Propaganda Liberal de Montevideo. Excelentemente impreso, con infinidad de grabados originales y tendenciosos, viene repleto de selecto material de lectura, prosa y poesía. Conmemora su primer aniversario de vida y su presentación indica de que ésta se prolongará por mucho tiempo.

El Iris—Recibimos con regularidad los ejemplares de este periódico que en la próxima Villa del Cerro dirige el inteligente periodista Julio V. Oria. El número 242 viene repleto de selecto material de lectura, con producciones literarias de subido valor artístico.

NOTAS

Amado Nervo, el poeta eximio de América, el rimador místico cuya obra literaria tiene entre nosotros tantos adoradores, nos ha remitido desde Madrid, donde reside, una nueva producción poética titulada VISIÓN. *Por haber llegado á nuestro poder cuando el* APOLO *entraba en máquina, la publicaremos en el próximo número. Por lo pronto nos concretamos á agradecer al poeta y al amigo su fina delicadeza al enviarnos con periodicidad producciones suyas que hablan muy alto de la buena aceptación que en todas partes, en América y en Europa, tiene el* APOLO.

Los autores así como las casas editoras tanto nacionales como extranjeras, para tener derecho á un juicio breve en las "Bibliográficas", es menester que envíen á la redacción de APOLO *dos ejemplares de las obras que publiquen. Sólo así verteremos opiniones, de las cuales nos hacemos responsables.*

Todas aquellas publicaciones americanas y europeas que deseen establecer CANJE regular con el APOLO, *serán satisfechas á vuelta de correo. Basta para ello que se nos envíe un ejemplar de la revista interesada.*

APOLO REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGIA

- Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS -
Redactor: PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA

AÑO II — N.° 7. Montevideo — Buenos Aires, Setiembre de 1907.

Universalidad de la lucha económica

El Estado uruguayo, como los diversos Estados que integran el Nuevo Mundo, magüer su variada riqueza, su despoblación relativa y el exceso de tierras vírgenes que esperan el esfuerzo fecundo y consciente del factor humano para brindar al progreso y bienestar colectivos óptimos frutos, lleva en si mismo, como las viejas naciones del continente europeo, las causas gestadoras de todas las hondas y graves desigualdades económicas. El Uruguay no es la tierra de Promisión de la leyenda. Su organización económica, social, política y religiosa, así como el reparto de las tierras comprendidas dentro de su demarcación geográfica, está sólidamente basada en los viejos padrones de la economía política que aun rigen el mecanismo de las sociedades europeas y constituyen su única cohesión. De ahí que la ciencia sociológica tenga en nuestro medio ambiente social, político y económico su amplia misión que cumplir, y de ahí también la razón por que el APOLO, cuyas páginas hasta ayer estuvieron exclusivamente destinadas á vocear entre nosotros y fuera de nosotros parte de nuestra cultura artística (destino noble y hermoso porque tiende á la formación de una necesidad, factor á su vez de un progreso eficiente en el seno de la masa de nuestro medio ambiente), inicie desde el presente número una sección destinada á dilucidar los grandes problemas que se agitan en el seno de las modernas sociedades en forzosa bancarrota.

Insinuada la idea de inaugurar una sección de esta naturaleza donde cupieran todas las ideas avanzadas y transformadoras, hemos oído decir multitud de veces que aquí, trabajando, nadie se moría de hambre y que, por lógica consecuencia, la cuestión social que sólo se manifiesta allí donde hay capitalismo que acapara riquezas; industrialismo que bloquea por miseria á la masa trabajadora y leyes que cercenan derechos naturales, no tiene porque discutirse entre nosotros, en un país joven y pletórico de riqueza y abundancia, donde solo el esfuerzo y la constancia ejercitada en el fecundo terreno de la producción, bastaban para llegar desde el más humilde nivel de una situación precaria, al pináculo de la riqueza desbordada y del capitalismo soberbio y despótico. Bien: esto es lo que se nos dijo y se nos repite apenas abordamos la cuest'ón social.

En el Uruguay, independientemente de su superabundancia, existe la miseria como en las naciones de excesiva población. Y esta miseria que no sólo radica en la capital, sino que se halla dise-

minada en todo el resto de su rico territorio, á no ser atribuída á una causa latente adherida á su organización política y económica, es el resultado de un anacronismo que no tiene razón de ser, cuando la tierra es generosa y fecunda, y no niega sus frutos al esfuerzo disciplinado del músculo y de la humana inteligencia. Pero lejos de ser anacrónica la causa generadora de dicha miseria, ella, dentro de las nuevas teorías sociológicas, tiene su lógica y bien definida explicación.

No hay efectos sin causas y á la inversa. La miseria en este país, como la miseria universal, no tiene por origen causas meramente transitorias, sino perennes, mientras no se proceda á un más equitativo reparto de la riqueza territorial. La pésima distribución de la tierra en los modernos Estados, los impuestos y gravámenes diversos que pesan sobre ella, son las causas primordiales que dan nacimiento á multitud de causas secundarias que á su vez pesan con marcada injusticia sobre la inmensa mayoría de los seres humanos que son factores de progreso y de riqueza: la numerosa clase trabajadora.

En el Uruguay, la distribución de la riqueza territorial es en relación á los demás países civilizados, harto deficiente. Una superficie de 14.515.104 hectáreas cuadradas está repartida entre 22.674 propietarios con un promedio de 640.16 hectáreas por cada uno. Es decir: que del 1.100.000 habitantes con que en la actualidad cuenta el país, una fracción mínima, el 1/49 de ellos detenta la tierra, mientras los 48/49 restantes sirven los intereses y necesidades de los detentadores. Estos datos bastan de por si para hacer resaltar la enorme injusticia que implica tal distribución de la tierra. Ahora bien: si se comparan dichas cifras con lo que arrojan las estadísticas de algunos Estados europeos, nuestro país ocupa una situación bastante desventajosa con respecto á ellos. Veamos.

Paises	Propietarios	Superficie — hectáreas	Término Medio — hectáreas
Austria . . .	4.116.216	28.505.619	6.92
Hungría . . .	2.486 265	27.025.195	10.86
Inglaterra . .	272.836	13 205.200	13.52
Escocia . . .	94.641	7 570 000	79.96
Italia	5 157.293	29.625 403	5.74
Francia . . .	14 074.801	49 388.304	5.50
Rusia	481 358	100.125.188	207 99
Alemania. . .	5.558 310	43 284.742	7.70

De esta comparación claramente se desprende que el Estado uruguayo, con una superficie mayor que la de Inglaterra, tiene 22.674 propietarios con un término medio de tierras de 640.16 hectáreas, contra 272.836 propietarios, con un término medio de 13.52 hectáreas por cada uno. Y comparado el país con el imperio moscovita, que es la nación que arroja una suma mayor de grandes terratenientes, tenemos un término medio de tierras por cada propietario (207.99 hectáreas,) muy favorable para el último de los países nombrados. Y no es que el Estado uruguayo tenga en disponibili-

dad de oferta inmensas extensiones de tierras fiscales, que vendrían á disminuír en mucho el área de terreno que en la actualidad corresponde á cada propietario. La tierra, en su mayoría, está toda repartida entre unos pocos, con la agravante de que cada uno de sus actuales detentadores en vez de propender á su subdivisión, se caracteriza por su loco afán de acaparar nuevas tierras con las que extender su dominio de amo.

Siendo éstas, como son, las condiciones de detentación de la tierra, lógico es suponer que la cuestión social para nuestro ambiente, no sea una cuestión importada por *snob*, completamente exótica en nuestro mecanismo económico, sino una cuestión que debe merecer una mayor atención por parte de todos aquellos espíritus que saben de las nuevas teorías arraigadas profundamente en el corazón de las naciones modernas. El problema social existe aquí, como en el Japón, como en la Mongolia, como en toda sociedad organizada á base de privilegios de clases. Allí donde existe un evidente desequilibrio entre los diversos factores que integran el verdadero progreso; allí donde existe una clase que especula y explota, y otra, la más numerosa, que trabaja y no puede llenar sus más perentorias necesidades; allí donde existe una desigualdad en el orden político, religioso ó social, la cuestión del pan, el vasto y complejo problema moderno, en una palabra, la lucha económica, tiene amplio margen para su desarrollo, y se manifiesta con mayor ó menor empuje, con más ó menos violencia, según la preparación media de los elementos que forzosamente deben intervenir en ella. La dinámica del pensamiento moderno hace algún tiempo que, reconociendo la verdad y la necesidad de la lucha económica, su lógica consecuencia emanada del actual estado de cosas sociales, se ha determinado en dicho sentido. Y no es porque el pensamiento, que es el alma de nuestro siglo, siga propulsiones y derroteros falsos, como no siguió un falso derrotero el pensamiento que animó las grandes luchas que tuvieron por escenario el siglo XVIII y XIX y desvirtuadas, más tarde, por los mismos que fueron por ellas beneficiados.

La vida en todas sus diversas manifestaciones sociales, aquí, allá, acullá, (no importa el nombre de los estados), se torna para el asalariado más difícil y tirana á medida que se avanza en el moderno progreso. El campesino no gana para vivir porque es pasto de la explotación ejercida de consuno por el Estado y el capitalismo. El obrero en las ciudades, no importa su población ni su tendencia fabril ó comercial, vé abierto ante sus ojos un horizonte de miserias y de amarguras. Todo en el actual momento social se torna penoso para una clase determinada de la sociedad que, con ser la que produce nada posee y, lógico es que esa clase, infinitamente numerosa, que no puede consumir con arreglo á lo que produce y que sin embargo tiene derecho como el que más á la vida, exija de quienes, abroquelados tras un falso concepto económico, la tornan difícil, sembrada de escabrosidades, la parte que en el concierto de las satisfacciones universales corresponde á todos los que viven. Ayer fué la burguesía la que bregó con tesonero afan por la abolición de todos los previlegios de clase y la poseción de la tierra. Nadie en la actualidad recrimina á los que prepararon el vasto orden de cosas

que en la actualidad reina. En el presente, una clase numerosísima se levanta contra la burguesía que se ha abrogado la facultad de reducir por el hambre á multitud de esclavos del taller y de los campos; que dicta leyes disparatadas con el único propósito de favorecer y resguardar sus intereses; que legisla y administra con arreglo á multitud de prejuicios que tuvieron la virtualidad de sobrevivir á los siglos; que impone una moral contraria á las manifestaciones de toda ley natural que rige las voliciones del ser humano; que castiga severamente hechos punibles unicamente dentro del falso concepto que se tiene de las necesidades y moral humanas, y que, sobre el derecho de la vida ha plantado el estandarte de la fuerza brutal; haciendo de la fuerza de las bayonetas una disposición de orden; el sosten más formidable de los privilegios usurpados.

La lucha moderna que tiene por escenario de ejercicio el ancho campo de la economía, vá á la conquista de la tierra, de la verdad y de la justicia sin que entronice á ninguna clase determinada con los privilegios correspondientes. Y si un mal entendido concepto de la sociología ha autorizado en nuestro ambiente á ciertos individuos para negar de lleno la necesidad de las luchas económicas, demostraremos con mayor extensión, en artículos sucesivos, que ella existe y que, como propia medida de progreso, ella es necesaria.

Entre tanto, la juventud que lleva en sí todo el entusiasmo de la lucha; que piensa, lee y, por lo tanto, tiene un criterio más fácil de ser inducido á la verdad que al error, tiene en esta sección que hoy inauguramos, donde volcar todas las deducciones sugeridas por la observación de las miserias modernas, ó por la lectura de los libros en cuyas páginas se plantea el problema social.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.



Nostalgia efímera

Para Pérez y Curis, poeta.

Pregonaban un ensueño dolorido las campanas
desde el valle nebuloso de la incierta lejanía,
difundiéndose en el coro de las voces tramontanas
que decían de algo magno que en la muerte se dormía.

Mientras, pálidas las rosas,—¡oh mis líricas hermanas!—
entregaban en desmayos su más íntima poesía,
al morir en dulcedumbres como plácidas cristianas,
perfumando el alma triste de la tarde en agonía.

Y el nostálgico recuerdo de los sueños de otra era,
plenipotenciario adusto de un país que no fué grave,
agravó el solemne ambiente con tristezas y rencores,



J. J. Illa Moreno

cuando Venus surgiendo cautelosa tras la vera
de aquel bosque desolado y misterioso fué cual ave
nunciatriz de nuevas horas de otros más gratos amores.

Illa Moreno.

VISIÓN

(Del próximo libro «En voz baja»).

Melancólicamente,
al tornar el rebaño,
en la tarde tranquila,
dilata en el ambiente,
sobre el paisaje huraño,
con un intermitente
sonido que hace daño,
su retintín la esquila.

Dirígense al paseo
los ciegos del hospicio,
seguidos de un hermano
que con leve siseo
va rezando el oficio,
mientras el parloteo
de la turba sin juicio
despierta el eco vano...

El ala pasajera
de nubecilla errante
proyecta sombra móvil
sobre la carretera,
por donde, resonante
aparece, en carrera
febril, como gigante
batracio, un automóvil.

Desconcierto provoca
en los niños su agudo
rezumbar repentino,
mientras que, visión loca,
pasa el chauffeur peludo,
con su aspecto de foca
ó de buzo lanudo,
devorando el camino.

Los ciegos olfatean
la estela "capitosa"
del monstruo; la pupila
dilatan; parpadean
con rapidez nerviosa,
y al fin quietos, pasean
su noche misteriosa
por la tarde tranquila.

AMADO NERVO.

Literaturas Modernas

"FANFARRIA DE PREJUICIOS"

DE PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA

Cuando acabé de leer el primer cuento, un escalofrìo recorrió mi médula y un silencio doloroso vino á mis labios. Luego, torpemente, articulé una frase! «¡Es muy humano!...» No dije más. Á estas tres palabras pude en ese instante concretar en síntesis mis impresiones. Pero sentí la necesidad imperiosa de leerlo nuevamente. Era aquello tan hermoso, tan sincero, tan real, tan de la vida!... Y una gran tristeza invadió mi corazón, y una gran piedad enarcó mis labios, y miré hacia allá, lejos, muy lejos, como hacia un pasado ya entre nieblas, ya entre sombras, ya entre ruinas.

¿Qué?... ¿acaso aquello no era el girón palpitante de una vida eternamente atormentada?... ¿Acaso no era todo el sensorio de hombre cristalizado al través de una sola faz, de una sola manifestación cuya mayor fuerza emotiva hubiera anulado todas las otras, sobreponiéndose, absorbiéndoles sus energías y robándoles la voluntad?...

Y miré hacia allá, lejos, muy lejos, y vi siempre á aquel Ruperto Liebe, de pie ante sus discípulos, mostrando de su corazón hondamente lacerado todas sus heridas aún sangrantes, estoico, sublime, así como un maestro que en un gabinete de hospital enseñare una mísera piltrafa durante el curso de una severa disertación anatómica.

Y le admiré. Lo ví grande, erguido, heroico, en medio de su horrible descalabro moral. Y le compadecí... Y lo ví débil, pequeño, lisiado, ya como un pobre ser vencido cuyos menores actos sólo se rigen bajo el reflejo de una vitalidad únicamente instintiva y materialmente impulsora.



OSCAR TIBERIO

Y en verdad que ese primer cuento que nos brinda Perfecto López Campaña en su reciente obra «Fanfarria de Prejuicios», es de una sin-

ceridad y de una concepción á todas luces hermosa. La tesis, modernísima dentro de lo más vívido, tiene un fondo hondamente psicológico; los personajes han sido delineados con la perfecta maestría de un concienzudo novelador, y el medio ambiente en que actúan, lo mismo podría ser el nuestro que cualesquiera otro extraño, puesto que la vida humana allí es en una de sus formas más universalmente experimentable.

Ha sido feliz en la elección de sus tesis el autor. Después de un interesante introito acerca de las diversas teorías y experimentaciones sobre lo finito ó infinito del Amor á través de las múltiples faces de su compleja emotividad como potencia efectiva, López nos sugiere el triunfo de su perduración indestructible poniéndonos como ejemplo un caso típico.

Y es éste un idilio trágico de un desenvolvimiento altamente conmovedor. Aquellos dos corazones jóvenes que laten al unísono impulsados por un mismo anhelo; aquellas dos almas fundidas la una en la otra por una idéntica afinidad de ideas y de sentires, y aquella fatalidad ciega, obcecadora, que se abate sobre ellos en una lucha titánica, es algo que evoca los grandes dramas pasionales que á través de los siglos han perdurado en la imaginación de las multitudes sobre la eterna sucesión de las generaciones idas.

Y no se crea, que los predichos Amantes, sean burdas copias de aquellos héroes de leyenda de otrora. Aquí no es la lucha religiosa, ni la animosidad política de los Capuletos y Montescos, ni la venganza de un rival desdeñado á lo Casio, ni el cínico abandono de un don Juan, ni la fragilidad voluble de una Safo, lo que da perdurable vida y muerte á este drama. Una fatalidad aún más novedosa, más real, más humanizada al ambiente evolutivo de nuestra época, es la que engrandece ese idilio, la que aviva bajo múltiples cambiantes ese Amor, la que atormenta sin piedad á sus héroes, y que, por fin, tras un proceso lento pero perseverante, termina su obra, de la cual acaso fué génesis, para luego ser,—en cierto modo, destructibilidad.

Y digo esto, porque no fueran esas trabas, esos rencores políticos ó religiosos, esas ambiciones de fausto ó de lucro explotado por un desmesurado despotismo paternal; esas traidoras venganzas de un rival aborrecido; esa volubilidad de un amante versátil, lo que han hecho realmente célebres y eternos y admirados un Amor?... ¿No fué ese *pero*, surgiendo como una Roca Tarpeya ante ese torrente de felicidad, desarrollando con su tenaz obstáculo un génesis de pasión infinito, engrandeciendo desmesuradamente la Dicha y el Deseo, haciendo aullar el Dolor, hundiendo en la carne viva el hierro candente de los Celos, despertando la Cólera adormilada de los hombres de la edad bárbara, y todo en una hora propicia y en temperamentos por excelencia complejos y receptores lo que engrandeció un Amor hasta el sacrificio ó el holocausto?... Tal vez, sin la influencia vital de ninguna de esas fatalidades creadoras, él no se hubiera deslizado con la monótona quietud del agua mansa que corre por un cauce que le es común? ..

El Amor?.. ¿Acaso hay nada más natural, más sencillo, más transparente ni más diáfano?... ¿Y acaso también hay nada más nebuloso, más abstruso, más caótico, más laberíntico?...

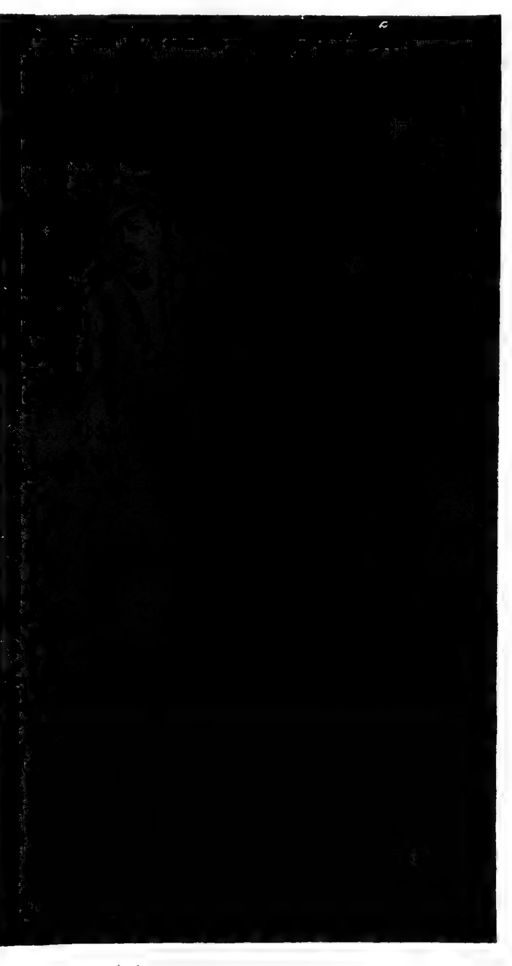
Un Amor común?.. Los vemos todos los días, á cada paso, á cada instante: un frívolo flirt mundano; un interés adventicio; un capricho sensual; una modalidad de nuestro orgullo; una atracción física ó moral más ó menos concebible ó intensa; pero, un Amor voraz, multiforme, normalmente desequilibrado, con placideces de cielo azul y borrascas de océano enfurecido, es algo que se yergue por encima de las almas mediocres y horizontalmente niveladas de las muchedumbres.

Y lo dicho no implica la negación absoluta, de que en los actuales tiempos, pletóricos de un positivis-

mo generalizado, donde todo es veloz y fugaz, donde la vida se precipita en la vorágine de un expreso en marcha acelerada hacia el país de una Felicidad egoísta por excelencia, no quepan almas grandes ó temperamentos sensitivos que sepan gustar de afecciones intensas que pasan inadvertidas ó que son miradas con burlón escepticismo por el cero nominal de las mayorías Y luego, ¿cuántos dramas íntimos se silencian, se suceden ó se ahogan casi á diario, sin trascender ni lograr ese alto grado de fantástica leyenda alcanzado por aquellos que la historia, la novela, la poesía ó el teatro se han encargado de perdurar á través del ciclo abrumador y silente de las edades muertas!

Tal vez á nuestro paso, en el paseo, bajo la máscara inmutable de los convencionalismos ¿cuántas veces late junto á nosotros un corazón héroe de un drama silenciado, callado, oculto él allá en lo más recóndito de un ser en apariencia feliz ó decidor? Y, ¿cuántas veces ese drama trasciende en una simple crónica de gacetilla; allí donde el criminalista sólo ve una protuberancia más ó menos anormal; allí donde la justicia sólo ve un delito que castigar y donde el escándalo se apresta al parloteo del chisme ó al volido de la murmuración?

Y es por esto, que esos célebres Amantes que fueron, hoy para muchos al parecer irreales, faltos de lógica, no concebibles, mirados como locos, como casos psicológicos dignos de estudio, y que en realidad, ellos no han sido sino frutos del ambiente de sus épocas ó consecuencias directas de causas, muchas de las cuales la evolución ha dejado atrás y de otras que aun



Javier de Viana

perduran no obstante la ola avanzante del progreso y de la educación contemporánea, tendrán siempre sus sucesores más ó menos afines ó directos, y siempre conforme á los factores que los produz-

can, y de acuerdo al medio y á la época en que se desarrollen.

Tal, es, en el presente, el caso que en «Fanfarria de Prejuicios» nos describe Perfecto López Campaña. Leed ese cuento, esa joya delicada y sutil, que tal vez ni Maupassant ni Mirbeau cincelaran mejor con los toques enérgicos de sus buriles consagrados. Leedlo, y veréis allí encarnado todo un drama dolorosamente humano en cuyos héroes caben hombres y símbolos á la vez. Leedlo, y durante vuestra lectura, sentiréis revivir allá en lo más hondo de vuestra psiquis algo así como un soplo lejano de vuestra fogosa juventud, como el hálito tibio de una Primavera que fué, como un vago perfume de amores ya idos, reminiscencias de horas que fueron, de dulzuras que os supieron á mieles, y luego, ya al final, en llegando á los últimos párrafos, una gran piedad os hará crispar todo hasta la médula, y diréis abiertamente, sinceramente, si allí no hay mucho que os pertenece, ó algo que estorbó á vuestro Pasado, ó algo que aún estorba á vuestro Porvenir!

El segundo cuento, «Sólo por un beso», es toda una primicia literaria en la que el autor ha concretado todas sus energías al relieve plástico del estilo y al maravilloso desenvolvimiento del diálogo. Aquel fluye fácil, pintoresco, con rasgos de una luminosidad que cautiva; este último surge natural, sin afectaciones anfibiológicas ni retorcimientos de frase, y siempre en un todo adaptable á los personajes que lo promueven

Si en el primer cuento, López Campaña se nos revela un psicólogo sutil, un observador pertinaz y un artífice discreto de la forma, en «Sólo por un beso» se nos da á conocer como todo un perfecto esgrimista del diálogo, de ese escollo de la frase amena y locuaz, de la *causerie* armonizada al ambiente escénico y á la modalidad intelectual de los tipos que se describen.

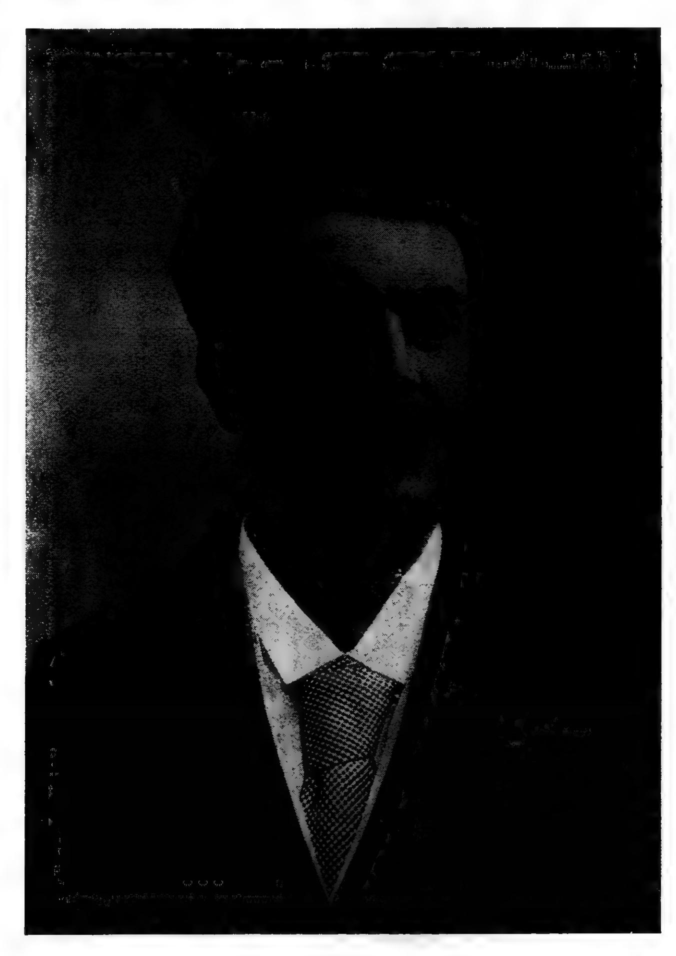
Es «Sólo por un beso» un conato de conquista, una aventura amorosa fracasada por el temperamento frío y monocorde de una mujer exhausta de pasiones, cuya virtualidad pensante y emotiva, tapiada á piedra y lodo por toda una costra de rancios prejuicios y atávicos pregones de una educación inculta, marchítase en una simplicidad estéril y desconsoladora.

En este estudio, breve y vivaz, López nos pinta de cuerpo entero á uno de esos tantos Tenorios de ocasión, cuya megalomanía amorosa, ávida de fáciles éxitos, suele á veces estrellarse en un fracaso ridículo, ante una mujer rehacia, por quien sus anhelos de seducción luego se truecan en un mero y punzante capricho.

Las insinuaciones del cortejante se suceden en una escala ascendente y gradual; las negativas de ella se aferran á una si es ó no es terquedad obcecadora A veces, el recuerdo de una afección adolescente que los uniera otrora, mariposea en su cerebro impulsándola casi á ceder, como concibiendo una resurrección de aquel pasado. Pero medita, compara, hace apreciaciones que ella juzga irrefutables. Allá en la penumbra parpadeante de un bochornoso atardecer, en la estancia solitaria y propicia al beso, él, ya agotada la locuacidad de su verba, se lanza al asalto. Y lo hace ya con ira, con rabia, amparado por la soledad del instante, enloquecido por aquella negativa tenaz; ebrio de deseos voraces que le han golpeteado el cerebro allá en sus afiebradas vigilias insomnes. Hay una lucha breve. Ambos se manotean unos instantes entre el coágulo de sombras cada vez más creciente de la noche que avanza. Luego, por fin, no obstante los gimoteos y las últimas puñadas de aquella nueva Segismunda, él logra suxir sus labios á aquella carne esquiva que se rehusa, y así aquello que hubo de ser un idilio de amor, termina en medio de un pugilato irrisorio de maritornes vulgar.

Y qué hermoso final aquél, qué concretación sintética la de ese estudio, con tanto arte como verosi-

militud descripto, cuando el héroe, una vez llenados sus deseos, ya en la puerta y próximo á marcharse, la grita aquella frase cruelmente acerada, pero que encierra toda la explosión de su desprecio y el desahogo de su ridículo: «¡Imbécil! .. ¡Tanta cosa por un beso!...»



Guy de Maupassant

«Canto de Amor» es todo un bello himno pasional rimado en una prosa poética y vivamente coloreante, de una exquisitez extremada. Hay allí párrafos evocativos, nostalgias errabundas, horas de pasión junto á una ribera insomne, bajo el sutil espolvoreo de oro de un crepúsculo que se amortigua. Allí todo late, todo habla, todo interroga con esa elocuencia muda y sugerente de la Naturaleza sabia Y en tanto la noche cae... Los senderos tórnanse grises; las lejanías se esfuman entre los vapores de la tarde que va á inmolarse: sólo en las aguas muertas de los remansos los últimos vestigios del día aún chispean en un

postrer desvanecimiento de colores en fuga... Y trisca el Amor: un Amor sin trabas, apasionado, sin indiscreteces.. Y en tanto la noche cae. . Un polvo de lapizlázuli, un vaho de sombras, invade las campiñas aletargadas, llenas de ruido y ebrias de sueño ..

« Los censores » es un desfile de tipos comunes á todo ambiente, quienes impulsados por una monomanía de exhibicionismo diario, quieren en todo y por todo oficiar de *páter* ante la admiración pública. Están estudiados con verídica exactitud Yo les veo pasar, deslizarse, escurrirse en medio de toda una mímica mandarinesca henchida de genuflexiones que llevan estereotipado el gesto grave de una augusta paternidad Les veo formar corrillo en los salones, en las veladas del periódico, en el café, en la *rue* Sarandí, en los pasillos de los teatros. Hablan, gritan, gesticulan, emiten opiniones que son sentencias. Y, como créense admirados, escuchados, indicados como hombres sapientísimos, tesoros de ingenio y sabiduría, he aquí que así ellos se pasan la vida, en un charlatanismo estéril, pero siempre girando sobre su *yo* preponderante de astros apagados y sin atmósfera...

En « El patrón », surge el triunfo de un espíritu fuerte saturado de nobles ideales, y el que merced á su férrea voluntad, logra independizarse de un medio exiguo y prosaico á que lo ha encadenado hasta ayer la lucha por la vida. Este poeta, doloroso sensitivo, que acaso pudo ser un Creso de haber sido un buen Sancho, busca en la Libertad y en la Belleza la realización de sus ensueños, que no le ha sido dado encontrar en las cifras tentadoras del Haber ni en las florituras escolares de una buena plana...

« Los Reos », es una página triste y hondamente sentida, en la que el autor nos describe con todos sus horribles preliminares el bárbaro espectáculo de una doble ejecución. En aquella alborada invernal, brumosa y displicente, el cuadro se destaca entre un coágulo de sombras que un sol anémico aún no ha logrado desvanecer. Los verdugos que la justicia ampara, las víctimas que á nombre de un mal entendido escarmiento ella inmola, la muchedumbre inconsciente y ávida de ver, y, por fin, el salvaje holocausto, todo surge de entre la penumbra de aquel lívido amanecer.

Es esta una página condenatoria hacia una ley absurda, que, como dice el autor, cobra impuestos por los alcoholes y proteje á los Fabricantes que lucran con los vicios de muchos desgraciados á quienes mañana esa misma ley ha de castigar.

« Odila », « Dualismo », « La caza del hombre », « El tributo á la avaricia », « El hijo » y « Bajo los ceibos », son, cada una en su género, interesantes análisis contenciosos en los que zigzaguea una sutil psicología y en los que asoma un bello gesto rebelde hacia un cúmulo de prejuicios que el egoísmo ó la ambición desmesurada de los hombres sirve de tierra fértil para que ellos aún perduren en muchas conciencias como sombras errátiles de un pasado que debiera caducar.

Tal es en breves líneas la nueva obra de López Campaña Y en este libro hondo, sincero, pletórico de savia joven y de avanzados ideales, se destaca vigorosamente la personalidad del autor, así como su estilo propio y persuasivo, ondulante en párrafos serenos y pausados, de donde la verdad fluye desnuda, sin recatos pusilánimes ni frases hirientes para esos pobres cerebros aún obscurecidos por el error.

López Campaña es un prosista de garra y de nervio. Él habla como piensa y piensa como escribe. Su paleta es iris y su escalpelo es luz. Sus ideas hacen meditar; su observación encanta; sus descripciones, mesuradas, sintéticas, ebrias de sol y orgíacas de colorido, surgen á grandes rasgos, brillantes y felices, sin caer nunca en falsedades pueriles ni en esos minuciosos inventarios de procurador á que muchos *conteur* conduce el deseo de pre-

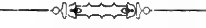
sentarnos una realidad precisa y meticulosa, y que, por cierto, ella tan sólo no ha sido mirada sino á través de temperamentos aún no suficientemente artísticos ni asimiladores.

Por encima de todo temor, por encima de todo convencionalismo, lejos de todo lucro eventual, él nos describe lá vida tal cual es, con todas sus bellezas más fúlgidas y sus errores más nefandos Y esa vida de verdad, ora lozana como una flor jugosa, ora anémica como una joven mujer convaleciente, allá en un crepúsculo que se esfuma entre tonalidades de ópalo, fluye de esas páginas humanas en las que el autor ha volcado su *yo* violento saturado íntimamente de orgullos levantiscos.

Admiremos á este aliado de la caravana heroica que prosigue por la ruta que va hacia la luz Sean nuestras salutaciones más sinceras para este adalid del pensamiento modernizado de un siglo que se insinúa prometedoramente hacia la verdad. Su obra, « Fanfarria de Prejuicios », es una piqueta demoledora y un oriflama de conquista. Ella destruye pero también crea. Y destruir el Mal es Virtud, é ir hacia el Bien es Sabiduría.

JUAN PICÓN OLAONDO.

En Mayo de 1907.



DEL CAOS

A Francisco Alberto Schinca.

Era en la noche eterna. Los volcanes
Vomitaban su lava incandescente,
Y al empuje de roncos huracanes,
Las montañas caían, cual titanes
Heridos en la frente.

Los truenos eran lúgubres tambores
Tocando á carga con pujante brío,
Y mil rayos de vívidos fulgores
Fingieron una lluvia de colores
En medio del vacío.

Revolvióse el océano salvaje
Escupiendo sus olas contra el cielo;
Chocáronse las rocas con coraje,
Y los astros, surgiendo del chispaje
Iniciaron su vuelo.

El Planeta giró sobre si mismo,
Y luego se incendió cual ígnea tea;
Y al apagarse, de ese cataclismo,
Surgió un hombre de lo hondo del abismo
Y en su frente una luz, y fué la Idea.

1907 OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

"Raza maldita"

NOVELA NACIONAL

FRAGMENTO

En el rancho de Juliana, los víveres se habían concluído; no quedaba una piltrafa de carne, una migaja de galleta, una cebadura de yerba.

Había registrado todos los rincones sin hallar nada y desconsolada salió afuera, dispuesta á pedirle á su vecina Manuela--la «Ñata» como la llamaban en todo el rancherío—unas cucharadas de yerba para tomar un mate, pues se sentía languidecer, con una puntada en el estómago que la postraba.



José V. Díaz

Apenas había franqueado la puerta cuando la «Ñata» se presentó.

—Güen día vecina—la dijo Juliana — añadiendo con cierta entonación de sorpresa: Bien' aiga la suerte!... iba dir á verla!. .

La «Ñata» á su vez se manifestó igualmente sorprendida: Güé... qu' casualidad .

—A la verdá, iba ' dir á pedirle una cebadurita é yerba. .

Güé. . lo mismo qu' yo!. Nadita, nadita me queda; 'e rebuscao y nada.. y venía á pedirle á ver si me remediaba...

—Y vido á ña Ciriaca. . ella qu' tiene á la Sofía!... tiene á la fortuna agarrada e la cola.

—La vide; pero anda cortada .. sin un cobre. La hallé rezongando, echando pestes... De siguro que' la fortuna anda rabona como yegua 'e posta... Tüita la gente anda lo mesmo,... si 'sto sigue así vamo' á comer yüyos, raices, ó .. bosta!...

Juliana oyó en silencio la respuesta de su amiga con un gesto de acre incredulidad. Cuando la « Ñata » concluyó, alzando la voz le dijo:

—Y Vd le creyó! . . . miren qu' cándida!... esa escuende la leche; la'ija tiene grasa en los riñones! .. l' an engañao vecina!... Vd. sabe qu'el dependiente 'é la pulpería la visita!... A la cuenta qu' tiene algún maletón bien relleno... Su amistá con esa gente no va ' durar mucho, vecina!...

La «Ñata» por salir del trance le contestó: — Válgame Dios, tiempo malo!...

Juliana, haciendo una pequeña mueca de desagrado, le replicó al punto: — No' . . . el tiempito é' güeno; . . . ' mire qu' mañanita más linda! . .

—Güeno!... pa' l qu' tiene la barriga bien rellena — le contestó la « Ñata », añadiendo:—Si tuviera un jarr 'e leche 'e apoyo, con pan fresquito y manteca .. aun qu' llovieran piedras 'staría lindo!...

Estas palabras molestaron á Juliana, hizo otro gesto avinagrado y replicó: — No hable d' esas co-

sas, vecina ... me dan más hambre.

—Y no cai un hombre! .... pueblo desgraciao!.. Pura pollera hambrienta!... —dijo la «Ñata», cuya fisonomía tomó un tinte de indecible melancolía.

De pronto se dió vuelta y dirigió sus ojos deslumbrados hacia la espesura del monte, que resplandecía bajo la hermosa luz de un sol de primavera.

Juliana había callado también, y de espaldas al monte, contemplaba el campo abierto ante sus ojos, grande é infinito, en el que se veían hermosos rodeos de hacienda vacuna, é inmensas majadas de ovejas recien esquiladas, cuya blancura resaltaba con tomo mate entre el verdor de los potreros en flor.

Largo rato estuvieron así, calladas, contemplando con los cerebros vacíos, el cuadro maravilloso que ofrecía la Naturaleza. De un lado las tupidas selvas que bordean el serpenteado Yí cortando el horizonte en dos partes con una línea verdinegra, y más allá las fértiles praderas del Durazno, onduladas, risueñas, festoneadas las cuchillas como los pliegues de una bata y cuyos declives cubiertos de largos y tupidos pastos morían á orillas del Yí.

El cuadro tenía una amplitud inmensa, dándole singular hermosura la nítida claridad de la deslumbrante mañana. El sol naciente daba tonos de luz y sombra de gran relieve, y todo adquiría un esplendor magnífico bajo su influjo.

Un artista, con beatífica satisfacción, se hubiera sentido avasallado por la estupenda majestad del paisaje, pero la «Ñata», con sus ojos tristes, todo lo miraba sin comprenderlo, sin sentir la «vida» que desbordaba en todos los ámbitos del gran cuadro.

Juliana con la vista perdida en los campos que tenía ante sus ojos, de una horizontalidad casi perfecta, no consideraba la blanca riqueza de ensueño que representaban los rodeos de hacienda y las majadas de ovejas que veía pastar.

Aquello pertenecía á los ricos ... Esta fué, si acaso, la reflexión que pudo hacerse.

De sus labios mudos no salía una palabra, una queja: había algo de desolado y sin fondo en su actitud resignada de bestia aporreada.

José Virginio Díaz.

Funeraria

Sobre el negro ataúd de mi cadáver
La loza sepulcral se colocó;
Mis amigos se fueron uno á uno
Y todo en el silencio reposó...

Los meses y los años transcurrieron
Y nadie á mi sepulcro fué á llorar:
Sólo el musgo—el amigo del olvido—
Creció en torno del fúnebre lugar! ..

Algún ser adorado! cuántas veces
Las hierbas de la tumba pisoteó!...
Pero ya...! ni siquiera se acordaba
Que allí, bajo esa piedra, estaba yo!...

Evaristo G. Arias.

¡Como Mimí!

¡Ay de mí! ¡cuánto padecimos, cuánto,
El día en que te fuiste para el cielo!
Muerta, tenías un divino encanto;
Semejabas un ángel: algo santo
Con la quietud en que comienza el vuelo.

—

Como de cera tus inertes galas...
En el aire Jacob tendía escalas
Como esperando tu ascención por ellas.
Pero, ¡ay de mí! tú ya tenías alas
Prendidas á los hombros con estrellas.

—

Sentí aquel día, entre mi amargo lloro,
A mi consuelo el corazón remiso...
¡Ave-María! te rezaba un coro...
¡Laureaba tu frente un rizo de oro
Como un rayo de sol del Paraíso!

—

Sor de las rosas del Edén, querías
Vivir en tu celeste primavera...
Se evaporaron mil lágrimas mías
Y te hicieron la nube en que partías
Mientras yo en vano sollozaba: ¡espera!

—

¡Y no esperaste, no! ¿Qué prisa ingrata
Te apartaba de mí, querida Ausente?
¿Desde qué estrella de diamante y plata
Qué ruiseñor de dulce serenata
Te preludió su melodía urgente?

—

La paz del cielo te atraía. Aun siento
El eco de tu voz que la imploraba...
Santa Teresa ideal del pensamiento,
Como á un divino esposo, al firmamento
Tu atormentado corazón lo amaba!

—

La Muerte, tu enfermera bendecida,
¡Cuántas noches veló junto á tu lecho!
¡Oh, tísica, ella fué la Bien Venida!
Viento hicieron sus alas... y en tu pecho
Cayó, al fin, la última hoja de tu Vida!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

¡Son los sinceros!

¡Dejadles paso, que son los débiles!
Son los viciosos, son los abyectos,
son los esclavos de sus flaquezas,
¡son plumas leves que lleva el viento!...

¡Dejadles paso! No son cobardes
viles hipócritas; no son de aquellos,
que, porque saben velar lo impuro
de sus pasiones, pasan por buenos.

¡Dejadles paso, que son los malos!
los del estigma... ¡no hay que temerlos!
no son abismos impenetrables...
¡son anchos campos al mundo abiertos!

Dejadles paso, que son sencillos,
que son humildes, que son ingenuos...
son los que tienen la valentía
de sus acciones... ¡son los sinceros!

VICENTE MEDINA.

"APOLO" EN ESPAÑA

NUEVO COLABORADOR

En el próximo número publicaremos algunas poesías inéditas que con la titulada «¡Son los sinceros!» que insertamos en esta página, nos ha enviado recientemente el conocido y festejado poeta español Vicente Medina, autor de « Aires Murcianos», «La canción de la vida» y «La canción de la muerte». Ellas forman parte de su libro «Poesía» que aparecerá en breve.

APOLO agradece al distinguido poeta murciano tan hermoso obsequio.

N. DE LA R.

Erótica

Muerde mis labios que rebosan vida!
Muérdelos con ardor,
hasta que brote sangre enardecida
por mi triunfo de amor!

Y tus ojos chispéen como estrellas
en las noches de abril,
al escuchar las plácidas querellas
de mi anhelo febril.

Y perfume el azahar nuestra ternura
y nos bendiga Dios,
al contemplar la erótica ventura
que nos une á los dos.

Entonces nuestro nido fabriquemos
bajo mi naranjal,
y un himno, todo amor, allí elevemos
á la gloria nupcial.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

Santa Fé, (R. A.) 1907.

Artistas americanas

Eugenia Torres (México)

En Buenos Aires tuvimos el placer de visitar á principios del mes de Julio, á la señorita Eugenia Torres, distinguida artista que forma parte de la compañía Thuillier, actualmente en gira por las principales ciudades de la República Argentina.

La compañía nombrada funcionaba entonces en el Teatro Victoria, y fué allí, donde, después de apreciar los méritos personales de la artista precitada, supimos interpretar y avalorar altamente su exquisito buen gusto y su mímica exenta de afectaciones, dignos ambos de todo encomio.



La eximia mexicana es de esas actrices que se imponen ante el público sin amaneramientos de ninguna especie, y en la escena, conservan siempre la naturalidad del gesto y con ella la serenidad inherente á toda artista dueña de sus voliciones.

Las lamentables abstracciones, ya sean voluntarias ó involuntarias, que ocurren muchas veces á no pocas artistas al presentarse en las tablas, inspiradas acaso por un afán de mero exhibicionismo que hace resaltar sus formas y redunda en detrimento del delicado papel que encarnan, y, por lo tanto, de su personalidad, no se observan en la Torres, lo que acusa un inconmensurable amor al arte, un empeño absoluto en sus funciones y un acierto singular; precursores ellos del triunfo definitivo.

En homenaje á ella ilustramos estas páginas con algunos fotograbados suyos. El último la representa en «Numa Roumestan» en que desempeña de una manera asaz brillante el rol de *coupletista*, pues, á sus facultades anímicas divinamente desarrolladas, se aduna el encanto de su voz acadenciada cuyas tonalidades producen dulcísimas emociones exultantes para el espíritu.

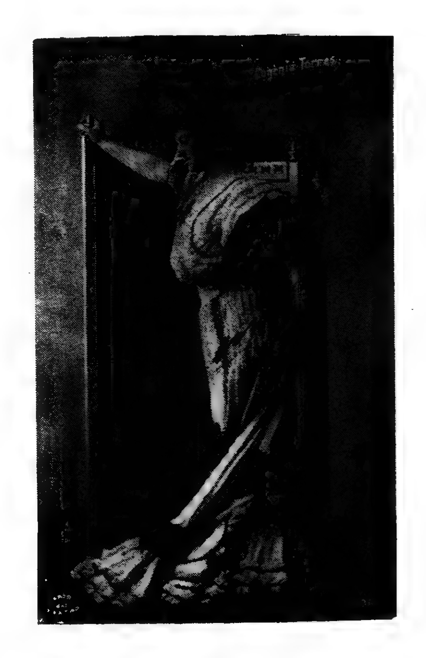
En la matinée celebrada el 9 de Julio último en el teatro Vic-

toria, la Torres desempeñó maravillosamente el puesto de primera actriz, siendo muy aplaudida por un público selecto y exigente á la vez. Se había llevado á escena «El honor», comedia en cuatro actos del célebre dramaturgo alemán H. Sudermann.

Auguramos el triunfo á tan excelente artista.

ALEGRÍAS...

Segué, con mi hoz de amores
todo un trigal, en la mustia
campiña de tus dolores.





En tu derruído santuario
llené de óleo tus lámparas
y de incienso tu incensario.

En tu alma — una cisterna
abandonada y profunda —
vertí el agua de la eterna

Juventud. Los tristes bronces
que por la muerte clamaban
no más clamaron. De entonces

En el azar de tus vías,
el cascabel de mi alma
repicó sus alegrías...

Luis Correa.

Caracas, 1907.

EXVOTO

(SONETOS ACOPLADOS)

Aquel día el humano
Gesto de Mona Lisa
Irradió en tu sonrisa
Y en tu rostro elegiano.

Hoy, que un hondo y arcano
Dolor deja imprecisa
Huella en tu frente, y glisa.
Cual un soplo malsano,

Sobre tu alma que es una
Mórbida sensitiva:
¿Qué triste perspectiva
Tus sueños importuna?

Alma enferma: ninguna
Luz de amor es furtiva;
Eros el ansia aviva,
Y holocaustos aduna.

Ama y sufre; la gloria
Del amor no se alcanza;
Es, acaso, ilusoria.

¡Que en la celda sombría
Del Tedio tu esperanza
No visite á la mía!

Musa de otoño: aun eres
Bella como una blonda
Zagala de Citeres.

¡Sueñas! No te desvíes...
Tú eres como Gioconda:
Sueñas cuando sonríes.

Poniente hibernal

Para Orestes Baroffio

¡Qué poniente tristísimo tú sueñas
En el misterio de olvidada riva!
Ve mi numen en él la perspectiva
Omnicolor de las abruptas peñas.

¡Ni una barca en el piélago diseñas,
Ni un alción en la costa! Tu emotiva
Quimera taciturna traza, altiva,
Los paisajes de invierno que domeñas.

Sobre el mar indolente se deslizan
Opalinos reflejos que agonizan
Como estelas de frágiles piraguas;

Y el poniente, cual una margarita,
Empurpura la mar y deposita
Un ósculo postrer sobre sus aguas.

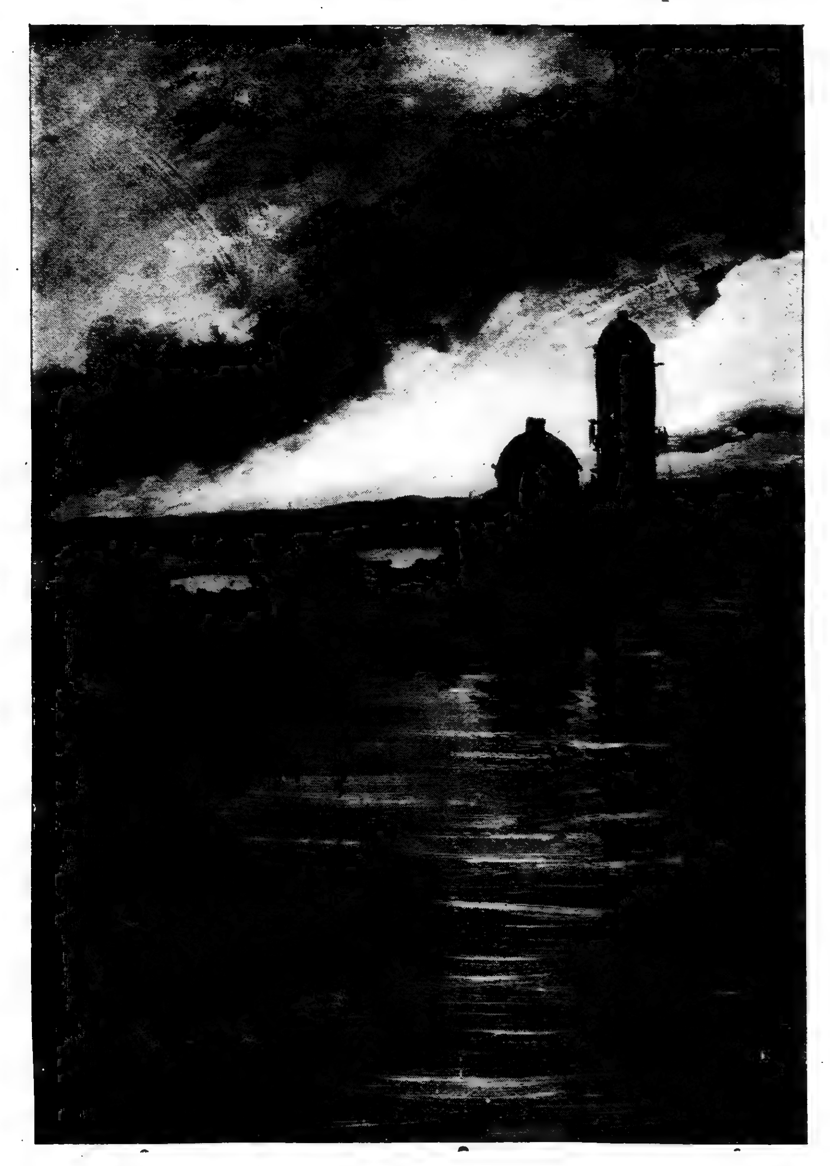
PÉREZ Y CURIS.

Página artística

POR

Orestes Baroffio

A Enrique Crosa.



Monodia crepuscular

Para Apolo.

La tarde sonríe, pero
es preciso al cancionero
sollozar una canción
en memoria del postrero
querer de su corazón.

Pálido azul, rosa y oro
es el cielo vesperal
á la hora en que te lloro,
hermana suave, tesoro
de gracia confidencial.

Fuiste cordial, fuiste buena
en un silencio fecundo;
apareciste serena,
pero añadías tu pena
á la gran pena del mundo.

Tu boca supo un olvido
y tus ojos fueron las
aguas de un lago dormido...
rosa mística ¿te has ido
para no volver jamás?

Callaste las añoranzas
de unos días ya lejanos...
hubo muchas esperanzas
entre tus cándidas manos.

Todo mirífico cielo
sus puertas de oro te abra
y retribuya el consuelo
que dispensó tu palabra;

porque consuelo se lleva
en una mirada ó con
alguna palabra nueva
que sale del corazón,

y fué tu consejo guía
para unos ojos hermanos,
y la esperanza vivía
entre tus cándidas manos.

Por tí sé que hay en amor
irremediables abismos,
y en el ajeno dolor
algo de nosotros mismos.

Y sé por tí que una fuente
bajo la tarde serena
invita con voz doliente
á recibir dignamente
cada goce y cada pena...

Forjadora de ilusiones:
vuelve tus consolaciones
á ofrecerme como ayer,
que yo te daré canciones
acabadas de nacer.

En florilegios lejanos
cada lirio matutino
me recordará tus manos
y tu corneta de lino.

Como una música triste
rememorada serás,
compañera que te fuiste
para no volver jamás.

Evoco lejano día
para que á tí me reúna,
viendo un paisaje que ansía
vivir de su fantasía
bajo la cándida luna.

Suave rosa peregrina
que todo supiste amar:
¿miras la tierra, Celina,
desde la clara vitrina
de algún palacio lunar?

Ya se fué la tarde, pero
no ha podido el cancionero
modular digna canción
en memoria del postrero
querer de su corazón.

Alberto Sánchez.

Bogotá.

Ciclo de retroceso

Estamos en una época álgida de grandes luchas sociales provocadas de consuno por el elemento conservador y el compadraje polìtico en auge, y estas luchas anuncian uu ciclo de retroceso para nuestra democracia

A la política reaccionaria iniciada por el señor Williman apenas escaló el poder, política inadmisible desde cualquier punto de vista y que, puesta en parangón con la de su predecesor, deja mucho que desear por sus efectos contraproducentes en estos momentos de agitación para el proletariado que no permite, lógico es, se menoscaben sus derechos ni se restrinja ninguna de sus libertades, sucede ahora la pauta del atropello, empleada con rigor por la policía que se vale del cohecho para poner un límite á la libertad individual

Atropello cosaco fué la prisión de los compañeros Falco y Bertotto en la plaza Independencia á mediados del mes pasado, como asimismo el consumado por los esbirros y los genízaros después del meeting efectuado en el Centro Internacional de Estudios Sociales en la noche del 20 de Agosto. Con motivo de ese meeting llevado á cabo en medio de la mayor armonía, fueron aprehendidos los compañeros Russomando, Raffo y Bado, firmantes de una solicitud para efectuar aquel meeting de protesta contra las autoridades que procedieron arbitrariamente pretendiendo sofrenar los derechos de ciudadanos conscientes al dirigir al pueblo la palabra; López Campaña, puesto en libertad á los pocos instantes pues su detención se produjo para saciar un deseo de mortificación por parte de la cáfila policíaca; y Pérez y Curis, acusado vil é injustamente de difundir periódicos de propaganda revolucionaria.

Exceptuando á López Campaña,todos fuimos pasados á la cárcel correccional y puestos á disposición del juez, después de pasar un día en el patio más inmundo de la jefatura política, entre los ladrones, mientras conocidos estafadores permanecían en el primer patio discurriendo en charla amena con los escribientes, y tratados con toda clase de consideraciones.

Pero, la libertad llegó al fin, después de una semana de cautiverio, y con ella llegó también el momento de hablar sin reserva alguna y de protestar vigorosamente contra las autoridades cuya lógica es la fuerza bruta empleada en menoscabo de los preceptos constitucionales

. . . .

¿ Qué ? ¿ Acaso cree esa esfinge denominada «autoridad» que esas prisiones y esos desmanes absolutos pueden afectar nuestros ánimos y amenguar nuestro amor inmenso á la libertad ? — Al contrario : ellos son el acicate que nos empuja hacia más allá y enardece el espíritu del pueblo. Es en el cautiverio donde se aprende á amar la libertad y el carácter se templa, se purifica como en un crisol para el comienzo de las grandes luchas reivindicatorias. Es allí donde el Verbo se vigoriza para lanzar sus apóstrofes á los mandones de la legión histrionesca.

¿ Qué importa el cautiverio y hasta la tortura de algunos cuando es en holocausto de todo un pueblo que no quiere ser uncido con lo cobra de de la esclavitud ? ¿ Qué importa ?

La visión del calabozo no nos inmuta De ahí que esgrimamos el anatema contra el actual mandatario que tiene muchos afines en la historia de la América latina.

En artículos sucesivos (pues hoy disponemos de poco espacio para explayarnos como quisiéramos) hablaremos de la política actual, y no cejaremos en la lucha emprendida en pro de los derechos del pueblo hasta que no se nos dé lo que por derecho nos corresponde : la libertad en todas sus manifestaciones.

PÉREZ Y CURIS.

Septiembre 1907.



Adriano M. Aguiar

ESLAVA

Qui trop enchaîne dechaîne
Hurrah ! fils, l'heure est prochaine
Et le vaincu les vaincra
Hurrah ! *Paul Déroulède.*

Es páramo yerto — De Rurik la tierra. — En mar desolado — De blancas riberas — Las bálticas aguas, — Dormidas, se hielan, — Y cruzan inquietos - Cielos de tormenta, — Con el vuelo raudo — De sus alas negras, — Los grajos y cuervos — Aves carniceras — Que de las matanzas — La sangre olfatean.

Hirsutos aldeanos — Del Vístula al Neva, — Osaron altivos — Alzar la cabeza — Al aire lanzando — Viril la protesta - De los que no quieren, — Siervos de la gleba, — En vil servidumbre — Seguir como bestias, — Ni sentir el golpe — De la tralla fiera — Del « Knut », que la espalda — Del hombre doblega — Mil surcos sangrientos — Dejándole en ella, — Infames estigmas — De bárbara afrenta.

Asoman del alba — Las luces inciertas, — La pampa de Ukrania — Parece desierta ; — Arriba, confusas En montón, revueltas, — Del Euro impulsadas — Con furia violenta, — Las nubes de invierno — Corren, cenicientas. — Abajo la helada Llanura blanquea,

— Como si un sudario — Todo lo cubriera, — Y un punto que oscuro — Se alarga sobre ella, — Y ondula en su marcha — Como una anfiobena, — Fantástica tropa — De monstruos remeda, — Tropel de centauros — Que aborta la guerra. — Serpiente acerada — De láminas férreas — Que, audaz, sus anillos — Distiende y aprieta, — Y todo devasta — Como una tormenta, — Columna cosaca — Galopa en la « estepa ». — Visión del estrago — Que el ánimo aterra, — del Don y del Dwina — Cohorte perversa, — De Iván el Terrible — La sombra semeja, — Y, vano fantasma, — La horda siniestra - Que mata, que roba, — Que viola é incendia, — Siguiendo su rumbo — En rauda carrera — A poco se esfuma — Perdida en la niebla, — Más blanca que el blanco — Corcel de Mazeppa.

La nieve amortaja — Llanuras inmensas — Que riegan el Niemen, — El Vístula y Neva; - Humos del incendio — Cubren las aldeas, — Los lobos hambrientos — Salen de las selvas — Y los osos blancos — De sus madrigueras; — Los cuervos en giros — Rápidos, voltean — Y acechan, de lo alto, - La carne ya infecta — De los que cayeron — En la lucha cruenta.

Ay! de los que osaron — Desafiar al Déspota, - Tremolando audaces — Del libre la enseña: — Las tártaras lanzas — De flámulas negras — En ellos hundieron — Moharras sangirentas. — Y hecho el vacío — Que la muerte deja — Tras de sus horrores -- Aun dicen que pueblan — Un feudo oprimido: — La polaca tierra, — La patria de Ostrowski, — Kociusko y Esteban — Bathori, el caudillo — Que en ardua contienda — Hasta el Boristeno — Llevó sus fronteras. — Tras de la matanza — El silencio impera. — Tétrica, solemne, — Como allá, en la « estepa » — La paz del sepulcro — En Varsovia reina . . . — ¡ La paz de Varsovia — Es Polonia muerta!

Del « boyardo » ruso — La ley es la fuerza, — Que al « mujik » domina, — Exacciona y diezma. — Oso con corona — La Rusia europea - De Polonia esclava — Devora la presa. — En tanto bien goza — La autocracia rea, - Y viven y triunfan, — La andorga repleta: — El Czar, el Gran Duque — Y la gran . . . Duquesa, — Que bien simbolizan — Sus águilas negras.

Oh! Themis, tu espada — Es hoy una tea? — ¿ Aun Breno el destino — De los pueblos pesa? — ¿ Tu fiel, tu balanza, — Así inclina, Astrea? — Justicia: A tus ojos - Desciñe la venda; — Verás que tu nombre — Es palabra hueca. — Mas . . . ya luce el alba — De Oriente en la niebla; — Hay en el espacio — Signos de tormenta, — Suben de los llanos — Rugidos de fieras, — Tienen ya encendida — Las bombas su mecha, — Hasta en las prisiones — Crujen las cadenas. — Tolstoy es simiente — Y Gorki un profeta. — Un pueblo ya agita — Sus rojas banderas. — Tras tus pretorianos — Autócrata, tiembla! — De las redenciones — La hora está cerca. Quizás pronto empiece — La lucha suprema, — Y el « hurrah! » tú escuches — De las turbas ebrias — Que al rostro te lancen — Su grito de guerra, — Y sobre tu estirpe — Todo su anatema!

Adriano M. Aguiar.

Por jardines ajenos

"El Eterno Cantar"

La Poesía ha entrado aquí en un período de evolución sorprendente. La dureza clásica que coarta el dulce afán exteriorizador de los espíritus dilectos é impresionistas ha sido ya reemplazada por la humana cadencia y los giros incoercibles de nuevas formas, á cuyo ritmo voluble y leve como las ondas, vuela el ave de la idea, y se deslizan, sucediéndose serenamente, las imágenes, tal un cortejo de ruiseñores en vuelo hacia un Eldorado de armonías.

El verso antiguo, indócil y monorrítmico, á la manera de un árbol milenario sacudido por los vientos, vacila y se doblega ya ante el avance majestuoso del verso nuevo que tiene toda la potencia de un albatros adolescente y gentil.



TULIO M. CESTERO—1907

Y así como en la España contemporánea contribuyen actualmente al desenvolvimiento de las letras modernistas todas esas pléyades de poetas y prosadores como Francisco Villaespesa, con su poesía naturista y de un tierno subjetivismo; Eduardo Marquina, con sus baladas y pastorelas que evocan las églogas de Virgilio y los crepúsculos de Arcadia; Juan R. Jiménez, con el soplo emotivo de sus « Jardines lejanos » poblados de lágrimas y suspiros; Isaac Muñoz, con la prosa lapidaria de sus novelas realistas, plenas de sangre sensual; Valle Inclán, con sus historias ingenuas hechas de luz y armonía, así también, en nuestro país, brega toda una falange de gallardos pensadores—hierofantes del ideal — por el eterno exilio de las fórmulas arcaicas que no son sino la red que aprisiona el pensamiento y oprime el almo sensorio.

Nuestros portaliras de hoy (hablo de los poetas, no de los versificadores) tienden todos á innovar, oficiando en nuevos ritos.

¿Me diréis de Carlos Roxlo que ha permanecido fiel á los cánones retóricos?

Y bien; el suyo es un gesto clásico, quizá el único entre nosotros. Sus poesías, regionales por excelencia, responden al molde hispano y tienen, á pesar, un soplo de arte modernizado. Algunas tienden al modernismo pero un tanto amortiguado.

¿No habéis leído «En un misal» «Perenne exilio» «Himno á la luz» y «En el crepúsculo» llenas de esa rica savia que anima las creaciones estupendas de Amado Nervo y José Juan Tablada, y es el alma helenizada de los «lieds» y las pastorales de Paul Fort, aquel divino camafeísta de «Les Hymnes de Feu?

¿No os parece que ellas señalan una lenta pero eficaz evolución hacia el modernismo?

Yo creo que sí. Espero su nuevo libro.

En tanto, os nombraré, entre otros Poetas, cuya personalidad

bien delineada actualmente, es digna de toda loa por su carácter innovador, á Julio Herrera y Reissig, parnasiano y estilista de verdad: Emilio Frugoni, humanista y pasional, pletórico de gozosos pensamientos; Guzmán Papini y Zás, cuyo estilo omnícromo simula una cauda de luz aurisolar; Angel Falco, el verbo revolucionario, formidable como un huracán de fuego; y el autor de estas líneas, personal y rebelde en su labor.

—

Es con motivo de un nuevo libro de Emilio Frugoni: «El eterno cantar» que escribo estas impresiones.

El autor de «De lo más hondo», poeta de exquisito sentimiento, vibra allí la gama de sus encantos emocionales, y en sus estrofas discurre, diáfano y dulce, un vaho intenso de emotividad.

La Emotividad es la virtud de los Poetas.

Dar á aspirar el perfume de su jardín interior, ya oreado por brisas primaverales, ya batido por el cierzo; expresar sus emociones eximias en ritmos cuya pausa esté impregnada de alegría ó de dolor, de indignación ó de paz, según cual sea el motivo que las produzca y el estado de su psiquis; decir de la vida, sublimándolas, sus dulcedumbres y sus asperezas, en versos que sean el lenguaje íntimo de su corazón lleno del dulce contagio de una sensitiva enferma: he ahí la virtud de los Poetas.

Y, Emilio Frugoni, es un Poeta emotivo «doublé» de un galano orfebre.

Leedlo. No le hallaréis ni desaliño en la forma ni sombra en el pensamiento.

Su libro que es un joyel de armonías y de altos sentimientos cincelado con primor, se diría un «paneau» decorativo ejecutado por los Gobelinos para un trono imperial.

Suavidades de muselina y ondulaciones lacustres hay en la gloria acadenciada de esos versos de impecable euritmia, donde el amor á la naturaleza vuelca su ánfora de perfumes y el corazón su cáliz rebosante de ternura.

El «Canto del Soñador» vigoroso y original, está lleno de esas ideas felices que sugieren la observación profunda de las cosas; la religiosa contemplación de un ícono de reverencia; y los éxtasis meditativos de un pintor panteísta que se sintiera poeta, y murmurase, evocando el corazón de los valles que es un ameno paisaje:

«La courbe d'un vallon m'a fait battre le coeur».

¿Queréis un rasgo de sensibilidad mayor?

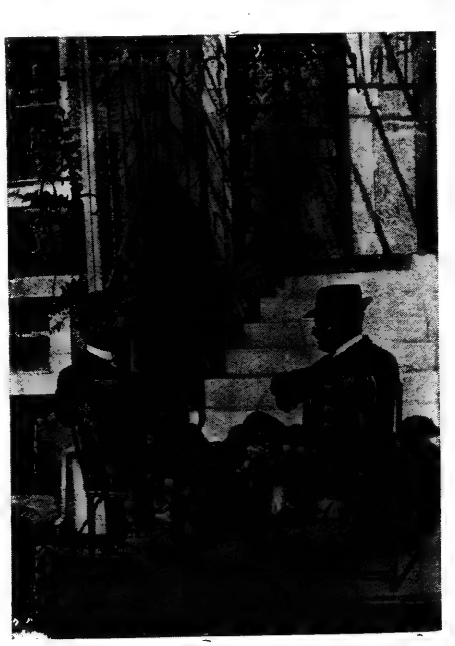
En su peregrinaje hacia la vida, el soñador recorre todas las sendas; escruta todos los horizontes; otea el valle alfombrado de sinoble desde el flanco de las montañas enhiestas que forman un nimbo oscuro, verdinegro á la distancia; y se extasía al fin, deslumbrado por la magia de las visiones terrestres, en la hora crepuscular, cuando el espíritu se recoge en los limbos del misterio y hace de todas sus impresiones un himno exaltado de infinitas añoranzas en que treme, conmovida, el alma del Universo.

Es de admirarse la melodía inefable y serena de ese canto, á cuya gracia, descriptiva y ornamental á la vez, se aduna la oportunidad de la metáfora que glisa risueña y gracil, como un vuelo de colibríes.

En « Suprema loa », « Sol mío » y « Ojos arcanos » el poeta madrigaliza. ¡ Cuánta dulzura, cuánta devoción estética poemizadas en esas rimas sutiles que se desgranas en arpegios de tierna mandolinata !

Y ¡ qué amable ritornelo el de esos « Ojos arcanos » insondables como el mar!

Un lujuriante aroma de nardo y de cinamomo se exhala de «Exhortación» poesía pagana hecha de amor y deseo. Es una exhortación á la ardiente Sulamita, dicha en estrofas de miel que estremecen los sentidos é invitan á la voluptuosidad. Leyéndola, recordaréis los versículos divinos de «El cantar de los cantares». Toda ella está impregnada del enervante aliento de un motivo pasional al que dieran vida las perspectivas del placer.


1 Manuel Ugarte—2 Tulio M. Cestero
En París—1907

«Semblanza», «Ni contigo, ni sin tí», «Attractio abyssi», «A una casada», «Ante el busto de Petrarca», «Ante el busto de Laura» y «Murió de amor...» son un búcaro de sonetos que, como los de «El Sauce», tienen un sello característico de delicados decires que os hacen pensar con frecuencia en las canciones amatorias del Petrarca.

Yo admiro en este Poeta, ese aticismo de artista consciente y firme que le ha permitido repujar magistralmente dos joyas como « Semblanza » y « Attractio abyssi ».

Y admiro también en él, esa exaltación sublime por el alma de lo bello y ese modo de sentir tan intenso, tan hondo, que lo han llevado á labrar aquel, «Camafeo» polícromo y transparente, en cuyas estancias—símbolo de eternos faustos y de rondeles de amor—sopla, como en el « Tríptico de las tentaciones» del exquisito Luis G. Urbina, una brisa de adorable beatitud.

«El Reloj» es un poema evocador de los placeres juveniles, de las delicias que fueron. Su nostalgia, cantada en hemistiquios tiernos, tiene la excelsa virtud de haceros ver el pasado y de suscitar en vosotros un deseo indescriptible de harmonizaros con él.

El libro de Emilio Frugoni nos ha traído con su aparición un nuevo grito de aliento.

Nada importan, pues, las estultas manifestaciones de aquéllos

á quienes la rutina y el amor á los modelos arcaicos les restringe la libertad de pensar y de sentir.

Mayo de 1907.

PÉREZ Y CURIS.



La tristeza de Faraón

Ante el oro suntuoso de sus ricos trofeos,
Bajo el peplo bordado de extraña pedrería,
Faraón está triste, y su melancolía
Nubla sus ojos pardos y aduerme su deseo.

Arde en los pebeteros el cinamomo. Enfría
El ambiente caldeado la brisa del Egeo
Y dentro de una tiara que ostenta un camafeo
Un icor raro filtra, dulce cual la ambrosía.

Las jóvenes esclavas con inquietud rodean
El mutismo del Prócer, y sus faldas ondean
Húmedas levemente por tierno y triste lloro.

Todas ellas ignoran que el corazón del Dueño
Es de la bella Thóser, cuyos cabellos de oro
Trata obstinadamente de recordar su sueño.

ANDRÓMEDA

Prisionera en la roca sobre el azur inmenso
Andrómeda está expuesta al Monstruo submarino:
Inflada su garganta de sollozos, un fino
Hilo de perlas rueda sobre su ser suspenso.

Cubre su dorso núbil el manto negro y denso
De sus cabellos; mira vencida su destino
Y hay en sus ojos algo de místico y divino
Como si huyera el alma en celestial ascenso.

Los Dioses del Olimpo, sordos á su quejido,
Su cuerpo abandonaron en miserable olvido.
Pero alguien, cuyas venas llevan candentes fraguas,

Se compadece amante del moribundo reo;
Y en el azul gemelo del cielo y de las aguas
Impera el gesto magno y airado de Perseo.

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

Julio 1907.



PÓRTICO

(DE MI LIBRO »LIBÉLULAS».)

Para Pérez y Curis.

Mi verso es un melómano taciturno y doliente
Que cruza por la estepa de mis desolaciones,
Con el mismo silencio con que van los alciones
Por el piélago inmenso, tempestuoso y furente.

Ama en las noches largas la caricia silente
Cabe la enredadera de arábigos balcones;
Ama los ojos tristes, y las desilusiones
De la vírgen que sueña con el amado ausente.

Cuando vierten las ondas sus lágrimas de espuma,
Y se enluta el espacio de misterio y de bruma
Mi verso en un abismo desolador se lanza.

Y como un ave triste que se posa en un yermo,
Abre un antro siniestro en mi espíritu enfermo
Y se posa en la noche de mi desesperanza.

GUILLERMO LAVADO ISAVA.

En la Victoria — Venezuela — 1907.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Morirse joven, POR D'AYOT, POEMA EN PROSA. IMPRENTA: VALERO DÍAZ, MADRID. — Es un pequeño folleto escrito con buen estilo y bellas imágenes literarias. Su asunto no es original. Muchos escritores, desde el tiempo de los griegos hasta nuestros días, han loado el mismo tema, sin resultado. D'Ayot en su folleto canta, lleno de mística unción, á la muerte prematura, cuando las carnes conservan su tersa belleza y estallan en el cerebro en revuelta policromia las ilusiones y las esperanzas ¿Porque le canta? Por cualquier circunstancia menos por aquellas que se abroquelan tras un concepto lógico é irrefutable de la verdadera finalidad humana ¿Hemos de temer, acaso, al apergami namiento de las carnes, á las desilusiones, á las diversas vicisitudes de la suerte? ¿Y qué? La vida es todo eso Es dolor y placer, ham bre y hartazgo de ilusiones, de esperanzas y de materia Si nos brinda enemigos que acechan nuestras debilidades para sacar algún provecho, como contrapeso también nos da amigos capaces de todos los más hermosos sacrificios. La vida, tanto en la pubertad como en la edad proterva, tiene sus cosas buenas y tiene sus cosas malas. ¿O cree D'Ayot que es patrimonio exclusivo de la juventud *la alegría del vivir?* Hay viejos jóvenes, eternamente rientes y felices, con las pupilas llenas de mirajes de paz y de armonía; como hay jóvenes viejos, con el estigma de una herencia fatídica como carga, para quienes no alumbra el sol y es páramo desierto y lacrimoso la tierra. ¿Y entonces.. ? Luego ¿dónde iría la humanidad si á las primeras de cambio, en la plenitud de la vida y del vigor, cuando en los músculos hay fuerza latente que se ofrece y en los labios y en las combas ansias de renovamiento, buscara el suicidio como medio de evitar probables futuros desengaños, la muerte de toda creencia ultraterrestre, los dolores, la lenta consunción de las carnes en flor de placer, y las miserias que trae aparejadas el solo hecho de vivir? Tanto valiera predicar la muerte de la inocente criatura antes de que sus labios inexpresivos gustaran el acíbar de la vida, y su corazón virgen se abriera al beso palpitante, á la caricia que pasa, á la mujer que ofrenda sus carnes y su sangre para la acción procreadora y divina ¿En nombre del estetismo se pide á la carne joven la oblación de la vida? ¿Por puro misticismo? Que infinita bobería... ¿Por reclinar la cabeza en un macizo de tules y de rosas, símbolos de juventud perenne? Que infantilismo .. Es más lógico vivir mientras las fuerzas nos acompañan y luego, cuando la muerte nos reclame para la obra de disgregación molecular, morir sonriendo si se puede, de no, llorar amargamente á fin de enternecer á la eterna niveladora y lograr de su dudosa amabilidad unos meses ó unos años más de vida. ¡Si muriendo joven, algo se ganara...!

Como se nos pide, estas son las sinceras consideraciones que nos sugirió la lectura del folleto del señor D'Ayot. Vayan ellas como juicio

De mi yunque, POR ALEJANDRO SUX. POESÍAS. MONTEVIDEO. 1906 — Desde Buenos Aires, donde reside, Alejandro Sux nos ha obsequiado con un ejemplar de su primera obra literaria. *De mi yunque*, aunque con muchos errores, es una obra que revela un laudable esfuerzo, acaso demasiado precipitado. Sux desconociendo la técnica del verso como la desconoce en muchas de sus composiciones, presenta, sin embargo, una característica buena y

generosa que aminora las deficiencias notadas en su obra primera Cuando se canta á la vida de una manera sencilla, sin pose de magister, con el solo objeto de dar libertad al sentimiento narrando las miserias de los humildes, la poesía aunque se incurra en ciertos defectos, es digna de aplauso. Sux, al loar dichas miserias, merece que se le disculpe Siquiera ha hecho obra personal, mala sí, pero al fin obra personal, lo cual es ya mucho cuando tantos son los que con la servil imitación, conquistan un renombre que mal les aviene



Julio Massenet

María del Rosario, por Daniel Ureña. Drama en tres actos y en prosa. San José de Costa Rica. 1907. — Es un drama de pasiones humanas Argumento: una mujer del pueblo seducida y abandonada por uno de esos tantos tipos sociales que el dinero da influencia y espectabilidad en el ambiente. Conclusión: Ricardo, el seductor, es muerto de una puñalada por su víctima, María del Rosario, al negarse por última vez á casarse con ella

El argumento como se ve no puede ser más trivial y, por lo tanto, más humano. Lástima que la conclusión no fuera otra, pues es una conclusión hecha clisé y caída en desuso en el teatro moderno invadido por una corriente de ideas más humanitarias y generosas. En la vida real son pocos los casos que se presentan de que la venganza sobre el seductor sea ejercida por la propia seducida, máxime cuando, (como en este caso), María del Rosario ama con todos los sentidos, honda y enérgicamente, al autor de su desgracia. Esas represalias en la escena estuvieron de moda en épocas pretéritas, en las que, la falsa moral burguesa no había sido atacada en sus fundamentos como lo es en la actualidad, por toda una pléyade de escritores que piensa con la vida Eran efectismos que gustaban, porque el criterio de la multitud no se había abierto aún á las nuevas ideas que lentamente van preparando el terreno para el advenimiento de una moral superior, más humana y, por lo tanto, mas lógica.

Pero dejando á un lado lo que Ureña pudo hacer, juzguemos la obra en sí, en sus personajes y en su desarrollo. ¿Hay lógica en los primeros? ¿Existe verdad en las escenas? ¿Es natural el dialógo? Vayamos por partes. Los personajes, salvo Andrés con su prédica de humanitarismo, son artificiosos y, por lo tanto, se mueven con demasiado efectismo en el diálogo. En la segunda escena, cuando entra doña Chayito, madre de Ricardo, llamada por Miguel, no hay lógica, y el diálogo que sostienen los tres personajes es demasiado traído. Igual ocurre en la escena tercera, cuando doña Chayito queda sola con su hijo invadiendo el terreno de las confidencias. ¿Por qué esas

confidencias? ¿Acaso la simple insinuación que en la anterior escena, en tono más que en serio en broma, hace Miguel á doña Chayito es suficiente para provocarla cuando Ricardo la rehuye y su ánimo no indica nada de anormal? No ¿Entonces á qué viene dicha escena? ¿Para preparar la fuga? Esto es. Pero con todo, hay una precipitación que falsea por completo la escena. Falso es también el momento en que Jacinto, padre de María del Rosario colándose de rondón en la casa de Ricardo, va dispuesto á pedir la reparación á la honra de su hija. ¿Es posible que en el estado de ánimo en que se encuentra, espectase al público un largo discurso, lleno de consideraciones filosóficas, precisamente cuando su propósito es matar á Ricardo? En esos instantes las reflexiones no son lógicas El deseo de venganza clava como una obsesión maldita la idea de reparación en el cerebro. Si se va á matar no se reflexiona y á la inversa. La reflexión podría llevarlo á otra escena cualquiera pero no á la que tiene lugar entre él, Ricardo, Andrés, doña Chayito y Juana la sirvienta, demasiado entrometida para ser sirvienta. ¿Cómo es que Ricardo después de haber dicho á Miguel en la primera escena que Jacinto lo mataría, al encontrarse frente á él, le dice casi sin temor, como si estuviera libre de pecados: «¿Quién hace tanto ruido? ¡Ah! ¿Qué quieres? Dí.» No entendemos la tranquilidad de esa escena donde actúan dos personajes: la víctima y el victimario, ambos en no muy buen estado de ánimo Menos aún, el lenguaje de Jacinto, un campesino tosco que no sabe de filosofías y sí de hechos. Interrogado por Ricardo sobre lo que pensaba hacer, da esta respuesta, bastante *teatral* por cierto pero completamente desacertada: «Que me devuelva la honra de mi hija, ó uno de los dos estorba en la vida. Conque, prepárese. Debía tirarle á mansalva, ya que cobardemente por detrás de mí, dió en tierra con el honor de mi hogar. Le probaré que este infeliz campesino es más caballero que usté, puesto que cara á cara le atacará». Sigue á esto un momento *verdaderamente efectista* y lo que debía concluir en sangre concluye con una retirada de sainete cómico: Jacinto: «¡Canalla lo es usté! (Conteniéndose). No haya miedo Mi mismo corazón me ha desarmado, y así como tiene valor para sufrir, tendrá valor para esperar. Me marcho, me retiro Pero por los huesos de mi madre, volveré, sí, ¡volveré ..!» Telón—fin del primer acto. En los demás actos las mismas escenas forzadas y la misma falsedad en el diálogo ¿El final? Es de un efecto casi churrigueresco. Se grita, se impreca y antes de realizar María del Rosario su venganza, (previo revisamiento del seno para buscar el puñal vengador) ordena como un oficial al frente de un pelotón de soldados: «¡Aquí todo el mundo á presenciar mi venganza!»

En síntesis: el drama deja bastante que desear.

De luz y de hierro, POR ALEJANDRO SUX Y MARIO CHILOTEGUI. BUENOS AIRES 1907 Es un pequeño folleto escrito en colaboración por Sux y Chiloteguy La prosa que lleva por título *De luz* corresponde al primero de los nombrados; la poesía al segundo. *Ensayo de sociología—Individualistas é individualismo* titula Sux su pequeño estudio. Escrito sin mayores pretensiones de analizar el problema que se plantea, con buen estilo, lleno de bellas imágenes, abunda dicho ensayo en consideraciones felices é indica que su autor posee un espíritu observador capaz de afrontar de lleno otros estudios superiores. En diez páginas de un folleto no caben las largas consideraciones y menos aún un análisis minucioso del problema: *individualismo*. Caben sí, ciertas ideas originales y es lo que ha hecho Sux; verter sus observaciones en ese pequeño ensayo, demostrando á la vez sus garras para emprender una futura obra de mucho aliento, extensa y documentada.

De hierro: es la parte del folleto que corresponde á Chiloteguy. Son cuatro poesías tituladas: ***Fibras, Toques de clarín, Del temple*** y ***Del Combate.*** Son poesías revolucionarias hechas con maravilloso arte y bien sentidas. En todas ellas se revela al poeta seguro del dominio del verso, que ama la armonía y sabe de humanitarismo. Fluidas, llenas de luz y colorido intenso, con algunos vuelos atrevidos en las imágenes, pero aceptables porque ponen de manifiesto toda una personalidad que se destaca con relieves propios y enérgicos, ellas más que de un poeta joven nos hablan de un avezado en estas lides de la euritmia. Bien merecen un aplauso quienes, como Sux y Chiloteguy, además de obra humana, han hecho obra de arte.



LEONCAVALLO

Alma. Museo, Los Cantares, POR MANUEL MACHADO. G. PUEYO, EDITOR. MADRID. — La musa de Manuel Machado ya nos era conocida. Habíamos leído su obra anterior «Caprichos» y la que acaba de enviarnos, nos ha gustado casi en su totalidad porque tiene entre otros méritos el de ser absoluta y personal.

Amamos el modernismo y, por ende, loamos á este poeta que coopera con sus esfuerzos y labor importantes al desenvolvimiento de aquél. Sin embargo, no estamos de acuerdo con algunas poesías suyas, inarmónicas á fuerza de una modernidad exajerada y á las veces henchida de desaliño; como tampoco estamos con Rubén Darío en muchas composiciones de sus «Cantos de vida y esperanza».

No creemos que el modernismo en poesía exija ritmos estravagantes ni rarezas vanas en la estructura de formas más ó menos originales, no. La innovación en las formas y el renuevo de vocablos deben de efectuarse con un poco de parsimonia y mientras ambos correspondan á la melodía del verso.

Y, Machado, en su inquietud de artista, descuida algunas veces la harmonía de sus versos. De ahí, que varias poesías suyas resulten monorrítmicas, casi prosaicas, como «Otoño», que á nuestro juicio no debiera figurar en el presente volumen, porque en ella el poeta no nos dice nada.

Descartando esa poesía y algunas otras de alma y corte completamente clásicos, como «Alvar-Fáñez», «Retablo», etc., etc., que hacen pensar en las creaciones insonoras del Arcipreste de Hita, el nuevo libro de Machado es digno de todo encomio. Hay en él sonetos muy sutiles (casi todos) y otras poesías sinceras y originales, vibrantes y sentidas, entre las cuales citaremos «Los días sin sol», «Antífona», (llena de amarga verdad, y porlo tanto, virtuosa), «Remember» y «Abel».

Luces pálidas, POR OROSMÁN MORATORIO. MONTEVIDEO. 1907. — Es un pequeño volumen de poesías de 110 páginas. Lo hemos leído con simpatía y nuestra opinión es francamente adversa á Moratorio como

poeta. Le faltan para llegar á serlo dos condiciones principalísimas: imaginación y sentimiento sin las cuales se llega á hacer versos, muy bien medidos es cierto, pero al fin versos muy bien medidos únicamente, sin alma y sin perfume.

Pasando por alto multitud de pequeños detalles, la misma dureza de casi todas las composiciones que constituyen *Luces pálidas* y el prosaísmo de estrofas enteras, señalaremos algunos errores de concepto inadmisibles en quien, como Moratorio, aspira al título de poeta, que no otra cosa implica la publicación de un volumen de versos seleccionados.

Dice:

« Cantemos el dolor por quien surgimos
Del vientre de la madre, »

No es que surjamos por el dolor del vientre de nuestra madre. Surgimos por ley natural y nuestro surgimiento trae aparejado el dolor.

Y en otra estrofa de la misma poesía, dice:

« Y deja en tus pupilas melancólicas
brillantes hechos lágrimas. »

¿Brillantes hechos lágrimas? ¡ Oh! fuerza del consonante!

Y sigue:

«Cantemos el dolor, como la noche
Oscuro y silencioso;
Oscuro y silencioso, con la dulce
Caricia de lo ignoto. »

No: el dolor nunca es oscuro y mucho menos silencioso. Todo lo contrario, amigo Moratorio...

Prosigamos:

« Cantemos el dolor, el que preside
La noche de la boda,
Y deshoja los blancos azahares
En la pálida frente de la Novia. »

¿Por qué el dolor preside la noche de la boda? ¿Es posible que se sufra dolor cuando está próximo el momento de la posesión? No entendemos lo que su autor quiere decirnos

Y sigue. Página 21:

«Tengo insomnios de rabia y de protesta.»

No señor; ocurre á la inversa: la rabia y la protesta producen el insomnio.

« Enervador como una racha helada. »

La *racha* helada no enerva: acaso tonifica, da vigor á los músculos y agita el cuerpo.

Página 25:

« Entreabiertos sus labios estivales. »

Eso de dar estación á los labios. ¡ Besos estivales! ¡ hum!

« Deja entrever sus senos tropicales »

. . . .

« Sobre sus pechos tibios como un beso ! »

« ¿ En qué quedamos? ¿ Son senos tropicales y como tales ardientes, llenos de fuego, ó son tibios como en el verso final del soneto?

Página 33:

« Se tú la musa de mis sueños. Coje
Mi cabeza que estalla,
Y teje nuevamente con tus besos
Su corona dorada, »

—

« Aquella que ceñiste en una noche
Sobre mi frente pálida,
Sellada con estigma doloroso
Por la mano cruel de la nostalgia. »

De estas dos estrofas no sacamos nada en limpio. Una cabeza que se corona, con corona tejida por besos y ceñida una noche por la mano cruel de la nostalgia... Esto es incomprensible. Si los besos coronan una cabeza á la vez la ciñen y no la nostalgia. Luego.. ! nostalgia! ¿ de qué?

Prosigamos. Página 49:

« Lleva en la alma cubierta de pesares,
Los albos azahares
Con sus corolas mustias y marchitas ! »

Si están mustios y marchitos no son albos.

Página 57:

« Contemplo de la vida en el camino,
Que va la humanidad el aire hendiendo
A impulso de las aspas del molino ! »

No: la humanidad no es un pájaro que pueda *hendir* el aire á impulsos de aspas de molino ni de ninguna otra cosa.

Página 61:

«En que arda tu lasciva, tu joven castidad!»

Una castidad lasciva. ¡Es el colmo!

Página 73:

« Porque si hay que luchar para la vida. »

No se lucha *para* sino *por* la vida.

Página ·05:

«Era la hora del dolor, la hora
En que la gestación del pensamiento,

> Hincha de promisiones y esperanzas
> Al cansado cerebro. »

Las esperanzas y las promisiones saturan el cerebro y no lo hinchan sin correr grave peligro de congestión cerebral.

Páginas 109 y 110:

> « Tu nimbada cabeza ruborosa. »

No, la cabeza no se ruboriza, se ruboriza el rostro.

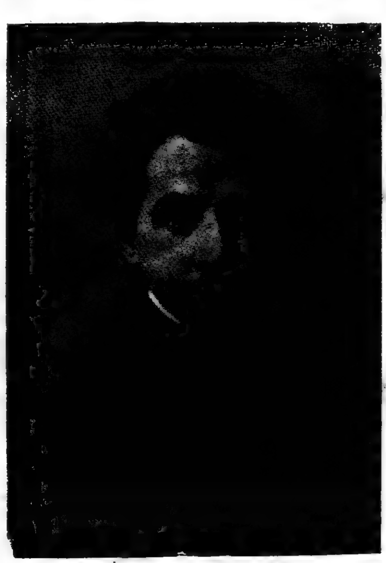
> « Al dejarte mis besos engarzados. »

Los besos nunca se engarzan. A lo sumo, y esto como metáfora, se graban

> «Se acoplan en el nido
> Nimbado de gorgeos, las alondras... »

Esto es una barbaridad ¡Nimbo de gorgeos!

Creemos que con lo dicho basta para dar una idea de lo defectuoso del libro que nos ocupa. Si dispusiéramos de mayor tiempo, entraríamos en mayores consideraciones Pero con todo, es preferible á esperar dicha oportunidad, este modo de hablar franco y claro.



EDUARDO MARQUINA

Voluptuosidad, POR ISAAC MUÑOZ, MADRID 1906 — Es un libro cálido, de locuras genésicas, patologico si se quiere, pero un libro colmado de vida intensa, donde no se sabe si admirar más la belleza del estilo siempre refinado y nervioso, ó la eclosión de ansias carnales, de besos y de lujuria que su autor derrama en cada capítulo, en cada página de VOLUPTUOSIDAD.

No es precisamente una novela como la llama Muñoz, no: es una serie de páginas que huelen á mucha afrodisia, á mirra y á cinamomo. Engendrado en el serrallo, sabe de todos los divinos refinamientos, de todas las locas concupiscencias desmayantes, de todos los afiebrados amaestramientos de las manos y de los labios. En él se loa con unción desesperada y ardiente, á la carne joven que se estremece al latigazo del beso que es un grito de protesta; á la sublime argamasa femenina que vibra como galvanizada al contacto lascivo de unos labios que en desenfreno recorren el cuerpo violando secretos, escrutando sensaciones, provocando desmayos y pidiendo, al fin, la prolongación indefinida é inexhausta del poema siempre viejo y siempre joven del amor á la carne que se inmola.

Decimos: no es una novela. Falta hilación, falta una trama, falta un desarrollo final que cierre como un broche de oro la lujuria. Es un temperamento tropical que vuelca sus ansias carnales en el libro. Un desfile de mujeres poseídas y gustadas sabiamente, con todo el refinamiento de los sentidos aguzados en las liturgias báquicas. Anäis, Beatriz, Pepita, Clara, Manolita, Melita, Laura, Rachel, Yacut, Hanina, Margarita...; un enjambre de mujeres de todas las regiones, de todas las razas, rubias, morochas, todas ardientes, que han brindado el cuerpo como una ofrenda gloriosa á la vida del beso y á la enloquecedora turbación del espasmo prolongado, desfilan por las páginas del libro de Muñoz, llenándolas de perfume y de molicie.

Mucha vida y mucho fuego hay en todo él. Se canta á la vida, se esgrime como inagotable argumento á la mujer; no en sus puerilidades gazmoñas, sí, en sus desenfrenos

eróticos tal como nos la da á conocer Casanova en sus *Aventuras Galantes*. ¿Es perniciosa su lectura? ¿Debemos admitir esa tendencia literaria encaminada á pintar todas las formas más extrañas del amor? Abierto nuestro criterio á todas las manifestaciones del pensamiento moderno, fuere cual fuere su procedencia y finalidad, no estamos con la tendencia que trascienden las páginas del libro que nos ocupa. El amor (y entiéndase que no descartamos á éste de sus manifestaciones fisiológicas y de sus necesidades genésicas), tiene una finalidad más humana y por lo tanto menos dolorosa. No gustemos en sus labios la fiebre insaciada de un placer que no puede colmarse, pues que oficia con todos los rituales de las concupiscencias que labraron la decadencia de otras civilizaciones sepultas. No hagamos del amor un vicio y de la mujer un venero inagotable de placeres que asquean con el tiempo

El amor en la vida y en los libros, por Felipe Trigo, Gregorio Pueyo, editor, Madrid 1907. — He aquí un libro sano y perfectamente humano. Su autor, Felipe Trigo, uno de los pocos escritores de pujante talento con que cuenta la España *nueva*, aduna á la belleza de un estilo personalísimo á la par que sobrio, la profundidad del concepto que lo lleva hasta el punto de encarar con el más franco criterio racionalista, los vastos problemas que se debaten en el vasto escenario de la sociología. No es un libro de ciencia biológica, menos aún una novela de asuntos pasionales. Lo constituye una serie de atinadas observaciones, de críticas razonadas y de ideas sueltas, sobre un tema que, como el *Amor*, ha tenido á través de los siglos y de las diversas organizaciones políticas y sociales de los pueblos, tantos impugnadores en su pro y en su contra.

Trata Trigo en su reciente libro de las diversas manifestaciones é interpretaciones del amor en el complejo mecanismo de las sociedades modernas, despojado de todo preconcepto erróneo, de todo dogmatismo y de fórmulas escolásticas que limitan el criterio, para hablarnos de un amor perfectamente humano, tal como se manifiesta en todos los actos de la vida y en el seno de los hogares Concebido con el propósito deliberado de refutar errores sancionados por las costumbres y aceptados sin previo análisis por la mayoría, se caracteriza por su energía y raro empuje, que llevan á Trigo hasta el punto de escribir brillantes páginas destinadas á destruir las falsas doctrinas de los que, abroquelados tras la pedantería que sugiere el principio de falsa superioridad reconocida por la mayoría en quienes han llegado á una escala superior de la vida mental, se atreven á negar el amor con su secuela de actos fisiológicos necesarios para la vida universal de los seres orgánicos y, proclaman por ende, que el porvenir humano no corresponde al ser partes genitales, sino al ser partes cerebrales, como si posible fuera lo uno sin lo otro.

Ese culto desmesurado á la sola inteligencia que niega terminantemente la importancia de las otras funciones fisiológicas á que está sometido el cuerpo como conjunto de órganos y vísceras, es combatido triunfalmente por Trigo con una serie de argumentos de un verismo innegable. La cuestión sexual *repugnante*, *baja* y *bestial* al decir de muchos, no podrá nunca separarse de las funciones superiores del ser humano, puesto que esas altas funciones no llegarían á *ser* sin ese acto, que será todo lo prosaico que se quiera, pero que constituye el *leif motiv* de todas las luchas, de todos los sacrificios, y de todas las rivalidades que se notan en el seno de las agrupaciones humanas.

«La inteligencia será el todo. Ella formará al Dios despótico que nos subyugará en lo futuro. El ultrarremoto destino evolutivo de la raza humana, del hombre, será su transformación en ideas», según la afirmación teológica, pero la cuestión sexual, el ayuntamiento de

dos cuerpos para la obra procreadora, practicándose seguirá por los siglos de los siglos hasta tanto el ***hombre idea***, en el remoto estado de evolución que predicen los libros sacros, no descubra la argamasa con la cual ha de construir, infundiéndoles vida, los hombres de ese porvenir que sueñan ciertos *intelectuales*.

Trata el libro de Trigo del concepto que nos merece la mujer en la época actual, y lo que será ella en un próximo período de evolución, cuando sobre su libertad no pesen las cadenas que la transforman en una esclava del hombre, sujeta á todas las intemperancias y á todas las negaciones en la vida del hogar y en la vida pública, en lo poco que ella interviene.

El libro que nos ocupa dividido en cuatro partes: *Diversas estimaciones acerca del amor*, *Modos del amor*, *El amor como será* y *La novela eró ica*, es uno de los libros cuya lectura provoca en el ánimo hondas cavilaciones. Sano y humano, escrito sin otra pasión que la de contribuir á dilucidar muchos problemas fisiológicos oscurecidos por un conjunto informe de doctrinas consagradas, merece leerse con toda detención y meditarse.

Garibaldi (POEMA), POR ANGEL FALCO. O M. BERTANI, EDITOR. MONTEVIDEO. 1907 - Angel Falco nos ha obsequiado con un ejemplar de su última producción poética. *Garibaldi*, que así ella se titula, es un folleto de 35 páginas, formato grande, esmeradamente impreso, con un cúmulo de bellezas literarias que las pondremos de relieve en nuestro próximo número, cuando el espacio nos permita juzgar con el detenimiento necesario esta obra de Falco. Por ahora nos concretamos á transcribir los títulos de las diversas partes en que se divide el poema. Ellos son: «La ofrenda del poeta», «El numen», «El beso de América», «El sueño heroico», «La epopeya del corazón», «El evo de sangre», «Caprera» y «En el Valhala». Agradecemos, hasta tanto no nos podamos ocupar extensamente de *Garibaldi*, el obsequio del amigo Falco.

Rubíes y Amatistas (VERSOS), POR J. J ILLA MORENO. O. M. BERTANI, EDITOR. MONTEVIDEO. 1907 — Acusamos recibo de esta obra de Illa Moreno. Ella es buena; revela que su autor posee altas condiciones para la versificación y que su libro está llamado á merecer una acojida favorable y simpática. Muchas composiciones, magüer la diferencia de criterio artístico que media entre el autor de «Rubíes y Amatistas» y el encargado de esta sección, son de un valimiento indiscutible y se imponen á ciertas exigencias artísticas contemporáneas. Bien talladas, macizas en su estructura ideológica, espontáneas aunque faltas la mayoría de ese sentimiento que las hacen asequibles á todas las mentalidades, las diversas composiciones de «Rubíes y Amatistas» se gustan con íntima fruición.

Hasta tanto no nos ocupemos detenidamente de esta obra, vayan estas líneas como un anticipo de la favorable acojida que en el seno de esta Revista ha merecido Illa Moreno con su obra reciente

Pensamientos, POR JUAN MARTÍN BERNAL. BUENOS AIRES. 1907. — Como su título lo indica claramente, se trata de un volumen de pen samientos diversos que, « han sido extraídos de artículos escritos por el autor de este libro, y otros aparecieron en las columnas de la prensa, con el título con que fueron bautizados, que deseamos conservar, como el nombre de un campo de batalla, que se perpetúa en las efemérides gloriosas como una leyenda indestructible». Hay entre los diversos pensamientos que constituyen las 32 páginas de este folleto, algunos que han llamado nuestra atención por la *miga* que contienen.

NUEVAS PUBLICACIONES RECIBIDAS

Páginas Ilustradas. SAN JOSÉ DE COSTA RICA. — Por primera vez visita nuestra mesa de redacción la interesante revista *Páginas Ilustradas* que dirige el señor Próspero

Calderón. Los números que tenemos á la vista desde el 138 al 148 inclusive, vienen repletos de excelente material de lectura, con algunos fotograbados locales Rubran las colaboraciones literarias valiosas firmas de escritores del trópico y tanto la impresión como el criterio que prima en la selección de su material de lectura, hacen de la revista que nos ocupa una de las publicaciones que dejan leerse con sumo agrado.

Nuevos Ritos. PANAMÁ. — Desaparecida la revista el *Hera do del Istmo* que dirigía el brillante é ilustrado escritor Guillermo Andreve, aparece *Nuevos Ritos*, revista excelente, que viene á sostener con laudables bríos la tendencia gloriosa que le cupo defender á su antecesora. Dirigida por el brillante escritor panameño, Ricardo Miro, los cinco primeros números que han llegado á nuestro poder, nítidamente impresos, con variado y selecto material de lectura, hablan muy favorablemente de la vida próspera que en lo futuro animará á la revista. Entre las firmas valiosas que rubran las producciones, anotamos además de la del director y del ex-redactor del *Heraldo del Istmo*, las de Dmitri Ivanovitch, Moreno Alba, David M. Chumaceiro, Julio Florez, Max Henríquez Ureña, Simón Rivas, Manuel Cervera, Mariano Barreto, Luis G. Urbina y una pléyade de poetas y escritores ya consagrados por su fecunda labor literaria.

Revista Ilustrada. EL PASO. TEXAS. E. U A. — Hemos recibido el número 4 de esta publicación mensual que en el Estado de Texas, E. U. A. dirige y redacta el señor Camilo Padilla.

Aunque no consagrada por entero á la literatura y á las artes, las producciones de esa índole están bien seleccionadas.

La Idea. TREINTA Y TRES. — Hemos recibido los primeros ejemplares de este periódico que, en la capital del departamento de Treinta y Tres, redacta el señor Hector Parra y Freire Organo del Partido Colorado tiene también su sección dedicada expresamente al arte y á la literatura.

En Marcha. MONTEVIDEO. — Acusamos recibo del número 3 de esta publicación mensual, órgano de las nuevas ideas. Bien redactado, con excelente material de lectura, *En Marcha* se abre camino en las filas proletarias.

Germen. BUENOS AIRES — También acusamos recibo del número extraordinario de esta revista mensual de Sociología que en la vecina capital dirige el señor Alejandro Sux. Bien impresa, con gran aumento en el número de páginas, su material de lectura, como puede verse por el sumario que más abajo insertamos, es interesante y numeroso.

He aquí dicho sumario: El Motivo, La Dirección, Las ideas científicas en la conducta, Julio Molina y Vedia, Ultratumba, Ramiro Blanco, Origen de la inteligencia y de la moral humana, Winwood Reade, Verdad y delincuencia, Luis Molinari, Sobre la vida, Segundo Nachón, El canto nuevo (verso), R González Pacheco, Voz de lucha (verso), R Roch Naboulet, La firma roja (soneto), Angel Falco, Auguralmente (soneto), Juan B. Medina, El pesimismo (soneto), Pérez y Curis, La leñadora (soneto), Alejandro Sux, Gesto (verso), Ovidio Fernández Ríos, Gotas de tinta, Alfredo Puima Schmidt, Arte social, R. G. P , Los tristes, Fernando M. del Intento, Miniaturas políticas, Siotruc, ¿ De donde viene la vida ? Henry de Varygni, Nuevos colaboradores, Nuestra correspondencia, Nota importante.

Labor. BUENOS AIRES. — Hemos recibido varios números de esta revista quincenal de Estudios Sociales que redacta y dirige el escritor Fag-Libert Se caracteriza por lo enérgico de sus producciones y lo elevado del concepto de todas ellas.

El diluvio. BARCELONA, ESPAÑA. — Ha llegado por vez primera á nuestra mesa de redacción esta revista satírica que se publica en Barcelona. Con buenos y bien intencionados dibujos, el número que

obra en nuestro poder trae una brillante poesía (gallega) de la notable poetisa Rosalía Castro de Murguia. Al agradecer el envío dejamos establecido el respectivo canje.

Fémina. SANTIAGO DE CUBA — Hemos recibido por primera vez esta importante revista bimensual que en Santiago de Cuba dirige la distinguida escritora Magdalena de Peña. Bien impresa, con selecto material de lectura, es una de las revistas cubanas llamadas al mas lisonjero de los éxitos. En sus páginas la sutileza femenina labra la obra de su futura independización.

Letras. BUENOS AIRES. — Ha aparecido en la vecina capital, bajo la dirección de los señores José de Maturana, Julio R. Barcos y Mario Chiloteguy, la revista mensual así titulada.

Letras es revista de sociología y su primer artículo-programa viene repleto de levantados ideales, de propósitos muy humanos que le auguran un brillante éxito El material de lectura es excelente.

CANJE ORDINARIO

Alpha. SAN SALVADOR. — Hemos recibido el número 8.

El Anunciador Costa-Ricense — Llegó á nuestro poder el número 385 de este periódico de Costa Rica.

Natura. MONTEVIDEO — Recibimos los números 42, 43 y 44 de esta publicación mensual.

Letras. HABANA -- De esta interesante revista recibimos los números 28, 29 y 30.

La Quincena SAN SALVADOR. — Hemos recibido los números 96, 97 y 98. Agradecemos el juicio publicado en el número 97 sobre el libro de poesías *Heliotropos* de nuestro director, así como los términos elogiosos en que está concebido.

Caras y Caretas. — Puntualmente recibimos los números de este importante semanario argentino.

Periódico oficial del Gobierno del Estado de Chihuahua — Recibimos el número 46 de esta publicación mexicana.

El Combate. — Ha llegado á nuestra mesa de redacción el número 277 de este periódico que se publica en San Carlos.

El Civismo. ROCHA. — Hemos recibido el número 620 de este periódico.

El Orden — A nuestra mesa de redacción ha llegado el número 88 de este periódico que se edita en Minas.

Tribuna Libertaria. — Nos ha visitado el número 3 de esta publicación, órgano del Centro Internacional de Estudios Sociales.

Libertad. — Hemos recibido el número 4 de este órgano de la Asociación «Libre Pensamiento» de San Carlos.

Vida Nueva — El número 149 de este interesante periódico floridense ha llegado á nuestra mesa de redacción.

Germen. — Nos ha visitado el número 11 de esta avanzada revista de sociología que se edita en Buenos Aires.

El Obrero. — Hemos recibido el número 3 de este periódico que se edita en Rocha.

El Heraldo. MALDONADO. —Recibimos el número 10 de este periódico bisemanal que dirige el señor Luis María Güinasso.

REPRODUCCIONES

De nuestro número anterior han hecho los periódicos siguientes:

Vida Nueva, de Florida: «Pasional», por Pérez Curis y «En secreto», por Alberto Mauret Caamaño; *Los Debates*, San Fructuoso: «Languideza», por Amado Nervo; *El Iris*, Villa del Cerro: «La canción del paria», por Ovidio Fernández Rios y «Pasional», por Pérez y Curis; *El Obrero*, Rocha: «La canción del paria», por Ovidio Fernández Ríos.

NOTAS

Hemos hablado con Rodó, interrogándolo sobre la fecha en que saldrá su anunciada obra «Proteo» y nos ha contestado que aun la tiene en preparación y que talvez á principios del año entrante la dé á las cajas. Será un volumen de regulares dimensiones y como sus anteriores, llamado á agitar el ambiente literario latino-americano. Ya lo saben, pues, las personas que por cartas nos han pedido noticias sobre la próxima obra de Rodó. «Proteo» aún no ha aparecido. Aparecerá á más tardar, el año entrante.

APOLO

REVISTA DE ARTE
Y SOCIOLOGIA

- Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS -
Redactor: PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA

AÑO II — N.° 8. Montevideo — Buenos Aires, Octubre de 1907.

Ráfagas de rebeldía [1]

Á Emilio Frugoni.

Hay un rasgo de luz en los ojos
Exorantes de amor de los parias
En que caben las tintas murientes
Del sol de as grandes miserias humanas;

Y ese rasgo de luz indeleble
Se ha grab..do en el fondo de mi alma
Con el signo augural de las penas
Y los infortunios del golfo que pasa...

No á las almas humildes sonríe
La visión de la gloria lejana,
Ni á los dioses inspiran tristeza
Del siervo oprimido las húmedas llagas;

Alastores que tienen por ídolo
El retrato de algún heresiarca,
Los que ocupan el trono dan flores:
Mandrágoras lúteas que todo lo empañan;

Y en la báquica fiesta le brindan
A cualquiera bacante sus almas,
Y entre ritmos y frases obscenas,
Bebiendo en sus labios de virus se embriagan;

Mientras ebrio de llanto el ilota
Con harapos sus úlceras tapa,
Y no puede dar pan á sus hijos:
El pan que á los pobres la tierra consagra.

(1) Del libro «Heliotropos», agotado, y en prensa la segunda edición aumentada.

Y esos hijos del triste ilotismo
Cuyas quejas á aquéllos exaltan,
Así nacen y viven esclavos
Y mueren consuntos cual árbol sin savia.

Y los amos ¿lamentan su muerte?
Como cuando se agosta una planta:
¡Sólo sienten la muerte de alguna
Que cupo en su lecho capciosa sultana!

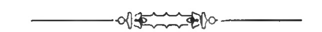
Esto influye en mi Verbo que os dice
Con su voz de Minerva indignada:
¡Rebelaos, humildes ilotas!
¡Haced el bochorno de dioses y sátrapas!

Porque así seréis libres y dignos
Del concierto social de las razas;
¡Que á la hueste viril de Kosciusko
Jamás amedrenta la voz del monarca!

Sagitarios: lanzadles saetas,
Quiero ver agotar vuestra aljaba;
Lapidarios de estrofas: decidles
En versos de fuego que enciendan las masas:

¡Abdicad ó morid! que los pueblos
De este ciclo de luz incendiaria,
Ya no quieren históricos ripios
Que empañen la gloria del sol de los parias!

PÉREZ Y CURIS.



Historieta de amor

Era en el tiempo de nuestras primeras citas.

Nos refugiábamos bajo los árboles del huerto, y allí, turbados por emociones indefinibles, ni ella ni yo sabíamos cómo romper el voluptuoso encanto del silencio.

Mis ojos todavía inexpertos la miraban con ansia, en tanto que me atormentaba el deseo de llevar mis labios hasta donde iba la mirada.

Su timidez de niña la aconsejaba acompañarse del hermanito pequeño. ¡Encantador testigo aquel rubio muchachito de dos años! Lo besaba ella pensativamente. Luego venía él hasta mí y brindábame con sonrisa picaresca sus labios todavía rojos.

Yo retornaba el mensaje en la boca del niño.

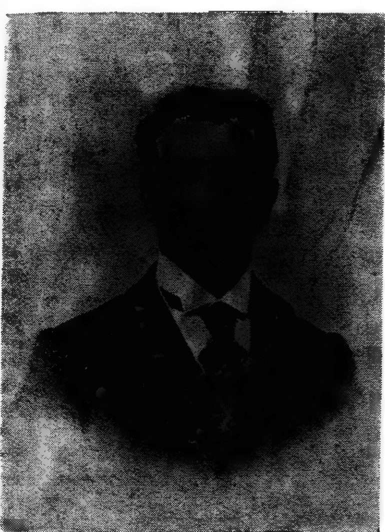
ERNESTO MONTENEGRO.

Almas desnudas

Los ojos verdes llamearon con fiero mirar; restalló su lengua, despiadada, feroz, seca, en duro azote quevedesco. Como el gran satírico, despojaba á las almas de sus carnales envolturas y las presentaba en desnudez de verdad.

Y dijo así:

«No pretendo atormentarte con relato de podredumbres y miserias. Mi corazón, lacerado de amores; mis ojos, cautivo de femeniles gracias, sólo figuras de mujer acarician, y rastros de amor persiguen. Pudiera decirte que es mentida la inflexibilidad de aquel juez; que la vara de su justicia se dobla al halago de la lisonja ó al peso de la dádiva. Señalarte podría los cobardes desalientos de este soldado, que finge en la paz gallardías de guerra; los tratos infames de aquel que se reboza en manto de filantropía; la vergonzosa usura de quien pasa por hidalgo y caballero .. ¿Para qué? Tú, como yo, lo sabes. Respetamos la ajena máscara, por no vernos desposeídos de la propia. Acaso algún día se pudran en mi alma los gérmenes de nobleza, y lozanas florezcan semillas de maldad.



ADOLFO LEÓN GÓMEZ

Contempla la «grez de engañadores engañados» que dijo Campoamor, aquel poeta humorista, amante las mujeres –; «las esposas aburridas y los maridos fastidiados»: ellos, tediosos, indiferentes; ellas melancólicas, lacias. Van silenciosos. El silencio - ha dicho Maeterlinck —es el sol que madura los frutos del alma; y acaso en el silencio las almas remontan su vuelo grácil á la ciudad ideal, donde, enamoradas, se besan.

Pero no todos los espíritus tienen alas, ni se ciernen en atmósferas puras: algunos torpemente rastrean, esclavos de sus egoismos terrenos, sin anhelos ni ansias de aire y de luz

El amor, alegre en su volubilidad tornátil, entristecióse sometido á ley ineludible de constancia: La posesión es causa de hastío; del hastío brota el engaño.

Nos casamos sin conocer á las mujeres. Fl noviazgo es fingimiento y mentira. Bajo la inquisitorial mirada de la madre, es toda melindre y dulzuras la doncella, que, dueña de su casa, truécase en mujer irascible y caprichosa.

Las mojigaterías de la educación española — afeites del alma velan y encubren, con rigidez hipócrita, ideas y sentimientos. En el trato insubstancial de los novios, no le es posible al hombre moldear el corazón de la que ha de ser su eterna compañera

¿Ves aquella morena? Sacrificada al egoísmo de sus padres, sepulta en la melancolía de los ojos negros el recuerdo de su primer amor. Fieles son su espíritu y su cuerpo: aquél á la pasión primera, éste al amor santificado. Presume de honrada.

Sólo es fría.

Mira aquella rubia. Casada sin ciencia de amor, se entregó, generosa, al primer hombre á quien amara de veras No fué su marido.

¿ Nada te dicen aquellos ojos azules ? Son de una vanidosa, que, por vanidad, se entrega. Le encanta ser comidilla de club y cebo de escándalo. A ser las gentes discretas, ella sería honrada.

Los ojos de mi amigo, como los del licenciado calabrés, del sueño de Quevedo, « ojos de espulgo, vivos y bulliciosos », escudriñaban la multitud. Y unas tras otras, en doloroso engranaje, hirieron mis odíos traicioneros, infamias y falsías del amor legal. Enseñóme, roto el consorcio de los cuerpos, extraños maridajes de las almas. Y en quietud el látigo de la sátira, apuntó el misticismo del espíritu enamorado, creyente en la ciudad ideal maeterlinckiana.

Anochecía. Los coches se apelotonaban en la última vuelta del paseo. En un cielo azul, lívido, asomaban los astros temblorosos.

Peregrinos de la vida, nacemos bajo la estrella de un amor, y su luz alumbra nuestro camino. A veces cerramos los ojos, y, aun á través de los párpados, percibimos sus resplandores. ¿ Qué importa que una luz terrestre declare indisoluble el lazo contraído por conveniencia ó por engaño ? La luz de la estrella nimba, cerca ó lejos, en el principio ó en el término, la figura de la mujer amada. Y si en la tierra los cuerpos se separan, en la ciudad ideal las almas se besan.

¡ Míralos ! Matrimonios que en la fidelidad se aburren ; hombres que sacrificaron su amor y mujeres que dominaron su cariño . . . todos melancólicos, todos tristes.

Tienen la tristeza del ladrón de ajenos amores ; la melancolía de quien se ve robado de los suyos.

ENRIQUE DE MESA.



¡ Los hombres ! . . .

De la « Canción de la Muerte »

Los pajaritos conocen á los hombres . . . Al verlos venir han revoloteado en las ramas de los árboles, se han agitado inquietos . . . ¡ Saben que los hombres los matan á tiros y deshacen los niditos calientes ! . . .

Los hombres se han detenido cerca de los árboles : son tropas que traen un desdichado reo para fusilarlo.

La sentencia se cumple rápidamente . . . ¡ la víctima cae atravesada por las balas ! . . .

A la fatídica detonación, los pájaros, alzando el vuelo y huyendo despavoridos, parece que dicen angustiados con su lastimero piar : « ¡ Los hombres ! . . . ¡ otro nido deshecho ! »

VICENTE MEDINA.

DE VICENTE MEDINA

Para Apolo.

Venus dolorosa

Venció la miseria,
la gran Celestina despótica y bárbara,
prestando su ayuda la noche de invierno
con sus desamparos y sus amenazas...
Venció y en la sombra vendióse la virgen
de rostro de niña, de carita pálida...
¡la sombra piadosa
su rostro velaba!
Venció la miseria...
Las sensuales manos palparon con ansia
¡las vírgenes carnes,
que ateridas de frío, temblaban!...
Y al sentir el temblor angustioso
de la virgen hambrienta y escuálida,
las manos del hombre
temblaron sin ansias
¡y en la sombra piadosa la virgen
de rostro de niña, quedó inmaculada!

Abismo

El arrogante, viril mancebo
junto á la reja las noches pasa...
¡Ay del mancebo cuyos ardientes ojos obscuros
de los azules ojos no aparta!...
¡¡ay del mancebo que á la caricia mortal se entrega
de las menudas manos lascivas, suaves y blancas!!...
. . . .
. . . .
Murió el mancebo... Lo consumieron los claros ojos
con su insaciable, febril mirada...
¡lo consumieron con su caricia
las manos blancas!...
Tras de la reja,
la niña cándida
de los azules y claros ojos,
¡mira á los hombres, con su insaciable, febril mirada!
. . . .

Vicente Medina.

EQUILIBRIO

Para «Apolo»

I

La que olvidé por demasiado buena
puesto que en el espíritu tenía
yo no sé cual dulzura nazarena
y en la voz yo no sé cual melodía,

siempre que paso por la calle plena
de soledad y de melancolía,
alza los dulces ojos de la arena
y me dice con ellos: ¡Todavía!

II

Y aquella primorosa castellana
para la que mi espíritu resume
perfume y canto, como la mañana
resume canto y singular perfume,

siempre que la requiebro y la suplico,
burla mi gesto y mi palabra trunca,
mientras con el marfil del abanico
se da en los dientes y me dice: ¡Nunca!

—

Comulgo esta gemela encaristía:
Dolor por esa mi quimera trunca,
Placer porque me quieren á porfía...
Son unos labios que me dicen: ¡Nunca!
y unos ojos que gritan: ¡Todavía!

Barranqu illa, 1907.

MORENO ALBA.

Sully Prudhomme

Dado su carácter esencialmente literario Apolo, no puede olvidar la reciente fecha del fallecimiento del poeta francés Sully Prudhomme, sin unas modestas líneas dedicadas á su memoria á manera de homenaje póstumo.

Sully Prudhomme nació en París en 839. Hizo sus «debuts» literarios en 1865, al lado de Catulle Mendés y aquel gran loco de Glatigny, con un libro de versos intitulado «Stances et poémes» que apareció más ó menos en igual época que «Philomela» y «Les Vignes folles» obras respectivas de los poetas citados.



Sully Prudhomme

Un año más tarde publicó una notable traducción de los versos de Lucrecio, y después, sucesivamente, sus libros «Les Solitudes», «Poesies», «Les Ecuries d'Augias», «Croquis italiens», «Les Destins», «Les Epreuves», «Impressions de la guerre», «La Revolte des fleurs», «La France», «Vaines tendresses», «Justice», etc., etc.

En todos los versos del fecundo vate hay un gran fondo de sana filosofía, y se distinguen por la precisión del ritmo y la gracia armoniosa. Sus alejandrinos son célebres por la nobleza y magnificencia de la forma, y en sus sonetos filosóficos se plantea el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento.

El poeta pertenecía á la «Academie» desde el año 82; era caballero de La Legión de Honor y había obtenido varios premios, entre los cuales el de Vitet en 1878 y el Nobel en 1901.

Sully Prudhomme ha sido, pues, una figura descollante del Siglo XIX y en el Parnaso Francés le corresponde, en la hora de su muerte, sitio de preferencia al lado de Musset, Víctor Hugo, Baudelaire, Banville, Paul Verlaine, Leconte de L'Isle y otros grandes poetas fallecidos.

Apolo engalana sus páginas con el retrato del Maestro, quien á estas horas hace ya cerca de un mes duerme el largo sueño en el Pantheon de París, que habrá recibido sus ilustres restos, inclinando ante su ataúd el glorioso epitafio impreso en su fachada: «Aux grands hommes, la patrie reconnaissante».

EL MÍSTICO (1)

Camina en la noche
Cual pálido espectro;

Viste una sotana
Color verdinegro;

Sus manos huesudas
Huelen á esqueleto;

Y está solo, solo,
Solo como un cuervo;

Marcha hacia lo obscuro
De un sitio desierto;

Lleva un viejo Cristo
Colgado á su cuello;

Hay en sus miradas
Flamas de misterio;

Sus labios contraen
Rictus de silencio;

De sus pies descalzos
Brota un charco negro;

Sus puños nervudos
Lastímanle el pecho;

Y en la eterna noche
Nadie oye su rezo.

Su rezo es un himno
De paz y silencio;

Ruega por los Santos
Y por los perversos;

Llora por los torpes,
Llora por los genios;

Y por los que ocultan
Sentires intensos,

Por los pasionarios
Fiebrosos, sedientos,

Aquellos que sufren
El sordo veneno

De lo irrealizable,
Del *Mas allá* inmenso,

Con mirada loca,
Por esos, por esos,

Con mirada loca,
Se atraviesa el pecho.

—

De su boca triste
Fluye un charco negro,

Y muere en la noche
Del Mundo incompleto;

Muere solo, solo,
Solo como un cuervo.

—

Le ven los que pasan,
Legiones de huecos,

Le escurren el bulto,
Se apartan con miedo;

Y dicen: — Un loco,
Y dicen: — Un ebrio,

Y dicen: — Un vago,
O bien: Un enfermo,

Y algunos: — Un sucio,
Y algunos: - Un perro....

Muchos ni le notan....
Dios le abre los cielos.

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.
1907.

---

(1) En el soneto «La tristeza de Faraón» del señor Minelli González, publicado en nuestro número anterior, se nos deslizó un error. El final del primer verso es en singular y no en plural como apareció. — Queda salvado el error.

DÍPTICO

ROMA

El alma de los siglos tutela en las colinas
Maternalmente el sueño de la imperial ciudad
Donde fueron Nerones y locas Mesalinas
En una fiesta insigne de Voluptuosidad.

Dicen las columnatas la canción de las ruinas
Con el habla evocante de la olímpica Edad,
Cuando abruman los ecos las maremmas vecinas
Y un alucinamiento puebla la soledad.

Todo es allí solemne; la joven *popolana*
Tiene en su andar un aire de emperatriz romana
Frente á las majestades de un regio atardecer,

Cuando allá, bajo el Tíber se adolora Giuturna
Y el alma de la Eterna se aduerme taciturna
Junto á su río como lo hiciese una mujer.

VENECIA

Yo te ensoñaba ¡oh, blanca ciudad de las lagunas!
En mis noches enfermas de mística hebetud,
Como un rincón de ensueño bajo no sé qué lunas,
Todo miraje extraño, todo edenal quietud.

Casi escuché tus ledas cántigas mientras cunas
Las góndolas dormidas á los vientos del Sud,
Y sorprendí los éxtasis de tus mujeres brunas
Cuando de amor se añora noctámbulo el laúd.

Yo ví las blancas nixas danzando en tus canales
A la luz fabulosa de los Eltos astrales,
Como en un sueño de hadas de una vieja Stambul;

Y sé lo que en el Lido te salmodian las olas
¡Oh, Novia de los Duxes! cantando barcarolas
Que hablan de cosas raras como de un cuento azul.

ANGEL FALCO.

Las manzanas

Por el sendero perfumado y lleno de la tibia luz de la mañana, iba lentamente el señor Cura Bajo el brazo llevaba un paraguas de verde tela y en su vieja y lustrosa sotana, el sol ponía refulgencias de seda. Iba pensativo, y de cuando en cuando se detenía á aspirar con deleite la fresca brisa olorosa á azahares que venía de la montaña, ó sacaba de su bolsillo la desteñida petaca de cuero, de donde tomaba poquitos de rapé con que se refregaba la nariz.

Descendía el sacerdote la estrecha pendiente, espantando con su negra y larga figura los alegres pajarillos, cuando oyó á lo lejos un murmullo de risas cristalinas ¿Qué será aquello? se dijo el buen pastor prestando atención y picado por la curiosidad, dirigió su despacioso andar hacia allá, abajo . A poco, y siguiendo siempre al lugar de la algazara, se internó en una frondosa montañilla, de donde brotaba un riachuelo que presuroso se perdía por entre las verdes praderas...

— Ah! son las ninfas que juegan en el río — pensó — probablemente voy á una fuente encantada .. Y temeroso de espantarlas, como á las alegres avecitas del camino, encorvóse para no topar con las ramas, y empezó á andar despacito, cuidadoso de que no fueran a quebrarse las hojas secas bajo sus pies Y á medida que avanzaba, los gritos y las risas se oían más cercanos De pronto, y á través de una tupida enramada, el sacerdote vió la hermosa fuente que formaba el río y que rodeaban sauces de luengas y susurrantes cabelleras Y bajo la dulce y misteriosa claridad que traspasaba el toldo sombrío que tejían las ramas de los altos árboles, el cura, todo sorprendido, vió con asombrados ojos: Mujeres!! Mujeres!! no ninfas.

Sobre el muelle césped que se extendía á la orilla, una linda muchacha medio desnuda é indolentemente recostada, reía, reía bulliciosamente, en tanto que con uno de sus breves pies, golpeaba el agua que caía en menuda lluvia sobre la superficie; y entre el río, — oh pecado mortal! - se dijo el señor cura santiguándose, desnuda y divina, otra bella mujer, cuyo busto á flor de linfa, mostraba la preciosa turgencia de sus senos sonrosados y pequeños. Y el sacerdote que por primera vez en su mística vida contemplaba tal cosa, extasiado se decía: Parecen dos manzanas!! Qué pecado! Qué pecado! y por su cuerpo de carne inmaculada, sintió pasar un extraño escalofrío ..

Al fin, y como un enorme ramillete de lirios, todo blanco, surgió de entre las aguas, el cuerpo de aquella hermosa mujer. El señor cura cerró los ojos, y persignándose, se alejó despacito, con cuidado, que no fueran á quebrarse las hojas secas bajo sus pies, y repitiendo entre dientes: — Parecían dos manzanas aquellas cosas! Qué pecado! ..

Y por el sendero lleno de la tibia luz de la mañana, el señor cura siguió camino de su casa.

—

A la hora acostumbrada, sobre un blanquísimo mantel, la vieja hermana del eclesiástico servía el almuerzo entre dos floreros azules, cargados de nardos y azucenas.

En frente y por la abierta ventana que daba al huerto, oloroso á tomillo y á yerba buena, se veían los floridos arbustos y la roja torre de la iglesia.

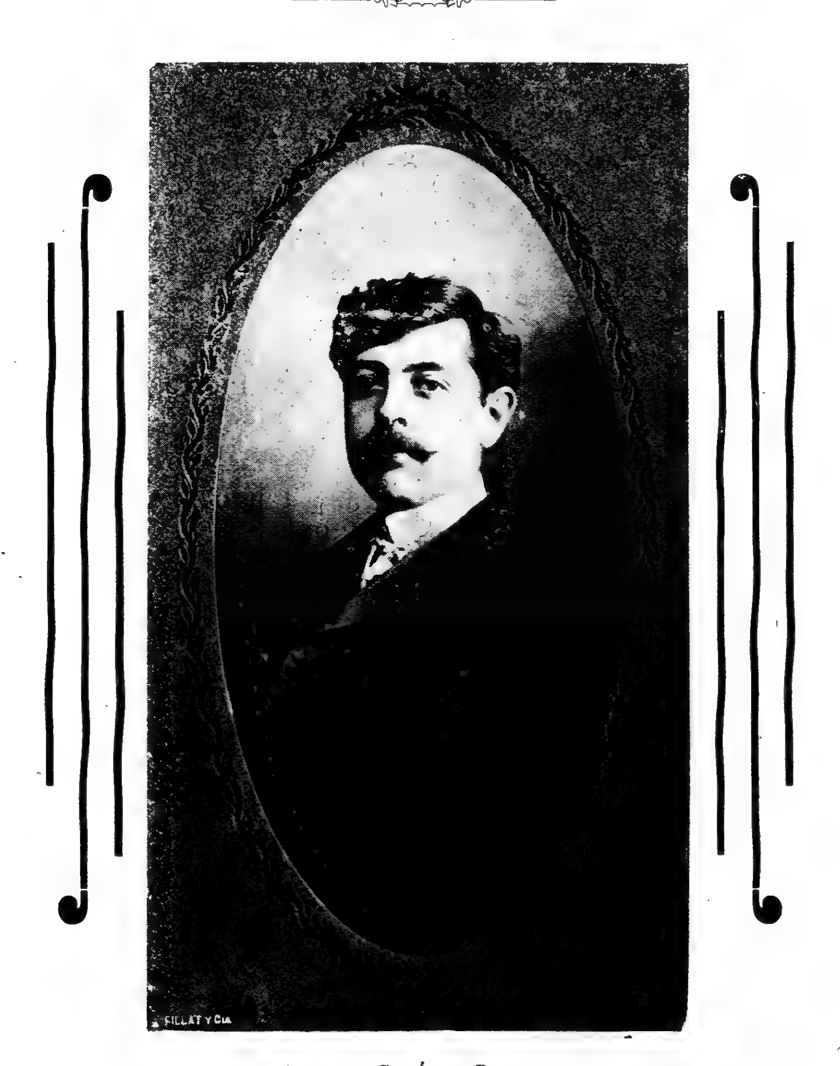
— Aquí tenéis, hermano,— dijo la flaca viejecilla, presentando al señor cura, en un plateado plato, dos manzanas sonrosadas y pequeñas; — son

las primeras de esta cosecha, añadió — probadlas, que de seguro os gustarán

—Y el señor cura, encendido como la grana, santiguóse, y apartando á un lado las frutas, exclamó en el colmo de su turbación: — Parecían dos manzanas! qué pecado!! qué pecado!!

RAFAEL ANGEL TROYO.

Cartago de Costa Rica.



ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

DE MIS TRISTEZAS

A Amado Nervo

Ven, que yo estoy muy triste y muy enfermo.
No me abandones, ¡no! Yo te lo imploro;
¡No te puedo soñar, porque no duermo,
Ni te puedo olvidar, porque te adoro!

Yo me siento morir. Duelo infinito
Tengo al no verte por la vez postrera;
¡Si haberte amado mucho fué un delito,
Culpable soy, y es menester que muera!

Ven á rezar tus oraciones suaves
Junto á mis labios, y en un santo anhelo,
Con nuestros besos las haremos aves,
Y siendo äves, volarán al cielo!

Ven, que se acerca mi cruel partida,
Porque antes quiero, en un abrazo fuerte,
Que despiertos soñemos con la vida,
Y soñando olvidemos á la muerte.

Ven, que mi noche es negra, y tengo miedo.
Consuélame, siquier en mi agonía;
¡Quiero morir sin verte y no lo puedo;
Y no puedo vivir sin verte un día!

¡Pero ya no me quieres! Las congojas
Hieren mi corazón, que se consume;
¡Cómo cambian los árboles sus hojas!
¡Cómo pierden las flores su perfume!

¡Cómo mienten amor los corazones!
Ayer que era ficción toda mi pena,
¡Cuántas lágrimas ví, qué hondas pasiones,
Qué de grandeza en ti, ¡Cuánto eras buena!

Y hoy que es verdad que muero, tú me olvidas;
Por eso triste pienso en mis dolores:
¡Cómo acaban las cosas tan queridas!
¡Cuánto sufren las almas sin amores!

OVIDIO FERNÀNDEZ RÍOS.

Setiembre 1907.

Dios y Eros

Salen del internado del colegio ó de la academia técnica un joven y una joven con sus «carreras» concluidas. Su pequeña dieta de escolares transfórmase en sueldo que les per m te completa autonomía. Tal vez están enamorados (no apasionados) desde las mismas aulas, con el digno amistoso amor crecido en una comunidad de trabajo intelectual . , y se casan.

¿Se casan?

Quiero decir que si persistían en mayor ó menor amplitud las sectas religiosas dentro del socialismo (esto dependerá de la fuerza intrínseca de aquellas, porque el socialismo, gubernamentalmente. no es más que un régimen económico), cada pareja podría unirse según sus ritos por medio de sus sacerdotes (ciudadanos socialistas para todo lo no religioso) y exactamente igual que hoy ante la indiferencia del Estado

Es de presumir, sin embargo, que esta misma lucha por la universalización de las ideas antes aludidas reaccionando en las creencias, destruya por igual el ateísmo y el fanatisme, resumiéndolos, como pensaba Spencer (1), en una suerte de confuso y tranquilo panteísmo. De la inteligencia, dejando á un lado las «verdades reveladas», no puede lógicamente surgir otro pensamiento ni por consecuencia otro sentimiento religioso. La religión es el culto hacia el misterio; el Universo es un misterio que parece que la Ciencia desentrañará en no se sabe que siglo de siglos: sólo entonces sabrá la inteligencia cual es el fin y la causa de lo creado, es decir, sólo entonces conocerá la inteligencia á Dios (causa y fin de todas las cosas; y hasta «entonces» será intelectualmente absurdo todo lo que no se limite á un presentimiento de Dios: igual su negación, que su afirmación,—porque tanto los ateos como los teístas, ante el misterio universal, han procedido un poco salvajemente queriendo desentrañarlo antes de analizarlo y conocerlo, como cualesquiera que se obstinasen delante de una locomotora en negar á afirmar que lleva los «caballos dentro», en vez de procurar analizar el mecanismo que constituye la razón de su marcha. He aqui lo que intenta, y va realizando la Ciencia en el misterio universal: mientras llega al fin, bueno es suspender el juicio. . é «ir viviendo». (Base del positivismo).

Si todos los fanatismos proceden del miedo á lo ignorado, todos los ateísmas proceden de la insensatez.

Llega la deducción á un término de donde no puede pasar sino forzando las más vivas y arraigadas preocupaciones. Pero en este libro, que no es un libro de propaganda, sino de observación indiferente, es preciso seguir hasta el fin á la lógica, aun á trueque de indignar, por un lado, á los socialistas que quieren presentar el socialismo como una especie de fiera amansada y dócil capaz de someterse á cuanto no sea «iniquidad económica»; y por otro á los prejuicios sentimentales de todos los que querrían estereotipar el porvenir sobre el molde actual de sus costumbres» Así como así, las preocupaciones son en este punto casi generales, de socialistas y no socialistas, de pobres y ricos, de religiosos y descreídos, y por lo tanto general puede ser muy bien la protesta contra esa consecuencia inevitable del socialismo.—Sólo que como el socialismo no es una teoría ni un sistema político cuya implantación dependa del número de sus adeptos, sino un conjunto de fenómenos sociales forjado lentamente por las leyes económicas y por las leyes biológicas, igual que son forjados los fenómenos cosmicos por las leyes físicas, el socialis-

(1) Los primeros principios.

mo se le impondrá á la vida con idéntico «desdén» á sus terrores nimios que la tempestad ó el día de sol á la flora de los campos.

Es precisamente el interés de la integración del socialismo económico por cuanto ha de saber de antropológico en todo problema humano; y si la parte ecenómica del socialismo parece no tener nada que ver con la sentimentalidad del hombre, ya se ha podido ver cómo las relaciones económicas en su armonía científica con las realidades biológicas, arrojan inesperadas conclusiones que no por dejar de ser económicamente innecesarias y aun biológicamente no inevitables de un modo aislado, dejarán de ser fatales, naturalísimas, en cuanto concurran ambas causas para su determinación. Me refiero — y ya es tiempo de decirlo á la plena libertad amorosa que yo veo en el porvenir.



Alberto Sánchez

Aquella pareja que sale del taller ó del colegio con una amante simpatía nacida y acrecida en la noble intelectualidad del trabajo, se unirá sin otras fórmulas que las impuestas por su voluntad y su dignidad, — probablemente.

Ella formará un hogar.

¿Cómo?

Sin compromisos religiosos, sin compromisos administrativos legales, — para determinar la forma de ese hogar no quedarán más que las tendencias emotivas y las de la cultura artística Para determinar su duración no habrá más que la duración misma de la atracción amorosa. En puridad no será todo ello más que el matrimonio civil despojado de gastos y trabas legislativas: hasta su nomenclatura podría respetarse llamándole divorcio» á la simple reparación de los amantes, que conservarían en un nuevo amor el grato recuerdo de la felicidad pasada y la mutua gratitud de haber engendrado con su vida la de un hijo dichoso, — igual que hoy

Es decir, mejor que hoy; más noblemente que hoy; porque hoy, en Francia, por ejemplo, désele gracias á Alfredo Naquet existe ese radicalismo del divorcio, los cónyuges, por capricho de la ley, no pueden separarse y quedar en libertad de contraer nuevas nupcias, sin haberse previamente odiado, maltratado, faltado en traiciones de asquerosa indignidad é inicuo engaño; y por lo que respecta al mismo caso de «conclusión del amor» en los matrimonios indisolubles, ni comparación cabe siquiera, — ¡ con sus dramas horribles de adulterio ó con su condena á martirio eterno de odios disfrazados de frialdad ó de odios detonantes en las clásicas batallas conyugales!

Y no es que defienda nada, vuelvo á decirlo; es que sigo contrastando con la vida el valor de las simples deducciones sociológicas.

Por eso recabé al principio de este libro mi calidad de impasible observador».

Madrid 1907.

Felipe Trigo

SALUTATI!

Al feliz autor de « Cantos Rojos »,
Angel Falco.

No preciso subir á la *peana*
Para lanzar mi canto soberano!
Yo soy de aquella estirpe prometeana
Que, á bregar por su fe, desciende al llano!

Llevo en la frente, la inmortal corona
De espinas, que tejiera en mi existencia,
Y en mi altiva mirada la *tizona*
Para herir al protervo en la conciencia!

Empuñando la estrofa como tea,
Iré la luz donde el civismo ha muerto!...
Andante caballero de la Idea
Voy por el mundo desfaciendo entuerto.

Aquí estoy! como heraldo de la Guerra
Preludiando los salmos del « más fuerte »
Mientras siento temblar toda la tierra
Al connubio sangriento con la Muerte.

Hoy te miro surgir á la manera
Del espectro fatal de la Venganza;
Como el heraldo de una nueva Era
Emergida del seno de Esperanza.

Hoy te miro surgir, grave y sereno
Sobre el potro de hierro de tus cantos
Que atraviesa veloz, tascando el freno,
El desierto infernal de los Espantos!

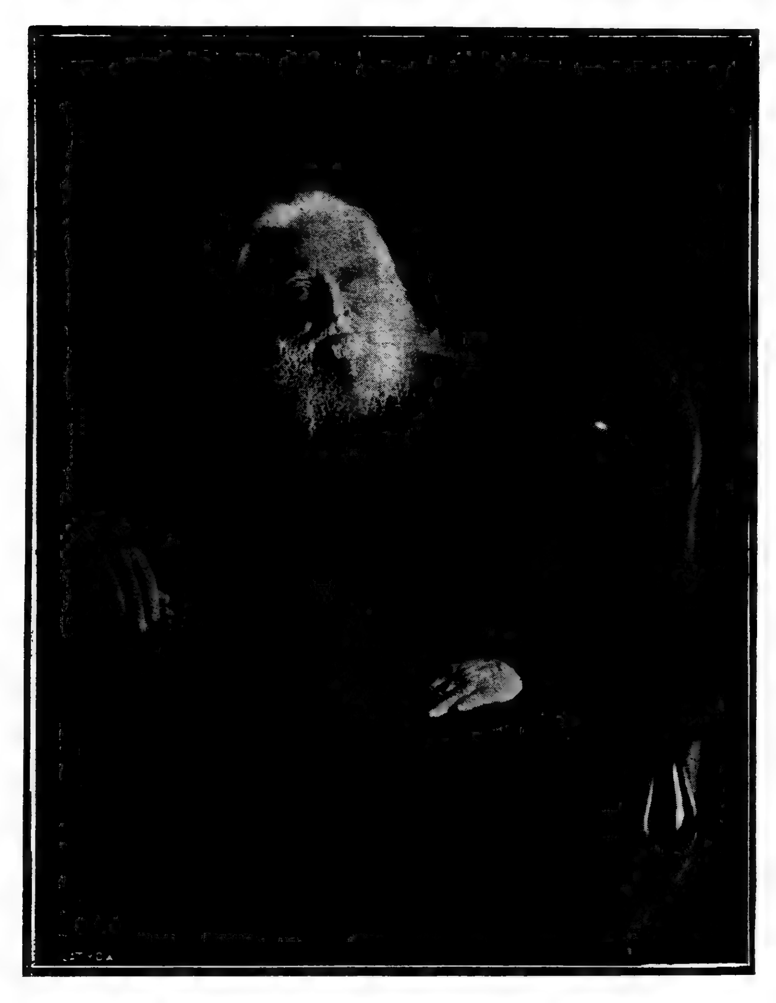
Hoy te miro surgir de los escombros,
« Con los puños repletos de verdades »
Y en peso levantar sobre tus hombros
El mundo de las nuevas libertades.

Ave rey! morador de las alturas
Que al entonar el himno de las cumbres
Vibra el eco viril con que conjuras
A la lucha mundial, las muchedumbres.

Ahí estás! y aquí estoy!... frente á la Aurora.
Tú el cóndor, para el vuelo, soberano,
Que allá en la cumbre inmarcesible mora;
Y yo, en el circo, gladiador romano,
— Apoyado en el bronce de mi escudo —
Al entonar mi canto prometeano,
Levantando la frente, ¡te saludo!

Tomás J. Caballero.

Bernal, Agosto 1907.



Carlos Guido y Spano

La Alegría de pensar

(Para los que tengan ratos de ocio y pueda leer *para sí* en la soledad y en el silencio.)

Desde el momento en que un hombre se pone á meditar, su rostro adquiere nobleza. Es que la naturaleza, satisfecha de su esfuerzo hacia arriba — porque meditar es ascender, — graba en sus facciones una letra de su sabiduría. He dicho entre paréntesis, que es como decirlo en voz baja, que meditar es ascender y agrego que también es penetrar. El sabio con una mano palpa los luceros y con la otra desgarra las entrañas del planeta. De tiempo en tiempo sacude los dedos empapados de ideas sobre las gentes, qne esperan anhelantes esa divina rociada.

Cualquier paso que á una mayor grandeza dé un hombre, redunda en beneficio de todo el universo. Parece que la naturaleza se alegrara cuando un nuevo pensamiento es arrancado del corazón de la Verdad. Y hay momentos en que creo que los astros son manos radiosas que aplauden de silencioso modo los hechos magníficos de la humanidad.

No es la meditación la agonía, como dijo Rafael Núñez, el poeta tirano de Colombia, ni tampoco la ciencia es el dolor como pensaba el inmensurable Byron. Los que así opinan son seres desesperados, que ignoran la paciencia, ese invento de Buffon. (Cuando una alma poderosa se encastilla en una virtud, ennoblece y engrandece tanto esa virtud que nos la hace aparecer enteramente nueva). La ciencia es una religión. Toda religión *debe ser*; por eso es la religión de las soberbias frentes, de las reconocidamente creadoras.

Para un cerebro vigoroso pensar es una alegría. La embriaguez del pensamiento es tan intensa como la del amor. Spinoza gozaba tanto cuando pulía vidrios entregado á sus hondas, serenas meditaciones como cuando hacía una caricia á su vieja servidora. El filósofo es un noble ebrio sobre cuyas sienes caen como un nimbo las sombras de sus graves reflexiones. Ese nimbo sombrío lo hace igual á los dioses, con quienes se codea y platica en el silencio. Esa muda plática — en que sólo es visible uno de los interlocutores — es uno de los más grandiosos espectáculos de que tienen noticia los humanos.

Se cuenta de Lady Jane Grey que una tarde fué sorprendida por Roger Ascham leyendo á Platón. Asombrado él preguntóla por qué no había ido á cazar como lo había hecho la familia de la hermosa lady en esa tarde. Aquella extraordinaria mujer le respondió - en su voz había todas las aristocracias: dulzura, claridad y serenidad — que prefería la lectura de Platón porque gozaba más con el excelso maestro que con el agita-

dor y excitante sport. Esta bella respuesta es una prueba de lo que vengo exponiendo.

Hay pensadores que aceptan la tarea de conocer el alma de las cosas, de profundizar las cosas del alma y como una fatalidad, como algo que no pueden dejar de hacer. Son esos los que al sentir los pies heridos por las zarzas y las ortigas del sendero, han balbuceado, con Lármig:

«No hay pensamiento grande que no sea.
Hijo de un gran dolor».

Y esa lamentación ha sido una sugestión. Pero ya ha llegado el tiempo de rechazar esa sugestión de reirnos un poco de esos jeremías filosóficos. Pensar es movimiento armónico interior tan espontáneo y dichoso como la risa en los hombres buenos. El pensador lleva dentro del pecho una estrella que encanta. Esa música *astral* lo llena de alegría. Y alegre, entusiasmado, exaltado de cerebro y de corazón, esculpe en frases dicultas sus meditaciones.

Hoy necesitamos pensadores que ennoblezcan la vida; pensadores que, rebosantes de la gran alegría que produce en el alma cada idea que en ella nace, eleven altares á la vida, y, enalteciéndola, la hagan dulce y bella aún para los que más sufren. La pena misma suele ser un goce.

Aquellos para quienes pensar es un dolor deben guardar en sus entrañas sus cavilaciones. ¿A qué poner otra gota de hiel en nuestros espíritus? El que sufre pensando piensa cosas dolorosas; de suerte que es preferible que enmudezca. El silencio en este caso es un incomparable beneficio.

Estos que sufren pensando son muy pocos. Lo que realmente sucede — y esto lo saben todos — es que el esfuerzo intelectual constante refina los nervios que se hacen más sensibles á cualquier motivo de pena. El sabio llora de lo que el vulgo ríe.

Luego no es el pensamiento lo que produce dolor (por el contrario, el pensador se cura de la vida — porque la vida es una enfermedad — zambullendose en el mar de las ideas en busca de una perla que regalar á los mortales (sino lo que nos hace aptos para sufrir más intensamente. Las dos cosas son en absoluto diversas.

El pensador alegre producirá obra serena, tranquila, al parecer indiferente, tanto más serena cuanto más alegre esté sn alma — que la más profunda alegría es impasible.

Hacia esos espíritus serenos y tranquilamente felices tiende el mio las manos en actitud suplicatoria, pidiendo pan de sabiduría, que es el alimento de los más nobles espíritus.

PEDRO SONDEREGGER.

Santiago de Chile.



MÍSTICA

Envidio á esos monjes de oscuras edades,
aquellos fantasmas de melancolía.
que huyendo á la vida y á sus veleidades,
amaban las grutas y las soledades,
el húmedo claustro, la celda sombría.

Aquellos tocados de fe prodigiosa
que hallaron deleites en duro suplicio,
y, como se ciñe de espinas la rosa
cual de una armadura, su carne gloriosa
ciñeron con dardos de agudo cilicio.

Ancianos de faz amarilla,
de voz cavernosa, de barbas de invierno,
filósofos graves con alma sencilla
que sólo buscaban del Bien la semilla
y amaban la gloria, temiendo el infierno.

Oh! y esos que amantes oraban de hinojos
ante el Cristo, pálida flor del martirio;
aquellos que fueron del circo despojos,
aquellos donceles de tímidos ojos,
aquellas doncellas de manos de lirio!

Felices los tristes, felices los graves,
que amaron al Cristo, que amaron al cielo;
viajeros que á puerto llevaron sus naves;
su vida fué un paso de místicas aves
que á climas dichosos sesgaron el vuelo!

Oh! Pobres de aquellos que atrás, en la senda,
perdieron el rumbo, perdieron la guía.
¡Qué inermes estamos en ruda contienda!
De intensas borrascas en noche tremenda
es luz que se apaga la filosofía!

¡Oh ancianos, oh niñas de castos fervores,
felices vosotros, feliz vuestra suerte.
Los dulces. los tristes, ya sois vencedores;
y en tanto en la tierra, con mudos terrores,
se agrupa el rebaño que ventea el peligro
y teme á la muerte!

ALFREDO GÓMEZ JAIME.

Flor del Lacio



Retrato mignon

Te soñé madona
Del Corregio, y tienes
Atributos lenes
De Flora y Pomona.

Sombrías arcadas,
Ciñen á tus sienes
Tus crenchas rizadas

Y undulan por cima
De tus delicados
Hombros. ¡Cómo anima

Tus senos velados
La blancura opima
De tu cuello enhiesto!

Evoca tu gesto
Viviente poema
Sobre un mármol puesto.

¡Salve, Flor del Lacio
Unica y suprema!
Tu espíritu es gema
De un verso de Horacio.

PÉREZ Y CURIS.

POSTALES

Del álbum de Flor del Lacio.

Quiso Nerón que á los humanos seres
con sólo una cabeza le ofrecieran
para poder cortarla.
Yo quisiera que todas las mujeres
confundidas, tuvieran
una boca, no más, para besarla.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

El Amor es como niño recién nacido, hasta que no llora no se sabe si vive.

JACINTO BENAVENTE.

Montevideo, Agosto de 1906.

Minúsculo bibelot
Esculpido en porcelana ...
O figurita Watteau
Toda crujiente de gro ...

Viendo su fino perfil,
La blanca rosa pagana
De sus rimas de marfil
Le ofreciera René Ghil ...

1907.

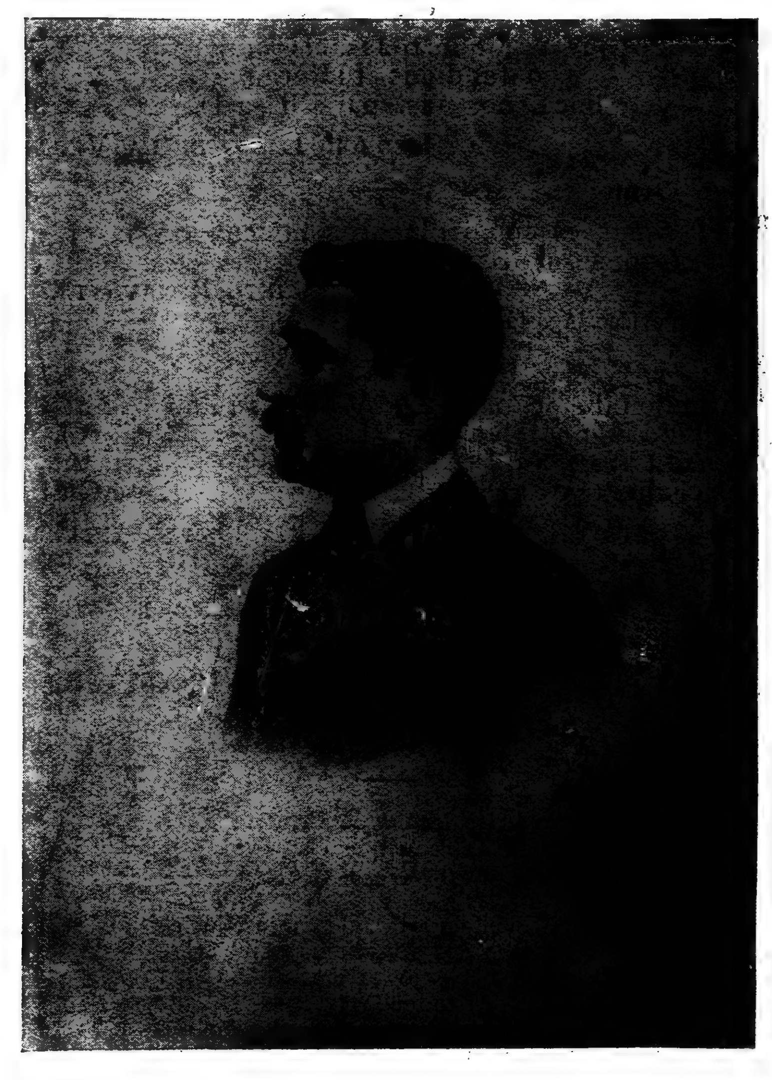
JOSÉ G. ANTUÑA.

La jeune fille prend des leçons de printemps

La jeune fille prend des leçons de Printemps,
dans le tableau que j'ai,
dans le tableau où l'on dirait qu'il a neigé
des roses:
... des leçons de Printemps ... du moins, je le suppose ...
et joue du violon sons des gèraniums blancs.
Joueuse de Printemps, vierge au cœur délicat,
liseron des tonnelles:
l'âge peut me glacer, la mort venir. Tes bras
ont couronné mon front de leurs branches de neige

FRANCIS JAMMES.

ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS



CARLOS REYLES

DEL AMOR

¿Qué es amor? Pregunta á aquel que vive: ¿qué es vida? Pregunta á aquel que adora: ¿qué es Dios?

No conozco la constitución interna de los demás hombres, ni aun la tuya, tú, á quien ahora me dirijo. Veo que en algunos atributos externos se parecen á mí; pero cuando, engañado por esta apariencia, intenté llamarles á algo común conmigo y descargar en ellos lo íntimo de mi alma, hallé que era mi lenguaje incomprendido como en tierra lejana y salvaje. Cuantas más ocasiones de experiencia me han proporcionado, más ancho ha surgido el abismo entre nosotros, y á mayor distancia han quedado los puntos de simpatía. Con el espíritu bien poco preparado á sostener prueba semejante, tembloroso y débil por su misma ternura, he gemido, pidiendo simpatía donde quiera, y sólo he hallado repulsa y desencanto.

¿Y tú preguntas qué es amor! Es esa poderosa atracción hacia todo cuanto concebimos ó sentimos ó esperamos fuera de nosotros mismos, cuando hallamos dentro de nuestros propios pensamientos la angustia de un vacío inefable, y tratamos de despertar en todo lo que existe, comunidad con aquello que dentro de nosotros sentimos.

Si razonamos, queremos ser comprendidos, si imaginamos, queremos que las quimeras, hijas de nuestro cerebro, nazcan de nuevo dentro de otros; si sentimos, queremos que otros nervios vibren con los nuestros; que los rayos de otros ojos se enciendan á la vez, y con los nuestros se mezclen y se confundan; que labios de inconmovible hielo no respondan á labios que tiemblan y abrasan con la mejor sangre de nuestro corazón. Tal es el amor. Tal es el lazo y la sanción que une, no sólo al hombre con el hombre, sino con todo lo que existe. En el mundo nacimos, y hay algo dentro de nosotros que, desde el instante en que vivimos, tiene sed y más sed de todo cuanto se asemeja. Probablemente, obedeciendo á esta ley, saca el niño la leche del seno de su madre; esta propensión se desarrolla con el desarrollo de nuestra naturaleza. Confusamente vemos, dentro de nuestra naturaleza intelectual, una como si fuese miniatura de nuestro yo completo, aunque privada de todo aquello que condenamos ó despreciamos: el prototipo ideal de cuanto excelente ó digno de amor somos capaces de concebir, como inherente á la naturaleza de hombre. No sólo el retrato de nuestro ser externo, sino una reunión de las nímias partecillas de que nuestro ser está compuesto: un espejo cuya superficie refleja únicamente las formas de pureza y claridad; un alma dentro de nuestra alma, que describe un círculo en torno de su propio paraíso, donde el dolor y la pena y el daño no osarán penetrar. A ella referimos ardientemente todas las sensaciones, anhelando que puedan parecerse á ella ó corresponder con ella. El descubri-

miento de esta imagen; el encuentro con una inteligencia capaz de estimar claramente la propia nuestra; con una imaginación que pueda penetrar y aquilatar las sutiles y delicadas particularidades que nos hemos deleitado en amar y desarrollar en secreto; con un cuerpo, cuyos nervios, como las cuerdas de dos liras exquisitas que acompañasen á una voz deliciosa, vibrase con las vibraciones del nuestro; y una combinación de todo esto en la proporción misma que el tipo interior pide: este es el punto invisible é inalcanzable á que tiende el amor; y para alcanzarle impulsa las fuerzas todas del hombre, y le hace apoderarse aún del más pálido fantasma de aquello. sin cuya posesión no hay tregua ni descanso para el corazón sobre el cual reina. Por eso, en la soledad ó en aquel solitario estado de ánimo, cuando, rodeados por seres humanos no hay simpatía entre ellos y nosotros, amamos las flores, la hierba, las aguas y el cielo. En el movimiento de las hijas recién nacidas, en el aire azul, hállase entonces secreta correspondencia con nuestro corazón. Hay elocuencia en el viento que no sabe hablar, y hay melodía en el arroyo que fluye y en el entrechocarse de los juncos en su orilla; y estas cosas, por su inconcebible relación con algo que existe dentro del alma, despiertan el espíritu á una repsodia de éxtasis, y traen á los ojos lágrimas de misteriosa ternura, como el entusiasmo de las glorias patrias ó la voz de una amada que sólo para nosotros cantase. Sterne dice que si estuviera en un desierto, amaría á cualquier ciprés. Y tan pronto como este poder ó esta necesidad se extinguen, tórnase el hombre vivo sepulcro de sí mismo, y aquello que de él sobrevive es la mera envoltura de lo que un tiempo fué.

SHELLEY.

Giordano Bruno

La fatídica turba arrebatada,
con los ojos inyectos le rodea,
y, ávida de un cadáver, se codea
en torno de la hoguera preparada.

Aun, la víctima ya carbonizada,
la plebe gesticula y clamorea,
porque él, nuevo Sansón, á la ralea,
aplastó en la columna derribada.

Coloso audaz del pensamiento humano,
su martirio y dolor fueron fecundos
como impotente el odio del tirano.

Los déspotas cayeron, moribundos...
¡y aun en aquella hoguera está Giordano,
alumbrando la marcha de los mundos!

JOSÉ DE DIEGO.

Al oído de Chela

Yo cantaría á tus ojos
Pomos de dulces venenos,
Yo ardería en tus sonrojos
Chela felina y sensual,
Y llamaría á tus senos:
Dos cisnes de picos rojos
Sobre un blasón imperial.

Iría hacia la rosada
Aurora de tu corpiño:
Bombonera perfumada
Amiga de Pompadour,
Para besar el armiño
De dos bombones que un hada
Trajo de «Costas de Azur».



José G. Antuña

Yo iría hacia el reino rosa
De tus ducales perezas,
O á la viña lujuriosa
De tus labios, que Wateau
Pintara entre rojas fresas
Junto á la gata mimosa
De un abanico de gro.

Y por tus venas azules
Haría rodar mis besos,
Esos sedientos bulbules
De una fronda de Ilusión
Cansados de estar opresos
En el nido de tus tules
Buscando tu corazón!

Te diría esas historias
Empapadas de elegancia
Que cuentan viejas memorias
De Hafitz y Saint-Evremont;
O esas que vienen de Francia
Y nos perfuman con glorias
De Versailles y Trianón.

Evocaría, mi Chela,
Una blonda princesita
Que surgiera de una tela
Finísima de Van-Dick
O una duquesa exquisita
Que fuera fina diamela
En el jardín de tu chic

O la lira cristalina
Del «baccarat» perfumado
Vertiginosa y divina
Sonaría para tí,
Y el burbugear irisado
Sería en tu alma felina.
Carcajadas de Mimí!

Penetraría al ducado
Vaporoso de tu gracia,
Que es un cofre perfumado
Donde un vago lirio azul
Sublima tu aristocracia,
¡Oh, el presidio nacarado
De mi lírico bulbul!

Iría hacia el amatista
Diluido en tus ojeras
Desde donde algún artista
Al modo de Paul Verlaine,
Llorara tus primaveras,
Siempre tristes mientra exista:
La noche, el piano y Chopin ..

. . . .
. . . .

Y pasó como pasaba
Con su orgullo blasonado,
Y onduló como ondulaba
Su persona de bambú,
Y quedóse el destronado
Con su ilusión que arrullaba
Aquel perverso «frou-frou» ..

José G. Antuña.

1907.



DUALIDAD

Yo tengo un alma duplex: ayer en mi camino
lloré sobre los brazos de una cruz de madera;
y otro día, en la fuente que fluye en la pradera
me conturbó la forma de un flanco femenino.

Yo tengo un alma duplex: el alma del Rabino
que dijo la parábola bajo la verde higuera,
y el alma tumultuosa de Pan, que en la ribera
les ofreció á las ninfas exámetros y vino.

¿Qué anhela el alma mía? Subir por el Calvario
á la ciudad que guardan con su poder los sellos
del libro que abrió el dulce Cordero del Santuario?

O marchar con su flauta, por la ruta armoniosa
de Eleusis, enlazados con yedra los cabellos,
á compartir el tálamo nupcial de alguna diosa?

Pacho Valencia.

Carillas

De un libro en preparación

Estaban de pie frente al gran espejo que ocupaba un ángulo del taller, bañados en la tenue luz oblicua del sol poniente, que penetraba tamizada por las cortinillas de la ventana

En medio de la estancia, en un caballete, se veía una tela recién manchada por los primeros toques del pincel. Era la obra de concurso para el próximo salón del Ateneo.

Cuadros, bronces, tapicerías, una jardinera con jacintos que parecían de porcelana; la atmósfera dulce y tibia, debido al abundante fuego que ardía en la chimenea y sobre un pequeño confidente, en revuelta confusión, las ropas de la modelo

Luchaban ansiosos. Octavio casi dominándola; Salomé jadeante y nerviosa, con el cabello suelto y en desorden, riendo con una risa sonora y alegre, enseñando los dientes blancos y bien alineados, mientras forcejeaba por desasir sus manos de las del pintor que las oprimían.

En tanto él, casi frenético, trataba de arrancar á dentelladas, el débil lazo que sujetaba en los hombros de la jóven, la fina camisa de batista que cubría su cuerpo

De pronto Salomé lanzó un agudo grito de sorpresa, sintiéndose vencida, mientras que Octavio la obligaba, no sin esfuerzo, á levantar los brazos en alto para contemplarla completamente desnuda, reflejada en la luna del espejo. Pero por instintivo movimiento, revelador acaso de un resto de pudor, ella encogió una pierna, deteniendo en el muslo suave y blanco la camisa que un segundo más tarde la habría librado en carnes á los ojos curiosos del joven

Aquel inesperado y supremo recurso de Salomé disgustó á Octavio, y como no pudiera conseguir su objeto, se contentó con mirar el torso de la modelo.

Luego, con violencia, empujándola hacia el confidente, le dijo:

— ¡Anda, virtuosa, arrebújate bien que ni el honor mereces de que se te mire con ojos de artista!..

Y como ella ofendida y avergonzada se llevara las manos al rostro, rompiendo en sollozos, la camisa cayó por fin, antes de que pudiera impedirlo.

Octavio había satisfecho en parte su capricho; pero el espejo, su cómplice, acababa de revelarle con fugaz rapidez, en el campo de albura que presentaba la escultural espalda de Salomé, una rojiza mancha, como húmeda y madura fresa, brotando en un bloque de marmol de Carrara.

Quiso disimular la sorpresa de aquella revelación, y aproximándose á ella:

— Calla tontuela, — dijo — ¿porqué te enojas? ¿acaso no eres mía? Vuélvete que quiero copiar una fruta que te han dejado ahí, quizá olvidada.

Entonces se levantó decidida.

— ¡Cómo! — contestó secamente — dime ¿por qué me tratas de esta manera brutal, sin respeto siquiera á mi debilidad?

El joven, abandonando la voz, lentamente, contestó:

He sido un atropellado, lo confieso. No hay ningún derecho que autorice á violar el «secreto de las almas»

Ella se vió atacada, descubierta en esta alusión; y al mismo tiempo se sintió la más fuerte..

— Eso no es verdad! — gritó, como si él le hubiera reprochado claramente una infidelidad

Las manos de Octavio temblaron

con movimiento de ira, pero se contuvo.

—¿Por qué te defiendes tan vivamente, si yo no te dicho nada. . si yo no tengo que decirte nada? —dijo casi con angustia, como haciendo un esfuerzo. Y en el fondo de su alma pensaba:

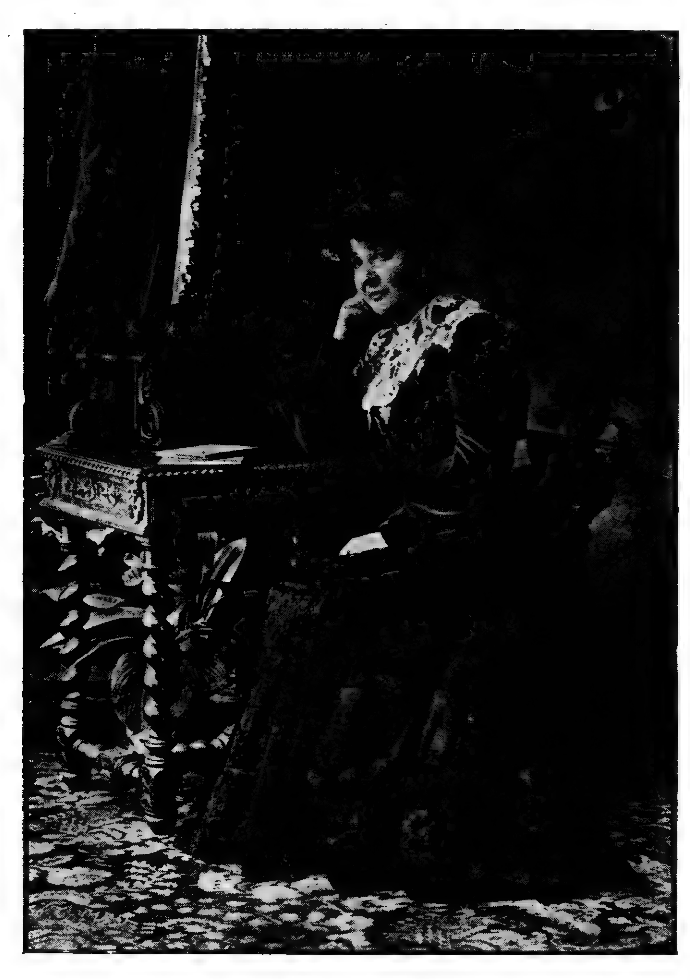
«Defiéndete todavía; no lo confieses; no permitas qae mis sospechas se conviertan en realidades»..

Pero aquello que pensaba no salía á sus labios; sus palabras estaban en desacuerdo con su voz, con su voz trémula y triste.

Salomé comprendió que se había hecho traición con su grito imprudente, y, cambiando de táctica, tomó de pronto la ofensiva

—Confiesa, entonces, que lo que desearías tú, sería sorprenderme faltándote,—repuso con tono tranquilo é inocente.

Le miraba á la cara, frente á frente, resuelta á defender hasta el fin de su precaria felicidad.



Clara Gianetto

Octavio dió un paso; ella retrocedió ante él. «Lo adivina todo,» pensó, «y me abandonará» Y al pensarlo sentía el cerebro vacío

Con los dientes apretados, voluntariosa y fría, con un alma casi trágica, Salomé osaba levantar la frente delante de su destino

Un segundo transcurrió largo y pesado, como una pequeña é inconmensurable eternidad.

Vió que él no estaba encolerizado y que sus ojos se anegaban en el vaho de la pena Su grande y franco rostro se inclinó, y sus labios pronunciaron lentamente estas palabras:

— ¿Ves?; lo que debía llegar ha llegado! . . . Mientras te aferras á la idea de no hablar jamás, yo se que, lo confieses ó no, hay desde este momento entre nosotros algo que nos impele á repudiarnos. . .

Y como hablando consigo mismo, continuó:

¡Siempre la desgracia que nos persigue encarnada en la mujer! Una vez que por culpa suya penetra en el cerebro una idea, nada puede hacerla salir; todas las apariencias se vuelven contra ella misma.

Y, alzando la voz, agregó:

— Así pues, tú seguirás siendo para mí la que guarda un secreto que no quiere revelar ..

Parecióle á Salomé mucho más terrible en su dulzura. Todo su pasado honesto subió espontáneo, como queriendo salir de su boca, comprendiendo que no iba á poder permanecer callada ..que iba á decir su hondo, su profundo secreto ..

Experimentaba un abandono inefable del alma, como una breve delicia. Mas, de pronto, con el terror de lo irreparable, sintió el vértigo de un abismo inmenso, donde se hundía su vida; y reponiéndose con un esfuerzo violento:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — gimió cruzando las manos.

En el exceso de la mentira, apelaba á la buena fe, transfigurada de verdad, inspirando piedad con su rostro afligido de sacrificada.

¡Jamás había sido menos hipócrita ni mentido con mayor sinceridad!

FLORENCIO FERNÁNDEZ GÓMEZ

Buenos Aires, Agosto 1907.

De mi locura . . .

«El Vampiro»

¡Oh! fantástico, siniestro y antiguo cuervo
Llegado de las riberas de la Noche!...

EDGARD POE.

De la Noche en la sombra, tan negra
Como el negro plumaje del cuervo,
Otra vez ha venido á buscarme
Mi fatal compañera de encierro,
    La hermana del Hambre,
    Del Vicio y del Tedio;
    La horrible Locura
    Que atrofia el cerebro.



Ha cambiado mi amada de anoche
    Su forma de espectro,
De mujer que mató la lujuria

Y borracha murió con ajenjo,
Por la forma extraña
De un pájaro negro
Que ulula en la sombra
Su grito agorero,
El afán redoblando en el alma
Del que escucha sus lúgubres ecos.

Es un pájaro huraño y sombrío,
Repulsivo en su lúgubre aspectc,
Que revela de un ave nocturna
El instinto rapaz, carnicero,
Y en su canto, que es grito de muerte,
Se asemeja al «akako» funesto,
De fatídico augurio en las noches
Del lar polinesio
Cuando, triste, presagia el desastre
Al posarse de un «pa-ho» en el techo.

Con su cara de torvo ungüirrostro,
Con sus giros de cortos revuelos,
Con su pico ganchudo, que corta
De sus ojos la línea de fuego,
Volando en mi torno
Parece un mochuelo.
Al batir de sus alas se siente
En el aire fugaz rumoreo,
Como el roce de plumas frotadas
Suavemente sobre un terciopelo.
Lentitud de murciago preside
La torpeza de sus movimientos
Y su ronco espirar estertóreo
Es un sordo jadear de eurilemo.

Con pesado volar el Vampiro
Estrechando sus ciclos aéreos
Sobre mí, poco á poco, detiene
Un instante su torpe volteo,
Me aproxima su faz halconada,
Donde brillan sus verdes ojuelos,
Tan de cerca que siento en la mía
El hedor de su fétido aliento.
Su vista, que expide
Un fluido magnético,
En mí clava mirándome fija
Con mirada de buho siniestro.
Luego posa su garra en mi testa
Y, al oído, me dice muy quedo:
«Soy la misma que ayer te ha querido,
Mi pobre bohemio,
Yo soy la Locura
Que la Noche pondré en tu cerebro.»

«No te asuste que venga, callada,
A turbarte otra vez en tu sueño,
No te espante que oculte mis formas
Bajo el negro plumaje de un cuervo.

Para mí quiero yo tus caricias,
Para mí solamente las quiero.
Y por eso otra vez he venido
A brindarte mi amor del Infierno.»

«No hallarás quien te estime en el mundo›
Tu no tienes ningún abolengo,
Una heráldica sombra en tu campo
Ya su «sable color» deja impreso;
Ya en tu escudo aparece una mancha
Y de muchos tendrás el desprecio.
Blanco lirio doliente, su alma
Con su amor, que te llora en silencio,
Ya de ti para siempre se aleja
Y, en vez de ella, á buscarte yo vengo.
No pretendas, esquivo, evitarme
A mis ansias hurtando tu cuerpo.
Si me huyes, mi pico acerado
De milano voraz en ti cebo
Y batiendo mis alas obscuras
Yo la noche pondré en tu cerebro.
Eres mío, caíste en la Sombra
Y en mis garras quedaste ya preso!

Pobre poeta, que vives soñando,
Nada vale que tengas talento,
Es mejor que en el cóncavo cráneo
Guardes sólo aserrín y no sesos;
Nada vale la luz que fulgura
En las rimas que vibra tu plectro,
Que una intensa pasión se diluya
En la línea que encierra tu verso,
Ni que un hondo dolor se revele
De tus cantos en el sentimiento.
Nadie habrá que comprenda tu alma
Que al Ideal se remonta en su vuelo.
Insensato que anhelas Ventura
Para tí yo tan sólo la tengo.

Sólo bajo mi negro plumaje
Sentirás del Placer el amplexo.
Si me esquivas, verás en tu torno
De un miraje traidor el reflejo,
La mentida ilusión de un oasis
En el blanco arenal del desierto.
Bajo el terso cristal de las aguas
En el lago hay légamo y cieno,
El descanso está sólo en el fondo
De un sarcófago sólido hecho,
Como tumba de momias egipcias,
De asfaltite, betún del Mar Muerto,
Sin la luz que en ti alumbre la Duda
Y te muestre su pálido espectro

«Nunca más» hallarás tú la Dicha
Que persigues, noctámbulo inquieto;
«Nunca más», como dijo de Poë

El antiguo y fantástico Cuervo.
Vespertilia que acecho á lo obscuro
De mi vida el preciado alimento,
De la Noche en la densa tiniebla
Chuparé yo tu sangre en mis besos.»

«Sí! Yo quiero estrecharte en mis brazos,
Que los tuyos rodeen mi cuello,
Que el ardor de tus lúbricas ansias
Su calor le transmita á mi cuerpo,
Y el candente oscular de tus labios
En los míos imprima su fuego.
Con pasión de pantera celosa
En tí quiero saciar mi deseo;
Para hacerte olvidar el Pasado
Borraré de tu mente el Recuerdo
Y agitando mis alas de sombra
Yo la Noche pondré en tu cerebro.
De mi negro joyel de diamantes
Te daré mi diamante más negro,
Te daré mi diamante de Olvido
Que en tí ahogue cualquier sentimiento.
Por mi negro reir de Locura,
Por mi mueca infernal y mi cetro,
Yo te juro que sólo conmigo
El descanso hallarás, ¡oh bohemio!»

Así habla esta Arpía, que avanza
A meterse conmigo en el lecho,
Como amante que viene á entregarse
A los brazos de aquel que es su dueño.
Al sentir que me oprime el fantasma
Un espasmo contrae mi cuerpo,
Temblor convulsivo
Agita mis miembros,
Y en el colmo de un pávido espanto,
Que me pone de punta el cabello,
Quiero hablar... y ëxhalo un gemido,
Quiero alzarme en el catre y no puedo.

Pero trae el instinto su orgasmo
Y, á su impulso animal y violento,
Que me presta galvánica fuerza,
Hago un movimiento:
Bruscamente rechazo al Vampiro
Que me chupa la sangre en sus besos,
Después, me incorporo
Y, por fin, ya del todo despierto,
Enjugando el sudor que me baña
La frente y el pelo,
Me digo entre dientes:
«¡Qué espantoso, qué horrible este sueño!»

Adriano M. Aguiar.

Diciembre 1906.

Tears and Pleasure

Para Julia Cecilia H.

Vinieron las caricias — despaés de las tristezas —
¡ Se pinta el arco iris — concluida la tormenta !

Los besos se tornaron — ardientes como llamas —
Los pechos parecían — tener purpúrea lava . . .

Tu garganta emitía — quejidos ¡ bella ofrenda!
Mirra para mi alma — que era una sombra inmensa . . .

Tus manos su enroscaban — cual dos albas serpientes —
En mi cuerpo, vasallo de tus placeres crueles . . .

Como á hijos del Prodigio — tus ojos yo miraba —
Tus ojos dolorosos — forjados con nostalgias !

Tu cuello aparecía — como un castillo blanco —
En cuyo parque un cisne entonara su canto . . .

La Noche era profunda — como crueldad gitana —
El mar con sus espumas — protestas murmuraba . . .

La Luna se mostraba — en el cielo estrellado —
Como un dantesco espectro — que gime en el Espacio . . .

¡ Oh encantos de los besos después de los sollozos !
¡ Oh encantos de la niebla — después de días hermosos !

En mi espíritu siempre — cantarán sus recuerdos —
Aun cuando nuestro idilio — será un ruiseñor muerto !

Tendrán las suavidades — de un fino terciopelo —
Tendrán las vibraciones — dolientes de un arpegio ! . . .

Julio Raúl Mendilaharsu.

Bournemouth, 29 de Julio de 1907.

Notas sobre Bruxelas

Para Apolo

Al salir de París es difícil hallar otra ciudad que deje tan grata impresión La Helvecia moderna tiene, como ningún otro lugar del mundo, el prestigio de la elegancia refinada, de la espiritualidad sutil, de la distinción noble. Todo aquello que constituye lo que Gómez Carrillo apellidó «alma encantadora de París».

Bruxelas guarda á distancia cierta semejanza con la noble capital francesa En la lucha de los pueblos europeos para alcanzar la hegemonía del continente, el espíritu francés ha sabido captarse al belga; y costumbres, lengua, modos de pensar, son como una prolongación parisiense en Bruxelas El esfuerzo alemán ha podido talvez conquistar el predominio comercial, pero aquello que constituye la vida misma del hombre es francés por excelencia.

Admirable ejemplo el de Bélgica para enseñar lo que pueden la cordura y la sabiduría humanas .Este país de territorio limitadísimo ocupa hoy, merced á grandes virtudes cívicas, la mejor situación económica del mundo y su población alcanza la mayor densidad conocida.

Formado de elementos heterogéneos, la disparidad entre flamencos y walones si en ocasiones reaparece, se eclipsa cuando así lo exige la común prosperidad. Los flamencos reclaman para su lengua las mismas prerrogativas legales concedidas al francés, y en tal reivindicación van tan lejos que abandonando el campo de la justicia y de su conveniencia, piden que el habla flamenca sea consagrada como la propia de Bélgica.

Raza fuerte por sus condiciones de vigor físico y de independencia personal, los flamencos son poseedores de un elevado sentimiento artístico. En las épocas de su mayor florescencia contaron á Rubens, el gran maestro de la escuela decorativa, Van Dick, Jordaens y Teniers, creadores de belleza insigne.

Si en la pintura y en la escultura han llegado á la más alta cima del arte, no han obtenido el mismo grande éxito al cultivar las letras en su propia lengua. Dista mucho de ser una inferioridad efectiva de las mentes flamencas para esta clase de trabajos, porque muchos de los escritores que tienen puesto de honor en el mundo de la literatura son hijos de Flandes, pero todos ellos prefieren modelar sus pensamientos en el habla francesa para la cual han cosechado muchas páginas plenas de hermosura. Sin du-

RITORNELOS

¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería!
El dolor de mi cariño
era mi sola alegría.
Siempre en el alma la idea
de ser contigo sincero:
— ¡Mañana como la vea,
le diré cuánto la quiero!...
Y cuando á tí me acercaba
te miraba, te miraba,
y á hablarte no me atrevía
de aquel tímido cariño...
¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería!

Francisco Villaespesa.

da el flamenco es un idioma secundario visiblemente inarmónico, y su literatura, exceptuadas las obras de Enrique Conscience y alguna otra, no ha traspasado reducidos límites ni merecido la versión á extranjeras lenguas.

El teatro flamenco con escenas en Bruxelas y Gand, no ha marcado nivel digno de tenerse en cuenta Forma contraste con el catalán cuyo renacimiento es verdaderamente admirable Guimerá no sólo es aplaudido por sus hermanos en lengua y sus hermanos en nacionalidad sino que lleva á más remotos confines los ecos de su gloria. «De Tierra Baja», aparte la traducción al castellano, existe una al francés que con el título de «La Catalane» será adaptada á la escena de la gran ópera de París en la temporada próxima.

El movimiento intelectual de Bruxelas figura entre los más activos y entre los mejores Sin hablar de Maeterlinck y de los hermanos Rosny, más exactamente clasificados entre los parisienses, citemos á Camille Lemonnier, novelista de creaciones vigorosas, al delicado Alberto Mockel y á Verhaeren, considerado por muchos como el primer poeta belga de la hora presente.

Las ciencias políticas y sociales tienen brillante representación en la Universidad Libre y en el Instituto de sociología, fundada la primera por Verhaegen, establecido el otro por Ernesto Solvay. No existe trascendental problema económico, ni descubrimiento en las ciencias naturales ó en las filosóficas, ni grande hecho colectivo que preocupe al mundo contemporáneo, cuyo eco no repercuta en la Universidad do Bruxelas: Vermeylen desarrolla la historia del arte; Góblet d'Alviella los principios generales de la evolución religiosa; Denis, diputado soeialista, entusiasta como un hombre de 848, expone sus ideales de reformas; Wasweiler enseña la ciencia sociológica y lleva al espíritu de sus discípulos el amor al sistema de la exactitud matemática en las ciencias sociales con sus conferencias sobre estadística y demografía.

Así en un ambiente de libertad va siendo mayor la prosperidad de este pueblo; va escalando más altas cimas su espíritu. La riqueza se desarrolla en un movimiento paralelo: los muelles de Anvers asediados siempre por los grandes vapores mercantes; la industria metalúrgica ocupando millares de obreros y grandes capitales. En todas partes bulle el trabajo y se siente la inteligencia Por doquiera se percibe el esfuerzo fecundo de un pueblo feliz.

ENRIQUE OLAYA HERRERA.

Bruxelas, 1907.



NUESTROS COLABORADORES

En otro lugar del presente número publicamos el retrato del excelente poeta colombiano Alberto Sánchez, ya conocido de los lectores de APOLO. Insertamos también una poesía de Pacho Valencia y prometemos para el próximo número su retrato y otra poesía suya que acaba de enviarnos el primero de los poetas nombrados. Ya tendrán nuestros lectores ocasión de juzgar las condiciones del distinguido poeta Pacho Valencia.

N. DE LA R.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Poesías, por Ernesto y Adolfo Leon Gómez. Bogotá (Colombia).—El doctor Adolfo León Gómez, autor del hermoso drama «El Soldado» del cual hablamos en números anteriores, acaba de obsequiarnos con un grueso volumen de poesías que publicó en colaboración con su hermano Ernesto cuando ambos eran adolescentes. Tanto las poesías de Ernesto. el hermano desaparecido, como las del sobreviviente, son muy sentidas y delicadas, aunque no hay en ellas el vuelo de las escuelas modernas, justificable esto pues el tomo que nos ocupa fué editado en el año 1890, es decir, mucho antes de que se operase la evolución literaria en América. En cambio, son todas ellas ricas de emotividad y están llenas de ideas originales

Prescripciones y términos legales, por Adolfo León Gómez (Bogotá)—Además de sus tareas literarias que han aportado á las letras americanas un preciado contingente, el doctor Gómez, avezado en la lucha por la vida, se ocupa magistralmente de las cuestiones jurídicas, harto prosaicas y opuestas ellas al alma de los intelectuales, ensoñadora por excelencia Con el libro que dejamos anotado, el doctor Gómez completa su doble personalidad de literato y jurisconsulto. «Prescripciones y términos legales» viene precedida de unos conceptos elogiosos del magistrado señor Isaías Castro V, que ponen de manifiesto las dotes excepcionales del aplaudido autor de «El Soldado».

Alba Lírica, por Luis Correa. Caracas (Venezuela).—Un nuevo portalira americano viene á engrosar las filas de la hueste literaria Luis Correa, un adolescente que se inicia con laudables entusiasmos y pertenece á la nueva generación de poetas venezolanos, nos ha obsequiado amablemente con un ejemplar de su «Alba Lírica», volumen de poesías cinceladas con primor. Ellas son un preludio, pero un preludio triunfal que revela al poeta apto para todas las manifestaciones del pensamiento. Pocas son las composiciones que componen esta obrita, pero ellas bastan para reconocer en su autor las dotes excepcionales del poeta. «Alba Lírica» esta dividida en tres partes: «Abanicos galantes», «Alas de Cisne» y «Holocaustos» y trae un breve prólogo del señor Jesús Semprún y una carta del conocido literato Pedro Emilio Coll.

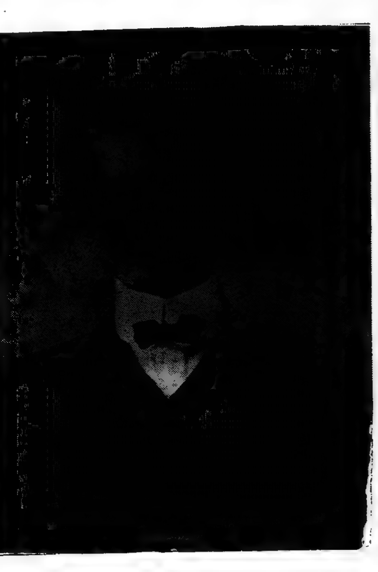
Topacios, por Rafael Angel Troyo San José (Costa Rica).—Constituye el presente volumen una serie de cuentos y fantasías escritos en admirable estilo y llenos de entusiasmos y ternuras juveniles Su autor, harto conocido en los círculos literarios de nuestra América, pinta allí diversos y conmovidos paisajes y recorre toda una gama de estados de alma, sin profundizar el concepto, lo que hace que en la lectura de sus diferentes composiciones el lector halle siempre un deleite nuevo para el espíritu. La obra trae un prólogo del exquisito poeta colombiano Julio Flórez y contiene las siguientes composiciones: «De Blanco y Rosa», «Después del Crespúsculo...» «Los Luceros», «Los Primeros Versos», «Nela», «Supremo Instante», «Las Manzanas», «Del Pasado», «El Rubí», «Del Tiempo Viejo», «La Tristeza de la Luna», «El más viejo de la Aldea», «Aquella Noche», «Eterno Anhelo», «El Pañuelo», «Acuarela», «En la llanura inmensa»

La canción de la vida (poesías), **La canción de la muerte** (pro-

sas), POR VICENTE MEDINA. CARTAGENA (ESPAÑA) — Vicente Medina, el inspirado poeta murciano que nos ha favorecido galantemente con algunas de sus poesías inéditas, acaba de obsequiarnos con un ejemplar de cada una de las obras que dejamos anotadas. Sin mayor espacio para extendernos en un juicio, y sí para acusar recibo de ellas, diremos que se trata de dos obras de un poeta ya consagrado en Hispanoamérica. Por lo demás, Vicente Medina es conocido y altamente apreciado entre nosotros Esto es lo mejor que podemos decir en su elogio al agradecer su obsequio. El autor de «Aires murcianos» prepara actualmente un nuevo tomo de composiciones poéticas que se titulará «Poesía».

Campaña Florida, POR RICARDO ARENALES BARRANQUILLA (COLOMBIA). — Es un breve y bien sentido poema escrito casi todo él en versos alejandrinos expontáneos y salpicados de innumerables bellezas. Su autor, que lo es también de otro poemita intitulado «La tristeza del camino,» pone de relieve en él sus cualidades de poeta descriptivo, y demuestra un gran amor á la naturaleza de la cual es fiel intérprete.

!Lástima el prosaísmo de ciertos versos y el cambio en la métrica sin ninguna transición! Nos referimos á algunos versos libres y á algunas expresiones antipoéticas que afean el poema aquí y allá. ¿Es versolibrista Ricardo Arenales? Creemos que si, á las veces. En «Campaña Florida», la repetición del verso final en ciertas estrofas, no resulta. Sin embargo, estos lunares, que dejarían de serlo si se tratase de una obra completamente libre en la forma, no amortiguan mayormente la hermosura del poemita que nos ocupa, y que es, en conjunto, sumamente grato y delicado.



I. EMILIO ARAGÓN

Juicio literario sobre el escritor socialista Abelardo Roca, POR JOSÉ G. BERTOTTO. - Es un folleto de 14 páginas escrito en estilo sobrio y con amplio criterio filosófico y literario. José G Bertotto estudia la personalidad literaria de Abelardo Rocca, en síntesis, sin detenerse mayormente en los rasgos característicos de aquel escritor extinto, pero llevándolos al conocimiento del lector En un estudio así, hecho á grandes rasgos, se necesita poner de relieve las principales cualidades y el alma del escritor juzgado

Eso es lo que ha hecho Bertotto en su folleto reciente, que trae dentro de su concisión, breves y hermosas digresiones sobre la lucha económica y la moral de la actual sociedad.

El compañero Bertotto tiene en preparación dos obras más: «Desde la cima» (de lucha) y «Visiones» (cuentos).

Alma trágica, POR ISIDRO RODRÍGUEZ MARTÍN — Hemos recibido con amable dedicatoria á la revista este nuevo libro impreso en los reputados talleres de la Librería Moderna. En cuanto lo leamos emitiremos nuestro juicio. Mientras tanto diremos que la obra de Rodríguez Martín, ha sido bien

recibida en nuestros círculos intelectuales. Agradecemos el ejemplar que se nos ha enviado

---

NUEVO CANJE

Pedagogía y letras.— ECUADOR —Por vez primera llega á nuestra mesa de redacción esta importante revista mensual que se publica en Guayaquil, Ecuador.

Bien impresa, con multitud de grabados y excelente material de lectura, es una revista que se abrirá camino entre sus similares. Son redactores y directores de ella las siguientes personas. — Vicente D. Pintos Larrea, Gustavo Lemos. R. Alfredo Sanz, R. y Francisco J Meneses.

Mes literario. — CORO. — VENEZUELA. — Hemos recibido por vez primera, un ejemplar de esta revista literaria que en Coro, Venezuela dirigen los escritores siguientes: Antonio Smith, Carlos Díaz del Ciervo, Camilo Arcaya, F. Smith Monsón y Felipe Valderrama. Bastan los nombres citados para dar una somera idea de la importancia de los trabajos que colman las páginas de *Mes Literario*.

Guayaquil artístico. GUAYAQUIL —ECUADOR —Nos ha visitado esta importante publicación quincenal que en Guayaquil dirige el brillante escritor Juan Antonio Alminate. Los números que tenemos en nuestro poder adunan á lo selecto del material de lectura, su presentación tipográfica

Tepic Literario.—MÉJICO. — Es una bella revista mensual de literatura y variedades, de reciente creación La redactan los señores Arturo Moreno y Contreras y Solón Agüello Retribuimos el canje.

Alpa Ilustrada. —SAN SALVADOR. — Bajo la dirección y redacción de los brillantes escritores Isidro Moncada y Saturnino Cortés Durán, ha empezado á publicarse esta importante revista quincenal de artes, ciencias y letras. Impresa en excelente papel de ilustración, con hermosos y nítidamente impresos grabados, trae escogido material de lectura rubrado por escritores ya consagrados en América. Retribuimos canje.

La República de las letras—Madrid, —Ha empezado á visitarnos esta importante revista madrileña Buena colaboración, y excelente material gráfico traen los números que obran ya en nuestro poder.

Nueva Era - Mendoza República Argentina — Bajo la dirección del brillante escritor uruguayo, Arturo Ernesto Aguirre, se publica en la ciudad de Mendoza la revista trimensual así titulada. « Nueva Era » es una publicación excelente, repleta de escogido material de lectura y de no menos importante material gráfico, que está llamada á tener larga y próspera vida.

Es suficiente garantía el nombre y la preparación literaria de su director. Con placer dejamos establecido el correspondiente canje.

Verdad. — SANTIAGO DE CHILE —Hemos recibido el primer número de esta interesante revista de arte, ciencia y crítica que dirige el distinguido literato Luis Roberto Boza, ya conocido de los lectores de «Apolo». Trae un sumario muy nutrido y selecto En el número que tenemos á la vista hay colaboraciones de Víctor Domingo Silva, R. Blanco Fombona, E. Gómez Carrillo, Juan Ballesteros, Luis Roberto Boza, Pedro Sonderegger y otros reputados escritores hispano americanos.

Saludamos al nuevo colega y dejamos establecido el correspondiente canje.

Ecos del Progreso.— SALTO. - Hemos recibido varios números de este importante diario que redacta nuestro compañero de redacción Perfecto López Campaña. Bien impreso y con excelente material, *Ecos del Progreso* es uno de los diarios mejores de nuestra campaña.

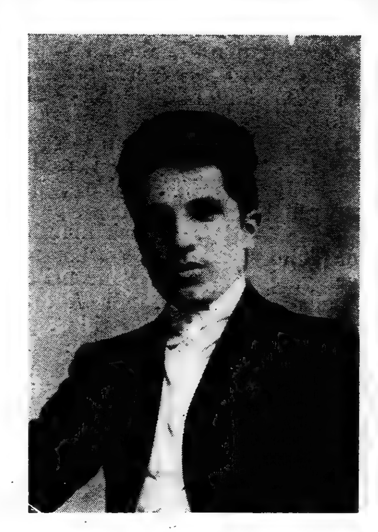
Líneas—CARTAGENA —(COLOMBIA). — Hemos recibido el primer número de esta elegante y selecta revista literaria. Bien impresa, en

papel de ilustración, y con un sumario excelente y variado, ella está llamada á ser una de las principales revistas colombianas. Saludamos al nuevo colega y dejamos establecido el canje.

La República, — BARRANQUILLA — (COLOMBIA). — A nuestra mesa de redacción han llegado los números 85, 86 y 88 de este interesante diario que se publica bajo la dirección del señor Rubén Moreno V. Agradecemos el envío y corresponderemos al canje de práctica.

El Norte de Buenos Aires, — SAN NICOLÁS — Hemos recibido algunos números de este importante diario. En uno de ellos se ocupa la redacción de uno de nuestros redactores; el poeta Ovidio Fernández Ríos, con motivo de la publicación en dicho diario, de una poesía de aquel poeta, titulada «Mi Lira»

Revista de Guadalajara. — Hemos recibido el primer número de esta hermosa revista ilustrada que se publica en la ciudad de Guadalajara (Méjico). Trae un escogido material y excelentes fotograbados.



UBALDO R. GUERRA

Zig-Zag.—SANTIAGO DE CHILE. — Tenemos á la vista los números 133 y 134 de esta exquisita revista semanal literaria y de actualidades. Es, sin duda alguna, entre las de su índole, la mejor que se publica en América, tanto por su esmerada impresión como por los hermosísimos fotograbados y el material literario que contiene. Los números que citamos traen bellas reproducciones de algunos cuadros de artistas chilenos y elegantes carátulas en tricromía trabajadas con mucho acierto.

Agradecemos su envio y corresponderemos al canje de práctica.

Vida intelectual.—SAN SALVADOR. — Ha llegado por primera vez á nuestra mesa de redacción esta revista de ciencias, letras y artes, que dirigen los distinguidos escritores Alonso Reyes Guerra y José D. Corpeño, correspondientes á la Academia de El Salvador El número 3 que es el que tenemos á la vista, está dedicado á la memoria del escritor y poeta Isaías Gamboa, fallecido el 23 de Julio de 1904 en el Callao (Perú).

Su sumario es muy variado é interesante

Saludamos al colega y dejamos establecido el canje.



CANJE ORDINARIO

«Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica; «La Quincena», San Salvador; «Letras», Habana (Cuba); «El Diluvio», Barcelona; «Germen», Buenos Aires; «Caras y Caretas», Buenos Aires; «Letras», Buenos Aires; «El Deber Cívico», Melo; «El Iris», Cerro; «Verdad», Montevideo; «El Anunciador Costa Ricense», San José de Costa Rica; «Natura», Montevideo; «América», Habana (Cuba); «El Civismo», Rocha; «El Orden», Minas; «Nueva Vida», San Salvador; «Vida Nueva», Florida; «El Obrero», Rocha; «El Heraldo», Maldonado; «La Tribuna Libertaria», Montevideo; «Revista Gráfica», Montevideo; «Elitros», Maracaibo (Venezuela); «La Voz del Perú», Iquique; «Trofeos», Bogotá

Revista Latina

En breve llegará el primer número de esta publicación mensual que dirige en Madrid, el distinguido y galano poeta Francisco Villaespesa, ya conocido en nuestro ambiente literario.

Se trata de una revista llamada á ser portavoz del pensamiento contemporáneo, pues colaboran en ella escritores consagrados tanto de Europa como de la América Latina.

He aquí su sumario:

« Giosue Carducci », conmemorado por Gabriel D'Annunzio. — « Viaje sentimental » (poesías, por Francisco Villaespesa. — « Una aventura de Don Juan » (novela en forma dramática), por Alfredo Blanco. — « El desayuno », por Miguel de Unamuno. — « El libro de las Victorias » (diálogos) por Isaac Muñoz — « La balada de Almoraduj » y « Elegía » (poesías, por Juan R Jiménez. — « Soneto », por Rubén Darío. — « Rosa de la tarde », por Ramón del Valle-Inclán. — « ¡ Muerta! » (poesía), por Amado Nervo. — « Jaculatorias místicas », por Juan Puyol. — « Soneto », por José Santos Chocano — « De Unamuno y sus versos » (estudio crítico), por Augusto Vivero. — « Los grandes poetas »; « Romance », « La Nereida », « Harlem » y « Crepúsculo » (poesías), por Eugenio de Castro. — « La medida de las horas », por Mauricio Maeterlinck. — « Rimas del Trópico », por Alfredo Gómez Jaime — « El sentimiento religioso y la crítica », por Jose Enrique Rodó — « Staccati », por Tomás Morales. — « La marcha de las águilas », (páginas de viaje), por Tulio M Cestero — « Los nuevos poetas », poesías de Manuel Monterrey, José Muñoz Sanromán, Gonzalo Molina y Félix Cuquerella. — « Viejos y jóvenes », por Antonio de Hoyos — « De música: « Un músico español » (Ramón Montilla), por Leonardo Sherif. — « De arte », por José Francés. — Bibliografía: « Carmen é Historias perversas », por Fernando Fortún. — « Prosas laudes » por Leonardo Sherif. — « Citerea », por Felipe Sassone. « Tristitiæ Rerum », por M. Romero Martínez. — « La cueva de los buhos » por Augusto Vivero — « Versos de Abril » y « La hora romántica », por Angel Luya — Otras notas de E Ramírez Angel; Tomás Morales, Gonzalo Molina, etc. — « Revista de revistas ».

Como se ve, el sumario es excelente.

Revista Latina estará en venta en la Librería Moderna de O M. Bertani, Sarandí 240, y 18 de Julio 34?; lo mismo se atenderán los pedidos que se hagan á la Administración de APOLO.

El corresponsalato de Revista Latina en Montevideo, ha sido confiado al director de APOLO, el cual ha recibido la siguiente comunicación:

A Pérez y Curis.

La dirección de esta Revista, ha acordado nombrar á usted, redactor de la misma en Montevideo.

Madrid, 15 de Agosto de 1907.

El Director.
VILLAESPESA.

El Secretario.
JOSÉ M. HARCO.

El Administrador.
M. DE CASTRO.

APOLO

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO II — N.º 9. Montevideo — Buenos Aires, Noviembre de 1907.

Ripios políticos

Entre los infinitos órdenes de ripios, los políticos son los más toscos y detestables. Trepoff era uno de ellos, igual que García Moreno, el presidente canonizado, y como los ripios, sea cual fuere su orden, se hacen siempre odiosos, ambos fueron eliminados.

Los actos de crueldad ejecutados con toda clase de refinamientos por la policía del Imperio Moscovita, se han puesto en práctica aquí por mandato del actual jefe político coronel West.

El asalto llevado á cabo recientemente contra el Centro Internacional, é iniciado por un conocido *viveur* al servicio de las autoridades, demuestra evidentemente la mala voluntad del Gobierno en poner coto á los desmanes de la banda policial y lo hace cómplice, al mismo tiempo, de los atentados cometidos por ésta en el seno íntimo de las colectividades obreras. ¿Si así no fuese, el señor Williman no hubiera destituído inmediatamente al coronel West como persona inepta para mantener el orden público, y apta, muy apta para provocar el desorden? ¿No lo hubiera destituído después de las terribles acusaciones formuladas contra él por el periodista Leoncio Lasso de la Vega en su tonante «¡Yo acuso!»?

Esa actitud pasiva del poder ejecutivo merece los más acerbos reproches. El primer magistrado no procederá como el caso lo requiere, y el coronel West seguirá en su puesto tejiendo nuevas redes para apresar á los cruzados de la libertad é imponiendo á su antojo leyes inquisitoriales no sancionadas aún por ningún gobierno de los países civilizados.

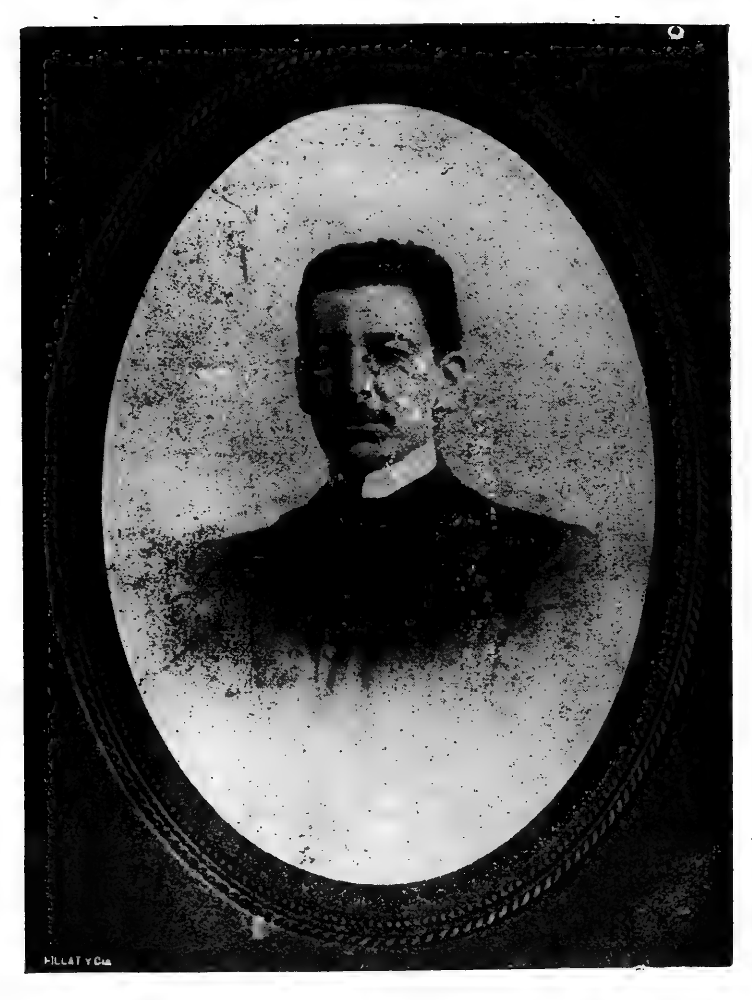
Un jefe político es el encargado de velar por los derechos del pueblo que para eso paga impuestos y contribucionos, pero él no puede coartar esos mismos derechos sin extralimitarse en sus atribuciones. Y si lo hiciere: ¿no hay quienes podrían condenarlo por abuso de autoridad?

Sí, que los hay, pero como todos ellos son lobos de un mismo cubil, se comprenden, y lo que hace uno es aplaudido en coro por los otros.

¡Así va ia Democracia! ¡Hacia la desaparición, desde que el señor Williman ocupó la silla presidencial, incierto y vacilante como un doncel que, por primera vez, requiriese de amores á una dama!

PÉREZ Y CURIS.

José Enrique Rodó



en 1906

De mi cartera

Para Apolo

La intolerancia puede ser, transitoriamente, una fuerza fecunda y poderosa en el espíritu del poeta innovador, del que descubre un mundo y no tiene ojos más que para verlo, ni entusiasmos más que para amarlo

Jamás puede ser sino una limitación odiosa é infecunda en el espíritu del crítico. *Mes haines* es una obra interesante y viril, porque detrás de su clamoreo de guerra se siente sonar el férreo paso de una legión de libros conquistadores. Sería una obra que ya no leería nadie si sólo significase un poder de odiar que no estuviera unido al don genial de la creación.

— Hay quienes con la afectación de una frialdad displicente pretenden demostrar un exquisito y refinado buen gusto. Pero ya observó Vauvenargues que el no saber elogiar jamás sino con tibieza, es una de las pruebas más irrecusables de mediocridad.

— La superioridad de la crítica moderna consiste esencialmente en el sentimiento de la tolerancia, que tanto la anima y enaltece; en su infinita capacidad de comprender; en su insaciable aspiración á disculparlo y explicarlo todo. Consiste ella también en haber hecho, de lo que antes era un juicio austero y descarnado, una psicología penetrante y una historia de las costumbres y las ideas. Pero nunca llegará á formarse un concepto justo de esa superioridad si no se tiene en cuenta la reconciliación de las formas de la crítica con el estilo y con el arte: la variedad infinita en las formas de expresión, que, permitiendo al crítico literario ser, alternativamente ó á un mismo tiempo, un conversador; un maestro, un poeta, un novelador, un moralista, hacen de la crítica man jada á la manera de Sainte-Beuve ó de Taine. una especie de arte resumitivo, y del crítico artista *un hombre de muchas almas*, como aquellos maravillosos humanistas del Renacimiento!

José Enrique Rodó.

Un lejano amor de niño...

...Muy cerca de mí ha pasado
por el parque en primavera,
como una visión postrera
que al sentirse se ha borrado.

En el ambiente ha sonado
su vieja voz cual si fuera
una canción que dijera
algún dolor ignorado.

Corrían entre las flores
los niños... Los ruiseñores
entonaban su cantar...

Y esa aparición ha sido
para mí como un perdido
amor que he vuelto á encontrar...

Fernando Fortún.

Para mi nido [1]

(A una niña)

Para «Apolo»

¿Tú no sabes por qué yo hago versos
y canto incansable como el pajarillo
que busca en los campos, canta que canta,
su grano de trigo?
Pues es, dulce prenda, porque como el pájaro
también tengo nido
y en él mis hijuelos que sé que me esperan
abierto el piquito...
¡todo el santo día,
pío,... pío,... pío!...

¿Tú no sabes por qué canto triste?
Pues es porque he visto
Sobre el árido campo sin mieses
muerto un pajarillo
Que, cantando, cantando, buscaba
su grano de trigo....
es porque deshecho
ví también el nido
y en él sus hijuelos muriéndose de hambre
y abierto el piquito,
¡todo el santo día,
pío,... pío,... pío!...

Vicente Medina.

(1) *Del nuevo libro «Poesía», en prensa.*

Amor y dolor

A primera vista parece extraña é inexpicable la relación entre el amor y el sufrimiento, entendiendo por éste la tendencia á deleitarse el hombre causándolo y á experimentarlo la mujer. No nos podemos convencer de que una mujer fina y de voluntad firme se enamore de quien la hace víctima de malos tratos, morales ó físicos, ni de que un hombre inteligente, tierno y apasionado, se complazca en martirizar á su adorada, una vez que ésta se le ha abandonado Para comprender tales perversiones del instinto sexual, hay que tener presente, sin embargo, que la mujer admite, sí, el sufrimiento, la simple molestia ó la sujeción por parte del hombre, pero siempre dentro de ciertos límites. Así; podríamos considerar como grado normal de los mismos, aquel sufrimiento ligero que el hombre puede aplacar con sus caricias, y que soporta, gustosa, la mujer, en cuanto es algo así como un precursor del placer.

Ahora bien; si ese sufrimiento excede de los referidos límites, aunque pudiera ser tolerado por razón del apoyo que le presta su origen biológico, no causaría disfrute. Y esto porque quedaría forzada de un modo demasiado violento la nota natural, dejando de ser perfecto el ritmo del amor. Una mujer puede desear ser violentada hasta brutalmente si se quiere; más ese forzamiento de su voluntad habrá de ser encaminado á aquellas cosas que le son esencial y profundamente gratas. El hombre que deje de comprender esto, es un profano en cuestiones amorosas.

«Me gusta que me peguen para obligarme á hacer cosas contra mi voluntad». Tal me decía en cierta ocasión una mujer, quien agregaba que los golpes recibidos sólo le eran sabrosos cuando no le hacían demasiado daño. La ilimitada sumisión de Griselda no tiene acaso plena razón de ser biológica, si bien, desde el punto de vista artística, es admisible cual una acabada paráfrasis sobre nuestro tema, justificada por esa terminación.

Este punto tiene otro ejemplo que lo ilustra, en los siguientes párrafos de una carta escrita por cierta señora:

«La sumisión al hombre es y será siempre para nosotras un preludio del placer. Ahora bien, por experiencia propia y por confidencias de amigas, puedo decir que cuando lo que se discute entre el hombre y la mujer es demasiado importante, anula por completo el sentimiento sexual; y por el contrario, en las discusiones sobre cosas pequeñas, el impulso sexual anula al pensamiento de querer tener razón. Si los dos sentimientos son iguales, plantéase el conflicto, del que puedo conservarme apartada haciendo cálculos sobre cuál de ellos prepondera, si bien yo trato de alentar todo lo posible el sentimiento sensual. Si es el otro el que predomina al fin, queda un sentimiento de irritación mental y de malestar físico.

Cuando el hombre se sobrepone en discusiones pequeñas, bien puede asegurarse que, en cada diez casos, en nueve experimentamos excitación sexual. Si por el contrario, esa preponderancia se ejerce en cosas grandes, ó el hombre se reconoce sin fuerza para imponerse, entonces se determina en nosotras un sentimiento de menosprecio hacia él ó una sensación muy diferente de la que él se propone.

Piensan las mujeres que los hombres, si han de excitar las pasiones femeninas, deben ser más fuertes que las mujeres. No estoy conforme con esa creencia. Un hombre apasionado tiene muchas probabilidades en su favor, puesto que sus primitivos instintos son fuertes. El

deseo de subyugar á la hembra es innato al macho, y en todas las cuestiones pequeñas ejercerá éste su autoridad para hacer sentir á aquélla su poder. En cambio, la mujer sabe que en una cuestión de verdadera importancia tiene muchas probabilidades de salirse con la suya, hiriendo la susceptibilidad masculina, mayor que la femenina. Un ejemplo, en apoyo de lo que digo.

Hace algún tiempo me hallaba una tarde en cierto jardín público, oyendo tocar á una banda militar, cuando una jovencita y su novio vinieron á sentarse cerca de mí. Ella fué la primera en acomodarse, y el novio por un capricho cualquiera, indicó á la muchacha que se sentara en otra silla La joven se negó, siguiéndose un altercado. El hombre repitió la orden nuevamente, y esta vez con tal acento imperativo, que la muchacha cambió de puesto inmediatamente:

— Creí que no me habías oído — dijo el mozo, satisfecho. — Que no vuelva á ocurrir esto.

Interesándome esta escena amorosa, sometí luego á la joven al siguiente interrogatorio:

— ¿Tenía usted algún interés en sentarse en un sitio con preferencia al otro?

— No.

— ¿Le causaba á usted cierto placer la insistencia de su novio respecto á que cambiara de lugar?

— Sí — me contestó, después de una ligera duda

— Y ¿por qué razón?

¡No sé!

— ¿Se lo hubiese causado del mismo modo de haber usted deseado verdaderamente sentarse en aquella silla? ¿sí, por ejemplo, hubiera usted tenido un grano en la mejilla y hubiese querido ocultarlo á la vista de su novio.

— No. La idea de que él lo hubiese estado mirando me habría enojado, impidiéndome experimentar satisfacción alguna

Me parece que este pequeño diálogo corrobora mis asertos En el momento que una cosa produzca á la mujer verdadera contrariedad, desaparecerá el goce físico».



ABELARDO M. GAMARRA
Director de *Integridad* — Lima

Ya sé que, al evidenciar la tendencia femenina á deleitarse sufriendo, no faltará quien me acuse de que intento degradar al sexo débil, dando argumentos á los que preconizan la necesidad de que la mujer esté supeditada al hombre. Sólo diré que ya hace tiempo pasaron los días de discutir la sujeción de la mujer. Fn cuanto á lo demás, añadiré ahora que la tendencia en cuestión ha sido comprobada numerosísimas veces, tanto en mujeres anormales como normales, no necesitándose, por tanto, insistir sobre ese punto.

A aquellos que lamentarían la influencia de semejantes hechos sobre el progreso social, les diré que no se sale ganando nada con tener

á la mujer por hombres menores. No; las mujeres son mujeres; obedecen á las leyes de su naturaleza propia; su desarrollo se verifica con arreglo á esas mismas leyes, y no con arreglo á las leyes naturales masculinas

Hoy, como en los tiempos de Bacón, sigue siendo una verdad que para aprender á dominar á la naturaleza debemos empezar por obedecerla. Ignorar los hechos es arriesgarse á contratiempos en nuestra apreciación del progreso. El hecho particular que acabamos de estudiar es vitalísimo, radical y en extremo artificioso en su influencia. Es sencillamente tonto querer desconocerlo. No podremos formarnos un exacto juicio de la vida, ni llegar á una sana legislación de la vida, sin poseer un exacto y preciso conocimiento de los instintos fundamentales sobre los que la Vida gravita

HAVELOCK ELLIS.

La Fuerza contra las Ideas

Es un pensamiento favorito de los liberales contemporáneos el de que la fuerza no puede nada contra las ideas. En lo que á mí se refiere, confieso que no creo en esa impotencia.

No veo que se pueda impedir que, por medio del hierro y del fuego, se haga callar la inteligencia.

En el siglo XVI Italia era la tierra de las ideas. En el siglo siguiente habían desaparecido esas mismas ideas, no por medio de discusión sino por el derramamiento de sangre. En la misma época los países Bajos eran muy herejes, lo que se les quitó en virtud del hierro, del fuego y de la horca. Cuando Felipe II hizo quemar á todos los que pretendían tener un pensamiento libre y pobló de buhos las ciudades de Gantes, Brujas y Amberes, obligó á los herejes á que callaran y reconocieran la santidad de nuestra fe.

En los países católicos donde las ideas son el monopolio de algunos, puesto que el fanatismo impide que penetren en las masas, la luz de la verdad parece un privilegio y se hace odiosa á las multitudes cuya única herencia son las tinieblas.

Cosa extraña, el hierro que no puede nada contra la superstición, ha dejado ver que no es impotente contra las ideas. Es que la una se apoya sobre un gran número y las otras sobre un pequeño grupo. Toda la Italia se conmovió con la muerte de San Javier, mientras veía con indiferencia, los martirios de sus grandes filósofos.

Los Villani, Dante y el pueblo italiano, se comprenden mutuamente. Maquiavelo, Giordano Bruno, Sarpi, Vico, Galileo y ese mismo pueblo, no han sabido comprenderse

¿Qué tienen que decirse si no se conocen?

Esa es una de las razones que explican porque Italia, Francía y todos los pueblos que en el Siglo XVI se opusieron á la libertad religiosa, hoy se ven castigados con la imposibilidad de entrar, en el Siglo XX, en la libertad política. No pueden respirar el aire de libertad.

¿Qué importa la libertad de imprenta al que no sabe leer? Qué la de pensar al que no puede hacerlo sin ser hereje? Qué la de conciencia al que no se atreve á deliberar? Todas esas pretendidas conquistas del hombre moderno no serán más que ideales y vanidades para los pueblos siervos del papa romano

El mundo del alma no existe para ellos; el que les ofrezca «pan y circo» será más bien recibido que quién les hable de libertad moral.

EDGAR QUINET.

Recóndita armonía...

Ante su retrato.

Mujer, que has alcanzado vivir en mi memoria,
Que ante tu amor, tan sólo, mi orgullo se inclinó,
Que has hecho de mi vida, rincón azul de gloria,
Para que sueñe mi alma lo que jamás soñó:



Escucha: Yo te imploro hincando la rodilla
Perdón para mis culpas de prevaricador;
¡Oh amada, mi soberbia tan sólo á tí se humilla!
¡Lo que no pudo el mundo lo consiguió tu amor!

Escucha, que yo quiero rezar mis oraciones
Ungidas de suprema sentimentalidad
Para que nuestras almas y nuestros corazones
Lleguen volando al templo de la Inmortalidad.

¡Oh, tú, que con caricias disipas mis enojos,
Que á mi pasión rebelde tu magestad venció,
Dime: ¿verdad que sabes, que son tus negros ojos
Los únicos espejos en que me miro yo?

¿Verdad, que tus encantos serán tan sólo míos,
Que has de ofrecerme siempre tu dulce bendición,
Que no has de darme celos, que no serán sombríos
Los cielos de las noches de nuestra excelsa unión?

Por ti, busco la gloria para adormirte en ella,
Por ti á la lid se apresta, mi noble juventud;
Y en mis noches de ensueños tu imagen es mi estrella,
Y en mi camino incierto, mi estrella es tu virtud.

Por tu alma y por tu nombre se yergue mi hidalguía
Como el león que guarda el nido de su amor;
¡Si el mundo te ofendiera con su astuta falsía,
Al mundo le haría escombros para vengar tu honor!

Cuando te veo triste... ¡Qué enfermo yo me siento!
Tú tienes con el llanto, consuelo á tu pesar!
Pero yo, que comparto tu mismo sufrimiento,
¡No tengo ni una lágrima para poder llorar!

Cuando te veo enferma, mis noches son extrañas,
Son hondas mis ojeras por no poder dormir;
¡Yo cruzaría océanos, abismos y montañas,
Y cien vidas daría por no verte sufrir!

Pero ¡ay! si llega un día que tú indiferente,
De mi alma y mis amores ya no te acuerdas más;
Yo romperé mi lira contra mi augusta frente,
Y olvidaré mis glorias, pero tu amor... ¡jamás!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

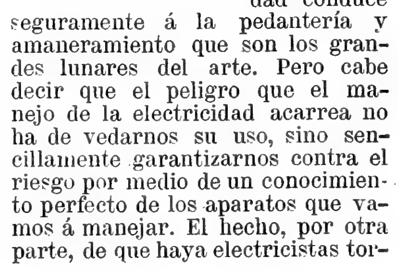
Acerca del "modernismo"

No de hoy, sino de larga fecha, y un período de veinte años no sería corto para fijar su iniciación, se observa una tendencia señaladísima en las letras mundiales, pero especialmente en las castellanas, que rompe con los viejos moldes, que abre nuevos horizontes y que señala ignorados senderos. Pueril y necio alarde de erudición sería señalar los distintos «precursores» de esta tendencia. Los nombres son tantos, y tan al alcance están de cualquier gacetillero que no vale la pena de mencionarlos. En la revolución romántica y su correlativo movimiento naturalista tenemos el período de incubación del nuevo arte. No de la nueva «escuela» La tendencia, positivamente fructuosa que ha dado en llamarse



José M.ª Fernández Saldaña

modernista, está bien lejos de ser una escuela Todas las escuelas son intransigentes: ostentan reglas, canones, moldes, tipos que deberán imitarse, el «modernismo» por el contrario, desdeña todas las reglas, fustiga á todos los imitadores y exige, precisamente, lo que exigía un escolástico, ó por lo menos el «creador» de una escuela: personalidad, temperamento, originalidad. Eso es lo que distingue, entre todas las tendencias, escuelas y capillas que han aparecido en la escena literaria, á la tendencia «modernista». Pide talento y además del talento algo distintivo y característico en cada artista; no se conforma, como por ejemplo, el «clasicismo» con que se haya imitado mejor ó peor á Argensola, á Hurtado de Mendoza ó á Cervantes; quiere que no haya imitación. En tal sentido nada más beneficioso para el auge y brillo de las letras que ese asendereado modernismo; pero nada, tampoco, que ofrezca más peligros porque ninguna otra tendencia artística está más cerca de lo «barrocco» y de lo «cursi». El prurito de la novedad y de la originalidad conduce



seguramente á la pedantería y amaneramiento que son los grandes lunares del arte. Pero cabe decir que el peligro que el manejo de la electricidad acarrea no ha de vedarnos su uso, sino sencillamente garantizarnos contra el riesgo por medio de un conocimiento perfecto de los aparatos que vamos á manejar. El hecho, por otra parte, de que haya electricistas tor-

pes no quiere decir que el fluído sea inconveniente...

En mi concepto el modernismo no tiene propiamente definición. Como no tiene fórmulas que lo regulen tampoco tiene fórmulas que lo representen Y no es por cierto que sea algo indefinible, sino que es tan comprensivo que se hace preciso recurrir á una complicada serie de circunloquios para expresar no «la idea» sino la multitud de ideas que envuelve «el modernismo».

Siendo así, difícil resulta, en verdad, indicar preferencias hacia determinados autores que puedan caber en la clasificación de modernistas: los modernistas no están caracterizados por ningún rasgo «absolutamente» común como no sea la repulsión hacia la vulgaridad, pero todo artista de antaño y de ogaño ha experimentado siempre ese santo temor, y complícase aún más, por ello, la clasificación deseada.

En cuanto á lo que sea preciso á la evolución de las letras esa tendencia cabe asegurar que es beneficiosa en el más alto grado. La evolución, en todos los órdenes, exije la derogación de lo existente: el modernismo es irreverente. Para él no hay majestades, para él no hay «santones , no hay ídolos. Pudiera llegarse á asegurar que los que se cubren con la máscara modernista proclamando Jefes de esta escuela, son los menos modernistas de la banda. Darío, el gran Rubén, á quien tanto deben las letras castellanas, ha dicho en el prólogo de uno de sus libros, contestando á los que de él solicitaban pragmáticas y dogmas, que «al proclamar un arte acrático incurriría en con radicción dando reglas nuevas para suplir las reglas que él intentaba destruir.» La observación es de gran valor; si el modernismo se caracteriza por romper con tradiciones, con modelos y con Jefes, caería en el mismo defecto de que acusaba á sus adversarios aceptando otras reglas en sustitución de las leyes que desdeñó ó que quiso abolir

En esto se repite el caso de nuestras democracias americanas, que destruyen un cacique para colocar otro cacique en su lugar...

Podría intentarse la definición del modernismo declarando que «es una escuela que rechaza todas las escuelas». Pero esta artificiosa definición tampoco es muy exacta. Lo único que cabe aplicar á todos los «modernistas» es esta característica: el predominio de la personalidad, el anhelo de hacer original lo nuevo y lo viejo manoseado.

Un caso perfectamente típico de «modernismo» es el de Gómez Carrillo. Es modernista por su concepción ecléctica del arte, por su «diafanidad» admirable en el estilo, por su aticismo en la expresión, por la novedad en las ideas. Y es no menos característicamente modernista Maeterlink, obscuro, intenso, subjetivo.

La crítica,la obra crítica de Gómez Carrillo es un modelo de Modernismo: analiza á cada autor y analiza cada obra de un modo tan gallardo, que el lector va insensiblemente penetrando en el secreto del artista estudiado como si las observaciones fueran hechas por sí mismo, como si Gómez Carrillo no hubiera estudiado, y profundizado y aquilatado con su extensísima cultura, cada uno de los rasgos esenciales de la producción de este ó de aquel autor.

Manuel Ugarte es un modernista; también lo es Dominici, como lo es á su turno Vargas Vila, el gran romántico

¿Y podría hallarse cuatro nombres más conocidos que los citados y que correspondieran á autores más esencial y formalmente antagónicos?

Gómez Carrillo tiene toda la delicadeza parisiense con la austeridad helena y la harmonía latina; Ugarte un vigor germano de pensamiento y una severidad y concisión inglesas; Dominici tiene la finura de un Da Vinci, la sutilidad de un Petronio; Vargas Vila la fuerza arrolladora del hispano, neta bravamente hispano, con la grandeza de Hugo (español por su alma) y la arrogancia de un Castelar.

Y son modernistas los cuatro. .
Y cierro estas líneas copiando una de las preguntas de la enquête; que contesto:

— « ¿ Cuáles son entre los modernistas los que usted prefiere ? »

Los prefiero ... á todos.

En arte y en amor me gusta siempre lo nuevo ...

ARTURO R. DE CARRICARTE.



Acracia

Yo he soñado con una hembra generosa ...
Generosa cual la pródiga Natura
Que nos brinda su hermosura
En la copa de los siglos que es espléndida y grandiosa.
Yo he bebido de sus ojos, he aspirado de su boca,
He sentido de su pecho
Y he robado pensamientos de su mente,
Y ella siempre generosa me ofrecía
De sus ojos, de su boca, de su pecho y su cabeza,
La fructífera simiente
Que alentaba con su fuego á mi poesía
Y aliviaba mis dolores, mitigaba mi tristeza
Y arrastraba mis ensueños juveniles
Por las férvidas comarcas de la Idea
Con sus hórridos desier os y sus plácidos pensiles.

—

En el cieno dormitaba
Sepultado en la carroña nauseabunda del Prejuicio;
No sentía ni pensaba ...
Era un nulo y miserable desperdicio
Arrojado en los rincones, pisoteado como un trapo;
De los hombres en la eterna mascarada
Yo colgaba de sus hombros como harapo
Y decían que era túnica dorada,
Se reían de mi facha arlequinesca,
Se mofaban de mi horrible raquitismo ...
¡Y olvidaban en su orgullo de ignorantes
Que eran todos á sí mismo!

—

Ella vino á despertarme del letargo vergonzante
Con su aliento perfumado de esperanza,
Y en mi noche repugnante
Ví los fúlgidos destellos de la aurora en lontananza.
En mi frente puso el fuego de los grandes pensamientos
Y en mi pecho las volcánicas entrañas,
¡Al unirse estas dos fuerzas, las montañas
Han caído á los abismos con estruendo de hundimientos!

ALEJANDRO SUX.

Buenos Aires, Octubre de 1907.

La estrofa de oro

Se habían quedado solos, como olvidados allá en un ángulo semiobscurecido del salón, en tanto en el extremo opuesto la señora de Baires, las señoritas de Very Well y la viuda de Bandolín, comentaban en rueda los últimos acontecimientos de la semana.

Era en un atardecer hermoso y sofocante de Noviembre. Por las abiertas vidrieras veíase un trozo de la quinta: los senderos enarenados del jardín; las ramazones plomizas de las acacias; los simétricos canteros de heliotropos, de rosas, de margaritas y de lirios, florecientes todos en la pubertad anunciadora de la estación insinuante; algunos «píos» de pájaros errabundos vibraban en el aire sonoro de la tarde caduca, y, en el polvo de agua del surtidor, en los claros del follaje, en la lejanía blanca y recta del camino que esfumábase á lo lejos, los oros del crepúsculo chispeaban en una niebla luminosa de fosforescencias metálicas.



T. Vidal Belo

Se estaba bien allí, en aquel salón amplio, cuyos muebles y colgaduras, bronces y bibelots, iban perdiendo poco á poco sus contornos bajo la penumbra cada vez más creciente del crepúsculo que avanzaba. A ratos, ecos lejanos y desvanecidos, esos mil murmullos que en el campo y á esa hora percibimos á distancia, llegaban como en un vago espolvoreo de ruido, pero pronto eran ahogados por las voces de la señora de Baires, de las señoritas de Very Well y de la viuda de Bandolín.

—¿Han estado ustedes en la ópera?... ¿Oh, aquello es admirable, admirable? Los modistos se han portado « comme il faut! Sedas, visos, gasas, plumas: todo de lo más chic. Luego, los descotes más pronunciados; las faldas ceñidísimas; los bucles con añadidos ... en fin: ¡admirable, admirable!

¿Y el tenor, el bello Pelandrini, como le llamamos?... Qué monada, qué monada! — suspiró melancólicamente la viuda de Bandolín.

—En cuanto al conjunto de la compañía sentenció gravemente la señora de Baires debe ser indudablemente notable! ¿No lo creen ustedes así, señoritas de Very Well?

—Sí, señora: ¡notabilísimo, notabilísimo!... Así es como lo dice papá...

Allá en aquel rincón discreto y distanciado del círculo de señoras, en su butaca de peluche perla y estilo modernista, Marcel, el poeta de «Las Nostalgias Crespusculares», arrellenado democráticamente sonreía á Graciela que, á su lado, le recriminase con su vocesita dulce y acariciadora de mujercita mimada

—¡Ah, ustedes, los poetas son incomprensibles! ¿Querrá usted decirme en que ha estado pensando hasta ahora, así, en esa actitud hierática de Bhuda contemplativo?...

Marcel se alargó, se incorporó, se estiró beatíficamente y como saliendo de un ensueño en su butaca: luego, dejando caer las sílabas, desarticulándolas:

—¡In-com-pren-sibles!... ¡In-com-pren-sibles! ... ¡vaya, ha dicho usted la palabra!

Era fino, movible, nervioso; pero

tenía momentos de enervante indolencia musulmana, idiosincracia ésta que entre el círculo de sus amigos y cenáculos intelectuales había logrado crearle cierto prestigio como aristócrata sans-façon, graciosamente despreocupado y displicente, y lo que no obstaba para que él aseverase que durante esas crisis hubiera concebido sus poemas más hermosos

Ahora, acariciándose con ambas manos la cabellera undosa, dúctil y suave como la de una mujer, sonreía con laxitud, mientras sus ojos sonámbulos y como obnubilados por un velo de fiebre interior, miraban hacia afuera, hacia el jardín, hacia los árboles distantes, dormidos bajo los vapores violetas del crepúsculo; hacia el horizonte lacre, húmedo, lleno de brumosidades grises, y donde un sol rojo y sanguinolento declinaba su ruta.

Callaron. Allá en el otro extremo de la sala la señora de Baires había reanudado nuevamente la conversación, y su voz meliflua, enfática, henchida de genuflexiones graves, tenía gradaciones de una comicidad hermosa.

— Han leído ustedes el relato del proceso Waddington?... ¡es interesantísimo, interesantísimo! Cuantos comentarios; cuantas intrigas qué de intimideces violadas por ese prurito de la publicidad periodística! Y pensar que todo esto ha ocurrido en el gran mundo, en la creme, en el chic... sí, en el super-chic de la sociedad!

Exteriorizaba su indignación en una inquietud airada de toda su personalidad obesa Recogía con estrépito su viso de moaré; hacía entrechocar los dijes de oro de su cadena; dejaba caer sus manos diminutas, dándose fuertes manotadas sobre los muslos cortos y carnosos

La viuda de Bandolín, placida, bondadosa, siempre indulgente para con las debilidades volubles de los hombres, tuvo una frase de conmiseración hacia el héroe:

— Esos Waddington — dijo — han sido feroces: Balmaceda era todo un hombrecito! — ¿No lo creen ustedes así, señoritas de Very Well?

Esta pregunta hecha á boca de jarro pareció turbar á las señoritas de Very Well. Largas, flacuchas, pecosas, de un rubio descolorido; ambas vestidas de igual manera, sonriendo de igual manera, hablando de igual manera, se las podría confundir fácilmente como á una gota de agua.

Balbucearon dos ó tres frases incoherentes é ininteligibles — Su espanto era visible. — Y luego, á una sola voz, cantaron de plano su ignorancia de veinte años en un tan escabroso asunto.

— ¿El proceso Waddington?.. Balmaceda?... no sabemos nada, pero absolutamente nada de todo esto. Juramos á ustedes que no hemos leído ni por encima esos relatos!.. como papá es así, tan severo, tan delicado, tan... ¡Oh! ¿papá? ¿papá? ¡¡Ooooooooh!!

Atisbando á Marcel con sus grandes ojos picarescos semivelados por sedeñas pestañas, Graciela había proferido de repente un gritito agudo y chillón.

— ¡Ta! ta! ta!.. ¡Pero que tonta soy! — exclamaba, mostrando al reir su dentadura diminuta y de un adorable blancor. — ¡Pues no está usted desde hace un cuarto de hora empeñado en — ¿cómo diré? en hallar esa estrofa de oro que según usted será el remate glorioso de un poema que la belleza de este crepúsculo y la perspectiva de este panorama han logrado inspirarle!... ¡La estrofa de oro! La estrofa de oro! .. Vaya; y cuán graciosa le ha parecido esta expresión suya á mamá!

Reía como una colegiala: mostrando los ojuelos de sus mejillas morenas sombreadas p r una pelusilla de fruta en sazón; echando hacía atrás su cabecita bruna; estremeciendo en locos sacudimientos todo su cuerpo alargado y ág l cuya frescura y gracia inspiraban un dulce encanto de juventud y lozanía,

Marcel, inclinándose hacia ella, la reprochó con dulzura:

¡Qué cruel es usted! cómo se burla usted de mí!. . Y tan luego usted que es acaso la única mujer que

en realidad me ha comprendido; la única que al través de mis versos ha sabido sutilizar mi alma y mi corazón de poeta!... ¡Ah, Graciela, Graciela!...

Habíase aproximado aún más: envolviéndola en el fulgor de sus miradas; bebiéndola el aliento; rozándola con sus ropas en la vehemencia febril de sus ademanes.

Sí, — prosiguió, — he dicho la estrofa de oro: aquella en que sintetizaría toda el alma y la vida de ese poema con que en estos momentos nos ofrenda la naturaleza toda ¿Qué? ¿acaso usted duda que ella pueda existir?... No la concibe? ¡Y pensar, vamos, — ¿por qué no decirlo? — que usted podría contribuir á su hallazgo!

— ¿Yo? ¿yo?.. ¡Yo colaboradora de usted!

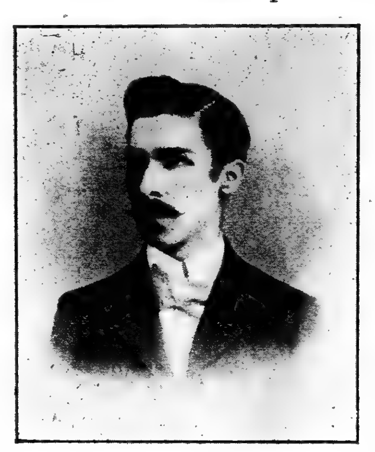
Pero Marcel no la escuchaba, y con aquella su verba que en ocasiones se hiciera más sugestiva é insinuante:

— Oiga, — la dijo, - mire usted ese jardín; mire usted esos heliotropos cuya fragancia aspiramos; mire usted esas margaritas que no parecen sino hechas de nieve y oro... y esas rosas en cuyos pétalos hay epidermis de mujer .. y esos lirios azules como ensueños que nos sonríen ¡Oh, mire usted más allá, entre las arboledas verdegueantes, esa carretera que el crepúsculo ha teñido de un rosado ágata . y más allá, aún más allá, esos campos adormecidos y que aman, que sueñan y dialogan; que nos dicen de todas las tristezas y de todas las bonanzas; que nos evocan todas las pasiones y todos los idilios!.. ¡Oh! ¿usted no percibe con los ojos y el espíritu toda esa intensidad de vida impalpable pero que flota y fluye en el aire y en las cosas? ¿Este instante no le sugiere á usted nada; ni un recuerdo que fué; ni una sensación ya ida; ni un deseo acaso desconocido pero latente ?. ¡Oh, yo sí lo gusto, lo bebo, lo aspiro por todos los poros de mi cuerpo y por toda la psiquis de mi ser!

Hablaba, hablaba con aquella exaltación que en ocasiones le diera el aspecto febril de un alucinado. Sus ojos despedían luz; todo su gesto había adquirido una extraña expresión de movimiento y fuerza.

Ella no contestó. Le había estado escuchando en silencio, como arrobada por uno de aquellos éxtasis que la inmovilizaran, cuando Marcel, allá en las veladas íntimas de amigo asiduo de la casa, recitárale sus versos pasionales ungidos de amor y naturaleza. Ahora, como entonces, una languidez triste y dulce á un mismo tiempo agravaba las líneas puras de su rostro, en tanto un cúmulo de ideas locas y confusas mariposeaba allá en su cabecita de muñeca soñadora. Era ello algo así como la nostálgia de un deseo no definido pero latente é imperioso; algo que en la melancólica tristura de los crepúsculos y en las noches blancas del plenilunio solía turbar su alma virgen de mujer, haciendo precipitar los latidos de su corazón juvenil aún no tocado sabiamente por la voz mágica de ningún hombre.

Y fué entonces, en mitad de este silencio que los enmudeciera nuevamente para sólo descifrarse en las miradas la amplitud de su pensar, que llegó otra vez hasta ellos, desde el otro extremo de la sala, la voz de la señora de Baires, de las señoritas de Very Well y de la viuda de Bandolín.



V. Nicolau Roig

Ahora ellas hablaban de dulces, compotas y confituras, y la conversación, muy amena, parecía haber tomado un cariz interesantísimo. Toda la alta repostería y la casera salía á luz. Se citaba el dulce de guindo, el de fresa, el de coco. Recomendábanse recetas, medios excelentes de condimentación; fórmulas de Pascal y de otros reposteros insignes. Por lo demás, en cuanto á gustos preferidos las opiniones no coincidían; la señora de Baires gustaba enormemente de la *omelette soufflée*; la viuda de Bandolín, de los cabellos de ángel, y las señoritas de Very Well, – siempre sumisas á la imposición paterna, — sólo mostrábanse partidarias del postre favorito de su papá, esto es, los almendrados al caramelo.

Y en tanto, allá fuera, la noche se hacía en el amplio paisaje ya borroso donde los últimos resplandores del sol ya ido veteaban de oro y grana el horizonte rosa, lleno de paz y de dulzura.

Marcel tornó á hablar. — ¡Oh, dígame usted, Graciela, que sufre como yo; que sueña como yo: que ama come yo!.. ¡Dígalo usted, Graciela!

Había en este su ruego como la clarovidencia de una revelación tal vez provocada por la subjetividad propiciatoria de aquel instante confidencial.

Bajo la penumbra del crepúsculo moribundo que se cernía sobre ellos como un vaho de esfumino, ella suspiró, más bien que dijo:

— ¡Oh, sí; sufro... sueño.. amo... sí, sí, Marcel!...

Lo dijo maquinalmente; acaso sin conciencia exacta del sentido de las palabras que pronunciase; como obedeciendo también á una fuerza misteriosa y oculta que la impulsara á ello. Era algo que se sobreponía á su pudor natural de adolescente aun no iniciada en las mutuas confidencias de la pasión; algo que fluía con sincera espontaneidad de lo más recóndito de su ser, sintetizando así la concepción clara de todas aquellas ideas confusas que la turbasen delante del poeta cuendo éste recitárale sus versos pasionales henchidos de imágenes deslumbradoras, de insinuaciones entrevistas, de armonías dulces y enervantes como una música arrobadora.

— ¡Oh, sí; sufro.. sueño... amo... sí, sí, Marcel!

— ¡Oh, en estas palabras, ella ahora exteriorizaba todos los deseos, todas las angustias, todas las añoranzas que le anublaran los ojos y le sonrieran al corazón, allá en los mágicos atardeceres de las tardes de oro, allá en las mañanas tibias de soles primaverales, olientes á hierbas húmedas y á flores recién entreabiertas; allá en los albinos plenilunios de las noches blancas, cuando los caminos eran blancos, las lejanías eran blancas, y todo el paisaje parecía surgir como una novia desposada de entre ondas de tules muy tenues y vaporosos!

Se comprendieron. Aquella afección que el trato amistoso y la dualidad de sus sentimientos les llevara siempre el uno hacia el otro, había arraigado en ellos raíces más profundas y poderosas que las que pudieran ser fruto de una mera amistad.

Ahora, sus rostros muy juntos, sus ojos en éxtasis, sus manos entrelazadas, decían en su elocuente silencio el eterno poema del Amor.

... Oiga usted: uno, uno... sí, sí, Graciela...

Era un ruego, una queja, una súplica deslizada al oído. Ella suspiró, y entornando sus párpados, brindó sin esquiveces sus labios á aquel primer beso implorado en las sombras de la tarde que se diluía.

. . . .

Un reloj había dado horas. Una claridad deslumbrante hacía chispear los muebles, los bronces, las lacas, los bibelots; todas esas frágiles monerías que son algo así como una exteriorización personal del encanto femenino; allá en el fondo de la sala y bajo los chorros de luz de los candelabros eléctricos, las cabelleras rojas de las señoritas de Very Well se esponjaban como manojos de llamas; la viuda de Bandolín, citando literatura, recitaba sentidos

versos de Hugo; fué entonces cuando la señora de Baires, levantando la voz, le preguntó á Marcel:

— ¿Y usted, Marcel, aun no ha hallado su estrofa de oro?... ¡Oh, los poetas! ¡Pobrecitos! ¡Pobrecitos!: ¡Siempre eternos buscadores de lo irreal!

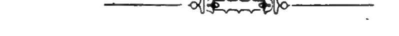
Mirando á Graciela, Marcel contestó sonriente:

— La estrofa de oro!... ¡Ah, sí por qué ser egoístas! ¿No cree usted Graciela, que la hemos hallado?...

Allá lejos y sobre el cielo ensombrecido algunas estrellas titilaban como rosas de luz.

JUAN PICÓN OLAONDO.

1907.



El alma de los cisnes

Al poeta Pérez y Curis.

Las almas de los grandes poetas
y de los grandes místicos que fueron
han trasmigrado á los cuerpos de los cisnes.

Novalis.

J'altends une chose inconnue.

Mallarmé.

I

Cuando el sol en las tardes agonizantes
Pone todos sus oros sobre los lagos,
Pone todos sus oros agonizantes
Sobre los lagos vagos;

Cuando en atardeceres interminables
Cruzan por los estanques de terciopelo,
Dejando estelas blondas é interminables
Albos cisnes de hielo...

(Son los cisnes de raso de los estanques
De parques que se fueron con sus amores...
Porque ya no hay castillos, ya no hay estanques
Cisnes, ni trovadores)

Cuando en el lago de oro, poeta hermano,
De mis parques ideales veo á los vagos
Cisnes de nieve y rosa, poeta hermano,
Los vagos cisnes magos....

¡Cómo lloro en lo blanco de su plumaje,
De su pico en el fino cristal rosado,
En el esmalte virgen de su plumaje
Y en su mirar velado!

Tú conoces los cisnes de los estanques,
Las póstumas canciones que murmuraron
Moribundos, al lado de los estanques
Los cisnes que pasaron. .

. . . .

¡Así como nosotros ellos esperan
Tú sabes — *una cosa desconocida!*

. . . .

. . . .

(¡Ya no hay castillos blancos bajo la luna!
El mundo llama locos á los que esperan
Alguna
Cosa inmensa, remota ó desconocida!)

II

¿No oyes en el estanque del parque interno
Cantar á las gargantas de oro queridas?
¿No ves los cisnes sacros del parque interno
Con las alas heridas?

. . . .

Esperando una cosa desconocida?

José G. Antuña.

Gaviotas

Hay un pájaro á quien le cantaron todos los poetas, ave sencilla, mensajera de bonanza: la golondrina.

Para ella han sido los más dulces arpegios de la lira, para ella los calificativos más tiernos.

Golondrina, tú que surcaste la extensión inmensa de los mares, que llevaste en tu plumaje polvo de este suelo hasta regiones ignotas, que viste quebrarse el sol al deslizar sus rayos á través de frondas vírgenes en países misteriosos, que animaste con tus gorjeos recintos donde el silencio reposaba en sopor secular, ¿qué sabes, dí, del ansia de los hombres por ser felices? ¿qué has aprendido en tus peregrinaciones incesantes de pueblo en pueblo, de continente en continente? ¿qué conociste de la paz y de la dicha? ¿qué paisajes encantados se te ofrecieron á la contemplación?

Mas, la avecilla nada revela. Viaja, vuela, se remonta, gorjea; pero nada responde al poeta, nada cuenta al enamorado, nada comunica al soñador, avara de sus tesoros de belleza y de luz.

—

Hay otra ave, otro feliz habitante del espacio, no menos digna de atención, no menos simpática y atrayente, ave modesta y cosmopolita, interesante, poética: la gaviota.

Yo la he visto en distintos mares y en distintas zonas, revolando en torno de las naves, graciosa, animada, lanzando sus agudos gritos de saludo al viajero, entonando en medio del océano una serenata de bienvenida á las blancas velas ó al oscuro casco del bajel que con ella comparte los besos de la brisa y los gratos perfumes impregnados de aromas de ola, de hálitos de algas y alientos de tritones y sirenas.

Nítida mota flotante, ella es la única pincelada de color que rompe la tediosa monotonía de las calmas, cuando el aire, pendiente entre dos cielos, líquido el uno, etéreo el otro, simula inmoble gasa, velo tenuísimo cubriendo la naturaleza dormida.

En su grito hay también notas rudas de tormenta, ecos repetidos de borrasca, reminiscencias de tempestad.

Trompetero del vendaval, heraldo de las iras del océano, mientras el monstruo forja sus tremendas explosiones de enojo, mientras en el seno de la inmensidad líquida se disponen las huestes del oleaje, se preparan trombas, se combinan vórtices, se hacen alianzas con los vientos y las nubes armadas de haces fulgurantes de rayos, ella, estimulada por los efluvios de contienda que impregnan la atmósfera, enardecida, gozando de antemano el soberbio espectáculo, comienza una danza aérea vertiginosa, embriagándose de electricidad y ambiente enrarecido, trazando con sus alas desplegadas vastísimas espiras en torno de un centro suspendido en el aire, animando su diabólica coreografía con alaridos bélicos que suenan lúgubremente bajo el palio entoldado de negruras que se extiende por el firmamento velando poco á poco la difusa luz, sumiendo el cielo, el mar, los contornos borrosos de las costas, la naturaleza toda, en aterrador nimbo de lobreguez y misterio.

Luego, en tanto que las indisciplinadas hordas de horrores se desbordan, invaden el espacio, destrozan el cerúleo tapiz de la superficie marina, se apoderan de los húmedos girones tremolándolos á modo de líquidos estandartes que van á plantar en la enemiga muralla donde la tierra combatida opone sólo su inquebrantable indiferencia de ser petrificado, suena la voz excitada de la gaviota, azuzando á las ondas y escupiendo su desprecio sobre las imbéciles rocas.

ARMANDO R. Y SALAZAR.

¡Cómo otoñan las almas!...

¡Oh, — me dijo la enferma —
Cómo caen las hojas!...
Y miré en sus pupilas dolientes
Reflejado el palor de las otras
Apacibles pupilas que fueron
Mi esperanza, surcando la sombra.

Quedé en éxtasis. Luego en la acera
Sollozaron mis graves congojas;
Evocaban los ojos aquellos
El ocaso de todas las glorias;
Esotéricas arias decía
En el éter, el alma del Bóreas,
Y en el místico y raro jardín de mis sueños
Se atería la faz de las rosas.

¡Oh, que es triste mirar el tramonto!
¡Es así que las almas otoñan!

.. Y cogiendo las fláccidas manos
A la enferma, la hablé como otrora:
¡Oh, qué trémula vienes,
Flor de un alba remota
Que los astros halagan
Y los vientos deshojan!
¡Cómo el frío de otoño lacera tu espíritu!
Y tu gesto: ¡qué amargo es ahora!

Contemplábamos ambos la muerte
Lenta y cruel de Natura en las frondas,
Y otra vez, divagando, me dijo la enferma:
¡Cómo caen las hojas!...

. . . .

. . . .

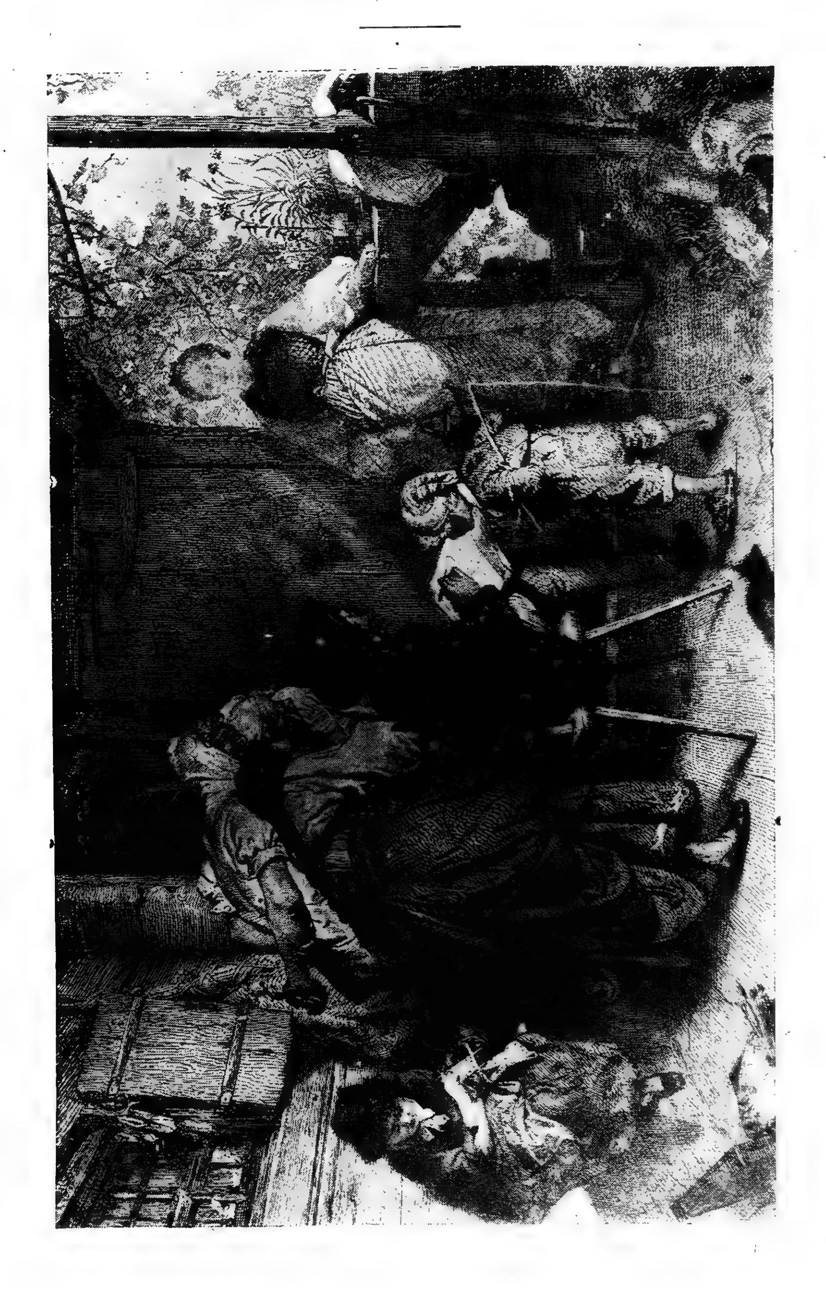
El cielo azul-violeta
Fingía inmensa óla
De un mar sereno; idilios de gorriones
Había en la penumbra misteriosa
De los plátanos; alma de las fuentes,
El cristal, sollozaba sus salmodias,
Y la pálida niebla de la tarde
Era el orfelinato de las cosas.

Cruzamos la avenida Algunas nubes
Glisaban en el cielo, y en la sombra
Del paisaje la tarde musitaba:
¡Cómo otoñan las almas cuando caen las hojas!...

PÉREZ Y CURIS.

Otoño, 1907.

Página artística



La compañera

¿De dónde vino? Los hombres lo ignoran. Los filósofos se han aprovechado de ella. Los poetas, algunos poetas, la han cantado en sentidas estrofas. Los historiadores no la quieren conocer. Ellos nos hablan de sangrientas luchas, de latrocinios de imperios, de atrevidas conquistas de continentes. De guerreros, de emperadores, de reyes y de sabios nos hablan en sus historias.

Pero un día — no importa cuál ni de qué año — entró en una gran ciudad una mujer. Sus carnes eran enjutas; sus cabellos grises, como empolvados; sus ojos hundidos y encuadrados en un círculo obscuro, miraban penetrantes. Dijérase que en ellos brillaba una luz intensa.

Y esta mujer cubría su armazón de ser humano con una vestimenta ajustada á una moda desconocida: su vestido no era de encajes, ni de sedas, ni siquiera de lanas y percales; y era de todo esto, porque era de harapos.



CARLOS DE SANTIAGO

Esta mujer, triste ó resignada, llegó hasta una reunión de políticos. Eran hombres irreprochables en el vestir; cuidaban de las prendas de los uniformes, de las bandas y de las cruces, tanto como de las palabras de sus discursos, en los que había cantos á la Libertad, al Amor, al Progreso. Y á las veces, loas al Régimen.

Cuando los políticos la vieron tan mal vestida, ante el aspecto miserable de aquella mujer, la interpelaron con dureza.

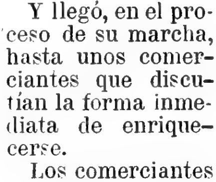
— ¿Qué nos quieres? — la dijeron — ¿Qué pretendes de nosotros? . . .

— Vengo — respondió la mujer, — vengo á hablaros con el lenguaje de la Verdad. Yo sé el secreto de la Vida; yo sé de la Humanidad y de sus miserias.

— No podríamos comprenderte — replicaron los políticos — ; ni, por otra parte, ¿qué nos importa á nosotros eso? Largo de aquí.

Y aquella mujer, antes de abandonar la casa de los políticos, les dijo:

— Viviré eternamente en vuestros corazones. Eternamente seréis mis súbditos.



Y llegó, en el proceso de su marcha, hasta unos comerciantes que discutían la forma inmediata de enriquecerse.

Los comerciantes también la interpelaron airadamente.

— ¿Qué buscas en nosotros? ¿Qué nos quieres?

— Puedo — les contestó la mujer, — puedo deciros las miserias de los hombres.

Los comerciantes no la dejaron terminar.

— Nosotros — la interrumpieron, — nosotros lo que necesitamos de los hombres, no son sus miserias, sino sus tesoros. Largo de aquí, mendiga.

— Eternamente seréis mis esclavos.

Les dijo la mujer, y prosiguió su marcha.

Y penetró en un congreso de sabios. Los sabios discutían acaloradamente sus encontradas teorías para lograr la salvación y el bienestar de los humanos.

Los sabios eran hombres como los políticos y como los comercian-

tes, y se escandalizaron á la presencia de aquella mujer.

¿Con qué derecho te metes entre nosotros? — le preguntaron — ¿Qué vienes á hacer aquí?

Y la mujer, siempre humilde y sin parar mientes en las gallardías de los hombres, les repuso á los sabios:

— ¿Queréis llevar la salud á la Humanidad? Yo puedo daros el secreto de sus enfermedades. ¿Queréis hacerla buena? Yo puedo deciros dónde radican y de dónde emanan sus males todos.

Coléricos los sabios, y ahora con rara unanimidad, exclamaron:

—Largo de aquí, ignorante.

Y la mujer, ya un poco más triste ó un poco resignada, al abandonarlos murmuró:

—Sois hombres Vuestros espíritus me pertenecerán eternamente. Eternamente seréis mis vasallos

Y llegó hasta unos artistas, que la tomaron por modelo para sus cuadros y para sus escritos, pero que también la arrojaron con el menoscabante:

—Largo de aquí.

Y la mujer les dijo con dulzura á los artistas:

—Eternamente viviréis en mi reino. Y sólo vuestras frentes besarán la gloria, que vuestros pies eternamente pisarán el barro de mis dominios.

Y unas mujeres elegantes y aristocráticas también la abofetearon sus descarnadas mejillas con el humano:

—Largo de aquí

Y aquella boca, de la que salían nuevas ironías, les dijo:

—Vuestros corazones serán por siempre míos.

Tan extraña mujer, paso tras paso, llegó á una modesta vivienda de obreros. No tuvo que llamar á la puerta de aquella casa, porque estaba abierta de par en par. Y quizá por esto, ó porque estuviera ya desfallecida, la mujer se detuvo en los umbrales de aquella casa, sin penetrar en ella.

Un obrero, al verla, la preguntó:

—Buena mujer, ¿estáis cansada? ¿Venís de muy lejos.

Y la mujer contestó:

—Sí; vengo del interior de muchos hombres Vengo de muy lejos

— Eres pobre, como nosotros.

—Sí Pero los políticos son mis súbditos, los comerciantes mis esclavos, los sabios son vasallos míos, los artistas serán eternamente de mis reinos, y yo habré de inspirar de hoy en adelante, las pasiones de todas las mujeres.

Y el obrero objetó:

— Y puesto que tanto puedes; puesto que tienes reinos para los artistas, y los sabios, los comerciantes y los políticos son tus vasallos, tus esclavos y tus súbditos, ¿qué vienes á buscar en una casa de obreros?

—Un lecho amigo. Un trozo de pan dado con amor. Quiero compartir vuestros sufrimientos y vuestras alegrías Y ya que es mía toda la Humanidad, quiero ser de vosotros.

—Pues adelante, hermana ¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman . . . la Miseria

La mujer esperó á ver si al vibrar su nombre entre las paredes de aquella casuca, se la despedía con el sempiterno: «Largo de aquí».

Pero esta vez, todos los humildes dijeron á una, con voz cariñosa, en la que la Caridad imprimió armonías infinitas de ternura:

—¡Pasa adelante, compañera!

RODOLFO DE SALAZAR.

La leyenda de Violante

Era hija de Palma, la bella Violante. Cuando la décima quinta primavera hubo cuajado muchas rosas en sus mejillas, el pintor se arrodilló ante su hija, como ante una imagen de la Santa Virgen María, Reina de los Angeles.

« Violante, Violante, lirio abierto en mi amor sobre las olas azules de mi bella Venecia, - tu gloria en este mundo va á ser incomparable. Pintaré para la Iglesia de la Redención una Virgen que será tu imagen fiel

« Porque tú eres como una de esas castas vírgenes que viven allá, en el cielo, junto á Dios.

«Porque el oro de tus cabellos ha caído del empíreo, como un rayo de amor; porque la llama que fulge en tus ojos es la llama divina que los Angeles encienden en sus trípodes de plata ».

Y diciendo estas palabras, el artista tomó su paleta y laboró por la gloria del Arte y por la gloria de Dios

Y de la lámina de cedro surgió plena de vida una obra maestra: una virgen radiante de amor y de verdad.

Después de concluído el cuadro, Violante voló, como un pájaro, para ir á cantar su canción de amor. Ella había nacido para amar, como todas las hembras de la tierra. ¡Hasta Dios mismo ama la juventud en sus desvíos y se complace en regar flores, muchas flores sobre el camino de Magdalena pecadora!

—

Cuando iba ella desgranando las perlas de su canción, encontró á Ticiano y á su amigo Giorgione.

—«Querido Ticiano! qué de maravillas brotarían de nuestros pinceles, si esa tentadora flor humana se dignase subir á nuestro taller! Que altiva y elegante Diana cazadora! Qué Venus tan rebosante de vida y de luz!

—«Si ella viniese á mi estudio, dijo Ticiano todo emocionado, caería prosternado á sus plantas y quebraría mi pincel»

Violante fué al taller de Ticiano y. . . él no rompió su paleta Después de haber bebido con ella todos los perfumes enervantes de una alba amorosa, él la aprisionó en el lienzo, en medio de una nube de flores y con flores en las manos, más bella que la más bella.

—

Giorgione quiso ver el retrato, pero Ticiano ocultó el retrato y la mujer. Y largo tiempo vivió aletargado en el capitoso misterio de esa pasión deslumbrante y fresca: era como polvo de luz sobre gotas de rocío.

Pero ¡compadeceos de la hija de Palma el Viejo! Un día Ticiano expuso el retrato de su amante. Todo el mundo acudió á amarla; pero ¿la amaba él aún! Después de haber sonreído á los Venecianos por los ojos y los labios de su querida, Ticiano, ebrio de triunfo, metamorfoseó á Violante en Venus victoriosa, surgiendo del océano, envuelta en ondas transparentes.

¡Tened piedad de Palma el Viejo que no ve ya su hija sino en las Vírgenes de la Redención!

—

El Arte había asfixiado el Amor! Pero Violante era tan bella, que se amparó en su nobleza. Su reino era de este mundo y ella reinó en él con toda su magestad de soberana.

Una tarde, á la hora del Angelus, entró á la Iglesia de la Redención, y al verla murmuraron las gentes á su alrededor: «Violante se ha equivocado hoy de puerta ».

Embriagada con el humo del incienso se prosternó ante un altar donde su padre venía á orar á menudo. El órgano estallaba en alabanzas á Dios; las jóvenes venecianas cantaban con sus voces argentinas el himno de la Reina de los Angeles.

Violante levantó los ojos, esos bellos ojos que habían iluminado todas las pasiones humanas.

—

Su mirada se detuvo sobre un rostro de virgen la más pura, la más noble, la más adorable que había en la iglesia de la Redención, é imploraron sus labios dulcemente: « Santa María, madre de Dios, Rogad por mí ».

La divina belleza de esa virgen, que parecía creada con una sonrisa de Dios, la tenía absorta.

Pensaba: « Me dicen que soy bella, pero eso es tan sólo una galantería del amor. La verdadera belleza está aquí en todo su esplendor, como un pensamiento del cielo

De repente un recuerdo vino á agitar su corazón, un vago recuerdo, un relámpago en la mente.

—

—« Cuando yo era joven, se dijo, cuando yo tenía diez y seis años.. »

Rodó desvanecida sobre el mármol. Esa virgen tan bella que surgía de un cielo de oro y azul: era la virgen de Palma el Viejo Violante se había reconocido.

—« Dios mío! exclamó devorando sus lágrimas, ¿por qué habéis permitido este cambio tan inmenso?

Y ella, que la víspera aún se encontraba tan bella ante su espejo de Murano, ocultó el rostro entre los lirios de sus manos, como si se viese en todo el horror de sus desvíos.

Se levantó y salió del templo aspirando con amarga voluptuosidad el amargo olor de la tumba. ¿A dónde iba.

El sol, el amoroso sol de Venecia, vino á secar la última perla desprendida de sus ojos. ¿A dónde iba?

Era la estación en que el pámpano descorre el velo de sus altivas riquezas. Ella tropezó en su camino con Pablo Veronese, que coronó su maravillosa cabeza rubia con los primeros racimos dorados del Brenta.

—

—¡Oh, mi virgen! decía Palma el viejo; ¡oh, mi ideal! decía Giorgione; ¡oh, mi Querida! decía Ticiano; ¡oh, mi Bacante! dijo Paul Veronese.

Arséne Houssaye.

Elegía

Fingiste ser para mi amor la pura
ingenuidad. Me pareciste buena.
Y ya ves: tu perfidia me condena
á hacer más dolorosa mi amargura.

Te ofrendé mis canciones y mi vida,
y ante tus gracias deshojé mis flores...
Hoy sonríes mirando los dolores
con que brota la sangre de mi herida.

Jamás imaginaste la locura
en que mi enfermo corazón ardía
por tu amor, tu nobleza y tu hermosura;

Hoy sueña tu ilusión otra quimera,
mientras que en mi locura todavía
apareces como una primavera...

Juan Serrano.

Sugestiones

Para Apolo

Profunda sugestión de los olores
del alma de las flores

—

Rosas, como los dedos de Heloísa;
Jazmín, como la sien de Mona Lisa;
Clavel, como la boca, nieve y grana
de Carmen, la graciosa sevillana



Pacho Valencia

Manos caballerescas, mano fina
de la raza latina,
que recogió claveles en España
y rosas en Provenza; fiebre extraña
del alma de estas flores,
deliciosos diablillos tentadores.

Poder de los venenos
de que muere el jazmín sobre los senos
de garridas mujeres, á los sones
del bandolín, la flauta y los violones.
Perfume que palpita
en la alcoba nupcial de Margarita
de Valois; rosa fresca
que conturbó el sentido de Francesca.
Nariz que sabe del amor, divinas
locuras de la sangre, romanesca
fragilidad de nervios, manos finas
de las dulces latinas.

—

Preciosas mirras del Oriente: unguentos
de los tres Reyes Magos; de los cuentos
de «Las mil y una noches»; refinadas
mixturas del cabello de las hadas;
gitanas errabundas, aguileña
nariz, mirar bravío,
mirar negro que infunde el desvarío
y á los beduinos á sentir enseña.
Nardos que recordáis á Sulamita:
siete noches sin par, en que se agita
el Amor invisible y muy despacio,
cabe los altos cedros del Palacio.

Violetas, flores buenas,
hermanas de las pálidas novicias,
infantas de otra edad, en las almenas
del castillo piadosas y serenas:
debéis de ser propicias
al que charla en la tarde con la bruma,
al que adora lo blanco de la espuma,
las manos perfiladas, la indecisa
santidad de una boca en la sonrisa.
Violetas pudorosas
que tenéis un divino
temor á los desmanes de las rosas.

—

Así debió de ser Santa Teresa
de Jesús, imagino
que á violetas olía la Abadesa.

—

Profunda sugestión de los olores
del alma de las flores.

Amo las rosas y el clavel, y guardo
reminiscencias del jazmín; el nardo
la mirra, me impresionan;
más adoro á las otras, son ascetas
y profanas á un tiempo, sugestionan
como dos ojos dulces las violetas.

Pacho Valencia.

ROJOS

Para Angel Falco, admirativamente.

Son estrellas de fuego suspendidas
En la noche augural de tus antojos;
Son las gotas de sangre «Cantos Rojos»
Que manan sin cesar de tus heridas.

Hay algo en tus estrofas, algo grande
Como el arcano de tus negros ojos,
Cuando sobre la Plebe tus enojos
Truenan como una racha sobre el Ande

Bebiendo el ritmo de tus versos sabios
He creído sentir sobre mis labios
El beso de la fiebre y la congoja.

Y he sentido también que á tu conjuro
Mi alma escalaba un edenal Futuro
Para escuchar de ti, la Misa Roja!

ESTHER PARODI URIARTE.

Invierno de 1907. — Montevideo.

(Del libro en prensa «Holocausto».)



UNA POETISA ROJA

Tiene sólo 18 años. Apenas una niña. Se llama Esther Parodi Uriarte.

Es una flor deliciosamente sensitiva; su corazón de holocausto se abre en nuestro ambiente de hostilidad, con la audacia de una protesta, como esas rojas margaritas perdidas entre los fragantes trebolares de las lomas, que fingen lágrimas de sangre lloradas sobre un Exodo de esperanzas!

Es una flor de nuestros campos, de estos campos uruguayos que tantas veces han sentido pasar el Soplo del Heroísmo rozando sus gramillas florecidas, de estos campos que todavía se estremecen misteriosamente en las noches espectrales, como si sintieran cruzar sobre ellos un trágico galope de recuerdos, ó como si aun resonaran con el tumulto de los entreveros gauchos!

Allá rimó sus primeras canciones, escuchando absorta en los atardeceres solemnes, la oración fervorosa de los zorzales sonámbulos.

Después vino á la ciudad. Su bella almita de pasión, se abrió entonces como una boca virgen en una explosión de besos, á las urgencias de la Vida

Y sintióse artista, más artista que nunca. Y abandonó de inmediato sus enfermos ensueños decadentistas para poemizar los dolores de los tristes supliciados de la Miseria, ella que había ya balbuceado sus infantiles enamoramientos, sus divinos éxtasis poéticos, frente á la magna grandiosidad de la gran Madre Naturaleza.

Por eso su Arte es sincero, porque es arte de sentimiento y de verdad.

Me leyó una tarde sus primeros versos rojos.

Su vocesita tenue como un re-

clamo de tórtola en celo, rimaba extrañamente las estrofas de rebeldía, que desfilaban locamente en un desfile de encantamiento, como una larga procesión de visiones trágicas despertadas de su sueño enorme por quién sabe qué prodigio

Sus pestañas negrísimas, prolongaban una penumbra sobre los ojos de Esfinge, como para retener por mas tiempo la obsesión roja . . .

A ratos fijaba en mí la pupila y yo creía entonces que sobre mí se posaba el Misterio.

Porque de sus labios divinamente besadores, parecía brotar la Revelación . . .

¡ Revolucionarios ! . . . Confiad en estas almas femeninas de exaltación y de bondad.

De sus lirismos se han ungido todos los Apostolados.

Del heroísmo de estas almas sensitivas está llena la Historia de la Libertad !

De ellas surgieron las Vírgenes rojas . . .

Angel Falco.



Carlos Roxlo

El Cristo lívido

(CUENTO INGENUO)

Desespero de su vuelta, hija mía, decía el viejo monje, convencido de que era un deber de conciencia decir á la rubia joven la verdad, toda la verdad del caso, por amarga que ella fuera. Han sido inútiles mis gestiones, he agotado sin resultado mis razonamientos, vana ha sido mi lógica sentimental. Reconoce tus méritos, admira tu belleza, pero no siente ya en su pecho, por ti, ese fuego ardiente que dicen que existe y que llaman amor.

Ella tomó un aspecto siniestro, dilató sus pupilas y retardó la expiración de un suspiro que martirizaba su pecho.

El buen viejo se sentía conmovido por la pena que le proporcionaba á aquella ingenua criatura á quien conocía desde pequeña y á quien diera, no pocas veces, almendras y medallitas cuando á los cinco años le recitaba sin equivocarse toda la «Salve» ó todo el «Bendito», pero consideraba un crimen mayor el hacerle concebir inútiles esperanzas.

Sus padres, continuó el anciano, han resuelto enviarlo á la capital para donde parte en esta semana á cursar estudios superiores, así que el próximo verano le tendremos de huésped, de modo que aunque te costará mucho no verlo en este primer tiempo, su ausencia será proficua para que lo vayas olvidando.

Imposible ¡imposible! protestó ella, yo moriré antes que eso suceda, cuando él vuelva ya no me encontrará. Yo quiero morir! añadió con voz ahogada.

No, hija mía, respondió el clérigo con acento dulce y aire severo, no debes ofender la voluntad divina con esos despropósitos que te son perdonados porque los dices en la inconsciencia á que te conduce tu gran dolor. Piensa en tu madre á quien te debes y no olvides que nuestra santa religión te ofrece grandes consuelos Ve á postrarte ante el Cristo del altar mayor y observa, mientras ores, como él abre sus descarnados brazos para abrazar á toda la humanidad, vé como en medio de las angustias que le provacan sus dolores eleva los ojos suplicantes hacia el cielo Ofrécele en holacausto tu dolor y verás como él te envía consuelo.

Unos momentos de silencio y con voz más solemne prosiguió: Muestra con tu resignación que eres realmente cristiana. Esta desgracia que te aflige puede bien ser una prueba á que te somete el Señor. ¡Animo hija mía para demostrar que tu fé es grande y arraigada! Ve, ve á postrarte ante el Cristo del altar mayor.

Ella permaneció impasible. Parecía petrificada, su vista inmóvil se fijaba con desgano en un punto, su respirar era difícil y entrecortado. No era una proeza darse cuenta que por su imaginación desfilaba velozmente una febricitante y lúgubre cabalgata.

Además, cambiando de razones añadió el fraile en una tirada de lugares comunes, las penas no duran siempre, la costumbre es una segunda naturaleza y tú eres joven, de manera que el tiempo borrará tu dolor, te acostumbrarás á no verlo y es lo justo que otro nuevo amor venga en la persona de otro buen mancebo á conmoverte y á ocupar el lugar que hoy ocupa esta desgraciada pasión

Juzgando aquello una profanación á su íntimo y desgraciado sueño, con voz desesperante exclamó: padre ¡jamás! jamás, semejante cosa! Y luego de una silenciosa pausa

movió energicamente la cabeza en signo negativo cual si después de una íntima reflexión rechazara más enérgicamente lo que el cura amigo le decía.

Ambos permanecieron mudos por un rato mientras el buen viejo jugaba maquinalmente con las cuentas de su rosario y buscaba en su fatigado cerebro la frase poseedora de un consuelo eficaz. Ella rompió el silencio al fin interrogándole con acento que daba una apariencia de tranquilidad: ¿De manera que usted juzga imposible que él vuelva á ser mi novio?

El interrogado, antes de contestar, se detuvo á pensar la manera de no herirla muy hondo sin alentarse inútilmente y como midiendo las palabras, recalcando sílaba por sílaba dijo: Muy di... fí... cil . .

¿Muy difícil...? añadió ella como si fuera un eco.

Creyéndose comprometido á una nueva respuesta, el ingenuo padre se vió en aprieto para dejar bien definido aquel asunto que se hacía ya demasiado engorroso para su bonomía sin recursos y tartamudeó: Si, hija mía, tan difícil como . como .. Y no encontrando el término de comparación que diera la idea de la imposibilidad sobre ello paseó los ojos en torno como buscándolo en los objetos que lo rodeaban y divisando como una salvación á través de los vidrios de la portada, la sagrada estatua de mármol, concluyó: como si nuestro blanco Cristo se tornara de color, finalizando con un suspiro que indicaba el alivio moral y mental que sentía al verse libre del aprieto en que inocentemente lo pusiera la afligida doncella.

Convencido de que sus argumentos eran impotentes en aquellas circunstancias y confiando ya sólo en el consuelo sobrenatural y divino se atrevió á exhortarle nuevamente con cariñoso acento: Ve ante el altar del Cristo, hija mía!

Ella se irguió y como al acicate de un poderoso impulso atravesó velozmente el amplio locutorio y penetró al templo, que estaba solitario. El taqueo de sus ínfimos botines sobre las viejas lozas dieron un eco frio y confuso al espandirse por las acústicas bóvedas



M.ME LUCIE DELARUE-MARDRUS

Inspirada poetisa francesa

Llegó hasta el presbiterio, miró al Cristo de mármol blanco que se alzaba sobre el retablo contrastando trágicamente con la cruz negra, de mármol también, sobre la que estuviera enclavado y al contemplar la expresión angustiosa de aquella faz demacrada, de aquella faz que siendo una proeza de arte era una maravilla de misticismo, se dejó caer de rodillas. Y sintiendo talvez el ósculo fraternal que siente el alma doliente ante otra alma hermana, abrió la clausura de sus pe-

nas que surgieron sin reserva en un raudal de lágrimas.

Lloró en silencio largo rato, lloró mucho, tanto, que de haberse recogido sus lágrimas hubiera causado asombro que un alma tan joven pudiera dar cabida á tanta pena

Oh! es que ciertas cristalizaciones concentradas dan resultados colosales en su licuación

No hablaba ni una palabra. Pasaba por el período álgido de un siniestro psíquico y es sabido que el grado superlativo de las magnas catástrofes se manifiesta por la elocuencia de terrorífico silencio.

Mientras ella permanecía llorosa y agobiada, el sol iba acercándose al cenit y colando sus rayos por un valioso vitrial de la decorada cúpula los proyectaba sobre la marmórea imagen envolviéndola en un tinte violaceo.

Cuando después de largo rato de doloroso sopor ella buscó de nuevo la faz amarga del Cristo, sorprendida, llevó las manos á sus sienes é irguiendose convulsiva, con expresión de visionaria y voz afónica de emoción, exclamó por dos veces: lívido! lívido!

Se oyó en el ámbito del templo el murmullo de la oración sincera que por ella elevaba el viejo monje desde el coro.

ILLA MORENO.

Y sabes por qué?

—Si lloro es de rabia, porque me dan fastidio, me producen indignación ciertos hechos. Te lo confieso: cuando nos casamos lo quería con locura, creo habría muerto si me hubiera abandonado. Pero, ¡qué quieres!, era una niña; apenas 16 años tenía. Al poco tiempo de casados, él se enfermó A causa de las muchas mojaduras recibidas en su oficio de guarda de trenvía, fué atacado de reumatismo. Se hizo cargoso Continuamente me reprendía y me insultaba, hasta llegaba á amenazarme El odio y el desprecio hacia él fueron germinando en mi pecho A veces llegaba á compadecerlo por lo mucho que sufría. Sus amigos lo visitaban, algunos con mucha frecuencia. Alberto, ese infame, que tantas y tantas horas de angustias originó á mi vida, lo visitaba á menudo, mirándome insistentemente cada vez que la ocasión se presentaba. En las visitas nocturnas, á las cuales concurría con más frecuencia que los demás amigos, yo lo acompañaba hasta la puerta de calle, como una atención y un agradecimiento.

Una noche fué audaz. Me apretó fuertemente la mano suplicándome un beso. Anhelante, cedí. Después de aquel beso, se presentó mi vida amarga como el dolor. Me pidió placeres. A mi edad, rebosante de salud y energías no pude retraerme, más con mi marido imposibilitado para proporcionármelos. Y después de aquel momento fatal y maldito, ya no hubo tranquilidad en mi espíritu, ni alivio á mi aflicción. Lo hizo público. Infame! . Y sabes por qué? Sabes? ...

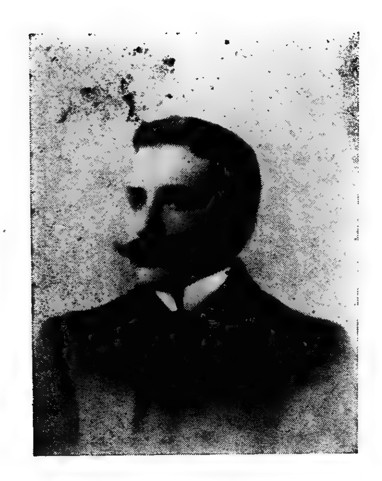
Es tanta la confianza que me inspiras, son tan sanas tus palabras, tan poderosos tus razonamientos, Marcos, que me hallo feliz en el instante que puedo hablarte y llorar sobre tus hombros mis angustias Te lo diré todo, porque eres bueno, porque eres justo. A veces, cuando te escucho en tus consideraciones, pienso en mi madre, aquella mujer que me hablaba como tú, con ternura, con bondad... Ah! ... Si todos los hombres fuesen como tú .. de tus

ideas! No las conozco, pero las comprendo, sí, las comprendo por lo que tú dices: son de bien, son de amor ... de amor sobre todo, que es lo que falta á mi vída

Ah! ... el infame ... Cuando se cansó de gozarme, me exigió .. Ah ... Marcos! ... Marcos! ... me exigió lo que una prostituta arrastrada no le concedería .. me exigió el placer .. el placer por cualquier parte del cuerpo ¿entiendes? y como me rehusé, furiosa de tanta maldad, se retiró después de amenazarme con divulgar nuestros amores ... Y Pepe lo supo. A las cuatro ó cinco noches estaba yo al lado de su cama cosiendo, cuando se sentó rápidamente recostándose en un cuadrado, se pasó las manos por la frente, me miró un rato y luego habló. Lo que me dijo en su desesperación no es de imaginarse. Cuando estuvo algo desahogado me recordó nuestros amores, nuestros días de gloria y primavera, aquellas horas que fueron como ilusiones soñadas; que fueron .. y rompió á llorar amargamente, y con él lloré yo ... Ah! me decía, abusas de mi desgracia, Julia, porque me hallo postrado, porque no puedo moverme .. todo el jardin de violetas cultivado por nuestras caricias, lo has destruído; sobre mi desgracia has elevado un prostíbulo; has masacrado mi amor ... Y llorábamos, él con la cara cubierta por las manos, yo con la cabeza hundida en su almohada ..

Desde entonces, el insulto y el odio se cernieron sobre mí. Cansada de soportar tanta inmundicia he huído hasta aquí, llena de asco, llena de desprecio hacia esos corrompidos; repleto de honor y de ignorancia uno, cargado de vicios y perversidad el otro. Las murmuraciones son las charlas de las chismosas del barrio. Si se hallaba enfermo y me necesitaba, no debió vejarme tan pérfidamente. Yo no me hallé con valor para sufrir tanta malevolencia cristianamente. ¿He hecho mal? Para mí, lo hecho, bien hecho está. Sabes ahora por qué?. .

MARCOS FROMENT.



ALFREDO VARZI

Ritornelos

¡ Entre las gentes me veo
siempre á solas con mi llanto,
igual que el *patito feo*
que Andersen amaba tanto !

Como nadie me quería
cifré en ti mi único empeño,
¡oh, rubia primita mía,
blanca y frágil como un sueño!

De mi pasión te reíste
¡y de nuevo quedé triste
á solas con mi deseo,

siempre ocultando mi llanto,
igual que el *patito feo*
que Andersen amaba tanto !

FRANCISCO VILLAESPESA.

Au printemps

Pour Henri Brewster

Une haleine de roses dans le vent m'a saisi. Gloire et vie à mon cœur! Je renais éternel. — Une haleine de roses, un murmure d'abeilles, me font l'âme divine et le cœur sans souci.

Le Printemps sort des nues beau comme Saint-Michel, pose un pied sur la terre, un autre, et le voici. L'aérienne armée des bourgeons s'épaissit, au rayon de son glaive dégagé du soleil.

Gloire et vie à mon cœur! Je renais éternel. – Une haleine de roses, un murmure d'abeilles, et cette vision dans le ciel éclairci, m'ont fait lâme divine et le cœur sans souci.

Les drapeaux du Printemps se déroulent au ciel; voici flotter sur lui tous ses vols d'hirondelles! Et mon âme est divine et mon cœur sans souci: une haleine de roses dans le vent m'a saisi.

Le Printemps a levé son glaive de rayon. Al'assaut de l'Azur s'élancent les bourgeons! Couché sur la pâleur de l'herbe nouvelette, royal et nonchalant, j'assiste à la conqête.

Gloire et vie à mon cœer! - Mon âme est éternelle. — Une haleine de roses dans le vent m'a saisi. Une haleine de roses, un murmure d'abeilles, m'ont fait l'âme d'un dieu. — Mon cœur est sans souci!

PAUL FORT.

JOSÉ E. RODÓ Y «APOLO»

APOLO marcha, decimos nosotros, recordando á Pelletan. Marcha á paso de gigante.

En otro lugar del presente número insertamos algunos hermosos y elocuentes pensamientos sobre la crítica en general, obsequio que de su cosecha inédita nos hizo amistosamente el reputado autor de «Ariel», señor José Enrique Rodó.

N. DE LA R.

Una aventura de Claudio

Á Enrique Crosa.

Más rara que tu aventura, fué la mía, dijo Claudio, á sus amigos de café.

La otra noche, después de acaloradas palabras con la Domínguez, en el Casino, nervioso por el final á que llegamos, iba hacia casa, cuando una mujer me llamó. No presté mayor atención, porque, vamos, me disgustan las pobretas mujerzuelas, y reanudando mis ideas tendientes á obtener de nuevo la amistad de la «Muñeca» seguí mi marcha. A pocos pasos se acercó. Era linda, joven, pobremente vestida. Con voz suplicante, más de mendiga que de horizontal, se ofreció No hubiera . pero ¡qué diablos! me dije, bien venga esta por aquélla. La seguí, pasamos detras del Varieté en dirección á un conventillo, donde me suplicó la aguardase breve momento Yo no supe á qué causa atribuir su escapatoria á tan miserable lugar. Temí fuera «artimaña» de algún vagabundo, vividor de faldas, pero permanecí sereno al contacto de mi fiel revólver Prevenido, con mucha curiosidad de averiguar que misterio había en esta mujer cuya forma de conducirse era bastante extraña obedecí á la seña que desde la puerta me hacía



José G. Bertotto

Ella me guiaba; salvamos un ancho y largo patio para subir una malísima escalera de hierro y frente á su pieza, hicimos alto. Entró. Yo miraba á todos lados, sin apercibir nada. Sin embargo, esa obrera metida á buscona me tenía impaciente. Salió á tiempo. Sin luz, en plena obscuridad, excusándose, pretendía indicarme el lecho.

¿Por qué no enciendes la lámpara?

— Porque ..

No quiso contestar Encendí un fósforo, examiné el cuarto, y no encontrando nada más que una camita que creí vacía, me acosté en la grande, al aguardo de la mujer que la casualidad, esa noche, había puesto entre mis brazos.

¡Y, extráñense ustedes!

No bien habíase unido á mí, cuando oí la voz clara de una criatura:

¡Mamá! ¡mamá! ¡ladrones! . ¡Ay, mamá, que miedo!...

La desconocida levantóse rápidamente. Hice lo mismo. Se dirigió á la camita y acongojada, trémula quería tranquilizar al pequeño.

¡Quédate quieto, Juanito! Mañana, te daré pan fresco, fresquito ...

Estas palabras me hirieron en lo más hondo del alma. Levanté á la criatura, y lo que nunca había hecho, la besé con calor de padre, en los labios. Mi espontánea actitud

atrajo la simpatía de la madre. Confesó la causa que yo no imaginàba

—Vea, señor, soy la mujer de Gómez, el huelguista matador de Lezna, aquel krumiro que traicionó la huelga. El está en la cárcel . . . desde entonces . . . hace seis meses. Los compañeros al principio me ayudaban . . . después se olvidaron . . . yo trabajé de todo . . . Me coloqué de sirvienta, pero como tenía esta criatura, no atendía, según mis patrones los quehaceres Me echaban. Lavé, fregué, y nada Siempre la miseria. Siempre ¡ oh, mi madre! la miseria tenaz, cruenta, terrible. Anoche . . . sabe, anoche› robé á la vecina un pedazo de carne que había dejado afuera . . . Mi pobre Juanito estuvo todo el día anterior sin comer . . . Hoy, me decidí. ¿ Entiende ? ¿ qué iba á hacer ? . . . ¡ Todo por él ! ¡ Ay ! hijo mío ! . . . Soy honrada, señor, créame ! . . .

La dí mi dinero; abracé al niño, y sin atreverme á saludar á la mártir me retiré como si sobre mí pesara algún espantoso crimen . . .

Luego, reímos de esas perdidas . . .

José G. Bertotto.



CABEZAS ASIRIAS

Yo adoro las cabezas asirias.

Las cabezas pensativas, de grandes bucles obscuros y undívagos que caen en dos bandas sobre las frentes limpias.

Yo adoro las cabezas asirias.

Las cabezas del perfecto rostro oval, hostia arcaica elevada por esa raza que no quiere morir.

Las cabezas de ojos hechos á escrutar los Libros Santos, de ojos inmensos y sagrados, de ojos obscuros y apacibles; coronados por cejas lucientes que sobre ellos parecen dos alas de águila abiertas sobre dós abismos de inmensos ensueños .

Yo adoro las cabezas asirias.

Las cabezas de nariz ideal, cuyo perfil divinamente curvo parece desvanecerse .. desvanecerse De bocas leves, de labios delgados hechos á cantar el salmo, á gritar el apóstrofe de Isaías, á murmurar el simbólico versículo de Daniel, á gemir las elegías formidables de Job ...

Yo adoro las cabezas asirias

Las cabezas de barba sedeña y rizada, que se parten en dos, de barba que se recorta breve sobre la tez mate fina.. Las cabezas dignas del camafeo de esmeralda, que, desdeñosas del tiempo, se inclinan mudas sobre el Pentateuco y recuerdan las glorias de Salomón, las pompas de Jeroboán, las tristezas y las neurosis de David .

Yo adoro las cabezas asirias.

En nombre de los viejos reyes que usaban tiara y barba de canelones, y alargaban sus ojos con pintura y cabalgaban en bueyes y tenían la definitiva frialdad de la muerte . En nombre de los patriarcas beduinos cuyas hijas iban á la fuente, soñadoras, al fulgor de los occidentes pomposos de la tierra de los Ben-Israel . . En nombre de los profetas Mayores, los Jueces ungidos del Señor .. Y en nombre del Cristo, el de la tristeza augusta y serena.

Amado Nervo.

Hora Mystica

Para Apolo.

Oriente s'inrosa: il mattino
su i dorsi a le verdi colline
sorride; son stille argentine
i mandorli, e'l cielo é turchino.

Sul cerulo clivo il convento
albeggia, pensoso, al sereno;
la tinnula squilla vien meno,
la squilla che pare un lamento

E chiama á la prece nel coro,
le suore ne l'umili celle,
su i monti le ültime stelle
han bagliori trepidi d'oro.

Si cullano a l'aura i cipressi
sognanti il perdono e la pace;
intorno il convento che tace
i nidi pispiglian sommessi.

I peschi son nembi di rose,
i meli son nembi d'argento,
l'alitare lieve del vento
reca loro essenze odorose.

Le lodole a sciami festose
si perdon, trillando nė cieli;
tra l'erbe, su i gracili steli,
le viole sogguardan, ritrose,

Si desta la valle allietata
di canti d'uccelli, di foglie,
di fonti; da l'aureë soglie
s'avventa la rossa giornata.

Tu, Bianca, discendi nel coro:
non tace la tinnula squilla;
non per te, oggi, il cielo scintilla,
nė orizzonte tingesi d'oro.

O pallida suora, il tuo velo
distendi su gli occhi viöla;
del mondo nessuna parola
ti sfiöri, o nata pel cielo.

I gemite cupi de l'organo
echeggiano sotto le arcate,
o Bianca, le colpe passate
tu piangi col pianto che sgorga?

Tu piangi! .... voi tutte piangete,
o pallide suore, nel canto
che sale, che muore ch'ê schianto
de l'anime vostre segrete.

Ma taciti i vostri pensieri
ascendono alati, l'intenso
azzurro; una nube d'incenso
li avvolge con fiocchi leggieri.

Dileguan nel cielo canoro
col garrulo suon di campane
di piccole chiesse lontane
sperdute nel vasto pianoro.

Le glicinie sono fioriti
a tutte le piccole grate
attendon che loro spruzziate
di stille le foglie appassite.

I passeri bruni ne l'orto,
le briciole aspettan del pane;
le briciole e ció che rimane
del cibo che é loro conforto.

Ti aspettano, o Bianca, quei nidi
ascosi nel folto dei rovi,
da l'uovo sgusciaron dei nuovi
uccelini; senti i lor gridi?

Accorri a quei piccoli nati,
ma adessi tu porta qualcosa,
son piccoli, nudi, ogni cosa
lor manca, son solo scaldati.

Ma quanti piccini nel mondo
son soli, che gridano: — O fame!—
Nessuno l'ascolta. Le grame
querele dileguan nel mondo.

Scendete dal bianco convento,
o pallide suore pentite
per madri a quei bimbi voffrite;
la vita non sia un lamento!

Ma cessano le litanie
come goccie lente d'assenzio.
Un canto, . . . poi tetro silenzio
avvolge le lor voci pie.

E torna la calma nel cuore
co l'ultima nota del canto,
le suore, passandosi accanto,
sussuran: — Sorella, si muore —

Giuseppe Pierucci.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Rimas del Trópico, POR ALFREDO GÓMEZ JAIME. — MADRID. — Alfredo Gómez Jaime, autor de un hermoso poemita: «Irma» del cual hablamos en uno de nuestros números anteriores, acaba de enviarnos de Madrid, donde reside actualmente, un ejemplar de su último libro intitulado «Rimas del Trópico» En cada una de las poesías que constituyen ese volumen, el poeta ha puesto un dulce soplo de emotividad, de ese perfume que deleita á los espíritus y es el alma de la poesía subjetiva. El estilo de Gómez Jaime es fluido y elegante, atributo éste que agregado á la elocuencia de sus visiones serenas hace que su nuevo libro sea digno de todo encomio.

Lamentamos no disponer de mayor espacio para ocuparnos extensamente del libro que mencionamos y que ha producido excelente impresión en los circulos literarios de España y América.

Nuestras felicitaciones al poeta, y con ellas, nuestro agradecimiento por su hermoso obsequio.

El Alma de la América Latina, POR JOAQUÍN ARCINIEGAS. – SAN JOSÉ DE COSTA RICA.—Joaquín Arciniegas ha publicado en un volumen lujosamente impreso los diferentes juicios que sobre su obra inédita intitulada «El Alma de la América Latina» han hecho los principales y mejor conceptuados periódicos americanos. El libro, cuya aparición se anuncia para muy pronto, versará sobre la historia de América, desde el descubrimiento hasta la época actual, y contendrá un escogido y vasto sumario y hermosas ilustraciones en colores ejecutadas en uno de los mejores talleres de Europa.

El enigma interior, POR MANUEL GÁLVEZ.— BUENOS AIRES. – Compone el volúmen así titulado, una serie de poesías muy sentidas y delicadas La originalidad de muchas de ellas merece el homenaje del aplauso. Las otras revelan al poeta no emancipado aún de la influencia del maestro. Leyendo con devoción las poesías de Gálvez, recordaréis bien pronto la manera de Rubén Darío; y, muchas veces, la de aquel gran emotivo que se llama Juan R Giménez. Sin embargo, Manuel Gálvez merece los más entusiastas plácemes. El no niega al maestro Rubén Darío, á quién dedica su libro. No hace como esos escritores (aquí en el Uruguay, hay muchos) que van á la zaga de sus maestros imitando escandalosamente su estilo y luego no sólo lo niegan y lo lapidan sino que critican acerbamente su manera personal y pretenden aparecer ante los otros escritores como despojados de toda influencia extraña. Dejamos constancia de esto porque nos exaspera que algunos de nuestros escritores, nada personales, por cierto, quieran oficiar de dómines literarios empezando por creerse superiores á los maestros que remedan.

Las Barcas, POR ENRIQUE J BANCHS. — BUENOS AIRES — Es un pequeño volúmen de poesías modernistas que revela al poeta apto para todas las formas y motivos que estremecen su psiquis. Concebido con mucho arte y con plétora de savia imaginativa, el libro de Banchs acusa en su autor un perfecto conocimiento de las nuevas tendencias literarias en las cuales se embarcan los soñadores de hoy.

El poemita «Las Barcas» que da nombre al volumen es hermoso bajo cualquier concepto. Escrito en versos alejandrinos de una fluidez exquisita y lleno de brillantes imágenes que dan realce á la idea original,

todo él habla muy alto en elogio al poeta que siente y sabe pensar. Si el espacio nos permitiera, anotaríamos otras poesías de las que más se destacan en el volumen. Pero, en cambio, diremos que se trata de un libro bueno, magüer ciertas asonancias y consonancias mezcladas que se pueden observar en algunas estrofas de « Los cisnes del lago » y « Ofrenda ».

Algo del Perú y mucho de Pelagatos, POR EL TUNANTE (ABELARDO M. GAMARRA) — LIMA. — He aquí un libro sincero y fuerte, un libro todo verdad, donde se ponen al desnudo los torpes convencionalismos y se estudian, con un criterio sereno refractario al eufemismo, los bajos fondos de la política peruana, que, al fin y al cabo, es idéntica á la de todos los países, sean ellos monárquicos ó republicanos.

Abelardo M. Gamarra, que dirige en Lima el periódico liberal « Integridad », consolida con ese libro en que campea la sátira hábilmente manejada, su reputación de escritor de nervio y de voluntad de bronce.

Son de admirarse en esta época de vergonzosas claudicaciones las palabras sinceras de los que sueñan en un ideal de libertad, luchando siempre con la esperanza ante los ojos. Por eso admiramos el libro del distinguido periodista peruano.

« Algo del Perú y mucho de Pelagatos » contiene también un libreto para ópera intitulado « El Yaraví », exquisitamente escrito y lleno de imágenes hermosísimas que han despertado en nuestras almas un cúmulo de sensaciones divinas.

Agradecemos íntimamente al señor Gamarra el ejemplar que nos ha enviado.

NUEVO CANJE

Chic. — GUANTÁNAMO — CUBA. — Nos ha visitado el número 2 de este quincenario de literatura que dirigen los escritores Rafael Pullés Palacios y Regino E. Boti Barreiro. Entre las composiciones que lo componen, algunas buenas, y mediocres las otras, hemos leído una titulada «Capricho» que quiere ser algo así como una crítica al potable poeta cubano Manuel S. Pichardo.

Conocemos la importante labor de este poeta, y por eso, la mencionada composición nos ha parecido obra de algún ilustre desconocedor de las letras ó bien de alguno de esos impotentes que á trueque de hacer obra intelectual mortifican á aquellos que marchan hacia la meta . .

Agradecemos y retribuiremos el envío.

Sur América. — BOGOTÁ. — COLOMBIA — Hemos recibido algunos números de esta interesante revista que dirige el distinguido dramaturgo y literato Adolfo León Gómez. Traen un excelente material de lectura. Felicitamos al autor de « El Soldado » por la reaparición de su simpática revista

La Nueva Revista. — BUENOS AIRES Acabamos de recibir el primer número de esta pequeña revista literaria que dirige el señor Sergio V. Florespine Trae un variado material dc lectura y excelentes fotograbados. Dejamos establecido el canje de práctica.

Revista Latina. — MADRID - Ya ha llegado el número 1, correspondiente al mes de Septiembre, de esta interesantísima publicación que dirige el poeta-amigo Francisco Villaespesa. De su importancia ya se habrán dado cuenta los que leyeron su sumario en el número anterior de APOLO.

En el próximo número « Revista Latina » se ocupará del libro « Fanfarria de prejuicios » de nuestro redactor Perfecto López Campaña.

Los que deseen subscribirse á « Revista Latina » pueden dirigirse á la Librería Moderna, 18 de Julio, 342 y Sarandí, 240, ó á la Administración de « Apolo ».

El Cojo Ilustrado. — CARACAS. — Nos ha visitado el número 377 de esta importante revista que en Caracas dirige el señor J. M. Herrera Irigoyen. Contiene un excelente material literario rubrado por escritores ya consagrados en el mundo de las letras, y numerosos grabados

nítidamente impresos. El canje con esta revista estaba ya establecido.

Tropical. — IBAGUÉ (COLOMBIA). — Recibimos el número 4 de esta revista mensual de literatura, artes y ciencias que se publica bajo la dirección de los escritores Manuel A. Bonilla y Enrique Veleza. A. Su sumario es nutrido é interesante. Establecemos el canje,

---

CANJE ORDINARIO

« Letras », Habana (Cuba) « Mes Literario » Coro (Venezuela); « Germen », Buenos Aires « El Iris », Villa del Cerro ; « Caras y Caretas » Buenos Aires ; « El Deber Cívico », Melo » ; « Verdad », Montevideo ; « El Orden », Minas ; « Vida Nueva » Florida ; « El Obrero », Rocha ; « El Civismo », Rocha ; « El Heraldo », Maldonado ; « La Quincena », « San Salvador; « Natura ». Montevideo ; « Nueva Vida » « San Salvador; « Ecos del Progreso ». Salto; « Zig Zag », Santiago de Chile ; «Guayaquil Artístico », Guayaquil ; « Verdad ». Santiago de Chile.

REPRODUCCIONES

De nuestros números anteriores han hecho los periódicos siguientes :

La Tribuna Libertaria, Montevideo: «Ciclo de Retroceso», por Pérez y Curis; *El Obrero*, Rocha: «Rojo y Negro», por Ovidio Fernández Ríos y « Universalidad de la lucha económica», por Perfecto López Campaña; *Ecos del Progreso*, Salto: «Literaturas Modernas, «Fanfarria de Prejuicios», por Juan Picón Olaondo y «Poniente Hibernal», por Pérez y Curis; *El Iris*, Villa del Cerro: «Del Caos», por Ovidio Fernández y Ríos y «Poniente Hibernal», por Pérez y Curis; *Vida Nueva*, Florida: « Erótica», por Luis Martínez Marcos ; *El Iris*, Villa del Cerro: « Ante una ofrenda hacia los dioses », por Juan Picón Olaondo.

NOTAS

Nuestro compañero de redacción, el talentoso escritor Perfecto López Campaña, sigue radicado en el Salto, donde redacta el importante diario *Ecos del Progreso*.

Nos ha prometido enviarnos desde allí su colaboración. Nosotros lamentamos de verdad la ausencia del estimado camarada y amigo.

El joven poeta Ovidio Fernández Ríos, de la redacción de APOLO, ha sido nombrado recientemente redactor de nuestro colega *El Iris* que se edita en la Villa del Cerro.

Felicitamos á « El Iris » por la adquisición de tan valioso elemento.

Advertimos á todos los interesados en poseer la colección completa del APOLO, que la mayoría de los números publicados hasta la fecha se han agotado inmediatamente. Del único número que existe cantidad suficiente para satisfacer ciertos pedidos, es del número 6 que corresponde al mes de Julio. No obstante esto, siempre que los pedidos lleguen á constituir una cantidad digna de tenerse en cuenta, publicaremos en un solo número de gran formato, todos los números agotados desde el 1 al 5 inclusive.

Los autores así como las casas editoras tanto nacionales como extranjeras que deseen un juicio breve en las *Bibliográficas*, es menester que envíen á la redacción de APOLO dos ejemplares de las obras que publiquen.

Sólo así verteremos opiniones, de las cuales nos hacemos responsables.

Todas aquellas publicaciones americanas y europeas que deseen establecer *Canje* regular con el APOLO, serán satisfechas á vuelta de correo. Basta para que este quede iniciado, con que se nos envíe un ejemplar de la revista interesada.

Las colaboraciones de nuestro número anterior correspondientes á autores uruguayos se han publicado talmente los originales. Lo hacemos constar así, por ciertas palabras de desagrado pronunciadas indebidamente por algunos de dichos autores.



Número extraordinario de "Apolo"

El 1.° de Enero de 1908 publicaremos un número extraordinario de nuestra revista, conmemorando así el comienzo del « tercer año » de vida. Constará él, de más de 80 páginas de material gráfico y literario de los mejores artistas y escritores contemporáneos de ambos mundos. Las colaboraciones para dicho número se recibirán en esta redacción hasta el 15 de Diciembre próximo.

APOLO

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGIA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO II — N.° 10. Montevideo — Buenos Aires, Diciembre de 1907.

De "Enfermedades Sociales"

El adelanto material

Los pueblos de filósofos y de retores como la Grecia fantasmal de nuestra edad antigua, sólo podrían mantener su plena autoridad en estas épocas complicadas y multiformes á condición de unir á sus excelencias metafísicas y á su superioridad pensante, una vigorosa juventud industrial, económica ó manufacturera, y un espíritu vivaz, siempre despierto, capaz de ir revistiendo, simultáneamente con las otras agrupaciones, las mismas formas externas, y los mismos refinamientos en la existencia material. Imaginar que un país puede contrabalancear con sus especulaciones trasceaentales y con sus exquisiteces artísticas, el empuje absorbente de los que le rodean, es abandonarse al imposible. La vida está hecha de equivalencias. Y el equilibrio es una paralelización de fuerzas anuladas.

Olvidando estos principios, ciertos pueblos latinizantes han conservado como recuerdo de su orígen y de sus aficiones de varios siglos, una confusa tendencia á encerrarse en el ideal y á descuidar extremadamente las otras formas de la energía humana. En el momento actual algunos dejan ver un sensible achatamiento. Ello se transparenta hasta en los detalles ínfimos. Porque los maravillosos constructores de paradojas, obsedidos por la nubes, acaparados por preocupaciones altísimas, parecen considerar su paso por el planeta como una cosa provisoria que no merece grandes cuidados. No son, ni con mucho, filósofos estoicos, enemigos de la molicie. Pero la disposición que demuestran para los asuntos intelectuales, se transforma á menudo en inaptitud, así que atacan el abecedario casero de las necesidades cotidianas.

Pereza de las facultades creadoras

Es evidente que la falta de esas comodidades, de ese *confort*, de esos perfeccionamientos incesantes y múltiples que exige el ser humano cada vez más complejo, más vibrátil y más alto, indica una interrupción en la fuerza ascensional de un pueblo. A una creciente superioridad de aptitudes, corresponde una más grande intensidad de progreso traducido en bienestar.

En determinadas comarcas, el hombre se siente acariciado por la facilidad de las cosas. Todo resbala y se ofrece.

En otras todo parece estar hecho de pedacitos. Falta la concepción audaz, la resolución franca, Se nota cierta mezquindad, cierta economía, cierto deseo de hacer de lo indispensable lo menos posible y de burlar la opinión, dándole la mitad de lo que aguarda.

No basta que una *élite* viva con el siglo. Lo que marca el progreso y la victoria es la difusióu del bienestar dentro de las fronteras y lo que cuenta en los cómputos universales, es el término medio de la felicidad individual dentro de cada nación. La aristocracia rusa tiene las mismas costumbres refinadas que la aristocracia inglesa, pero eso no significa que ambos pueblos estén al mismo nivel. Lo que en aquel país es patrimonio exclusivo de una casta y forma como una isla dentro de la nación, resulta en éste extendido y común á un número infinitamente mayor de individuos. Lo que en Rusia sólo alcanza para perfumar la cima, resbala en Inglaterra por las laderas y florece la mitad de la montaña.

La cultura de las naciones puede calcularse por sus necesidades. Los pueblos que marchan á la cabeza, son también aquellos en que se vive mejor, desde el punto de vista de la alimentación, de los transportes, etc. . . Las simetrías de la existencia quieren que á una superioridad de pensamiento corresponda una superioridad de vida material. Algunos desmienten esta regla. Y es porque sufren la influencia de un factor nuevo que está á menudo en contradicicción con el espíritu general del país y que se llama: la falta de íniciativa.

Una revista de Viena, *Die Zeit* abrió una «enquête» sobre la influencia francesa en Alemania. Los profesores, literatos y artistas consultados por ella hicieron respuestas evasivas, francas ó irónicas. Pero casi todos dejaron la misma impresión desconcertante. Alemania admira la intelectualidad francesa, pero se considera superior á Francia por su acción de conjunto sobre el siglo. Se defiende de lo que llama el «alma femenina» de París. El sentimiento del *deber* le da según ella la fuerza necesaria para obrar; mientras que el francés, escéptico, carece de motivos para sacrificarse. Francia es un niño travieso y sublime cuyo espíritu superficial no concuerda con la necesidad que dicen sentir los sajones de cosas fundamentales. Quizá exageran éstos un tanto la solidez que se atribuyen. Pero es lo cierto que en Berlín ó en Hamburgo se advierte más á menudo la titilación de un espíritu crítico constantemente despierto y aplicado á las cosas corrientes.

La iniciativa

La iniciativa es la renovadora de la existencia; la facultad con ayuda de la cual el hombre va haciendo entrar futuro en el presente. Sin ella todo permanecería estancado á lo largo de los siglos y las edades serían reproducciones pálidas de un eterno tipo ancestral. Es lo que pone en movimiento á las sociedades, lo que las da rasgos propios, lo que las hace cambiar de piel. La iniciativa no resulta por su esencia una cosa de conjunto, es una función personal. No es obra de los organismos, sino de las moléculas. Se tradu-

ce en una acción individual y constante que descubre circunstancias, analogía, procedimientos, disociaciones, matices, aplicaciones ó formas desconocidas, que después se difunden y aumentan el *haber* de la colectividad. Iniciativa fué la del prímer hombre que hizo brotar el fnego, que esclavizó las fugas del caballo, que impuso á los árboles la forma de una choza, que traspuso con un puente el imposible de los ríos, que experimentó las virtudes de una planta, que adivinó la rueda, que mordió una fruta, que modificó el traje, que se bañó en el mar, que podó un árbol, que se sirvió de un aviso, que imaginó un paraguas, ó que introdujo, creó ó aclimató algo inédito. Iniciativa es la del primero que puso un freno á la locomotora, que dió rueda libre á la bicicleta, que resolvió un perfeccionamiento en el servicio postal, que acortó la duración de un viaje ó que determinó cualquier mejoramiento de lo existente. Tener iniciativa es transponer la costumbre, ser más que un fonógrafo, razonar las cosas, vivir completamente. Los paralíticos de alma se contentan con la tradición; los hombres plenos ven á través de ella. Si lo miramos bien, la iniciativa no es más que producto de la curiosidad y de la lógica. Quizá entra en ella también un poco de presciencia y de adivinación. Pero es el motor supremo de los pueblos y su condición de triunfo. Cuando ante una escena ó un caso inesperado (haciendo abstracción de los grandes conflictos morales), un hombre no acierta á resolver lo que conviene y busca en el pasado un ejemplo ó un lazarillo, se puede decir que ese hombre decae. Ya no es capaz de saltar por sobre la dificultad para crear vida. Es un baldado... Juventud, significa exuberancia, decisión y jaque á los imposibles. Los pueblos jóvenes y triunfantes son aquellos en que se oye el chisporratear de la inventiva, en que cada cerebro es un laboratorio de deducciones y de inducciones, en que se extrena una vida todas las mañanas, en que el hombre siente dentro de sí el fuego creador, base de la supremacía de la especie y origen de nuestra ascención interminable. Fuera de la iniciativa no hay más que estancamiento y derrota. Basta echar una ojeada sobre las naciones, para comprender la importancia de esta facultad que algunos consideran como subalterna y que es en realidad el origen de todo progreso. Si España pierde terreno, es porque ha descuidado la iniciativa. Mientras ella permanece anclada en sus costumbres, los otros pueblos continúan su marcha hacia el sol, algunos, como los Estados Unidos, con una rapidez grande. Porque en la América del Norte la iniciativa es el resorte principal. Una educación razonada y libre ha habituado á los hombres á la acción y les ha dado con la facultad del análisis la costumbre de la crítica y el deseo de mejorar las cosas. Todos concurren según sus facultades y en su esfera á empujar la monstruosa bola de nieve de la civilización. Así consiguen ir adelante en la fuga hacia los límites.

La ausencia de "personalidad"

No faltará quien argumente que unos pueblos han nacido con particulares aptitudes para los asuntos materiales y otros para los asuntos espirituales, que unos resultan excelentes administradores

ó empresarios, y otros incomparables poetas ó filósofos, que aquellos son la carne y éstos el alma de la humanidad.

No nos deslumbre la paradoja. La ciencia dice que todos, con excepción de los enfermos y los baldados, han nacido con una organización cerebral semejante. Si unos pueblos demuestran tener mayores preferencias por una cosa que por otra, ello depende de la educación que vienen recibiendo. Tan es así, que los franceses fueron un tiempo maestros en cuestiones que hoy resultan ajenas á su competencia. A una educación racional, deductiva, experimental, corresponden temperamentos curiosos, razonadores, y atrevidos. De una educación de fuegos florales, no pueden salir más que excelentes retores mal preparados para la existencia moderna.

Es innegable que la falta de iniciativa de que nos ocupamos arranca del Liceo. Los sistemas pedagógicos en uso consideran al niño como un rodillo impresionable de fónografo. Sólo le piden memoria. Y esa anulación de la personalidad, que empieza en la escuela, se prolonga y se acentúa después en la vida.

Surgen hombres que no se atreven á desafiar la opinión. «Hacerse notar» es lo peor que les puede ocurrir. Por no «hacerse notar» se calla la boca el cliente á quien sirven en el restaurant un beafteak calcáreo; por no «hacerse notar» se corre y huye el transeunte insultado por el pilluelo; por no «hacerse notar» se ejecutan ó aceptan millares de cosas nocivas ó desagradables que nadie toleraría á solas, pero que todos acatan é imitan en público, terrorizados como están por la idea de diferenciarse de los demás.

Timidez material y moral

Así se ha llegado casi á suprimir la afirmación. Quien sabe que está lloviendo, expresará su certidumbre en forma dubitativa: «parece que llueve...» Se me dirá que ello señala una gran moderación de carácter y una encomiable prudencia filosófica. Pero esa eterna fluctuación, ese estado neutro, esa incertidumbre, es, á la postre, muy nefasta. Los que triunfan son los campeones que blanden con denuedo la afirmación, esa espada del espíritu y los que seguros de su razón, lo aprecian y lo resuelven todo individualmente, sin pasar revista á las caras de los demás.

Otras de las causas que dificultan la iniciativa, es la tendencia al ahorro y el temor que tiene cada cual de arriesgar su tesoro. Buena parte de los que poseen un pequeño capital que les permite una existencia mediana, prefieren la chata tranquilidad del rentista, á las agitaciones, después de todo, viriles y saludables, de los que excusan en cierto modo su riqueza haciéndole producir, en una forma ó en otra, mayor bienestar para la colectividad. Los que no caen en ese vicio, emprenden negocios tradicionales y usados, en que las probabilidades de pérdida están reducidas al mínimun. Los más valientes se aventuran en expeculaciones de bolsa. Pero muy pocos inician esas empresas nuevas ó abren esos caminos inéditos, que dentro de la organización económica actual, contribuyen á aumentar la habitabilidad de un país. Falta la osadía y la confianza

en las propias fuerzas. Intentar variaciones, abrir surco, comenzar algo, son cosas que parecen temerarias. Lo común es seguir por el camino conocido, á remolque de los muertos.

MANUEL UGARTE.



LUISA R. GUARNASCHELLI

La Esfinge

Para Apolo.

Yo tengo cada noche en mi prisión obscura,
Cuando me duermo triste, un sueño extravagante,
En que parece veo tras el cendal flotante
Con que las sombras forman su negra vestidura,

Una beldad marmórea de trágica hermosura
Como la Esfinge griega, biforme y arrogante:
El cuerpo recio, alado, de fiero león rampante,
Y de mujer el busto, con ojos de escultura.

No habla ni vé la estatua; enigma es su mutismo,
Misterio impenetrable del Porvenir incierto,

Y, como el que se siente perdido en un abismo,
En la Tebaida fría de este árido desierto,

Ante el Arcano horrible pregúntome á mí mismo
Si es que estoy dormido ó es que estoy despierto!

La Quimera

Pero otras veces sueño que de una inmensa altura
Luz estrellar desciende, que mi celda ilumina,
Y en un fondo que tiene matiz de agua marina
Una «mujer-quimera» destaca su figura.

En sus azules ojos chispa de amor fulgura,
Hasta mi lecho llega y sobre mí se inclina
Para besarme, y gozo cuando su purpurina
Boca en mi frente imprime un beso con ternura.

Y cuando el tiempo pasa y la tiniebla insiste
En recobrar su imperio, la forma peregrina
De la visión aérea todavía persiste,
Aunque mis ojos cierre, grabada en mi retina;
Y esa «mujer-quimera», que blancos velos viste,
Eres tú, mi Deseada, eres tú, mi Corina.

Adriano M. Aguiar.

Agosto, 1906.

La Flor de San Juan

Estamos en Junio, en el San Juan del verano, y alrededor del enjuto Bautista, comedor de langostas, convertido por la superposición de los cultos en sucesor directo de Helios, se despiertan las leyendas solsticiales.

Ayer el amigo Moulet me contaba una ... Pero no conocéis al amigo Moulet, un honrado hombre, combatiente en 1851, cuya barba ha emblanquecido paralelamente con la mía, con un poco de anticipación sin embargo, y á quién yo admiraba muy pequeño, cuando marchando hacia atrás, con un paquete de cáñamo sobre la barriga, hilaba esas cuerdas á lo largo de los antiguos terraplenes.

Ahora que el progreso de la mecánica ha suprimido la primitiva industria de la cordelería, Moulet, como un filósofo resignado cultiva legumbres y flores en campos Brencous, en medio de las rocas y de las canteras transformadas en jardines.

Es dichoso y no se lamenta, porque el aire que se respira en aquella altura es el más puro y la vista de que se disfruta es la más admirable del mundo.

No obstante. no fué en ese paraíso rocalloso donde Moulet me narró la leyenda. Moulet es, por naturaleza, poco hablador. Para desatar su lengua fué menester que la casualidad de un encuentro y de una excursión improvisada nos condujese por el camino de Ribiers hasta el pueblo de Amarons y sus casucas agrupadas al pie del imponente bloque calcáreo, sobre el cual se alzaba, en tiempo de los cónsules, de los podestás y las antiguas guerras, la *bastida* fortificada de San Juan.

Entonces, me dijo Moulet:

— Tú sabes que aún al pretente la bastida de San Juan conserva el renombre de un sitio muy particular, donde ocurren en cuatro dias, y precisamente en esta estación.. cosas que no son cristianas.

—Diantre!

— Parece... Pero déjame tomar aliento ...

« Parece que todos los años, el día de San Juan, cuando suena la hora de media noche, nace una flor en la montaña, una flor maravillosa que alumbra, iluminando la hierba alrededor suyo, como lo haría un gusano de luz.

« Los caminos, por los cuales puede llegarse hasta ellos son senderos de precipicios y no hay sino un momento para cogerla. Pero el que la conquista está seguro de ser amado, ofreciéndola á la persona á quien ame.

« Ahora bien, sucedió que una dama encopetada, una princesa — pues las mujeres también pueden coger la flor — amaba á alguien de quien no era amada, y por consejo de su confesor, hombre versado en ciencias, subió á la cumbre, hasta las ruinas de San Juan, en el día y á la hora requeridos.

« Llegó, vió la flor que destellaba y distinguió, á pesar de la negra sombra, su cáliz color de luna que por dentro tiene color de sol. Pero cuando se allegó á cogerla, alguien la tenia ya : un campesino joven y pobre, con

su saco y su planta, en traje de pastor de cabras.

« La princesa trató de comprar la flor.

— « Nó, nó, hermosa dama, imposible! Si vos llegáis á tocarla me amaréis y eso no estaría bien.

— « ¿Por qué?

— « Porque yo amo á otra, de quien deseo hacerme amar.

— « Más bella que yo?

— « Pues que yo la amo, aunque sea un poco rojiza y esté curtida de sol, para mí es más bella que todo el mundo.

« Y el pastorcito se marchó, llevándose la flor, y mientras que el pastorcito se compadecía de la princesa, porque tenía un buen corazón, la princesa, á pesar de su corona, envidiaba á la rústica amada del pastor.

No pude contenerme é interrumpí á mi amigo Moulet:

—He allí una flor que es necesario poseer.

— ¿Ahora, para que nos serviría?

— No importa! Tú debías haberme dicho esto antes. La posesión de este secreto me hubiera ahorrado muchas tristezas.

— Yo mismo no lo supe sino ayer.

Nos miramos sonriendo, con un poco de melancólica pesadumbre en los ojos. El secreto de la dicha llega siempre demasiado tarde. Así es como se estila en la vida.

PAUL ARÉNE.



MISERERE

La Margarita del Fausto

Para «Apolo».

Sufrías un mal hondo, ineluctable,
Rebelde á las benignas confidencias,
Y en tus ojos mendigos de clemencias
Divagaba un enigma indescifrable.

Tú llorabas las pálidas ausencias
De una pasión fatal, inolvidable,
Y de tu lloro que era inagotable
Cien Ocasos bebieron sus dolencias.

Con una exangüe marchitez de lirio
Se agostaba tu ser en el delirio
De un insomnio, hasta que, piadosamente,

Allá en la bruma de un Ocaso lila
Desvanecióse el llanto en tu pupila
Y te dormiste, al fin...! eternamente!

Juan Picón Olaondo.

Sangre azul

El salón es muy amplio, el más amplio del antiguo palacio que habitaron siempre los duques de San Esteban; tiene cuatro balcones con sus persianas tendidas y las maderas entornadas, de modo que sólo penetran en la estancia cuatro rayos de luz que la dejan bañada en suave penumbra.

Adosados á los muros, en los huecos que se forman entre balcón y balcón, reposan tres bargueños antiguos de nogal obscuro y grasiento, en cuya madera hizo el artífice, con paciencia de esclavo, labor de talla minuciosa. Los herrajes de acero destacan sus pinceladas brillantes en la obscuridad de la madera.

De las paredes penden, cubriéndolas por completo, tapices africanos de colores violentos, tapices tejidos con indolencia mora, y sobre ellos, encerrados unos en marcos de roble, otros en molduras de oro antiguo, muestran sus adustos ceños todos los duques de San Esteban que fueron; la pátina y la luz han ido cambiando colores y borrando detalles: los rostros que quizá en un tiempo tuvieron rosas de sangre en las mejillas, tienen hoy amarillez de cera; los labios en vez de carmín son rosa pálido; las damas son graves, ninguna sonríe: se diría que los artistas pensaron en el fenecer de sus modelos

Completan el menaje de tan peregrina estancia, sillones con respaldos y asiento de cuero cordobés y remaches anchos de plata. Cubre la puerta de entrada amplio telón de paño azul, en cuyo centro se vé la corona y el escudo heráldico de los duques; hay en este escudo tres cantones: uno horizontal y dos verticales: el diestro del jefe es un campo de azur con barras de oro; en el siniestro hay un castillo por entre cuyas almenas asoma un brazo armado con daga milanesa, y en el horizontal de la punta un gato de negro pelo y ojos verdes que tiende fiera mirada.

El tapiz se levanta con frecuencia para dar paso á gentes que van entrando; todas vienen con caras tristes, con ropajes negros, con guantes negros; los hombres con corbata negra también; avanzan hasta el fondo en donde el duque está como hundido en amplio sillón de erguido respaldo Es un hombre de corta estatura, de rostro enjuto y rasurado, envuelve su cuerpo en obscura levita y sostiene en una de las manos blanco pañuelo que de vez en vez le sirve para enjugar sus ojos.

Los saludos son todos hermanos.

— ¡ Duque ! - Dice una señora que llega con su hija; y la exclamación que al parecer iba á brotar dolorosa se rompe en estas palabras y en ellas se queda.

Los hombres se acercan decididos, como quien va á ejecutar un acto de valor, estrechan con sus dos manos la diestra del noble y la sacuden nerviosa y largamente como queriendo demostrar una pena y una emoción que están muy lejos de sentir.

Luego el grupo que se formó para saludar al viejo se va deshaciendo y se vuelve á formar con nuevas personas. Van sentándose en corrillos: viejos con viejos y jóvenes con jóvenes. Al cabo de un rato, junto al de San Esteban sólo queda una anciana.

— ¿ Ha visto usted, marquesa ?

– ¡ Pobre Eulalia !

— Sí, marquesa, sí, y pobre también de mí que me quedo sin ella; de mi hijo que enloquecerá de dolor... ténganos compasión, acabamos de perder algo muy grande... algo que no sabemos aún bien lo que era. — Fluyen las palabras de boca del anciano, á borbotones como la sangre de una herida.

— ¿ Y Alvaro, vendrá ?

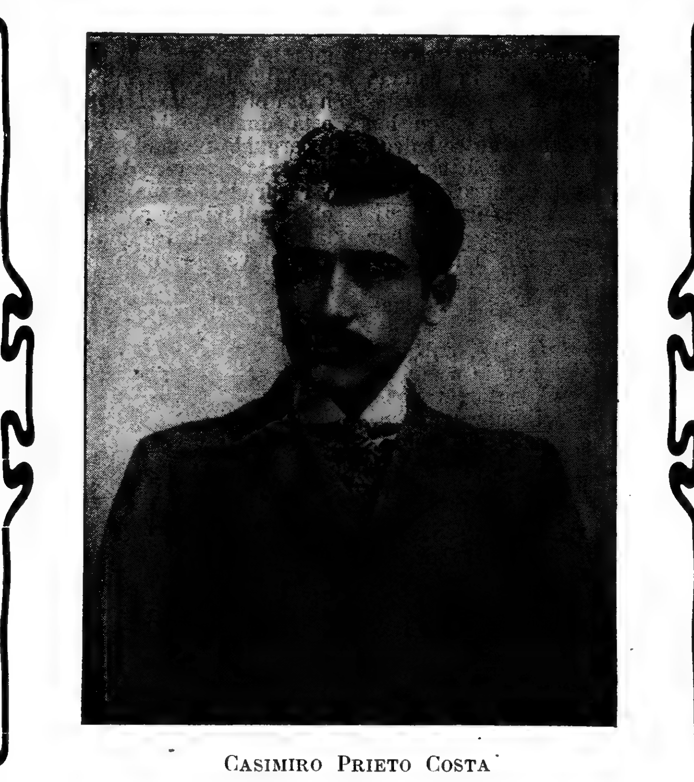
— Ya no, ¿ para qué ? Le avisa-

mos que su madre estaba enferma y á las tres horas justas tuvimos que ponerle un telegrama á Augusto, que está con él, para que preparase al pobre hijo a recibir la noticia de su desgracia horrible.

¡ Pobre Eulalia !

Pasa un momento de silencio absoluto. Pónese en pie la marquesa y con un suspiro y una frase estudiada despídese y sale.

Queda el duque aislado en su sillón De todos los corrillos comienza á surgir el siseo de conversaciones en voz baja, silenciosas como murmullos de agua, como rezar de ancianas, y de cuando en cuando se oyen risas contenidas que quieren estallar al tiempo mismo que manos delicadas, femeninas, llevan á la boca la albura de sus pañuelos.



Casimiro Prieto Costa

Se incorpora el anciano, y con paso temblón, se acerca á un grupo en el que se está hablando de política.

Dos de los individuos se separan al verle avanzar, y quedan otros dos.

—¡ Han visto ustedes qué desastre!

—¡ Tan buena como era la pobre!

—¡ Ya lo creo! Eso dice por ahí todo el mundo. ¡Tan buena como era! Por cierto que ahora mismo me lo decía Roldán en el salón de conferencias Me encargó que saludase á usted en su nombre. El también está de duelo.

El duque interroga con sus húmedos ojos.

—¿ No sabe usted ? ¡ Una derrota escandalosa de la mayoría!

El otro interlocutor se asombra y pide detalles; la conversación vuelve á tener por tema la política y el de San Esteban vá con su melancolía hacia Clarita Rubio, que está sola, sentada cerca de uno de los bargueños pasando el regatón de su sombrilla por encima de los dibujos del tapiz que cubre el parquet.

—¿Clarita, verdad que tú has sentido mucho la muerte de la duquesa?

Clarita levanta los ojos y como haciendo un esfuerzo, responde:

—¡Ya lo creo! Como que siempre estaba procurando que lo pasásemos bien, y daba bailes y thés, y hacíamos comedias... y, usted no sabe lo mejor, ahora iban á presentar á Diego Granada, figúrese usted lo contenta que yo estaba; pero cuando ya sólo faltaban unos días para el de su santo, ocurre la desgracia. ¡Le digo á usted que tengo una suerte!

El duque llora silencioso, la damita vuelve á repasar con la sombrilla las líneas de la alfombra y transcurre un momento sin que ninguno de los dos diga palabra.

Por fin él hace desaparecer el silencio:

—También ella te quería á tí mucho, mucho. Mira, una vez, estando en la mesa, hablábamos de tus relaciones con Dieguito, y la pobre, como os quería á todos lo mismo que si hubierais sido sus hijas, como tenía un corazón tan grande... – el viejo solloza angustiado por el recuerdo; un *ps ss*... larguísimo, cruza el salón, la niña levanta la cabeza.

—Perdóneme un momento ¿eh, don Justo? voy á ver qué quiere Conchita Ríos Y Clarita se aleja muy de prisa, casi saltando, y vá á sentarse en medio de un grupo que formaron al entrar las de Saldaña, las Montero, Eugenia Cortés y Conchita Ríos con su hermano Paco.

Don Justo las mira con cariño y vuelve á llorar; la conversación brota ya casi alegre de todas las bocas, nadie se acerca á consolar al anciano que vuelve á ponerse en pie y se dirige hacia la puerta; con mano temblorosa levanta el azul cortinón, el gato se encoge entre los pliegues, encorva más el lomo, parece que va á saltar, pero el tapiz cae y vuelve el felino á su posición constante

El duque marcha lentamente por el largo pasillo; sus sollozos, que trató de contener en la sala, estallan ahora triunfantes, casi con alaridos de dolor; á las veces parece que le cortan la respiración, pero es la fuerza del gemir.

—¡Pedro! ¡Pedro! – Llama con voz que al principio no quiere salir de su garganta, pero que fluye luego temblona, cascada, como rozando las palabras en el pecho antes de pronunciarlas:

¡Pedro!... ¡Pedro!

Y allá, en lo último del pasillo, destacándose sobre el fondo de colorines de una vidriera, aparece la silueta negra del viejo servidor.

Pedro es muy anciano; viene arrastrando los pies porque le faltan fuerzas para levantarlos, su espalda se encorva como tronco senil, y sus patillas largas y blancas, muy largas y muy blancas, le acarician los hombros

En el corrédor no se oyen más que los sollozos del duque y el rastrear de los pies de Pedro que se dirige hacia él.

– ¡Pedro! – dice el de San Esteban con voz quejumbrosa que le sale del alma y en la que pone todo su dolor con corona de lágrimas – ¡La pobre señora!... ¡Qué va á ser de nosotros sin la pobre señora!

El criado le mira dudoso mientras sus ojos lloran; el duque abre los brazos y en ellos cae Pedro como en los de un hermano.

De la sala llegan ya ruidosos murmurios de fuerte charloteo que inundan con sus notas el silencio augusto del largo corredor. En la vidriera del fondo se van apagando con la luz los colorines, y, de entre ellos, como lenguas que burlan, se destacan las manchas sangrientas de los cristales rojos.

MIGUEL A. RÓDENAS.

En la Estepa

Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan solo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente,
y, al ras del horizonte, el sol poniente.
cual la boca de un horno, reverbera.



Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color, aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,
sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

MANUEL J. OTHON.

CHISPAS

Fragmento.

De la vida, el dolor es la muralla
Que detiene al amor su trayectoria;
¡Vivir la vida es la mayor batalla!
¡Saber la vida es la mayor victoria!

* * *

La inconsciencia en el hombre es un agravio,
Y hay dos modalidades que desprecio:
Cuando el necio pretende ser un sabio,
Y cuando el sabio se convierte en necio!

* * *

Como el loco, el profeta es infelice;
De los dos, la palabra vale poco,
Porque el loco no sabe lo que dice,
Y el profeta no sabe si está loco!

* * *

Al humilde, humildad; pero al tirano
Fulminan con soberbia mis miradas,
Porque el que besa á un déspota la mano
Acostumbrado está á sus bofetadas!

* * *

Tienen los hombres, por ficción pomposa,
Sepulcros de magníficas cubiertas,
Pero no tienen una humilde fosa
Para enterrar sus pobres almas muertas!

* * *

¿Eres pobre?... no llores... no te entienden!
Son nobles tus miserias... vive en calma!
¡Más pobres son aquellos que te ofenden
Pues llevan la miseria dentro el alma!

* * *

Dos creaciones que la ciencia ilustra
Portalecen el ser de mi existencia:
Dentro del alma llevo un Zaratustra,
Y tengo un Jesucristo en la conciencia!

Ovidio Fernández Ríos

Impresiones

Un libro de Tulio M. Cestero

CITEREA

Pensaba, cierta vez, que algunos escritores se saturan de tal ambiente «interior» de arte, que como los bebedores de éter lo exhalan ... Y esa saturación se evidencia por un halo singular que emerge de su «obra», de su más insignificante producción. En efecto, ciertos escritores en un sólo párrafo de gacetilla revelan su temperamento de lucha, enérgico y agresivo, otros su delicadeza Tulio Cestero, el exquisito prosador dominicano es un saturado: cuanto de su pluma sale ostenta un sello aristocrático (el arte es aristocracia) inconfundible.

«Citerea» diminuto y lujoso volumen que acaba de editar la casa de Rodríguez Serra de Madrid, fija de un modo definitivo, la personalidad simpática y atrayente de Cestero, literato de sólida reputación y ático burilador de la frase, que ha alcanzado un puesto de primera fila en América, á la edad en que otros empiezan, apenas, á iniciarse.

Muchas veces el nombre de Cestero ha acudido á mi pluma, siempre entre frases de elogio justiciero: porque desde luego, en las Antillas ningún otro artista supera el estilo delicado y grácil, terso y límpido de Cestero: él es á nuestras islas lo que Díaz Rodríguez ó Dominici á Venezuela, lo que Rodó al Uruguay, lo que Ugarte á la Argentina, la figura «internacional» más querida y estimada

Gozar de la vida entre perfumes, entre hermosas, entre joyas y sedas, ese debe ser el ideal de Cestero, porque su talento refinado no es el genio combativo de Vargas Vila, ni tampoco le seduce el sereno apostolado de Ugarte, en su lucha por la vulgarización del arte, ni el fiero gesto de Dominici desde «Venezuela». El alma de Tulio Cestero es un alma de contemplativo, de admirador, un espíritu que yace siempre en éxtasis de arte; que pasa sobre la miseria de este mundo sostenido por la gran fuerza interior de su propio espíritu, guiado por la luz de su alma generosa, rechazando, con suave gesto patricio, lo abyecto y lo vulgar. Un refinado de la Belleza, un espiritualizado del arte, eso es Tulio Cestero.

Tal vez podría hallarse en el gran poeta mexicano Amado Nervo alguna semejanza con Cestero, sólo que Nervo es más sentimental y emotivo, sujeto al influjo de ese morbo místico de los Huysmans y los Verlain.

«Citerea» el libro de que hablo, está formado por cuatro poemas dramáticos muy breves, casi esguinces, casi esbozos, llenos de unción artística, y en los cuales desfilan la juventud, el arte y la vida. El amor se aleja en ellos vagamente, como una nube ligera .. Pertenecen los cuatro á ese género no bien definido que ha dado en llamarse «literatura intensa» febrecitante, cruel, que llena los libros de D'Annunzio.

Los poemas: El Torrente, La Medusa, La enemiga, y La Sangre.

La Sangre es un cesto de rojos pétalos desvahidos arrojados sobre un lienzo de Goya; La Enemiga un cuadro macabro, doliente, fatal; La Medusa, es un idilio quebrado trágicamente; El Torrente es el desfile veloz, fantástico, de la existencia parisiense fútil y viciosa, implacable, brillante múltiple y... única, que dijo Emiliano Hernández.

La fantasía de Cestero se muestra obsesa por un sentimiento trágico, atenaceante. Sin embargo, su serenidad de artista resplandece sobre las crisis pasionales, sobre las tragedias del alma que describen las páginas de «Citerea» con una fugacidad de estrella errante...

El parnasianismo de Cestero se impasible) y su propio sentimiento, su sensibilidad, su entusiasmo huyen y se esconden entre los encajes del estilo armonioso, dócil á la voluntad del artista que lo pliega y lo distiende, lo levanta y lo abate á su capricho ..

Anúncianse tres nuevos libros de Cestero: «Por los caminos» (im-



MANUEL S. PICHARDO

ha revelado esta vez más potente que nunca. Se hace preciso recordar el gran espejo de que hablara de Vinci, porque una serenidad absoluta resplandece sobre los períodos más vibrantes; el autor de «Citeterea» se sustrae á toda emoción (escribe, como quería Gautier, páginas emocionantes permaneciendo

presiones de viaje) «Sensaciones de estética» (crítica literaria) y «El Velo de Tanitt» cuentos y poemas en prosa.

Cestero es, pues, no sólo de los que valen, sino, también, de los que laboran.

Valga decir, en América, «rara avis»...

ARTURO R. DE CARRICARTE.

Habana, Agosto de 1907.

Motivo íntimo

Amada

Eucarística flor de mi huerto:
Sollocemos. ¿No ves cómo vuelven
Ateridas las noches de invierno?

Recoge en el diáfano cristal de tu espíritu
Vaporosos perfumes etéreos
Y el suspiro que exhala en la noche la flor que se muere.

¡Oh, sonríe y solloza conmigo! Venzamos al Tedio.
Abandona, abandona, Alma mía,
El silente joyel de tu tiesto.

Ven conmigo. ¿No ves cómo cae
Lenta, en haces copiosos, del cielo
Sombrío la nieve,

Y cubre los parques inertes de inmensos
Y puros aljófares
Que simulan harapos de lirios y nardos enfermos?

Ven, y besa mis lívidos labios,
¡Y mi testa repose en tu seno
Su rebelde cuadriga de ideas!

Hermana

¡No, no beses mis labios! En ellos
Del dolor el absintio circula;
Besa sólo mis sienes de fuego.

¡Qué iluminen mi espíritu, Hermana,
Tus ojos cual gemas radiantes y tiernos;
Esos ojos que otrora prendían su dardo en mis venas!

Eucarística flor de mi huerto,
No eres más. Y, ¿quién eres? — Mi hermana;
¡No eres más el imán de mis besos!

Sus himnos de niebla
Preludia el invierno;
Palidecen las albas ¡Qué importa,
Si mi amor esotérico ha muerto!

Pérez y Curis.

Otoño, 1907.

PÁGINA ARTÍSTICA

POR ORESTES BAROFFIO

Á Guzmán Papini y Zas.



El más viejo de la aldea

A doña Emilia Pardo Bazán.

Una tarde, de los primeros días de nuestra temporada de verano, en que los niños conversábamos en el balcón de nuestra casita blanca de la aldea; por el sendero que poblaban rumorosos cipreses y sauces umbríos, venía pasito á paso, cojeando, un viejecito muy viejo y muy encorvado, de nevados y luengos cabellos, y de barba florida y larga, que le daba el aspecto de un anciano mago de un cuento Oriental. Todos miramos con curiosidad y respeto á aquel anciano, que apoyado en un grueso bordón, pasaba sonando sus pesados zuecos de madera, y que sin mirarnos, seguía su camino como si estuviese fastidiado de ver niños en los balcones de las casas.

Mis hermanitas dijeron entonces: Pobrecito el viejecito que de tan viejo se va á morir! . . . Y nosotros los hombres nos reímos de los zuecos que chocleaban al andar . . .

Al dia siguiente, y á la hora en que el crepúsculo doraba la silenciosa campiña, por el sendero que llenaban con sus gemidos los sauces y los cipreses, venía el viejecito más viejo de la aldea. Aquella tarde no iba solo, una chiquilla le acompañaba sirviéndole de blando sostén á su cansado cuerpo. Qué bonita era la niña con sus ojillos morenos y picarescos, sus cabellos brunos y su pequeña boca de fresa, y qué buena se veía con su sencillo trajecito de blanco percal. Al pasar bajo la alegría del balcón, nos miró á todos sonriente, como si quisiese tenernos por amigos. No había duda, la muchachita debía ser nieta del viejecito, sí, del viejecito que se iba á morir, como desde entonces lo llamamos.

Después supimos muchas cosas, entre otras: que el buen hombre se llamaba don Joaquín, que había sido maestro de escuela de la aldea durante muchos años, y que ahora, y en una ruinosa casa, olvidado de todos, vivía tan solo con el cariño de la querida nietecita de su alma, que desde muy pequeña había sentido también la amarga tristeza de la horfandad . . .

Y á medida que transcurría el tiempo, *el viejecito que se iba á morir* se volvía más arrugado y más achacoso, mientras que la niña se ponía hermosa y sonrosada, como una manzana.

Y los días siguieron para nosotros con el delicioso encanto de los cuentos de brujas y de magos, en tanto que el otoño doraba las hojas de los árboles, las flores se marchitaban y los pájaros en bulliciosas bandadas se iban, se iban lejos . . . Y el *viejecito que se iba á morir* se tornaba pálido y frágil como una hoja de ese otoño que se llevaba en sus alas el viento helado y zumbador.

Una tarde, la última de nuestras bellas tardes en la aldea, y cuando los niños reíamos haciendo fiesta de nuestra alegría, vimos á lo lejos un cortejo fúnebre que lentamente avanzaba

por el sendero de los sauces y cipreses. Las campanas de la ermita doblaban con eco lastimero; y en el cielo todo negro, había una tristeza infinita . . .

— Quién habrá muerto? pregunté; una de las niñas repuso: — De seguro que ha sido el *viejecito que se iba á morir.* Y todos dijimos, sí, debe ser el viejecito porque ya no podía con la carga de sus años. Pobrecita la niña — agregó otra de mis hermanitas — qué solita se va á quedar!

Pero á poco vimos que el ataúd que traían en hombros los melancólicos aldeanos, era un ataúd blanco y pequeño, y detrás llorando, llorando mucho, todo encorvado y tembloroso, iba *el viejecito que se iba á morir* . . .

RAFAEL ANGEL TROYO.

La resurrección

De "Los Ensueños del Jardín"

Para APOLO.

Desvanecióse el gesto pensativo
que sangraba la dicha de tu sueño,
negaste el hombro al infamante leño
después de un vacilar meditativo.
Coronaste con ramas del olivo
la arruga desolada de tu ceño
y hubo en redor de tu triunfante empeño
la aprobación de un mundo intelectivo.

Huyeron para siempre derrotados
los nocturnos murciélagos odiados,
viejos demonios de tus dudas hondas;
y volvió á despertar la senda gualda
la tranquila caricia de tu falda
en tu lento pasear bajo las frondas.

Alberto Lasplaces.



LA CANCIÓN DE LAS LAVANDERAS

Plá!... Plá!... Plá!... En el río
que desdorda sus espumas y atraviesa la llanura silenciosa,
como frágil cinta tenue
escapada de alguna ánfora remota,
ó á manera de un gran crótalo gigante
que lamiese la epidermis formidable de las rocas,
suenan ruidos destemplados, suenan ruidos inacordes
que atraviesan, que penetran y se hunden
en la fronda,
despertando con el eco de su ruda
sinfonía,
en los árboles:
las hojas;
en los nidos:
las palomas;
y en las ramas:
el enjambre tremulante de infinitas mariposas,
que parecen por encima de los árboles solemnes
infinitas banderolas,
que estuvieran anunciando
la llegada de la riente primavera sonorosa,
la llegada del renuevo
y la vuelta de las hojas!...

Ese ruido que conmueve las inmensas
soledades de la fronda
y parece que cabalga
sobre el lomo de las ondas,
es el ruido que hace el sucio
desprendido de lo blanco de la ropa.
Es un ruido muy humano:
es el grito de la Cólera,
es el eco de lo negro, la protesta de la mancha
y el diabólico rugido de la sombra.

Plá!... Plá!... Plá!... La rolliza lavandera
de morena carne gorda
se recoge las enaguas más arriba, más arriba
de las corvas,
y tomando
una pieza sucia y vieja, una pieza vieja y rota,
Plá!... Plá!... Plá!...
la sacude sobre el dombo gigantesco de las rocas,
la sumerge en la tersura
milagrosa de las aguas, de las aguas bullidoras
y la saca y sigue dando
con la pieza desastrosa
en la peña inconmovible que parece junto al río

la pupila rocallosa
de una vieja lavandera
prehistórica,
que se hallara por los siglos y los siglos de los siglos
contemplando la carrera vagabunda de las olas
y lavando
sus inmensos lagrimales
en la seda delicada de las aguas bullidoras

Una vieja lavandera
sudorosa,
lava y lava
una pieza larga y tosca
que despide de su seno
un extraño olor á drogas.

En la orilla de los ríos
una roca
recibiendo las inmundas
lavaduras de la ropa,
es el lomo de la humana
muchedumbre que soporta
el flagelo temerario
de las manos poderosas!

Quién pudiera... quién pudiera
ser ahora
una vieja lavandera,
una vieja lavandera de mirada ruda y torva,
para ir al manso río
del honor,
y en sus aguas luminosas y sonoras
y en el dorso de las peñas, de las peñas impasibles,
ir lavando... plá!... plá!... plá!... las inmensas bancarrotas
de las almas consagradas por la imfamia y por el oro,
las inmensas bancarrotas
de las almas de los viles,
y lavarlas y lavarlas y quitándoles las sombras
y las manchas
ora negras como cuervos, ora sucias, ora rojas,
darles... darles... plá! plá! plá!...
sobre el lomo de las rocas,
sobre el filo endurecido
de las piedras silenciosas
y lavarlas y lavarlas y que quede solamente
ya deshecha la usurpada vestidura de las glorias,
y ante el ojo taciturno
de las turbas vengadoras,
el infame carapacho, con sus manchas y sus manchas
ora negras como cuervos, ora sucias, era rojas!...

RAFAEL ANGEL ARRAIZ.

DE LA VIDA

Llueve. El agua, al caer sobre el pavimiento de las calles, levanta un eco largo, sostenido, monótono.

Cuando el viento toma este eco y lo hace llegar á las ventanas desiertas, el eco de la lluvia añora melancolías de cantar. Cuando trepa muros arriba hasta tocar en los aleros donde se abrigan las palomas, el eco desmaya en languideces de arrullo. Cuando entra por las rendijas de las puertas y se llega á los oídos de una mujer, el eco toma tonalidades de palabras de amor y sabe á ducedumbres de cariños; pero si se cuela por las casas vacías, donde vive el olvido, el eco largo, sostenido y monótono, se quiebra en mudos ecos que nos hablan de suspiros, de quejas, de lágrimas.

***

No hay nada más melancólico ni más suavemente triste que un día de lluvia.

El alma de estos días tiene un eco para cada oído y un recuerdo para cada corazón. Para el mío tiene un gran recuerdo imborrable. Fué tarde de lluvia la primera en que yo dí un beso en unos labios de púrpura. Erase en un pequeño gabinete que tenía un balcón á la calle, por donde se veía caer el agua en copioso aguacero. En el departamento inmediato al gabinete, un canario cantaba.

No hay nada más hermoso que la vida cuando el alma florece en ella. Y aquella tarde de lluvia lenta y tenaz, el amor florecía en mí corazón como una gran rosa de abril.

Llueve. Yo escucho cómo el agua suena en los árboles con gemebundo cantar; yo veo cómo las hojas sin vida caen de estos árboles y ruedan por el suelo puercas de lodo. Caen lentas, silenciosas, resignadas en medio de un ambiente de soledad y de olvido. Para estos árboles, que la otoñada tornó de hojas paliduchas y tristes, la lluvia tiene eco de *miserere*.

En los altos balcones que cierran cristales herméticos, la lluvia habla de soñolencia y de bien; sueña á dulcedumbre y halago la lluvia que resbala por los cristales señalando extraños geroglíficos. Nada más arrobador que la música del agua cuando el bienestar nos rodea y el amor nos mima . . .

La tibia y suave caricia de unas manos blancas, la mirada honda, larga, pasional de unos ojos que nos quieren, la palabra toda amor y cariño que habla en nuestros oídos con cadencias de madrigal; el beso rápido, nervioso, que vuela de unos labios á nuestros labios con sabores de miel; todo eso de que se compone el gran encanto de la vida, resulta de sensación más honda, de sabor más dulce, de más bella ilusión, en estos días de cielos grises en que la lluvia cae lenta, prolongada, sonora. Porque el alma de estos días, romántica y melancólica, tiene un eco para cada oído y un recuerdo para cada corazón.

LOZANO CASADO.

La inolvidable

Me detuve en aquel ignorado lugarejo porque el ambiente que allí se respiraba, impregnado estaba de penetrante olor de uvas maduras y de innumerables rosas, y era dulce como la miel y ligero como el respirar de un niño; porque la soledad de aquellas montañas violetas, de aquel mar nacarado, turbada sólo por algunos rebaños y por aventureras velas latinas, me pareció propicia para los largos, para los vagos ensueños de un destierro voluntario, para una convalecencia de alma cuyas heridas lentamente cicatrizan; porque las mujeres ante la fuente allí se hablaban, con voz lenta y grave, de cosas legendarias, y portaban con bellos gestos sus cántaros barnizados.

La hostería tenía el aspecto sonriente. Emparrados tapizaban su fachada ornada de claros frescos y sencillos, según el gusto itálico. Plátanos, la cubrían con su fresca sombra. La rudeza de las sabanas compensada estaba con el aroma delicioso de lavanda y de iris que de ellas surgía y con su blancura inmaculada.

Las alegres canciones de las sirvientas la hacían semejante á una jaula llena de pájaros Mis ventanas se abrían sobre el encanto, sobre las metamórfosis, sobre la fiesta de claridades, sobre el misterio de la azul Inmensidad.

Tuve allí días cuya voluptuosidad, cuya quietud infinita no sabría expresar; y tuve como un sobresalto de despertar, cuando, una mañana, el hostelero me advirtió que uno de los criados de su Excelencia el príncipe de Cittafelice me traía una carta, recomendada cual un secreto de estado Aquella violación de mi reposo me causó al principio un malestar: tentado estuve á no abrir la cubierta sellada con cera y dejar sin respuesta aquella carta. Luego, por curiosidad como por temor de pasar cerca de un nuevo placer sin gustarlo, ó de alguna miseria humana sin aliviarla, leí estas frases que á pesar mío me conmovieron:

«Señor, - me escribía el príncipe, hoy es que sé por los rumores que tengo el placer de poseer, casi en mis dominios, á pocas leguas de mi casa de campo, á un francés, puede que de París. Bendigo esta buena fortuna y os agradeceré el que os sirváis concederme siquiera una hora de entrevista, ó — lo que sería mejor, — que aceptéis hoy el compartir la mesa frugal de un solitario, de un soñador, de un triste. Ya véis que no escojo á traición y que desde el primer momento os doy completas señales de mi ser. Agregaré que una negativa vuestra avivaría mi melancolía.»

Hice enganchar mi silla de posta y horas después, cuando el canto de las cigarras se mezclaba á las doce campanadas del medio día tembloteadas por un vetusto reloj, me sentaba á la mesa de aquel enigmático é imprevisto compañero de sufrimientos

Tenía el aspecto gastado de los jóvenes que abatidos por un golpe demasiado rudo, arrastran la cadena de un dolor inolvidable. Sus grandes ojos apagados hacían pensar en esas charcas estancadas que lucen en las tristezas de las landas. Profundas arrugas hendían su amplia frente. Su boca ya no se plegaba á la sonrisa y sus largas manos pálidas tenían perpetuo temblor y parecían no tener vigor ni aún para sostener el vaso. Noté asimismo la estudiada elegancia de su vestir, el bouquet prendido en su botonera, la finura de su traje.

Durante el almuerzo, rociado por un vinillo blanco con reflejos de topacios y sabor de yesca, el príncipe fué encantador, espiritual, amable; burló su pobreza y el retiro al que le condenaban las pasadas locuras,

y me interrogó como un viajero que llega de lejanos países

Mas yo sentía que no me daba á conocer el fondo de su pensamiento; que tenía otras confidencias que hacerme; que esa evocación de la vida pasada en ese divino París, que es la Meca de los ansiosos de sensaciones y de los voluptuosos, ocultaba una historia que él no osaba y deseaba narrarme.

El día transcurrió en vanos diálogos, y cuando el sol declinó, cuando las grandes montañas extendieron su sombra, el príncipe me condujo á un jardín donde se arrullaban palomas y saltaban rumorosos magníficos surtidores. Me detuve sorprendido al pasar por un bosquecillo de cipreses; escuchaba en la vibrante dulzura del crepúsculo un concierto de harpas, violones, flautas que palpitaba á lo lejos, y diríase que anunciaba una fiesta galante

— « Es, exclamó el príncipe ante mi asombro, una pequeña orquesta que guardo para distraerme en mi desgracia. Ahora ejecutan una gavota. . »

Dimos unos pasos más y, como agotado prosiguió:

— En verdad, mi querido huésped, no os he mostrado mi segundo pabellón, el que se alza á orillas del agua. Os agradaría verlo? Oh, ciertamente, contesté.

Seguimos otra avenida al cabo de la cual había una puertecilla que el príncipe abrió todo tembloroso. En un paraíso de plantas raras, tras de una cortina de follajes plenos de flores de violento perfume, apareció una especie de templo pagano con columnas de mármol blanco, con terrazas cubiertas de laureles rosas, con escalinatas de suaves rampas que descendían hasta el mar, acariciadas por las olas perezosas.

En un bosquecillo, los invisibles musicos continuaban su tierna y deliciosa sinfonía. Con voz sombría, extraña, por la que pasaba como un sollozo ahogado, el príncipe exclamó:

— Ah! señor: ved una casa en la que fuí demasiado feliz.

Se descubrió como si hubiera penetrado en una venerada necrópolis y penetramos en aquel adorable retiro.

Al mirarlo tan adornado por maravillosos ramilletes, tan bañado de luz, tan tentador, tuve la brusca sugestión de que una bella reclusa de amor, una adorada sustraída á las miradas con celoso cuidado, iba á deslumbrarnos con su gracia ideal, iba á surgir lánguida y radiosa y joven, de ese cuadro creado para su belleza.

En fin, sobre una de las estufas, en medio de un altar de flores, distinguí un retrato de mujer. Reconocí la bella cabeza revoltosa de Sonyette d'Orgy, aquella caprichosa cuya risa ¡ ay! ya no canta; Sonyette d'Orgy que, fatigada de rozarse siempre con los mismos imbéciles, de no poder experimentar una nueva emoción, de no ser sino un juguete de amor, se mató el pasado año, como una griseta sentimental.

El príncipe se acercó á mí, pálido y tembloroso.

La conocéis ¿no es así? murmuró. ¿conocéis á mi Sonyette? Oh! decidme, os lo suplico, qué es de ella . . .

Comprendí que debía mentir, y le respondí

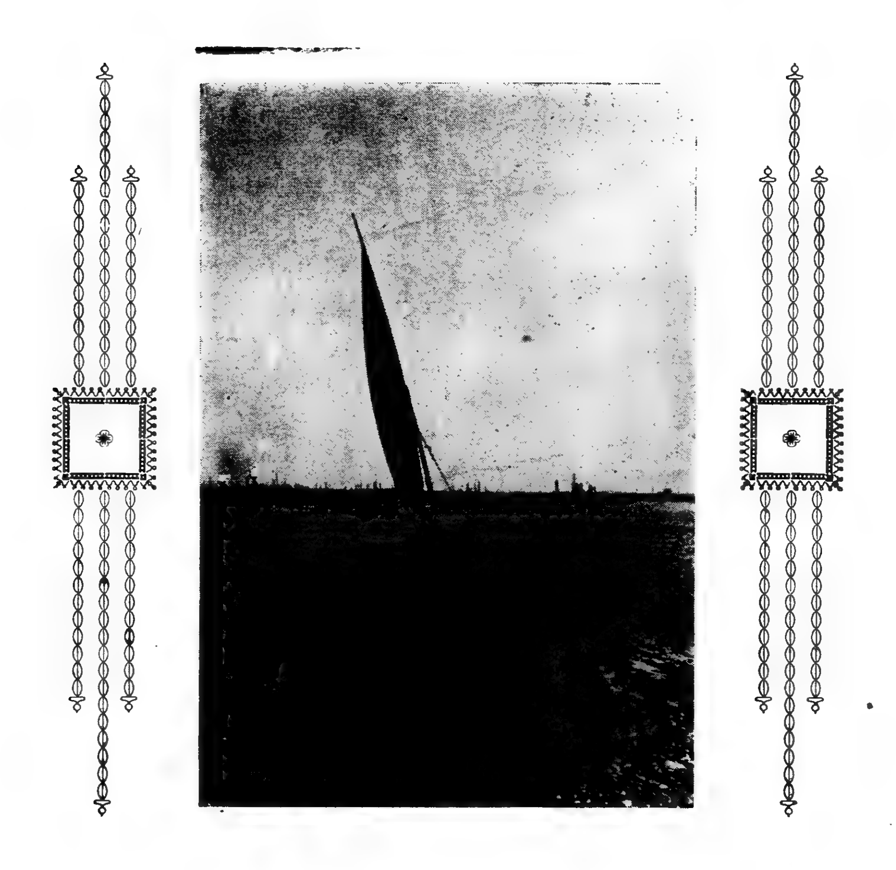
— No conozco á Madama d'Orgy sino de vista y no podría daros de ella la menor noticia . . .

Con lágrimas en los ojos, me confesó su angustia, su amor. La había encontrado en Venecia durante un Otoño. Se habían adorado con todas sus fuerzas, con toda su alma, con esa demencia, esa exaltación que los neuróticos ponen en sus pasajeras fantasías de amor y de carne. Apasionada, extasiada, ella consintió en seguirle hasta ese rincón de la naturaleza perdido lejos de todo, y á él se dió en medio á esa decoración que le agradaba, como si jamás se hubiera dado á otro hombre. Pero, así que él, perdido su albedrío, tratara de desposarla, Sonyette despertó y, recobrado su aplomo, le respondió con una carcajada. Una noche cambiaron los besos de adiós, besos en medio á los cuales

se querría morir cuando se ama, y haciéndose fuertes para no llenarlos de llanto, se prometieron nuevos mañanas de alegrías y de ventura. Desde entonces el príncipe transformó el delicioso templo en un relicario de amor, y si Sonyette hubiese tenido el capricho de volver, habría creído al verlo que jamás lo abandonó. A las mismas horas, los mismos conciertos, las mismas flores preferidas sobre las consolas y rinconeras; los mismos perfumes en las cazoletas de cobre dorado con galantes emblemas. Todo lo que le quedaba de su fortuna, el inconsolable lo empleaba en aquel paraíso, en aquel santuario, en el culto de su ilusión, de su miraje; en el pago de los harpistas, de los violones, de las flautas que, en los momentos de ensueño, durante el alba y el crepúsculo, evocaban el fantasma de la « innamorata ».

Y en tanto que en la noche sembrada de luciolas, galopaban los caballos con gran ruido de herraje, yo contemplaba tristemente el cielo y me preguntaba si existiría entre todas esas estrellas un país de ensueño, donde las almas elegidas, las almas fieles, las almas creadas para el eterno amor, cesasen de sufrir, tuviesen su recompensa, conociesen la delicia suprema ..

René Maizeroi.



Arias sentimentales

Fuí soldado y en la brega
dolorosa de la vida,
la traición me abrió una herida
y la herida al alma llega.
— Soldado, brega !

Soy poeta y cuando canta
mi verso dulce canción,
del fondo del corazón
la amargura se levanta.
— Poeta, canta !

Es la noche. Triste llora
el cielo sin una estrella...
Un ruiseñor se querella
bajo la lluvia insonora.
— Poeta, llora !

Es el alba. El cielo ríe
sobre el monte y sobre el llano...
El sol que fecunda el grano
sobre mi frente sonríe.
— Poeta, ríe !

¡ Reir ! ... ¿ Y cómo evitar
todo lo que hay que sufrir ?
¿ Cómo se puede reir,
cuando hay tanto que pensar !
¡ Reir fuera mancillar
la seriedad de vivir !
Porque vivir es bregar,
bregar es acometer,
y no se puede vencer
sin herir ó sin matar.

Andrés Mata.



Sonetto

Para Apolo.

Il sole impera nell'azzurro cielo,
Hanno gli ulivi tremolií d'argento,
Svanisce un canto ed un profumo al vento,
Sfuma lontan come di nebbia un velo.

Danno il profumo i fior di sullo stelo,
Col ritmo suo appassionato e lento,
Geme una fonte un gocciolar d'argento;
Le querce annose le fan d'ombra un velo.

Si son raccolte intorno alla fontana
Tre montanine dalle treccie bionde,
Che cantan dolce come tortorelle

E bella é la canzone ed é montana,
Il sole filtra a sprazzi tra le fronde
E indora il crine alle cantrici belle.

Donato Bruno.

El amor

Penetremos en otra esfera gemela de la que hasta hace poco hemos explorado: la esfera del amor; y admiremos el espléndido panorama que en ella se descubre. Veamos en que se funda esta energía que inmortaliza la expresión externa de la realidad.

El amor es el sentimiento de atracción que induce á los seres de distinto sexo á realizar su unión moral y material. Se ofrece de una manera distinta en cada caso particular, mas nosotros lo estudiaremos tan sólo en aquella forma que sintetiza todos los matices en que puede presentarse.

No en la abstracción del idealismo puro, que representa un imposible en la realidad de la vida; ni en la abyección de un materialismo repugnante que coloca al hombre al nivel de los brutos, sino en aquel justo medio en que un alma pura y elevada desarrolla todas las energías que le inspira su naturaleza física, y todas las aspiraciones que le despierta su esencia espiritual.

Y en este punto hemos de ver reproducidos todos los caracteres de la unión de los amigos en la fusión de los amantes, bien que completada por la atracción mutua de los sexos. Hemos de ver al débil uniéndose al fuerte; el constante al voluble; el ser de una raza al de otra raza opuesta; el afortunado al miserable; el docto al ignorante; el piadoso al descreído; la hembra varonil al macho afeminado. De esta manera observaremos cómo el proceso del amor no es más que la función instintiva del deseo que induce á los seres á completarse.

—

Los ejemplos de que hemos de valernos para demostrar nuestro aserto no tendrían un valor positivo si los sacáramos del seno de la masa ignorada, porque cabría la sospecha de que fueran un simple producto de nuestra fantasía Pero las tragedias del amor que se desarrollaron en el curso de los siglos, se inmortalizan en los tipos creados por los poetas· de esta manera perduran y se transmiten á las generaciones del porvenir. Busquemos, pues, en ellas la materia de nuestra investigación, ya que los personajes que las exteriorizan, reproducen la realidad de la vida á través del esfuerzo artístico. Séame permitido, pues, realizar una breve excursión analítica por el campo de las grandes pasiones que la historia ha esculpido y los genios han consagrado. Remontémonos á la época más antigua.

Elena, la famosa beldad de la Grecia prehistórica, olvidó á Menelao, en quien se miraban el valor y la nobleza, para caer en brazos de Páris, cuya belleza física compararon los poetas á la de los dioses, pero cuya valentía y virilidad no corrían parejas con su hermosura, En la epopeya homérica vemos á sus hermanos decirle en más de una ocasión, que su único ideal era perfumar su cuerpo y adornar su cabellera para seducir á las mujeres. La divina Elena, educada en el seno de las expansiones atléticas y de los impulsos guerreros, poseída ella misma de varonil entereza, originó la horrenda hecatombe de Troya por su amor hacia un hombre afeminado. Véase, pues, en este caso comprobada la atracción de los principios opuestos.

Estudiemos ahora algunos de los tipos creados por Sha espeare al calor de la leyenda.

Ofelia, imagen de la constancia y del candor, cifra su aspiración en el príncipe Hamlet, cuyo amor es tan débil, que se desvanece ante el propósito de realizar una acción, más vengativa que justiciera, contra unos seres que, aun siendo reos, habrían seguramente encontrado en su propia conciencia el castigo de

un amor incestuoso y de un crimen horrendo. Hamlet impide que se desarrolle el curso natural de la justicia absoluta, interviniendo como juez en el proceso de un hecho nefando, y por eso abandona á Ofelia, aun queriéndola, mientras ella se hace superior á las pasiones humanas, aniquilándose en las tinieblas de la locura y del suicidio. Y continúa amándole, aun viendo en su persona el asesino de su padre

La inocente Julieta, heredera de los Capuletos, se enamora de Romeo, el hijo de los Montescos. Es decir: los vástagos de dos familias cuyo odio y rivalidad ensangrientan á diario las calles de Verona, tienden á realizar su unión en la llama del amor. El alma de Julieta exhala el aroma virginal de la primera y única pasión de la existencia. Romeo, en cambio, estaba, hasta el instante de la aparición de Julieta en el ambiente de su vida, loco de amor por otra mujer. La nueva pasión desvanece el fuego de la antigua, y Romeo se nos ofrece como el símbolo de la inconstancia y volubilidad, mientras Julieta brilla como la imagen de la firmeza. Y el perfume del amor aparece una vez más uniendo los principios opuestos.

La veneciana Desdémona, la beldad europea de alabastrino cutis y cabellera de oro; la doncella temerosa que apenas ha visto otro aire y otro sol que el de su ciudad nativa, ni conoce otro poder ni otras leyes que las que emanan de la voluntad paterna, se apasiona por Otello, el de la tez bronceada y cabellos de ébano, el guerrero que ha luchado con los hombres y con las fieras, con el mar embravecido y con la atmósfera tempestuosa, el que ha penetrado en la espesura de las selvas vírgenes, el que ha recorrido las arideces de los desiertos tropicales. Y huye de la casa solariega para fundar aquella unión sublime en que se hermanan el espíritu ario y el africano, la inocencia y la suspicacia, la juventud y la madurez, el amor y los celos.

Examinemos algunos de los personajes que palpitan en las obras fundamentales de Goethe. Hermann, el burgués acomodado, exacto prototipo del heredero de una familia alemana de vida regalona y sedentaria, se siente emocionado ante la visión de Dorotea, que arrastra su miseria y desconsuelo por los caminos publicos, en el seno de una caravana de desterrados; y su imagen le despierta la idea de amor. Es decir, le despierta el deseo de vagar por el mundo en pos de lo desconocido y al amparo de la suerte para librarse de una vida letárgica desarrollada en los muros de una ciudad pequeña, á la que viene condenado por el imperio de la herencia y el poder de la familia. Y este deseo se cristaliza en Dorotea, la adorable y desgraciada criatura que lo encarna en acción.

Veamos lo que pasa en el poema Fausto. Margarita, emblema de la ignorancia candorosa, espejo de la fe, é imagen de la belleza y juventud, siente el fuego de amor por Fausto, el hombre de conciencia escéptico y derrotado, el viejo convertido en joven por la magia de un deseo; el descreído que busca en la esfera de la ilusión del mundo, la verdad que pudo encontrar en la esencia de su espíritu. Fausto y Margarita se nos ofrecen como los símbolos de dos seres diametralmente antagónicos. Y en el misterio de su unión se vislumbra la fuerza redentora que ha de salvar á un alma ya casi sumergida en el abismo.

Prosigamos nuestra investigación en otras esferas Francesa, la esposa de un ser contrahecho y repugnante, despierta de su sueño á la vista de Paolo, en quién se juntan la donosura y gallardía, es decir, en el ser que representa absolutamente todo lo contrario del que le dieron por esposo y señor. La majestad de su amor perdura á través de los siglos. Traspasa los umbrales de la vida para eternizarse en el campo de la muerte, y el espíritu católico del gran poeta italiano contempla, en el Infierno, la fantástica aparición de los dos amantes, perpetuamente unidos por los lazos de una pasión inextinguible.

Tristán, modelo de caballeros, encarnación del valor é imagen de la amistad, en la que profesa al rey Marke, su próximo pariente y soberano, enciende el sacro fuego en la nebulosa Isolda, la antigua prometida de Moroldo, la actual esposa del rey Marke, la futura amante de Tristán. En él se refleja la claridad del sol, el deseo de vivir, el afán del combate y de la victoria; en Isolda las sombras de una noche en cuyo seno no brilla el ilusorio astro que difunde el calor y la luz por el reino de la materia. Tristán es la inconsciencia de la vida terrestre, Isolda la consciencia de la Muerte. Y aquella sublime figura en quien se encarnan el eterno femenino y la fatalidad inevitable, inspira al héroe la llama de un amor tan grande, que traspasa la esfera mezquina del individuo, para inflamar la esencia del Cosmos. La llama que consume la energía del hombre para poner en combustión la inmensidad de lo creado; que funde al individuo con el Todo para engendrar una unidad suprema; que une al crepúsculo y al ocaso terrestre en el seno de la Noche absoluta. Tristán es el Día; Isolda es la Noche, y la Noche es la Muerte. En sus tinieblas ha de realizarse la fusión completa de dos seres opuestos é imperfectos.

—

Y estos ejemplos reproduciríanse en cuantos casos particulares analizáramos; siempre veríamos resplandecer la ley de atracción, en las corrientes afectuosas de sentido contrario. Al igual que se atraen las electricidades de distinto polo y se rechazan las de polo idéntico, se atraen y rechazan los seres No puede ser el complemento nuestro el sugeto que posea nuestras mismas cualidades. El deseo de amor es un afán de perfección; y la perfección no puede lograrse sino adquiriendo lo que nos falta. Como desea un sexo unirse al otro para formar la dualidad andrógina que elabora el sacro símbolo en el cual radica la potencia creadora, así desea un alma unirse al alma opuesta para formar el ser perfecto, que jamás puede encontrarse en el individuo aislado. El impulso orgánico y el deseo espiritual juntan las almas y los cuerpos en una ideal unión en la que el hombre se siente superior á las criaturas y al Universo En ella vibra la esencia de la fuerza y la forma de la materia; la ilusión de la carne y la realidad del espíritu; en ella se refleja el misterio de la inmortalidad en cuyo seno se igualan la energía perecedera de los hombres y la potencia eterna de los dioses.

Y, así, vemos en la imagen de la mujer amada la perfección de nuestro cuerpo y la salvación de nuestro espíritu No es tan solo la ninfa seductora en cuyos brazos hemos de apaciguar el volcánico calor de nuestra sangre; no es tan solo la mágica deesa en cuyos ojos hemos de ver reflejado el cielo de una dicha sobrehumana Es más que esto. En su seno se revela el arcano del ser y del no ser, del día y de la noche, de la acción y de la inercia; en su atmósfera se disipa la dualidad funesta que nos empequeñece, para engendrarse el símbolo de la unidad ideal que nos redime La predilecta hija de Venus; la venerada criatura de divino rostro y áurea cabellera, se nos ofrece como la única antorcha resplandeciente en la luctuosa obscuridad de la Creación; como la estrella polar en la diamantina bóveda celeste; etérea; misteriosa; guiándonos al norte de nuestra vida en el desierto de la tierra, como guía al navegante á puerto en la inmensidad del mar. Subyuga nuestra vista con los matices de su luz; adormece nuestro espíritu en los vapores de un ensueño en cuya realidad se desvanece la ficción del mundo; satura nuestro ambiente con el perfume de su emanación; aniquila en nuestra mente la conciencia de la propia personalidad, para hacerla revivir en el secreto de su esencia, donde se hermanan la claridad cenital y las sombras del crepúsculo; y disipa en nuestra alma el fuego del deseo, para hacerla sentir la delicia suprema de la fusión de los seres; para hacerla gozar

el éxtasis de la muerte en brazos de la Noche absoluta.

El sentimiento del amor es, pues, la encarnación del egoísmo; proclamémoslo sin miedo. La realidad es patente, y los ojos no pueden permanecer cerrados á la luz. Aceptemos al egoísmo como la única fuente de donde brotan las aguas que inmortalizan la vida, y prosigamos nuestro camino, venerando siempre á la verdad, sea cual fuere la forma en que se nos ofrezca.

José Antich.



Noctambulismo

Allá, tras el boscaje,
la tarde fué plegando paso á paso
el ruedo iridiscente de su traje
y un velo de tristeza en el ocaso
dió sombras caprichosas al paisaje.

En los cipreses lacios
el viento demostró su rebeldía,
rugiendo con sus pífanos reacios...
La tarde ensangrentóse en su agonía
y el cielo brotó un llanto de topacios.

En medio de nogales
el río murmuraba barcarolas,
espumas destrenzando en los trigales;
velaron su carmín las amapolas
y su arpa no pulsaron los turpiales.

¡Oh noche de secretos!
En mi alma se posaron mil barruntos
cual huestes de murciélagos inquietos,
y entonces mis pesares ya difuntos
se irguieron como blancos esqueletos!

Lisímaco Chavarría.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Citerea, POR TULIO M. CESTERO — BIBLIOTECA MIGNON MADRID. Tulio M Cestero no es un desconocido en el ambiente intelectual de ambos continentes y mucho menos aún para los lectores del APOLO. Su último libro «Citerea», conjunto de cuadros abundantosos de rica savia ideológica, es un bello libro. En sus páginas oreadas por rachas de erotismo, se loa á la vida intensa, al amor que no muere, que es ruego y es gloria. Escrito en forma de diálogos, todo él trasciende un vaho sutil de pasión, pero no esa pasión mística que no es más que una supervivencia morbosa del ultramontanismo católico, si una pasión ardiente donde hay besos que chasquean en el vértigo supremo del deseo y carnes que se estremecen como galvanizadas.

Cestero se nos muestra en «Citerea» todo un helenista profundamente convencido de la belleza y de la vida que radica en el amor. Su estilo es impecable y sereno. Tiene la dulce galanura del modernismo y la concepción ideológica de otras épocas, de un ambiente de refinamiento incompatible con el mercantilismo moderno. Cestero sabe sentir muy hondamente. Empapado en la belleza de las cosas, arranca los secretos que la exornan y los traduce en párrafos de una perfección admirable.

«Citerea» no es un volumen de muchas páginas. Es apenas un pequeño librito de cien páginas, con cuatro temas pasionales. La enemiga; La Medusa; El torrente; La sangre, he ahí los cuadros que constituyen el libro. No son muy largos, son sintéticos unicamente y la síntesis, en la literatura moderna, ocupa un lugar proeminente. Aunque el asunto que constituye la esencia misma del libro haya sido muy tratado, no por eso «Citerea» deja de ostentar ideas sumamente originales. Pero lo que en el libro más se debe admirar, es la fuerza ideológica del párrafo, el oro de las metáforas, la urdimbre y envoltura delicada de la idea que se vierte fresca, espontánea y hondamente sentida.

Cestero enriquece bien con su libro la literatura americana. Vayan nuestras salutaciones, por el triunfo conquistado, al amigo que en el ambiente europeo, supo imponerse.

CANJE ORDINARIO

«El Cojo Ilustrado, Caracas; «Zig Zag», Santiago de Chile, «Letras», Habana; «Tepic Literario», Tepic (México); «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Guayaquil Artístico», Guayaquil; «Nueva Vida», San Salvador; «La Quincena», San Salvador; «La Nueva Revista», Buenos Aires; «Caras y Caretas», Buenos Aires; «El Orden», Minas; «Ecos del Progreso», Salto; «El Heraldo», Maldonado; «El Deber Cívico», Melo; «El Civismo», Rocha; «El Iris», Villa del Cerro; «Vida Nueva», Florida; «La Tribuna Libertaria», Montevideo.

REPRODUCCIONES

De nuestros números anteriores han hecho los periódicos siguientes:

El Heraldo, de Maldonado: «Equilibrio», por Moreno Alba; *Vida Nueva*, de Florida: «Abismo», por Vicente Medina y «Equilibrio», por Moreno Alba; *Nueva Vida*, de San Salvador: «Fragmento de Vida», por Pérez y Curis; *Germen*, de Buenos Aires: «Ráfagas de Rebeldía», por Pérez y Curis.

NUESTRA CARÁTULA

El grabado de la señorita Marta Tinoco que publicamos en la carátula, es una reproducción hecha de la importante revista costarricense «Páginas Ilustradas». El puede dar una idea de la altura á que ha llegado el arte fotográfico en aquella región centroamericana.

APOLO

REVISTA DE ARTE
Y SOCIOLOGÍA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 11. Montevideo — Buenos Aires, Enero de 1908.

"Apolo" en 1908



PÉREZ Y CURIS — Director-Redactor

Ha llegado Apolo al tercer año de vida, caso extraño aquí, donde surgieron en los dos últimos lustros numerosas revistas y al cabo de algunos meses murieron de consunción, completamente arrolladas por esa vorágine de papel impreso que en forma de periódicos más ó menos voluminosos y repletos de un material basto y estéril, parece halagar los ojos de los lectores.

Después de dos años de sacrificios y de inenarrable lucha en un ambiente inintelectual, y, por lo tanto, hostil al desarrollo de la cultura artístico-literaria, podemos decir en voz alta y sin ninguna clase de circunloquios que Apolo se ha impuesto á pesar de los enormes obstáculos que obstruían su camino desde la aparición del primer número correspondiente á Enero-Febrero de 1906. Porque no es sólo la indiferencia del público cuyo senti-



P. LÓPEZ CAMPAÑA — Redactor



OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS — Secretario de Redacción

miento artístico, si lo tiene, muy poco intenso es aún, sino la guerra sorda y mezquina de muchos emuladores y de ciertos *intelectuales* que alardean de maestros, lo que abrevia la vida de nuestras publicaciones. Estas, como cualquier escritor ó artista en su período de evolución, tienen sus turiferarios, es verdad, pero también, y en número superior, sus detractores baratos. De ahí que sea un verdadero triunfo cuando logran imponerse.

Y Apolo lo ha conseguido. Los más selectos escritores de Europa y de la América Latina colaboran en él (esto no es fanfarronería; podemos demostrarlo con el archivo de originales que existe en esta redacción); y el canje que á diario recibimos es tan vasto como riquísimo.

¿Qué importa que algunos por envidia ó por rivalidad nieguen la importancia de Apolo? Eso no nos incomoda. El seguirá su marcha ascensional magüer la guerra que se le ha declarado en aquellos círculos de usurpada reputación, en que la alabanza es mutua y convencional.

Convencidos de la imposibilidad de sacarlo quincenalmente como era nuestro deseo, optamos, hace ya cinco meses, por hacer de él una publicación mensual con fecha determinada, cosa que antes no tenía, y muy pronto obtuvimos un éxito literario que repercutió en el exterior con más intensidad que aquí.

Apolo seguirá, pues,



JUAN PICÓN OLAONDO — Del cuerpo de redacción

apareciendo mensualmente, fustigando á los histriones que llámanse gobernantes, á los *críticos*, que son, al decir del poeta Montesquiou, «des pères putatifs de lettres», y mejorando poco á poco su programa ya que es la ***única revista*** de su índole que se publica en Uruguay y Argentina, y ha alcanzado lo que ninguna otra hasta la fecha; esto es: salvarse durante dos años del naufragio á que están condenadas todas las de su jaez, y contar con un cuerpo de redactores formado por los más conspicuos escritores hispano-americanos.

Enero 1.° de 1908.

LA DIRECCIÓN.

Su faccia al mare

Para APOLO.

Vanno le paranzelle in alto mare,
Liecome vanno le speranze e i sogni
Nell'infinito, levate sull'onda
Glauca profonda.

Passano a volo rapidi saettando,
Tutt'attorno alle bianche vele gl'álbatri,
Come note di gaia melodia
Fuggenti via.

E come il fremito dell'arpa d'oro
D'una fata, dilunga sulla riva.
Il romper dolce sulla ghiaia bianca
Dell'onda stanca.

Oh mare, oh mare il tuo mister profondo
Nessuno ancor l'ha disvelato intero!
O grande mar che nelle notti belle
Specchi le stelle.

Come il mistero di due occhi azzurri,
O mare risonante, é il tuo mistero;
Tu all'orizzonte entro d'un salso velo
Raggiungi il cielo.

Vanno le vele bianche a coppia unite,
Come anime sorelle in ver la luce;
Vanno done col fiato il cielo indora
La nuova aurora.

DONATO BRUNO.

De mi locura...

« El Silfo »

ECO–ESPÍRITU ELEMENTAL DEL AIRE. SÉR FANTÁSTICO

Para Apolo.

El Silfo en la sombra
Hablando muy quedo,
Me dijo con blando,
Suavísimo acento:

« Desde orillas del claro Cefíso,
Donde tengo invisible aposento
Y donde alzo el murmullo suave
De su linfa en alas del Céfiro, —
Para ver lo que guarda tu mente
Y poder divulgar tu secreto,
Como hijo del Aire y la Tierra
He venido hasta aquí: Soy el Eco.

Cuando vibren las células grises
Que en su casco contiene tu encéfalo,
Agitada su masa nerviosa
Por un pensamiento,
Yo podré repetir golpëando
En tu cráneo qué sientes adentro,
Difundir en mis ondas sonoras
Lo que oculta tu duro cerebro,
Y llegar hasta el fondo de tu alma
Por saber si hay en ella un misterio ».

Y yo respondíle
Al Silfo indiscreto,
Que en torno volaba
De mi duro encéfalo:

« Nunca, nunca sabrás golpëando
En mi cráneo, qué llevo aquí dentro:
Ya no vibra la masa nerviosa
Que en su casco contiene mi encéfalo,
Las ideas me faltan y duerme
Un letargo sin fin mi cerebro.
Una hetáira lasciva brindóme
De su lúbrico amor los excesos;
Como « estrige » que sorbe la sangre
De un infante sumido en el sueño,
O curuza que chupa el aceite
De la lámpara que arde en el templo,
Su insaciable lujuria sorbióme
Lo poco que hube
De fósforo y sesos.
Y ahora en la sombra
De este monasterio,
Cuyos claustros sombríos albergan

De lo humano, lo ruin y lo ledro,
Como monje de adusta Cartuja
O donado de antiguo convento, —
Que arrastrase su vida cenobia
Sin maitines, ayunos ni rezos, —

No guarda mi alma
Ningún sentimiento,
Ninguna memoria,
Ya todo está muerto,
Nada hay en el mundo

Que en mi levante eco.
Ya soy sólo un ente
Con ojos, un yerto
Cadáver que ambula
Su pálido espectro,

Porque sólo la horrible Locura
Me dispensa su amor del Infierno,
Y con ella en el río de Olvido,
Cuyas ondas arrastran mi cuerpo,
Extinguida la luz de mi mente,
Sumergí para siempre el Recuerdo. »

El Silfo un instante
Detuvo su vuelo,
Acaso pensando
Para sus adentros:
« O éste está loco

O ya está por serlo »
Mas luego me dijo
Con un vivo gesto,
Que más incisivo
Hacía su acento:

« En la Vida es la ley del contraste
Lo que lleva Natura en su seno:
La luz y la sombra,
Lo blanco y lo negro
Lo bueno y lo malo,
Lo finito contrario á lo eterno.
En la lucha se templan las almas,
Haz, poeta, que vibre tu plectro,
Que la luz que fulgura en tus rimas
Me revela el poder de tu ëstro,
Y esa lumbre hará se disipen
En tu torno las sombras muy presto. »

« A la meta gloriosa se asciende
Por el propio valer y el esfuerzo,
Se triunfa ó se muere,
No hay término medio:
En la marcha al Ideal, ya lo sabes,
No se puede hablar del Regreso. »

Después, en el aire
Alzóse ligero,
Y raudo alejóse
En alas del Céfiro

Pero antes justando
Su nombre, reflejo
De undívagos sones
Gritóme á lo lejos

« Canta, canta, poeta, no temas
De la negra Locura el amplexo,
Ni que, obscura mazmorra, te guarde
En su lóbrega torre el Silencio.
Yo ya sé lo que guarda tu cráneo:
Tú tienes Carisma,
Tú tienes Talento! »

Adriano M. Aguiar.

Suávitas ...

Eztraña sinfonía nimbada de oro...

Para Isabel Venegas

Y eres como un lys en el crepúsculo.

Hondas cosas interiores del Jardín de los Silencios, dice al alma tu Belleza coronada del Misterio; tu Belleza, que recuerda el perfil grave y perfecto de las Palas-Athenea. — Tu Belleza, circundada de un divino Sortilegio. ¡Albo lys en el Crepúsculo, ante el cual se inclinan ledos, los rosales pensativos de este extraño Florilegio!

¿No has mirado allá, en tu Patria, á la hora del Poniente, cuando el Sol tiñe la Tierra, de un bermejo resplandor, las águilas detenerse, tras un vuelo grave y lento, en las cimas inmutables, y quedar allí, rígidas, inmóviles, extáticas, cual si fuesen esculpidas en el dorso de un blasón? ¡Magníficas, hieráticas, cual si fuesen las cariátides del fúnebre monumento de algún viejo Pharaón!... Esas águilas son solas: Solas son bajo los cielos. Solas son sobre las rocas. Solas son ante los vientos. ¡Admirables cenobiarcas de los ritos del Dios-Sol! Soledad, es vida fuerte. Soledad, es vida enorme. Nadie sabe la grandiosa y severa intensidad de la Vida en el Silencio, sino aquellos que aman mucho el prestigio de las almas y el Misterio Omnividente, de las vidas interiores, que se expanden como ríos, en la calma austera y grave de inviolada Soledad... Y yo soy un Solitario, que en las ásperas penumbras de una noche de combates vive huraño como un buitre, sin tender sus negras alas sino en horas de tormenta, cuando airado vibra el trueno, bajo cielos escarlatas, en la negra incertidumbre de un Ocaso convulsivo... Yo soy ave carnicera. Yo soy ave de borrascas, cuyas garras tienen sangre; cuyo cuello, si se enarca, es en un gesto de muerte; cuyo grito, si se escapa, es un grito de tumultos en un campo de batallas... Mucho lodo del combate forma el peso de mis alas!... ¿Cómo quieres que detenga este vuelo de borrascas en las cándidas páginas, todas tersas, todas blancas, de tu album, donde vienen los Poetas, deslumbrados, con sus liras de oro sacro á decirte suavemente, Ofertorios de sus almas? ¿Cómo quieres que yo pose, ahí mi garra ensangrentada, y recoja sobre el libro la tormenta de mis alas? Y, ¿no ves cómo hacen sombra, cual si fuesen las dos zarpas de un león?... Armonías ilimitadas que te cantan! Digan ellas lo que vale tu Belleza circasiana, la tiniebla de tus ojos, y el incendio de tu alma. — Homenaje á esa Belleza, es mi Nombre en estas páginas... — Ese Nombre, de Odios rudos, de implacable y ciega Ordalia, yo lo pongo en este Libro, y ese nombre es una garra que te ofrece, suavemente, una rosa perfumada.

Vargas Vila

VARGAS VILA



A
Perez y Curis
muy cariñosamente
Vargas Vila
Paris - 15 - 11 - 07

Dia gris

Para Apolo.

Para Alfredo Ascarrunz.

Otoño. La garúa sus finas chispas llueve
sobre la mar. El agua cenicienta se mueve
apenas. No hay oleaje, ni espuma, ni murmurio
en toda la ribera; es un mar de mercurio
que á veces hunde el borde, arrastra los pedriscos
y de un golpe se quiebra en los agudos riscos
afelpados de musgo. Hace el gris que se liguen
los confines del agua con los del cielo. Siguen
mis pupilas el vuelo de unas aves, y pienso
cómo cual ellas mi alma sobre el abismo inmenso,
se ha cernido buscando los efluvios de ideas
que suben de las altas y las bajas mareas.

¡Oh Mar! la vez postrera, una frase de aliento
yo buscaba en tu orilla, y sólo el vago viento
me respondió...
¿Te acuerdas? La sombra vespertina
oscurecía el fondo de tu agua cristalina,
y algo extraño bajaba con las tintas inciertas,
algo como ilusiones que con las alas yertas
de tanto levantarse y azotar las combadas
alturas silenciosas, cayeran desmayadas.
Había alma en el aire. Y tú que te esparcías
alegre, rumoreante, y que riendo ponías
en la sien de la ola una chispa de idea,
callaste ante la noche, callaste, y tu marea
semejante al romano gladiador que rendido
y agónico en la arena, con su último latido
hinchaba de su pecho los mórbidos relieves,
y esperaba en silencio los pavores aleves
de la muerte cercana, así ella, bravía,
mudamente sus pliegues, sus músculos henchía
y en su avance postrero, en la última bravura
del agua reluciente, bajo la noche oscura
quedó, como quedaba, sin soltar un jemido
en medio á la palestra, el gladiador caído!

Al mirarte postrado, no insistí en mi plegaria
á tu fuerza creadora, y en una solitaria
peña gris de tu orilla, con la frente en las manos,
me quedé ante los negros horizontes lejanos.

¿Cuánto tiempo ha corrido? No lo sé. Hoi mi acento
ignora las pueriles tristezas, y el lamento;
hoi respiro el perfume de la luz, hoi me ligo
á todo lo que sueña y se levanta, y sigo,
en el vértigo eterno, la vida de las cosas,
ardiendo con los astros, muriendo con las rosas.

Pero á veces la vida es tan oscura... ¿Dónde
el lejano destello que nos guíe, se esconde?
¿A qué volver los ojos? Tras lo azul que describe
su línea de horizonte ¿qué palpita? qué vive?
Yo amé, desde mui niño, tus aguas verdes, lilas
con las que tu grandeza besaba mis pupilas;
amé tus voces muertas en estos peñascales
que yo oía en las leves arenas musicales,
cuando en alta cascada las vertía en mis manos
al soplo de la brisa, y desde esos lejanos
instantes de mi vida, siempre hollé tu ribera
cuando quise en mis dudas un aliento cualquiera...
No seas hoi como antes: habla, responde, dime
cómo á la vida oscura se la exalta y redime!

Calla el mar ¿sueña ó duerme? Su inmensidad apenas
se arruga y desarruga. Húmedas las arenas
al pisarlas no crujen. Cerca de mí se atreve
á triscar una onda, y su vellón de nieve
blanquea entre los riscos. Miro, al confín, la curva
de las aguas tranquilas. Va pasando una turba
de nubarrones grises y, al ras del mar, el viento,
haciendo en la neblina fugaz desgarramiento,
traza una leve y larga línea azul. Continúa
descendiendo la fina, temblorosa garúa.

Playa — Ancha — Valparaíso.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Sonetos de la Primavera

Para APOLO.

I

Derramábase el sol, que era un tesoro,
en la tierra, en las aguas y en el cielo,
vibrando en el espacio como un vuelo
de innumerables élitros de oro.

Daba á los aires su canción un coro
de labradores curvos sobre el suelo,
y desde el llano, en la inquietud del celo,
un toro daba su mugir sonoro.

Los árboles que crecen junto al río
resplandecían de sus nuevas galas,
y hojas y alas en un solo brío

de fecunda ansiedad llena de encantos,
unían la impaciencia de las alas
á la emoción gloriosa de los cantos!

II

En medio de ese sol y esos rumores,
bajo el ledo contacto de la brisa,
el campo desataba la sonrisa
maravillosa de sus mil colores.

Se impregnaba de rústicos olores
el pie de las vacadas en la lisa
alfombra de los prados, é indecisa
flotaba en todo el alma de las flores.

¡El alma de las flores!.. Era el alma
del mundo en ese instante.
Los perfectos
caminos del jardín, bajo la calma

murmuradora de los altos pinos,
vieron pasar en rondas los insectos
al amor de las flores peregrinos...

EMILIO FRUGONI.

Enrique Gómez Carrillo



De dios á dios

Tal es la dedicatoria que en el retrato con que engalanamos esta página nos ha enviado recientemente desde Paris el distinguido escritor y amigo Enrique Gómez Carrillo, director de «El Nuevo Mercurio». Así hemos querido interpretarla nosotros: de *Mercurio á Apolo*.

Nuestro agradecimiento al compañero Gómez Carrillo por su delicado obséquio que pronto retribuiremos.

Hojas del diario de un transeunte (1)

Para Apolo.

. . . .

Diciembre 17—Hoy, al salir de la Cámara de Diputados, después de una sesión borrascosa, comprendía que no son eternas esas genuflexiones de la voluntad que apagan tantos entusiasmos bajo las bóvedas de un hemiciclo. La interpelación ha sido un triunfo Y al propio tiempo, en uno de esos viceversas de la memoria, evocaba la imagen de aquella última jornada del gabinete cuando soplaban vientos de motín y las tropas bajaban lentamente por las avenidas al sordo trotar de sus caballos, mientras los agitadores se hacinaban en la plaza, royendo cóleras y en el palacio de los representantes burbujeaban las ambiciones, los odios y las intrigas, con un hedor de estanque removido por una sola ambición inconfesable: « el triunfo ». El desenlace de la epopeya de aquel ministerio fué curioso Un general insurrecto escaló la tribuna con una arenga que era una proclama, el abate Gayraud apostrofó desde su asiento y el conde de Mun entresoñó el comienzo de una restauración. Un gobierno que parecía salvado á las seis de la tarde, cayó á las nueve, después de una sesión de siete horas empleadas en tejer la telaraña de una intriga Los sobrevivientes dol boulangismo pusieron su barca á flote. Y los grupos oleosos remontaron los boulevares á son de carga, mientras las redacciones de los periódicos victoriosos se cubrían de luces y las otras se perdían en las tinieblas.

« Lunes, 19 » Al regresar del Bosque por el camino plantado de árboles que tiritan en mitad del invierno, en la avenida raspada por los carruajes, las bicicletas y los ómnibus, tengo la visión de una vuelta de Trabajo, cabalgando sobre una victoria en medio de una ciudad prosternada.

Es el emperador de una república, que regresa de una cacería, comprando voluntades con sus saludos, en un trotar de coraceros, un brillar de espadas y una suntuosidad rastacuera que desborda la imaginación. Y mientras el cortejo se pierde aclamado por las multitudes en el fondo de la avenida erizada de látigos, me alejo pensando que el prestigio de los fuertes no emana de ellos, sino de la pompa que les rodea. Despojemos á los poderosos de su palacio, su ceremonial y sus alabarderos, sentémosles á comer en una mesa re donda á dos francos por cabeza y serán hombres como todo el mundo. El pueblo es como esos niños que creen que los comediantes son seres superiores porque taconean la escena vestidos de oropel, morisqueteando gestos graves. Cuando la muchedumbre abre calle, arrollada por las tropas y se arremolina aclamando al magnate que pasa, aclama los uniformes, el lujo, la « mise-en-scéne ». todo lo que la deslumbra y la maravilla, pero no al hombre. Si le encontrara en una taberna, le ofrecería tabaco para atascar la pipa.

Martes, 20 Me tomó por el brazo, al cruzar el gran patio de Louvre, — el gran patio del Louvre que, todo blanco bajo la luna, parecía recordar en aquella noche de invierno las viejas intrigas y reverencias cortesanas, con una sonrisa irónica de gentilhombre me tomó por el brazo y me dijo: — « Estoy enfermo. Los pensamientos torbellinan en mi cabeza, arrastrando girones de pasado. La razón pone á veces todo en su sitio, pero el trabajo se reanuda para interrumpirse en seguida. A menudo,

(1) De un libro en prensa: « Burbujas de la vida ».

para poder continuar la labor de una idea, me veo obligado á hablarla; de lo contrario, el viento de las otras me dispersa y me pone en la necesidad de hacer dos veces el mismo camino para volver á encontrarme. Creo que mi estado es debido á la preponderancia de mi corazón sobre mi cerebro Siento más de lo que pienso Soy un ser contradictorio: me pronuncio con tra el sentimentalismo y soy más sentimental que nadie. Quizá no estoy de acuerdo con mi doctrina, pero mi doctrina está de acuerdo con mi razón» Nuestras sombras se prolongaron, flacas y enormes, sobre el muro Las seguí con los ojos. En el silencio del gran patio desierto, gesticularon un instante y luego se fundieron en una sola que se alejó, grotesca, bajo la luna

«Miércoles, 21» — Es innegable que entre las naciones, como entre los individuos, hay algunas que presumen de aristocracia, muchas que arbolan «bank-note» de burguesía y no pocas que se resignan á encasquetarse el hongo del proletariado. Las primeras tratan á las segundas como un marqués del Hipo al banquero de las Tres Usinas: con un desdén imperceptible que no desarma nunca. Pero las dos se ponen de acuerdo así que se trata de oprimir á las terceras y repartirse sus territorios como bienes de vasallo. Felizmente la resistencia de la Abisinia, el triunfo del Japón y hasta la evolución de Siam que comienza á vestir ideas europeas y á usar arte, sancionan lo que pudiéramos llamar una descentralización. El mundo estaba antes entretregado á la influencia exclusiva de un continente que, por una ironía de las cosas, es el más pequeño de todos. Parecía que nada podía existir fuera de él Y hoy, desmintiendo la especie de que los continentes restantes han sido creados para aprovisionarlo de esclavos, azúcar, trigo y colmillos de elefante, vemos surgir, en uno de esos bruscos cambios á que nos tiene acostumbrados el destino, el Japón en Asía, nuestras repúblicas en América y la histórica y vieja Etiopía en ese continente desgraciado donde tantas rapacidades han encontrado su botín. La Abisinia da lecciones de clemencia y de valor; la América del Norte impone sus máquinas á todos los pueblos; y el Imperio del Sol, limitado en otro tiempo al comercio de baratijas exóticas, nos ofrece una literatura y una civilización que se enroscan, formando un nervio original y fecundo Bah! me decía hoy leyendo una correspondencia de Addis, pronto se convencerán los pueblos de que el talento, la industria, la inventiva, el refinamiento, no son dones exclusivos de los habitantes de una región determinada, sino patrimonio de la humanidad, hueso del mundo, semilla que ha caído en todas las tierras y que ha dado fruto en unas antes que en otras sólo á causa del clima moral en que se ha desarrollado.

«Jueves 22»—Recibo un libro del mexicano Zuloaga. Es una traducción de los cuentos de Mendés, una de esas traducciones que hoy se llevan tanto, suficientemente caprichosas para ser queridas, pero demasiado infieles para ser legítimas. Los cuentos de Mendés son hermosos, aun en romance. Son los misales de un amor exclusivamente parisiense, lleno de tonos y medios tonos intraductibles, y aun incom prensibles fuera del medio en que han nacido. Delicadeza en el desenfado, idealización de la materia, y, como pudor, uno sólo: el pudor de lo feo. Abriendo el libro al azar encuentro un cuadro delicioso «Cuando se presentó en la pista un bien perfilado caballo negro sin brida, freno ni silla que piafaba y burbujeaba espuma, Lila Biscuit arrojó el gran manto que la envolvía y apareció en el circo toda desnuda, iluminada por las luces del gas, sin traje, ni velo y se lanzó sobre el bruto toda coloreada de nieve y de rosa. Pero nadie se enfadó; porque era un divino espectáculo ver á la linda joven recostada sobre las ancas negras del animal, al galope, con los cabellos mezclados á la crin.»

El prologuista de Zuloaga se espanta ante la crudeza de estos cuadros, arguyendo que las siluetas primaverales que sonríen desde el fondo de todos los cuentos de Mendés no son las más propias para predicar la virtud en un corro de colegialas. Echa de menos los puntos suspensivos de Pérez Escrich. Y al hablarnos de la moral con una unción que huele á almizcle de capilla franciscana, olvida que el cardenal de Richelieu, — que no era fracmasón, ni naturalista, no desdeñaba entrar al taller de los pintores, descorrer las cortinas que ocultaban los modelos y asistir á la copia de la carne viva, proclamando que en el arte no puede haber inmoralidad. Así pensaban los grandes artistas místicos de la Edad Media y así pensaron quizá también los Apóstoles, en cuyos Evangelios encontramos más de una imagen cruda que haría sonreir á Pierre Louys. Pero la hipocresía de nuestro siglo no se detiene ni ante las Escrituras. De ahí que se haya fabricado un Evangelio para uso de las escuelas, como se ha fabricado un Rabelais, y hasta un Cervantes.

«Viernes 23» — Leo las memorias del señor Goron, — antiguo jefe de policía de París, — funcionario que no abandonó sus viejas costumbres de periodista, y periodista que no echa en olvido sus prejuicios de funcionario. Son reminiscencias de corchete que sólo valen por las llagas que desnudan y por los objetos de conmiseración que presentan, sin saberlo, á las almas sensibles. No basta que una cosa sea abominable para que tengamos el derecho de condenarla: debemos combatir esas delicadezas de estómagos bien alimentados. Es necesario estudiar las causas y el método de elaboración de esas pasiones, costumbres, vicios ó miserias que la multitud corona con el adjetivo de repugnantes. Muchas derivan de nosotros mismos. Son nuestra obra. Para consolarnos de haberlas engendrado, las abofeteamos con nuestra repulsión, como un padre cobarde aborrece al hijo contrahecho que atrae la mirada de los curiosos. Tengamos por lo menos la audacia de nuestras llagas. La prostitución es el resultado de los vicios de todos: usamos de ella y no tenemos derecho á condenarla. ¿Qué decir del poderoso que habiendo seducido á la criada, á la institutriz ó á la parienta pobre y habiéndolas dejado con un niño en mitad del arroyo, declama contra el vicio y se indigna cuando una mujer hambrienta se le ofrece en el bochorno de las calles obscuras?

La humanidad, menos generosa que los animales, se encarniza con los muertos.

. . . .



LA TARDE DOLIENTE

Para Apolo. *A Paul Minelly.*

Sueñan los altos pinos al fondo del paisaje
y en el secreto halago de la quietud que impera
preludia entristecidas baladas de quimera
la tarde en su guitarra de místico cordaje.
Un hondo amor despierta la soledad salvaje
y el sol en las durmientes colinas reverbera
con hipos de agonía bajo la azul bandera
de nieblas que despliegan el vaporoso traje.
Por el confín borroso del pálido horizonte
cruzan las golondrinas en un tardío vuelo,
como un adiós perdido sobre el lejano monte.
Y emerge la tristeza con ansias fugitivas
en la doliente luna que ya acaricia el cielo
con el amor de todas las novias pensativas.

Bértoli Garay.

Noches de moda

(INSTANTÁNEAS LOCALES)

Para Apolo.

— ¡Uff!... ¡Qué calor! ¡qué calor!...

Esgrimiendo el abanico, Misia Fusa se hace aire.

Ella está pasando por un trance atroz. Sencillamente, la buena señora se siente ahogar. Toda su personalidad obesa, pesada, hecha á block, corre inminente riesgo de perecer, allí entre el hacinamiento humano que la rodea, allí entre aquel hormigueo que bulle sin cesar á su alrededor, sobre la «terrasse» del aristocrático balneario, en una noche de moda hermosamente canicular.

Pero Misia Fusa es terrible. ¡Si la conocierais! Su vanidad de exhibicionismo no tiene límites. Hacer acto de presencia en cualesquier fiesta social ó paseo público, es su obsesión. Saber que la gente la ha visto y que ella podrá mañana dar fe ante sus amigas de tal ó cual hecho, es para Misia Fusa algo así como una apremiante necesidad; y por esto mismo, por esta vanidad ingenua de querer atraerse sobre sí las miradas de algunos, es que Misia Fusa tuvo muchos novios cuando soltera, y luego se casó con el primero que se le puso á tiro cuando ya ella frisaba en los treinta y tres, y por lo que hoy se moriría todos los días si ello fuera admisible, y si á Misia Fusa le fuera dado contemplarse en espíritu sus funerales.

¡Qué diablos le Misia Fusa! ¡Oh, no dirán mañana las de Pechugini ni las de Fieramosca que Misia Fusa y los suyos hacen vida de pobretonas cursis, sin saber más noticias que las propaladas por el periódico y sin ver más caras que las de los vecinos de barrio! Y he aquí, que ahora ella se halla en plena «terrasse» de los Pocitos, rodeada de todo el estado mayor de su prole femenina, apeñuzcadas todas en un pequeño espacio que han logrado acaparar desde las cinco de la tarde, casi á pleno día y merced á aquel madrugón que las ha obligado á largarse de casa con una frugal cena de algunos sandwichs y unas pocas onzas de dulce de membrillo comprado en el baratillo de la esquina.

— ¡Uff!... ¡Qué calor! qué calor!...

Misia Fusa ya no puede más.. Ella siente un dolor agudo en las espaldas, en la nuca, en los tobillos, en las partes más sensibles de sus extremidades. Ahora todo le tira: el corsé, ceñido, ajustado, conteniendo á duras penas el desborde amenazante de sus carnes fláccidas y abundosas; los zapatos, estrechos, de horma á lo Luis XV, con taconeras de corcho; los pinchos de la gorra regateada pacientemente y centésimo á centésimo durante tres dias en lo de madame Pellicciari. Sin soltar su abanico, Misia Fusa se hace aire:

¡Uff!... ¡Qué calor! ¡ qué calor!...

Y en tanto ya son las diez, hora en que la fiesta social toca á su máximun. Los acordes de una banda militar, haciendo oir el IV acto de Boheme, vibran en el aire sonoro de la noche apacible; el prolongado campanilleo de los eléctricos repercute en un cascabelear loco y continuo, y bajo el cielo tenebroso, apenas semi - alumbrado por un menguante amarillo, la multitud desfila paso á paso, poco á poco, en un taconeo silencioso y rítmico que se prolonga sobre el maderamen

del viejo muelle. Ahora todo se confunde, nada se destaca, todo se entrevee. Pasan cuellos relucientes con destellos de marfil; sombreros blancos de paja de Italia ó Panamá; trajes de tonos lúgubres y alegres; ojos femeninos sombreados al esfumino; formas provocativas de mujer núbil; dentaduras albinas y que sonríen; vientres monolíticos y satisfechos; siluetas escuálidas; descotes incitantes; torsos agobiados; talles erguidos é insolentes; cabelleras brunas ó aurirrizadas; melenas varoniles á lo Artagnan ó calvas vergonzantes y relucientes... pasan... pasan... pasan .. Y todo en un kaleidoscopio macábrico de manchas de color, que aparecen, se ocultan, vuelven á reaparecer, tornan á ocultarse...

El calor ahoga. Nadie creería encontrarse en un balneario, en plena ribera del estuario, frente á la inmensidad del mar. Muy cerca de allí, casi á pocos metros, se estaría perfectamente gozando de los frescos arenales de la playa blanca, fina, undosa, que las olas mansas lamen en su continuo vaivén. Pero, que quieren ustedes, salir del muelle, abandonar la «terrasse», no es de tono; hay que ceñirse á las fórmulas; la etiqueta así lo exije, y he aquì por la cual la enorme concurrencia prosigue impávida por su eterna ruta, siempre girando, siempre dando vueltas sobre sí misma; arremolineándose, estrujándose, deteniéndose... No hay duda, muchos estarían mejor en sus casas que allí; pero, ¿quién dijo miedo?.. !Adelante! adelante! siempre adelante!...

Ya el cansancio invade á muchos. Misia Fusa cree percibir suspiros, quejas ahogadas, lamentos vagos. En ciertos rostros se va distendiendo algo así como una sombra de fastidioso pesar, en tanto una interrogación dolorosa se estereotipa en los labios rígidos y enarcados por el cansancio, como diciendo ¿Por qué diablos yo estoy aquí?.. ¿Quien me manda meterme en este maremagnum?... Pero otra interrogación complaciente, henchida de infinita vanidad personal, atenuatiza un tanto la protesta imperiosa de la carne adolorida que se rebela, exclamando: ¿Ven ustedes?; yo soy fulanito de tal! Yo también he venido aquí y aquí me tienen! Vamos, no sólo ustedes han de concurrir á los Pocitos en noches de moda!... y pasan... pasan... pasan...

— ¡Uff!... ¡Qué calor! ¡qué calor! ..

Pero á pesar del calor sofocante que la derrite; no obstante los dolores físicos que tanto la tienen á mal traer. Misia Fusa no «pierde pisada». — El heroísmo suele ser tan contagioso como el miedo. — Al través de los cristales convexos de sus gafas, Misia Fusa escudriña la multitud.

—Niñas!—exclama – saluden ustedes á las de Birandola; si, á las del diputado Birandola... Mírenlas... ya vienen... pronto van á pasar...

Y pasan las de Birandola, una, dos, tres, cuatro siluetas de mujer que muy pronto desaparecen entre un estrepitoso frou-frou de visos de raso y un entrechocar de brazaletes, cadenas, colgantes y aderezos.

— ¡Niñas! Ahí viene «Mechita» Stromponi; la hija única de aquel ricachón licorista del Reducto.

Y pasa «Mechita» Stromponi; robusta, bonachona, de pómulos coloradotes, rosada toda ella como una sandía apetitosa y respirando esa potente salud y «joie de vivre» de una buena «figlia» de la patria «del buon vin». Luego, lleva «Mechita» sobre sí tantos brillantes, que no parece sino que los acartonados pretendientes que la persiguen lo hicieran sugestionados bajo la catalepsia de un sueño hipnótico...

Pasa «Mechita» Stromponi... pasan sus adoradores... pasan sus brillantes..

Y al desfile continúa, lento, infinito, interminable.

La charanga ha enmudecido; el rodar incesante de las olas sobre la inmensa playa se percibe más claramente; una brisa saturada de un penetrante olor á marisco orea los rostros y hace ondular las gasas y los tules; allá lejos, hasta los límites

del horizonte borroso, el mar no es sino una inmensa mancha negra, obscura, enormemente dilatada, entre cuyas misteriosas tenebrosidades los focos eléctricos de algunos vapores lejanos oscilan á la distancia como insomnes pupilas rojas...

Al través de los cristales convexos de sus gafas, Misia Fusa prosigue escudriñando en la multitud ¡Cuántas amistades! ¡qué de rostros conocidos aunque algunos de ellos sólo por el cliché del periódico ó la revista!... Allí, Misia Fusa ve desfilar bellezas de renombre; políticos incipientes; burgueses acomodados; periodistas de nota; literatos solemnes; críticos burlones y de sátira; personalidades expectables; pebetes acicalados...

Junto al hotel, en el «hall», frente á la multitud en marcha, los corrillos se agrupan alrededor de las pequeñas mesas. El champagne bulle en las copas su dorado hervor; los «bock» rizan sus bucles rubios de ambarina espuma; las grosellas y licores tiñen los cristales con sus bellos tonos de rubíes y exótica pedrería; se oyen órdenes, carreras, voces melífluas y de mando; corren los «garçon» de delantal blanco y bigote al rape; humean los manjares en las porcelanas sonoras; el humo de los cigarrillos se distiende en finos cendales de bruma diáfana; todo el pentágrama armónico de un parloteo bullidor se cruza entre comensales y bebedores.

Las hijas de Misia Fusa, inquietas, nerviosas, acometidas desde hace rato como por una nostalgia lejana, prorrumpen de repente en una lamentación pesarosa:

— ¿Ha visto usted, mamá, que ausencia de porteñas se observa este año en las playas? Se podrían contar las que han venido.... ¡Son tan escasas!

Misia Fusa, que desde el flamante conflicto con Zeballos guarda tirria á todo aquello que huele á la otra banda, se siente acometida de un repentino furor:

Mejor, hija, mejor; cuanto menos bulto.... más higiene! — exclama. — Lo que es este verano las porteñas se han chingado ¡no hay «chucho»! .. Tendrán que recurrir á la esponja casera!...

Sus hijas la interrumpen con solícita reconvención.

—Pero mamá, usted se equivoca! ¿Y el Hotel Bristol, el Mar del Plata, el.. ?

Mas misia Fusa, ya puesta en tren de carrera, no admite «placé».

¡El Mar del Plata! - exclama — el Hotel Bristol!... bobada, hijas; pura bobada! Allí sólo va media docena de Anchorenas; los demás se quedan en sus casas, muy quietecitos, muy calladitos, como que se han decretado voluntariamente tres meses de reclusión celular, tapiándose á piedra y lodo y con la inviolable consigna dada á sus sirvientes de que los patrones están de «Villegiattura»! Vamos, lo dicho, hija, todo un procedimiento de veranear sumamente económico !Oh, cuanta razón tiene tu padre al decír que si por algo desea vivir en Buenos Aires fuera porque allí nos sorprendiese el verano! Naturalmente, encerrona prolongada y nada de tranwais ni de extraordinarios de playa!..

Por fortuna, un nuevo incidente corta esta nimia rencilla casera-internacional. Polidoro Menganés acaba de hacer su aparición en pleno balneario. Allí está, á pocos pasos de ellas, varita en diestra, guante en siniestra, reclinado airosamente sobre la borda extrema del muelle, fijos los ojos en la niña menor de Misia Fusa, su adorado tormento y su más bella ilusión...

Como en casos análogos, siempre que esto acontece, la aparición de Menganés es saludada con un iracundo revuelo de ojos y una doble salva de protestas por parte de toda la confabulada familia.

Ya está aquí ese simplote! ese bichito de luz! ese zángano importuno!...

A todo esto, estoico, sublime, impertérrito, Menganés parece haber ensordecido de repente como por arte de magia, mientras sus ojos no se apartan de su ansiada Dulcinea, en tanto la mamá y hermanitas de

éste,— á quienes le dá por el marquesado y sólo sueñan con títulos litúrgicos y libretas de cheques, y tienen más humos que automóvil «Pope á 60 kilómetros la hora, prosiguen su rechifla hacia el inconmovible «dragón», el cual no tiene más delito que sólo ganar veinte pesos en un ministerio, remuneración exigua y fatalmente microscópica para Misia Fusa y sus niñas...

Felizmente, la presencia de Menganés, no se prolonga demasiado, pues Misia Fusa ha dado orden de retirada. Ya son más de las once y entre la enorme concurrencia se ha iniciado el desbande. Entre la confusión y el apresuramiento algunas parejas rezagadas aun bregan por permanecer. Los «flirteadores» de ocasión se vuelven todo ojos: los «dragones» consentidos se disponen al abordaje.. Campanillean los eléctricos su cascabelear loco; ruedan los carruajes por las avenidas próximas; una fuga acelerada se inicia hacia la ciudad en reposo, dejando atrás «villas» y «chalets», obscuridades acechantes, despoblados extensos donde algún mal farol á kerosene parpadea su achacosa somnolencia de senectud decrépita y trasnochada..

Pero he aquí que ya están en casa, y el esposo de Misia Fusa, que ha preferido quedarse burguesmente, en mangas de camisa, pretextando no estar ya para esos trotes, las interroga con interés:

— ¿Y qué tal? ¿cómo les ha ido á ustedes? ¿Se han divertido mucho?...

Misia Fusa se hace toda exclamaciones:

— ¡Soberbio, hijo, soberbio! ¡Como que hemos estado «entre nubes!....

El buen señor cree haber oído mal. Se hace mil conjeturas. ¿cómo? ¿acaso su mujer y sus hijas han viajado en globo?....»

Pero la hija primogénita del matrimonio toma á su cargo el reparar este lamentable error de deficiente maleabilidad lengüística.

— Mamá, usted se equivoca: Se dice «entre nous»; oiga usted: «entre nous»

Pero Misia Fusa no está en estos momentos como para prestar oídos. ¡Qué «entre nous» ni que ocho cuartos! Ella sólo atina á aflojarse el corsé, los zapatos Luis XV con taconeras de corcho, los pinchos de la gorra, los añadidos del pelo, en fin, todo aquello que tanto la ha martirizado durante ocho horas

Y mientras ella suelta aquí, afloja allá, desprende acullá, las hijas del matrimonio, con los sombreros puestos y aún en traje blanco de playa, tratan de tomarse la revancha de aquella frugal cena de unos pocos sanwichs y algunas onzas de dulce de membrillo con que se largasen de casa á las cinco de la tarde, casi á pleno día, y sólo con el propósito de acaparar algún banco expetable. Esa noche, ante los ojos espantados del buen papá, el aparador y la alacena sufren un asalto que ni el de los bárbaros al Capitolio. Quién se le prende al mate dulce con cucharaditas de café; quién á los fiambres; quién á los restos del almuerzo guardados con previsión desde la mañana. Aquello es un comer y un beber loco, voraz, desesperado.

Y en tanto, maltrecha, adolorida, derrengada, pero firme siempre en su propósito de no faltar á los Pocitos el próximo Jueves, Misia Fusa suspira profundamente, ruidosamente:

—¡Uff!.. ¡Qué calor! ¡qué calor! ¡qué calor!...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Canícula de 1907.

ERRATAS

Por un olvido del cajista, la poesía de Donato Bruno publicada en este número, aparece con varios errores. Su título es: *In faccia al mare* en vez de: *Su faccia al mare*. En la primer estrofa, donde dice: *Liccome*, debe leerse: *Siccome*, y en la última, donde dice: *done*, debe leerse: *dove*. Otras erratas de menor importancia que contiene este número serán salvadas fácilmente por el lector.

EXPLOSIÓN

Si la vida es amor, bendita sea! — Quiero más vida para amar! — Hoy siento — Qué no valen mil años de la idea — Lo que un minuto azul del sentimiento.



DELMIRA AGUSTINI

Mi corazón moria triste y lento . . . — Hoy abre en luz como una flor febea; — ¡La vida brota como un mar violento — Donde la mano del amor golpea!

Hoy partió hacia la noche, triste, fría, — Rotas las alas mi melancolía; — Como una vieja mancha de dolor — En la sombra lejana se deslíe . . . — Mi vida toda canta, besa, ríe! — Mi vida toda es una boca en flor!

DELMIRA AGUSTINI.



Vas vitæ

(Boceto de un poema)

Para Apolo.

Y fué en el parque de la Infancia donde,
con melodiosa voz, me dijo un hada:
« Toma esta copa, regia y cincelada
» donde un néctar mirífico se esconde.

» En él las ansias vírgenes que hoy duermen
» de tu ser en el fondo, habrán hallado
» al final de tu vida un encantado
» licor que de tus dichas tuvo el germen.

» Cuando te hable una cruel filosofía
» con criterio cuitado y destructible,
» bebe de este licor incorruptible
» que infiltrará en tus fibras la alegría.

» De ser soberbio, poderoso y fuerte
» él te dará el magnífico secreto
» y podrás sostener al duelo en reto
» hasta la hora solemne de la muerte. »

Con el fruitivo impulso del instinto
en sus bordes mis labios abrevaron,
y las alas de mi alma se agitaron
por jardines de lirio y de jacinto.

Cuando pasó mi ciclo de inocencia,
del excelso licor bebí de nuevo
y fué un drama de luz, de luz de Febo
el curso de mi ingenua adolescencia.

La fronda del amor lució sus flores
para alegrar mis venturosas horas
y con himnos triunfales las auroras
celebraron mi gloria y mis amores.

Mas luego entre las rosas hubo espinas,
entre los lirios se agitaron sierpes,
en mi lira lloraron las Euterpes
y mis bellas se hicieron Colombinas.

Entonces apuré el cáliz mirífico
con anhelo tan fiel cuan infructuoso
porque tras del instante venturoso
vino el inmenso lapso dolorífico.

La cruel Intrusa ensombreció mi ambiente
con su séquito lúgubre de penas
y mis noches felices y serenas
fueron las de un enfermo febriciente

Y cuando como Job sobre el siniestro
de mi querida Sión me lamentaba
y á la hada profética invocaba
con el ávido acento de mi estro,

Cual una iluminada y convencida,
con firme voz, me dijo la Experiencia:
« Es tu dolor el de la humana ciencia,
« Aquella hada falaz era la Vida. »

Illa Moreno.



SONETOS

Para Apolo.

Era una rubia princesita; un día
Oyó con emoción su ser entero
Las trovas que entonaba un cancionero
Al pie de su calada celosía.

Con qué unción escuchó la melodía
De aquel errante y seductor trovero!
Le amó, le amó con el amor sincero
De los que no han amado todavía.

Recluida entre los oros de su alcoba
Diciendo siempre la aprendida trova
Esperó, llena de ansiedad la cita,

Pero hay! en vano la esperó la bella,
No volvió el trovador, se olvidó de ella,
Y se murió de amor la princesita.

—

... Y la nave partió; borró la estela
La bruma de la tarde que moría
Y perdióse en la vaga lejanía
La postrera esperanza de la vela.

Mas la amada esperó, día tras día;
Su bien, su amor, cuanto en el mundo anhela,
Se alejaba, cual pájaro que vuela,
En la nave que nunca tornaría.

Desde entonces, nublada de dolores,
La miran al volver los pescadores,
Todas las tardes cuando el sol desmaya,

Vencida y triste, meditando á solas
Con los mensajes que le traen las olas
Al expirar, quejándose, en la playa.

Carlos Zum Felde.

Montevideo.



AZUL

Para Apolo.

Tus ojos de azul tan puro
Prometen, como un Futuro...
¿Qué son sus raudas promesas?
¿Juegos de luz de algún hada
En que mi ensueño aventuro?
¡Ellos anuncian las fresas
Que dan su rojo maduro,
Tus besos de Enamorada!
Pues bien pagas, cuando besas,
Lo que ofrecieron tus ojos:
¡Las siembras de tu mirada
Dan fruto en tus labios rojos!

No son encandiladores
Ni tienen tiniebla alguna...
En ellos los ruiseñores
No hallan su claro de luna;
Pero, una luz los decora
Con tan jóvenes destellos,
Que la alondra encuentra en ellos
El casto azul de la aurora!

Guzmán Papini y Zas.

Una confesión extraña

Para Apolo. *A Medina Betancort.*

El moribundo apretó convulsivamente mis manos y con voz muy apagada empezó diciéndome:

« A ti, Manuel, porque eres muy bueno te lo contaré todo:

Se llamaba Blanca. La conocí una noche en el Festival de las Flores. Cuando me fijé en ella, paseaba por los salones de brazo de sus amigas. Era pequeñuela, bonitilla, alegre, vivaz, parlanchina, de tez pálida, de ojuelos negros, grandes, rasgados, que miraban vivamente, inquietamente, que decían de su almita todo el primer deseo, ese deseo hondo é incomprensible, que brota, que fluye con la vida nueva de los quince años... Vestía toda de blanco como una virgencita. En cada cinta de los vuelos de su saya, en el lazo ampuloso que oprimía su leve cintura, en cada broche que cerraba los pliegues de su blonda bata de raso, había un algo de delicadeza artística, de confección impecable, de un sutil refinamiento femenino ..

¡Qué bien lo recuerdo ...!

A pesar de estar yo, locamente enamorado de otra mujer encantadora, sentí una necesidad íntima y extraña de hablarla, de admirarla.. .de mentirla .. Requerí su presentación á un amigo, el cual accedió gustoso á mi ruego —Nuestro primer dialogo fué muy breve, muy frío ... casi tonto...! Temí haberla causado una impresión poco favorable .. — Pero luego observé qne me miraba de un modo singular .. casi provocativo ..! sus miradas me dijeron algo que comprendí muy pronto. ! Entonces tuve miedo... temblé .. y todo mi ser se reconcentró en una evocación hacia otro ser querido. De pronto, vibró cadenciosa la mágica música de un boston, de compases lentos ... muy lentos . y guiado por no sé qué instinto, por no sé qué fuerza misteriosa, contraria á mi deseo, le rogué, le supliqué emocionado que bailáramos juntos. — Y fué complaciente y comprendí con su «sí» delirante, que ella también lo ansiaba. Y bailamos .. bailamos. . y oprimiendo suavemente su delicadíto cuerpo, inconscientemente .. obstinadamente . tal vez loco, le fingí una pasión inmensa, le dije que era muy bueno, que la había presentido hacía mucho tiempo... que la había ensoñado en muchas noches de mis grandes tristezas... y ella, dudándolo primero, terminó, ¡oh, insensata! por creer mi gran mentira...! quizá encontró en mis palabras una música de gloria que nunca había escuchado, que por primera vez le cantaba al oído el Ave de la satisfacción de su deseo de quince años. . .

Y bailamos... bailamos mucho y yo más me enloquecía, más me arrastraba el torbellino de la locura. . del desenfreno... mis sienes y mi corazón latían con violencia... veía que todo á mi alrededor giraba vertiginosamente .. y luego todo se esfumaba. . y desaparecía... y quería huír, lejos, muy lejos, pero una fuerza poderosa me retenía é impulsaba á continuar mi obra, mientras oía una voz interior que me decía: ¡Goza . goza, con tu víctima. . saborea tu crímen! y yo sufría mucho, y sin embargo: «Blanca – le decía — Blanca hermosa, que felíz soy con haberla conocido Jamás, nunca olvidaré ésta noche de tanta dicha y de tanta gloria... Dígame otra vez que me quiere, sí, que me quiere mucho... que me querrá siempre. Repítamelo, una y mil veces... repítamelo... » y Blanca, como yo, jadeante, fiebrosa, loca de amor, pero de amor puro, me repetía: « Si Oscar, si, lo quiero mucho, lo querré siempre. . siempre... siempre...!

El primer beso de la tenue y vaga claridad de la mañana llegó á nos-

otros para romper el encanto de aquel idilio. Nuestra despedida fué larga.. muy larga y muy ardiente... ¡La fresca brisa de aquel amanecer estival aplacó un algo mi fiebre, despejando la pesadez de mi cabeza... Caminaba casi inconscientemente... á las veces mis piernas flaqueaban. . creía caer.. quién me hubiera visto diríame un borracho Por fin llegué á casa. . vestido me tiré en la cama... sentía como una mano de fierro que oprimía mi garganta... y luego empezé á llorar, á llorar amargamente como un niño, sentí sobre mi corazón y sobre mi conciencia todo el peso de mi infamia... y así, caí en un anonadamiento, y el cansancio y el sueño me sumergieron en un profundo letargo... y dormí. . y soñé ·.. ¡que era bueno!

Me levanté casi al anochecer, y ya sin fiebre y sin pesadez; la escena de la noche anterior, parecíame un sueño. Pero luego, la indecisión de ir á verla ó nó, esa noche, me postró nuevamente en un estado de agitación nerviosa... luchaba contra mi mismo; la existencia del otro «Yo» se me manifestaba enérgicamente condenatoria, con aquella misma voz de adentro que la noche anterior me decía: goza... goza!»... y sin embargo, sintiendo que me precipitaba al abismo, que la derrota de mi cerebro era inminente, rugiendo la impotencia de mi carácter, de no poder vencerme á mí mismo, casi sin darme cuenta, como guiado de la mano por algo invisible, llegué otra vez á Blanca, y le mentí de nuevo... y la enlodé de nuevo con todo el fango de mi infamia...!

Y así esa noche, y así muchas noches... Y no podía comprender ese mi estado psíquico. Y yo no la quería de verdad.. ! Mi primera mentira me impuso, sin poderme librar de ello, á continuar mintiendo .mintiendo ..

El amor frenético y puro que había sentido otrora por aquella otra mi verdadera amada, fué también decayendo lentamente... irremediablemente ..

Y llegó el día que también le mentí · que también empecé á rujir mi crimen. . que también manchaba con mi impureza su tan grande... su tan puro .. su tan noble amor .!

Y así muchas noches en esta alternativa infame y siempre aquel demonio invisible, empujándome, arrastrándome con su poder satánico ..y siempre aquella voz interior: «¡Cobarde, no goces más, ¡rebélate!

¡No sé cuanto tiempo continué así. Mi estado de ánimo decaía día tras día. ¡Había sufrido tanto.. ! Mi debilidad era extrema Una tristeza muy grande me invadía... lloraba . lloraba mucho, pero no encontraba alivio.

Llegó un momento en que me maldije y maldije á aquellas dos mujeres... ¡Pobrecitas! .

Una mañana me quedé en la cama No podía con mis huesos. Desde aquel día no me levanté más...! Deseaba escribirle á las dos confesándoles mi delito... pedirlas perdón...! Pero no pude. . Mi familia obstruyó también las correspondencias de ellas.. Mi enfermedad acentuaba, mi debilidad crecía y mis delirios eran más frecuentes y más terribles.. Anoche tuve un momento de descanso .. Tal vez de alegría... Ya conozco mi mal. . y ahora estoy más tranquilo .. me siento más feliz: óyelo, porque me voy á morir .!»

— No, no pienses en eso," le contesté, comprendiéndole su razón. .

« —Sí, y ahora dime, mi buen Manuel ¿No crees tú que la muerte sea el único medio de libertarme de ese monstruo invisible que me hizo su siervo impotente, matándome el alma . el corazón . la conciencia?

. . . .

Caía la tarde El sol se ocultaba tras la sierra y en la estancia eran ya las sombras. Un silencio funerario reinaba en ella Las campanas de la iglesia tañían su Angelus, pero muy triste esa tarde. .! Lloré mucho. Mi amigo, el pobre poseído, ya no estaba allí. ¡Se había libertado! Su cuerpo yacía sobre la cama, inerte, rígido, blanco... muy blan-

co entre tanta sombra!.. y entonces se apoderó de mí un terror desconocido, porque me pareció sentir rozar sobre todo mi ser, las alas de aquel demonio invisible. . y huí, huí para llorar junto á mi amada todo mi grande duelo!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Montevideo, Diciembre de 1907.

LA CORONA DEL DOLOR (1)

(A una reina en su paso de Calvario)

Para APOLO.

Aun más bella yo te encuentro
con tu cara melancólica...
¡El dolor se ha enamorado
de ti también, reina hermosa!

Bien aventurados, reina,
los que lloran...
dichosos los que en las penas
se desposan...

lazos de amor dolorido
no hay quien rompa...
¡y el dolor no á todos pone
su corona!

No te aflijas porque llores,
que la cara, cuando lloras,
reina bella,
tienes de la Dolorosa...

Reina augusta,
más augusta por lo buena y lo piadosa:
yo venero el dejo triste
de tu cara melancólica,
y en tus sienes la corona del martirio,
¡que de Dios fué la corona!

VICENTE MEDINA.

Cartagena, España.

MIS VIGILIAS

Para APOLO.

Tarde vienes y menguada,
pobre luna, tarde vienes,
y tan triste y demacrada
te sostienes
en el azul silencioso
cual si esperaran tus sienes
para fallecer, un beso
de la bondad del Esposo.
Esperando tu regreso
va la noche de vencida,
con la noche va finida
mi esperanza... Tarde vienes
y tan triste y demacrada
que en la glacial madrugada
tus besos hielan mis sienes.
Tu suave lumbre indecisa
va en las ondas de la brisa
con moribundo albedrío...
Las sombras claman en vano,
luna, mi espíritu hermano
en la tristeza y el frío.
En la clara noche yerma
asomas cual una enferma
por un calado ajimez;
y á mi ser tu lumbre baja
como una eterna mortaja
de palidez.
Tarde vienes, mas no importa,
silenciosa compañera;
el amor creció en la espera,
la ilusión será más corta,
más hermosa la quimera.

LUIS TABLANCA.

Ocaña, Colombia.

(1) Del nuevo libro «Poesía», en prensa.



PÁGINA ARTÍSTICA

SACCAGI:
DANTE Y BEATRIZ

La hostia del ideal

Para Apolo.

Me esperaba su espíritu con las alas abiertas.... Me esperaba para que vertiera en su alma, vaso de amarguras incurables el bálsamo dilecto del consuelo y de la esperanza.

. . . .

Un lirio de carne puro é ingenuo herido al nacer por la ráfaga implacable y helada del dolor; un adolescente que al surgir en la senda de la vida cuando se tiene por alfombra un nevado florecimiento de rosas es súbitamente asaltado desde las sombras por los «parthos» alevosos del ejército de la vida; un joven, un niño casi que en la alborada de su existencia vé cernirse en su cielo las mortajas tenebrosas y siniestras de sus padres muertos, y luego el desamparo, la miseria, la orfandad; á la edad en que todos sueñan primaveras interminables de dicha, mecidos en las ondas azules de la cisterna insondable del ensueño, lanzado á la vida como en un paramo ilimitado sin azules, sin auroras y sin estrellas.... Tal era la situación de Gualberto. –

Aquella noche le ví como siempre en su melancólica covacha de bohemio—soñador sobre una mesa tosca y raída. Como siempre le ví en la misma actitud de traciturnidad como aguardando siempre el advenimientos milagroso de la muerte... La esperaba anhelante. Vaciado su temperamento en los moldes caducos del viejo romanticismo, sólo pensaba en los crepúsculos pesimistas de Werter y en las noches, negras y frías de los Oberman y de los René. Su espiritu nunca esperó vislumbrar en una región dorada la encarnación de una luminosa idealidad, al contrario, Gualberto sólo esperaba la caricia de aquella visión funesta. Era un vencido

En el momento que le sorprendí en medio á la penumbra difusa de su bohardilla con las manos apoyadas sobre las sienes)en actitud de profunda taciturnidad pensativa, terminaba uno de los capitulos postreros del libro íntimo de su vida en el cual fulguraba el gesto suicida del malogrado Werter Leyómelo con voz temblorosa;

«Es la hora del crepúsculo, tristemente anunciadora, en que todas las cosas adquieren ese tinte indefinido de dolor, hora doliente y sugestiva, en que las amarguras del vivir asoman á la luz y se pierden con la caravana funeraria de los recuerdos! ¡Ni una dulce palabra de consuelo! !Ni una caricia salvadora! ¡Sólo en mi cuartujo soñoliento sueño con la frialdad amparadora de las tumbas! ¡Solo en mi cuartujo soñoliento sueño con la caricia interminable é insinuante de la muerte Soy el último melancólico soñador!

Errante, vagabundo en el sendero difícil de la vida, no surge en mis recuerdos ni siquiera una aurora, ni siquiera una estrella, ni si quiera un rápido instante de placer! Solo estoy, y en la egoísta soledad de mi cuartujo sólo acierto á exclamar madre! . y mi madre no viene, apenas me besó en la frente al nacer y despareció como una sombra entre los cendales, de mi alborada!

Adiós miserable existencia «sólo te amé en el misterio de la muerte!»

Terminado que hubo la lectura de su página fuí presa de un cúmulo de extrañas sensacíones —Me anonadó su intenso y extraviado sentímentalismo y sus desconsuelos inauditos.— Y cuando al igual de esos heridos que desamparados en medio á los campos humeantes, de sangre en que há poco se ha librado una batalla, son inesperadamente auxiliados por una mano píadosa á la que confían sus heridas todas, mirándome fijamente abismóse en mi

mirada que como él decía reflejaba como un Leteo el azul, alegre siempre y siempre esplendoroso de los cielos! Y le hablé fraternalmente:

«¡Oh desventurado amigo envuelto en las tinieblas de tu pasado y en sugeridas tinieblas sentimentales más lamentables aún que las de tu pasado individual, marchitóse prematuramente la flor de tu juventud, y has penetrado en la región siempre triste.... á veces desolada... casi nunca sonriente que se llama la vida!

¿No es posible que se esfumen los oscuros panoramas de tu pasado en el horizonte infinito de una primavera que desborde en tu corazón y en tu cerebro? Viviéndola apenas, has comprendido demasiado la vida. Yo te llevaré de la mano por la región dorada del Ideal. Yo te llevaré á soñar. ¡Yo te llevaré á llorar!

¿No conoces acaso los mágicos placeres de la ignorante juventud? «Lo mejor que tiene la vida es la idea que sugiere de algo que no hay en ella» ha dicho el grande y querido maestro France. Es por esa región de las grandes ideas y de las «intangibles realidades» que te llevaré fraternalmente. Te enseñaré el «divino verso de la piedad» ¡oh pobre amigo! frente á los altares brumosos y remotos del misterio. ¿No ves, en torno, nuestra gran madre Naturaleza como nos prodiga su abrazo siempre fecunda y desbordante y siempre generosa? ¿No sientes, en la brisa que pasa perfumes sutilísimos de amor y de belleza?

¿No parece que esas brisas que pulsan las liras de los árboles, y que esa armoniosa nocturnal trae remembranzas de épocas lejanas y felices? ¿No sientes en el alma la fresca y hermosa serenidad de las auroras y de los rocíos, mi buen amigo triste? ¿No has sentido nunca esos bellos reverdeceres interiores cuando las sonrientes infancias de las auroras despiertan límpidas y triunfales en los nuevos Orientes? Las auroras que cantan y que ríen?..

Y esto no es sino una página, la página rosa de la juventud de la vida. Placeres... «lágrimas de un inefable dolor».. Casi siempre un sueño que desborda de esperanza y de fé.

Ven, amigo mío, yo te llevaré á soñar... y te llevaré á llorar al oasis azul del Ideal en que reposará la caravana fatigada de tus pesares..

Y Gualberto sonrió serenamente... con la sonrisa de las estrellas lejanas y vaticinadoras.

JOSÉ G. ANTUÑA.

Dbre. de 1906.



DE "LOS PARQUES ABANDONADOS"

Para APOLO.

La golondrina

Batiendo lindes y salvando zanjas,
inquietaba el amor nuestros latidos;
pañuelos charros de amarillas franjas
dijéranse los predios florecidos...

Tiñeron el azul desvanecidos
celajes rosas, lilas y naranjas
y collares de fósforo en fluidos
guiños relampaguearon en las granjas.

Pidiéndome que entrase — en tu querella
mi alma en tu alma y anidase en ella,
busqué en tu boca el oportuno acceso.. .
y mi alma, — pájaro invisible cuya
gorgeante nota fuera un frágil beso,—
entró cantando al seno de la tuya!

Nocturno de Chopin

Todo era amor en el lozano ambiente;
todo era fiesta en el galante prado,
y en un banco decrépito á tu lado,
yo sólo el mudo y tú la indiferente...

A qué insistir? — me dije obsesionado,
muerta de noche y sin color la frente:
A qué insistir! — si esta mujer no siente,
si no sabe llorar, ni nunca ha amado! ..

Soñó la orquesta en la *terrasse* contigua,
y todo se turbaba de una ambigua
pesadilla de Schúmann .. Entre tanto,

tu clara risa con que al cielo subes,
aparecía bajo un tul de llanto,
como un rayo de luna entre dos nubes!...

Repercusión aciaga

Monologando en íntimo desdoble,
desplomóse tu frente entre la mano;
la solariega ancianidad del roble
era testigo de mi mal lejano...

Subía la montaña, al són del doble,
la mancha oscura de un cortejo aldeano,
y junto al ataúd, aullando el noble
perro gemía con un llanto humano.

Fraternizando con tan honda nota,
ligónos una horrenda simpatía...
Por una breve inspiración remota,

el cisne del amor cantó aquel día,
y en el mismo pañuelo de agonía
fundimos nuestras almas, gota á gota!...

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montevideo, «Torre de los Panoramas».

JAVIER DE VIANA



Por tierra de arachanes

Para APOLO.

El día se apagó sin crepúsculo en la brusca zabullida del sol tras de la selva. Por breve tiempo, solemne obscuridad ocultó la grandeza abrumadora de aquel paisaje impregnado de recuerdos, de recuerdos ya tristes, ya gloriosos; siempre gratos para quien ama la tierra donde se meció su cuna y donde duermen los restos de sus padres. Luego, de pronto, - como si en esta maravillosa región todo obedeciera á má-

gicos mandatos, — la luna, una brillante luna triunfadora, rasgó la tela negra y apareció en mitad del cielo sembrando haces de luz blanca y suave sobre la adusta comarca

En el pequeño puerto, la barca permanecía inmóvil, como amarrada por los sauces y los sarandíes que extendían sobre el puerto sus ramas verdinegras. Entre la barca y la costa, había dos metros de agua turbia y quieta; más allá el laberinto obscuro de la selva En cambio, del otro lado, en amplia extensión, la tersa superficie del rio brillaba con reflejos azulados de mojana que flota al ras de la linfa en el bochorno del medio día estival. Después, en el lejano confín de la ribera los grandes árboles se erguían rígidos y extraños proyectando fantásticas siluetas sobre el espejo etrusco de la admirable laguna Y en medio de todo, entre la violenta oposición de luz y sombra, un silencio colosal, un silencio que impone, que ordena, que domina, que subyuga.

De pie, reclinado sobre la banda del barco, me disponía yo á seguir con íntima delectación de artista los caprichosos juegos de la luz, cuando en la quietud de aquella noche salvaje y bella como el indio que fué señor de mi tierra, me hicieron estremecer los dulces y quejumbrosos acordes de una guitarra En seguida, una voz joven y armoniosa entonó sentidas estrofas que envueltas en las cadencias del criollo instrumento, echaron á rodar sobre las aguas y fueron á morir abrazadas á los « virarós », de las riberas á la manera de un salmo con que las estirpes nuevas rinden tributo á las estirpes muertas. Suaves y melancólicas las notas se desgranaban en el infinito silencio de la noche indígena, y parecían adquirir forma y color y andar errabundas sobre las aguas azules, cual si fuesen los misteriosos genios del bosque concitados á una ronda de amor sobre la nácar del río, entre la guardia discreta de talas y coronillas, de molles y palmeras y bajo la mirada complaciente de la luna.

Y cuando la voz callaba y la música concluía en un lamento armonioso, el eco propagaba en la distancia las sencillas armonías, que se infiltraban en la fronda, besando las lianas, acariciando los troncos centenarios, removiendo el montón amarillo de hojas muertas y haciendo estremecer la selva con el remedo de los ardientes aires ancestrales.

Después que la voz se hubo extinguido, cuando dejó de cantar la guitarra, quedó vibrando en el ambiente un rumor á la vez angustioso y tierno, un temblor de alas, un susurro de ramas. Luego, el silencio, el colosal silencio de la soledad semi-salvaje pesó abrumador sobre mi espíritu, demasiado pequeño para contener la grandeza soberbia del torrente y la límpida grandeza del cielo desde donde la luna blanca y solitaria, impasible y serena, lanzaba su mirada de luz suave, tierna, pura y amplia

Mi vista se tendía sobre la linfa tan clara, tan pura, tan brillante; y luego, abarcando el conjunto se extasiaba en la contemplación del maravilloso paisaje. A la popa del barco, amarrado por un cable invisible, está un bote que se balancea suavemente. Los remos tendidos, parecen las alas en reposo de una ave grande y huraña. Y las aguas, al pasar junto á los remos rizan un finísimo festón de espumas que le forman como blanco y suave plumón. Por él solamente se da uno cuenta de la movilidad de la anacarada serpiente; por él y por el gracioso balanceo, tan tenue que apenas se advierte de los voluptuosos camalotes acostados á la sombra de ramosos sarandíes. Y de este lado, mi espíritu presiente la vida vigorosa, los canelones escuetos y soberbios como un gentilhombre español, los coronillas cuyas ramas semejan los brazos nervudos de Milón de Crotona Espinillos tortuosos, espinosos, sin tensión, sin altura, sin brillo, — héroes ignorados; — yathays colosales, cinco veces centenarios, cómputos por la edad y por la fuerza, por la robustez — y por la

gracia; duro ñapindá de uña aguzada, resistente cipó, tierno clavel del aire y dulce sensitiva. Viva y salvaje muralla de árboles ásperos entrelazados por amorosas enredaderas; antros obscuros, estrechas sendas tortuosas, caminos sin aire, senderos sin luz, albergue de tigres en lo húmedo del bajo y abrigo de águilas en lo luminoso de la cumbre,.. yo ya sé lo que hay de este lado: la mejor selva salvaje de mi abuelo el arachán.

Del otro lado, en cambio, del otro lado, resplandeciente de luz, soberbiamente ataviado con los joyeles de plata de la luna, se alza toda una mole fantástica; recias murallas almenadas, altivos torreones feudales, domos majestuosos y audaces agujas de campanarios góticos: sombras imponentes de feroces bastillas y sombras reposadas, severas y serenas de catedrales medioevales

En la contemplación de tanta maravilla, el espíritu, sin control y sin freno, se desboca y erra sin rumbo ¿Qué hay allá? ¿lo pasado? ¿lo presente? ¿lo futuro? ¿El perfume de las idas edades fenecidas? el color de las idas por venir?... Yo cierro los ojos, pienso, siento y veo..., mi río, mi hermoso río Cebollatí; mi patría, mi raza, mi época.. La realidad, grande y prometedora está en prensa; no hay que soñar!

JAVIER DE VIANA.



Intermedio

Para APOLO.

¡La hora maravillosa de los cuentos de hadas!
El tiempo se detiene en el reloj parado.
Vivimos sin sentirnos vivir.., Hemos quedado
con las manos unidas á otras manos amadas.

Las cosas en penumbra se borran esfumadas
bajo las grises nubes que el azul han borrado.
... Y nada recordamos de todo lo pasado...
Las anteriores vidas han quedado olvidadas.

Como un divino cuerpo encubierto por velos
de una urdimbre sin hilo, se adivina la vida
por una vara mágica esta hora detenida
bajo el palor opaco de los velados cielos...

Tembloroso en la estancia entra un rayo de sol...
Ha pasado el encanto del cuento de Perrault.

FERNANDO FORTÚN.

Madrid.

Vida

Para Apolo.

La llama dorada de la lámpara suspira. Lanza torrentes de indecisa luz sobre las blancas esquelas,-camelias desfloradas,-que se desparraman sobre mi mesa, é irisando á un ramito de azules violetas que mi vecinita·-una chiquilla de diez años que vive frente á mi bohardilla,-me ofrendó esta mañana, al dirijirse á la escuela, envuelta en su capita blanca de astrakan, tiritando de frío ...

Es una muchachita alegre y bonita como una mariposilla. Yo la veo todos los días pasar frente á mi ventana, con su carita pálida bañada de sonrisas, sus grandes ojazos negros sombreados por las pestañas onduladas, mirándome con cierta sonrisa injenua y pecadora. Me saluda con una reverencia de princesa, ajitando su manita en el aire, como acariciando. Muchas veces he tenido inpulsos locos de darla un beso; pero ella, como una coquetuela mujercilla, me mira sonriendo, provocándome á la distancia, saludándome desde lejos con su pañuelito blanco. Yo la miro alejarse, perdida ya entre el polvo del camino, y me quedo pensando ... pensando. .. quién sabe en qué

Esta mañana una espesa nube cubría el espacio, y desde lo alto caían gotas de lluvia fina Mi vecinita pasó con sus ojazos negros llorosos, húmedos y brillantes.

—¿Qué te pasa, queridita?—la interrogué.

—Mamá me castigó porque había prendido mis violetas aquí, en el pecho, como las señoritas- ¿sabe usted?- como las señoritas que se pasean en la Plaza. .

Yo no pude menos de reirme. Tomé un puñado de pastíllas de mi escritorio, y se las pasé:

—Toma No llores. .. Si aprendes la lección te regalaré un cucurucho de bombones con muñequillos de chocolate.... Pero no te pongas las violetas ahí: las violetas son venenosas!

—Bien! me interrumpío dando un salto. Mas luego volvió á mirarme con sus provocativos ojazos negros como extraños diamantes, y volvieron mis deseos locos de darla un beso·

—¿Quieres que te bese?

Y ella, lijera como una gacela, me arrojó las violetas á la boca:

- Toma, ¡atrevido!-A mí no me besan los hombres!.. -y corrió hacía la escuela, riendo á carcajadas, mirándome desde lejos con su carita inundada de sonrisas y su boca llena de bombones . .

*
* *

La llama de oro de la lámpara suspira..

¡Qué tedio, Dios mío!— Me coloco el sobretodo y salgo á la calle. A poco, una momia de arcilla parecía desmoronarse, al chocar conmigo... Es un borracho que me grita injurias con su voz cascada de organillo viejo. .. Más allá, á la temblorosa luz de un mechero, una joven mujer da el pecho desnudo á su pequeño. Extiende á mi paso su mano enflaquecida, que en un tiempo quizás llevara sortijas, una flaca mano aristocrática y fina Me da compasión, introduzco mi diestra en el bolsillo de mi chaleco, y lo encuentro vacío. Ni un céntimo!

Me inspiro desprecio yo mismo; Haber gastado el dinero en el club cabe el odioso mechero de lo sala de «baccarat», cuando ahí, sobre el arroyo, una infeliz madre se muere de hambre y de frío!

Quiero acariciar al niño, movido de infinita piedad. Si no puedo darle unos cuantos céntimos para un mendrugo de pan, podré en cambio acariciar su rostro pálido y clorótico, desde el fondo de mi alma; Pero no La pobre madre creyendo que voy á escarnecerla en su miseria,

se aleja de mí, y me muestra, como escudo, el aterido cuerpo de su hijo.

Aléjome en silencio. Siento amargura infinita. Vuelvo los ojos sobre aquella pobre mujer, que extiende aún en el implacable vacío su mano descarnada. Es un clérigo. Alto, arrogante, va dejando el fru-frú de su manteo que flota al viento, mientras él masculla entre dientes un misterioso rezo. Pasa. Silencioso, indiferente ante aquella pálida mujer que sigue implorando en vano la misericordia de los hombres....

¿No hay justicia para los pobres? Acaso las flores no tienen su efluvios para todos¿ El sol, el buen sol, ¿no desparrama su óleo fecundo sobre la inmensidad de la tierra? - me pregunto con angustia, mientras camino sin rumbo, con una intensa fiebre que me abrasa y que tortura mi corazón, mi pobre corazón.

Una oleada de luz desbórdase por los balcones de un palacio jónico. Sobre el mármol de la escala serpean los focos eléctricos. Y desde el interior, de una sala abrillantada por la luz que cae como un incendio sobre las cornisas de oro viejo, sobre las columnas y las estatuas de bronce vivo, se desbordan hacia la calle las notas de una orquesta, con epitalamios oprobiosos. Siento una cólera infinita ante este lujurioso esplendor, ante aquella calma arrullada por la cálida pedrería de las estufas. Alzo los puños vengativos, como á una señal de odio, pero.... el piano derrama lejanas armonías, juguetonas y burlescas.

Y, al paso, inclinado por el peso de mi cruz, continúo mi camino; mi calvario

Y lejos, cansado, mis manos febriles, tocaron la baranda del puente del río... Corría el agua dispersándose en espesos oleajes, produciendo el ronco són de extraños clarines de batalla.

Parecían «hosannas» de titanes ignorados, en legiones innúmeras, lejanas, terriblemente vengadoras, sublimes y heroicas.. ..

Oh! así, como esas lejiones innúmeras de titanes gloriosos que estiman el vítor ronco de la victoria, asi vendrá también la lejión inmensa de los Prometeos que romperán las cadenas oprobiosas alzando arriba, como un rojo símbolo, sus músculos cubiertos de heridas, como con rosas sangrientas!

¡Cómo caerían las pelucas blancas y como desgarraríanse las túnicas de las falsas vestales!

La muchedumbre febril, lanzando chispas por sus pupilas rencorosas, formando como un tempestuoso mar de cabelleras, derribando con su solo empuje esta vestuta pirámide, esta ignominiosa Bastilla de la desigualdad social!

Y las aguas siempre roncas, parecían cantar las salmodias de la venganza con los clarines de sus olas tempestuosas, chocando - como un desfloramiento de perlas — contra las rocas del dique bamboleante...

Aquellas aguas, ya quietas, ya soberbias, como un torbellino de voluptuosa desolación, parecían llamarme á consumir los instantes últimos de mi vida sin horizontes, sin estrellas, en un fondo de inexplicable grandeza.

La niebla se despejaba ya. El Santiago dormido, perezoso, se sumía en una diáfana claridad. El suelo, húmedo y brillante, semejaba una inmensa placa de extraño cristal negro

De lejos, venían los ecos de un organillo callejero, como un lamento de ultratumba.. .

Dios mío! - pensé —; Que sensaciones tiene el espíritu! - Pensar en morir cuando aun no empieza la batalla!.

Y me encaminé á mi boharda, silencioso, sombrío, pensando en el pasaje dantesco de la Vida.

Ya en mi cuarto, las violetas trajéronme en sus efluvios ráfagas de amorosa armonía.

Las blancas esquelas brillaban sobre mi mesa, como pétalos de albas camelias desflocadas por una tempestad.

LUIS ROBERTO BOZA

Santiago de Chile.

Moral y Arte

A *Miguel Luis Rocuant.*

Para Apolo.

El arte no moraliza, ni tiene la intención de moralizar.

Si se halla en los grandes maestros una poderosa virtud moralizadora, no es precisamente porque ellos hayan querido moralizar, sino porque sus almas, profundamente dominadas por la moral de su época, al difundirse en obras, tenían que mostrarse por completo.

Nada hay más ridículo que los artistas moralistas (frecuentemente estos incomparables ridículos no merecen el sagrado apelativo de artistas). Se puede leer la historia del arte, desde los primeros tiempos hasta hoy, y se encontrará que los geniales no han tenido nunca la enorme pretensión de hacer más buenos á los hombres. Todos los que han tenido esa pretensión ridícula (no me cansaré nunca de llamarla así) y deplorable, han fracasado y la posteridad se ha burlado de ellos con una estrepitosa carcajada cruel.

El arte y la moral marchan por muy distintos senderos. Si alguna vez suelen marchar de brazo por un mismo ancho camino, es porque el azar, ese gran maligno sonriente, así lo quiere. El arte es eterno. La moral varía con los tiempos y, aun en un mismo tiempo, es distinta en cada país y en cada raza. El arte es inmutable; las diversas escuelas no son sino diversas manifestaciones de arte; donde quiera que hay belleza hay arte, cualquiera que sea el modo de realizarla; porque el arte no es más que la realización de la belleza por el noble esfuerzo humano. (Sin este esfuerzo puede haber belleza, pero no arte. La naturaleza, aunque es bella no es artística). El arte es complejo y múltiple como las almas, como la vida. La moral se daña al tocarla; y no porque sea una cosa más delicada que el arte sino porque es algo más convencional. Lo que es bello ahora, es bello siempre. En tanto que lo que hoy es una acción virtuosa, puede ser mañana un delito. No hay virtudes eternas. La fórmula ética que ha de regir eternamente las relaciones entre los

PEDRO SONDERÉGER

hombres no ha sido encontrada todavía. Los hombres, á medida que ampliamos nuestro criterio, á medida que nos hacemos mejores — y superarnos constantemente es la más vigorosa tendencia de nuestros espíritus, — vamos modificando nuestra opinión sobre las cosas.

El arte, repito, no quiere moralizar; su fin es muy distinto. Su fin primero es hacer agradable la vida, derramar sus rosas de dicha sobre nuestras cabezas torturadas. Dije que este es su primero y agregaré que es su fin único. El arte quiere divertir antes que todo, sobre todo y después de todo. El arte es alegría.

PEDRO SONDERÉGER.

Chile, 1906.



Canción augusta

Para APOLO.

Á Salomé.

En tu imperial, magnífica autocracia
bajo el áureo esplendor de tus plafones,
en tu dorado ideal de aristocracia,
no impedirán que mi rebelde Acracia,
enlace mi inicial con tus blasones.

—

Lirio, santa azucena, hostia, estrella,
lo más blanco, lo más blanco que existe,
mujer de alma locamente bella,
deja que llore sobre ti y sobre ella
el poema viril de mi alma triste.

—

Escucha esa canción. Es una hermana
de mis grandes dolores carmesíes,
que llega hasta tu alcoba de sultana,
como un serenata musulmana
llorando una agonía de zegríes.....

—

Flor nívea, flor de luz, flor de alabastro,
darte una alma genial fuera lo mismo,
que dar huellas perennes á mi rastro,
calor al hielo, sahumerio al astro,
y corazón magnífico al abismo.

Tú no puedes vivir sino como una
antigua imagen de Afrodita y Palas,
resplandeciendo en un claro de luna...
deja que bese así tu crencha bruna
y abra, después, sobre tu sien mis alas.

—

Oh mujer imperial que altiva pasas
ofendiendo mi orgullo con tus rasos;
carne sangrienta que temblando abrasas,
caigan mis versos sobre ti hechos brasas,
como flores de luz tras de tus pasos!

—

Trocaré por tus dijes mis cantares,
pondré en tu escorzo de alabastro fino,
la pompa de mis cánticos solares,
y la gloria de artísticos collares
traídos de mis grutas de Aladino...

—

Oh Augusta! Trovaré para que rías
la canción de mis sueños imperiales,
y rezaré tus santas letanías,
cuando viertan mi sangre tus gumías,
y degüellen mis versos tus puñales!..

—

No hay abismos que impidan que se abracen
mis lacayos de amor con tus vasallos,
hay un puente de ósculos: que pasen,
y nuestras voces juntas acompasen,
esa danza de esclavos y lacayos!

—

Ven... y que tus monárquicos delirios
impedirme no puedan que te quiera
aureolada de trágicos martirios.
—Sobre tu carne blanca hecha de lirios
crepusculizaré la Primavera!

JUAN JULIÁN LASTRA.

Buenos Aires.

Alma luz

Para Apolo.

Para Amalia Gómez

Hacia el ara del templo donde oficia
el ángel del amor
con su ofrenda acercóse una criatura
de rostro encantador.

Dos palomas, al verla, se agitaron
con extraña emoción,
es que alegre, la niña, como ofrenda,
llevaba su inocente corazón.

El incienso y la mirra perfumaron
aquel templo inmortal
al surgir la cadencia seductora
de una marcha nupcial

Se adormeció la niña y en sus labios
jugueteaban sonrisas de placer;
¿soñaba?—sí!—con ángeles del cielo!
¡soñar así, qué hermoso debe ser!

Luis Martínez Marcos.

Santa Fé.



Alfredo de Musset

De Pérez y Curis

Al pueblo ante el vidente

Otra vez en la arena. Ya se ha erguido
Mi sáxeo numen y me siento Harmodio;
El dolor de la gleba y el olvido
De los que sufren tanto han encendido
Mi verbo indócil de soberbia y odio.

Al gemir de las razas que se agitan
Avidas todas de piedad, levanto
La testa irreverente: aquí palpitan
Los rebeldes y allá las que se ahitan
Almas humildes de congoja y llanto.

Sobre los pueblos oprimidos pasa
Una nube de duelo hecha girones,
Y un viento extraño cuyo soplo abrasa
Los dolientes espíritus, arrasa
El florón de los grandes corazones.

Y triunfan los rebeldes. Ningún yugo
Puede hacer quebrantar en su garganta
La epopeya inmortal de Victor Hugo
Porque luchan con fe contra el verdugo
De todo el orbe que agoniza y canta.

Canta la imprecación de los que gimen
De la gleba en la Vía-Scelérata.
Y de la muerte en el obscuro limen;
Canta la Libertad, y asoma el crimen
Su hiperbólica faz que se dilata.

¡Oh, pueblo rojo! Levantad la frente,
Vuestro es el triunfo á trueque del cilicio;
¿Veis á aquél? Es el Verbo, es el Vidente,
El que le grita al bárbaro: ¡detente!
Y el que apura la hiel del sacrificio.

¡Oh, pueblo! Vuestra mísera coyunda
Quedará en trizas al primer embate,
Cuando en la arena sus talones hunda
Aquel verbo de luz de la errabunda
Muchedumbre. ¡Id con él hacia el combate!

En un cielo de sangre los histriones
Son los buitres que esperan la caída
Del corazón de vuestras rebeliones;
Tremolad vuestros rojos gonfalones,
Llevad, oh pueblo, la cabeza erguida.

El combate es un eco de la vida
Y la vida es un himno de pasiones.

Yo también, yo también voy agitando
El sangriento oriflama de mis sueños
Mientras miro pasar al miserando
Paria del arrabal; yo también ando
Por entre zarzas que parecen leños.

En mi senda de espinas alfombrada
No derraman los astros sus fulgores;
Fosca como una mar atormentada
Del invierno en la tarde abandonada,
Así es mi senda que jamás dio flores.

Hijos del arrabal triste y silente:
Sois mis hermanos en la lucha-idea;
Yo me plego á vosotros, y mi frente
Sangrando está como una rosa ardiente
Cuando luz meridiana la caldea.

Yo me plego á vosotros y prosigo
Mi inquietante labor de solitario;
Hijos del arrabal: venid conmigo;
Yo soy el proletario

Paisaje

(Oleo de D. Bazzurro).

Hay sauces á la vera de aquel paisaje,
Y una morada humilde como una ermita;
Sobre la tierra de ocre finge el boscaje
Palios de boj y arcadas de malaquita.

El sendero serpea donde el follaje
Proyectando penumbras se precipita,
Y un parral á manera de vasto encaje
Al frente de la humilde mansión se agita.

Son las cimas del cielo de azul oriente
Sutilizado y frágil y transparente;
Habla de las unciones primaverales

La ramazón que esfuma la lejanía,
Y en el ambiente pleno de oros astrales
Ríe y palpita el alma de Andalucía.

Elegía breve

I

Jamás romperé el encanto
De tus pasiones tardías;
Yo sé de las elegías
Desde que tus gracias canto;

Desde que abrió tu quebranto
Las ocultas llagas mías,
Y llorando me decías:
¿Por qué te haces querer tanto?

¡Oh, mi amada! Tu tristeza
Como un retoño gallardo
A desenvolverse empieza.

Si en ti mi pasión subsiste
Te quiero así, tierna y triste,
Taciturna como un bardo.

II

Ya sabes: yo soy un paria
Y á ti fatigado vengo;
Es el dolor mi abolengo
Y tú eres mi luminaria.

Dulce alondra solitaria,
Cuando trisas me detengo;
Yo he sufrido mucho y tengo
Mi lauro en una plegaria.

¿Quieres compartir conmigo
Tu desnudez y tu abrigo,
Verdad? Yo quiero que juntes

Al mío tu amargo llanto,
Pero nunca me preguntes:
¿Por qué te haces querer tanto?

Extasis

El enflorado patio simula una glorieta
Suntuosa; sus fragancias invaden el zaguán
Y tremen las begonias su púrpura coqueta
Cabe los heliotropos que floreciendo están.

Parejas de canarios musitan su indiscreta
Pasión bajo las luces que vienen y se van,
Y hablo á mi Bien-Amada que permanece inquieta:
Tu labio es una rosa febril de Gulistán.

Silencian nuestras almas la erótica y divina
Reminiscencia de otro querer; el sol declina
Fastuoso como un mago de Ispahán ó de Estambul,

Y extática, la virgen, acrece mis delirios
Mirando como mueren en un jarrón tres lirios
Que se alzan en corimbo como una hortensia azul.

El clavel

I

En un vaso de Alhambra transparente,
Cabe una fresca margarita odora,
Abrió el albo clavel... Era la hora
De mi eximia neurosis de vidente.

Tembló sobre mi sien convaleciente
Mi fatigada mano, y la dolora
Leve y gris de mi psiquis soñadora
Harmonizó mi ensueño, tristemente.

Y pensé en ti, paloma de holocausto,
Las ojeras hondísimas; exhausto
El corazón; y el alma taciturna;

Y madrigalicé tu genio arpado,
Magüer que, para mí, yace encerrado
Tu corazón divino en una ürna.

II

Llorando á solas levanté la testa;
Miré el clavel tremante todavía;
Me acerqué, y sobre su corola fría
Puse los labios con cariño.—Es ésta

Su ofrenda—dije—y la corola enhiesta
Como tu núbil seno, amada mía,
Me brindó toda, toda la ambrosía
De una mujer desnuda en la floresta.

Y abrí la puerta de mi alcoba; el viento
Acarició, como mi boca, el fausto
Del ungido clavel; lancé un lamento,

Y creí, que una dama taciturna:
Ananké, me ofrecía en holocausto
Tu corazón abierto en una ürna.

Pérez y Curis.

De "Geometría Moral" (1)

FRAGMENTO

. . . .

Si preguntamos qué cosa influye más favorablemente en las mujeres respecto de nosotros, no podremos sentar una regla general sin exponernos á un error grosero. El vulgo suele llamar destino esas conexiones misteriosas que aproximan dos almas por vías no conocidas y las unen con los lazos del amor; y el destino, cabalmente, es divinidad oculta que obra según una ley secreta, y cumple sus fines señalados en la órbita de la creación. El destino no es el genio del vulgo; es, al contrario, el símbolo de la filosofía, que ejerce su poder con voluntad incontrastable, con mano irresistible, disfrazado de sombra, ó más bien de una nada que no está sujeta á la vista, al tacto ni al oído. Esclavos del destino, su intención es ley para nosotros: severas sus órdenes, y las cumplimos; dura su voluntad, y no hay resistencia. Destino es hecho consumado, contra el cual ni protestamos ni nos rebelamos Destino es providencia; destino es orden de Dios, y todo está dicho.

« Será mi destino », responde la niña apasionada, cuando su madre pone en su conocimiento la justa pretensión del que la adora; « será mi destino »; y baja los ojos, confundida en delicada vergüenza. El destino está aquí supliendo al puro, dulce « sí: » el « sí », encarnación del amor, en cuyas entrañas circunscritas viene apiñada una vida entera, esto es, felicidad ó desgracia de muchos años. El «sí» es un resumen temible. « Hágase el mundo», dijo el Creador, y el mundo fué hecho: «Si , responde una mujer, y su mundo está hecho: si bueno ó malo, si bañado en luz, ó revuelto en tinieblas, no lo sabe todavía. El «sí» es el destino y, cosa rara, el destino, que es ley ciega, inexorable, brota de la punta de la lengua mediante la voluntad bien consultada. «Será mi destino», dice la novia para dar á entender que se somete á una orden de la Providencia; y ella misma, en plena posesión de su juicio y su albedrío, ha formado su destino con una palabra de dos letras.

« Fué mi destino, exclama entre sollozos la esposa desgraciada; esto es, dije « sí », y me condené á las lágrimas; dije sí », y acepté maltratos, desprecios, insultos de parte de un hombre necio y grosero . dije « sí », y no me aterraron engaños,

(1) Ofrecemos á nuestros lectores un fragmento de la obra póstuma del ilustre escritor ecuatoriano Juan Montalvo. Dicha obra, además de ser interesantísima, es casi desconocida aquí. Por eso se leerá con agrado. N. de la R.

deslealtades, ausencias inicuas de un libertino; dije «sí», y no eché de ver el rostro sangriento de los celos, que con mirada agresiva me estaba amenazando; dije «sí», y no me retrajo el hombre con su semblante descarnado; dije «sí» y me veo sin fuerza debajo de este ado rado peso de hijos perdidos, de hijas sin esperanza.» El «sí» le trajo en su seno diminuto á esa pobre mujer el mundo de padecimientos y dolores que no podrá echar á un lado, por más que se enderece y arroje gritos lastimeros. Fué su destino: la esencia del destino es matar, siendo contrario; dar vida y alegría, siendo propicio.

Esa muchachita cuyas mejillas están ardiendo en malicia de serafines, malicia que no es sino la inocencia apasionada; cuyos ojos son el prisma donde se están reflejando los triunfos y las felicidades del tiempo venidero; cuyos labios sirven de instrumento á la música del cielo, pues no es otra cosa que música del cielo el armonioso guirigay de una niña pura y tierna, música sin mesura, pero grata al oído; esos brazos descubiertos, cilíndricos, blancos, donde la gordura reposa sin pecado; esa manecita que parece pinza viva de tomar flores del Paraíso; esa cabellera derramada por sobre los hombros en tirabuzones de oro; esos anillos de su propio pelo que le adornan la frente como rubias estrellas; esa garganta que semeja el torno encantado en el cual se han de labrar en otro tiempo los más expresivos y deliciosos suspiros; ese pecho donde la carne humana se está desarrollando al influjo de la voluptuosidad futura; esa pierna, gorda sin peligro, desnuda sin impudicia, á cuyo extremo el piececito, bien calzado, huella en gracioso menudeo los picaruelos genios del amor, que van saltando alegres y siguiéndole; ese como ente divino, paloma en configuración humana, espíritu de Dios puesto á la vista en pura carne; ese extracto delicado de inteligencia y amor, fruto ha sido del fecundo «sí».

El sabio, el poeta, el héroe, todos le deben la vida al «sí»; al «sí» le debe el mundo sus héroes, sus poetas y sus sabios. El «no» es el reino de la nada, abismo que se está tragando esa gran parte del género humano que deja de nacer por falta de voluntad. El «no» es la muerte, vacío mezquino; la luz no halla elemento en sus espacios; ausencia egoísta, no contiene simiente de ningún linaje. El «sí» es vida, fuerza, poder; es el universo iluminado por la misericordia del Todopoderoso, que gira eternamente en la órbita de lo infinito, obedeciendo á la voluntad soberana, que es el inmenso «sí», figura del Creador. El sol es un «sí» resplandeciente; esa estrellita que está pestañeando en un descampado de la bóveda celeste, visible apenas, á causa de los millones de leguas que la separan de nosotros, es un «sí» remoto, confuso, pero grato á los oídos del espíritu; suspiro ahogado en un océano de alegría, ay! de felicidad incomprensible, suena y silencia, de modo que la oye y no la imaginación del filósofo que la contempla á porfía, rompiendo con la vista y el pensamiento las inmensidades que se dilatan alrededor, en círculo al cual no hay diámetro que alcance. Multiplicador sublime, el «sí» es origen y fuente de todo cuanto existe; el amor es un «sí» incrustado en el corazón; el placer es un «sí» echado al mundo en forma de atrevimiento; el deseo es el «sí» que sube á Dios y le alegra, en siendo legítimo y puro; cae, y se convierte en demonio, como el ángel maldito, en siendo bajo y sin fuero. «No», genio tenebroso, agente de la desesperación, yo te maldigo.

El *sí* es la línea recta de la Geometría Moral; de un punto á otro se va sin que nadie la contenga ni la entorte. Diámetro del universo, le sirve al propio tiempo de eje, sobre el cual está girando y consumando las operaciones que, en forma de leyes naturales, son la voluntad cumplida del Altísimo. El *sí* va rectamente de un amante al otro, pa-

sando sin torcedura por el sagrado tropezón que llamamos matrimonio. El *sí* de la madre es alegría para la hija; á los ruegos empapados en lágrimas de la una, la otra responde un *sí* endulzado con inefable sonrisa; á la pretensión del joven, pretensión tanto cuanto atrevida, el viejo consiente en un ligero menoscabo de sus derechos, é iluminando su fosca sonrisa con un destello de amor, profiere el *sí*, fuente de gozo. Entre el hijo y el padre, la hija y la madre, hay una línea recta que, entrándose por sus extremos en los corazones, une las almas y reduce á una persona moral los dos cuerpos distintos; el *sí* es un dios propicio, en cuyo alegre pecho hierve una luz de mil colores. El *no*... Animal ciego, *no*, pesado topo, tú no vives; sin luz no hay vida, y tú eres la noche del lenguaje humano, discordancia mezquina de voluntades. El *no* es una curva llena de quiebros; por esta línea fementida no podemos salir á ninguna parte. Cuando, á pesar suyo, nos metemos por sus dominios, todo es obscuro y cerrado. La ignorancia es un *no* rústico; la avaricia, un *no* sórdido vestido de andrajos. El hambre misma es negación desesperada; y la muerte, un *no* espantoso que ciega y aturde al mundo con su obscuridad y su silencio

. . . .

JUAN MONTALVO.

La Paleta

á Julio Herrera y Reissig.

Para APOLO.

Dios le ha dado su forma peregrina
y la esmaltan de espléndidos colores
iris bellos, crepúsculos y albores:
todo lo que los cielos ilumina.

Ya pide al rosicler su gama fina;
ya finge un cráter de encendidas flores;
ya para los artísticos primores
sombras y luces con amor combina.

Ya invita á los románticos pinceles
del color con la nota más brillante;
ya le da la pasión tonos crueles...

Por eso, toda azul es la mañana;
fúlgida y áurea la ilusión triunfante;
roja ó sombría la pasión humana.

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

Santa Fe.

Los Sátiros

Para Apolo.

I

Entre el follaje verde, cerca de una laguna,
Brincan los viejos faunos morenos y robustos;
Cogen las flores tiernas, coleópteros y arbustos
Y, voluptuosamente, duermen bajo la Luna.

—

Sileno, Mársyas, Hermes y el romanesco Pan,
— Todos los cabri-hombres de la mitología —
Viven entre la fronda de la campiña umbría
Cual perros inconscientes, engendros de Satán.

—

Sus bucólicos ritos y danzas besti-humanas
Convocan á las ninfas de carnes generosas,
Y mondan, coronados de racimos y rosas,
Del Eden primitivo las cárdenas manzanas.

—

Las ninfas poco á poco les han perdido el miedo
Y festejan los brincos de sus patas velludas;
Ellos las ven, sombríos; ellas se acercan, mudas,
Magníficas de audacia—pobres ingenuas!—quedo...

II

Verlaine, el de las «fiestas galantes», el esteta
De cuerpo hecho girones y espíritu exquisito,
Fué felice cual fauno, fué felice y maldito,
Y triste, horriblemente..., triste como poeta.

—

Sus satíricos raptos y su pérfida audacia
Compensaron mil noches largas y dolorosas:
Le fué amarga la Vida, pero las frescas rosas
Un pétalo tuvieron para cada desgracia.

—

Verlaine, el gran poeta de PARIS, pobre viejo
Lastimado en su carne lamentable y salvaje
Se embriagó de deleites, tendido en el boscaje,
Y era feliz de fauno, feliz como un conejo.

III

Me repugnan los faunos, símbolos de impudicia,
Escarnio del poeta, del amor, roña humana;

Pero la vida, hermanos, la vida cuotidiana
Es ebria de pesares, de vicio, de injusticia;

—

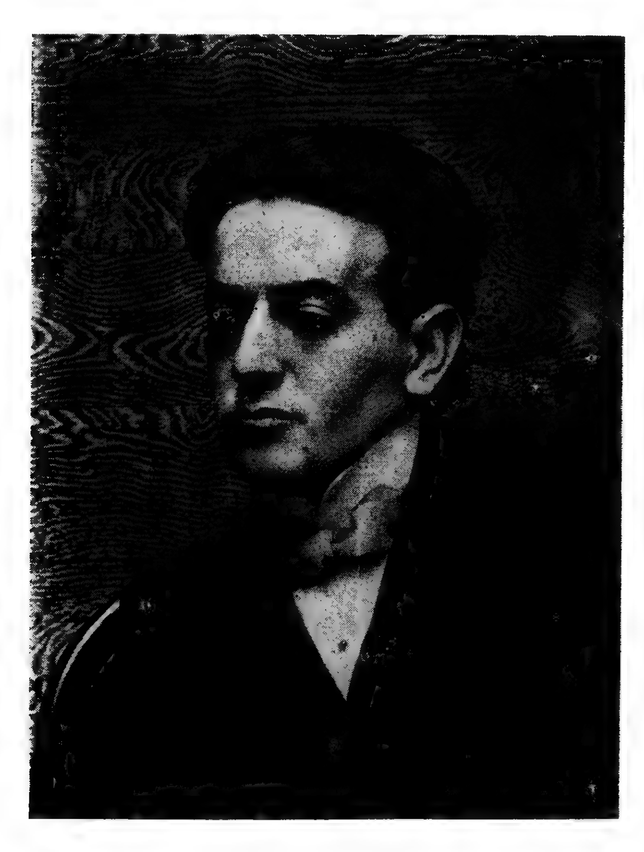
Y perdonar debemos los blancos trovadores
Que aspiramos las raras esencias exquisitas
A esos monstruos eternos que ríen nuestras cuitas
Y nos roban el polen de las fragantes flores.

—

Ellos son los felices. Sólo vive la bestia
En sus cuerpos tostados, morenos y robustos;
Se alimentan de yerbas, coleópteros y arbustos
Y son con las mujeres de una rara modestia.

Pablo Minelli González.

Buenos Aires, 1907.



I. Rodríguez Martín

El sadismo y el masoquismo

En tanto que en el hombre es posible señalar una tendencia á causar dolor, ó á gozar ante el simulacro del dolor en la mujer que ama, aun es más fácil comprobar en el sexo débil cierto goce cuando existe el mal trato por parte del amante, y una disposición á someterse al capricho del hombre. Semejante tendencia es perfectamente normal. Abandonarse al amante, poder confiar en sus fuerzas físicas ó en sus recursos imaginativos, perder la personalidad y la voluntad en beneficio del ser amado, sentirse deliciosamente sobyugada al más fuerte, todo esto constituye la aspiración corriente de toda muchacha, y el tema sobre que se bordan sus sueños de amor.

En aquellas edades en que se vivía más libremente, cuando las emociones eran expresadas sin velos pudorosos, podíase descubrir con mayor facilidad ese impulso. Por ejemplo, en el siglo VIII, la poetisa francesa María de de Francia, mujer de sentimientos delicados y cuyas obras eran patrimonio de las más altas clases sociales, calificaba de hombre perfecto, inteligente y cortés á cierto caballero que había forzado á una dama cuyos favores venía persiguiendo en vano. Añadía la poetisa que el violador había conquistado por ese procedimiento el cariño de la dama violentada.

Otro ejemplo de la fascinación que ejerce la fuerza sobre la mujer, nos la ofrecen las salvajes bellezas de Nueva Caledonia, quienes hacen todo lo posible para determinar las violencias de sus galanteadores.

En «La gitana española», de Middleton, encontramos una nueva demostración de lo dicho anteriormente, y el caso de la violada que ama luego á su forzador constituye un episodio de cierta novela ejemplar de Cervantes.

Fácil es hallar en literatura otros ejemplos de la expresada tendencia, aunque algo más atenuados. Shakespeare, á cuyo espíritu de observación ha escapado muy poco, y que, por caso raro, describió contadas veces la pasión amorosa de la mujer madura, pone en boca de Cleopatra la frase siguiente: «El abrazo de la muerte es como el pellizco de un amante. Tanto hace padecer uno como el otro, pero ambos son apetecidos».

Contemplando una señora el cuadro de Rubens «El rapto de las Sabinas», exclamó: «Sin duda á aquellas mujeres les debió gustar mucho ser así robadas». Esto demuestra que semejante método de hacer el amor no chocaba con los sentimientos de la admiradora del cuadro. Y aun es probable que la mayoría de las mujeres se hicieran solidarias de la referida observación.

Pudiera arg¨irse que el dolor no puede dar nunca placer, y que cuando lo que llamamos dolor es experimenta como placer, no debe considerarse cual un sufrimiento. A esto diré que el estado emocional es frecuentemente algo complejo. Ocure, además,que las mujsres no coinciden, ni mucho menos, en la exposición de sus sentimientos.

Es digno de notar, sin embargo,

que aun cuando sea negado el deleite del dolor amatorio, aun hay quién admite que en determinadas circustancias el sufrimiento ó la idea del sufrimiento resultan placenteros.

Una señora me ha escrito á este propósito lo que á continuación transcribo:

«Respecto al dolor físico, no niego que en teoría sea atractivo, excitante si se quiere. Pero la realidad es cosa muy distinta, á mi juicio. Yo puedo decir que el dolor más insignificante anula en mí el placer de un modo radical. Esto lo experimenté durante un mes seguido después de casarme y continúo experimentándolo Siempre que el placer ha ido asociado con el dolor, he gozado muy poco.

Admito que cuando hay carencia de sensibilidad, hasta el punto de que el dulce beso ó la suave caricia no producen goce, puedan desearse procedimientos amatorios, más brutales. Más, en tales casos, lo que constituiría valor para una persona sensible, para la que no lo es resnltará una excitación placentera, no debiendo inferirse de ello que tales individuos groseros amen al dolor, aunque así lo parezca. No puedo creer que nadie goce con lo que le hace sufrir, á menos que ello sirva para distraer la atención. Declaro no haber oído decir jamás á ninguna de mis amigas que les gustaba que las hicieran sufrir.

En lo que no cabe duda es en la tendencia casi general de los hombres á causar dolor Tan solo he tratado á uno ajeno á ella. Al mismo tiempo es curioso observar que á la mayoría de los hombres les repugne poner en práctica sus ideas en la materia. He oído decir á un amigo de mi marido que su mayor placer consiste en imaginar escenas de dolor femenino, á pesar de lo cuál le es imposible pegar ni hacer sufrir á ninguna mujer, aun cuando éstas le inciten á maltratarlas

Ocúrreseme pensar á este propósito, que quizá se toma la inclinación de la mujer á someterse al dolor por placer efectivo. Yo insisto en que si aman las mujeres la idea del sufrimiento, obedece á que ese sufrimiento implica la sujeción al hombre, derivado del hecho de que el placer físico ha de ser necesariamente precedido de la sumisión de la voluntad femenina á la masculina»

La misma comunicante me decía en otra carta de fecha posterior, ampliando y modificando un poco sus primitivas declaraciones:

«No creo del todo exacto lo expuesto á ustedes en otra ocasión El dolor efectivo no me produce goce, y en cambio la idea de sufrimiento me hace disfrutar, si este padecer es infligido por vía de corrección y para bien de la persona que lo experimenta. Esta condición es esencial. Por ejemplo: una vez leía yo un poema de diablos y condenados. Estos decían que sólo se recibían buenos cuando experimentaban las torturas infernales, debido á que, mientras sufrían la acción purificadora de las llamas, reconocían la belleza de la santidad. Entonces se resignaban gustosos á su sufrir y bendecían al Señor por lo justo de su sentencia.

Pues bien; ese poema me produjo un verdadero goce físico, y, sin embargo, yo sé que, de haber metido la mano en el fuego durante cinco minutos, hubiese experimentado el dolor de la quemadura.

Para conseguir la remoción de placer me veo obligada, por ahora, á volver á mis antiguas creencias religiosas y á admitir que el mero sufrimiento tiene una influencia elevadora. Sí; las emociones pueden ser grandemente modificadas por las creencias.

Cuando yo tenía quince años inventé un juego, muy del agrado de una hermanita mía, consistente en suponernos ambas sometidas á un proceso de disciplina y preparación, con objeto de ganar la gloria eterna. Tanto una como otra nos considerábamos ya muertas é ibamos pasando sucesivamente bajo la tutela de diferentes ángeles, denominados con arreglo á

las virtudes que estaban llamados á inculcar. El último de los ángeles era el del Amor, quien gobernaba solamente por razón de la cualidad cuyo nombre llevaba

En los grados inferiores éramos dirigidas por un ángel llamado Severidad, el que nos preparaba, por medio de prácticas austeras y con sujeción á mandatos arbitrarios, á la consecución de las virtudes más excelsas. Consistían nuestros deberes en vigilar el tiempo, en pintar la salida y la puesta del sol, etc., ejercitándonos en la paciencia y sumisión mediante trabajos ininterrumpidos.

Producíanos placer físico inventar y contarnos mutuamente las penalidades del día, aunque nos guardábamos bien de confesar ese goce Que mi hermana lo experimentaba, probábalo el gusto con que aceptaba el juego y la afición que fué cobrándole

Yo disfrutaba mucho imaginando ver el ángel é infligiendo el dolor con arreglo á las condiciones antedichas

Hoy me ocurre sentir goce fingiéndome que soy un hombre y que impongo á una mujer severas medidas para educarla.

En resumen: me hace disfrutar el pensamiento de una mujer sometiéndose al dolor y á las penalidades impuestas por el hombre que ama, siempre que se llenen las siguientes condiciones: 1.ª La mujer debe estar segura en absoluto del amor del hombre. 2.ª La mujer debe tener plena confianza en el juicio del hombre 3.ª El dolor debe ser infligido deliberadamente, no de un modo accidental. 4.ª El sufrimiento ha de ser producido amablemente y para mejorar á la mujer, no por virtud de la ira ó con el propósito vengativo, pues en este caso quedaría destruído el ideal que la mujer tiene del hombre. 5.ª El dolor no debe ser excesivo, sino lo que se llama «dolor de niño»; no estará, pues, vulgarmente determinado por heridas, mutilaciones, etc. 6.ª La mujer debe estar segura de su influencia sobre el hombre. Esto por lo que respecta á la teoría.

Añadiré ahora que como la combinación de todas esas condiciones jamás me ha producido dolor, no puedo asegurar si experimentaría placer infligiéndome un sufrimiento real»

Otra comunicante se expresa así:

«Convengo en que la idea del sufrimiento puede ser placentera, siempre que vaya asociada con un pensamiento utilitario. Por experiencia propia declaro que *eso* (el coito) resulta molesto en los primeros momentos, aunque luego me sea fácil y agradable. El daño inicial no tiene, en verdad, nada de terrible. Así y todo, es fastidioso, si sólo es seguido de unos minutos de placer, de un placer, después de todo, bien efímero No sé lo que le ocurrirá á las demás mujeres. De mí sé decir que, para gozar, necesito que ello se prolongue bastante tiempo.

En cuanto á si me gusta sufrir, confieso que no, si bien tolero perfectamente el dolor de cualquier clase que sea. Me seducen la virilidad y la fuerza, porque á mí, como á todas las hembras, nos tocan ser pasivas en amor. No me ha sido posible comprobar si el dolor mata inmediatamente al placer.»

Para terminar, una señora me asegura, acerca de este punto, que goza imaginándose sufrimientos, pero que de haber sido ellos reales, no hubiese disfrutado

De todo lo expuesto puede deducirse que, con mayor ó menor fuerza, la idea ó la realidad del sufrimiento en las emociones sexuales son admitidas por la mujer, con tal que ese elemento de dolor sea pequeño y subordinado al placer subsiguiente A menos que el coito sea un placer fundamental, el elemento de dolor habría de ser necesariamente sufrimiento no aplacado, por lo que no se debe considerar normal el deseo de sufrimiento divorciado de un mayor goce subsiguiente.

HAVELOCK ELLIS.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Mirim (Rapsodia Romántica), por Federico Giraldi Montevideo Hemos recibido esta nueva obra lujosamente editada por los reputados talleres « El Arte », de O. M. Bertani.

Es un hermoso poemita escrito en versos vividos é impregnados de una gracia y una fluidez maravillosas. Federico Giraldi no parece un iniciado en los rituales del Arte El giro breve y alado de su estrofa



Sergio Medina

modernizada, llena de imágenes regias que hacen pensar en un orfebre del verso, pulcro y sensible, el ritmo, y, la estructura misma de sus versos, poseídos de un alma armónica que llora y sueña evitando tergiversar su modalidad íntima, hablan con mucha elocuencia de un poeta de alto vuelo que esquiva todas las rutas ya recorridas por los soñadores de hoy. « Mirim » es de los pocos libros que en otro ambiente bastarían para consagrar á un poeta. Hay en él mucho arte y mucho sentimiento. El endecasílabo, el verso armonioso por excelencia, aparece allí dulce, flexible y vigoroso á la vez. Pero, lo que más debe admirarse en el poemita de Giraldi, es esa comunión de la forma y de la esencia de la estrofa. La una es el complemento de la otra. He ahí la verdadera labor del poeta moderno

Felicitamos al nuevo poeta y agradecemos el ejemplar que se nos ha enviado.

Desde los Andes, por

Lisímaco Chavarría. — San José de Costa Rica. — Es una hermosa colección de poesías seleccionadas escritas con sumo gusto y llenas de pensamientos originales Lisímaco Chavarria maneja todas las formas con una sencillez y una serenidad admirables; no es el bardo monocorde que canta siempre dentro de uno sola forma; es un poeta complejo.

La poesía «El. Arte», favorecida con el primer premio en un certámen literario propuesto por el «Club Costa Rica», es, á todas luces, hermosa. Lo mismo decimos de «Los bueyes tardes», «El Sol», y de la serie titulada «Perlas grises».

Nuestras felicitaciones al poeta, y con ellas, nuestro agradecimiento por el ejemplar que nos ha enviado.

Vargas Vila

Este ilustre escritor y querido amigo nos ha enviado recientemente desde su residencia actual en «Villa Ibis» (Málaga), su último retrato, con el que ornamos una de nuestras páginas.

Pérez y Curis agradece intimamente al exquisito autor de «Ibis» su magnífico obsequio, así como la dedicatoria concebida en términos altamente cariñosos.

Nuestro éxito

Ha sido completo. De todas partes nos han llegado colaboraciones firmadas por escritores de fibra. Apolo agradece esos envíos.

A última hora hemos recibido fotografías y originales de Villaespesa, Valle-Inclán, Isaac Muñoz, Juan R. Jiménez, Alfredo Blanco, Juan Pujol, Alfredo Gómez Jaime, Julio Florez, Fernando Fortún, Leonardo Sherif y otros, que publicaremos en los próximos números por estar éste completo.

¿Què dirán ahora los detractores de Apolo? ¿Se abre paso ó no?



Una coincidencia

En mi poesía «El Aguila» publicada en el almanaque Germen de 1908, hay una estrofa que tiene un gran parecido con otra de «La Atlántida» del poeta Olegario Andrade. Ante todo, debo declarar que jamás he leído á aquel poeta; que sé de su vuelo altísimo por reflejo de algunos escritores que lo han juzgado; y que, si no fuera por un amigo íntimo, tal coincidencia, que mucho me enorgullece, hubiera pasado desapercibida para mí.

Dice Olegario Andrade:

«...Y las negras pirámides distantes
Que á la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes».

Digo yo:

«¡Esos Andes! ¡Pirámides extrañas!
Que con su larga fila de montañas,
Sus cerros y volcanes,
Simulan ser, cuando la tarde cierra,
Gigantes carpas del vivac de guerra
De un ejército enorme de titanes».

Como se vé la idea es la misma. Por eso, y porque yo desconozco la obra del cantor de «La Atlántida», me enorgullezco, y como única justificación, dejo aquí constancia de la coincidencia señalada.

Ovidio Fernández Ríos.

Libros y folletos enviados por sus autores al Director de «Apolo» durante los años de 1906 y 1907

De la Argentina

ATALIVA HERRERA: «Mis Noches» — Córdoba.

ALBERTO GHIRALDO: «Carne Doliente» — Buenos Aires.

SUX Y CHILOTEGUI: «De luz y de hierro» — Buenos Aires.

ALEJANDRO SUX: «De mi yunque» — Buenos Aires.

J. MARTÍN BERNAL: «Pensamientos» — Buenos Aires.

MANUEL GÁLVEZ: «El enigma interior» — Buenos Aires.

ENRIQUE J. BANCHS: «Las Barcas» — Buenos Aires.

De Bolivia

E. DIEZ DE MEDINA: «Bagatelas» — La Paz.

ROSENDO VILLALOBOS: «Hacia el olvido» — La Paz.

De Colombia

A. LEÓN GÓMEZ: «Secretos del Panóptico» — Bogotá.

A. LEÓN GÓMEZ: «El Soldado» — Bogotá

A. LEÓN GÓMEZ: «Sin Nombre» — Bogotá.

A. LEÓN GÓMEZ: «Prescripciones y términos legales» — Bogotá.

E. Y A. LEÓN GÓMEZ: «Poesías» — Bogotá.

M. MORENO ALBA: «Lienzos» — Barranquilla.

RICARDO ARENALES: «Campaña Florida» — Barranquilla.

ALFREDO GÓMEZ JAIME: «Irma» — Bogotá.

De Costa Rica

E. CARRASQUILLA MALLARINO: «Mujeres de Costa Rica» — San José.

DANIEL UREÑA: «María del Rosario» — San José.

RAFAEL ANGEL TROYO: «Topacios» — San José.

JOAQUÍN ARCINIEGAS: «El Alma de la América Latina» (prospecto) — San José.

LISÍMACO CHAVARRÍA: «Desde los Andes» — San José.

De Chile

LUIS ROBERTO BOZA: «Rosas de Pasión — Santiago.

MIGUEL LUIS ROCUANT: «Poemas» — Santiago.

L. E CHACÓN LORCA: «Hojas Dispersas — Santiago.

De Cuba

MAX HENRÍQUEZ UREÑA: «Whistler y Rodin» — Habana.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: «Ensayos Críticos» — Habana.

JUAN GUERRA NÚÑEZ: «Vœ Soli» — Habana.

Del Ecuador

G. ZALDUMBRIDE: «De Ariel» — Quito.

De España

MANUEL UGARTE: «Cuentos de la Pampa» — Madrid.

MANUEL UGARTE: «El Arte y la Democracia» — Valencia.

MANUEL UGARTE: «Enfermedades Sociales» — Barcelona.

AMADO NERVO: «Almas que pasan» — Madrid.

AMADO NERVO: «Un Sueño» — Madrid.

F. VILLAESPESA: «Tristitiae Rerum» — Madrid.

E DIEZ CANEDO: «Versos de las Horas» — Madrid.

D'AYOT: «Morirse joven» — Madrid.

M MACHADO: «Alma», «Museo», «Los Cantares» — Madrid

ISAAC MUÑOZ: «Voluptuosidad» — Madrid.

VICENTE MEDINA: «La canción de la vida» — Cartagena.

VICENTE MEDINA: «La canción de la muerte» — Cartagena.

A. GÓMEZ JAIME: «Rimas del Trópico» — Madrid.

TULIO M CESTERO: «Citerea» — Madrid.

De Francia

E. GÓMEZ CARRILLO: De Marsella á Tokio» París.

E. GÓMEZ CARRILLO: «El Alma Japonesa» — París.

MANUEL UGARTE: «La joven literatura hispano-americana» — París.

VARGAS VILA: «Prosas Laudes» — París.

Del Perú

ABELARDO M. GAMARRA: «Algo del Perú y mucho de Pelagatos» — Lima.

De Puerto Rico

JOSÉ DE DIEGO: «Pomarrosas» — San Juan.

Del Uruguay

O. FERNÁNDEZ RÍOS: «Sueños de media noche» — Montevideo.

ACOSTA Y LARA Y MONEGAL: «Musas Hermanas» — Melo.

P. MINELLI GONZÁLEZ: «Mujeres flacas» — Montevideo

P. MINELLI GONZÁLEZ: «El Alma del Rapsoda» — Montevideo.

G. ARRONGA CIGANDA: «Tupambaé — San José

M. MEDINA BETANCORT «Cuentos al Corazón» — Montevideo

R. MARTÍNEZ QUILES: «Alma de Acero» Montevideo.

HORACIO O. MALDONADO: «Cabeza de oro» — Montevideo.

NORBERTO ESTRADA: «Gente de letras de mi país» — Montevideo.

ANGEL FALCO: «¡Ave, Francia!» — Montevideo.

ANGEL FALCO: «Garibaldi» — Montevideo.

P. LÓPEZ CAMPAÑA: «Fanfarria de Prejuicios» — Montevideo

EMILIO FRUGONI: «El Eterno Cantar» — Montevideo.

O. MORATORIO: «Luces Pálidas» — Montevideo.

J. J. ILLA MORENO: «Rubíes y Amatistas» — Montevideo.

J. G. BERTOTTO: «Juicio literario» — Montevideo.

J. RODRÍGUEZ MARTÍN: «Alma Trágica».

De Venezuela

LUIS CORREA: «Alba Lírica» — Caracas

M. LAVADO ISAVA: «Mortaja de Gloria» — La Victoria

Canje de «Apolo» durante los años de 1906 y 1907

«La Voz del Perú», Iquique (Chile); «El Moderado», Matanzas, (Cuba); «Caras y Caretas». Buenos Aires; «La Prensa», Medellín (Colombia); «Revista Crítica», Veracruz (México); «Letras», Habana; «La Quincena», Salvador; «El Heraldo del Istmo», Panamá; Monos y Monadas, Lima; «Páginas Intelectuales», Iquique; «Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria», Quito; «El Fanal», Matanzas; «Elitros», Maracaibo (Venezuela); «Alpha», San Salvador; «Le Courrier Européen», París; «El Fígaro», Habana; «América», Habana; «Natura», Montevideo; «Nueva Vida», San Salvador; «Germen», Buenos Aires»; «El Artista», Bogotá; «Trofeos», Bogotá; «Integridad», Lima; «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica; «Nuevos Ritos», Panamá; «Revista Ilustrada», El Paso — Texas; «Labor», Buenos Aires; «El Diluvio», Barcelona; «Fémina», Santiago de Cuba; «Letras», Buenos Aires; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Mes Literario», Coro (Venezuela); «Guayaquil Artístico», Guayaquil; «El Anunciador Costarricence», San José de Costa Rica; «Archivos de Psiquiatría y Criminología», Buenos Aires; «Diario Oficial», San Salvador; «Tepic Literario», Tepic (México); «Alpa Ilustrada», San Salvador; «La República de las Letras», Madrid;

«Nueva Era», Mendoza; «Verdad», Santiago de Chile; «Líneas», Cartagena (Colombia); «La República», Barranquilla; «Revista de Guadalajara», Guadalajara (México); «Zig-Zag», Santiago de Chile; «Vida Intelectual», San Salvador; «Chic», Guantánamo (Cuba); «Sur América», Bogotá; «La Nueva Revista», Buenos Aires; «Revista Latina», Madrid; «El Cojo Ilustrado», Caracas; «Tropical», Ibagué (Colombia); «El Iris», Villa del Cerro; «El Deber Cívico», Melo; «Verdad», Montevideo; «El Orden», Minas; «El Obrero», Rocha; «El Civismo», Rocha; «Ecos del Progreso», Salto; «Vida Nueva», Florida; «El Heraldo», Maldonado; «La Tribuna Libertaria», Montevideo; «En Marcha», Montevideo.

NOTAS

Nuestra carátula de hoy es un trabajo en tricromía ejecutado magistralmente en los talleres «El Arte» de Orsini M. Bertani, que es hoy el editor obligado de nuestros escritores de más renombre. Ella es reproducción de un hermoso óleo del conocido artísta Gutiérrez Rivera.

Felicitamos al compañero Bertani por su exquisito trabajo que nada tiene que envidiar á los hechos en los talleres europeos, y agradecémosle, al mismo tiempo, el concurso prestado al APOLO al llegar éste al tercer año de vida.

* * *

Nuestras sinceras felicitaciones á los señores Fillat y C.ª, por los hermosos fotograbados que han hecho para el presente número de APOLO. Ellos dan una idea exácta del grado de perfección á que ha llegado en nuestro país el arte del fotograbado.

CON MOTIVO DE "RIPIOS POLÍTICOS"

Publicamos á continuación las palabras que á nuestro director dedicó «La Tribuna Libertaria», órgano del Centro Internacional de Estudios Sociales, con motivo de transcribir en su número 6 el artículo de Pérez y Curis: «Ripios Políticos» publicado en el número 9 de «Apolo».

No hacemos ningún comentario porque muy pocos ignoran que «Apolo» no es una empresa comercial. Además la labor intelectual de Pérez y Curis es bastante conocida, como asimismo su actitud inequívoca y hostil frente á los tiranos que azotan la espalda del pueblo.

Hé aquí dichas palabras:

¡Bravo, poeta, bravo!

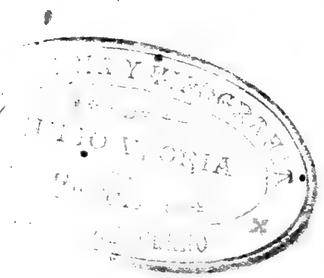
Lo que gustosos transcribimos, pertenece al bardo Pérez y Curis, director de la revista local «Apolo», de esa revista que hasta ayer parecía destinada á servir de «bálsamo calmante» á más de una histérica burguesita, y que hoy, desafiando intereses de mostrador, cobardes prejuicios y estúpidos convencionalismos, propios en otras publicaciones similares, DA LA NOTA MÁS HERMOSA entre todos los periódicos que, no obstante blasonar sus redactores de rebeldes, no han tenido siquiera una frase de protesta contra el inicuo y criminal atentado que llevara á cabo la cafrería policial que tiene á su frente al maestro albañil Guillermo West, contra los concurrentes al último mitin de protesta realizado en el Centro Internacional.

Leed, ¡oh rebeldes á «uso vostro», leed al poeta que dejó de acudir á la cita al pie de la ventana para salir á la palestra á fustigar tiranos y á daros de paso, una lección de varonil rebeldía.

APOLO

AÑO III

Número 12



REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS

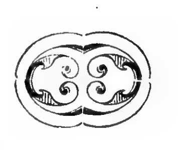


CYRO A. SCOSERIA

MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

FEBRERO DE 1908


LA ELECTRICA
MONTEVIDEO



APOLO

REVISTA DE ARTE - Y SOCIOLOGIA -

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 12. Montevideo — Buenos Aires, Febrero de 1908.

El gusto de la sangre

Nota de psicología criminal

Los estudios de Vaschide sobre la relación entre el impulso motor y el acto genital («La psico-fisiología del impulso sexual» en los «Archivos de Psiquiatria» de Ingegnieros 1906), me parecen que proyectan cierta luz sobre el problema del gusto de la sangre.

Como nota al estudio — más bien diría al asunto de estudio — que en otra ocasión he publicado «(El gusto de la sangre» en el volúmen «Alrededor del delito y de la pena»: Madrid, 1904), recojo esta relación interesante.

Según Vaschide, el acto genital consiste en una tensión progresiva y creciente del estado motor, que, llegando á su máximum, presenta una fase tónica muy corta, seguida de una fase clónica, terminando con un período de adinamia y reposo

Consecuencia de ello es que los eróticos sean individuos de tipo motor, y que, en general, los individuos de tipo motor sean eróticos.

Recordemos ahora el concepto de que nosotros habíamos partido.

Sea la sangre excitante porque sea roja, sea el rojo excitante por ser el color de la sangre, esta es capaz de convertirse en imagen motriz excitadora de la sexualidad, ya que — según el mismo Vaschide — «la vida sexual es debida á la evolución y á la tendencia de los centros motores á descargarse».

A veces, el sujeto mismo de esta perturbación de la imagen motriz, debe ser el primer sorprendido.

Pero ahora aparece un segundo problema.

Luego que han conocido esta asociación extraña, algunos la cultivan, la preparan y repiten.

Esto es lo que con un nombre que ya debiera retirarse — tanto es de imperfecto — llámase hoy «sadismo» Y también lo que, disponiendo como excitantes motores la embriaguez causada por la bebida y los movimientos, se llamó en los tiempos medioevales «rabia de los Berseks», ó «rabia ursina» que podríamos traducir nosotros (de bearsark», vestido de piel de oso); furor homicida de los guerreros del Norte de Europa, que determinaba verdaderos contagios en los predispuestos, según un curioso texto de Clodel, harto conciso («Miti e sogni» traducción italiana, página 91.

¿Por qué, pues, este gusto?

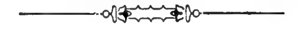
Aquí encuentra aplicación la teoría que explica las perversiones sexuales como organización de una imagen extraña constituída en único excitante, mediante procesos de psicología desviada.

Acaso esta manera de ver las cosas exagera y amplia la función del motivo sexual en los crímenes de sangre. En los asesinatos inauditos, de esos que se dicen «sin móvil», me parece que sería impor-

tante investigar siempre — no obstante, — toda clase de huellas eróticas, tanto sobre la víctima como sobre el matador.

Y también en otros que no lo son tanto, que parecen tener explicación. Casi diría: en todos los crímenes de sangre.

C. BERNALDO DE QUIRÓS.



Chispas de ira

Para APOLO.

Espíritus sin luz! Redil de ilusos;
Naves que no arribáis á ningún puerto;
Caravanas de hombres inconclusos
Que vagáis por la noche del desierto,

Y que os llamáis geniales de ígneas galas
En vuestros estrambóticos proscenios,
Y no sois genios pues no tenéis alas
Y os faltan alas porque no sois genios:

De vosotros me río con tristeza,
Con gran desprecio, con dolor, con ira:
Reiría así aplastandoos la cabeza
Con el arco de fierro de mi lira!

De vosotros me río: Os creis maestros
Ceñidos de magníficas preseas,
Y no sabéis en los orgullos vuestros
Que confundís laureles con libreas!

De vosotros me río: Vuestra frente
Humilláis sin valor y huís dispersos,
Al sentir restallar sonoramente
El látigo vibrante de mis versos!

Contra vosotros, infelices, quiebro
Mi pluma, sin dobleces ni recatos,
Yo tengo el brillo dentro del cerebro,
Vosotros... ¡Lo tenéis en los zapatos!

No se ha de herir mi orgullo con los rayos
De vuestra envidia torpe y vuestro encono,
¡Si no sois más que míseros lacayos
Que medráis á la sombra de mi trono!

Quiero deciros algo que os abruma,
Por eso me insultáis sin tón ni mengua,
¡Qué unos van á la Gloria por la pluma,
Y otros van á la cárcel por la lengua!

Quiero enseñaros con salvaje anhelo,
Con todas mis soberbias rebeldías,
Que yo soy cóndor de incansable vuelo:
Todas las cumbres que hay, ¡todas son mías!

Yo soy un cóndor, sí; como bautismo
Un chispazo de luz el sol me trajo;
Por eso me insultáis desde el abismo:
¡Qué bien sabéis que yo hasta allí no bajo!

Y no me afectan, no, vuestros alardes,
Eunucos del saber; del mundo, escoria;
¡Cuantas más piedras me arrojéis, cobardes,
Más pronto haréis mi pedestal de gloria!

Y no oséis detenerme en mi subida,
Mis alas tienen odio á la penumbra;
¡Quiero ser como el Sol, toda mi vida,
Que el Sol, cuanto más alto más alumbra!

¿Mi rebelión, vuestro furor provoca?
¡Si atacáis á mi alma y la defiendo!
¡Quién se atreve á tapar la inmensa boca
Del cráter de un volcán cuando está ar-
[diendo!

Y ya os advierto sí, canalla impía,
Sierpes que en las cavernas hacéis nido:
Tened cuidado no caer un día
Bajo las garras del león herido!

Montevideo 1908.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

El Enigma

(*A Norberto Estrada*, fraternalmente).

Para Apolo.

La noche ha llegado. Las sombras lo envuelven todo, como en una mortaja. En el espacio, una macilenta luna asoma á ratos entre densos nubarrones. La brisa calla. Los árboles están inmóviles, y la tierra parece sumida como en un letárjico ensueño.

Yo camino. Bordeo los precipicios, lentamente, lentamente. Inclinada mi cabeza y enlazadas mis manos sobre el pecho, cruzo el valle sin término, empujado por una fuerza extraña, obsesora, que no me deja reposo. Medito. Pienso algo incoherente que me viene de muy dentro, tan vago y sin embargo tan hondo que me oprime el corazón y que me nubla los ojos. ¿ Qué es esto ? ¿ Cuál es el intenso problema que así tan dolorosamente me obsesiona ? *Nada sé* Los sentimientos más hondos son precisamente aquellos que no podrán explicarse jamás. Y sin embargo *la idea* me persigue, y me hace sufrir Es como un dolor muy antiguo, el dolor de una raza, de un mundo que se acumula en mí, ahogándome.

En tanto, me fatigo Una cruel laxitud me invade, y un deseo ferviente de dormir, de reposar, me aprisiona. En un recodo del camino, sobre un viejo tronco abandonado, deténgome á descansar Ah! Con qué delicia pondríame á descansar para siempre! Hundo mis sienes ardorosas en mis manos heladas, y una horrorosa pesadilla me despierta de súbito Ah! Negra está la noche. Sobre el pavoroso vacío, negras alas de cuervos parecen trepidar. Y la luna, cual avergonzada, ocúltase entre las nubes de luto.

¿ Por qué despierto ? ¿ Por qué retorno á la vida del sufrimiento ? Vuelvo á caminar. A poco, mis pies tropiezan con un can muerto sobre los guijarros. ¡ Si al menos tuviera un cayado para apartar de mí tantos abrojos!

Camino. Hay algo en mí que me empuja, que me grita: anda! Y sin embargo, ¡ con qué placer volvería á descansar! Pero *ese algo, ese otro* me grita con la imperiosa voz del silencio; anda! ¿ A dónde ? ¿ Para qué ? ¿ Qué espero ? ¿ Cuál es el fin del destino que nos hace vivir, que nos empuja como el viento al débil navío; en un mar en tempestad ? ¿ Al puerto ? ¿ A la muerte ? ¿ Acaso la muerte es el supremo puerto á donde el alma cansada del hombre va en busca de protector refujio ? Andar! Siempre andar !

Una brisa empieza á soplar. Una helada brisa cargada de hastío, del maldito polen de la muerte.

—Escucha! — dice una voz. — Miro hacia atrás. La brisa quebraja las hojas arrancándolas de cuajo, como una racha de huracán.

— Quién habla ? — respondo angustiado Mi voz se dilata en el espacio con sonoridades metálicas, como campanas que sonaran muy lejos y con angnstia. Sobre un limpio retazo de firmamento, la luna brilla.

— « Escucha »..., —dice la misma voz.—A mi espalda, creo ver la figura de un hombre, con un capuchín benedictino, que jesticula al hablar. Sin embargo, el tono de su voz me es familiar, lo reconozco en sus ecos apagados, acariciadores é intensos.

— « Escucha... Preguntas, pobre diablo de muchacho, el por qué de tus sufrimientos inexplicables. Desde el fondo de tu espíritu interrogas á las cosas sobre el laberinto de tu vida interior que flota á tus ojos, á tu corazón, como esas flores de agua que se entreabren á los crepúsculos silenciosos. Tienes un nombre en la literatura de tu país; una bella querida que te aguarda palpitando de amor y de misterio, y una radiante juventud de veinticinco años. Y sin embargo tu espí-

ritu hosco y extraño repudia á los hombres que te aplauden, á los seres que te aman ó que te odian; el misterioso encanto de tu amada te hastía y tu cabeza empieza á nevarse poco á poco. . Por qué? Oh hijo de tu tiempo que vejetas entre incertidumbres y dudas, como en un fangoso limo! Tu pecado es *no creer*, porque tu sed de verdad es infinita... Junto á tu corazón el dolor del mundo ha ido acumulándose, como un lago enorme al pie de una montaña Porque — fermento de todos los análisis, de todas las ansiosas fiebres de tu época, — han ido á reventar como un lupus en tú corazón todas las creencias, todas las falsas idealidades con que se han alimentado las pobres almas sedientas de Verdad, esas pobres almas que han desgarrado al fin las dudas, dejando en ellas abiertas heridas que sangran su fe antigua, á luz del sol y á las tinieblas de la noche... Escucha, hijo de tu época... No hay verdad vieja ni nueva, que ella es como un sol que no tiene principio ni fin Son los hombres los que nacen para envejecer, y así como el recién nacido no puede ver la luz, así el hombre no puede aún mirar cara á cara al sol. Escucha aún... Todas las Verdades — y la verdad es una, — pero que el nerviosismo de los hombres ha pretendido subdivirla en verdad divina y en verdad humana, — son mentiras Cuando creemos hallar una verdad verdadera, comenzamos por desfigurarla, por llenarla de falsos atributos, hasta deformarla por completo, en vez de escudriñar, de *pe sar* y de *sen'ir* en su fondo... He ahí el por qué del malestar de esta época de negaciones, de escepticismos llevados hasta el colmo por los abuses de los licores espirituosos, de las drogas desequilibrantes, como el haschit, el opio, que refinan los nervios y hacen asistir a las transfiguraciones de una felicidad artificial y hasta pueril... Es la podrida semilla arrojada á los surcos de la tierra que fecundará el fruto débil y hasta mortífero!... Pobres almas alimentadas por la podrida mies!»

La luna brillaba El paisaje parecía aclararse como cubierto por una pálida bruma.

— Pero.. dije con voz trémula —¿en donde está la verdad, la verdad?...

— «Pobre espíritu, solo como un navío abandonado al imperio del temporal! Mira el pájaro que canta, el insecto que zumba, la flor que se entreabre á la caricia de los vientos». .

— Ah! — volví á exclamar. — ¿Pero la verdad, la desnuda verdad?...

Una carcajada partió desde el vacío.

—«¡La verdad — respondió la voz. — La verdad está en ti mismo».

Volví los ojos hacia atrás». Y vi mi sombra.

LUIS ROBERTO BOZA.

1907 — Santiago de Chile.



Vous que jamais rien ne délie

Vous que jamais rien ne délie,
O ma pauvre âme dans mon corps.
Pourrez-vous, ma melancolie,
Ayant bu le vin et la lie,
Connaître la bonne folie
De l'eternel repos des morts.

—Vous si vivace et si profonde,
Ame de rêve et de transport,
Qui, pareille à la terre ronde
Portez tous les désirs du monde,
Buveuse de l'air et de l'onde
Pourrez-vous entrer dans ce port...

Dans le port de calme sagesse,
De ténèbres et de sommeil,
Où ni l'amour ni la détresse
N'étirent la tiède paresse,
Et ne font,—mon âme faunesse,
Siffler les flèches du soleil...

COMTESSE MATHIEU DE NOAILLES.

De "Elegías Dulces"

Para "Apolo"

Hoy desde el gran camino, bajo el sol claro y fuerte,
Mudo como una lágrima he mirado hacia atrás,
Y tu voz de muy lejos, con un dolor de muerte,
Vino á aullarme al oído un triste ¡Nunca más!»

Tan triste que he llorado hasta quedar inerte...
¡Yo sé que estás tan lejos que nunca volverás!
No hay lágrimas que borren los besos de la Muerte...
—Almas hermanas mías, nunca miréis atrás!

Los pasados se cierran como los ataúdes.
En otoño, á la hora de las decrepitudes,
Los árboles preparan su nueva floración;

La Vida siempre deja un horizonte abierto:
Vamos por la hojarasca del gran pasado muerto
Soñando las futuras flores del corazón.

La barca milagrosa

Preparadme una barca como un gran pensamiento...
La llamarán «La Sombra» unos, otros «La Estrella».
No ha de estar al capricho de una mano ó de un viento:
Yo la quiero consciente, indominable y bella!

La moverá el gran ritmo de un corazón sangriento
De vida sobrehumana; he de sentirme en ella
Fuerte como en los brazos de Dios! En todo viento,
En todo mar templadme su prora de centella!

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
Iré como la rota corola de un nelumbo
Por sobre el horizonte líquido de la mar...

—Barca, alma hermana; hacia que tierras nunca vistas,
De hondas revelaciones, de cosas imprevistas
Iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar...

Delmira Agustini.



Mi buhardilla

A Gregorio Martínez Sierra.

Mi buhardilla era pobre y era helada... y sin embargo, ¡la quería tanto!

Por la pequeña ventana esforzábase en penetrar la luz al estrecho recinto, consiguiéndolo á medias y haciendo resaltar en la penumbra, el blancor lechoso de las cuartillas, dispersas sobre la tosca mesa de trabajo, y las limpias cubiertas del

lecho, donde á veces dormía y á veces pensaba. Más pensaba sufriendo, que dormía

Desde la ventanilla, mirando hacia abajo, veíanse las viejas y carcomidas techumbres de Florencia, con sus chimeneas negruzcas y sus inmundos albañales; mirando más abajo, las calles de la tierra del Dante aparecían angostas, grises y torcidas como sierpes interminables; más allá, lejos, la fresca y oliente verdura de la ciudad de las flores, y más arriba, muy arriba, el firmamento límpido, puro, sereno, teñido del azul incomparable de los cielos italianos.

Yo era el rey paupérrimo de esas alturas y sentado frente á la mesa, patíbulo de mis ejecuciones literarias, me pasaba las horas muertas mordiendo la extremidad del lapicero, dejando al cigarrillo quemarse entre mis dedos, sin fumarlo, y mirando fijamente aquel trozo de cielo como si tratase de arrancar á las nubes un período altisonante ó una estrofa musical

Mi buhardilla era pobre y era helada... y, sin embargo, la quería tanto.

¿Por qué? Porque olía bien. ¿Y por qué olía bien? Porque había entrado ella. ¿Quién era ella? Una mujer hermosa, una mujer que amé; no sé su nombre, no me lo quiso decir jamás, sólo sé su hermosura.

La conocí en Carnaval durante un baile de máscaras, en el teatro de «La Pergola». Yo estaba solo, en un rincon del patio de butacas, pensando en mis amigos y en mi país adorado; estaba solo, triste... y rabioso al ver la alegría de los demás. ¿Por qué el ajeno gozo sacude tan dolorosamente los nervios de los que nos hemos olvidado de reir? Las botellas se destapaban con estrépito; las risotadas sonaban como latigazos; el rubio vino, deshaciendo sus burbujas de ópalo, hervía en las copas y la sangre hervía en las venas de aquella gente que reía, reía, con la risa caliente de la embriaguez. Y yo lloraba en silencio, con la frialdad de muerte que produce el recuerdo del tiempo que se fué.

Ella pasó junto á mi muchas veces del brazo de un chambelán, de un torero, de un marqués, de un polichinela, de un Luis XV, de un soldado, de un ángel, de un mephisto Y yo adiviné las formas impecables de su carne bajo la tela blanca del vestido de «Pierrette», y sentí los dardos de sus ojos de hada, que atravesaban centelleantes los agujeros de la careta azabache, menos negra que la brillante cabellera sedosa.

Se detuvo ante mí.

—¿Por qué tan triste?—me dijo, mientras su boquitín húmedo y bermejo sonreía amable bajo los encajes del antifaz. No sé lo que pasó por mí: aquel maremagnum de gentes, llenas de colorines y de cascabeles que danzaban gritando locamente, no había logrado marearme; aquella «Pierrete», de la cual no se conocía con seguridad la belleza, me trastornó al primer sonido de su voz aterciopelada. Ebrio, dando traspiés, la seguí hasta un palco de tercera fila . . . . . .

. . . .

Nervioso, roído por ese desasosiego inexplicable producido por el deseo, yo estrujaba entre mis manos la careta que se había quitado y admiraba su belleza. ¿Cómo describirla?

. . . .

—Piensa que soy un escritor pobre, triste...

—Por esto te quiero; yo seré tu alegría Iré á tu estudio.

—Mi estudio es un hueco; mis riquezas, mis ideas; el adorno de mi casa, un trozo de cielo.

—Tu adorno seré yo... iré á visitarte.

Y tanto insistió, que cedí.

Dos veces por semana esperaba temblando, ansioso, su venida. ¡Ay!, los minutos se me antojaban siglos. Al fin veía aparecer allá abajo, en la calle, un puntito negro que acercábase marcando poco á poco sus formas impecables de mujer; luego su manita enguantada se agitaba saludando, y su boca de perlas se

entreabría sonriendo. Un momento después me acariciaba el oído el «frou frou» de la seda de sus ropas, y el repiqueteo de sus piececitos menudos sobre los ladrillos de la escalera reproducíase como martillazos dentro de mi pecho. Aquella mujer fué un oasis para el desierto de mi vida. ¡Ah! ¡Si la amé! ¡¡Cómo la amé!! ¡¡Cuánto la amé!! ¡Oh, cuántas horas de pasión, las manos entrelazadas, mirándonos fijamente; ella como si quisiese verter su alma con la mirada; yo como si quisiera hundirme en el abismo de sus ojos ne-

La dejé partir sin una lágrima, anonadado; pero cuando su silueta hubo desaparecido, allá en la esquina de la torcida calle . . me sentí morir. Poco á poco las paredes de mi cuartucho se borraban á mi vista, y probé la espantosa sensación de hallarme solo en una inmensa llanura Huí como loco en busca de un sitio donde viera gente. Tenía aún unas cuantas monedas; fuí al juego, y gané, gané mucho dinero. Pasé quince días sin acordarme de mi buhardllla; de acá para allá, vino, alegria, aventuras fáciles y amores



Henry Bataille

gros! Un día su visita fué la última. No podía hablar, balbuceó, hizo pucheros, protestó que me adoraba . . . pero me dió un golpe mortal

—Tengo deberes, sabes, chiquito; tengo marido; me marcho Si quieres dinero, no te ofendas, te lo puede ofrecer; pero volver aqui, es imposible; no averigües cómo me llamo; no me busques, si quieres agradecerme cuanto por ti he hecho; resígnate Te quiero, chiquito; sabes, te amo tanto . .

Y me besó con desesperación en los labios.

mentidos . . ; pero la última moneda se fué, y hube de volver á la buhardilla una tarde de invierno.

Apenas la abrí, un vaho perfumado me azotó la cara: el perfume embriagador era el de Ella. En un vaso, lánguidas y marchitas, agonizaban unas cuantas violetas; eran flores que había traído Ella . . y que duraban lo que su amor. Sobre el blanco lecho, dos guantes de Ella yacían olvidados. Singular sensación: yo sentì aquellos guantes dentro de mi pecho, atenazándome el corazón con sus dedos de piel. ¡Dios

mío! !Ella, siempre Ella, por doquiera, y Ella no estaba!

Huí de nuevo de aquel sitio donde todo me recordaba el amor muerto. Vagué con mi tristeza... llegó la noche... me venció el sueño, pero no tuvo valor para volver á mi buhardilla. Fuí á la plaza de la Signoría», y bajo los pórticos, al pié de las estatuas, me tendí á dormir. Hacía un frío siberiano, el viento rugía, las estatuas vacilaban: una, representando el rapto de las sabinas, á mí más cercana, temblaba, amenazando caer. La dirigí la vista asustado; las desnudas formas de las sabinas me traían una reminiscencia amarga de su cuerpo de diosa; entonces me volví, arrebujándome en mi gabán raído... pensando en Ella. Al fin pude llorar copiosamente.

. . . .

Me despertó un amigo cuando la noche había pasado, pero no había pasado mi llanto.

Le referí la historia.

—¡Bah, tontón—me dijo—¡Lloras por una mujer!

—No -respondí—; no lloro por ella, lloro porque no puedo volver, no sé volver á mi buhardilla... ¡Ay! ¡Y mi buhardilla era pobre y era triste... y, sin embargo, la quería tanto!

Felipe Sassone.

Nocturno

Para Apolo.

No son todos los que están,
Ni están todos los que son.

La cárcel está obscura como hosco monasterio,
La noche sus crujías esfuma, ya borrosas,
Y en la quietud solemne de las dormidas cosas
Hierático un silencio ahonda su misterio.

La pena del Delito aquí tiene su imperio,
Del Crimen aquí vagan las sombras horrorosas,
Y el suspirar de todos, en ondas angustiosas,
Un coro inmenso eleva de lúgubre salterio.

Haciendo buena guardia, en su nocturno vela
Del intranquilo sueño de miserables entes,
En el sombrío claustro se yergue el centinela;

Pero en la masa informe de locos delincuentes,
Precitos que el insomnio con su terror desvela,
No todos son culpables, también hay inocentes!

Adriano M. Aguiar.

Panteísmo

Para Apolo.

Los dos sentimos ímpetus reflejos,
oyendo —junto al mar—los fugitivos
sueños de Gluc y por los tiempos viejos,
rodaron en su tez oros furtivos...

La luna hipnotizaba nimbos vivos,
surgiendo entre abismáticos espejos.
Calló la orquesta y descendió á lo lejos
un enigma de puntos suspensivos...

Luego: la Inmensidad, el astro, el hondo
silencio, — todo penetró hasta el fondo
de nuestro sér... Un inaudito halago

de consubstanciación y aéreo giro,
electrizónos y hacia el éter vago
subimos en la gloria de un suspiro!...

Bromuro romántico

Burlando con frecuencia el vasallaje
de la tutela familiar en juego,—
nos dimos citas á favor del ciego,
Azar, en el jardín — tras el follaje...

Frufrutó de aventura tu aéreo traje
sugestivo de aromas y de espliego,
y evaporada entre mis brazos, luego
soñaste mundos de arrebol y encaje...

Libres de la zozobra momentánea,
— sin recelarnos de emergencia alguna—
en los breves silencios, oportuna

te abandonabas á mi fe espontánea
y sobre un muro al trascender, la luna
nos denunciaba en frágil instantánea

Julio Herrera y Reissig.

Montevideo — «Torre de los Panoramas».

Tarde de otoño

Saloncillo elegante, de gusto moderno. Balcón á la calle. Día gris, lluvioso. Personajes: Elena, Tristán...

TRISTÁN

¿Pintas mucho?

ELENA

No; la pereza me mata

TRISTÁN

Te encuentro muy cambiada, Elena. Has perdido aquella alegre inquietud, aquella sugestiva expansión de los primeros años. Estás reservada, indolente Si no te conociera desde niño y tuviese la seguridad de tu afecto, creería que tienes algún motivo de enojo contra mí.

ELENA

¡Quién sabe!

TRISTÁN

¿Es posible? Siempre me inspiraste un afecto noble, levantado. Y, te lo juro, nunca pensé producirte la más leve contrariedad.

ELENA

Lo sé.

TRISTÁN

¿Entonces...?

ELENA

Cosas de la vida. A veces lo insignificante, lo fútil, lo pasajero, ejerce sobre nosotros una influencia decisiva.

TRISTÁN

Pero observa que en este caso, para la persona supuesta, lo accesorio se transforma en transcendental.

ELENA

Así es la vida. Todo cambia, todo pasa; las cosas sólo tienen un valor relativo. La existencia de los demás, con ser tan valiosa como la nuestra, es sólo accidental en lo que á cada uno de nosotros respecta.

TRISTÁN

Estás divinizando la teoría del egoísmo.

ELENA

Quizá porque sea el egoísmo lo único divino.

TRISTÁN

No discutamos: concreta. ¿En qué he podido molestarte?

ELENA

En nada.

TRISTÁN

Dímelo

ELENA

Las ofensas no están ni en las palabras ni en los hechos, están en la intención Y tú acabas de confesar que nunca estuvo en tu ánimo el interés de desagradarme.

TRISTÁN

Es cierto. Pero ¿y si sin darme cuenta?...

ELENA

Da lo mismo La inconsciencia no es responsable.

TRISTÁN

De todos modos...

ELENA

Desengáñate, Tristán; yo soy fatalista. Nuestra voluntad se quiebra muchas veces ante el destino. El plan mejor combinado se derrumba al soplo de lo desconocido. Sólo una voluntad perseverante consigue lo que se propone; pero no como la mente lo sueña, sino á costa de grandes sacrificios y como la suerte se lo da.

TRISTÁN

Me encantan esas filosofías, Elena. Pero sepamos: ¿hay en tu vida algo irreparable?

ELENA

Ya te he dicho que no creo en lo imposible Si los medios son buenos para conseguir el fin, todo puede lograrse; ¡pero con qué serie de torturas muchas veces!

TRISTÁN

Me entristecen tus palabras. Hay en ellas una amargura recóndita, infinita. En este instante me siento estrechamente ligado á ti. Quisiera tener en mis manos tu felicidad, y aunque fuese con el sacrificio de la mía, dártela. No hay en esto un impulso cortés de complacerte, no; es cariño, es amistad, es dolor; lo que tú quieras. Pero es así.

ELENA

Me sería muy cómodo creerte; pero aun reconociendo tu sinceridad, renuncio á ello

TRISTÁN

¿Qué enigma hay en todo esto?

ELENA

¿Enigma? Tú lo has dicho. De mis labios no saldrán más que palabras imprecisas, acentos borrosos. ¡Ah, Tristán! Ni yo misma sé lo que siento. ¿Enigma? Tú lo has dicho No me preguntes más, no me preguntes más.

TRISTÁN

Tú siempre fuiste transparente para mí.

ELENA

Y lo sigo siendo. Observa que cuando la superficie de nuestro lago está turbia para nosotros, no está diáfana para nadie.

TRISTÁN

¿No eres dichosa, Elena?

ELENA

¿Lo eres tú?

TRISTÁN

No.

ELENA

¿Por qué?

TRISTÁN

¡Quién sabe!

ELENA

Eres vengativo. Me ocultas tu pensar.

TRISTÁN

No, Elena; es que desconozco la causa. Cuanto me rodea me es agradable; pero tengo un vacío en el alma que no acierto á llenar.

ELENA

¿No te basta con el amor de tu esposa?

TRISTÁN

Quizá sí...

ELENA

¿Entonces?...

TRISTÁN

¿Tú no concibes que el exceso de felicidad puede labrar la desgracia de una persona?

ELENA

El exceso de comodidad, de placer, sí. De felicidad, que es alegría del alma, ilusión de la mente, encanto de los sentidos, no. La felicidad escapa pronto. Cuando nos invade el hastío, ya hace tiempo que nos dejó, quizá sin saberlo nosotros, porque aun perduraba en el alma su deliciosa embriaguez.

TRISTÁN

Es verdad. (*Pausa*).

ELENA

¡Tristán!

TRISTÁN

Elena!

ELENA

¿Te acuerdas de nuestra juventud?

TRISTÁN

¡No la olvidaré nunca!

ELENA

Qué días tan felices.

TRISTÁN

¡Oh, sí!

ELENA

¿ Los recuerdas algunas vez ?

TRISTÁN

¿ Los ha olvidado tú ?

ELENA

No.

TRISTÁN

Son esas escenas candorosas y tiernas de la infancia la música que conforta el espíritu en los días de tedio *(Pausa)* Veo que sonríes... ¿ Te gusta oirme ?

ELENA

¿ Oirte ? ¡ Me encantó siempre !

VICENTE ALMELA.

Crónica bonaerense

Para APOLO.

Amigo Pérez y Curis :

Cumplo mi promesa.

Este pobre rincón del mundo es bueno que se conozca un poco.

Buenos Aires es sin duda alguna una gran ciudad, esto nadie lo niega, pero una gran ciudad microcéfala, un monstruo puro estómago

El ambiente intelectual de Buenos Aires, es un ambiente tísico en el cual se acatarran los cerebros jóvenes y agonizan dolorosamente los cerebros hechos. Se dice por ahí, que la culpa de esta debilidad la tiene la juventud del paìs, el poco tiempo que hace salió de la tutela maternal de España... pero.. en fin, pueda ser.

Aquí no hay nada, amigo Pérez. Aquí todo es superficialidad, tilinguería pura. Aquí nada se toma en serio; ni el Arte, ni la Ciencia, ni la Moral, ni la Política ! ¡ Nada !

La preocupación *criolla* es la riqueza fácil, sea por medio de un casamiento *de conveniencia*, sea por la política que facilita la introducción de las uñas en las arcas del Estado Ahora también se cree en las revistas ilustradas, — ¡ una verdadera peste, amigo Pérez y Curis ! — en el teatro popular, resumidero donde van á parar todos los desperdicios intelectuales, y hasta en los libros !... Así mismo, amigo mío; figúrese Vd. como estará el arte por estos *pagos*.

—

Ayer fuí al café Brasil

El café Brasil está situado en la calle Corrientes, al lado del Teatro Nacional. Es un café donde se reúnen los artistas del Teatro, los aficionados á la literatura, los bohemios de todas clases, algunos anarquistas *intelectuales*, los amigos de la *pose* artística, y todos los melenudos ansiosos de exhibición. Yo no sé en que grupo colocarme.

Allí se charla de todo Allí se desahogan los odios, se echan á volar las ilusiones juveniles, se proyecta, se calumnia, se alaba, se insulta.. Se recitan poesías frescas, se caricatura « á la minuta », se leen y se comentan juicios, se tiene ocasión para robar ideas, plagiar innovaciones... y, etcétera. Las novedades de toda clase se saben allí.

— Ché, no sabés nada ? Fulano publica un libro.

— No sabés la novedad ? Zutano ha presentado una obra al teatro.

— Te das cuenta ? Mengano ha expueste una colección de acuarelas en lo de Witcomb !

Y así.

Los que trabajan, van al café Brasil los sábados para enterarse

En la fotografía L'Aiglon estuvo expuesto hasta ayer un yeso de Andina.

Es un hermoso grupo que el autor ha titulado NÁUFRAGOS. Un hombre de medio cuerpo desnudo, sosteniendo con el brazo izquierdo á una mujer semidesmayada que tiene en sus brazos un niño asombrado, en actitud de asirse á una roca que sobresale entre las encrespadas olas de la mar. Las expresiones son de una exactitud asombrosa, los detalles anatómicos bien estudiados sin llegar al ridículo extremo del joyero, el conjunto armónico y la ejecución artística admirable Toda la prensa le ha aplaudido con justicia, cosa que pocas veces sabe hacer la prensa

Emilio Andina ha triunfado con esta escultura que se dice será comprada por la Municipalidad para adornar los paseos. En la Exposición Internacional Permanente de Italia, tiene EL PICAPEDRERO que yo reproduje en « Germen ». Es un artista filósofo, una voluntad indomable y todo un carácter. Cuando yo le visité en su taller de Recoleta, me mostró la baranda de su cama que le sirvió de sostén para la obra en barro. Entre un hambre y un desvelo ha podido llegar á triunfar contra todos sus enemigos, sin doblegarse, sin humillaciones . . .

Podría servir de modelo á muchos.

—

¿ Usted eyó hablar de Pelele ? Es un dibujante que publicó en París un album con las caricaturas de los sud-americanos « de plata » que paseaban por Europa. Bueno, este Pelele expuso en el salón de Witcomb una serie de caricaturas del cuerpo de profesores de las varias facultades, y otros « personajes ».

Yo entiendo que la caricatura no debe ser un mal retrato, ni un retrato hecho de dos plumadas y cuatro pincelazos más ó menos mal puestos. La caricatura para mí, es el estudio psicológico de un tipo, hecho á pluma; al lápiz, al óleo ó á la acuarela, de una manera satírica. Lo que la fotografía no es capaz de expresar, debe expresarlo la caricatura. Exagerando el físico, haciendo hablar á los rasgos fisonómicos y deformando las expresiones debe el caricaturista llegar á dar una idea del carácter, inteligencia y aptitudes de su caricaturado.

Los atributos deberán usarse con mucha moderación, porque sino resultaría una alegoría personal cada dibujo. Después de todo esto, hacer que se conozca al tipo, es el triunfo de una caricatura, arte difícil por demás.

Pelele no ha tenido en cuenta nada de esto.

—

« El Record » es una revista de educación física y deportes que se anuncia para fines de Febrero.

Santiago Fuster y Castresoy es el director de «El Record».

Dícese que será la única en su género, por el lujo y la presentación artística.

Fuster Castresoy es considerado *uno* de los mejores reporters de aquí. Esto hace esperar un triunfo ruidoso Esperemos.

—

Se han formado dos sociedades: La de « Autores Dramáticos y la de « Actores Dramáticos ».

En la comisión de la primera forman parte dramaturgos conocidos como Sánchez, Zabalía y otros.

La de actores no la conozco.

—

Hoy apareció el primer número de « Buenos Aires Ilustrado » revista semanal á diez centavos que no trae absolutamente ninguna novedad.

—

Se habla de otra revista más (¡ cuando yo le decía que era una verdadera peste !) de carácter galante, sensualista y cómico

Creo que se llamará « El Morrongo » y lo dirigirán los dibujantes Wiedner y Benavente.

—

En otra seré más extenso.

Un apretón de manos de su affmo.

ALEJANDRO SUX.

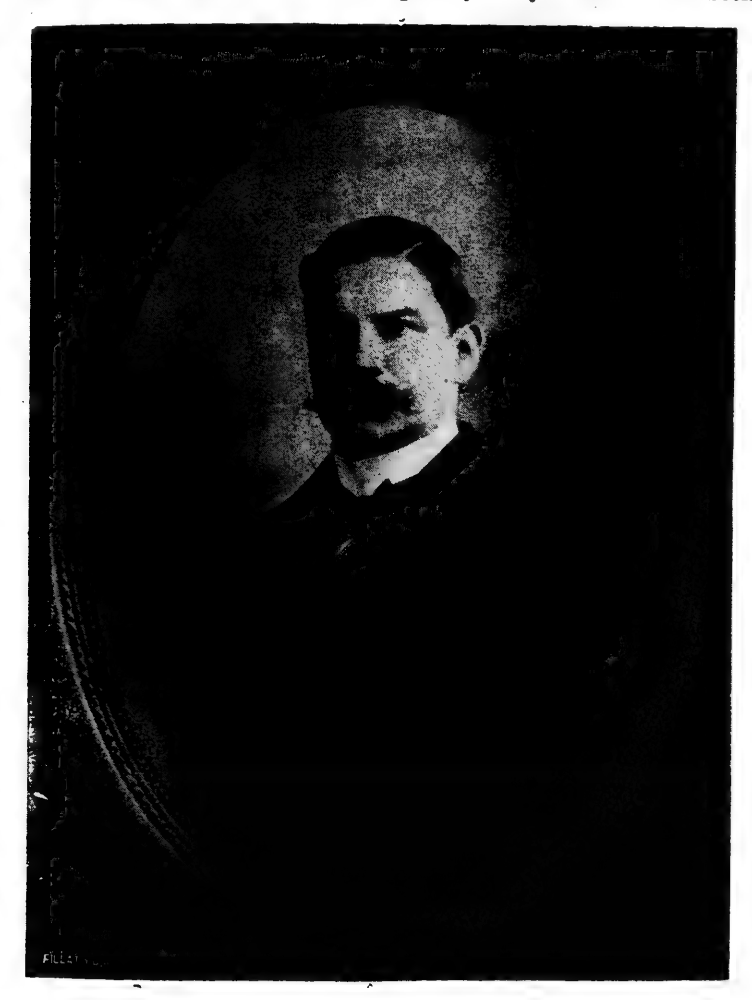
Buenos Aires, Enero de 1908.

que ustedes le levantan, á pesar de que le llaman loca, ella vive dichosa, divinamente feliz . . .

En la escuela que ha instalado en su casa, donde se educan todos los niños del vecindario, se predica el amor como base esencial de la felicidad humana.

Tiene amigas que la quieren y que la admiran, tiene un compañero y un hijito á quienes ama con todas las ternuras de su vida y tiene un padre que la odia, cuyo odio no puede más que lastimar al que lo posee y á ti y á todos los imbéciles que pretenden justificarlo. Eso es lo que pienso de Helvecia y de todas las mujeres que abandonan el hogar sin sanciones de ninguna especie, para seguir al hombre que aman. . .

MARCOS FROMENT.



JULIO PIQUET

HOSANNA

Pueblo, bésame en la frente
como si fueras pampero.
yo soy tu cantor y quiero
saturarme con tu ambiente
Mi esperanza te presiente,
mi fe en la noche te augura
rompiendo la ligadura
que á la miseria te liga
como una bíblica espiga
De la cosecha futura

¡El poeta! En el taller
del alma un tesoro labra,
para él tiene la palabra
curvaturas de mujer...
¡Pueblo! Yo voy á encender
la fogata del ensueño...
porque me sobra el empeño
entre la sombra que crispa ..
¡la lira arroja la chispa
y cada estrofa es un leño!

De las montañas él sabe
lo que piensan las alturas;
el poeta en sus locuras
de luz traduce algo grave...
Oh, pueblo! yo soy el ave
que canta tu libertad
y cruza la inmensidad
de tus nostalgias de ilota,
como cruza la gaviota
las nubes de tempestad.

¡Libertad! lucho por ella
con la espada de la estrofa;
para el áspid de la mofa
tengo el desdén de la estrella.
Marco en la frente la huella
de los bríos duraderos;
en mi embriaguez de luceros
desprecio de loco el mote...
¡es tan grande Don Quijote
cuando aplasta los carneros!

Pueblo, yo soy tu cantor
y quiero en mis arrebatos
abofetear tus Pilatos
con puños de gladiador.
Yo anhelo con el fulgor
del incendio en que me abraso,
dejar con la noche un trazo
que de lejos, brille y sea,
la proyección de una idea
sobre la sombra de un brazo!

Muestra, pueblo, tus martirios,
lanza tus hondas querellas
como un rebaño de estrellas
en una pampa de lirios.
Yo cantaré tus delirios
en harmonías bizarras
y, si altivo, te desgarras
agrandaré mis enojos
para ungir mis versos rojos
con la sangre de tus garras!

Por eso, tiembla y palpita
con tu lenguaje soberbio
como el chasquido de un nervio
en mi nostalgia infinita...
Pueblo, yo escucho la cuita
de tus tristezas aciagas;
y en el antro donde vagas
llenar, compasivo, quiero:
de lirios tu estercolero
y de bálsamo tus llagas.

¡Oh, pueblo! muestra tu andrajo
y prosigue la jornada
cantando en la barricada
marsellesas del trabajo..
Tu poeta, desde abajo
buscará la redención,
porque lleno de pasión
ya le parece tener:
¡la cabeza de Chenier
en los hombros de Dantón!

FRANCISCO ANÍBAL RIÚ.

La Plata.

FIEBRES

Para APOLO.

Noche.

En la ciudad sola y triste sopla un viento de melancolías.

Nada es gris, porque todo es negro: sin estrellas el cielo, y sin luna... Y los hombres... Ah!, los hombres...

En las calles rectas, los focos

de luz eléctrica en hilera, — de cuadra en cuadra . . . Los focos, ellos, los solitarios aquella noche. ¡Quién sabe porqué!

Cruzo las calles... Una lluvia fría, delgada, sin ruidos, me tamborileaba en el rostro... Mis pasos resuenan en las veredas produciendo un eco lejano, como bajo las bóvedas de un cementerio. Peculiaridades de la atmósfera!

¡Qué canción entonaban las acacias y los pinos!

Tristezas aquí dentro . . . oh desolación!

Yo no sé . . . Terrón de azúcar, duro. Espíritu con plétora de almíbares nectáricos, que quisiera encontrar el que ha soñado para volcarse en él. Ese diáfano, puro, que sabe no le engañará porque lo vé . . . ¡Gota de rocío en la corola de una azucena, con sus hermosos, con sus irisados cambiantes bajo el sol . . .!

Rumbo á mi alcoba voy por las calles meditabundo... Pienso en auroras de días nuevos, en las mañanas primaverales del porvenir, y en las casitas blancas como palomas dentro del marco de la mies de oro de los trigales.

. . . .

Allá á lo lejos el coche fúnebre pasa muy lento . . . Y reflexiono: ¡Cómo tarda el entierro de lo que ha muerto!

Los piquetazos lo han destruído todo. *Eso,* putrefacto, apesta . . . ¿. . .? Sí! Y también son culpables los caballos del convencionalismo y el prejuicio.

No les rompáis las patas; picadles, que ya llegarán!

La Plata.

El viento sopla recio.

Noche triste, negra, de insomnio, de invierno.

Un silbido intenso, prolongado, ascendente y descendente, de ulular quejumbroso, penetra por las rendijas de mi puerta . . . Y uno se siente solo, apartado, lejos . . . ¿Y los otros? Duermen tranquilamente. No saben de la grandeza fosforescente del solitario . . . Y estos cerebros nuevos, sin prejuiciosidades, anormales si se quiere, están cada vez más ensimismados, más consigo . . .

Son horas semi-negras, . . . Remembranzas, reminiscencias de algo, que hacen sufrir y gozar al que padece . . :

Después, todo cae extenuado. ¡No se puede más!

Es el peso de una educación bastarda que hizo al místico!

Estudien los psicólogos á estos modernos cantores, que luchan, característicos de una época de febrilidades impacientes! Hermoso tema el que presentan estos sublimes poetas que yo amo, que llevan palpitante en sí, vibrando como un augur, el color rojo de sus trágicas neurosis!

Allí, en esas retinas, hay algo explorador de mundos nuevos.

—

Duerman los soñadores; restauren sus fuerzas para las luchas diarias. Y eduquen á los que vienen, — basamentos de aquella Humanidad de hombres libres, de corazones amorosos . . .

¡Que los corpúsculos prejuiciosos que en la sangre quedan, se irán extinguiendo ante los rojos, que los suplantarán . . . Hasta que se haga el Integro!!

FERNANDO M. DEL INTENTO.

Pascuas primaverales

Primavera.—Los plátanos
Vuelven á retoñar, y su follaje
De un verde amarillento de cimófana
Se destaca en la calle
Como un haz de madroños agitados
Por la brisa; en el aire
Hay comunión de aromas; los recuerdos
En el alma renacen
Y hay sangre en las mejillas de las vírgenes,
Y hay plétora en la flora del paisaje.

Pueblan las avenidas
Frufrús de seda y gorgoritos frágiles
De femeninas voces; errabundos
Pajarillos se posan en los árboles;
Flores de madreselva sobre el césped
De los jardines caen,
Y están de fiesta todos los espíritus
Y todas las conciencias en el parque,
A la sombra dulcísima
Que dilatan los sauces.

¡Oh, el perfume divino
Que oculta entre los pliegues de sus chales
La virgen Primavera y se derrama
Sobre el negro florón de mis pesares!
¡Oh, la eterna alegría
Del pájaro en la selva! ¡Oh, el tremante
Corazón de las frondas donde quiebra
El sol sus rayos invadiendo el parque!

—

¡Salve á ti que presides la agonía
Fugaz del tedio, Primavera, salve!
Cuando á mi huerto vienes mi tristeza
Se convierte en la gloria de mis tardes.

. . . .
. . . .

Primavera, contigo
Reflorece el jardín de mis ideales.

PÉREZ Y CURIS.

Ideas

Del libro "Alma Trágica"

Para el artista que no ahoga su fantasía en el mero sensacionismo, hay en la estética de la línea tal cantidad de Dios, talvez mayor, inmensamente mayor, que la que cree columbrar el asceta desde su reclusión claustral.

***

Los individuos que, por la promesa de la gloria futura que les asegurará el perpetuo goce,— hanse petrificado en la frase de Kempis: *vanidad es amar la presente vida; vanidad es amar lo que tan presto pasa,* — han ido mutilando lo que de Dios existe en la Naturaleza, con ese régimen impuesto de espantosa y estéril soledad.

***

En el arte como en el amor se opera el prodigio de la fecundidad. La vida es su más bello florecimiento.

***

¡Oh pensamiento! en vano te esfuerzas por abarcarlo todo, con tu vuelo audaz; en vano es que tu implacable bisturí vaya disecándolo todo...

... El poder de tu visual centuplicóse con el poder de la lente, y, con el ansia suprema del que desea, arañaste el rostro de lo *infinitamente sombrío,* sin poder conseguir nada de la verdad que te proponías:

... Está fuera de ti, escapa á tu poder, el llegar hasta el fondo del *supremo misterio.*

Ayer como hoy, y hoy tal vez como mañana, te seguirá oprimiendo la X indescifrable de la vida.

Gravitó sobre ti, como un enorme peso oprimente, la serenidad de las esferas, y tu alma fué á enriscarse en los témpanos polares de la duda...

***

¡Harmonía, harmonía divina...! Tu ritmo produce mi embriaguez... Obsesionado mi pensamiento de la sublime forma bella, sigue tu vuelo hacia el azul, lo seguirá eternamente, aun cuando quede la materia, como un oriflama rojo—sangrando en los picachos de tus cumbres.

... Quieres hacernos transparentes, y tus esfuerzos por convertirnos en luz, nos van carbonizando lentamente en el deseo...

No importa: de las mutilaciones de la carne surgirá triunfal la poesía del dolor; y hacia ti irán; Amada de mi vida y de mis sueños, las blancas mariposas de mis poemas, á esparcir el polen de mis caricias en la rosa encarnada de tus labios.

I. Rodríguez Martín.

Espinas y flores

Para Apolo.

Rompieron las fibras sensibles del alma,
Los roncos gemidos de acerbo dolor;
Perdida la dicha, perdida la calma,
Vago por el mundo, mendigo de amor!

—

Horrible jornada! ¡Qué largo camino!
Cubierto de espinas, sembrado de abrojos;
Con furia implacable llenóme el destino,
De acíbar los labios, de llanto los ojos!

—

Crucé la comarca de los desengaños,
Do arraigan las flores de las decepciones;
Llevando girones pasaron los años,
Del manto de armiño de mis ilusiones!

—

Tan solo me dieron espinas las flores,
Tan solo del viento gemidos sentí;
Negóme la brisa sus dulces rumores,
Ví sólo tristezas en torno de mí!

. . . .

Al fin tras la noche, surgió en lontananza,
El astro bendito que luz irradió;
Trayendo en sus rayos la dulce esperanza,
Con besos de fuego, mi sien coronó!

—

Un ángel rodeado de luz rutilante,
Plegando sus alas, pasó junto á mí;
Con voz que escuchaba mi alma anhelante,
Borró mis pesares, hablándome así:

—

«No llores, no llores! Jamás en la tierra
«Perduran las horas de amargos dolores;
«Por siempre en el fondo del alma se encierra
«La dulce esperanza con sus resplandores!

« No temas de nuevo volver á la lucha,
« Si vuelven las sombras, tu faro seré;
« Mas yà se alejaron, y sólo se escucha
« El himno grandioso de amor y de fe!

—

« Levanta la frente mirando hacia el cielo,
« Un ser en la tierra, su amor te dará;
« Con hondas ternuras, colmando tu anhelo,
« Tu lira cansada, feliz templará! »

—

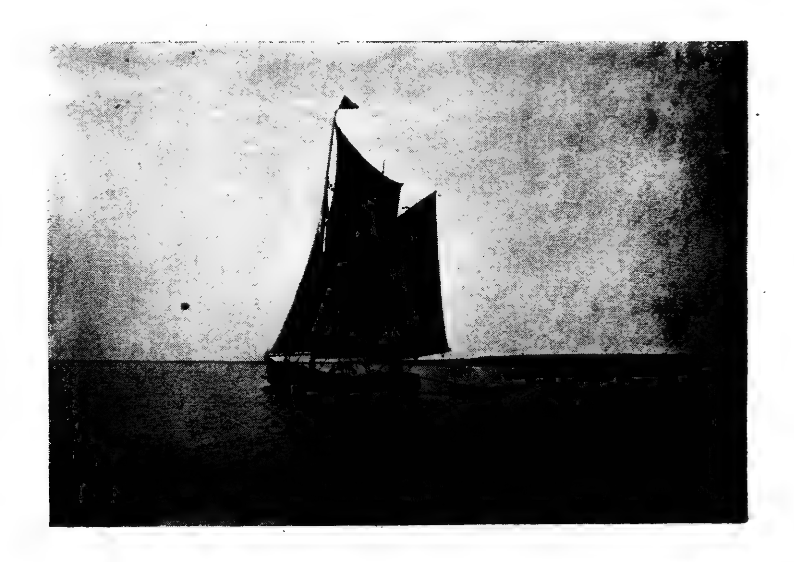
Dejando rumores del rítmico acento,
De nuevo sus alas, el ángel batió;
Y hacia las regiones de azul firmamento
Do moran los dioses, su vuelo emprendió!

. . . .

Oh! sí, desde entonces, soñando he vivido
Con esas mujeres de ardientes miradas;
Oh! sí, desde entonces, mi mente ha tejido
Diademas con flores, del alma arrancadas!

Alfredo Ramela.

Montevideo.



Poetas nuevos

Tus ojeras

Para Apolo.

La azulada penumbra de tus grandes ojeras
Dilata los misterios de tus noches calladas,
Y cuando en el espacio sumerges las miradas
Se adivina el connubio de tu alma y tus quimeras;
Cuando alumbras tu boca con sonrisas veladas
Parece que en los pliegues de los labios sintieras
Aletear intranquilas como aves prisioneras
Gratas y turbadoras las caricias soñadas.

¡Oh, los dulces misterios de tus noches ocultas!
En vano en el secreto de tu alma los sepultas...
¡Oh, tus ansias extrañas de ignoradas delicias,
Sueños incomprensibles, eróticas quimeras,
Trinos, suspiros, flores, besos, astros, caricias,
Todo brilla en el fondo de tus grandes ojeras!...

FERMÍN GARICOÏTS.

Ensoñación suprema

Para Pérez y Curis.

Al evocar los besos que tu boca
Me diera en el espasmo de un exceso,
Sorprendióme la noche en embeleso,
Solitario, gemir, junto á una roca...

—

Soñaba con tu espíritu de loca...
Y muriente de amor, sentíme opreso
En el fuego candente de tu beso,
Porque á la llama de mi amor provoca.

—

Y te estreché en mis brazos, desmayada
En ansias y placer...— Abandonada,
Te mecía al capricho de mis besos.

—

Y te oprimía en convulsión extrema,
En delirante ensoñación suprema,
Perdido en el ardor de mis excesos.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo, de 1907.

A una gatita mimosa

Para Apolo.

Conozco una gatita displicente
de tan flexible cuerpo tentador,
que me consume la esperanza ardiente
de convertirme en gato seductor.

Traidora en su mirada, suave el pelo,
tan terso y suave, que con gozo ufano,
siento la sensación del terciopelo
si acaricio su lomo con la mano.

Y si alza su mirada soñadora
y una caricia lánguida le imprime,
siento en lo hondo del alma algo que implora,
siento en lo hondo del alma algo que gime.

En locos desvaríos, un tejado
vislumbro con deleite en lontananza
y sobre él á un gatito enamorado
paladeando la miel de una esperanza.

Sin que una fibra de su ser conmueva
la noche oscura, aguarda con anhelo,
á una felina seducción que lleva,
en sus ojos azules todo el cielo.

Y en brazos de mil dudas maldecidas,
gime y espera en vano á la traidora,
con ansias de matarse, mas no ignora.
que es un gato y que tiene siete vidas...

Luego, transida el alma de amargura
ante la indiferencia de la amada,
como al conjuro de una voz malvada
huye y se pierde entre la noche oscura.

Mientras en una habitación risueña,
sobre la curva mórbida de un brazo
dormita la gatita en el regazo
tibio y amante de sn dulce dueña.

Y oh! poder misterioso del destino!
cómo se cumple tu fatal sentencia
en un caso que niega la conciencia
por macabro, romántico y... felino!

En el fondo de frías lobregueces
la noche aquella, viose inanimado,
el cuerpo de un gatito desdichado
suicida pasionista siete veces!

José Viaña.

Poetas nuevos

Alborada

Para la Sta. C. Marino.

El sol á las nubes
de púrpura pinta con pincel de mago,
dora las espigas,
á las hierbas dora,
mientras en sus rayos vagan los querubes
que alegran los parques.
Un indicio vago
de la noche, flota
por entre las hojas en la espesa selva,
y en el lago vése retratado el cielo
cual si el lecho fuése del tranquilo lago.

—

Poblado está el campo de graciosas flores
que la brisa embriagan con aromas suaves
y en las arboledas cantan sus amores
en sublimes himnos, las risueñas aves.

Caen de las hojas
como hermosas perlas, gotas de rocío
que la tierra absorbe,
y las labradoras
recorriendo el surco, cantan como alhojas
las canciones dulces
que del bello estío
himnos son de gloria;
himnos que acompañan los pausados pasos
de los bueyes tristes que el arado arrastran
siempre divagantes en su mudo hastío.

—

Poblado está el campo de graciosas flores
que la brisa embriagan con aromas suaves
y en las arboledas cantan sus amores
en sublimes himnos, las risueñas aves.

Alberto R. Macciò.

NUEVO CANJE

Archivos de Psiquiatría y Criminología. — BUENOS AIRES. — Hemos recibido el número correspondiente á Septiembre-Octubre de 1907 de esta interesante revista que dirige el doctor José Ingegnieros.

Como esta publicación está por encima de todo elogio, dada la singular competencia de su director, publicamos su sumario como mejor tributo:

« José L. Pinedo »: « Educación de los niños retardados »; « Lucas Ayarragaray: « El suicidio en las campañas argentinas »; « Genaro Sixto: « Tratamiento metatrófico de la epilepsía infantil »; « José Ingegnieros: » « Liberación y abandono de alienados delincuentes »; « José Ingegnieros » « La alienación mental y el delito »; « José Ingegnieros »: « Los alienados y la ley penal »; « Lucio V López y A. Agudo Avila: « Disimulación en los delirantes sistematizados »; « Manuel C Barrios y Leónidas Mendaño »; « Responsabilidad y alcoholismo »; « Baltasar S. Beltrán »: « Histerismo y Responsabilidad »

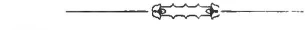
Agradecemos el envío y establecemos el canje correspondiente.



REPRODUCCIONES

De nuestros números anteriores han hecho reproducciones los periódicos siguientes:

El Cojo Ilustrado, Caracas: « Marea Vespertina », por Miguel Luis Rocuant; *La Tribuna Libertaria*, Montevideo: « Ripios Políticos », por Pérez y Curis; *Vida Nueva*, Florida: « Para mi nido », por Vicente Medina; *El Iris*, Villa del Cerro: « El Baño », por Julio Herrera y Reissig; *Vida Nueva*, Florida: « Cantinela », por Vicente Medina; *El Iris*, Villa del Cerro: « Extasis », por Pérez y Curis; « Miserere », por Juan Picón Olaondo; *Vida Nueva*, Florida: « Sonetos », por Carlos Zum Felde.



ERRATA IMPORTANTE

En el cuento « Vida » de nuestro distinguido colaborador Luis Roberto Boza, aparecido en el número anterior de APOLO, omitimos involuntariamente una frase que altera el orden de todo un párrafo.

A la frase:

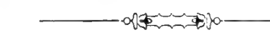
« *Vuelvo los ojos sobre aquella pobre mujer, que extiende aún en el implacable vacío su mano descarnada* »,

sigue la siguiente:

« *Pasa una sombra, una negra sombra que avanza lijera* »,

y después:

« Es un clérigo, etc. etc.



APOLO — NUMERO DE ENERO

Nuestro número extraordinario tuvo un éxito enorme. Lo esperábamos, á pesar de nuestro ambiente caldeado ya por la envidia.

A nuestros amigos y camaradas de Hispano-américa, les comunicamos, al agradecer su concurso, que el 1.o de Mayo del año corriente publicaremos un número similar á ese.



LIBROS RECIBIDOS

A nuestra mesa de redacción han llegado los siguientes libros recién publicados:

« Crítica del Genio », por Pedro Sonderéguer. « Almas de Fuego », por Felipe Sassone. « Los problemas de la libertad », por Carlos Vaz Ferreira.

Prometemos ocuparnos de ellos en el próximo número.

APOLO

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY
Y LA ARGENTINA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica.	$	0.15	oro
» de lujo.	»	0.20	»

❋ ❋ ❋

Administrador: LUIS PÉREZ (Ejido 190)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

APOLO

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis ✢ Redactor: Perfecto Lopez Campaña
Secretario de redaccion: O. Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Imp. «La Rural», de E. Ramos — Florida 81 y 92

APOLO

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGIA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 13. Montevideo — Buenos Aires, Marzo de 1908.

Un Congreso del Libre Pensamiento en París (1905) [1]

Para *Apolo*.

. . . .

Desde luego no es la primera vez que los librespensadores del mundo se dan cita en una ciudad y discuten los temas que se relacionan con su doctrina. El congreso que tuvo lugar en Roma el año pasado está todavía presente en la memoria de todos Pero lo que da esta vez una resonancia particular al asunto es, no sólo el reciente triunfo del Estado sobre la Iglesia en Francia, sino también la importancia trascendental de los problemas que se van á tratar este año y el renombre indiscutible de los llamados á tomar parte en los debates. El químico Berthelot en nombre de Francia, el profesor Sergi en representación de Italia, Ernesto Haeckel por Alemania y muchos otros sabios de diversos países van á discutir el plan de una nueva enciclopedia, á dar las bases de una moral laica, á desentrañar las condiciones y las consecuencias de la separación de la Iglesia y del Estado, á organizar la propaganda universal del libre pensamiento y á delimitar las relaciones de éste con el pacifismo y el progreso social Alrededor de tan ancha base se ha preparado una fiesta para que los liberales del mundo fraternicen durante una gran semana triunfal en que serán recibidos por los consejos municipales, inaugurarán estatuas, asistirán á un banquete de dos mil cubiertos y crearán una agitación que tiene que influir naturalmente sobre la vida Por eso y porque el próximo congreso universal del libre pensamiento tendrá lugar en nuestra ciudad de Buenos Aires en 1906, creo que pueden resultar interesantes los juicios y las previsiones de mis dos amigos ilustres.

—

El doctor Petitjean es reservado en la cortesía y cortés en la reserva. Bajo su levita cuidada palpita la voluntad de un hombre robusto y ágil, de mediana estatura y de ademanes sobrios. La barba, más blanca que gris, envuelve una cara toda rosa y toda afable donde «ironizan» dos pequeños ojos muy vivos. Tratado de cerca, tiene mi interlocutor silencios acariciadores, frases felices y mucha llaneza en la manera de ofrecer la mano De lejos aparece un tanto hostil... Su celebridad en las antesalas (¿ he dicho que es senador ?) deriva sobre todo de los puntos suspensivos de sus párrafos. Es el hombre que sabe dar mayor alcance á una sonrisa Pero no por eso desdeña la exactitud y la prudencia Porque si padece también de la manía infantil y tradicional de los médicos que aun en medio del diálogo más indiferente imaginan en el que les habla un caso agudo de neurosis, no ignora que otros pueden hacer uso de perspicacias igualmente aventureras y se mantiene á la defensiva escondiendo su meridionalismo bajo una lentitud artificial.

---

(1) De un libro en prensa: Burbujas de la vida.

— Todo va saliendo á maravilla, — me dice ofreciéndome un taburete en la gran habitación atestada de circulares y folletos donde trabajan febrilmente diez secretarios; — el congreso será como ninguno. De Francia hemos recibido treinta mil adhesiones Los grupos feministas, las sociedades científicas, las universidades populares, las cooperativas, los centros libertarios, los núcleos antimilitaristas y hasta algunos sindicatos y sociedades de socorros mutuos, acuden en masa á traernos el apoyo de toda una población consciente. Podremos estar orgullosos de nuestra fiesta. Cuando los representantes de la fracción libre de cada nación inauguren frente á la basílica célebre el monumento del caballero de la Barre quemado en 1766 por no haberse descubierto ante una procesión, algo sutil y al mismo tiempo poderoso va á salir de Parìs para desparramarse por el mundo ..

— ¿ Y los delegados extranjeros ? - me permití interrumpir — ¿ serán también muy numerosos.

El doctor Petitjean tuvo uno de esos gestos casi imperceptibles, pero elocuentísimos que son la esencia de su carácter.

— Todas las naciones estarán presentes – repuso — y algunas delegaciones, como la de Bélgica. vendrán en trenes expresos y hasta con sociedades corales. Tendremos un delegado chino.. Demás está decir que las diferentes repúblicas de la América del Sud, tan resueltas y tan atrayentes, estarán representadas con brillantez. A la cabeza de ellas, como usted sabe, la Argentina ..

El delegado agradeció con un saludo y el cronista volvió á empezar:

— Y para el congreso de Buenos Aires en 1906, ¿ qué previsiones podría usted formular ?

— Varias. Entre ellas una personal: que estoy resuelto á asistir á él. Nada va á ser más interesante que esa excursión colectiva al continente joven para activar allí la circulación de la buena savia. Sin contar con los beneficios que ello traerá á la idea por que luchamos, se me ocurre que esa gran asamblea universal, congregada en la capital de un nuevo mundo, tiene que abrir también insospechados horizontes de intercambio comercial á los productores y consumidores de todes los paises Porque nosotros no somos simples sectaríos, sino hombres de ideas avanzadas que lo abarcan y lo comprenden todo. Los delegados franceses por lo menos, serán en su casi totalidad hombres públicos ó grandes industriales que, sin quererlo quizá, darán al viaje una doble significación. Nada puede impedir que fuera del fin esencial que nos conduce, observemos en torno y descubramos posibilidades y exigencias que desde lejos nos escapan. Unos lucharán al volver en los parlamentos por modificar las tarifas aduaneras; otros crearán en su industria nuevas corrientes comerciales, y la visita de orden político tendrá al fin, como todo en estos tiempos de unificación y de síntesis, sus resultados generales ..

Para ver á Furnemont tuve que volver á estar en contacto con esa ciudad maravillosamente sonriente y hospitalaria que se llama Bruselas.

En el camino desde la estación hasta el café donde pedimos los dos grandes vasos de cerveza rubia pude observar lentamente á mi compañero.

León Furnemont, diputado y consejero municipal de Bruselas, hombre de fortuna, fundadar de varias cooperativas y secretario de la Liga internacional del libre pensamiento, es uno de los intelectuales más estimados de su país y, después de Vandervelde, el que mejor traduce el alma de esa democracía activa que va ganando terreno é imponiendo sus concepciones á la nación. De estatura mediana, más bien flaco, nervioso, de ojos muy vivos, es, con su barba en punta, un tipo original y simpático. El traje negro que lleva con descuido y el sombrero de paja que da no sé qué perfil juvenil á su cabeza, donde abundan los cabellos blancos, hacen de él

una figura campechana y atrayente, que cabe con la misma autoridad en el café elegante donde comimos por aventura, y en la Casa del Pueblo donde tomamos el café más tarde en compañía de un grupo de electricistas

—Nuestros congresos del libre pensamiento — me declara Furnemont no puedan asustar ya á nadie. En otros tiempos tuvimos que luchar contra terribles obstáculos Hoy todo concurre á darles brillo. Y el que tendrá lugar en París será seguramente el de más resonancia entre los realizados hasta ahora. No en vano ha habido un ministerio Combes y una cámara capaz de votar la separación de la Iglesia y del Estado París es hoy nuestra Roma laica. En ella se reunirán dentro de algunas semanas los emancipados de todo el mundo para afirmar su deseo de desligar definitivamente la tradición de la vida .. Y de ese acercamiento de los mejores espíritus surgirá más vigorosa la voluntad de todos ...

— ¿ Piensa usted ir á Buenos Aires para el congreso de 1906 ?

— Iré; y aprovecharé el viaje para conocer el interior de la República Argentina Es un país que me interesa y me atrae más que muchos de Europa, porque veo en él no sé que audacia juvenil llena de promesas ... A mi juicio, el congreso de Buenos Aires de 1906 será un acontecimiento ruidoso y comentado. Por la primera vez en la historia una ciudad sudamericana servirá de punto de cita para discutir asuntos de interés universal

Ello equivale á incorporar á Buenos Aires, á los grandes centros de Europa y reconocer oficialmente su importancia y su categoría... Lo único que tememos es que las autoridades, mal aconsejadas por algún grupo enemigo, pongan trabas á la realización del congreso ó dificulten su obra ..

Aquí se imponía una aclaración incidental:

— Es innegable — le dije — que algunos gobiernos nerviosos y expeditivos han dado á ciertas regiones de Sud América una reputación enojosa que autoriza los temores formulados. Pero cabe afirmar que en este caso no tendremos que lamentar ningún tropiezo. La posición y la autoridad de los organizadores, entre los cuales figuran las firmas de Augustin Alvarez, Pablo Barrenechea y Juan Balestra, así como la celebridad de muchos de los delegados extranjeros que se aprestan á concurrir, haría imposible toda tentativa de mal humor. Antes bien, se puede predecir que el poder facilitará, dentro de los límites que le impone su abstención teórica, la tarea de los congresistas y hará gala del más amplio liberalismo. No faltarán desde luego los que insinúen medidas prohibitivas. Pero la casi unanimidad del país sabrá practicar la amplia hospitalidad que se impone. Y es casi seguro que más de un adversario hará abstracción de sus preferencias de doctrina y callará sus rozaduras para no pensar más que en la necesidad de recibir cortesmente á un núcleo de ilustres delegados extranjeros. Puede usted tener la convicción de que la actitud de las autoridades será ampliamente alentadora. Aunque se sientan molestadas por el matiz político avanzado que inevitablemente imperará en el congreso, pugnarán por imponerse una sonrisa, porque no ignoran el remolino que el menor gesto brusco podría producir en la opinión nacional y en la europea..

— Siendo así, — reanudó Furnemont, — nada se opone al éxito de esa primer reunión de libres pensadores en el nuevo mundo ... Será un congreso histórico que nos permitirá ver de cerca un país extremadamente simpático. Me han dicho que en Buenos Aires hay ahora un millón de habitantes ...

— Exactamente ...

—A pesar de eso me asombra que tengan ustedes una prensa inverosímil que no puede ser comparada más que con la de Londres ó la de Norte América ...

Y terminada la «interview» en la terraza del café invadida por el

crepúsculo, seguimos conversando de cosas varias, que se esfumaron lentamente, como el humo de los cigarrillos.

—

De las dos breves entrevistas se deduce una moraleja que conviene precisar en medio párrafo.

Los pueblos de la América del Sur empiezan á abandonar su papel de eternos espectadores, para compartir con los de Europa la dirección de la vida. Ya no se les considera como una dócil sucesión de ceros destinados á corear las resoluciones tomadas sin consultarlos. Al empuje de una juventud preparada y resuelta que logra horadar los muros antes impenetrables del mundo viejo, nuestros países se incorporan al movimiento universal y empiezan á ocupar dentro de él el puesto que les corresponde. Una vez reconocida su personalidad moral por Europa, sólo les queda la tarea de aumentar su prestigio hasta igualar el de los demás países. Lo difícil era hacer tomar realmente en cuenta nuestras banderas jóvenes. Obtenida esa satisfacción, las otras vendrán de por sí, porque sólo dependen de nuestro esfuerzo. Y la América del Sur tendrá que agradecer este primer triunfo colectivo á Buenos Aires, que ya empieza á ejercer una justa hegemonía intelectual sobre el resto del continente.

MANUEL UGARTE.



Venus burguesa

Para APOLO.

Su falda suave, rozando
La baranda de un balcón,
Una joven, suspirando,
Los pétalos va arrancando
A un crisantemo nipón

Y como deidad gloriosa
Por un cuento de Rubén,
Los va guardando orgullosa
En una cajita hermosa,
Como un diminuto edén.

Su mirada está pendiente
En algo ignoto y solaz,
Pues no repara el hiriente
Resplandor de Febo ardiente,
Que nimba de oro su faz

Ni advierte en unos claveles,
Que sonriendo en un jarrón
Exhalan voluptas mieles,
Que llegan á sus vergeles
Como heraldos de pasión.

Ni repara que la brisa,
Fresca, lozana, sutíl,
Juguetona se desliza,
Por la plegada camisa
De su alabastro gentíl...

Nadie consigue sacarla
De su alígero soñar,
Ni el rayo que fué á nimbarla,
Ni la flor que va á sahumarla,
Ni la brisa en su pasar!

Qué aspavientos de grandeza
Prodiga su corazón?
Fingirá ser la princesa
Que derrochando belleza
Cruza un gótico salón?

O soñará con las gemas
De Golconda y de Ceilán,
O con las estratagemas
Que en eróticos poemas
Le cuente un bardo galán?...

No absorben su fantasía
Sortilegios de marfil,
Es joven, rica, Harmonía
Rimó su excelsa poesía
En su todo juvenil.

Y su áurea falda, rozando
La baranda del balcón,
Sigue absorta, suspirando,
Los pétalos arrancando
Al crisantemo nipón!

OVIDIO M. BARRANCOS.

Chivilcoy, (R. A.)

Aurelio del Nebrón



AUTOR DE «DOMUS AUREA»

Lápidas

Para Manuel Pérez y Curis, de Montevideo, como una reminiscencia y como un símbolo.

En el alba

Alba primaveral: una fontana
rumorea, un jardín hace eclosiones
y un jilguero esmelita sus canciones
vierte tras el cristal de tu ventana.

Es tibia y odorante la mañana;
se estremecen de amor los corazones
y yo siento tremar mis ilusiones
porque esperan que entreabras tu ventana.

Pero, por qué no sales, dulce hermana,
á mirar como rompen los botones
su prisión y á mirar mis ilusiones
que te aguardan mañana tras mañana?
Ya la aurora se fué y por tus traiciones
mis ensueños murieron, dulce hermana.

En el crepúsculo

Un paisaje de mar: en lontananza
el sol, amortajado en los alcores,
muere. Ya en los estratos no hay colores
y ya la noche silenciosa avanza.

Un paisaje de mar: en cuanto alcanza
mi pupila á mirar, sólo hay dolores,
dolores, por la ausencia de calores,
que huyeron con el sol por lontananza.

Ya mis ojos no tienen esperanza
de encontrarte, oh ilusión de mis amores!
Ya murieron mis pájaros, mis flores
muertas también están por tu tardanza:
oh ilusión de mi vida!, en los alcores
murió el sol, y en mi pecho la esperanza.

En el conticinio

La luna en el cenit: noche de estío
nemorosa y ardiente. En la pradera
cierne su cabezal una palmera
mientras solloza en la hondonada un río.

La luna en el cenit: Como un navío,
del cielo por la vasta sementera,
boga una nube rápida y ligera
en esta noche cálida de estío.

Dondequiera hay calor, ensueño mío,
dondequiera hay ventura, dondequiera
se ve felicidad en la pradera:
sólo en mi corazón hay mucho frío,
y solloza mi alma que te espera
como solloza en la hondonada el río.

En otro crepúsculo

Honda desolación: del campanario,
como lánguidas notas de salterio,
difundiendo su fúnebre misterio
las campanas congregan al rosario.

Honda desolación: del milenario
alcázar de la muerte — el cementerio —
surge un anciano encanecido, serio,
que es sin duda el guardián de aquel san[tuario.

Me atrevo á preguntarle si al osario
no han llevado tu cuerpo, y con imperio
me responde el fatal livitinario:
— No turbes de estos campos el misterio:
aun vive, pero su alma, es un osario,
y tú duermes en ese cementerio.

Otoño de 1907. — México.

En mis meditaciones

Oh corazón infiel; por qué viniste
á envenenar mi plácida existencia?
si sabías que te amaba con vehemencia,
oh corazón infiel; para qué huiste?

Desde el alba invernal en que partiste
negándole á mi vida tu clemencia
mi alma está, desgarrada por tu ausencia,
inmensamente acongojada y triste.

La pluma á describirlo se resiste
pero es más que mi orgullo la dolencia
que me causa el rigor de tu inclemencia;
y estoy triste, ilusión, estoy muy triste!...
si no habías de tardar: por qué viniste
á envenenar mi plácida existencia?

FRANCISCO CÉSAR MORALES.

Vida

El crimen voluptuoso

Para Apolo.

«Es una obsesión que me porsigue, que no déjame reposo. No es, propiamente, un deseo sexual lo que me atrae hacia ella. No. Es algo más intenso, más enorme y monstruoso que no puedo ni explicármelo. Son extravagantes delirios, ansias febriles de voluptuosidades hondas é indefinidas, que me abrasan las sienes, sécanme los labios y hacen correr por mi epidermis violentos calofríos que se tornan luego en apagadas y tibias sensaciones, como una onda acariciante que corriera por mis nervios enardeciéndome la sangre.

Noche á noche espero la hora en que ella duerme. No plego los ojos pensando con cierta voluptuosa sutilidad, en *esto*. Muchas veces me he levantado, al amanecer, y de puntillas, cautelosamente como un ladrón, me he arrastrado por la alfombra, para acercarme á su lecho . . . Sin embargo, algo me contiene Un lijero rumor, venido quién sabe de dónde, me ha asustado, casi helándome He sentido angustiosas palpitaciones. Un sudor frío ha corrido por mis sienes, y en mi cabeza, los cabellos como multitud de agujas, hánse clavado en mi cráneo . . ¡Cuánto tiempo ha durado mi incertidumbre, mi dolorosa agonìa? Un minuto, un año, millones de siglos.

He vuelto á mi cama. Me he arrojado de bruces, mordiendo las sábanas, ahogando mi dolor entre las plumas del edredón. Luego me he puesto á sollozar, como un imbécil.

Anoche, las tinieblas invadían el dormitorio. Al través de esas tinieblas yo veía claramente sombras pálidas que pasaban inclinadas ante mí. Luego, un largo desfile de visiones, blancas mujeres que estiraban sus cuellos, sus cuellos tentadores, que tomaban las proporciones de extrañas serpientes

Calladamente me levanté y acerquéme á su cama Mi amada dormía ¡Qué bella estaba! Acerqué mi boca á sus labios, y bebí con fruición todo el ardoroso chorro de su hálito. Contemplé su cuello — ah! su cuello! — albo como tallado en espumas, sus pequeños senos que erectaban como dos alas encarrujadas de cisnes en reposo. ¡Estaba tan bella! Sentí en mis manos el obsesionante cosquilleo de tocarla, de magullar su carne blanca, azulosa, de hundir en su mórbida garganta mis trémulos dedos, como agudas garras Ah! Con qué delicia rasgaría su carne, sentiría el glu-glu de su sangre, al estallar!

Sí . . Es un agudísimo deleite, una sensación voluptuosa rara y honda . . . Mis dedos, hundidos entre la grácil curva de sus senos, resbalan con cierto goce inefable Hasta el aire parece impregnarse en enervantes efluvios de raras plantas de Arabia . .

De pronto, lanzó un lijero grito. Entreabrió un tanto los párpados, volvió su cuerpo al lado contrario, y continuó durmiendo . . . Un bulto grisáceo, sedoso, un pequeño fant sma, se alzó en el lecho, y empezó á mirarme con ojos fosforescentes de brillar ígneo . . . Ah! Es «Rip», su gata «Rip»! Maldito animal! Los ojos de la gata se fijaban en mí con escrutadora fijeza, impenetrables, acusadores, inflexibles, como dos grandes y líquidos topacios. Toméla con rabia, y entre la tenaza de mis dedos, la estrangulé.

—

¿Qué me dijeron sus ojos? No lo sé Pero es lo cierto que cuando al día siguiente mi querida, entre hon-

dos sollozos, presentóme la cabeza dislocada del animal, yo volví á ver sus ojos fijos en mí con imperturbable fiereza, como una muda acusación, y sentíme horrorizado, tuve miedo de algo siniestro y macabro, y por mis ojos pasó la visión de una ergástula, de un patíbulo erijido allá, en los terrenos malditos sin sol y sin riego . . .

Y, sin pretexto aparente, eché á mi querida á la calle, y mientras la pobre sollozaba de rodillas á mis pies, pidiéndome que no la abandonara á ella que me amaba como un perro, yo protestaba interiormente de mi destino que me obligaba á arrojar al arroyo á la mujer amada, para no matarla . .

Y sin embargo, doctor, no soy un asesino . . . ! — concluyó.

El doctor calóse los lentes de cristal, tosió un momento y le miró perplejo.

A su frente, en la suave penumbra del estudio, un Hipócrates parecía hacer muecas, sonriendo despreciativamente con su fría sonrisa de mármol, desde el alto solio de su pedestal Luis XV.

Y hasta una mosca irreverente había ido á detenerse en la nariz de un evanjélico Pasteur, tranquilo, apacible, cierto de la simpleza de los hombres, á quienes había disecado también, junto á la redoma de sus experimentos patójenos, en su laboratorio de cerebros fósiles y de virus intoxicantes.

— Qué me dice usted, doctor ? — exclamó el consultante. — ¿ Qué remedio podrá darme usted ? . . .

— ¿ Remedio ? — contestó el médico con un gesto de abatimiento, mirando sombríamente los librotes de su estante. — ¿ El remedio ? . . ¡ El remedio se lo darán á usted en el Manicomio !

LUIS ROBERTO BOZA.

Santiago de Chile. 1908.

La Musa del prisionero

Para APOLO.

Arias tristes

Arias tristes mis rondeles
Son, y los tristes momentos
Que aquí vivo son tormentos
Que me atormentan crueles.

Huyen, amigos infieles,
De mi lado los contentos,
Y sólo beben, sedientos,
Mis labios amargas hieles.

¡ Ay ! En mi cárcel sombría
Si de tu boca las mieles
Yo libara, vida mía,

En primorosos joyeles
De una rica pedrería
Se trocaran mis rondeles !

Cárcere duro

Tiene esta cárcel obscura,
Como un círculo dantesco,
Un « patio » tintamarresco
De miseria y desventura.

Aquí, con vicio en hartura,
Hay un reposo chinesco
Y un saltar funambulesco
A la muerte ó la locura.

Dice el Dolor sus ardientes
Frases, punzantes é hirientes,
En los hijos del Delito,

Y de la Noche más largas
Son sus horas, más amargas
Si alza su conciencia el grito.

ADRIANO M. AGUIAR.

Muerte Blanca

Para Apolo.

Morías como un pájaro en su nido,
en tu trono emoliente de escarlata;
tus dedos picoteaban al descuido
la fresa que asomaba entre la bata . . .

A ratos delirabas la sonata
que te inspiró un amor desvanecido
y, oh, Suma Gloria, con la aurora beata
se abrió á tus ojos un Edén florido.

Plegóse en suavidades de paloma
tu honda mirada. Un religioso aroma
fluyó del alma entre los labios flojos . . .

Y florecieron bajo tus pupilas,
como sonrisas muertas de tus ojos,
dos diminutos pensamientos lilas ! . . .

Julio Herrera y Reissig.

Montevideo, « Torre de los Panoramas ».

Pequeñez

A madame Clémence Malaurie. — En Buenos Aires.

Para Apolo.

Allá un jardín de luz que exorna el cielo,
un jardín de jacintos y topacios,
contemplo en esas noches de desvelo,
y va mi pensamiento en raudo vuelo
como águila que se hunde en los espacios,
y escucho lo que dicen las estrellas,
que así exclaman : — Inútil es tu empeño,
oculta tu dolor y las querellas
y ahoga en tu garganta aquese grito !

¡ Molécula del Cosmos !
¡ Cuán pequeño
eres !, — me dicen con piedad los astros
en su lenguaje de sidéreos rastros,
y torno á mi rincón del Infinito,
oculta entre mis brazos la cabeza,
y caigo y me sepulto en la tristeza
como si fuera un satanás proscrito . . . !

Lisímaco Chavarría.



María H. Sabbia y Oribe

Nuestro castellano y el modernismo

A José Enrique Rodó

Para Apolo.

No tanto como haber nacido un nuevo idioma Todavía no tanto como necesitar los de acá poner lindero en el término del español que escribimos, para destacar más claramente una querida y pintoresca propiedad. Ya nos distinguimos pero aun no es tiempo de, ni conviene fijar fronteras.

Estado tal debe complacernos porque en nada desvirtúa una agradable fraternidad con los hijos de la distinguida abuela España que nos legó al menos un ligero donaire y un algo de gracia caballeresca

Es indudable que entre los dorados ensueños del espíritu americano figura la posesión de un lenguaje tan suntuoso y tan peculiar como nuestra flora. Acaso es la más estimable de mis esperanzas ésta de que la actual juventud literaria pueda realizar ese ofrecimiento precioso en honor de nuestra querida América y del intelecto universal.

Tan acertadamente orientado, el castellano en el Nuevo Mundo efectúa una evolución discreta pero evidente, lenta pero contínua, que llenará de satisfacción á quien se detenga siquiera sea con brevedad á considerarla. De todas partes muchas buenas voluntades concurren para asistirla y sostenerla; y que en algunas comarcas el interés sea menos vivo ó el espíritu más estacionario, no será obstante á la marcha de ella ni al acercamiento de una época más feliz, pues lo que demoren los unos lo adelantarán con gusto los otros.

Prescindamos de pensar en uno ó más «neoespañoles». No se llegará en mucho tiempo á contar tantos castellanos como regiones que lo hablen, no. Hay sí una gran atención fija en que el castellano de América se independiza y enriquece. Blanco Fombona estuvo en lo cierto al decir que tiene más combinaciones, que su vocabulario es más extenso Y ya será cuestión de suerte si llega á tener mayor ligereza, frescura y virtualidad en una que en otra zona

Conservando cuanto merece conservarse, resucitando lo que no ha debido morir, combinando, introduciendo, creando, presenta el castellano con el nombre de «modernista» la más interesante y grata de las evoluciones. El espíritu la impone y han de verificarse milagros de expresividad para que las exteriorizaciones puedan cumplirse con toda pureza. Nuestra verbalidad tiene cada día nuevas y más bellas exigencias á que atender porque el alma no cesa de combinar sutiles complicaciones, y es preciso decir el romance maravilloso, la novela florida de las almas.

Considero la solicitud colombiana en pro del modernismo como la principal y más valiente. Mas, si por esto habéis de mirarme un instante serios, queridos vecinos, la llamaré una de las mayores. Hay consagración amical, frecuencia religiosa atentas al florecimiento del idioma; están interesados en aquella quienes lo disfrutan hablando y leyendo; en la otra lo está particularmente cada un apasionado del arte que gusta de pensar y escribir. Hay cada día mayor afán por la belleza exterior, por la elocuencia peculiar de toda palabra; nos cuidamos de las disposiciones especiales que producen diversos efectos sonoros porque acaso tenemos muy al alcance la idea subyacente de que el tiempo altera la sonoridad Así nacen la actitud y el propósito del que para expresar algo valioso qne ha pensado y sentido emprende en una orquestacióu verbal dotada de exquisita virtuosidad exterior, pero también y más que todo plena de una virtud profunda y esencial

Nuestro castellano tiene á veces ligereza parlante de agua que corre y á veces lentitudes de fantasía; espiraliza para beneficiar la integridad del concepto, ó tiene rectitud y agudez de flecha que se lanza á la altura. Nues-

tro castellano tiene inquietud y gracia, es ingenioso y perseverante Y presenta, al aparecer la luz de cada entusiasmo, cabrilleo de piedras preciosas, porque es idioma de «sunrise» y de sonrisa

Alguna vez miramos á esta gran llanura que recibe todas las mañanas un bautismo de suave oro y mantiene sobre ella un silencio selemne que pide nuestra condolencia por siglos difuntos; hay entonces que pensar en el advenimiento de las palabras propicias á cuanta fábula queda por laborar sobre historias y tradiciones de aquellas tribus florecientes, apasionadas por el amor y la guerra, enfermas de superstición y de fantaseos. anonadadas en la serie de tragedias que inició la conquista. Es preciso que para esas fábulas nuestro decir esté un poco alucinado por el espíritu del sol..

Y cuando lo que nos ha movido á escribir es un amarilloso folio de archivo, escrupulosamente garrapateado con pluma de ave y tinta castaña, ó una efigie de virrey casacón rojo, peluca gris, oblícua mirada — ó una abuela prócer, ó una dama de crinolina y filigranados pendientes, elegimos un modo claroscuro, con marchiteces, con misterio, con religiosidad y con ingenuismo, con olor de manzana y ritmo de contradanza, ya que emprendemos un recordar hacia los días de la candorosa Santa Fe.

Si solicitamos igualmente para referirnos á cada ciclo de pasado cuanto valioso y oportuno del lenguaje hayamos menester, para decir la vida de estos tiempos obtenemos de él no menos gratas y frecuentes generosidades; aquel dijo del amor con armónica delicadeza; alguien otro enseñó la paz en discurrir pausado, pleno de serenidad; encareció este la guerra y en el entusiasta llamamiento el idioma crepita. Podemos decir que en la vida actual á cada día corresponde un hallazgo y si ella va tornándose más prolija en sutilezas é impresiones, el idioma concibe nuevos primores y eficacias; por cada complicación aparece un imprevisto matiz y al pie de cada idea que aun no acaba de brotar hay ya florecimiento de palabras

Ahora la poesía maravillada emprende vuelos de capricho y de felicidad, explora cada cielo, peregrina por todos los campos, se mira en todas las aguas La obra poética empieza á resultar primorosa pero sencilla y plena de alma; labor de diamantina sinceridad. La musa modernista es muy esbelta, su sonrisa y el color de su veste sutilísima varían según el ensueño; tiene cielo en los ojos, y pendiente de nn hilo de luz lleva su estrella pectoral.

Satisfecho con su tarea de autopurificación, el pensamiento americano va ejercitando cada vez mejores actividades, y el idioma paralelamente otorgando mayor obediencia Cuando aquel pensar lleva sus anhelos más allá del horizonte, este decir participa de iguales inquietudes; juntos excursionan por extranjeros ambientes lo preciso para enriquecimiento del propio. Los de aquende el mar aprovechan cuanto pueda tocarles en la contínua fiesta de influencias recíprocas. América se interesa en llegar á poseer una literatura completa y los escritores de buena voluntad ayudarán á producirla cultivando su dilección por la idea y consiguiendo siempre para ésta el mejor aderezo verbal.

Lentamente ha venido haciendo su aparición entre nosotros el modernismo que en mi leal sentir es la gracia que dimana de cada espíritu encantado por el influjo de virtudes dominadoras y virtudes obedientes, el resultado de la labor sutil y paciente de cada yo que se perfecciona satisfecho de hacerlo en obsequio de los demás; una grata amplitud en la hospitalidad del espíritu; el gran tesoro á donde concurre cada fortuna de hermosos pensamientos ricamente exteriorizados; el incorporar uno toda su sensibilidad en la obra para más vivificarla y hacerla vibrante; una valiente iniciativa sicológica y de expresión. El modernismo es algo sencillo y magnífico, difícil de formular y difícil de seguir.... A sus nobles ejercicios están dedicadas principalmente las energías de este intelecto joven

que en el mundo de las letras y ante el devenir del idioma vive con entusiasmo su día.

¡Nuestro día! Siempre ha dado tristeza escribir estas dos palabras Me parece que oigo leer: «Y sucedió una vez, por los tiempos del modernismo, que.. »

No tan allá, querido Gómez Carrillo, como haber nacido un nuevo idioma; prospera sí de manera imprevista y llama la atención éste que fué trasplantado Tan lentamente realiza el tiempo sus trasformaciones, que sería imposible fijar el nacimiento de una lengua. De ayer venimos, el germen de mañana está en nosotros y parece que la voz del profeta siempre dice al amanecer: hay mil senderos desconocidos y mil tierras de salud ocultas; el hombre y la tierra de los hombres están por doscubrir y por agotar.

Ya pasarán muchos centenares de años y en lugar de esta lengua, indivisible al parecer de algunos, y cuya prosperidad ahora nos regocija, se hablarán bajo el cielo del Nuevo Mundo varias otras, acerca de cuya inalterabilidad es posible que tendrán fé las gentes respectivas.

Bogotá, Octubre 1.º de 1907.

ALBERTO SÁNCHEZ.

Noche opalina

Para APOLO.

Llegaste con el paso exquisitamente leve,
Trayendo en tus pupilas una aurora boreal
Y en las nobles arrugas de tu zapato leve
Vagaba una galante inclinación ducal.

Tu rostro dulce y pálido como una flor de nieve
Tenía la nobleza de tu gesto habitual;
Llovías tus reflejos, como sus luces llueve,
Sobre una blanca alfombra la araña de cristal.

Tal, y sorprendidos en un éxtasis furtivo
Nuestras almas, esplendiendo en amor primitivo
Gozaban de su fiesta, lest motivo augural.

Mientras en la alta nave de la noche silente
Rondaban las estrellas á la luna esplendente
Como áureas mariposas de una lámpara astral.

VÍCTOR BONIFACINO.

No tuvo luz ni flor...

Para Apolo.

Enero tiembla y se amortaja en nieve;
Febrero ríe la mundial parodia;
Madura Marzo y á la vez salmodia;
Lirios Abril sobre los prados llueve.

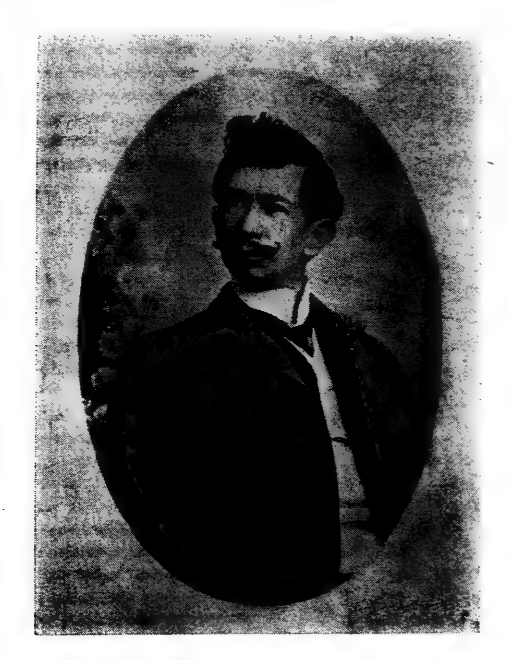
Mayo el imperio de la flor encumbra;
Dispone Junio la estival cosecha;
Enciende Julio al sol su roja flecha;
Agosto abrasador, quema y deslumbra.

Septiembre cruza en brava sacudida;
Amarillea tristemente Octubre;
Noviembre de hojas los senderos cubre;
Y Diciembre se va como una vida . . .

Rosas con lluvias; claridad con frío . . .
¡ No tuvo luz ni flor el año mío !

Manuel S. Pichardo.

Octubre 31.



M. Salvador Ulloa

La lucha del estilo

¡Qué portentosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el alma del artista! . Desde el momento en que queréis hacer un arte, arte corpóreo y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga á que la afrontéis, tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos, en su rebelión, todo su contenido íntimo, os impone á menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarle, para que convoquéis á otra, que llega huraña y esquiva, al yugo de acero Y veces hay en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga, como una desesperada contienda por la fortuna y el honor Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada á vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento embarga al corazón. Vibra todo vuestro organismo como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida... ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone á la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad á la rebelión de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color? Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser Los poemas de la guerra no nos hablan de más soberbias energías ni de más crueles encarnizamientos, ni en la victoria de más altos y divinos júbilos ..

¡Oh, Iliada formidable y hermosa, Iliada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y de la sangre de los combates verdaderos! Alguna vez has debido ser escrita para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durase en tí el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

Montevideo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

De "Cantos de juventud" (1)

A Vicente Medina.

Mi canción

Si yo canto es porque tengo dentro el alma una gran lira;
Si yo canto es porque sufro, porque yo no sé llorar;
Porque yo soy flor y ave, luz, color, incienso y pira,
Yo soy todo un Universo, vida: cielo, tierra y mar!

Mis estrofas son piquetas que destruyen la Mentira;
Mis estrofas á los odios les incendian el altar;
¡Son pedazos de conciencia que estallan toda su ira!
¡Son las voces de mi orgullo, que no se pueden callar!

En mi canto hay el dualismo del amor y del desprecio,
Todo es alma, todo es vida, todo es noble, todo es recio:
Es mi heroica marsellesa que conmigo morirá!

Pero á veces pienso triste en mi cansancio de atleta
Que la loca fantasía de mi sueño de poeta
Es un águila que vuela sin saber á donde va!

¿Qué quiero?

Quiero llamar á mi lado con el toque de mis versos
A mis hermanos que huyen, para no volver, quizás;
¡Si cuando ruge el tirano los pueblos se van dispersos,
Cuanto les canta el poeta, los pueblos vuelven atrás!

Quiero con mis grandes alas cruzar espacios diversos,
Cantar con mi lira al Mundo, dejando al Mundo detrás;
Mas ver no puede mi orgullo, á sus pies los Universos:
¡Mi corazón es del pueblo y no lo deja jamás!

Quiero buscarle á mi numen ese fuego que ilumina,
Haciendo surgir mi alma, roja, exaltada y divina,
Como una Roma hecha incendio para que cante Nerón;

Quiero que mi augusta lira se desborde y se arrebate
Y enseñe que en mi soberbia tengo en medio del combate
El alma de Víctor Hugo y el brazo de Napoleón!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Montevideo.

(1) Libro à publicarse.

El país que se ama

Para Apolo.

X

Lentamente, sobre la heráldica y azulada plata, veía Roberto aparecer las líneas de los edificios lejanos, destacarse los escorzos de las torres, de las cúpulas, de las agujas, que á la distancia adquirían la negrura y el relieve de tea tra es y fantasmagóricos paisajes. En indecisas y anaranjadas tonalidades, se fué diluyendo, esfumando el primitivo tono, y con un levísimo matíz amarillento, surgían ahora las líneas seguras de los detalles arquitectónicos, sobre aquella flotante vaporización de oro que se elevaba abarcando medio arco.

Sobre el globo solitario de un templo, aumentaba la creciente, ascendente lluvia luminosa, y en aquella claridad que se extendía, dilatándose por la bruñida superficie de toda la bóveda, apareció la luna, enorme, sangrienta, menguante, cortándose dos veces en la línea negra de la torre y en la esfera de la cúpula, en cuyos ventanales la siguió Roberto con otro matiz rojizo, surcada toda ella, como un blasón fantástico, por las leyendas y las cruces de los vidrios historiados.

La claridad de la noche purísima propiciaba la melancolía de su alma, impulsándola de nuevo al goce solitario de los ensueños taciturnos.

Toda la leyenda del estío, toda la superchería de la mañana ingenua, esfumádose había en las volutas del presente encanto, como aquel astro enorme, sangriento, ilusorio, que se diluía, en su lenta y estelar ascensión, en una lluvia tenuísima de plata, hasta tomar el tamaño y el color comunes en la primitiva tersura de los cielos diarios

Con singular é irresistible fuerza, como los ritmos prolongados del momento lírico, le atraía otra vez la encantadora, la todopudiente, y en el caminar fatigoso del paseo nocturno, alzaba los ojos á la estrellada bóveda, con la unción fervorosa y nostálgica de los místicos agradecidos. Parecíale vivir una existencia nueva,sentir, como en las lúcidas fascinaciones, la conjunción de su alma con el misterio ensoñador de la noche plácida, y una vez que, sobre el arco luminoso, cruzó la estela fugitiva y áurea de un meteoro, le pareció revivir las noches indiferentes de la infancia, contar las horas, sin el suplicio del tiempo y el espacio, en la inconsciencia del reposo y el silencio

La misma sensualidad de su temperamento cada vez mas femenino, yacía sepultada en la serena tristeza, en la humana añoranza de la noche favorable; y la figura de la dolorosa aparecíasele como una intangible, diáfana visión, como los cuerpos de esas criaturas núbiles, anémicas, por las que sólo se siente una inquietante ternura, un deseo imperioso de prolongarles la decadente vida. Comprendía la intensa tortura de la trágica al rememorar, en el súbito silencio de la sala armoniosa, aquella poesía tan evocadora, tan melancólica, que tan carnales recuerdos, tan íntimas remembranzas tenía para entrambos; y él mismo, en la dura soledad, pensaba en el dilalacerante martirio que hubieran de experimentar los sentidos de la mujer en los estériles abrazos de los ensueños que agobian, el fuego de la frase, toda la vida que fué, toda la vida que será».

Apresuró el paso, inquieto como en las noches de la playa. Unos trasnochadores tarareaban, á lo lejos, una romanza italiana, y el eco de aquellas voces juveniles, que cantaban al amor y al futuro, llegaba hasta él rítmicamente suave, como el murmullo de los violines y los violoncelos, sobre el silencio de los bronces, en la hora crepuscular lontana y fugitiva.

Cuando estuvo eu el estudio, ilu-

minado solamente por la llama moribunda de la estufa, experimentó un nuevo placer, una inerte delicia, que le hizo pensar nuevamente, con los ojos aún deslumbrados, en las noches remotísimas de la infancia, en los fuegos de las madrugadas que anunciaran por la primera vez un cercano é inesperado viaje.

Atizó el fuego, y el calor de las brasas revividas, sentado ya en la butaca favorita, le aumentó aquella infantil bienandanza, la inefable alegría del nirvaná espiritual que él hubiera deseado prolongar infinitamente, dilatarlo hasta el punto de perder la noción del tiempo, de las horas eternas y fugaces.

La ardiente caricia de la llama que cobraba, en tonalidades rojizas, sobre el fondo negro de la chimenea, las volutas, los giros, los caprichos, las sinuosidades, todas las formas raras y cambiantes de la vida del fuego, le producía ahora una nueva voluptuosidad, otro goce no experimentado jamás, en el cual aquellas lenguas ígneas, que se elevaban, se recogían, se apagaban para encenderse en súbitas explosiones, parecían hablarle un idioma misteriosameute cognoscible, tomar, bajo el influjo de sus miradas animadoras, los lineamientos laberínticos, ambiguos como cabelleras de monstruosas divinidades, de ciertos dibujos rafaelitas ó simbólicos·

Habíase recogido sobre su cintura, los codos sobre los muslos, las manos, abiertas y amplias, sobre las sienes, fijas las pupilas en el fuego devorador, atraído por un pensamiento aún obscuro, velado, informal, que debía ser á poco, en el trabajo paciente de su inteligencia ejercitada, una lúcida, perfecta y luminosa idea.

Las lenguas devorantes, insaciables, parecían aumentar, en el magno silencio, sus ígneos jeroglíficos, atraerle más aún con sus formas satánicas, que, á veces, en las volutas, en las perezosas espirales, en los cortos desfallecimientos, cobraba el marino blanco azulado de los ópalos.

— « Sería mi literario sacrificio, — se dijo, absorto en el juego ahora crepitante de las llamas; sería como una expiación votiva, realizada en la hora en que la amante, en la supina actitud de algun ensueño, debe sentir, como el ritmo de una música cercana, un canto de vida y esperanza.

Sería también la anunciación, en la caricia del fuego, de una vida nueva, en la cual el pasado resurgiría sólo un instante, flotaría un segundo, como el humo primitivo de la llama ».

Se había puesto de pie, y la sombra alargada de su cuerpo, sobre los dibujos de los gobelinos, en el carmín obscurecido de la tela auténtica, resaltaba con el escorzo y el relieve de los forjadores del hierro, como las ciclópeas figuras acrecidas y desfiguradas por el fuego eterno de las fraguas.

En la sombra, con su mano experta de bibliófilo, había tomado el libro, cuyas iniciales, en la carátula de blando pergamino, había palpado en la presión de sus dedos inquietos, — aquellas mayúsculas que en las vitrinas de París, habían pregonado la gloria de una tierra ingrata, aquella otra hechicería del país nuevo, desflorado ya, caduco y decrépito como un viejo país.

Otra vez, en la luz rojiza, contempló con curiosidad, con extrañeza casi, aquella tapa novedosa, donde las iniciales del título, — « Hacia la tierra », — de un rojo encendido sobre plata antigua, de sinuosos detalles, vivas y lucientes, recordaban los mitos fabulosos en los rancios escudos mediœvales.

Estrujaba aquella pasta blandísima, y la presión de los pulgares, como en las carnes mórbidas, sombreaba en dos puntos, deslustrándolo, el argento del plano.

Con insinuante curiosidad de maniático, buscó la primera página; y aquellas formas nuevas sobre arcaico pergamino, la enseña desafiante, vanidosa, americana, le parecieron de una clara y burguesa perfección, como las letras comunes que en la última página, resurgida ahora, habían profetizado la

desilusión, la desesperanza de su restante vida.

Eran toda su historia, toda la episódica volubilidad de su existencia, aquellos dos lemas estampados sobre la primera y la última página de su libro; toda su vida, toda su infecunda vida, aquellas mayúsculas del artístico breviario, que decían, como en la existencia real, el supremo encanto, que en París había sido la bohemia y en el villorrio la superchería del estío, y la suprema desesperanza, que había sido en la aldea una tarde gris y sería en la Villa amada un mortal, un melancólico amor.

Con mano segura, en el primer movimiento de sus calmas repentinas, arrojó al fuego el libro, sobre el rectángulo sombrío, se recogieron un instante, se elevaron, crepitando en una lluvia de chispas, las lenguas devorantes.

Otra vez, en la primitiva inmovilidad, con las pupilas tenaces, seguía las caricias ardientes, amorosas, del fuego insaciable; y entre las llamas, súbitamente quietas, de un azulado tornasol, contempló un largo rato las mayúsculas que, sobre el argento aun intacto, refulgían vivas, como las lenguas tímidas que se habían abatido bajo el peso del libro parisién

Se consumía lentamente, lentamente, el ejemplar enemigo, sin que aquella carátula, que todo lo decía, dejase de relucir en la misteriosa calma de los haces; sin que aquellas letras sinuosas, ondulantes como cabelleras divinas, dejaran de brillar, de vivir; en el flotante y luminoso polvo. Era un raro suplicio, un refinado martirio, una asiática tortura, aquella lenta destrucción, en el trabajo oculto del fuego, aquel beso interminable de las llamas que consumían la inscripción francesa de la página claudicante, que hacían arquearse, en una comba suave que dió otro brillo al rojo de las letras y al argento del plano, aquella cubierta aún evocadora, aún artística, aún viviente.

No apartaba las pupilas de aquella mancha todavía decisa, segura; pero veía ya, estremecido, poseído á su vez del goce humano de la destrucción, del instintivo y bárbaro deleite, aumentar aquella dulce comba, encogerse, dilatarse, estremecerse, temblar como una carne de mujer, aquella pasta blanda donde creía ver aún, en la plata que se obscurecía, las señales impresas de sus dedos impacientes

— «Es natural que sean las mayúsculas, las inspiradoras, las que más resistan el fuego que destruye, el fuego que borra.»

Se dijo, viendo como se elevaban, en el agónico desfallecimiento de la curva, aquellas letras que iban a refulgir desesperadamente en el largo y ardiente paroxismo.

— «Es necesario que contemple hasta el postrer instante, hasta el postrer segundo, la vida resistente del libro fatal». — Y dicho esto, aguzó más las pupilas para seguir aquellas líneas ahumadas, aquellas manchas rojizas, cambiantes, que anunciaban, en la plata y el carmín heráldicos, la proximidad de la destructora, de la intacta, de la eterna

En el último estertor, la comba suave, femenina, se contrajo como en un pliegue doloroso, se plegó sobre las páginas negras, carbonizadas, mudas y el humo de la llama paciente, felina, obscureció del todo el viejo y nocturno argento.

— «Quiero ver aún, quiero seguir la conjunción de la vida y de la muerte».

Volvió á decirse; y como aguzara aún más las pupilas, en la violencia del salvaje instinto, contempló atónito, poseído de un súbito y vago temor, de una religiosa superstición, aquellas mayúsculas simbólicas que resurgían de un color blanquizco, de una brillantez indefinible, de un diabólico relieve, sobre el negro deslustrado, rugoso, deforme, de la enemiga carátula muerta

José L. Gomensoro.

Lira Americana

I

¿Versos autobiográficos? Allí están mis canciones,
allí están mis poemas. Yo, como las naciones
venturosas, y á ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia. ¡Nunca me ha sucedido nada,
oh, noble amigo ignoto, que pudiera contarte!

Allá en mis años mozos, adiviné del arte
l'armonía y el ritmo, caros al Musageta,
y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.
—¿Y después?
—He sufrido como todos y he amado...
—¿Mucho?
—¡Lo suficiente para ser perdonado!

II

¿Que quién soy? Un lobezno de la nodriza bruta
de los Dioscuros: mi almo perfil y los anales
de mi solar lo cuentan, y hay en mi faz enjuta
las palideces de los olivos provenzales.

Nací con un gran beso de amor entre la ardiente
boca, y un grande anhelo de gloria en l'alma esclava,
y llevo diez leyendas en mi brumosa frente,
con otras diez leyendas en mi melena brava.

III

¿Que cómo soy? Mudable, fugaz. Las nubes rojas
del orto, más que mi alma, conservan su vestido.
Yo tengo la impaciencia perenne de las hojas,
mi amor inseparable, gemelo es de mi olvido.

Mi mente es un espejo rebelde á toda huella,
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire

del viento. El aerolito que cae, esa es mi estrella.
Mis goces y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera:
jinete en mis pegasos ó nauta en mi galera,
corriendo voy tras todo señuelo que lo finge.
Mi hermana la cigüeña me ha visto donde quiera
que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos, mientras que su matiz ignoro,
amo una boca, mientras no escucho sus acentos.
¡Jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro,
del césar por quien lucho, del dios á quien imploro,
del puerto á donde bogo, ni el rumbo de los vientos!

Criatura fugitiva, que cruza el mundo vano,
temiendo que la alforja sus éxodos impida,
ni traje amor ni llevo, y así voy al arcano,
lanzando, con un gesto de sembrador, el grano
fecundo de mis versos al surco de mi vida...

Amado Nervo.



El otro encanto

Comedia en 3 actos

Para *Apolo*.

ESCENA 2.ª DEL PRIMER ACTO

Renée y Alfredo

Alfredo: joven de 25 á 30 años: moreno, culto, nervioso y elegante.

RENÉE — (Cohibida — Ah!... ¡es usted, doctor Aubriot!

ALFREDO — (Saludando) Buenos días, señora.

RENÉE — Bienvenido. A punto, señor Aubriot. He hablado con Tomás. nuestro jardinero.. sobre... ya no recuerdo!.. qué memoria la mía!... ah! sí, sí... sobre el Amor. ¿Sería usted tan amable en desvanecer mis dudas respecto á algunas preguntas?...

ALFREDO — (Sonríe) — Nadie mejor que su esposo, señora. El señor Vrigny, es hombre de talento; estudia las pasiones humanas, y sobre todo conoce íntimamente á usted.

RENÉE — (Temerosa, — Ah! amígo mío Mi esposo se ocupa de sus novelas, como mi jardinero de su jardín. Los dos aman sus cosas respectivamente.

ALFREDO — Sonriendo) – Señora, no hable usted así El señor Vrigny, su esposo y mi amigo, es un ser priviligiado. La naturaleza le donó de la facultad, sin la cual no habría la comprensión profunda de las cosas, ó lo que es lo mismo: el talento: en este caso he ahí la personalidad del novelista Quiero decirle señora que es á mi amigo Armando, á quien debe usted dirigir preguntas.

RENÉE — ¿Pero... no lo tomaré como un desaire? (sonríe). No es correcto lo que usted hace señor Aubriot: á una mujer no puede negársele .. ¿cómo diría?... nada, en fin, nada.

ALFREDO – (Sonríe) — Así lo piensan los hombres, amiga mía Cierto es que en la mayoría de los casos hacemos lo contrario de lo que pensamos. Por lo demás lejos de mi imaginación la idea, señora, del más perdonable desdén.

RENÉE – (Con alguna inquietud) — No me refiero á lo que usted dice señor Aubriot. Si solicito su opinión respecto á algunas de mis dudas es porque ellas me producen una incierta incomprensible... ¿cómo diría?... inquietud. (Con ímpetu). Pero señor Aubriot: ¿quisiera usted decirme la razón por la cual la mayoría de las mujeres, en el amor — que por mi parte concibo como la alegría de vivir — la dicha es motivo de infinitas inquietudes? O ? es, amigo mío, que el amor y la tristeza son sinónimos.

ALFREDO — Le repito, señora — y no entienda usted mi insistencia como una evasiva - que esos problemas del alma, cuyos matices más vivos, y cercanos á la verdad, su esposo de usted podría penerlos en claro enteramente. No silencio sin embargo mi extrañeza de que sea usted misma señora, quién me pregunte...

RENÉE — (Interrumpiéndolo — Curiosidad . . curiosidad femenina.

ALFREDO... no lo silenció porque: no comprendo su tristeza, señora. Usted tiene un esposo enamorado á quien usted encanta. Todo convida á la ternura más intensa: el mecimiento casi voluptuose de los capullos, las hojas, el aire sutil que espande los aromas. ¡Es la Naturaleza que sonríe!...

RENÉE — (Nerviosa) — Amigo mío, es indudable que todas estas cosas que exteriorizan tanta frescura nos envuelven al acariciarnos, en el más hondo misterio. (Suspira). ¡Ah

señor Aubriot! ¿no le parece á usted que es un contraste? ¿No acaba usted de decir que mi esposo y yo nos amamos? Y si amamos, ¿por qué no somos felices? Confío, señor Aubriot, en su amabilidad para que usted responda á estas interrogaciones. Pero no, no, no se excuse usted Yo le suplico.

ALFREDO — Me imagino, señora, que en el amor la dicha de vivir no reside en lo íntimo del ser humano, como una rosa entreabierta Quiero decir que toda la belleza del amor, no es el tiempo presente . . . La dicha la forman el recuerdo, y el mañana. Amar apasionadamente, con la duda, la inquietud, el arrebato, — creáme señora — es paladear con dulzura, febrilmente, aquella rosa que se entreabre . . . En una palabra: el Amor.

RENÉE — (En pié) Según usted entonces, ¿el amor no es tranquilo, sereno? (sonríe). Para usted los temperamentos ¿no son distintos? El modo de acariciar en el amor con la fantasía; el sentirlo; el verificarlo, ¿no es tan diverso en cada uno de nosotros como entre si los colores que componen el arco-iris . . . ? ¿Por qué—según Armando—el amor alba generosa en la frente no nos consuela, no nos concilia ¿por qué finalmente señor Aubriot, por qué . . pero por qué, si amamos no somos felices?

ALFREDO — ¡Por la inquietud!

RENÉE — (Vehemente) — Sabemos que amamos: tal vez, que nos aman No veo en todo ello una ilusión en la cuál se filtre la duda de nuestras alegrías No comprendo.

ALFREDO—Por la inquietud señora, ó sea lo mismo por la Naturaleza. Sabia la Naturaleza, nos da la juventud, tierna y apacible para el goce y la expansión. Nuestro egoismal encaminado, hace que no eduquemos los sentimientos y estos en nuestra juventud llevan la vejez. En una palabra, señora: no hay encanto.

RENÉE — (Con interés)—Caballero, él ¿tiene edad determinada?

ALFREDO — Cuando decimos: amé: un año, dos, tres, nos engañamos piadosamente Sonreimos al beso del recuerdo de aquella dicha. Las inefables horas; dos, tres, un mes, un año, no las podemos fijar Es el tiempo que pasa, ó mejor, es la vida. ¡Nos sentimos otros y con toda beatitud, confiamos en el mañana!

RENÉE — (Pensativa) — Pero el recuerdo de un amor: ¿no es amar?

ALFREDO — Si la imagen, señora, tiene la transparencia de aquella belleza, sí En cambio bastaría un grano de polvo en la pupila de aquellas ilusiones, para que en nosotros brotase un dolor instintivo que se asemeja al odio.

RENÉE—Le he oído á mi esposo que, Paul Bourget, nos dice que: «el amor no muere viviendo la obsesión» ¿y se puede olvidar señor Aubriot á una mujer á quién se ha amado? . .

ALFREDO—Con el pensamiento, nó El pensamiento, ó en definitiva el recuerdo no agota la esencia de su encanto

RENÉE ¿Se puede olvidar el amor de una mujer? Esa es la pregunta concreta que yo he formulado.

ALFREDO — Sonríe) - Lo sé señora, lo sé. No se puede olvidar, sí hubo en ello: afinidad electiva.

RENÉE—(Sonriendo)—De manera que cuando los hombres decís: ¡mujer encantadora! ¿Por qué lo decís?

ALFREDO — Por atracción.

RENÉE — Perdóneme usted, señor Aubriot, pero no lo entiendo bien. Si no percibís belleza en un rostro; la mirada no os produce sutil sugerencia; perdonadlo, pero nuestra atracción es primitiva, nada más que primitiva.

ALFREDO ¡Oh! señora. «Para ser humano, hay que ser ineludiblemente: sensual» según la atrevida frase de un eminente francés. El amor siempre es primitivo, y ello, señora, lo confirman todas las razas que, de esa fuerza han hecho su hermosura.

RENÉE—(Sonríe)—¡Oh! nó, nó, caballero. Me parece que ciertos espíritus—se lo he oído á mi esposo tantas veces—ciertos espíritus ponen en el amor algo de la imagi-

nación creadora: una imagen que caldea las sienes; una caricia; un adiós; un sueño Una imagen, — como usted lo sabe bien — no se crea en el dominio del instinto ¿Cómo se justificaría que el amor siendo un « bien fecundo, envuelva en la ola de su impulso tanta infelicidad?... ¡Oh! nó, nó, señor Aubriot. Usted se engaña.

ALFREDO — (Moviendo la cabeza) — Terminemos, señora. El amor es algo así como una alegria dolorosa. Ah! le ruego, señora, no sonría usted No hay confusión de términos: es un dolor insensible, continuo que se mezcla en la alegría alborozada; es lento, imperceptible casi. (Bajo) usted misma, señora, ¿no sufre? ¿no ama?...

RENÉE — (Nervíosa) — Mi esposo es un hombre bueno, amabilísimo...

ALFREDO —(Inquieto, paseándose) — Es cortés, afable, excelente el señor Vrigny.

RENÉE — Armando . tiene sus caprichos. El cree que los caprichos son inherentes á un espíritu inquieto. ¿Piensa usted lo mismo, señor Aubriot?

ALFREDO — También el amor es caprichoso, señora, vale decir: en sus rarezas radica su mayor encanto.

RENÉE — ¿Y en el misterio?

ALFREDO (Nervioso) ¡¡El suyo!! (Renée enmudece) Señora, ¿se siente usted mal, acaso? .

RENÉE — (Con afectación) — No, ya ha pasado. Un vahido la mañana, el aire quizás.. Pero señor Aubriot, extraño á Armando . ¿Habrá pasado algo?

ALFREDO — No, señora: es aprehensión de usted No olvide que yo no me impaciento por la ausencia de Adoro.

RENÉE Ah! perdóneme usted! ¡no sé dónde tengo la cabeza! No me acordaba de ella. Qué dulce amiga es la esposa de usted (aproximándose con alguna indecisión) ¿La ama usted, amigo mío?

ALFREDO — (Con disimulo) - ¿Lo duda usted, señora?

RENÉE — (Con precipitación) — Oh! no, caballero . Curiosidad, cosas femeninas Las mujeres en nuestra intimidad, deseamos adivinarlo todo; saberlo todo; y todo poseer. Lo que á una amiga interesa, deseamos conocerlo Nada más ¿no es cierto que estas cosas puramente femeninas las perdona usted?

ALFREDO (Sonríe) — Sí señora: con una condición: me dirá usted si es curiosidad y nada más (Con ironía) Por qué todo lo que interesa á mi esposa yo... yo también deseo conocerlo.

RENÉE — (Inquieta) — ¿Qué se le puede decir á un hombre, que se interesa por una mujer? Nada. El debe indagarlo...

ALFREDO — Si el hombre no descubre el misterio que envuelve á una mujer ella debe explicarlo ó insinuarlo al menos... Por ejemplo: si usted, señora, no se hubiese enamorado del señor Vrigny: ¿sabe usted cómo haría mi amigo para conocerlo? Fácilmente: usted se lo diría...

RENÉE — (Interrumpiéndolo) — ¿Yo? ¿En qué forma?

ALFREDO— ... en un beso!

RENÉE—Usted se burla, señor Aubriot Como dice Armando «¡siempre el misterio!»

ALFREDO — (Con disimulo) — Amigos de la infancia, el señor Vrigny y yo, nos conocemos perfectamente. El es fino en la per epción; tiene tacto en todas sus apreciaciones Créame usted, señora, para un hombre delicado y culto, la mágica de las figuras por el sentido óptico, para un hombre culto de análisis — me refiero á Armando — la figura real imaginada, que vemos, como á través de un cristal, una luz cualquiera, no seduce por su exterior. Quiero decirle que el señor Vrigny por estas razones conoce á usted íntimamente.

RENÉE —No divaguemos. Un hombre: ¿cómo conoce, cómo sabe si lo ama una mujer?

ALFREDO — (Bajo)—Porque las mujeres cuando no fingen: aman Amando una mujer todo fingimiento se desvanece

GERÓNIMO COLOMBO.

Mercurial

Luchador que buscó su derrotero
De la vida en las grandes arideces,
Y apuró como un fosco prisionero
La copa del dolor hasta las heces;

No vengo á ti porque jamás inclino
Con suave gesto de humildad la frente,
Oh histrión á cuyos ojos de felino
Muchos doblegan la cerviz doliente.

Yo no vengo hacia ti como esos viles
En busca del mendrugo que les falta;
De mis odios los pájaros viriles
Hoy te apostrofan con la voz muy alta.

Inmóvil ente que engendró el pantano
Y amamantó una cabra: la estulticia;
Espíritu pueril que das la mano
Al que cuando te compra te acaricia:

Yo vengo á sofrenar de tus intentos
La audacia enorme que te empuja al dolo;
Mi venganza se inspira en los lamentos
De tus inermes víctimas, tan solo.

¿ Qué haces aquí ? Despoja á tu conciencia
Del antifaz infame que la encubre.
¿ O es que ignoras, acaso, la existencia
De una clase paupérrima y sin ubre ?

Bien: yo soy su cantor; sigo y pregono
El evangelio de esa clase aislada,
Por eso vengo á lapidar tu trono
Con la honda de mi numen, acerada.

Fomentador de todas las miserias
Y de todas las pústulas sociales:
Hoy predice tus íntimas lacerias
Un paladín de nuevos ideales.

Porque tu corazón lleno de lodo
Es como el cuarzo, sumamente duro,
Y ha de caer con tus libertos, todo,
Todo tu poderío en antro obscuro.

De orgullo y de valor haciendo alarde
Tú predicas el triunfo del más fuerte,
Y no ves que tu espíritu cobarde
Sufre el hondo contagio de la muerte.

Mientras yo siga el mismo derrotero
De la vida en las grandes arideces,
Y apure como un fosco prisionero
La copa del dolor hasta las heces;
Para librarte del poeta austero:
¿ A quién, á quién elevarás tus preces?

Pérez y Curis.



Era el ideal

Para Apolo.

Inusitadamente su silueta
surgió como una estrella vespertina
allá entre la nostálgica neblina
de aquel opaco atardecer violeta.

« Es mi hermana ! » — me dijo en voz secreta
el corazón. — « Es ella, la divina
hada azul, vagarosa y diamantina
que encarna los ensueños del Poeta ! »

Bajo el triste palor de aquel Ocaso
hacia su busca encaminé mi paso.
! Oh, eterna ensoñación ! Oh, amada mía !

Mas ay ! Oh, cruel ficción, minuto escaso,
que al quererla alcanzar ella ya huía,
y yo la busco aún desde aquel día !

Juan Picón Olaondo.

La chusma que ríe

De "Cantos de Rebelión"

Para Apolo.

Pasaron una tarde cuando el Gran Astro moría. Yo soñaba en la penumbra de un rincón de mi pocilga bohemia; y de abajo, de allá abajo donde duerme la miseria por el vientre atada al suelo como el grillete del hambre, ascendía como un vaho agri-amargo, y las alas deletéreas del céfiro nacido en la entraña repugnante de la urbe, arrastraba los sollozos, los suspiros y los ayes de los hijos de la chusma; y los padres y las madres, alocados un momento, arrojaban hacia el cielo mudo y sucio sus rugidos de placer retenidos todo el año.

¡Y pasaron, y pasaron!...
Pasan siempre, año á año.
Hoy, miradlos:

I

¡Allá van!... todos llevan en los ojos
un *no se qué* de lujuriosas ansias,
un *no se qué* de espasmos deleitosos
de un bestial sensualismo que estallara
en rabiosa balumba de improperios,
de gritos, maldiciones, carcajadas!...

—

Es la turba de siempre, la que vive
al yugo eternamente esclavizada;
la que todos los días muere de hambre
al pie suntuoso de marmóreas gradas;
la que todos los días riega campos
con su amargo sudor y con sus lágrimas;
la que todos los días deja trozos
de carne palpitante entre las máquinas...
Es la turba de siempre... plebe imbécil,
anónimo montón, multitud, nada!...

II

¡Reid y haced reir, pueblos esclavos!
¡Reid, gozad!... ¡que viva la algazara!
¡Arrojad el dolor á vuestros antros
y vestíos de fiesta, eternos parias!
El señor os espera en su palacio
para veros pasar en mascarada,

—es el mismo señor que os esclaviza,
mañana azotará vuestras espaldas!—
andad, haced que ría, haced que goce,
y vosotros... sufrid, servil canalla!

III

¡Allá van! .. todos llevan bajo sedas
podredumbre y dolor, roñas y llagas,
y la mueca risueña de sus rostros
oculta gestos de hambre, insomnio y rabia.

—

¡Avalancha inconsciente! ¡Manicomio
desbordado en las calles! ¡Caravana
de hambrientos y azotados
vestidos de señores y monarcas!
. . Pobres pueblos si siempre á sus tiranos
servirán de bufones.
De sus báquicas
canciones de placer, hacer debieran
una música fúnebre, una marcha
triste como un páramo cinéreo,
y de sus trajes de arlequín, mortajas
para cubrir sus cuerpos extenuados,
faltos de voluntad, como una barca
que ha perdido el timón en la tormenta
y vaga ya sin rumbo por las aguas
hasta que éstas la estrellan en las rocas
ó inútil la abandonan en las playas.

IV

¡Pueblos esclavos, escuchad! Yo os hablo
en nombre del ejército del Alba,
ese ejército de hombres valerosos
que llevan la bandera desplegada
como un girón de aurora tremolando
en la noche social de la ignorancia;
yo os hablo en nombre de una idea grande
de libertad y redención humanas...
¿me queréis escuchar, pueblos esclavos?:

—

—No hay tiempo de reir ¡á la batalla!
que rían los ahitos, los que nunca
sintieron un vacío en las entrañas;

Poetas nuevos

Ayer y hoy

Al poeta y amigo Pérez y Curis.

Para APOLO.

I

Yo era pequeño y al mirar del mundo
las creaciones vestidas de experiencia
renegaba de toda la impotencia
que á mi ser envolvía, y un profundo

dolor que destrozaba en un segundo
la ilusión, en mi estado de inconsciencia,
me inducía á pensar: ya mi existencia
el poder me dará de ser fecundo.

Así crecía viendo en mi camino
levantarse de hierro la barrera
que mi edad de imposible colocaba,

y, sin pensar jamás en el destino,
precoz aceleraba la carrera
hacia el punto en que el hombre se encontraba.

II

El tiempo transcurrió. Ya en el ocaso
de mi vida no guardo más pasiones
que mirar cómo marchan las legiones
de infantes temerosos del retraso.

Ellos van hacia el fin, paso tras paso,
sumidos en un lago de ilusiones
llevando en sus ingenuos corazones
de porvenir inseparable lazo.

Y he llegado hasta aquí... Más me valiera
no haber del mundo penetrado el seno,
pues todo lo que ví color de armiño

se ha trocado en miseria, lodo, cieno,
y al mirar esta faz que desespera
en vez de un hombre me quisiera un niño.

ALBERTO R. MACCIÓ.

Vicente Medina

Ha estado entre nosotros, de paso para la Argentina, el inspirado autor de « La Canción de la Huerta » don Vicente Medina. Fueron á recibirlo abordo del León XIII los poetas Pérez y Curis y Ovidio Fernández Ríos. Al partir de Cartagena se celebró un banquete en su honor, al que asistieron distinguidas personalidades de la prensa española y poetas de alto vuelo. Los periódicos « La Tierra » y « Carthago Moderna » dedicaron sentidas frases á tan ilustre poeta, y durante el banquete, Chocano, el autor de « Iras Santas », recitó entre otras poesías suyas, la siguiente :

Adiós á Medina

El Rey de las Españas piensa en un bello viaje
por las tierras de Indias; yo no sé si lo hará;
pero el júbilo corre por mar y por boscaje
y los Andes inclinan sus cumbres por si va.

El que hoy va es un poeta, cuyo fino cordaje
dice un cántico; el cántico que siempre sonará
del amor que suspira por el patrio paisaje
y por el tiempo heroico que nunca volverá.

El Rey de las Españas llevaría su cetro.
Poeta: tú la lira, y el número y el metro
con que la vida ajustas al són de tus canciones.
Por si va el Rey, tú ahora el homenaje empiezas;
porque si él verá cómo se doblan las cabezas,
tú verás cómo en cambio se alzan los corazones.

Damos la bienvenida al delicado poeta y querido amigo.



Voces americanas

" Apolo "

Esta simpática i bien nutrida revista que ha logrado, gracias al esfuerzo intelijente i tenaz de sus directores, reunir en sus pájinas las firmas más prestijiadas de América i España, en la poesía i el cuento, nos ha enviado el número 12 correspondiente al mes de Febrero.

Es digno de todo encomio el entusiasmo con que Pérez i Curis contribuye con su Apolo á la confraternidad literaria de los intelectuales hispano-americanos.

Después de « El Cojo Ilustrado » de Caracas, la primera revista de América por su material, no conocemos otra que, como Apolo, reuna mayores firmas. Apolo está á cien codos sobre « Zig-Zag », por ejemplo, revista que parece estar condenada á « zigzaguear », sin encontrar jamás el buen camino, que es el de dar trabajos orijinales inéditos de autores que representen algo en la literatura de aquí ó de cualquiera parte.

« Apolo » promete un número especial para el 1.º de Mayo, que no dudamos sea tan selecto como el del 1.º de Enero, que alcanzó á cinco mil ejemplares, agotados en unos cuantos dias.

Al entrar á su tercer año de existencia, deseamos á « Apolo » los más lisonjeros triunfos.

El número 12, del cual acusamos recibo, trae colaboración de Fernández Ríos, Herrera i Reissig, Miguel Luis Rocuant, Alejandro Sux, Pérez i Curis, Roberto Boza, etc., etc.

(De *La Lei*)

Santiago de Chile.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Almas de fuego, POR FELIPE SASSONE — MADRID. El cuento es un genero literario casi olvidado en América. La mayoría de nuestros prosadores se dedican á la novela porque hay más donde espigar ó bien porque su temperamento artístico necesita vastos campos donde poder mostrarse. España, en cambio, cuenta con un núcleo muy selecto de cultivadores de ese género divinizado en Francia por Maupassant.

El escritor peruano Felipe Sassone, autor de la novela «Malos Amores» que ha merecido muchos elogios de la crítica iberoamericana, nos ofrece ahora un hermoso bouquet de cuentos que titula «Almas de Fuego». Novelas cortas llenas de vida y con un cúmulo de finas observaciones que revelan en su autor á un psicólogo sagaz, en ellas existe el consorcio de la idea y del estilo, rico y armonioso éste; y aquella, noble y humana. El alma que anima esos cuentos es compleja y sensitiva. Llora y ríe, impreca y bendice. De ahí la duplicidad psíquica de Sassone, esa duplicidad virtuosa inherente á los grandes escritores.

Lamentamos no disponer de mayor espacio para hacer un juicio extenso sobre este libro de Sassone que es uno de los mejores que hemos leído en estos últimos tiempos. Vayan, en cambio, á su autor, nuestras sinceras felicitaciones por su nuevo libro.

Crítica del Genio, POR PEDRO SONDERÉGUER. — SANTIAGO DE CHILE. — Es una hermosa monografía leída por su autor en el Salón de Conferencias del Museo Pedagógico de Santiago de Chile. Pedro Sonderéguer no es un desconocido para nosotros. En 1904 publicó su primera obra: «Cóndor» novela de mucho aliento que mereció los más altos elogios de la crítica. En «Crítica del Genio» Sonderéguer se nos presenta como un escritor original que ahonda con mucho tino el concepto de las cosas. Sus disquisiciones filosóficas sobre el genio, son, á todas luces, eficaces y vigorosas. Son el fruto de un cerebro bien nutrido y preparado para los altos estudios.

La obrita trae un prólogo de Miguel Luis Rocuant, el brillante poeta chileno.

Domus Aurea, POR AURELIO DEL HEBRÓN — MONTEVIDEO. — He aquí la obra de un solitario incomprendido. «Domus Aurea» consta do quince sonetos que no son sino otros tantos poemitas cuya originalidad y galanura de estilo han conquistado el aplauso de los escritores selecto y provocaron el ataque de los mediocres. Aurelio del Hebrón ha dado la nota nueva de nuestra literatura. Fruto de un alto y noble individualismo, cada uno de sus sonetos es un símbolo extraño de profunda idealogía. De ahí que no haya sido comprendido sino por aquellos espíritus selectos unidos al suyo por lazos de afinidad.

Poesía, POR VICENTE MEDINA.—CARTAGENA (ESPAÑA).—Nuestro colaborador Vicente Medina, el tierno poeta de «Aires Murcianos», ha publicado en un grueso volúmen muchas de sus poesías ya conocidas y otras inéditas. «Poesia» que así se titula este libro llamado á tener mucho éxito en los países americanos trae juicios críticos de Leopoldo Alas, Luis Bonafoux, José M. de Pereda, J. Martínez Ruiz, Urbano González Serrano, Juan Maragall, Teodoro Llorente, Pedro Díaz Cassou, José Ventura Traveset y Pedro Corominas.

Poeta original y emotivo, cuyos versos tienen la intensidad de una

música humana y las ternuras de un espíritu exquisito, Vicente Medina es uno de los grandes poetas que han llegado á crear escuelas. Su poesía siempre impregnada de sentimental perfume tiene mucho de los encantos y de las tristezas de la vida. «En la senda» es una de sus poesías que aquí más se conocen.

«Poesía» está en venta en la Librería Moderna de O. M. Bertani, calle Sarandí, 240.

NUEVO CANJE

Ecos del Yunque. — BARACOA, (CUBA). — Por primera vez ha llegado á nuestra mesa de redacción esta revista ilustrada que se publica bajo la dirección de Francisco V. Avila El número 20 que tenemos á la vista trae composiciones de distinguidos literatos como Manuel S. Pichardo, Julián del Casal, etc.

Albores. - MANIZALES, (COLOMBIA). — De esta interesante y selecta revista literaria que dirigen los señores Jesús Arenas y Pedro Luis Rivas S., hemos recibidos los números 7, 8 y 9 Vienen repletos de un material excelente firmado por conocidos intelectuales de Colombia

Alma Joven.—MANAGUA, (NICARAGUA). — Acusamos recibo de los números 2, 3 y 4 de esta hermosa revista literaria, una de las más cultas que ven la luz en la América Central. Son sus directores los poetas Jorge Obando R. y Salvador Ruiz M —Entre las valiosas firmas que contienen esos números figuran las siguientes: Amado Nervo, Emiliano Hernández, José Santos Chocano, Lino Argüello y otros escritores de renombre.

El Alba. — LEÓN, (NICARAGUA). — Hemos recibido algunos números de esta interesantísima publicación mensual que dirige el delicado poeta A. Medrano

Es, sin duda alguna, la mejor que se publica en los países centroamericanos. «El Alba» es una bella revista literaria por cuyas páginas desfila la alta intelectualidad de la tierra de Darío. Los números que tenemos en nuestra redacción traen composiciones (algunas inéditas) de Santiago Argüello, Ruben Darío, A. Medrano y otros escritores de fibra, ya consagrados en el ambiente literario hispanoamericano.

Con esta revista, igual que con las anteriores, dejamos desdó ya establecido el canje de práctica.

CANJE ORDINARIO

«El Cojo Ilustrado», Caracas; «Letras», Habana; «Zig-Zag», Santiago de Chile; «Revista Latina», Madrid; «Revista Rochense», Rocha; «Tepic Literario», Tepic México; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Revista de Guadalajara», Guadalajara (México; «Nueva Vida», San Salvador; «Tropical», Ibagué Colombia; «Mes Literario», Coro (Venezuela) «Elitros», Maracaibo Venezuela); «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica.

NUEVOS LIBROS RECIBIDOS

A última hora nos han llegado los siguientes:

«La Cópula», por Salvador Rueda. — Madrid.

«Géminis», por R. Villegas y Bermúdez de Castro. Madrid.

«Por los Caminos del Mundo» (poesías), por Guido Anatolio Cartey. — Buenos Aires.

«El Dilema» drama en un acto), por Guido Anatolio Cartey. — Buenos Aires.

«Conocimiento y acción. En los márgenes de «L'expérience réligieuse», de W James. Sobre el carácter. Un paralogismo de actualidad. Psicogramas Un libro futuro Reacciones. — Ciencia y Metafísica.», por C Vaz Ferreira — Montevideo.

En el próximo número hablaremos de todos ellos No lo hacemos en éste por no disponer del espacio necesario para ocuparnos detenidamente de algunos de dichos libros que nos merecen un concepto muy alto.

APOLO

REVISTA DE ARTE
Y SOCIOLOGIA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 15. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Mayo de 1908.

El 1.º de Mayo

Periódicamente, todos los años, glorioso como una Buena Nueva, fúnebre como un recuerdo de sangre, vuela sobre la Tierra en frémito, el anuncio gigante del Primero de Mayo, el día augural de la Esperanza y de la Protesta libertaria.

Periódicamente, todos los años, al avecinarse la aurora excelsa, cargada de presagios, la sub-alma burguesa, agítase también, como un pavor y se llena de angustias, como una inmensa Desolación ante el presentimiento de lo Inevitable

Y las tribunas del derecho insurgente, se elevan sobre las muchedumbres en tumulto, á manera de montañas de orgullos entre el estruendo de los oleajes atlánticos; y los entusiasmos plebeyos se amotinan de impaciencias en las plazas del pueblo, enardecidos por las parábolas harmoniosas de los Profetas, sacudidos por la voz prestigiosa de sus tribunos cuyos labios, llenos de sapiencias, van diciendo la Buena ventura del Ideal; y sueñan las almas con la Harmonía triunfante de los Himnestas revolucionarios que cantan el Aleluya de las Pascuas definitivas; y las banderas de púrpura y de sangre, enlutadas por el martirio plebeyo, agitan los aires, irguiendo sus astas soberbias, como pararrayos de la Idea, donde hubiesen venido á posarse como atraídos por una extraña potencia magnética, los rojores luminosos de la Alborada ausente; y hay en todas las multitudes expectantes una explosión de cóleras sublevadas, como si hubiese rozado la frente de los legionarios del tremendo Ensueño, el aletazo de la tormenta, la caricia conmovida del Arcángel rojo, mensajero de la magna Anunciación; y los corazones libertarios sobre toda la tierra estremecida, se agitan hondamente como badajos en conmoción que tocasen á gloria en las Vísperas del Supremo Devenir!

¡Oh! las alboradas de Mayo! ¡Quién cantase en estrofas de luz las gestas precursoras de esta gigante Iliada que comienza!

Profunda ha sido la Noche, profunda y siniestra sobre los pueblos en silencio y sobre el mundo en dolor.

Sólo á instantes, rompíase el abrumante silencio, y era el clamor de los oprimidos que se concentraba en la exaltación rabiosa de una Protesta, lanzando á la faz de los amos la demanda urgente de sus aspiraciones de Vida, y era también el puño del Derecho ultrajado que se erguía en las sombras, fremente como una amenaza.

Esa la Historia. Esa la vía dolorosa de la Libertad.

Esas las rebeliones del Pueblo, iras sublevadas que se volvían rayos, rayos que subían á los espacios para perpetuarse en la noche al hacerse estrellas y estrellas que pugnaban en vano por arrojar la Aurora decisiva sobre la Humanidad crucificada en el Dolor, abrumada bajo montañas de sombras

Luego, otra vez la Noche... la Noche y el Silencio, escoltando á la Muerte.

Pero ya el Verbo heçho volcán ha lanzado á las alturas sus erupciones de auroras, y he aquí que las muchedumbros errantes, han hallado la estrella de Betlen de sus largos peregrinajes en las tinieblas. La práctica de la lucha, la nueva orientación científica de la Ideología revolucionaria, han concentrado toda su luz sobre el futuro abierto, alumbrando el camino de las conciencias en marcha hacia el Destino Revelado.

Y es así que las muchedumbres contemporáneas, aleccionadas de una larga experiencia, santificados sus ideales en el Jordán del martirio, han hecho su Evangelio del grito «Ni Dios ni Amo», lanzado á los oídos de los déspotas por la vieja Internacional, arrastrada en las tempestades tribunicias del verbo de Bakounine, el épico revolucionario cuya vida de Evangelio y de heroísmo, bastaría por sí sola para que el Numen de un moderno Homero, reconstruyera el monumento harmonioso de una Iliada

La Revolución envuelve en su torbellino gigante las conciencias proletarias, que independizadas de su yugo inmenso, afirman la soberanía del hombre, frente á la omnipotencia sobrenatural predicada por las religiones y frente á la Autoridad terrena, preconizada por los pseudos pensadores burgueses

La violencia represiva, aconsejada por todos los lacayos de la reacción, no ha hecho más que avivar las llamas de ese incendio colosal, que agigantado por los odios rebeldes, mantenido por el genio de los verdaderos pensadores, abanicado por las alas del lirismo rojo, amenaza envolver al mundo en la gigante conflagración de una Aurora Universal.

Y he aquí porque todos los años, las almas plebeyas. se envuelven en sus esperanzas como en un manto de fiesta y procesionan por las calles, en tumulto, entonando los himnos de rebeldía y de amor, cuyas notas exultantes como un Evohé, atraviesan por momentos á manera de dobles funerarios, el crugir estruendoso de aquellas Horcas que fueron pedestales del Sacrificio plebeyo en el drama de Chicago.

Las notas de la Internacional, llenas de intensas rebeldías exultan de las roncas voces proletarias que saben hacerse suaves como una caricia, glorificando el sueño del porvenir, cunándose en la infinita Esperanza. Y el himno rojo, tronante y enorme como una pamperada de entusiasmos excelsos, corre por toda la Tierra de fiesta, saludando el gran advenimiento, como si el alma colectiva, vistiéndose de pontifical, levantase en las misas promisoras de la Libertad, el cáliz eucarístico del Supremo Amor.

El 1.° de Mayo canta las glorias pascuales del Derecho y rememora la epopeya de los heroísmos libertarios, á la falange universal de los hijos del Pueblo, de esa «grande famille des malhereux» que dijera en parábolas de luz la «Virgen Roja», la sublime Verónica de todos los Cristos revolucionarios, que fué de mundo en mundo, en exilio perpetuo, repartiendo entre todos los oprimidos de la tierra sus amores santos y sus visiones luminosas, como si fuese el alma misma de la Revolución hecha ternura y el Símbolo mismo de la Justicia, hecho mujer.

El 1.° de Mayo es el Rey mago que trae del Oriente su mensaje supremo, llevando en sus alforjas una divina carga de esperanzas.

El 1.° de Mayo canta el Peana de Gloria de todas las vindicaciones resurrexas, como también el toque de rebato de las iras en tumulto, que viene desde el fondo de los Tiempos, á sacudir las conciencias proletarias como campana de alarma y de triunfo

Himno de guerra y de amor, que hace levantar las frentes abatidas en una prolongada reverencia claudicante, y hace levantar los corazones como cráteres de sangre en el brindis auspiciario.

Himno de guerra y de amor que empieza atronando los aires como un presagio de ruina en la imprecación sublime de un Isaías, y concluirá mañana arrullando idílicos amores en la gloria plenisolar de la «Ciudad de la Luz» como una égloga de Virgilio.

Y es así como las muchedumbres irredentas se unen en las Pascuas de Mayo, como una gran cadena de corazones, y marchan en fiesta, hacia el Levante magnífico, donde el Sol de los últimos designios, semeja sobre la Tierra coronada de rayos, la mano bendecidora de una madre sobre la cabeza blonda de un niño que tejiese idilios de estrellas en el sueño apacible de su cuna.

ANGEL FALCO.

Oda á la Belleza

Oh Belleza, que tú seas bendita,
Ya que eres absolutamente pura.
Ya que eres inviolada,
Límpida, firme, sana é impoluta,
Fuente de la divina complacencia,
Oasis infinito
Que sugieres los éxtasis beatos
Y las románticas contemplaciones...

Adonde quiera que tu signo luzca,
Adonde quiera que la esencia encarnes,
Fluye de tí, maravillosamente,
Una gloria serena y luminosa,
Una fruición profunda é inefable...

Eres el cauce pródigo
Surtidor de armonía;
Crisol de místicas depuraciones,
La veta que colora y que sublima
El eterno miraje;
Eres la gema augusta
Prendida sobre el arca
Fértil del Universo.



Aunque el ciego te ignore,
El profano te niegue
Y el infiel te repudie,
Eres perfectamente triunfadora
Sobre la indiferencia de los necios
Y la conjuración de los apóstatas...

Aunque los pecadores
Te inculpen sus pecados
Y te acusen los réprobos
De atributos malditos,
Eres inmaculada é inocente:
No te corrompes con la hiel del odio
Ni la ponzoña del amor sacrílego.

Eres inaccesible,
Eres pasiva, sola,
Sencilla y sobrehumana...
No inspiras, no padeces
El prosaísmo vil de la materia
Ni la sensible turbación del alma.

Entre todos los acontecimientos,
Evoluciones, mitos y teorías,
Entre la suficiencia que te alaba
Y la interpretación que te traiciona,
Entre todas las fuerzas,
Entre todos los tiempos,
Entre todas las cosas,
Tú te levantas religiosamente
Dentro la urna dúctil de tu forma
Como en la alada prez del incensario
La inmunidad de la sagrada hostia.

Oh Belleza, que tú seas bendita,
Más la sabia legión de tus apóstoles;
La entraña que te crea,
El sol que te ilumina,
El prisma que te agranda,
La plancha que te copia,
El aúreo pedestal que te enaltece
Y el soberano lis que te corona!

Por eso sobre el plinto de tu imagen,
Sobre la majestad de tu hermosura,
Sobre el fulgor joyante de tus iris,
Sobre la egregia línea de tus curvas,
Pongo la rendición del canto mío
A tu gracia inmortal loa fecunda.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

De Vargas Vila

Las fiestas de Cervantes llegaban á su fin;

el cansancio ganaba todos los espíritus;

el fracaso ruidoso de aquel certamen de admiradores y el abuso estruendoso y cruel de todas las formas de la oratoria, más ó menos exóticas, habían predispuesto los ánimos contra el uso de la palabra hablada;

una semana de festejos cuasi todos orales y didácticos, habían agotado el tema y la paciencia en los cerebros y en las almas, aún de los cervantistas más apasionados;

de Menéndez Pelayo, en la Academia, á Navarro Ledesma, en el Ateneo, el ciclo de la oratoria apotésica parecía definitivamente cerrado;

la fuente de la erudición se había agotado, después de correr, casi siempre sin ventura por entre los guijarros de todas las mentes clásicas más ó menos rudamente infecundas;

Vargas Vila, que había visto todo esto, se había mantenido — á pesar de tener la representación de un país amigo — voluntaria y sistemáticamente apartado de ese turbión oratorio, que asumía el formidable clamor de una avalancha.

esa victoria del silencio, fué efímera;

el contagio de la hora, lo tocó al fin:

instado á hablar, en el Paraninfo de la Universidad Central, de Madrid, en la fiesta oficial, que clausuraba la celebración del Centenario, no *pudo* excusarse, no *debió* hacerlo; y, accedió á decir en ella, unas palabras;

aquellos que lo habían oído en el Ateneo de Madrid, la noche del 28 de Marzo, deseaban con inmenso empeño volver á oirlo, y los que no lo habían escuchado nunca, atraídos por el eco de aquel discurso, deseaban escucharlo;

sin tiempo ni voluntad para hacer una verdadera pieza orato ria sin amor al tema; sin pasión por la clásica leyenda, que no decía nada á su alma roja, de combate rudo; sin entusiasmo por la infecundidad de las glorias orales, que no significan nada para la Libertad, ni dejan otra huella que el eco de un fracaso, fué allí, sin emoción, sin devoción, al frío cumplimiento de un deber cuasi ornamental, dispuesto á decir cuatro frases, que por su cortedad evitarán el ridículo, que ya empezaba á cernirse sobre los discursos aparatosos, algunos de los cuales, veía él, venir ya, con la mole hojosa y amenazante, de un pedazo de bosque descuajado;

y no pensó sino en decir algo, que fuera, como la nota artística y nueva, en la avalancha de dicción antigua y el follaje pintoresco que los conservadores de la vieja oratoria americana, no faltarían en exibir allí, al lado de las vetustas ánforas donde espumeara el viejo vino de la elocuencia española, bella aún, en su sonora caducidad;

y, así fué.

—

El espectáculo era imponente;

presidía el ministro de Estado, en representación de S. M. el Rey;

tenía á su derecha al Nuncio del Papa, y á su izquierda el Rector de la Universidad y la señora Pardo Bazán;

en el estrado, estaba el Cuerpo Diplomático de la América Latina, muchos ministros y ex-ministros de la Corona; altos funcionarios civiles y militares; los presidentes del Parlamento; senadores, diputados, generales, académicos, escritores, artistas, periodistas . . .

y, un escogido número de damas;

llamado á la tribuna, Vargas Vila, ascendió á ella;

un rumor de aplausos, estruendorosos saludó su aparición;

¿de dónde aquel rumor de simpatía y admiración, al orador extraño y lejano, al solitario cuyo alto des-

dén, rechaza cultivar las flores enfermizas de la popularidad y del reclamo?

Vargas Vila se inclinó ante el aplauso, y las siguientes *Palabras* fueron dichas:

Palabras dichas por Vargas Vila

en el *Paraninfo de la Universidad Central de Madrid*, el 15 de Mayo de 1905, en la sesión solemne, celebrada para clausurar las fiestas del tercer Centenario de la aparición del Quijote:

Señor ministro, señoras, señores:

puesto que la junta directiva de esta Asociación me ha instado para decir en esta fiesta unas palabras, vengo á decirlas;

no haré un discurso; el tiempo y la materia están ya agotados;

en una fiesta hispano-americana, se impone, por lógico, que, los que americanos somos, vengamos aquí á hacer constar, como, el corazón de América, late unísono con el corazón de España en esta apoteosis del Genio Nacional; nuestra presencia aquí lo corrobora; nuestra palabra viene á afirmarlo;

la América ama á Cervantes;

su asombrosa y épica creación le es familiar;

el Caballero de la Triste Figura, ha prolongado su viaje más allá, mucho más allá, de las llanuras polvorientas de la Mancha;

Don Quijote ha viajado por América, viaja aún allí;

todos le hemos visto, lanza en mano, adarga al brazo, caballero en su rocín, recorrer el silencio de nuestras selvas, mirarse melancólico en el cristal de nuestros ríos, ascender nuestras cuestas agrietadas, para perfilar, desde las cimas, su silueta angulosa, sobre los valles pensativos;

su locura nos ha encantado y nos ha contagiado á todos;

y todos hemos saludado con respeto, esa alta y noble figura, idealizada de heroísmo y castidad;

su grandiosa y conmovedora epopeya, es todo el poema de la vida humana; esa divina tragi-comedia, es la verdadera divina comedia de la vida;

y porque Cervantes no escribió un libro, sino *el libro*; porque no pintó el alma española, sino el alma humana; porque no retrató un hombre, sino el hombre; porque no contó una vida, sino cantó la vida; por eso, aquella Biblia del Dolor Heroico, es universal;

todos lo amamos;

y en América, pueblos de idealidan y quijotismos agudos, donde vivimos en eterna vela de nuestras armas, y en culto perpetuo de la guerra, amamos á Don Quijote, porque es á nuestras almas bélicas la más genuina representación del heroísmo; pero del heroísmo auténtico; de ese heroísmo, desequílibrado y visionario, que lleva sobre el casco, amellado por todas las derrotas, un divino rayo de ideal;

la heroicidad que razona, es la vanidad que obra;

sólo en el seno ilúcido de la divina demencia, es que el hombre adquiere la talla portentosa de los héroes, ó la silueta enorme de los mártires;

todo gesto heroico, es extrahumano;

todo sacrificio, es la demencia;

la locura, es una vía láctea, cuajada de soles;

el zodiaco de la inmortalidad, está hecho de dementes;

ellos alumbran, como un sol compasivo, el rebaño inacabable de los hombres normales, y se vengan dejandoles la razón; ellos, se llevan el Genio;

los espíritus equilibrados, ni sienten, ni comprenden la divina neurosis;

la odian: su insulto al Genio, tiene eso de inocente, que es inconsciente;

la primera condición del Genio, es no ser comprendido; la segunda, es ser insultado;

la popularidad, es el lote y el distintivo de la mediocridad;

los genios, no son populares; son, orgánicamente, antipáticos á la muchedumbre;

el Genio y la multitud, son rivales;
los genios, no van en tropel, como los cerdos, como las ovejas.
los genios viven solos, van solos, como los leones, como las águilas;
el desierto es su apoteósis, la soledad es su aureola;
la gloria del Genio, es ser lapidado; su castigo sería, ser olvidado;
el Destino, no castiga al Genio; sólo castiga á los pueblos que no saben admirarlo;
el Genio, no es el sentido común, es su antípoda;
el Genio, es el visionario anormal; el Genio es Don Quijote;
El Sentido comun, es la mentalidad equilibrada, la mediocridad razonadora y normal; el vientre que razona; es, Sancho Panza; el Alfa y el Omega de la intelectualidad; los dos polos inmóviles del espíritu humano;
el Sentido común, también escribe... y, á veces, mucho;
pero, sólo el Genio hace obras; obras inmortales;
nosotros, en América, amamos el Genio y lo honramos;
amamos á Cervantes, el Manco inmortal;
amamos á Don Quijote, el Loco inmortal;
pueblos de rebelión y de heroísmo, nosotros amamos á Don Quijote porque representa, á nuestros ojos, la más alta, la más noble, la más excelsa de las virtudes humanas; la santa virtud del entusiasmo;
fuera del entusiasmo, la vida es un marasmo;
¡desconfiad de los pueblos y de los nombres sin entusiasmo! ellos son pueblos y hombres sin grandeza; allí donde el entusiasmo es condenado, tened por seguro que el heroísmo es burlado;
¡despreciad las almas y los pueblos que ríen de los gestos heroicos! ellos han perdido el respeto noble de la gloria; allí donde la burla tiene su imperio, es porque lo sublime ha perdido el suyo; el pueblo que llega á reir de las cosas heroicas, es un pueblo destinado á desaparecer entre las risas de los otros;
¡tened piedad de la hora en que la risa impera! ¡allí donde la risa reina, la catástrofe germina! los pueblos sin heroísmo mueren riendo, con un rictus de risa triste en los labios, como el de aquellos que mueren bajo la nieve;
he ahí por qué yo bendigo la hora actual; esta hora en que se glorifican el Genio y la Locura;
¡España, ama aún la idealidad! ¡España, ama aún los gestos heroicos! esta apoteosis del Quijote lo demuestra;
España, ama aún el entusiasmo; España, ama aún el heroísmo; ¡bendita España! el pueblo que glorifica el entusiasmo, es aún capaz de sentirlo; el pueblo que dignifica el heroísmo, es aún capaz de imitarlo;
coronar la Gloria, es la manera más alta de mostrarse digno de ella;
un pueblo que renuncia al heroísmo, es un guerrero muerto bajo el escudo, cuando no es un esclavo muerto bajo el azote;
cuando un pueblo llega á creer que el entnsiasmo es demencia, y lo proscribe, ese pueblo ha recobrado la razón;
y cuando Don Quijote recobra la razón, no le queda otro camino que morlr.

—

esas palabras, varias veces, interrumpidas por la admiración, fueron al fin cubiertas por una salva estrepitosa de aplausos..
Vargas Vila, se inclinó para aspirar el perfume de esa flor extraña, y colocó la pálida orquídea sobre su corazón..
y, sintió la nostalgia desesperada de sus grandes horas tribunicias, de sus recios discursos de combate, del perfume cautivador de las grandes rosas rojas del insulto, cayendo como dardos sobre el acero recio de su escudo .
y, como en un caracol marino, sonaron en su memoria los ecos de las tormentas lejanas...
el aplauso es un rumor, la admiración es un miraje;

nada vale en la vida lo que una tormenta de odios, lo que una hora de lucha y de peligro. .

la poesía del triunfo es tediosa. .

no hay poesía verdadera sino la poesía inquietante de la lucha.

fuera de ella la vida es un marasmo; no vale la pena de vivirse;

la peor tristeza de la vida, debe ser triunfar;

la peor desolación, sobrovivirse á su poema;

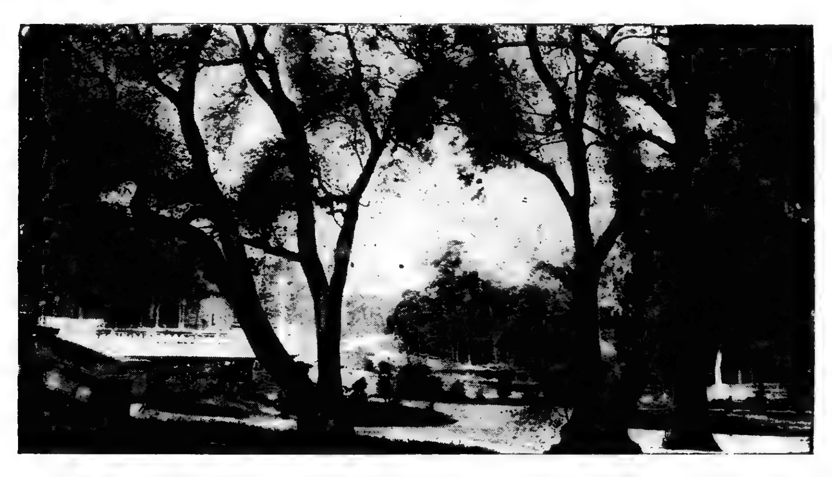
no hay para las almas de lucha, sino un himno enaltecedor; el del insulto;

una apoteosis real; la del escarnio;

una inmortalidad; la del dolor;

eso es vivir...





De "Elegías Dulces"

Para Apolo.

Pobres lágrimas mías las que glisan
A la esponja sombría del Misterio,
Sin que abra en flor como una copa cárdena
Tu dolorosa boca de sediento!

Pobre mi corazón que se desangra
Como clepsidra trágica en silencio,
Sin el milagro de inefables bálsamos
En las vendas tremantes de tus dedos!

Pobre mi älma tuya acurrucada
En el pórtico en ruinas del Recuerdo,
Esperando de espaldas á la Vida
Que acaso un día retroceda el Tiempo! ..

Delmira Agustini.

¡Está bien!

para "Apolo"

¡Porque contemplo aún albas radiosas
en que tiembla el lucero de Belén,
¡Y hay rosas... muchas rosas, ¡muchas rosas!,
¡Gracias!, ¡está bien!

¡Porque en las tardes, con sutil desmayo,
piadosamente besa el sol mi sien
y aún la transfigura con su rayo,
¡Gracias, está bien!

Porque en las noches una voz me nombra
(¡Voz de quien yo me sé!) y hay un edén
escondido en los pliegues de mi sombra,
¡Gracias, está bien!

¡Porque hasta el mal en mí don es del cielo,
pues que al minarme, va con rudo celo
desmoronando mi prisión también,
porque se acerca ya mi primer vuelo,
¡Gracias, está bien!

Amado Nervo



Vicente Blasco Ibáñez



Miguel Luis Rocuant

Con rumbo hacia alta mar

A bordo del "Loa"

A Vicente Blasco Ibáñez.

Para Apolo.

¿Adónde va mi senda sobre el abismo? Pienso
en la hondura del agua, i me quedo suspenso...
Van pasando las olas azules, espumantes,
rasgadas por la proa; clarean los distantes
confines solitarios, i oscilan los cañones
enormes del *steamer*, por bajo los bullones
de las nubes altísimas. El aire desmelena
los penachos del humo.
¿Llegaré?
La cadena
que va al timón chirría; i por entre los ralos
cordajes distendidos que sujetan los palos,
diviso la ribera. En lo azul se destaca
la línea de los cerros, se encoje la resaca
dejando las espumas en la arena, i perdido
en lo inmenso del agua i del cielo tendido
sobre todos los límites, lentamente despliego
mis alas invisibles, i soñando me entrego
al viento de la hora,
El sol desciende, pasa

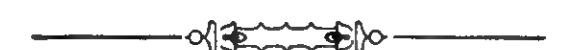
la línea de occidente, i su fulgor abraza
por debajo la comba de las nubes. La orilla
de cada pliegue blanco ó ceniciento, brilla
con un tono de púrpura que suavemente deja
caer sus bermellones sobre el agua azuleja.
El mar, sangrando, se hincha, i hasta donde se pierde
no se divisa un rasgo ni azulado, ni verde:
todo es luz escarlata! ¿Qué recuerdo lo ajíta?
¿Qué remueve los antros de sus aguas? ¿Qué excita
sus tranquilas honduras á sentir el arrojo
con que cruza los aires este momento rojo?
Es tan humano el ritmo del latido que impulsa
el avance del agua purpurada i convulsa,
que me turbo, i mis ojos, en el laxo ó erecto
erguirse de las olas, ven latir, resurrecto,
el haz de corazones caídos á este abismo
en los vértigos locos de pasión ó heroísmo!
¡Cómo tiemblan algunos! ¡Cómo pasan aquellos
de ritmo doloroso! ¡Cómo este grupo deja
el lánguido recuerdo de una estela bermeja,
en tanto aquel se encumbra, se crispa, se revuelve,
se detiene espumando, i á sus ímpetus vuelve
como quien siente el ansia de alcanzar la ilusoria
majestad que prometen los lauros de la gloria!
Por aquí van algunos rodando adonde quiera
llevarlos el capricho de algún viento cualquiera;
i por allá, siguiendo sendas desconocidas,
como un revuelto grupo de hojas secas caídas
en el oscuro otoño de la pasión, van esos
que no sintieron nunca el calor de los besos
de que soñaron; todos los que el postrer suspiro
barrió como un puñado de cenizas...
Aspiro
la esencia del paisaje visionario. Me lleva,
me arrebata el prodijio. El oleaje se eleva
con luminosa insania de heroicidad, con bríos
que yo siento en mi sangre como si fueran míos;
es un algo de gloria i de sombra que enlazan
sus rosas i sus lágrimas i nuevamente pasan
camino de la nada; es vértigo que sueña
con alzarse del limo, i oscila i se despeña;
es el himno grandioso que en la flor es perfume
i destello en el astro, el himno que consume
las fuerzas interiores de todo sér; es llama
que en su floral instante, por algo eterno clama!
¡Oh los verdes laureles! Oh la inútil porfía
de todo lo que sube soñando todavía!
¿Qué me quiere esta hora? ¿A qué estas remembranzas
de sueños extinguidos i muertas esperanzas?
¿De todos los altivos corazones que en vano

lucharon, i cayeron como cae el oceáno
que en su rodar constante, febril sobre si mismo
no avanza i se revuelve sobre su propio abismo?

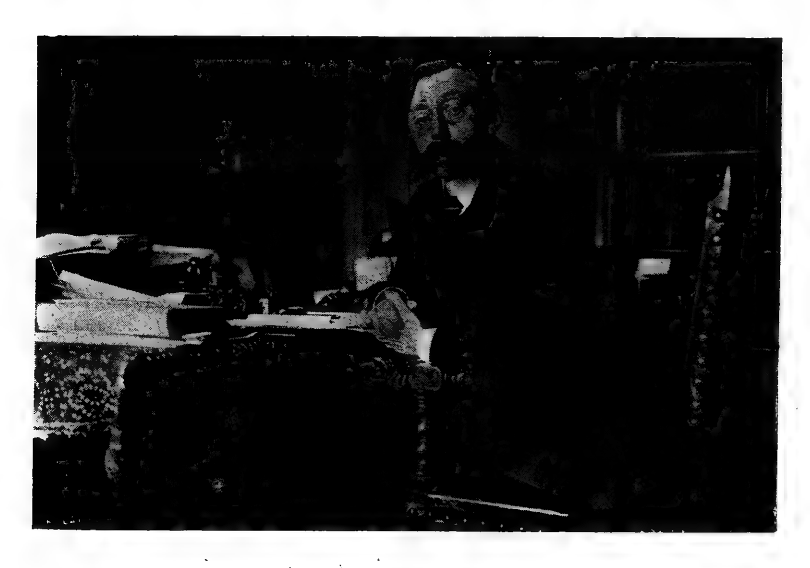
Cambia la luz, se amengua. Ya se va la locura
carmesí de las olas; ya la inmensa llanura
se tiñe de esperanza. Es el viento un suspiro.
Hai, sobre el verde, tonos de pálido zafiro
que se indican i mueren con un temblor. Se apagan.
los largos horizontes; confusamente vagan
las nubes cenicientas, algo de luz tirita
todavía en la seda de las aguas, palpita,
á lo lejos, rasgando la claridad dudosa,
una gaviota inquieta como una mariposa,
i el paisaje se borra, se pierde, se hace fluído
para rodar con todos sus sueños al olvido.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.



Nuestros contemporáneos en su casa



VERHAEREN

Historia de ensueños y de amores...

Para APOLO

A Ovidio Fernández Ríos.

Envío.

René, virgencita triste de los jardines abandonados entre los caminos del suburbio: han venido hasta mí volando en el alma viajera del viento, el eco gemebundo de tus lamentaciones, los inconsolables suspiros de tu primer pena de amor. Sí, mi buena y dulce pequeña, tierna y perfumada como los pétalos en flor. He sentido á través de nuestras ausencias, tu agonía solitaria y doliente, por maleficio de un ensueño que se ha quebrado en tu alma y te ha desvanecido el primer encanto y la primera fe

No llores más. Sé de tu romanza sin palabras y sé de tus veinte primaveras. Con el piadoso amor de mi amor que te alaba, te diré la canción que tú no sabes y el idilio que ya no ves porque tus ojos están llenos de tus lágrimas.

Ven, virgencita. Oyeme junto á los labios, que manan para tí el bálsamo del recuerdo. Ven, mi buena y dulce pequeña. Te evocaré los pasados encantamientos, y con ellos tornarán otra vez á tu nido abandonado, las amadas, las suaves, las dulces golondrinas.

Tú lo habías imaginado sobrenatural, maravilloso de bellezas y de dones, armonioso y suave como el Apolo de los mármoles, florecido del regazo de Venus Anadiomena, madre vírgen infinita, alma fuente de la suprema belleza. Tú lo creaste en el éxtasis de un sueño, y por eso era magnífico y hechicero como un sueño Bajo el augusto reposo de sus párpados, sus ojos maravillosos fluían dulce dulcedumbre de miel. En sus labios palpitaban los besos desconocidos, y en todo el ritmo de las formas nuevas, ardía como un fuego sagrado, el alma eterna de la vida.

Y milagro de la fecunda madre que elabora desde el fondo omnipotente de su reino las formas y las almas, las armonías y las sensaciones, tu amado surgió del misterio de tu ensueño, y se hizo tangible y palpitante, viajero hacia tí, peregrino para tus adoraciones y tus encantamientos. ¿ Recuerdas la primera vez? « Beata señora nuestra de los dones y de las felicidades, dijiste como un rezo, de rodillas, besando con tus labios las palabras. Vayan á la gloria de tu alabanza infinita mis cariños rebosantes, y sea mi ternura de gracias, el sacrificio de mi ser por tus dispensaciones. Mi alma va en mis palabras para besarte, tú que vives en la esencia invisible de las cosas, cantando tu triunfo en las auras que pasan, en el espíritu de las savias, y en la fiesta perfumada de los colores. Adoraré en mis amores tus magnificencias. Glorificaré con la caricia dilecta de mis labios y mis manos sabias para el deleite, tu maravilla de madre pródiga é inmaculada. Tuya soy, beata, bien aventurada, bendita madre Naturaleza. Tuya soy, beata madre, tuya porque tienes mi felicidad suspensa de tus manos manantiales de juventud eterna, vasos gemelos surgentes de la hidromiel del amor.» ¿ Recuerdas, mi pequeña? La oración musitada con el alma en los labios, fué tu bautismo de fe para tus vendimias y tus peregrinaciones por el huerto agridulce de las incesantes pasiones.

Llegó hasta tí por fin el encanto hecho carne, la forma florida ensoñada por tus éxtasis, el amado tuyo esperado y prometido. De hinojos te habló. Vencida le escuchaste. El decía tanto de tí con las palmas de sus manos como con sus palabras. Loaban á un ritmo su sangre nueva brotada del flanco de Venus Anadiomena, y su espíritu sereno y melodioso que se encendía en las ascuas dulces de tus ojos. Fueron sus palabras:

« Eres extraña y adorable; eres

una desconocida que signada para los grandes destinos, signada para mí que te buscaba, no tenías la interpretación sencilla de las bellezas vulgares y de las vírgenes alabadas en los falsos pedestales de los salones. La jadeante y ansiosa caravana de los peregrinos del amor en búsqueda, no supieron de tí porque no pudieron identificar el ritmo de sus corazones á tu corazón, ni sus laudaciones espirituales á la par de tus glorias esenciales y divinas. Eras sola en el ser, sola en la forma pura, sola en la vida desesperante de las monótonas igualdades, de los uniformes deseos y los uniformes alientos. Yo te buscaba, imagen extraña y adorable, para amarte más allá de las simples vibraciones, más allá de los fuegos ardientes que consumen sin intensidades; yo te buscaba para encender lentamente, bajo la honda sabiduría de las manos que acarician, en los silencios eternos de dos bocas unidas, esa inconsumible llama de amor que lleva por hiperbóreos laberintos de deliquio, á los paraísos desconocidos que tienen senderos y penumbras á la muerte.

« Así te deseo yo. Así te imaginó el ánima de mi amor para mis adoraciones. Tu cuerpo ligero como un lirio, tiene de su alba pureza y de su sensitivo temblor á la caricia. En tus ojos tranquilos de agua mansa, se inmovilizan en suaves reposos los paisajes azules del cielo, como cielos encantados. Tus labios menudos y breves, son dos rasgos de sangre vírgen sobre la pálida transparencia de tu piel de seda. Bordes sagrados de la fuente intocada de tu boca, beberé en ellos en supremos sabores, el agua milagrosa que transporta á la vida inmortal. Tus mejillas de suave languidez de madona, se encienden á mis palabras como rosas abiertas. En tus manos exangües de marfil, diáfanas como manos místicas, hay una santidad pagana que bendice cuando acaricias. Tienes la belleza virtuosa, la impecable belleza de las mujeres que en la gloria espiritual del ritmo, se desvanecen de la carne hacia la fluidez incorporea del ensueño imaginado. Tú no eres una vida, eres una creación cerebral como los dioses de las estatuas, un pensamiento supremo prendido en una forma visible, una armonía divina inmortalizada en un vaso de amor. Amada mía, yo pongo mi alma en tus labios como una ofrenda á tí, yo exhalo mi aliento vivificado por los orígenes propicios de la madre Anadiomena, y pido tu dispensación de vírgen y de diosa, para desvanecer sobre tu boca mi esencia y mi ser como el hálito de un suspiro.... »

Besó el magnífico amado la sangre húmeda de tus labios, ¿ recuerdas, oh mi buena y dulce pequeña?, y al despertar tu alma del éxtasis, te encontraste sola con tu primera lágrima Parecía que el viento, celoso y alado viajero, había huído con él hacia el infinito, fuera de lo tangible, más allá de las visiones humanas

A solas con el recuerdo, abandonada con una extraña flor de fuego que te abrasaba el corazón, sentiste en las fuentes serenas de tu alma, el primer veneno de la angustia. Y nació como un alivio, y nació como un envío al ensueño, tu primer suspiro. Y bálsamo generoso y fiel más que la vida, brotó de tu congoja la fuerza redentora de la esperanza. Vinieron días eternos de doloroso alentar La diosa Levana, madre de los dolores, te enviaba envueltas en sus crespones melancólicos, á sus tres hijas Nuestras Señoras de las Tristezas.

Esperaste en vano por las tardes, en las penumbras desvanecentes de los ocasos, la resurrección de tu ensueño viajero Tus ojos mordidos por el llanto, ahondaron las vaguedades de los horizontes, y perfilaron con el deseo las formas desdibujadas en los claroscuros de la agonía del sol. Fuiste creyente y tuviste súplicas para todas las vírgenes milagrosas. Creíste en el oróscopo y hablaste con las hadas. Por las noches leiste tu destino en las estrellas y á las estrellas les imploraste la buena nueva. Acurrucada en las sombras inmóviles

esperaste temblando el nacimiento blanco de la flor de la noche, para descifrar en sus pétalos el sortilegio de tu suerte. Y las hadas, y las vírgenes, y las estrellas, ninguna supieron decirte el augurio. Solitaria con tu pena, tu alma, á cuestas con tu corazón moribundo, lloraba por todos los caminos de tus ilusiones, pidiendo piedad y bálsamo de amores. El ensueño se había roto, y su muerte te daba la muerte. Lloraste con los ojos abiertos, á la desesperada, buscando á través de tus lágrimas prismadas en tus pupilas, el maravilloso y encantado castillo que guardaba vencido y prisionero, como en los cuentos azules de la abuela, al gallardo y tierno mancebo de las adoraciones...

Yo que sé de tu agonía inconsolable, yo que conozco los muertos idilios y los pasados encantamientos, yo que te he sentido florecer al amor de tu ensueño entre los cármenes del suburbio, te envío este mi romance de ensueños y de amores, para que te lleve un minuto siquiera en la vida, esa dulce agua de salud que solo brota del recuerdo...

MANUEL MEDINA BETANCORT.



Les Cydalises

Où sont nos amoureuses ?
Elles sont au tombeau ;
Elles sont plus heureuses,
Dans un séjour plus beau!

Elles sont près des anges,
Dans le fond du ciel bleu,
Et chantent les lounges
De la mere de Dieu!

O blanche fiancée!
O jeune vierge en fleur !
Amante délaissée,
Que flétrit la douleur !

L'éternité profonde
Souriait dans vos yeus...
Flambeaux éteints du monde,
Rallumez-vous aux cieux !

GÉRARD DE NERVAL.



La estrella de oro

Para APOLO.

Para que de tus victorias hermosísimas te ufanes,
Como ante una cruz salvaje, los Boyardos y Esplandianes
Su amor júrante invocando la áurea cruz de su tizona ;
Que en los dramas de sus pechos eres tú la prima-dona.
¡Quién te viese timonera de la concha en que Citeres
Navegó sobre la espuma de color de rosa!... Tú eres
La onda clara de la vida que algún Paraíso mana...
Tu extendida cabellera, como insignia capitana,
Venga al mástil de mi barco...
¡Sople el viento sobre ella,
Y sus flecos serán como rayos de oro de una estrella!

GUZMÁN PAPINI.

Cleopatra

Para Apolo.

Al poeta y diplomático doctor Dario Galvão.

El busto inflado por sensual suspiro,
Cleopatra, toda plena de joyeles,
Espasma, adormecida sobre pieles;
Sus carnes con reflejos de zafiro.

Piensa en Antonio, el bélico triunviro,
Manso y feble á sus piés cual sus lebreles,
Hoy muerto entre engañosos oropeles,
Y ríe con sus labios de vampiro.

Y, tal cual una víbora irritada,
En su lecho, friolenta y excitada,
Se estremece con gesto voluptuoso,

Presentando triunfal, como un escudo,
A un famélico áspid ponzoñoso
Su cuerpo de marfil todo desnudo.

Pablo Minelli González.

Buenos Aires, 1903.

Nuestros contemporáneos en su casa



Sarah Bernhard

Tributo al mar

Para APOLO.

Llena de soñadores,
la temeraria nave
cruza el inmenso mar omnipotente
que puede aniquilarla...
llena de soñadores que partieron
en busca de las tierras
de promisión... ó acaso,
guiados de una estrella refulgente,
en busca de otro mundo
que cual nuevo Mesías
alborea en un fausto nacimiento...

Como una leve pluma
surca la nave el mar embravecido
á través del inmenso
desierto del Atlántico,
y cuando cruza el Trópico,
en unas horas negras de la noche,
abordo, en holocausto
al mar omnipotente,
la fiebre corta como flor de un tallo
la vida de una niña.

. . . .

En su marcha un instante se detiene
y al mar la nave su tributo paga:
cae la flor al mar, y el mar sonríe
en un bello crepúsculo...
¡Sigue su rumbo la atrevida nave
llena de soñadores melancólicos!...

VICENTE MEDINA.

Montevideo, abordo del «León XIII», 24 de Febrero de 1908.

FELIPE TRIGO



Es de los consagrados. Su labor vasta y proficua de novelador pujante lo ha colocado en un puesto de avanzada en la falange intelectual contemporánea.

Ha publicado: LAS INGENUAS, LA SED DE AMAR, ALMA EN LOS LABIOS, DEL FRÍO AL FUEGO, LA ALTÍSIMA, REVELADORAS, LA BRUTA, SOCIALISMO INDIVIDUALISTA y EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS, y ya ha dado á las cajas una nueva novela intitulada: LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA.

Para "Apolo"

Fumando un cigarrillo

Cuando asoma tu sencillo
perfil de "bella durmiente"
en la espiral indolente
del humo de un cigarrillo

y toma cuerpo en la gris
obscuridad del fumoir
tu silueta familiar
de amazona de París,
siempre siento una impresión
de cansancio y de flaqueza
que abre un ala de tristeza

dentro de mi corazón,
que nunca fui más feliz
que cuando tuve por bienes
tus caprichos, tus desdenes,
tu inconstancia y tu desliz...
Por eso es que prisionero
del crepúsculo que expira

Recordando la mentira
de tu corazón viajero,
evoco en el resplandor
del humo que fué su emblema
el quimérico poema
de nuestro sueño de amor.

Manuel Ugarte

En la soledad

Para Apolo.

C'est chose bien comune,
De soupirer pour une,
Blonde, chataîne ou brune,
Maîtresse ;
Lorsque blonde ou chataîne,
Ou brune, ou l'a sans peine,
Moi, j'aime la Lointaine
Princesse.

Edmond Rostand.

Hace tiempo que estamos muy lejos,
Soy vasallo de intensas nostalgias ;
¡ En Provenza sufría Teobaldo
Por la hermosa Princesa Lejana !

Te soy fiel, sin cesar te recuerdo,
Sin cesar tu belleza me encanta ;
¡ Nada influía de Laura la ausencia,
En la ardiente pasión de Petrarca !

De mañana despierto impaciente,
Por saber lo que dicen tus cartas ;
¡ Se levanta temprano el viajero,
Cuando próxima se halla la Patria !

A la playa sonriente de otrora,
Hoy la veo con triste mirada ;
¡ Al quedarse sin Luna los lagos
Se interrumpen sus bellas romanzas !

Hoy las olas parecen sollozos,
Antes eran un himno entusiasta ;
¡ Terminado el combate el herido,
Con las quejas reemplaza á fanfarrias !

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Yo quisiera partir para verte,
Para oir á tu voz delicada ;
¡ Cuando llega la Noche, las flores
Desearán muy pronto, la nueva mañana !

Paso el día recluído cual monje,
Con augustos silencios que cantan . . .
¡ En los templos que están sin rumores,
Los cirios murmuran, sonoras plegarias !

Con las notas de estrofas dolientes,
Enviaré mil perfumes á tu alma ;
¡ Con las páginas magnas de « El Fuego »,
Recibe Venecia, la luz danunziana !

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Te soy fiel, sin cesar te recuerdo,
Sin cesar tu belleza me encanta ;
¡ Nada influía de Laura la ausencia,
En la ardiente pasión de Petrarca !

Hace tiempo que estamos muy lejos,
Soy vasallo de intensas nostalgias ;
¡ En Provenza sufría Teobaldo,
Por la hermosa Princesa Lejana !

Julio Raúl Mendilaharsu.

Bournemouth — 1907.



Manuel Ugarte

La Hiperbórea

Drama en un acto

Para Apolo.

ESCENA II

Las mismas — Cora

El criado —(En la puerta izquierda).

La señorita Cora di Pietro . . .

Irma — Eh? Que pase . . .

(El criado se retira. Entra Cora, joven y hermosa mujer, vistiendo de paseo.)

Fanny —(Levantándose.) Adelante, señorita . . .

Cora —(A Irma, que está como abstraída en su lectura.) Mi ilustre amiga . . . molesto?

Irma —(Mirándola y dejándo caer lentamente el manuscrito sobre la falda.) Ninguna presencia me es más símpática que la suya, mi querida Cora . . . (Se saludan.)

Cora Debo pedir á usted mil perdones por no haber correspondido á su invitación de hoy, para el almuerzo . . . Me fué imposible venír . , . Tenía multitud de cosas á que atender . . . Sentí mucho . . . (sentándose). ¿Qué leía Vd. tan abstraídamente?

Irma — (Tendiéndole el manuscrito). Me leía á mí misma... Yo soy mi autora predilecta . . .

Cora —(Hojeando). Ah, es un drama . . . (Leyendo). «Hacia el Abismo» . . . Hermoso título . . . ¿Y piensa usted llevarlo pronto á escena?

Irma — No, por ahora nó . . . Más adelante tal vez . . . Es menester que se produzcan ciertos y determinados acontecimientos . . . En fin . . . Pero, si quiere usted leer algo verdaderamente notable . . . (Buscando en la valija).

Cora – Qué es? Otra obra suya?

Irma —(Entregándole otro manuscrito). Sí, mi gran obra, la verdadera obra de mi vida . . .

Cora —(Leyendo). «Memorias de una Actriz».

Irma — Esa sí . . . pienso publicarla en breve... Es una obra originalísima . . . Completamente nueva . . . Sobre todo de una audacia inaudita... Causará sensación . . .

Fanny —(Haciendo puntilla). Basta que sea suya, para que las gentes se la arrebaten de las manos . . .

Cora — Ya lo creo . . . Me figuro el éxito extraordinario . . .

Irma — Sí, sin duda . . . (Recostándose, cansadamente, con aire tedioso). Y sin embargo . . . ¿qué es, todo eso . . . ? ¿qué vale . . . ? qué significa ? ¿Cree usted que eso pueda llenarme . . . ? ¿Cree usted que eso pueda satisfacer mi necesidad infinita ? (Suspirando, con cierto sarcasmo.) Mí necesidad infinita . . . ! ¡Ah, todo es tan mezquino . . . Todo . . . Si al menos pudiera tener alas . . . Alas . . . ! (Pequeña pausa) ¿De qué sirve todo eso, si al cabo, no se puede ser más que una simple mujer . . . ?

Cora — Usted busca lo imposible, Irma . . .

Irma — Lo imposible . . . ! Sí, usted lo ha dicho . . . Yo estoy enferma de ese deseo ! ¡Ah, por

qué se nos ha dado ese deseo infinito, si nuestra voluntad no puede conquistarlo...!

Cora — (Distraída, mirando al rededor.) Pero, cuántas flores...! Se diría que hubieran llovido aquí, esta mañana.

Fanny — Si, verdaderamente, puede decirse que hàn llovido... Son tantas que no sabemos ya donde meterlas...

Cora — Son las ofrendas á la diosa... al ídolo... (Súbitamente, poniéndose de pié, sorprendida) Ah! ¿está aquí?

Fanny — (Solícita) ¿Quién, señorita?

Cora — (Dominándose, en tono indiferente) No... decía... como ví ahí el sombrero y los guantes de... ese caballero...

Fanny — Del señor Maleschi? Cierto... Los ha olvidado al irse... como habita en el mismo hotel...

Cora – Ah, si?... (Pequeña pausa. De pronto, á Irma, con cierto arrebato) Amada Irma... confiese usted que... que ese señor Maleschi es su amante!..

Irma — (Sonríe; luego) Fanny...

Fanny — Señorita? (Irma le hace una seña. Fanny vase por la derecha).

ESCENA III

Irma -- Cora

Irma — ¿Así pues, cree usted que... Gabriel Maleschi es mi amante?

Cora — (De pié) Naturalmente.

Irma — Sea, pues, ya que usted se empeña... (Pausa).

Cora — (Da unos pasos, coge una rosa, va á sentarse al lado de Irma, y, lánguidamente, aspirando el perfume de la flor, dice). Hace mucho tiempo que le conoce Vd?...

Irma — (Que la observa, sonriendo malignamente) No... Le conocí hace solo tres meses... en Génova...

Cora—Ah, en Génova... (Pausa) Diga usted Irma... sea usted franca... ¿ama usted realmente á ese hombre?...

Irma — (Indolente) Ps!... Es un pobre muchacho... un joven burgués... inteligente... si, culto... muy culto, sin duda... pero... tan inferior á mí... tan... pequeño... Usted comprende...

Cora — Si, comprendo... Usted no puede sentir pasión — por él...

Irma Gabriel Maleschi es para mí como un niño... Su ingenuidad me encanta... su puerilidad me hace sonreir... Su pequeñez me inspira cierta ternura compasiva... Mi afecto por él tiene algo de piadoso... algo así... casi maternal, me atrevería á decir...

Cora Su afecto de usted, pues, no es más que una piadosa condescendencia?

Irma – ¿Condescendencia¿ tal vez... ¿por qué no? Si es tan pequeño...

Cora — Y sin embargo, Irma...

Irma — Qué?

Cora — Perdone usted que le diga... Pero, hay en él, algo... que usted no tiene ¡que usted no tiene! y... que le hace superior á usted!...

Irma — Sí? Y que es ello?

Cora — El corazón, mi ilustre amiga.

Irma !Oh, el corazón... (Después de mirarla fijamente un instante) ¿Cree usted, pues, que en mi haya muerto deveras el corazón?

Cora — En usted Irma, la cabeza ha matado al corazón...

Irma — Comprendo lo que quiere usted decir... Y tal vez...

tal vez la parte intelectual de mi ser se haya desarrollado, agigantado en mí hasta el punto de ahogar al sentimiento . . . No cabe duda que el intelectualismo puro nos hace descorazonados . . . y tal vez yo sea . . .

Cora — Sí, una intelectual pura . . .

Irma — Quien sabe . . .

Cora — De todo lo cual, resulta que tiene usted engañado á ese hombre . . .

Irma — Engañarle? No, por cierto. ¿ Cree usted que mi orgullo lo consentiría? Me dejo amar por él . . . Es cuanto puedo darle . . . El mismo no se atrevería á exigirme más . . . El pobre muchacho es tan feliz amándome . . .

Cora (Levantándose y apartándose) El . . . *pobre muchacho*, merece ser amado de otra manera . . .

Irma — (Impasible, sonriendo) Sí, como usted le ama, verdad?

Cora — (Volviéndose bruscamente) ¿ Qué dice usted?

Irma — Sí, apasionadamente, locamente, como usted le ama . . . ¿ no es cierto?

Sí, sin duda, yo lo reconozco, el *pobre muchacho*, merece ser amado por usted.

Cora - ¡ Usted se ha vuelto loca, Irma . . . !

(Se aparta unos pasos.)

Irma — (Se levanta lentamente, sonriendo, se acerca á Cora y poniéndole las manos en los hombros le dice) Y . . . ¿ desde cuando le ama usted, mi buena Cora . . . ?

Cora - (Con risa falsa). Ah! pero, como se le ha ocurrido á usted semejante cosa? (Se aparta, luego se vuelve, diciendo con arrogante aire de desafío). Que! ¿ Se figura usted que si yo le amara, no hubiera sabido hacerme amar por él? . . .

Irma — (Sonriendo, con suprema ironía). Hola. ¿ Con qué se considera usted capaz de vencerme . . . de arrebatarme un amante? Hay que confesar que tiene usted una alta idea de si misma (Ríe). Verdad que es usted mucho más hermosa que yo . . . ¡ superior á mí en todos sentidos . . . y no es difícil suponer que él la hubiese preferido... ¿ verdad?

Cora — (Dejándose caer en un asiento, con desmayo, casi próxima á llorar). Ah!, Irma, es usted perversa! . . .

Irma - (Acercándose á ella y acariciándola) Sí, mi pobre Cora, soy perversa . . . ¡ soy un monstruo, mi adorable Cora! . . . (La besa).

Aurelio del Hebrón.



Soleil couchant

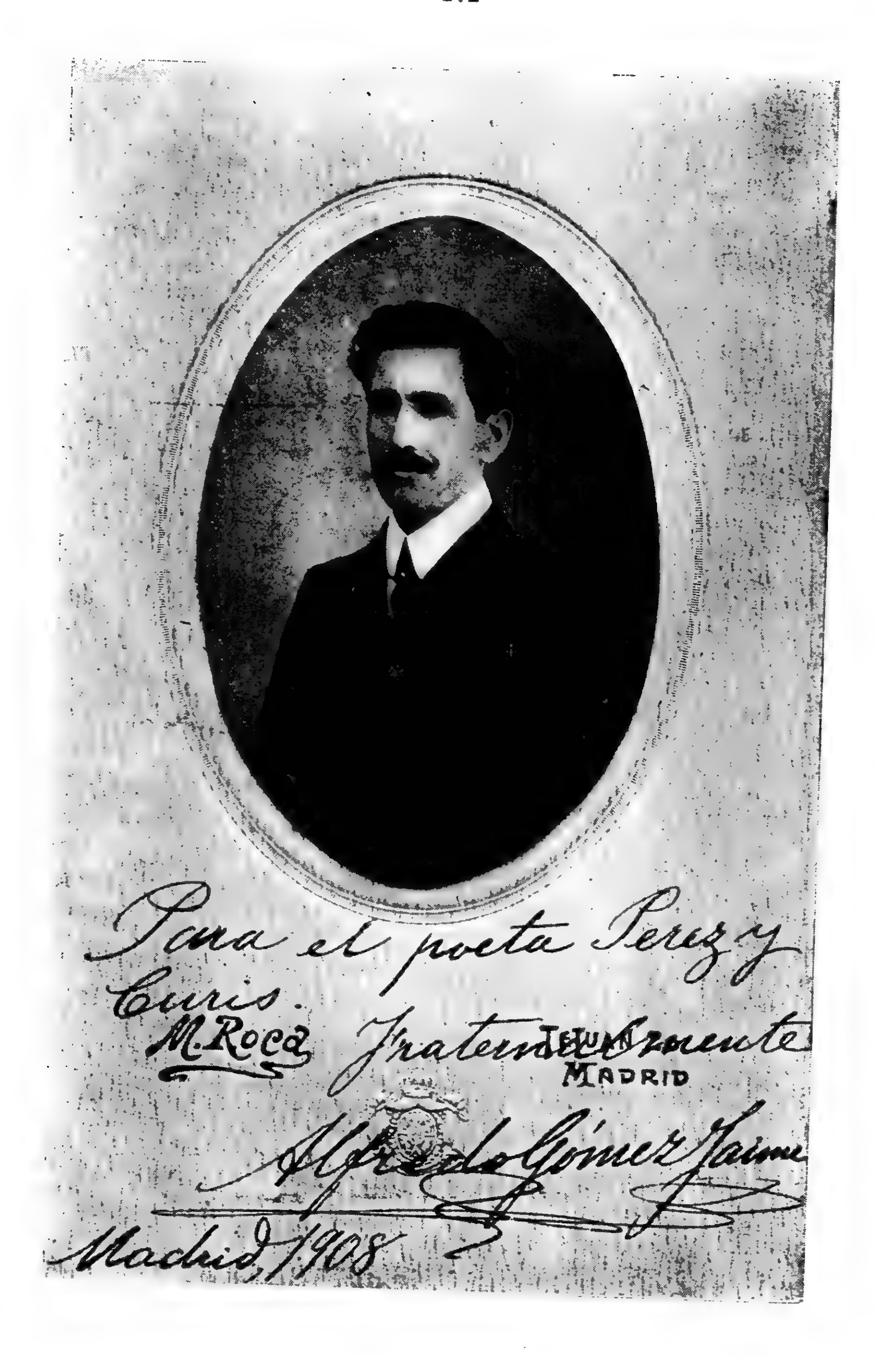
Oh! mon Dieu, que je suis triste! ¡ Oh! que le ciel est grand! Va, prends ma vie, beau couchant de rose triste d'améthyste.

Au moins si j'étais l'oiseau migrateur, je me noierais, beau couchant de rose triste, vers toi dans le gouffre amer.

Au moins si j'étais l'étoile, en toi je brûlerais, ô triste ciel d'améthyste, et je me fondrais!

Hélas! je suis sur la terre et j'ai cet amour au cœur. Oh! mon Dieu, que je suis triste, Occident! Occident!

Paul Fort.


Para el poeta Perez y Curis.
Fraternalmente
M. Roca
MADRID
Alfredo Gómez Jaime
Madrid, 1908

Ondas vivas

Para Apolo.

Al partir los discípulos en la barca viajera,
contemplaron la playa con un vago temor,
y Jesús apacible, desde el alta ribera,
los miraba alejarse con sonrisa de amor.

Yo seré con vosotros hacia el alba primera
habían dicho los labios del sereno pastor;
y pensaban los rústicos: Ni soñarlo siquiera.
¿Si no existe otra barca, cómo viene el Señor?

Mas cuando ellos perdiéronse tras el límite vago
dejó Cristo la orilla, y avanzó por el lago
sin mojar su sandalia, de lo ignoto á través.

Halló firmes las combas del cristal ondulante,
y sembrando fulgores, como emblema triunfante,
sobre el vivo diamante caminaron sus pies!

*
* *

Otra vez, dolorida como trágica sombra,
Magdalena, la hermosa de los rubios cabellos,
quiso ungir del Rabino los pies castos y bellos
con la esencia más rica que en Oriente se nombra.

Y arrojóse á besarlos con ternura que asombra,
los cubrió con sus bucles, enjugólos con ellos;
desatados sus rizos en dorados destellos
como un sol derretido que sirviese de alfombra.

A su tibio contacto se turbó el Nazareno;
en la plácida albura de su rostro sereno.
florecieron las rosas con su sabio decoro;

Y hubo un raro momento de temor y agonía
al sentir el Profeta que su planta se hundía
en las ondas de seda de los bucles de oro!

Alfredo Gómez Jaime.

Madrid, 1908.

Por jardines ajenos

Tristitiæ Rerum (La tristeza de las cosas)

POR

FRANCISCO VILLAESPESA

Me había apartado de los espíritus fuertes en el alba de una cruel enfermedad.

En lagos de nieblas sembrados de rosas exangües que anunciaran en plena primavera un invierno inexorable, bogaba mi alma pensativa, taciturna, y yo no sé por qué sentimiento abstruso de presentidos dolores y de nostalgias jamás experimentadas, hallaban eco en aquélla los suspiros quejumbrosos de pajarillos implumes arrebatados del nido y expuestos á la intem perie; la queja de la hojarasca arrastrada por el viento en los gimientes crepúsculos otoñales; la tierna melancolía de glorietas hiperbóreas florecidas de crisantemos y rosas amarillentas en las penumbras crepusculares; la plegaria íntima de un ruiseñor extraviado en los albores grises del invierno; la voz débil é insonora de las almas convalecientes que remozara con su exquisita unción el recuerdo de antiguas contemplaciones, y todo aquello que sabe á ocaso y desolación, á invierno y decrepitud.

Compenetrado á tiempo de la angustiosa anormalidad de mi psiquis, en aquella hora de emocionales revelaciones y de caídas inesperadas y transitorias en que mi corazón brotaba flores de sangre como al influjo de una llamarada ígnea las cimas del horizonte, seguí la ruta de mi vida dolorosa salvando todos los escollos que á mi paso silenciaban su presencia, provocativos é inertes á la manera de una momia.

No abandoné la lucha, pues como el tedio de la vida sedentaria me aniquila, tal abandono, saludable para otros, me hubiera sido fatal. Pero me aparté un instante de mis hermanos predilectos, ideólogos de combate cuyo es el lábaro de la libertad, y me embebí en la lectura de los silenciosos y de los tristes, identificando al suyo mi pesimismo.

¡Como que la alegría ya no era en mi corazón!...

Y fué así que cesaron mis apóstrofes, y frases condenatorias no brotaron de mis labios sino para castigar la osadía de nuestros *críticos,* flagelos hechos carne por una ley de odio al talento indiscutible. Yo perdonaba, ó más bien dicho, no denunciaba errores, pero á la *crítica* empedernida le arrojaba el carcaj de mis palabras destruyendo así sus deseos ominosos de desvanecerlo todo: esperanzas é ideales todavía en ciernes.

Musa de combate no fué entonces la mía; fué la dulce contemplativa de todo lo que conmueve y suscita diversas sensaciones humanas y vagos estremecimientos de emotividad, como una puesta de sol ó un idilio de pájaros cabe los huertos en flor, en un amanecer primaveral.

Entonces yo medité: Poetas: ¡cómo influye en nuestro amor por las visiones panteístas el estado de nuestras almas!

¡Eterna meditación!... Las tardes grises y las noches tormentosas ceñidas de vestiglos y espectros por la ausencia de luz astral me deparaban un bienestar inefable. Yo veía en ellas, como en las turbias pupilas de una novia agonizante, la encarnación de mis dolores desnudos, y su tristeza era la harmonía idealizada de mis profundos sentires, la síntesis de mi etopeya doliente dicha por la Naturaleza enlutada para el acto.

Los días de sol, primaverales, llenos de oro y de aromas enervantes que sabían á labios de voluptuosas mujeres; las noches de plenilunio, diáfanas y misteriosas cual una aurora boreal contemplada desde un limbo en tinieblas; una campiña cubierta de flores rozagantes que me ofrecían la gama de sus perfumes en el vaso intangible de la tarde; todo eso, delicioso otrora, parecíame hostil, como que era la antítesis de mi recóndito duelo.

Los antiguos paseos matinales por la soledad de los parques, propicios siempre á la meditación sin tregua y al goce único de la quietud interior eran acogidos por mi alma enferma como una costumbre añeja arraigada al ocaso, pero no como un placer divinizado bajo la advocación de la Naturaleza.

Y era que el hastío había anidado en mí después de un vasto silencio y operaba como un factor eficiente de misticismo y misantropía.

—

Ya en los comienzos de ese ciclo doloroso gusté

esa obra de Francisco Villaespesa: «Tristitiæ Rerum».

Miré en el alma de este Poeta ecléctico hechó á cantar bajo un pabellón de nieblas en la lira de la tarde y vi en ella sepultadas las angustias de la mía. El vaho sangriento de mis dolores soplaba allí cual un viento de borrasca, exteriorizándose en rimas de fragancias elegianas y languideces definitivas. Era la comunión de nuestras almas afines.

Entonces yo medité: *¡la tristeza de las cosas!* ¡qué honda y misteriosa es! Y ¡qué dulce y bienhechora cuando llega al corazón del poeta que ha de cantarla en horas de recogimiento y de cruel incertidumbre al unisón de la suya que es divina exhalación!

La tristeza es el crisol del espíritu. He ahí por qué el amor á la tristeza hace humano y austero al poeta que la siente.

Supremo gesto de humanidad el de Villaespesa que cuando canta ennoblece cerebros y corazones, tal es la magna, subyugadora elocuencia de sus palabras de vidente y tan eficaz la magia de sus quereres apasionados y sinceros.

¿Queréis gustar de este Poeta emotivo, mas de una emotividad polífona y delicada, no monorrítmica, como el rumor eviterno y también emotivo de las olas en perenne pugna con las rocas milenarias, queréis gustar — digo — el soplo quintaesenciado de su idealidad y la harmonía intensa de su estro, cual un oasis, uberoso y promisor?

Penetrad, quedo, en el jardín de su espíritu. Pasa por él meciendo suavemente: ora, febles pasionarias; ora, sensitivas frágiles, que son el emblema de un triste y tierno subjetivismo, un aura leve de ese vago misticismo que hay en la urna interior de todo poeta y de todo soñador que ha experimentado á un mismo tiempo sensaciones de placer y de dolor.

«Tristitiæ Rerum» es un ramillete omnicolor, un haz de olorosas flores, cuya evanescencia, produciéndose al contacto más leve, provoca éxtasis divinos, así como si escapara de un invernáculo y fuese á flotar en el ambiente gris de los paisajes escandinavos.

Idealista por temperamento y rebelde como artista que busca en si mismo, muchas veces, un motivo de dolor para sus concepciones de vida, Villaespesa ha paseado su musa indemne por la cima del Parnaso, lejos, muy lejos del aprisco intelectual donde se reúne el rebaño cada vez más numeroso de los mediocres y rutinarios.

¡Qué elocuencia, qué exquisiteces verbales en el lenguaje de esa musa evocativa y casi siempre taciturna! Su estilo es diáfano como linfa de río; brillantes y discretas son sus imágenes que se suceden con maravilloso ensalmo, y la belleza que se desliza en todas sus poesías concebidas con suma felicidad tiene la gracia serena de una góndola en movimiento.

Y este Poeta, cuya regia prodigalidad no amortigua en vuestras almas ese hondo sentimiento de inclinación hacia sus creaciones, figura en la legión de los actuales innovadores hispanos á cuyo poderoso impulso la estética se ha despojado de su ropaje antiguo, caduco, hecho girones con el tragín cuotidiano de meros versificadores que marchaban en pos de los bardos clásicos sin una idea de independencia artística y exentos del orgullo que caracteriza siempre al poeta de verdad.

Y no es que yo pretenda, al ensalzar el modernismo, rebajar el clasicismo. No soy irreconciliable con las antiguas escuelas aunque reconozco en la poesía moderna una absoluta superioridad de concepto, de vigor y de harmonía. Es que la sumisión á los poetas que fueron y ya no serán jamás, implica un gran retroceso. Y el poeta, como artista, como creador de belleza, ha de ser libre para llenar dignamente su cometido. De ahí la diferencia entre poetas y simples versificadores.

Y Villaespesa, en su raudo vuelo de águila, ha sabido, con ejemplar soberbia, sustraerse á los dechados que nos dejaron como sagradas reliquias los dómines de los antiguos templos apolíneos.

La rigidez de las formas clásicas y el rutinarismo encarnado de los cánones académicos, que campean en los libros de muchos versificadores huérfanos de inspiración y capaces sólo para las cosas prosaicas no harmonizan ni se concilian con su alma libre y solitaria que exhorta á una rebelión artística á los poetas jóvenes de la España contemporánea.

¿Cómo van á harmonizar las gemas de este Poeta con los versos rancios, inarmónicos y hueros del señor Unamuno?

¡Imposible!

. . . .
. . . .

Ha dicho Francisco Acebal que Villaespesa pertenece á esa *nueva generación de poetas que significa*

el renacimiento del idealismo, como una nueva y quintaesenciada forma de romanticismo.

Esa generación representada actualmente en América por los poetas de más indiscutible personalidad ha triunfado en España merced á la labor sobrehumana de Villaespesa, Juan R. Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Díez-Canedo, Valle Inclán, Eduardo Marquina, Enrique de Mesa, Isaac Muñoz, Miguel A. Ródenas, G. Martínez Sierra y otros. Prosadores unos, poetas todos, ellos tienen su manera original, su idiosincracia artística que no ha sufrido el contagio de los demás escritores.

Subjetivos por excelencia, y enamorados de un ritmo armónico y nuevo, esos poetas que unen á su exquisita labor de orfebres su exquisita virtud de sensitivos, jamás traicionan á su alma. Por eso sus versos fluyen límpidos y sonoros, sin esas transiciones ásperas y lamentables que dan muerte á la idea original.

Cuando el poeta llora, aunque sea interiormente, porque ha perdido una esperanza ó porque asiste á la muerte de sus más caros ideales, su musa, á fuer de sincera, no lanza imprecaciones, no agota los vocablos del apóstrofe; llora con él, y con él entona el salmo de la humana melancolía.

Y Villaespesa, en « Tristitiæ Rerum », canta sus estados de alma como el ruiseñor que, al decir de Michelet, *canta para su amor, para su nidada, para el bosque, para si mismo, en fin, que es su más delicado oyente.* El traduce su idealidad en estrofas tiernas y originales; solloza, y sus sollozos se exteriorizan en hemistiquios acadenciados de dolor é inebriados de nostalgia. Su modalidad sellada de un modernismo sumamente personal se destaca en las letras castellanas como un símbolo de la poesía actual y señala nuevos rumbos tendientes á la absoluta emancipación de las formas y á la sutilización de las impresiones psíquicas.

Vosotros, los que habéis amado de corazón siquiera una sola vez y os refugiáis en la soledad, ora implorando olvido; ora añorando la quietud de las horas juveniles, leed « Horas de Tedio » y decid con el poeta refractario al eufemismo todo un poema de resignación sintetizado en estos dos versos de « Occeano », una de sus más brillantes joyas:

« Todo ha muerto, alma mía...
Otra vez estás sola...

PÉREZ Y CURIS.

Nuestros contemporáneos en su casa



Paul Hervieu



Frutas maduras

Para Apolo.

El cuerpo de las vírgenes, cuando la vez primera
conoce de las manos de su conquistador,
padece, cual si toda la carne le doliera
con dolores novicios bajo del cobertor.

Por eso, aunque la niña de tu soñar te quiera
con alegrías francas y límpido fervor,
procede suavemente, cuando la vez primera
desgranes su preciosa granada de rubor.

Sufre calladamente todo lo que se inicia:
la más deleitadora no es la primer caricia
y el beso más intenso no es el preliminar;

Así cual las redondas manzanas no son buenas
hasta cuando bermejas y maduras y llenas
descienden de las ramas jugosas del pomar.

Moreno Alba.

Colombia, 1907.

De "Los Parques Abandonados"

A Pérez y Curis, estéticamente.

Para el número especial de Apolo.

«La Viuda»

Bajo la noche — su silueta aguda,
solemnizó — de adusto terciopelo.
Una discreta brumazón de duelo
turbaba sus encantos de viuda...

No sé qué Esfinge interrogante y ruda
nos constreñía á respetar el velo...
Mientras frivolizaba un ritornelo
el surtidor en la heredad desnuda...

Interpretando los silencios crueles,
y el imposible de un amor sin mieles,
— hadas del piano turbador sus palmas, —

hinchóse de solemnes confesiones
la noche y, oh dulzura, — á nuestras almas
se aproximaron las Constelaciones!...

«El Rosario»

Solo la noche y tú, Casto Incensario,
sabían mi odisea pecadora...
Volviendo de una orgía, hacia la aurora,
te ví, la última vez, bajo el sudario...

Sé que me amaste, Lirio Visionario,
que, por mi culpa, — enferma y soñadora,
pasabas la vigilia, — hora tras hora —
confiando hacia los astros tu rosario...

Abrazado á la Cruz, pesando aquellas
náufragas horas, desmayé la frente,
— rompiendo, al fin en lúgubres querellas...

Mientras, sobre tu tálamo yacente,
la noche desgranaba, dulcemente,
como un rosario fraternal de estrellas!...

Julio Herrera y Reissig.

Montevideo, «Torre de los Panoramas».

Nuestros contemporáneos en su casa



EDMOND ROSTAND



Armonía sentimental

Para APOLO.

Vagaba por la senda de la ilusión.
Era noche y no había ni astros ni flores,
no reían, lloraban los surtidores
mientras el mundo se armonizaba á mi corazón.

. . . .
. . . .
. . . .

Tras el florido marco de su ventana
apareció su faz llena de alegría.
Miré en torno... ¡había rosas de la mañana,
mariposas y aves! ¡Era de día!

Vagaba por la senda de la ilusión,
mientras el mundo se armonizaba á mi corazón.

ILLA MORENO.

Montevideo.

Una debilidad bien perdonable de Luciano Robert

Para Apolo.

Al poeta Ovidio Fernández Ríos.

Caminábamos en silencio, por aquel senderillo del bosque en flor, todo él exhuberante al hálito fecundatriz de aquella Primavera pródiga.

Mirta iba delante; yo la seguía á pocos pasos. Bajo nuestras plantas crujían las hojarascas secas y se hundían muellemente los pastizales tiernos. Por entre la espesura del ramaje surgían á trechos algunos claros: trozos de cielo azul; nimbos de luz resplandeciente; chorros ígneos de aquel sol de oro que ahora declínase su ruta. Era una hora propicia . En cada árbol y en cada rama un trino modulaba en mil arpegios la sabia alegría de la Vida que ama.

Durante esta marcha á través del intrincado bosque, Mirta y yo no cambiamos una sola palabra. Esa tarde no nos embargaba la alegría ruidosa de otras veces, cuando haciendo la misma trayectoria, el amor retozara en nuestro corazón y el deseo fulgurase en nuestras miradas. Ahora un silencio rencoroso había ahogado nuestras mutuas expansiones, distanciándonos como á dos amantes en querella. A mi frente, á cuatro pasos, Mirta triscaba en la maleza apartando ramazones y lianas silvestres. Bajo su sombrero aludo, de paja blanca y flexible, una cascada de sus rizos negros ondulaba sobre el marfil ebúrneo de su nuca; á veces su talle se erguía en movimientos bruscos, otras se distendía en agazapos felinos, en desperezos elásticos como el de una culebra joven. . Aquel símbolo de tentación siempre frente de mí, evocatriz de felicidades otrora saboreadas, ahora me hacían forzosamente daño: trocábase mi enojo en una cólera sórdida y vengativa y, cuando Mirta, obligada por algún accidente del terreno, recogiendo la falda hasta la corva, dejaba ver el nacimiento de su pierna deliciosa y admirable, esta nueva tentación hacía temblar mis manos trémulas y prontas como para el zarpazo, y mis ojos, obsesionados quien sabe por qué remoto atavismo del hombre malo de las cavernas, fijábanse con obsecación estúpida en aquel cuello desnudo, cuya blancura invitase á atenazar estrechamente y largamente. .

Muy pronto nos internamos, y allí, junto al arroyo, en un pequeño hueco del follaje, los dos nos tumbamos sobre las hierbas. Era aquel un escondrijo delicioso y feliz; un retiro discreto y perfumado, escogido desde nuestras primeras excursiones por nuestra natural codicia de amantes egoistas ansiosos de soledad... Las acacias, los tamarindos, las plantas trepadoras y los rosales silvestres crecían allí con una exuberancia loca y magnificente. Era aquello un gran retazo de vegetación prodigiosamente lúbrica, algo así como debió ser aquel rincón del Paraiso bíblico donde papá Adan y mama Eva gustaran por primera vez del vedado árbol...

Pero, esa tarde, que muy graves rencillas amorosas agravaran nuestros gestos en un silencio de solemnidad trágica, nuestra estadía en aquel sitio se redujo á una pasividad beatífica y ejemplar. Nada de besos ni de caricias robadas; nada de frases pasionables y de arrumacos tiernos. Yo miraba sin ver aquel paisaje encantador, con una obsecación fija, estúpida, ya casi imbécil, en tanto Mirta, con un rústico « Jocelin » en sus manos, engolfábase á mi entender en una lectura tan interminable como enigmática, puesto que en las dos horas que allí permanecimos, creo que sólo dos veces la ví dar vuelta las hojas ..

¿ Pero saben ustedes, mis amigos, que nosotros cuando novios solemos tener mucho de tontos tan di-

vinos como ridículos?... Juro por mi honor y á fuer de hombre honrado, que cualesquiera que esa tarde nos hubiera visto á Mirta y á mí, nos hubiera tomado por una joven pareja burguesa ya en su último cuarto de luna de miel, y por ende inofensivos, graves, de una circunspección ejemplar...

Pero, ¡ta! otra cosa era por dentro! Yo amaba demasiado á aquella muchacha para no saberla reñir cuando esto así fuera preciso... ¿Ustedes saben cuan poderoso es el derecho de la razón cuando en una rencilla de amantes él nos pertenece innegable y por entero?... Bien, aquel día ese derecho me asistía, y, cuando él se juzga poderoso, de raíces hondas y no fútil ó de mal entendido amor propio, crean ustedes que al que no lo hace prevalecer ó es un débil ó un consentidor irremediable . Y no son estas frases, alharacas de superioridad varonil sobre la mujer; no, sean para ella nuestras galanterías más exquisitas y nuestra admiración incondicional, pero, recuerden ustedes, mis amigos, qne alguien dijo en buen decir que el amor es tirano... y yo agregaré: con la paradoja absurda de que aquel que tiraniza suele á veces no ser el que exije sino el que niega .

La verdad que aquel día, Mirta estaba encantadora. Echada de un costado sobre el musgo; ceñida la falda estrecha á su cuerpo escultural; asomando por entre la ola de encajes blancos de su enagua, sus piececitos diminutos aprisionados en reluciente charol, yo á veces al mirarla así, sentía ímpetus tentadores de trocar mi gravedad en un risueño alborozo, en una idealidad adoradora, y, ebrio de pasión, estrecharla entre mis brazos, su boca en la mía y mis ojos en sus ojos...

Y esta idea acabó por trocárseme en una obsesión, en una lucha íntima de la cual ya me consideraba vencido .. La Tentación, el Deseo, el Egoísmo, este gran cínico interior, ó acaso este filósofo sapientísimo, gritaba en mí sus teorías más seductoras y sugerentes. — «Bésala, — me decía. — Acaricia su cuerpo joven y bebe en su boca, con su juventud, toda la savia del Amor . Desecha necios enojos. . «La Dicha es corta y la Vida es larga; esto lo digo yo y la vieja Experiencia, podéis creerlo »

¡Qué lucha, mis buenos camaradas! Más de una vez, suspirando, desarmada toda mi voluntad, tenté incorporarme con ansias de correr hacia Mirta, pero, seamos justos, por entonces mi voluntad salió victoriosa, y allá, junto al ribazo, en aquel nido hecho para el Amor y el Ensueño, Mirta y yo continuamos siendo la joven pareja burguesa ya en su último cuarto de luna de miel: los dos dignos, graves, de una circunspección ejemplar...

Cuando abandonamos aquel retiro, la tarde iba á morirse... Al retornar por aquel sendero por el cual habíamos llegado, suspiré nuevamente, pero esta vez con inmenso alivio. ¡Ah, yo ahora iba a vencer, no cabía duda! La mefistofélica tentación no podría esta vez conmigo!... Pero, ¡oh, fatalidad! la angustia se apoderó nuevamente de mí. Y es que la hora era de dura prueba. El paisaje me traicionaba... Juro por mi fe de artista, que nunca jamás he visto un panorama semejante! — Un murmurio prodigioso surgía de la selva somnolienta: era aquello un rozar de élitros, un connubio de átomos, un fermento imperceptible de vida en expansión .. Un olor cálido y penetrante de resinas lujuriosas, de polen fecundador, de savia potente, de flores pecaminosas, de tierras almizcladas, de pastos lascivos, se intensificaba en mis sentidos, aguzándolos prodigiosamente. Sombras acechantes, penumbras tentadoras, se hacían á nuestro paso brindándonos lechos entre los árboles inmóviles... Luego, un crepúsculo maravilloso, tcda una apoteosis del color y del prisma desplegaba sus galas multicolores allá sobre nuestras cabezas, en pleno cielo: franjas de un suave anaranjado; vetas verdes color de algas marinas y de una transparencia ideal; celajes rosas; manchones fre-

sas; alburas de armiño; ópalos diáfanos; violetas episcopales; pizarras de un tono gris sucio; bermellones arrebolados; ondas de un azul de Turquía; nimbos gloriosos de un oro deslumbrador; oriflamas lacres de un rojo vivo y violento... todo esto surgía y se intensificaba unos instantes, para luego desvanecerse en sutiles cortinados de nieblas, en gasas de vapores tenues, en una llovizna de sombra que esfumaba las distancias ahogando lentamente las lejanías.

Y á medida que los claros se hacían á nuestro paso, el paisaje dilatábase ante nosotros en todo su plenitud. Las tierras de labor se destacaban por sus tonalidades claras; los montes de olivos verdegueaban aquí y acullá deformes manchones obscuros; los álamos, con su varillaje fino, tenían algo de éxtasis y de adoración, como esos santos escuálidos de los templos góticos; las parcelas, recién heridas por el arado, mostraban la argamasa lacre y húmeda de su arcilla roja; techumbres y vidrieras de cortijos lejanos resplandecían á la distancia con fulgores de incendio; los caminos tornábanse lilas; entanto una serenidad apacible, una paz augusta y solemne caía desde lo alto, inmovilizándose en el aire y en las cosas .

Y nosotros, caminábamos, caminábamos, caminábamos.. La noche comenzó á hacerse; los contornos se esfumaron; la llovizna de sombra espesábase por momentos y, entre aquel vaho borroso, miriadas de luciérnagas chispearon en mitad de una danza fantasmagórica, como átomos errantes de luz de aquella tarde caduca, como partículas metálicas y volátiles de algún radium raro y maravilloso ..

Mirta, cuya silueta mis ojos iban siguiendo en una obsesión tenaz, detúvose bruscamente.

— Has visto? me preguntó — Has visto. ? — Había en su voz y en su gesto como una imploración, como una súplica, como un ruego, como un reproche hacia tanta impasibilidad... Entonces, me sentí débil y humano; mis energías cedieron; los últimos puntales de mí voluntad fueron vencidos uno á uno. La Tentación, el Deseo, el Egoísmo, este gran cínico interior ó acaso este gran filósofo sapientísimo, volvió á gritarme sus teorías más seductoras y sugerentes: «Bésala.. Acaricia su cuerpo joven y bebe en su boca, con su juventud, toda la savia del Amor Desecha necios enojos. La Dicha es corta, y la Vida es larga, esto lo digo yo y la vieja Experiencia, podéis creerlo.»

Y fué en una ráfaga de pasión — ¡Oh, Mirta, Mirta, Mirta .! La atraje violentamente hacia mí; ella se abandonó; nuestras bocas muy juntas cantaron en mil besos golosos un aleluya de amor y de idealidad suprema — Era noche, la vieja luna al salir nos sorprendió aún en pleno bosque, ambos sobre las hierbas finas y bajo las constelaciones violadas . . . .

. . . .

. . . .

— Esta, prosiguió Luciano, fué mi más grande debilidad de amante Todavía me remuerde la conciencia aquella falta de voluntad, que, no me cabe duda, precipitó el desenlace de aquel idilio. Sí, creedlo, existen ciertas mujeres demasiado coquetas quienes por idiosincracia sólo aman de verdad bajo el látigo de una tiranía inflexible y hasta despótica. Yo troqué en besos lo que debió ser aquel día inflexibilidad provechosa .. A la verdad, desde hace un año nunca más he vuelto á ver á Mirta Kuroski .

El pobre muchacho estaba emocionado La voz le temblaba ligeramente; una niebla húmeda le abrillantaba las pupilas ahogando la expresión. Como en esos momentos pasara junto á nuestra mesa un camarero del café, Luciano, con la voz aun alterada, le gritó:

— Mozo, pronto: otro bock!

Y, como aun observara en nosotros el mismo silencio, exclamó:— ¡Qué diablos ¡ vaya! después de todo, aquello fué por cierto una debilidad bien perdonable... Ustedes, mis amigos, bien se darán cuenta...

aquella mujer amada, aquella hora propicia; aquella naturaleza... y, sobre todo aquel crepúsculo!...

Montevideo, Abril de 1908.

¡Oh, sí, aquél crepúsculo!... aquél crepúsculo!...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Saudades

Para APOLO.

¿Te acuerdas? Susurraban en el piano
taciturnas cadencias que gemían,
tan dulces, que las teclas parecían,
enamoradas de tu blanca mano.

Como el pasaje de una voz divina
por no sé qué maravillosa escala,
musicando el silencio de la sala,
ascendió la armoniosa sonatina.

Suspiraste de amor, y en raudo giro,
las notas que el teclado producía,
cruzaron el dintel del alma mía,
temblando de emoción tras tu suspiro.

Luego cerraste el piano. Desmayada
la doliente canción quedó dormida...
entornaste los ojos y la vida
vagó por el azul de tu mirada.

Sin hablar, muchas cosas nos dijimos...
temblaron nuestros labios de pasión,
y aquel furtivo beso que nos dimos,
fué la nota final de la canción.

JOSÉ VIAÑA.

Madrigal

Para APOLO.

Amar, es flotar como la esencia misma de las flores, perfumando la vida y retratándose en los limpios espejos de la gloria, tal como un lucero se retrata en la profunda serenidad de un mar tranquilo, bajo el misterio supremo y caricioso de una noche de plata.

Amar, es darse todo á la dulzura feliz de la inmortal naturaleza, tal como se dan las golondrinas al sol de las mañanas primaverales, y abre los ojos despertando al mundo en la solemne maravilla de sus deslumbramientos la aurora prodigiosa con sus alas orientales y fúlgidas, y el vaivén emocionante de sus penachos alucinados, al mágico somatén de sus clarines.

Amar, es entregarse, en el regazo de la quimera olímpica, á las atracciones hondas de la vida selecta, sin interés ninguno, como el canario que gorjea, como el cielo que alegra, como el paisaje que emociona, como la onda que late, como el jardín que perfuma, como la luz que baña todas las cabezas y el mar que arrulla los acantilados melancólicos en la playa remota, sin interés ninguno de imponer un derecho á la belleza.

Yo amo así las glorias del amor inmortal...

BENJAMÍN DE GARAY.

Buenos Aires, 1908.



VÁSQUEZ YEPES

Epitalamio

Al poeta Miguel Luis Rocuant — Chile.

Oh, mi amada, yo tengo con tu amor un tesoro.
Vale más que un palacio recamado de oro,
De aquellos que Aladino tuvo en tierra fastuosa,
Con su mágica lámpara que fué maravillosa,
Como según nos dicen, con pomposos derroches,
Los fantásticos cuentos de las mil y una noches.
Oh, mi amada, tú eres como esbelta odalisca,
Soberana coqueta de una Alhambra morisca,
Que tiene regias túnicas de sedas ruïdosas
Y duerme coronada de jazmines y rosas.
En la solemne noche de nuestra unión supréma,
De todos tus encantos yo te diré el poema.
Perfumarán el lecho exóticas aromas,
Y habrá el calor muy dulce de un nido de palomas.
Tú oficiarás el rito de blanca pitonisa,
Para que resucite en ti la Mona Lisa.
Y te diré — ¡oh soñada del alma del poeta! —
Nuestro amor es versículo bíblico de un profeta.
Tu cuerpo es albo cáliz de una flor prodigiosa,
Que treme al ritmo de una caricia voluptuosa.
Tus ojos iluminan como grandes hogueras,
Sobre las negras noches de tus hondas ojeras.
Los exquisitos besos de tus labios divinos,
Riman como sonoros versos alejandrinos.
Delicada acuarela del país de la nieve,
Sobre seda muy blanca, es tu seno tan leve.
Es tu boquita — fuego de diminuta fragua —
Como el pico de un pájaro azul de Nicaragua.
Y tu voz, es el alma de la tierna harmonía
De violines de plata y cristales de Hungría!...
¡Oh,, mi amada, yo tengo con tu amor un tesoro.
Y te ofrezco por cambio mi madrigal de oro;
Y en la solemne noche, te cantaré el poema
De todos los encantos de tu belleza en gema!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Montevideo.

Bellas Artes

Ampliando nuestra sección artística ofrecemos hoy á los lectores de Apolo algunas copias de los principales cuadros de Joshua Reynolds, el célebre pintor inglés, acompañados de un juició sintético, original de Ernesto Chesneau.

En números sucesivos nos ocuparemos de otros geniales cultivadores de las artes plásticas.

(N. de la R.)

. . . .

Reynolds posee el secreto de todas las distinciones y gracias de la mujer y del niño. Traslada al lienzo con asombrosa facilidad los caprichos más fugitivos de la moda, y sabe darles el carácter eterno, el del arte. La castidad de las madres, el candor y también el secreto ardor de las vírgenes, los asombros, la sencillez, la picardía del niño, y sus carnes apretadas y sonrosadas: ha sabido apoderarse del encan-



J. Reynolds

to de todo esto y expresar su perfume. Lo mismo del hombre. Habitualmente lo elige joven, esbelto, siempre de elevada raza, sin desmentir su renombre de perfección aristocrática y de altiva elegancia. Todos sus personajes están presentados en la vida activa, de ningún modo inmóviles, prosiguiendo el gesto interrumpido por la llegada del pintor. Véase el admirable retrato de lord Heathfield (núm. 3.° de la National Gallery). Lord Heathfield, entonces lord Elliot, de gran uniforme de teniente general, está en pie, con la cabeza descubierta en medio de la niebla del combate, teniendo entre sus manos la pesada llave de la fortaleza de Gibraltar, que se percibe en el fondo del cuadro. Es una alusión á la célebre defensa (1779-83), cuyo héroe fué él. La aptitud del General, firme como una roca, y el accesorio de la llave, tan felizmente hallado: he aquí los rasgos de genio que caracterizan al personaje. Ahí está el secreto del interés duradero de tantas obras que no son más que retratos.

Pero ¡qué retratos! ¿Y á cuál dirigirse preferentemente? ¿Cuál más bien que otro alguno, fijará nuestra atención? ¿Es el joven y noble marqués de Hastings, tan propio con su uniforme rojo, la espada al costado, el dedo en los labios, en aptitud de vaga meditación, de cierta indecisión que va á cesar, volviéndolo á la acción? ¿Es aquella niña asustada, ó aquella obra (la *Edad de la inocencia*), dejando transcurrir su vida inmóvil en el seno de la naturaleza protectora? Es la princesita *Sofía Matilde*, revolcándose con un perro sobre el césped de un parque? ¿No será más bien la bella duquesa de Devonshire, luchando contra los ataques de su hija, medio desnuda, levantando sobre su madre una mano que va á deshacer la armonía del peinado de ésta? ¿O la actriz Kitty Fischer, de Cleopatra, con los ojos lánguidos, la nariz remangada y los labios amorosos, depositando, con un gesto lleno de adorable coquetería, una perla en una copa cincelada, demasiado pesada para su mano? ¿O Mlle. Robinsón, la actriz de Covent-Garden, de la cual estuvo perdidamente enamorado el príncipe de Gales, hijo de Jorge III y de la reina Carlota? ¿O la trágica mistress Siddons?

¡Cuánta vida y cuánto atractivo hay en la composición que representa á lady C. Spencer en traje de amazona, con vestido y corpiño rojos, chaleco blanco bordado de oro y grana, con la cabeza viva, graciosa y resuelta, el rostro animado por la carrera, los ojos muy abiertos y llenos de fuego, los cabellos á media melena y desordenados, cual los de un muchacho, acariciando con su mano enguantada la frente de un caballo que se deslizaba poco ha entre los árboles del bosque, donde la noble joven hace alto un instante! No se sabe realmente, entre todos estos retratos de mujeres, cuál es el mejor.

Sin embargo, lo es el de Nelly O'Brien, que todavía no hemos citado.

Existen otras composiciones de Reynolds, como *El desterrado*, figura dramática, una *Sacra Familia*, sin elevación; no hay en la obra del artista nada comparable, en nuestro entender, á esa asombrosa figura. En ella Reynolds llega sin duda alguna á la altura de los maestros; y aunque sólo hubiera ejecutado



Lady Waldegrave

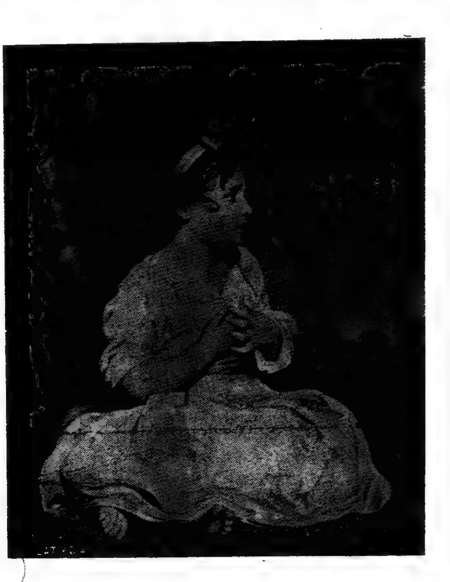
salud. Pero aquí la cuestión es secundaria. Nelly es como la *Monna Lisa* de Leonardo de Vinci. Tal vez haya existido, tal vez no, lo cual es indiferente, pues desde que el artista la pintó, existe por su poder, siendo un tipo eterno. Puede comparársela con la *Joconde,* no para establecer comparación entre las dos obras, que nada de común tienen en la práctica, sino porque la creación del pintor inglés es tan enigmática, tan conmovedora como la del más profundo de los maestros italianos.

Nelly O'Brien sólo tiene de la *Monna Lisa* la sonrisa de esfinge, sonrisa indescifrable, dulcemente burlona, de seducción tan irresistible, que todos los copistas y grabadores han sido impotentes para traducirla. Pero ni tiene la misma serenidad altiva, indiferente, discreta, ni es

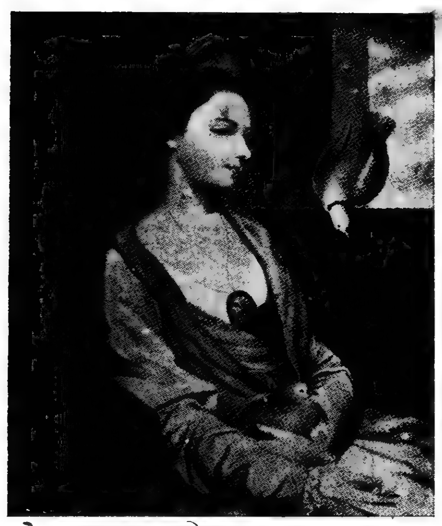
esta obra, su nombre figuraría necesariamente entre los que no se deben olvidar.

Desde el punto de vista de la ejecución, no hay en este lienzo defecto alguno; lejos de eso, el artista ha casado, matizado y hecho valer alternativamente los blancos, las tintas negras y los tonos rojos de que únicamente se compone su cuadro, con una ciencia consumada. Advertiremos de paso que Reynolds evita en sus pinturas la aglomeración de muchos colores; tres ó cuatro tonos le bastan, y á menudo menos, indefinidamente rotos y variados; profesa particular afecto al rojo, pero en el retrato de Nelly ha sacrificado este su predilecto color.

¿Quién es esa Nelly O'Brien? No lo sabemos seguramente; una actriz, alguna despiadada consumidora de oro y de



Edad de la inocencia



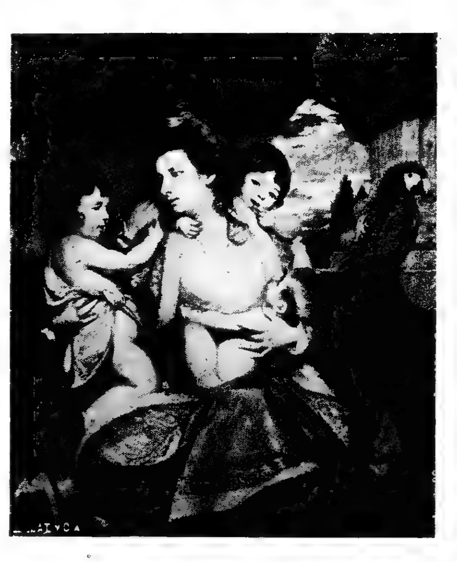
Kitty Fischer

el mismo tipo. La italiana, la mujer del Mediodía, de sangre hirviente, no se eleva tan alto al parecer, ni domina sinceramente el deseo, en la obra de Leonardo, más que por una especie de secreta impotencia de la carne. Esta admirable belleza es necesariamente infalible, ó, si se somete, es en la plenitud de su voluntad y de su razón, que no la abandonarían ni aún en la breve duración de un suspiro. Y, sin embargo, es mujer; su mirada es la de la mujer que sabe demasiado. La otra, la hija del Norte, de carnes nacaradas y transparentes, bajo la deslumbradora nieve de su pecho siente los impetuosos latidos de su corazón; sus ojos penetran con un ardor sutil hasta el alma de quien cruza su mirada con la de ella; es el deseo. Pero la frente es pura; todo permanece ignorado en esta niña. Es un mármol sin mancha; es Galatea en el momento que Pygmalion va á dar la última cincelada.

¡Cuánto más sensual es esta figura, castamente vestida, que las muchachas de faldas remangadas que pueblan los cuadros de Hogarth! Esta obra maestra de Reynolds, que es su más hermoso título de gloria, no podía nacer sino del pincel de un artista que había visto y estudiado, tanto en el Norte como en el Mediodía, las sublimes realizaciones de los maestros en cada una de las regiones donde el genio del arte ha posado su planta divina. Todo en esta admirable pintura pertenece á Reynolds, ó más bien, éste ha hecho suyos entonces los elementos tomados en sus viajes á Leonardo de Vinci, Corregio, Velázquez y Rembrandt.

. . . .

Ernesto Chesneau.



Lady Cockburn y sus hijos

La musa del amor y del combate

Ecos sentimentales

Cuando en la calma nocturna, el eco
De la hojarasca se deslizó,
Místico y vago como el motivo
De mi perenne desolación,
Hubo en el ritmo de mis congojas
Algo hondo y flébil . . . era tu voz:
Gama sonora que se estremece
Y harapos hace mi corazón.

Y fué al conjuro de tus palabras
Que florecieron, á mi pesar,
En mi cerebro las cuitas todas
De mi pasado de tempestad.
¿Volvió aquel tiempo que me querías
Y silenciabas tu inquieto afán?
Yo no sé. Acaso tu voz de alondra
Tornó mi numen sentimental.

. . Ciñó mi brazo tu cuello en donde
Tu cabellera forma un cairel;
Miré tus ojos císneos y castos . . .
¡Ningún reproche, ningún desdén!
Miré tus labios que fueron míos
En los albores del tiempo aquel,
Y la plegaria de mis tristezas
A tus arcanos entonces fué.

Busqué, tremante, tu boca; y ella,
Cual otras veces vino hacia mí;
Me interrogaste: ¿me quieres mucho?
Sondé en tu älma ¡Ningún desliz!
Hallé en tu boca la pura esencia
De los claveles de tu jardín,
Y sufrí como si hubieras dicho:
¡Yo ya no tengo piedad de tí!

Cayó en tu mano mi mano trémula,
Abandonada, como al azar;
Miré tu rostro florido en gestos . . .
¡Ningún resabio de flor del mal!
Y fuí al Nirvana de tus caricias,
Inanimado, sin frases ya,
Bajo la sombra que proyectaban
Los eucaliptos de aquel lugar.

Fué como un sueño. Volví los ojos
Al cielo siempre diáfano, azul;
El horizonte sereno estaba;
Suave, la noche, como eres tú.
Miré las aguas yertas de un lago,
Que parecían un verde tul;
Todo era en ellas, cual en mi espíritu,
Sombra y silencio. ¡Ninguna luz!

Luego un lejano claro de luna,
Discreto asilo
De nuestros besos ardientes fué.
Miraste el bajo sitial de pino
Que abandonamos; volviste á él
El alma en lloros, amada mía,
Y hubo en tus labios de rosicler
Un insondable rictus humano,
Humano y triste como un ciprés.

Y en tus ojuelos que yo miraba . . .
¡Ningún reproche, ningún desdén!

Después tornamos á la avenida
En cuya vera se deshojó
De mi alba y frágil adolescencia
Rica de ensueños la última flor.
Como un relámpago cruzaba el éter;
E iba una égloga llegando á nos,
Debilitada por el isócrono
Eco sin alma de un surtidor.

A un paniaguado

Ferviente turiferario
De la burócracia impía:
Yo te presiento en la vía
Dolorosa del calvario,

Tal un fosco presidario
Que mientras su falta expía
Ve en su pasado la orgía
De un espíritu nefario.

Tu Dios real es el Oro...
Tú rezas en su sagrario
Cada oración que es un lloro.

¿Qué implora tu hipocresía,
Si desmayas de la orgía
De tu corazón nefario?

PÉREZ Y CURIS.

La expiación de tu crimen

Para Apolo.

Por la herida profunda que tu mano alevosa
abrió traidoramente sobre mi pecho, ingrata,
ha brotado una extraña floración venenosa
más trágica y sangrienta que tu boca escarlata.

No pienses que en mi duelo una idea rencorosa
pueda turbar tu calma, tu crimen lo delata
la doble ojera lila que en tu cara mimosa,
va agrandando el insomnio terrible que te mata.

La expiación de tu crimen será el rudo tormento
que hallarás cuando miren tus ojos otros ojos
que no han de ser los míos, y tu labio sediento

abreve en otro labio, el licor que otras veces
apuré con delirio en los cálices rojos
de tu pérfida boca sin dejar ni las heces . . . .

Juan Serrano.

Caracas.



La musa del prisionero

Para Apolo.

Mi vino

En vaso etrusco derramo
Yo mi vino de Falerno,
Y le repito mi eterno:
«Yo te amo, yo te amo.»

Ven! Acude á mi reclamo
De la vid, oh! jugo tierno,
Y en mí calma el sempiterno
Afán con que yo te llamo.

Hoy y después, como antes,
Sean las rubias bacantes
Quienes me den goce eterno;
A Baco mi Dios proclamo. .
¡En vaso etrusco derramo
Yo mi vino de Falerno!

Ensueño

Luz de mis noches hieráticas
Fija en mí son las preciosas
Turquesas azul - verdosas
De unas pupilas simpáticas.

En mi sueño siento erráticas,
Como blancas mariposas,
Que me palpan cariciosas
Dos manos aristocráticas.

Oh! musmé voluptüosa,
Crisantemo nieve rosa
Del exótico Nipón,
Cuyo aroma es mi delicia:
El palpar que me acaricia
Y esas manos, tuyas son!

Adriano M. Aguiar.



Para el notable poeta Pérez y Curis
desde mi Arcadia tropical
Lisimaco Chavarría

Las danzas guerreras

Asunto indígena

Para «Apolo».

Axopil, el flechero más temible y robusto
que conociera el campo y el sol de Nicaragua,
ve llegar á diez indios con lanzas, en piragua,
y se adelanta á ellos con ademán adusto.

Nimá-Quiché su padre — cacique ya vetusto —
levanta su penacho que arroja brillos de agua
al argentarlo el Astro — Jehová del indio Nahua,
y aquel varón ostenta la desnudez del busto.

Con los rostros manchados de añiles y betunes,
se acerca con sus armas el grupo de Mosquitos
y con salvajes gritas entrégase á las danzas.

Resuenan atabales y pífanos y tunes
y al prolongar los bosques las músicas y gritos
el sol tiñe de sangre la punta de las lanzas.

LISÍMACO CHAVARRÍA.

San José de Costa Rica.



La tarde se adormece en los rosales

Para APOLO.

La tarde se adormece en los rosales,
en la tímida luz vuelan ensueños;
ven mi amada y unidos cual entonces,
repitamos el dulce ritornelo
que me enseñó la gama de tus labios
en suaves notas de tu ardiente beso.

Yo sé de tus caricias la tristeza,
yo sé de tus pupilas el misterio;
yo he leído en el rictus de tus labios
el profundo gemir de los silencios
y en la inmensa obsidiana de tus ojos,
los gritos de la carne y del deseo.

Tras la sombra gentil de tus ojeras,
se oculta la canción de los recuerdos;
ella deja escuchar el murmurio
cuando á solas te aduermes en tu lecho.
¿No te ha dicho ella, acaso, que yo sufro
desque no puedo repetir sus versos?
En ese cuerpo de impoluta virgen,
hay tesoros de místicos anhelos
que viertes por doquier cuando me miras
y que hasta Dios ascienden con tu rezo:
de tu virginidad en la crisálida,
una lucha crüel rompe tus nervios.
¿El sucumbo ha de ser tu desventura?
No debes sucumbir, yo no lo quiero;
mas yo sé que tú anhelas enseñarme
lo que hasta hoy ha sido tu secreto,
y que aprenda hieráticas palabras
que sólo sabe tu desnudo cuerpo.

Nada te resta de tu lucha, nada;
rendida al fin, postergarás el tedio.
Si te hirieron los hijos de los hombres
¿por qué has de respetar los que te hirieron?
si tu Dios y mi Dios no nos bendice
¿no sabrá perdonar, siendo El tan bueno?

Ven mi amada y unidos cual entonces,
repitamos el dulce ritornelo
que me enseñó la gama de tus labios
en suaves notas de tu ardiente beso.
Olvida tu tristeza ¡oh tristeza!
¡Oh negro abismo de tus ojos negros...!

VÁSQUEZ YEPES.



Anadyomene

Para APOLO.

Nua, de pé, na concha nacarina,
Sob a marmorea alvura das luares,
Algida e branca, dominando os mares,
Surge da espuma á perola divina

De claras tintas, rutilas, solares,
Helias as ondas glaucas illumina.
Das sereias a querula surdina
Repercute — se modula nas ares.

Ao poeta Illa Moreno.

Arias sagradas soam de tal forma,
Que, a doce orchestra das equoreas threnas,
Num neptunalio carme se transforma.

E Zeus consagra em canticas serenas
A belleza symbolica da Fórma,
Na perfeição olympica de Venus!

MARTÍNS FONTES.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Epitome da Guerra entre o Brasil e as Provincias Unidas do Rio da Prata, POR ALCIDES CRUZ. CATEDRATICO DE LA FACULTAD LIBRE DE DERECHO DE PORTO ALEGRE. — Es un boceto histórico de la época del Imperio del Brasil durante la independencia del Uruguay. El autor, con admirable imparcialidad y con criterio sereno, hace un estudio de la situación política y social del Imperio en la época en que se declaró la revolución oriental, los preliminares de ésta, sus causas, el grito de libertad de los 33; esboza con notable acierto las figuras más descollantes de la Independencia: Artigas, Rivera y Lavalleja; describe las batallas del Rincón de las Gallinas, la famosa carga de Sarandí y sigue la marcha de su estudio hasta la dimisión del Capitán General Lecor, 1826. En varios de sus pasajes hace cita de los autores uruguayos Orestes Araújo y Luis C. Bollo. Está escrito con estilo elevado en el florido idioma de Camões y Guerra Junqueiro.

Agradecemos el envío.

Cantos de Juventud, POR ANGEL DÍAZ DE MEDINA. - BUENOS AIRES. — Hemos recibido este volumen de poesías, lujosa y esmeradamente impreso por la imprenta Fragant — Buenos Aires. El autor ha sabido con bello ritmo y noble inspiración cantar á todas las manifestaciones del alma; á todos los ensueños y locuras de la juventud; á todos los sufrimientos y desengaños .. á toda esa ligera vida de pasión y de dolor. Hay en sus estrofas gestos de rebeldía, de exaltaciones y de viriles anatemas contra una sociedad enferma. Es un amador de su patria, lo que hace que ella sea motivo de muchos de sus cantos. La lira boliviana cuenta desde ya con un nuevo poeta de valor y de inspiración.

Oropeles, POR EDUARDO J. CORREA, — AGUASCALIENTES (MÉXICO). — Acusamos recibo de este libro de poesías. Agradecemos el envío y felicitamos cariñosamente á su autor que revela poseer un alma selecta y temperamento de artista. Sus versos son correctos y armoniosos, predominando en ellos la nota sentimental. Domina con facilidad el soneto, pero, sin apartarse del molde clásico. En resumen: un buen conjunto de poesías, hijas de una musa buena y sincera.

La caída de la mujer, POR AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA. — G. PUEYO, EDITOR. — MADRID. Este libro prologado por el vigoroso novelista Felipe Trigo, encierra un cúmulo de finas observaciones Martínez Olmedilla maneja el cuento de una manera admirable, y tanto el estilo como la esencia misma de la obra, dejan en el ánimo la humana impresión de los cambiantes de la vida. Martínez Olmedilla es un psicólogo, y un psicólogo sutil Ahí están «Noches Andaluzas» y «Una de tantas» que lo demuestran evidentemente. El verismo de este libro, fuerte y audaz, sólo es comparable al de las obras de Eduardo Zamacois y de Felipe Trigo Ninguna exageración en los detalles, antes bien: una pintura exacta de las visiones oculares del novelador que ha logrado, gracias á la variedad de sus modos de expresión, sugerir al lector una idea amplia y concreta de las realidades de la vida.

Agradecemos el envío.

CANJE ORDINARIO

«Caras y Caretas», Buenos Aires; «El Cojo Ilustrado», Caracas; «Elitros», Maracaibo (Venezuela); «Letras», Habana; «Trofeos», Bogotá; «Mes Literario», Coro (Venezuela); «Proshelios», Maracaibo (Venezuela); «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica; «Tepic Llterario», Tepic (México); «Revista Latina», Madrid; «Zig-Zag», Santiago de Chile; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Germen», Buenos Aires; «Natura», Montevideo; «Nuevos Ritos», Panamá; «Revista de Guadalajara», Guadalajara (México); «Alma Joven», Managua, (Nicaragua); «El Alba», León (Nicaragua); «Nueva Vida», San Salvador; «Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria», Quito.

NUEVO CANJE

Azul. – Zaragoza (España) — Acusamos recibo del número 2 de esta selecta revista de arte y literatura que dirige el señor Eduardo de Ory. Trae excelente material de lectura y algunos hermosos fotograbados.

Proshelios. — Maracaibo (Venezuela). — El número 2 de esta exquisita publicación venezolana ha llegado á nuestra mesa de redacción. Rubran sus colaboraciones escritores ya consagrados en el norte de América, y su Junta redactora está compuesta por los señores: Eliseo López, Jorge Schmidtke, Ismael Urdaneta, G. A. Cohen y J. A. Butron Olivares, director éste de la revista.

Con ambas revistas establecemos el canje.

NOTAS

Los autores así como las casas editoras tanto nacionales como extranjeras que deseen un juicio breve en las *Bibliográficas*, es menester que envíen á la redacción de Apolo dos ejemplares de las obras que publiquen.

Sólo asi verteremos opiniones, de las cuales nos hacemos responsables.

A los intelectuales y centros literarios del exterior que nos solicitan continuamente las obras de Pérez y Curis, les hacemos saber que ellas están agotadas En breve aparecerá la segunda edición de «Rosa Ignea» y á fines del año corriente una colección de poesías. recopiladas algunas, otras inéditas, precedidas del poemita «Alma de Idilio», título general de la obra.

Todas aquellas publicaciones americanas y europeas que deseen establecer *Canje* regular con Apolo, serán satisfechas á vuelta de correo. Basta para que éste quede iniciado, con que se nos envíe un ejemplar de la revista interesada.

CONCURSO DE POESÍA

En su próximo número la «Revista Latina» de Madrid; publicará las bases de un concurso de libros de versos, al cual pueden concurrir todos los poetas españoles é hispano-americanos. El jurado está compuesto por los señores: Julio Flórez, Amado Nervo, José S. Chocano y Alfredo Gómez Jaime (Americanos) y Eduardo Marquina, Manuel Machado, Juan R. Jiménez y Francisco Villaespesa (Españoles).

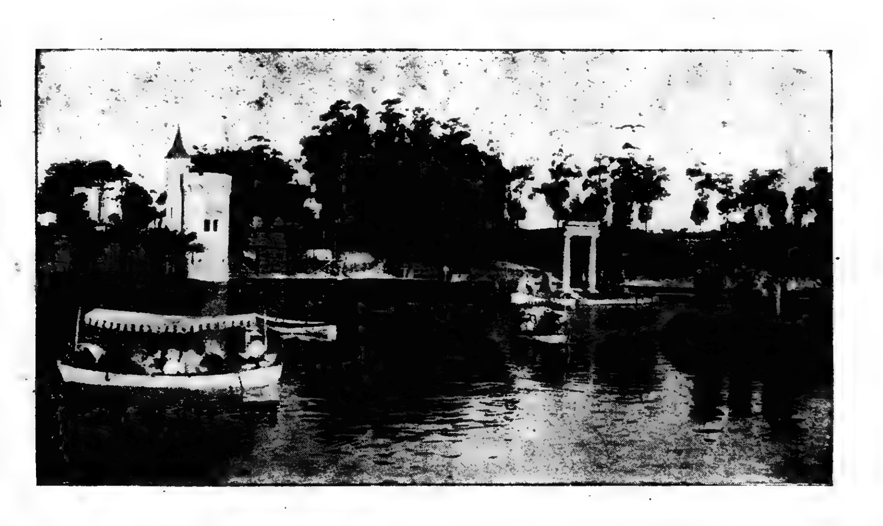
APOLO

AÑO III

Número 16

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

SANTIAGO DE CHILE

JUNIO DE 1908

APOLO — REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 16. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Junio de 1908.

Noche de luna — En el silencio

Capítulo de la obra en preparación, titulada "Desde el Patagonia" que aparecerá á fines del corriente año.

Durante las horas de este día interminable, he sentido recrudecer el horror á la soledad. Lejanas nostalgias, recuerdos felices de una niñez perdida, instantes de vivida libertad han azotado por igual mi espíritu, y he sentido disiparse por completo las esperanzas que cifraba en el porvenir de esta vida militar que hace ya dos meses soporto duramente, sujeto á las mayores borrascas íntimas. No tengo más que un imperioso deseo: ser libre, libre como antes para alejarme de este buque de guerra que constituye una cárcel odiosa, y donde no he podido encontrar una mano amiga que se me extendiera con afecto, una sonrisa bonachona y franca, ni siquiera una palabra de cariño.

Ahora mismo tendido sobre el coy inmóvil, han transcurrido dos horas de fatal insomnio, sin que el sueño viniera á poner tregua á la lucha empeñada entre mis sentimientos y mis ideas. Siento como una marea gigantesca que los recuerdos de los lejanos días de mi vida se agigantan con el misterio silencioso de esta hora y sufro el dolor de la esclavitud de los dos meses sin accidencias que soporto á bordo.

Aunque en torno mío todo es triste y desolado, sustraído á la ajena influencia, viviendo la vida introspectiva donde tantas cosas rumorean y se agitan, tengo un pensamiento de simpatía para la vida universal de los seres que, lejanos, recrean sus envidiables ocios ó libran en la sociedad las feroces luchas del fanatismo, de la supremacia y del odio.

Descansa, al parecer tranquila, la tripulación del buque. Sólo se escucha, en un amplio ritmo que ondula sofocado, la respiración múltiple de los que duermen, los suspiros y las quejas de los que sufren pesadillas ó sueñan con vaporosas quimeras. El sordo rumor de los pasos del imaginaria que ahuyenta el fastidio de la noche recorriendo de uno á otro extremo el amplio salón de batería transformado en dormitorio común, semeja los golpes isócronos de una lejana batuta

dirigiendo el concierto de respiraciones y suspiros de la marinería. Llega indistinto y claro hasta mis oídos, desde la cubierta, el traqueteo uniforme del centinela que, en el puente de mando, ve como lentamente se dilatan las horas de la noche. Las «aguas del río inmenso como mar», salmodian junto á los elevados muros del «Patagonia», su canción eterna. Se diría que multitud de voces infantiles, loaran, ocultas tras el misterio de las aguas aquietadas, al silencio de la noche y á los enigmas del sueño.

Por el «ojo de buey» que se abre sobre la cabecera de mi coy, admiro la belleza omnipotente de la noche, y vivo largos instantes la influencia dolorosa de la vida que palpita en cada astro, en las tinieblas mismas, en el azul impoluto del cielo que en lontananza se arquea, en las aguas que expresan con su misterioso lenguaje todas las humanas penas y dolores. Siento que mis ojos se pueblan con la calma que trasciende de lo alto y el magno silencio de la noche dialoga con mi alma contristada, con las mudas palabras de oro de los astros. La tersa superficie de las aguas se me antoja la partitura inmensa de esa extraña y misteriosa melodía que por todas partes se insinúa y cuyas notas las escribe sobre la superficie líquida el reflejo de oro de los astros que parpadean en la ignoto, y que se agiganta con el leve movimiento ondulatorio de las aguas.

En el horizonte distante, donde la vista se torna débil y todo parece verse á través de una incierta nebulosa, recién emerge la luna como un enorme disco sanguinolento y terrible. Lleva interpuesta sobre su faz congestionada, como una dentadura de perlas, una pequeña nubecilla blanca y tenue que la transforman en dos rojos labios inmensamente dilatados que en el lejano precipicio del mar y del cielo, aplacan la fiebre que los devora.

Luego, con majestuoso andar de diosa inviolada, asciende hierática hacia lo alto; rebasa la pequeña nube solitaria caprichosamente interpuesta en su centro; se despoja de su roja clámide y sobre la aquietada superficie de las aguas, á manera de un monstruo fabuloso cuyas escamas fueran de aluminio, tiende un robusto haz de plateada luz, que se quiebra, vive y se agita como poseído por una fuerza misteriosa é invisible.

Y mientras derrama su pálida claridad sobre las aguas y el espacio, el cielo gradualmente palidece; las estrellas diminutas guardan prudente recato tras el azul profundo y el horizonte deja ver su línea imprecisa como trazada por un voluminoso esfumino.

En los mástiles de los buques distantes, fondeados en la rada exterior del puerto, brillan algunas inciertas luces amarillentas.

Afuera las aguas prosiguen su melancólico ron-ron, mientras el «Patagonia» inmóvil, como enclavado sobre la inmensa superficie líquida, presta sus altos flancos de hierro al palmoteo cariñoso de las pequeñas ondas del río.

En tanto la naturaleza ríe serenamente en el silencio luminoso de la noche, yo me extravío en la selva virgen de los recuerdos, urgando cosas íntimas, olvidadas quizá por las múltiples preocupaciones de la vida. La visión de lo inconmensurable, de ese cielo azul eternamente indiferente á nuestras cosas y á nuestras rivalidades; agujereado por el oro de lo infinito que lo salpica en forma de estrellas temblorosas, me sugiere multitud de ideas caoticas que escapan á todo análisis y á toda exposición clara y meticulosa.

Todo en el espíritu es nebuloso é incierto, cuando el orgullo de nuestra vanidad social cae abatido en una convulsión de muerte en estos momentos de dolorosa meditación, cuando se vive intensamente la intimidad de la vida, substraida al loco torbellino de las pasiones humanas. Nos sabemos partículas infinitamente reducidas de un gran todo complejo y armónico, transformados por un viejo prejuicio religioso en soberanos absolutos del universo, escrutando los secretos de la vida: la eterna Esfinge de los siglos cuyos misterios permanecen aún ignorados.

Recién la duda asalta nuestros cerebros, cuando el alma candente de ilusiones se sumerge en el océano infinito y silencioso de las cosas y de los mundos que se agitan en torno nuestro y nos convencemos que lo que afirmamos con jactancia en el transcurso de una conversación insustancial, no tiene mayor consistencia que un blanco copo de espuma ó una vistosa pompa de jabón. Y es que en la vida exterior, repartiendo nuestra atención aquí y acullá en multitud de objetos y fenómemos, no nos compenetramos de la esencia íntima de los conocimientos que tratamos de adquirir y que por otra parte constituyen el basto monumento de la humana sabiduría. Es que la contradición entre lo dicho y lo que aun resta por decir es tan enorme, que la verdad luminosa y fuerte va alejándose de nuestro camino á medida que avanzamos en el laberinto de las más altas abstracciones filosóficas, lo mismo que el caminante del desierto, ve alejarse á medida que avanza en la ruta penosa, la visión entrevista de un oasis que el espejismo invierte en las arenas caldeadas por un sol de fuego.

Basta un misterio cualquiera, un enigma, un fenómeno cuyo motivo de existencia ignoramos, para que nuestro espíritu desfallezca en la duda é inquiéramos la certidumbre de que aun se prolonga mucho el camino que nos ha de conducir al pleno dominio de los secretos que encierra la naturaleza viva.

Bien es cierto que el trecho recorrido en procura del reino de la luz es extenso; pero no es menos cierto que esto se complica hasta tornarse impenetrable, al borde del abismo misterioso donde el hombre se detiene á reflexionar en su génesis; en su suerte futura, y en las cosas mudas que no responden á la interrogación que el genio humano, audaz y resoluto, le ha dirigido á través de los siglos de los siglos.

Por otra parte los diversos estados de ánimo; la herencia atávica legada á las generaciones pretéritas; el caotismo de una falsa educación convencional sembrada de prejuicios seculares, el ambiente donde nos debatimos así como el factor económico en las duras luchas por la existencia, conjuran contra la verdad y la vida en su más sagrada amplitud, agigantando en las horas de silencio y de reposo, la nebulosa de ideas y de pensamientos que llena por entero nuestros cerebros.

Aceptamos á *priori* los conocimientos que los libros ponen de manifiesto ante nuestros ojos sin que entren en juego las más altas facultades del raciocinio, y de ahí esos estados confusos de conciencia en los que prevalece el desaliento y somos juguete de vastas é inquebrantables dudas.

El cúmulo de ideas contradictorias puestas en tela de severa discusión en las sociedades presentes; lo nuevo que lentamente va sobreponiéndose á lo viejo, las prácticas revolucionarias rompiendo con los convencionalismos y errores estatuidos y estratificados en la conciencia colectiva de las agrupaciones humanas; la pavorosa y enfermiza agitación de las masas populares en el mercantilismo moderno; el egoísmo malsano que incuba en el alma universal el apego cariñoso á los placeres y refinamientos materiales; el desmesurado y á las veces sangriento deseo de adquirir riquezas y ostentar boato que son así como los supremos acicates de todas las luchas penosas; el caos de las fórmulas sociales que se mezclan en el crisol de las teorías futuras para la gestación de una sociedad más humana y más bella; el industrialismo y el capitalismo, todo, en un conjunto indestructible al parecer, contribuyen por otra parte á robarnos el tiempo que invertiríamos en las grandes meditaciones íntimas, con las que se pueden llegar á la adquisición de un mayor conocimiento en el campo de la actividad mental del ser humano, á la vez que aquilatar la verdad de los fenómenos que se desarrollan ante nuestra vista. Cruzamos demasiado á prisa, procurando saciar las necesidades de nuestro organismo, frente á los crecientes progresos de las ciencias y á las manifestaciones del pensamiento, empujados eternamente hacia la muerte por el complicado mecanismo social en cuyos engranajes destructores vamos dejando inconscientemente, algo nuestro, y el tiempo nos falta para sumergirnos en nosotros mismos, en ese reíno íntimo y silencioso, iluminado por una extraña luz que es á su vez armonía y vida.

Saturamos el cerebro con todo lo incierto que flota en el ambiente estrecho donde nos debatimos; con todo aquello que la veleidad humana coloca transitoriamente en boga, dejando de lado lo que virtualmente puede interesar á nuestra mente, libertándonos de toda falsa creencia ó preconcepto malicioso. Vivimos y nos obligamos á vivir con el espíritu voluble de la época, por observancia del medio unas veces, otras por debilidad psíquica. Y poco importa que lo exterior no refleje lo que caldea el sentimiento, hace reverdecer los retoños de la idea y provoca la eclosión de las flores de nuestra selva

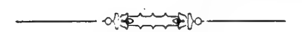
misteriosa. Debemos vivir para los demás, aunque la vida vivida provoque dolores incurables y deposite en el fondo de nuestras almas el dejo de una amargura infinita, una impresión de racha invernal, fría y desoladora.

Y así, contemporizando con todo lo que nos rodea y constriñe la fuerza expansiva de nuestras vacilaciones, el triunfo, que es la suprema aspiración del egoísmo colectivo, de ese bajo egoísmo que da marcado carácter á la época en la que vivimos, fácilmente se logra. La mentira social ha menester, para que el individuo se corone de falsos mirtos, de ese manto de hipocresías. El alma y el corazón son cosas innecesarias para la lucha, porque en las ciudades, lo mismo que en el seno de toda agrupación humana donde haya intereses encontrados que se discuten lo íntimo provoca náuseas y no afianza el convencimiento. El formulismo y la exteriorización en el medio ambiente donde florece la civilización moderna, exige la sonrisa para perpetrar el crímen y las lágrimas para acallar la alegría que, en ocasiones solemnes para el espíritu, suele retozar dentro del pecho como si fuera una bandada de niños precoces y barullentos.

Las almas buenas y apacibles, almas hermanas, no se encuentran un solo instante en las encrucijadas de la vida y si esto ocurre alguna vez, no será por cierto en medio del formidable torbellino de las cosas y de los sucesos que se desarrollan á diario; en aquellos parajes agrestes donde el mercantilismo ha transformado á los seres humanos en un vórtice interminable de pasiones insensatas y cuyo origen casi siempre, está brutalmente generado por la desmesurada ambición de la riqueza, del boato y de la supremacia de clases. Será sin duda alguna en el impenetrable silencio que engendra una meditación muy honda, cuando los ruidos de las manifestaciones exteriores de la vida, no nos conturban y llegan acaso debilitadas al borde del lago íntimo donde no caben las tempestades que en los mares sociales levantan, con gestos de locura, las olas rugientes...

. . . .
. . . .

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.



LES HEURES DU JOUR

Ah! c'est le jour qui tombe ¡ah! c'est vous qui sombrez, qui sombrez, mon amour. Où donc est ta belle âme? Vous m'avez dit á l'aube des mots démesurés. Le matin s'élançait dans sa blancheur de flamme.

Et puis, midi: les blés où l'âme dort, et puis, les grillons qui causant sont toute la causerie. Enfin que vous dirais-je? que te dirais-je, amie? le couchant t'enveloppe et j'ai perdu ma femme... Flots sombres de la nuit, oû roulez-vous les âmes?

PAUL FORT.

Nuestros poetas



ANGEL FALCO

CUADRO DE * * * * *
* * JOSÉ D. BARBIERI

Lulú Margat

Juguete trágico en un acto

POR

AURELIO DEL HEBRÓN

Para Apolo.

ACTO ÚNICO

La escena representa un buduar suntuoso y confortable. A la izquierda en primer término, un gran espejo, y junto á él un mueblecito de *toilette* femenino. En segundo término un biombo japonés colocado de manera que oculte esa parte del fondo de la estancia.

El foro, en forma de semicírculo, totalmente cerrado por grandes colgaduras de brocato que llegan hasta el suelo.

A la derecha, primeramente, una mesa, rodeada de butacas, luego una puerta, después un lujoso guardarropa con espejo; junto al biombo, un sofá, con almohadones.

Es el anochecer. La estancia se halla envuelta en la penumbra.

ESCENA I

En redor de la mesa, hállanse sentados, Tres Actrices jóvenes, vistiendo raros trajes de paseo y Tres Elegantes, laureados del decoro burgués. Lulú, cubierta con un amplio peinador de seda, se halla en primer término; junto á ella, Jorge, vistiendo jaquet claro. Sobre la mesa, copas y botellas. Todos beben y fuman, incluso las mujeres; hablan entusiastamente y ríen á carcajadas.

Caballero 1.º — Vaya, me parece un poco extraordinario tu cuento.

Caballero 2.º — No, ¿ cómo ? no es un cuento. Les repito que es perfectamente verídico.

Actriz 1.ª — Si así no fuera qué gracia tendría ?

Actriz 2.ª — Y sí que la tiene.

Lulú — (*Riendo*) — No puedo dejar de reirme al pensar en esa escena.

Caballero 2.º — (*Entusiasmado*) Pero ... ustedes se figuran, verdad ?

Jorge — Pero, cómo se explica que esa muchacha fuera inocente hasta el punto de ... ?

Caballero 1.º — Es increíble.

Caballero 3.º — Eso parecería natural en otro tiempo ... allá cuando Pablo y Virginia.

Lulú – Si hoy las muchachas nacen sabiendo esas cosas ..

Actriz 1.ª – No ignoran nada.

Actriz 3.ª – Quién cree en eso de la inocencia . .

Caballero 2.º – Pues lo cierto, señoras y señores es que así sucedió. Me consta de la manera más positiva. (*A Jorge*) Hombre, pregúntaselo á Castellanos . . . Dile que te cuente el caso. El lo conoce bien.

Jorge – En fin.. Habrá que creer que la inocencia existe todavía para ciertas doncellas.

Caballero 1.º — Yo la creía pasada de moda enteramente.

Lulú — La inocencia, como la

virtud, me parece un anacronismo...

Caballero 3.° — Muy bien dicho, Lulú.

Jorge — Bien por la frase.

Actriz 2.ª — Lulú se está volviendo literata.

Lulú — Sabes que siempre lo he sido un poquito.

Caballero 2.° — Ah! Pero Vds. no saben lo mejor del caso...

Caballero 1.° — Cómo?

Actriz 3.ª — A ver... á ver...

Jorge — Cuenta eso.

Caballero 2.° — Sucede que, cuando él volvió á la noche siguiente — porque la cosa le había entusiasmado al hombre...

Caballero 3.° — Me figuro.

Caballero 1.° — No era para menos...

Jorge — Un *bocado* así no se encuentra todos los días. Sigue.

Caballero 2.° — Pues, cuando á la otra noche volvió le dice ella, al oído, muy en secreto... (*Imitando el gesto que evoca, pronuncia algunas palabras en voz baja*).

(*La concurrencia estalla en una carcajada*).

Caballero 3.° — Es realmente portentoso... extraordinario!...

Actriz 1.ª — (*Riendo*). Yo no puedo más...

Actriz 2.ª — Y yo me ahogo...

Actriz 3.ª — (*Igual*) En mi vida no me acuerdo de haberme reído tanto.

Lulú — (*Apurando un vaso de ajenjo*) Por la inocencia de Clarita!...

Caballero 1.° — Bebamos todos por la inocencia de Clarita...

Caballero 2.° — Y por la virtud.

Actriz 3.ª — Esos dos anacronismos, como diría Lulú. (*Todos beben*).

Lulú — Les confieso, muchachos, que estoy un poco achispada.

Actriz 1.ª — A mí, el ajenjo se me ha subido enteramente á la cabeza.

Actriz 2.ª — La verdad es que hemos bebido demasiado.

Caballero 3.° — A beber, chicas, á beber...

Caballero 2.° — El ajenjo es lo mejor que hay en el mundo, después de las mujeres.

Actriz 3.ª — Ay! No puedo beber más... Me voy á poner borracha del todo...

Caballero 1.° — No, no dejes el vaso por la mitad, acábalo...

Actriz 3.ª — No, no quiero.

Caballero 1.° - Apúralo, mujer.

Actriz 3.ª — No, si te digo que no.

Caballero 1.° — Vaya, tonta, cuando te digo que lo acabes... (*Quiere obligarla á beber; ella resiste, el vaso se vuelca*).

Actriz 3.ª - ¡Ay, mi vestido... (*Se levanta*). Ves? Tú tienes la culpa... Eres un grosero.. un insoportable.. Me has echado á perder el traje. (*Se limpia*).

Caballero 1.° — No es nada. Te regalaré otro. Te has enojado por eso?

Actriz 3.ª — (*Sentándose*). Contigo? No, no puedo enojarme. (*Le pasa un brazo por el cuello y lo besa*).

Caballero 3.° — A ver tú, Jorge, que eres poeta, improvisa algo sobre el ajenjo.

Actriz 2.ª — Eso es. . eso es... un canto al ajenjo.

Actriz 1.ª — Vamos á oir.

Caballero 2.° — Silencio.

Jorge — (*De pie, con una copa en la mano*) ¡Oh, tú, magnífica hada verde...

Caballero 1.° — No, no, eso del hada verde es muy viejo, todos lo saben.

Lulú — Queremos algo nuevo.
Actriz 2.ª — Sí, sí, algo nuevo.
Caballero 2.º — Oigamos.
Jorge — Oh, tú, divino ópalo fluído...
Caballero 3.º — Muy bien, muy bien.
Lulú — Divino ópalo fluído... Sigue!
Jorge — ... con que los dioses benignos quisieron dotar nuestra miseria humana. ¡Oh, sublime nefente, que á los hombres transportas al Eliseo de una radiante venturanza!... ¡más precioso que el leteo de la fábula, pues no sólo concedes al olvido, sino también ofrendas la realidad de las quimeras!... Maravilloso filtro que pones en nosotros la vibración augusta de mil alas, yo me entrego á tu numen!... Yo seré el corifeo de las almas que te bendicen! Príncipe del Ensueño: acógeme en la isla encantada de tus predilecciones!... He dicho.
(*Aplausos, gritos*).
Lulú — (*Palmoteando*) Bravo!... bravo!...
Caballero 1.º — Muy bien...
Caballero 2.º — Soberbio!
Caballero 3.º — Muchachos: se me ocurre una idea.
Caballero 1.º — Qué idea? Dí.
Caballero 3.º — Que debíamos ir todos esta noche al baile de máscaras.
Actriz 1.ª — Eso es... eso es.
Actriz 2.º Sí, es una gran idea.
Jorge — Yo opino que debemos ir...
Lulú — Sí, sí, vamos... Es cosa hecha.
Actriz 1.ª — Yo me pondré el traje de colombina.
Caballero 1.º — (*A actriz 3.ª*) Tú, aquel de Geissa que te sienta maravillosamente, eh?
Actriz 2.ª — Yo, ya saben... De chula. El mantón y los claveles...
Caballero 2.º — Olé!
Lulú — Yo no digo nada, todavía. Les voy á preparar una sorpresa.
Caballero 3.º — Mejor que mejor.
Actriz 3.ª — Así es que hay que irse arreglando.
Actriz 1.ª — Sí, vamos.
Jorge — Lo mejor es que nos reunamos todos aquí y vayamos á cenar juntos.
Lulú — Sí, ustedes pueden venir á buscarnos.
Caballero 1.º — Sí, quedamos convenidos.
Actriz 2.ª — Hasta luego. (*Vanse todos, menos Jorge y Lulú*).

ESCENA II

LULÚ Y JORGE

Jorge — Ya es casi de noche. Estamos á obscuras.
Lulú — Con encender la luz... (*Gira la llave de la luz eléctrica y enciéndese una araña, colgada en el centro de la estancia.*
Jorge — (*Consultando el reloj*). Las siete.
Lulú — (*Se pasea, cantando*) Ah! nos vamos á divertir en grande.
Jorge — Ha sido una suerte que no funcione esta noche el Casino. Como es carnaval...
Lulú — Sí, así tenemos toda la noche libre. (*Pequeña pausa*). En una noche como ésta, el año pasado, asistí en Madrid á un gran baile de trajes.. Pero fué un baile regio, aristocrático en casa de la marquesa de... de... en fin, no recuerdo el nombre de la marquesa. Sólo sé que era enormemente gorda, y apareció en el salón con un traje

horriblemente verde, y además pintada... al óleo, como un cuadro... Ah! estas marquesas... Y luego se burlan de nosotras... Excuso decirte que asistí enteramente de incógnita. Me llevó un muchacho, muy guapo y muy alegre, un abogado que gozaba de cierta intimidad acerca de la marquesa. Como prometí no descubrirme, me llevó, presentándome en calidad de alta dama. Y fuerza es confesar que representé mi papel á las mil maravillas. Fuí la reina de la fiesta. Todos se preguntaban quién sería. Y tentada estuve de hacerle traición á mi amigo, descubriéndome... (*Ríe para sí, ante la evocación*).

Jorge — (*Que se ha sentado en el sofá*) Qué traje te pondrás luego?

Lulú — No, no quiero decírtelo... Me lo verás... Es una sorpresa.

Jorge — Siempre el misterio, verdad? Toda tú eres una sorpresa. No te pareces á ninguna de las mujeres de tu clase...

Lulú — Las mujeres de mi clase?... Lo has dicho así, con cierto tonillo despectivo, eh? *Las mujeres de tu clase*...! Sí, ya conozco el criterio con que ustedes, los jóvenes burgueses juzgan estas cosas... Pero me río de eso! No creo que ninguna de vuestras mujeres virtuosas, valga un comino más que yo. No me cambiaría por ninguna. Pero, ustedes también pertenecen á una *clase*, como tú has dicho. Y sin duda cada clase tiene su manera de ver las cosas. Lo que no te concedo es el derecho á despreciarme.

Jorge — No he querido decir eso. Has interpretado mal. Sólo quise decir que te distingues de la mayoría de las artistas y de las que hacen como tú, vida de libertad.

Lulú — (*Mirándose al espejo*) Y... en qué crees tú que me distingo?

Jorge — No sé... no podría decir precisamente por qué. Pero tú, tienes un *algo,* que no he hallado en ninguna de las que he conocido. Un algo, ¿cómo diré? — velado, misterioso..., atrayente... Eres una criatura divina y ligera como una burbuja. Hay en tí la levedad de una caricia furtiva, pero tienes también de la caricia, la vibración perturbadora y honda. Tu ingenuidad es otra maravilla...

Lulú — (*Sentándose junto á él*) Me crees, pues, muy ingenua?...

Jorge — Como una niña...

Lulú — (*Riendo*) ¿Estás seguro de que no te equivocas?

Jorge — No, eres ingenua, apesar de ser viciosa. Tú no conoces la perversión satánica del pecado. Todo lo malo que hay en tí, todo lo vicioso, lo dejas transparentar, lo ostentas con la pasmosa inconsciencia del que no conociera el bien ni el mal. Tú tienes la transparencia de las piedras preciosas.

Lulú — Gracias. Es muy hermoso ser como una piedra preciosa.

Jorge — En apariencia, tú eres como todas. Pero, en el fondo, hay ese *algo* extraño, indescifrable, que te distingue de todas las otras. En todo caso no eres nunca una mujer vulgar. Todos tus actos, tus palabras, tus gestos, están impregnados de ese *algo*, que yo no acierto á definir. Tienen así como una significación oculta. Parece que al andar, al hablar, al cantar, al

reir, al ejecutar los actos más vulgares, cumplieras ritos extraños, de un esoterismo trascendente... Tú no comprendes esto, verdad?

Lulú — Oh, sí, un poco . . . Yo siempre comprendo, aunque no pueda expresar. Pero, ya sabes que me gusta oirte . . . Sobre todo, cuando unas copas de ajenjo te han inspirado, como ahora...

Jorge — Y es sin duda por eso que has llegado á encantarme, como ninguna mujer supo hacerlo hasta hoy. Yo, que he conocido ya á tantas mujeres, no he hallado ninguna como tú, tan deliciosamente frívola y misteriosa (*Breve pausa*) Y es por eso, que quisiera retenerte . . . ¿Sabes? algún tiempo . . .

Lulú—(*Poniéndose de pie*) Retenerme? ¡Retenerme, á mí! ¡Oh, quién es capaz de retenerme? (*Andando*) Nací para volar . . . Nací para ser libre, como el viento. ¿Quién es el osado que quiere aprisionarme? Me gustan todas las flores que hay en el mundo . . . Nunca libo dos veces en una misma flor. Mis caprichos cambian cada día . . . El amor que nació por la mañana, á la tarde está marchito . . . Tengo envidia á las nubes, esas nubes tan blancas como copos, que eternamente viajan por todos los cielos, y que cambian de forma á cada instante. ¿Y tú quieres retenerme? (*Ríe*) Ah, ah, es muy gracioso! Te quiero hoy . . . , ya sabes que te quiero. Me pareces el mejor de todos. Ninguno veo que me guste tanto como tú. Si tú no me quisieras, me daría tanta pena, que no podría cantar. Pero, mañana . . . Ah! ¿Sé yo acaso si te querré mañana? Quizás cuando vuelva á mirarte ya no me parezcas el mejor. Retenerme! Quiéreme ahora . . . ahora . . . Goza del amor que te ofrezco . . . La hora que pasa es tuya . . . toda tuya . . . Vívela! Apúrala, amigo mío! El mañana . . . qué importa! . . . (*Vuelve á sentarse junto á él y lo abraza*).

Jorge — Eres como un juguete, frágil y peligroso. . .

Lulú — No, ¿sabes cómo soy yo? (*Tendiéndose en el sofá y cruzando las manos en la nuca*). Yo soy como una planta . . . muy extraña, que hay allá por la India, yo no me acuerdo el nombre . . . Me contaba de ella un marino, un pobre capitán francés que había viajado mucho por aquellas tierras. Pobre capitán! Me adoraba . . . Estaba loco por mí . . . No sé por qué, por un capricho, tal vez porque no me gustaba su barba demasiado larga, no sé, pero fuí siempre muy cruel con él; lo tenía para que me contara cuentos, historias de viajes y de países raros . . . Aquello me deleitaba mucho, pero su barba no me gustaba . . . Qué le vamos á hacer. Bueno. Qué te decía? Ah, sí, la planta, hablábamos de la planta. Pues, sucede que esa planta tiene en la extremidad de sus hojas, algo semejante á un cartucho . . . Dentro del cartucho hay miel — ¿sabes? una miel que segrega la planta. Bueno. Los insectos acuden — naturalmente, atraídos . . ., penetran en el cartucho . . .; entonces, éste se cierra . . . el insecto muere . . . Entonces la hoja vuelve á abrirse . . . Y así otra vez. . . y otra . . . y siempre . . . Es delicioso, verdad?

Jorge — Y tú te pareces á esa planta?

Lulú — ¿No le hallas cierto parecido?

Jorge — ¿Estás borracha, Lulú?

Lulú — O sino no, mira . . . Mejor . . . Yo soy como un río, soy como un río que corre cantando, entre márgenes vigiladas por árboles muy viejos, muy serios . . . muy rígidos . . . Las flores que se asoman á la orilla, los viajeros que se inclinan hacia la corriente . . . las nubes que pasan por allá arriba . . . las estrellas en las noches serenas . . . todo, todo lo refleja en sus aguas. Pero no puede detenerse . . . Corre, corre siempre cantando, corre eternamente . . . hacia dónde? . . . qué importa!

Y, he aquí lo que ocurre: A veces cae una flor . . . y se la lleva. A veces es un hombre que cae y . . . se lo lleva también, sabes?

Jorge - Se lo lleva?

Lulú — Si, se lo lleva . . Las que no caen nunca son las estrellas, las pícaras; lo miran desde allá arriba y le hacen guiñadas. ¿No has notado cómo nos hacen burla las estrellas? Claro! Como están tan altas pueden ver cosas que nosotros no vemos. . . Les tengo envidia y quisiera que se apagaran todas. (*Pequeña pausa. De pronto, levantándose*) Vamos pues, al baile esta noche?

Jorge — (*De pie*) Naturalmente. Yo voy á cambiarme el traje y vuelvo.

Lulú — Y. . . dime una cosa. Por qué vives en casa de tu familia? No te es, hasta cierto punto, incómodo?. . .

Jorge — Qué quieres. . . Vivo con mi madre. La pobre está enferma del corazón y su vida se halla á cada instante, en peligro. Yo fuí siempre su hijo mimado. Y ella es para mí un objeto de veneración; más aún, algo como un ídolo de pureza. . .

Lulú — ¿De pureza?

Jorge — Sí. Porque debes saber, Lulú, que aunque aquí, entre amigos, se burle uno de la virtud, cuando se encuentra frente á su madre, se comprende cuanto de sagrado hay en ella.

Lulú — (*Irónica*). Es posible . . .

Jorge — Yo sigo siendo para mi madre tan niño como cuando tenía diez años. ¿Comprendes tú esto?

Lulú — En fin; tú obedeces á tus sentimientos . . . como yo á los míos. Está bien.

Jorge — Basta. No hablemos más de ello. Casi me parece profanación hablar de mi madre, aquí . . . Es un nombre sagrado.

Lulú — (*Riendo*) En verdad que pareces un niño.

Jorge — Bueno, voy á ponerme el frac. Dentro de veinte minutos estoy de vuelta. Tú, en tanto, nos preparas esa sorpresa. (*Váse*)

ESCENA III

LULÚ, LUEGO, LA SEÑORA DEL VALLE

Lulú — (*Sola. Pasa á la parte de la estancia oculta por el biombo. Al instante vuelve á aparecer, en corsé, con una falda corta, de seda roja. Canta en voz baja; da una vuelta por la estancia, frente al espejo se detiene y, ajustándose la falda con las manos detrás, hace varias reverencias*). ¡Oh, buenas noches, señorita Lulú . . . ¿Cómo está usted? Piensa usted divertirse mucho esta noche? Qué traje se va á poner usted? Me parece que está usted un poquito . . . borracha, señorita Lulú . . . Oh, esto no está bien. Pero no, no crea usted que voy á hacerle cargos,

eh? A usted todo le está permitido... Como que es usted tan linda. Ah, es usted la más linda de todas... Señorita Lulú, permítame que le dé un beso (*Se acerca al espejo y lo besa. Luego se aparta y arrojándose en un sillón, rompe á reir á carcajadas. La puerta se abre, silenciosamente, y la señora del Valle entra en escena. Viste totalmente de negro, las manos enguantadas y cubierto el rostro por un espeso velo. Se detiene junto á la puerta después de haberla cerrado*).

Lulú — (*Sin haberla sentido; levantándose*). Ea! Esto no es formal. Estoy haciendo cosas de chicuela. Hay que pensar en arreglarse. (*Ante el espejo*). Ante todo... Este pelo... así... recogido hacia arriba y prendido con unas horquillas... Eso es... Muy bien... Luego, con el bonete que cubre todo... Soberbio! (*Da unos pasos hacia el fondo. Viendo á la enlutada, lanza un grito y se detiene*) Ah! (*Pausa. Temblando*) Quién es...?

La señora — (*Adelanta unos pasos, muda*).

Lulú — (*retrocediendo*) No se acerque!... Voy á gritar... Quién es usted!

La señora — No soy más que una pobre mujer. (*Se descubre el rostro; un rostro pálido, ajado, dolorido. Tiene cabellos grises. Silencio*).

Lulú — Qué quiere usted?

La señora — Vengo á hablar con usted de cosas graves...

Lulú — (*Hace una mueca; luego, duramente*) ¿Y por qué ha entrado aquí de esta manera? Me ha dado usted un susto terrible.

La señora — Le ruego que me escuche un instante. Tengo prisa y el motivo que me trae es muy grave.

Lulú — No lo dudo. Pero, espere usted que tome un vaso de agua (*Luego de haber bebido, sentándose junto á la mesa*) Siéntese usted. Qué tiene usted que decirme?

La señora — (*Se sienta; revela estar agitada, turbada; mira con inquietud á su alrededor; se pasa con frecuencia la mano por los ojos; despues de una pausa, dice*). Aquí se está cometiendo un gran crimen, un crimen nefando, señorita...

Lulú — (*Asombrada é incrédula*) Un crimen?...

La señora — Sí, sí, un crimen... Algo horrible y repugnante... Pero usted no es culpable... *El*, tampoco es culpable... Los dos ignoran... Pero, yo sé... Por eso he venido... Era menester que viniera...

Lulú — Hable, hable usted. Me tiene perpleja.

La señora — (*Más agitada aún, como sofocada.*) Es preciso que usted sepa... usted no puede... no puede ser la... amante de Jorge... porque Jorge... señorita, es su hermano!...

Lulú — Eh? cómo? qué dice usted?

La señora — Sí, usted y Jorge son hermanos... ¡hermanos! Han nacido de la misma madre. Han nacido del mismo vientre... ¡Son hermanos, Dios mío! ¿No comprende usted?

Lulú — (*Con una carcajada.*) Pero, qué significa esto?

La señora — No se ría usted, por Dios, no se ría usted. Está usted delante de su madre!

Lulú — (*De pie*) Mi madre? usted? ¡Nunca ví á mi madre! Cuando nací me abandonaron... Me he criado, cuando niña, en casa de unas gentes cualquiera! y luego, he rodado, sola, por el

mundo... ¿Y ahora viene usted á decirme que es mi madre?

La señora — Soy su madre, señorita, soy su propia madre. Es usted hija de mi amor y de mi dolor. Es hija del pecado. (*Bajando la voz*) Aún era soltera, tenía veinte años, caí en brazos de un hombre, por una debilidad que nunca he acertado á explicarme... De un hombre que no podía ser mi esposo... porque era el esposo de otra... Y de esa falta, de esa caída, nació usted... (*Pequeña pausa*) El hombre exigía que eso no se supiera... Mis padres me enviaron al campo... Allí dí á luz... Después, todo se ocultó... Usted fué entregada á unas gentes, mediante una cantidad de dinero; á los Margat, de quienes ha tomado usted el nombre... Nunca ví á usted. Pero he sabido muchas veces noticias suyas... Ahora... (*Se calla, sofocada, llevándose las manos al pecho.*)

Lulú — (*Se levanta y da una vuelta en torno de la señora, observándola y meneando la cabeza*) De modo que, ahora resulta que es usted mi madre... (*Cantando*) La-ri-la-ra... La-ra-la-ri... Está muy bien... Sí, señora... (*Se sienta en el mismo lugar y enciende un cigarrillo*).

La señora — Señorita, le ruego que guarde un poco de más respeto. ¿No se siente usted un poco conmovida por todo esto?

Lulú — Vaya, me causa mucha gracia...

La señora — Y ni el saber que Jorge es su hermano, y que ustedes han podido... ¡Oh, Dios! (*Se cubre el rostro con las manos*).

Lulú — En mi vida he visto cosa más divertida. Le juro.

La señora — (*De pie*) Divertida? A usted le divierte esto? Cuando debiera estar horrorizada por el delito nefando que...

Lulú — ¿Delito? ¿De qué delito me habla usted, señora?

La señora — No me lo pregunte usted. Todo está aquí contaminado, maldito, por la presencia monstruosa del incesto. Mis labios pueden apenas pronunciar la palabra...

Lulú — Toma usted las cosas muy *á pecho*, señora...

La señora — Y bien... No puedo detenerme más... Jorge va á llegar de un momento á otro... Yo no he venido más que á esto. No por verla á usted he venido. ¿Qué amor puede inspirarme una perdida como usted, aunque sea hija mía?

Lulú — Una... perdida? Lo acepto. Pero, es curioso que venga usted á decírmelo... Usted, que al nacer, me arrojó á la calle, como á una basura.

La señora — Era usted una hija del pecado... y estaba usted maldita.

Lulú — Ah, sí? Sin duda que cuando se acostaba usted con aquel señor que fué mi padre, no pensaba usted lo mismo... Y, á propósito, debió ser un buen mozo, eh? Me es grato, después de todo, saber que mi padre fué un seductor, y un alegre *calavera*...

La señora — Basta! (*Pequeña pausa*) Y ahora que sabe usted esto, espero que no vuelva á recibir á Jorge.

Lulú — Ps! Francamente, le declaro que todo esto no ha modificado en lo más mínimo mi manera de sentir respecto á Jorge...

La señora — Cómo?

Lulú — Para mí, es siempre el mismo tipo seductor... Me sigue gustando como antes.

La señora — Esté usted haciendo escarnio de las cosas más sagradas... No creo que su corrupción llegue hasta el punto de no importarle que Jorge sea su hermano. Su deber, señorita...

Lulú — Mi deber? No sé... ¿Qué es eso del deber? Nunca lo he conocido. No sé de lo que usted me habla. Yo no hago más que mi capricho. No concibo que nada pueda oponerse á mis placeres.

La señora — (*Crispando las manos*). Es horrible!...

Lulú — En el mundo donde usted vive, señora, habrán deberes. En el que yo vivo no se conocen. Eh!, venirme á hablar de deberes á mí! Era lo único que faltaba!...

La señora — (*Con desesperación*). Pero no es posible! No es posible! Yo he venido aquí, haciendo un esfuerzo supremo, á decirle á usted esto, para impedir que ese crimen se siga cometiendo... Yo no puedo confesarle esto á Jorge, á mi hijo, no puedo... Por eso he venido aquí... para que usted, inventando una causa cualquiera, acabe las relaciones...

Lulú — (*Levantándose*). Señora: de mí no espere usted nada. Entre nosotras dos no hay acuerdo posible. Usted es la *mujer honrada.* Yo soy la perdida, verdad? Sea. Somos, pues, enemigas. Mi ley niega la suya. No puede haber nada común entre nosotras. (*Se aparta*).

La señora — (*Juntando las manos, en el colmo de la tortura moral*). Pero, cómo podré yo dormir esta noche, pensando que aquí, el incesto nefando, clama al cielo!... Cómo podré vivir un día más, dejando que tal cosa suceda?... (*Retorciéndose las manos*). Porque yo no puedo, no puedo confesarle esto á Jorge... (*Dejándose caer en un asiento, ahogada*). ¡Ah, tenga usted al menos compasión de esta pobre mujer.

Lulú — (*Paseando*). Compasión? Nadie en el mundo la ha tenido conmigo... Ni usted siendo mi madre. Cuando era muy pequeña, y vivía en casa de aquellas gentes miserables, me obligaban á pedir limosna por las calles, me laceraban el cuerpo á golpes, me hacían sufrir mucha hambre, y dormía en un rincón asqueroso, junto á las bestias. Y siendo niña aún, cuando tenía once años, me llevaron á un burdel, y allí comerciaron con mi cuerpo, mi pobre cuerpecito de niña. Nadie tuvo compasión de mí. Nadie me protegió. Pasé días de hambre y días de llanto, y días de rabia. Ah! Y sólo cuando comprendí que era bastante bella para dominar á los hombres con mi belleza, comencé á ser dichosa. No debo á nadie nada. He tenido que luchar desesperadamente con la vida. Si he triunfado, á mí sola lo debo. Usted, mi madre, me abandonó al nacer. Era una hija de la vergüenza. Al amor que me engendró le llama usted pecado. Nací contra su voluntad. (*Bajando la voz*) Y si usted no hubiera tenido miedo por sí misma, me hubiera aniquilado antes de nacer, en su vientre, para librarse de la infamia... Ah! (*Se dirige á la mesa. Se sirve un vaso de ajenjo y bebe. Luego, agrega.*) Confiese usted, señora, que he conquistado el derecho de reirme de todas las cosas humanas.

La señora — (*Anonadada en su asiento, asfixiándose.*) Quiere

usted darme... un poco... de agua...?

Lulú — Oh, sí. (*Sirve agua en un vaso y se lo presenta. Ella bebe.*) Se siente enferma?

La señora — No es nada... (*Indica el pecho.*)

ESCENA IV

LAS MISMAS Y JORGE

(*Se siente abrir la puerta. La señora se pone vivamente de pie, se cubre con el velo, y retrocede unos pasos, hacia la izquierda.*)

Jorge — (*Entrando, de frac y chistera; trae el sobretodo al brazo.*) Y...? Qué tal esa sorpresa? ¿Aún no te has vestido, Lulú? (*Avanza hasta la mesa y ve á la señora. Sorprendido.*) Eh! (*A Lulú*) Quién es esa?

Lulú — (*Sentándose en el borde de la mesa*) Esa? Es mi madre.

Jorge — (*Asombrado.*) Tu madre?...

Lulú — Sí, hombre, es mi madre. Qué te asombra?

Jorge — Vaya, déjate de bromas.

Lulú — Pero es que yo también no puedo tener madre?

(*La señora, en silencio, lentamente, se dobla sobre las rodillas, apoyada en el respaldo de una silla, inclinando la cabeza sobre las manos*).

Jorge — (*Que la mira, estupefacto*) Qué significa esto?

Lulú — Ps! Tonterías. ¿Qué quieres que signifique?

Jorge — (*Da dos pasos hacia la enlutada y la observa. Silencio.*

La señora — (*Levantando la cabeza, con débil voz*) Perdón, Jorge!

Jorge — (*Precipitándose hacia ella*) Qué! Eres tú?... Responde! Eh?

La señora — (*Poniéndose de pie, y descubriéndose el rostro*) Sí, soy yo...

Jorge — (*Frenético*) Tú! Tú! Pero, tú!...

La señora — (*Da dos pasos, y se deja caer en el sofá*) Perdón, Jorge.

Jorge — (*Fuera de sí*) Pero, habla! dime! ¿qué es esto?

La señora — (*Cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás en voz muy baja*) He pecado, Jorge... He pecado.

Jorge — Has pecado... Qué quieres decir? Luego, es verdad? Luego... ella... ella...

La señora — Ella es tu hermana.

Jorge — Mi hermana!.. (*Breve pausa. El mira á Lulú, con estupor. Lulú, sentada al borde de la mesa, sonríe, y balancea una pierna. El interroga á su madre, con apremiante angustia*). Pero, ¿cómo? dime... cómo?

La señora —Fuí madre... Antes del matrimonio.

Jorge — Y fué mi padre. .?

La señora — No, fué otro hombre.

Jorge — Quién?

La señora — Otro ... otro... No me preguntes, Jorge.

Jorge — (*Después de un silencio*) Es posible? es posible? Tú? tú? Mi madre? tú, la pura .. tú, la santa? Tú, la que no tenías ni una sombra en la conciencia?...

La señora — He pecado... He caído.

Jorge — Luego, tú eres como todas . Luego eres como una mujer cualquiera . Has tenido amantes.. Tienes hijos en el arroyo... Dime: ha sido acaso ese tu único amante? Seguramente has tenido otros .. Seguramente tengo por ahí hermanos

á quienes no conozco. Dime, al menos, tengo yo, yo mismo, derecho á llevar el nombre de mi padre?

La señora — (*Sofocada, llorando en silencio*) Jorge! Jorge!

Jorge — Ah, sí... sí... (*Se deja caer en un asiento con la cabeza entre las manos. De súbito se levanta*). Ah! (*Mira á Lulú, como horrorizado. Luego, á su madre*). Y has dejado que esto sucediera? Dime! Has permitido que el crimen se consumara?

La señora — Yo no sabía... yo no sabía...

Jorge — No sabías qué?

La señora — Vuestras relaciones. Recién... hoy... supe...

Jorge — Ah! Y pensar que esto ha podido suceder. (*Andando, agitadamente, á grandes pasos*). Pensar que... Ah! Lulú... Me da vergüenza mirarte... Pensar que eres mi hermana y que... Ah! No podré mirarte de frente... No podré encontrarme contigo á solas... Creo que casi no podré dejarte vivir... Siento todo el recuerdo de lo que ha pasado entre nosotros, como una llamarada de bochorno que me sube al rostro y me enloquece el cerebro. No me mires, Lulú, no puedo sufrir que me mires... En tus ojos, en tu cuerpo, en el aire que respiras, aún hay efluvios de la abominación. Ah! Ah! Ah!

La señora — (*Levantándose con las manos en el pecho, ahogada, con los ojos fuera de las órbitas*). Jorge... No puedo más... Me ahogo... Mi vida se acaba... Falta el aire... El... corazón... No... puedo... Perdóname... Jorge... (*Extiende los brazos, crispa las manos, lanza un grito sordo y cae inanimada sobre el sofá*).

Jorge — (*Lanzándose hacia ella, fuera de sí.*) Madre! madre! madre! (*La mueve, la toma el pulso, la ausculta el corazón, permanece un instante inclinado sobre ella; luego se yergue, pálido, mudo, descompuesto.*)

Lulú — (*Asustada.*) Habrá que llamar un médico.

Jorge — Es inútil. Ha muerto.

Lulú — (*Perpleja.*) Muerto?

Jorge — (*Cayendo de rodillas junto al cadáver y rodeándole con sus brazos.*) Muerta! muerta! ¡Oh, pobre vieja mía, la muerte la ha limpiado de toda culpa... No hay pecado... No hay más pecado, pobre vieja querida. Pura, pura como antes yo puedo besar sus manos, sus manos y reclinarme en su regazo, como cuando era un niño... ¡Oh, santa! santa! santa!

Lulú — (*Que permanece inmóvil, embargada por el estupor, con la mirada fija en el cadáver, dice al cabo con supremo sarcasmo*) Santa... Santa... (*Quiere como reir y hace una mueca. Se cubre el rostro con las manos y da unos pasos. Se sienta. Después de un instante se levanta estremecida por una idea súbita, exclamando*) Ah! comprendo! ahora comprendo! (*Andando agitadamente, presa de una angustia insostenible*) He aquí lo que debo á mi madre... El corazón enfermo!... La muerte que acecha! La muerte que me sigue los pasos... Esto es lo que le debo!

Jorge — (*Que se ha puesto de pie y la mira*) ¿Qué dices?

Lulú — Los ahogos... los ahogos... ese peso extraño... los dolores... las fatigas sin causa... todo eso, sí, ahora lo sé, todo eso es el corazón que quiere romperse... que se romperá algún día... (*Echándose en un

asiento, retorciéndose, desesperada) Ah! ella era bien mi madre!... A través de todo, viniendo de los extremos más opuestos de la vida, á través del destino yo estoy unida á ella por ese mal terrible que he heredado... Es la muerte que llevo aquí (*Oprimiéndose el pecho*)... aquí, conmigo... Es el corazón que aletea como un ave herida, que se desangra... Hoy... luego, mañana, quién sabe, en medio de una fiesta yo quedaré muerta. Ah! La muerte me sigue como mi sombra... La siento! La veo! Ah! He aquí, pues, lo único que le debo á mi madre.

Jorge — (*Estupefacto, balbuceando*) Tú... tú sientes...? tu sientes, deveras? Entonces... quizás... yo. Ah! Quizás yo, también...?

ESCENA FINAL

(*La puerta se abre violentamente y entran todos los personajes de la escena primera. Ellas disfrazadas. Ellos de frac. Rien y producen grande algazara*).

Jorge — (*Avanzando unos pasos y deteniéndolos con el ademán*). Silencio!

Lulú — (*Levantándose y yendo á ellos*) ¡Oh, Esperadme.. Yo voy... Yo también voy con ustedes.

Jorge — (*A Lulú*). No, tú no vas... Tú no puedes ir.

Lulú - Yo quiero ir. ¿Con qué derecho me lo impides?

Jorge — (*Señalando el cadáver*). Tu madre!

Lulú — (*Después de una pausa, con ademán solemne* — La perdono!...

Jorge — Quédate, Lulú.

Lulú — ¡Oh, ni un instante más... Yo soy una extraña.. Yo soy una perdida. ¿Para qué quieren el llanto de una perdida? Nada tengo que ver en vuestro dolor. Dejadme ir... Le tengo horror á la muerte... No puedo ver tristezas... (*Abre el guardarropa, y febrilmente, saca varios trajes, que arroja al suelo; al fin elige uno; pasa detrás del biombo. Hay un momento de silencio. Los personajes que acaban de entrar permanecen en el fondo, asombrados y mudos, Jorge está en medio de la estancia inmóvil*).

Lulú — (*Reapareciendo, ya con el traje puesto, arreglándose aún, un poco sofocada*). No puedo sacrificaros ni un instante de felicidad... Ni uno solo de mis placeres... Y ahora... ahora, sabiendo que llevo en mí el terrible peligro... (*Saca del guardarropa una capota fantástica, y se la pone*). El miedo á la muerte me expolea... Más desenfrenada que nunca, yo quiero gozar la vida, yo quiero gozar locamente la vida, gozarla hasta su último espasmo... Quién sabe si viviré mañana!... (*Se pone el antifaz y se mira al espejo del guardarropa*). Lulú Margat... ¿no sabes que quieren obligarte á llorar á tu madre? Pero, es que tú tienes madre? Ah, Lulú... No quieras saber nada de ese dolor! No quieras saber nada de esa tristeza! Que todo sea alegría! Debes reír más que nunca! más que nunca! Ríete de la muerte, de la misma muerte! Aléjala con tus risas... (*Abriendo los brazos*) Lulú Margat, acaba tu vida con una carcajada!... (*Vase. Los demás la siguen Jorge queda en medio de la escena, contemplando el cadáver de su madre*).

TELÓN

Dionisio Domínguez



La eterna destructora de vidas, la inexorable tronchadora de esperanzas y de idealidades, se ha revelado una vez más fiera é injusta, arrastrando á la soledad y el silencio de la tumba la existencia del joven compañero cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas y cuyo retrato publicamos.

Era un sincero! Era un privilegiado! Su vida fué todo un poema sentimental. Su alma, de una sensibilidad exquisita, se estremecía de sentimiento toda y cada vez que llegaba á su corazón el eco de una queja.

Su amistad se hacía carne en el corazón de quienes lo trataban.

Era un sincero! Era un privilegiado!

Dejó la vida cuando empezaba á vivirla; cuando sus 22 años por el mundo habían derramado el perfume de sus bondades infinitas y el sahumerio de sus esperanzas de un futuro de conquistas — y puede que de glorias — alcanzadas con su talento que empezaba á revelarse el de un poeta grande y sentimental como lo prueba el soneto que APOLO hace suyo.

Sobre su tumba podrían grabarse estas palabras:

Aquí yace un niño-hombre que tenía la inteligencia en el corazón!



DE MIS NOCHES...

Ritornelos

Como una paloma que remonta el vuelo,
Que sube y se pierde por el firmamento,
Cruzas majestuosa por mi pensamiento
Como una paloma camino del cielo.

En vano pretende seguirte mi anhelo,
Mis alas ya rotas no azotan el viento!
Te claman mis quejas, y morirme siento,
Como un ave herida tumbada en el suelo.

No sé qué dulzuras tienen mis tristezas
Cuando por mis noches á cruzar empiezas
Como una paloma camino del cielo.

Cuando de mis noches te vas alejando
Se queda mi alma gimiendo, temblando,
Como un ave herida tumbada en el suelo.

D. DOMÍNGUEZ.

Verano de 1908.

Lacrimæ

El cobarde que oculta su rostro
Por haberme arrojado su infamia,
Y me tiembla, me implora, me gime, me huye,
Porque ve que mi dedo de Dios lo señala;

El lacayo de torpe librea,
Que me adula, se inclina y se arrastra,
Porque á ocultas se ha puesto mi túnica, y teme
Que mi látigo altivo le cruce la cara;

El tirano que al verme sonroja,
E impotente sofrena su rabia,
Porque el arco triunfal de mi lira de fierro
En su frente una huella profunda dejara;

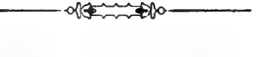
El que besa mi mano y me aplaude,
Acallando una envidia que guarda,
Y que lleva en el cinto un puñal escondido,
Y al brindarme un abrazo me hiere en la espalda;

El hambriento hombre fiera que afila
En el fétido abismo sus garras,
Para echarme el zarpazo y beberme la sangre
Cuando un día descienda, tropiece ó me caiga:

Dignos son de desprecio y de ödio,
Pero dignos también de mi lástima,
¡Cómo pueden librarse de tanta miseria
Si no tienen conciencia, cerebro, ni alma!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Montevideo.



El espectro

Para APOLO.

El aire era sutil. En el sonoro,
místico bronce del tejar vecino
se apagaba el fulgor ya mortecino
de aquella tarde que hubo sido de oro.

En la pradera grís bramaba un toro
á las sombras errantes del camino,
y en la muerta piscina del molino
las ranas prorrumpieron en su lloro.

Descendió con la noche la sombría
desesperanza de un cercano duelo,
y en aquella hora aciaga de agonía

como un espectro de tu amor perdido,
una estrella fugaz cruzó en el cielo,
fatalmente... con rumbo hacia el olvido!

JUAN PICÓN OLAONDO.

En los labios...

Para Apolo.

Charlábamos en confianza, solos en su gabinetito de mujer elegante. Y divagábamos...

No era mi amante, sino mi amiga; una hechicera amiga á quien de buen grado hubiera dado aquel día el ascenso inmediato. Porque el Amor acecha siempre á sus víctimas asomándose á los ojos de las mujeres hermosas...

Ella se había reído al oírme lanzar un anatema contra los polvos de arroz.

— ¿Se puede saber por qué le son antipáticos? — me preguntaba.

El encanto de hablar á solas con una dama joven y bella, no emana precisamente del tema de la conversación. Cualquiera que éste sea, siempre es interesante, ó llegará á serlo.

Diálogo de puerilidades, de niñerías... ¡no importa! Hay puntos suspensivos que son epigramas muy sabrosos, mudos paréntesis de una elocuencia insuperable, miradas de enorme fuerza sugestiva. Es recreo de nuestros oídos el timbre de aquella voz femenina, el leve crujido de sus zapatitos...; y el *fru fru* de su falda hace estremecerse en ondas afrodisíacas el ambiente.

Sí, Eros nos acecha asomándose á los ojos de las mujeres hermosas; y los nuestros exploran el descote, queriendo descubrir, no un mundo, como el inmortal navegante genovés, sino dos mundos de amor, en que la nieve y la rosa se han fundido, coronándose triunfalmente con dos capullos de coral, imanes del deseo...; y buscan luego los ojos en el borde de la falda el monísimo pie que juguetea «en el mismo dintel del Paraíso», como diría Ayala.

Divagábamos, los dos solos, en su gabinetito... ¿Qué me preguntaba ella? ¡Ah, sí! Los polvos de arroz...

— Perdone usted — le dije — me rebelo contra ese... *ingrediente* con que ustedes se embadurnan la cara.

— ¡Embadurnan! ¡Qué frase tan poco culta!

— No la hallo más justa, ni más correcta, aplicada á esos aborrecibles polvos...

— Nada, por el contrario, tan atractivo, tan vaporoso, como ese polvillo impalpable, sutil, semiespiritual, que pasa insensiblemente desde una borla de finísimo plumón á un cutis femenino. Cuando veo una mejilla, cuyo sonrosado color descubro á través del transparente velo de los polvos de arroz... se me antoja la aurora surgiendo á través de los vapores matinales, ó las fresas que cubrimos de azúcar...

Me hizo reír aquel despilfarro de poesía y repuse:

— Por mucho tiempo, amiga mía, he creído en la inocencia de los polvos de arroz, pero ahora los odio porque sé que son traidores...

— ¿Cómo?

— ¡Sí, delatores viles!

— A ver, explíquese usted; me muero de curiosidad...

— Nada le puedo negar. Escuche usted una pequeña historia en la que jugaron un triste papel esos pérfidos polvos, matando en germen unos amores.

—¿Y fué usted el héroe de esa aventura . . . nebulosa?

—No, un amigo... cuyo nombre me reservo. Este amigo estaba locamente enamorado de una gentil mujercita, casada con un buen señor que podía ser holgadamente su padre . . . ¡Pobre muchacho! Ciertamente, es horrible la pena del que atropella, sin éxito, el noveno mandamiento, pecado del que están eximidas las mujeres . . .

—¿Nosotras...? ¡Donosa ocurrencia!

—Perdone usted, querida amiga; el noveno mandamiento dice con toda claridad: «No desear la mujer del próximo» Jehová dictó á Moisés esta ley para los hombres; á las mujeres, ni palabra sobre asunto de tanta monta. ¿Qué mandamiento del Decálogo dice: «No desear el marido de la prójima?

—Adelante—contestó ella sonriendo.

—El marido de la linda mujercita (le llamaremos el señor Sanchéz, si usted gusta) había doblado ya el Cabo de las Tormentas y entraba en el Pacífico; quiero decir que no hacía gran caso de su apetitosa hembra, aunque la vigilaba, suponiendo con gran fuerza de lógica que otros la hallarían exquisita.

«Mi amigo frecuentaba aquel hogar y era tratado con mucha confianza, porque el señor Sánchez había sido compañero de colegio del padre del joven; este, siempre respetuoso, amable, correcto, aceptaba agradecido las invitaciones del señor Sánchez para que los acompañara á la mesa una vez por semana.

«Un día, después de la comida, se durmió el señor Sánchez en el gran butacón donde se había arrellanado, mientras la señora y mi amigo hablaban amistosamente de muchas y deliciosas tonterías. Yo no sé, no puedo asegurar si el durmiente roncaba, pero podemos suponerlo; y suponer también que la dama haría odiosas comparaciones entre el áspero gorgoteo del esposo y el suave acento con que acariciaban su oído las palabras del joven . . .

Yo sé que ellos *se* miraron, y *se* miraron... Era una tarde hermosísima de estío. Por la entornada persiana de un balcón, que daba á un jardín, penetraba una brisa fresca y saturada de embriagadoras emanaciones... La media luz de la habitación prestaba un tinte de vaga y misteriosa poesía á todos los objetos, especialmente á los lánguidos ojos de la señora... ojos que dulcemente velados por las curvas pestañas... le miraban, le miraban... de un modo irresistible. Allí estaba el hijo de Venus, asomado á las pupilas... ¿No he dicho á usted que el Amor acecha á sus víctimas asomándose á los ojos de las mujeres hermosas?

—No; lo habrá usted pensado . . .

—Es verdad; y lo pienso siempre . . .

Hubo después de esto un silencio bastante largo.

—Bueno, termine usted su historia – me dijo ella á media voz, y algo trémula por la impaciencia —¿Y qué sucedió?

—Nada . . . ¡Ah, sí. A los pocos minutos se despertó el marido, y vió que mi amigo tenía los bigotes (unos grandes bigotes negros y rizosos) manchados de polvos de arroz . . . Dos días después el matrimonio partió para Italia. Mi amigo no ha vuelto á tener noticias de ellos...

Por el momento, nada me dijo mi amiga... Luego exclamó de pronto:

— ¡No! ¡No haga usted responsables de ese desastre á los polvos de arroz, sino á su amigo, que no tuvo el talento de buscar un punto sin ellos, un punto vulnerable ... Yo jamás paso la borla por los labios ...

RAMIRO BLANCO.

Madrid.

Maga pálida y dulce...

Para APOLO.

Maga pálida y dulce que conoces mi pena,
Inspiratriz gloriosa de mis versos, tu mano,
Pequeña maravilla de nácar, es tan buena
Que quiero me bendigas. El pesar, noble hermano

Del amor, me persigue. Sé que, á las bendiciones
De tu mano perfecta, cesarán mis martirios.
Eres casi divina. Dondequiera que pones
Tu santísima mano nacen mágicos lirios

De sagrado consuelo. Con ferviente terneza
Te pido que bendigas el dolor sobrehumano
De mi amor, te lo pido por toda la tristeza

De Jesús Nazareno, por todos los enojos
Que sufrió en el camino del Gólgota... Tu mano
Curará las heridas que me hicieron tus ojos.

PEDRO SONDÉREGUER.

1908.

Ensoñada

Para APOLO.

A tí, María.

¡Oh la caricia delicada y honda
de tus labios purpúreos y quemantes,
y el perfume de rosas incitantes
de tu encendida cabellera blonda!

Oh tus divinos ojos, en connubios
de idílicos donceles, adormidos,
y tu frente de albores escondidos
bajo el fulgor de tus cabellos rubios.

¡Oh tus brillantes é invisibles alas,
y el pincel de tus lánguidos rubores,
y la natividad de tus amores
y la gloria radiante de tus galas!

¡Oh el ruiseñor de cantos inmortales
anidado en tu púbera garganta!
¡Oh tu la soñadora que se encanta
en la miel de los éxtasis astrales!

¡Oh tu andar reposado y majestuoso
de ondas serenas y ecos sibilinos,
y tu talle que tienta á los divinos
abrazos al cimbrarse voluptuoso!

¡Oh tu cuerpo gentil de amor y fuego
bajo las curvas de tu ondeante falda,
y la cinta triunfal de hermosa gualda
que ama el contacto de tu talle griego!

¡Oh el palpitar de tus nacientes senos,
cumbres ingenuas de auroral blancura
que brindan embriagueces en la pura
copa de amor repleta de veneno!

Ven ensoñada, ven; dame la hönda
caricia de tus ósculos quemantes
y envuélveme en las ondas palpitantes
de tu encendida cabellera blonda!

Montevideo, Mayo de 1908.

ALBERTO LASPLACES.

Poetas nuevos

Alma joven

Para Apolo.

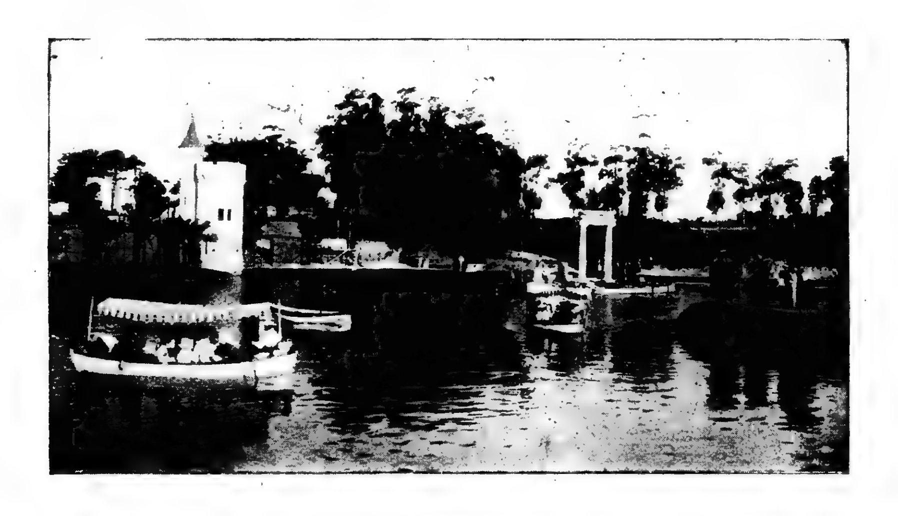
Vosotros, circunspectos filósofos y austeros
moralistas, engendros de una existencia fría,
ya que habéis recorrido los fúnebres senderos
de la miseria eterna y la eterna agonía;
ya que sois sabios porque sabéis sentir al mundo,
y sabéis lo que enferma al alma un desengaño;
dejad que vaya á vuestro saber y taciturno
busque vuestra clemencia para un eterno engaño.

Cuando se tienen veinte años que son la vida
de veinte ensoñaciones, no se puede pensar;
el sentimiento ingenuo presta desconocida
potencia al sueño y sólo nos es dado soñar.....;
y la filosofía que vuestras impiedades
exteriorizan deja la vida en un eterno
desconsuelo y las almas soportan las edades
de muerte que sentencian vuestros labios de invierno.

Dejad que el sentimiento florezca en mi existencia;
prefiero ser un sueño y no una piedra muerta;
...Tengo un alma tan joven...! La ingenua sugerencia
de una flor es tan dulce... ¡Quiero una flor abierta!
¡Dadme una rosa, sabios! ¡dadme una rosa abierta!

Lorenzo Vicéns Thievent.

Montevideo.



DE «VIDA QUE CANTA»

Para Apolo

Es justo

Yo sé que en vano su perfume exhala
Preñado de efusiones, mi lirismo;
Y que más subo por la azul escala,
Me encontraré más solo con mí mismo.

¡Pero en vano me sitia el pesimismo
De su lógica triste, haciendo gala!
¡Siempre ha de ser mi plectro como un ala,
Condenada á voltear sobre el abismo!

¡Nadie sabrâ mis íntimas querellas!
¡Un ruiseñor seré que á las estrellas
Confiesa sus celestes añoranzas...

Es justo, pues, que la Abyección me azote,
¡Tuve la culpa de nacer Quijote
En este imperio ruin de Sancho-Panzas!

Mi blasón

Yo que persigo una visión de Acracia,
Tengo también mi dios y mi estandarte,
Mi fe suprema, la divina Gracia,
Y mi nobleza, la pasión del Arte!

¡Sí! yo tengo también mi aristocracia.
Pero mi Numen que á lo inmenso parte
Su luz fecunda por doquiera espacia
Y hasta lo vil su comunión imparte!

¡Soy el Cruzado de una gran Conquista!
Por eso canto mi fervor de artista
Frente á un sol que alumbrando los senderos,

Espaldarazo es ya que la Belleza
Da á esa Futura Edad de la Nobleza
En donde todos sean Caballeros!

Angel Falco.



AMOR Y DOLOR

. . . .

El supuesto placer de ser estrangulado por la persona que se ama, es cuestión que nos lleva á examinar un grupo de sensaciones que parecen no estar relacionadas con elementos respiratorios; quiero referirme á la excitación placentera que sienten algunas personas con la suspensión, el balanceo, el encadenamiento ó el esforzamiento. La estrangulación sería el tipo extremo y decisivo de ese grupo de estados reales ó fingidos, en todos los cuales es factor esencial la perturbación respiratoria.

Al estudiar estos fenómenos hemos de hacer notar que la excitación respiratoria es factor preponderante en los procesos de tumescencia y detumescencia de los órganos genitales, durante las contiendas amorosas, y que, por consiguiente, cualquiera restricción ejercida sobre los movimientos respiratorios ó, en general, sobre el sistema muscular ó sobre la actividad emotiva, habrán de tender á aumentar el estado de excitación genésica asociada á esa actividad.

. . . .

La idea de ser encadenado ó esposado suele estar algunas veces asociada con las sensaciones genésicas. He tenido ocasión de observar numerosos casos de ello tanto en hombres como en mujeres, coexistiendo ese sentimiento en ocasiones con la tendencia á la inversión.

Por lo general se despierta ese sentimiento en edad temprana, siendo su estudio de gran interés, en cuanto no podemos explicar su frecuencia por una asociación casual ni por experiencias efectivas. A primera vista parecería ser un capricho puramente físico, fundado en el hecho físico elemental de que toda restricción emocional produce un aumento de emoción. En todo caso el carácter espontáneo de semejantes ideas y emociones en los niños de ambos sexos, basta para demostrar que unas y otras poseen una base orgánica perfectamente definida.

Havelock Ellis.

ENGARCE DE VISIONES

Para Apolo.

Cordelia

Ha llamado á la puerta de mi alma, Cordelia,
la hermanita de Hamlet, la hermanita de Ofelia,
taciturna y doliente como üna camelia.

—Vengo del Norte. Vengo del país de la nieve,
donde el ensueño es largo porque el amor es breve,
y donde el sol apenas á fulgurar se atreve.

Soy rubia y soy flexible cual la dorada espiga
que de Ruth en la senda puso la mano amiga,
un risueño crepúsculo, después de la fatiga

de la siega. Mis ojos son azules y vagos,
y cual pasa la brisa por los dormidos lagos,
por mis ojos azules pasarán tus halagos

despertando del bosque á la Durmiente Bella,
que sueña con que el rizo de una lejana estrella
se enredó en sus cabellos, y es más pura y más bella...

Tesoro de mis manos! Mis manos ambarinas
parece hubieran sido tesoro de meninas
llevado con orgullo en fiestas palatinas,

Y todo para tí, traído del Castillo
donde mi hermano Hamlet en la noche sin brillo
de astros, desenreda el enredado ovillo

de sus meditaciones...
—Adelante, Cordelia;
hermanita de Hamlet, hermanita de Ofelia,
taciturna y doliente como üna camelia!



Ofelia

AMADA, LUZ DE MI NOCHE

La noche sus pendones de tragedia
desplegaba en los ámbitos del alma;
luego, un rumor... Ofelia,
es Ofelia que pasa...

—A donde va, quién lleva
en su interior el alba?
- Voy á encerrar la luz de mi tristeza
en una copa de ámbar.

JARDINERA DEL ALMA

Un ciprés melancólico sombrea
el verdor de las aguas,
en cuyo fondo estremecido tiembla,
en dorado fulgor, la cabellera
que destrenzaron con violenta ráfaga
la Locura y la Muerte...
Pobre Ofelia!,
jardinera del alma
floreciente de ensueños, jardinera
de mis amantes cántigas.

PASA EL CORTEJO NUPCIAL...

Evoco de la Madre y de la Reina
las dolientes palabras:
Suavidad, suavidades para ella,
la novia infortunada...

Y caen sobre tu féretro violetas,
y caen, mientras pasa
el cortejo de nupcias que te lleva
á enterrarte en el alma
donde serás la rubia Cenicienta
de mis cuentos de hadas.

Luis Correa.

Caracas (Venezuela), 1908.

Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

Inauguramos hoy esta sección, á pedido de muchos de nuestros lectores que continuamente nos asedian con preguntas de índole artístico-literaria. En el presente número evacuamos las consultas más recientes, algunas de ellas importantísimas en estos momentos de febril actividad intelectual.

Tulipán — No he recibido aún el número 6 de la «Revista Latina». Yo creo que el concurso tendrá un éxito enorme pues concurrirán á él todos los poetas hispano americanos. En cuanto al jurado, no puede ser más selecto.

Siringa — El autor de «Prosas Profanas» se halla actualmente en Nicaragua, su tierra natal. De allí irá á España, creo que en misión diplomática. Prefiero la última que me nombra. Es más rica de ideología y de exquisito estilo.

Un lector de «La Razón» — Fué una perogrullada de Suplente. Yo no publico nada sino en Apolo y jamás he mendigado un puesto para mis lucubraciones, fuesen ó no inéditas. Mi envío consistía en el sumario del número especial que publiqué en Mayo. Ya ve usted: Suplente se negó á publicarlo con el pretexto (digno de Perogrullo, tratándose de un sumario aviso y no de una pieza literaria) de que había aparecido en otro periódico, y no obstante su declaración de que *no publica nada que haya visto la luz en otro diario*, insertó poco tiempo después en «La Razón» una poesía publicada el mismo día por un colega de la mañana. Eso sí que es tomarle el pelo. Suplente ha sufrido una caída, y lo lamento. El habría acertado si en lugar de aquella contestación me hubiera dado la siguiente: la publicación del sumario no es gratis. Eso es todo.

Acrata — Se titulará: «Vida que canta». Es un volumen de poesías, eróticas algunas y de combate las otras. Me abstengo de formular juicio sobre el otro escritor porque nunca lo he leído.

Orfeo — Será un fracaso ruidoso como el del concurso Labarden. Yo no creo en la aptitud, ni mucho menos en la formalidad de algunos de los jurados. Le adjudicarán los premios, como siempre, á los niños mimados de la casa. Tal es el resultado de todos nuestros concursos. De los señores que usted cita, sólo el primero sabe distinguir las escuelas literarias y la belleza y los defectos de cada una de ellas.

Poetisa — Francisco Villaespesa y Juan R. Jiménez son los más emotivos de la España actual. En Eduardo Marquina aprecio la inspiración y la riqueza imaginativa.

Panida — Pienso como usted. Esa obra está llena de plagios. Detesto la crítica y, por lo tanto, no la hago, pero me exaspera el desparpajo de aquellos que fueron críticos y hoy son ladrones literarios.

Americano — No doy ninguna importancia á las palabras de ese señor. Moreno Alba es uno de los jóvenes poetas colombianos de más mérito. ¿No ha leído usted algunas composiciones suyas publicadas en esta revista?

Ramiro Blanco (*Madrid*) — En breve irán letras mías. Le adelanto mi agradecimiento por el envío de colaboración.

Pérez y Curis.

NOTA BREVE

Esa revista... «Caras y Caretas» que todos conocemos como un mal reflejo de las ilustraciones europeas, niega mi personalidad, incomodada por las dedicatorias que constantemente me hacen distinguidos literatos de España y América. Y luego pregunta: ¿Quién es Pérez y Curis?

Yo respondo: Pérez y Curis, cuyo retrato publicó «Caras y Caretas» hace ya un año, con motivo del asalto al Centro Internacional, es el Director de «Apolo»; y «Apolo», esa revista de arte y sociología de donde «Caras y Caretas» suele sacar material para dar mérito á sus páginas. ¿Se quieren pruebas? Léase el número de «Apolo» correspondiente á Setiembre del año 1907 y uno de «Caras y Caretas» publicado dos meses después.

¡Qué gracioso! Me roban y después me niegan.

Pérez y Curis.

BIBLIOGRAFICAS

Libros y folletos recibidos

Los Césares de la Decadencia, por Vargas Vila. — Volumen 1.° — Viuda de C. Bouret. — París. — El libro que el Maestro nos envía contiene una serie formidable de estudios históricos de América que ponen de manifiesto cómo el Cesarismo impera en todo el continente. Concebidos con oportunidad, en esta hora negra y roja en que el crimen es la obsesión de los tiranuelos que quién sabe por qué han alcanzado el trono, esos estudios llenos de acres verdades, provocarán la ira de los verdugos de la libertad que hoy gobiernan en toda la América, desde el estrecho de Magallanes hasta el de Behring. Este libro de Vargas Vila es de demolición y de verdad como todos los suyos.

Morena y Trágica. — Por Isaac Muñoz. — Madrid. — Acusamos recibo de esta hermosa novela que nos ha enviado el autor de «Voluptuosidad». En uno de nuestros próximos números se ocupará de ella extensamente el Director de Apolo.

La Visión del Aguila. — Por José Manuel Carbonell. — Habana. — Es un canto á la patria escrito para los Juegos Florales iniciados por el Ateneo de la Habana. Está escrito en versos alejandrinos elegantes y bien sentidos.

Vox Patriæ. — Por Félix Callejas. — Habana. — Este canto fué escrito con el mismo fin que el anterior, y en versos alejandrinos también. Aunque este metro no se presta mucho para el canto épico, tanto los versos de Callejas como los de Carbonell, son dignos de los más altos elogios por la idea de libertad que los anima. Al consignarlo así, protestamos contra el jurado que declaró desierto aquel concurso, manifestando que todas las poesías presentadas eran malas.

CIRCULAR

San Salvador, Marzo 15 de 1908.

Al Excmo. señor don Manuel Pérez y Curis.

Montevideo.

Tengo la honra de participar á usted que en presencia de los socios titulares y honorarios de la Academia de Ciencias y Letras y Artes de El Salvador, reunidos en solemne sesión pública el día de hoy, ha tomado posesión la nueva Junta Directiva elegida para el período 1908 - 1909, compuesta del personal siguiente: Presidente, doctor Francisco Vaquero; Vicepresidente, doctor Víctor Jerez; Vocal, ingeniero Pedro S. Fonseca; Fiscal, doctor Francisco Martínez Suárez; Tesorero, doctor Eusebio Bracamonte; Secretario (reelecto por 5.ª vez), don José D. Corpeño; y Prosecretario-bibliotecario, don Salvador Calderón R.

Espero que al tomar usted nota de lo anterior, continuará prestando su valioso concurso á la Academia y de manera especial á la fraternidad intelectual hispanoamericana.

De usted con muestras de alto aprecio, me suscribo su afectísimo S. S. — José D. Corpeño, *Secretario.*

APOLO

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis ✣ Redactor: Perfecto López Campaña
Secretario de redacción: Ovidio Fernández Ríos

Imp. «La Rural», de E. Ramos — Florida 84 y 92

APOLO — REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGIA

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 17. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Julio de 1908.

Una actitud

La Dignidad es el gesto supremo de una vida;

ella armoniza todas las actitudes de una grande alma; el gesto es necesario al Genio; lo completa y lo fija; toda personalidad reside en una Actitud, cuando esa Actitud es una Virtud;

la Actitud es en la vida la proyección de la propia alma: la sombra de Sí Mismo;

el ideal de un hombre se cristaliza todo en su actitud;

la persistencia heroica en una noble actitud, crea esa Fuerza Moral que se llama: la Personalidad;

Y, esa Fuerza es un faro, que basta para iluminar un mundo;

el martirio no es más que una Actitud: la muerte es su perfume;

á esa Actitud, los mediocres, la llaman: *pose;*

Savonarola, era un *poseur!*

y, de esa *pose*, nació el Cisne;

¡qué *pose* la de Juan Hous, sobre su hoguera:

de esos grandes *poseurs,* Víctor Hugo, es el patriarca;

á los ojos de la estulticia, él, lo es:

¿qué mayor *poseur* que un desterrado voluntario?

un desterrado, sufre más que un guillotinado; y, vale menos;

un mártir que piensa, inspira menos compasión que un mártir que muere;

¿qué idea se tiene de la Vida?...

el destierro lleva al Olvido...

el cadalso lleva á la Apoteosis...

un desterrado, no es sino un Obstinado;

¿por qué se empeña en vivir?

¿por qué vuelve la espalda á la Patria esclava?.

ese hombre es un desequilibrado;

el equilibrio perfecto está en ponerse de rodillas;

¿por qué se obstina en ser un ciudadano de menos?

ser un esclavo de más, eso sería su *gloria*...

la proscripción, es una rebelión, cuando esa proscripción es voluntaria;

un rebelde, es un estorbo;

en ciertas épocas, como la presente, es un anacronismo;

rebelión contra la Tiranía; ese es un gesto arqueológico;

sufrirla, eso es lo lógico;

sufrirla? eso es poco; amarla, eso es todo;

en sufrir la Tiranía puede haber debilidad, pero en amarla, hay vileza;

y, la vileza, es toda la *Virtud* de ciertas épocas;

un proscripto, es un remordimiento;

se le puede alejar de su patria, pero está siempre cerca de las almas, como una obsesión;

¿cómo proscribirlo de las almas?

aquel gesto de orgullo, impresiona los espíritus;

es necesario castigarlo;

¿Cómo se castiga á un proscripto?

proscribiendo sus libros...

y eso es poco;

el mundo libre, lee lo que el pueblo esclavo no quiere leer...

no pudiendo matarlo, hay que insultarlo;

y, el insulto al proscripto se hace una profesión;

y, el proscripto, se hace una escala, por la cual trepan á la celebridad, los paniaguados de la dictadura...

cuando un rebelde muere, sobre su tumba se hace la comedia del Perdón...

la muerte, desarma sus enemigos;

para el proscripto no hay olvido...

es, la pesadilla del Despotismo, y, el reproche vivo de los esclavos...

ese hombre nos denigra dice el Amo: hay que matarlo;

ese hombre nos humilla, dicen los lacayos, hay que devorarlo...

el proscripto, es inerme, pero es inmune;

su dolor le sirve de escudo:

¿con qué podríais amenazarlo?

su patria? la ha perdido;

su familia? la ha dejado;

su amor? lo ha estrangulado, dentro de su propio corazón;

va solo! solo con su dolor;

¿qué podréis arrebatarle?

¿la vida?

y, ¿qué es la vida para un proscripto?

su sangre mancharía vuestras manos, menos sus lágrimas;

las lágrimas del proscripto, son el gran grito inexorable;

las noches del proscripto, en su acre desnudez de soledad, son el gran clamor, que acaba por conmover las entrañas mismas de la tierra;

el orgullo del proscripto, no es sino una forma de su dolor;

su gran poder de despreciar, no lo libra del tormento de sufrir...

¡Tener que despreciar su Patria...

¿imagináis tormento igual?...

avergonzarse de su propia madre, sería sólo comparable á esa tortura...

la ingenuidad de su protesta hace reir la indignidad de su época;

el gracejo se ceba en él, como un tábano en las melenas de un león herido...

esa clase de ataques, adquieren la prima en los mercados del dicterio oficial:

el César ríe, cuando uno de sus bufones, hace reir su corte, á expensa del genio ausente;

es un género de venganza, digno de César:

cuando Víctor Hugo, *proscripto voluntario*, volvió la espalda al César, y, lo azotó, se hizo de moda en la prensa oficial, denigrar de aquel gran proscripto, que era toda la dignidad de su época;

la caricatura deformo el águila;

la crítica hizo su agosto;

á la publicación de Williams Shakespeare, Mr. de Pontmartin, crítico oficial, que ya había declarado loco al gran poeta, declaró que la señal verdadera de la decadencia de Francia, era, el tener aún lectores Víctor Hugo;

diez años más, dijo el crítico palatino, y nada quedará de ese fárrago...

cincuenta años han pasado,..

¿quién sabe que existió Pontmartin? ¿quién ignora á Víctor Hugo?

el Genio, aislándose se engrandece;

la perspectiva magnifica su actitud;

he ahí lo que exagera la Envidia;

¿Cómo aminorar á un hombre cuya altura consiste en conservarse de pie?

habría una manera de eclipsarlo, ponerse todos en su misma actitud al lado de él...

pero, entonces ¿qué sería del César, que no se ve grande sino en medio de esa turba arrodillada?...

ese hombre no inclina la cabeza, ese hombre no dobla las rodillas: su rigidez lo hace gigantesco;

¿qué hacer contra el coloso? lapidarlo;

arrojadle vocablos, ya que no podréis arrojarle piedras;

anatematizado sea por la piara, el león huraño que medita en la playa lejana bajo el implacable sol...

las moscas que vuelan en torno á la lepra de Tiberio, maldicen al águila de las legiones vencidas;

el proscripto es una cima;

él solo, representa un drama;

el drama de la Justicia Implacable...

Todos olvidan, el proscripto no olvida...

Todos perdonan el proscripto no perdona;

Todos capitulan, sólo él, no se rinde;

su nombre es una bandera;

es necesario abatir esa bandera;

hay que sumergir esa cima;

las olas del Olvido se niegan á marchar contra ella;

se apela entonces á las olas del pantano; esas, no la sumergen, no aspiran sino á mancharla;

dejan á sus pies el cieno asqueroso;

ese cieno se llama la calumnia;

la radiosa serenidad de la cima, exaspera al crimen:

el César no tiene rayos;

¿Cómo herir la cima;

esa cima se corona de tempestades; ella; si dispone del rayo...

¡el César tiembla cuando la cima fulgura;

la cima siembra el espanto, como la soledad;

esa cima es el resto insumergible de un cataclismo;

ella, está allí para atestiguar ante los siglos, que hubo un pueblo:

la bandera de ese pueblo desconocido flota sobre esa cima...

detrás de esa cima brilla siempre una aurora...

la gestación del mañana está en ella; he ahí porqué la noche, ruge contra la cima;

atacad la cima, es decir, calumniad la cima, he ahí la palabra de orden de aquellos que no pueden vencerla;

no oís el rumor de esa calumnia?

ese hombre es un *poseur*;

su actitud no es sino el convencionalismo de su orgullo...

ese jacobino no busca sino el Poder;

en él duerme, como el decir de Sila, el alma de muchos Marios;

¿no veis como es desproporcionado y enorme?

ese hombre es un Monstruo;

no ha querido venderse al oro. Sea.

pero se vende á la Historia;

su soberbia capitula con la Apoteosis del mañana;

tiene el orgullo de ser virtuoso;

esa necedad, es un fenómeno en esta edad;

representar la Virtud es ser farsante;

na hay admirable sino el esclavo;

no hay grande sino el César;

quien está contra él, está contra el mundo ;
no amar la Tiranía, es rebelarse contra la Humanidad ;
no tener los vicios de su época, es estar fuera de su época y contra su época ;
he ahí un revolucionario arcaico;
la Libertad, ha pasado de moda ;
y la dignidad también ;
¿ los principios ?
un lastre, inútil, bueno para arrojarlo desde la pasarela del aereoplano, para acelerar la ascensión ;
no se triunfa ya con las doctrinas, eso es arcaico también ...
¿ la Virtud ?
no hablemos de utopias ;
no hay más Virtud que el Exito ;
la era de las ideas ha pasado ;
vivimos en la era de los intereses ;
el Pensamiento, esa es otra utopia romántica ;
no hay grande sino el vientre ;
el mundo es una enorme digestión ;
esa es la Vida ;
! paso á los estomacales ¡ ...

. . . .

Tal es el lenguaje de la hora ;
la dignidad, es un gesto gótico, que es necesario ocultar como un vicio ;
es verdad ;
en la hora trágica de las decadencias, la apostasía de la Virtud se hace el primer deber del ciudadano ;
todo gesto de rebelión es gesto estéril ;
no es la hora de Fóción ; es la hora de Filipo ;
no es la hora de Catón ; es la hora de César ...
cuando Catón es inútil, César triunfa ;
cuando César triunfa, Bruto sueña ;
y, Bruto, también fué estéril ;
la muerte, que libra, á los pueblos del Tirano, no los libra de su propia servidumbre ...
¿ quién curará un pueblo ?
aquel que infunda en él una alma nueva ...
decidle la palabra que haga latir su corazón, que arme su fe, que despierte su valor ...
la hora es de la Palabra ;
nada se puede sin ella ; nada contra ella ..
decid al mundo la Palabra, y, el Heroísmo bajará sobre la Tierra ;
y, cuando el Heroísmo sea venido, el tiempo de los esclavos habrá pasado ...
no hay más esclavos sobre la Tierra, que aquellos que quieren serlo ...



L'AMIE QUE J'AIME

Elle a sur le front deux veines pourpres qui sont comme deux armées qui se precipitent. — Elle á sur le front deux soucis qui se battent et soudain s'épuisent. Alors vous verrez comme ses yeux sont doux !

Elle est si douce, l'amie que j'aime, elle est tout dans son front méchant. Elle est terrible, celle que j'aime, elle est tout dans ses yeux d'enfant.

Paul Fort.

LIENZO

Tal fué el miraje del ensueño mío
Cuando anegaste el páramo
De mi tarde otoñal con el perfume
Intimo de tu seno y de tus labios:

Un paisaje
Apacible en que el bardo
Te recitara madrigales vírgenes
En la riva de un lago,
Cuando viera la vésper acercarse
Quedas y temblorosas nuestras manos.

Mi compañera de bohemia:
¿Has visto esos paisajes diáfanos
De las albas primaverales
Y los crepúsculos de raso?

He aquí un reflejo de ellos. ¡Qué divina
Quietud la de aquel árbol
Que asoma apenas su follaje umbrío
Por cima del montículo lejano!

¡Oh, cómo evoca la cabaña aquella
Que duerme en el regazo
Del valle solitario las ermitas
Del medioevo hispano!

Verdeguea el otero;
Está dormido el lago,
Y la lumbre del alba es en el valle
Ligera lluvia de vitriolo blanco
Que al caer quema el haz de las sombras
Y argenta el sombrío follaje del árbol.

ENVÍO

He aquí nuestro paisaje.
Un paraíso en él has conquistado . . .
El fué el miraje del ensueño mío
Cuando anegaste el páramo
De mi tarde otoñal con el perfume
Intimo de tu seno y de tus labios.

Pérez y Curis.

Amor es... mudo

Engalanamos estas páginas con el retrato y colaboración del joven y distinguido escritor Felipe Sassone que se halla entre nosotros de paso para el Perú, su tierra natal. La labor intelectual de Sassone es vasta y digna del mayor encomio. Ha publicado ya cuatro libros: «Malos Amores», «Almas de Fuego», «Viendo la Vida» y «Vórtice de Amor», y ha sido juzgado favorablemente por los principales críticos, tanto de España como de América. Ya en otras ocasiones hemos hablado de sus facultades intelectuales. En uno de nuestros próximos números publicaremos un juicio extenso de nuestro director, sobre su última novela intitulada: «Vórtice de Amor».

N. de la R.

Fué una tarde en Sevilla, en la Sevilla morisca y agraciada, canallesca y sentimental. Sentado en la acera, abrazado á su guitarra cual si abrazase á una mujer, un gitanillo astroso, de tez bronceada y de ojos soñadores, lloraba una copla, una de esas coplas á la vez dulces y amargas que halagan como una caricia y hieren como un puñal:



¡¡A mí me mata el callar... ay!!

. . . . .

Sobre el pespunteado de la guitarra, que fingía sollozos, el canto desgranaba la agilidad de sus notas dolientes, entrecortadas, sin compás y sin medida, corriendo por la calleja borracha del gran sol andaluz, estrecha y sinuosa como una sierpe, invocando tal vez á unos labios carnosos y sangrientos que sonreían tras la reja florida de campanillas y de claveles.

¡A mí me mata el callar... ay!

. . . .

Más de una vez, recordando aquel cantar, triste como el gorgeo de un pájaro cautivo, he pensado que el gitanillo tenía razón. El amaba mucho, y por eso callaba, y matábale el callar.

Amor es mudo. Mentira aquel viejo proverbio que lo finge ciego: El Amor mira los encantos del ser á quien ama; los mira aumentados por el lente poderoso de la ilusión y del deseo; y calla porque la emoción lo hace enmudecer, y la palabra es menos rica que el sentimiento.

Al travieso niño de las flechas, mejor que con una venda en los ojos, debieran representarle con

el dedo índice sobre los labios, imponiendo el silencio, el silencio que es amigo del Amor, porque es amigo de la soledad y del misterio. Todo enamorado, víctima de la idea fija, es un solitario que se aisla para pensar en su amada y lleva en el pecho el misterioso arcano de su pasión. Aquel amor audaz que dice «te quiero» sin temblores y sin balbuceos en la voz, es falso como la querella ampulosa, mil veces repetida, de los donjuanes aventureros; aquel amor que jura «no te olvidaré nunca» es un querer poco firme, porque admite la posibilidad del olvido y piensa en él. Amor es suspiro, es beso, es lágrima, y como es una gran tristeza y un gran deseo, es mudo como el ansia y como el dolor.

Ante la mujer querida, el amante verdadero se postra; tal el devoto ante la divinidad del altar, el artista ante la magnificencia de la obra de arte, y tiembla, y llora, y enmudece, y es elocuente su silencio emotivo y doloroso.

El silencio es el patrimonio de los tímidos.

¡Bienaventurados los tímidos en amor!

Jacinto Benavente, el gran psicólogo del alma femenina, ironista sutil, fauno saltante, que esconde con el traje moderno, «sus nerviosas patas de chivo», ha dicho en una de sus admirables comedias: «Los hombres deben ser tímidos en amor, porque es la única manera de que *ellas* sean las atrevidas». Y *ellas* se atreven y lo dicen todo con los ojos, supremos intérpretes de la pasión. ¡Benditos ojos azules que nos sonríen como un cielo sin nubes y dicen la paz y la ternura! ¡Benditos ojos verdes, inquietos como el mar, que arrullan con el vaivén cadencioso del océano y sugieren voluptuosidades complicadas y felinas! ¡Benditos ojos negros, profundos y seductores como el abismo, que hacen pensar en una tragedia de pasión y de celos!

Ellos son el lenguaje del amor, por eso los enamorados no deben hablar, y cuando en la calma de una noche poética, en que la luna pálida como un rival celoso nos envuelve con su luz azul y la tierra húmeda nos embriaga con la afrodisia de su aliento, hacen los ojos el esperado gesto que consiente, los labios sólo deben abrirse para besar. Y aun aquel beso ha de ser calladito, calladito, porque su chasquido no turbe el silencio amigo del amor, de la soledad, y del misterio, y porque... según me dijo en Sevila, en la sevilla morisca y agraciada, canallesca y sentimental, una gitana tentadora, como una picaresca heroína de antigua novela castellana, ¡el beso cuanto más silencioso y más largo, sabe mejor!

FELIPE SASSONE.

Buenos Aires y Junio á 7. 1908.



PEREGRINO

Peregrino, peregrino,
que no sabes el camino,
¿dónde vas?
— Soy peregrino de hoy,
no me importa dónde voy;
¿mañana?... ¡nunca, quizás

Admirable peregrino,
todos siguen tu camino.

Manuel Machado.

La canción de las campanas

A Pérez y Curis.

En la regia Catedral
Bajo el lujo de la arcada de sus naves,
Se celebran en silencio oficios graves
De un pomposo funeral.

¡Ta-lán,... ta-lán,... ta-lán!...

A la luz crepuscular,
En el claustro negro y frío del convento,
Se recita la Oración del Sufrimiento
En un místico cantar.

¡Ta-lán,... ta-lán,... ta-lán!...

Con ahogado sollozar,
Muchos niños, muchas niñas de albo manto,
Bajo un árbol del jardín del Camposanto
Llevan un viejo á enterrar.

¡Ta-lán,... ta-lán,... ta-lán...

En la iglesia parroquial
Entre risas de zagalas y entre flores,
Se celebran de dos rubios labradores
La ceremonia nupcial.

¡Ta-lán,... ta-lán,... ta-lán...

Con sonidos de cristal
Llora el Angelus sus tristes ritornelos,
En la ermita que está oculta de los cielos
Por el arco de un rosal.

¡Ta-lán,... ta-lán,... ta-lán...

Las luces muriendo están.
La campana de la fábrica ha sonado,
Y rendidos los obreros, han dejado
Sus faenas, y se van...

¡Ta-lán,... ta-lán,... ta-lán!...

Ovidio Fernández Ríos.

Virtuosa...

A Pérez y Curis.

—Ocho años, señora, ocho años que han transcurrido no propiamente en el recuerdo, pero sí en las cosas... Los mismos temas de antes, las mismas sensaciones, pero con otros aspectos, con otro ritmo, el ritmo de lo nuevo y de lo desconocido...

Eulalia se quedó pensando, y detrás de la visión esfumada de un recuerdo apenas surgido, sacudió lentamente la cabeza.

—Sí... Sí... Es verdad. Cambian las cosas, como los deseos, como los años, como las flores y las hojas...

—Las flores se van... Las hojas caen...

—¡Eulalia! Déjate de tonterías. Gustavo ha venido á comer no á llorar como en las novelas. No le haga caso, Gustavo, coma. Coma este pedazo que está muy bueno.

Y Antonio, el marido de Eulalia, cogió entre dos tenedores un trozo de la fuente, y lo colocó en el plato aun lleno de su huésped.

Gustavo era un viejo amigo de su mujer, amigo de infancia y de hogar. Juntos habian ido al colegio, y juntos habían retozado por dentro de las alcobas paternas, y en los patios revueltos de sillas, escobas y basuras. Después de ocho años de ausencia en la lejana y atrayente Europa, volvía á su tierra, á su ciudad natal, convertido en un hombre serio, con toda la primera seriedad y el pleno sentimiento de la vida. Educado y pulido, despojado de las virtudes ingenuas de los quince años, su mocedad florecía en una suave salud llena de vigor, que fijaba la gallarda semblanza del varón y le daba carácter. Huésped de honor en la casa de su antigua amiga de familia, convertida en el sueño desconocido de ocho años en señora y madre, comía á la cabecera de la mesa lleno de turbación y embarazo, como en una casa extraña que tuviera al mismo tiempo una lejana y amable remembranza de cosas vividas y dulcemente gustadas aún. A un lado la chicuela Eulalia de otrora, transformada debajo de aquel vestido de comida en señora cortés y obsequiosa, en la opulencia de sus carnes satisfechas de lozanía y de caricias. Al otro, aquel desconocido, aquel imprecisable adversario de su infancia encantadora y loca, obeso, rebosante de tranquilidad y bienestar, que comía y comía á grandes bocadas echado sobre el plato. Más allá, á un lado y otro de la mesa, dos cabecitas rubias, redondas y chatas como las muñecas de porcelana y crin de los bazares pobres, comían con los dedos, emporcándose las caras y las manos. Y entonces Gustavo pensó si el matrimonio no era un aspecto de la vida animal, y si el amor no era más que una emoción fugaz de los sentidos en deseo.

—¿Se acuerda, Gustavo, cuando hacíamos de modelo en casa de padre?

—Sí, me acuerdo. Usted y yo. A veces usted. A veces yo...

—Y á veces los dos juntos...

Gustavo miró fijamente á Eulalia como buscando en sus ojos brillantes y audaces, una sospecha de evocaciones peligrosas. Estaban cerca de los postres y

habían bebido en abundancia la sangre cancionera del vino, bálsamo y olvido de todas las tristezas. A Eulalia le hacía retozar la vida por todo el cuerpo, y florecía en un incendio de salud. En su marido era abotagamiento y pesantez de ahito. En Gustavo coraje y ebullición de cariñosas sensibilidades.

— Los dos juntos, Eulalia ; los dos juntos, me acuerdo...

— Usted no se estaba quieto, interrumpió ella aparentando burla en una carcajada. — Dos horas todos los días, con las cabezas juntas, desnudos hasta el hombro, posando «El beso robado» ¡Ladrón! A veces sí me lo robaba...

— Sin querer. Los labios estaban muy cerca.

— Posándose...

Eulalia volvió á reir y puso atrevidamente con los ojos, una línea de intención debajo de aquella palabra.

Antonio levantó la cabeza, é hizo un indisimulable gesto de desagrado sonriente. Gustavo enrojeció, y buscando indiferencia, llevó su copa hasta los labios y bebió.

— Cosas de muchachos... exclamó después.

— Sí... ¡de muchachos! ¡Aquello ya no vuelve! Una mañana amaneció nuestro «Beso robado» hecho pedazos en el suelo del taller, decapitados los dos, las cabezas separadas, estirándose aún como buscando los labios...

— Sería quizá por miedo al padre... Alguna pelea en la noche... interrumpió Gustavo haciendo broma.

— No. Era el barro malo que se había secado con el calor. El estudio tenía el techo de zinc, y era verano.

— ¡Claro! No le habían echado bastante agua. El barro quiere agua, exclamó Antonio con aire de lógica.

— Probablemente... Probablemente... Lo cierto es que padre se quedó sin beso, y nosotros sin aquel recuerdo que iba á perpetuar nuestras cabezas y nuestros días felices. Quién iba á decir que aquel...

— Iba á volver con otra cabeza... ¿verdad ?

— Y otros besos.

— De barro. ¡En Roma he hecho tantos! Le debo á su padre los primeros pasos...

— Y á su hija los primeros besos... robados...

— ¡Eulalia! ¿Tú estás loca? Siempre la misma criatura...

— ¿Y qué? ¿Una no puede hablar? Son bromas, ¿verdad Gustavo? Por decir algo... Aquello ya pasó, y él es hoy un hombre serio...

— Y usted una señora... seria.

— Con esposo y con hijos. Me parece.

— ¡Mamá! balbuceó un chico. ¿Me das otro poco?

— Ya lo ve, Gustavo. Con hijos que comen... y un marido que se enfada...

— Yo no me enfado. ¡Eh! Pero cada uno... De ayer á hoy el mundo da vueltas. Y al pan pan, y al vino vino. Tome otro poco...

Y mientras Antonio llenaba el vaso,

— Sí, da muchas vueltas... concluyó Gustavo como insinuando un desprecio.

Los tres hicieron un silencio. Gustavo pensaba: ¿Sería acaso feliz su amiga? ¿Por qué le hablaba de aquellos recuerdos casi olvidados? Eulalia suspiró largamente, y Antonio bostezó con lentitud de sueño.

De pronto, al estirar un pie, Gustavo se encontró con el pie de Eulalia. Un estremecimiento le llenó las mejillas de sangre. Era lo imprevisto y la tentación. Miró rápidamente á su vieja amiga buscando en su rostro una expresión de cómplice, ó el rojo encendido de un pudor que se contiene. Sin embargo, Eulalia acariciaba y besaba la rubia y revuelta cabeza del hijo que comía á su lado, y su cara sonreía con amorosa ingenuidad. ¿Disimulaba? ¿Sentía la provocación? Su marido, echado sobre el respaldo, se adormecía. Y en un instante, Gustavo experimentó todo el goce exquisito de la posesión prohibida, como si con la sola caricia de su pie, hubiera llenado la felicidad amorosa de aquel cuerpo joven insatisfecho, y de aquella alma romántica un tiempo, que resucitaba reclamando el triunfo de su ensueño, ahogado en los brazos prosaicos de su marido.

Eulalia pensaba también. Sentía el dulce contacto de aquel gallardo amigo que la vida le había devuelto, después de ocho años, con el alma bellamente soñadora y artista que se parecía tanto á la suya, á esa otra alma escondida que muchas mujeres llevan fatalmente al matrimonio como un doloroso é incomprendido sacrificio. Por un instante también sintió la tentación de lo que no se puede gustar, la traición del amable sabor del alma poseída, de la afinidad que se encuentra al fin en el milagro de un minuto casual, en la floración inesperada de todo el ideal, vencido largos años bajo la marea implacable de los destinos. Al acariciar á su hijo, acariciaba y agradecía á la vida entera, al verdadero amor, á su propio corazón embriagado de dulzuras desconocidas.

¡Qué tiempo pesado! ¡Qué tiempo!. Tengo una gran pereza, y unas ganas de acostarme! exclamó Antonio estirándose lentamente en un largo bostezo.

Gustavo sonrió. Eulalia miró á su marido, y sus palabras, penetrando una tras otra en sus sensaciones, fueron desvaneciendo poco á poco los dorados vapores del ensueño. Era una mujer casada, tenía hijos y una cadena de obligaciones le sujetaban á un hombre, á aquel tranquilo y ahito burgués vendedor de hierros que se adormecía enfrente. Detrás de aquel pie podría prolongar unas horas más el acariciante minuto de ensueño. Pero, ¿y después? La vida incierta, una venganza de muerte cerniéndose sobre su cabeza, y, sobre todo, la pérdida para siempre de aquellos regalados y fáciles sabores del hogar sin privaciones, donde el cuerpo, el exigente cuerpo, holgaba hartamente satisfecho . . . Y entonces, de un salto, como quien experimenta una sorpresa, se incorporó en la silla y exclamó fuerte, mirando á su amigo con un gesto de ingenua insolencia:

—¡Ay! ¡Perdone! ¿Lo pisé?

Gustavo se puso colorado, y un amargo como una espina le mordió en el corazón.

—¿Será acaso feliz? pensó.

Antonio levantó los ojos adormecidos y sonrió á Eulalia con dulzura. En [illegible] había un pensa[illegible]o que decía:

- Estaba [illegible]. Es virtuosa, mi mujer . . .

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Isaac Muñoz



Pertenece á la nueva generación de escritores castellanos, y se caracteriza por la brevedad de su frase lapidaria y personal. Ha publicado los siguientes libros: «Vida», «Voluptuosidad», «Libro de las Victorias» y «Morena y Trágica». Actualmente es Secretario de Redacción de «Revista Latina», que dirige el exquisito poeta Francisco Villaespesa.

Gloria Olímpica

Para Apolo

Tras el baño gozoso de risueña frescura,
de la orilla fragante bajo el palio sombrío,
rubia flor cuyo cáliz engalana el rocío
está Leda, radiante de gloriosa hermosura.

De repente un gran cisne de suprema blancura,
aparece soberbio de esplendor y de brío
y al romper orgulloso los espejos del río
como un lirio de plata sobre el agua fulgura.

Al mirarlo la Reina su belleza recata
y los húmedos oros de sus bucles desata
ocultando sus formas con gracioso rubor.

En el cisne su instinto le revela un amante
y lo ve cual se acerca luminoso y triunfante
como barca de nieve donde boga el Amor!

Llega el ave: sus alas de precioso diseño
cual dos brazos oprimen la beldad ruborosa
que devuelve turbada la caricia amorosa
alisando las galas del plumaje sedeño.

Con su pico el Galante, tras erótico empeño,
leve oprime el capullo de sus senos de rosa...
En el césped rendida desfallece la hermosa
y es el Divo que triunfa su magnífico dueño.

Tras un éxtasis dulce de ventura ignorada
huye el cisne tornando la cabeza argentada
mientras surca las ondas de sonoro cristal.

Y más rojo al contacto de los besos de Leda,
como rosa que arde sobre alburas de seda
resplandece su pico de luciente coral!

Alfredo Gómez Jaime.

Madrid.

Vida

(Pequeña alma)

Para Apolo.

I

Mamá! — y el enfermito la miraba en los ojos, enlazándola con sus largos y flácidos brazos, tan blancos que semejaban de mármol. Toda la vida parecía residir en sus pupilas, de un azur profundo, y que á veces la fiebre las iluminaba con rápidos brillos de acero, para luego apagarse lentamente tras las pestañas que cerraba el cansancio.

— ¡ Mamá !

— ¡ Hijo mío ! — Sin saber por qué asustábale la mirada del niño, que parecía interrogarle con la muda expresión de sus ojos, hoscos y luminosos, enormes á medida que el mal plegábale el cutis á los huesos. Ella sentía sus brazos pálidos, casi helados, enrollarse á su cuello con rara tenacidad ; luego, acercando á su oído sus labios secos y ardientes, murmuraba fatigosamente palabras entrecortadas por un angustioso hipo que parecía estrangularle :

— Mamá ! escucha, mamá !

— ¡Hijito! ¿qué quieres ?... — y alarmada en medio de una angustia tan honda como inexplicable, besábale en la frente, en los labios que tenían la quebradiza dureza de las hojas secas, en las mejillas demacradas que dibujaban ya las líneas precisas é indelebles del esqueleto. Pero aquello duraba poco. Extenuado al fin por el esfuerzo, doblegaba la cabeza sobre el pecho, como una flor agostada por el viento, luego cerraba los ojos, y lacio, casi inerme quedaba en la cama como un infantil Cristo doloroso.

¿ Qué querría decirle ? ¿ Qué atormentadas visiones desfilaban por su afiebrada cabeza de niño enfermo ? No lo sabía. Pero aquella mirada azul, tan penetrante y profunda, que derramaban los ojos de su hijo, sentíala muy dentro, desgarrando en el interior de su espíritu velos de sombra, que la llenaban de espanto. Un frío soplo pasaba por su corazón, casi helándolo. Su vida jiraba entonces en lento desfile, evocada por el recuerdo. Entre la vaga neblina del pasado, la cabeza blanca y dolorosa de su madre se esfumaba muy lejos, en el cielo de su infancia, como una nube. Y después, el primer sueño, la primera hoja caída al camino, llevada en tremulante remolino por el lodo de las pasiones efímeras, y que sin embargo tan hondas huellas dejan en el rossro surcado de pliegues profundos, en los cabellos que blanquea la escarcha de los inviernos de la vida, y en el alma crucificada por el recuerdo como en un Calvario... Muchas veces en las largas horas de vijilia, junto á la cama de su hijo venía á su memoria la amable visión de una barba blonda, unos ojos azules que parpadeaban ensueños misteriosos, y unos labios al través de los cuales la frase escapábase como un canto... Era el padre de su hijo... ¡ Ah ! ¡ Lo de siempre ! La hojita lozana caída del árbol, arrastrada por la ventolina á través de sendas y ba-

rrancos, hasta quedar encajada en los lodos de un pantano! Después, un viento compasivo arrancóla de su cárcel, no sin que jirones de sí misma quedaran en el lodazal; luego un amigo remolino llevóla á una vertiente á que se lavara la cara, y ahí estaba otra vez, asomada á la ventanita de su honradez, por entre los espinosos ramajes con que la vida la rodeaba, junto á aquel enfermizo retoño de su carne, escudada tras el cuerpecillo endeble y doloroso de su hijo. Y entonces tapábase la cara horrorizada, mientras la leve plumilla del recuerdo pasaba jugetona é inconstante, describiendo en el aire cabalisticos signos ó bien perfilando las iniciales de un nombre, las cuatro letras de una fecha, como los caracteres semi borrosos de una lápida... Después... nada. Un pasado lleno de zanjas, como un interminable cementerio, y un presente que era como un largo camino, en cuyos bordes alzábase al sol la traidora arrogancia de una fila de cardos... Y junto á la pensativa cabeza de su hijo, lloraba lágrimas ardientes, que sacudían su corazón, como una pobre barca á merced de los oleajes. ¡Y eran tan amargas, tan tumultuosas sus lágrimas de expiación infinita!

Pero, — preguntábase en medio de los sollozos que la ahogaban,—¿por qué vienen á mi mente estos recuerdos del pasado, evocados como por extraño conjuro ante la mirada profunda de aquellos grandes ojos azules? ¿No era monstruoso que aquellos despojos de su miseria pasada vinieran á mostrarse en su más pecadora desnudez, ante su hijo, ante aquella vida suya, agotada en jermen por extraños males cuya procedencia no podía precisar? ¡Si estaría loca! Y acusábase á sí misma, magullando sus manos por la desesperación. ¡O acaso, — preguntábase en seguida, — su hijo soñara con un juguete raro, con un traje nuevo, ó bien querría pasear por el campo, por las largas alamedas, en esas tardes apacibles del otoño en que el sol espolvorea oro puro sobre los altos copos de los árboles?

Su corazón de madre tuvo entonces un rayito de esperanza.

Al día siguiente, un chorro de sol penetraba por la ventana del cuarto del pequeño enfermo. Una mariposa nocturna aleteaba aún sobre el tubo de la lámpara, con un lento zumbido de alas. El niño entreabrió los ojos, y sobre la cama vió un hermoso traje azul. Lo miró indiferente, y al ver á su madre que le sonreía, animándole, en tanto le señalaba el albo cuello, en cuyos extremos brillaban dos bordadas anclas de seda, apartó de él sus ojos, con un amargo jesto de hastío.

A la siguiente mañana el enfermito vió sobre la alfombra, en el centro de su pieza, un enorme Polichinela que hacía endiablados jestos y curiosas piruetas que instaban á risa. Los niños del barrio habíanse detenido en la ventana, y hasta muy lejos llegaba el claro rumoreo de sus voces, acompañadas de alegres carcajadas y entusiastas palmoteos de manos.

— Ah! — dijo un rubín pequeño y sucio, que pegaba la cara á los barrotes de la ventana, para ver mejor los jestos del payaso. — Ah! mi papá me comprará uno también!

Como movido por un resorte,

el pequeño enfermo se incorporó. Brillantes los ojos, secos los labios, murmuró:

— Mamá, ¿has oído?

Ella acudió solícita. Tomó el juguete y lo colocó sobre la cama. Entonces el pequeño se irritó. Volvió la cara á la pared, con extraña obstinación; sólo cuando su madre, en medio de ahogados sollozos, arrojó á un rincón del cuarto el desgraciado Polichinela, volvió á fijar en el cielo de la pieza, sus profundos ojos azules.

Los chicos continuaban en la calle riendo y comentando alegremente las graciosas piruetas del juguete. Y la voz del rubio de cara y manos sucias, volvió á oirse como en una invocación de esperanza:

— Mi papá me comprará uno también!

Volvió á crisparse aquel cuerpecillo del enfermo, en una violenta crisis; tendió sus brazos sobre el cuello de su madre, y con voz ronca que parecía arrancarle de muy dentro, exclamó:

— ¡Escucha!—se incorporó un poco. Una oleada de luz brilló su cara pálida, casi trasparente. Iluminábanse sus ojos al impulso de violentos sacudimientos de voluntad, agrandándolos desmesuradamente, como si quisieran arrancar de las órbitas.

-- ¡Dime! -- Un angustioso y lento hipo cortó su voz en la garganta; ahogábase en sus propias palabras. Luego, con una suprema enerjía, acercando más los labios al rostro de su madre, concluyó:

— Mira... *ésos* tienen papá... ¿por qué yo no lo tengo?...

Calló. Pesadamente, desplomóse sobre la cama. En medio de aquellos míseros despojos de carne pegada á los huesos, quedaron los ojos muy abiertos, mirando, mirando más allá de las cosas...

En tanto, los gritos de la turba de harapasos continuaban en la calle, pidiendo una nueva pirueta del payaso...

Y el rubio pequeño y andrajoso, volvía á exclamar con voz de infinita esperanza:

— Diré á mi papá que me compre uno también!

II

Entre cuatro tablillas negras habíase colocado el pequeño cadáver. ¡Era tan mísero aquel montoncito de pingajos de carne y de huesos! Los ojos permanecían aún abiertos, impenetrables, fijos, obsesores. Inútil que su madre piadosamente cerrárale los párpados, pues ellos volvían á entreabrirse con precisión mecánica. Y continuaban así, espantables al través de su fijeza, pero ya más serenos, amortiguados por la suave claridad derramada por los cuatro cirios.

Con los ojos enrojecidos y los labios secos, la madre rezaba, de rodillas.

La mañana era fría, poblada de nubes grises. Al través de los vidrios rotos de la ventana, un vientecillo lijero ajitaba las llamas de los cirios, alargándolas, dilatando su aureola entre la media sombra del cuarto.

Un violento ruido de carruaje, de risas, de voces, venía desde la calle. Instintivamente ella miró por los postigos abiertos de la ventana. Lanzó un grito. Miró con ojos extraviados el ataúd, y extendiendo su brazo, como si el pequeño enfermo aun viviera, exclamó:

— Tu padre!

En lujoso carruaje, había visto flamear la misma barba rubia en

un rostro pálido y bello. Era el diputado católico X., que paseaba en compañía de algunas damas del gran mundo su esplín aristocrático. Arrancó á la fusta un violento *chis-chás!* y perdióse á lo lejos, entre la tupida seda de la bruma gris.

Junio 13-1908 (8 de la noche).

LUIS ROBERTO BOZA.

Balada á los Imbéciles y los Pillos

Para APOLO.

Vedles vivir sus vidas deshauciadas,
Sin un rayo de luz en las miradas,
Sin talento ni amor.
Qué tristeza, Señor!

Ellos se creen los dueños de la tierra,
Miran á todos como en son de guerra
Con burlas y furor.
— Qué tristeza, Señor!

Viven soñando alguna mercancía
Sin ensueños, ni esplín, ni poesía
Ni ritmo, ni color.
— Qué tristeza, Señor!

Odian el noble Arte. (Odiarlo es poco).
Ser artista suponen que es ser loco
Ó crápula, ó traidor.
— Qué tristeza, Señor!

Los poetas son meros mentecatos
Mas vivir entre lienzos y zapatos
Es cosa superior.
— Qué tristeza, Señor!

Deber el pan es robo sin comento;
Y ellos prestan á más del diez por ciento
... Y son hombres de honor.
— Qué tristeza, Señor!

No respetan la pobre abandonada,
Y rezan á una estampa mal pintada
Con tímido fervor.
— Qué tristeza, Señor!

Desprecian al pensante caballero,
Pero lamen la espalda de un banquero
Y el pie de un dictador.
— Qué tristeza, Señor!

Y así viven sus vidas deshauciadas
Sin un rayo de luz en las miradas,
Sin talento ni amor.
— Qué tristeza, Señor!

Y así viven sus vidas despreciables
Comentando cual bestias insaciables
Este ó aquel valor.
— Qué tristeza, Señor!

Y cuando llega al fin la muerte fiera
No saben del placer de la quimera
Ni saben del dolor.
— Qué tristeza, Señor!

Buenos Aires, 1908.

Pablo Minelli González.

PARA ISABEL VENEGAS

Encantadora amiga

Para APOLO.

Oye, perfumada brisa:
si, taciturna... indecisa,
á la española ribera
baja Isabel, en la playa
alza tu vuelo, ligera,
y á la divina viajera
ruégale... que no se vaya!

Oye, resonante ola:
si en la ribera española
ves á Isabel entornar
los ojos tristes, proteje
su navío sobre el mar;
y si la puedes hablar,
ruégale... que no se aleje!

Mas, si veis su faz risueña,
si con Patria y Hogar sueña,
y hunde la dulce mirada
en el remoto confín...
no le digáis nada, nada,
y llevadla... que es sagrada
flor que vuelve á su jardín!

Madrid, Abril de 1908.

JULIO FLÓREZ.



Roberto de las Carreras

Bajo la Careta

Para Apolo.

Cayó como caen las más fuertes, las más puras, cuando el destino las arrastra todavía jóvenes y vírgenes hasta el fango del vicio.

Su historia era la historia de la flor que se arranca de su tallo y en seguida se arroja al estercolero. En su infamia no hubo gradaciones. Vino la ola del mal y la envolvió de golpe; y cuando la dejó, era un resto, un despojo, algo que no es nada.

Fué engañada por la dueña de casa, la Maestra del taller en que ella, Julia, á los quince años, había ido aprender el oficio de modista. La señora Maestra, como allá la llamaban, una bribona que disimulaba en un obrador de modas, garlito de jóvenes, su comercio infamante, la solicitó un día de servir de maniquí viviente para un ajuar de novia que preparaba en la casa. Y allá, en el lujoso tocador con grandes espejos, las manos hábiles de la Maestra fueron despojándola de toda sus ropas, hasta las piezas más íntimas. Y al quitarle su modesta camisa de hilo, adornada de sencillos festones en los hombros y el escote, para ponerle una riquísima de seda sutil, transparente, con valiosas incrustaciones de encajes, la Maestra tuvo una exclamación de asombro por el hermoso modelado de su cuerpo y se apartó un poco para verle mejor.

Verdad que Julia, desnuda, despertaba admiración. Tenía un cuerpo de una escultura perfecta, exquisita, sin un solo defecto en su magnífica blancura de carne joven y tersa. Las líneas se preveían duras, firmes; pero, en el conjunto, sin la inmovilidad característica de las estatuas, sin esa muerte del mármol, que sofoca toda emoción que no sea de arte, sino rebosantes de expresión y de atracción sensual. Su desnudez era la desnudez incitiva del placer. Esta cualidad vívida de sus formas se acentuaba, triunfalmente, en el desarrollo gallardo de los senos, la amplitud elegante de las caderas y el torneado esbelto de la cintura. El deli neado de la gracia poderosa partía de la frente y se deslizaba correcto por la cara, el cuello y los hombros, difundíase voluptuoso por el busto y se iba á perder fugitivo en la redondez mórbida de los muslos, el torneado delicioso de las pantorrillas y la artística construcción de los pies. Había, pues, en toda esta hermosa desnudez de mujer, el encanto supremo que lleva á las sutilezas fisiológicas del amor.

Mientras la maestra le probaba las piezas de ropa no tuvo la lengua quieta y murmuró á su oído, con frases significativas, todo un rito extraño, desconocido para Julia, del que sólo comprendió que las muchachas jóvenes y lindas como ella gustaban mucho á los hombres; que había algunos que las querían para casarse y otros que las pagaban nada más y que por eso muchas tenían lujo, joyas y hasta coche. Ya vestida, le dió la gran noticia: el ajuar era para ella, un regalo que le hacía para que asistiera á un banquete que daría en la casa el día de su santo. Julia resistió un poco y

luego estuvo conforme con todo. ¿Por qué no? A los quince años hay en el alma do todas las jóvenes un hervor de mareo que desequilibra y que voltea á las mejores.

El día de la fiesta Julia estaba muy linda con su gran vestido blanco, que la dejaban desnudos los brazos y los hombros. Como convidados hubo todas las muchachas del taller y algunos hombres, parientes y amigos de la Maestra, según le dijo á Julia su compañero de mesa, un joven que no tenía más defecto que arrimarse mucho á ella. Cuando vino el champagne, dulce para las mujeres, fuerte para los hombres, hubo aplausos generales. Julia, dominada por el medio, aplaudió á su vez. Su pareja la hacía ya el amor, en voz baja, al oído, con frases ardientes y mareantes. Julia, hasta entonces limpia de hombres, sentía de golpe la fiebre del amor y se dejaba llevar, inconsciente, hacia esa región desconocida para ella, cuyos flores del hablar la atraían y cuyos misterios la asustaban.

Gustó del líquido aristocrático y perverso como un criminal refinado y á la segunda copa tenía una niebla ante los ojos, una niebla poblada de visiones extrañas, á través de la cual le pareció que su vecino de sitio la abrazaba y besaba y que las demás muchachas hacían lo mismo con los otros. Una tercera copa la abatió como un manotón brutal ciega un copo de espuma. Y se fué de lado, sobre su Maestra, que la rechazó hacia el joven, que la recibió en sus brazos, besándola en la boca, en los ojos, en el cuello. No opuso resistencia. Quedó sumida en una de esas embriagueces fatales que aniquilan el cuerpo y el alma. Así, casi rígida, se dejó llevar á una de las piezas interiores y poner sobre una cama. Sólo ante el ataque postrero á su pureza el dolor físico la hizo reaccionar un poco y su pudor no quiso ser vencido en la batalla. Y cuando se aprestaba al combate, su cuerpo, excitado, la traicionó; la sensación viboreó en sus entrañas, la sumió en el supremo éxtasis; y entonces, ella, como todas, palpitante, suspiró hondo, cerró los ojos y se abandonó. Después, con la carne rebelada, enloquecida, quiso más abrazos, más caricias y más besos.

Luego de su caída lo supo todo: la vileza de la Maestra y el comercio de sus compañeras. Y fué como ellas, aceptando hombres y pagas como las demás. Comprendía su estado, pero no se rebelaba hacia el bien, considerándose como muerta en vida. Todo: su engaño, su desgracia, la Maestra, sus amigas, sus amigos; todo lo consideraba, en el fondo, un montón de infamias, oculto bajo la careta de ciudad tranquila, burguesa y honrada de la capital, patrocinada por los santos, austeramente velada por sus leyes, la bandera nacional que flamea en el Parlamento y las erguidas torres con cruces de la vieja Catedral.

Angel C. Miranda.

Cuarto, Junio 21 de 1908.



Presentires

á Elodia Miranda, admirativamente.

Para Apolo.

¡Oh varona! Si en mis horas tribunicias estuvieras
dando golpes en el parche de mi lírico tambor;
se haría carne el Rojo Verbo dejando de ser quimeras
las magnas anunciaciones del ácrata soñador.

Despertaran del letargo en que yacen las hogueras
cubiertas por las cenizas del prejuicio y del error;
y el huracán de los odios azotara las banderas
que están sujetas al mástil de la nave del temor.

Y los parias, los que sueñan en futuros despertares
de luz plenos, los que forjan mis cantares
y se yerguen atrevidos ante tanta iniquidad,

al ver que esgrimes la tea de las reivindicaciones
entonarán las acráticas y proféticas canciones
envolviéndote en el rojo peplum de la libertad!

Juan B. Medina.



Actualidad triste

Para Apolo.

Tuvo una primavera feliz; tuvo un pasado
de nobleza, de lujo, de fiesta y de canciones;
lamentan los cronistas el que le hubiera dado
por coleccionar besos y matar ilusiones.

La conocí cuando iba de pecado en pecado
y la urgían terribles todas las tentaciones:
hoy la he visto y da lástima; tiene el ceño arrugado,
por la frente le caen unos blancos mechones...

Me atajó el paso y mientras cantaba un pregonero,
me dijo en voz muy baja y con penosa prisa
como si le angustiara pensar en la demora:

—Ayúdeme con algo, amigo y caballero;
estoy en el empeño de pagar una misa
pidiendo que un milagro me haga Nuestra Señora.

Alberto Sánchez.

Bogotá, 1908.

Hacia el Nirvana

Para Pérez y Curis.

Yo no sé lo que pasa, que doquiera que miro
sólo encuentro tristezas. Una pena me abrasa
el corazón, y siento que sollozo y suspiro;
yo no sé lo que tengo, yo no sé lo que pasa.

Me preguntan la causa de mi dolor profundo,
pero á dar la respuesta mi labio se resiste;
yo ignoro todo, todo lo que pasa en el mundo,
sólo sé que he nacido para vivir muy triste.

Yo jamás he tenido en mi ruta escabrosa
el aliento oportuno de un aplauso sincero,
el sublime consuelo de una mano piadosa
que mi paso encamine por el mejor sendero.

Siempre he viajado solo, con mi paso inseguro,
en pos de aquel destino que me marcó la suerte,
queriendo, pensativo, penetrar mi Futuro,
y sí, lo he penetrado: mi Futuro es la muerte.

¡Qué triste es mi Futuro! ¡Qué triste mi Mañana!
atravesar oscuro de la vida el desierto;
y, luego que se rinda mi humilde caravana,
un toque de campana para decir que he muerto!

MANUEL RODRÍGUEZ TOVAR.

Guayaquil.



Del Verano Extinto...

La Yunta

Para APOLO.

Los grandes bueyes tranquilos, con la mansedumbre habitual, acudieron dócilmente, á mesurados pasos tardos, al llamado anhelante del labrador.

Lentamente tendieron los gruesos pescuezos fuertes, duros en la tensión de los músculos vigorosos, plenos de potencia nerviosa acumulada en el descanso tonificante de la víspera, acostumbrados al brutal trabajo rudo, en que el deslumbrador arado silencioso, en su lento avance progresivo, con serenidades de prora que hiende mares suavemente estremecidos, arrojaba á sus flancos, la gleba húmeda, con el brillo metálico obscuro del acero dulce: en un nuncio de fecundidad y de vida y un anunciador de veneros nuevos y una promesa alentadora de la secreta fuerza impulsiva del progreso evolucionando: esperanza, de blancas sonrisas luminosas, que vuela hacia el incitante porvenir lejano que se diseña, abiertas las remotas manos divinas en actitud de dar; salutación amable y bendición, en la tierra exuberante, ávida de simientes para nutrirlas con su plenitud y hacerlas retoñar; vaticinador incesante de nuevas fuentes en la llanura pródiga, con virginidades adorables de cuerpos jóvenes, de ardiente sangre generosa, aun no maculados por manos profanadoras . . .

El blanco yugo de álamo, se ajustó á las cabezas indolentes prestas á recibirlo con solicitud voluntaria, y las coyundas blandas por el sobeo frecuente, ceñidas con proligidad por manos hábiles, dieron término á la tarea preparatoria al ondular del arado sobre la tierra henchida de juventud propiciatoria á la mano nerviosa del sembrador.

Momentos más tarde, comenzó la tarea proficua.

Los bueyes con los anchos hocicos humeantes, levantados hacia el frente, tiraron graves del arado, con pasividad, en connubio armonioso, sin violencias impetuosas y sin nerviosidades; fuerzas vivas dóciles según la voluntad dominadora del hombre y que unidas abrían el surco bendito que cerraba la melga alargada: la tierra sonaba con dulzura en estremecimientos de alegría inusitada á la reja reluciente que la hendía, — como bendiciones de un alma buena á proféticos labios reveladores: canto férvido de la tierra al canto ardiente de la reja anunciadora; los hondos surcos recientes, paralelos en toda su longitud, al seguir las sinuosidades ondulantes del terreno, simulaban las olas invasoras del mar impulsado violentamente por vientos recios hacia encantadas riberas de oro, donde cantar su plenitud arrulladora; el olor peculiar que brotaba y se difundía vacilando en los surcos recién abiertos, se percibía desde lejos: el hombre que dirigia la yunta lenta, azuzándola á veces con el agudo chuzo inexorable, aspirando con avidez el perfume de la tierra nueva, y pensando en la risueña

cosecha abundante, bajo el cielo transparente, serenamente azul de la mañana luminosa, parecía transformado, en una figura heroica de epopeyas magnas, con una lumen desconocida en la frente cobriza y en los visionarios ojos maravillados, y su alma ingenua, sentía la grandiosidad de la obra iniciada y un placer estético tan intenso, como el que ilumina al dilecto orfebre de la palabra que después de buscar ansioso en la soledad, amiga de los que meditan, una piedra preciosa ignorada, selecciona la imagen adecuada que ha de centellear en prodigios superiores, en el engarce inefable del estilo único.

Los bueyes se detuvieron. Había llegado la hora esperada del descanso reparador de las enormes energías consumidas. Una mano compasiva las libertó del yugo mojada en sudor viscoso. Partieron corriendo, haciendo resonar las grandes pezuñas obscuras, partidas en dos, como crótalos movidos sordamente con pereza por manos cansadas; alzaron las valientes cabezas heroicas, hechas más bien para agitarse, bravías y terribles, en las arenas ensangrentadas de la lidia, en un salvaje temblor de rabia, con los cuernos torcidos hacia adelante en forma de lira, buscando frenéticos el pecho humano oculto tras las pérfidas capas de púrpura incitantes; sacudieron las melenas del cuello, retorcidas y crespas, como la de un león cachorro, recordando los tiempos no olvidados en que jóvenes vaquillonas de aneas ampulosas, les esperaban solícitas vencidas por el ardor del celo; y se perdieron allá tras la hondonada bordeada de talas, rumbo á la cañada musical, á grandes saltos joviales, con los ijares fatigados, describiendo con la pesada cola velluda, extraños arabescos . . .

LINO ARANDA Y CORREA.



Del Trópico

Para APOLO.

Las palmas y los robles del boscaje
balancean sus copas en la altura
y el río, retorciéndose en la hondura,
pasa entonando su cantar salvaje.

Los matices del Trópico al paisaje
engalanan de típica hermosura
y á los ojos se muestra la Natura
de pensiles envuelta en un encaje.

Pasa el jaguar y se hunde entre la breña
dando visos al Sol su piel sedeña
que peinan los helechos y las cañas.

Ruge el viento azotando los cedrales
y se alza, como un himno de timbales,
la gigante canción de las montañas.

LISÍMACO CHAVARRÍA.

San José de Costa Rica.

La culpa...

Para APOLO.

Hay sombra sepulcral; se oye un vagido;
llega al torno una madre silenciosa,
y entierra al hijo en esa oscura fosa,
que muestra al mundo este epitafio: «Olvido!»

Con su lengua metálica un chasquido
dá el reloj de la iglesia majestuosa,
que resuena en su alma tenebrosa,
como un grito de muerte nunca oído:

Pegada al muro del asilo avanza
por la noche, pidiendo á Dios clemencia,
surge y muere en su pecho una añoranza,

debátese, infeliz, en la impotencia;
lucha y gime y naufraga su esperanza,
en el revuelto mar de su conciencia!

JOSÉ VIAÑA.

Mayo de 1908.

Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

AMATEUR—Ese verso es de la poesía «Au bord des eaux...» de Francis Jammes. Forma parte de un volumen de prosa y verso que bajo el título de «Pomme d'Anis» publicó en 1904 la «Société du Mercure de France». De Santiago Argüello me agrada todo: prosa y verso. Recientemente he leído algunos fragmentos de su libro inédito: «El poema de la locura».

ALBERTO SÁNCHEZ, (*Bogotá*)—Le contestaré extensamente por carta. El libro «Proteo» de José Enrique Rodó aparecerá en breve.

ISAAC MUÑOZ (*Madrid*)—Gracias por el envío de «Morena y Trágica». En el número 19 me ocuparé extensamente de ella. Hoy, sólo acuso recibo.

FELIPE TRIGO (*Madrid*)—En el próximo número irán mis palabras de «Por jardines ajenos» sobre «La Bruta». No las he publicado en éste por falta de espacio. Agradezco el envío y espero todas sus obras para la Biblioteca APOLO.

SERAFIN—Lea usted, la «Oda á la Belleza» y «El libro blanco» de María Eugenia Vaz Ferreira y Delmira Agustini, respectivamente. Aquélla no ha coleccionado aún sus poesías.

FLOR DE LUZ—Es incorrecta pero bellísima. Su autor no parece un iniciado; piensa bien y siente mejor aún. Llegará, no lo dude.

TULIPÁN—Nada trae el número 6 de «Revista Latina», que se relacione con el concurso. No he leído aún «El patio de los arrayanes» de Francisco Villaespesa.

LEONARDO—Gainsboroug fué un gran paisajista y pintor de retratos que floreció en el siglo XVII. Era contemporáneo de Reynolds y de Wilson, también ingleses. Su obra maestra es «El niño azul». De los cuadros de mujeres prefiero la «Musidora» de una voluptuosidad pagana que subyuga. Lea usted el libro de Salomón Reinach, titulado: «Apolo».

LUCIANO SOTO—¿Amplexo? Abrazo. Adriano M. Aguiar ha empleado ese vocablo, hace ya tiempo, en su bellísima poesía «El vampiro». Otros lo usaron después.

UN PROFANO—A Leonardo de Vinci.

AFICIONADO—La prosa de Picón Olaondo es inimitable. Pronto lo conocerá usted como dramaturgo, pues APOLO publicará, íntegro, un drama suyo en un acto. En cuanto á la poesía revolucionaria: «Insurrexit», del poeta Carlos al Campo.

LOBRAC.—«Vórtice», de Emilio Bobadilla y «Poesías», de Miguel de Unamuno. El uno es digno del otro.

GUILLERMO LAVADO ISAVA.—*La Victoria.*—(*Venezuela*).—Se publicarán próximamente.

MIGUEL LUIS ROCUANT.—(*Santiago de Chile*).—«Playeras» es una poesía hermosísima. ¿Quiere enviarme el apellido del autor? ¿Y lo suyo?

NEÓFITO.—Emilio Frugoni es un poeta personal. Por eso y por otras causas no puede existir paralelo entre su libro «El eterno cantar» y el otro que usted nombra.

APOLÍNEO.—José Enrique Rodó no tiene discípulos en el Uruguay; aquellos que quisieron imitarlo fracasaron ruidosamente.

UN CAZADOR DE PLAGIOS.—Aplaudo, en este caso en que se acusa á uno de los que fueron nuestros más encarnizados críticos al joven autor de «Las Leyendas del Alma», pero más lo aplaudiría si él nó pecara á las veces, y aunque de un modo atenuado, del mismo defecto que Víctor Pérez Petit, á quien acusa con sobrada razón. Ante las poesías de ambos contrincantes la musa de Lugones llora. Yo prefiero las de César Miranda. Víctor Pérez Petit es el menos autorizado para juzgar una obra literaria. Lo afirmo y lo demuestro yo en mi libro «Por jardines ajenos», actualmente en prensa. El suelto de «Revista Latina» á que usted se refiere, favorece á su ahijado. Pero no olvide que dicen de él, que: «no da una nota nueva, no es un original, podrían tildarse sus sensaciones de sobrado librescas». Respecto á la conferencia, no me resulta. Desconoce absolutamente el movimiento literario americano y la modalidad de cada escritor.

MARGARITA.—Ya lo creo. Florencio Sánchez ha obrado con prudencia.

A. BÓRQUEZ SOLAR.—(*Santiago de Chile*).—Su poesía «Angustias» es muy extensa para insertarla en esta revista. Respecto á lo que me dice en su carta debo manifestarle que APOLO no tiene en Chile colaboradores de ese jaez. El poeta Miguel Luis Rocuant y el prosador Luis Roberto Boza, que colaboran á menudo en APOLO me merecen la mayor estima por su reconocido talento. Por eso me felicito de que usted no conozca APOLO. Se lo enviaré. El redactor en Chile es el señor Miguel Luis Rocuant.

CURIOSO.—«Gérmenes» de Enrique Crosa. Hace pendant con las insulsas poesías de Miguel de Unamuno.

POETISA.—Samain y Jules Laforgue.

MANUEL RODRIGUEZ TOVAR.—(*Guayaquil*).—Se publicarán en el próximo número. Envíeme su libro.

LUIS ROBERTO BOZA.—(*Santiago de Chile*).—Recibí el ejemplar de *La Prensa*. Agradézcole el artículo que publicaré en el número de Agosto.

MEDINA CHIRINOS.—*Maracaibo.*—(*Venezuela*).—En breve me ocuparé de la importante labor de ustedes en las columnas de «Elitros».

PÉREZ Y CURIS.

BIBLIOGRÁFICAS

Libros y folletos recibidos

Vórtice de amor, POR FELIPE SASSONE — LIBRERÍA PUEYO — MADRID. — En la portada de este libro bello, su autor debía haber escrito aquellas palabras que ya hizo suyas Gómez Carrillo y que dicen: «Pero si no eres artista, no entres. Es un jardín sellado para el que no tiene la fortuna de vivir en Belleza... No entres, te digo, si no eres artista...»

Felipe Sassone se conforma con decir que su obra fué escrita con el corazón, y con el corazón debe leerse. Así es, en efecto. Sólo las almas apasionadas, las pobres almas enfermas de tristeza, y que hayan amado mucho, podrán comprenderla. Todo en esta obra es sincero. Mimosa, la protagonista, con todas sus incoherencias, con todos sus desdenes primero, su amor ardiente después, y, por último, con su frialdad hacia el amante que la adora, es muy natural. Entre ella y Mario Renzi todo debía suceder así porque Mimosa sólo ama á Mario. En ella la carne está muda; el amante sólo le inspira cariño. Mario, en cambio, la ama y la quiere; su amor es apasionado y ardiente, y por esa desigualdad de quereres, las disputas entre los amantes son casi diarias. Ella es casada. El marido, hombre rico, es un verdadero *bonhomme,* que se erige en protector de Mario que es rico sólo en ideas é ilusiones, y éste, en su delicadeza innata, en su alma de artista, sufre al tener que estrechar la mano de aquel que vilipendia. El marido se lleva á Mimosa. ¡Cómo describir todas las hermosuras del bello poema que escribe el amante mientras se encuentra solo, solo, lejos de la Bien-Amada! ¡Cómo no sentir con él toda la tristeza que emana de la bella estrofa que repite al oir un pregón callejero que en tiempos felices lo despertara en brazos de la Inolvidable! ¡Cómo no sollozar con él esta estrofa:

Tengo frío, tengo frío!
Mas murieron tus promesas con la muerte de las flores
Y estoy triste en mi ventana al mirar con amargura
La caída de la nieve que recuerda tus amores
Porque tiene tus frialdades y tu pálida blancura.

Al fin de la obra, Mario descubre el paradero de Mimosa en el Perú, su patria, y marcha allá seguro de reconquistarla. Pero en vano! Ella tiene ahora un hijo y todo el cariño de su corazón es para el pequeñuelo. Mario, en su desesperación, reniega de sus escrúpulos pasados porque como dice y con razón: «si el marido era mi amigo ella era mi amada y el amor, el verdadero amor, obsesión, idea fija, debió vencerlo todo.»

«*Vórtice de amor*», como el libro anterior de Sassone, está escrito en estilo exuberante.

Catálogo de obras modernas. — LIBRERÍA DE PUEYO. — MADRID. - Gregorio Pueyo, el inteligente y progresista librero editor que está de moda en Madrid, nos ha obsequiado con algunos ejemplares de su último catálogo que es, sin duda alguna, el mejor y

más completo de los que han publicado hasta ahora las casas editoriales de España. CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS viene precedido de unas palabras á manera de prólogo, que son un estudio en síntesis del movimiento literario hispanoamericano. La casa Pueyo ha editado en estos últimos años obras de Rubén Darío, Amado Nervo, Chocano, Felipe Trigo, Sassone, Gómez Jaime, Machado, Villaespesa, Diez-Canedo, Isaac Muñoz y de otros escritores que representan lo más alto de la intelectualidad moderna hispanoamericana. Loamos el esfuerzo hecho para la confección de un catálogo como ese y agradecemos al editor, señor Pueyo, el recuerdo que ha tenido para nosotros incluyendo en él las obras de nuestro Director.

Cuentos Plácidos, POR RAMIRO BLANCO.—LIBRERÍA OLLENDORF. — PARÍS. — Este distinguido colaborador de APOLO acaba de enviarnos su último libro publicado por la importante casa Ollendorf, de París. Constituye «Cuentos Plácidos» una serie de cuentos originales y amenos escrito con admirable estilo y una gracia que seduce. El libro de Ramiro Blanco es un libro de observaciones de la vida, en que se nota con placer esa gracia característica que tanto renombre ha dado á su autor en los paises de habla castellana.

Cosas del Mundo, POR ALEJANDRO SUX. — MENDOZA. — (*República Argentina*).—El Director de «Germen» nos han enviado desde Mendoza este libro escrito con motivo de su prisión en aquella ciudad andina. En «Cosas del Mundo» campea la frase hiriente pero noble. Ese libro es la mejor defensa que podría hacer de su nombre Alejandro Sux. Nuestras felicitaciones, y con ellas, nuestro agradecimiento por el obsequio.

Nuevo canje

Némesis, PALABRAS POLÍTICAS DE VARGAS VILA. — Hemos recibido los números correspondientes á Abril y Mayo de esta formidable revista de Vargas Vila, que ha vuelto á aparecer en París y que contiene artículos de palpitante actualidad política. «Némesis» es un heraldo de la Libertad, que resurge para denunciar al mundo, castigándola con tesón, la abyecta tiranía que en los pueblos de América ejercen las máscaras de la Democracia.



El hijo pródigo

Por Pérez y Curis

I

El día de su muerte se acercaba, y Julio Ruiz, presintiéndolo, abandonó un instante el lecho en que yacía postrado hacía un mes y asomóse á la ventana de su pequeña alcoba llena de luz y saturada de perfumes que subían de la floresta del valle vecino.

El cielo, á manera de azul cimborrio cubierto de nubes blancas, recibía del sol matinal inmensa oblación de luz, y el valle, cálido y uberoso como región tropical, irradiaba en la orgía de sus rosas que fingían pequeños astros de sangre en la blancura dilatada de tantos lirios y tuberosas. Sauces frondosos de remembranzas funéreas dejaban caer sus lánguidas ramazones, cual las alas de un ave agonizante, en la ribera de un arroyo apenumbrado que undulaba blandamente por entre matas temblorosas de un verde esmaragdino y húmedo. Bajo los sauces, en un sitial de piedra de proporciones exiguas, hacía blondas una anciana cuyos ojos pensativos abandonaban á menudo la labor y se perdían en el boscaje cual si quisieran descubrir el ave que en la fiesta matutina cantaba la epopeya del amor.

Julio Ruiz contempló todo aquello con un gesto de tristeza que ansiaba misericordia, y sintió deseos de abandonar el lecho para siempre, así enfermo como estaba, y vagar por los campos deliciosos en la plenitud de sus sueños panteístas.

El valle ameno con la harmonía de sus flores y el lenguaje de los pájaros, era la evocación más dulce de su querido hogar, y aquella anciana recordábale su madre á cuyos besos de amor correspondiera él, ignorante de la vida, con las ingratitudes de un hijo indócil en horas de irreflexión y extravío.

La realidad brumosa del presente enlivideció su rostro y dió á sus ojos los resplandores inciertos de un sol de otoño en el descenso de las tardes tristes.

El amaba todavía á la mujer por cuya suerte huyera del regazo materno y por

cuyas inclinaciones ilícitas encontrábase allí, enfermo de cuerpo y alma, en la expiación de su delito.

¿Cómo? ¿Por qué la amaba entonces?

Porque Silvia, tal era el nombre de aquella flor capitosa, lo había deslumbrado con la magia de sus carnes — hondas fuentes de lujuria — y arrebatado á su hogar, para gozar libremente la pureza de su cuerpo, como lo haría una cortesana experta, de esas que sueñan un cándido adolescente para el cual son sacrílegos los besos, y al soñarlo, recuerdan las emociones, las sonrisas y los besos, y el hervor de la sangre que precedieron á su eterna caída.

En un momento, Julio Ruiz rememoró el pasado.

¿Quién era ella? ¿Cuándo había visto él su gracia deslumbradora?

¡Ah! Fué en el misterio de un crepúsculo sublime. La penumbra invadía los suburbios pintorescos y ante la semi-insinuación de la noche, las familias tornaban á sus hogares — después de un día de amenidades campestres — con la suave tristeza de aquella primavera que moría.

Era aquello, como una procesión de pájaros versicolores, cual un poema de las blancuras y púrpuras sedeñas que harmonizaban en los rostros de las bellas cuyas vestes vaporosas, con tenuidades de élitros y matices de mariposas, rumoreaban un frufrú de sedas nuevas ó un murmurio de hojas secas.

En medio de aquel búcaro femenil, dechado de encantamiento, iba ella muy gallarda y risueña perseguida por sus ojos embriagados en la vislumbre del prímer sueño de amor.

¿Quién la hubiera presentido?

Un poeta, ó acaso un soñador-artista, esbozándola en la tela de su irisada fantasía oriental. Alta, cisniforme, con virtudes de magnolia y contornos de mórbida escultura; blonda la cabellera rizada, y apacibles, como una azul campánula, los ojos.

Se hubiera dicho la encarnación del ideal.

¡Qué feliz fué él aquel día en que la habló de su amor, y al despedirse, estrechándole la mano tremorosa de alegría, ella le dijo que correspondía á los anhelos castos de su alma! Entonces, su alma de quince años reía con la inocencia de su tierna edad. Rosa recién abierta nò conocía aún el soplo fatal de los vientos de la vida, y mostraba, ¡pobre incauta! la sonrisa de la niñez, nunca saciada de estas caricias supremas: el beso y el abrazo maternales.

Una emoción jamás experimentada por él, conmovióle el corazón cuando penetró en su alcoba, después de hablarla por la pri-

mera vez con su afecto de fraternidad ingenua. Y, mientras meditaba bellos proyectos de amor, la imagen de ella, rebosante de dulzura y encendida de pudor, reflejábase en sus ojos, cual celeste aparición.

II

En los preludios de aquel amor espontáneo, Silvia pensó que podría hacerlo suyo. Poseída de otros hombres como había sido desde la infancia, casí, ella usó esos medios eficaces que mueven á la voluptuosidad, y encendió deseo en el pecho del novel amador, quien, exasperado al fin por la iniciativa de sus caricias concupiscentes de hetaira lujuriosa, la poseyó febrilmente y conoció los encantos de la carne. Y, dominado por ellos que le atraían como un imán poderoso, cedió á los ruegos de la hembra seductora, y abandonó el hogar, se alejó de su madre y sus hermanas para entregarse á ella que veía en esos seres un obstáculo á sus aspiraciones de cortesana.

Y, en un pueblo distante algunas leguas, establecieron la *garçonnière;* ella, con ideas de eterna concupiscencia; y él, con ansias de vida sino feliz sosegada. Y cohabitaron algunos meses en harmonía de actos y de ideas, pero Silvia, hastiada un día de los rituales de aquella vida ejemplar, que se oponían á los anhelos de su cuerpo vicioso, salió de la *garçonnière* por la mañana y no regresó hasta ya entrada la noche.

Julio la reprochó su modo de proceder, buenamente, como en tono de plegaria.

Y ella respondióle:

— ¡Qué quieres, Julio! las amigas. Ellas me pidieron que me quedase y traté de complacerlas. Pero otro día no tardaré tanto, si así te place.

Pasaron algunos días de sosiego para Julio porque creía que su querida se enmendaba. Su sosiego fué efímero. Silvia reincidió un día, después otro, luego semanas enteras, volviendo más tarde aún. La vida galante la llamaba á sus orgías. Así iba ella — no como esas infelices que prostituyen las miserias y maldades humanas, sino como aquella Mesalina hermanada á la lujuria — de los brazos de uno á los de otro, gustando de infinitas bocas los besos de la lascivia y el mal, sin temores ni inquietudes, porque sabía la presión que su carne de fuego y sus palabras ejercían sobre el amante, desde un día en que él la sorprendiera en el sendero del valle platicando con un galán que la miraba con la avidez de un fauno subyugador pronto á arrojarse sobre alguna ninfa inerme. Y él, después de reprocharla, con

amor, como otras veces, lloró desconsolada-
mente, — como un niño en la orfandad; —
en la impotencia y el infortunio de su alma
atormentada por la vida.

III

Fué entonces, en la quietud de aquella
hora matinal, que la visión de la floresta
vecina y la presencia de la anciana le susci-
taron la idea de abandonarla, de volver á su
casa é implorar perdón á su buena madre
que lloraría aún su ausencia.

¡Oh, la ausencia del hijo idolatrado!

Y el recuerdo, cual un ave prisionera que
osara romper el varillaje de la jaula abru-
madora, se agitó en su mente, despertó sus
sentimientos y vibró en su corazón, cual
ritmo de una elegía, plañidero y lento.

Era un recuerdo de su madre santa.

En la víspera de su brusco alejamiento, al
entrar él en su alcoba, de regreso de su
paseo nocturno, ella le había dicho:

— ¿Por qué será, hijo mío, que desconocí
tus pasos? ¿Qué anunciará ello? ¿Será el
augurio fatal que preceda á algún triste
acontecimiento?

Y él, la había respondido, trémulo, in-
quieto, temeroso de ser descubierto:

— No, madre mía: es que me encuentro
muy fatigado. ¡He caminado tanto!... Ma-
ñana estaré mejor.

Y, bendiciendo ese recuerdo, y á pesar de
su grave enfermedad, resolvió abandonar el
lecho ese mismo día, durante la ausencia de
Silvia, pues temía que ella con sus senti-
mientos ficticios y sus ruegos y sus caricias
felinas, le subyugase otra vez é impidiese
su retorno al hogar.

Y esa tarde, mientras el sol, como una
bola de mármol rojo se inmergía en el ocaso,
salió lentamente, como un enfermo en con-
valecencia, el rostro pálido, clorótico, y los
ojos somnolentes, fué á la estación y subió
al vagón que cuatro horas más tarde había
de llegar á su ciudad natal.

Durante el viaje, sus ojos se cerraban á
menudo, y su cuerpo palpitaba, presa de
conmociones extrañas y vértigos pasajeros.
Y sus labios murmuraban palabras inteligi-
bles. Tenían la elocuencia del delirio.

IV

El reloj de una iglesia cercana tocaba
hora cuando el tren se detuvo en la estación
central.

Eran las diez de la noche.

El cielo, de un azul tenue de disteno acri-
solado, semejaba una sábana de raso en que

brillaban las estrellas como grandes luciérnagas inmóviles sobre la quietud de la atmósfera serena.

Julio Ruiz, próximo ya á su hogar, percibía el perfume de los jardines inmediatos á él, y su proximidad le emocionaba enormemente. Casi no podía andar. Su extrema debilidad y la emoción que sentía, hacían de él como un perlático audaz.

Llegó á la casa materna, abrió la puerta y exploró largamente el interior. En las habitaciones del fondo había luz todavía. Un vaho de jazmines venía del jardín adormecido y animó su espíritu amedrentado por la duda y el remordimiento. Y él, decidido al fin, penetró sigilosamente en dirección al jardín, con la idea de pernoctar en él y sorprender á todos al día siguiente. Al pasar por enfrente de una alcoba oyó la voz de Lucía, la mayor de sus hermanas, é impresionado por ella tuvo que apoyarse en el muro para no caer. Dió algunos pasos más y vió en la glorieta la sombra de una mujer. Como un estremecimiento de muerte recorrió su cuerpo. Quiso huir pero no pudo. Quedó como petrificado allí, frente á ella, que avanzaba á su encuentro.

¡Era su madre, que esperaba noche á noche en la paz de la glorieta, la llegada del hijo pródigo!

¡Su madre, que no le había olvidado aún, á pesar de sus desvíos!

. . . .

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

—¡Hijo mío!

—¿Me perdonas? —sollozó él, arrojándose á sus brazos.

Y la madre dolorosa, enternecida, lo abrazó, besó su frente febril y murmuró:

—¡Pobre, hijo mío! ¡Cómo estás enfermo!

—¿Me perdonas? — repitió él.

—Sí, te perdono, te perdono; hijo del alma.

Y lo llevó á su alcoba, y después de darle te y cubrirlo con sus propios cobertores, le dijo:

—Ahora duerme, hijo mío. Tienes mucha fiebre. El viaje tal vez... Hasta mañana.

Y salió de la pieza lentamente.

V

Al día siguiente, muy temprano, cuando la aurora asomaba su faz iridescente, fueron á verlo y lo encontraron exánime, sonriente, con una sonrisa de amor y gratitud para su madre.

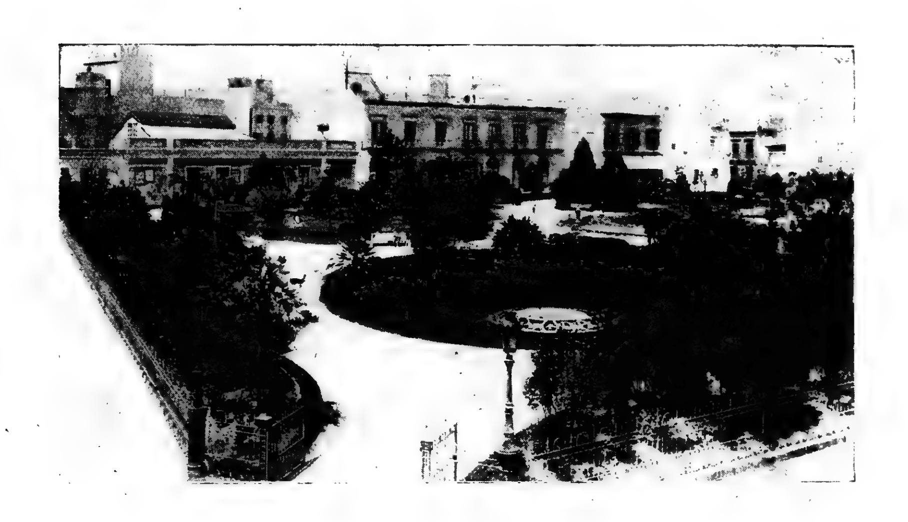
Había muerto después de obtener su perdón, y su último gesto era un salmo á ella: la madre mártir, el amor, la abnegación, la verdad.

APOLO

AÑO III

Número 18

REVISTA DE ARTE
Y SOCIOLOGÍA
DE PÉREZ Y CURIS



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES
SANTIAGO DE CHILE

AGOSTO DE 1908

APOLO

REVISTA DE ARTE
- Y SOCIOLOGIA -

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 18. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Agosto de 1908.

Por jardines ajenos

"La Bruta", de Felipe Trigo

No conocía al ilustre Maestro de « Alma en los labios » sino por algunos fragmentos de sus obras leídos hace ya tiempo y por las encontradas opiniones de la prensa española. Sin embargo, su noble personalidad de pensador y de psicólogo que escruta con devoto recogimiento el fondo del alma humana y resuelve trascendentales problemas psíquicos de una manera concreta y fácil, asequible á todos los cerebros, me atraía poderosamente. Luego leí « El amor en la vida y en los libros » obra esta, de una absoluta sinceridad y de un odio puro á nuestros rancios convencionalismos, y su íntegra individualidad acabó por cautivarme. Por cautivarme, sí, porque en Felipe Trigo la franqueza habitual del escritor que crea todo un poema de vida y suscita muchísimas reflexiones á los seres pensantes, conquistadores del *más allá,* responde de un modo asaz evidente á la idiosincrasia del hombre libre, del hombre nuevo, siempre huraño á todas las formas del eufemismo.

¿No habéis observado en « El amor en la vida y en los libros » que la sinceridad literaria se manifiesta abiertamente y sin esfuerzo alguno?

A esas manifestaciones del escritor corresponden los actos del hombre. Rara excepción en esta época de hipocresía y de indignas claudicaciones en que se transige con todo para labrarse un bienestar. Hoy, hasta la virtud se inmola por un mendrugo de pan.

El arte y el artista deben de ser ambos sinceros. No basta que la pluma de un escritor sea sincera conquistándose la admiración de unos y el odio de los otros. Es necesario también que él lo sea personalmente para arrostrar con firmeza la cólera que aquella pluma provoque.

Hoy, de esos ejemplos, existe un número limitado.

El hombre-cosa es la negación absoluta del hombre intelectual que va consigo. ¡Qué contraste más estéril! El intelecto, sólo el intelecto, rinde culto á la verdad, y es, por lo tanto, superior al individuo que discurriendo entre gentes sería incapaz de expresar en alta voz lo que escribiera su pluma un momento antes en el silencio del gabinete.

¿Eso es humano?

Será, pero asimismo, yo no lo acepto porque amo la integridad del espíritu.

¿Qué importa que una pluma se presente rodeada de altas virtudes; preconizando la lucha hasta el sacrificio por ideales de verdad; pronta ella misma al sacrificio aparente; si el hombre que la esgrime, en contradicción su espíritu con ella, no sabe, no puede, ó no quiere reconocer la virtuosidad de esa pluma?

Lo mejor es ser sincero. Presentarse débilmente si se es débil, y si se es fuerte, gallardamente, abierto á todos los campos el carcaj espiritual.

Porque de otro modo el intelecto es una máscara ridícula: feliz si desempeña bien su rol y desgraciada si lo ejecuta mal, pero siempre ridícula.

Estas palabras, que no son sino la síntesis del grande y hondo concepto que me he formado de Felipe Trigo como creador inmune y sincero, las dejo aquí para admiración de algunos y para odio de muchos.

. . . .

. . . .

Y hablaré de «La Bruta». No haré un juicio analítico como esos disecadores de la literatura que se llaman: críticos. Yo no creo en la crítica, y por eso, no puede ejercerla. Diré de esa genial novela la grandeza de sus pensamientos y sus etapas grandilocuentes.

El libro de Trigo es todo él un poema psicológico de gran fondo, en que las humanas pasiones se desarrollan sin incidencias infieles; antes bien, con todos sus violentos instintos trágicos y todo ese torbellino de deseos impulsivos é imperiosos al que inevitablemente queda supeditada la barca de la humanidad en el mar voluble de la vida.

Aurea—la heroína de ese libro,—honesta, inteligente y sensible; dotada de altas facultades intelectuales y de un delicado y exquisito temperamento, niega su mano — á pesar de los consejos maternos— á Fernando Elío, acaudalado industrial que ha tiempo la requiere de amores, para unirse en matrimonio con Alvaro Bretón, un gran *viveur* con ribetes de poeta, de quien se ha enamorado repentinamente y de cuyos versos ha sufrido el vértigo. La bestialidad de este hombre bajo y mezquino que lleva en si cuanto de vil y concupiscente pueda atribuirse al más abyecto de los humanos empuja á la mujer que enamorara con su aparente bondad exterior y su mentido tesoro de idealidad al adulterio primero y al antro de la prostitución después.

Apenas desposados ambos emprenden el consabido viaje de bodas, y Alvaro, que durante el primer trayecto en tren no ha sabido, por torpeza ó timidez, desnudar á su joven esposa, resuelve bajarse en una estación en que el tren se detiene un momento. Baja con su compañera, entran ambos en un restaurant, y allí, él bebe — invitándola á ella que no acepta — bebe hasta saciarse con el objeto de fortalecerse para iniciar á la esposa, todavía virgen, en los secretos del rito conyugal.

Cuando vuelven al vagón él trata de desnudarla bruscamente y

la arroja sobre la cama con ansias de poseerla. La toca apenas y se queda dormido sobre ella, por los efectos del vino.

Esta escena emocionante que Trigo nos describe con tanta sagacidad es el preludio de la concupiscencia del hombre que despierta á la lujuria, feroz como una bestia, y es también el funesto presagio de la caída de la mujer.

Porque Aurea había soñado al poeta idealista y soñador, emotivo y delicado como ella, y esta escena que ocurre en el primer día del matrimonio la produce una impresión dolorosa y la inspira repulsión.

El vaho del vino, y el gesto y la turpitud de su esposo que al querer iniciarla eructa y queda luego dormido sobre su cuerpo, en contraste horrible con su sueño de mujer honrada y libre que rechazara á un millonario con quien se pretendía hacerla casar á todo trance, para ligar su suerte á la del hombre que había sabido apasionarla, la predisponen al dolor y la llevan entonces á la insensibilidad.

¡Cuánta verdad en esta humana escena!

Un gesto, sólo un gesto del hombre puede causar insensibilidad á la mujer con quien cohabita. Y en estos casos de iniciación sexual, ¡son tantos los factores que intervienen! La sola emoción primera podría insensibilizarla, aunque fuese transitoriamente.

En este caso de «La Bruta» la insensibilidad de la mujer es parcial, no es absoluta. De ahí que Aurea, después de soportar las humillaciones de Alvaro, humillaciones crueles como aquella de arrebatársele los muebles y las alhajas para producir dinero que aquel necesita para saciar sus deseos voluptuosos con mujeres de todo linaje, busque en Luis Vega, camarada de su esposo, el desahogo de la pasión que éste despertara en ella cuando ambos se conocieron.

Todo el libro de Trigo es así: profundo y esencial. Nada de frases superfluas en esas páginas de dolor en que palpitan pedazos de vida—envuelto en harapos—como un símbolo de las miserias y degradaciones humanas.

Las emociones sensuales y los bajos sentimientos del hombre vicioso que trafica con el talento de su mujer atribuyéndolo á sí mismo, y que si le fuera dado traficaría hasta con su cuerpo para procurarse toda suerte de complacencias materiales, son expresados por Felipe Trigo con esa delicadeza de verdadero artista que le es peculiar y que ha hecho reconocer su supremacía entre los cultivadores de la novela erótica contemporánea.

Los personajes de ese libro, bien delineados en sus rasgos fundamentales y exentos de ripiosas hipérboles, parecen hechos por un artista genial que diseñara en un relámpago una cabeza de estudio de fácil compenetración hasta para los espíritus menos educados y expertos, tal es el acierto con que están trazados, física y moralmente.

El análisis psíquico de esos personajes de distinto jaez que aparecen y reaparecen en las diferentes etapas del libro sin ninguna contradicción con su modalidad íntima, demuestra perfectamente la magnitud del talento psicológico de Felipe Trigo.

Alvaro es la encarnación del libertino impudente que nada sabe de los ocultos tesoros del alma. La vida es para él una fuente inagotable de voluptuosidad y de locura. Nada conmueve su corazón, nada; ni los nobles sentimientos de su compañera de bohemia que allá en su humilde boharda, sola, y abandonada á su suerte, trabaja día y noche para el sostén del hogar, en tanto él, atraído por la sirena del vicio, solicita dinero de sus amigos y reduce á oro el mobiliario de su casa acelerando así la caída de su excomulgada esposa. En él no hay ningún gesto simpático. Es audaz á las veces pero siempre superficial, hasta el último trance de su vida. Provoca un lance con la intención veleidosa de llegar á la celebridad y en él muere. Muere sobre el campo este personaje hecho para morir en un prolongado espasmo sobre el cuerpo insensible de una meretriz.

Aurea es, por el contrario, la encarnación de la mujer ideal, de la mujer superior que sabe sobreponerse á toda clase de vicisitudes permaneciendo indemne. Pero, mujer joven al fin, no puede sustraerse á los afectos del hombre y se entrega á un ser sensitivo como ella, semejante al que soñara su magín, á un ser todo amor é idealidad que explora su corazón y descubre en él un manantial de ternuras adormidas. Muere aquél pero ese amor da su fruto: una hija. Alvaro muere después. Aurea, acosada por la miseria que sobreviene á su soledad, es impotente para dar el sustento á su hija, y hela entonces en el antro de la prostitución. Su sacrificio que no es estéril tiene una lógica humana.

Nada hay más digno de observación, nada más emocionante que un proceso psicológico estudiado sutil y humanamente por uno de esos zapadores de las almas.

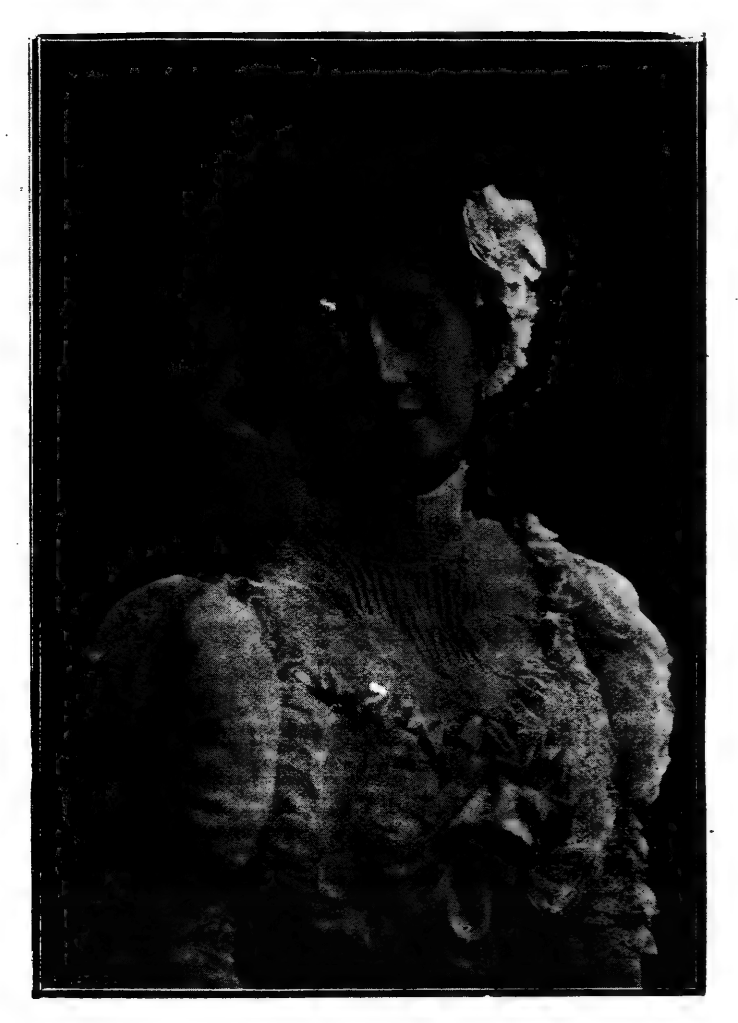
La divergencia de los sentimientos de un ser rebosante de pureza, que no quiere envilecerse prostituyendo su alma, y los de otro, lleno de lacras morales, que tiene un concepto erróneo de la vida, establece la lucha entre ambos. Lucha desigual y enorme en que es destruida siempre la lógica sentimental.

Felipe Trigo ha hecho una grande obra tratando con libertad y cultura un tema así, de pasiones é ideas opuestas que van despedazándose poco á poco sin que haya una barrera que las detenga y apacigüe.

Este momento psicológico de gran trascendencia en las novelas: la caída de la mujer, tan maravillosamente pintado por Zola y Flaubert: los más geniales noveladores del siglo pasado, está descrito en «La Bruta» con tanta minuciosidad que el espíritu, subyugado, se sobrecoge de emoción. Y esa riqueza de detalles, el novelista español nos la ofrece en bellas frases de un estilo nuevo y vigoroso, estilo personalísimo de creador, que no tiene similitud con el de los otros escritores castellanos apegados á la vieja fórmula que la Academia les impone.

Yo sé que esa libertad de estilo puesta de relieve en un medio ambiente sobrio hasta la rutina, exaspera á los puritanos del lenguaje, impotentes para crear algo nuevo ó para señalar evolutivas orientaciones, con la pueril y yá clásica excusa de su amor sin límites á los preceptos gramaticales.

Por eso aplaudo al novelista español.



¿Que el giro de sus frases es exótico?

Pues ahí está la personalidad del escritor, la característica de su estilo que sobrepuja á los modelos uniformes de la Academia é implica un gran esfuerzo de innovación.

La originalidad de un escritor no radica sólo en sus modos de expresión sino también en el desarrollo de ideas nuevas que inducen á largas meditaciones.

Pero una idea nueva necesita, para expresarse mejor, un nuevo estilo que completa una personalidad y la consagra ante los ojos extáticos de los académicos QUE IGNORAN en su embriaguez de purismo que toda innovación es digna del más generoso aplauso.

PÉREZ Y CURIS.

Baile de máscaras

A Manuel Ugarte.

Festejando la llegada del Dios Momo, que provoca
La sonora carcajada del alegre Carnaval,
Se celebra un regio baile de magnificencia loca,
En los clásicos salones de un castillo medioeval.

Por el lujo de las sedas de sus nobles cortinajes,
Los asiáticos jarrones enflorados de arrayán;
Por la pompa de la fiesta, se recuerdan los pasajes
De la edad maravillosa del antiguo Buckingham.

Los magníficos espejos y los mármoles fascinan;
Las alfombras tienen signos de un oráculo oriental;
Y las lámparas de bronce resplandecen é iluminan
Como luces de bengala de algún fuego artificial.

Son las doce. Suena el piano con acentos cristalinos
La exquisita sinfonía de su gama musical,
Y los zíngaros violines riman como alejandrinos,
Y las flautas fingen choques de copitas de cristal.

Dicen dulces serenatas los graciosos bandolines;
Una queja extraña llora la voz ronca del fagot,
Y los locos cascabeles con alegres retintines
Van llevando los compases de la danza del pierrot.

A las veces va *in crescendo* la sonora melodía,
Luego torna como el grave diapasón de Rubinstein,
Y en algunos de sus giros hay la gris melancolía
De la música muy triste de un nocturno de Chopin.

Y se baila bajo un vuelo de fugaces serpentinas
Que simulan un fantástico abanico de glasé,
Y las sayas vaporosas de las blancas colombinas
Son las reinas en las cortes de un romántico minué.

A una pálida princesa, un poeta le recita
Al oído, dulcemente, un amable madrigal,
Y la mágica palabra de su verso, resucita
Las galantes aventuras de los cuentos de Stendhal.

Con graciosas contorsiones y piruetas de beodo
Se descubre, ante una niña con disfraz de flor de lys,
Un grotesco jorobado que remeda al Cuasimodo
Qne en sus páginas nos cuenta *Notre Dame de Paris.*

Se requiebra con vaivenes de alocada culebrilla
Una gheisa cortesana del Mikado japonés,
Y hay trasuntos alegóricos en su exótica sombrilla
De las formas caprichosas de crisantos y musmés.

Hacen rueda á una manola, que una tierna seguidilla
Canta con voz melodiosa como el harpa de David,
Mientras tiemblan los caireles de su manto de espumilla
Porque sufren las nostalgias de una chula de Madrid.

Y hay motivos musicales en las risas y en las bromas,
Como agudos gorgoreos de una flauta de bambú,
Y los raudos abanicos fingen vuelos de palomas
Y las sedas hacen rimas de un levísimo frou-frou.

Y se baila locamente mientras que la noche huye...
Son las cinco. El *carnet* marca el postrero rigodón;
Luego cesan los acordes y la fiesta se diluye
Como efímera belleza de una pompa de jabón.

. . . . , ...

Por Oriente asoma el alba con su resplandor incierto,
Y en los clásicos salones del castillo medioeval,
Ya no excita, ya no aturde... ya se ha ido... ya se ha muerto
La sonora carcajada del alegre Carnaval!

OVIDIO FERNÁNDEZ RIOS.

Montevideo.

"Los Rezagados"

Comedia dramática en un acto y dos cuadros

POR

JUAN PICÓN OLAONDO

Á César Miranda, afectuosamente.

PERSONAS

RODOLFO — 35 años.
LUCÍA — Esposa de Rodolfo — 26 años.
MISIA CLETA — Madre de Lucía — 58 años.
DON PEDRO — Tío de Rodolfo — 65 años.
ANTONIA — Esposa de Gorrini — 30 años.
SEÑOR MONDEJA — 58 años.
MONINA — Esposa de Mondeja — 53 años.
BEBÉ — Hijo de Lucía y de Rodolfo — 7 años.
MIRASOL — 20 años
Paseantes y parejas varias.

CUADRO I

Saloncillo moderno del Hotel «Las Delicias» sito en la playa del mismo nombre y que se supone ubicada en la costa del océano Paredes ornamentadas con cuadros, espejos, consolas y artísticos candelabros eléctricos. Puertas, con colgaduras, á derecha é izquierda y sobre el foro, y que se supone dan á corredores ó salones interiores. Hacia la derecha (del espectador) un elegante biombo chinesco, abierto al centro, simula dividir la sala. Junto á este biombo, del lado central de la escena, un canapé en primer término; luego, diseminadas á capricho, varias butacas, mayólicas, plantas y bibelots. — Durante el desarrollo de este Cuadro todos los protagonistas visten traje de etiqueta; esto es, los hombres frac ó smoking; las mujeres, vestidos de *soiré*. — Al levantarse el telón, don PEDRO y RODOLFO aparecen en segundo término, ambos en actitud de sentarse. — Son las once de la noche.

ESCENA I

RODOLFO Y DON PEDRO

RODOLFO — (*Ofreciéndole una butaca*). Siéntese usted; fumaremos un cigarrillo.

DON PEDRO — (*Apoyándose en su bastón*) Acepto .... Como estas fiestas ya no tienen para mí otro atractivo .... (Se sientan).

RODOLFO — *(Con sorna)* Qué fumar un cigarrillo, eh?...

DON PEDRO — Claro! .... ya pasé el Rubicón!

RODOLFO — Lo que no importa que mi aventura le interese...

DON PEDRO — Cómo que ella es sabrosa!

RODOLFO — Y además recordará á usted sus buenos tiempos!...

DON PEDRO — Pues... decías?

RODOLFO Qué nuestro veraneo aquí, como en todo balneario, tiene sus monotonías y sus encantos... Vea usted: el baño á toda hora; la caricia salobre de la ola que va y viene; la playa, inmensa, rica ella en perspectivas y en panoramas; el espectáculo siempre majestuoso del mar; las soberbias puestas de sol; los paseos por el muelle; el desfile de mujeres hermosas al caer de la tarde; la mesa redonda del Hotel, con sus sorpresas y sus intri-

Nota — No es este un drama de tendencias... Sólo me he concretado á perfilar tipos humanos, familiares dentro del ambiente actual, lleno él de vacilaciones, de encogimientos ó de ideas consideradas como demasiado aventuradas, todo según criterios y puntos de vista... He hojeado la Vida en una de sus múltiples manifestaciones de la hora presente. Eso es todo. — *El Autor*.

guillas; alguno que otro paseo ó cabalgata por las cercanías ó alrededores; una que otra partida de pesca; oxígeno, mucho oxígeno, una barbaridad de oxígeno, y algún baile como el que esta noche se celebra en estos salones, fiestas, estas últimas, generalmente organizadas por Florito Mirasol, ese cronista social de la «Rosa Thé», ese tipo que á usted tanto le divierte, efebo delicioso, figurín de modas extravagantes y heraldo porta-voz de las últimas elegancias...

Don Pedro — Sí, la vida fútil y ligera de los balnearios... Nada de negocios; nada de política; nada de problemas científicos ni teodosios.

Rodolfo — Pues bien; esa vida estábamos llevando usted y yo hasta hace veinte días, cuando he aquí, que este encuentro imprevisto con Antonia Gorrini, ha provocado esa aventura por la que usted tanto se interesa.

Don Pedro — Y ha acentuado aún más la ceguera ya total del marido y de Lucía, tu mujer...

Rodolfo —(*Displicente*) Bah!... En cuanto al marido, bien lo sabe usted que los negocios y sus empresas le absorben por demás el tiempo; y en cuanto á mi mujer...! Pobre Lucía!... Siempre ingenua, candorosa, sin malicia... La colegiala de hace ocho años, cuando recién salida del colegio, se unió á mi ante el altar...

Don Pedro — (*Con gravedad*) Sí, el hecho más reflexivo y bien pensado de tu vida, puesto que ella es toda una joya inapreciable como buena madre y excelente compañera, y también, el hecho más criminal que has podido tú cometer, puesto que has hecho y la harás siempre la víctima expiatoria de tus locuras, de tus *calaveradas* y de tus...

Rodolfo — (*Irónico, cortándole la frase*) Vamos, tío, moralista está usted hoy!

Don Pedro — Cómo que lo que digo es tan cierto!...

Rodolfo — Qué hasta hace cuatro años usted no lo pensaría así!... Vamos, usted, mi maestro y principal instigador de todas esas locuras que ahora tanto se recrimina; usted, el que me inició en la vida galante y risueña; usted, el eterno escéptico, el refinado, el sibarita, el temible don Juan, el moderno Petronio, él...

Don Pedro — (*Con afectado enfado*) Calla, muchacho!... Cuando tú tengas mi edad y el juicio te vuelva más cuerdo y más sensato, entonces...

Rodolfo — Entonces, tío, tal vez piense como usted; pero, en tanto!...

Don Pedro — Bueno, mira: en tanto acabarás tú de contarme esa aventura con Antonia Gorrini, eh?

Rodolfo — Ja! ja! ja!.. Pues que está usted impaciente!.. Bien: como le contaba, hará cosa de unos ocho años, siendo yo aún soltero y sin haberme aún iniciado en la carrera diplomática, tuve ocasión de conocer á Antonia, por entonces, naturalmente, ella aún soltera. Su belleza me encantó. Ella también pareció interesarse por mí. Se inició entre nosotros, lo que aquí, en nuestra tierra, llamamos prosaicamente un *dragoneo*, y pronto, muy pronto, nuestro noviazgo fué un hecho casi público... Ella, era vanidosilla, superficial, pagada hasta lo increíble de su hermosura, ya por entonces proverbial: yo era un buen mozo,

un elegante, un periodista de talla y un poeta de cierto renombre... Creí amarla; ella pareció también creerlo, demostrándomelo en sus palabras y en sus cariños... Un buen día, mis ojos, por demás curiosos é impresionables, se fijaron en la que es hoy mi mujer. El chisme llego á Lucía. Su vanidad de mujer hermosa y testejada se sublevó. Antes del año ella se casaba con ese extranjero, con ese Gorrini ricachón que usted aquí ha tratado... (*Breve pausa.*)

Don Pedro — Y tú...?

Rodolfo — Yo?... A los dos meses me casaba con Lucía: encantado, subyugado por esa su joventud lozana de capullo en flor; atraído por esa su candorosa inocencia, por esa bondad dulce y serena que como manantial vivificante de aguas puras y mansas fluye á toda hora de su alma angelical, contrastando así con mis gustos exóticos, con mis caprichos volubles, con mis rebeldías violentas ávidas siempre del más allá...

Don Pedro — Y durante este período..?

Rodolfo — Verá usted: la había olvidado... Mi nueva vida; el matrimonio de ella; mi nombramiento de attaché en un Legación; luego, mi largo alejamiento de esta patria, siete años transcurridos en el extranjero, borraron de mi memoria aquel pasado, cuando he aquí, que de regreso y veraneando en estas playas, hace diez días vuelvo á encontrarme con aquella Antonia hermosa que un día ocupara un sitio preferido en mi corazón...

Don Pedro — (*Sonriente*) — Ella se haría la indiferente...

Rodolfo — Lo simuló al menos; rehuyó mi presencia; evitó nuestro encuentro... Más, la familiaridad patriarcal y bonachona que aquí se establece creando con facilidad amistades; las infinitas oportunidades que á diario se presentan, nos colocó muy pronto frente á frente... Al principio nos tratamos como simples camaradas de hotel, como vecinos... luego, como amigos; después...

Don Pedro — Después... tus mañas viejas de *calavera* sempiterno!...

Rodolfo — No, después el trato diario, las ocasiones, su familiaridad para conmigo; esa preferencia en ser yo su acompañante más inmediato en nuestros paseos en familia; su alejamiento bien visible de su marido; ese despego absoluto, esa frialdad de mármol que él la demuestra aún en público y que ella no oculta ante miradas extrañas, nos aproximó aún más...

Don pedro — (*Irónico*) — Sí, más de lo que debiera, eh?...

Rodolfo — Acaso... Hasta que una tarde, los dos solos, ella y yo allá en la playa, mientras su marido encerrado en su gabinete resolvía grandes golpes de bolsa que acrecentarían en un abrir y cerrar de ojos su fortuna, y mientras Lucía y mi suegra recorrían los senderos próximos á la playa, yo me aventuré; quise nuevamente sondear su corazón, y avivar aquella llama de otros tiempos, evocar recuerdos que ella tal vez aún no olvidara...

Don Pedro — Y, ella...? Claro, naturalmente!...

Rodolfo — Mostróse rehacia: después más dócil. Yo mé aventuré aún más. Ella defendióse aún, recordándome nuestro estado actual; aconsejándome olvidarnos de *aquello*... ser solamente *amigos*... Yo insistí, rogué,

supliqué, mentí... Luego, el silencio, la soledad del instante, la placidez del crepúsculo, mi verba irresistible, mi audacia, y hoy, hasta ese viaje precipitado que mañana la alejará de mí, acaso para siempre, contribuyeron á precipitar el desenlace... La he hablado al corazón, á los sentidos, al alma!...

DON PEDRO — Y... naturalmente, me explico: la pobrecilla ya estará entre mallas...!

RODOLFO - No... Hoy he logrado de ella lo que hasta ayer acaso me hubiera costado unas calabazas... Como en los buenos tiempos de nuestro noviazgo, ya al despedirnos me exigió una declaración respecto á mi conducta futura para con ella, Bah!... En estos casos todas exigen lo mismo!... Ahora, durante la fiesta, me haré un sitio para jurarle nuevamente á solas mi amor... Luego, por qué no?... Allá, en Montevideo, nuestras entrevistas podrán sucederse... Tendremos nuestras citas ocultas. Aquello es grande y el chisme suele á veces quedar atrapado, en tanto que aquí... En fin, tío, que trataré de conformarla como mejor me ingenie...

ESCENA II

LUCÍA, MISIA CLETA y los mismos, luego, MONINA, MIRASOL y señor MONDEJA.

VOCES (*dentro*) — Mamá, mamá, venga usted. (*Llegan por el foro* LUCÍA y MISIA CLETA).

LUCÍA — (*Deteniéndose, reparando en* RODOLFO *y en* DON PEDRO) — Hola!... Ustedes por aquí?...

MISIA CLETA — Y nosotras que ya los hacíamos en pleno baile!..

RODOLFO — Aquí estamos, ya lo ven ustedes, fumando tranquilamente y en buena armonía un cigarrillo.

DON PEDRO — Mi pasatiempo favorito... A mi edad, con mis achaques, imposibilitado casi á causa de este maldito reuma...

LUCÍA — (*Riendo*) Vaya, tío, no se haga usted un Matusalén!...

MISIA CLETA — Nosotros aún somos jóvenes... Míreme usted á mí..: ya cumplidos los cincuenta y ocho, con un nieto y... ni por esas pensando en arrumbarme como un vejestorio!..

DON PEDRO — Ah, señora, usted es jóven aún!... Aunque los años han nevado sus cabellos, conserva aún sus energías, en tanto que yo...

RODOLFO — (*Palmeándole cariñosamente el hombro*) Vaya, tío, valor! valor!

LUCÍA — Acabamos de acostar á Bebé...

MISIA CLETA — Y ahora iremos al salon; conque así... vengan ustedes pronto que allí les aguardamos. (*Se van por la izquierda*).

RODOLFO — Lucía, siempre la misma, ya lo vé usted... Siempre niña, ingenua, bondadosa, dulce; cualquier cosa la distrae; cualquier pasatiempo la vuelve una chiquilla...

DON PEDRO — Y Misia Cleta... del mismo corte!.. digo, el anverso de la medalla...

RODOLFO Regular, regular... Así... Una suegra un tanto soportable... Bonachona, ella; francota; un poco celosa del marido de su hija, eso sí; un tanto curiosilla é importuna, á veces, como una puerta abierta que nos molesta... Luego, glotona siempre como un rapáz, por más que indigestiones van y que indigestiones vienen!...

VOCES (*adentro*) — Yo les guiaré á ustedes... Tendré el altísi-

mo honor de ser su Cicerone... (*Aparecen por el foro* MIRASOL, MONDEJA Y MONINA.)

RODOLFO — (*De pie, saludando.*) Señora... Caballeros...

MONINA — (*Con timidez.*) Como no conocemos bien estos salones...

MONDEJA — Desde hace veinte años yo no sé lo que es bailar un vals; pero, como este señor (*indicando á Mirasol*) nos ha exigido nuestra presencia...

MIRASOL — (*En una genuflexión exagerada*) Una presencia inapreciable y que hará honor...

MONINA — Caballero, su fineza de usted...

MONDEJA — Y su galantería...

MIRASOL — (*Atenciosísimo, derritiéndose en almibares*) ¡Oh, señora... Yo, como iniciador de esta fiesta, me hago, me debo, me... el honor, sí, señores, el altísimo honor... (*Saludan con una inclinación de cabeza y se van por la izquierda.*)

RODOLFO — (*Riendo*) En este hotel de «Las Delicias» se ven cosas realmente deliciosas!...

DON PEDRO — Este Mirasol es el tipo más ricura que verse puede...

RODOLFO — Y el matrimonio Mondeja ¿qué me cuenta usted?... El, cincuenta y ocho; ella, cincuenta y seis, tan enamorados, derretidos y celosos como á los veinte y en plena luna de miel... Casados, después de treinta años de amores, y esto, gracias á la feliz ocurrencia de una tía solterona que al morir les legó diez mil pesos, precipitando con esté acto humanitario y altruista un casamiento ya *in extremis*... ¡Qué se iba á casar él, un pobrecillo auxiliar, con treinta pesos!...

DON PEDRO — Pues chico, yo creo que tu presencia es reclamada en alguna parte, y, si mal no recuerdo... Antonia, eh!... Acaso ya te olvidas?...

RODOLFO — Voy por ella enseguida. (*Sale por la izquierda, después de darse un último vistazo ante un espejo*).

DON PEDRO — (*Contemplando su cigarrillo con placer de vicioso*) Y yo, pobre viejo; pobre inválido de la vida, en tanto me quedaré aquí, aquí con éste mi único amigo fiel y bondadoso que jamás me abandona!... (*Se hace un silencio*).

ESCENA III

MISIA CLETA y DON PEDRO, luego, MIRASOL, MONINA, LUCÍA y señor MONDEJA.

MISIA CLETA — (*Alterada, con misterio y llegándose por el foro*) Ha visto usted?...

DON PEDRO — (*Sorprendido*) Señora...

MISIA CLETA — No ha notado usted?...

DON PEDRO — Qué?... Rodolfo?... Monina?... Mondeja?...

MISIA CLETA — Nó; Rodolfo, Rodolfo!...

DON PEDRO — Bien: acaba de salir.

MISIA CLETA — Y yo acabo de verle nuevamente con *esa* Antonia!

DON PEDRO — (*Con extrañeza*) Cómo!.., qué dice usted?... con *esa* Antonia?... Pues no la conozco!...

MISIA CLETA — (*Perpleja*) No la conoce usted?... Y á ese Gorrini de su marido tampoco conoce usted?

DON PEDRO. — (*Como quien hace memoria*) Ah!... Ah!... pero, si usted no se explica!

MISIA CLETA — (*Levantando la voz*) Estoy sobre la pista!... Estoy sobre la pista!...

Don Pedro — (*Aparte, con desaliento*) Ay mi Dios! . . . pues ya apareció aquello! . . . Claro! La puerta abierta de que me hablaba mi sobrino! . . . (*Dirigiéndose á Misia Cleta*) Sí, señora, la puerta abierta! . . .

Misia Cleta — (*Sin alcanzar á interpretar la frase*) Qué! . . . Acaso le hace á usted daño?

Don Pedro — ¡ Oh, no señora, no señora!... Con qué decía? . . .

Misia Cleta — Sí, señor, que estoy sobre la pista y que no me engaño.

Don Pedro — Pues diga usted...

Misia Cleta — Desde el primer día que ví á la tal Antonia, el corazón, golpeándome . . . golpeándome con mucha fuerza, me lo anunció!... El me dijo: Cleta, duda de esa señora de Gorrini; desconfía de sus aires de respectabilidad y de buen tono de que alardea: todo lo que allí ves, sólo guarda hipocresía: en el fondo no es más que una coqueta sutil y refinada; ella ansía de los hombres lo que de seguro es incapaz de proporcionarla ese hosco de su marido, ese usurero acorazado, vulgar, sin más ensueños que el dinero ni más ideales que el interés . . . Bien; pues desde hace días, he venido observando entre *esa gran señora* de Gorrini y mi yerno, ¡ otra buena pieza! . . . algunas cosillas, que . . , á la verdad . . , se me han atragantado aquí . . . (*Se lleva la mano á la garganta*).

Don Pedro — Galanterías, señora . . . . ; finezas que entre personas sociables la buena educación exige...

Misia Cleta — Ta! ta! ta!... No, señor!... (*Haciendo grandes reverencias y genuflexiones*) Mucho de aquí... Mucho de allí... Muchas miraditas demasiado charlatanas . . . Muchas ponderaciones mutuas sobre sus respectivos talentos y elegancias . . . Muchos suspiros ¡ Ay, qué calor! . . . ¡ Ay, qué noche deliciosa! . . . ¡ Ay, qué luna más poética... En fin, (*Llevándose un dedo á la boca*) que yo ya no estoy en la edad de chuparme el dedo; y, cuando yo, Cleta Montijo, huelo mal . . . hum! es porque necesariamente

no huele á rosas!... (*Medio Mutis*).

Don Pedro—(*Con fingida credulidad*)—Si usted así lo cree...

Misia Cleta — Bien. Esta noche, ya de sobremesa y después de retirarse esa bendita Lucía, he creído notar en ellos ciertos síntomas necesariamente alarmantes... ¡Pero señor!... Si aquello era una telegrafía Marconi á toda marcha!... Muchas miraditas significativas; más palabritas melosas; más suspiros que de costumbre... El peine de mi yerno, melancólico y cariacontecido como el doncel de doña Ana!... Y la tal Antonia, sólo abriendo la boca para lamentar la resolución imprevista de ese ogro de su marido, el cual, desde que ha comenzado á recibir telegramas y más telegramas, sólo habla de marcharse, ó se pasa las horas refunfuñando, ó se lo pasa discutiendo con los criados y domésticos..: ya porque la sopa no está á punto ..; ya porque el pan es de cascarón..; ya porque el café está muy cargado... (*Llegan por el foro* Mirasol y Monina *cogidos del brazo*).

Mirasol—(*Con voz insinuante y meliflua*) Señora, repetiré á usted mis palabras... Está usted tan divina como hechicera... Es usted una rosa thé, un pimpollo.., un hada de donosura y distinción...

Monina — (*Confundida. Con modesta timidez*) Caballero, usted me confunde!...

Mirasol — Es estricta justicia... El aceptar usted bailar conmigo esta gavota, constituirá para mí uno de los honores y dignidades más... (*Se van por la izquierda*).

Misia Cleta — Si este par de tórtolos estará también por declararse...

Don Pedro — (*Riendo*). Tal vez! tal vez!...

Misia Cleta — Como decía, ó yo veo visiones, ó esa pizpireta de Antonia y ese pillete de mi yerno andan en muy sabrosos picos pardos!... Y á todo esto, ¡oh, santa inocencia!... Mi hija sin pizca de nada!... Cómo que la pobrecilla es un ángel del Señor y es más cándida que un cordero Pascual!... (*Entran por el foro, cogidos del brazo, Mondeja y Lucía*).

Mondeja — (*Con énfasis*) Oh, señora! digan lo que digan, no hay nada como la sociabilidad!... Yo siempre se lo repito á Monina: la sociabilidad... (*Tras un silencio en que busca inútilmente la frase*) es la sociabilidad!... (*Aparte*) Acabo de verles pasar... Qué le dirá ese mequetrefe de Mirasol á mi Monina?... (*Con celoso recelo*) Si con su corruptora lengua le estará abriendo los ojos á esa inocente de Dios!... (*Se van por la izquierda. Pasan más parejas conversando en voz baja ó diciéndose galanterías*).

Misia Cleta -- Sí, don Pedro, ya no debo dudar... Hasta esa extremada presunción, ese acicalamiento, esa pulcritud extrema, hacen que mis sospechas se arraiguen cada vez más...

Don Pedro — (*Incorporándose apoyado en su bastón*) Pero, señora, yo no he visto nada de lo que usted supone!

Misia Cleta — Pues créame usted que no me equivoco...

Don Pedro — Vamos, señora, iré con usted aunque el reuma me martirice... y, yo le demostraré á usted que ni Rodolfo ni Antonia jamás han tenido otra intimidad que la de simples amigos... (*Con afectada persuación*) Naturalmente!... natu-

ralmente!... Pués no faltaba más!... (*Se van por la izquierda*).

ESCENA IV

RODOLFO y ANTONIA. Luego, MIRASOL, señor MONDEJA, MISIA CLETA Y LUCÍA.

RODOLFO — (*Entrando con Antonia por el foro y cerrando tras sí la puerta*) Sentémosnos...

ANTONIA — (*Vacilante*) Si te parece...

RODOLFO — ¡Oh, aquí estaremos perfectamente!... Este rinconcillo es ni exprofeso... Durante diez minutos nadie nos molestará... (*Ambos se sientan en el canapé*).

ANTONIA — Y sin embargo, si supieras que miedo tengo!

RODOLFO — Bah!.. He visto á mi mujer haciendo pareja con ese imbécil de Mondeja, y en cuanto á mi suegra... juraría que ya anda por ese bufet atraca que te atraca de golosinas!... (*Riendo*) Mañana será el bicarbonato y el agua de Vichi!... Habrá para rato!...

ANTONIA — En cuanto á Gorrini, lo he dejado en su escritorio... Allí está él, encerrado como un oso... Que telegramas van.., que telegramas vienen..; que planes aqui..; que planes allá... Y, cada terno!... cada palabrota!... ¡Jesús! Si aquello es una fiera más que un hombre!...

RODOLFO — (*Arrellenándose en el canapé con indolente molicie*) Con que el viaje es un hecho?

ANTONIA — Desgraciadamente irremediable!... Gorrini acaba de decirme nuevamente que de su inmediata presencia en Montevideo depende la estabilidad de nuestra fortuna. (*Con desprecio*) Su fortuna, sí, la causa de nuestra desgracia!...

RODOLFO — (*Apaciguándola*) Vamos, Antonia, por qué tanto desesperar, cuando ahora...?

ANTONIA — Sí; ahora que te encuentro nuevamente en mi camino, la fatalidad se empeña otra vez en separarnos...

RODOLFO — Una separación breve... Ya esta noche, después de la cena, persuadí á Lucía de la necesidad de apremiar nuestro regreso. Al principio ella resistió. Esta vida de aldea se la hace encantadora... Más yo le mentí, diciéndole, que mi salud así lo exigía por habérmelo manifestado el doctor Chermand, y.., naturalmente, ella acabó por acceder, fijándose de común acuerdo nuestra partida para el lúnes próximo.

ANTONIA - Y después... Tú viaje á Europa siempre se llevará á cabo?

RODOLFO — Felizmente no. Como tú habrás visto, mi elección de Diputado ya es un hecho, con que así...

ANTONIA — (*Con alborozo*) Ya nada nos separará!

RODOLFO — (*Con dulzura*) ¡Oh, ahora seré tuyo como antes!... recuerdas, Antonia?

ANTONIA — (*Abandonándose á él con sensualismo*) Si supieras cómo te recordaré!.. Qué eternos se me harán los días que me aguardan lejos de tí!... (*Con repentina vehemencia*) Dime que esta separación será muy breve!... Dime que muy pronto te tendré á mi lado, para siempre, así, (*Le coje de las manos*) mirándome en tus ojos que son los míos... dichosa... feliz... eternamente feliz!... (*Se abandona en sus brazos, como sumida en un ensueño.*)

RODOLFO — ¡Oh, poder del

amor! Oh, milagros del destino! ... Más de ocho años sin verte. Ausente yo allá en un país remoto, y ahora... así como en los mejores tiempos de nuestro noviazgo, cuando los dos libres y sin cadenas teníamos por albedrío el universo!...

Antonia — Bien sabes que si he amado en verdad á algún hombre, ese hombre fuiste tú... Ya te lo he dicho: no me juzgues ligera... Tú me dices que tu matrimonio con... Lucía, fué obra de un mal momento, de ese cuarto de hora que todos tenemos en esta vida... Bien, si yo me casé con Gorrini fué sólo por un capricho de chicuela inexperta y despechada; por una coquetería de la que muy luego me arrepentí... Escucha: cuando yo supe que tú á mis espaldas mirabas á la que hoy es tu mujer, la ira se rebeló en mi corazón; una nube de venganza infinita anubló mis ojos y tamborileó con rabia en mi cerebro!... Mi orgullo de mujer siempre halagada, no pudo tolerar tal ofensa!... Quise aborrecerte, quise vengarme demostrándote que mi cariño jamás pudo ser tuyo... y entonces!...

Rodolfo — Cuando volví á tí me despreciastes... no quisiste escuchar mis palabras...

Antonia — Y, aturdida, escogí para instrumento de mis planes á un hombre que desde ya ha mucho tiempo mendigaba en vano mi amor!... Sí, á uno de esos tantos hombres que no satisfacen en un todo nuestros anhelos, nuestras miras, nuestras más caras ilusiones de mujer, porque ellos no encarnan nuestro ideal, y á quienes nosotras, algunas mujeres, sin manifestarles categóricamente nuestro pensar, empleando para con ellos, una conducta equívoca, desairándolos hoy para alentarles mañana con una sonrisa, logramos mantenerlos en una eterna incertidumbre, para luego, después, así como de un comodín, de un suple faltas, utilizarlo á veces en nuestro provecho, allá, en la hora aciaga del desengaño; allá, cuando la desesperanza abate desconsoladamente sus dos alas negras en nuestro corazón y en nuestro orgullo!... (*Medio Mutis.*

Rodolfo — (*Con triste convicción*) — La eterna derrota del orgullo que ha querido sobreponerse al sentimiento!

Antonia — Por cierto una derrota bien dolorosa!... Aquella que se llora toda una vida!...

Rodolfo — Y, entonces, era verdad... tú me amabas?

Antonia — Con toda el alma, aunque mi orgullo fingiera despreciarte! (*Medio mutis Susurrando, con melancólica amargura*) Oh! tú no sabes, Rodolfo, cuánto he sufrido en esa horrible eternidad que al destino plúgiole separarnos!... Imagínate tú una vida prosaica, vacía estéril... Un desierto árido, monótono, interminable: sin una cisterna donde aplacar la sed; sin un árbol á cuya sombra guarecerse!... Una existencia obscura, trivial, sin un miraje risueño del pasado ni un rayo de sol alboreando alegremente en lontananza!... (*Levantando la voz gradualmente*) Un simple instrumento de placer, á veces... Un enemigo, una carga, otras!... Siempre igual, siempre así, encadenada á un hombre que gradúa la amplitud de su querer por el éxito positivo ó negativo de sus mercantilismos utilitarios!... Sometida á un hombre cuyos vejámenes yo he sufrido y he llorado en silencio más de

una vez!... (*Con vehemencia*) Oh!, no me reproches!... Dime, tú, Rodolfo, ¿acaso un amor así, de prestado, del azar, popodría algún día despertar en mí un sentimiento de piedad ó de agradecimiento; suavizar mi herida; gorjear alegremente en mi corazón un nuevo día de paz y de ventura?... (*Mutis*).

RODOLFO — Pobre Antonia!... Mi felicidad y la tuya truncadas por... (*Incorporándose súbitamente*) Has oído?

ANTONIA—(*Alarmada*) He sentido pasos...

RODOLFO — Alguien que llega... (*Tomando una actitud indiferente*) Dejémonos estar.

MONDEJA — (*Á Mirasol, entrando por la izquierda. — Con energía*) Lo dicho, caballero, repetiré á usted mis palabras: usted ha ofendido á Monina... La ha llamado rosa thé.., pimpollo.., hada...

MIRASOL — (*Con medrosa escusa*) Yo creo que entre personas cultas!...

MONDEJA — No acepto sus palabras... O usted nos dá á Monina y á mí ahora mismo una amplia satisfacción allí en la sala y ante todo el público, ó, de lo contrario... antes de una hora tendrá usted que vérselas con mis padrinos...

RODOLFO — (*Con burla*) Valiente espadachín!...

MIRASOL — (*Trémulo y vacilante*) Yo... Usted comprenderá... naturalmente... (*desaparecen por el foro sin haber reparado en la presencia de Rodolfo y Antonia*).

ANTONIA — (*Incorporándose y abandonando el canapé*) Tengo miedo... No sé por qué el corazón me anuncia una desgracia... ¿Vamos, Rodolfo?...

RODOLFO — (*Ya de pie y tras una breve vacilación*) Sí. Bueno..; pero antes... (*Se inclina hacia ella, quien temerosa, le brinda los labios*).

MISIA CLETA — (*Que habiéndose llegado hasta ellos por la puerta de la derecha les sorprende en ese instante*) Qué es esto!... Qué veo yo!... Cómo, infames, aquí?... aquí... bajo el mismo techo del marido!... aquí, á dos pasos de Lucía!... Aquí!... aquí!...

ANTONIA — (*Aterrada y crispando las manos*) Dios mío!...

RODOLFO — (*Serenándose*) Pero ¿qué dice usted, señora?...

MISIA CLETA — (*Levantando la voz*) Adúlteros!... adúlteros!...

RODOLFO - Eso no es verdad!...

MISIA CLETA - Yo lo he visto!... yo lo he oído... yo lo sé todo!... (*desvaneciéndose*) Ay!... Dios mío!... me muero!... (*Caé sobre el canapé*).

ANTONIA — (*Consternada*) Huyamos!

RODOLFO - Pronto!... por aquí!... (*Huyen por el foro*).

MONINA — (*Tras un silencio— Llegando por la izquierda*) Mondeja!... Marido mío!... donde estás?... Lo que yo te dije no era cierto... No te batas, por Dios!... (*Reparando en Misia Cleta, que continúa sin sentido*) Pero qué es esto!... (*Aproximándose á ella y reconociéndola*) Misia Cleta!... Pero si no tiene pulso!... La han asesinado, no hay más!... (*Llamando*) Socorro!... Socorro!...

MONDEJA (*Llegando por la puerta de la derecha que casi oculta el biombo*) Mi mujer!... mi mujer!... No hay duda: ese seductor está atentando otra vez contra su virtud!... (*Llega hasta ella conjuntamente con Lucía*

gentes y criados. Llegándose á su mujer y gritándole al oido) Monina!... Monina!... Dime, pronto: por donde ha escapado ese miserable?...

Monina — (*Haciendo un ademan incoherente*) Por... por... ahí.

Mondeja — (*Con gesto trágico*) Le mataré por la espalda!... Lo que es ahora no esperaré al duelo!... (*Váse por una de las puertas laterales esgrimiendo un arma*).

Lucía — (*Con angustiosa ansiedad*) Mamá!... mamá!... Hable usted, yo se lo imploro!... ¿qué ha sucedido?...

Misia Cleta — (*Con voz desmayada; haciendo un esfuerzo*) Tu marido... Antonia... (*Vuelve á desvanecerse*).

Lucía — Está delirando... No tiene pulso... Algún nuevo atracón de golosinas y he aquí las consecuencias!... (*Dirigiéndose á los que la rodean*) Pronto, por favor, vayan ustedes en busca de un médico!

Voces — (*dentro*) Ya le cogí!... Aquí le tengo!... aquí le tengo!... (*Aparece* Mondeja *arrastrando por un brazo á* Mirasol, *que, aterrado, mirando con horror el arma que aquél esgrime, tiembla de pies á cabe-*



Juan Zorrilla de San Martín

za hasta dar diente con diente).

MIRASOL — Pero señor!... Pero señor!...

LUCÍA — Oh! esto no es posible!... No es verdad que usted, Mirasol...?

MIRASOL — (*Balbuceante, electrizado, y sin poder hilvanar la frase*) Yo... Yo... Yo...

MONDEJA — (*Con furor*) Cómo, miserable!... Con que tú has sido y aún lo confiesas!... (*Asombrado*) Y con las dos!...

MIRASOL — (*Ya sin fuerzas, desvaneciéndose en un último síncope*) Yo... Yo... Yo... (*Confusión.—El telón cae lentamente*).

CUADRO II

La escena se desarrolla en la playa de «Las Delicias», al caer de la tarde del día siguiente y ante una hermosa puesta de sol. — Hacia la derecha (del espectador) se ve á la distancia una parte de la fachada del Hotel «Las Delicias», con sus ventanales, balaustradas y minaretes; hacia la izquierda, y en segundo término, algunos grupos de rocas, y junto á la orilla, varios sillones de mimbre y sillas de tijera. Sobre el fondo, el mar sereno y azul limita con el horizonte rosa, lleno él de paz y de dulzura. — Al elevarse el telón, RODOLFO aparece paseándose con las manos puestas en los bolsillos del pantalón. — Su gesto, caviloso, denota cansancio. — Viste traje blanco de playa. — Se hace un silencio. — RODOLFO se detiene unos instantes para mirar hacia el lado del Hotel, fingiendo aguardar á alguien que por allí se aproximara.

ESCENA I

DON PEDRO Y RODOLFO

DON PEDRO — (*Fatigado apoyándose pesadamente sobre el bastón*) — Ya lo ves tú, arrastrándome, llegando hasta aquí á duras penas, encadenado por este maldito reuma que atenaza mis músculos y enmohece mis articulanes... (*Sentándose en un sillón en segundo término*) Y tú... qué cuentas?

RODOLFO — Yo?... pues nada!

DON PEDRO — Con que todavía en pleno temporal, eh?...

RODOLFO — Ya lo ve usted, manteniéndose á la capa; sin dormir; con los fuegos encendidos, y... esto es lo grave, sin señales de salvataje ni indicios de bonanza!...

DON PEDRO — Pués buen final el de tu aventura!... Qué día el de hoy!... qué escenas!.... qué sofocones!...

RODOLFO — Mi suegra, hecha un ají: huraña, feroz, terrible.... Mi mujer, desmayo tras desmayo, sin tomar alimentos, ni decir esta boca es mía... Luego, allá, en el hotel, cuchicheos en las mesas; murmullos en los corredores; chismes en los pasillos... ¡qué sé yo... Y, á todo esto, aguantemos aquello, soportemos lo otro... escuchemos lo de allá... miremos lo de acullá... (*Con gesto convencido*) No hay duda, tío, el papel de casado tiene sus inconvenientes!...

DON PEDRO — Lo que fuera una gracia en un chico soltero es un hecho censurable en todo padre de familia!

RODOLFO — Y lo dicho no es lo peor...

DON PEDRO — Como que el desenlace no ha sido del todo trágico, como en esos dramas de folletín, en que el seductor muere... la adúltera muere... el marido muere...

RODOLFO — (*Sonriendo*) Sí, un desenlace hasta cierto punto feliz, oportuno, chic, elegante!...

DON PEDRO — (*Intrigado*) Y... el marido?

RODOLFO — (*Con displicencia*) Pischtsss!... Valiente comendador! En el primer tren de esta madrugada se la ha llevado, y

eso sin sospechas ni indicios de lo ocurrido; sin la más mínima duda de la fidelidad de su Antonia... Se ha marchado á la lijera, viento en popa, corrido, apremiado por un diluvio de telegramas anunciadores de no sé qué crisis ni de que sé yo cuántas calamidades bursátiles..; obsesionado por el espectro fatal de su ruina; del desastre inminente su fortuna, de la pérdida total de sus millones... Lo dicho: una retirada en regla y altamente oportuna!...

DON PEDRO — Napoleón en su campaña de Rusia!... (*Mirando hacía la derecha*) Hombre!... Ahí viene tu suegra...

RODOLFO — No me deja ni á luz ni á sombra... (*Con decisión*) Pues bien; si me asalta nuevamente... la ahogaré, si señor, y... viento en popa también ella!... (*Medio mutis de Rodolfo*)

ESCENA II

LOS mismos Y MISIA CLETA. Luego, LUCÍA Y BEBÉ

MISÍA CLETA — (*Aproximándose á Rodolfo que, distraido, finge observar el horizonte*) Caballero!... (*Insistiendo nuevamente*) Caballero!... (RODOLFO *dáse vuelta bruscamente y la hace una muda reverencia.*)

MISÍA CLETA — (*Levantando la voz*) Caballero... la acción que usted ha cometido es simplemente una villanía, una monstruosidad... una...

RODOLFO — (*Con gesto altivo, cortándole la frase*) Señora... mídase usted!

MISÍA CLETA — No me callaré. Esto mismo se lo diré á usted ahora, mañana, siempre... Sí, seré su sombra, su fantasma, su remordimiento que le persiguirá á usted más allá de la tumba!

RODOLFO — (*Alterado*) Señora, por favor, repito...

DON PEDRO — (*Apaciguándolos*) Paz... paz, que ahí viene Lucía. (*Los tres miran hacia la derecha. Lucía llega pálida y ojerosa, envuelta en un peinador blanco. Camina con paso vacilante y trae cogido de la mano á* BEBÉ. *Evitando mirar á Rodolfo, que ha reanudado su paseo, ella se sienta en último término. A su derecha se sienta* MISIA CLETA, *quien, con signos visibles de agitación, saca de su bolsillo una labor y comienza á hacer malla. Se hace un silencio*).

DON PEDRO — (*A Lucía, con pausada naturalidad*) Es esta una tarde deliciosa. Vea usted, señora, que crepúsculo... Ni un soplo, ni una brisa, ni la más leve bruma... El mar, sereno; el horizonte, pletórico de luz y colorido... Una serenidad dulce... plácida... apacible!...

MISIA CLETA — (*Con ironia. Mirándole á los ojos*) Sí... muy apacible!

DON PEDRO — (*Subrayando las palabras*) Hermosamente apacible... (*Mutis. Un silencio.*

LUCÍA — (*Enjugando una lágrima y atrayendo hacia sí á* BEBÉ) Pobre hijo mío!...

BEBÉ — (*Acariciándola*) Yo siempre te querré mucho, mucho, mamita...

LUCÍA — De veras, hijo mío?

BEBÉ — Sí, mamá, siempre, siempre!

MISIA CLETA — (*Con marcada intención*) Unicamente los monstruos no tienen sentimientos!

LUCÍA — (*Con reconvención*) Mamá!...

MISIA CLETA — Calla, tú; ofendida hasta el alma y todavía!... (*Se hace un silencio*).

LUCÍA — (*Reteniendo á Bebé,*

con lentitud) Pobre hijo mío!... Mi amor ya ha concluido. El cierzo del desengaño ha nevado en mi corazón... Ahora, que sólo seré un ente, un autómata, un espectro errante y sin alma, sólo en tí cifraré mis esperanzas!... Todas mis dulzuras serán tuyas... Todos mis anhelos serán tuyos... De tí, que lograrás evocar en mi espíritu los años más felices de mi vida; los tiempos más dichosos de mi adolescencia... (*Como ensoñando el pasado*) Mis días más venturosos de colegiala..; aquellas auroras color rosa..; aquellas tardes muy azules..; aquellos crepúsculos de añoranza, cuando todo en mi era regocijo.., dicha.., ensueño.., ilusión... (*Quèdase meditabunda, con la mirada divagando en el vacio. Mutis.* MISIA CLETA *hace malla;* DON PEDRO *fuma un cigarrillo;* BEBÉ *juega á los pies de* LUCÍA *con un cestillo lleno de arena, conchas marinas y algunos cangrejos*).

BEBÉ — (*Soltando á reir* Ja! ja! ja!... Papaíto... Papaíto!... (RODOLFO, *siempre en sus paseos no le escucha. — Insistiendo*) Papaíto!... papaíto!... qué tenés?... estás enojado?...

RODOLFO — (*Como despertando de sus meditacianes*) Qué dices, hijo mío?

MISIA CLETA — (*Iracunda, con despechada ira*) ¿Hijo mío?... ¡qué sacrilegio!

BEBÉ — (*Mostrando á* RODOLFO *un cangrejo*) Te queria decir una cosa, papá... Te quería decir... Ja! ja! ja!... que... que.,. que este cangrejo es igualito á un hombre. Deveras; Mirá que bigotes tiene y cómo camina!... ¿No es cierto lo que digo, mamá Cleta?

MISIA CLETA — (*Con senten-ciosa malicia*) Si todos los hombres malos y los maridos infieles fueron cangrejos, no se verían tantas infamias en el mundo!

LUCIA — (*Reconviniéndola con un gesto*) Mamá!...

MISIA CLETA — Lucia!...

LUCIA — (*Incorporándose*) Si te empeñas... me marcharé! (*váse lentamente por la izquierda*).

MISIA CLETA — (*Siguiendo sus pasos*) Calla, tontuela!... Hasta cuándo serás la misma timorata y... (*Váse con Lucia — Silencio*).

ESCENA III

RODOLFO, DON PEDRO Y BEBÉ

RODOLFO — (*Mirando hacia donde han partido*) La pobrecilla es buena... Incapaz de guardarme rencor... Estaría conmigo á partir un confite dentro de una hora; pero... con esa fiera á su lado, hasta las palomas se vuelven buitres!

DON PEDRO — Pobre Lucia!... Un alma buena... un alma santa... un alma dulce...

RODOLFO — La felicidad de cualquier otro hombre que no fuera yo... La compañera invalorable de otro ser cuya voluntad fuera menos compleja y más humana que la mía!... (*Con desaliento*) Pero yo... seré siempre yo... El escéptico.., el gastado.., el incansable buscador del placer.., el judío errante y maldito que camina.., camina.., camina siempre en pos de una felicidad nunca finita!!... (*Mutis*).

DON PEDRO — (*Con amarga ironía*) Mi discípulo!

RODOLFO — Sí, y usted, mi maestro!

DON PEDRO — (*Con tristeza*) Un maestro ya en decadencia; una chispa errante de un sol

que fué; algo que ya se apaga, que se esfuma, que se desvanece... Algo que se va... se va... se va...

RODOLFO — Sí, el eterno retroceso, el declive, la bajada...: otra vez el llano que nos conduce hacia el abismo.

BEBÉ — (*Insistiendo, palmoteando y dándole á Rodolfo un cangrejo*) Sí, papá, tiene bigotes y camina!

RODOLFO — (*Examinando con curiosa atención al crustáceo*) Pues vaya una ocurrencia más feliz la de este chiquillo!... (*Con convición*) Y en verdad que le es... Claro! Natural! No hay duda!...

DON PEDRO — (*Irónico*) El pendant del hombre-mono del gran Darwin. Bebé lo ha dicho, aunque la comparación resulta un tanto burda por lo infantil...

RODOLFO — Antonia... Lucía... Misia Cleta... acaso éste, (*señala á Bebé*) todos pobres caminantes errabundos, sin norte, sin brújula, azotados á cada hora por el rudo oleaje de la existencia... Los rezagados de la Vida. Aquellos que llevan plomo en las alas y un espejismo de bruma ante sus ojos!...

BEBÉ — (*En cuclillas, jugando siempre con el crustáceo*) Todos caminan para atrás, no es verdad, tío Pedro?

DON PEDRO — (*Sin escuchar á Bebé*) Cuestión de miras.., de temperamentos.., de modo de ver...

RODOLFO — (*Animándose por instantes*) Yo no soy un rezagado... Yo soy el fuerte; yo soy el luchador; yo no miro hacia el Porvenir ni hacia el Pasado... Yo gusto del Presente todas sus ambrosías y... sonrío sus miserias, sus farsas, sus prejuicios!

DON PEDRO — Eres el Superhombre; el egoísta: aquel que saborea su felicidad gota á gota sin reparar en medios ni intimidarse ante obstáculos.

RODOLFO — El médico no titubea cuando corta la llaga para que la Vida surja. Y la vida es Felicidad; el Dolor es agonía; la agonía es la Muerte... El Pasado es la noche, el crepúsculo lo que fué... El Porvenir... Ah! el Porvenir es el mañana, lo ignoto, acaso la quimera... acaso lo imprevisto!

DON PEDRO — Tú lo has dicho. Vives la Vida y la ríes...

RODOLFO — Vivo el Presente porque él me pertenece y él es mío... Yo me adapto al medio y á la hora: nada más... Mi reloj no adelanta ni atrasa... Vivir. Saber vivir: este es mi lema!

DON PEDRO — El lema del vencedor, de aquel á quien lo ido no retiene ni el futuro no le arredra...

RODOLFO — Si mía es la Dicha no la rehuso (*Con risa sarcástica*) Soy un avaro de mi felicidad!... (*Con displicencia*) Qué la Vida...

DON PEDRO — (*Con amargura*) después de todo... (*Mutis de Rodolfo y de don Pedro*).

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos y MISIA CLETA y LUCÍA por la izquierda. Luego, señor MONDEJA y MONINA.

MISIA CLETA — (*Ofreciendo á Lucía una silla*) Ven. No seas niña... Estás fatigada y un reposo te vendrá perfectamente.

LUCÍA — (*Con desgano, sentándose después de una breve vacilación*) Ay! otro reposo necesitaría yo... (*Quédase como ensimismada.* DON PEDRO *la observa.*

MISIA CLETA *ha reanudado su labor.* RODOLFO *parece haber reconcentrado toda su atención en la contemplación del paisaje que comenzará á esfumarse ligeramente.* — LUCÍA, *abstraida, dialogando consigo misma)*—Yo entonces era muy joven. Aún era una niña . . . sí . . . era una niña . . .

DON PEDRO — (*Observándola, meneando la cabeza con desaliento*) Siempre el Pasado . . . Aquello que recordamos con más placer; el espejismo engañador; lo que nos hace soñar . . . soñar . . . siempre soñar! . . .

LUCIA — (*Suspirando*) Sí, sí, lo que ha sido... Lo que fué... Lo que no vuelve . . . Lo que no volverá nunca . . . nunca . . . nunca ! . . . (*Breve silencio. Pronto se oyen voces dentro*) — VOCES — (*dentro*) Aquí están ! . . . Aquí están ! . . . (*Aparecen por la derecha* MONDEJA Y MONINA. *Esta última viste abrigo. Ambos traen consigo valijas y maletas de viaje.*)

MONDEJA — (*Fatigado y con júbilo*) Al fin hallamos á ustedes ! . . . Cómo que hemos recorrido toda la playa y . . . nada! . . (*Observándoles con atención*) ¡ Hola, en familia, eh ! . . . en familia ! . . . ¡ Oh, no hay nada como la familia, la paz doméstica, la tranquilidad del hogar, la . . .

MISÍA CLETA — (*Con sorna*) Buena paz tenemos nosotros por dentro !

RODOLFO — (*Reparando en las valijas y trastos que ambos cargan*) Qué veo ? . . . Acaso ustedes se marchan ? . . .

DON PEDRO — Así, tan repente?

MONINA — (*Indicando á Mondeja*) Este así lo ha dispuesto, y . . . como que la mujer debe siempre obedecer al marido . . .

LUCÍA — Cierto ! . . .

MISÍA CLETA — (*A Don Pedro*) Obedecer al marido ? . . . hacer siempre lo que él mande ? . . . Lindas estaríamos nosotras, las mujeres . . . Pués no es nada lo del ojo !

MONDEJA — Sí, señores, como ustedes lo oyen: en el tren de las siete y treinta partimos para Montevideo . . .

LUCÍA — Y esta marcha tan precipitada ? . . .

DON PEDRO — Acaso algún llamado urgente . . .

MÓNDEJA — Oh ! no, señor ! . . . Mis deseos eran permanecer en estos parajes una quincena más ; gozar de estos céfiros marinos y de estas brisas salúbricas . . . pero, ¡ hay que ser prudentes ! Anoche á Monina no le ha sentado bien el descote . . . Tosió . . . estornudó dos veces . . . y . . . vaya !, ustedes comprenderán : la estación avanza y es de temer los constipados, las influencias, las pulmonías, las tuberculosis, los . . .

MISIA CLETA — Jesús !

MONDEJA — Con que . . . prudencia y á casita, que allí no soplan aires colados ni . . . (*A* DON PEDRO) tampoco hay atentados contra el pudor ! . . .

RODOLFO — Pues hacen ustedes perfectamente.

MISIA CLETA — (*A* DON PEDRO) Lástima no habérseles ocurrido antes ! . . .

MONDEJA — (*A* MONINA. *Con afectuosa solicitud*) No te duele nada, nada, nada ? . . .

MONINA — Nada, nada, nada.

DON PEDRO — Qué le vá á doler, hombre ! . . . qué le va á doler ! . . .

MONDEJA — (*Consultando la hora*) Las siete y cuarto . . . pues no hay tiempo que perder . . . (*Saludando*) En fin, ya saben ustedes, hemos tenido la mayor honra en conocerlos . . . Manolito

Mondeja... (*Indicando á Monina*) Monina Sancho de Mondeja. Los dos servidores de ustedes y fieles amigos hasta la eternidad... (*Se despiden y vánse por la derecha. — Breve pausa*).

Misía Cleta — Buenos amigos tienes, Benito!...

Lucía — Sencillas gentes!...

Don Pedro — Buenos... como el pan!

Rodolfo — (*Riendo*) Otro par de rezagados!;: A esa edad, pudiendo ser ya abuelos y... ¡ Cómo si recién empezara la mostacilla! (*Mutis*)

Mondeja — (*Apareciendo nuevamente*) Ah! me olvidaba decirles: Miguelete 2.001, á sus órdenes... Segundo piso... A la izquierda y en el vestíbulo una puerta verde les indicará á ustedes... (*Vase.*)

Lucía — Bien. Tendremos presente.

Don Pedro — Abur!

Misía Cleta — Y qué yo no les vea!

Rodolfo — Lo dicho: en plena mostacilla! (*Se hace un silencio. Luego,* Rodolfo, *apartándose á un lado con* Don Pedro.) Escuche, tío: la tormenta aún no ha pasado... En estas rencillas domésticas no hay nada mejor como el alejamiento momentáneo... Con que así... Voy con ellos y en tanto usted... apacigue, apacigüe...

Don Pedro — Excelente idea!

Rodolfo — (*Levantando la voz y llamando hacia donde se han marchado los Mondeja*) Señor Mondeja!... Señor Mendeja!... Que voy con ustedes á acompañarles hasta la estación. (*Dirigiéndose á los suyos*) Pronto vuelvo... Un cuarto de hora á lo más... (*Vase*).

Misia Cleta — (*Apartándose con don Pedro*) Don Pedro, ó yo veo visiones ó este bribón de mi yerno también se las quiere guillar para Montevideo en busca de esa Antonia... Pero, si él así piensa, juro que lo haré detener ahora mismo por la policía!...

Don Pedro — Pero, señora, no sea usted tan mal pensada!

Misia Cleta — Nada!... nada!... (*A Lucia*) Voy hasta el hotel y enseguida...

Lucía — Bien, mamá; yo la aguardaré á usted.

Bebé — Hasta luego, mamita!

Lucía — Ven pronto, hijo mío! (*Se van. Un silencio. La noche se va haciendo. Los ventanales del hotel se iluminarán á la distancia*).

Don Pedro — (*Sentado á la derecha de Lucia; con disvlicencia y saboreando un cigarrillo*) Si, mi buena señora... la vida es así..: triste, risueña.., ridícula... ¡ Bah!...

Lucía — (*Sin escucharle; en actitud de alucinada; mirando alejarse á* Bebé *y como hablándole*) Sí... Bebé... ahora, todas mis ternuras serán tuyas...; todos mis anhelos serán tuyos... De tí, sólo de tí, que lograrás evocar en mi espiritu los años más felices de mi vida; los años más dichosos de mi adolescencia; mis dias más venturosos de colegiala... (*Como ensoñando el Pasado*) Aquellas auroras color rosa..; aquellas tardes muy azules..; aquellos crepúsculos de añoranza.., cuando todo en mi era regocijo.., dicha.., ensueño.., ilusión... (*Mutis*).

(Telón lento)

Prosa romántica

La conocí una tarde melancólica.

No era élla una germana romántica de aquellas que hicieran llorar á Heine, en vez de lágrimas, sus idílicas estrofas: suaves, como la suavidad de un beso enamorado; puras, como la pureza del epitalamio de dos suspiros correspondidos: pero, si era adorable y dulce, con esa dulzura enebriadora de las vírgenes hermosas de cabelleras áureas, que, en las noches azules, se refrescan en las aguas bohémicas de las orillas germánicas del Rhin.

La conocí y la amé.

Su tocado nupcial adornado con un ramo de azahares cuyos botones parecían lágrimas blancas que el Angel del Amor hubiera vertido sobre su cabellera rubia, hacía el contraste de una turquesa de perlas engastadas en el metal de la esterlina ingle sa. Y su talle triunfal, y su andar acompasado de emperatriz egipcia, fascinaron mi espíritu en la ráfaga eléctrica de una mirada escudriñadora.

Y la seguí enamorado.

Después de atravesar las calles solitarias de la ciudad silenciosa, llegamos á la encrucijada de las selvas: suspiraba el bosque, las ramas unas á otras se besaban silenciosamente, y las aves, en su idílio crespucular, gorgeaban su cántico nupcial al dúo rítmico de las hojas secas que caían al suelo desprendidas de los árboles frondosos.

Nos hablamos...

Nos hablamos, primero en el lenguaje de los ojos, mudo y silencioso, pero hondo y significativo; y, luego, sus labios, como las fresas mitológicas de la Attántida, dejaron escapar una sonrisa, y tras esa sonrisa de virgen enferma de la nostalgia de pasión sublime, surgió el verbo de la diosa que llegó á mis oídos con la dulcísima suavidad de una nota de Beethoven. En el gesto de su semblante nostálgico, y en el silencio de sus ojos, que armonizaban con las modulaciones de sus labios de púrpura, adiviné el gran misterio de la pasión volcánica que incendiaba su corazón de virgen, y no pude menos que, en un arranque de frenético cariño, hacerla prisionera en mis brazos, para luego sellar sus mejillas con un beso que las tiñera en el rojo de mis labios insaciables.

¡Nos habíamos comprendido!

Luego nos separamos para volver cada uno á su morada, quedando á vernos todos los días, á la hora del crespúculo, en la vereda del bosque, bajo las ramas de los árboles frondosos donde las aves gorgean su cántico nupcial.

Cuando llegamos á la ciudad, se despedía la tarde, se despedía al arrullo de la música solemne del frondaje de las selvas, con la tenue sonrisa de un bosquejo de primavera en la rara melancolía de los crespúculos otoñales.

MANUEL RODRÍGUEZ TOVAR.



La cosecha

Para APOLO.

Allí están, son los parias de la vida.
Es en el mes de Marzo: la cosecha
los arranca del lóbrego tugurio,
mansión de sus dolores y tristezas,
y los arrastra á la campiña fértil
á recoger la ofrenda
que generosa brinda la Natura.
Roja aurora preñada de promesas
viste á todos los campos de esperanza
y los hombres nervudos y las bestias
beben la vida en el ambiente sano...
y es como una excitante borrachera!

Varios meses atrás, los mismos parias
abrieron las entrañas de la tierra
y vertieron el germen de otras vidas
en los surcos dejados por las rejas.
Sudaron mucho al preparar los campos
para que fuera pródiga la siembra...
y hoy sudan como ayer... ¡hoy sudan mucho
en la dura labor de la cosecha!...
Y sudan para otros: ni sus hijos
tendrán el fruto del sudor, sus fuerzas
servirán para dar vigor á todos
esos que viven de la savia ajena!

Buenos Aires 1907.

ALEJANDRO SUX.

Paisaje

A Guzmán Papini.

Para APOLO.

Hora de siesta. El sol ardiente baña
la faz enardecida de la tarde,
y su beso de fuego tiembla y arde
en la inculta región de la campaña.

La ignición de la atmósfera se empaña
en un espasmo de sopor; cobardo
corre, la brisa y en canoro alarde,
dice un boyero su canción extraña.

Vislúmbrase á lo lejos la alta sierra
de lujuriosa floración henchida;
una vacada por los campos yerra;

un toro muge, la cerviz erguida,
y cuádrase en el plano de la tierra
como en una apoteosis á la vida!

JOSÉ VIANA.

Arpegio

Para Apolo.

Recuerdo de María Antonia W.

Florirei as pedras pelos maus caminhos...

Guerra Junqueiro.

Nuevamente he paseado — por la playa do otrora —
Elaboró el Idilio — fantásticos mirajes —
Con raudal de fulgores — de una mágica aurora —
Con secretas rapsodias — de brumosos paisajes...

Y he evocado decires — de su voz seductora —
En la cual flautas de oro — la servían de pajes —
Y liturgias eximias — de su alma canora —
Como el azul del cielo — las selvas, los oleajes...

¡También han revivido — los sollozos profundos —
De nuestra despedida — el beso de dos mundos...
De la América joven — toda primaveral —

Y las maternas tierras — de la Europa Gloriosa —
Donde Grecia ha brillado — como Suprema Diosa —
Mostrando los oasis — sidéreos del Ideal!

Julio Raúl Mendilaharsu.

Bournemouth—Setiembre de 1907.

La musa del prisionero

Nitakris infiel

Noche egipcia. Blanco Isis
Las verdes aguas del Nilo
Riela con luz de berilo
Cabe el templo de Menfis.

Del perro-sacro Annubis
Bajo la panza, en sigilo,
Su amor al bello Diphilo
Da la reina Nitakris.

Y muda como la Esfinge,
Cómplice de la que finge
A su rey honda pasión:

Bajo la luz selenita
Calla la guardia menfita
Su desventura al Faraón.

Margarita

De una Germania nivosa
Eres blonda Margarita,
La que en mi sueño me acosa
Y la que el sueño me quita.

De «faïence» primorosa
O japonesa laquita,
De tu amor la nebulosa
Me convierte en selenita:

Que haces que viva en la luna
Si con tu amor me importuna
Tu travesura infinita,

Terracota artificiosa
De una Germania nivosa:
¡Oh, mi blonda Margarita!

Adriano M. Aguiar.

Señora...

Para Apolo.

Hoy he amanecido con un poco de buena
voluntad. Y es seguro que en mi pobre ventana,
han querido las aves cantar esta mañana
con más amor y más armonía serena.

Pero este enrarecido pesar que me envenena
quiere que en mí cualquier sonrisa sea vana,
y es por esto que el sol filtra por la persiana
un poco más alegre sin alegrar mi pena.

¿Estoy enfermo acaso de algún mal incurable
y hondo, que no me deja respirar alegrías
ni ver nada que sea placentero y amable?

Es posible, Señora... Pero es bien verdadero,
que sin amor me muero de tristezas muy frías
y si me besa un poco el amor, también muero...

Benjamín de Garay.

Buenos Aires, 1908.



En el templo

Para Apolo.

Te vi sola en el templo cruzar la extensa nave
Y fijarte en la imagen de la virgen María,
Mientras el viejo armonium con ritmo lento y suave
En la vaga penumbra tristemente reía.

Cual si te atormentara alguna pena grave
O cómo si esquivaras la claridad del día,
Te ocultaste en la sombra, y diste vuelo al ave
De tus hondas nostalgias y tu melancolía.

Yo que también soñaba con la música triste,
Y hasta me habia olvidado de todo lo que existe
Para pensar en algo divino junto al ara,

Sentí en la estancia mística como vuelos paganos,
Cuando el velo apartaste con tus gráciles manos
Y me embrujó el prodigio de tu belleza rara.

Guillermo Lavado Isava.

La Victoria, Venezuela 1908.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

FIAT LUX *(Poemas varios)*, *por José Santos Chocano — Librería de Pueyo — (Madrid)* — Constituye este libro una selecta recopilación de poesías publicadas hace mucho tiempo algunas y las otras inéditas. En él, Chocano se presenta como un poeta amplio y vigoroso que no hace cuestión de escuela para crear belleza. *Fiat Lux* está dividido en tres partes: *Poemas clásicos*, *Románticos* y *Modernistas* y trae un hermoso prólogo de Andrés González Blanco.

OJO Y ALMA *(poesías)*, *por Santiago Argüello — Librería de Bouret — (París)* — El autor del «Viaje al país de la decadencia» nos ha obsequiado con un ejemplar de su último libro de poesías que lleva el sugestivo título de «Ojo y Alma». Argüello no sigue ninguna escuela; se mantiene libre, y es un ferviente adorador de lo bello. «La verdadera desnudez de Friné» y «Las elegías del labrador» que pertenecen á ese libro, son verdaderos modelos de arte literario.

BALADAS, *por Luis de Oteiza — Madrid* — La importante casa editorial de Gregorio Pueyo acaba de enviarnos el nuevo libro del exquisito autor de «Brumas». «Baladas» es un volumen de poesías emotivas, de colorido intenso y gran potencia imaginativa. Las poesías «Pena blanca», «Flor de almendro», «Una balada de Heine» y «La Balada del órgano» son dignas solamente del espiritu heiniano. Luis de Oteiza es, después de Juan Ramón Jiménez, el temperamento que más se acerca al del suave poeta del Rhin.

EL SALTO DE LA NOVIA, *(novela) por Rafael López de Haro — Librería Pueyo Madrid* — Con un hermoso prólogo de E. Ramírez Blanco, López de Haro acaba de remitirnos su última producción literaria titulada *El salto de la navia.* Bien escrita, con páginas admirables por su colorido realista, con pinceladas maestras de observación sagaz y bien elaborada, *El salto de la novia*, aunque se resienta en su parte psicológica por falta de hilación y de verosimilitud, sustenta sin embargo una tesis humana y cruel por lo tanto. Su autor con ella se conquista lugar preferente entre la juventud nueva de la España moderna. Personal en el estilo, atrevido en la exposición de ciertos hechos, demuestra López Haro en toda su nueva obra grandes condiciones de novelador que ha sabido adunar á las bellezas de un estilo moderno, el nervio del pensador.

LOS BUITRES *(cuentos)*, *por Angeles Vicente — Librería Pueyo — Madrid* — Una serie de cuentos admirables forman la obra «Los Buitres», de Angeles Vicente. No conocíamos nada de esta autora y á fe de sinceros confesamos que la lectura de todas las narraciones cortas que constituyen el volumen cuyo recibo acusamos, nos ha sorprendido agradablemente. La Vicente, ha escrito páginas admirables de una exquisita sencillez en la tesis, pero que no por eso dejan de producir una agradable sensación emotiva en los espíritus refinados. Tanto en la forma de exposición como en el broche con que cierra cada una de las páginas de «Los Buitres», la Vicente se revela nueva, con un criterio amplio, tal vez algo incomprensible para la mayoría de los lectores que no saben de las delicadozas del alma y de los resortes que pulsa la emotividad del artista.

DESPERTAR — *(novela)* — *por Carlos Suriguez y Acha — N. Tommasi — Milán — Italia* — Pertenece esta obra á la categoría de las de lucha. Suriguez y Acha desarrolla en ella un concepto social superior que no es socialismo, ni acratismo, pero que tiene un algo de ambas teorías modernas. ¿Vale la obra? En el reducido espacio de una nota bibliográfica no puede hacerse el análisis debido para arribar á una afirmación contundente. Sin embargo, haciendo abstracción de ciertas hinchazones y defectos de forma hemos encontrado en toda ella páginas admirables, observaciones valiosas y más que nada una orientación en el autor sana y meritoria. Cambiando el método de novelar, podando algo del afán que muestra Suriguez y Acha á filosofar por su cuenta, haciendo abandono de los personajes que se mueven en la novela, es decir, dando mayor movilidad á los protagonistas de la obra, llegará Suriguez y Acha á ocupar un lugar de preferencia entre los novelistas americanos. Tiene las dos condiciones primordiales de todo novelador: sagacidad de observación y facilidad para urdir una trama novelesca interesante.



Conferencia Sassone

En los primeros días del mes pasado nuestro amigo el escritor peruano Felipe Sassone dió una conferencia en el Ateneo sobre el modernismo en la literatura española. Nuestra opinión sobre dicha conferencia es contraria á Felipe Sassone, como se lo ha dicho verbalmente nuestro director. Hemos leido detenidamente las obras de algunos escritores españoles que él ataca: Felipe Trigo y Blasco Ibañez, y vemos que sus ataques son infundados ó exagerados, pues usando el criterio valbuenista que él empleó en aquel acto, toda obra resulta *mala* por más *buena* que ella sea.

Concurrió á oir la conferencia un selecto grupo de intelectuales y amateurs.

Voces americanas

Una de las más interesantes revistas de arte y sociología que se publican en América, es sin duda alguna APOLO, lujoso cuaderno mensual que exorna sus páginas con las más brillantes plumas del continente. Su director, el joven poeta uruguayo Pérez y Curis. se ha propuesto que APOLO sea el portavoz de la cultura literaria y científica de estos países de lengua castellana, y al efecto la revista circula profusamente en las diversas capitales americanas.

Pronto implantará en Chilo una agencia para su venta al público, y de su éxito responde la bondad de su material, tanto en grabados como en selecta lectura.

Dentro de poco, pues, nuestro público podrá apreciar una de las más bellas manifestaciones del esfuerzo intelectual de esta parte del continente, y ello resultará seguramente para nosotros provechoso, toda vez que no tenemos en el país una publicación que responda al elevado concepto de cultura que alcanzamos.

Hay que felicitarse de ello. Ya que nuestras revistas no pasan más allá de simples esfuerzos aislados y fugaces, cuando no llegan á convertirse en escaparates de monerías y de simplezas, en las que se escriben lucubraciones latosas y danse escandalosos zarpazos á Mæterlinck, la obra de un intelectual sudamericano que así tan fraternalmente aduna los esfuerzos artísticos de los diversos paises de habla castellana, resulta muy noble y simpática.

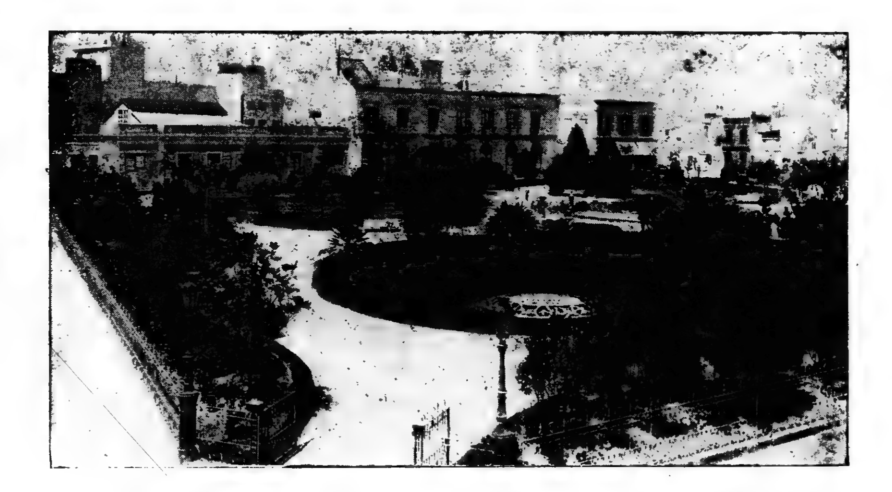
Por nuestra parte, enviamos un sincero aplauso al director de APOLO. — De *La Prensa*, Santiago de Chile.

« APOLO »

Hemos recibido el número 15, correspondiente al 1.º de Mayo, de esta importante revista de arte y sociología, que dirije en Montevideo el brillante literato Pérez y Curis.

APOLO es, sin disputa, la mejor publicación literaria de cuantas aparecen allende los Andes. Otras tienen más presentación, grabados multicolores, actualidades políticas y cuanto constituye un atractivo para el público grueso; pero ninguna reune un material literario tan escogido, ni signado por tan prestigiosas firmas como APOLO.

El número de que acusamos recibo, trae colaboración inédita de Vicente Medina, Amado Nervo, Vargas Vila, Manuel Ugorte, Miguel Luis Rocuant, Ovidio Fernández Rios, Moreno Alba y Pérez y Curis. — De *La Ley*, Santiago de Chile.



Rosa Ignea

Por Pérez y Curis

« ¿Me amas? — clamaron ambos.

Y para disipar sus dudas bajo la sonrisa virgiliana de la tarde, en aquel campo poblado de harmonías idílicas, sus labios respondieron con un beso puro y sonoro como el eco de un arpa de cristal.

En la bóveda del cielo constelado de nubes de calcio y arreboles de cinabrio, reía la luz del sol como un baño de oro luminoso, bermejo hacia el horizonte cubierto de cendales anaranjados cuyas tonalidades de fuego reflejaba el espejo azur de la mar adormecida; sobre las rosas y los claveles abiertos como haces de rubíes alados, posaba el aura su pie etéreo, intangible, y al oscilar sobre la púrpura de sus pétalos, emanaba de ellos como una onda de lujuria que excitaba á los amantes con el encanto que el recuerdo de otra hora pasional pletórica de emociones é inquietos deseos provocaba en sus espíritus.

— Sí, me amas — murmuró Claudio después de un momento de silencio.

Y, mientras las manos de Ofelia palpitaban en las suyas, en abandono de alegre voluptuosidad, volvió á besar los labios de la amada que se abrían como una rosa sanguínea en día primaveral. Y siguieron por un estrecho sendero donde álamos erectos alternaban con inarmónicos eucaliptos cuyo aroma inundaba, al pasar, sus corazones en flor.

Iban quedo, bañados por las últimas fulguraciones del sol que caían soslayadas y febles sobre un arroyo cercano y fingían extrañas palpitaciones de golfanes de oro sobre el haz de sus ondas azules.

— ¿Ves aquello? — dijo Claudio prontamente, muy conmovido, nombrando á su compañera y enseñándole una pequeña eminencia tapizada de césped y de trébol que se erguía en el límite del sendero.

— ¡Ah, sí! Ya recuerdo — respondió Ofelia, tímida y emocionada — el antiguo refugio de nuestras almas. ¡Qué tiempo feliz aquel! Sufro nostalgias al evocarlo contigo. ¡Y pensar que aquella felicidad ha muerto para siempre! ¡Qué lástima! ¿Verdad?

— Te equivocas, Ofelia. No ha muerto todavía. Aún podemos volver á aquella vida de afectos y de amor inagotable. El hombre,

á quien debes por el rito y por la ley, fidelidad y obediencia, no puede reinar en tu corazón virgen de toda impureza. El te tortura y te lleva hacia el abismo. Tu vida es débil esquife á merced de los vientos de sus iras. ¿Por qué idolatrarle entonces? ¡Ah, no! Tú le has entregado el cuerpo; no le entregues jamás el corazón, que para eso eres fuerte.

— Ya sé, Claudio, pero la vida es triste, tan triste... ¿sabes? Y amargarla sería aberración.

— No amargarías tu vida ¡oh, mi amada! buscando el norte de tus regocijos íntimos amenazados ahora y prontos á extinguirse en el caos del olvido. Desecha esos pensamientos y ese amargo escepticismo que no suscitan sino querellas, y hablemos de nuestro amor. Volvamos á él. Acaso sus alegrías reflorezcan en nuestros corazones torturados por la ausencia. ¡Oh, la ausencia, la ausencia! ¡Cómo exaspera el dolor de los que aman!

Se había sentado á la vera del camino, bajo un álamo frondoso en cuya copa desgranaban sus arrullos enamoradas palomas de irisado plumaje. Ella se sentó á su lado. Su cuerpo se estremecía ceñido por los brazos del amado, y el ritmo de sus senos, insólito, acelerado, se producía en un crescendo casi imperceptible. Después, sus ojos negros de ébano que resaltaban fogosos en el óvalo lácteo de su rostro, se hundieron en los de Claudio, como haciéndole una súplica silenciosa, elocuente, pertinaz.

— ¡Oh, mi rosa ignea! — murmuró él entonces — Me amas ¿verdad? Como en aquellas horas en que te decía el poema de mi amor, y nuestras carnes temblorosas de deseo languidecían en comunión de besos, mientras mirábamos desde lejos la ventana de tu estancia que se perdía poco á poco, como un ave en el espacio, como un perfume, como una nota, como una esfumación en la penumbra.

— ¡Oh, bien-amado, bien-amado! Siempre fué tuyo mi corazón; sólo á ti te pertenece. Ese hombre ha sondeado los arcanos de mi cuerpo que para ti no existen, pero mi corazón está consagrado á ti. Por eso vivo con él una vida tediosa, exenta en absoluto de sensaciones, llena de vulgaridades; una vida animal, en fin. ¡Y sufro tanto, tanto! Cuando sus brazos me oprimen, y sus labios sensuales buscan efímero deleitamiento en los míos, mi corazón experimenta un sentimiento de repulsión enorme, y acaso de odio. Entonces te evoco á ti. Eso prueba que te amo y que te prefiero á él.

(Continuará)

APOLO

AÑO III

Número 19

REVISTA DE ARTE - - -
- - - - - Y SOCIOLOGÍA
- - DE PÉREZ Y CURIS - -



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES
✣ SANTIAGO DE CHILE ✣

SEPTIEMBRE DE 1908

APOLO

REVISTA DE ARTE - Y SOCIOLOGIA -

SEPTIEMBRE DE 1908

ESTE NUMERO CONTIENE:

GRABADOS: Paisaje, Domingo Arena, Paisaje, Angélica Kauffmann (cuadro de Reynolds), Copia de otro cuadro de Reynolds y Carlos María de Vallejo.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 19. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Septiembre de 1908.

Palabras políticas de Vargas Vila

El sueño del Tetrarca

Desde el Tratado de Westphalia, tan enfáticamente llamado el CÓDIGO DE LOS PUEBLOS, el Gobierno de la Europa, no ha sido, sino un verdadero estado de sitio, bajo cuya abrumadora inanidad se siente clamar los pueblos:

espíritus llenos de una sencillez prudhomesca, han elogiado hasta el ditirambo la diplomacia de ese Congreso, que no proclamó ante el mundo, sino un solo derecho: EL DEL MÁS FUERTE;

esclava de la Fuerza, la Europa, no ha podido concentrar su esfuerzo sino en la conservación de una paz armada, cuyo triunfo efímero, es más terrible que el de las más sangrientas derrotas:

la obra de todas sus Cancillerías, ha sido la combinación de un esfuerzo Diplomático-Militar, tendente á conservar ese estado violento, lleno de luchas instintivas y de competencias apasionadas;

los pueblos han sufrido ese STATU QUO de la brutalidad, ora con una resignación triste, llena de presagios, ora con una violencia creciente, llena de peligros;

la dogmatología de los partidos de la fuerza, ha tendido al imperio de esa paz enferma, como la única salvación de su tradición adentro y de su seguridad afuera; mientras los partidos extremos, se encabritan contra esa paz, y zapando los cimientos medioevales de las actuales formas de Gobierno, combaten abiertamente la guerra por la revolución en las conciencias, y los ejércitos permanentes por la abolición del servicio militar;

entre el arcaísmo oficial de los unos, y el materialismo gubernamental de los otros, los hombres de Estado, desorientados y dudosos, se suceden en el Poder, agitándose en el vacío y fracasando en la impotencia, sin encontrar fórmula posible entre la violencia y la debilidad, ni solución entre lo que ha sido y lo que debe ser, ni terreno práctico alguno,

para pactar en una economía de transición, que salve la Europa de este estado alarmante de paz sin tranquilidad y de fuerza sin autoridad, que distingue el estado actual de las naciones;

¿Cómo evitar la guerra?

¿Cómo desarmar la paz?

He ahí, lo que preocupa á los hombres de Estado, fuertes de voluntad, conscientes de su misión superior, deseosos de acabar con esta gestación de cosas sangrientas, y establecer, definitivamente, el Equilibrio y la Concordia de los pueblos;

la astucia y la violencia, continúan en ser la sola fuente del Derecho Público, y la Fuerza, el solo Poder dictando al ruido del cañón sus leyes en forma de Tratados;

y, esos Tratados, continúan en mostrar su único principio: LA FUERZA, de la cual, el mundo, parece no poder sacudir la inexorable necesidad;

—

La idea de un PARLAMENTO DE LA PAZ, como la idea del ARBITRAGE, no son nuevas en el mundo de la Política y de la Diplomacia;

ellas, han obsesionado las mentes más ilustradas, y los corazones más generosos, deseosos de acabar, con la Anarquía organizada por la violencia, que es el Estado político de la Europa actual;

en vano, Enrique IV é Isabel de Inglaterra, ensayaron la creación de un PARLAMENTO DE LAS NACIONES, que fuese como un Tribunal Regular del Derecho de Gentes;

esta obra colosal que el gran pensamiento de Sully, secundaba denodadamente, fué muerta por el puñal de Ravaillac, al atravesar el corazón del Gran Rey;

la Europa, la declaró irrealizable;

de esa gran política de los dos primeros soberanos del mundo moderno, Richelieu y Mazarino, no fueron capaces de tomar sino los expedientes; y la idea de aquel Supremo Tribunal internacional, que fuese como la base jurídica de la igualdad de las naciones, fué relegado por la vanidad de los unos y por la inercia de los otros, al limbo de las cosas imposibles;

el cañón desgarró los tratados dictados por la guerra de los CIEN AÑOS y la anarquía creada por el Congreso de Westphalia continuó en reinar.

Esta asamblea plenaria de los estados europeos, fué incapaz de instituír el Tribunal de Derecho Público y el código de las naciones, del cual los pueblos y los soberanos sentían y continúan en sentir, la clamorosa urgencia.

Faltó al de Westphalia, ese carácter legal y moral, que el congreso de Arrás tuvo;

este fué una reunión de potencias mediatrices, reunidas por el solo interés humano de detener una guerra entre pueblos cristianos; y aquel, al contrario, fué una reunión diplomática, de potencias beligerantes, directamente interesadas, siendo jueces y partes, y no teniendo otra inspiración que la dictadura de los ejércitos victoriosos y el juicio, siempre ciego, de la fatalidad de los combates.

los verdaderos diplomáticos, fueron entonces, los grandes generales, dictando como vencedores ó como vencidos, sus leyes á la Diplomacia, á los golpes de cañón que se enviaban del Danubio al Ezcaul y del Pó al Báltico;

de ahí la esterilidad de su obra:

desde entonces, el llamado Equilibrio de las Potencias, no pudo sostenerse sino apuntalado por las bayonetas; y el Derecho Público, no sufrió otros comentarios que los comentarios de la espada;

en vano, los Congresos se sucedieron á los Congresos, sin lograr fundar nada, sobre ese terreno batido por todos los huracanes de la Fuerza;

el Congreso de Nuremberg (1649-1651) como el de Niegmegue, (1696) fueron nulos, á pesar de ser el Papa y el Rey de Inglaterra mediadores;

el de Rysswy en 1697, el de Utrech 1712, el de Aixle Chapelle, bajo la dictadura Franco-Inglesa, que hizo murmurar á España; el de Teschen 1779; el de Rastad 1798 en que se trató sólo por notas; y el de Amiens en 1801, que fué más bien un *pouparleur* entre la Diplomacia Francesa y el Foreing Office, con prescindencia absoluta de todos los demás;

¿he de relatar aquí los cuatro Congresos de la Santa Alianza estériles para el Derecho, como todo lo que salir podía de ese organismo vetusto, enemigo de todo derecho colectivo creado? su sangrienta esterilidad los pone casi fuera de la Historia,

el Congreso de Viena, no fué sino un acto de venganza de los aliados contra la Francia, y, hecho para vengar la güerra y no para evitarla, no merece ser contado entre los Congresos de la Paz:

el 21 de Marzo de 1859 el Emperador de Rusia, en vista de la guerra inminente entre el Austria y el Piamonte, ensayó convocar un Congreso Europeo con el fin de provenírla;

ese Congreso fracasó, por la oposición del Gobierno Austriaco;

en 1863 Napoleón III Emperador de los franceses, después de haber anunciado al mundo que, LA ERA DE LAS CONQUISTAS HABÍA PASADO, invitó á los países de Europa para un Congreso que tenía por objeto: LIMITAR LOS ARMAMENTOS EXAGERADOS Y ATENDER AL ESTADO ENFERMIZO Y PRECARIO DE LA PAZ, en el continente;

esa generosa llamada al interés y á la razón de los Gobiernos, fracasó también;

á ella siguieron de cerca, la Guerra de Italia y la expedición de Méjico, como para demostrar la ironía sangrienta del destino y el ridículo conmovedor que marca la inanidad de la palabra humana, cuando quiere detener con el dique de un vocablo la marea tenebrosa de los hechos por venir;

la rapacidad organizada, continuó en ser la Ley de los más fuertes, y el cañón, en dictar su veredicto, al inerme dolor de los más débiles;

el pensamiento generoso, náufrago de la Diplomacia, se refugió en el cerebro visionario de algunos sociólogos, y la concepción de una Paz Universal, pareció delegada á los limbos de un platonismo lúcido confinando con las fronteras siempre amables del País de la Utopía;

nuestro siglo brutal, de asoladora y ruda vegetación de obras de fuerza, hizo que hablar de esa paz, pareciese, si no un atrevimiento ilimitado, al menos sí, el ensueño del más ridículo candor;

el siglo que Napoleón había inaugurado por la Fuerza, acababa de desaparecer, con rudos alardes de un barbarismo militar omnipotente;

un ambiente bárbaro llenaba

la atmósfera, y el gesto despótico de los hombres armados, era como el augurio del alba siniestra, en que había de temblar el mundo, ante el drama fratricida que la inexorable fatalidad parecía reservarnos.

Fué entonces, que el Soberano absoluto de un país recientemente vencido por la guerra, vino á hablar al mundo de la paz;

fué un vencido de los combates materiales, quien tuvo esa gran palabra de Victoria moral.

Del fondo de su palacio, rodeado de soldados, entre los gritos asordadores del motín, cercado por la revolución y por la muerte, el Czar de todas las Rusias, lanzó al mundo su mensaje de paz, y convocó á las naciones á ese gran Plebiscito del Derecho, que ha sido la conferencia de la Haya, que acaba de cerrarse.

—

Yo, no sé de alguien que haya tomado en serio el Congreso Pan-Americano, de Río Janeiro; ni siquiera Mr. Root, y el Barón de Río Branco, que se guiñaban el ojo, por sobre las cabezas tontaraces y multicolores de sus colegas, inclinadas en señal de adoración, ante el retrato de Roosevelt...

esa mascarada tropical, se desvaneció en el silencio...

pero, no así la Conferencia de la Haya;

ese puffismo ostentoso de los pacifistas, más ostentoso que una obra de misericordia de Carnegie, si fué tomado en cuenta, aunque hipócritamente, por la Europa miedosa, coaligada para admirarlo...

ningún pensador serio, creyó en la eficacia de esa Conferencia;

su fracaso, era previsto, mucho antes de su Sesión Inaugural;

todos sabían, que el sueño del Tetrarca moscovita, sería irrealizable, y, que de su desastrosa inanidad, no resultaría, sino una recrudescencia del instinto guerrero, que trabaja el corazón del mundo, y, una agravación más rápida del anarquismo y el despotismo en los gobiernos;

en cuanto á los diplómatas del viejo mundo, ellos sabían que su misión era la astucia; nombrados para representar la farsa imperial, ellos llenarían su papel sin ninguna convención profesional, dispuestos á cortejar la soberanía de la Fuerza, é inclinarse ante ella, como ante un veredicto de la Divinidad...

en cuanto á los débiles se les había invitado para deslumbrarlos y para humillarlos...

el sabor de militarismo gótico, que distinguió desde el principio la resonante Asamblea, acabó con las pocas ilusiones, que los soñadores del mundo, con un entusiasmo conmovedor, habían sembrado como rosas, sobre aquella muralla de la Fuerza bruta;

el caporalismo Tudesco, imperativo y aleccionado, convirtió desde el primer día, las discusiones de aquel Congreso, en las de un Estado Mayor Universal, arreglando los preliminares de un combate...

en aquella asamblea de la Paz, no se habló sino de la Guerra...

y, como si no fuesen bastantes los discursos de los hombres, las fusiladas japonesas, asesinando la Independencia de Corea, vinieron á unirse á estas deliberaciones...

y, los cañones del Almirante Philibert, violando, los más triviales preceptos del Derecho de gentes, sonaron en la augusta Asamblea, para anunciarle, cómo se asesina un pueblo, cómo se

violan todos los preceptos de la Civilización y de la Humanidad, cuando ese pueblo no pertenece al salvaje comité de los más fuertes...

la sangre de Seoule, salpicó, aquel Tribunal Feudal, presidido por el alma de Moltke, y, el cadáver de Marruecos, cayó en la SALA DE LOS SEÑORES de Holanda, para mostrar á aquellos forzados de la guerra, toda la infame esterilidad de su misión...

en cuanto á nuestra América y, Mr. Choate, como si tradujese bien, el alma aventurera, codiciosa y fríamente cruel de su Amo, se oponía, á la admisión de la doctrina Drago, ese triste harapo de derecho, que su mismo autor acabó por renegar y traicionar...

las colonias americanas (Cuba y Panamá), habilitadas de soberanía provisoria, para los sucios menesteres del sacrificio de la raza, concurrieron con sus amos á la extinción de todo derecho



ecuatorial, fuera de los Delegados, que defienden sus dietas, nadie osará decir, que hemos ganado algo, en aquella comedia irritante, de la cual, el alma de la Justicia estuvo ausente;

mientras se discutía en la Haya, sobre el Derecho de los pueblos, las manos de Mr. Roosevelt, — ese temible clown del pacifismo, — apretaba el cuello de Centro - América, hasta casi ahogarla, porque esos pueblos resistían hasta donde era posible á la panamización lenta del Istmo;

escrito, para nuestra pobre América, una vez más mistificada y vendida; aquellos esclavos, vendidos y no conquistados, pusieron en abandonar á sus hermanos mayor empeño que el que habían puesto antes en abandonar la Libertad y en traicionar la Raza...

¿Tendrá la América ocasión de consolarse de esta nueva derrota de sus esperanzas?...

sí...

el día en que iluminada por un rayo de Damasco, rechace el

Pan-Americanismo corruptor é invasor, y proclamando altamente el Indo-Hispanismo, convoque un Congreso, NETAMENTE LATINO AMERICANO, sin la tutela vergonzosa de los yankees, lejos de su salvaje policía diplomática;

frente á la teoría de la Pasividad, es necesario alzar la teoría de la Actividad...

el pecorismo de nuestra Diplomacia asusta...

pueblos sin iniciativa, pueblos sin fe, habiendo renunciado á la Libertad antes de adquirirla ¿vamos también á renunciar á nuestra nacionalidad antes de defenderla?...

¿imitaremos todos á Colombia?

¿no tendremos como aquella nación, decrépita y desgraciada, una gota de sangre en las venas para verterla á la hora en que la espada de la fuerza, tendida sobre nosotros, venga á mutilarnos?...

no: sólo Colombia, es capaz de producir á Huertas...

sólo Colombia es capaz de coronar á Reyes...

no:

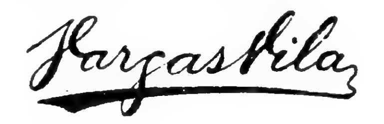
aun hay nieve en las cimas, y, el día que el sol del patriotismo la derrita, bajará sobre la tierra, hecha un torrente de fuego...

y, á esos pueblos, que retroceden vertiginosamente, tan lejos como es posible, hacia la Nada, ese torrente los contendrá como un río invadeable...

y, detenidos en su estupefacción, esos pueblos, darán cara á la Conquista...

y, dar cara á la Conquista, es dar cara á la Victoria...

no mueren otros pueblos, que aquellos que se suicidan...



En el camino...

Para Apolo.

Mi canción ora es triste cual hojas
Que el otoño doliente dispersa,
Esas hojas que hablaban á Werther
De la Muerte con débiles quejas;
Ora tiene un clarín en sus ritmos
Y entusiasta, febril, aletea,
Entregando, orgullosa, á los vientos
Su purpúrea y rebelde bandera
Como un himno que brilla en las cimas
Donde triunfa la luz de la Idea.

Mi canción ora emite sollozos
Como lo hacen las rimas de Bécquer,
De Leopardi, los versos sombríos,
Y la flauta del pobre Verlaine,
Ora expresa con sones de diana
Esperanzas é ideales que mecen
Su corona de azur en los astros
Como flores de un sueño celeste.

Al amigo y al poeta José G. Antuña.

Mi canción ya es un beso en delirio
Cual los besos que daba Romeo,
O ya es mística nota de armonio
Que atraviesa una nube de incienso...
Ya contiene en su seno jazmines
Florecidos en valles helenos,
Ya posee la llama de un cirio
Que paciente agoniza en un templo...
Es mirada que invita á Cleopatra
A rendirse á unos labios de fuego,
Es murmullo de selvas indúes,
Es plegaria que va hacia el Silencio,
O es la gota de lluvia que llora
Bajo un pálido cielo de invierno...

Julio Raúl Mendilaharsu.

Francia, Junio 1908.

Por jardines ajenos

"Morena y Trágica", de Isaac Muñoz

He aquí el libro no de un pensador sobrio y profundo ni tampoco de un novelista sensible á extraños y complicados psicologismos, sino de un divino artista de quien diríamos el Leonardo de Vinci de la prosa.

«Morena y Trágica» es una bella etopea rica de colorido y modernidad en que aparece toda desnuda el alma supersticiosa de la raza gitana cuya vida es una fuente de misteriosos ritos y prácticas cabalísticas.

Isaac Muñoz, que es á la vez un mago de las sensaciones y un innovador de verdad enamorado de la forma, ha interpretado bien el modernismo, y alejándose de todo aquello que cercana ó remotamente pudiera atribuirse á un modelo, nos ofrece á manera de poema un dechado de novela, regio y original.

Sin profundizar el concepto de las cosas, y sí cuidando escrupulosamente la euritmia de la frase breve y lapidaria y los modos de expresión que han de sugerir concretamente al lector emociones estéticas similares á las suyas, él es, entre los escritores contemporáneos un cruzado del arte nuevo porque su estilo único, rebosante de belleza, armoniza con el joyel de su ideología lírica, más alta y más pura que la de quienes, fingiéndose refractarios á las leyes académicas, no aceptan las innovaciones de los grandes modernistas.

El modernismo no consiste sólo en la forma á pesar de los asertos de algunos escritores, ni en la novedad de las sensaciones únicamente, según afirman otros que nos lo presentan como sinónimo del decadentismo.

Sin embargo, quien no concibe modernista una obra nueva en el fondo por sus ideas puramente tendenciosas, ó si se quiere, por la sutilidad de sus impresiones emotivas, si es clásico el molde que sirvió para ejecutarla, jamás debiera concebirla en la forma si su esencia es extraída del árbol de las ideas caducas.

Imaginaos la obra de un pensador modernista escrita en el lenguaje de Cervantes y podréis compararla con un «Don Quijote» de forma moderna.

¿No veis que ambos son la antítesis del modernismo?

Y bien: el modernismo es producto de la conjunción del color y la esencia ó sea de la forma y el fondo que tienden á armonizarse á medida que se opera la evolución literaria y la idea del individualismo cunde doquiera y se cristaliza en los cerebros ansiosos de renovación.

En América, como en España, hay escritores que sin poder llamarse clásicos tampoco son modernistas. Permanecen vacilantes en la penumbra, no atreviéndose á optar por el arte moderno que es el fruto del esfuerzo individual.

Hay otros, en cambio, como Vargas Vila, Rubén Darío y Santiago Argüello (éste en prosa, solamente) cuyo arte es absoluto.

En España Felipe Trigo, Valle Inclán, Miguel A. Ródenas (1) y otros entre los prosadores, que no cito ahora porque no conozco toda su labor intelectual, se han lanzado á la conquista de un estilo propio y lo han conseguido merced á su desdén por las escuelas literarias y á su gran deseo de no semejarse á nadie.

Tal hizo Isaac Muñoz con su novela «Voluptuosidad», maravllla artística que parece hecha por un orfebre de la palabra, y ahora afirma su personalidad con «Morena y Trágica» que es como un poema pagano cada uno de cuyos versículos encierra, no obstante su brevedad, una salve al amor humano ó un madrigal de miel á la belleza plástica que produce dulcísimas sensaciones é ilumina y educa el sentimiento estético.

La pintura descriptiva, así como las semblanzas de los personajes de ese libro, no pueden ser más sugestivas y exactas dentro de la síntesis de la oración en la que su autor no emplea voces superfluas que amenguarían la gracia y espontaneidad de su léxico sonoro.

La prosa de Isaac Múñoz es de una vaga harmonía que á las veces contrasta con el realismo de las escenas audaces que él pinta magistralmente. Es el suyo el divino contraste de un cuadro voluptuoso á lo Watteu en el que sólo se emplearan matices claros con el objeto de espiritualizar el motivo.

Siendo amoral por temperamento, Isaac Muñoz no cree en eso que han dado en llamar algunos: pornografía del arte. El arte no es pornográfico. Donde hay arte jamás hay pornografía; hay verdad, además de belleza, porque el artista verdadero no ha de ser un moralista cuyo objeto primordial sea halagar á todos los pudibundos.

Pero hay también un principio de moral falsa en ciertos escritores timoratos que suelen velar con enigmáticas frases sus escenas descarnadas, tergiversándolas por completo.

Y eso es contraproducente para el criterio de los lectores suspicaces que aman el arte tal como es por naturaleza, y no deformado por el velo de la hipocresía.

«Morena y Trágica» es de un verismo absoluto y de una evocación tan fiel de la vida y las costumbres gitanas, que recuerda el alma reminiscente de los cantares de gesta.

Martirio, supersticiosa ferviente como todas las gitanas que creen en la virtud de los amuletos y de los augures, ama febrilmente y se entrega al hombre que la requiere.

Luego, para que el amor perdure, según los ritos gitanos, hiere el brazo del amante y éste á su vez el de ella, y ambos succionan mutuamente la sangre que brota de las heridas hechas en holocausto al amor. Y terminan el acto sus tremantes bocas con un beso largo y sensual que sella el pacto amoroso.

---

(1) Recomiendo la lectura de «Tierras de Paz» de este admirable escritor. Próximamente me ocuparé de ese libro cuya dulzura eglógica me hace pensar en los idilios pastoriles de Arcadia.

Después ambos se separan y cuando vuelven á verse, Martirio, movida íntimamente por quién sabe qué pronóstico fatal duda de la fidelidad del amante y se entrega de lleno á la cábala procurando saber su destino.

El Hado no le es propicio. El le dice que su amante ya no la ama y su amor grande y ardiente truécase en odio hacia él.

Y muere de amor Martirio, cumpliéndose así su lúgubre presentimiento:

«Yo moriré porque tengo tu sangre, porque soy tu rumi, y porque no podría mirá á otro hombre».

Tal es, en síntesis, el tema de esa novela que tiene poesía de idilio y rasgos perversos de voluptuosidad y lujuria.

Las inclinaciones sádicas que se insinúan precediendo al espasmo; los atractivos del sexo sediento y devorador; la crueldad y la tortura implacables usadas como incentivos para el goce sexual; todo cuanto hay de humano en el amor está descrito con altura en esas páginas de fuego, cuyo fondo de verdad es un mérito enorme que hoy nadie alcanza á loar.

Aunque «Morena y Trágica» no es esencialmente lo que se llama una novela psicológica ni de modernas orientaciones sociales ó científicas, la psicología de los variados tipos que presenta Isaac Muñoz es tan delicada y veraz que lleva á la imaginación del lector el arquetipo acabado y el carácter general de la raza á que aquéllos pertenecen.

El gran instinto de observación pictórica y la grande intuición de lo bello que acusan las descripciones breves y amenas de esa obra hablan tanto de un sensitivo en cuyo espíritu priva la influencia del miraje como de un poeta en cuyos labios pone el Arte armoniosas formas verbales aparentes al motivo de su canto.

Esa virtud del escritor de fibra que aduna á la riqueza de sus emociones íntimas el venero inagotable de sus arpadas verbalizaciones no invoca turiferarios para demostrarse á todos ni compra el silencio de la crítica convencional, dócil tan pronto al soborno como á la ferocidad.

Isaac Muñoz no necesita, pues, turiferarios, porque su vigoroso talento es superior al elogio y porque sus libros, á fuer de originales, no tienen reminiscencias de otras lecturas ni siquiera semejanzas con ningún otro estilo.

Entre las joyas de la moderna literatura que hoy ejecuta en España un selecto grupo de paladines del Ideal, «Morena y Trágica» es un breviario de amor y un bello símbolo de arte.

Pérez y Curis.





DOMINGO ARENA

Lira Chilena

La caída de las hojas

CERRO SANTA LUCÍA

Para APOLO.

En el Cerro. Anochece. Ya el verde amarillea
en el ralo boscaje, i en los Andes clarea
una línea de nieve con un róseo matiz.
Voi siguiendo la verja que oxida la patina,
mirando el eucaliptus, el aromo, la encina
i á lo lejos, el kiosco, dibujado en el gris.

Sopla el viento de otoño. Las hojas, dando vueltas,
descienden de soslayo, i agrupadas ó sueltas,
las veo sobre el polvo de la senda correr,
en tanto que allá arriba, los árboles confunden
sus copas oscilantes, i se pierden, se funden
en las tintas del cielo que empieza á ennegrecer.

Yo sigo paso á paso. Al través de las ramas
infiltran las estrellas el oro de sus llamas,
que resbala con suelto, cristalino temblor;
tan levemente cae la luz sedosa i rubia,
que imita la lijera, la fujitiva lluvia
de los pétalos blancos de algún árbol en flor.

¿Qué viento las ajita? Me detengo. ¿Hacia ellas
qué me atrae? ¿Qué aguardan las abiertas estrellas
cuyas luces descienden con trémula fluidez?
Sus hojas me sujieren la esperanza del fruto,
por el cual ya hace tiempo, que se dan en tributo,
cayendo temblorosas, como aristas de mies...

¿Serán, talvez, como esos corazones que dejan,
cansados de la vida, en vientos que se alejan,
una á una las frondas de sus sueños flotar,
sin sentir ya las ansias dolorosas de un día
que, abriendo entre la bruma de cualquier lejanía,
los haga dar el fruto de su largo soñar?

¡Quién sabe! Mas si nunca la vida late en vano,
si al fondo de los cielos i al fondo de lo humano
ella anima el esfuerzo de toda floración,
en auroras lejanas, del futuro sabidas,
¿no hará que nazca el fruto de las hojas caídas
de la pálida estrella i el rojo corazón?

Se intensa la penumbra. Los élitros de un grillo
crepitan en la grama; el fulgor amarillo
de un farol parpadeante se enciende en el confín.
Es la noche. I rasando los árboles que, rectos
o en mayúscula i griega se levantan erectos,
yo sigo mi camino, lentamente, sin fin.

Sabiendo que entretanto la ideal primavera
no alumbre el horizonte, los sueños del que espera
i las briznas florales de la luz estelar,
seguirán, en el triste silencio vespertino,
cayendo cual las hojas de este largo camino
bajo el soplo de viento que las quiera arrastrar!

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.

Playeras

Para APOLO.

I

Viejo encanto que revives
á la luz crepuscular;
viejo encanto que recibes
mi adoración junto al mar;

yo sé que tú no concibes
ni mi amor ni mi pesar
i sé que cuando me escribes,
escribes riendo, al azar.

I no sabes, perla viva!
lo que mi alma sensitiva
sufre mirándote así

tan pálida en la ribera
como una sombra playera
que se muere junto á mí!

II

Escribe sobre la arena
tu nombre. Escribe tu nombre!
i que la playa se alfombre
con nombres tuyos, sirena!

(I como tú eres tan buena
ojalá que no te asombre
mi extraño delirio de hombre
al querer besar tu pena...)

Escribe tu nombre. Escribe...
I mi adoración recibe,
oh, mi inefable sirena!

I si aquí otra vez volvemos
buscaremos, buscaremos
tu nombre escrito en la arena!

JORGE GONZÁLEZ.

Santiago de Chile.

LA TRENZA

á Luis de Terán.

La puerta se abre suavemente y una corriente de aire frío penetra en la habitación, una habitación humilde de estudiante bohemio. Sobre la mesa de noche se ve la mitad de un cráneo, y sobre el pupitre, en revuelto montón, libros y papeles, restos de esqueletos, clavículas, falanges, una tibia gigantesca . . .

Atilio ha estudiado esta tarde. Después, rendido, casi extenuado, se ha tendido en el lecho, que en estos momentos de cansancio es su paraíso terrestre. Algún rumor llega de la calle: son los últimos trasnochadores que se retiran á sus viviendas. Reina en la casa profundo silencio. La lámpara se apaga . . . Y he aquí que de la puerta abierta, cual de esa puerta eterna y misteriosa por donde pasan todos los sueños, se precipitan multitud de negros fantasmas; uno, otro, otro más . . . Pronto está llena la habitación. Se oyen voces tenues como suspiros.

— Duerme.

— Dejémosle estar.

— Está cansado.

— Si pudiéramos vengarnos...

— No, dejadle.

— Pero si me ha deshecho, me ha cortado, me ha descarnado.

— A mí también.

— Mientras tenía mi cráneo entre sus manos pálidas y nerviosas, le ví temblar. Por largo rato tuvo fija su mirada en mis descarnadas órbitas, como si quisiera penetrar el misterio de mi vida y de mi muerte . . .

Una voz más dulce, más tenue, como un suave murmullo, se impone á las demás:

— También á mí me ha profanado . . . y le perdono . . .

Al sonar esta voz, las sombras negras se desvanecen. En tanto, una sombra vaga, informe, blanquecina, como un girón de niebla, se aproxima al lecho y se inclina al oído del estudiante, que duerme profundamente. Le habla:

— Atilio . . . Soy yo, tu Elena . . . ¿No me reconoces? . . . Hace pocas horas me tuviste en tus manos, indiferente y cruel... ¿no me reconociste? . . . Estaba tan desfigurada . . . tan cambiada! . . . has descarnado mis pobres huesos, has fatigado tu vista, has puesto toda tu voluntad de operador en mi materia mortal... Y pensar que tendrías miedo de tí mismo si . . .

La voz se dulcifica:

— Sí, habrías tenido miedo . . . ¿No me conoces aún? ¿Por qué tiemblas? . . . Sí, soy yo, Elena... ¿Quieres saber lo que fué de mí durante tu ausencia? . . . ¿Para qué? . . . ¡La vida! La vida es sólo un tránsito . . . ¡Qué ridículas me parecen ahora mis penas de entonces, y qué infantiles mis alegrías! . . . ¿Para qué quieres saber lo que fué mi vida lejos de tí? . . . No vale la pena de relatar aquel suplicio . . . Imagínate las mayores humillaciones, las más grandes miserias . . . Fuí presa de caricias brutales, de explotaciones inicuas, de infames vilezas . . . Ah, tampoco entonces hubieras tú reconocido á tu Elena, degradada y caída . . . La muerte, tan estúpidamente temida, me redimió al fin y me trajo á tu lado, dejó á mi espíritu que volase libre á tu encuentro y te entregó mi cuerpo, mi pobre cuerpo inerte y lacerado, en una sala anatómica,

delante de unos arrogantes escépticos... No me reconociste, me viste lívida, desnuda, tendida sobre una mesa, cerrados los ojos, los miembros casi descompuestos, y no sospechaste siquiera que aquel cuerpo había sido incentivo de todas tus ilusiones... ¿no quedaba en él nada de aquella ideal belleza que te deslumbraba?... Un profesor flaco, huesudo, de voz estridente, me mostraba á sus alumnos, describiendo las impurezas de mi piel, las deformidades de mis miembros enfermos. Luego empezó á seccionarme con un bisturí... Pero ¿sufres? ¿te horrorizas?... Tranquilízate: no sigo... Olvidaba que tú vives aún vida material y he alterado tus nervios...

El fantasma vacila y enmudece. Otros fantasmas se acercan y rodean el lecho, fundiéndose y compenetrándose con fluidez maravillosa. El primero se reanima por fin y habla de nuevo al dormido, inclinándose sobre el lecho con solicitud maternal:

— Nada temas: yo velaré por tí. Antes de morir, ¿sabes?, quise escribirte. Te escribí una carta larga, llena de lágrimas. Después me hice cortar el cabello, aquella trenza de oro que tanto habías amado en otro tiempo, y la dejé, con la carta á tu nombre, encargando que te buscasen. Guárdala, porque su influencia será beneficiosa á tu vida... Despiértate, querido...

Atilio se despierta nervioso, inquieto. ¿Había soñado? ¿Era un alucinado? ¿Qué historia era aquella? ¿Quién era aquella Elena que se le aparecía en sueños?... De pronto, un recuerdo y una duda terrible le hacen estremecerse: Elena... sí, Elena se llamaba su primera novia, la compañera de su infancia allá en el pueblo natal. ¿Pero cómo se había olvidado de ella? ¡Si la había querido tanto!... Se apodera de él el terror. En la obscuridad tropieza, haciendo caer el cráneo que está sobre la mesa de noche. El ruido que éste hace al caer, aumenta la intensidad de su miedo y permanece inmóvil esperando el alba. Llueve en la calle insistentemente... Un reloj, escondido en alguna casa vecina, da las horas incansable y monótono. Al primer rayo de luz que penetra por los vidrios de la ventana, se viste Atilio, sale precipitadamente á la calle sin cuidarse siquiera de cerrar la puerta de la casa y corre al hospital. La sala anatómica está cerrada.

— ¡El guardián! ¿Dónde está el guardián? La puerta se abre al fin sin ruido... El interior está vacío como un sepulcro abandonado. Atilio titubea unos instantes y por fin se lanza á la calle... Cuando vuelve á su casa, encuentra sobre la mesa una carta y una trenza de cabellos rubios.

ANGELES VICENTE.

A...

Para APOLO.

Fuente pura y cristalina
Donde el amor se retrata,
Como en un lago de plata
La luz del alba pristina;
Del mar misteriosa ondina,

Aura que endechas murmura
Es tu célica hermosura,
Y en pos de tu huella voy
Que yo satélite soy
Del astro que en ti fulgura.

ADRIANO M. AGUIAR.

Lira Cubana

Don Quijote

Para Apolo.

Va por la Mancha el Manchego
Con su yelmo y con su adarga,
Mientras que su pecho embarga
Terrible pasión de fuego.

La bella dama, su ruego
No escuchó; y él con su amarga
Tristeza que es una carga
Va por los caminos, ciego.

Dice su cántico de oro
El de la *Triste Figura*
Junto al balcón ojival,

Soñando que la «Hermosura»
Oye su verso sonoro
Desde su alcoba feudal.

Juan Guerra Núñez.

De Sajonia

Para Apolo.

Blanca y bella, casta y pura,
Semejante á una azucena,
La vi una noche de pena,
De pasión y de amargura.

Blanca y bella, su hermosura
De princesita agarena.
Me dejó de anhelos llena
El alma torva y obscura.

Taciturna y pensativa,
Bajo la moruna ojiva
Del elegante salón,

Una visión parecía
La niña dulce y sombría
Que me robó el corazón.

José M. Guerra Núñez.



Lira Uruguaya

Ya no iremos . . .

(De *Zig Zag,* Santiago de Chile)

A Francisco Villaespesa.

Ya no iremos, ya no iremos
Los dos juntos á pasear por la pradera,
A contarnos mutuamente nuestras cuitas,
Nuestras ansias, nuestros sueños, nuestras penas!

¡Ya no iremos, ya no iremos,
A pasear por la pradera.

Ya no iremos como entonces,
A soñar bajo las frondas de los sauces,
En los días de apacible primavera,
Bajo el oro prodigioso de sus tardes!

¡Ya no iremos, ya no iremos
A soñar bajo los sauces!

Ya no iremos, ante el lujo del ocaso,
Silenciosos, á llorar sobre las rocas,
Escuchando como sórdida querella
Los vaivenes rumorosos de las olas!

¡Ya no iremos, ya no iremos
A llorar sobre las rocas!

Ya no iremos á llevar pan á los cisnes
Que nacieron en el lago;
A los cisnes que tenían su merienda
En el ánfora divina de tus manos!

¡Ya no iremos, ya no iremos!
Tú y los cisnes que nacieron en el lago
Ya se han muerto, ya se han muerto!

Montevideo. OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

El vampiro

Para APOLO.

En el regazo de la tarde triste
Yo invoqué tu dolor . . . Sentirlo era
Sentirte el corazón! Palideciste
Hasta la voz; tus párpados de cera

Bajaron . . . y callaste . . . y pareciste
Oir pasar la Muerte . . . Yo que abriera
Tu herida mordí en ella — ¿ me sentiste? —
Como en el oro de un panal mordiera!

Y exprimí más, traidora, dulcemente
Tu corazón herido mortalmente,
Por la cruel daga rara y exquisita
De un mal sin nombre, hasta sangrarlo en [llanto!

Y las mil bocas de mi sed maldita
Tendí á esa fuente abierta en tu quebranto.
. . . .
Por qué fuí tu vampiro de amargura ?. . .
¿ Soy flor ó estirpe de una especie obscura
Que come llagas y que bebe el llanto ? . . .

Delmira Agustini.

Del cortejo interior

(FRAGMENTOS)

Para Apolo

. . . .

Y, lentamente... largamente... pasan,
como una silenciosa teoría en la solemne
lontananza en crepúsculo del recuerdo, como una
procesión extraviada de fatales sentencias
cortejo de misterios
náufragos de la bruma...

Pasan las Almas... ¡Almas
que fuisteis cual regazos...
Almas como sirenas — de una traición de oro...
¡Almas que nos clavasteis en la cruz fervorosa
de vuestros propios brazos!..!

Almas como la Estrella Polar de los navegantes...
en el piélago inmenso
en las noches profundas.
Almas que fuisteis ídolos
Almas que fuisteis aras de vitales ofrendas
y sacrificios sumos

Almas suaves, liliales, de lunares sonrisas...
Almas como corceles desmelenados! Almas
como graálicos filtros
Almas como vampiros...
Almas como venenos...
Almas como puñales...

Es la desoladora pujanza de los Recuerdos
cuyos ojos nos miran fijamente en la sombra
cuyas voces nos llegan á través de la muerte
cuya atracción sentimos latir en lo remoto.

Que aun parecen llamarnos,
con sus claras sonrisas, desde el hondo Imposible
que aun nos tienden los brazos
desde aquel otro lado del insalvable abismo...
que aun nos hacen amigas
señas, desde los Astros...

Aurelio del Hebrón.

Lo esperado

A Manuela Núñez, con cariño.

— No me digas. ¿Rotas, completamente rotas las relaciones con Amanda? No te creo. — Todos mienten con un desparpajo tan grande... y Elena dejó oir por breves instantes, su fresca y sonora risa.

En el vasto salón regiamente iluminado, las parejas se paseaban dialogando.

— Eres incrédula, sin motivo alguno. Bien me conoces para hacerme la injuria de una desconfianza. A cualquier otra persona que no fueras tú, talvez le mintiera por aquello de que no cabe mayor ridiculez que invadir los predios de las confidencias pasionales en los parajes aquellos consagrados por entero á las huecas locuras del espíritu.

— Pero así, tan de sopetón, cuando ayer mismo al atardecer te vieron muy entusiasmado con ella en la puerta de su casa...

— Es cierto. Todas las apariencias dicen que nuestras relaciones se mantienen en todo su apogeo. Ignoran, los que juzgan por ellas, que un abismo muy hondo nos separa para siempre.

— Todo puede suceder, pero no me explico las causas que pusieron fin á unas relaciones que llevaban tan buen camino.

— Si no tienes inconveniente en entregar un cuarto de hora de tu vida á mi revelación, olvidando el baile y las personas que nos rodean, iremos á sentarnos y escucharás de mis labios todo lo que *pueda* convenir á tu convencimiento.

Ernesto y Elena cogidos del brazo cruzaron el vasto salón resplandeciente, deteniéndose de vez en vez para dejar paso á una que otra pareja atortolada sumergida en quién sabe qué charlas insustanciales. Así llegaron á un extremo apartado del salón, donde se sentaron en un amplio sofá, cerca de un enorme jarrón chinesco desbordando en flores. Mientras la orquesta en raudales de armonías ejecutaba un Boston y las parejas parlanchinas poblaban la sala de rumores y perfumes entremezclados, Ernesto dijo á Elena, casi al oído, el final de sus amores.

— Tú bien sabes lo mucho que yo idolatraba á Amanda.

Tarde y noche, todas las horas que mis ocupaciones me dejaban un momento libre, lo pasaba junto á ella escuchando su voz, embelesado por todas sus tonterías de mujer mimada, sin cálculos de ninguna naturaleza, dichoso y contento. Cada día transcurrido, cada minuto nuevo que vivía su cariño, mi pasión por ella se agigantaba hasta el punto de haber abandonado el café y las reuniones con mis amigos para destinar todos mis entusiasmos y mis anhelos á su trato único. Su ingénita bondad, sus lágrimas mismas, pues que también lloró por mí, no obstante el negro pesimismo intelectual incrustado en mi cerebro hasta el extremo de llegar á negar sus manifestaciones sinceras de cariño, tuvieron la rara virtud de transformar mi concepto del amor, tornándome en un esclavo sumiso de las mani-

festaciones que antes negara. No sé qué arte diabólico empleaba para que se hubiera operado en mí cambio tan radical, pero lo cierto es que á los quince días de tratarla, la creí la más buena de todas las mujeres. Era tan dulce su modo de expresarse, me hablaba con tal entusiasmo mimoso de sus esperanzas, de todo lo que en ella vibraba al recuerdo mío; sufría tan hondamente mis gestos á las veces hirientes, á las veces irónicos, mis insinuaciones poniendo en duda la magnitud de su amor, que desconfiar de ella fuera terquedad ó mero deseo de ser injusto por la injusticia misma. Sin embargo de este convencimiento y á medida que su cariño iba saturando mis sentimientos, nacía la idea del primer beso, broche de oro que guardaría para siempre, como en un relicario extraño é inolvidable, el fuego pasional que animaba su corazón y el mío. Lo ansiaba con toda el alma, borrascosamente, hasta el punto de constituir una obsesión muy dolorosa. Sabía que en la muda expresión de unos labios que se agitan convulsionados por un sentimiento de amor gigantesco, podía encontrar la suprema revelación del amor de Amanda. Y lo deseaba para medir la diferencia que existía entre el cariño jurado con la boca y con los ojos, y el que no se jura pero se manifiesta en una convulsión orgánica á través de unos labios que son la expresión fiel de una idealidad y de un deseo pujante y avasallador.

Una tarde me atreví á insinuarle este deseo, con voz balbuciente, fijos mis ojos en los suyos, para arrancar de ellos una expresión que hablara al unísono con mis deseos. Debido quizás á mi estado de ánimo creí ver en la mirada de Amanda como un consentimiento tácito á la realización de mi deseo, á la vez que un aplazamiento de la hora en que debía realizarse. Me disgustó esa trepidación, pero con todo no desmayé á la espera de una ocasión propicia y venturosa. No deseaba pecar por precipitado, aunque tuviera el convencimiento de que, al igual que el hombre, la mujer que ama con fuer a superior, sin gazmoñerías ni cálculos, debe sentir idénticos deseos de caricias y por lo tanto no ceder al razonamiento y á la obstinación, lo que debe ser el resultado de una necesidad imperiosa y solemne.



REYNOLDS - Angélica Kauffmann

La ocasión se presentó una noche calurosa de estío, clara y serena. La temperatura bochornosa nos ahuyentó del escritorio donde solíamos platicar larga-

mente todas las noches, bajo la severa vigilancia de Gemma, su hermana menor. Nos encaminamos hacia el jardín, instalándonos bajo la comba de una glorieta de glicinas y rosas.

Las cigarras y grillos orquestaban con sus élitros una música extraña, con no sé qué algo que incitaba al amor. El ambiente saturado con el perfume de las flores diversas que poblaban los canteros, pesaba sobre nuestros sentidos. Ni una brizna de aire agitaba el follaje tupido por donde la luna apenas filtraba sus rayos para dibujar sobre el piso de mosaico, extrañas formas de cosas inverosímiles. El cielo sin una nube, bañado por una palidez láctea, parecía que nos insinuaba algo de su alegría tranquila y riente. Juntos el uno al otro, sentados sobre un rústico banco de cal y canto, escuchando nuestras respiraciones, hacía un rato que permanecíamos mudos. Nos miramos sin pestañear, las manos entrelazadas apretadas con toda la fuerza de nuestros nervios en tensión. Luego, sin transición, estallando casi en un grito, le pedí que me diera un beso en la boca como expresión acabada de su cariño inmenso. Hubo una negativa primero, un movimiento instintivo hacia atrás esquivando mis labios convulsionados, pero obsediada por mí, empujada irresistiblemente por mi deseo frenético á la explosión de los suyos, consintió por fin y me ofertó sus labios queridos donde dejé un beso hecho todo de fuego, de sangre, vigoroso como mis ansias contenidas por tanto tiempo. Ella no movió siquiera los suyos y si lo hizo fué con tal frialdad que todas mis ilusiones, todas las creencias depositadas en su amor, todo lo que en mí había germinado fecundado por las miradas y el lenguaje de Amanda, se derrumbaron estrepitosamente. Sentí en mi corazón, en mi cabeza, al contacto de aquellos labios inexpresivos un desgarramiento tan doloroso, que cuando volví á mirarla la desconocí, ya no era la misma mujer en quien depositara fervoroso y alegre hasta ese momento, la fe inquebrantable del porvenir y de la felicidad.

Mi amor por Amanda, había muerto. Ella aun no lo sabe.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.



ORIFLAMA

Hombre: ama tu idea
Sin temor á la herida, —
¡Siempre causa una herida
El tener una idea!

Cual se quema una tea
Se ha de quemar la vida:
Mata su propia vida
Pero alumbra, la tea...

Detrás de toda luz
Se levanta un martirio:
Yo saludo el martirio
De Jesús en la cruz.

Hay que ser hondo y fuerte...
Y por amar la vida
Perdiendo hasta la vida,
Seguir hasta la muerte!

ERNESTO MARIO BARREDA.

La última nota de un poema

Para Apolo.

Si alguna vez, vosotras, almas siempre ávidas de nuevas sensaciones, llegasteis en vuestras peregrinaciones á través de las páginas, á interesaros por esos personajes de que nos hablan ciertas leyendas en quienes el amor parece ser más fuerte que la muerte, — y la atmósfera de castidad con que las envolviera la ingenua imaginación del que las escribió, os lleva á representaros el tiempo, el medio, el personaje, y llegáis á vivir por unos instantes su misma vida, á sentir su pasión, — creéis con él que nada hay fuera de ella, que la muerte es menos fría, menos triste que un abandono. Si, por la pasión pura y desinteresada á que se habrán dado, sin *reserva sin deducción* alguna, había algo de ese romanticismo que nos cuentan esas leyendas que aun viven por virtud talvez del fuego que las inspiró, que las hizo invulnerables á la acción del tiempo y la polilla, — abandonadas en los empolvados rincones de viejas bibliotecas.

¡Ah! pero yo no sé si debo, si hago bien en enteraros de una cosa tan íntima, como es el contenido de una carta.

De una carta que á mí se me encomendó su entrega, pero que no pudo llegar á su destino, debido á que la muerte se me anticipó. El golpe que la implacable segadora asestó en una, fué lo suficiente para que la otra le siguiera; eran dos vidas que el amor había fundido en una sola. Y ya que lo insalvable de las circunstancias se opuso á que llegara á su destino, juré guardar, como se guardan ciertas cosas muy queridas, en esos relicarios que luego se arrojan al fondo de algún baúl, para abrirse talvez, algún día en la vida, ó no abrirse jamás, por temor á que la voz que guardan de las cosas que fueron, despierte emociones que uno ya talvez no se siente con fuerzas para soportar.

Bien, que sea ésta la primera y última vez que mi relicario se abre para mostrárosla.

Dice así:

Querida amiga: El principio y fin de esta carta es triste, todo en ella será triste; por eso su lectura ha de producir en tí, la misma dolorosa sensación que á mí me produce el escribirla. Para no prolongar demasiado esa tristeza en ambas, trataré de hacerla breve, aun cuando tengo tanto que comunicarte, cosas que él depositó en mí, para que te las enviara á tí, alma pura, alma buena, que tuviste la virtud de despertar en él una pasión tan grande, que algún calor ha de llevarle al frío de la muerte, para hacerla menos cruel, sino con nosotras, con los corazones que todavía tienen esperanzas en el amor. La noticia no quise comunicártela de inmediato, me detuvieron las consecuencias, por eso esperé á que primero lo supieras por medios indirectos.

Ayer lo enterraron. Jamás me han impresionado tanto las flores, como me impresionó el ramo que tú mandaste. Yo las recibí, y á pesar de haber hecho un viaje tan largo, llegaron tan frescas, tan perfumadas y tan húmedas, que se parecían á un alma enamorada

cansada de llorar. Cuando descorrí el papel que las cubría, me pareció que las animaba una vida extraña, ajena á su naturaleza; que sus corolas miraban, con mirada ávida, como preguntando: ¿dónde está? contentas de su destino.

Tuve un momento de loca alegría, me pareció que se iban á transfigurar en tí, y las llamé por tu nombre. Tú por ellas, ó ellas por tí parecían llorar sufriendo la desolación de la hora. Apenas tuve tiempo de colocarlas entre sus manos. La alucinación que sufrí, me desmayó, me sumergió en una especie de somnolencia que me duró hasta hoy, de lo que me alegro; pues si hubiera estado en pie, quién sabe si habría permitido que se lo llevaran. Al corazón que quiere, no le convence el decir del poeta: que haya *un cadáver más, qué importa al mundo.*

Cuando cayó enfermo, apesar de que los médicos no consideraron el caso de gravedad, se apoderó de mí un presentimiento tan triste, que ni aún en los momentos de reacciones favorables, me permitía creer en el definitivo restablecimiento.

¡Ah mi querida amiga! yo tendría que entrar á enumerar aquí multitud de detalles, insignificantes algunos, para demostrar en qué se fundaba mi presentimiento, pero ya no tienen objeto, además sería hacerle una nueva disección á mi alma, entrando á recapitular todos aquellos hechos que se sucedieron antes de su caída.



Cuadro de Reynolds

Lo primero que me pidió fué que arrimara la cama á la ventana del patio, así recreaba la vista amenizando la siempre igual monotonía del cuarto, con el pedazo de cielo y las plantas del jardín, que desde allí se divisan.

Tú recordarás la fecha en que cayó en cama, en los primeros días de Otoño, y á los pocos de haber dado el último examen de la carrera. Después de haberle dado la última estocada como él me decía; pero él tambien quedó herido en el esfuerzo que hizo para vencer. Su lucha, fué una lucha desesperante, un duelo á muerte. Su victoria la pagó con su vida. Tú sabes demasiado bien cómo fué ésta aunque breve su trayectoria, llena está de irisaciones dolorosas.

«¡Qué raro encanto -- me decía — tienen para mí estas tardes de Otoño!

«Esa tristeza que de todo parece desprenderse y que yo res-

piro á manera de perfume, despierta en mí, tantas y tan múltiples sensaciones, que á veces al seguir sus acordes, me siento desvanecer en el ritmo de la onda,..

« Es algo que viene hacia mí, ó sale de mi interior, algo como el eco plañídero de una lejana melodía; talvez, la voz de lo que se va! — la despedida del sol que se pone, el rodar de las hojas que caen...

« Si yo fuera poeta, para cantarle á Ella, buscaría el refugio de esos apartados y silenciosos retiros que el Otoño diviniza con sus tristezas, libre de la presencia de ojos vulgares, hechos nada más que para la simple curiosidad, en la seguridad de que todo lo que en mí hubiera de artista, se iría vibrando con mi alma en una estrofa.

« Pero, una pena inquietante, mortificadora, me roe en mi interior. Alguien ha dicho que todos cumplen en la vida — en la medida de sus fuerzas — lo que han prometido. En mí, la promesa, se desvanece con mi vida. Para ella, y luego para mi juventud será causa de un derrumbamiento de esperanzas.

« Hay una fuerza secreta, misteriosa, superior á toda energía vital, que nos gobierna á su antojo. Ella al moverse nos tritura, consciente ó inconscientemente, tal como nosotros al movernos trituramos á millares de seres, de seres infinitamente pequeños, sin oir siquiera su lamento.

« En nosotros también, lamento ó protesta, es perenne el grito contra la brutalidad de esa fuerza.

« La juventud es la aurora de esta vida ¿quién duda que el día le sucederá? — por eso es dolorosamente triste, ver á esa aurora convertida en obscura y fría noche.

« Si en estos momentos, en que todo parece esforzarse por hacerme visible la nada de las cosas, su final inevitable, la tuviera para asirme á su cuello y ver renacer mi vida en su mirada.

No veo, no pienso, no siento más que una sola cosa; su imagen! me parece que viene hacia mí, con los brazos tendidos, dispuestos para la caricia...

¡Ah! Si la distancia no fuera tan cruel, éste sería un momento glorioso para nuestro amor!

Yo, al oirle no podía menos que llorar, pero sabía que esto le hacía mal, y tenía que sobreponerme á las lágrimas, mostrándome con mucho valor, para decirle que esos esfuerzos que hacía le excitaban demasiado, favoreciendo el avance de la enfermedad; que tú pronto vendrías á verle, ó que él pronto estaría bien para ir á verte.

Al decir esto, él se reía. No quiero acordarme de aquella risa; y, sin embargo, ahora mismo me parece sentir su eco. Desde que cayó en cama, tuvo conciencia de su gravedad. Jamás he visto una serenidad tan grande ante el peligro. El, sin inmutarse, al salivar, observaba lo que arrojaba. Al principio se impresionó un poco, luego se familiarizó, y aquella sangre que salía, era para él como si obedeciera á una necesidad orgánica. Pobre ilusa me decía, – es bueno tener ilusiones en la vida. « Nada más triste que el que no las tiene. « Yo también las amé mucho, mientras tuve aspiraciones. Ellas me permitieron muchas veces sonreir, cuando me

sentía cansado de la continua brega; con la sonrisa del convencido de que al fin vencerá. «Y me asombraba de la prodigiosa fecundidad de mi naturaleza, era un perpetuo surgir y renacer de ilusiones, cuyo ensordecedor tumulto ahogaba en mi interior el grito que la lucha provocara.

Tenerlas en demasía es peligroso, le hacen aspirar á tanto, sin pensar en las causas finales, y éstas suelen ser de dolorosas consecuencias.

Hoy ya no tengo ninguna, el calor de la lucha que las alimentaba, acabó por marchitarlas, y todas, una á una fueron cayendo como esas hojas que ruedan. «Estoy como mañana estarán esos árboles, sin hojas. «Mi vida está en el horizonte, como ese sol que se pone. Empieza á franquear ya, la divisoria que separa ésta de la otra vida. Es necesario pues, que se vayan familiarizando con la idea de que pronto no me verán más, así les será menos dolorosa mi partida.

Mientras hablaba, yo estaba como el ajusticiado á quien leen la sentencia. Aquellas palabras de hielo me congelaban la sangre; pero luego que terminaba una fuerza imperiosa, extraña se apoderaba de mí. ¿Por qué, me decía, él también no ha de tener su primavera, como lo tendrán mañana esos árboles? ¿por qué él también no ha de tener su nueva aurora, como la tendrá mañana ese sol que se pone? Y ante el imposible que la realidad me presentaba, donde iban á chocar todas mis energías, deseos locos, furiosos se apoderaban de mí. Deseos de ser yo, quien diera el golpe, anticipándome á la hora, para caer todos juntos...

Me sublevaba, me sacaba fuera de mí, el pensar que todos nuestros esfuerzos, y el de los médicos, eran incapaces de retener el lento pero continuo desmoronamiento de aquella vida.

Se había decretado su caida, é inevitablemente tenía que caer. Aunque su deseo por verte era demasiado grande, yo me felicito de que tu viaje no se haya realizado enseguida, en la creencia de que la enfermedad no sería tan rápida. Para mí hubiera sido doblemente doloroso, me habría faltado el valor necesario que me sostuvo en pie hasta el último momento. La que me acompañaba y me ayudaba en todo era mamá. Papá tenía á su cargo el cuidado de los chicos, pues los médicos habían ordenado su retiro por temor al contagio.

Tus cartas, mi amiga, tenían una virtud medicinal tan grande, superior á todo lo que el médico le recetaba, — creo que á haber sido otra la enfermedad, ellas por sí solas hubieran sido suficientes para curarle, — mientras las leía yo le observaba, y era tan visible su alegría, que parecía empezaba á convalecer. Las horas para mi más tristes, interminables, y á las que le tenía miedo eran las de la noche. Durante largo rato, aun cuando ya las había releído de día, se lo pasaba leyendo tus cartas, que luego colocaba debajo de la almohada.

Después entreteníamos nuestras veladas, leyendo al amor de la luna á veces, algunos libros, sobre todo las partes subrayadas de los que tú le mandaste; — cuando estaba con ánimo me recitaba versos de Musset, Cyrano y la sonata de Nájera.

Las noches pasadas después de haber leído tus cartas de la semana me dijo: «Como esta noche tengo poco sueño, voy á entretenerme haciendo algo, alcánzame el cofre, donde están las demás. Cuando se las traía estiró los brazos, con esa misma jubilosa alegría que los tendemos cuando vamos á recibir algo muy querido, que no veíamos por efecto del tiempo y la distancia.

He aquí lo que un día constituyó mi más querida y poderosa esperanza, en torno de la cual giraban todas mis aspiraciones, — también ella tendrá el mismo fin que las demás.

«¡Pasión devoradora, todavía quedan algunas gotas de sangre en mis venas para arder, tú las quemarás!»

«He aquí lo que mi corazón guardaba como un tesoro, donde iba á refugiarse cuando se sentía cansado por el tragín cotidiano, para hacer menos triste, menos fría la distancia». «También el cofre de los amantes cuando no es eterna la felicidad que en él se ha depositado se convierte en sudario». Luego besó, acarició todo largo rato. Las últimas lágrimas que le quedaban las derramó sobre tu retrato. Yo me había inmovilizado en la contemplación, maquinalmente miraba todo aquello, durante las dos horas que estuvo en esa tarea, permanecí en silencio, él habló solo. La emoción que todo aquello me produjo, me tuvo largo rato sin sentido.

Después me pidió papel para escribir y lo necesario para empaquetar todo. Este pedido confirmó lo que presentía. Quise rehusarme haciéndole ver que era demasiado tarde para esa tarea; que descansara; al otro día tendría tiempo. Mañana tendré tiempo de descansar, de lo que quizás no tendré tiempo, es de hacer este trabajo, fué lo que me respondió, y tuve que obedecer.

Renuncio á describirte, mi amiga, todo lo que sucedió después de esto. Yo no me siento con fuerzas para soportar la emoción que su recuerdo me ha producido. Ya te contaré todo cuando nos veamos.

Tú retrato se lo llevó, quiso que tu imagen le acompañara, por si el viaje que emprendía era demasiado largo. Todo lo demás, en la forma que él lo arregló, junto con su carta lo recibirás mañana. El portador es el amigo más íntimo que en su vida tuvo, el que le acompañó hasta en sus últimos momentos.

Cuando me puse á escribir ésta era la una de la tarde; me acabo de asomar á la ventana, y la luna me ha sorprendido con su luz blanca y fría la misma que nos acompañó en tantas veladas.

Adiós, mi querida amiga...

«Hoy al leerla he sentido la misma dolorosa tristeza que sentí cuando la leí por primera vez, y mi corazón ha vuelto á sollozar en la estrofa querida del poeta único.

Ninon, Ninon, que fais-tu de la vie
L'heure s'enfuit, le jour succéde au jour

Como un llamado á lo que ama, asustado por el doble presentimiento de la soledad y del pasar vertiginoso de las horas.

Isidro Rodríguez Martín.

Poetas nuevos



Ofrecemos á nuestros lectores el retrato y una poesía de Carlos Maria de Vallejo, joven poeta que se inicia con vigor y que con Lorenzo Vicens Thievent ocupa un puesto de avanzada entre los poetas de la nueva generación uruguaya.

Dejamos para el criterio del lector el juzgar la obra de estos dos colaboradores de Apolo. Nuestra mejor recomendación es la lectura de los dos sonetos que insertamos en esta página.

Nota de Redacción.



Connubio sentimental

Para Apolo.

Hubo sonambulancias en la sala
E irisaciones mágicas y astrales,
Al posar tus dos nimbos siderales
Sobre el teclado en fugitiva escala.

Tu mano fervorosa como un ala,
Hizo vibrar secretos ideales,
Y sonaron acordes inmortales
Con profusión magnífica de gala.

En la ansiedad de una pasión triunfante,
Diste al piano, tu alma en ese instante,
Y ante el delirio de su afán, rendido,

Adormeció sus ecos lentamente,
Para escuchar absorto y tiernamente,
Del corazón el rítmico latido . . .

Carlos María de Vallejo.

Iconoclasta

Para Apolo.

Tus vestidos cayeron con romana indolencia,
tu cabellera, dócil, se extendió por tu espalda,
tu piel se matizó de fina erubescencia
y en tus ojeras lívidas durmió un pétalo gualda.

Tus labios en galante bienvenida á la esencia
de los míos mostraron su purpúrea guirnalda;
se estremecieron, púberes, tus senos en demencia
de placer, y se hincharon tus venas de esmeralda.

Desmayé en un ocaso de inconsciencia absoluta;
mi cerebro apoplético vió una boca impoluta
con la extrañeza erótica de los placeres hondos;

Tembló tu cuerpo blanco de ninfa imaginaria...
y de sus ansias ígneas fué víctima precaria
la conjunción estrecha de tus muslos redondos.

Lorenzo Vicens Thievent.

BIBLIOGRAFICAS

Libros y folletos recibidos

Preludios, *por Ricardo Miró — Panamá* —Como su título lo indica, es este el libro de un iniciado. Las poesías que componen *Preludios* son el fruto de un cerebro bien nutrido que empieza á manifestarse. Hay en muchas de ellas derroche de colorido y riqueza de imaginación, pero les falta el sello de la personalidad que no dudamos adquirirá Ricardo Miró, dadas las aptitudes y el talento que acusan las composiciones de *Preludios*. Para perdurar. es necesario ser personal. Y eso se consigue con el tiempo, á medida que el escritor va conquistando fuerzas que le permiten aislarse de los demás. *Preludios*, repetimos, es el fruto de un cerebro bien nutrido, de un poeta verdadero que comienza á revelarse y que triunfará. Agradecemos el envío.

NUEVO CANJE

Gaceta Ilustrada — *San Juan de Puerto Rico* — De esta revista de literatura y actualidades hemos recibido el número 107. Exornan sus páginas hermosos fotograbados.

Fulguraciones y Eclipses — *Concepción del Uruguay* — Acusamos recibo de esta revista mensual de literatura, ciencias y variedades, que dirige el señor Alf. Parodié Mantero. Ella está bien impresa, pero no trae colaboraciones de importancia.

La Salud — *Montevideo* — Nos ha visitado el primer número de *La Salud*, órgano oficial del Instituto Naturista. He aquí su sumario: *¡Salud!; Decálogo de un centenario; La curación Natural; La inútil Vacuna; Prácticas Fortificantes; Variedad.*

La Patria de Dario — *León (Nicaragua)* — Ha llegado á nuestra mesa de redacción el número 2 de esta interesante revista de arte que dirige y redacta el señor Leonardo Montalván. Su sumario es excelente. Baste decir que en él figuran las firmas de Manuel S. Pichardo, Emiliano Hernández, Luis Tablanca y otros escritores de renombre.

Mensaje Literario · *Mérida (Venezuela)* — El número 4 de esta valiosa revista de literatura trae un número selecto de composiciones inéditas. *Mensaje Literario* es dirigido por el señor T. Carnevali Retali.

Arte — *Maracaibo (Venezuela)* — Recibimos los números 1 y 2 de esta bella revista literaria que se publica bajo la dirección del escritor José Agustín López. Su material es bueno. *Arte* llegará á imponerse en el ambiente americano, pues cuenta con colaboradores ya consagrados en el continente.

Alpha — *San Salvador* — Ha vuelto á visitarnos esta publicación quincenal de artes, ciencias y letras, que redacta el conocido escritor S. Cortés Durán. Por la bondad de sus colaboraciones y por su delicada presentación tipográfica, *Alpha*, es rara avis en el ambiente salvadoreño.

El Masón Moderno — *Madrid* — El número 27 de este periódico, órgano oficial de la Masonería mundial, ha llegado á nuestra mesa de trabajo.

Germinal — *Asunción del Paraguay* — Tenemos á la vista el número 1 de este semanario que publican los escritores Rafael Barrett y José G. Bertotto. *Germinal* es un periódico valiente que dedica sus esfuerzos á la lucha en pro del proletariado.

Revista Rochense — *Rocha* — El número 23 de esta importante publicación trimensual que redacta el señor Carlos N. Rocha, ha llegado á nuestra redacción. *Revista Rochense* es una de las mejores publicaciones que aparecen en nuestra campaña.

Bohemia — Dirigida por el señor Julio Alberto Lista, ha comenzado á publicarse en esta capital, una revista de arte, con el título que más arriba indicamos. Figuran en la lista de redactores elementos de gran valía que se destacan en nuestro ambiente literario.

La Paz — *Mérida (Venezuela)* — De este selecto periódico redactado por los señores Juan N. P. Monsant y Gabriel Picón Febres, hijo, hemos recibido desde el número 30 al 34. *La Paz* es un periódico político y literario que dá á conocer las producciones de los mejores escritores americanos.

La Lucha — También hemos recibido el número 14 de este excelente periódico que publica en Nico Pérez el talentoso escritor Ricardo Eguía Puentes Su material es inédito y está firmado por escritores ya consagrados, la mayor parte de ellos, en nuestro país.

Con las revistas del exterior arriba nombradas dejamos establecido el canje.

DE ORESTES BAROFFIO

El dibujo del título que luce hoy nuestra revista, es obra del artista nacional con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Fué encomendado á él por esta Administración, en la seguridad de obtener algo sobresaliente, como todos los trabajos que ha hecho el talentoso artista.

Rosa Ígnea

Por Pérez y Curis

(Continuación)

— ¿Sí, Ofelia mía?

— Sí, Claudio, mi predilecto eres tú.

Se miraron un instante, tristes, silenciosamente tristes. Después, Claudio la oprimió contra su pecho, acarició su cabellera espesa, y balbuceó tímidamente en su oído:

— ¡Oh, mía! ¿Quieres? Amémonos una vez más aquí mismo, bajo el follaje musitante, en el misterio de la tarde que agoniza.

Y ella, respondió muy quedo:

Hoy no, Claudio. Temo que él llegue á casa y no me encuentre. ¡Qué me diría entonces ese hombre!

— ¿Y, cuándo, querida mía?

— Mañana de tarde, en casa — suspiró ella estrechándolo y envolviéndolo en una mirada de infinita adoración.

Y el rumor de un último y prolongado beso se extinguió como una égloga bajo el palio de los árboles.

II

Claudio Terán amaba á aquella mujer selecta, amable y soberbia; soberbia como el amor. La había poseído virgen, sin esas tramas vulgares que se urden al amparo del amor, y sentía por ella el mismo cariño y la admiración de otrora. Y ella se había entregado á él toda entera, sin reservas ni coyundas, impulsada por su corazón y acaso más por su temperamento ardiente de mujer que ama por el amor absolutamente libre.

Después, un mar de tormentas se agitó entre ellos. La guerra civil lanzó su grito estridente de muerte y desolación, y Claudio, rebelde á toda fracción que pidiera sacrificio de vidas por ideas y convencionalismos de un hato de paniaguados y no de una colectividad independiente y austera, optó por refugiarse en la soledad para no ser vejado por los numerosos prosélitos de aquel gobierno de barbarie que miraba el crimen, para fruición de su espíritu, como en una serie interminable de caleidoscopios trágicos.

Y durante su aislamiento de las cosas y

los seres humanos, los padres de Ofelia la prometieron en casamiento á un comerciante amigo, á pesar de las protestas de la joven cuyo amor por Claudio no habían desvanecido aún las lejanías de la ausencia. Sus protestas y lamentos no hallaron eco en el alma de sus padres. Sus sollozos fueron vanos. Allí donde clamaba el corazón de la mujer que tiende por un instinto de idiolatría hacia la libertad de su psiquis, se impuso la voluntad del padre. Y su amor fué vendido en pública subasta, tal las cosas sin alma.

Todo matrimonio impuesto, tarde ó temprano lleva á la ruina á ambos cónyuges. Así, Ofelia, sufría horribles tormentos. Ya no era la Ofelia insigne, la divina de otro tiempo. La coacción que sus padres ejercieran sobre su corazón hecho á todos los sentimentalismos del amor, y luego el odio que la tosquedad de su esposo le inspiraba, la anonadaban terriblemente. Sin embargo, sus rasgados ojos negros, vívidos como carbunclos, aun hablaban de una belleza suprema y suavizaban, desvaneciéndolo casi, aquel dejo de pesadumbre que el dolor había estereotipado en su rostro de facciones puras, luminosamente puras. Las palabras del esposo hosco y frío, y la nostalgía sexual, destruían sus atractivos y excitaban sus deseos. Y Claudio fué para ella un rayo beatífico y consolador horadando las tinieblas de su ocaso prematuro.

III

Lanzó un suspiro elocuente de añoranza, como en una evocación de sus angustias íntimas y sus reconditeces de luchador insondable, y dejó sobre la mesa los originales de su nuevo libro doloroso como él. Y mirándolos cariñosa y tristemente, como si una flor predilecta de su espíritu quedase allí, abandonada un instante en la quietud de soledades inmensas, salió de su estudio, miró la avenida en fiesta, y marchó lentamente, sin rumbo, murmurando como un somnámbulo:

¡Ella sola! ¡Ofelia!

Y se detuvo allá lejos, en la región del Parque Urbano, donde, de cuando en cuando, algún espíritu abstraído como el suyo poblaba la soledad de aquella hora de canícula.

Claudio Terán estuvo allí largo rato respirando el perfume de las frondas que subía en oleadas exquisitas á su corazón hastiado y evocaba sonrisas de vírgenes amatorias, y sus ojos, velados por la tristeza, se inanimaban ante la pompa primaveral que irradiaba

aquí y allá, en las hojas de sinoble y en las flores en eclosión que reverberaban al sol sus pétalos de rara poliformía.

¡Cuán hermoso era aquello! A un lado los haces de margaritas mostraban su corazón cual inmensa gota de oro que emergía de su corola de nieve; en frente, una variedad de malvones tremolaba sus púrpuras de incendio sobre la alfombra del césped que se extendía como una lápida de mármol verde; y más allá, en la orilla de los lagos dotados de grutas artificiales por cuyas oquedades asomaban corolas multicolores, una columna de sauces proyectaba penumbras de crepúsculo selvático. Y luego, todo bordeado de sauces y eucaliptos.

Lene aroma de cercanos heliotropos insinuábase á menudo en el ambiente de la tarde, como un bálsamo divino desprendido de ignota ánfora. Y Claudio, después de respirarlo con afán, salió de su arrobamiento y repitió contristado:

¡Ella sola! ¡Ofelia!

Y marchó hacia la ciudad con deseos de verla y abandonarse en sus brazos.

La hora de la cita de aproximaba. Claudio avanzaba lentamente, con aire de soñador, abstraído en su propia vida; movía los labios hablando consigo mismo y gesticulaba dominado por la neurosis.

IV

Ofelia estaba impaciente como si una miriada de dardos lacerase sus carnes incitantes, jóvenes aún y trémulas de voluptuosidad.

—¡Ya no viene! ¡Qué lástima!—se decía á cada instante; y retiraba con indecible inquietud los brazos apoyados sobre la balaustrada del balcón, se arreglaba el cabello, miraba hacia todas partes, y tornaba á su primera actitud con gestos de honda tristeza.

Vestía un traje de batista purpurino con escote cuadrangular que mostraba al desnudo las eminencias del seno, albo como el alabastro, y harmonioso y expresivo como un dúo de paloma gemelas.

De pronto, sus ojos se animaron como por ensalmo y giraron en la órbita, deslumbrantes, con deslumbramientos de astro; y una sonrisa de placer iluminó sus labios é hizo hoyuelos en sus mejillas. Había visto á Claudio y sus fibras todas se estremecieron de júbilo como en aquellos días de sus emociones nuevas y sus rubores de virgen tímida. El, sonrió al verla también, con la satisfacción y alegría de un niño colmado de regalos, y Ofelia aparecía á sus ojos paganos cual un ibis rojo destacándose en la semipenumbra del balcón.

— ¡Cómo has tardado, amor mío! Ven — dijo ella, contemplándolo con un gesto de afecto y coqueteria á la vez que exteriorizaba sus pensamientos íntimos y su fiebre pasional.

Y ambos fueron hacia el jardín de la estancia donde los jazmines en floración exuberante fingían hostias realzando su blancura entre el verde aterciopelado de las hojas, y los claveles y los heliotropos eran como un remedo de las tonalidades policromas del horizonte.

Allí, en un canapé como de mimbre, pequeño y débil, que crujía con el vaivén de sus cuerpos, cantaron la alegría del pasado, el primer beso, la primera cita, y luego el triunfo del amor tal como ellos lo concebían, exento de insanas hipocresías.

Y evocaron los coloquios de otros días y sus deleites emocionales en el jardín de la casa paterna.

Claudio la habló de su nuevo libro y de sus recientes luchas. Y ambos se dijeron sus secretos en bien de sus aspiraciones. Estaban emocionados. Y la emoción que aceleraba los latidos de sus corazones, y luego también el placer de verse solos, los alejaron de todo lo que los rodeaba. Apuraban las delicias de su sueño realizado; no pensaban sino en él, entregados ambos al nirvana de sus besos, abrasadores como el fuego. Y ambos, mutuamente enamorados de su exquisita sensibilidad de artistas, se olvidaron de los prejuicios de la vida y se dieron el uno al otro, completamente, cediendo á los impulsos de la pasión que todo lo domina con su estallido triunfal. Y en tanto, percibían solamente sus palabras, tan distantes estaban de las cosas materiales. El bullicio de la calle y el rumor de los vehículos que en aquella hora estaban en su apogeo, no llegaban á sus oídos halagados como eran por el idioma del amor.

El esposo, que había ido de paseo, volvió á su casa más temprano que de costumbre, á causa de un contratiempo. Entró, abrió la puerta cancel, y fué en busca de su esposa.

Cuando Ofelia lo advirtió ya era tarde.

—¡Infame! — gritó él, inyectados de sangre los ojos y el gesto sombrío y aterrador. Y armado de un revólver avanzó hacia ella.

Claudio, inerme, pero dispuesto á evitar el crimen, el sacrificio de aquella mujer que amaba y cuya única esperanza era él, en aquella hora de tragedia, le sirvió de parapeto interponiéndose entre ambos. Así cumplía él sus preceptos personales. El creía tan vil castigar á una mujer como violarla ó arrebatarle su virginidad enloqueciéndola con la cantárida de hiperbólicos visajes. Por

que no sabía fingír ni transigía con el sofisma universal que es arma de abyectos seres. Y, porque era un alma emotiva, hecha para llorar eternamente sobre el cuerpo de un ideal asesinado.

El esposo disparó su revólver y la bala rozó levemente la cabeza de Claudio, quien, con admirable gallardía, y una serenidad rara en él, nervioso por excelencia, cogió el bastón de su adversario que éste había abandonado y lo dejó caer sobre su frente, privándolo del sentido. Después miró á Ofelia que yacía desmayada sobre el canapé, la prodigó caricias infinitas y la dió á aspirar esencias fuertes hasta que volvió á la vida.

Cuando Ofelia abrió los ojos y vió á su esposo exánime, en medio de un reguero de sangre, exclamó:

— ¡ Por Dios, Claudio! ¿Qué has hecho?

— No es nada, mi amor. Fué recio el golpe pero no mortal; pronto volverá en sí — respondió él, extendiéndole los brazos y besándola en la boca.

— Y tú ¿estás herido, verdad? Dime, Claudio, y ahora: ¿qué hacemos?

— Ven, no te inquietes — murmuró él, cogiéndola de la mano y dirigiéndose hacia la calle.

Ya afuera, interrogaron al cochero que esperaba las órdenes del esposo. Luego subieron al coche que partió velozmente y se perdió en la lejanía, mientras la tarde agonizaba y una pálida estela de oro se estremecía sobre la faz de la mar apaciblemente azul.



Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

A. A. — La composición «Recuerdos del Uruguay», era demasiado extensa. Debido á habérseme extraviado, y no recordando su título ni el nombre del autor, no le contesté antes.

A. C. F. — No. Prosiga; «Estrofas» revela que usted tiene condiciones para llegar.

D. S. O. — «Ensueño» no es para APOLO.

JUAN GUERRA NÚÑEZ, *(Habana)* — Sale algo en este número; lo demás en el próximo. APOLO va siempre á Tejadillo, 1.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU, *(Madrid)* — Ignoro su domicilio en esa. Le enviaré APOLO á la librería de Pueyo, Mesonero Romanos, 10.

MIGUEL A. RÓDENAS, *(Madrid)* — ¿Recibió mi tarjeta?

AMATEUR — Su verdadero nombre era Gérard Labrunie. Teófilo Gautier ha escrito mucho acerca de sus obras. Sus «Odelettes» son maravillosas. En prosa no he leido sino «Sylvie».

DRAMATURGO — Vea el número 16 de esta revista. Allí encontrará, íntegro, el juguete trágico «Lulú Margat», de Aurelio del Hebrón.

PÉREZ Y CURIS.

Obras de Perfecto López Campaña

PUBLICADAS

«Nervosismos» (Páginas y estudios).
«Fanfarria de Prejuicios» (Crónicas, cuentos é ideas sueltas).

CONCLUIDAS

«Desde el Patagonia» (Memorias íntimas de un aprendiz artillero).
«Mar de Fondo» (Novela de ambiente).
«En el jardín de las mentiras» (Cuentos).
«Hacia el porvenir» (Drama en tres actos y en prosa).

EN PREPARACIÓN

Capítulo de Sociología Americana, «El Uruguay» (Factores de evolución é involución).

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

«La canción de las Crisálidas»
«El poema de la Carne».
(Poesías).
«Heliotropos» (Poesías)
«Rosa ígnea» (Cuentos).

EN PREPARACIÓN

«Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).
«Alma de Idilio» (Poema).
«Albas sangrientas» (Poesías de combate).
«La Ola» (Novela).
«En el huerto de los besos» (Poesías).

APOLO

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY, LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	

Administrador: LUIS PÉREZ (Alzáibar, 35)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

// APOLO

Revista mensual de arte y sociología

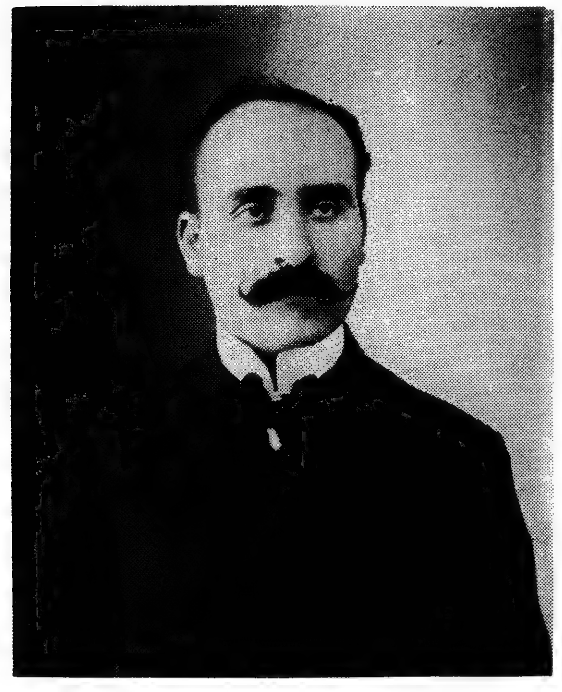
Director-Redactor: Pérez y Curis — Redactor: Perfecto López Campaña
Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

Imp. «La Rural» de E. Ramos — Florida 84 y 92

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

—

La casa no tiene competencia.

—

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de	$ 10.00	á	$ 22.00		
Jacquet	»	» 22.00	»	» 28.00	forro de seda	
Smoking	»	» 18.00	»	» 28.00	» » »	
Levita	»	» 30.00	»	» 40.00	» » »	
Frac	»	» 30 00	»	» 40.00	» » »	
Sobretodos	»	» 12.00	»	» 22.00	» » »	
Pantalones	»	» 2.00	»	» 7.00		
Chalecos fantasía	»	» 1.00	»	» 5.00		

<u>La casa tiene elemento especial</u>

<u>para el trabajo de medida</u>

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 20. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Octubre de 1908.

De Alma de Idilio (Poema)

. . . .
. . . .

EL POETA

¡Ave, maga sensible! Tu risueño
Miraje canta mi pasado. Mío
Fué el júbilo del ave en el estío,
Y la Esperanza me llamó su dueño.

Luego la juventud me dió el beleño
De emocionales éxtasis, y el frío
De prematuro invierno halló vacío
Mi corazón de pájaro zahareño.

Por eso no amo la quietud del sueño
Sentimental, ni el majestuoso brío
De la balada de oro del ensueño.

¿Por qué tan joven me agobió el hastío?
¡No importa! Hoy llevo tu gentil diseño
En la imaginación, y amo y sonrío.

LA MAGA

Y si el canto del tedio, monorrimo y doliente,
Que arrulla tus visiones heráldicas y agita
Tu espíritu noctámbulo, desdeña la infinita
Misericordia de una virtud para tu frente,

No impreques á la esfinge del destino; medita
Sobre el largo viacrucis del Apóstol de Oriente.
Con el suave poema que la infancia presiente
Canta de tu infortunio la liturgia bendita.

Que en tu alma el pesimismo dejó algo del desierto
Y el dolor el resabio que hoy tus carnes macera,
Yo lo sé . . . Sin embargo tu alegría no ha muerto,

Duerme aún al abrigo de la ilusión y espera . . .
¡Cómo esperan las flores que una mano cualquiera
Las riegue cuando el oro del sol abrasa el huerto!

EL POETA

Yo espero de tu amor y de tu gracia,
¡Oh, virgen fuerte! la exquisita ofrenda,
Para unir á la mía la estupenda
Canción impúber de tu ideal de acracia.

Jamás en mí despertará la audacia
Del amor de la mítica leyenda . . .
¿Qué importa que Eros mi dolor sorprenda
Bajo el sol de la muerte ó la desgracia?

Alma: tú que apareces en mi senda,
—Lejos de la fastuosa aristocracia
Que tiene un Eldorado de prebenda,—

Y vienes ebria de entusiasmos hacia
Mi corazón que implora una vivienda,
Sé Alma de idilio, de pasión y acracia.

. . . .
. . . .

Pérez y Curis.

Armonía pasional

Las pasiones de cada individuo pueden considerarse como una manifestación de la resultante de dos fuerzas, perfectamente representada, en dirección é intensidad, por la diagonal del paralelógramo construido con estas dos fuerzas; y éstas, á su vez, se hallan determinadas: la primera, por la constitución íntima del organismo de dicho individuo; la segunda, por el ambiente y por el conjunto de influencias exteriores que ejercen su acción sobre él.

Las pasiones humanas no son, pues, la causa de la inarmonía social; sino en efecto, al menos, en su conjunto.

El organismo del hombre, como el de los animales, es un puro transmisor. Las sensaciones que percibe son transmitidas por él, y se expansionan de distinto modo, según sea el campo de acción que encuentran para expansionarse.

Le ocurre al organismo humano lo mismo que á los conductores de una instalación de alumbrado eléctrico: ellos reciben la fuerza electromotriz desarrollada por los generadores, y la transmiten á la lámpara, pero oponiendo á dicha fuerza una resistencia variable, según sea la longitud, el grueso y lo conductibilidad de los referidos conductores. No obstante estos vienen á ser, al fin y al cabo, un solo factor del fenómeno, el cual dependerá también de la fuerza del generador y del campo de acción del receptor.

Cuando son malos los dos principales factores de la instalación, generador y lámpara, resultará un conjunto tanto más imperfecto y contraproducente cuanto mejores sean los conductores; asimismo, en la sociedad presente, en que las impresiones y el campo de acción se mueven en un círculo vicioso, suele verse que los hombres buenos conductores ó sea capaces de grandes pasiones, únicamente ponen su actividad al servicio de malas causas, mientras que los poco impresionables son casi siempre seres inofensivos que pasan á formar parte del innumerable rebaño de los miserables explotados.

Si los generadores son buenos, pero la lámpara es de mala calidad é incapaz de transformar en luz la electricidad que recibe, entonces además de las pérdidas de utilidad se originarán reacciones caloríficas en los conductores; así pasaría en una sociedad comunista autoritaria en la cual la fuerza productiva bien aprovechada, no encontrando el campo de la libertad, se cebaría en los mismos conductores que son los organismos humanos, haciéndoles sufrir á consecuencia de las reacciones que por su interior se verificarían, puesto que el dique autoritario no les permitiría manifestarse por completo.

Por último, si los generadores y la lámpara son buenos, podrán ocurrir dos casos: 1.º que los conductores sean malos; 2.º que sean buenos. Si los conductores son malos, la luz no se manifestará y

quedará la fuerza electro-motriz á disposición de cualquier buen conductor que la utilice, sin haberse ocasionado perjuicio alguno. Si los conductores son buenos, la luz se manifestará esplendente. Asimismo sucederá en la sociedad del porvenir: el hombre cuyo organismo reposado sea poco sensible á las grandes vibraciones de los sentidos, como que al fin y al cabo, tendrá por principal misión satisfacer á las necesidades de su organismo, no tendrá para qué satisfacer necesidades que no existirán, dejando á organismos más necesitados de vida el aprovechamiento de los grandes manantiales que él no estará en condiciones ni con deseos de aprovechar.

Pasando del terreno científico al terreno práctico, vemos que las llamadas pasiones humanas pueden servir siempre en pro ó en contra de la armonía social, según el medio en que se muevan.

La sobriedad, envenenada por la idea de propiedad, engendra la avaricia. El apetito y el amor, necesidades naturales, envenenadas por el abuso, engendran la gula y la lujuria. El descanso y la emulación, envenenados por la ignorancia, engendran la pereza y la envidia La entereza y la dignidad, envenenadas por la idea de autoridad, engendran la ira y la soberbia.

La sobriedad, la emulación, la entereza y la dignidad, son virtudes; el apetito, el amor y el descanso son necesidades. En cambio, la gula y la lujuria, la pereza y la envidia, la avaricia, la ira y la soberbia son malas pasiones que completan la inarmonía social producida por la ignorancia y mantenida por los principios de autoridad y de propiedad. El cristianismo ha propuesto contra estas malas pasiones un remedio que es aún peor que la enfermedad: contra la avaricia, la largueza en el sentido de derroche; contra la soberbia y la ira, la humildad y la paciencia, precisamente para sufrir resignados á los soberbios y á los iracundos; contra la gula de algunos, la abstinencia de la mayor parte para que aquellos puedan satisfacer su gula; contra la envidia de los ruines, la caridad de los corazones nobles; contra la lujuria, la abstinencia que deje campo más ancho á las empresas de los lujuriosos; contra la pereza, la diligencia de los infelices que han de proporcionar lo suficiente para que los que practiquen dicha pereza, puedan practicar también la soberbia, la ira, la gula y la lujuria.

No es, pues, en la religión donde hemos de buscar el remedio.

Unicamente en una sociedad libre encontrarán los hombres los elementos necesarios y suficientes para que el conjunto de las pasiones resulte prenda segura de progreso, de goces y de actividades.

F. Tarrida del Mármol.

Delmira Agustini



Supremo Idilio

Boceto de un poema

Para Apolo.

En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos de la noche adiamantan,
Una figura blanca hasta la luz... Erguido
Bajo el balcón romántico del castillo adormido,
Un cuerpo tenebroso... Alternándose cantan.

—

—¡Oh tú flor augural de una estirpe suprema
Que doblará los pétalos sensitivos del alma,
Nata de azules sangres, aurisolar diadema
Florecida en las sienes de la Raza!... Suprema —
Mente pulso en la noche tu corazón en calma!

—¡Oh tú que surges pálido de un gran fondo de enigma
Como el retrato incógnito de una tela remota!...
Tu sello puede ser un blasón ó un estigma;
En las aguas cambiantes de tus ojos de enigma
Un corazón herido — y acaso muerto — flota!

— Los ojos son la Carne y son el Alma: mira!
Yo soy la Aristocracia lívida del Dolor
Que forja los puñales, las cruces y las liras,
Que en las llagas sonríe y en los labios suspira...
¡Satán pudiera ser mi semilla ó mi flor!

Soy fruto de aspereza y maldición: yo amargo
Y mancho mortalmente el labio que me toca;
Mi beso es flor sombría de un Otoño muy largo...
Exprimido en tus labios dará un sabor amargo,
Y todo el Mal del Mundo florecerá en tu boca!

Bajo la aurora fúlgida de tu Ilusión, mi vida
Extenderá las ruinas de un apagado Averno;
Vengo como el vampiro de una noche aterida
A embriagarme en tu sangre nueva; llego á tu vida
Derramada en capullos, como un ceñudo Invierno!

— ¡Como en pétalos flojos yo desmayo á tu hechizo!...
Traga siniestro buitre mi pobre corazón!
En tus manos mi espíritu es dúctil como un rizo...
El corazón me lleva á tu siniestro hechizo
Como al barco inconsciente el ala del timón!

Comulga con mi cuerpo devoradora sima!
Mi alma clavo en tu älma como una estrella de oro;
Florecerá tu frente como una tierra opima,
Cuando en tu almohada trágica y honda como una sima,
Mis rizos se derramen como una fuente de oro!

— Mi älma es negra tumba, fría como la Nieve...
— Buscaré una rendija para filtrarme en luz!
— Albo lirio!... A tocarte ni mi sombra se atreve...
— Te abro ¡oh mancha de lodo! mi gran cáliz de nieve
Y tiendo á tí eucarísticos mis brazos, negra cruz!

Enróscate ¡oh serpiente caída de mi Estrella
Sombría! á mi ardoroso tronco primaveral...
Yo apagaré tu Noche ó me incrustaré en ella:
Seré en tus cielos negros el fanal de una estrella,
Seré en tus mares turbios la estrella de un fanal!

Sé mi bien ó mi mal, yo viviré en tu vida!
Yo enlazo á tus espinas mi hiedra de Ilusión...
Seré en tí una paloma que en una ruina anida;
Soy blanca, y dulce, y leve: llévame por la Vida
Prendida como un lirio sobre tu corazón!

—Oh dulce, dulce lirio!... Llave de las alburas!
Tú has abierto la sala blanca en mi alma sombría,
La sala en que silentes las Ilusiones puras
En dorados sitiales, tejen mallas de alburas!...
—Tu alma se vuelve blanca porque va siendo mía!

—Oh leyes del Milagro! yo, hijo de la sombra
Morder tu carne rubia: oh fruto de los Soles!
—Soy tuya fatalmente: mi silencio te nombra,
Y si la tocas tiembla como un alma mi sombra!...
Oh maga flor del Oro brotada en mis crisoles!

—Los surcos azurados del Ensueño sembremos
De alguna palpitante simiente inconcebida
Que arda en florecimientos imprevistos y extremos;
Y al amparo inefable de los cielos sembremos
De besos extrahumanos las cumbres de la Vida!

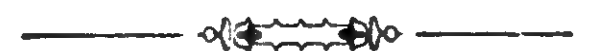
Amor es milagroso, invencible y eterno;
La vida formidable florece entre sus labios...
Raiz nutrida en la entraña del Cielo y del Averno,
Viene á dar á la Tierra el fuerte fruto eterno
Cuyo sangriento zumo se bebe á cuatro labios!

Amor es todo el Bien y todo el Mal, el Cielo
Todo es la arcada ardiente de sus alas cernidas...
Bajar de un plinto vano es remontar el vuelo...
Y El te impulsa á mis brazos abiertos como el Cielo,
Oh suma flor con alma, á deshojar en vidas!...

—

En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos de la Noche adiamantan,
El Silencio y la Sombra se acarician sin ruido...
Bajo el balcón romántico del castillo adormido,
Un fuerte claro-obscuro y dos voces que cantan...

Delmira Agustini.



"De Lutecia"

El profundo lirismo de mi alma, el supremo encanto que en mí produce la armonía, me conduce á buscar al través de toda belleza una sensación orquestral, comparando mármoles, cuadros y libros con obras musicales, ó á juzgar de obras literarias por la dulce emoción que en mí despiertan admirando, sobre todo á aquellos hombres en quienes vibra perpetuamente el canto glorioso de la infinita poesía. Sólo los grandes poetas han sabido vencerme. Y por eso, entre los escritores que hoy luchan en Europa por la supremacía de nuestras Bellas Letras americanas, Pedro César Dominici sabe entusiasmarme. El es ante que todo, un gran poeta armado con la lira Apolínea que, fustigando tiranías, crea romances, embellece el lenguaje político y canta solitario la libertad y la belleza.

La diversidad de tonos, la pureza del colorido y la dulzura de lenguaje, como licor cristalino, embriaga mi cerebro transportándome en suave ensueño de ilusiones que revolotean en torno mío, eclipsando por algunos instantes la obscura realidad que amarga la existencia. La Olímpica música de Wagner funde mi ser; parece evaporar mi espíritu arrancándome dulcemente del mundo para posarme en donde sólo existe verdad y amor.

Leyendo las obras de Dominici, participo de la misma sensación: momentos sublimes en medio de un paraíso imaginario iluminado por la aurora que vivamente engendran el arte y la literatura. Sin hablar de ese poema humano de intensa psicología dolorosa que es *Tristeza Voluptuosa, De Lutecia, Dionysos,* y *El Triunfo del ideal* forman una trilogía espléndida. En *De Lutecia* encontramos al crítico erudito, acaricia sus juicios con un estilo melodioso. Habla de arte, literatura y ciencias con asombrosa facilidad. La firmeza de sus críticas demuestra sus vastos conocimientos en donde se refleja su espíritu de artista: eleva á los grandes hombres, vivifica el alma de los genios fortificando con noble empeño á aquellos que se encuentran aún entre nosotros.

El combatiente de *Venezuela,* el cantor de *El Triunfo del ideal* — poema divino á la Belleza — tenía lógicamente, al hablar de la antigua Grecia, que escoger la gloriosa época de Pericles para desarrollar la acción de *Dionysos* Sus magnos ensueños de republicano, sus nobles anhelos de artista encontrabánse unidos estrechamente bajo el apacible cielo de Atenas.

Los tiempos helénicos nos entusiasman por la belleza y la filosofía: doctrinas, que cual de manantiales sagrados, brotan desbordándose por el mundo para refrescar cerebros de hombres sabios que moran en ciudades civilizadas. Dominici ha abrigado en su espíritu una época de libertad, purificando en su cerebro nobles pensamientos, acariciando con ellos lo que en su patria se encuentra vilmente oprimido bajo el dominio infame de Cipriano Castro.

Desde aquí, con su periódico *Venezuela* vela y lucha por el bienestar de su país. Es en París el corazón de los venezolanos.

Se encuentra fuera de su patría, huyendo de la falsedad y el crimen. Ha venido al mundo de la luz y procura iluminar las tinieblas. Sus compatriotas, como leones hambrientos, devoran el contenido de *Venezuela,* hallando en cada uno de sus artículos las propias ideas que como una brisa perfumada azota dulcemente sus secretas aspiraciones.

En la lucha contra Castro hace dorar las páginas gloriosas de la patria de Bolívar, y al mismo tiempo arroja despedazadas las que por el gobierno actual manchan ignominiosamente la historia de Venezuela.

Por su talla moral, es decir, por la elevada cima que representa su noble y austera campaña por la Libertad de la América Latina, es digno de magno elogio y puede servir como modelo á las generacións futuras. En nuestras bellas letras, con su *Dionysos* le bastaría para perpetuarse.

¡Gloria al soñador que haciendo llegar sus ideas hasta nosotros labora delicadamete su inmortalidad! Así los rayos del sol desgarran la atmósfera para llegar á la tierra...

FRANCISCO MÉRINO Y CÓRDOVA,
(*Mexicano*).

En Paris, Julio de 1908.



La Electa

Para Pérez y Curis.

En medio del jardín, junto á un desnudo
Pentélico de Apolo, su sonata
Preludia el surtidor que se desata
En un eterno, inacabable agudo.

Yo estoy absorto, ensimismado, mudo,
Escuchando la suave serenata,
Mientras la luna su esplendor de plata
Vierte en el bosque impenetrable y rudo

Hay fragancias divinas en la umbría,
Fulgor de luna y tierna sinfonía,
Quietud inmensa... el ánima reposa;

Sólo falta que venga al parque agreste,
Envuelta en amplia y sonrosada veste
La electa de mi espíritu: La Esposa!

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

Habana.



Pan aux cerises

Moi, j'ai reconnue Pan à sa libre parure, à ses poils ! Il sautait dans le soleil, cueillant d'un geste aisé, parfois, une cerise aux arbres vermeils. Qu'il était pur ! Des gouttes d'eau perlaient sur sa lisse toison, comme des étoiles : on l'eût dit d'argent.

Et c'était sous l'azur de mon jeune printemps.

Or, ayant avisé dans l'air une cerise plus grosse et plus belle, il la saisit, et puisa le noyau sous la pulpe sanglante. Je m'approchai. J'étais ravi... Lui m'ayant visé l'œil, je reçus le noyau. J'allai tuer Pan de mon couteau ! Il étendit un bras, fit une volte, et tout le monde tourna.

Adorons Pan, le dieu du monde !

PAUL FORT.

Paz y tristeza

Para Constancio Ferreira, fraternalmente.

Es un día del invierno agonizante. Brotan recién los renuevos en los árboles escuetos. La campiña sacude su sueño y muestra á los ojos perspectivas risueñas y al sol que ya calienta su vientre fecundo. La gente viste trajes vaporosos y alegres rindiendo homenaje á los días que se agobian bajo claridades de luz. Hay promesas en el aire que se respira dilatando los pulmones. Dulzuras en el verde de la pradera que canta la fiesta primaveral, llena de perfumes, de rumores y de vida regalona. Amor en la naturaleza vigorizada por el calor del sol que se ha tornado benévolo y sabio y justo para el esfuerzo del campesino y la explosión del germen adormecido en el seno de la tierra.

Los durazneros en flor son racimos de bocas plegadas que esperan su muerte con el beso cálido de la primavera avanzada para ofertar á la cosecha humana, sus frutos divinos. Las rosas abren sus corolas sobre las tapias y ponen en el paisaje manchas sangrientas. El sol se hunde en el ocaso, lenta y tristemente. Soberano augusto pide vasallaje al éter y á las nubes que ofrecen sus senos al beso fecundante de la gama. Un pájaro de vistoso plumaje trina sobre el alero de un rancho deshabitado. Otros y otros responden desde la copa escuálida de un árbol solitario que interroga al cielo. El cercano río murmura y se queja. Una barca, con la vela desplegada al viento, hinchada y gloriosa, es el ala quebrada de un cisne fabuloso que siente el vértigo del abismo oculto tras la onda que pasa . . . Las barrancas lejanas esfuman sus contornos violentos en el paisaje de la tarde que agoniza. En el cielo todo es sangre y oro. Se diría el campo do ocurriera una masacre de rosas, rosas rojas como heridas palpitantes, rosas purpúreas, rosas de todas los matices.

El silencio se espesa en el misterio. El cielo parece aproximarse á la tierra á través de la penumbra incierta. Flota en la soberanía del paisaje una niebla misteriosa que insensiblemente lo anega todo, lo cubre todo, lo cobija con una especie de manto de silencio, que es el manto de la belleza que pone en el alma toques de ternuras y flores de pena.

Se oye con ligeras intermitencias el lejano ulular de un perro en la campiña. Luego el tintileo de un rebaño que se aleja camino al encierro. Un potro que retoza sobre el pasto perfumado, rasga por momentos, con la batuta de sus patas, el silencio melancólico de la tarde que se inmola, gloriosa y serena. Un grupo de vacas lecheras se acerca por vez postrera á beber al río y sus sombras indecisas se proyectan en las aguas y se esfuman en la onda que refleja las diversas tonalidades del cielo. Lejanas y tristes suenan las campanas de la parroquia tocando el Angelus. Es la nota triste y dolorosa de la vida campesina que hace inclinar con respecto las cabezas de la buena gente que saben del esfuerzo generoso y tesonero, y del hu-

milde hogar que se entibia con el beso de un amor santo y primitivo.

Ruido de remos se escuchan como palmadas cariñosas sobre las divinas redondeces de una virgen. Una queja humana juguetea sobre las ondas del silencio y se pierde en las lejanías serenas. Una guitarra desgrana las notas de oro de un motivo hecho con penas y con lágrimas ardientes, y la brisa repite frases de una canción que nace del misterio brumoso de la tarde...

«Triste es vivir... Dame un... beso de fuego... Me muero... Me muero... por tí...»

Luego otra vez impera el silencio tranquilo y sedante. La tristeza del crepúsculo pone un sello glorioso sobre la frente enardecida por la idea. El sol derrama sobre las aguas tranquilas, en la comba dilatada, en la junción distante del azul y de lo verde, ríos de oro y de sangre, de soberana belleza, de metales en fusión ígnea. Flámulas se agitan en lo alto como pañuelos gigantescos que se mueven en despedida gloriosa.

Un grupo de luces salpica el caserío desordenado que se yergue en la loma cercana. La noche agita su manto tramado de tinieblas, y barre la campiña. El sol, lujurioso y solemne, ha desaparecido tras un monte de eucaliptos lejanos que forman cuajarón de sombras.

En el cielo asoma su enorme pupila luminosa la estrella del pastor. La luna, semejante á un enorme glóbulo de sangre, emerge en el horizonte lejano, de la cumbre de una cuchilla de suaves declives. Un misterio nuevo invade el paisaje y una nueva tristeza coloca sobre el corazón el broche de una pena infinita y las facetas luminosas de una lágrima amarga.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

Santa Rosa del Cuareim, Agosto de 1908.

Nieva el hastío...

Para APOLO

La nostalgia infinita de los nublados cielos
y el sopor melancólico de las tristes llanuras,
flotan sobre mi ensueño con largas amarguras
como un cansado Otoño de inconsolables duelos.

Los íntimos dolores son mis viejos abuelos,
me invade una cansera de visiones oscuras,
y estoy viendo á la Muerte que abre sus sepulturas
á toda la tristeza de mis hondos anhelos.

Voy así... Voy lo mismo que el que no vé y no habla
porque, si es un poeta le falta una heroína
y si es un pobre náufrago le falta alguna tabla...

Y soy en el regazo de mi extraño abandono,
como un rey del Oriente que murió de morfina
porque había perdido su esperanza y su trono...

Buenos Aires, 1908.

BENJAMÍN DE GARAY.

Nuestros colaboradores

M. MEDINA BETANCORT

La eterna sombra

De nuevo me rugió la fiera hambrienta.
No cabe que esta vez mi labio calle.
Es necesario, de esta gran tormenta,
Que el rayo de mis cóleras estalle.

Y su estallido, á la jauría artera
Acallará sus lúgubres aúllos.
¡ Esta vez mi humildad no es la que impera,
Quien obra no soy yo, son mis orgullos!

Contra vosotros, los que habéis hundido
El puñal en mi espalda, innoblemente,
Es que me yergo como león herido
En plena majestad, por la serpiente!

Contra vosotros, sí, que tal bajeza
Nunca lo hubiera, á mi pesar, creído;
Al creeros hombres, en mi gran nobleza,
Os di la mano y me la habéis mordido!

Contra vosotros, que fingiendo afectos,
Profanasteis mis flores más sagradas!
¡ Cuando suben á un árbol los insectos,
Dejan siempre las ramas deshojadas!

Contra vosotros, que á mi heroica lidia
Contempláis con rencor y sobresalto!
¡Es fuerza que así sea! En vuestra envidia,
Cuanto más descendéis, me veis más alto!

Los que clavasteis con traición maldita,
El aguijón del odio en mis entrañas!
¡ Ay! Es en vano. Es una ley escrita!
¡ Odio eterno de abismos y montañas!

Es una ley que ampara las pasiones
Que en una misma génesis se encastran.
¡ Todos nacemos con distintos dones:
Unos pueden volar y otros se arrastran!

¡ Para qué continuar? Odio al pantano!
Batir á la jauría es lucha loca!
¡ Si el mal se yergue como fosco oceano,
Siempre está el alma para hacerla roca!

Y mi humildad no es causa de desdoro;
En mi mente hay de luz, magnificencias.
El saber no se compra á precio de oro;
Se venden por el oro las conciencias!

La brújula es según como se inclina,
El talento es según como descuella;
¡ Por reflejo del agua cristalina,
En un vaso también cabe una estrella!

¡Para que continuar? ¡Si siempre hay yerros!
¡Si hay siempre uno que odia, otro que olvida!
Escrita está la ley. ¡ « Ladran los perros,
La caravana pasa »! ¡ Así es la vida!

Montevideo.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.



Sonatina de primavera

Para APOLO.

Rina sueña y suspira junto á la antigua vidriera
Donde el buen sol que retoza ríe luminosamente,
Presagiando así el retorno de la loca Primavera
Diosa azul de la Alegría y ensoñación del Vidente.

Rina está enferma. Es su rostro tan blanco como de cera.
Y su delgadez se abate bajo aquel mal inclemente,
Y hay en su pecho afiebrado de dulce convaleciente
Como una pena infinita que ahogase alguna quimera.

Pero en el parque do ambulan, los gorriones melodizan
El himno de sus amores, y las rosas idealizan
En los tiestos del arriate sus más rosados ensueños.

Todo gusta de la Vida. Los contornos son sedeños.
Y es por eso que en la tarde de oro de su quimera,
Rina sueña y suspira junto á la antigua vidriera

Donde el buen sol que retoza ríe luminosamente
Saludando así el retorno de la loca Primavera.

JUAN PICÓN OLAONDO.

JUNTO AL CAMINO

Lucía es hija de un peón caminero; linda su casa con una carretera y detrás de la carretera tiene el campo y detrás del campo la sierra, y tras la sierra el cielo. La carretera está cubierta, siempre que no llueve, por un manto de polvo tan blanco que deslumbra; de trecho en trecho hay montones de grava que poco á poco se van tapando con el polvo del camino; en las cunetas crecen hierbajos de un color verdoso que se torna ceniciento á poco de nacer. El campo es un secano grande de trigo donde la mies grana más pronto que tierra adentro, pero con fuerza, y cuando las segadoras llegan á estos bancales, los tallos del trigo parece que se van á tronchar al peso de la espiga y es que no pueden erguirse de anemia, pues rara es la vez que cae sobre ellos agua, y más rara aún la ocasión en que á poco de caer no pasa por el camino un carro que al andar de sus bestias remueve el polvo y mata la frescura. La sierra que está allá, al fondo, tiene matices muy distintos según la mira el sol, que desde que sale hasta que muere, todos los días, se entretiene en entonar sus colores con los que toma el cielo: al amanecer, monte y cielo son grises, con dificultad se precisa donde empieza el uno y donde acaba el otro; luego el cielo comienza á verdear y la sierra sigue tan gris como al principio; más tarde toma pinceladas violeta, toques de ocre, manchas gayas de los pinos que cría, y entonces el cielo es de un azul intenso como el azul del añil, es decir, como el azul del cielo.

La casa del peón caminero está cortada por el mismo patrón que todas las de su objeto, parecen casas de nacimiento colocadas en la orilla de la carretera por manos de niño: una fachada rectangular de un color blanco moreno, en ella una puerta con dos escalones de ladrillo que nacen en la cuneta, dos ventanas una á cada lado de la puerta y en uno de los costados de la casa, un horno que enseña á los caminantes su bocaza negra como si les dijera maldiciones.

La historia de Lucía me la contó un rudo labriego, viejo, con faz terrosa, con manos arrugadas y contrahechas á fuerza de empuñar el legón, con ojillos azules y pequeños; mientras hablaba sonreía irónicamente mostrando dos colmillos solitarios y negruzcos y unas encías rojas veladas con una sombra blanquecina: yo no pude reir.

Hace ya muchos años, la hija del peón caminero era hermosa, de una belleza bravía, salvaje: la color morena como las barbas del trigo; los ojos más negros que el pelo, parecían dos endrinas maduras — según el decir del aldeano. — Los senos detonaban en su cuerpo con valientes curvas, y sus flancos eran poderosos y macizos. Los labios eran rojos, como si no tuvieran nada encima de la sangre.

Lucía, en un pueblo cualquiera, hubiese sido la zagala de más arranque y más hechuras; las guitarras habrían llorado bajo su ventana todas sus notas, día por día, años enteros; todos los mozos de aquel lugar la habrían juntado mil veces á la virgen en sus coplas; todos los huertos se habrían quedado sin flores en

primavera para que ella las luciese; todas las mujeres habrían perdido los colores de sus mejillas envidiando los de ellas... Pero, Lucía nació en la casuca de un peón caminero, á treinta kilómetros de distancia del más cercano caserío.

Todas las tardes, cuando el sol se escondía detrás de la casa, poco antes de anochecer, la moza se sentaba á la puerta con una labor que no acababa nunca, á pesar de trabajar siempre en ella, pues siempre era la misma.

Pasaban carros enormes entoldados de lona blanca y tirados por una reata de tres, cuatro, cinco, y á veces más caballerías, que rítmicamente iban avanzando sus patas con pereza cansina, como si tuvieran seguridad de que aquel movimiento habían de hacerlo muchas, muchas veces antes de parar definitivamente; pasaban también tartanas pintarrajeadas de colorines, que al compás de cascabeles iban haciendo equilibrios sobre el eje y dando tumbos al pasar por los baches; de vez en vez acertaba á pasar un coche que pudiera llamarse tal, y más rara vez aún, un viajero á pie. Pero el goce de Lucía no estaba en ver pasar los carros, ni las tartanas, ni los coches, ni los caminantes; su ilusión era esperar la diligencia, el correo, como pomposamente le llamaban, y que no era sino una silla de postas descolórida y blancuzca de tanto moler con sus ruedas la grava del camino, tirada por cinco bestias, que desde hacía mucho tiempo eran las mismas: cuatro mulas castañas y delante un caballazo grande y blanquísimo.

Todas las tardes pasaba á la misma hora sobre poco más ó menos. Lucía esperaba haciendo labor hasta que empezaba á oir el ruido de los cascabeles que aun venían muy lejos, tan lejos que, siendo recta la carretera en mucho trecho, nada se veía hasta pasado un buen rato. Entonces abandonaba la labor, se ponía en pie y miraba la blancura del camino hasta el horizonte. Primero asomaba nada más que una mancha obscura que apenas se movía y el cascabeleo continuaba sonando muy débilmente; después sí, después ya se distinguía la forma del coche con su baca enfundada de cuero, más tarde se veía todo, hasta el caballo blanco que antes se confundiera con el color del camino. Y por fin, mientras sonaban furiosamente los cascabeles y se oía el rechinar del polvo bajo los aros de las ruedas para levantarse después en densas nubes y se percibía ruidos de cadenas, pasaba el coche al trote largo de sus cinco bestias por delante de la casilla; se oía un «¡Buenas tardes!» del mayoral, dicho con afectuosidad, y luego, con la misma voz, pero con distinto tono, un «¡Ya, ya, *Porcelano!*» un trallazo, y el armatoste aquel seguía su camino mientras se apagaba poco á poco el monótono tintineo. Lucía agarraba su silla y su labor, se quedaba un momento mirando cómo disminuía la marcha del carruaje, y después se entraba.

El sol acababa en horas tales de hundirse detrás de un cerro de color rojizo; las nubes se teñían de púrpura, el campo se iba obscureciendo, y la sierra tomaba sus más fantásticas coloraciones á medida que el cielo iba pasando lentamente de un violeta intenso á un morado pálido, del morado al verde, del verde al azul claro, del azul claro al gris

y del gris al negro, un negro fosco, roto por mil puntos en cada uno de los cuales se prendía la luz de una estrella. Después nada, un silencio sedante no interrumpido más que por el vientecillo serrano que movía los trigos ó por una malagueña cantada muy lejos, sabe Dios dónde y por quién, cuyas notas se mecían en el aire durante largo rato y cuyas palabras decían cariños y hablaban de sangre, de navajas, de morenas y de madres.

Y así todos los días, pasaba uno, pasaba otro, y aquel caballo blanco, aquel *Porcelano,* era el reloj que marcaba á Lucía el término de su cotidiano vivir.

La niña cumplió los veinte años y ya llevaba cinco viendo pasar la diligencia y aun no sabía lo que era la voz de un hombre cuando le dice á las mujeres que son bonitas. Ni lo sabía, ni esperaba saberlo, ni pensaba siquiera que alguna vez en su vida se lo debían decir, porque aun ignoraba cuanto lo era ella.

—

Una tarde de primavera pasó el coche como siempre, pero en vez de sonar desde su interior tan sólo el saludo recio del mayoral, se oyeron también otras palabras que ella no supo lo que decían ni quién las pronunciaba; y al poco rato, cuando aun no había oído la moza el nombre del caballo blanco, detúvose perezosamente la diligencia, estuvo parada un instante y un hombre saltó á tierra. El hombre se dirigió hacia la casilla y el coche siguió rodando.

Aquel día la hija del peón caminero vió anochecer á la puerta de su cortijo y oyó cómo dicen los hombres á las mujeres que son bonitas, y supo cómo lo decían; supo también que su cuerpo era un encanto de cuerpo, y que tenía música en la voz, y que la sangre, al saber todo esto, se le subía á las mujeres hermosas á la cara, y que se les cerraban los párpados, y oyó cómo la pedían entonces que los abriera. Pensó que de aquella manera debían hablar los hombres cuando no mienten, y que todo, todo cuanto decían así, debía ser verdad!

Lucía no acertaba á contestar al principio, hubo un momento en que, creyendo que aquel hombre iba á hacerle algún daño, estuvo tentada de coger silla y labor y meterse en su casa y dejarle en medio de la carretera, pero cuando oyó su voz, cuando se convenció de que nada habría de sucederle, entonces se quedó, sobre todo cuando la dijo que era más bonita que los claveles de su reja. Después estuvo escuchando cómo vertía desde su boca aquel hombre palabras, que ella no conocía unas veces y otras veces palabras que había soñado.

Mucho tiempo estuvieron hablando, mucho; al poco rato ella hablaba también, pero con temor, tenía miedo de contestar algo desagradable que hiciera callarse al mozo y al mismo tiempo temía que si callaba se ofendiera también.

Hízose de noche. Sonó á lo lejos el rodar de una tartana y el mozo se puso á mirar. Se tenía que ir, era imprescindible, pero volvería; claro que volvería!, volvería para estar con ella mucho tiempo, para decirla muchas cosas que aun no le había dicho, para enseñarle muchas palabras que aun no sabía. Talvez no fuera al día siguiente, ni al otro quizá, pero debía esperarle porque tenía que volver.

La tartana se detuvo á una

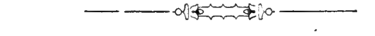
seña. El mozo entró bajo el toldo y luego tornó á ponerse en marcha. Lucía estuvo mirándola un buen rato, hasta que se confundió con las negruras de la noche, y después otro rato hasta que dejaron de oirse las campanillas del caballejo.

—

A partir de aquel día, la hija del peón caminero ha visto muchos atardeceres desde la puesta de su cortijo. Ya sabe cual es la primera estrella que sale del más alto picacho de la sierra, ya sabe que desde hace unos años no es blanco el caballo que lleva delante la diligencia, ni es el mismo el mayoral; sabe también cuánto trigo han segado en el secano de enfrente.

Todos los días sale para ver pasar el correo. En sus cabellos, ya grises, pero cuidadosamente alisados, pone todas las tardes, antes de llegar la diligencia, una flor nueva, roja, como eran antes rojas las rosas de su cara.

MIGUEL A. RÓDENAS.



PSALMO DE AMOR

Para APOLO. *A María Luisa . . .*

Benditos sean tus ojos de miradas tan buenas
que apagaron mis dudas y extinguieron mis penas;
ardieron en su lumbre mis profundos enojos
y mis amargos duelos, benditos sean tus ojos!

Benditas sean tus manos que con sublime calma
fueron curando todas las heridas de mi alma;
sucumbieron por ellas mis ansias infinitas,
benditas sean tus manos, benditas sean, benditas!

Bendita sea tu boca ardiente, como el fuego,
que cedió noblemente á mi erótico ruego,
y con sus almos besos que el corazón evoca
calmó mis horas negras, bendita sea tu boca!

Oh!, la noche solemne de tus guedejas brunas
donde son tus peinetas estrambóticas lunas;
oh!, tus mejillas pálidas como enfermizos mares
donde veo cual náufragos tus pequeños lunares!

Oh!, Tú, mi santo ensueño, mi novia inmaculada
á quien rendido llego, y quien con la mirada
de sus ojos benditos mis tormentas evita:
serás la amada eterna, la eternamente amada
bendita seas por eso, bendita seas, bendita!

. . . .

Benditos sean tus besos que en paréntesis almo
recibirán en breve al trovero y al psalmo:
por ellos veo mis hondas penas en mil pedazos
huir para «in eternum», benditos sean tus brazos!...

FRANCISCO CÉSAR MORALES.

Primavera — 1908.

PIERROT DE COMPRAS

Para Apolo.

Jadeante, apurado,
Y al brazo la cesta,
Pierrot va al mercado
Con cara de fiesta.

— ¿Dónde vas sin Colombina,
Pierrot?
— De compras, señor.
Para el rostro busco harina,
Para el alma busco amor.

Pierrot fatigado
Y al brazo la cesta.
Vuelve del mercado
Sin cara de fiesta.

— ¿De dónde sin Colombina
Vuelves?
— De compras, señor.
Traigo harina, mucha harina . . .
Pero no he encontrado amor.

Buenos Aires, 1908.

Pablo Minelli González.



TÍSICA

Para Apolo.

Nevada era la seda del rostro, como un lirio,
y mucha luz de aurora guardaban sus pupilas,
azules como el cielo, como el azul tranquilas,
brillantes como el oro que en hilos torna Sirio.
Se le allegó la tisis con su letal martirio
y le brindó implacable semanas intranquilas,
y tuvo en las ojeras el tinte de las lilas
y fueron sus dos manos exangües como un cirio.
Amó los versos vagos ungidos de tristeza,
las flores amarillas de pétalo sedeño,
la queja de las flautas y el aire del jardín.
Una tarde de invierno doblegó la cabeza,
se le acercó la Muerte y dióle su beleño
y fué su faz más casta que el blanco del jazmín.

San José de Costa Rica.

Lisímaco Chavarría.

Los ojos negros

Vosotros, los que, engañados por la mentida luz de unos ojos negros, disteis en la traición de su sombra, oid el relato.

Si de dos enlutados soles guardáis en lo recóndito del pecho dos rayos escondidos, habréis de gustar su encanto misterioso.

Era en la estación suave y rumorosa, la de las alboradas risueñas y los ocasos tristes. Por aquella época de ventura mi espíritu, en temprano florecer de amores, seguía enamorado y cautivo la oculta trocha, el deleitoso sendero que con su luz le alumbraran dos pupilas negras.

Habíame arriesgado en excursión romántica, por los repliegues de pintoresca serranía, y tras largo caminar aquella tarde abrileña, henchida de luz y de aromas, dí en esquivo paraje, donde se alzaban los soleados muros de antiguo monasterio.

Poco antes cruzaba un pueblecillo serrano, blanco y alegre, abierto al sol y á la brisa. En sus huertos los frutales florecían en alba primavera. Reía el agua en los regajos, y en el frescor de sus ondas bajaba á la llanura la vistosa gala, el perfumado atavío con que había de enlozanar y enverdecer el valle. Junto á la presa de un molino, y en la margen de un arroyo, que sus puras aguas entre lirios escondía, lavaban dos mujeres. Era la una vieja, rugosa y fuerte; la otra, mozuela, desgarbada y sucia. Ambas mujeres tenían sus rostros curtidos por el beso del sol, encendidos los brazos por la caricia del agua. La vieja, afanada en su trabajo, me miró indiferente; los ojos de la moza, grandes y negros, me siguieron curiosos. Y juro que sus tenaces miradas hicieron temblar los rayos de otras pupilas negras, que yo recataba gozoso allí en el rincón más escondido del alma.

Me interné en la espesura, y durante un rato escuché el alegre rumor de las femeniles risas. Poco después, nada oí.

Con el cielo azul, sereno y limpio, rimaba la tierra florecida y riente. Embriagaba los sentidos la brisa, llena de campestres fragancias; era deleite del espíritu la paz, el silencio aquietante de aquel solitario retiro.

Como soy un espíritu romántico, á ratos poeta y soñador siempre, me sedujo en extremo la plácida melancolía de aquellas soledades.

La zarzamora obstruía la entrada del ruinoso claustro; la hiedra, trepando por las maltrechas columnas y enredándose en las gárgolas, cubría sus heridas con un manto amoroso de verdura; ocultaba el musgo las afiligranadas labores de frisos y capiteles, y entre la maleza desaparecían las lozas de las tumbas. Una fontana pura gorgoteaba cadenciosa en rincón sombrío, bajo dosel de zarzas.

Esculpidas en tosca piedra, sobre pedestales y sepulcros, destacábanse las severas figuras de evangelistas y guerreros, y, sin duda por extraño capricho de la suerte, los evangelistas aparecían con los evangelios destrozados, los guerreros con las espadas rotas. Dijérase que los siglos en su labor destructora, y

el tiempo, en su correr incesante, habíanse complacido en ir poco á poco destruyendo aquellos símbolos de su poder y de su influjo.

Aunque la contemplación de aquellas mutiladas maravillas á remotas edades de luchas heroicas y ciegos fanatismos transportaba, impresionado por la gentileza de una figura y por la luz de unos ojos, rumbo distinto tomaron mis pensamientos.

¡Mientras existan unos ojos negros! — exclamé, como respondiendo á mis propias ideas.

Y después de tenderme sobre la hierba, seducido por el poético misterio y la amenidad de aquel lugar delicioso, fué suavemente invadiendo mis sentidos una dulce somnolencia.

Un ruido turbó el silencio y ví, con terror indecible, alzarse la loza de una tumba cercana. Las lagartijas corrieron asustadas á sus escondrijos; se oyó el roce de una culebra en los zarzales, y un monje, vestido de blanco, destacó su figura sobre el follaje.

Quise huir y no pude. Sobrecogido del más temible de los espantos, sentí un frío mortal que penetraba hasta la médula de mis huesos. El fraile me miraba fijamente.

La humedad de la tumba, condensada en espesas gotas, corría por sus hábitos; un rayo solar reflejaba en su blancura. Me pació que el fraile era de nieve, y que al contacto del fuego del sol, de la luz esplendorosa de la vida, comenzaba á derretirse.

— ¡Pobrecillo! — dijo con voz dulce, moviendo la venerable cabeza con expresión de lástima — ¡Pobrecillo! ¡Mientras existan unos ojos negros!... También á mí, en el mundo, me cegó la luz de unos ojos, también soñé con horas de inefable dulzura, de amor inmenso... Los ojos negros me traicionaron; por algo eran negros.

Hablaba el fraile lenta y trabajosamente, como si le costase gran esfuerzo pronunciar las palabras ó le pesara decirlas. Yo le oía sin atreverme á respirar siquiera.

— ¡Negrura! ¡Negrura! — prosiguió, con voz cada vez más dulce — eres reflejo del amor de los hombres. En el claustro busqué la paz apetecida; pero no pude encontrarla. El Señor no quiso otorgarme su gracia divina. Como tantos otros me refugié en la celda, no por amor á Dios, sino por odio al hombre. En meditaciones y rezos, me distraía una tenaz idea. Yo no acertaba á explicarme cómo Dios, pureza infinita y bondad suma, puso negruras en los ojos de la mujer.

Una revelación vino á aclararme el misterio, y supe que el amor divino hizo los ojos azules y que el amor humano los convirtió en negros... ¿Dudas? ¡Ay!, yo también dudé cuando en mi corazón ardía el fuego de la mocedad, cuando mi fantasía acariciaba mentirosas ilusiones. Pero mi corazón se consumió en las llamas, y sólo cenizas quedan; las cenizas no arden. Sobre mi cabeza cayó la nieve de los años; bajo la nieve no brotan flores... Escucha.

Hubo una pausa. No se oía otro rumor que el monótono y soñoliento del agua de la fuentecilla. El fraile continuó:

Dios hizo el mundo de la nada; con gala y verdores cubrió la tierra, y de frágil barro formó al hombre. Púsole en el paraíso del deleite y le instituyó dueño y señor de toda la tierra,

de las aves del cielo y de los peces del mares. Pero Adán, con este imperio, no era feliz; le faltaba la mujer.

Y cayó en un profundo sueño.

Compadecido Dios del hombre, quiso darle compañera: con cuidados de artista exquisito modeló el barro, vertió en él todas las gracias, encantos y primores, y nació Eva.

Para recibirla vistió la Naturaleza sus atavíos mejores: con gorjeos la saludaron las aves; las flores, con perfumes; el agua, con murmullos.

El sol se enredó en la undosa mata de su pelo.

Inflamada por el amor divino, la mujer elevó su mirada á la altura, y dos pedacitos de cielo azul, puro y transparente, reflejáronse en los limpios cristales de sus ojos.

Eva tuvo los ojos azules. Aun no se había fijado en el hombre.

Por entre espesuras y frondas deslizaba el Tigris su mansa corriente. Ansiosa de gozar su frescura, Eva sumergióse en las ondas. Abrazó el agua, con cariño de amante, aquel cuerpo blanquísimo, y, cantando su dicha, corrió por la pradera, besando con besos de espuma las amenas orillas cubiertas de flores olorosas.

Eva salió del río lozana de juventud, espléndida de hermosura, radiante de belleza. Adán, que desde la orilla la contemplara, sintió el bullicioso correr de su sangre, el latir presuroso de su corazón sin tristezas; tuvo conciencia de la vida. Temblando de emoción, acercóse á la mujer primera, sin mancha y sin pecado. Sus pupilas, espejos del cielo, aun reflejaban, el azul purísimo. El hombre las cerró, besándolas con ternura. Cuando Eva tornó á abrir los ojos, los tenía negros...

Se ahogó la voz del fraile, desvanecióse sobre el verdor de la umbría su alba figura.

Asustadas del ruido más leve, las lagartijas se deslizaban, ondulosas é inquietas, por los muros soleados. Sobre la loza de la tumba cercana, guardando el misterio de la muerte, un obispo dormía su eterno sueño de piedra. Rítmicamente goteaba la puertecilla en el rincón húmedo y sombrío, bajo dosel de zarzas. En un rayo de sol se perseguían dos mariposas de fuego. Un vientecillo suave me trajo, envuelto en su perfume, jubiloso rumor de femeniles risas.

Y parecióme que por entre el encaje de la fronda al dolor de la vida y al amor que la alegra, me atraía el llameante mirar de los ojos negros.

Enrique de Mesa.



FAMILIAR...

Para Apolo.

Manos de casa abrieron mi postigo
y entróse hasta mi lecho la mañana,
con la cordial franqueza de un amigo
y la unción cariñosa de una hermana.
¡ Era una gloria ! Y en verdad, os digo
que el sol aquel brillando en mi ventana
era más sol que nunca ; y fué conmigo,
viva en su luz, toda la paz aldeana . . .

Después de la ablución en agua pura
y fría de la fuente, con premura
á vestirme empecé ; cuando, de afuera,
llegó hasta mí de un pájaro la trova . . .
Corrí á abrir la ventana y Primavera
llenó mi corazón como la alcoba.

Emilio Frugoni.

PRIMAVERA

Para Apolo.

A Manuel J. de O. Rocha.

Veste-se a terra inteira de esperança ;
De seus labios gentis — as bellas flores —
Evolam-se balsamicos olores
Ao louro esposo que no azul avança.

Brilha um iris por lucida alliança,
E a Terra lendo a musica dos côres
Ensina o beijo—o canto dos amores—
Á fera, á virgem meiga, á rola mansa.

Passa nadando em luz a brisa em festa ;
Cantão em côro os vates dá floresta ;
E o Sol em honra á venturosa data

Liberta as innocentes prisioneiras,
Solta as aguas das alvas cachoeiras,
Fundindo os nós dos seus grilhões de prata !

Suissa, 1901.

Dario Galvão.

A ISABEL

Para Apolo.

¿ Dónde hay más fuego que en tu boca ar-
[diente ?
¿ Qué hay más azul que tu pupila amante ?
¿ Qué luz es más augusta y deslumbrante
que la que brilla en tu serena frente ?

¿ Cuál es de todas la inefable brisa
que ingenua corre por la tarde en calma,
que haga vibrar, como musica el alma,
la expresión adorable de tu risa ?

¿ Y qué podrá forjar la mente loca
de una intensa pasión en mil excesos,
que sea comparable con los besos
que llevas desmayados en la boca ?

¿ Y qué habrá de más puro que el acento
de tu voz, cuando amante languidece,
tan exquisita y suave que parece
hecha de gracia, amor y sentimiento ?

¿ Cuál el rayo de luz que no caduca
consumiéndose de odio en sus destellos,
ante la rubia aureola de cabellos,
que en efluvios te caen sobre la nuca ?

Es inútil buscarlo por doquiera,
volando en alas del febril anhelo
sobre la faz inmensa de este suelo.
Talvez lo encontraré cuando me muera.

tras el raudo volar por el espacio
del alma, libre ya, que canta y sube,
en el seno inefable de una nube
que tenga refracciones de topacio.

En una dulce noche, en el circuito
de tenue luz que vaya perfilando,
alguna estrella celestial, cruzando
como una bendición el Infinito.

O junto al mármol de mi tumba fría,
la más triste de todo el cementerio,
en una flor oculta en el misterio
y amamantada con la vida mía !

José Viaña.

Lira Venezolana

Desesperanza

Para Apolo.

Princesita gentil, decidme, cuando
Regresa el paje Flor,
El barbilindo paje
Que va y viene cantando
Cuando lleva un mensaje
Para vuestro señor.

Hace tiempo que espero,
Hilvanando mis sueños
Bajo el naranjo en flor.
Hace tiempo que espero
Al rubio paje Flor,
Que ha soñado unas cosas en sus noches de ensueños
Que lo tienen enfermo de un hondo mal de amor.

Ya retorna princesa,
Retorna vuestro paje
Y cruza el boulevard;
Trae un tierno mensaje
Y un radiante collar,
En una caja un velo, y en otra color fresa
Una corona hecha de flores de azahar.

¿Son aprestos de boda?
Ya preludian las almas
Su galante canción.
A vuestra sienes, palmas
Prenderá la ilusión,
Y de tu regia corte la buena gente toda
Rendirá á tus hechizos sus flores de oblación.

Solamente hoy el paje,
El rubio paje Flor,
No ha venido cantando
Como el blanco mensaje
De esperanzas y amor.
¿Por qué torna princesa, tan triste vuestro paje?
¿Será que han muerto todos sus ensueños de amor?

Guillermo Lavado Isava.

La Victoria. — Venezuela. — 1903.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

TALISMANES, *por Ernesto Mario Barreda — Madrid* Acusamos recibo de esta nueva obra poética publicada por la importante casa editorial de Gregorio Pueyo. *Talismanes* es un volumen de poesías modernistas que revelan en su autor gran potencia descriptiva y excelente gusto en la elección de los motivos. La musa de Barreda es harmoniosa y compleja: tan pronto canta á una puesta de sol ó á una indiada que cruza la Pampa en actitud belicosa como á la mujer que ha logrado impresionar á su psiquis. En este último caso Barreda se muestra un emotivo exquisito y original que subyuga y á la vez deleita. Su estilo exento de juegos amanerados, hace que se le lea con hondo recogimiento. Barreda triunfará. *Talismanes* señala su primer paso hacia la meta.

ESTUDIO CRÍTICO SOBRE P. SONDERÉGUER, *por F. Jara Mar — Santiago de Chile* Es este un folleto de 26 páginas en el que se estudia someramente la joven personalidad del autor de «Cóndor» y «Crítica del genio». Correctamente escrito, y con abundantes detalles acerca de la obra intelectual de Sonderéguer, el folleto de Jara Mar demuestra singulares aptitudes á desarrollarse en otra obra de la misma índole pero más extensa que la que nos ocupa.

CORAZÓN ROMÁNTICO, *por Ismael Urdaneta — Maracaibo (Venezuela)* — Constituyen este folleto una decena de poesías ricas de emotividad y de imágenes originales. ¡Lástima que todas ellas estén escritas en endecasílabos y pareados! Un libro así, magüer su poca extensión, resulta monótono para el lector que quiere harmonías diversas y un ritmo vario para halagar á su espíritu. En *Corazón romántico*, la idea y el motivo mismo de casi todos los versos encubren algo lo monorrimo del acento, pero no alcanzan á desvanecerlo por completo. Agradecemos el envío.

FILIGRANAS, *por Miguel A. Montalvo — Guayaquil (Ecuador)* — Es este un artístico volumen de poesías, impreso con todo lujo y lleno de fotograbados que representan á las bellezas ecuatorianas. El libro de Montalvo es una recopilación de muchas de las poesías que el distinguido escritor ha enviado en postales ó publicado en las principales revistas de Guayaquil y Quito, donde su firma goza de mucho prestigio. *Filigranas* es un bello libro que se lee con agrado por las muchas bellezas que encierra.

CREACIÓN, *por T. Carnevali Retali y E. Picón Lares — Mérida (Venezuela)* — Hemos recibido este folleto de prosa y verso que acusa la labor insegura de dos jóvenes iniciados. «Prosas», que así se titula la primera parte, pertenece al señor Carnevali Retali, director de la revista *Mensaje Literario*. Son páginas breves, impresiones frágiles que halagan el oído y revelan un temperamento de poeta. Constituyen la segunda parte: «Notas de mi lira», del señor Picón Lares, diez composiciones poéticas reveladoras también de un exquisito temperamento pronto á manifestarse.

NUEVO CANJE

VENEZUELA — *Paris* — Por primera vez nos ha visitado este periódico de combate, latino-americano, que dirige y redacta el galano prosador Pedro César Dominici, ya conocido entre nosotros por sus hermosos libros «Dionysos» y «De Lutecia». Su sumario es excelente. Cada artículo es un latigazo á Cipriano Castro, el actual déspota venezolano bajo cuya administración se comete toda clase de excesos contra la libertad individual.

Enamorados de un ideal más amplio y humanitario que no reconoce fronteras ni se circunscribe sólo á una raza, nosotros, aplaudimos sin embargo la labor de Dominici, por cuanto ella significa también un gran esfuerzo por el supremo ideal de la libertad.

Establecemos gustosos el canje de práctica.

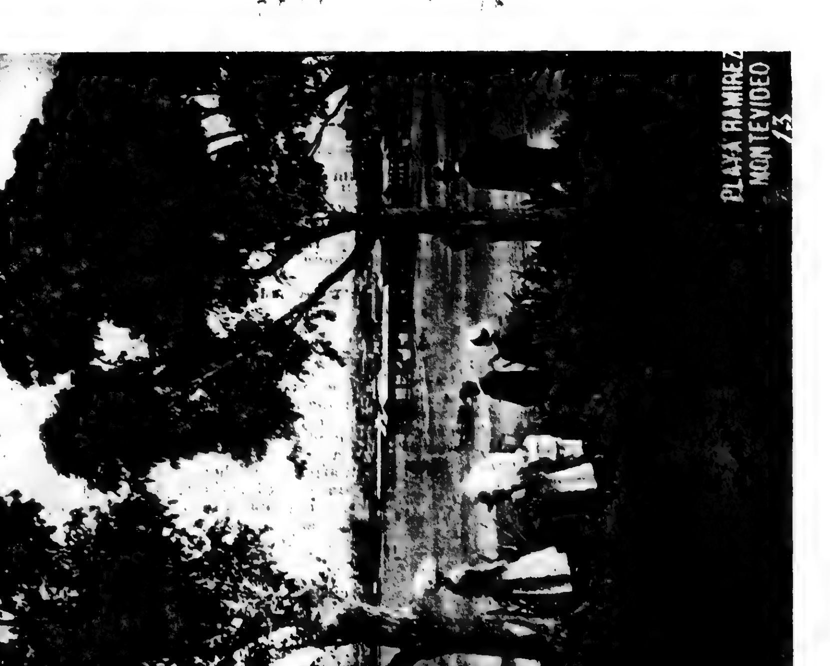
HISPANO-AMÉRICA, *San José de Costa Rica* — El número 1 de esta revista internacional que dirige el señor Silvio Selva, ha llegado á nuestra mesa de trabajo. En su editorial promete mucho en pro de la libertad. Vamos á ver si cumple. Corresponderemos al canje.

LETRAS, *Habana* — De esta bella revista literaria que publican los hermanos José M. y Nestor Carbonell, hemos recibido los números 2, 3 y 4, correspondientes á su segunda época. *Letras* sale ahora semanalmente y ornada de hermosas ilustraciones. Ya tenemos establecido el canje con la simpática revista cubana.

CANJE ORDINARIO

«Letras», Habana; «Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria», Quito; «Elitros», Maracaibo (Venezuela); «Venezuela», Paris; «Nueva Vida», San Salvador; «Germen», Buenos Aires; «Trofeos», Bogotá; «Nuevos Ritos», Panamá; «Fémina», Santiago de Cuba; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Mes Literario», Coro (Venezuela); «Guayaquil Artístico», Guayaquil; «El Anunciador Costarricense», San José de Costa Rica; «Archivos de Psiquiatría y Criminología», Buenos Aires.

NOTA — Esta revista no canjea sino con las del exterior.


PLAYA RAMIREZ
MONTEVIDEO
13

El alma del artista

Por Pérez y Curis

—¡Qué día hermoso para morir— murmuró el artista contemplando el cielo brumoso de aquella tarde de otoño y la inmensidad del mar, cuyas ondas, indolentes como un tul de terciopelo, palpitaban á sus pies y se deshacían en vaporosos vellones de espuma al chocar contra la roca que servía de asilo á su espíritu atormentado por las realidades de la vida. Y una lágrima rebelde como su corazón se deslizó por su mejilla pálida surcada de prematuras arrugas, y fué á caer sobre la roca enhiesta, como una perla invisible engendrada por el dolor en la soledad y el silencio.

El mar, imponente y sonoro como un rumor de crótalos cercanos, y la tristeza de la tarde ceñida de nieblas sutiles, ejercían una influencia enorme sobre la psiquis adolescente de aquel artista emotivo y le insinuaban á la meditación. Por eso estaba allí, como un creyente enamorado y devoto ante la imagen de Dios. Pero había ido para soñar un instante y morir arrullado por el mar. Sólo la idea del suicidio lo había llevado allí.

Y ante la cruel revelación de sus angustias terribles, volvió los ojos al pasado, y lo miró primero tenebroso, y luego iluminado por los resplandores de una aurora como de triunfo. Recordó, entonces, sus luchas de cuando apenas se había iniciado en el arte, y el abandono en que lo dejaran sus amigos presintiendo su próxima derrota: vió lapidados sus cuadros, atrevidos y elocuentes por la multitud ignara, grotesca, inconsciente de la vida; y, frente á esa multitud que abominaba de él y gritaba desaforadamente como un bando de golfos en revuelta, vió erguirse la silueta ática y artística de Margot, y el rostro de una élite de artistas entusiastas y nobles como él, que le amaban porque conocían sus méritos y el aticismo de su espíritu exuberante.

Después de aquella mirada retrospectiva

cuya última visión era el triunfo, y con él los gestos de admiración de un público predilecto que sentíase hondamente emocionado por el encanto de sus obras y su sentimiento estético altamente conmovedor, el artista miró el mar, triste, caóticamente triste, y bello como para arrojarse á él y desaparecer bajo sus ondas que fingían amplio y verdinegro sudario.

¿Vivir? ¡Para qué, si él era la encarnación del dolor y el mar le ofrecía un refugio! ¿Vivir, sintiendo como un copo de nieve sobre su corazón; vivir así, torturado por una realidad que mostrábale el amor mientras él alcanzaba el triunfo? ¡Oh, no! ¡Eso no era vivir!

Y el artista sufría, sufría, como si un dardo envenenado penetrase en sus fibras lentamente. Y lloraba sin consuelo porque lo que no habían logrado sus enemigos que se estrellaban contra su carácter y su voluntad de bronce, lo conseguía entonces el amor; ¡el amor que lo abatía y poblaba sus ensueños como un trozo de tiniebla, como una racha de invierno!

La idea había muerto en él ante la acritud de la realidad. Margot, su bien-amada, su musa favorita, no era la virgen soñada por él. Era una mujer sensible, voluptuosa y bella como una flor tropical. No era intacta: no era virgen. Otro había desflorado á esa rara flor del trópico cuando abría como una azucena húmeda sedienta de caricias. Antes que él, otro había posado sus ojos sobre ella y profanado sus carnes, y otros labios habían bebido en los suyos.

Todo artista es un psicólogo. Y él, sutil observador de la vida, había estudiado á su amada. Y en sus gestos, y en sus miradas vehementes, y en sus suspiros prolongados, y en los mordiscos que acompañaban á sus besos, y en la nostalgia que demostraba sentir de emociones conocidas, leyó el artista la grave revelación: Margot no era una virgen como él creyó al conocerla. Y, sin embargo, la amaba. Y evocando su nombre meditaba aquella tarde:

¡Ah, si me fuera dado llevar su espíritu á un cuerpo de mujer inmaculada!

Pero ya era tarde. Todo estaba perdido para él. Días antes, después de largas meditaciones, y en un momento en que su dolor había llegado al summum, sus manos crueles embadurnaron algunos lienzos en que el artista mostraba su plétora de visiones esbozadas aún en rasgos suaves. Y sus cuadros yacían por el suelo, destrozados y excomulgados por él, que los había concebido con amor y perseverancia, puesto el corazón en ella y los ojos en la modelo.

II

La playa estaba desierta. Ni una nave bogaba por allí. El silencio de la tarde era interrumpido continuamente, con monótona tristeza, por el rumor de las olas al romperse entre los riscos desde cuya cima, una bandada de gaviotas miraba el mar voluble, majestuoso.

El artista soñaba fijos los ojos en el mar también. A su lado lucía un revólver su caño como de níquel. En la altura, la niebla era más espesa.

Por el ribazo avanzaba una mujer, aceleradamente. Se acercó á la roca en que el artista buscara un último refugio, y, reconociéndolo por la espalda, gritó:

—¡Claudio!...

El artista volvió los ojos hacia atrás, sorprendido, estupefacto; ocultó el revólver y murmuró:

—¡Tú también, Margot! ¡Tú también te revuelves contra mí!

—¿Yo? ¿Por qué?—exclamó ella sollozando amargamente.

Y agregó:

Yo no tengo la culpa. Sólo la tiene el pasado. Y tú, sabiendo que te amo, has querido eliminarte! ¿Por qué, Claudio? ¡Abandonarme á mí ahora que el porvenir nos sonríe! ¡Qué horror! Ven conmigo. Serás feliz.

—No quiero la felicidad—respondió él resueltamente. Ella es el patrimonio de los idiotas y de los imbéciles, de los seres sin alma y sin ideales. ¡Sólo quiero vivir, vivir!...

Y como Margot se arrojara á sus brazos llorando, prosiguió:

—Pero te quiero á tí. ¿Que otro ha mirado la flor de nácar de tu bella desnudez y la ha palpado también? ¡Qué importa! Ven conmigo. Eres virtuosa aún pues eres infortunada.

—¡Ah Claudio! Tú no me amarás como antes—murmuró ella besándolo en las mejillas, en la frente y en los labios. He sido de otro hombre en mi primera juventud. La juventud no reflexiona; tú lo sabes. Pues bien. Enamorada de él, que erguíase ante mis ojos diciéndome sus deseos; y, exasperada un tanto mi pubertad por desnudas visiones de quimeras y por la contemplación de idilios y tocamientos de enamorados furtivos, me entregué á él, inconscientemente, y supe de los placeres carnales, de esa vorágine del amor á que me arrastraron mis sueños. Yo no tengo culpa. ¿Me perdonas?

Y el artista, suspirando y estrechándose á

ella que le miraba amorosa y conmovedora, respondió:

— Sí, Margot, te perdono y te querré como hasta ahora. ¿No me conoces aún? U olvidas que tenga un alma de artista reñida con la multitud, y que he hecho un auto de fe con las liturgias sociales?

— No ignoro tus sentimientos pues sé de tus sacrificios. ¡Qué bueno eres, Claudio mío! ¡Y pensabas en la muerte!

— Sí, pero ahora quiero vivir. El suicidio es una aberración.

Y reclinó la cabeza sobre el pecho de la amada mientras sus labios repetían, como un suspiro, como una queja:

¡Ven conmigo pues eres virtuosa aún!

Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

Francisco César Morales — México — Va en este número. Agradezco sus elogiosos conceptos.

A. Bórquez Solar — Santiago de Chile — Las otras irán apareciendo en los próximos números.

Ernesto Mario Barreda — Madrid — He enviado á sus respectivos domicilios los ejemplares dedicados á los señores Illa Moreno y Herrera y Reissig.

Neófito — No insista porque es inútil. Me tienen sin cuidado los ataques de ciertos mandrias que agotan el léxico del halago por un plato de lentejas ó por una copa de whisky. Soy consecuente en mis ideas y en mis juicios aunque jamás he manchado mi pluma con el lodo del vil sofisma y de la crítica imbécil.

Eduardo de Ory — Cádiz — ¿Recibió Apolo? Espero lo prometido.

Medina Chirinos — Maracaibo (Venezuela) — Apolo va siempre á su nombre. Reclame en la oficina de esa. Yo recibo *Elitros* con regularidad.

Crisantemo — Se publicará en los primeros meses del año próximo. Es un libro de crítica de arte que causará admiración en los círculos literarios hispano-americanos, donde su autor goza de merecida reputación.

D. S. O. — No; todavía no.

Impasible — Eso de declararse cruzado de la libertad, viviendo del presupuesto, es ridículo. Pero es más ridículo aún eso de ensalzar á los malos gobiernos que en otros tiempos se fustigaron. El escritor que usted nombra, deslumbrado por el oro, claudicó como muchos otros, y hoy se ríe de las miserias del pueblo que defendiera con tan grande y falsa tenacidad. Las claudicaciones están aquí á la orden del día; no se extrañe, pues.

Cosmopolita — El poeta ha de ser complejo é individual. El sentimiento religioso mata el germen de toda idea noble y humana.

Juan R. Jiménez — Moguer — (Huelva) — Espero lo suyo.

F. Carbonell — Lea usted la nota al pie de las *bibliográficas*. Resolví eso hace tiempo, con motivo de la ingratitud de algunos colegas.

Pérez y Curis.

Sobre un libro

En el próximo número publicaremos unas palabras de Pérez y Curis sobre el libro «Tierras de Paz», de Miguel A. Ródenas.

APOLO

AÑO III

Número 21

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

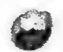
DE PÉREZ Y CURIS



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

SANTIAGO DE CHILE

NOVIEMBRE DE 1908





Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA -- Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 21. Montevideo - Buenos Aires - Santiago de Chile, Noviembre de 1908.

EL NATURALISMO Y FÉNIX

Con motivo de haberse reproducido en *Revista Rochense,* un trabajo literario de nuestro dlstinguido colaborador Angel C. Miranda, intitulado BAJO LA CARETA y publicado en el número 17 de esta revista, suscitóse una pequeña polémica entre el *Diario Español,* á cuya redaccion pertenece aquel escritor y *El Siglo.*

Dice Fénix en *El Siglo* que dicho trabajo *pudiera calificarse de exhibición para hombres solos.*

Lamentamos la ligereza, y más aún, el poco criterio con que ha procedido aquel periodista. BAJO LA CARETA es una página del libro de la vida, real como todas. Al concebirla, su autor lo hizo con altos fines humanitarios y moralizadores que Fénix se empeña en negar no obstante saber que Zola escribió sobre temas análogos con idénticos fines.

¿Es decir que en Zola, sólo en Zola, es aceptable el naturalismo que instruye y educa?

¿Ha compenetrado Fénix el alma del autor de BAJO LA CARETA?

No; su afán de presentarlo como un escritor pornográfico y no como un artista, es sistemático. BAJO LA CARETA es una página de arte, y el arte no es pornográfico sino para aquellos ultramontanos que se horrorizan ante un desnudo de mujer.

He ahí nuestra opinión al respecto.

Ahora bien: rogamos á todos los intelectuales que hayan leído el trabajo del señor Miranda, nos envíen la suya para insertarla en nuestro próximo número.

LA REDACCIÓN.

Almas de sombras

La envidia es un culto.

Es el culto de las almas viles á las grandes almas.

Es una adoración, la adoración del mérito por el desprecio.

Una extraña religión, la religión de la bajeza. Tiene sacerdotes — almas cadavéricas, — diría Lammenais, desesperados, pálidos, torturados, perennes nostálgicos, del bien ajeno. Estos ascetas de la sombra, viven de rodillas ante la extraña gloria. Le alzan su plegaria: la calumnia.

La envidia es la forma bastarda de la admiración.

Las almas viles admiran y prorrumpen en un himno: el dicterio.

Envidiar es estar de rodillas ante una gloria. Es la muda contemplación de los insectos hacia los astros.

Las almas envidiosas nacen prosternadas. Son la eterna genuflexión ante el mérito. Como los mutilados de la capilla Sixtina, son el himno de la impotencia en los altares del genio.

Ser odiado y ser envidiado es la síntesis de la grandeza.

Nadie envidia sino lo que hubiera deseado igualar.

Nadie odia sino lo que hubiera podido amar.

Si la envidia es la forma negra de la admiración, el odio es la forma negra del amor. Ser envidiado es sentirse grande.

Nadie envidia lo pequeño. Nadie odia lo débil.

El odio tiene majestad de fiera.

La envidia tiene forma de reptil.

El uno vuela y picotea como un cóndor furioso á su presa. La otra se arrastra y silba buscando el talón.

Las grandes almas odian: no envidian nunca.

Son las del odio, batallas de leones; siéntese á lo lejos el rugido, vense como perspectivas de desiertos, rayos de incendio en la mirada flameada, la proyección, soberbia de la guerra . . . la epopeya sublime de lo grande.

Las de la envidia, riñas de reptiles.

Se percibe apenas el ruido del crótalo arrastrándose en la escama pálida por entre el limo verde; el ojo torpe que espía el águila; la boca abierta como escupiendo al sol, la sucia boca; el maleado aliento . . . la epopeya fangosa del pantano.

Inspirad envidia: seréis grandes: inspirad odio: seréis fuertes.



Las ventanas

Hay ventanas de alegría: claras vidrieras, cortinas de muselina florida; diríase que delante de sus marcos de madera se balancea de continuo un velo de flores... Estén abiertas ó cerradas, siempre tienen la apariencia de reir bajo las flores.

Hay ventanas que lloran solitarias en la desnudez de los muros muertos. ¿Es de remordimiento ó de pesadumbre?... ¿O lloran sin saber por qué, como lloran los niños?

Hay ventanas de terror: no se abren sino para las

tinieblas, lenta, pesadamente, como ojos febriles; silenciosamente, como labios que han perdido el uso de la voz.

Todas arrulladoras de caricias, hay ventanas de amor; ventanas alrededor de las cuales, sin lasitud ninguna, noche y día, como una banda de palomas en torno de una tumba, el enjambre de los deseos locos y de las vanas promesas se cierne, revuela, se abate y agita las alas...

Hay ventanas de orgullo: bronce, mármol, esplendores apagados, con estandartes de victoria ó de duelo, en el oro y la sangre de los trofeos.

Hay ventanas de ensueño, á donde comprendemos que debe ser dulce asomarse, por la tarde, á contemplar la luna que se levanta por encima de las techumbres y los campanarios de la ciudad humeante y ardiente de delirio, que limita la floresta de los mástiles de los grandes buques...

Pero es á vosotras á quienes principalmente amo, ¡oh! ventanas melancólicas de las humildes moradas asoladas bajo la pesadumbre del largo destino; es á vosotras, ¡oh! vidrieras misteriosas de los viejos edificios en la linde de las avenidas, á quienes, á través de la red de las ramas desnudas, gusto interrogar los ojos sombríos, donde persisten, semejantes á mustios reflejos, tantos sueños desvanecidos é imágenes resucitadas... A vosotras también, en el fondo de los buenos jardines sencillos ¡oh! ventanas de los presbiterios que miráis con tanta calma pasar y repasar las estaciones por encima de la tapia del cementerio...

En las ventanas está toda el alma de las casas y de aquellos que las habitaron, como si sus cuadrados de vidrio, á despecho del azar y del tiempo, guardaran para siempre prisionera la huella luminosa de las miradas, hostiles ó temerosas, curiosas ó hurañas, angustiadas, resignadas ó contentas, miradas de lágrimas, miradas de amor, miradas de alegría, miradas de orgullo, miradas de terror, miradas de ensueño ó de locura, ante la miseria ó las magias de la inútil y maravillosa vida.

GABRIEL MOUREY.



ESTROFAS

Para Apolo.

Cuando mi amor surgió en el alba
tus melenas eran de oro,
y tus pupilas eran verdes
como la linfa de los pozos.

Oh, niñez alegre y dorada,
motivos de risa y de lloro!
Traidor venero de tristezas
fué aquel encanto bullicioso.

Volviste luego á mi camino
y en los cabellos y en los ojos
traías abismos de tinieblas
siendo brillante como un orto.

Oh, adolescencia que triunfabas!
Oh, savia bullente! Oh, pórtico
donde á la invasión de los sueños,
quedó yaciente mi reposo!

Has de tornar? En la penumbra
sufriendo te espero y te nombro,
escuchando todas las voces
y mirando todos los rostros.

Algo de tí llevo guardado
como en un rico paño el oro . . .
Es la dulzura de tu boca?
Es la centella de tus ojos?

Ocaña, Colombia.

Luis Tablanca.

LAS CORONAS

Para Apolo.

. . . ¿Un ensueño entrañable? . . . ¿Un recuerdo profundo? . . . —
¡Fué un momento supremo á las puertas del Mundo!

El Destino me dijo maravillosamente:
— Tus sienes son dos vivos engastes soberanos:
elige una corona, todas van á tu frente! —
Y yo las ví brotar de las fecundas manos,

floridas y gloriosas, trágicas y brillantes!
Más fría que el marmóreo cadáver de una estatua,
miré rodar espinas, y flores, y diamantes,
como el bagaje espléndido de una Quimera fatua.

Luego fué un haz luciente de doradas estrellas:
— Toma! — dijo — son besos del Milagro, entre éllas
Florecerán tus sienes como dos tierras cálidas! . . . —

. . . tal pupilas que mueren se apagaron rodando . . .
Yo me interné en la Vida, dulcemente, soñando
hundir mis sienes fértiles entre tus manos pálidas! . . .

Delmira Agustini.

VISIÓN BLANCA

Para Apolo.

En estos obscuros días
Y en esta nocturna calma,
Tiene un dietario mi alma
De negras melancolías.

Ya no anidan alegrías
Bajo el dosel de mi palma,
Mi salterio sólo salma
Monótomas letanías.

Tras los hierros de mi reja,
De los trenos de mi queja
Nadie responde al conjuro,

Sólo en la noche la luna
Finge tu imagen, como una
Blanca visión en el muro.

Adriano M. Aguiar.

NUESTROS ESCRITORES



José Irureta Goyena

De "El mirador de Lindaraxa"

Los jardines trágicos

A Luis Rodríguez Embil.

I

Viejo jardín, el aire entristece un misterio
inexorable como la pena de la vida.
Pareces, al crepúsculo, un viejo cementerio
donde aun se extingue un último adiós de despedida.

La luz de tu belleza fatal nos avasalla.
En ti se olvida todo. Y el corazón se siente
hoja seca en el árbol, rosal en la muralla,
y hasta gota de agua en la morisca fuente.

Eres, bajo el encanto de la luz: oro y rosa,
como una vieja música húmeda y olorosa
á la que cada espíritu pone su propia letra.

Y cuando de la noche el negro enigma avanza
quien en tus taciturnas soledades penetra
se deja en tus umbrales perdida la esperanza.

II

Perdura en tu belleza trágica, el infinito
dolor de alguna antigua estirpe desterrada,
y hasta la voz del agua solloza como el grito
de una robusta y joven garganta estrangulada.

En la fragante cárcel bermeja de ladrillo
donde tu viejo espíritu suspira aprisionado,
la herida del crepúsculo tiene el caduco brillo
de un antiguo y sangriento damasco deslustrado.

Al cerrarse tu puerta tras nosotros, parece
que se cierra un sepulcro . . . Todo se desvanece . . .
Se pliega nuestra alma como una sensitiva

y se queda en el pecho el corazón inerte,
mientras recorre el miedo de nuestra carne aun viva
el brusco escalofrío y el terror de la muerte.

III

Todo tiene una vaga palpitación. La tarde
de trágica pavura tu silencio ilumina,
y de la vieja alberca en los cristales arde
el temblor de la última hoguera vespertina.

Se desangra el crepúsculo estival, gota á gota
y en la sombra fragante del naranjal, se siente
sólo el llanto del agua que tímido borbota
en la flor centenaria del mármol de la fuente.

El corazón nos punza una aguda tristeza,
y entre las manos, pálida, se inclina la cabeza
que el recuerdo lejano de un imposible agobia . . .

Todas nuestras potencias se tienden al olvido
de todo, entre los brazos amantes de una novia
que no puede ser nuestra porque nunca ha existido.

IV

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavura
el alma y el cabello, y en el aire se masca
un húmedo y salobre olor á sepultura.

Sentimos nuestra alma morir con esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales.

Todo se va extinguiendo . . . El tiempo pasa apenas
como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras venas.
Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla

de sangre . . . Calla el viento, y el alma se despierta
al ver entre el ramaje á la luna amarilla
que asoma su faz pálida como la de una muerta.

V

Lenta como la tarde, siento que en esta hora
mi vida se desangra sobre el jardín sombrío.
Hay un dolor remoto que en mi pupila llora
y algo que hace á mi carne palidecer de frío.

Yo no sé qué recuerdo á mi memoria viene . . .
Para besar un sueño mi labio se despierta,
mientras la planta nómada inmóvil se detiene
y el alma vuela errante igual que una hoja muerta.

Aquí fué . . . En esta hora, bajo el verde ramaje
nos vimos: yo sería su cautivo ó su paje
y ella alguna sultana del viejo alcàzar moro.

Nos besamos . . . Se eriza de pavor el cabello
como si de repente sintiera sobre el cuello
el golpe agudo y frío de un yatagán de oro.

FRANCISCO VILLAESPESA.

De las ciudades viejas

Yo guardo de las ciudades viejas, allá en lo hondo del alma, en el lugar oculto donde se recatan las sensaciones que se gustaron con íntimo deleite, un melancólico recuerdo.

He recorrido, en lo más inclemente y vigoroso de la estación inverniza, cuando la nieve cubre las veredas del monte y el hielo endurece los caminos del llano, los pueblos seculares y tristes que asientan su pardo caserío en el yermo de Castilla. Sus nombres evocan memorias de fueros, suscitan rumores de armas. Y en la diligencia, cuya marcha riman el chirrido de los gastados ejes y el tembleteo de los vidrios roñosos, pienso en el vivir miserable de estos lugares viejos, no por soleados alegres, ni por hidalgos ricos.

Fronteros del sitio que ocupo, sobre la resobada banqueta del carricoche desvencijado, se acomodan un labriego y una aldeana. Envuélvese el hombre en parduzca capa: es alto, huesudo, seco; cristaliza en sus ojos la serena tristeza de un crepúsculo castellano. La mujer, chata y recia, es trasunto y copia de la serrana de Malagosto, que con sano y burlesco regocijo cantara el Arcipreste.

Habla el labriego, y su charla grave es continua y mansa queja. « Hogaño está la tierra muy castigada del cielo; las cosechas no se logran: la que respetan los hielos la arrasan los pedriscos; están vacías las trojes, la vieja baldada, la yunta enferma . ; .

La mujer, doliente y lacrimosa, le ataja con el relato de sus desventuras. « Es pastor el marido, y los fríos del hato son muchos: ella sola no puede cultivar su huertecillo; en la pasada primavera, la oruga se comió los frutales: la moza se seca á par del huerto . . .

Y su monótona quejumbre se ahoga en la soledad y el silencio de la planicie nevada.

Por los girones de la niebla, asoman los rayos de un sol de invierno y su caricia se extiende por el albo terruño. Ni una casa, ni un hombre. De trecho en trecho, amarillean sobre la nieve las barbas de un rastrojo. Oyese lejano campaneo.

Una arboleda anuncia la proximidad del pueblo. El coche penetra en la villa entorreada, y el cascabeleo de sus colleras alegra las dormidas calles; luego se detiene frente á solariega casa. El sol doró sus muros; ostenta floreados herrajes, zaguán espapacioso y ancho portón, señoreado por nobiliario escudo. En uno de los balcones tiembla el visillo, y alzado por mano femenil y blanca, descubre el rostro pálido, la esbelta figura, la mirada soñadora y triste de mustia doncella. Y yo pienso que acaso la llegada del coche sea la nota alegre que rompa el monótono curso de una vida de meditaciones y rezos.

En demanda del correo acude una moza. Un anciano acércase á las mulas chapoteando en el aguazal de la calleja. Una mujer nos mira indiferente; otra aguija á un cerdo, que en su carrera sobre el fango derriba á un chicuelo sucio. A grandes sorbos el zagal apura un jarro del alegre vinillo de ribera. Rítmicamente gotean

las gárgolas de la casa noble.

Y otra vez la diligencia cruza los nevados campos de Castilla; y otra vez se detiene junto á la casa hidalga; y otra vez tiembla el visillo y pega á los cristales la frente marchita una doncella triste.

Al caer de la tarde llena mi corazón extraña melancolía. En la última parada el visillo no tiembla, ni tras los vidrios asoma la interesante figura de la muchacha enfermiza.

En el espacioso zaguán de la casa solariega, una anciana, enlutada, llorosa, platica con una mujer del pueblo. Y oigo que la aldeana dice plañidera:

« ¡ Pobre señorita Ignacia !... ¡ Qué golpe para la señora !.., »

Apura el zagal su último jarro, y la diligencia arranca de nuevo.

Envuelto en su parduzca capa, el labrador ronca; dormita la serrana, cabeceando á compás de los tumbos del coche. Y yo, mientras el hombre ronca y la mujer dormita, forjo con el recuerdo de todas las frentes pálidas, de todos los ojos tristes, de todos los cuerpos lánguidos, una ideal figura de doncella, muy pálida y muy triste. Y la veo marchitarse, con el rostro pegado á los vidrios, esperando ansiosa, día por día, el retozón cascabeleo que alegra las dormidas calles. Y la contemplo muerta, entre el desesperado plañir de la madre y el llantear sosegado de la fiel servidumbre.



Y mi espíritu, en briosa floración romántica, llora en el silencio de la noche y en la soledad del yermo castellano, por las doncellas tristes que se marchitan en las ciudades viejas.

Enrique de Mesa.

Visión

El Castillo Rojo

Yo nací en la Alhambra. Mi padre era moro.
Mi madre fué en Cortes, dama favorita.
En aquella Alhambra que valió un tesoro
Por sus ajimeces y sus torres de oro;
En aquella Alhambra que no resucita.

De la augusta guardia de los Soberanos
Siendo aún muy niño me nombraron paje;
Y por las envidias de los cortesanos,
En menguados rostros, mis pequeñas manos
Vengaron la ofensa de algún torpe ultraje.

A los veinte años tuve ensoñaciones
Bajo las glorietas de rosas amigas,
Eran mis hermanos los grave Leones,
Y evitaba siempre las bajas pasiones
De las emboscadas y de las intrigas.

Yo aprendí los quiebros y raros antojos
De las danzas árabes de las bailarinas;
Y por mis cariños y mis negros ojos,
Se quedaban siempre sin claveles rojos
Todas las macetas de las granadinas.

Yo por mis amores tuve mil locuras,
Burlando la espía de adustos guardianes,
Y en medio al silencio de noches oscuras
Yo tuve mis citas y mis aventuras
En el fresco patio de los arrayanes.

Yo tuve mis tardes de melancolía
Y supe de idilios entre los jardines;
Y en las noches largas de la nieve fría,
Con gracioso mimo la Reina quería
Que le diera besos para sus esplines

Yo escribí leyendas en los azulejos,
Y en las columnatas de los corredores;
Yo aprendí la magia de fakires viejos,
Y escuché en palacio, los graves Consejos.
De blancos Califas y de Embajadores.

Yo he muerto en la Alhambra. Y en la noche oscura,
Cruza mi alma, el místico Alcázar desierto.
¡Soy Boabdil que se alza de la sepultura!
Soy el gesto último de la Arquitectura
¡Que llora á la Alhambra de una edad que ha muerto!

Ovidio Fernández Ríos.

Inadvertida

Para Apolo.

—¿Verdad que tú me harás feliz?—Y la criatura deliciosa apoyaba en mi hombro su cabeza rubia, como presa de una necesidad de protección ante el augusto panorama del mar.

Habíamos recorrido un largo trecho de la costa levantina que en aquella, como en ninguna otra parte de la bahía, muestra el prodigio versicolor de sus arenas tornasoladas y el encanto supersticioso de sus algas, tejidas y destejidas á continuo por la inquietud constante de las ondas.

—¿Verdad que tú me harás feliz?—Estas seis palabras pronunciadas por una boca exquisita de diez y nueve años, estas seis palabras dirigidas á mi lealtad de hombre en el reclamo más dulce de la vida, me han inquietado dolorosamente. ¿Hacerla feliz? ¿Cómo poner á salvo de mi hastío la turquesa desleída de sus ojos y el oro ensortijado de su cabellera magnífica? ¿Cómo librarla de la predestinación que siempre ha encaminado mis amores á producir el mal en aquellas mujeres que inadvertidamente vinieron al encuentro de mí egoísmo creyendo venir al encuentro de mi sinceridad? ¿Cómo hacer que mi compasión adquiera una tal voluntad de sacrificio que me lleve hasta romper el prisma fantástico de mi celibato sonreído? ¿Cómo vulgarizar mi vida?

Antes que Coralia, catorce mujeres cuasi niñas, catorce ilusionadas, se dejaron mecer en el columpio de mis promesas cordiales... Suplicaron clemencia; rogaron felicidad para sus pobres almas sumisas, y se fueron heridas para siempre por mi vanidad satisfecha, tras de haber dejado en mis labios y en mis ojos la significación de unos besos prolongados y el hondo sentido voluptuoso de unas miradas sostenidas... Después, he sabido de sus maldiciones.

Y yo no he tenido la culpa de nada: las he amado intensamente, han inquietado mis noches, fortalecido mis creencias, alegrado mi vida; pero ignoro porqué, llegado el advenimiento de las intimidades fervorosas, se han ido por la senda del resentimiento, camino de los definitivos abandonos.

La pregunta de Coralia me ha inquietado dolorosamente, porque Coralia es rubia como el trigo, porque tiene unos ojos de agua profunda, y porque, después de todo, ¿cómo hacerla feliz?

... Caminábamos por la costa levantina, las manos en las manos, ante el augusto panorama del mar...

M. Moreno Alba.

Barranquilla de Colombia.



Retrato

Para Apolo.

Tiene sobre el rostro la blanca neblina
De un tul nacarado. Su poeta, el Sol,
Le da coplas de oro. Se entreabre en sus manos
Su inquieto abanico, cual un ala en flor.

Su triunfo más rojo la carne de Venus
Lo encuentra en la boca de aquesta beldad:
La rosa de un huerto florido de besos
Semeja su boca de grana ideal.

Tal vez, á sus ojos les dieron su sombra
Las Mil y una noches de un Oriente azur...
En ellos hay hondas, extrañas tinieblas,
Y lloran humildes tristezas de luz.

¿De un claro de luna nació el primer cisne?...
En su escudo arcaico, sobre áureo cuartel,
Buckingham del Vuelo, nevando sus perlas
El pájaro blanco de Leda se vé.

Ya tartamudea su traje de seda
Las intermitencias de un vago frú-frú...
Para ella, su moño de cintas precoces
Desata un capullo de rosa del Sud.

Como á un par de lirios de un valle lejano,
Evoco sus senos ocultos... De un Rey,
De un Luis abolido, de un Trianón sin corte,
Caducos senderos dibuja su pie.

Pueril colegiala del Beso indulgente,
Como en la limosna de un Beso se da...
Para ella, en mi flauta sopló el Paraíso
No sé qué canoro viento celestial.

Su rostro es la cosa más blanca y más suave,
Desde que una estrella de él se enamoró
Y, por contemplarlo, le dió sus hechizos...
¡Ah, cuando yo sigo su plumacho de oro,
Su pompón de rizos,
¡Hasta el cielo voy!

Guzmán Papini.

Elena Fancini Bruno

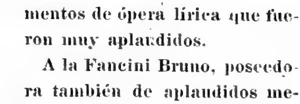
Tino Bruno



Tenemos el placer de reproducir en nuestra revista, los retratos de estos jóvenes cónyuges, que en poco tiempo han sabido captarse la simpatía de un público numeroso que noche á noche los aplaude.

Al barítono Tino Bruno lo hemos podido admirar en diversas operetas, entre ellas «La Mascota», «Saltimbanchi», etc., en que demuestra todo su arte, haciendo comprender que le están reservados más altos honores, pues está dotado de una bella y verdadera voz de barítono, que se ha manifestado en la noche de su beneficio, cuando interpretó algunos frag-





mentos de ópera lírica que fueron muy aplaudidos.

A la Fancini Bruno, poseedora también de aplaudidos medios vocales, la hemos elogiado en el rol de Costanza, en «D'Artagnan», y en otros papeles, en los cuales se luce admirablemente.

Nosotros, no acostumbrados á prodigar elogios, no vacilamos en unir nuestro sincero aplauso al del numeroso público, deseando ver cuanto antes á esta feliz pareja en el lugar á que se ha hecho acreedora.



Hongos de la Riba

I

El barbero del pueblo, que usa gorra de paja,
zapatillas de baile, chalecos de piqué,
es un apasionado jugador de baraja,
que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.

Lector infatigable de *El Liberal.* — Trabaja
alegre como un vaso de vino moscatel,
zurciendo, mientras limpia la cortante navaja,
chismes, todos los chismes de la mística grey.

Con el señor Alcalde, con el veterinario,
unas buenas personas que rezan el rosario,
y hablan de los milagros de San Pedro Claver,

departe en la cantina, discute en la gallera,
sacando de la vida recortes de tijera, —
alegre como un vaso de vino moscatel.

II

El Alcalde, de sucio jipijapa de copa,
ceñido de una banda de seda tricolor,
panzudo á lo Capeto, muy holgada la ropa,
luce por el poblacho su perfil de *bull-dog.*

Hombre de pelo en pecho, rubio como la estopa,
rubrica con la punta de su machete. Y por
la noche cuando toma la lugareña sopa
de tallarines y ajos, se afloja el cinturón . . .

Su mujer, una chica nerviosamente guapa,
que lo tiene cogido como con una grapa,
gusta de las grasientas obras de Paul de Kock,

ama los abalorios y se pinta las cejas,
mientras que su consorte luce por las callejas
su barriga, mil dijes y una cara feroz . . .

LUIS C. LÓPEZ.

El viejecito

Cada vez que esta rueda del año, más erizada de púas que la de Santa Catarina (á juzgar por las penas que nos trae), ha dado una vuelta completa y que el apacible y triste valle de México se cubre con el manto cristalino de las primeras heladas, me acuerdo de una relación de Donaciana, mi vieja nodriza, hecha, Diciembre por Diciembre, en los últimos días del mes, en un rincón de la cocina humosa y cordial. En mi país no hay tradiciones poéticas. El viejo Noel francés, cuya sonrisa bonachona ilumina la selva virgen de una barba en la que han nevado tantos inviernos, jamás ha sido mentado por aquellas comarcas; Santa Clauss, á pesar de la vecindad yanqui, no ha aparecido tampoco nunca por mis valles con su cargamento de regalos. La poesía íntima y suave de la chimenea en que un tronco arde crepitando, es ajena por completo á aquellos modestos hogares. Ningún niño pone, por lo tanto, sus zapatitos y con ellos su ilusión á la vera del fuego amable, y ninguno se despierta rodeado de juguetes. Unos cuantos alemanes, expatriados definitivamente, que de luengos años atrás comercian en aquellos rumbos y que han llevado consigo sus prestigiosas tradiciones, velan el 24 de Diciembre, rodeados de sus hijos, alrededor del árbol maravilloso; pero la bella costumbre ni por esas se aclimata en mi costa. El árbol que da juguetes no prende en mis trópicos: es árbol del Norte, árbol del frío, árbol de perfumes boreales, árbol de las montañas desconocidas en cuya cima duerme siempre la nieve...

Así, pues, lo único que individualizaba en aquella sazón é individualiza aún en mis recuerdos el fin del año eran: las letanías de los Santos, que se rezaban en la parroquia, y á las cuales nos llevaba mi madre de la mano; la escarcha de los collados olorosos... y el relato de mi nana.

Allá como por el 28 de Diciembre, mi nana empezaba á contarnos de un viejecito, muy viejecito, que se estaba muriendo. El 29 el viejecito estaba más viejecito aún; el 30, no pudiendo tenerse en pie, se metía en cama...

El 31, el interés del relato subía de punto para nosotros. A las oraciones rodeábamos ya á mi nana, muy abiertos los ojos, nidos de inefables curiosidades, muy atento el oído, en el rincón humoso de la cocina, y mientras la olla cantaba en la hornilla y el gato barcino y enorme «hilaba» cerca del fuego, preguntábamos hasta la saciedad á cada momento:

—¿Y el viejecito, nana, y el viejecito?

— Muy viejecito y muy enfermo — respondía Donaciana misteriosamente; — se está muriendo en una cama llena de escarcha... Pronto vendrá el padre á confesarlo. Ya fueron por él.

—¿Y cómo es el viejecito, nana?

—¡Ah! es tan flaco que parece un manojito de huesos... Tiene los ojos muy azules, pero ya muy empañados.

—¿Como mi abuelita?

—Como tu abuelita . . . Las arrugas aran su rostro y recuerdan los surcos en las tierras de labor que ahora cubre la helada. Es muy bajito y tiene un báculo para apoyarse; ¡pero ya no se levantará de la cama!

—¿Y no tiene hijos el viejecito?

—Tiene uno, uno solo, que va á nacer hoy á las doce en punto de la noche; uno muy colorado y muy guapo, que va á nacer...

Aquello nos satisfacía plenamente, porque ya sabíamos, hasta de vicio, que el viejecito era el año que acababa, y su hijo, el año que iba á llegar.

A medida que se aproximaba la noche, el viejecito se ponía más malo; empezaba á agonizar: . . . le ayudaban á bien morir . . . Pero nunca asistimos á su muerte ni al nacimiento de su hijo, por una sencilla razón: nos acostaban temprano...

Durante muchos años, el monótono relato se repitió invariablemente cada Diciembre . . . Yo iba creciendo, y á pesar de mis libros elementales, martajados en la escuela particular donde dos buenas señoras nos hacían deletrear las primeras nociones de Geografía y Cosmografía, seguí viendo al año que se iba como un viejecito moribundo de ojos azules y cabello de lino, y al año nuevo como un bebé rollizo y endiablado, hijo del anterior . . .

—

Después aprendí muchas cosas: aprendí que la tierra es el tercero de los planetas de nuestro sistema, una estrella tan luminosa como Venus; que gira alrededor del sol en un período casi idéntico al que constituye nuestro año civil; que su juventud es eterna con relación á nuestra existencia de relámpagos; que el hielo del invierno cobija bajo su manto la escondida germinación de la primavera próxima; que todo renace incesantemente; que un día nosotros seremos viejos y nos acostaremos para siempre en una negra *cuna*, alargada y triste, para ya no ver más ni el rubor de las mañanas, ni la mies de oro de los medios días ni la austeridad melancólica de los crepúsculos. Pero que no por eso la fuerza reproductora cesará en el mundo, y volverán las primaveras año por año, y las gentes seguirán confiando sus esperanzas á los Eneros, para recoger la cosecha de tristezas de los Diciembres, y los niños reirán como siempre, aunque ya no podamos oirlos, y las parejas adolescentes se buscarán las bocas para besarse y los ojos para mirarse mucho, aunque ya no podamos verlas, y los perfumes, y el calor suave del día y el enigma argentado de las noches, seguirán sucediéndose, aunque ya no podamos sentirlos . . .

Aprendí que el tiempo no es más que uno de tantos subjetivismos, como el espacio; que el latido del universo continuará *in æternum*; que el sol, enfriado, se convierte en planeta; el planeta se disgrega y cae en la hornaza de otro sol, y que de la nebulosa que se condensa al mundo que acaba, hay un eterno y divino sendero de fuerza y de resurrección y de amor; que la vida del hombre más larga de que haya memoria, no dura lo que una estrella, la más rápida, tarda en desplazarse, aparentemente, un centímetro en el cielo . . . Aprendí, en fin, que no es el tiempo el que pasa, sino nosotros los que pasamos . . .

Mas no he olvidado al viejecito de marras, al viejecito de ojos tan azules como los de mi novia, que besé tantas veces; de cabellos tan blancos como la piel sedosa de mi novia, cuyo calor invadía mi corazón cuando, mano entre mano, íbamos por los caminos, queriendo sorprender en la frente de los ocasos el último pensamiento de la tarde... No he olvidado al viejecito, más rugoso que las labores trabajadas para la siembra por el arado y en Diciembre cubiertas de hielo...

No, no he olvidado al viejecito moribundo, y ahora que torna á meterse en cama, ahora que le ayudan á bien morir, ahora que puedo asistir á su último suspiro — ¡porque ya no me acuestan temprano! — le pregunto con triste sonrisa: «Dime, viejecito: ¿qué me traerá tu hijo, el bebé rollizo que va á nacer?» Y el viejecito me responde: «¡Esperanzas!»

— «¿Y qué me dejará cuando agonice como tú, buen viejecito de los ojos azules?»

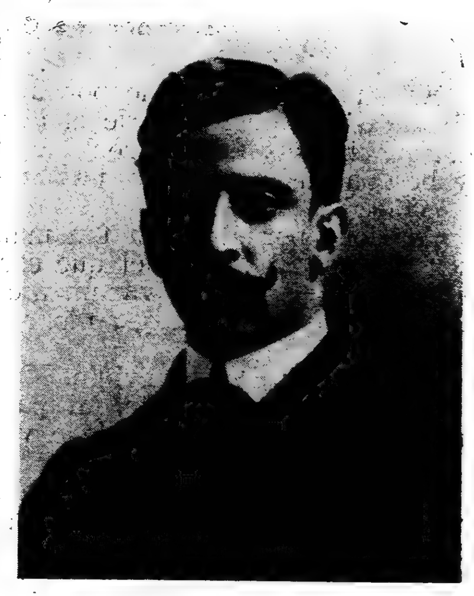
Y el viejecito me responde dulcemente: «Esperanzas... también esperanzas...»

Amado Nervo

TEATRO URUGUAYO

La Librería Moderna, de O. M. Bertani, ha publicado en folleto la comedia en un acto El Credo, del aplaudido escritor Ismael Cortinas.

Aquellos que vieron la representación de dicha comedia, favorecida con el primer premio en el concurso dramático de autores uruguayos, pueden deleitarse nuevamente con la lectura del libreto, lujosamente confeccionado por Bertani en sus talleres gráficos «El Arte».



ISMAEL CORTINAS

Lira Peruana

Los catorce años

Me pides un Soneto: catorce te daría,
puesto que son catorce también tus primaveras;
y con catorce rosas tu frente así ciñeras,
por otras tantas veces que habló la poesía.

Catorce son los versos con que esta rosa mía,
que para hacer tu elogio cogí yo en mis praderas,
reventará en tus labios cuando aspirarla quieras
en tu palabra toda perfume y melodía.

Mereces un soneto por cada abril vivido,
que, al reflejar tus formas y al halagar tu oído,
fuera un cristal que hablara desde un rincón discreto;

mas ya que uno tan sólo le pides hoy á mi arte,
permite que mi musa te diga, al contemplarte,
que tus catorce abriles son el mejor soneto.

El amor de Galatea

En su amor imposible por aquella escultura,
Pigmaleón anhelaba darle el alma y la vida:
estrechaba sus formas con pasión nunca habida
y besaba sus labios con pasión siempre pura.

Así loco por ella, con tan mala ventura,
obstinábase, á modo del que escarba su herida,
en buscar el encanto vanamente suicida
de poder, entre sueños, animar su figura.

Pigmaleón: yo te envidio. Mi dolor es más fuerte,
mi destino es más triste, mi pasión es más dura.
La mujer á quien amo tiene vida y da muerte.

Yo querría que fuera, dentro de esta locura,
no mujer, sino estatua, para darme la suerte
de poder en mis brazos estrechar su hermosura...

José Santos Chocano.

Lira Uruguaya

La Magdalena

Para APOLO.

Profundos surcos de color violeta
Engarzan sus pupilas amorosas,
Es su sonrisa, de pasión inquieta,
El centellear purpúreo de mil rosas.

Sus ojos de mujer ven al poeta
Tras las palabras graves y armoniosas
Con que Jesús, aquel gentil esteta,
Habla de Dios á todas las esposas.

Con un gesto de humilde y blanda pena,—
Gesto de amor que al implorar ordena,—
Avanza hacia Jesús la pecadora

Y al inclinar su frente encantadora
Lo envuelve en sus cabellos de morena
Y le arranca el perdón, más que lo implora.

Flor de Samaria

Junto á la clara fuente de pie la cortesana,
Sobre su espalda el ánfora llena de linfa pura,
En sus cabellos rojos una rosa temprana,
Y en su rostro el reflejo de fatal hermosura.

En su boca florida, la música pagana
De una canción de amores de dulce galanura
Anima con su ritmo aquella forma humana
Que en el silencio fuera magnífica escultura.

Ven las luces del día sus pupilas rientes,
...Mas no han visto la aurora de celestes reflejos.
Han bebido sus labios las aguas de las fuentes

Que murmuran meciendo sus temblantes espejos,
...Pero aún no han bebido las palabras ardientes
Del que estando á su lado, todavía está lejos.

CLOTILDE LUISI.



Por jardines ajenos

"Tierras de Paz", de Miguel A. Ródenas

Cerré el libro y reflexioné un instante. Su lectura había despertado en mi ánimo el deseo de volver á leer esas páginas tan evocativas y tiernas que sugieren la alegría de un triunfo recién conquistado.

Vosotros habréis experimentado alguna vez ese vivísimo deseo de saber algo más del idilio ó del drama que se desarrolla en aquellas historias cuyos personajes lograron cautivaros ó conmoveros, y cuya esencia, ya psicológica ó plástica, infiltróse en vuestra psiquis, predisponiéndola á un dulce y largo recogimiento.

Al través de ciertas lecturas el espíritu permanece abstraído y pierde toda influencia para seguir el curso de aquéllas, á cuya grata corriente comienza por entregarse cuando hay entre ambos un leve indicio de afinidad emotiva.

Si leyeseis «Tierras de Paz» sentiríais indudablemente la imperiosa necesidad de volveros hacia sus primeras hojas en búsqueda de algo más que fuera como un epílogo complementario, superfluo para la obra, sí, pero indispensable para saciar vuestra sed emocional. Porque esas divinas páginas que por un mago-poeta parecen haber sido extraídas del corazón de Arcadia; esas pláticas idílicas que traen consigo las ingenuas remembranzas del inmortal cantor de las églogas, tienen no sé qué atractivo, qué fuerza de sugestión avasalladora y humana que os impele á observar sutilmente sus cuadros y sus paisajes retrospectivos, llenos éstos de una beatitud riente como un parque en primavera, y aquéllos rebosantes de verismo.

Miguel A. Ródenas posee un bello temperamento conmovido y lírico que se manifiesta hasta en la selección del motivo de sus prosas. Modernista, y por ende, pulcro y gallardo en la forma y atrevido en el desenvolvimiento del asunto que expone, este hermano gemelo de Enrique de Mesa, el poeta creador de «Flor Pagana», ha excluido de su obra esas extravagancias verbales y esa puerilidad infantil que son el fruto híbrido

de la estulticia y el decadentismo y simulan jeroglíficos de difícil solución. (1)

El es en España, entre los prosadores de alto coturno cuyo sensorio es prisma cautivador, lo que Francis Jammes en Francia, entre los poetas más exquisitos y raros de la actual generación. Como éste, él también gusta de las dulzuras virgilianas que pueblan los atardeceres de las campiñas olorosas y colman de bienestar el espíritu. Entonces, deslumbrado ante la pompa de la naturaleza á la cual sabe rendir tributo, hace obra de panteísta y evoca en sus descripciones exuberantes de matices las escenas campestres de Millet y los paisajes de Hobbema.

«Tierras de Paz» es un libro de cuentos y de estudios y de impresiones de la vida que se caracterizan por la serenidad con que fueron concebidos y por la exposición de las observaciones, sobria, aunque precisa, unas veces, y ubérrimas las otras de elocuentes rasgos que ponen de relieve la altísima mentalidad de su autor.

De un libro así, multiforme y omnicolor, no puede darse una impresión completa sino omitiendo, á pesar, algunos de sus atributos fundamentales. Por eso no me detendré parcialmente en todas esas prosas de distinta índole ni tampoco descenderé al análisis que, como cualidad principal de la crítica mezquina, está vedado al artista y á todas las almas superiores que no corroe el sentimiento de la envidia.

El vigoroso paisajista que hay en Ródenas, y que se presenta todo entero en CANTARES y en TRISTE AMOR, se embarca de cuando en cuando en amables disquisiciones sociológicas que hablan de grandes ideales generosos y humanitarios. La novelita TIERRAS DE PAZ,

---

(1) Quiero hacer constar aquí, en oportunidad, que yo tengo un concepto personalísimo del decadentismo. Este no es, á mi modo de pensar, una escuela; es un símbolo de arte anémico cuando no es el producto de un escritor que tramonta, puesto al alcance de los eunucos de la inteligencia que atribuyen el genio á los necios.

El decadentismo no tiene formas concretas ni liturgias inquebrantables que lo erijan en escuela. El implica el descenso que por ley natural sufren todos los que piensan, ó de lo contrario, denuncia ese estado morboso, ya transitorio ó eterno, de las facultades intelectuales, que ocasiona la anemia del Arte. Al sustentar esta idea yo prescindo en absoluto de la acepción del vocablo: «decadencia»; me inspiro en las producciones de los verdaderos decadentes y de sus panegiristas y emuladores.

De ahí que yo no piense, como aquel joven escritor que ha poco dió una conferencia en el Ateneo de esta ciudad, que Modernismo y Decadentismo son una misma cosa. Yo llamo decadentes: en España, á Miguel de Unamuno cuando pretende ser poeta ó novelador y en América á algunos escritores que habiendo hecho obras grandiosas declinaron muy pronto y hoy sólo conciben extravagancias que ponen bajo la égida de su obra primordial. Yo acepto dentro del Arte las incoherencias espirituales que provoca, perpetuándolas á las veces, el estado patológico de la psiquis del artista, pero no acepto jamás las extravagancias ideológicas y verbales creadas por snobismo para asimilarse al genio.

cuyo colorido intenso es animado y armónico, está llena de altas ideas que revelan un criterio amplio y libérrimo en pugna abierta contra el prejuicio y las aberraciones sociales. Además inspira hondas reflexiones sobre los instintos humanos.

Pero donde más descuella la personalidad pensante de ese apacible novelador es en SANGRE AZUL, un estudio fuerte y conciso de un caso de hipocresía. ¡Es tan humano y tan minucioso y real que no encuentro concepto para loarlo! Imaginaos una sala mortuoria donde, entre los sollozos de unos y el siseo apagado de otros, alterna irónicamente el rumor de risas apenas contenidas que contrasta con el gesto doloroso de los más allegados dolientes, mientras en los corrillos que en tales circunstancias se forman priva un júbilo de fiesta y tan pronto se discute sobre política como se comentan (esto por fórmula) las virtudes del extinto, fingiéndose así un sentimiento que no se tiene.

Todo eso, descrito como está magistralmente, sin parsimoniosos gestos pero palpitante de ritmo y elocuencia, es de un efecto eficaz para la consagración del observador discreto cuyos personajes muévense allí fácilmente como en las demás escenas del libro.

No es Ródenas un escritor subjetivo y por lo tanto expuesto á las tormentas íntimas que destrozan el espíritu y enfoscan el horizonte artístico de algunos escritores sentimentales. De ahí la serenidad de sus páginas donde el objetivismo impera como un extraño cantor enamorado de la naturaleza y hecho para elevar madrigales á los astros y las flores, y á la soledad y el silencio de las regiones abandonadas que tienen el privilegio de suscitar gratísimas emociones al alma de los poetas.

El encanto idílico y la ingenua poesía de algunos de sus cuentos como esa maravilla que se llama JUNTO AL CAMINO; el perfume de añoranza que se desprende de casi todos ellos como de una flor evocadora de lejanos amores frustados allá en la adolescencia risueña y feliz, y las ricas ideas que sugieren sus pensamientos ebrios de gracia y belleza, perduran á través del tiempo en las almas sensibles á cualesquiera manifestaciones del arte y producen la placentera emoción de una vida reposada y libre de preocupaciones.

Ningún reflejo de la dominadora modalidad maupassantiana á cuya influencia no han podido sustraerse muchos escritores jóvenes, cultivando el cuento, detona

allí, donde los idilios de los enamorados pastores y las zagalas candorosas son narrados con un dejo de saludable optimismo comparable sólo al de las églogas de los bucólicos griegos.

Es Ródenas un artista eminentemente soñador que no se detiene á analizar las pasiones del alma colectiva ni inquiere en la patología social el origen de los males que aquejan á la humanidad. Empero, sus bocetos psicológicos, nos presentan al desnudo las almas que él estudia profundamente, no cediendo á las inclinaciones de su temperamento, poético por excelencia, sino movido por ese instinto de observación, inconsciente acaso, que hay en el fondo de todos los poetas de alto vuelo.

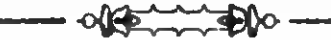
Su oración robusta y límpida, salpicada de esas regias constelaciones que son sus metáforas, bordando en oro la frase; llena de acadenciados giros y vocablos sutiles que enriquecen el léxico castellano, flexibilizan su estilo y lo hacen delicioso hasta la exigencia de los más empedernidos clásicos que aun forman en las filas académicas. Eso ya es un gran triunfo casi imposible en estos tiempos en que los últimos clásicos pretenden ejercer aún la supremacía en el arte.

Contemplativo como el poeta y dado como él á las infinitas embriagueces del miraje, su numen poemiza tan pronto la tristeza de una puesta de sol que anuncia á los pastores la hora de encaminarse al aprisco como la gloria de un amanecer en la soledad de los campos castellanos ó la melancolía de un amor perdido para siempre.

Y ese afán de concebir, exaltando la humilde vida de la aldea y harmonizando con su prosa cuotidiana la poesía de encantadores paisajes, hace más aparente á la meditación calmada ese manojo de anémonas que constituye «Tierras de Paz» y que tiene, entre otras, la virtud de surgir allá, de tarde en tarde, en el jardín del Ensueño, como un emblema de triunfo y renovación.

PÉREZ Y CURIS.

Septiembre 1908



El pasado

Para APOLO.

El alma mía siente el frío de los acabamientos;
se iluminó con la incongruente fugacidad del vicio,
y el resplandor de los deseos hirió á sus sentimientos
con implacables consecuencias... Iba hacia al sacrificio...

El alma mía fué dejando todos sus pensamientos
serenamente voluptuosos en medio del bullicio
que enajenaba sus placeres; fué en todos sus momentos
libando mieles lujuriantes de amor, panal propicio.

El alma mía se recluye, es alma que se aleja
y se confunde entre las sombras; en su sendero deja
no sé qué lúgubres tristezas, qué inconscientes gemidos...

Quizá es la huella de sus locas orgias por la vida,
quizá es el goce que reclama vivir sus días idos;
quizá el pasado moribundo al borde de mi herida...

LORENZO VICENS THIEVENT.



En la Soledad

—¡Oh, extraño cenobita del Silencio! ¿qué piensas
En tu pobre bohardа?
— Que mis fiebres intensas
Van poblando mi espíritu de visiones sombrías;
Que mi dolor pregona la muerte inevitable
De mis vagos ensueños, y que el sol miserable
Hoy no ha venido á verme, triste como otros días.
Pienso también que el torvo buitre del pesimismo
Viene á anidar en mi alma próxima al paroxismo,
Y ese otro buitre en forma de paloma sumisa
Que es el amor me arranca fibras del corazón
E impide que en mi labio florezca una sonrisa
Para velar mis odios y mi desolación.

Mi existencia es un árbol cuyas flores austeras
Exhalan el perfume de una amarga pasión;
Mil pétalos de sombras encubren mis quimeras
Conmovidas á modo de intangible jubón.
Como no tengo hermanos ignoro el alma tierna
De las íntimas frases, la caricia fraterna
Y el elogio sincero que es el mejor laurel.
Mi juventud se agita como un ave que marcha
Hacia la luz, y, huyendo del fango y de la escarcha,
Ve en el camino un árbol y se guarece en él.

La Soledad acoge la exhalación de mi estro,
Así como una madre...
— Y tu canción, Maestro:
¿Adonde va?
— Hacia el alma de los seres que abrevan
Sólo en una fontana de amor y de verdad;
Mi canción no es humilde pero es noble y la llevan
Cuantos desheredados aduna la humildad.
Allí va esa ave humana que es mi canción.
— Yo mismo
Voy con ella, Maestro, á sondear ese abismo
Donde todos los parias impetran libertad.

Octubre, 1907. PÉREZ Y CURIS.

BIBLIOGRÁFICAS

Libros y folletos recibidos

La gran casa editorial Pueyo de Madrid, la que con más empeño y asiduidad propende á la difusión de las ideas modernas en Hispanoamérica, acaba de obsequiarnos con los siguientes libros de su última cosecha:

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA, por Felipe Trigo; EL DOLOR DE LA CASA, por Julio Hoyos; TREGUA, por Dorio de Gádex; SANGRE DE PRIMAVERA, por Tulio M. Cestero; DE MAR Á MAR, por Angel Guerra; DE CAPA Y ESPADA, por Ramón A. Urbano.

También nos ha enviado TIERRAS DE PAZ, por Miguel A. Rodenas, publicado anteriormente.

De este último, como habrá visto el lector, se ocupa extensamente el Director de APOLO en el presente número; de algunos de los otros nos ocupamos á continuación lamentando que la exigüidad del espacio nos impida explayarnos como quisiéramos y como ellos merecen.

Agradecemos íntimamente al señor Gregorio Pueyo su valioso é interesante envío.

EL DOLOR DE LA CASA, *por Julio Hoyos.— Librería Pueyo.— Madrid.*— Es éste un libro de mucho aliento pero muy breve, muy conciso para el desarrollo de un proceso psicológico que por su importancia y complejidad debiera tratarse con más amplitud. Hoyos ha hecho un boceto de novela cuyo elevado intento emociona al lector por el cúmulo de finas observaciones que ofrece. Su tema es tendencioso. Mirbeau lo ha tratado magistralmente en su libro «Sebastián Roch». El protagonista de EL DOLOR DE LA CASA se educa en un colegio de frailes y sale de él con todas las morbosidades del pederasta pasivo. Sus deseos no colmados tras largo tiempo le exasperan terriblemente y le causan frecuentes ataques de epilepsia que lo vuelven hosco y huraño para con todos los de su familia que le prodigan toda clase de cuidados ignorando el motivo de su mal. Julio Hoyos ataca allí el prejuicio religioso y demuestra al mismo tiempo los beneficios de la enseñanza laica. Aunque su estilo no es bello sino correcto, EL DOLOR DE LA CASA es un libro laudable por las deducciones que nos sugiere y por el noble propósito que persigue su autor.— *Pérez y Curis.*

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA, *por Felipe Trigo.— Librería Pueyo.— Madrid.*— Comprende la novela así titulada y «Reveladoras». En la primera, nos muestra Felipe Trigo á la mujer en su neurosis. Toda la incoherencia del proceder de esa Eladia que sin amar y sólo por vanidad acepta por novio á un pobre periodista para que en los periódicos de Madrid se ocupe de ella, es bien femenino. Ricardo, en cambio, hace de esa mujer sin corazón, su ídolo y su todo, y por ella trata de llegar á la celebridad, cosa que consigue como en un bello cuento de hadas Pero Eladia, la nerviosa, al fin, que no sabe lo que quiere ni lo que desea porque no ama, en vez de pagar con su cariño tanto esfuerzo, se niega á casarse con él aun después de haber sido suya. He ahí en síntesis la llaga moral y social que estudia Felipe Trigo. «Reveladoras» es de un verismo cruel. Gloria es la mujer sin educación que sólo sigue su instinto; una pervertida que mancha con su impudor el alma de dos niños; la una, niña de quince años, y el otro, un chico de trece. Para Gloria es un placer hablar á esos niños con palabras que los hacen enrojecer aunque no las comprendan del todo. Cuando ella, sin pizca de pudor, se desabrocha y apoya forzadamente la cara de Rodrigo contra su seno blanco y duro, el chico, en su inocencia ultrajada le grita: puerca. La otra *reveladora* es Josefina, de la mejor sociedad, joven y bella señora casada con un hombre que la deja casi siempre sola. Ella, pervertida también como Gloria, la vulgar sirvienta, besuquea y manosea á ese pobre niño que parece condenado á que le sean revelados de un modo brutal y repugnante los divinos misterios del amor. Josefina, más seductora y perversa que Gloria consigue que esa pobre almita blanca vaya á su casa. Lo que se desprende de la obra es que esas *Reveladoras* harán de Rodrigo un ser que vivirá para sus sentidos y no conocerá nunca el amor del alma; será, como dice el autor, *un sensual irredimible.*

Excusamos hablar del estilo de Felipe Trigo en esta nueva obra. Baste decir que es siempre el suyo, vigoroso y personal.— *Flor del Lacio.*

EL CAMINO DEL TRIUNFO, *por Vargas Vila. Librería Bouret.— París.*— Comprende esta novela dos tomos: «Las Adolescencias» que acabamos de leer y «Vidas Paralelas», actualmente en prensa. A juzgar por la lectura del primero vemos que se trata de una vigorosa novela psicológica y moralizadora en la que se ponen de manifiesto y se anatematizan abiertamente las bajas prácticas sacerdotales y los inmundos actos cometidos á la sombra del confesionario.

Los crímenes de la religión se han producido en todos los tiempos y se producen aún sin ningún paréntesis. Por eso, un libro así, que los denuncia, relatándolos minuciosamente y poniendo en guardia á la juventud que surge apta para la seducción y el halago, es siempre oportuno y saludable.

En «Vidas Paralelas» el Maestro dirá de la evolución intelectual y moral de los personajes gallardamente esbozados en «Las Adolescencias».

Esperamos con ansiedad la aparición de aquél para hablar extensamente de esa

novela salvadora que es EL CAMINO DEL TRIUNFO. Entretanto, sea esta breve nota un motivo para agradecer á nuestro ilustre amigo Vargas Vila el envío de su libro. — *Pérez y Curis.*

DE CAPA Y ESPADA, *por Ramón A. Urbano. — Librería Pueyo. — Madrid.* — Por este elegante libro hace desfilar Ramón A. Urbano ante nuestros ojos visiones de cosas idas. Nos habla, evocando el medioevo y sus leyendas, de dueñas y de pajes de caballeros que sabían morir por su dama. Escrito en estilo clásico, muy pesado, pero adaptable á aquella edad, cree uno ver en una callejuela de la heroica España un paje blondo tañendo el laúd en la reja de su bien-amada. CUENTOS DEL DÍA, que componen la segunda parte del libro, están escritos en el dulce lenguaje andaluz, y ya no hay pajes ni dueñas, sino golfillos cuyo espíritu travieso alegra el alma del lector, y sevillanas, como la *Niña de las flores*, bellas y amantes á la par que orgullosas. Todos estos cuentos son bellos; decir que uno es superior á otro es imposible. Las costumbres típicas del pueblo así como sus modalidades están pintadas allí divinamente. Ramón A. Urbano ha condensado en DE CAPA Y ESPADA todo un caudal de felices impresiones. — *Flor del Lacio.*

SANGRE DE PRIMAVERA, *por Tulio M. Cestero. — Librería Pueyo. — Madrid.* — Esta colección de poemas en prosa que prologa Gómez Carrillo, el exquisito escritor, viene á robustecer aún más nuestro concepto sobre la obra intelectual del divino autor de «Citerea». Si en dicho libro, formado de cuadros reales, es digno de loa el trabajo de observación, en SANGRE DE PRIMAVERA se admira, con la labor sutil del artista que musicaliza la frase, la delicada labor del espíritu emotivo que canta y elogia sus más dulces impresiones. El arte de Cestero es moderno é impresionista; no acusa estrechos formulismos ni rituales académicos reverenciados en otras épocas; es rebelde y por lo tanto personal. SANGRE DE PRIMAVERA coloca á Cestero en un puesto de honor entre los más altos prosadores americanos. — *Pérez y Curis.*

JASPES, *por Ernesto Monge Wilhems. — Iquique.* — Ernesto Monge Wilhems es un pensador. Y piensa bien, lo que hace que sea un buen escritor. JASPES es su obra. Es una recopilación de cuentos y páginas de estudio, escritos en un estilo elevado y sobretodo con una sinceridad espontánea que dice muy alto del alma artística y noble de su autor.

Contrario á lo que manifiesta en su Pórtico, he observado que cada cuento, cada página, cada párrafo, encierra una enseñanza muy humana, una máxima severa, expresadas con una amarga ironía y con sutil delicadeza, que hace conmover y pensar hondamente en las grandes tristezas é infortunios de los hombres, que la Humanidad arrastra con la vorágine de su alma desequilibrada é injusta.

El autor de JASPES posee un don de observación sagaz y una admirable concepción psicológica, lo que hace que su libro sea de alto valor, porque refleja de un modo fiel y preciso — sin afectados convencionalismos — cuadros de la vida real, con todo su colorido y toda la desnudez de su alma! — *Ovidio Fernández Ríos.*

DE MI VILLORRIO, *por Luis C. López. — Librería de Pueyo. — Madrid.* — Manuel Cervera, el altísimo poeta, y uno de los temperamentos más delicados de la actual generación, nos ha enviado un ejemplar de la obra de ese otro gran poeta que se llama Luis C. López. DE MI VILLORRIO es una colección de poesías originalísimas, cuyo estilo y vigor ideológico muestran á un espíritu amplio y selecto que posee el encanto de deleitar intensamente. Un poeta como López, que sabe innovar á maravilla, haciendo del verso una expresión armónica y sutil, y no una frase prosaica á la manera de los decadentes, es *rara avis* entre los triunfadores de la falange hispanoamericana. Porque si para innovar es preciso colocarse fuera del clasicismo y por encima de toda fórmula ó ley, hay que cuidarse también de la extravagancia, en la que es fácil caer cuando más empeño se pone en la innovación. Leyendo los versos de este poeta sabréis de sus emociones y de su rara modalidad. Oid:

De sobremesa

Se vive, amada mía, — según y cómo . . .
Yo, — por la mañana tengo hipocondría —
y por la noche bailo un rigodón.

Y ¿qué? Pura ironía — del hígado, muchacha. En el amor — y en otras cosas de mayor cuantía — todo depende de la digestión.

Que no fume, que olvide la lectura, — que no maldiga en ratos de amargura — y mil consejos más de este jaez, - como si se pudiera — vivir á la manera — de las calles tiradas á cordel . . .

. . . .

y así todo el libro: bello conjunto de harmonías que exteriorizan los estados de alma de un soñador que se ha inspirado en la vida. DE MI VILLORRIO trae un breve y conceptuoso prólogo de Manuel Cervera. — *Pérez y Curis.*

FLAUTA INGENUA, *por Roberto Valladares. — San José de Costa Rica.* — Un libro pequeñito, flexible, elegante, aristocrático, pero grande en su contenido: ánfora que guarda muchas maravillas del estro, y mucha mentalidad brillante como chispas y luces de piedras preciosas.

La musa de este nuevo peregrino del Ensueño, está impregnada de una tristeza muy honda y de un sentimentalismo extraño Es una musa rebelde que no sabe de dogmas académicos, ni de la tarda monotonía del clasicismo. ¡Yo le aplaudo!

Sus versos, ora ingenuos, ora graves; ora desaliñados é incorrectos, ora de una perfección admirable, dicen todo ese poema de fiebres y locuras de los veinte años, pero con una sinceridad muy noble y con un sabio pensar, profundo y sereno.

Espero que FLAUTA INGENUA sea precursor de otra obra más grande y más perfecta que consolide firmemente la consagración de Valladares, ruiseñor melancólico cuyo gay cantar ya hace estremecer el alma de la selva del Norte. — *Ovidio Fernández Ríos.*

APOLO

AÑO III

Número 22

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA DE PÉREZ Y CURIS



PLAYA RAMÍREZ - MONTEVIDEO

MONTEVIDEO - BUENOS AIRES
SANTIAGO DE CHILE

DICIEMBRE DE 1908

APOLO

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY, LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

Administrador: LUIS PÉREZ (Alzáibar, 35)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.° 22. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Diciembre de 1908.

Carta de Vargas Vila

Con motivo de la muerte de Estrada Palma, expresidente de la República de Cuba, creemos oportuna la publicación de esta carta llena de profecías que se han cumplido para dolor de la joven república durante la administración de aquél.

53 Rue de Chabrol.

París, el 20 de Mayo 1905.

Al señor Arturo R. de Carricarte.

Habana.

Mi noble amigo:

su carta, me ha enorgullecido y me ha indignado;

orgullo y mucho, he sentido, de ser amigo de usted; de que usted me proclame su MAESTRO, y de que haya sido mi vida de resistencia y de tenacidad contra las tiranías exóticas que nos deshonran, la que ha inspiradó é inspira, su noble y valiente vida pública;

la visión del mar, donde pasa la tempestad, no atrae sino á las almas heroicas;

la soledad de la cima rígida, en donde vela el rayo, no seduce sino á los grandes visionarios;

el peligro imanta los luchadores, como el Misterio fascina á los pensadores; es un ímpetu irresistible de alas; la vorágine del pavor, atrae al soñador;

lo terrible es bello...

indignación, y mucha se apoderó de mi espíritu, ante el atentado bárbaro de que usted ha sido víctima, por parte del pedagogo nulo y menesteroso, que hoy administra en nombre de Roosevelt, la Antilla gloriosa, por cuya libertad murió Maceo;

yo, conozco ese cacógrafo ruin, desde que era el envidioso atormentado y el enemigo encubierto de José Martí, en New-York, en esa aurora de rebeldía, que en 1894, el Gran Poeta, ensayaba dibujar ya, con los colores de Cuba, sobre el lienzo de la Historia;

él, se ocupaba entonces, de desalentar los cigarreros patriotas que sembraban con el sudor de su frente, gérmenes de epopeya, ó ansiaba amotinarlos contra el Gran Vidente, á quien su



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 22. Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Diciembre de 1908.

Carta de Vargas Vila

Con motivo de la muerte de Estrada Palma, expresidente de la República de Cuba, creemos oportuna la publicación de esta carta llena de profecías que se han cumplido para dolor de la joven república durante la administración de aquél.

53 Rue de Chabrol.

París, el 20 de Mayo 1905.

Al señor Arturo R. de Carricarte.

Habana.

Mi noble amigo:

su carta, me ha enorgullecido y me ha indignado;

orgullo y mucho, he sentido, de ser amigo de usted; de que usted me proclame su MAESTRO, y de que haya sido mi vida de resistencia y de tenacidad contra las tiranías exóticas que nos deshonran, la que ha inspirado é inspira, su noble y valiente vida pública;

la visión del mar, donde pasa la tempestad, no atrae sino á las almas heroicas;

la soledad de la cima rígida, en donde vela el rayo, no seduce sino á los grandes visionarios;

el peligro imanta los luchadores, como el Misterio fascina á los pensadores; es un ímpetu irresistible de alas; la vorágine del pavor, atrae al soñador;

lo terrible es bello...

indignación, y mucha se apoderó de mi espíritu, ante el atentado bárbaro de que usted ha sido víctima, por parte del pedagogo nulo y menesteroso, que hoy administra en nombre de Roosevelt, la Antilla gloriosa, por cuya libertad murió Maceo;

yo, conozco ese cacógrafo ruin, desde que era el envidioso atormentado y el enemigo encubierto de José Martí, en New-York, en esa aurora de rebeldía, que en 1894, el Gran Poeta, ensayaba dibujar ya, con los colores de Cuba, sobre el lienzo de la Historia;

él, se ocupaba entonces, de desalentar los cigarreros patriotas que sembraban con el sudor de su frente, gérmenes de epopeya, ó ansiaba amotinarlos contra el Gran Vidente, á quien su

alma ponzoñosa, estática de envidia, apellidaba: LOCO...

la terrible alimaña pedagógica, no se daba descanso entonces en demostrar la obra de la libertad, como no se da hoy descanso en perseguirla;

él era ya ciudadano entre los yankees antes de ser su esclavo;

sus impuras manos, cultivadoras del peculado, sembraban ya la disolución, antes de que en ellas floreciera la maldecida rosa de Iscariote;

puesto ya al servicio del oro yankee, él, deshonraba la libertad cubana antes de asesinarla;

así conocí ese hombre;

y así lo oí pintar por el augusto verbo de Martí;

¿qué mucho que aquel anciano pueril y malévolo, predicador del desaliento y de la inercia, se vuelva hoy contra los cubanos libres, y los atropelle y torture?

¿por qué extrañar que sea el aliado de los galeotes rotativos y de los gacetilleros torcionarios, que se gozan en insultar á los cubanos que no pudieron dominar?

¡vendido al extranjero, es justo que trabaje con él y para él, y que agote la adulación, antes de consumar definitivamente la traición!

yo, no tengo sino que felicitarlo á usted de haber caído víctima de ese hombre;

una colérica melancolía y un orgullo alto y sereno, deben llenar su corazón;

es usted un precursor, en la gran vía de estériles dolores que Cuba va á emprender;

antes de desaparecer la heroica nacionalidad fundada por el verbo de Martí y la espada de Maceo, dará figuras como la suya, de visionarios heroicos, gesticulando apocalípticos ante el crímen, ¡solitarios en la tiniebla estremecida!...

no dará ya héroes;

auroras rojas no se encenderán ya en su cielo, antes teñido de carmín heroico;

los milagros de la epopeya no se repetirán sobre esa tierra, donde los héroes duermen para siempre bajo la gleba misericordiosa;

la Manigua, no resurgirá con sus legiones homéricas trotando hacia la muerte;

lo épico ha muerto;

el mercantilismo, segó hasta en sus raíces, la flor del heroísmo;

la espada de Maceo, se enmohecerá en la tierra, falta de un brazo de héroe que la levante;

el poema bélico se extinguió hasta el último canto...

la estrella solitaria, se borrará del horizonte, sin una orla roja, sin un fulgor de sangre;

vendida por Estrada Palma, Cuba desaparecerá, sin que la sombra de Calixto García, se alce para defenderla;

el oro americano inmovilizará el plomo cubano;

y, al pie de la estatua de Maceo, no se agrupará ya un pueblo redimido, sino un rebaño vendido;

el mármol que inmortaliza á José Martí, será un escarnio;

el Gran Vidente será allí un prisionero del yankee, de su obra y de su sueño;

el pedestal de su estatua será como un poste de infamia, del cual querrá desprenderse en vano, la imagen del Gran Vencido... ¡Sólo, ante el inmenso mar abierto!... ¡Sólo, como un escollo ante un lívido levantar de luna!...

Cnba confronta en la hora actual su trágico dilema...

es como la sombra de Aquiles ante el Misterio antiguo;
el problema electoral: he ahí la Esfinge;
si Estrada Palma, triunfa, Cuba muere...
y, Estrada triunfará...
el oro yankee es invencible...
¡felices los que como usted en esta hora precaria y visionaria, han sumado en sí todas las energías de la extinta alma cubana, para dar el grito de protesta!
¡benditas esas manos que han arrojado lodo á la frente del Traidor!
¡ellas se han anticipado á la Historia!... Y, la han vengado... ¡Benditas sean!
yo, estrecho esas manos con efusión; y, me digo de usted
amigo de verdad

Vargas Vila



PALACE HOTEL — MONTEVIDEO



Le Retour

Le lierre a couvert tout le mur. Oh! combien d'heures, depuis tes pleurs, notre aventure? combien de jours?

Plus de roses; le lierre a déchiré la vigne. Où est ton âme?... Franchissant les nids d'hirondelles, le lierre étouffe la maison.

Oh vent! les roses d'autrefois comblent le puits. — Est-ce là que tu t'es cachée, ma femme morte?

Nul ne répond. Qui répondrait?... Vaut-il pas mieux ouïr le vent chanter dans l'herbe: «Ma doulce amour?»

Au ras du toit l'ancien soleil, le soleil rouge, est coupé par le milieu si tristement.

J'appellerai le jardinier! Le jardinier? Il faudrait mieux appeler la Mort pour faucher l'herbe,

tant de souvenirs et tant d'amour, et le soleil au ras du monde.

Paul Fort.

Lira Peruana

El Madrigal de las Rosas

Al verte que en el pecho tenías una rosa
imaginé que tú eras un ramo que surgía
de un cáliz de alabastro; y en él se convertía
cada uno de tus ojos en una mariposa.

Rayos de Sol tejieron tu cabellera undosa,
y así bajo tu cutis se transparenta el día;
por eso es que la rosa ceñirse parecía
en torno de una estatua de nieve ruborosa.

Estatua que apareces nimbada por un astro,
con cara hecha de rosas y cuerpo de alabastro,
En un jardín de plata, bajo un temblor de luna:

al ver la rosa encima del busto de Carrara,
pensé yo que del ramo de rosas de tu cara
se había desprendido sobre tu pecho una...

Cábala

Á Eulogio Horta.

Los hombres de ojos verdes son sugestionadores:
tienen algo felino que en la sombra chispea...
Por eso cuando te oigo, sólo digo «así sea»;
y dejo que tu sierpe se arrastre por mis flores.

Me hablas de cosas llenas de miedos y temblores;
y en tu espíritu negro mi espíritu bucea
y saca á luz, á veces, la perla de una idea
en que se cuaja un brillo de llantos interiores.

¡Qué sé yo si eres grande; ¡pero sé que eres raro!
Hay en tus ojos, plenos de sol, un verde claro
que habla de los antiguos y nobles amuletos...

Y así eres, como un héroe de extrañas latitudes,
digno de ser cantado, por tus siete virtudes
y por tus siete vicios, en catorce sonetos.

José SANTOS CHOCANO.

La musa ignorada

Corría el tren por la llanura castellana. Era un día espléndido de Agosto, y por las abiertas ventanillas del coche penetraba, en bocanadas de fuego, el vaho asfixiante de los terruños secos.

De pronto la máquina lanzó un pitido; mi compañero de viaje, que amodorrado por el insoportable bochorno parecía dormitar, abrió los ojos, y descorriendo con ímpetu las cortinillas que amortiguaban la fuerza del sol, miró hacia afuera explorando con ansiedad la planicie abrasada.

Después de un rato me dijo:

—¿Ves aquel pueblo que parece ocultarse en un repliegue de los terrones? Allí he nacido; allí vive mi primero y único amor, la mujer inspiradora de mis poesías, la que en todas mis novelas aparece.

Miré con curiosidad. Efectivamente, aquellos eran los lugares tantas veces descritos por el novelista y cantados por el poeta. Poco distante de la vía, sobre campos de rastrojos, alzábase un pueblecillo, agrupando sus casas pequeñas y sucias en torno del viejo campanario. Yo no había visto nunca aquello, y sin embargo me causó la impresión de lo conocido: tan maravillosamente lo había pintado el novelista en páginas admirables, con tal exactitud lo reprodujo el poeta en sus tiernos cantos: la llanura solitaria y seca, sin galas ni verdores; la aldea tranquila, el cielo azul, la luz esplendorosa del alegre sol castellano.

Mi amigo continuó:

—Cuán lejos están de creer, los que me aplauden y admiran, que mi Musa es una lugareña vulgar, ordinaria, cargada de hijos, que solo piensa en los chiquitines que alegran su vida y en las cosechas que llenan sus trojes y graneros.

En ese pueblo nací; arañando la costra de esta tierra fecunda, pasé mi juventud. Mi padre se dedicaba al cultivo de sus heredades, sin desalientos ni desmayos, cuidando con amor las cosechas siempre amenazadas por el hielo y los pedriscos. A los diez y ocho años ayudaba á mi padre y enamoraba á las mozas; una me cautivó, y por ella correspondido y abrasándome de amores, me pareció que la vida era más alegre que este cielo azul y más llana que esta tierra de Castilla.

No quiero enternecerte con lacrimosos recuerdos: la moza casó con otro, y yo pensé morir de rabia y de tristeza.

Poco después murieron mis padres, y de un golpe apuré los dolores más grande de mi vida; desde entonces estoy convencido de que el dolor no mata.

Lloré mucho, algunos buenos amigos intentaron consolarme; y amortiguada, que no desaparecida, mi honda pena, malvendí las tierras de mi escaso patrimonio y marché á la corte.

Nada más he de decirte, pues tan bien como yo tú sabes y conoces mi historia literaria, mi amargo aprendizaje y mi rápido encumbramiento.

Vacié en mis obras todo mi corazón; quizás por eso están llenas de amargura.

Siempre tuve delante de mis ojos la imagen de aquella mujer, que al darme tan terrible desen-

gaño, me hizo hombre, y haciéndome padecer dolores, me convirtió en poeta.

Ha sido mi Musa. Sin que yo lo pretendiera, todas mis heroínas tenían algo de la moza castellana. Puse en unas la dulce mirada de sus ojos negros, ó el gracioso sonreir de su fresca boca, en otras la gentileza de su figura ó la gallardía robusta de su cuerpo: en todas algo de su alma.

Los amores que pinté en mis obras, fueron por mí sentidos ó por mi intuición adivinados. Alegrías canté pocas, solo las que con ella había gozado; que las que no se sienten, no pueden expresarse.

Ha sido mi inspiración constante; pero no he vuelto á verla. Me han dicho que ha engordado, que está vieja y fea, pero para mí siempre será la mujer que abrió mi alma al amor y al sufrimiento, la gallarda moza de mis ilusiones juveniles.

No le tengo ningún rencor. Me quitó la alegria, pero fortificó mi alma, iniciándola en los amargos desengaños de la vida; me privó de ser un labrador cuidadoso de sus tierras y de sus hijos; pero me dió la gloria.

. . . .

No dijo más. El tren seguía su fatigosa marcha, atravesando tierras secas y campos en rastrojo; un desnivel del llano ocultó las casas del pueblecillo, y en la vaga lejanía fué poco á poco esfumándose la torre de la iglesia.

Y entonces pensé que no todas las musas son seres vaporosos é ideales, que no todas son conocidas como las Beatrices, Lauras y Teresas por los poetas cantadas, y que la mujer más prosaica, tan sólo por ser mujer, puede inspirar las más grandes bellezas y las obras más acabadas del ingenio humano.

¡Cuántas como aquella habrá, pobres é ignoradas musas, inspiradoras de tantos dolores, viviendo vida feliz y oscura en un pardo lugarejo casi perdido en la soledad de las llanuras castellanas!

Enrique de MESA.

Nuestros colaboradores

Lorenzo Vicens Thievent



Publicamos el retrato de este joven poeta ya conocido de los lectores de Apolo por sus bellas poesías, algunas de las cuales tienen un sello de originalidad poco común en los cruzados de nuestra nueva generación soñadora.

En nuestros próximos números publicaremos otros retratos, dando á conocer el movimiento actual de las letras nacionales y sus progresos en estos últimos tiempos.

Nota de Redacción.

Alma enferma

I

Si fué un manojo de emociones yertas
Mi corazón, y adoro todavía
La virtud de tus ojos y la fría
Revelación de tus palabras muertas,

Ámame y lucha. Las ignotas puertas
Del triunfo que soñó mi fantasía,
Cuando tus confidencias, algún día,
Para nosotros estarán abiertas.

Y allá lejos, perdiéndose en la tarde
De un paisaje olvidado: mi añoranza;
Y más lejos aún, en la cobarde,

Lívida aurora del amor, mis penas:
Quedarán presintiendo la venganza
De nuestro amor convaleciente apenas.

II

Si fuí el espectro que surgió temprano
En tus diáfanas noches sosegadas,
Y te produjo insomnios y agitadas
Témporas de poniente hiperboreano,

Ódiame entonces; y seré el galano
Trovador de tus iras elevadas;
Que si hay odios en flor en tus miradas,
Himnos hay en mi espíritu elegiano.

Y callará mi corazón transido,
Cual un pájaro en pena adormecido
Dentro el nidal de su nativa huerta;

Mas si volviese á ti con sus periódos
De luz, yo hundiera mis ideales todos
Por encontrarte conmovida ó muerta.

PÉREZ Y CURIS.

Párrafos de una carta

Para APOLO.

«Ayer he releido todas tus cartas. Una á una íbalas examinando en las ideas y los pensamientos. La mirada de mi alma descubría siempre cosas nuevas. En los párrafos descuidados era donde yo veía más verdad.

Pero... qué duda más grande me asalta ahora. Hoy día que ya hace años que nuestro amor se apagó de un modo extraño, hoy día, mujer, me has hecho sollozar con tus cartas.

Y tú dirás; ¿por qué si todo acabó?

¿Por qué? Pues, precisamente por eso; porque el recuerdo en este caso ha sido el presente... y te he vuelto... á amar!

Si, querida Clara, vosotras las mujeres, y ampliando aún, las adolescentes tenéis un almita muy compleja. A ratos percibía en tus menudos caracteres huellas de tristeza, *deseos de amar* ó *débil cariño*. Otras (¡vivimos tan influenciado!), huellas claras de que todas tus frases eran imitadas, eran falsas. Querías decirme con palabras rumbosas cosas bellas, pero te resultaba feo aquello...

A un hombre bonachón lo habrías hecho llorar, á mí sólo me hacías encojer los hombros, revolucionar mi espíritu i hacer una psicolojía infinita, que llegaba á ser falsa. Nunca creí en tus cartas, una duda inmensa me invadía. ¿Sabes? Acaso no fué aquello lo que hizo que yo te quisiera tanto? Porque ¡Clara! yo te he querido i... (¡quién sabe!) te quiero!

Te acuerdas cuando saliste aquella vez de Santiago ¿yo marché aún más lejos que tú, por un tiempo más largo? La noche que nos despedimos tú estabas indiferente: ¿por qué? ¿dime? ¡Oh! vosotras las mujeres sois algo indescifrable!

Vuestra mentalidad, en tus cartas oscila entre la *imitación* i la *leve sinceridad*. (Siempre guardáis egoistamente una parte de vuestras almas para vosotras solas, solas! Nunca os entregáis todas, íntegras!) Hacéis la comedia de un modo regular i la mayoría de los hombres no distinguen esos estados. (¡También estos pobres ni saben lo que es una mujer!)

Y hoy que te he vuelto á ver, después de varios años, cuando ya eres una damita i yo, por cierto, un caballero; crees tú, te he mirado con otra especie de cariño: hoy se me imagina que ambos somos de una misma familia. Ni tus ojos, ni tu boca, ni tus cabellos me llaman la atención: ¡los he visto tanto! Eres de mi casa.

Sólo tu alma, tu almita de mujercita vulgar ó quizá única es la que escudriño.

Y no creas que cuando me sorprendas mirándote de un modo estraño i fijo, que es que quiero volver á las andadas. No. Me sería imposible. ¿Ignoras tú que el alma también se gasta? No. No lo ignoras. Porque lo he sorprendido en tus ojos, que ya no tienen el brillo aquel... ¿Te acuerdas, cuando, por jugar, nos mirábamos fijamente largo rato? Tus ojos revelan tu alma. Estás cansada de los que te rodean. Yo percibí en tí ansias de libertad, ansias de *vida plena*. ¡Pobrecilla! Ignoras que la mujer no es libre; que toda su vida es un tutelaje? Pasa de una casa á otra, siempre con un amo encima.

Por eso sí yo te amo (¿amor dije?), por eso si *aún me eres agradable*, te deseo libre. Mi alma no comulga con nada, ni con nadie. Seré quizás un *loco*, un iluso, pero dentro de mí, supieras lo *fuertemente que razono!*

Sigue la vida tal como piensan tus padres, *porque sé que se te aconseja mucho*. (Qué sorpresa no te dará que yo sepa cosas que nadie me las ha dicho.) Vive, vive. Serás primero una esposa, después una madre. Bien. La vida detesta á los espíritus como yo, porque no transijen. Todo lo quieren *caprichosamente*.

Querida Clara, sé esposa, sé fiel. ¡Ojalá sea bueno el muchacho que te toque! No te molestaré, no temas. Tú sabes que siempre he sido hidalgo, caballeroso. ¡Hay tantas mujeres, Clara!»

GUILLERMO BOUCH.

Santiago de Chile.



Teatro Solís — Montevideo

De novia

Para Arolo.

Unas manos viriles ¡que no serán las mías!
agotarán el lujo de sus galanterías,
delicadeza y tacto queriendo conjuntar,
para con fina gracia, con ademán sencillo,
ceñir la epitalámica promesa de un anillo
al suave primor blanco de tu dedo anular.

Y tras de aquella noche de música y de fiesta
vendrán las serenatas: el alma de la orquesta
preludiará gemidos para tu corazón;
y aprenderás el arte de manejar el rico
disimulo galante del abierto abanico
para mezclar los besos á la conversación.

Y yo (pese á la cruda malignidad traidora
que me alejó del cielo rosado de tu aurora
por conquistar el orbe donde brillaba un sol),
domeño dentro el alma mis júbilos extraños
al ver que se me fugan los diez y nueve años
que idolatré con celos y sangre de español.

Porque tú no recuerdas, pero yo sí recuerdo:
porque ante la evidencia tenaz de que te pierdo
para toda la vida, para la eternidad,
á trechos luminosos enhebra mi memoria
detalles imprevistos de aquella transitoria
risueña historia blanca de dulce intimidad.

Esos amores nuestros tuvieron cual ningunos
tranquilos reposorios, paisajes oportunos,
serenas lontananzas propicias al soñar;
los lagos bonancibles, las frágiles piraguas,
la brisa de las costas, el ritmo de las aguas,
¡amores junto al río!, amores junto al mar!

Y sin embargo, tengo que contemplarte ajena,
sin que pueda culparte ni negar que eres buena,
porque tienes pureza de Cordero Pascual;
y porque los recuerdos floridos con que lucho
me dicen que lloraste, que me quisiste mucho,
¡pero que siempre tienes el pecho de cristal!

M. MORENO ALBA.

Barranquilla de Colombia.

Infortunio

Á Juan Picón Olaond.

I

El jardín llora desierto:
Y nuestro nido de amores
Ya no está con blancas flores
De madreselvas, cubierto.

Volaron con rumbo incierto
Como ronda de dolores,
Los pájaros trovadores
Al saber que te habías muerto!

Todo está aquí abandonado,
Parece estar abrazado
A una gran desolación.

Y desde que tú reposas,
Ya no florecen más rosas
Debajo de mi balcón!

II

Respeto ofrece mi hogar.
No se abren los miradores:
Y los pobres labradores
Se descubren al pasar.

De noche, el perro del lar,
Lanza en convulsos temblores
Aullidos desgarradores,
Que me hacen sollozar.

Y así vivo, tristemente,
Como un espectro doliente,
Que por una maldición,

Llevará en su negro mal,
Atravesado un puñal,
En medio del corazón!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.



Sensual

Para Arolo.

Llegó la hora propicia para el dulce misterio! Ven á mis brazos, bien-amada!

Ven á mis brazos luciendo tus mejores galas: el suave raso de tu piel desnuda; la sana robustez de tus gallardas curvas; el sublime encanto de tu pudor vencido!

Trae fuego en tus ojos y avidez en tus labios, ó, si lo prefieres, sedienta atracción de abismo en la mirada, y la boca como vivos tizones de aromático sándalo; pero siempre trémula de deseo, desfalleciente de emoción y, como en la primer caricia, curiosa de un placer tan nuevo cuanto gozado, que en sí mismo se renueva infinito é inagotable como oleajes de amargo mar asaltando paradisíacas playas!

En el sacrificio del amor sincero se dilatan y extinguen en la dicha todas las amarguras, y llaman á las puertas de la existencia los tristes náufragos de la nada insondable.

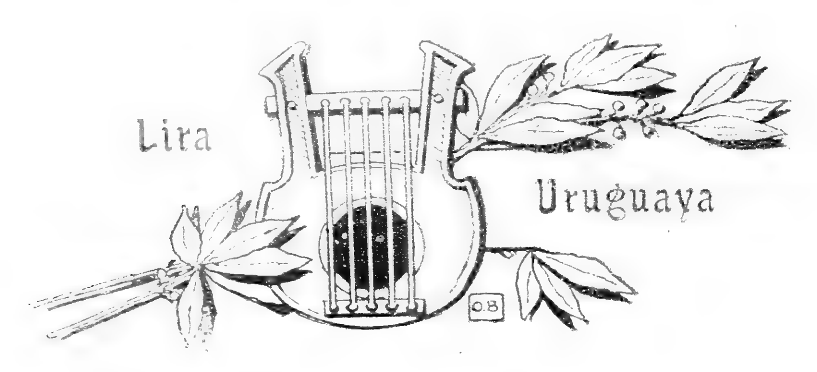
Dame el excelso goce del enigma! ¡Haz vibrar en mis ojos íntima luz punzándolos con la roja, eréctil cresta de tus senos, provocativa en la amante refriega, y deslízala después hasta mis labios para saborear el torrente ideal de tu sangre increada, antes que me la robe la raza de héroes que fundirá mi idolatría en tus entrañas!

Ven á mis brazos y robustezca

mí espalda el arco ebúrneo de los tuyos, como amoroso dogal que en un haz de mies fecunda nos convierta; y en los trémulos pétalos de la rosa carnal en que florece tu hermosura, como sublime don, recoge el generoso rocío de la vida.

Sólo la obscuridad limita el goce del inefable don de los sentidos; pero es indispensable y muy honda, impenetrable hasta para los ojos de Dios mismo á fin de que le oculte, cómo el réprobo mortal, burla su condena, sustrayéndole un trozo insuperable de su gloria..

JUSTO LÓPEZ DE GOMARA



Epílogo

Para Arote

Alcoba desvencijada
sin pan, abrigo ni luz:
una joven desdichada
que solloza acongojada
bajo el peso de su cruz.
En su regazo dormita
el hijo de su querer;
oprime su cabecita,
y desvariando medita
en las venturas de ayer.
Surge en su agitada mente
el recuerdo abrumador
de aquel minuto sonriente
en que á su alma inocente
llegó cantando el amor.
Y mientras la tarde en calma
comienza á languidecer,
como solitaria palma
se va doblando su alma
á fuerza de padecer.
En tanto la noche avanza
distendiendo su capuz
como una triste añoranza
va muriendo su esperanza
tal como muere la luz.
Y al pensar con desventura
que ya la dicha pasó,
le parece en su locura
ver la gallarda figura
del hombre que la engañó.
Abatida la cabeza,
mira al niño dormitar;
y así, con ruda fijeza,
va pensando en la tristeza
de su negro despertar...
Gime en la iglesia cercana
con melancólico son
el tañir de la campana,
que llora como una hermana
de su enfermo corazón.
Y en la penumbra doliente
de la estancia á media luz,
meciendo al niño inocente,
solloza calladamente
bajo el peso de su cruz.

JOSÉ VIAÑA.

Opinión sobre "Bajo la careta"

¿Una opinión sobre esa página literaria de Angel C. Miranda? – Hela aquí, en una palabra: ¡admirable!

¿Es moral la obra? – Ante todo; ¿qué se entiende por «moralidad» en literatura? ¿La que hace atrayente y simpático el pecado extendiendo sobre el cuadro una discreta pincelada color rosa, ó la que enseña á conocer la vida exhibiendo la fealdad del vicio para que huyamos de él? — ¿Es la que pinta la verdad desnuda ó la que la viste con vaporosos velos que ponen irisamientos nacarados sobre la carne? Para nosotros, allí donde esté la Verdad estará la Moral: la mistificación y el engaño serán siempre á nuestros ojos inmorales por acusar un origen espúreo.

Si se juzgaran las obras maestras del ingenio humano con el criterio de un puritanismo llevado al último límite, fuera menester hacer un auto de fe con más de una admirable página de Shakespeare y la misma suerte correrían Brantome, Rabelais, La Fontaine, Balzac, Lucrecio, el Renacimiento en masa y los genios más ilustres, en fin, de todas las literaturas.

Habría que renunciar entonces á observar la vida y lo que es peor tendríamos que dejar de ser sinceros. Traficaríamos entonces con la Verdad, pospondríamos á lo fundamental lo accesorio y nos fabricaríamos una moral de pacotilla por no ver el carmín del «falso» rubor coloreando las mejillas de las «demi-vierges» de Marcel Prevost.

¿Sería esta una conducta digna? — ¡Jamás!

Dijo Alarcón en un discurso leído ante la Real Academia Española que la Venus de Médicis está reputada como la más púdica, inmaterial y candorosa creación del arte helénico por lo mismo que su desnudez es absoluta; no se ve en ella á la mujer, sino á la diosa.

Por otra parte, las Venus griegas se exhiben en todos los museos cristianos y pueden verse así mismo en el museo del Vaticano y á nadie se le ocurre mirarlas con ojos de sátiro sino con ojos de artista.

¿Es inmoral la divina desnudez de Friné, y al Areópago que la absolvió en nombre de la eterna Belleza podría censurársele por concupiscente? – No, por Dios. — Si tal sucediera fuera el caso de exclamar con el ilustre autor de «Los Rougon Macquart»: — «es lícito al novelista pintar con todos sus detalles un asesinato pero se excomulgará sin remisión al escritor que describa la unión íntima de dos esposos porque es más edificante el asesinato que el acto de la generación».

A estos extremos nos conduciría la moral ultra puritana con que deliran algunos.

Nosotros, en cambio, le diremos al señor Miranda: — continúe usted su marcha sin mirar hacia atrás, ¿que hay quien grita, que hay quien clama y le amenaza con el fuego eterno?

¡No importa! Prosiga usted el camino emprendido, con la visera bien alta y ostentando sobre su escudo esta frase lapidaria:

El arte por el arte

Que en suma, él es también una religión y una religión las más hermosas.

ODNANREF.





MORENO ALBA

Moreno Alba, el exquisito autor de LUNZOS, publicará en breve un libro de prosa ... intitulado ORO DE SOL. Así nos lo ha manifestado el poeta en carta que nos ha ... recientemente, obsequiándonos á la vez con la poesía DE NOVIA, que hoy publi

On Some Flowers

Al poeta y al amigo Perez y Curis.

A los rojos claveles — que son labios sensuales
Emitiendo las notas — de una ardiente canción,
Adornos de las picas — en luchas inmortales
Que forjaron la aureola — de la Revolución;

A los albos jazmines — que sueñan en misales
Y acompañan á armonios — en férvida oración;
A los lyses que ostentan — orgullos señoriales
Y guardan las sonrisas — pintadas en Trianón;

A las rosas que evocan — visiones juveniles
Con besos é ilusiones — en radiosos abriles;
A los mirtos de Grecia — todos ebrios de luz

A los lotos del Ganges — prefiero las violetas
Cuyas corolas guardan — lágrimas de poetas
¡Y otrora tapizaron — la senda de la Cruz!

JULIO RAÚL MENDILAHARZU.

Evian — les — Banis — 1908.

Versos de armiño

Para mi Viva...

Eres flor, eres angel ó eres lumbre?
De qué país de ensueños has venido
A mitigar mi vieja pesadumbre
Y á revivir mi corazón dormido?

Cuando despiertas, tu candor de niño
Atraviesa mi espíritu como una
Débil ala de armiño.

Flotan sobre mis sueños muchas rosas;
Y emergen las sonrisas de tu cuna
Como si fueran blancas mariposas
Bañándose en la luna.

Dí á tus hermanas frágiles: las flores
El mundo á que has venido
Cantando dichas y sembrando amores.

Díles que hay un lejano
Paraíso escondido.
De donde eres altivo soberano
Y por todos temido.

Cruza sobre la espalda de una nube
La comba azul del cielo.
Y dile á algún querube

De aquellos, tus alegres camaradas
Que vives bajo el dombo de otro cielo.
Dondo te adoran con el mismo celo
Y son blancas también las alboradas.

Dilata tus pupilas. Dile á ellas.
Tus émulos radiantes:
Las estrellas.

Que en tus límpidas noches de alabastro
Velan tu sueño, amantes.
Como á la luz purísima de un astro
Dos tiernos corazones palpitantes.

Y díles que hay un predio en que te asilas
Pletórico de dichas y de amores
Donde al vivo fulgor de tus pupilas
Reviven en los cármenes las flores;
Y en las noches tranquilas.
Misteriosas y bellas
Se duda si son astros tus pupilas
O si son tus pupilas las estrellas.

GUILLERMO LAVADO ISAVA

La Victoria — Venezuela.

(Inédita).

Sobre el sadismo

Tenemos que reconocer que el sadismo no significa de ningún modo la tendencia á producir sufrimiento fuera de los instantes de emoción sexual, y que es una perversión compatible aún con cierto grado elevado de general humanitarismo. Hemos de reconocer también que dentro de la esfera sexual, el sadista no se opone al placer en su víctima, sino que, por el contrario, puede considerar ese placer ajeno como esencial á su personal satisfacción. Hemos de reconocer, por último, que dadas las estrechas relaciones entre sadismo y masoquismo, es más que probable que, en algunos casos, el sadista sea realmente un masoquista disfrazado y disfrute con el sufrimiento de su víctima, porque se identifique con ese sufrimiento.

Pero existe otro grupo de casos, muy importante por cierto, á causa de la luz que viene á arrojar sobre la naturaleza esencial de esos fenómenos, y es aquel donde el pensamiento ó el espectáculo del dolor obra como estimulante sexual, sin que el sujeto se identifique claramente, ya con el que inflige ó ya con el que sufre el dolor. Semejantes casos han sido clasificados algunas veces como sádicos, pero esto es erróneo, pues tales casos pudieran ser perfectamente calificados de masoquistas. El término algolagnia, pudiera acaso ser aplicado á ellos con exactitud, en cuanto revela una relación no diferenciada entre la excitación sexual y el dolor no desenvuelto en una participación activa ó pasiva. Semejantes sentimientos pueden aparecer esporádicamente en personas en quienes no debe decirse que existan perversiones sádicas ó masoquistas, aunque hagan su aparición en individuos de temperamento neurótico. Casanova, en sus *Memorias*, describe un caso de este género que pudo observar durante la tortura y ejecución de Damiens en 1757. He aquí otro pequeño episodio, que puede servir de confirmación de lo que decimos. Cierto individuo, conocido mío, y que no tenía tendencias masoquistas ni sádicas, si bien era un invertido, se encontraba un día sentado á la ventana. De improviso advirtió que una araña subía rápidamente de su escondrijo y que se lanzaba sobre una mosca acabada de caer en la tela. Pues bien, el citado individuo experimentó, presenciando este drama minúsculo, una fuerte erección, circunstancia que jamás le había ocurrido antes en igualdad de condiciones.

A este propósito añadiremos que accidentes de la clase del relato, presenciados en edad temprana, y en circunstancias favorables, pueden ejercer una influencia decisiva sobre su vida sexual. El profesor Tamburini, de Ferrara, registra el caso de un muchacho de once años, que experimentó sus primeras emociones voluptuosas, contemplando en un periódico ilustrado una escena representando un hombre pisoteando á su hija. El citado individuo tenía necesidad de evocar luego esa imagen, ya en la masturbación ó ya en el coito.

Féré nos cita otro caso sumamente instructivo. Se trata de una señora neurótica por herencia, é histérica, la cual experimentó su primera crisis sexual á la edad de trece años, poco después de la

aparición de las reglas, y cuando se hallaba convaleciendo un ataque de corea. Su doncella, una mujer de edad madura, tenía un hijo bastante perdulario, quien, después de haber andado correteando por el mundo varios años, tornó al regazo materno cuando menos se le esperaba. Este nuevo hijo pródigo se presentó á su madre dando muestras de gran desolación. Arrojándose á las plantas de la autora de sus días, empezó á llorar á lágrima viva, y á abrazarse á las rodillas de aquélla, diciendo á grandes gritos que lo perdonara. Esta escena fué presenciada por la muchacha de referencia, determinando en ella una excitación sexual desconocida. Avergonzada y confusa huyó á una habitación próxima; pero como desde allí se continuaban oyendo los sollozos del individuo, la referida joven fué presa de un fuerte orgasmo sexual.

Esta circunstancia causó extraordinaria turbación en la muchacha; turbación que aumentó al comprender que aquel individuo, un ser despreciable y vagabundo, empezaba á ejercer sobre ella invencible atracción física. Poco tiempo después, la joven tuvo un ensueño erótico, durante el cual vió á un hombre abrazándose sollozante á sus rodillas.

Transcurrieron algunos días, volvió á ver al hijo de la camarera, advirtiendo con agradable sorpresa que aquél, no obstante ser un buen mozo, no le causaba ya impresión alguna; que su imagen habíase borrado para siempre de su espíritu. No obstante, la joven siguió teniendo sus sueños lascivos, siempre sobre el mismo asunto: un hombre abrazándole las rodillas, y prorrumpiendo en grandes sollozos.

La joven de que me ocupo sufrió luego, desde sus trece á los veintitrés años, varios desórdenes de carácter más ó menos histérico, y aunque no le era indiferente la idea del matrimonio, rehusó todos los pretendientes, declarando que ningún hombre le interesaba. Apenas cumplidos los veintitrés años, y encontrándose en los Pirineos, hizo una excursión á España con objeto de ver una corrida de toros, espectáculo que no conocía. Las acometidas del toro á los caballos, especialmente cuando eran detenidas súbitamente, la excitaban mucho. Lo curioso del caso es que ninguno de los espectadores ó de los toreros la interesaban; su imaginación estaba libre de figura masculina. Sin embargo, aquella mujer gozaba sexualmente en tales momentos, presentándose el derrame á la cuarta ó quinta acometida del toro.

Esta señorita, aunque abominando del espectáculo, que califica de bárbaro, no perdió desde entonces cuantas ocasiones se le presentaron para ver corridas de toros. En todas ellas se repitió el mismo fenómeno sexual. También solía tener derrames durante el sueño, cuando soñaba con las escenas de la plaza de toros. Más tarde empezó á aficionarse á las carreras de caballos, por haber descubierto que la producían el mismo efecto, sobre todo cuando ocurrían caídas. Pues bien, esta mujer contrajo matrimonio á poco, dándose el caso que no experimentara placer alguno en el coito marital, y sí cuando presenciaba dichas escenas taurinas ó hípicas, ó durante el sueño.

Como evidencia el caso anterior, los caballos, especialmente los

caballos en carrera, ó trabajando, estimulan á veces, como el espectáculo del dolor, las emociones sexuales. Un comunicante, médico de Nueva-Zelanda, me habla á este propósito de un cliente suyo, joven de veintiséis años, enfermizo, y que jamás se había masturbado ó tenido contacto con mujeres. El mencionado joven, cuya habitación daba al patio de una cuadra, soñaba todas las noches que perseguía al caballo más hermoso de la misma, un hermoso ejemplar, negro como la noche, y la captura del animal iba seguida de una emisión seminal abundantísima por parte del capturador. Esta anormalidad desapareció con un tratamiento tónico y paseos por el campo. Feré habla de un muchacho, neurótico por herencia, que sufría emisiones siempre que veía trabajar penosamente á un caballo.

HAVELOCK ELLIS.

Prosas Americanas

Entre los libros que llegan á mis manos hay muchos que de América proceden. No sé por qué los escritores españoles, con increible apatía, rara vez otorgan atención á las producciones literarias de aquel país, á menos que los autores de ellas, abandonando su patria, vengan á la nuestra y aquí se abran camino luchando bravamente. De este modo, lejos de fomentar el movimiento de aproximación que con el hermoso país americano debiera sostenerse, nos encogemos de hombros, sin comprender que ellos, los escritores americanos y el público de América en general, procediendo en reciprocidad justificadísima, acabarán por hacer lo mismo...

Claro está que en América — como en todas partes — se produce mucho malo; pero también ven la luz muy estimables producciones, que no merecen quedar desconocidas para los lectores de aquende los mares. A estas últimas pertenecen las que muévenme á escribir las presentes líneas.

Figura, en primer término, una novela titulada *La reina*. Su autor, José Escofet, á juzgar por el asunto de la obra, es español — catalán, por más señas; — pero como el libro está editado en Méjico, y allá vive Escofet, téngolo por americano á los efectos de la información presente. No conozco de Escofet más obra que esta; más ella sola basta para acreditarle de novelador, excepcional. Describe la vida barcelonesa con acierto equiparable al de los grandes maestros del género, y logra emocionar hondamente con el relato del drama que envuelve la narración, drama humano, intenso, interesantísimo, en el que destaca con extraordinardinario relieve la figura de Remedios, la protagonista, mujer de temperamento esforzado, que antes de caer en el fango, empujada por la fatalidad implacable, muere... *La reina* merecería un largo artículo; basten las líneas que anteceden para hacer constar la grata impresión que produce su lectura.

Manuel Pérez y Curis — el director de la lindísima revista *Apolo*, que vé la luz en Montevideo — es un excelente poeta, que alguna vez tiene la feliz humorada de escribir en prosa. El ilustre *Fernanflor* dijo en cierta ocasión solemne que el medio más eficaz para ser buen prosista es haber hecho versos previamente. Dicho se está cuán galano será el ropaje literario en que se envuelven los cuentos que con el título *Rosa ignea* ha lanzado en segunda edición recientemente Pérez y Curis. Y en cuanto al fondo de estas novelas cortas baste decir que cada una de ellas contiene lo que debe apetecerse en esta clase de producciones: una honda sensación emotiva.

Deliciosamente frívolos — con la frivolidad amable de una figulina de Sévres — son los *Cuentos frágiles* que en Nueva York ha publicado Fabio Fiallo. Un volumen encantador, en el que no se sabe qué admirar más, si los primeros editoriales que lo exornan, ó la sugestiva lectura de sus páginas.

Y cierran la serie de esta rapidísima reseña Tulio M. Cestero, con sus poemas en prosa *Sangre de primavera*, en los que refleja su espíritu de luchador idealista — tal vez demasiado cerebral, como gran parte de los escritores americanos contemporáneos, - y Perfecto López Campaña, autor de *Fanfarria de prejuicios*, colección de prosas, en la que resalta vigorosamente la novela *Ruperto Liebe*, reveladora de un sólido temperamento de artista.

Todos ellos son jóvenes, animosos; las obras que llevan producidas son nuncio venturoso de otras aún mejores. Esperémoslas.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA.

Del *Heraldo de Madrid*,

12 de Octubre de 1908.

Aguila pensadora

Para Apolo.

A Vargas Vila.

Un águila? Eso fuí! Crucé los cielos,
busqué una presa y la encontré desnuda
en la ruín Sociedad, y desgarréla
en los picachos de mi peña abrupta.

Devorándola á solas, siempre quise
que hasta ella descendiera mi amargura
en forma de desprecio, y sus dolores
nunca tuvieran lenitivo, nunca!

Miré abajo y la Tierra estaba negra,
la ocultaban, cual nubes, mil infamias,
ingratitudes, crímenes... El viento
que soplaba era un viento de borrasca.

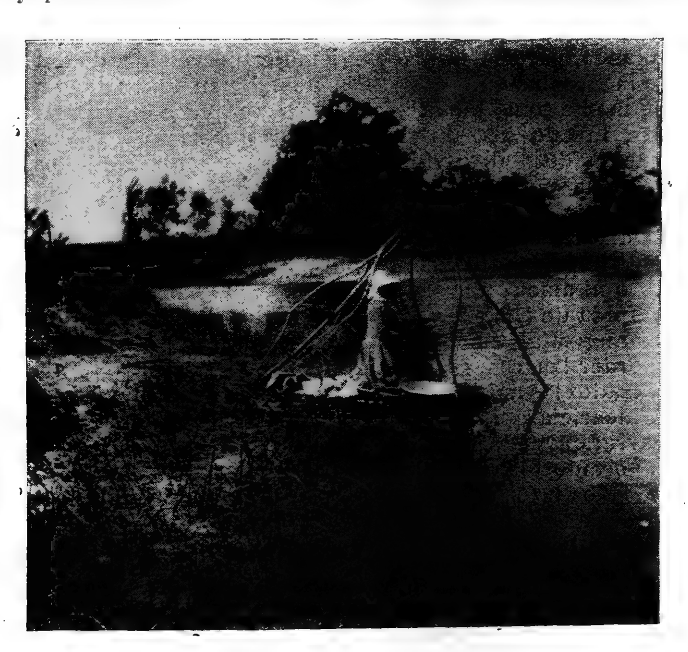
Tendí luego mi vuelo majestuoso
para no presenciar miseria tanta...
Del fango de esta vida miserable
nadie está limpio ya, sino las águilas!

Después quise dormir. Perdoné ofensas,
viendo del mundo vil las asechanzas;
y por no castigar á los ingratos,
guardé mi noble pico entre mis alas.

Y pensé: ¿No habrá alguno entre estos necios
que no se halle al alcance de mis garras?
Pretendieron herirme, pero en vano:
¡en mi altivez yo llevo mi coraza!

Guayaquil.

Manuel RODRÍGUEZ TOVAR.



De un misterio

Para Apolo.

De sus galas nupciales ataviada,
Con su veste brocada, de áureo brillo,
A la cripta del gótico castillo
Elena de Agramunt baja callada.

De un misterio profundo enamorada,
Salva, en breve, los hierros del rastrillo
Y la estatua yacente de un sencillo
Sarcófago contempla extasïada.

Del adusto panteón de sus mayores
Sepulcral el silencio no la arredra;
La marmórea escultura, sin temores,
Ciñen sus brazos como amante hiedra,
Y al beso con que ofrenda sus amores
Otro beso de amor vuelve la piedra.

Adriano M. AGUIAR.

Marzo — 1905.

La revelación

Para Apolo.

A la luz mortecina de una lámpara, Armando Roubal, sentado en un taburete de pino, con los codos apoyados en la mesa de dibujo y la cabeza descansando entre las manos; con el cabello enmarañado y el rostro surcado por lágrimas que rodaron veloces por sus demacradas mejillas: inmóvil como una de las tantas *maquettes* que se hallaban en el taller, con su guarda polvo blanco, parecía la imagen viva de la Desolación.

En su mente se agitaban ideas confusas, indefinidas. – Por su imaginación desfilaban visiones extrañas y su pensamiento recorría en vertiginosa carrera los pasados días de su vida, — una existencia ímproba, sin ternuras, sin cariño ni amor; una serie no interrumpida de tristezas, de incesantes angustias que habíanle hecho perder las esperanzas de ver realizados los más caros sueños que acariciara al principio de su carrera artística, á la que habia aportado todas sus energías, todos los bríos de su juventud, marchita ya por los constantes desengaños, como flor arrancada antes de abrir su corola y de sentir las caricias amables del sol.

Nunca pudo creer que después de haber dado en holocausto del arte, la savia de su vida vigorosa, pudiera aquel, herirle tan cruelmente, sin compasión alguna, con ensañamiento feroz...

—

Fué una de esas revelaciones terribles, — brutal por lo inesperada, – que paralizan todos los miembros. A Armando le surtió el efecto de un golpe rudo asestado traidoramente en el cráneo; un golpe que vuelve loco ó aniquila aún á los mejor templados para soportar los choques recios del destino.

En una carta voluminosa y cuidadosamente lacrada, dejada para él por una tía que había fallecido meses antes, se le revelaba el proceder de su madre mujer pervertida, de esas que lo abandonan todo: hogar, familia y honor, para entregarse al primero que se presente con los bolsillos repletos de billetes y deslumbrarse á sí mismas con un lujo culpable, con resplandores de infamia.

Aquel pliego le había robado la calma, ahuyentando la tranquilidad que hasta entonces había disfrutado, dedicado por completo al estudio y al trabajo fecundo, acariciando ensueños de gloria más ó menos lejana.

Pero todas sus ilusiones, todas sus esperanzas se derrumbaban ante aquella funesta revelación.

Es decir que su madre había sido una mujer liviana, una de las tantas que, por disfrutar á sus anchas y sin trabas de una vida tristemente miserable, se entregan al primero que quiera recogerla en sus brazos y comprar sus besos impúdicos sacrificándolo todo, hasta el amor de un hijo, el cariño de su esposo y quizá la vida de ambos...

¿Para qué, con qué objeto hacerle conocer tal secreto que él hubiera deseado ignorar?

Una duda le asaltaba; ¿no se-

ría una vil calumnia fraguada por odio de familia?

Pero este nombre que mencionaba la carta: Irene Rigermont ¿le era desconocido, acaso; sería, efectivamente, su madre? El documento decía claramente que su madre lo usaba ocultando así el propio. - Y Armando recordaba á su maestro, quien le había hablado con demasiada frecuencia, de la mujer que lo llevaba, una hermosa pecadora, célebre, que allá en Madrid se prestó á servirle de modelo, á una de las obras que le dieron fama: « Impúdica ».

La escultura aquella, completamente desnuda mostrando sus formas armoniosas, impecables, con unos senos soberbiamente incitantes y una sonrisa lasciva en sus labios perversos, era una obra de soberano realismo y de belleza ideal. -- Roubal estaba enamorado de aquella escultura genial y la tenía en un ángulo del taller, ocultándola á las miradas profanas con un manto de terciopelo violeta. Su maestro se la había regalado á él, su último discípulo. cuando se retiraba á descansar los pocos años que le quedaban de vida, ¡ si es posible que un artista descanse! Y recordando todo esto, Armando se irguió con un gesto de histérico y los ojos salidos de las órbitas...

—

Corrió hacia la escultura y tiró del manto que la cubría. Por sus labios vagaba una sonrisa cruel. Rechinaban sus dientes; las manos temblorosas y crispadas,el cabello y el bigote erizados le daban el aspecto de un loco furioso. Y la estatua divinamente hermosa le sonreía provocativa, como acostumbrada á dormir, cual si estuviera convencida del poder de sus encantos de mármol, y sus labios fríos, hastiados de besos, admirablemente perversos parecían desafiarlo, burlándose descaradamente de su dolor y desesperación.

Armando no pudo resistir ante aquella burla, más tiempo. Con un movimiento rápido,cogió una pesada maza de hierro cuyos golpes reducirían á polvo al granito. — La hizo describir un arco sobre su cabeza.

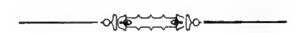
Un instante y el hierro caería sobre el busto destruyéndolo. — La estatua bellamente atrevida continuó burlándose de aquel gesto brutal. La maza cayó sobre el pavimento arrojada con desprecio por Roubal que se dejó caer sobre un viejo diván murmurando con voz de llanto:

— ¿Qué iba á hacer? Acaso puedo yo destruír una obra que no me pertenece á mí, que es de la posteridad, por escrúpulos y prejuicios vulgares...

¡Necio de mí! Esa escultura genial, sea ó no mi deshonra, hará inmortal á su autor.

— Y á ti! — parecían decirle los angelitos de yeso que colgaban del techo del taller, tendiéndole sus manecitas, sonriéndole afablemente, como si ellos comprendieran la revelación inefable del artista.

Roberto R. GARD.



Por jardines ajenos

Ideas y Sentimientos

A José Enrique Rodó.

Vuelvo á abrir el libro que tantas veces me deleitara el espíritu y me interrumpen gratamente los acordes de una bandurria que melodiza en la calleja.

Serena y azul es la noche. La brísa primaveral trae á mi alcoba, con la dulzura de aquellos acordes, el perfume de los rosales y los naranjos en flor, que se difunde en la atmósfera como la evanescencia de un florón que fuera un ánfora hermética destrozada por nerviosas manos.

Dejo un instante el libro y evoco lejanos dias de ensueños y holgorios: toda esa fiesta efímera que acompaña á la adolescencia ávida de exteriorizar sus sentimientos sin temor á lo porvenir.

La música ejerce en mi ánimo una influencia absoluta de melancolía y de tristeza. Por eso, en el silencio claustral de mi gabinete oreado por un vientecillo de paz y de amor que musita bienestares, mi alma sentimentaliza los recuerdos, y, olvidando las viejas lecturas que otrora fueron su placer más favorito, se da toda entera, como una mujer enamorada bajo la obsesión de unos labios febricitantes, á la gama que afuera se expande y estremece. Y se dan también á ella mi corazón y mi voluntad: esclavos inconscientes del Alma-Harmonía que,merced á los aires, entra por mi ventana é irrumpe en mi soledad...

Luego, cuando la música se ha extinguido en la distancia, el encanto se desvanece. Un beso de mi compañera preside mi nuevo estado de alma y otra vez las poesías de tu libro, oh, soñador hermano, arrullan á mi espíritu consagrado á ti, lejos de los rumores del bulevar alegre...

Y otra vez medito sobre esas páginas calmas donde el dolor no ha posado sus garras sangrientas ni el pesimismo ha volcado su cáliz de veneno. Porque tu poesía que sugiere y deleita, también conmueve, pero no lanza sollozos ni los provoca como la musa de Heine, como el alma de Alfredo de Musset...

PÉREZ Y CURIS.

Noviembre 1908.

Tarde Marina

Para Apolo.

Al claro atardecer parte la barca,
un suave noroeste infla su vela;
á sus costados la onda azul se enarca
i á flor de espuma se desliza i vuela.

Con su florida barba de patriarca
un viejo en el timón raya la estela:
su vista fija el horizonte abarca
mientras el cuerno de la luna riela.

Perfume de algas en el aire flota
i en un celaje pálido que avanza
la Venus vesperal pone su nota.

... Y la barca va lejos de la orilla.
Pone el viejo en la estrella su esperanza,
i su esperanza como estrella brilla.

A. BÓRQUEZ SOLAR.

Santiago de Chile.



Playa Ramírez — Montevideo

Himno de las ruedas

Para Apolo

Para el alma — lira de Federico Uhrbach.

Dilúyense en las auras aromas de violetas
y el Sol pone en las fuentes nenúfares de fuego;
desciende de las abras el rústico labriego,
y cantan sus estrofas de vida las carretas.
Parece que anunciaran sus triunfos á las metas
del plácido cortijo que es urna de sosiego;
simulan epinicios, ó bien un largo ruego
que llevan á otros campos las brisas indiscretas.
Ya bajan de los montes cantando por los flancos,
y tejen con sus notas la urdimbre de las arias
que saben las campiñas, las cumbres y barrancos.
Sepulta el Sol su disco allá en el bosque verde,
inciensan á la noche las rosas y las guarias
y el himno de las ruedas prolóngase ... y se pierde.

Lisímaco CHAVARRÍA.

San José de Costa Rica.

Breviario epistolar

MORENO ALBA — *Barranquilla* (*Colombia*). — Gracias, por el amable envío. Pronto irá carta mía.

LISÍMACO CHAVARRÍA — *San José* (*Costa Rica*. — Las composiciones que se envíen á APOLO han de ser inéditas; de lo contrario no las publicaré. Le hago esta observación porque me ha sucedido de publicar poesías suyas aparecidas ya en «El Cojo Ilustrado» y en «Páginas Ilustradas», no obstante habérmelas enviado usted, indicando: *expresamente para* APOLO.

Las transcripciones son hechas á mi elección, pero entonces no doy como inédito lo publicado en otras revistas del continente.

JULIO RAUL MENDILAHARZU — *Madrid*. — Recibí carta y colaboración. ¿Dónde debo enviarle la correspondencia?

LUIS TABLANCA — *Ocaña* (*Colombia*). — Lo demás en el próximo número. Gracias, por todo.

ALBERTO SÁNCHEZ — *Bogotá*. — Va carta certificada. Espero lo que me prometió de Guillermo Valencia.

PALAS ATENEA. — Es verdad; mi poesía PASIONAL, publicada en Julio de 1907 en esta revista, comienza con esta estrofa:

Yo no te quiero desdeñosa y fría
Como la muerte, destruyendo amores:
Quiero que en ti perdure la ardentía
De un rosal de oro reventando en flores.
¡Quiero que llores!

PÉREZ Y CURIS.



Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

La oficina de información del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia nos ha hecho, y lo agradecemos, el siguiente envío:

TRATADO SOBRE LÍMITES Y LIBRE NAVEGACIÓN Y CONVENIO SOBRE «MODUS VIVENDI» EN EL RÍO PUTUMAYO ENTRE LAS REPÚBLICAS DE COLOMBIA Y DEL BRASIL;

LA ILUSTRACIÓN. — Revista de arte que dirigen los señores Rafael Espinosa Guzmán y Jorge Reinales, serie 1.ª, número 1.º;

REVISTA DE LA PAZ. — redactada por los señores Jorge Reinales y Manuel Torres Rodríguez, número 12;

EL GENERAL RAFAEL REYES Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO EN BOGOTÁ, número único repleto de fotograbados, publicado el 24 de Octubre de 1907;

BOLETÍN DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, números 10 y 11 correspondientes á Junio y Julio de 1908.

LEYENDAS Y NOTAS HISTÓRICAS, *por Herminia Gómez Jaime de Abadía*, 1 volumen de 200 páginas, editado en Bogotá en 1907.

—

PENSAMIENTOS, *por María Luisa — Buenos Aires*. — Todo blanco y lujosamente impreso ha llegado á nosotros este libro del que es autora la señorita María Luisa. Como su título lo indica, es una recopilación de pensamientos originales, algunos de ellos tan acertados que nos han hecho meditar profundamente. Su autora demuestra que sabe pensar con bastante discreción y que está dotada de esa delicadeza innata en el artista de corazón.

Vaya nuestro aplauso á la gentil escritora. — *Flor del Lacio*.

RUMBO AL SOL, *por Andrés T. Gomensoro*. — Hemos recibido este elegante volumen impreso con mucho gusto en los reputados talleres «El Arte». En nuestro próximo número, uno de nuestros redactores se ocupará extensamente de él.

Nuevos libros recibidos

En el próximo número nos ocuparemos con detención del libro GRECIA, que acaba de enviarnos su autor, el exquisito Gómez Carrillo.

Lo mismo decimos con respecto de LA NOVELA DE MI AMIGO, original del conocido escritor español Gabriel Miró.

Breviario epistolar

Moreno Alba—*Barranquilla* (*Colombia*). —Gracias, por el amable envío. Pronto irá carta mía.

Lisímaco Chavarría — *San José* (*Costa Rica*. — Las composiciones que se envíen á Apolo han de ser inéditas; de lo contrario no las publicaré. Le hago esta observación porque me ha sucedido de publicar poesías suyas aparecidas ya en «El Cojo Ilustrado» y en «Páginas Ilustradas», no obstante habérmelas enviado usted, indicando: *expresamente para* Apolo.

Las transcripciones son hechas á mi elección, pero entonces no doy como inédito lo publicado en otras revistas del continente.

Julio Raul Mendilaharzu — *Madrid*.— Recibí carta y colaboración. ¿Dónde debo enviarle la correspondencia?

Luis Tablanca — *Ocaña* (*Colombia*). — Lo demás en el próximo número. Gracias, por todo.

Alberto Sánchez — *Bogotá*. — Va carta certificada. Espero lo que me prometió de Guillermo Valencia.

Palas Atenea. — Es verdad; mi poesía Pasional, publicada en Julio de 1907 en esta revista, comienza con esta estrofa:

Yo no te quiero desdeñosa y fría
Como la muerte, destruyendo amores:
Quiero que en ti perdure la ardentía
De un rosal de oro reventando en flores.
¡Quiero que llores!

PÉREZ Y CURIS.



Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

La oficina de información del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia nos ha hecho, y lo agradecemos, el siguiente envío:

Tratado sobre límites y libre navegación y convenio sobre «modus vivendi» en el río Putumayo entre las repúblicas de Colombia y del Brasil;

La Ilustración. — Revista de arte que dirigen los señores Rafael Espinosa Guzmán y Jorge Reinales, serie 1.ª, número 1.º;

Revista de la Paz. — redactada por los señores Jorge Reinales y Manuel Torres Rodríguez, número 12;

El General Rafael Reyes y el Cuerpo Diplomático en Bogotá, número único repleto de fotograbados, publicado el 21 de Octubre de 1907;

Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores, números 10 y 11 correspondientes á Junio y Julio de 1908.

Leyendas y notas históricas, *por Herminia Gómez Jaime de Abadía*, 1 volumen de 200 páginas, editado en Bogotá en 1907.

—

Pensamientos, *por María Luisa — Buenos Aires*. — Todo blanco y lujosamente impreso ha llegado á nosotros este libro del que es autora la señorita María Luisa. Como su título lo indica, es una recopilación de pensamientos originales, algunos de ellos tan acertados que nos han hecho meditar profundamente. Su autora demuestra que sabe pensar con bastante discreción y que está dotada de esa delicadeza innata en el artista de corazón.

Vaya nuestro aplauso á la gentil escritora. — *Flor del Lacio*.

Rumbo al sol, *por Andrés T. Gomensoro*. — Hemos recibido este elegante volumen impreso con mucho gusto en los reputados talleres «El Arte». En nuestro próximo número, uno de nuestros redactores se ocupará extensamente de él.

Nuevos libros recibidos

En el próximo número nos ocuparemos con detención del libro Grecia, que acaba de enviarnos su autor, el exquisito Gómez Carrillo.

Lo mismo decimos con respecto de La novela de mi amigo, original del conocido escritor español Gabriel Miró.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

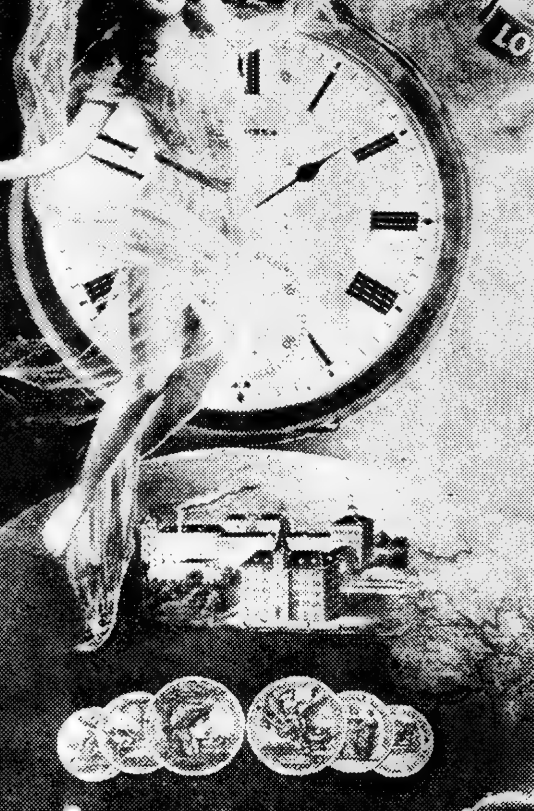
Traje de saco	de	$	10.00	á	$	22.00	
Jacquet	»	»	22.00	»	»	28.00	forro de seda
Smoking	»	»	18.00	»	»	28.00	» » »
Levita.	»	»	30.00	»	»	40.00	» » »
Frac	»	»	30.00	»	»	40.00	» »
Sobretodos	»	»	12.00	»	»	22.00	» »
Pantalones	»	»	2.00	»	»	7.00	
Chalecos fantasía	»	»	1.00	»	»	5.00	

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana.


LONGINES
GRANDS PRIX.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV | Montevideo, Enero de 1909 | N.º 23

Notas sobre política

Los siervos

> **Con este número APOLO entra en el CUARTO AÑO de existencia.**
> **Los juicios que sobre nuestra REVISTA han formulado altísimos intelectuales de Hispancamérica nos eximen de todo comentario acerca de nuestro esfuerzo.**

Hay quien cree todavía en la integridad y nobleza de los vampiros de la diplomacia.

¡Candidez de candideces!

Un diplomático es un liberto que, inútil para la vida práctica y al mismo tiempo refractario á la vida contemplativa y á toda acción personal que no menoscabe su dignidad, dase incondicionalmente al servicio de cualquier causa y obtiene á fuerza de ruegos y genuflexiones el vellocino de oro del presupuesto.

Su categoría de representante de un país, sea éste monárquico ó republicano, niega en él todo principio de integridad y concluye por incluirlo en el rebaño de los *próceres claudicantes*.

Estas manifestaciones también se extienden al agente consular y al empleado de la nación que permanecen en sus puestos cualesquiera que sean las orientaciones de los gobiernos y sus fórmulas políticas; al periodista asalariado que aplaude con igual tesón desde las columnas de su diario la política de todos los Césares y á los autómatas parlamentarios para quienes los actos del gobierno merecen siempre el galardón del aplauso.

Algunos suelen lucirse por su carácter maleable y por el grande empeño que demuestran en agradar á su amo. De ahí las metamórfosis que opéranse á menudo en el mundo político: enemigos recalcitrantes de un mandatario de súbito se convierten en sus más fieles secuaces.

Sé de uno (por él escribo estas líneas) que siempre hablábame con gesto amargo de condenación del inepto catedrático que hoy gobierna este país. Consiguió un consulado y todo su odio de otrora trocóse en cariño y admiración hacia él, hasta el punto de dedi-

carle un largo artículo en el que agotaba el vocabulario de la adulación y el elogio.

Y ese cónsul cayó en ridículo; porque el presidente Williman ni tiene talento ni ha encarrilado al Uruguay en la senda del progreso como aquél se obstinaba en demostrar con ditirámbicas frases.

¡Eh... bueno! El agradecimiento se impuso, y el flamante cónsul quiso demostrarnos sus veleidades literarias haciendo la apología de su amo.

Cipriano Castro

Ha estado en París el sátrapa venezolano. Su ausencia de Venezuela, en el presente momento en que una *élite* de escritores exilados aboga por la supresión del déspota, parece anunciarme la hora del tiranicidio.

¿No habrán animado algún espíritu libre las prosas exaltadas de Vargas Vila, de Pedro César Dominici, de Jacinto López y de César Zumeta?

¿Volverá Cipriano Castro á ensangrentar con sus garras el alma de Venezuela?

Quiero creer que no. Surgirá un brazo libertador que le pondrá una barrera entre Europa y América. Esperemos.

PÉREZ Y CURIS.

Diciembre 15 — 1908.



ESTANCIA URUGUAYA

Las ignoradas

Cerro Santa Lucía

Para Apolo.

I

Cubriendo peñascos enormes i grises,
al borde del cerro colgaban tapices
de leves, lijeros rosales en flor;
la red delicada del suelto ramaje,
sutil i flotante, formaba un encaje
de rosas nevadas i oscuro verdor.

Al sol matutino, de lo alto, prendidas,
bajaban cubriendo, las ramas floridas,
la parte del cerro cortada en talud,
i hacían con sombras i luz arabescos
si por sus dibujos livianos i frescos,
pasaba una brisa del norte o del sud.

Al soplo errabundo, fugaz del estío,
sus lágrimas tenues dejaba el rocío
correr por el tallo, la fibra o raíz;
algunas brillaban, caían al suelo
teñidas de rosa, de púrpura o cielo,
envueltas en iris de vario matiz.

Pero otras, como esas tan leves i puras,
corrían lijeras por guías oscuras,
perdiéndose al fondo del blanco rosal.
De aquella ondulante cortina de flores
caían rodando, sin luz, ni colores,
al légamo oculto, sombrío, letal.

El mismo risueño capricho del viento
que hizo al ramaje temblar un momento
i dar un murmullo de vaga fluidez,
rasgó la pureza sutil del rocío
cerniéndola en gotas, ya al sol del estío,
ya sobre la negra, la húmeda hez!

II

Así, cada vez que algún soplo impregnado
De fe, de ideal, o de amor ha pasado
moviendo lo humano con voces de augur,
las almas del lado radiante caídas,
se fueron por luces de gloria ceñidas,
orladas de blanco, de grana o de azur.

Mas; cuántas como esas tan grandes i puras,
rodaron secretas, calladas, oscuras,
¡oh, cuántas no fueron al lodo a caer!
Allí para siempre quedaron perdidas
i nunca un matiz de las otras caídas
al sol de la gloria, pudieron tener!

Cayeron al soplo del aura ondulante
que hizo a lo humano vibrar un instante,
cual lágrimas puras de fe o de pasión:
las unas al día, de cielo irisadas,
las otras al fondo sin luz, ignoradas,
como esas que ruedan sobre el corazón...

III

Vosotras, mis Rimas, ardientes: piadosas,
que amáis a quien va sobre espinas o rosas
buscando la sombra que cierne el laurel,
moved vuestras plantas, alíjeras Rimas,
cruzad las llanuras, las cumbres, las simas
en suelto, lijero, sonoro tropel.

Romped el azul de la bruma distante,
buscad con mirada vivaz, anhelante,
las flores más blancas de todo el confín;
cargad vuestros brazos de tiernos albores,
con todos los frescos, los níveos colores
del lirio, la rosa, la dalia, el jazmín.

Y luego esas flores cerned sobre aquellas
incógnitas almas perdidas sin huellas,
sin dar una chispa de luz inmortal.
Abrid vuestros brazos, verted en lo hondo
del lóbrego olvido, allá, sobre el fondo,
cual rayos gloriosos, la lluvia floral.

Cubrid de perfumes el negro vacío
donde ellas se hundieron heladas de frío
i yacen cubiertas de inmenso capuz;
cubridlo, mis Rimas, con mano expiatoria:
¡tan pura es un alma caída sin gloria,
cual lo es una lágrima caída sin luz!

Miguel Luis ROCUANT.

Santiago de Chile.

Descredo de Arte

Para Apolo.

(Damos á continuación el prólogo que llevará el folleto « Bajo la careta », de nuestro colaborador Angel C. Miranda, que contendrá su cuento del mismo título aparecido en esta Revista y que el conocido escritor «Fénix» motejó de ultra naturalista y casi pornográfico).

Si para mí el Arte pudiese divinizarse como el Dios de una religión cualquiera, yo tendría también mi credo . . . Creo en el Arte, todopoderoso, creador de lo bello, de lo grande y de lo justo . . . Después seguirían las demás frases de orden.

Pero, en arte, yo no tengo ritual. Mi culto es sin brevario, y, por lo tanto, sin oraciones. Frente á su ara yo no silabeo más que alguna que otra frase de admiración, con algo de encanto y de éxtasis.

En literatura, pues, no soy adepto de ninguna escuela. Cuando leía libros, — puesto que hoy sólo leo á la vida, — leía diversos autores y de distintos géneros. Al escribir, lo hago también así, libremente, sin más preocupación que reflejar el caso que estudio, desarrollo y analizo en el papel.

Ni en ideas, ni en escuela literaria, soy sectario. Soy, sí, un cerebral autónomo, independiente, que ha pospuesto todos los pensares ajenos á su modo de observar y juzgar las cosas de la vida que pasa. Por eso creo que no se me puede apreciar para un trabajo literario aislado del conjunto de mi labor.

¿Es lícito ésto? ¿Es normal, es justo, es propio de un ente humano, por más intelectual que sea, frente á las relatividades de la vida? Nunca me he detenido á pensarlo y menos voy á hacerlo ahora, después del difícil y árido camino recorrido.

En cuestiones intelectuales soy un tanto orgulloso y jamás me preocupa el vocerío del vecindario. La suerte está echada hace tiempo. ¿Pasaré el puente? . . .

Por lo demás, soy un cultor austero del arte. Y es á mí que el viejo trovador de todas las orientaciones mentales, el cronista « Fénix », del diario *El Siglo*, ha venido á llamar escritor ultra naturalista, casi pornográfico ó para hombres solos? En verdad que la ironía es cruel.

Sin embargo, mi cuento «Bajo la careta» es un trabajo literario decente, como todos los míos. Julia, desnuda, es un hermoso símbolo de la belleza femenina en todo su esplendor. Si mi pluma se especializó en describir aquel cuerpo sin velos, fué sólo por cantarlo y sin ningún pensamiento pernicioso, puesto que yo, como escritor, no soy ningún atacado de morbosidades sensuales y tampoco pretendo halagar los sexualismos enfermizos de nadie.

¿Quiere saber quien me sirvió de modelo para la descripción de ese desnudo? Pues, una pobre jovencita, suicida del fuego, á la que cumpliendo un deber periodístico ví curar sobre la mesa de un hospital, con parte de su espléndido cuerpo devorado por las llamas. Más tarde, interesado por aquella existencia tronchada á los quince años, supe por la joven misma la historia de su caída en

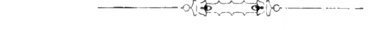
el vicio y el motivo de su horrible resolución, todo lo cual, variado un poco, me sirvió para escribir la producción literaria que defiendo.

Pero, todo es real. Existió en su vida la mujer infame que la engañó y la vendió á la mejor oferta: se realizó aquella fiesta del día de su caída; tuvo, entre los brazos de su primer poseedor, aquella irónica explosión de su carne joven Hasta durante la visita que la hice en el hospital, sencillamente, como ella podía, me expresó el vacío selecto de su alma sin fe en nada de los hombres, constatando con su vida la ineficacia de las leyes y de las religiones, de los códigos y de la cruz, para evitar la fuerza y el avance del mal.

Con estas reflexiones termino mi cuento. Si así fué todo, yo no soy culpable de que á unos les parezca bueno y á otros malo. Como escritor de las cosas de la vida, he presentado una de sus múltiples y variadas fases.

Angel C. MIRANDA.

Cuarto, Diciembre 13 de 1908.



Rufino Blanco Fombona



Es uno de los escritores venezolanos que, como Dominici, Díaz Rodríguez y Zumeta, representa lo más alto de la intelectualidad de su país. Sus libros «Cuentos Americanos» y «Pequeña Opera Lírica», (prosa y verso, respectivamente), son un bello conjunto de creaciones originales que consagraron á su autor en Europa y América.

De un libro en prensa:
Las nuevas tendencias literarias

El «modernismo» en España

A raíz de la muerte del decadentismo, que llegó á España con gran atraso, después de haber dado la vuelta á la América latina, quedó en la literatura castellana un grupo neutro que supo escapar al naufragio, dando á su desorientación una forma cautivante. De las particularidades de las antiguas escuelas había conservado la meticulosidad, el rebuscamiento de la línea y cierto prurito jactancioso de denigrar el pasado y creer que todo estaba por hacer. Pero á esas supervivencias atenuadas de la corriente artificialista, unía una clara visión de las cosas, un amor profundo de la belleza y una admirable libertad de espíritu. Eran almas jóvenes que se mantenían al margen de la vida, esclavas de un desgraciado prejuicio inicial. Pero las excentricidades, cada vez más tímidas y más interminentes, empezaban á perder la forma agresiva. Claro está que toda esa juventud desencantada no se atrevía á quemar los ídolos de ayer. Pero la mayor parte afirmaba, con más ó menos reticencias, su voluntad de pensar de acuerdo con el siglo. Porque aunque todos no comprendían las cosas de la misma manera, y aunque se podía decir que la homogeneidad del grupo residía precisamente en la diversidad, no era difícil descubrir algunos puntos comunes. En conjunto, se trataba de un núcleo impaciente que, después de haberse entregado al preciosismo, descubría la vanidad final de su tentativa y se dispersaba por las laderas de la montaña al azar de la fortuna, sin más lazo de unión que la perplejidad.

Todo ello fué tomando poco á poco un carácter y una forma. La reacción contra el primitivo decadentismo se hizo patente hasta en el nuevo nombre que adoptó el grupo. Decirse «modernistas» era confesar una tendencia á avanzar, á renovar, á caminar hacia el porvenir, mientras que el anterior dictado de decadentes parecía envolver no sé qué idea de cansancio, de resignación y de caída. Además, había una cuestión de número y de popularidad. Los decadentes fueron un grupo hermético y reducido que se dirigió á una pretendida *élite,* mientras que los «modernistas» se multiplicaron y se crearon un público relativamente numeroso. A mayor amplitud de gesto, correspondía mayor amplitud de escena. Por otra parte, el «modernismo» tendía á alejarse cada vez más de su punto inicial. Insensiblemente, como se renueva la piel por asimilaciones y eliminaciones invisibles, se fué modificando la fisonomía de muchos escritores, que pasaron del fingimiento á la casi sinceridad sin darse cuenta de que se habían metamorfoseado; é insensiblemente también fueron siendo

anexados por la opinión al « modernismo » muchos otros que por su origen y por sus características nunca habían soñado fraternizar con él. Así se formó una masa tan considerable como confusa, donde por la misma ausencia de programa cabía todo.

Pero ¿ qué es, en definitiva, el « modernismo » ? De « modernistas » han sido motejados Valle Inclan, Rueda, Carrére, los hermanos Insúa, Jiménez, Martínez Sierra, Machado, Pedro de Répide, López Barbadillo, Villaespesa, Candamo, de Val, González Blanco, Rusiñol, Diez Canedo, Maragall, Benavente, Pérez de Ayala, Marquina, Ramírez Angel y hasta el que escribe estas páginas. Tan profunda resulta la confusión de tendencias y matices, que no parece posible deducir nada concreto. Algunos de estos literatos son simples adoradores de la Naturaleza ; otros blasonan de artífices pacientes y limitados: aquéllos se obstinan en aparecer como diletantes á la antigua usanza, y éstos se confiesan partidarios de un arte social. ¿ Cómo descubrir los lazos que los unen ? ¿Cómo explicar que fraternicen bajo una misma denominación ? Sin embargo, el «modernismo» existe, sino como escuela, por lo menos como grupo. De ello dan fe los artículos de los escritores jóvenes y hasta el catálogo de la librería Pueyo, donde han sido reunidos los nombres más contradictorios. La palabra se ha hecho tan común, que la vemos aplicada á todo : al periodismo como al traje, á la pintura como al sistema de alumbrado, y aunque aquí significa una cosa y allá otra (¿ cómo pueden caber igualmente dentro de un rótulo Nietzche, la mitología, el socialismo y las modas 1830 ?), es innegable que algo coordina interiormente las visibles disonancias.

Quizá ocurre con esta tentativa lo que con el bien público : muchos son los que se dicen partidarios de ella, pero cada cual la entiende á su modo. Sin embargo, vamos á tratar de desentrañar su espíritu.

Lo primero que hallamos dentro es el odio al clasicismo glacial y al romanticismo grandilocuente. Como consecuencia inmediata, vemos asomar un deseo de novedad que ora lleva á los escritores á aceptar las hipótesis y las formas más atrevidas, ora los empuja hacia pasados remotos que por su propia vetustez sorprenden y dan la sensación de lo inédito. Como tercera característica, para completar el triángulo, descubrimos una franca predisposición á aceptar y buscar la influencia francesa. Pero mirándolo bien, estos rasgos comunes son casi exclusivamente negativos, porque ponen en evidencia lo que aquellos escritores combaten, sin especificar lo que persiguen. Hasta cuando se inclinan á adoptar formas nuevas, á rehabilitar el pasado ó á admitir la ayuda de otra nación, no hacen más que dejar constancia de su inquietud, porque ni delimitan cuáles serán los procedimientos renovadores, ni explican dónde reside la novedad del pasado, ni declaran en qué dosis debe ser mezclada la influencia extranjera al alma nacional. De lo cual resulta que lo único definido y tangible que encontramos dentro del modernismo es lo que éste ha conservado del movimiento decadente. Y no lo deci-

mos en son de burla, porque la prolijidad, el amaneramiento y la jactancia de antes se han modificado de tal modo, que hoy pueden pasar como cualidades útiles para contrarrestar el descuido y el sometimiento que caracterizó hasta hace poco á la literatura española.

Si quisiéramos recoger rasgos aislados que sólo existen en algunos escritores, podríamos llevar río arriba el análisis y la definición, pero como lo que sorprendemos en éstos está en contradicción con lo que descubrimos en aquéllos, y como cada cual parece haber realizado lo posible por darse un perfil diferente de los demás, sólo conseguiríamos aumentar la confusión introduciendo componentes puramente personales en una definición común. Después de todo, el modernismo no es quizá más que un movimiento individualista, una coalición momentánea de gentes que abominan lo que existe sin declarar lo que desean y quieren ir á alguna parte, sin saber á dónde. La tendencia natural que nos induce á buscar en la actitud de los otros una excusa á nuestras propias debilidades, hizo que los escritores de este grupo reprocharan á los de la generación anterior la inconsistencia y la abulia que encontramos en ellos mismos. Pero la verdad es que el movimiento, tal y como lo vemos actualmente, significa una protesta, pero no abre una orientación.

Y claro está que si sólo le damos el alcance de una protesta, todos los jóvenes somos modernistas, porque todos deseamos acabar con el tradicionalismo y crear una nueva literatura. En lo que diferimos es en la manera de ver el porvenir.

Por eso cabe declarar que si el empuje no ha sido definido aún, es porque todavía no ha tomado cuerpo. ¿Cómo delimitar los contornos de una aparición insegura y brumosa, que todo lo deja suponer sin afirmar nada?... Es de esperar, sin embargo, que las nuevas generaciones, que como hijas que son de su siglo, tienen una tendencia hacia la exactitud y hacia el método, no prolongarán mucho tiempo esta incertidumbre. El «modernismo», como ciertos grupos electorales sin programa, tiene actualmente la ventaja de que todos puedan identificarlo con lo que apetecen, pero fuerza será decidirse y definirlo al fin.

Manuel Ugarte

LA PARESSE DES COURBES

Le soleil tourne autour du cirque de collines, et dans la pleine oblongue et verte. ainsi cernée, le printemps bleu des saules et roux des peupliers frôle nonchalamment la Seine, ainsi divine.

Je regarde tourner le jour et la rivière : mon âme éprise et lasse etendrait mes paupières verser l'ombre ou le jour en mes yeux. Mais voici que mon âme enchantée ressent la poesie de s'endormir cernée de courbes ainsi saisie !

PAUL FORT.

"Vida"

El dolor de la vida

Para Apolo.

—Si es una de tantas!—Y mientras colocábame el abrigo, ya dispuesto á salir, aquella mujer posó sobre uno de mis hombros su blanca mano cubierta de sortijas. Luego, mirándome con sus ojos diabólicos, en los que parecían chispear iris ardientes, ofrecióme sus labios rojos y sus senos pálidos, á cuya blancura la luz del gas daba tintes de marfil pulido.

—¿Te vas?...—Miré con desdén sus ojos, sus senos que descubría el escote, al mismo tiempo que arrojábale algunos billetes.

Salí.

Sentía allá dentro, en la sala del *Restaurant,* como un vaho espeso y sofocante que enardecíame las sienes y me martirizaba el corazón. Sobre todo, repugnábame aquella mujer con su lúbrico abandono y su risa impúdica que penetraba en mis nervios con la agudeza de una aguja. Y hasta sus gruesos labios rojos, imaginábanseme los bordes de un tajo abierto en la carne viva.

Ya fuera, el aire helado disipó mi tedio. Y en la inmensa libertad de la noche callada, sentíme aliviado como de un gran peso, y respiré con delicia. Oh noche silenciosa, cómo en tus tinieblas sueñan envolverse, cual así en una mortaja de seda, aquellas pobres almas que tan temprano se cansaron de vivir!

La brisa nocturna imprimía en mi frente caricia inmaterial. Y el augusto silencio de las cosas, evocaba en mí recuerdos muy lejanos, voces muy antiguas que decíanme muy dulces palabras, amores muertos que revivían en mi corazón, como esos viejos sarmientos que reverdecen en los estivales días, entre las grietas de una montaña... Oh, noche!...

Un viento frío, cortante como una daga, pasó agitando las ramas. La Alameda extendíase ante mis ojos, como una larga avenida claustral. Y los focos, casi apagados por la niebla, parecían pupilas empañadas por el llanto.

Encendí un pitillo, y á la luz amarilla del fósforo, ví tras de mí, una sombra. Ah! Sombra que me persigues, que nublas mis dichosas horas, que ahuyentas el desfile de mis sueños de gloria! Dime, ¿qué crimen cometieron mis abuelos, que así te presentas, acusadora y muda?...

Pero, no era una sombra. Tras de mí, silenciosa y cabizbaja, estaba la odiada mujer del *Restaurant.*

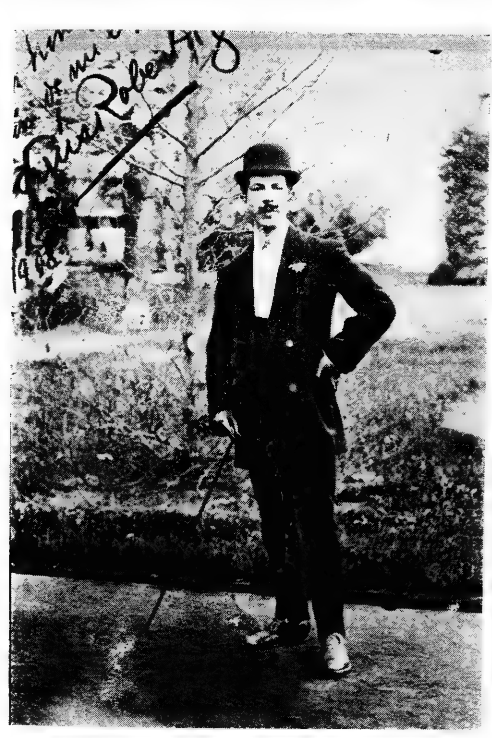
—¡Ah! ¿eres tú?—y detúveme para darle paso. Detúvose también. El viento, al desmelenar sus cabellos, arrancaba á su boca, á sus senos, penetrantes vahos de heliotropo, y alcohol. Me impacienté:

—Anda! ¿Qué esperas?—Viniéronme deseos brutales de rasgarla, de escarnecerla, como á un perro. Todo el odio, todo el desprecio y el rencor humanos parecía acumularse en mí, y estallar sobre aquella carne blan-

ca y prostituída. Luego, recapacité. Toqué sus manos casi heladas, y con voz profunda la interrogué :

— ¿ Qué deseas ? ¿Quieres más dinero? — Y puse en sus manos algunas monedas. Ella, con un gesto suave é imperioso, las rechazó.

—No! Basta! —Luego, con voz suplicante, continuó :



Luis Roberto Boza

—Escúchame... Esperaba que desapareciera tu cólera, para hacerte una súplica...

¡Cosa rara! La voz de aquella mujer, aquel pingajo de carne opulenta que vendíase en el mercado, aplacó por encanto mi cólera, disipando mi incurable huraňez.

— Te suplico quieras acompañarme . . . allá, á mi casa . . .

Volví á irritarme. Miréla con fastidio, con asco después.

— Anda, bestia !

Volvió á suplicarme, y su voz era doliente. Sentí en mi interior profunda piedad por aquella pobre mujer latigueada por el vicio.

— Sea.

Y marchamos. Ibamos juntos, como dos sombras. A lo lejos, mis ojos absortos contemplaban la larga fila de los focos eléctricos, que formaban en el vacío infinitos collares de chispitas de oro, luces simétricas de una procesión litúrgica, en ascensión hacia el cielo, como si las nubes fueran las escalas que soñó Jacob. Luego nos perdimos entre los vericuetos de un camino de suburbio, interminables zig - zages por calles obscuras, iluminadas á largos trazos por algunos mecheros á parafina, cuya luz brillaba sobre el traje de raso viejo de mi acompañante.

Llegamos. Era aquel un callejón obscuro, apestante á estiércol. Sobre la pared, un candíl lagrimeaba esperma sucia.

Nos detuvimos ante una ventanilla cerrada, por cuyas rendijas asomaba una luz opaca y triste. Me tomó la mano, conduciéndome, á un extremo del cuarto. Luego, callada, rompió al fin en sollozos, rasgando ante mis ojos una cortina que ocultaba una segunda habitación :

—Mira... ¡es hijo mío!

Miré. Con asombro, sobre una mesa de pino, ví el cadáver de un niño, ya esquelético. Las pupilas habíanse hundido y mostraban dos cuencas sombrías y profundas. Y sobre la frente angulosa, caían indóciles, como un último resto de belleza, dos guedejas blondas. Y aquel esqueleto, pálidamente alumbrado por dos cirios que chisporroteaban sobre los candelabros de cobre, vestía un rico traje de terciopelo azul, y sus pies calzaban botinas de charol.

Y la mujer, entre ahogados sollozos, decíame:

—No he tenido dinero para comprarle el ataúd de cristal, ni para un nicho... y he ido al mercado, á vender los restos de mi pasada belleza... Oh, si supieras, amigo mío, la angustia que experimenté cuando ví que te alejabas del *Restaurant*, y no quedaba ya nadie que comprara mis caricias! Pero tú eres bueno y con tu dinero compraré á mi hijo un ataúd y un hoyo en el cementerio...

Miré sus sortijas y ví que eran falsas. Miré su traje de seda, y noté su vejez. Y entonces lo comprendí todo... Oh madres! La podredumbre no alcanza á destruir vuestra inefable blancura!

—

Brillaba en aquel callejón un sol amarillo, con tintes de anemia, cuando salí á la compra de la caja mortuoria. Y entre los dos, confundiendo nuestros cabellos, colocamos el cadáver dentro del cajón blanco con tapas de vidrio. Antes de salir, miré el cuarto miserable, de paredes blanqueadas, en cuyas grietas las arañas entretejían sus hamacas de seda. En el medio, tras un marco de terciopelo, vi un retrato. Acerquéme, y contemplé por un momento la arrogante figura de un hombre, en cuyos labios flotaba una sonrisa satisfecha.

Me encojí de hombros. ¡La historia de siempre! La hora de placer furtivo, recayendo como un estigma sobre los hijos inocentes! La tisis, la miseria, la muerte como espectros en el escenario de la vida ¡Y no hay espectadores, sino todos víctimas en esta pantomima humana!

Con la caja en brazos, partimos. Yo mismo, sobre la tierra movediza y arenosa, coloqué una cruz de tablas, y sobre sus brazos escribí un nombre...

Y al separarnos, estrechamos mutuamente nuestras manos frías en silencio.

La niebla volvía aparecer. Del cielo gris cayó una lluvia lenta y fina.

Y en tanto, ambos nos internamos en sendas opuestas; luego miré hacia atrás, y ví á aquella mujer caminar doblegada por la vida, y pensé por un momento, en el enorme, en el monstruoso peso del dolor humano.

Subíme el cuello del abrigo; y, para ahuyentar la pena, silbé una canción.

Luis Roberto BOZA.

(Noviembre de 1908. — Santiago de Chile.)

De Lutecia

Quisiera yo, al hablar de ese admirable espíritu de artista que se llama Pedro César Dominici, tener á mi guisa salud y tiempo para consagrarle un amplio estudio, vedado hoy para mí que, enfermo y misántropo, tengo el ánimo antes propenso á la acerba censura que al entusiasta aplauso. Y sólo entre aplausos puede pronunciarse el nombre de Dominici, que ha encumbrado el prestigio mental de nuestra América, equiparando á los ojos de la crítica el *Dionysos* con la *Afrodita*, esa *Salambó* coetánea.

Paréceme —de tal manera han arraigado en mí la estimación profunda y el admirar devoto— que basta enunciar el nombre de Dominici para que el lector sojuzgado admita sin réplica, antes mejor con adquiescencia, la juzteza del encomio. Porque no es posible concebir que quien ha cincelado las eurítmicas páginas de *El Triunfo del Ideal* y de *La Tristeza Voluptuosa* se haga reo, en materia de arte, de falta ó delito capaces de justificar la censura ó el reproche. Así, *De Lutecia* está en su propio lugar en esa trilogía encantadora, sin nexo aparente con ellas y siendo su lógica continuación, encuadrando de notable manera con *Ideas é Impresiones*, si bien en *De Lutecia* hallamos un encanto indefinible que le asegura sobre su antecesor cierta superioridad.

Estudios literarios, siluetas, notas musicales, impresiones, crítica teatral, crónicas, esbozos de honda crítica literaria: todo eso en adorable mezcla contiene el volumen; en cada nota palpita la profunda unción de un artista y la precisa visión del analizador. Tal conjunción vale decir que ofrece galas al árido raciocinio y contiene el desbordamiento de la fantasía encuadrando uno y otra, sin predominio de ninguno de ellos en un equilibrio absoluto que logra enseñar y cautivar tanto con lo que se dice como por la manera misma en que lo dice.

PEDRO CÉSAR DOMINICI

En el escorzo de « la Influencia de Ibsen » se advierte un cúmulo tal de ciencia y de cultura sin alardes ni empalagosas citas, que bastaría por sí solo para hacer justo cuanto elogio se ha prodigado á la reciente cuanto famosa obra de Dominici. Las cuatro páginas dedicadas á Ibsen, son exponente exactísimo del grado en que Dominici posee una

de las cualidades más envidiables para el escritor moderno: el talento sintético. Expresar en una página, clara y bellamente lo que exigiría á otro un capítulo ó un libro, es un éxito cada vez más valioso, ya que la actividad de la vida moderna lejos de aquietarse, cada vez se acrecienta más. Sobre las bellezas se forma, la novedad, amplitud y nobleza de los pensamientos, resalta en los capítulos *De Lutecia* esa preciada circunstancia. Sintéticos, ponderados, los múltiples estudios que el libro encierra descubren nuevos aspectos en la ajena labor y avaloran la de Dominici en grado sumo.

—

De Lutecia es un libro en que aparece fielmente transcripta la mentalidad parisiense (valga decir la mentalidad europea). Sus páginas son no solamente deliciosas *causeries* para el artista ó el profano, sino que el crítico profesional hallará en ellas orientaciones saludables, puntos de vista nuevos y, en suma, la ratificación de un concepto ya sentado: que es su autor uno de los más aventajados escritores de América, que con Vargas Vila, Gómez Jaime, Díaz Romero, Pichardo, Nervo y Ugarte han logrado despertar las más vivas simpatías de Europa, haciéndolas converger hacia nuestra América, la pujante y gloriosa América latina.

ARTURO DE CARRICARTE.



Psiquis profana

—

(Balada Uruguaya)

Para APOLO.

Esa véz hasta un sitio más lejano
Sus correrías extendió el paisano.

Y una Venus halló, que al aire entrega
Las maravillas de su forma griega.

Para verla mejor, del potro ardiente
La carrera sujeta diestramente;

A cada rasgo, á cada real turgencia
Late su corazón con más violencia.

El sombrero se cala hasta los ojos,
En su morena piel los labios rojos

Llamean de malicia y de contento
Y su melena ondea el manso viento.

Con voz á un tiempo tímida y pausada
«*Diga, niña gentil, no tiene nada*

Para abrigarse en este crudo día?»
Le dice, Venus queda muda y fría.

Él poco á poco su caballo acerca:
«*Sos muy bonita, pero sos muy terca!*»

Agrega; luego con su mano toca
La carne blanca, dura cual la roca...

Entonces sobre el cuerpo albo y desnudo
Piadosamente tiende el poncho rudo.

Y Venus ríe su divina risa
Mientras huye el corcel á toda prisa.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.



Angelus

Para APOLO.

Cuando suena la campana de la torre de la ermita,
y en el aire su cadencia, dilatándose, palpita,
mientras muere en la penumbra la postrera vibración,
en el alma silenciosa mis tristezas se dan cita,
y como aves solitarias atraviesan la infinita
y monótona planicie de mi audaz meditación.

Van sin rumbo, floja el ala, desvariando y sin anhelo
por la sombra entumecida de mi negro desconsuelo
en que no escintilan astros que se expandan en su luz:
acallando sus nostalgias, sin osar mirar al cielo,
cual se sangra las rodillas prosternándose en el suelo
el creyente que se abate para orar ante la cruz.

Y así marchan, taciturnas como el triste peregrino
que atraviesa, ensimismado, por las zarzas del camino,
siempre solo, siempre errante, siempre á fuerza de sentir . . .
reteniendo en la pupila la visión de algo divino,
rumbo al lóbrego misterio que se oculta en el destino,
tras la incierta lontananza del oscuro porvenir.

JOSÉ VIAÑA.

Tempestad

Del libro, no publicado aún, "Cuentos Ingenuos"

Para Apolo

« Voy con María. Espéranos. *Octavio* ».

Octavio R...., el escritor neurótico de palabra helada, era mi amigo de la infancia; y María, su mujer, era mi querida.

Octavio estaba medio loco. Por su modo extraño de sentir y por su modo extraño de adorar la belleza pagana de su esposa.

Un escéptico que creía en todo.

Cuando llegó el exprés y vi á María en un reservado, corrí á saludarlos; pero ella, abriendo la portezuela y separándose para mostrarme el fondo, dijo desoladamente:

Allí venía él.

¡Octavio!

— Muerto; — respondió tan bajo y tan secamente que apenas la oí.

Luego, sin derramar una lágrima, saltó al andén, me suplicó silencio, indicó por señas á un mozo que nos siguiera con el equipaje, entre cuyos objetos reconocí el sombrero de mi amigo, y nos dirigimos al hotel á la carrera del ómnibus.

. . . .

En cuanto estuvimos solos en un gabinete, cuyo balcón daba á la playa, sepultó María la cara entre los brazos y lloró mucho. Yo, abrumado en la butaca, cerca de la suya, lanzaba la vista idiotamente á la inmensa curva donde se unían el mar y el cielo: éste encapotado de gruesas y blancas nubes, aquél tranquilo y de un fuerte azul plomizo, sin un vapor, sin una vela, en su vasta y comba superficie.

No osaba mirarla. ¿Qué cuentas iba á darme aquella histérica de la muerte de su marido?

Al fin pudo hablar y dijo estrechando mi mano entre las suyas, blandas y calientes como las de un niño:

— Cogió tu carta. Tu última carta que yo guardaba en el pecho. Me la cogió dormida... y se mató. Nunca me había amado tanto como en este viaje. Mi amor y la tormenta horrible de esta noche, produjeron en su alma efectos espantosos. ¡Oh era preciso haberle visto!

— ¿Y dónde está? Me atreví á preguntar.

— ¡Allí! — dijo la joven señalando el Océano.

Durante algunos segundos ví los dedos de la pobre mujer temblando sobre el pañolito que llevó á los ojos. Las comisuras de su boca saltaban en nerviosas convulsiones.

Cuando logró serenarse, habló así, con voz cansada, de apacible y grata monotonía:

— Ignoro si influí decisivamente en el destino de Octavio ó si fuí nada más la fútil ocasión del rapto que le arrancó la vida: carga para él, de todo cansado y hasta de sí propio. Tú sabes cómo me quería. Con desesperaciones que me daban miedo, con exaltaciones insensatas. Cuando ayer tomamos el tren estaba alegre, expansivo, contento de vivir, como pocas veces. Nadie debía acompañarnos, él y yo solos, en un reservado. Habló mucho todo el día, y á poder haberse escrito

cuanto me dijo, sería sin duda lo más hermoso de todo lo que jamás pasará por su imaginación. El era feliz, y yo ¿á qué negártelo? contagiada de aquella eterna sonrisa de ventura que jugaba en sus labios, también lo era. ¡También feliz, muy feliz!...

Al anochecer, después que comimos en el *restaurant* de la escción más alta de la cordillera, paseamos un rato. El paisaje solitario é inmenso nos parecía hecho para el éxtasis de nuestra dicha.

Todo nos movía á la ternura. Y como si la máquina, que nos hab a arrastrado á tantos deleites, pudiera entender nuestra gratitud, la miramos juntos, con su negra mole finamente fileteada de reflejos de luna, encendidas ya en sus topes las farolas blanca y roja. Estábamos delante de ella, escondidos del andén por los chorros de vapor de sus grifos, cuyas nubes nos rodearon como en apoteosis de amor, cuando la campana anunció la marcha. No sé por qué me pareció que Octavio, abrazado á mí, hubiera querido permanecer en los rails...

Recuerda que una de sus máximas era ésta: *no se debe morir acosado por la vida, sino despreciándola, en plena felicidad.*

Subimos al reservado. De nuevo el tren empezó á correr en la soledad de las montañas, huyendo por la cinta que cortaba sus laderas. Yo iba junto á la ventanilla, abierta para respirar el fresco, y Octavio á mi lado, rodeándome el cuello con el brazo, murmurando á mi oído, que rozaban sus labios, dulcísimas palabras. La pantalla de la lámpara obscurecía el interior del coche. Estaba la noche espléndida. La luna, que parecía más alta sobre la enorme profundidad del valle, vertía su luz tranquila sobre los pinares de la sierra, y arrojaba sobre los desmontes la sombra del tren, que corría despeñado cuesta abajo.

Sentía la cara de Octavio rozando con la mía en los bamboleos de la marcha. Sus manos acariciaban mi cabello y mi garganta. Perdí la conciencia y no sé cuánto nos duró aquel mareo de ventura; pero creo que más de una vez nos alumbraron las linternas de pequeñas estaciones cruzando á escape, y sólo recuerdo que ya no veía la luna en las sombras del cielo, cuando, al fin, reclinada en el hombro de Octavio, que besaba todavía el cabello de mi frente, me fuí quedando dormida entre la presión suave de sus brazos, llena el alma de celeste paz, sin temores, sin memoria, sin más vida que la de aquel momento y la de aquel estrecho espacio del carruaje, blando, solo, nuestro como un nido del amor, trepidando siempre y envuelto en el estruendo de la carrera del tren por la solitaria noche. . . . .

. . . .

Una luz blanca, intensísima, rápida, que me hirió dormida, me hizo despertar en la obscuridad para escuchar un estrépito formidable.

Es decir, la obscuridad no era á mi alrededor completa; el farolillo del coche, aunque tapado por la pantalla azul, permitía ver las cosas esfumadas. Octavio no estaba junto á mí.

La luz eléctrica de un relámpago volvió á iluminarlo todo. Entonces vi á Octavio al otro extremo, tirado sobre su asiento, con el hermoso cabello negro levantado en rizos por el vendaval y mirando por las abiertas

ventanillas el horror de los cielos... Un nuevo relámpago, tan grande que me hizo exclamar un ¡Dios me valga! dibujó y me mostró en los labios de mi marido una sonrisa diabólica. Sus ojos habían mirado fijamente la nube negra que se rayó de fuego; y cuando un trueno pavoroso estalló seco sobre nuestras mismas cabezas, él, mi Octavio, con una serenidad inconcebible, con una satisfacción parecida á la del escenógrafo que oye los bravos para sus decoraciones, me obligó á ocupar otra ventana, sacó un brazo fuera y dijo:

—¡Esto sí que es grande! ¡Esto es inmenso!

Podría jurar que un rayo cayó sobre los hilos del telégrafo. Temblé. El sonrió otra vez.

—¡Qué hermosa á esta luz! —me dijo, y el trueno ahogó sus palabras.

Caía la lluvia en gotas gruesas como una granizada de balas. El huracán rugía con incesante rabia. El tren, en dirección opuesta al viento, volaba á toda máquina por una curva, silbando y lanzando espumarajos de vapor; de modo tan intenso resplandecían los relámpagos, que pude ver netamente sobre el negro rodaje de la locomotora, la biela y la manibela, limpias y brillantes, moviéndose con el vaivén furioso de los brazos de un loco.

—¡El mar ¡El Océano! —gritó Octavio de improviso, queriendo sobreponer la satánica alegría de su voz al trueno que inundó los espacios.

Y en efecto, otro relámpago habíanos descubierto el mar por entre un desfiladero de rocas. Diríase que la máquina marchaba despeñada hacia él, con su temblorosa cadena de carruajes y sus ruidos de metal.

No sé qué temor me invadió y me estreché á Octavio. Pero al cogerle la mano tropecé con un papel que me hizo retroceder.

Era tu carta. Súbitamente comprendí que su mano, guiada á mi corazón por el cariño, la encontró mientras yo dormía. Y comprendí también con espanto la tempestad que en competencia con la del cielo hubiera provocado en su alma. El terror me helaba.

Al fatídico serpear de una centella que incendió los aires, vi que el tren comenzaba á salvar sobre el mar un ángulo de la costa por un puente colgante. Las olas se estrellaban allá abajo contra las peñas, deshaciéndose en espuma; el huracán, metiéndose en las concavidades de granito, arrancaba un bramido continuo, monótono en sus cambios: las nubes se abrían incesantemente despidiendo fuego sobre el mar, y el trueno retumbaba cada vez más potente, como creciendo en su grandeza. Y el tren, entre la obscuridad y la luz, entre el viento y la lluvia, seguía y seguía, haciendo retemblar la férrea trabazón del puente con su carrera sin freno y sus resoplidos de monstruo, envuelto en lumbre y vapor.

¡Un relámpago!... ¡Otro!... ¡Ah! de pronto ábrese la portezuela, Octavio arrójase por lo alto de la barandilla del puente, y... ¡sí, Dios mío, al tercer relámpago, un momento antes de chocar su cuerpo allá abajo con los escollos y ser arrebatado por las olas, me pareció ver que el insensato sonreía!... ¡Al mar!

Yo caí rodando por la alfombra del reservado...

Felipe TRIGO.

Madrid.

Página artística

Por Guillermo Laborde



Guillermo Laborde es todo un temperamento de artista que se ha revelado recientemente con su Canto á la Primavera, trabajo á pluma de una rara exquisitez, que acusa grandes condiciones para conquistar el triunfo.

¡Lástima que nuestro medio ambiente sea tan hostil á las manifestaciones artísticas!

Pero, ¡no importa! Con perseverancia y voluntad Laborde triunfará.

Retrospectiva

I

Tú sabes que envolvieron mis resabios
En una önda de encendidos goces
Los besos que florecen en tus labios
Y el himno ideal de tus perladas voces.

Tú sabes hoy por qué tremó en tu mano,
Como en un lirio hermético, la mía
Siempre lánguida, y sabes por qué, ufano,
Miré en tus ojos de madona un día.

¿Recuerdas? ¡Cómo palpitaba el domo
Que en tus cabellos el amor presume,
Al suave aliento de una brisa como
Primaveral cuyo era tu perfume!

Tal un patio andaluz tu luminosa
Mansión poblada de claveles era;
Claveles blancos: comunión gloriosa;
Claveles rojos: deslumbrante hoguera.

Bajo el antiguo capitel sembrado
De acantos, una pléyade de egregios
Pájaros de plumaje matizado,
Junto á nos desgranaba sus arpegios;

En tiesto de ocre, y coronando el muro
De tu ventana abierta,
Una gardenia impúber al conjuro
Del sol abría su corola incierta;

Raras evanescencias de celaje
Eran en el azur que parecía
Eco de luz de matinal paisaje
Miosotisado y pleno de harmonía,

Y un pomo de fragancias exquisitas
Se derramaba en el ambiente y era
El divino cauterio de mis cuitas
Evocado otra vez por mi quimera.

Era un día de gracias infinitas,
Y como ahora, me dijiste: ¡espera!

II

¡Oh, mi enlutada de los ojos tiernos!
Era en tu corazón una hoja blanca,
Y lloraron sobre ella mis inviernos
Y mi dolor y mi exigencia franca.

¡Oh, mi enlutada de las frases llenas
De ternura y unción! Era en tu seno
Un columpio de castas azucenas,
Y me incliné sobre él, callado y bueno.

Tu tristeza y la mía eran hermanas;
Tu soberbio carácter era el mío;
Dulces tus confidencias y lejanas . . .
¡Así su arrullo mitigó mi hastío!

. . . .
. . . .

Y nos amamos en silencio en tanto
Yo meditaba, conmovido y grave:
Esta mujer es toda ella un canto;
¿Llegué á su virgen corazón? ¡Quién sabe!

III

¡Quién sabe! . . . No solloces
Que todavía envuelven mis resabios
En una ônda de encendidos goces
Los besos que florecen en tus labios
Y el himno ideal de tus perladas voces.

PÈREZ Y CURIS

Revelación

Para Apolo.

Esa voz poderosa que se anida
en la enorme amplitud de los silencios
habló á mi corazón con la eficacia
que anima la virtud del sortilegio,
en la noche estival, plena de luna,
trémula y delirante de misterio.

Dijo á mi corazón una palabra
y le dió la videncia de los sueños,
y al helado brocal de un hondo abismo
pasó el alma entre vértigos y vértigos
á mirar en un limbo extraterrestre
á mis hermanos, los que no nacieron.

Sus rostros inconscientes sonreían
con sonrisa espectral que infunde miedo,
y sus bocas exangües sin moverse
una frase fantástica dijeron,
una frase que vaga en mis oídos
como roja libélula de fuego
que marcara una senda de torturas
hacia las vaguedades del anhelo.

. . Y fué para mis ojos todo el llanto,
para mi corazón todo el acerbo
dolor de los viacrucis, y las hieles
para mi labio estéril y sediento
El rigor asfixiante del estío
para mí, y el rigor de los inviernos:
las garras traicioneras á mi carne
y sobre mis heridas el veneno, . .

Mas cesaron mis quejas. Desde el limbo
de donde mana en ondas de misterio
la fuente de la vida, vino un astro
á iluminar el torvo pensamiento:
á través del camino, en las angustias
que fatigan mi alma, pasa envuelto
el dolor que la vida preparaba
á mis hermanos, los que no nacieron.

Luis TABLANCA.

Ocaña, Colombia.



Luis Tablanca



A Delmira Agustini

Lucubraciones

. . . Porque el canto de sus elegías es dulce; porque vibra y canta y llora como un arpa, y porque es toda ella una revelación . .

Te llamas con un nombre de querube, y eres — ¡oh, seguramente! — el espíritu de mujer más inconforme y más elevado que mora sobre la tierra de los vivos. Tu alma debe de ser como un loto; debe de ser como una letanía; debe de ser como un celaje, uno de esos celajes que van tras las lumbraradas crepusculares, unas veces como pomposos plumones de tocador, otras fingiendo un corderillo de regalía . . .

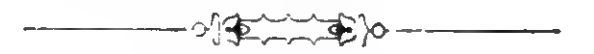
¿De dónde llegaste á la vida, lejana amiga gentil? ¿Qué dulzura eucarística, ó qué suprema delectación hace que sea tu canto un trino de alondra, más enamorada de una *equis*, que maravillada de un mudo lucero véspero? ¿Acaso volcaste tu copa amarga y cruel como la del ateniense y exteriorizaste luego la más ustoria, la más apasionada de las sonrisas? ¿O vas bajo el dolor, intocada, como bajo un palio, despidiendo aromas y ofreciendo flores? No lo sé; pero debes ser todo lo que yo he pensado que eres; todo lo que — desde que sé de tu alma — he querido que seas: incomprendida, por lo sutil.

Dijiste en una vibración . . . « Hoy partió hacia la noche, triste y fría. — Rotas las alas mi melancolía; — Como una vieja mancha de dolor — En la sombra lejana se deslíe . . . — Mi vida toda canta, besa, ríe! — Mi vida toda es una boca en flor ! » Y esos versos dejaron en mi alma un dolor horrible, una incurable nostalgia. Dolor de tumba olvidada; nostalgia de aguas estancadas, de estrellas adormecidas sobre el crespón de la noche, como la memoria de un muerto mil veces querido, sobre el votivo crespón de un catafalco . . .

Tu libro es blanco ó debe de serlo — ¡ oh poetisa dolida ! — y haces bien en llamarlo blanco, porque sus páginas son, seguro, pétalos de jazmines impolutos. En ellas está tu estrofa, que es la más alta, la más serena reflexión de tu alma, de tu enorme alma quejumbrosa, que se abre al dolor como estas rosas (estoy en una terraza), á la humedad religiosa de esta tarde de Septiembre, en que algo vago como un presentimiento está en todo mi ser, y acaso por ello te memoro, y torturo en tu loa esta flor mía — roja y esponjada de primavera — que en tu *toilette* de melancolía debe fingir una estocada . . .

Andrés CESTENA.

Barranquilla de Colombia, Septiembre de 1908.



De Amado Nervo

La poesía con que engalanamos esta página nos ha sido enviada por su autor, desde Madrid, con una amable carta que agradecemos.

Papá Enero ha sido publicada ya en « El Cojo Ilustrado » de Caracas, pero para la mayoría de nuestros lectores es aun desconocida.

Papá Enero

Papá Enero que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que sin embargo remueves
el celo ardiente de los gatos,)

guarda en tu frío protector
el cuerpo y el alma en flor
de mi niña de ojos azules,
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor.)

Mantén sus ímpetus esclavos,
mantén heladas sus entrañas,
(como los *fiords* escandinavos
en su anfiteatro de montañas.)

Pon en su frente de azahares
y en su mirar hondo y divino,
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y claridad de lago alpino.

Amado Nervo

A UN LAUREL

Para APOLO.

Al doctor Orestes Ferrara.

Laurel que abres al viento
tu enorme parasol
¿ para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios ?
¿ Qué fondos sondearás con tus raíces ?
¿ Hasta dónde tu fuerza penetró ?
¿ Qué savias y resinas
absorbe tu secreta gestación ?
¿ Qué pudridero le dará el esmalte
á tu verde color ?
¿ Acaso pagas en silencio al humus,
el terso lustre que á tus ojos dió ?

¿ Para qué vives, árbol ?
Como una vida, ¿ para un triste adiós ?
¿ Quién del fibroso arcano
la esfinge interrogó ?
¿ Cuál es sobre la tierra
tu secular misión ?
¿ Serás horca de un Judas
ó cruz de un Redentor ?
¿ Rama para corona
ó trozo de carbón ?
¿ Símbolo de la Fama ?
¿ Símbolo del Dolor ?
¿ Lo inmortal ?
¿ La extinción ? . . .

Tu ramaje sombroso,
¿ acaso cobijó
Al ser libre que canta su victoria
ó al esclavo que gime su baldón ?
¿ Para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios.
En la tierra, ¿ soporte ?
En el agua ¿ galeón ?
¿ Serás lanza de cuna ?
camastro de dolor ?
lecho de enamorados ?
de féretro, tablón ?
armonium para el músico del Viento ?
glauca paleta del artista Sol ?
¡ Cual tu existencia múltiple
el poeta admiró ! :
encaje tamizado por la luna ;
de pájaros, balcón ;
filtro del agua de los cielos ; sombra
del cansado andador ;
agasajo del aura y del rocío ;
ira de rayo, furia de ciclón . . .
¿ Para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios ?
¿ Para un Apolo que arrancara un lauro
ó un Radamés que vuelva triunfador ?

Habana, Septiembre 1908.

Palio de peregrino ;
bélico pabellón ;
tienda de liviandades ;
dosel de errante amor ;
techo de vagabundos ;
— toldo que fué una noche de los dos ; —
de rumorosos nidos,
alada floración ;
¿ dependerá tu suerte
de rudo leñador ?
¿ serás astilla inútil ?
¿ asta de gonfalón ?
¿ polvo para tisana ?
de condimento flor ?
abono de sembrado ?
pica de rebelión ?
asiento de suplicio ?
ó grada de señor ?
¿ Qué contrastes, el tiempo
á tu ser reservó ?
¿ Serás altar ó radio
de otra rueda de Ixión ?
¿ Para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios ?
¿ Qué misteriosa estrella
tus días alumbró ?
A veces tiemblas como nervio humano:
al sentir de los aires el furor,
ó pareces estar quieto y sombrío
en muda reflexión . . .
¿ Qué signo añade tu redonda copa
al genio Creador ?
¿ Es letra del espacio
tu esmeraldina O ?
Vulgar como una vida,
¿ no más que polvo dejará tu adiós ? . . .

En mis horas de ensueño ó de fatiga,
hacia tu campo voy,
tienda de enamorados,
— toldo que fué una noche de los dos. —
filtro del agua de los cielos, sombra
del cansado andador . . . !
¡ Laurel: á los poetas
se iguala tu misión !
¡ Tu vida se asemeja
al laurel, trovador !
Sois ramas de corona,
ó trozos de carbón,
¡ Símbolos de la Fama !
¡ Símbolos del Dolor !
¡ Lo Inmortal !
¡ La Extinción ! . . .

MANUEL S. PICHARDO.

De Colombia

Pocas ciudades de América conservan tantos recuerdos históricos como Bogotá. Y en pocas se siente, como allí, un grande apego á los usos y costumbres de las pasadas generaciones. La vida de Bogotá es, por decirlo así, *primitiva y rutinaria*; tiene un dejo de leyenda heroica, como un símbolo auténtico de la época de la conquista.

Las vistas que reproducimos en estas páginas, y que nos han sido enviadas por Alberto Sánchez, el exquisito poeta bogotano, ilustrarán al lector más que nuestras palabras.



Bogotá — Parque del Centenario

Destácanse entre ellas las del antiguo convento de San Diego en donde se hizo fraile el Virrey Solís, una de las figuras más interesantes de la Epoca colonial.

Dicho convento es una verdadera reliquia histórica; su edificio permanece aún como en aquellos tiempos. Han transcurrido dos siglos y en el alma colombiana todavía perdura el recuerdo del Virrey que lo hizo célebre tomando en él los hábitos monacales.



Bogotá — Convento de San Diego, visto desde el parque del Centenario

¡Extraordinaria figura la de ese personaje bonachón y alegre y lleno de hermosas iniciativas!

A propósito de él dice la escritora Herminia Gómez Jaime de Abadía en su libro Leyendas y notas históricas:

« Ninguna figura más interesante en la Colonia que la de este joven Virrey lleno de excepcionales condiciones.

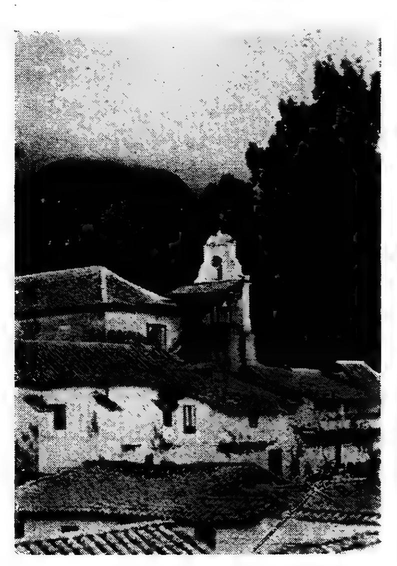
Parécenos que su gentil cabeza tiene el nimbo atractivo del misterio y que las leyendas fluctúan en torno de él enamoradas de su vida extraña y ansiosas de asirse á los pliegues de su capa corta de terciopelo, de la empuñadura de oro de su espada, de su jubón acuchillado de raso, ó su elegante chambergo de desmayadas plumas, que completaba airoso esa especie de caballero medioeval.

Antes de venir á Santafé don José Solís ya era Mariscal de



Bogotá — Antiguo Convento de San Diego

campo de los reales Ejércitos, á pesar de su juventud, y ya también numerosas aventuras hijas de su ardiente carácter habían llevado el alarma á su poderosa familia; fué este el motivo por el cual los Duques de Montellano interpusieron su influencia en la Corte para enviar á su hijo por un tiempo á las colonias, esperanzados en que la grave responsabilidad del puesto que le daban y la separación de sus amigos, calmaran su tempestuoso corazón.



Bogotá — Antiguo Convento de San Diego, en donde se hizo fraile el Virrey Solís

De modales exquisitos y atractiva figura, el nuevo Virrey impartía la justicia con equidad completa y oía con afabilidad al más infeliz que se le dirigiera.

Dedicó su atención á las mejoras materiales y llevó á cabo algunas de importancia: empero, si no desatendía los cuidados del Gobierno, tampoco faltaba á las citas que con locos amigos de juventud concertaba alegremente. A poco tiempo de hallarse en Santafé, tenía un círculo de diversión y relaciones muy poco convenientes para su alto puesto».

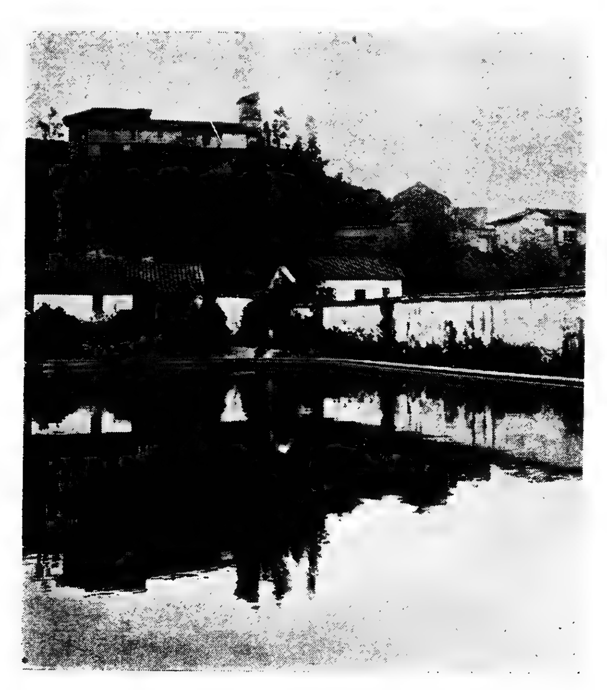
. . . .

«Se dedicó á la apertura de caminos, y como encontrara gran-

des tropiezos, dejó escrito en su relación de mando: «En esta tierra nada se puede hacer, porque las gentes quieren obtener las cosas sin trabajo».

Llevó á cabo la obra del acueducto, lo cual fué una gran mejora para Santafé».

. . . .
. . . .



Bogotá — Depósito del Acueducto



Solís

Para Apolo.

Señor de alto linaje y gallarda figura,
á las damas dió besos y ofreció madrigales;
apuró sin reserva sus goces virreinales
tan bordados con oro como su vestidura.

Fué noctámbulo: iba de una en otra aventura
con hembras placenteras y por los arrabales;
pareciéronle un día sus pecados mortales
y al convento fué en busca de una vida más pura.

En procesión nocturna, su rosario en la diestra,
cantó jaculatorias en obsequio de Nuestra
Señora de la Luz.

Le retrataron muerto: los pies muy amarillos,
la cabeza rapada sobre un par de ladrillos
y las manos en cruz.

Bogotá.

Alberto SÁNCHEZ.

De "Los Parques Abandonados"

La Liga

Para Apolo. *«Honi soit qui mal'y pense»*...

Husmeaba el sol, desde la pulcra hebilla
de tu botina, un paraíso blanco...
y en bramas de felino, sobre el banco,
hinchóse el tornasol de tu sombrilla.

Columpióse, al vaivén de mi rodilla,
la estética nerviosa de tu flanco,
y se exhaló de tu vestido un franco
efluvio de alhucema y de vainilla.

Entre la fuente de pluviosas hebras,
diluía cambiantes de culebras
la tarde... Tu mirada se hizo muda

al erótico ritmo, — y desde el pardo
plinto, — un Tritón significó su dardo,
concupiscente, hacia tu liga cruda!...

Azul

Hurí de gemas en moderna posa,
— peinado de alas, floreciendo finas
sedas de Holanda y blondas bizantinas —
eras sonrisa y astro y mariposa...

El campo te acogió con olorosa
languidez y en la tela vespertina,
se ilusionaron para tu retina
vagos Alhambras de heliotropo y rosa...

A las postreras rielaciones bronces
del sol, te amé por vez primera: Entonces
temblamos en la unción de aquel poniente

como dos niños, bajo el olmo espeso,
á punto que en la hostia de tu beso
se alzó mi alma, luminosamente!...

Oleo Brillante

Fundióse el día en mortecinos lampos
y el mar y la ribera y las aristas
del monte se cuajaron de amatistas,
de carbunclos y raros crisolampos.

Nevó la luna y un billón de ampos
alucinó las caprichosas vistas
y embargaba tus ojos idealistas
el divino silencio de los campos...

Como un exótico abanico de oro,
cerró la tarde en el pinar sonoro...
Sobre tus senos, á mi abrazo impuro,

ajáronse tus blondas y tus cintas,
y erró á lo lejos un rumor obscuro
de carros, por el lado de las quintas!...

JULIO HERRERA Y REISSIG.



Andaluza

Para APOLO.



EDUARDO DE ORY

Andaluza que estás en la reja
Esperando al poeta que amas:
¡A tu frente de luna haré un nimbo
Con besos de fuego, con besos de llamas!

Andaluza que tienes la sangre
De la ardiente, gentil africana:
¡En mis horas de loco delirio
Dejaré en tus brazos mi pena y mis ansias!

Andaluza que tienes la noche
En tu cabellera de bucles ornada,
¡En tus brazos morenos yo quiero
Ahogar esta fiebre de amor que me exalta!

Andaluza de ojazos más negros
Que la pena que hiere y que mata:
¡A tu lado se trueca en dulzura
La pasión que mis venas inflama!

Andaluza, gentil compañera,
Andaluza, mi Musa, mi amada:
¡En un beso te he dado mi vida!
¡En un beso de mieles y llamas!

EDUARDO DE ORY.

Cádiz, 1908.

Él... no quiere

Para Felipe Trigo.

—Permanece levantada?

—Sí... Sabía que usted vendría y no quiso acostarse...

—Fué violento entonces el ataque?

—Yo jamás la ví en ese estado... Le juro que creí que se moría...

—Pobre Maruja...! Tanto que sufre por mi culpa!

Eufrasio se llevó ambas manos á la cabeza y permaneció así largo rato. En la casa imperaba un silencio religioso. Matilde, contagiada por el dolor que abismaba á Eufrasio, permanecía muda, sin atreverse á desplegar los labios.

—Cuénteme... cuénteme, prosiguió Eufrasio levantando y sacudiendo penosamente la cabeza. Usted sabe el interés que me despierta todo lo que se refiere á Maruja...

—No podría ser de otra manera, —murmuró Matilde lanzando un profundo suspiro.— Pocas mujeres encontrará que lo quieran tanto como ella...

—Sí, sé que me quiere mucho... Espero que su estado no sea muy grave y que nuestro cariño podrá restituirle la calma y la alegría que le faltan.

—Está tan delicada...

—Con el ataque de esta tarde no puede ser... Algo debe haberle ocurrido antes, para que usted se exprese así.

Eufrasio, con mirar anheloso trataba de inquirir en el rostro de Matilde un signo revelador sobre el estado de Maruja...

—Usted se muestra demasiado reservada y yo no merezco que sea así conmigo, —prosiguió Eufrasio. Si algo grave ocurrió antes de ahora, confiésemelo sin temores... Le estaré agradecido...

—Es que Maruja se oponía siempre -contestó Matilde —Si su estado de salud no hubiera tomado un cariz tan pésimo desde anoche, á la fecha usted aun ignoraría todo... Quizás esté cometiendo una grave falta al quebrantar el propósito jurado á la pobre amiga enferma, pero usted comprenderá que son inmensas las responsabilidades que sobre mi conciencia pesan en el caso que llegara á empeorarse... Ha venido á mi casa á gozar de mis cuidados y de mi cariño, y no quiero que una reserva que en este caso no podría justificarse, trajera consecuencias fatales.

—Tiene razón Matilde... Yo soy demasiado injusto... No sé cómo recompensar los inmensos sacrificios que se impone por aliviarla del peso de su negro infortunio...

Enmudecieron nuevamente. Eufrasio, profundamente conmovido, no pudo contener dos gruesas lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Ningún rumor callejero venía á turbar el silencio que imperaba en la habitación. Ante el dolor de aquel hombre que se creía culpable de toda la gravedad de su prometida, la vida parecía haber contenido su armonioso ritmo.

—Hace una semana que permanece bajo la influencia de un temor sobrenatural —dijo Matilde rompiendo el silencio, mientras miraba los ojos colmados de lágrimas de Eufrasio.— Padece de continuos sobresaltos, y cuan-

do le dirijo la palabra en uno de esos instantes, parece no entenderme... Muchas ocasiones me fuerza á repetirle cuatro ó cinco veces una misma pregunta, hasta lograr que me responda, pero entonces lo hace casi con espanto, como si dormida despertara bruscamente de un mundo de cavilaciones misteriosas... Anoche, por ejemplo, permaneció en la azotea durante dos horas..., en plena abstracción. La llamé, temiendo que el frío de la noche le hiciera daño, pues estaba con una batita de verano, de tela muy delgada, y no prestó atención á mi llamado... Recurrí á toda suerte de argumentos para inducirla á descender y no logré mi objeto... Al fin, cuando ella quiso, descendió, encaminándose cautelosamente á su habitación, donde yo ya la esperaba para reconvenirla por su actitud desobediente... Clavó en mi rostro una mirada de extravío, y luego, con una extraña sonrisa que heló la sangre en mis venas, me dijo que había estado hablando en el hueco de la escalera con su hermano Juan; que lo había visto y besado, y que le había recomendado no sé qué cosas disparatadas... Tenía los ojos muy abiertos y saltados de las órbitas, y en ellos una expresión de demencia que aterraba... Luego, en una transición rápida, me acarició el rostro y con una inflexión de voz de desconocida ternura, me habló de usted... ¡Cuánto lo quiere!... ¡Dice que Juan también lo quiere mucho!... Yo me asusté al verla en ese estado y deseaba que usted viniera para comunicárselo... Temo que esas visiones que la trastornan, vuelvan á repetirse hoy, mañana, pasado... ¡La pobre Maruja, tan buena y afable, el día menos pensado se vuelve loca!

— Y usted no trató de persuadirla, de demostrarle que su hermano Juan no puede aparecérsele? — interrumpió Eufrasio con marcado espanto.

— Sí; me aventuré á poner en duda sus palabras, pero más valiera que no lo hubiera hecho... Después de condenar agriamente mi desconfianza, prorrumpió en tan copioso llanto que me ví en serios aprietos para consolarla... Cesó en sus lágrimas solamente cuando la amenacé con revelarle á usted todo lo que había ocurrido entre nosotros. ¡Viera después del llanto su actitud de profunda humildad!... ¡Me dió tanta lástima, que apenas pude contener las lágrimas que pugnaban por asomar á mis ojos...

— ¡Oh! qué desgracia... ¡dijo Eufrasio con desesperación.

Después, como iluminado por una idea repentina, preguntó:

— Recién anoche notó en ella esa especie de desequilibrio mental?

— No: lo noté al siguiente día de refugiarse en casa... Primero empezó á quejarse de la maldad de su familia, que por el delito de quererlo mucho á usted la había expulsado de su casa; del odio que su madre había puesto de manifiesto en esa ocasión, y después, á medida que transcurrían los días, me habló del cariño que le profesaba su pobre hermano muerto... Así, día tras día, hora tras hora, me hablaba siempre de lo mismo, obsecada por una sola idea la maldad de su madre..., el cariño de Juan..., la indiferencia de todos los suyos... Yo le hablaba de multitud de cosas con el objeto de distraerla, alejándola del

círculo funesto de sus preocupaciones, pero me empeñaba inútilmente, perdía todo mi tiempo... En dos ocasiones que mostré más energía para combatir el mal que hacía ya estragos en su mente, se agravó tanto, que desistí desde entonces á la idea de combatir su mal... Hoy mismo por culpa mía fué que le repitió el ataque al corazón... La sorprendí en un extremo de su habitación hablando y gesticulando á solas... No sé qué cosas disparatadas decía... Me enojé mucho con la pobrecita á fin de que no se entregara más á sus cavilaciones de ultratumba; llegué hasta el extremo de amenazarla con la expulsión de mi casa si no hacía por corregirse, y lo único que logré fué que le repitiera la puntada... Se desplomó sin pronunciar una sola palabra sobre el piso, permaneció dos horas como muerta, hasta que mis cariñosos cuidados la volvieron en sí... Apenas recobró el sentido y pudo balbucear las primeras palabras, le dije que usted no tardaría en venir..., que tratara de consolarse...

— Se sorprendió mucho cuando le comunicó la noticia? — interrumpió Eufrasio.

— Se concretó á exhalar un profundo suspiro sin articular una sola frase...

Guardaron silencio. Eufrasio miró varias veces el reloj. Hacía más de media hora que platicaba con Matilde y aun Maruja no había aparecido. Qué le ocurriría? Habría vuelto á reproducirse la crisis? Estaría quizás sujeta al imperio de una aparición sobrenatural? Quién sabe... Eufrasio extrañando esta demora, sin la calma necesaria para tomar una resolución única en medio de las dudas que asaltaban su imaginación, pidió á Matilde, que á su lado permanecía como ensimismada, que fuera hasta la habitación de Maruja é inquiriera las causas de su tardanza. Entretanto aquélla cumplía este propósito, Eufrasio quedó solo, sumergido en un caos de dolorosas incertidumbres, sin atinar con ninguna resolución que salvara á su prometida de una catástrofe que parecía inminente.

Absorto se hallaba en sus cavilaciones, cuando Matilde reapareció caminando lentamente, tomando de nuevo asiento al lado de Eufrasio.

—Ahora viene... — dijo aquélla respondiendo á la interrogación que encerraba la mirada de Eufrasio. Estaba terminando de arreglarse un poco... Le duele mucho la cabeza y esperaba que yo fuera para decidirse á venir... Le dije que usted estaba impaciente por su demora y sonriendo me contestó que no se afligiera...

Fué interrumpida en su conversación por un extraño rumor de pasos. Maruja no tardó en aparecer por la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

Venía pálida y ojerosa, luciendo en su frente una ancha vincha de tela blanca. Eufrasio apenas la divisó corrió presuroso á su encuentro, estrechando con vivos trasportes de alegría las manos que le extendiera con displicencias de enferma. Matilde aprovechó estos instantes para alejarse de la habitación y dejarlos solos. La enferma y Eufrasio tomaron asiento casi juntos, mirándose en silencio breves instantes.

— Te duele mucho la cabeza? — le preguntó éste.

— Un poquito — contestó Ma-

tilde — Luego agregó: Ya pasará . . .

—Por qué demorastes tanto en llegar ?

—Me estaba arreglando un poco . . . Después, en una transición rápida, preguntó: Estás enojado ?

—No, Maruja, yo no estoy enojado . . .

—Como te hice esperar tanto...!

—No importa . . . Estaba afligido porque creí que te hubiera ocurrido algún percance . . .

Maruja rompió á llorar. Eufrasio, sorprendido hacía esfuerzos por consolarla.

—No llores, no te aflijas — le dijo — Ya vendrán días mejores en los cuales nos resarciremos de todas nuestras tristezas . . . Por ahora cuídate mucho . . . Tú estás muy delicada de salud y necesitas tranquilidad . . . Mientras tú tratas de mejorarte, yo me preparo para el porvenir . . .

—No, Eufrasio, yo no te convengo. . .! Nadie me quiere. . .! Ya ves mamá. . .! Después, estoy enferma y te daría mucho trabajo. . .! Olvídame. . .! Tú puedes encontrar otra mujer y ser feliz. . .! Eres bueno. . .!

—No, Maruja, no digas eso — interrumpió Eufrasio — Yo te quiero á ti únicamente . . . No seas mala. . .! Ten confianza en mi cariño. . .! Yo no quiero perderte. . .! Seremos muy felices. . .!

Maruja no desplegó los labios, permaneciendo como abstraída, con los ojos fijos en un extremo de la habitación donde se había condensado la penumbra. Eufrasio la miró con sobresalto, sin articular palabra, inquiriendo en el rostro de su prometida un gesto que lo condujera hasta descifrar la extraña lucha de ideas que se libraba en el cerebro de aquel ser que tanto sufría por su culpa. Después, como se prolongara el silencio y la actitud de Maruja fuera anormal, la cogió nerviosamente de ambas manos y con tono de profundo azoramiento le dijo:

— Maruja! . . . No seas así! . . . Estoy á tu lado! . . . Háblame! . . Dime cualquier cosa!. . . No permanezcas muda! . . . No ves que sufro ; . . . Me volveré loco! . . . ¡ Ay! Maruja mía! . . .

Eufrasio dejó que estallara toda su desesperación y llevándose ambas manos á la cabeza, lloró amargamente por largo rato. Maruja no se inmutó por esto. Profundamente abstraída no apartaba los ojos del extremo de la habitación, como si en la penumbra hubiera un ser extraño que la solicitara, una causa que la alejaba de la vida haciéndole olvidar al ser que á su lado sufría.

Pasado el momento de crisis, Eufrasio levantó la cabeza y acercándose á Maruja la cogió de las manos que estrujó con cariñosa vehemencia.

— Qué te pasa Maruja? — le preguntó — No estás contenta de verme á tu lado? Quieres que me vaya?. . . ¡ Háblame! . . . ¡ Háblame . . . !

Eufrasio se aproximó más á Maruja y, como otras muchas veces, quiso darle un beso en la boca. Esta, como si la hubieran herido, se levantó como azorada de su asiento, se zafó de las manos de Eufrasio y permaneció luego como momificada.

— No, eso no — gritó, mientras se alejaba con paso vacilante en dirección al extremo de la pieza donde su mirada se había obstinado en una fijeza aterradora.

— No, no Eufrasio...! El no quiere...! Mírale . . .! El no quiere . . .!

Se llevó las manos á la cabeza,

precipitándose al lugar referido. En su rostro se había paralizado un gesto de locura. Sus ojos desmesuradamente abiertos, parecían querer escapar de las órbitas. En su boca, una extraña sonrisa había pintado una mueca horrible. Eufrasio de pie, inmovilizado por el miedo, sintió que en su garganta se anudaba un grito.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

Montevideo 1908.

Poetas nuevos

Silueta de Boulevar

Para APOLO.

Rápida cruzas por los boulevares
esparciendo cual pomo, las esencias
de tu cuerpo sutil, cuyas turgencias
son dignas del Cantar de los Cantares
Del Vicio tú no ignoras las sapiencias;
debieras ser ungida en sus altares...
Huele á nardo, á perfume de azahares
tu boca que buscó desvanecencias.
Esparces por doquier las primaveras
de tu mirar nervioso — tus ojeras
son un mundo de luz... ¡Oh Parisina!
tú sabes de la vida y los placeres,
gustaste del querer de los quereres
avida de pasión, cruel y felina!

JULIO J. CASAL.



PLAZA INDEPENDENCIA — MONTEVIDEO

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

GRECIA, *por Enrique Gómez Carrillo.* — *Madrid.* — Después de *El Alma Japonesa*, bello libro de impresiones de viaje por el Japón, Gómez Carrillo nos ofrece otro sobre Grecia, que hace *pendant* con aquél, tan favorablemente acogido en el seno de las críticas española y francesa. Y es, en verdad, exquisito este libro prologado por el ilustre poeta Jean Moréas.

De las páginas de *Grecia* se exhala un sutil perfume como de rosas helénicas que transporta nuestros sentidos á aquella región de la perenne belleza y nos hace vivir un instante bajo el cielo de la Hélade en comunión con la riente naturaleza y los dioses del Olimpo.

Gómez Carrillo hace un estudio de Grecia - su espíritu observador todo lo ahonda— y nos da á conocer hasta en sus rasgos más íntimos, el alma de ese pueblo, tan compleja y misteriosa; sus mujeres, sus poetas, sus inclinaciones artísticas y literarias y su grande amor á los héroes antiguos y á las leyendas del paganismo.

Obra de verdadero artista, en que la descripción surge amena y suavemente matizada, harmonizando así con la pintura moral de los griegos, la ejecutada por Carrillo sintetiza todo el pasado helénico y canta á la vez la etopea de la Grecia contemporánea.

Los que á través de ciertas lecturas erróneas se hayan formado un concepto equívoco de la Grecia actual, creyéndola sometida á la fasta de la civilización oriental ó predispuesta al contagio de los males bizantinos que llevan á la decadencia, se sorprenderán leyendo este libro que presenta á aquel país como el centro de cultura y de arte que inmortalizaron Homero y Fidias, Demóstenes y Praxíteles.

¿Un libro sobre Grecia? . . . dirán algunos. ¡Cuántos volúmenes habría que escribir para mostrarla, apenas en esbozo, tal como es hoy y como fué en la antigüedad!

Pero Gómez Carrillo sabe el arte de la síntesis; no se detiene en digresiones largas y monótonas que suelen romper casi siempre el encanto virginal de una obra artística; he ahí el atributo de la suya sobre un tema tan vasto y de tan complicadas facetas como el que ofrece la tierra de Anacreonte. El arte de Carrillo es deleite y observación. Brevedad en los comentarios llenos siempre de hermosos rasgos psicológicos que bastan en una frase para pintar algunas de las modalidades populares; exactitud en la acción descriptiva y una incomparable riqueza de emociones son las virtudes primordiales de ese artista-poeta que hay en el autor de *Grecia.*— PÉREZ Y CURIS.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

LA NOVELA DE MI AMIGO, *por Gabriel Miró.* — *Alicante (España).* — Cuando acabé de leer este libro evoqué la divina modalidad de ese artífice de la palabra que se llama Gabriel D'Annunzio. Porque Miró, al igual de aquél, tiene la facultad de hacer que el lector se asimile al protagonista; pues le hace sentir en la carne y en el alma todas las desdichas y toda el ansia de ternura que forman la vida del principal personaje de su obra. En *La novela de mi amigo*, Miró estudia un caso de psicología raro y morboso. El protagonista — un pintor — padece de un mal que hace que sus actos sean en un todo

contrarios á sus pensamientos. Por eso, cuando pinta, no reproduce el modelo que tiene ante su vista sino aquello que ve su imaginación.

Ya he dicho que es el ansia de ternura, en parte, lo que forma su vida; una ternura reconcentrada en su hija, tierno lirio condenado á morir prematuramente, y única alma que le comprende.

Bello libro, en verdad, y escrito en un estilo sobrio y personal que revela paciente labor de artista. — FLOR DEL LACIO.

CAÍN, *por Casiano Monegal*. — *Melo*. — Quien haya leído los versos que Monegal publicara hace tres años, habrá notado una marcada tendencia revolucionaria, que se ha vigorizado notablemente en el desarrollo de una incansable labor de estudio y de pensar.

Hoy nos ofrece un nuevo libro, *Caín*, que, aunque no es de versos, palpita en él el aletazo de su musa rebelde que le sacudiera el alma á los veinte años.

Caín es una serie de cuentos, escritos en un estilo de difícil sencillez y saturados de un pesimismo que enferma y de una atrevida psicología.

No se han escapado de la sagaz observación de Monegal esas escenas íntimas de sufrimiento; esas hondas tragedias que se desarrollan en las noches interminables de las errantes almas del Dolor; esos gestos de rebelión que son imprecaciones de conciencias que se ahogan bajo el peso de su *Ananké*, y es por eso que su obra resulta de un verismo fiel, y de un temple capaz de hacer conmover y hacer sentir toda la odisea y toda la amargura de las almas aisladas por las leyes injustas de una sociedad humana, mil veces maldita.

Monegal ha hecho obra de verdad y de tesis, de reflexión y sabio criterio. Un aplauso de: — OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

BOUQUET DE AZUCENAS, LA MUSA NUEVA, AIRES DE ANDALUCÍA, *por Eduardo de Ory*. — *Cádiz*. — Hemos recibido estos tres volúmenes de poesías de publicación casi reciente. El primero, que es una antología de los más jóvenes poetas españoles, viene á completar *La corte de los poetas*, editado por la casa G. Pueyo de Madrid; los otros dos son originales del aplaudido autor de *El pájaro azul*.

Compleja personalidad paréceme la de ese poeta varonil que se llama Eduardo de Ory. Sus versos de sutil estructura y plenos de savia nueva, recuerdan á las veces la musa de su comprovinciano Manuel Reina.

La labor de Eduardo de Ory es encomiable, y su fecundidad, prodigiosa. Ha publicado en menos de cinco años cinco libros rebosantes de belleza, y pronto publicará otro intitulado *Mariposas de oro*.

Ya tendremos ocasión de hablar extensamente sobre el joven poeta, con motivo del nuevo libro que editará en París. La absoluta falta de espacio hoy nos impide ocuparnos con amplitud. — PEREZ Y CURIS.

LA ETERNA ANGUSTIA, *por Atilio M. Chiappori*. - *Buenos Aires*. — «Debo narrar una historia cuya esencia está llena de horror». — Así nos dice el autor en las palabras liminares de su libro.

Y todo él, en efecto, diríase impregnado de misterio y espanto, y aun después, al final, cuando todo se aclara, perdura en nosotros esa misma sensación.

¡Libro admirable y de estilo que acusa una labor de orfebre! Sus páginas parecen saturadas de un perfume de pasión. Al amor que vibra en ellas podría llamársele, como dijo Lugones: «*Amor divino, porque es sin esperanza*».



JOSEFINA M. DE PÉREZ Y CURIS (FLOR DEL LACIO)

El vulgo no sentirá todas las bellezas que encierra *La eterna angustia*, pero presumo que este libro fué escrito para los que están ungidos de tristeza y de amor, para esos elegidos de la vida. — FLOR DEL LACIO.

PERFILES Y RELIEVES, *por F. García Godoy*. — *Santo Domingo*. — Las Antillas pueden considerarse orgullosas en contar con hijos tan valientes y de tanto talento, como lo es García Godoy, de quien nos vamos á ocupar en breves líneas:

Su último libro *Perfiles y Relieves* es una obra de estudios, que se destaca vigorosa por su complexión severa y por lo profundo de sus meditaciones acerca de la

labor luminosa de consagrados artífices de la Palabra, de la Forma y de la Idea.

El estilo de García Godoy es altamente personal. Su pluma, sobria y brillante, sin deslices ampulosos de rebuscadas afectaciones, tiene el poder sugestionador de hacer enseñar á las almas selectas, toda una divina peregrinación á través de la exquisita y genial concepción de cerebros maravillosos.

Perfiles y Relieves es un libro de consagración y de aliento, que ha merecido un puesto de honor entre las más valientes obras americanas, de estudios críticos.

Llegue hasta García Godoy nuestra admiración sincera. — **OVIDIO FERNÁNDEZ RIOS.**

EL PADRINO DE CECILIA, *por María Morrison de Párker. — Montevideo.* — Editada por O. M. Bertani se ha puesto en venta recientemente esta novelita nacional. Llena de interesantes rasgos y escrita en un estilo tan hermoso y sereno que se hace digna de generales elogios. Muchas son las bellezas que encierra *El padrino de Cecilia* para señalarlas en esta breve nota. Por otra parte, demasiado conocida es la labor de la señora Morrison de Párker que colabora desde hace varios años en importantes revistas de las repúblicas del Plata. *El padrino de Cecilia* trae un conceptuoso prólogo que el escritor nacional Alcides de María escribió pocos meses antes de su muerte.

Nuestros aplausos á la gentil escritora. — **PEREZ Y CURIS.**

Nuestra juventud



He aquí un estudioso: el joven Elzear S. Giuffra que recientemente ha sido incorporado al cuerpo de redacción de *El Telégrafo Marítimo.* Su suficiencia para abordar con felicidad temas de diversa índole, ha sido comprobada con su perseverante labor que revela no sólo un espíritu escudriñador que todo lo ahonda y de todo trata de incautarse, sino también una gran voluntad puesta al servicio de ideales educativos.

Sus *Apuntes de Geografía Americana,* publicados en el año pasado, son una prueba irrefutable de sus aptitudes para el estudio de esa rama de la ciencia tan vastamente y tan bien tratada por Reclus. Dicha obra, que será adoptada, no lo dudamos, como texto para uso de nuestras escuelas, ha sido juzgada muy favorablemente por personas competentes como Orestes Araújo, etc.

Nuestros aplausos al joven colega.

APOLO

AÑO IV

Número 24

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

---- DE PÉREZ Y CURIS ----



MONTEVIDEO

FEBRERO DE 1909

Si es usted forastero y no conoce la ciudad, no tiene que preguntar nada á nadie, todo se lo explicará : : : : LA GUIA : : : :

QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, *Tranvías*, Mensajerías, etc. — *Plano completo, nomenclator y descripción de la ciudad*

Montevideo en el bolsillo

- - - ÚNICA EN SU GÉNERO - - -

YA APARECIÓ

Por los Jardines del Alma = = =

POESÍAS DE

Ovidio Fernández Rios

0.50 EL EJEMPLAR

"GERMEN"

Revista de Sociologia

Director: Alejandro Sux

En venta en la LIBRERIA MODERNA

SARANDI, 240 MONTEVIDEO



REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY, LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

● ● ●

Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV Montevideo, Febrero de 1909 N.º 24

La tristeza del Sol

Para Apolo.

I

En estas horas de melancolía
de gris y nebuloso desconsuelo,
sueñan mis ojos turbios con el cielo,
la luz y el campo de mi Andalucía.

Aspiro un tibio aroma de romeros
y de jazmines. El azul chispea
de sol, y duerme la morisca aldea
entre naranjos y entre limoneros.

Señor, un poco de reposo, en esta
vida gris de miserias y dolores...
Olvido para todos los afanes,

y adormecerse en la calina siesta
mientras sueñan los frescos surtidores
en algún viejo patio de arrayanes.

II

Del rojo sol de estío los ardores
agostan mis jardines orientales.
Están mudos de sed los surtidores
y de sed se deshojan los rosales.

Y hasta aquel ruiseñor cuyas cantigas
perfumaron de ensueño mis veladas,

muerto le encontré ayer, lleno de hormigas
entre las negras hierbas calcinadas.

Ni el eco errante de una voz alegra
el sopor infinito del paisaje...
Todo muere y al par todo se olvida...

Sólo la sombra de una araña negra
hila entre el esqueleto del ramaje
el tedio fatigoso de la Vida.

III

Un triangular ensueño de cipreses
rasga el cobalto fúlgido del cielo,
proyectando en el ocre de las mieses
las sombras de su obscuro desconsuelo.

Es ceniza la giba de la sierra;
nos asfixia la fiebre del bochorno...
Quema el aire, y parece que la tierra
es el candente respirar de un horno.

El llano es todo fuego, sin más sombra
que la de nuestro cuerpo... Alguien nos nombra
con voz ronca de sed... Y paladea

el labio las nostalgias de la jarra
que colgada á la sombra de la parra
el frescor de sus lágrimas gotea.

IV

En las arenas rojas bajo el fuego
del sol, que en el espacio reverbera,
se yergue un esqueleto de palmera
sobre el pardo brocal de un pozo ciego.

Todo en la paz canicular ha muerto!
Y hasta el inmóvil mar, de sol bruñido,
es un lago de sal, adormecido
en la tórrida margen del desierto.

Es un humo de incendio el calvo monte;
y si algún ave cruza el horizonte
desciende á las arenas asfixiada.

Ni una gota de agua se conserva
en los pozos, ni el rastro de una hierba
verdece entre la arena calcinada.

Francisco VILLAESPESA.

El fracaso real

El palacio alto, amplio, fuerte, de mármol brillante con incrustaciones de oro.

El Silencio y la Meditación recorren sus galerías como sobre alfombras de mullido terciopelo.

La Reina moradora de ese palacio es magnífica, soberanamente hermosa: esbelta y robusta como una antigua matrona romana; ojos escrutadores; labios firmes, como para el convencimiento; brazo que se extiende en dirección al avance, al porvenir. Su ropaje de seda que deslumbra y cruje, y sobre las espaldas el manto como de rayos solares cuajados en forma de tela.

Es la Razón.

Va á salir de su blanco palacio, en pos de una conquista que acrecentará su imperio.

A la puerta espera el regio automóvil que sorbe el espacio dejando como estela una nube de polvo que disipa el viento. Lo guía un joven rubio, musculoso, ardiente. Mirada orgullosa, labios plegados con desdén, ceño sombrío que se impone en una extensión, como la luz del medio día; mentón agudo y sólido.

Es el Valor.

Está impaciente, porque ha tiempo espera á la Reina, para lanzarse hacia el futuro de una evidencia presentida, de un derecho en germen.

Cuando subía al automóvil, entró á la mansión señorial un caballero correcto y fino, vestido de negro.

Habla con Su Majestad. Discuten con interminable lógica. Ella desespera; pero él es insinuante. Su faz pálida se anima á veces con fugacidades boreales. Su descarnada y temblorosa mano cuenta y desgrana los argumentos, entre las frases de convencimiento frío y penetrante. Se inclina á veces rendido. No, hay algo más. Y renace el collar de axiomas transparentes, que se va extendiendo ante los ojos de la Reina.

El Valor, á la puerta, sobre el vehículo vencedor, cierra los puños y golpea.

La Meditación desciende por las gradas brillantes y tersas del palacio de mármol con incrustaciones de oro. Se acerca al oído del Valor, y le dice: El Miedo está en el salón. Habla con la señora Reina, largamente. Ella le escucha.

El Valor, visiblemente triste, baja y entra al palacio, murmurando: Cuando la Razón y el Miedo discuten, éste vence. La conquista no será.

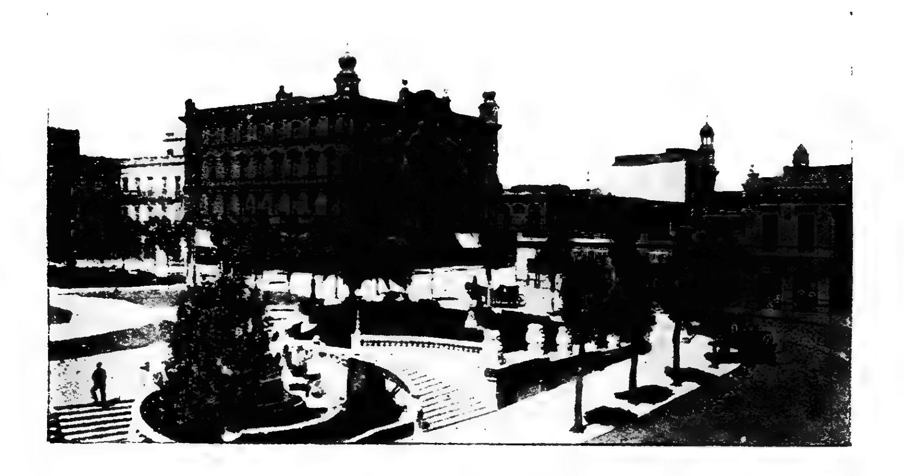
J. D. VANEGAS.

Pierrot grotesco y trágico

A Julio Herrera y Reissig.

Jugueteando alegremente van Pierrot y Colombina,
En camino al baile. Cantan *chansonettes* de arrabal.
Ella es pálida y es frágil como üna figulina
Y él es fresco y él es rubio como un vaso de champagne.
Han llegado. En los salones reina alegre tremolina.
Carcajadas, gritos, músicas llegan hasta el boulevard.
El pierrot dice locuras y se empolva con harina
Que ha encontrado en una como bombonera de cristal.
El pierrot está borracho. Colombina fué perjura.
Un Cyrano es dueño ahora de su gracia y su hermosura
Porque díjole al oído un romántico rondel.
El pierrot comprende todo. Su dolor es sobrehumano.
Y en su fiebre... va y se ahorca en la nariz del Cyrano
Con el lazo de una blanca serpentina de papel!

Ovidio FERNÁNDEZ RÍOS.



El sacrificio

Para Apolo.

Clotilde penetró bruscamente en el escritorio.

—¡Ricardo! ¡Perdón! Soy yo. Venía decidida á verte. Te conocí por la ventana. Por miedo á tu madre no he esperado, no he querido llamar.

Ricardo de pie delante de su mesa de trabajo, la miró inmóvil, como interrogándola, sorprendido é indignado.

—Comprendo tu sorpresa. No me esperabas. Mi abandono y mi crueldad haciendo un vacío entre nosotros, ha dejado al dolor que convirtiese el amor en odio, la amada

miel del pasado en este veneno amargo. Ayer he llegado de Europa con papá. Anoche no pude dormir. Hoy me tienes aquí á pedirte perdón.

Ricardo dejó escapar la única palabra.

—¿Perdón?

—Sí, perdón. Sé que me odias, y que tu madre ha deseado mi muerte. Me lo decían las últimas cartas de Ana Mora. Ayer me lo dijeron entre alarmas y sonrisas todas las amigas que fueron á saludarme. Clotilde era antes para tí el principio y el fin, la vida y la muerte, todo. Tus ideas comenzaban en ella, y á ella volvían para terminar, porque ella era la universalidad de todas las cosas. Siendo tu cristal maravilloso, á través de mi ser—de mi manera de ser, de mi forma de ser,— imaginabas al mundo. Ahora soy tu sombra espectral, tu recuerdo mortalmente implacable. He quedado detrás de tí como una pesada cadena que comenzara en tu alma..

Clotilde se echó gimiendo en un sofá, la cara entre el pañuelo. Ricardo la miró con piedad, y buscando indiferencia, comenzó á pasar maquinalmente las hojas de un libro.

—Y si todo lo sabes, y si tú misma confiesas tu traición, ¿á qué vienes? ¿A qué vuelves á buscarme?

—A pedirte perdón, á explicarte..

—Explicarme ¿lo qué? ¿Tu abandono? ¿Acaso quieres expiar el martirio de un arrepentimiento? ¡No! Eso es de las Magdalenas, y las Magdalenas ya no existen. Cuando huye de un alma el amor, es hacia otra alma y no retorna. El amor crea, pero no resucita sus muertos.

—Es que tú te engañas. Es que tú no conoces. Yo no he dejado de amarte un solo día, un solo minuto. Tuya y para tí he sido siempre. Te lo juro. Es que..

—¿Qué? ¿Qué vas á decir?

—Oyeme, Ricardo, óyeme. Haz de mí después lo que quieras. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo misma, yo misma con mi corazón, he muerto á mi corazón!..

Ricardo hizo un gesto de indiferencia y se sentó.

—Tú sabes, Ricardo, cuánto nos amábamos.

—¡Eso creía! Todo pasa. Ilusiones... ¡Va!

—Déjame hablar, por favor! Nos amábamos, sí. Hace cinco años publicaste tu primer libro. Leyéndolo, leí tu alma, leí en tu vida, soñé como tu habías soñado en aquellas páginas donde pusiste todo el calor de tu corazón y la juventud de tu cerebro. Cantabas la vida y la amabas porque la sentías bella y la sentías buena, buena y bella como aquellos tus gallardos varones y tus hermosas mujeres de las novelaciones, que á fuerza de amar el amor amaban hasta el amargo de sus dolores. Mi corazón palpitó con el palpitar de tus héroes, y alentando con ellos, envié á tí sin conocerte el primer suspiro y la primera ilusión. Sí, Ricardo. Te amé desde lejos, te amé desde cuando leída la última página de tu primera obra, vencida por tus imaginaciones, soñé con el ensueño de tus personajes, y una voz dijo dentro de mi corazón: ¡Dichosa será la mujer que pueda estar junto á su vida! Mi deseo envidiaba, luego mi amor se ofrecía. Más tarde el destino nos acercó y como si nos hubiéramos esperado, pronto nuestros espíritus exaltaron su armonía hasta las más intensas vibraciones, y sus ansias y sus ambiciones se parecieron porque el alma que soñaba era sólo un alma: la tuya, la mía, la de los dos. ¡Demasiado lo sabes! ¡Demasiado lo recuerdas!

—¿Para qué? ¿A qué vuelves con aquéllo? Expía tu delito á solas con tu remordimiento, pero no tengas la herejía de morder con tu crueldad las cicatrices de las propias heridas abiertas por tí. Déjame. Me haces daño. ¿A qué volver?

Clotilde se avalanzó hacia Ricardo y levantando las manos hizo un gesto de súplica.

—¡Déjame hablar! ¡Déjame decirte! Tú dices que yo te he hecho sufrir, que he sido tu desgracia. Por eso me odias..

—Odiarte..

—O no me perdonas.. Yo necesito explicarme.

Ricardo se levantó iracundo.

—¡Explicarte! ¿Pero qué? Que te fuiste un día, ambiciosa, extravagante ó divertida, á buscar por toda Europa colgada del brazo de tu padre, extranjeros que te ofrecieran boatos, títulos ó dinero?

—¿Ofrecerme?

—O poco menos. Sé que sigues la moda. Sé que al fin has concluído por ser un sonido más del alma social.. que no tiene alma. De tí ha huído como ha huído de todos los corazones, ese dulce y lento amanecer interior que no se sabe de dónde viene ni á dónde va; esa aurora de un sol que hace enloquecer soñando, y que soñando siempre, se clama por enloquecer toda la vida; esa luz maravillosa de salud y de perdón que lleva á olvidar de tanto en tanto que la vida es amarga y que no vale la pena de vivirla..

—Has sufrido.

—Más que tú.

—¿Más? No.

—Más, sí. ¿Sabes por qué me fuí á Europa? No fué por ambiciones ó extravagancias. No fuí á ofrecerme. Me fuí para salvarte.

—¿Salvarme?

—Sí. Después de tu primer libro y de tu éxito, caiste en mis brazos como si ellos hubieran sido una corona que te ceñías, y bien ó mal, ó las dos cosas, olvidaste tu labor comenzada, el floreciente camino abierto, y vencido en la dicha te adormiste bajo la sombra amable de tus laureles. Yo estaba perdidamente enamorada de tí. Te veía grande en el hoy, magnífico en el mañana. Presentía para tus homenajes todos los tributos de la tierra, porque tú tenías todos los merecimientos. Pero mientras á tí la pasión te enceguecía llevándote desde la locura hasta el suicidio intelectual, á mi enloqueciéndome también me iluminaba para salvarte. Un instinto de mujer, de madre ó de hermana, ponía ojos en mi alma, y una secreta voz me decía que estaba en mi voluntad, ó apagar con mis besos tu vida moral—precipitándote al silencio y al anónimo—ó estimular con la fortaleza valerosa de mi amor y el acicate de su sacrificio, tu deslumbrante gloria de mañana, que imaginaba dormida en el sagrario misterioso de tu cerebro, esperando la voz conjuradora que le llamara á los debates y á los triunfos. Y para salvarte olvidé el amor, salté por encima de los corazones, é impuse con mi deseo tan fuerte como mi voluntad, la ofrenda de nuestra común felicidad y la apremiante tortura del dolor. Yo aparentando olvidarte, haría un silencio, buscaría espacio entre los dos, me iría á Europa.

Ricardo la miraba consternado.

—¿No comprendes? Quería hacerte sufrir para salvarte. Provocar tu dolor, tus penas, tus lágrimas, para que sufriendo y llorando hicieras sufrir y llorar á los demás, á todo ese mundo desconocido y agobiado que en el castigo del hambre que martiriza, no recuerda ya que lleva en el secreto de sus corazones, grande ó pequeña, una porción de paraíso, el alma. Tocados por la virtud de tus amarguras, dulces á fuerza de ser bellas, despiertan un instante y por un instante sueñan porque tú los has maravillado, son más buenos porque tú les has enseñado á amar lo amable y á la piedad de lo que sufre. Buscaba en tí, Ricardo, algo de tu agonía, algo de muerte en tu vida para asegurar con tu tributo de dolor, la eterna y gloriosa bienaventuranza de mañana. Estaba segura de que yo era tanto como la mitad de tu existencia, que al alejarme de tu lado se alejaba la felicidad, digna ó no de tí, pero necesaria á tu alma como las venas á tu sangre. Y entonces,—conociéndote como te conocía, todo espíritu, todo vehemencia, todo vibración,—acorralado, desesperado por la angustia y el recuerdo, brotaría estallando tu pujante temperamento de escritor, y la gloria desvanecida entre la miel de los besos, volvería á nacer de una tierra más fértil porque era más amarga, del dolor, origen universal. ¿Comprendes? Era cruel para ser buena. Condené mi alma para salvarte.

—¿Quieres decir que mi gloria...

—Sí. Fué mi delito.

—¿Y si me hubiera muerto en el dolor?

—¡Oh, no! Eso no era posible!

—¿Y si hubiera sucedido?

Clotilde sacudió la cabeza con desesperación. Luego, enrojeciéndose, exclamó con firmeza:

—No... sé. Creo que era preferible verte muerto en la lucha á verte fracasado.

Ricardo la miró con estupor, como ante la revelación de un increíble milagro. No podía comprender que fuera posible colocar por encima del amor del corazón, otro amor más heroico y más divino: el amor á la Gloria, representación de la suprema fuerza.

—Sí, Ricardo. Tú bien lo sabes. Un fracasado es un muerto vivo, es un inútil que estorba, un despojo que afrenta, una vergüenza que no se lava jamás. Ni tú ni yo hubiéramos al cabo resistido la vida, viéndonos sufrir en la demanda de tu conquista imposible, no obstante el amor y la disculpa del amor. Yo era tu felicidad alcanzada, pero no tu deseo, tu esperanza, tu ensueño, tu quimera. Mi posesión era tu derrota y tu vencimiento porque era el silencio de tu satisfacción. Como en todas las cosas humanas, se hacían por desgracia necesarios el afán, la lucha, el obstáculo, el espejismo lejano, la crueldad de los sueños eternamente fugitivos. No era, en fin, tu dolor. Recordaba á la Laura del Petrarca. Recordaba á la Beatriz del Dante. Recordaba á todas aquellas mujeres que habían sido ya en las artes bellas, ya en las conquistas de sangre, en todos los esfuerzos heroicos y en todos los triunfos memorables, fuerzas «necesarias», «necesarias» aunque fatales. Sí, Ricardo. Tú mismo, en nuestros pasados lejanos dulces días de bienestar y ensueño, me las encareciste con todo el amor y la belleza que tú sabes poner á las cosas cuando te son amadas. Sí, tu mismo, yo lo he aprendido de tus labios, cuando tus labios me hacían el elogio, cuando yo era para tí más que tu propio arte...

Por los ojos de Ricardo cruzó un fulgor de ira.

—Eres diabólica. ¡Tuviste el valor de llevarme á la experiencia! ¡Tuviste el valor de precipitarme á lo desconocido sin temer por mí ni por tu suerte! Temerariamente segura, despiadada y audaz, jugaste el porvenir, el tuyo y el mío, colocando mi vida como una apuesta en el albur del destino, donde las cartas eran Glo-

ria ó Muerte. Pues bien. Mediocre ó grande, relativo ó completo, el triunfo fué tuyo porque vencí á la muerte y conseguí la gloria. Pero á costa de un sacrificio: Tu felicidad, mi amor. Hoy ya no existe para mí.

—¡No es posible, Ricardo! ¡No es posible!

—Es irremediable. El dolor, la duda, el tiempo, la confidencia de las ideas y las emociones á las páginas del libro, el generoso amor de mi madre que me prodigó sus bálsamos y sus consuelos, disiparon poco á poco las impresiones y los recuerdos, y sobre las cenizas apagadas del amor que fué, sólo queda flotando aún, la tibieza vaga y triste de mi melancolía...

—¡No es posible! ¡No es posible! ¡No, Dios mío!

—Sí, Clotilde. Sí. Acabemos de una vez. No hablemos más. Vete. Huye de mí. Olvida. Yo no tuve la culpa. Ya no es posible, no, no es posible. No podría volver á quererte...

—¡Ricardo! ¡Por favor! ¡Mira lo que dices! Eso no puede ser, Dios mío, no puede ser!

—Sí, puede ser, sí...

—¡No! ¡No! ¡Pensar que otra mujer, la primera, al acaso, la que menos valga, ocupará mi rincón en tu alma y acompañará tus pasos en la vida, con tu amor, con tu gloria, con tu corazón!...

Ricardo se encojió de hombros.

—¡Y! ¿Qué quieres? ¡Extraño y caprichoso juego de las fuerzas intangibles, que para algunos se llaman Dios y para otros fatalismo, azar ó combinación! Mas castillo que cae no vuelve á levantarse. Ensueño que huye no tiene retorno. Amor que se apaga no deja rescoldo. Otra quizá habrá mañana en tu lugar, en tu lugar no, porque tú no vuelves jamás á ser, pero te seguirá en la cadena misteriosa de las pasiones, y si no ha de borrar en absoluto tu recuerdo en mi vida, conseguirá al menos desvanecer el espectro de tu amor, que puede eternizar mi martirío perpetuando mi tortura...

—Sufrirás de nuevo, y en el desencanto de lo que se hace viejo volverás á olvidar...

—Olvidaré... Sufriré... Apuraré las agonías... Volveré á empezar... Así toda la vida, porque la vida es así...

—¡Tú, volver á sufrir! ¡Tú, en nuevas agonías!

—Déjalo. Es el destino. La felicidad no existe.

—Y el amor...

—¿El amor? Espejismos. Ansias de no sufrir, sufriendo siempre.

Callaron ahogados por la angustia de lo imposible, agobiados bajo la pesada sentencia de las ideas repercutidas en el pensamiento, volantes por encima de las cabezas malditas, estremecidas en los oídos con las últimas palabras. Era la fatalidad que los vencía.

—Vete, Clotilde. ¡Vete! Esto yá es irreparable, como los que se mueren. No me queda para tí más que piedad. No tendría ya valor ni para ofrecerte el socorro de un afecto de hermanos. Nuestra historia, nuestra desventurada historia nos ha separado para siempre y es necesario que volvamos retrocediendo á ser lo de antes, dos desconocidos, á perdernos de nuevo en la bruma del tiempo, en la vaguedad de las cosas, en la nada de lo que nunca ha sido... Necesitamos curarnos de nosotros mismos. Necesitamos olvidar, olvidar absolutamente. Deja á la vida seguir el designio de su voluntad.

—No, Ricardo, no! ¡No puede ser!

Clotilde sollozaba temblando, acurrucada en el extremo del sofá, poquita cosa del alma, sofocándose entre el pañuelo, abrasada por la fiebre de aquel fantasma del porvenir desolado, triunfante sobre la gloria de los pasados días. Ricardo, mirándola, sintió pena, y un ahogo le contrajo las mandíbulas. Eran ansias de llanto, angustiosas ganas de dar consuelo y pedirlo.

—¡Clotilde! ¡Vete! Mi madre puede venir...

—Tu madre...

La puerta se abrió lentamente. La figura esbelta y severa de una señora, vieja joven, entrecana, de perfiles serenos, altivamente marchita, apareció en el umbral. Ricardo y Clotilde bajaron la cabeza anonadados.

—¡Usted!

—Sí, madre. Clotilde. Yo te explicaré.

—Explicarme ¿lo qué? exclamó acercándose. ¡Tú eres, Ricardo, el que quieres explicarme!

—Yo, madre, sí.

—¡Te has olvidado ya! ¿Te has olvidado lo que has sufrido, los días de amargura entre la vida y la muerte, las angustias que me has hecho pasar por esa...

—¡Madre!

—Sí, por esa, que harta de tus amores te abandonó en busca de nuevas aventuras, de otros hombres que le dieran vidas que sacrificar, vanidades y vencimientos, serviles cortejos de coqueta donde triunfar sin condiciones... Purificada por tu amor de la tontería social, despreció al cabo tu amor porque sentía nostalgia de la tontería. Tenía el alma hueca y tu alma le abrumaba dentro de su vacío. Por eso huyó de tí, por eso sin comprender lo que le dabas ni lo que valías, arrojó tu vida y lo tuyo, segura de su tiranía, presintiendo el calvario de tus lamentaciones. ¡Yo te lo decía, Ricardo! ¡Yo te lo decía! Era como todas. Y como todas vuelve en los caprichos á martirizar á la víc-

tima, más propicia cuanto más castigada.

—No, madre. No es eso!

—No, señora. Yo no...

—Ya no te acuerdas, Ricardo, de tus desesperaciones, ni de tus angustias clamando por ella, de tus días de fiebre y de tus delirios sin consuelo. Ya no te acuerdas de las noches enteras de aquellas eternas veladas que pasé á tu cabecera, transida de cansancio, dañada de pesadumbres, enloquecida por tu suerte, implorando con mis lágrimas la salud que te faltaba, la felicidad que no tenías, la esperanza que te me llevaba poco á poco de mi lado...

Las últimas palabras vibraron temblando como si se ahogaran. Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la anciana, estremecida por un hipo de emoción y de coraje. Clotilde, abrumada por el destino implacable, se apocaba medrosa, hundida en el sofá, gemebunda y plañidera como los que han llorado mucho.

—¡Qué he hecho, Dios mío! ¡Qué he hecho! ¡Si yo lo hubiera sabido!

—¡Y ahora vuelves otra vez! ¡Quieres abandonarme!

—Pero madre, si no es eso!

—No, señora. Yo no...

—Vete, si quieres. Vete. Te has independizado de mi voluntad y ya es imposible vencer tu corazón. Otras son tus glorias y otros tus sacrificios. Pero óyelo, Ricardo: Negada por tí, yo ya no soy tu madre. Bien te puedes morir cien veces, que cien veces morirás sin que te conozca.

—¡Por Dios! ¡Por Dios, señora!

—¡No, madre, no! ¡Usted no comprende!

—¿Para qué? ¿Vas á inventarme acaso otra verdad? ¿Para qué? ¿Para qué? Yo que sé lo que has sufrido, yo que sé cómo asesina el dolor, yo que te he defendido de todas las ansias postremas, de todos los trances acerbos, no conozco otra verdad que la verdad del amor. Esa mujer te ha dejado ir hacia la muerte porque le faltaba el corazón. Más allá del corazón no puede existir otra disculpa. La vida comienza con un beso y acaba llorando porque los besos acaban. Todo lo demás es el mal, es la herejía, es lo monstruoso. Tú lo sabes porque eres mi hijo. Sigue, sigue adorándola ya que lo quieres, Ahí la tienes.

La anciana hizo un gesto de altivo y doloroso desprecio. Después, volviéndose hacia Clotilde, le dijo lentamente como una maldición:

—Sólo le deseo que pueda usted algún día ser la madre de un hijo que sufre.

Y salió del escritorio. Solos de nuevo, segundos de silencio pasaron, segundos eternos donde las voces tenaces palpitaban aún en los oídos en trémulas dilataciones. Clotilde entonces tuvo miedo, tembló en un pánico aterrador, y levantándose huyó hacia la calle, á la carrera, enloquecida.

—¡Es necesario! ¡Es necesario! exclamó. ¡Estoy maldecida! ¡Maldecida!

Inmóvil, aniquilado por tantas emociones, Ricardo escuchó la precipitación de los pasos que se iban. Una sombra cruzó por la ventana, y al volver la cabeza, imaginó ver aún la silueta despavorida de Clotilde, aquel su pobrecito amor sacrificado por su gloria, por la fatalidad, por el destino. Y echándose de codos sobre su mesa de trabajo, comenzó á llorar desesperadamente, como una criatura.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

Tres días después:

«Ricardo: No me acuses. No insisto Me despido. Serán las últimas noticias que tendrás de mí. A solas con mi desventura, he pensado que tú tienes razón. Yo me he sacrificado la vida inútilmente. ¿Inútilmente? Sí, inútilmente para mi. Ya nada soy porque nada valgo en tu existencia. Mañana parto con la gobernanta para el campo. Iré á morirme, á dejarme morir. ¿Entiendes? A exhalar lentamente la vida espiritualizándome hacia la nada. ¡La nada! ¡Sentir la áspera desolación del vacío sin poder llegar absolutamente á él! Es horrible, Ricardo, es horrible! Sé que la sociedad concluiría fatalmente por borrar de mi corazón mis viejos dolores y mis intornables alegrías. Por eso huyo de ella para defender tu recuerdo y vivirlo intensamente, todo lo que me sea posible. Quiero sacrificarte hasta el último aliento, desvanecer mi vida en tu homenaje como se desvanece el incienso en un altar abandonado. Hubiera podido matarme, pero siento repugnancia por la sangre derramada. Después, sería una cobardía para mí y para tí un remordimiento. Y yo no quiero hacerte sufrir, sino curarte de mi mal en un plácido é insensible olvido. Dentro de un año, el bullicio de la vida cantando á tu lado, el regocijo de los nuevos encantos y de las nuevas consagraciones, harán un piadoso silencio á lo que fué nuestra historia, y hundida en la paz eterna de las vaguedades imprecisables con todos mis recuerdos que serán mis flores de mortaja, dormiré para siempre como en una tumba. Te hará sonreir mi romanticismo, pero si otra cosa es el amor y el ensueño, déjame con él y perdónalo porque lo siento como la única virtud digna de vivirse: él es la consecuencia en la fe y la pureza de los ideales. Lo demás es brutal y doloroso.

Esta mañana he quemado mis trenzas, que estaban llenas de tí, de tus manos y de tus labios.—*Clotilde*.»

MANUEL MEDINA BETANCORT.



Ego (1)

Para Apolo.

I

De la materia

Porto mis crenchas á la antigua usanza
Nazarena y galante: mi cabeza
De heroico aventurero, la altiveza
Tiene del castellano en toda andanza.

En mis ojos de un verde de esperanza
Vibra mi alma; el oro que aun empieza
De mi bigote, oculta con tristeza
Un gesto venusino de asechanza.

Y entre mi corazón ennoblecido
Por el Ensueño, pasa y me enloquece
Como una lanzadera á poco ruido.

Una gota de sangre que enaltece:
De algún cacique fiero y aguerrido
O de un conquistador audaz y fuerte.

II

Del espíritu

Alma en pena, mi alma. Lo que hoy amo
Mañana hace una fuga hacia el olvido;
Sufro por lo que ha sido
Y por lo que será padezco y clamo:

Ni soy un soñador empedernido
Ni el realismo me fuerza á su reclamo,
Y de esta dualidad en que me inflamo
Se resiente mi espíritu abatido.

Una fuente, una nube, una quimera,
Una voz de mujer suave y sincera
Mi ánima exaltan. Sufro, gozo y lucho . . .

Luego me queda al fin de la partida,
La tristeza de haber amado mucho
Y un cansancio infinito de la vida.

Ocaña — Colombia — 1908.

Edmundo VELÁZQUEZ.

(1) Publicamos estos sonetos tal como nos los envió el autor. El primero trae un verso libre de rima, como habrá notado el lector al final del segundo terceto. — N. de la R.

En un templo

Bajo relieve

Este libro es un bosque en donde el canto de las aves celebra tu Belleza.

Yo, esas aves melódicas no espanto.

Soberbio en su tristreza, el buitre solitario, que aislado y sanguinario, en abrupto peñón de la alta sierra soñando con la guerra el ala negra bate, con heroicas nostalgias de combate, y cuyo grito audaz tan solo estalla fatídico y salvaje, cuando agita furioso su plumaje sobre el sangriento campo de batalla: no extenderá el ala ensangrentada, ni lanzará su lúgubre graznido, aquí donde en idílica bandada, las aves cariñosas han venido á cantar tu Belleza inmaculada.

—

Este libro es un Templo en donde canta, un coro de creyentes tu belleza.

Detengo ante él la planta. Inclino la cabeza. No voy al Ara Santa, ni nuevo Ozáa extenderé mi mano, sacrílego y profano, á donde está la santidad del Arca...

Incurable heresiarca, de extraño culto y con ajenos dioses, no lanzaré mis voces, hechas para el rumor de la Blasfemia, aquí donde se premia la fe de un alma pura con cantares.

Yo, peregrino adusto, no entraré á profanar tu Templo, augusto, ni arderá en tus altares mi cirio de rebelde iconoclasta.

¡Oh, niña bella, y cuanto bella casta!

El viajador obscuro que no ha querido que tu Fe se asombre, escribirá por fuera sobre el muro del Templo blanco y puro, su perseguido nombre.

Y, ese nombre por tantos combatido, será en el templo alzado á tu pureza como un Bajo-relieve, allí esculpido, para probar á cuántos ha rendido el poder cegador de tu belleza.





Lápida

En la muerte de Carlos Pezoa Véliz

Para Arouo

Ah interminable mañana!
Anda día, turbio día!
En el Sol no hai alegría
ni piedad . . .
Esa campana

fastidia sobremanera
con su toque de oración.
Apague su áspero són
la campana vocinglera!

Más silencio!
A dónde vas,
poeta? . . .
No haya rumores.
Más silencio, mucho más!

Así callada, callada,
es una Ofelia sin flores
la Poesía enlutada!

JORJE GONZÁLEZ BASTÍAS.

Rimas prostibularias

Para Arolo.

En el salón de baile, lujoso y asfixiante,
las notas incendiarias, resuenan de la orgía:
la risa entrecortada; la sátira quemante;
la charla purpurina; el vals y la alegría...

Desfilan las rameras de carne palpitante,
brindando sus caricias, preñadas de falsía,
y jóvenes y viejos, con ansia delirante,
se agitan por la sala, regando su ironía.

Las bocas de Afrodita, sensuales y carnosas,
apuran del champaña el fuego embriagador:
y en ángulos velados, por telas vaporosas,

el beso envilecido, resuena incitador...
De cuando en cuando se abren cortinas misteriosas,
que ahogan con su bruma los triunfos del amor...

II

En esa misma casa, en esa misma hora;
mientras la orgía expande su intensa calidez,
en solitario lecho se ve una pecadora,
que siente de la muerte la horrible gelidez.

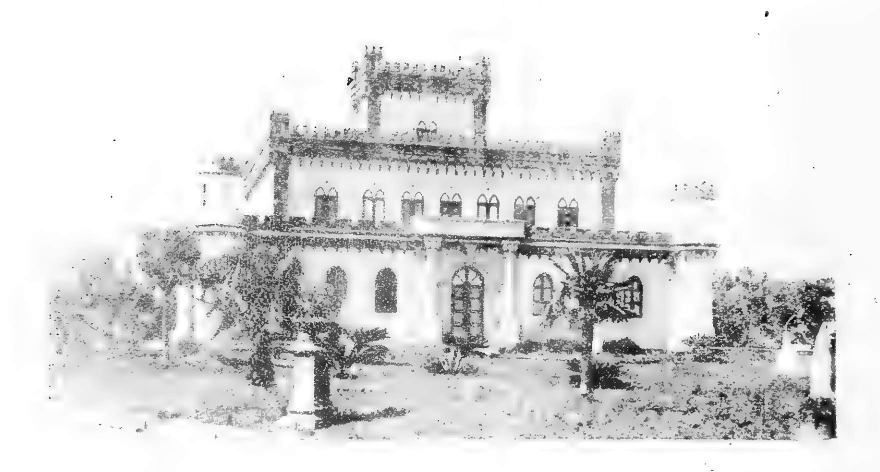
Comprime las almohadas, y amargamente llora,
al ver en un espejo su intensa palidez...
Y llama... Y nadie la oye..¡Su voz desgarradora,
se apaga con el valse: la eclipsa la embriaguez.

Las horas se desmayan, fatídicas y lentas.
En medio de la fiebre voraz que la arrebata,
recuerda su pasado de vívidas tormentas...

Lanza un postrer gemido.... su rostro se dilata...
Retuerce con angustia sus manos macilentas,
y expira en el instante que cantan la *Traviata!*

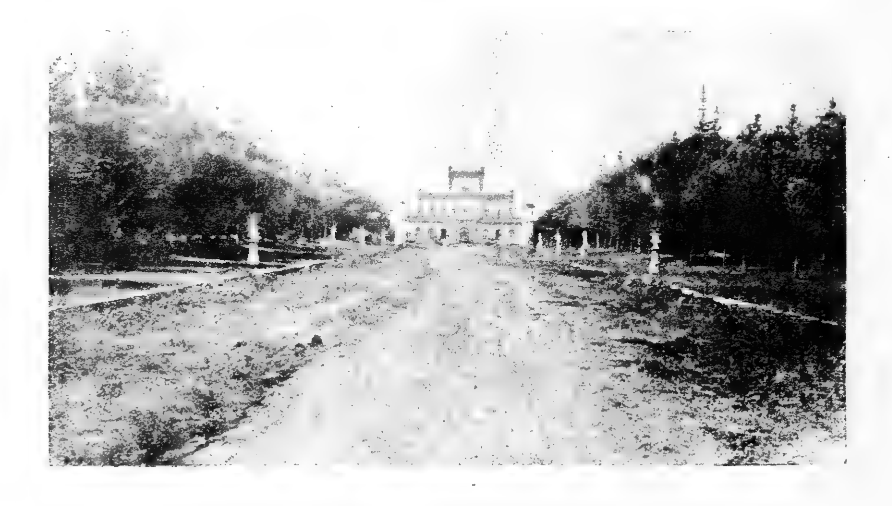
CLAUDIO DE ALAS.

VISTAS DE



Piriápolis será dentro de breve tiempo el recreo obligado de los viajeros y excursionistas que visitan nuestras playas.

El Gran Hotel Balneario que será inaugurado próximamente tiene capacidad para más de 300 personas y es reputado el mejor de la América del Sur.



PIRIÁPOLIS



Situado en una de las regiones más saludables de la República donde la vegetación exuberante tiene las mismas proporciones que la del trópico el Balneario Piriápolis está llamado á ser la Meca de nuestras peregrinaciones veraniegas. — Las vistas que publicamos han sido sacadas recientemente



Desesperanza

Para A[illegible]

¡Qué infinita tristeza la que fluye
de tu forma por siempre ya dormida!
¿Por qué la muerte me robó tu vida
y con mi única esperanza huye?

Yaces muerta y un llanto inagotable
brota de mi pobre alma sin ventura,
mientras digo, pensando en tu hermosura:
¿por qué lo bello no será inmutable?

¿Por qué el alma desgarra el cautiverio
que la oprime, y en vez de detenerse
surge á la inmensidad para perderse
en la inviolada noche del misterio?

¿Por qué en la vida tan fatal derrumbe?
¿Por qué se calla el corazón inerte?
¿Por qué el llanto inefable que se vierte
mientras el alma de dolor sucumbe?

¡Ah! Yo pienso mirando hacia el destino
que nos brinda tan hondos padeceres,
que es la muerte que inmola ciertos seres
un inconmensurable desatino!

Me digo todo esto, cuando inerte,
vislumbro tu cabeza inmaculada,
perdida en las blancuras de la almohada
con la triste fijeza de la muerte.

Son las hondas angustias de mi duelo,
más negras que la noche de la vida.
¡Pareces una blanca prometida
que á desposarte fueras en el cielo!

Albean en tu seno malogrado,
jazmines de inefables transparencias
que me parecen lácteas florescencias
amamantando cosas del pasado!

Cómo se quejan en el alma opresos
los sinsabores que el dolor provoca . .
y cómo tiembla, exánime, esta boca,
huérfana del encanto de tus besos!

Qué sentidas caricias me brindarás
si aun estuvieses al amor despierta!
No puedo comprender cómo estás muerta:
me parece, más bien, que dormitaras.

. . . .

Oye, dolor, que reinarás eterno
al abatir por siempre mi cabeza:
Dale una oscura flor á mi tristeza:
también tiene sus flores el invierno!

. . . .

Todo acabó! Tu muerte asaz temprana,
nos aleja en terrible despedida;
y si todo es efímero en la vida,
Sollozando te digo: ¡Hasta mañana!

Hasta mañana! Y el destino quiera
que pronto doble mi cansada frente;
amaré tu recuerdo santamente,
tenlo seguro, mientras no me muera.

Al huir para siempre de este suelo
hay en tu faz tan majestuosa calma,
que acaso miras tu inefable alma
en un raudo volido hender el cielo.

Es hoy la mía un gran desierto triste
que no alienta ni un solo germen vivo
pero tiene un oasis compasivo,
formado con los besos que me diste!

Su amparo buscaré, cuando aterido,
venza el dolor mi espíritu cobarde,
como regresa, cuando cae la tarde
el zorzal melancólico á su nido.

Y allí te amaré más, en los minutos
en que el ocaso entristecido llora,
y apagaré mi sed abrasadora
exprimiendo la savia de sus frutos!

Hoy me causas envidia, cementerio,
al pensar en la gloria que te espera.
Guarda su cuerpo en tu mansión austera,
y ocúltalo en las sombras del misterio.

Que junto al mármol de su tumba fría
ó entre las hojas de un ciprés clemente,
como una taciturna ave doliente,
hará su nido la tristeza mía . . . !

José VIAÑA.

Hermosa y tonta...

Entrando á la casa, se percibe un fuerte olor á perfumes. A la derecha, en el patio, una habitación amueblada con lujosos divanes y grandes espejos; una hermosa araña que esparce sus luces de galas, pende del techo en su centro. Sobre los divanes, perezosamente reclinadas, están las mujeres expendedoras del placer. La patrona, Ercilia, una joven y esbelta mujer, con una sonrisa acariciadora, se levanta á recibirnos.

— En vuestra casa; — nos dice — podéis tomar asiento, mis amables amigos.

Se inicia una conversación franca, expansiva. Se ríe fuerte, se chacotea, se crítica á medio mundo. El palurdo tal, que siempre acude con refranes nuevos, olientes á *cursi*; el sobrino del ministro aquel, siempre haciendo sonar las monedas en el bolsillo; el teniente de artillería, de caprichos infames; etc.

— Pero Sara — interrumpe Ercilia — tú siempre triste, retirada. Qué haces en ese rincón? Acércate tonta!... Es una mujer que no la comprendo, siempre silenciosa, fria; oye y calla.

Observéla un instante. Alta, blanca hasta el trasluz de las venas, de cuello grueso y salientes senos. Vestía un batón rosa pálido y sobre su rubia cabellera lucía un lozano jazmín. Nuestras miradas se encontraron. Bajó la vista con una cadencia sublime. La curiosidad me impulsó á su lado. Ofrecíle un asiento y comenzamos á hablar. Aquel dejo de sentimentalismo profundo aquella sonrisa de expresiva amargura, obraban sobre mi como un supremo dolor. Hablamos de la vida...

... No sé reír, ni sé alegrarme. Ercilia reniega. Hermosa y tonta es una desgracia, dice. Cómo reir? Cómo alegrarme? De qué y por qué? Después de arrancarme del seno de mi familia, donde era mimada por mis padres y mis hermanos, adulada y agasajada por mis amigos, para arrastrarme hasta aquí...

El rostro fué húmedecido por ese llanto silencioso que mana desde el fondo del alma y un breve silencio se hizo. Hablaba pausada, con una tristeza profunda.

— Y, dime, quién fué...?

— Fué... bah... fué un amigo que dijo amarme... Amigo de mis hermanos, de mis hermanas, de mis padres... Nos iremos y nos casaremos, fueron sus palabras. Nos fuímos, pero casarnos... Cuando se aburrió me abandonó. Ercilia lo supo. Había sido condiscípula mía y como tal me visitó. Me habló de las bellezas de esta vida, y yo, incauta..., ya lo vé... Ahora, quiere que ría, que me demuestre alegre... Reírme... alegrarme... De qué... ¿Por qué...?

MARCOS FROMENT.

Ovidio Fernández Ríos



Por jardines ajenos

"Por los jardines del alma", de Ovidio Fernández Ríos

¡Aun existen soñadores! ¡Aún!

Ellos sí, son los héroes opuestos á esa legión de autómatas, que han seguido el camino de las más vergonzosas claudicaciones supeditando á las locuras del vicio las virtudes del ensueño del cual

abominan; abjurando de las ideas que alimentan los hombres libres predispuestos á la lucha, y ensayando genuflexiones con las que pagarán los favores de los Cresos.

El ensueño es, pues, un símbolo del heroísmo; una forma de lucha contra el Minotauro del oro que todo quiere acapararlo y domeñarlo á su antojo, protegido por la inercia de unos y la indiferencia de los otros, seres nacidos para la vida animal en un imperio de orangutanes.

Por eso, toda vez que me llegan en forma de libro las manifestaciones de un espíritu superior al que no arredra el avance de la fauna mercantilista, me siento inclinado más que al elogio á la admiración, sin creer por eso, como muchos, que el elogio de la obra ajena sea dicho en perjuicio de la propia.

Mucho regocijo me ha causado la aparición del libro de Ovidio Fernández Ríos, digno, por su estructura y concepto, de loa y consagración.

Era esperado entre nosotros un poeta así, que uniera á las exquisiteces de la poesía lírica las notas y el vigoroso empuje de la épica, pero conservando en ambas la belleza de la forma y siguiendo estrictamente el evangelio del arte. Otros intentaron antes conciliar las dos tendencias convencidos de que ello era factible, pero debido á su carácter ó á su predilección por una de ellas fracasaron lamentablemente, incurriendo en futilezas negativas de su talento ó cayendo inconscientemente en el abismo de la imitación servil.

Por los jardines del alma es la exaltada obra de un poeta combativo y á veces sentimental. Estrofas ricas de savia, de una fluidez á todas luces divina, que deleitan y dominan el espíritu encaminándolo hacia el corazón de la vida, las de Fernández Ríos son un trasunto del alma contemporánea, tan difícil de sondear por lo compleja y contradictoria. Muchas de ellas traen un soplo del sentimiento del poeta que rememora el pasado con ferviente devoción, ó un rasgo de su idiosincrasia que nos habla de la verdad con el viril acento de los apóstoles apasionados. Entonces, Fernández Ríos nos ofrece todos los matices y todas las notas de su temperamento tropical que, ora se desborda en vehementes imprecaciones contra la canalla que le asecha en la sombra; ora en consuelos para los humildes cuya es la aureola del dolor; ora en explosiones de soberbia respondiendo á sus detractores, ó bien en serenas expresiones sobre la tristeza de las realidades humanas.

Las composiciones *Chispa de ira, Lacrimæ, Cantos de la*

lucha, *Desde la cumbre* y *La eterna sombra* son un bello conjunto de axiomas que nos revelan la tendencia filosófica de este poeta moderno tan dado á largas meditaciones de las cuales el fruto es siempre positivo y eficaz. El estilo personal de dichas composiciones cuyo brillo no obscurecen las sombras de la retórica ni los artificios de la decadencia; el esfuerzo innovador que él señala, y los grandes aciertos con que termina cada estrofa, han hecho de ellas la escala por la cual asciende el autor á la cumbre de los grandes triunfos. En esas estrofas de rebelión y de verdad la belleza plástica harmoniza con el ritmo y con el pensamiento exuberante porque el artista se ha igualado al pensador y la labor de ambos se nivela.

Una de las características más encomiables de Fernández Ríos es la de exaltarlo todo en versos cuyas figuras nos dan una idea acabada de las cosas que canta y cuya harmonía tiene la virtud de conquistarse la voluntad del lector menos sensible. Leed *Pórtico* y os sentiréis arrastrados por sus palabras revolucionarias y por su soplo musical.

La poesía amatoria y la descriptiva en general tienen en este poeta un digno y noble representante que imprime sobre nuevas formas el sello indeleble de su originalidad y produce emociones de humano y hondo sentimentalismo. Ahí tenéis: *Epitalamio*, escrita en alejandrinos pareados tan suaves y cadenciosos que remedan una teoría de cisnes deslizándose sobre un lago; *Baile de máscaras* y *Rojo y Negro*, cuyos hemistiquios sonoros presentan giros flexibles y cambiantes aterciopelados; *Visión*, evocativa toda ella de las cosas de la Alhambra y cuyos frescos dodecasílabos sucédense apaciblemente como los acordes de una guzla mora; *La canción de las campanas* y *Ya nos iremos*..., ambas leves y emotivas; *Infortunio*, en que el poeta vuelca con pasión su cáliz de amargura rememorando á su amada muerta, y ese galante soneto: *Perdonad á este pobre*... tan divinamente cerrado con este *porqué* elocuentísimo:

« Porque de vos yo quiero, noble Señora mía,
Lo que siempre se piensa y no se dice nunca! »

Ovidio Fernández Ríos es un poeta que ama y siente el madrigal pero no abandona la epopeya á la que es aparente su temperamento de luchador fogoso y en la cual su numen adquiere la talla de un Tirteo subyugador. El sabe que ha nacido para la lucha y para el ensueño como la mayoría de los escritores modernos, pero no

traiciona su vocación. Es un luchador y un soñador cuyos gestos, á veces, se contradicen. Más en este caso la contradicción no es sino un rasgo de la sinceridad del poeta cuya alma está expuesta á los huracanes íntimos que provoca la perspectiva del horizonte social ó el pesimismo de la juventud pensante.

Cuando dice:

«La libertad es grande como el mundo
Y el mundo es uno solo para todos!»

el trovador se yergue en rebeldía y su voz tiene la firmeza de un convencido avezado á los embates de la suerte.

Yo creo que el artista moderno debe ser un sembrador de ideales cuya cosecha disfrutarán las futuras generaciones, más aptas para la libertad que las de hogaño por la experiencia que legarán de sus mayores y por la evolución de la sociedad en estos últimos siglos.

¡Desgraciado quien dice que al artista no debe importarle la libertad!

El arte no implica de ningún modo la sumisión absoluta á los potentados ni á los déspotas.

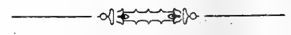
La era de los artistas áulicos pasó á la Historia y sólo en ella persiste su recuerdo como una sombra de la conciencias antiguas tan fuertemente apegadas al fausto y á las pompas reales.

El artista de hoy es un emancipado que, ó bien canta la libertad, ó bien la traiciona al precio del lujo y la comodidad.

Y Ovidio Fernández Ríos ha optado por lo primero, figurando así en la falange de los escritores libres.

Yo aplaudo en él al luchador y al artista y les estrecho la mano después de haberme deleitado por los jardines del alma donde ellos me condujeron.

PÉREZ Y CURIS.

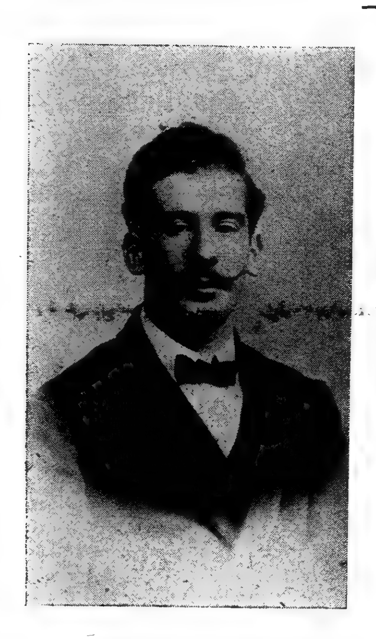


A. Goby

Nuestra carátula luce hoy un hermoso trabajo del exquisito artista cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas.

Elogiar al Maestro que en ambas repúblicas del Plata ha conseguido un justo renombre y conquistado tantos triunfos, nos parece innecesario. Además, para ocuparnos de él, dignamente, necesitaríamos más espacio y tiempo, que emplearemos en una serie de estudios de arte, de próxima publicación. En tanto, agradecemos al artista su valiosa cooperación.

Poetas nuevos



Julio J. Casal

« Helénica »

A Pérez y Curis.

Es ánfora sutil de evocaciones,
un ensueño de amor donde palpita
del pasado — las regias tradiciones...
Bajo las alamedas, una cita:

El rubio paje de tus ilusiones
y tu canción la blonda sulamita...
¡Hay un beso de luz en la exquisita
sentimimentalidad de tus canciones!

Hay un pálido azul en los mirajes
miríficos, sonoros de tus versos,
biombos dorados y jarrones tersos —

surtidores que cantan leve trino,
el grato rumorear de los follajes,
la sombra que se pierde en el camino...

Julio J. CASAL.

En retirada

Para Apolo.

Con mi dolor á cuesta,
Yo seré el nuevo Sísifo errabundo
Huyendo siempre de la humana fiesta
Dejando atrás el muladar del mundo !

No. No llamo á la muerte
Para ahorrarme el sufrir de mi caída
Para ahogar los reveses de la suerte
Que fué el azote de mi ingrata vida.

Me voy lejos, muy lejos
Ni yo mismo lo sé, tal vez acaso
Al ocultarse el sol, ya sus reflejos
Sólo alumbren las huellas de mi paso.

A dónde voy ? Lo ignoro ;
No voy en busca de mejor destino
Nl me seducen ni el poder, ni el oro
Ni tampoco la sed de peregrino,

Yo voy quien sabe à dónde
Para siempre á perderme en lontananza
Allá muy lejos donde el sol se esconde
Donde la vista del mortal no alcanza !

Ricardo PASEYRO.

Montevideo, Diciembre 1908.

El Amuleto

Para Apolo.

La tarde más feliz de nuestras citas
en el transcurso de un amor velado,
tus ojos en un llanto idealizado
me ofrendaron sus lágrimas benditas.

En las propicias lumbres infinitas
de mi cielo interior — opalizado, —
oculté con ternura el cruel pecado,
de conturbarte con amargas cuitas.

Te emocionaste en esa lucha grata
y ardieron tus mejillas de escarlata
por la embriaguez de un trémulo secreto

que delató tu mano caprichosa,
al privar á tu pecho de una rosa
para que de ella hiciera mi Amuleto.

Carlos María de VALLEJO.

Montevideo, 1908.

Juan Vicente Gómez

Reproducimos de *Venezuela*, revista que publica en París el gallardo escritor Pedro César Dominici, el presente artículo, escrito con motivo de la caída de Cipriano Castro, el inmundo déspota venezolano, y la exaltación de Juan Vicente Gómez á la presidencia de la República. — *N. de la R.*

Por última vez el Destino pone en manos de este hombre afortunado la suerte de la República! Sobre los hombros del soldado que en diversas ocasiones afirmó con su espada la tiranía tambaleante, descansa momentáneamente el honor de la Nación! ¿Tendrá conciencia ese hombre de la altura en que se encuentra? ¿Sabrá abrasarse su alma en el supremo ideal de la Libertad? ¿Cumplirá sus deberes para con la Patria oprimida? ¿Tendrá alas de cóndor ó alas de cuervo? ¿Bajo la púrpura de su ambición se esconderá el servidor manso y sumiso, ó el libertador de un pueblo esclavo?

No necesitamos requerir en las entrañas de la víctima, ni entrar en el delirio místico de la pitonisa de Delfos para adivinar el porvenir: cortos días bastan para descifrar el enigma y descorrer el velo de los misterios.

Las ofensas y humillaciones que Castro ha inferido á Gómez públicamente bastarían para romper la más sólida amistad, que sin deshonrarse pueden cultivar dos hombres. Juan Vicente Gómez no puede olvidar el oprobio de la Aclamación del Terror, ni el papel ridículo que alevosamente Castro hizo desempeñar entonces al hombre que en La Victoria le había salvado la vida y el trono. Celoso de los laureles de su rival, el odio del sátrapa fué aumentando hasta la ruptura. Los amigos del vice-presidente conocieron los encantos de las cárceles «restauradoras» y las tristezas del destierro, y Gómez mismo no osaba salir de su casa por temor de ser asesinado, ó preso, por orden del héroe de Capacho. Vigilante de sus propios intereses, Doña Zoila—ilustre consorte—observadora de la consunción que minaba la salud de Cipriano, juzgó prudente reconciliar al presunto sucesor con el estropeado cónyuge, suponiendo que aquel había de protegerle la cuantiosa fortuna del difunto: y la reconciliación fué hecha por manos femeninas. Reconciliación aparente. Gómez, hosco y taciturno, siente tras sí la hostilidad hipócrita del tirano; y sabe que sólo la mala salud de éste le ha impedido hasta ahora destruir completamente á su rival.

¿Por qué ha soportado Juan Vicente Gómez las más dolorosas infidencias y las embozadas vejaciones de su jefe, sin chistar, en admirable mutismo, sin intentar el gesto varonil de la protesta? ¿No aguardaría inquieto la hora del desquite? ¿No le ahogará la cólera al recordar los ultrajes recibidos? ¿Tiene ese militar alma de siervo? ¿O se imponía tales sacrificios para salvar más tarde al país de las garras de la tiranía?

No cuadra al guerrero vivir de hinojos. La actitud propia de frailes y sacristanes no está bien para quien ha conducido ejér-

citos y dormido en el estruendo de la metralla. El militar debe estar siempre de pie, ó sobre los estribos de su corcel, no de rodillas.

¡Cuán más noble destino, y cuántos varones ínclitos de altas virtudes y alma generosa no envidian hoy el sitio que ocupa Juan Vicente Gómez!... Romper las cadenas de un pueblo esclavizado ès la más grande hazaña á que puede aspirar un soldado. Reedificar el imperio de la Ley sobre las ruinas de la satrapía, crear de nuevo la República, devolverle á los ciudadanos sus derechos conculcados, la libertad de reunión, la libertad del pensamiento. Abrir las puertas de las cárceles en donde gimen enyugados desde hace años, ancianos que ya contemplan la almohada de la tumba, jóvenes altivos que pasan los mejores años de la juventud tras los muros de la ergástula: ¡por el horrendo crimen de no amar á Cipriano Castro! Devolver la alegría á la mujer venezolana, cuyo rostro, cansado de llorar ya ha olvidado hasta la sonrisa. ¡Qué mayor gloria! ¡A qué satisfacción puede aspirar mortal alguno superior á la infinita dulzura de quien devuelve al seno de la familia al pariente prisionero. Alrededor del recién llegado todos lloran, madre, esposa, hermanas, hijas; pero no son lágrimas de tristeza las que surcan aquellas mejillas: son lágrimas de dicha inefable y purificadora, lágrimas de amor.

¿Valdrá más para Gómez el amor ponzoñoso de la serpiente á quien llaman Cipriano Castro, que el amor del pueblo venezolano? ¿ ó se imaginará él que sus deberes de magistrado son con el tirano y no con Venezuela? ¿Creerá acaso que aquella tierra es feudo y bajalato de Castro hasta que la obra del gusano lo consuma? ¿Nueve años de criminal despotismo y cien millones de francos no le parecen suficiente premio para su antiguo amigo?

La reacción contra la tiranía es evidente. Nuestro pueblo no ha podido llegar á tal grado de abyección que no pueda despertar de la ignominia.

La figura del general Juan Vicente Gómez aparecerá ante la Historia: ó como la de un benefactor de su Patria esclavizada, ó como la más débil de nuestra política, manchada con los crímenes de Castro y con las infamias de una época vergonzosa y funesta.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.



Rojo

Para APOLO.

Yo soy un soñador que por la Vida
Cruza con un enjambre de quimeras.
Pensando en las auroras venideras
Do vislumbra la Tierra Prometida...
Cuando yo lucho, nada me intimida;
A las olas que se alzan altaneras,
A las nubes plomizas, mensajeras
Que del Dolor anuncian la venida:

A Emilio Boix, cariñosamente.

Les presento mi pecho adolescente,
Que semejando un gladiador valiente,
Ante la fuerza del más rudo embate,
No siente ni el temor ni la zozobra:
¡Tiene el poder que basta y aun le sobra
En las ardientes horas del combate!

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

Faces radiosas

Para Apolo.

Esta noche el paisaje me cautiva
Con sus oros, su múrice y su plata:
Cada estrella es un alma pensativa,
Cada rama una flébil serenata.

La fuente melancólica, en la riba
El raudal de sus perlas desbarata,
Y arde como una lámpara votiva
La luna, siempre misteriosa y grata.

En el leve mutismo del paisaje,
Donde prende la bruma albas de encaje,
Flota el alma sublime de las cosas;

Y en mi espíritu. enfermo de belleza,
Florecen con romántica tristeza
De la Reina Ilusión, todas las rosas.

Guillermo LAVADO ISAVA.

La Victoria — Venezuela — 1903.

Mi profecía

Para Apolo.

Por verte siempre joven ha roto Sagitario
el arco de sus flechas. Y Dios lo ha consentido...
Para que fueras triste la noche ha detenido
sobre tus ojos negros su tardo dromedario...

Para que fueras blanca, el sol — el presidiario
de la celda imposible de tu cutis — ha ido
encaneciendo, y tiene de nieve enriquecido
su venerable manto, como un rey solitario...

Por ti se purifican todas las cosas bellas;
por ti las flores quieren besar á las estrellas
y aspirar el perfume que en el aire derramas,

¡hasta claudica Eolo para beber tu aliento...!
y yo que te comprendo, y te amo y te presiento
no puedo ni siquiera saber cómo te llamas...

Lorenzo VICENS THIEVENT.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

SALVADOR RUEDA Y RUBÉN DARÍO, *por Andrés González Blanco. — Librería de Pueyo. — Madrid.* — Es un hermoso estudio de la personalidad de aquellos poetas y de la poesía española en estos últimos tiempos. Escrito en ese gallardo estilo que ha hecho de la obra de González Blanco un verdadero símbolo literario, el libro que me ocupa, lleno de interesantes conceptos y notas personalísimas paréceme, no obstante, un tanto apasionado. No sé si ello es debido á la discrepancia de ideas que existe entre González Blanco y yo con respecto á la labor de aquellos poetas y al esfuerzo que ella significa comparándola con la de otros que en España y América señalaron también nuevas orientaciones poéticas. De cualquier modo: el libro de González Blanco, bien nutrido y documentado, se hace acreedor al elogio sin reservas, por la nobleza del concepto y por la plétora de conocimientos que denota. Mis aplausos al joven literato. — PÉREZ Y CURIS.

BATALLA DE ODIOS, *por Rafael López de Haro. — Librería de Pueyo. — Madrid.* — Con una fina dedicatoria de su autor hemos recibido esta novela de un conjunto bello y armónico. La acción de *Batalla de Odios* se desarrolla en una aldea y de Haro hace desfilar allí todas las miserias morales, la avaricia y la ruindad que constituyen la vida de sus habitantes. Está en lo cierto López de Haro cuando dice que *hay quien canta á la paz de la aldea sin conocerla.*

Muy bien pintado está ese abogado joven lleno de buenos propósitos, que prevarica porque la parte contraria la representa una mujer bella y seductora.

Batalla de Odios es un libro de estilo y de observación. Han colaborado en él el artista y el psicólogo, ambos con igual suerte.

Vayan al autor nuestras sinceras felicitaciones. — FLOR DEL LACIO.

LAS NUEVAS TENDENCIAS LITERARIAS, *por Manuel Ugarte. — F. Sempere y C.ª — Valencia.* — El laborioso escritor argentino Manuel Ugarte, nos ha enviado un ejemplar de su último libro, así titulado. En *Las Nuevas Tendencias Literarias* se ocupa Ugarte de nuestra literatura contemporánea y de la labor de los escritores que más se han distinguido en América en estos últimos años. Los capítulos «El *modernismo* en España» y «Una ojeada sobre la literatura hispano-americana» son dos hermosos estudios que ponen de manifiesto la serenidad de criterio y la benevolencia con que procede Ugarte después de observar las características de cada escuela y su influencia en pro ó en contra del verdadero ideal literario. Agradecemos el envío. — PÉREZ Y CURIS

LOS MAESTROS JÓVENES. — «GÓMEZ CARRILLO», *por Eduardo de Ory. — Librería de Pueyo. — Madrid.* — Hemos recibido este estudio de psicología literaria sobre la obra incansable y proficua del exquisito Gómez Carrillo, ya consagrado como maestro de la joven literatura hispanoamericana.

Ory, con elegante estilo, describe en él sus impresiones íntimas acerca de la belleza que encierran todos los libros de Gómez Carrillo. Agradeciendo el envío, adherimos al de Ory nuestro más sincero aplauso para el notable maestro. — OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

NUEVO CANJE

EL POSTA ANDINO. — *Mérida (Venezuela).* — Acusamos recibo del número 4 de este periódico de literatura, política, etc., que dirige el señor Nicolás Fernández T.

GÉNESIS. — *Mérida. — (Venezuela).* — De esta interesante revista de literatura nos ha llegado el número 22, repleto de excelentes materiales.

BLANCO Y NEGRO. — *Santo Domingo.* — De la tierra de Tulio M. Cestero también empieza á llegarnos canje. *Blanco y Negro*, que es una hermosa publicación artística, registra en sus páginas firmas de consagrados escritores dominicanos.

LA CUNA DE AMÉRICA. — *Santo Domingo.* — Es ésta una bellísima revista de ciencias, artes y letras, que se publica bajo la dirección del señor Juan Elías Moscoso (hijo). Los números 86 y 88 que tenemos á la vista traen un excelente material de lectura y, numerosos fotograbados. *La Cuna de América* ocupa un alto puesto entre las más selectas revistas del continente.

EL FIGARO. — *San José de Costa Rica.* — Revista semanal ilustrada, de exquisita presentación y selectos materiales. Nos ha visitado el número 87 correspondiente al 17 de Octubre de 1908.

—

Establecemos el canje de práctica con las revistas arriba nombradas.

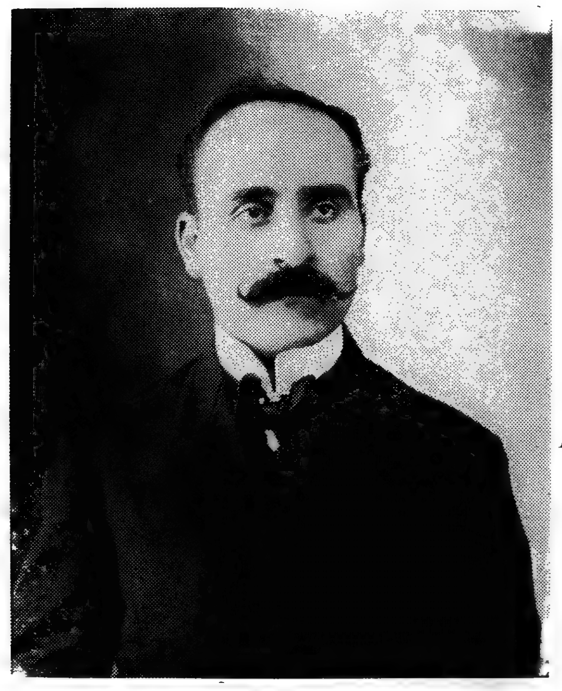
En nuestros próximos números nos ocuparemos: de las novelas: «Sor Demonio», de Felipe Trigo, y «El Tormento de Sísifo», de Augusto Martínez Olmedilla;

y de los siguientes libros de Francisco Villaespesa: «El Patio de los Arrayanes», «El libro de Job», «El Mirador de Lindaraxa» y «Zarza Florida» (novela).

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

—

Atiende pedidos de la campaña.

—

Consulte usted los precios que van al pie.

—

La casa no tiene competencia.

—

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de $ 10.00	á $ 22.00		
Jacquet	» » 22.00	» » 28.00	forro de seda	
Smoking	» » 18.00	» » 28.00	» » »	
Levita.	» » 30.00	» » 40.00	» » »	
Frac	» » 30.00	» » 40.00	» » »	
Sobretodos	» » 12.00	» » 22.00	» » »	
Pantalones	» » 2.00	» » 7.00		
Chalecos fantasía	» » 1.00	» » 5.00		

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

APOLO

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis
Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

Imp. «La Rural» de E. Ramos — Florida 84 y 92ª

APOLO

AÑO IV

Numero 25



MONTEVIDEO — MARZO DE 1909



REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY, LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	$	0.15	oro
de lujo	»	0.20	»

❀ ❀ ❀

Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV | Montevideo, Marzo de 1909 | N.° 25

La muerte es la Paz

Es el de cronista, triste oficio. Siempre el alma inquieta, volando de miseria en desgracia, de infortunio en desventura, poniéndole glosa á la maldad, comentario á la injusticia: torturada la imaginación, en su empeño de hallar en dramas vulgares, esencia de idealismo, delicados matices y póeticos tonos; elaborando el espíritu, con el pesar ajeno, la propia tristeza: Como el hidalgo loco de Cervantes, el cronista, fijo en el Clavileño de su dolor, recorre con la fantasía el espacio sin fin de todos los dolores.

Es inútil que busquemos notas alegres. Sólo un asunto, tristísimo en el fondo, induce y mueve á la risa: la eterna imbecilidad humana, dando oídos á manifiestos pomposos de partidos que murieron, por abandono de la idea que era su espíritu; á propagandas de una política, que porque nada tiene lo promete todo.

Ya lo dijo Larra. El hombre, que deja engañar su apetito con vana palabrería, promesa de poco substanciosas libertades, es el más estúpido de los animales. Tiene hambre, pide pan; le ofrecen derechos y se conforma. Y á la postre, sólo un derecho, que no le prometieron, goza y disfruta: el derecho de morirse.

Descontada esta risible tristeza — valga la antítesis — los periódicos, sólo sangrientos relatos de crímenes y desgracias publican. Por igual sentimiento de egoísmo, la alegría se esconde y el dolor se muestra: aquélla para que ninguno la comparta; éste para que todos le lloren. La vida, como el mar, solo arroja á la superficie los cadáveres.

Y sin embargo, entre tantas muertes, hay una que de todas se destaca.

No es fin al que se llega, llenos los ojos de sangre, por rebelión de grosero instinto ó á impulsos de colérico arrebato: es muerte serena, producto del dolor sedimentado, de la amargura reflexiva.

A la vista de Algeciras un súbdito alemán, pasajero del vapor correo de Ceuta que atraviesa el estrecho, se arrojó al mar, dejando clavado en la borda un papel que decía: «Mors est pax laboris et miseriæ».

A este hombre le pareció que la existencia no merecía el esfuerzo del trabajo, si por premio sólo encontraba la miseria. Ansioso de goce, y no pudiendo gustar el efímero que da el triunfo de la vida, buscó el eterno que proporciona el descanso de la muerte.

Con la idea suicida, se alejó de la costa africana: vió como la tierra negruzca, perdiendo contornos y perfiles, trocábase en azul pincelada, que poco á poco fué esfumándose en la lejanía del horizonte.

Tal vez en aquel instante, como la tierra en la lejanía, borróse en su alma la idea de la vida, y con ella la idea de la muerte. Ni trabajos ni miserias le recordaban, la azulada ondulación del mar, la tersura azul del cielo.

Fué un sueño corto; que al emerger de las ondas la tierra española, pincelada azul primero, mancha negruzca más tarde, que lentamente fué adquiriendo contornos y perfiles, remaneció en su alma la idea de la vida cortejada de la muerte.

Acaso entonces como Hamlet se preguntara: ¿Será morir, dormir, soñar? . . .

Y atacado de vanidad postrera, con pretensión orgullosa de que el mundo no ignorase de su cansancio, ó su desprecio, puso lema á su muerte, lo clavó en la borda y se arrojó á las aguas, anhelando beber en su salsedumbre la dulzura inefable del eterno reposo.

¿Habrá conseguido su propósito?

¿Desligado de las terrenas ataduras, que á la vida le sujetaban con trabajo y miseria, gozará libre el espíritu, en serenas regiones, la paz apetecida?

Las aguas devolverán á la tierra lo que es suyo: la carne muerta.

ENRIQUE DE MESA.

TEDIO

Todo es tetro en el alba de las noches vernales
Porque yo me he tornado displicente y sombrío.
No perfuman mi alcoba los opimos rosales,
Y las brisas hesperias ya me causan hastío.
El azur transparente del remanso de un río
Que desliza, apacible, sus copiosos raudales,
Y el miosotis del éter en las tardes de estío
A mi psiquis enferma dan nostalgias iguales.
Resquemores de viejas pesadumbres y el frío
De un invierno de dudas, atiriendo mi gozo,
Anegaron en nublos el espíritu mío;
Y ahora estoy en mi alcoba despidiendo un sollozo,
Cual un monje en su celda, displicente y sombrío,
Y soy reo de amores dentro de un calabozo.

PÉREZ Y CURIS.

De mi locura

El Insomnio

Para Apolo.

«Y pasando por delante de mi espíritu hizo erizarse los pelos de mi carne».

Job.

El Insomnio mis párpados abre,
A lo obscuro mirando no veo
Pero estatua de blancas pupilas
De mí mismo yo miro hacia adentro,
Y en la sombra una voz angustiada,
Que parece que viene de lejos,
Muy despacio repite á mi oído
Lo que mi alma le dice á mi cuerpo:

«Soñador, mi carnal envoltura,
Yo el espíritu soy que te muevo,
Yo sufro, mi angustia
Es la que hace te agites inquieto.
Yendo en pos de la dicha soñada
Con el ansia de puros anhelos,
Como tú me debato doliente
Que es mi cárcel obscura tu cuerpo.
Si es que llama el abismo al abismo,
Como llama el Amor al Deseo,
Como llama la cúspide al rayo,
Como llama el relámpago al trueno,
Con la voz formidable que lanza
En su barca el terrible Nochero,
Cuando, airado, les grita á las almas
«Que no esperen jamás ver el Cielo»;
En el raudo turbión que me arrastra
El abismo soy yo que en el seno
De otro cae, cruzando en tinieblas
La región infernal del Erebo,
La morada glacial y sombría
De la Noche, la Muerte y Cerebro,
Donde flotan, vapores que asfixian,
El Dolor, el Olvido, el Silencio.»

Y mi cuerpo le dice á mi alma,
Como hablando con ella en secreto:
«Yo también aquí vivo en la sombra,
Yo también aquí vago sufriendo.
Ya perdí mi postrer esperanza,
Ya no siente un latido mi pecho,
Ya su fauce me muestra el abismo,
Ya no brilla una estrella en mi cielo.
No hay vestal que custodie mi ara,
Para siempre apagóse su fuego,
He perdido el favor de mi Diosa
Y ahora soy como un templo desierto.
De Sisifo me agobia la piedra,
Como Tántalo vivo sediento
Y del viejo Carón en la barca
Surco el río de Olvido, el Leteo,
Con sus ondas me baña la Estigia,
He caído en el Tártaro negro.»

«Oh! mi alma, que ves disiparse
En la vida tu mágico ensueño,
Como nieve que al sol se derrite
Aunque extreme su frío el Invierno.
Oh! mi alma, que sientes opresa
De lo ignoto el terrible misterio:
La región de la sombra cruzamos,
La región de la Sombra es mi encie-
[rro!»

El Insomnio mis párpados abre,
Aquí estoy, como siempre, despierto
Mientras bate impalpable sus alas
Transparentes el dios del Silencio;
Aquí estoy, sumergido en la Sombra
Que, solemne, me infunde respeto,
Porque el ser de un peligro invisible
En sus átomos vaga disuelto.
Pero aun más que la sombra, tan
[negra,
Es la negra visión á quien temo
Y que ven destacarse á lo obscuro,
Espantados, mis ojos abiertos,
Como el rostro de fiera medusa
En la piel del escudo amalteo.
Esa negra visión enlutada
Menazante se acerca á mi lecho
Y me dice con voz cavernosa:
«Yo la única soy que te quiero,
Yo soy la Locura
Que la noche pondré en tu cerebro,
Y en mi sombra entrarás si te toca,
Como un báquico tirso, mi cetro.»

«Mas no ës un cantar de bacante
Jugueteando en un campo asfodelo
Perseguida de un fauno lascivo,
Ni la lúbrica voz de Sileno
Que te häbla en la sombra. Es la mía,
Es mi voz que te da su consejo.
Tú la dicha hallarás si penetras
De mis silos al hondo misterio,
Venturoso serás cuando seas
Insensible á todo lo externo,
Y en un mundo quimérico vivas
Como aquel que se finge en los cuentos
Que á Harún—al—Raschid le narrara
El mirífico labio de un Genio
En Bagdad la opulenta, que tuvo
Al Califa abasida por dueño.»

«Fuma el opio, mortal fatalista,
Como el hijo de Budha. En el seno
De su sacro Nirvana diluye
Al creyente que embarga su sueño.
El sopor de un narcótico busca
Que mitigue tu rudo tormento,
El «haschich» que te embriague, ó el
[loto
Con que borres memorias del suelo.
Bebe el «ponche» diabólica mezcla

De jengibre, aguardiente y ajenjo;
En el ron, cuya lívida llama
Es crepúsculo triste de Invierno,
Hay que ärda tu última idea
Mariposa de luz del Cerebro,
Y, estalagma de un cavo geoda,
Deja inmóvil en ti el pensamiento.
El alcohol, el cloral. la morfina
Te darán la visión de mi Imperio.
Ven conmigo á mi río de Olvido,
Que en sus ondas el turbio Leteo,
De venturas que huyeron fugaces
Como hüye fugaz todo ensueño,
Extinguida la luz de tu mente
Ahogará, para siempre, el recuerdo!»

Y la Sombra imponente, con paso
Mesurado, se acerca á mi lecho;
Y me abraza la horrible Locura,
Y me estrecha en sus brazos de hielo,
Y al sentir de su fría caricia
El contacto, que enerva el Deseo,
Una lluvia de pena en mí cae,
Una lluvia que hiela mis huesos!

ADRIANO M. AGUIAR.

Autorretrato

Por la espaciosa frente pálida y pensativa,
desciende la melena en dos rizos iguales.
Negros ojos miopes, gruesa nariz lasciva,
la faz oval y fina, los labios sensuales.
Sobre el flexible cuerpo, perturban la negrura
del enlutado traje que su dolor retrata,
el d'annunziano cuello con su nívea blancura
y con manchas sangrientas la flotante corbata.
Apura un cigarrillo Kedive, reclinado
en un diván obscuro, y entre el humo azulado
del tabaco, sus ojos contemplan con amor
el azul de las venas sobre las manos finas
dignas de rasgar velos de princesas latinas
y ceñir el anillo del Santo Pescador.

FRANCISCO VILLAESPESA

Miniatura

—¿Si no conozco la desnudez de mi alma? La conozco, y por eso vivo alto en orgullo. Alma desnuda como la verdad, como el amor. Todo lo puro, limpio, legítimo, es desnudo. Los ángeles, desnudos, vuelan por el aire en sus veloces alas. El agua del mar, cristalina y transparente, es desnuda; el charco inmundo, sin movimiento, renovación ni ventilación, está vestido de yerbas malsanas, algas venenosas, y telas verdes y nauseabundas.

Los árboles superiores, los admirables, son desnudos: su cuerpo, limpio, se levanta en medio de la selva, y en su cumbre se sientan las aves del Paraíso. Los arbustos vestidos de musgos y parásitos, no son los señores de los montes ni de los jardines.

JUAN MONTALVO.

Catulle Mendés



Hace poco más de un año las letras francesas estuvieron de duelo por la pérdida del gran poeta Sully Prudhomme. La muerte de Catulle Mendés, su compañero de luchas, acaecida en los comienzos del mes pasado, ha vuelto á llevar el luto á las escuelas y los cenáculos literarios de Francia, que sentían por el ilustre poeta una viva admiración.

Rindiendo homenaje al Maestro desaparecido, APOLO reproduce su retrato y dedica estas líneas á su memoria.

A Julia Fons

Sevillana que luces tu belleza felina
en las danzas aéreas de elegante primor
y que cantas tus cantos con la voz cristalina,
toda trémula y fina, de un arrullo de amor:

Sevillana que domas la intención masculina,
¡bajo un ósculo tuyo, quién pusiera una flor!
¡quién oliera tu rosa sin punzarse en tu espina!
¡quién gozara tu lumbre, sin quemarse en tu ardor!

Tú qne tienes la gracia, ten piedad de mi fuerza:
que tu palma debajo de mi viento se tuerza,
en un lírico gesto de prolífico afán.

Tal recuerdo las palmas del gran páramo yerto
y quisiera en la fiebre de un callado desierto
ser profeta ó astrólogo ó beduino ó sultán.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

¡Alicante, Alicante!

NOVELA

Para Apolo.

— ¡ Hola, Chápuli ! — ¿ Cómo le va ? — Me dijo una hermosísima dama la otra tarde en la Avenida de Mayo, presentándome una de sus diminutas manos, que yo estreché con frenesí.

— Muy bien—¿ Y Vd ? — musité — un poco confuso.

— ¿ Parece que no me conoce?

Interrogó la señora dando un timbre especial á su voz y una sonrisa á sus rojizos y purísimos labios, que me hizo estremecer. Un sudor frío corrió por mi frente y un débil desvanecimiento pasó por mi cabeza. Sin embargo, contesté con todo el desparpajo que me permitió mi azoramiento.

— No me es usted desconocida. Esos ojos negros y rasgados, esa diminuta boca... no me son del todo extraños, pero ¿ qué quiere Vd. que le diga? no recuerdo en este momento ¡viaja uno tanto ! Quizás la conociera en . . ..

— No tiene nada de particular — me interrumpió—hace seis años que falto, que me encuentro ya desfigurada, vieja, tal vez...

— Vieja no, porque está Vd. en estado de merecer, es Vd. una lindísima joven. ¿ No ve como todos la miran con cierta admiración ? Eso prueba . . .

— Gracias, es Vd. muy galante. No puede negar que es de la tierra ¡ Alicante, Alicante !

— ¿ Pero, ¿ es Vd. de allí ?

— De Torremanzanas. Nací en esta barriada, en el verano de un año que fueron mis padres, pero siempre viví en la capital. ¿ Aun no me ha conocido ? ¿ No recuerda de María Sisó, aquella que vivió en la Plaza Constitución frente al Banco de España, al lado de la Nueva Aduanita ?

— ¿ Aquella cuyo padre era . . . ?

— . . . Oficial de Hacienda.

— Sí ¡ ya lo creo ! — Le contesté, aunque ignoraba la familia y ni recordaba de aquella figura tan bella como simpática.

Era ésta una real hembra: buen tipo, alta, de pechos abultados y movedizos, de diminuto pie y pantorilla que, en la forma graciosa con que se recogía la falda, dejaba ver tan irreprochable que enloquecía á los hombres. Vestía primorosamente un traje blanco, dejando al descubierto un bien torneado cuello y unos redondeados brazos cubiertos por encaje de tul.

Por conversar con aquella mujer invitéla á tomar un te.

Entramos, distraidamente, en el salón del piano del Paris Hotel. Las pocas personas que alrededor de las mesas conversaban, nos miraron con fijeza. Pasamos á otro aposento, el destinado para señoras. Era éste un pequeño departamento con ocho mesas colocadas con cierta simetria; en el centro pendía hermosa araña de unas doce lamparillas eléctricas. Solamente dos, daban una humilde como mortecina luz, que hacía más á propósito el lugar. Una vez que hubimos tomado asiento, entró el mozo, prendió cuatro lamparillas más y se aproximó á nuestra mesa.

— Dos tes, con masas—le dije—antes de que pronunciara palabra alguna.

La lugareña habló entonces en voz baja.

—Cuando salí de España - me dijo, acercando su cara á la mía, marché á Rio de Janeiro en donde me desposé con un viejo brasileño de mucha plata. En el verano de un año enfermó él. Los médicos al reconocerle, le recomendaron el benigno clima de Montevideo. Él vino aquí porque gustaba más de la capital de la Argentina. Dos años hace que habito en Buenos Aires en donde he visto algunos coterráneos, á quienes no he podido conversar. ¡Alicante, Alicante!

Entró el mozo y nos sirvió. Los dos bebimos del te caliente.

— ¡ Oh, ahora sí que sabré de mi tierra!—dijo la lugareña; mañana le espero en mi casa Rivadavia 1125. Vendrá Vd—¿verdad?

Yo estaba desvanecido. Las caricias que, en mi cara hacían sus finísimos cabellos y el vaho del perfumado de sus ropas, producían un gran éxtasis en mi ser. Murmuré:

—Mañana á estas horas estaré en su casa por más que no he tenido el honor de conocer al feliz mortal que ha tenido la dicha de tocar ese angelical cuerpo.

—No le hace. Ya se lo presentaré. ¡ Es tan bueno ! Pronunció con cierta dulzura sus últimas palabras y dió cierta expresión á sus ojazos negros y rasgados.

Los dos apuramos nuestros tazas, disponiéndonos á marchar. Eran las 7 de la tarde.

La lugareña me dió la mano y me miró profundamente.

—Adiós; hasta mañana á las 6

—Adiós—le dije yo estrechando entre mis manos la enguantada de aquella dama.

La penumbra de la noche había llegado. Sirio brillaba en el diáfano azul del cielo En aquella hora, las larguísimas filas de faroles, de ambos lados de la Avenida, despedían haces de luz, mortecina. La hilada del centro permanecía aún apagada. Por ambas veredas innúmeras mujeres que ostentaban vaporosas vestiduras y adornos, colores y tonalidades que ofuscan y alegran á un tiempo. Infinidad de coches rodaban por la calzada y los severos palacios alzábanse solemnes entre la verdor de los árboles que adornan la espléndida calle.

Yo atravesé todo aquel enjambre humano y crucé la Avenida, sin apercibirme siquiera de algo. En mis oídos zumbaban aún sus palabras.

¡Es tan bueno, es tan bueno!

A las cinco y media del siguiente día, salía yo ufano y nervioso de mi modesta mansión, arropado con lo mejor que tenía

La hora fijada aproximábase con suicida tranquilidad. Presuroso, tomé Santiago del Estero, atravesé Alsina y Victoria y víme de nuevo en la Avenida, agarré su vereda derecha hasta Lima, doblé y llegué por fin á Rivadavia, por el domicilio de la lugareña. Llamé.

No bien hubo sonado el timbre, cuando apareció en el umbral de la puerta. Estaba hermosísima. Vestía linda bata, azul celeste, algo ligera; su escote dejaba ver el nacimiento de sus abultados pechos. Sus cabellos negros azabache, estaban sujetos con una cinta del mismo color que la bata.

—Creía que no venía y empezaba á impacientarme—me dijo sonriente, al tiempo que me extendía su diestra mano.

—La hora convenida no ha sonado aún en el reloj de la Catedral—le contesté yo estrechando la mano y besando el carmín húmedo de sus purísimos labios

Entramos en una pequeña como bien amueblada sala. En el centro un velador con mil bisuterías. A la derecha un piano de caoba, encima una vista panorámica de la levantina ciudad española, á ambos lados, dos magníficas acuarelas de flores de L. Pericás. En el fondo un diván, dos butacas y unas cuantas sillas todas tapizadas de rosa y de un puro estilo inglés. A la izquierda un magnífico espejo, que ocupaba todo el testero. También había algunos cuadros de personajes, que no conocía.

Sentéme en el diván. Ella, arrellanóse á mi vera. Y tomando su mano que estrechaba entre las mías, la dije en tono cariñoso.

—¿ Y su marido? ¿ Por ventura hállase ausente ?

— Sí... Un amigo... ha venido y se han marchado á... Palermo.

Por salir de aquella situación la dije :

—En ese piano pasará Vd. sus horas. ¿ Sabe tocar ?

— No, bien no, me acompaño el canto en mis lúgubres ratos.

... Y la lugareña hundió las teclas, y produjo el armonioso sonido del vals « Sobre las Olas » y cantó con purísima voz

Valcárcel se fué
el día 13 en el «San Agustín»,

. . . .

Terminó, cerró el piano y ocupó de nuevo su asiento.

— ¿ No vale más que charlemos ? — murmuró— ¿ Recuerda Vd. cuando el embarque de las tropas en el « San Agustín » ? ¿ Y la catástrofe del día anterior al embarque ? Qué terrible. Aquella tarde encontrábame yo dentro de la nave.

— También yo. Por cierto que buen susto no dí á mi familia. A las 8 aún no había yo aparecido por sitio alguno y creyeron que yo...

— ¿ Por qué no me habla de la tierra ? — gimió la lugareña, pasándome un brazo por el cuello. Yo quiero un recuerdo, una idea un algo que me reminiscencie mi pasada vida... ¡ Alicante, Alicante !

Estábamos muy cerca. El grato perfume de su cuerpo me embriagaba... Veía el nacimiento de su pecho...

— ¿ Qué quiere Vd que diga ? todo está lo mismo, que seis años ha.

— Y con Eusebia ¿ galantea Vd aún ?

— ¡ Nó ! ¡ Si casó con un marino !

— ¿ Con aquel del « Nautilus » ?

— El mismo.

— ¿ Y Carmen, y Teresa...?

— La primera continúa con aquel hombre largo y flaco y la otra está próxima á sus desposorios.

— ¿... Y Marita... Marita Vega... la hija de Antonio Vega, el de la Compañía Arrendaria de Tabacos ?

— ¡ Oh, ya! — ¿ Aquel que vivió en la calle Labradores ?...

— ¡ El mismo, el mismo!—interrumpió frenética la dama.

— ¿ Aquel cuya mujer partió en amable consorcio con un cómico...?

— ¡ El mismo, el mismo ! — decía— apretándome cada vez más, con sus torneados brazos y echando fuego por sus ojazos.

—Pues aquel hombre,—repuse después de desasirme un poco de mi carga — aquel murió de vergüenza más bien que de pena. Y en cuanto á la hija tuvieron que recluirla en el manicomio de Elda porque...

— ¡ Mi hija ! — exclamó la lugareña, poniendo sus ojos en blanco y dando su cuerpo mil convulsiones. Cayó y un tosco ruido sonó, producido por el choque de su peinada cabeza con el pavimento.

Yo quedé anonadado; no supe lo que allí ocurrió. Cuando volví en mí, ví aquella mujer aún en tierra, hundida su cara en un cabezal y tres hombres sujetábanla con esfuerzo. Próximo á ella un viejo, de blanca barba, la miraba desesperado. Más tarde, condujeron á la accidentada á un lecho... El viejo quedó inmóvil, mirándome con mirada penetrante, como preguntándome por lo allí acaecido.

— Estábamos — le dije algo aturdido — hablando de nuestra tierra, de Alicante...

— Ah, vamos ya comprendo — repuso con voz acongojada. ¡ Alicante, Alicante !

Y sollozó tras la lugareña.

Ernesto CHÁPULI ANSÓ.

Letras Americanas

Para la revista Apolo.

Don Quijote llegó con su épico escudo y no vió ya la planicie anémica de la Mancha, sino que quitando el yelmo y puesta la lanza en tierra, miró al caer de la tarde, el tropel de luceros, brillantes escalonando la montaña de la noche. La belleza, pasó dejando su fulgor de gloria por la mano férrea de los conquistadores; la Poesía que era una luz de atavo alumbró las frías naves de nuestras viejas catedrales, y la frase ascética tuvo alas de ensueño en el ritual sagrado, en la celda sombría y ante el rostro pálido de los Cristos.

Don Quijote brindaba todavía en la usada copa del viejo Horacio, frente á los retratos, toda una serie de Luises y Quevedos.

En el año 1830 cayó sobre Roma el fuego de la Francia romántica, como sobre una ciudad maldita. Lutecia, la gloriosa y fuerte, no dejó en Roma mármol sobre mármol.

El encanto romántico hizo el corte heroico á la *Atlántida* de Olegario Andrade, cada estrofa fué alta, como un picacho andino, aquel numen rico marcó, firme, el contraste con la indigencia del marco clásico.

La *Atlántida* es un símbolo, pasa sobre una voz de promesa, es la Clarovidencia anunciando el alba futura á la raza latina.

Muerto Bello, Abigail Lozano, Heredia y Manuel Gutiérrez Nájera, quedó sin verdor el árbol lírico trasplantado de España.

Ya en la Europa convulsionada é intensa, un obrero de gran musculatura se atrevía á poner su taller frente al *Cenáculo*, hasta los oídos del Arte llegaba un ruído de fábrica y de burguesía.

Con el 1880 se alzó, formidable, una ola de París, la juventud, que atacaba desde *La Vogue* el Olimpo de Medán. El *Mercurio de Francia* fué uno de los termómetros que marcó el mayor grado de conmoción de entonces La demencia hería con fino puñal de oro las ordenadas vértebras del habla francesa. El color, la forma plástica, la línea y la cadencia, todo fué arrebatado por la corriente anárquica. Flotó en los manicomios la bandera del Arte.

Fué confusión el Ritmo. La Belleza, del brazo de Rene Ghil, se manchaba en la charca del delirio. La Poesía, arrastrada y escarnecida por la secta de Zola se cubrió de laureles en Montmartre.

El cuadro conciliador se presenta con un toque bíblico: el azul brilla diáfano, cada altura se muestra en la desnuda gloria del paisaje. La Moral quedó en los cánones del Bien, la ciencia fué á la Ciencia, el calco sepultado junto á la tumba de Luis el Catorceno, el corazón de Victor Hugo enterrado también muy hondo.

Rotas todas las banderas, deshechas todas las capillas, cerrado el camino que conducía á las Grecias y á las Romas, la pluma sólo pide la fuerza de una mano para abrir la vereda.

Tal procedimiento, ha puesto hosca la faz de cierta crítica . . . porque en verdad es enorme el número de los fracasados. Pero no encuentro en absoluto lógico censurar una tendencia de Arte

con motivo de las caídas de unos cuantos poetas y escritores seguidores de esa tendencia.

Puede un artista, rodearse de gloria llevando á sus cuadros el predominio de tal ó cual color, tras ese vendría otro poniendo en propios lienzos una múltiple luz y ambos sólo habría que exigírseles sinceridad y belleza; no produciéndose ésta ni presentando aquélla, todo intento es inútil, y vano todo esfuerzo. Ahora se discute y se espera en aptitudes de ansia, ver la última lanza rota á favor de esa gran cruzada. Preocupación es ésta no para el cerebro equilibrado que la llega á buscar al pensamiento centro de gravedad, sino para el que estudia y analiza el alma de las Repúblicas latinas, á despecho de los que creen tan sólo, en que América es la incauta mariposa que se quema las alas atraída por el faro de París.

LEONARDO MONTALBÁN.

Nicaragua.

Dime que volverás

Para APOLO.

Cuando á mis pies la encanecida espuma
Venga á morir en la onda silenciosa
Y tiemblen los girones de la bruma
Y se extinga la tarde pesarosa,
Cuando la lluvia con pesadas gotas
Hiera el frío cristal de mi ventana,
Y cuando el viento haga vibrar sus notas
Llorando hasta morir, en mi persiana,
Cuando las hojas secas y amarillas
Ritmen su triste danza del otoño,
Y allá, lejos, las pálidas cuchillas
Sueñen con el verdor de algún retoño,
En esas horas de tristeza y duda
Dime que para mí despertarás
Y rompiendo el misterio que te anuda,
Dime que volverás . . .
Dime que siempre no estaré tan sola
Y que no he de llorarte siempre, así,
Que volverás, envuelto en una aureola
Como vuelven los astros de rubí.
Que dejarás la tierra un solo instante
Y el florido jardín que te aprisiona
Y la noche, poblada y palpitante
Donde la vida muerta su ay! entona.
Pero en la tierra sólo dudas leo . . .
Dímelo una vez más;
Necesito creerlo y no lo creo . . .
Dime que volverás!
Di que á mi lado temblará tu aliento
Confundido en la brisa perfumada
Y que tu voz percibiré en el viento
Y en la luz, de tus ojos la mirada.
No puedo, nó, creer que en una hora
Todo se acabe sin tornar jamás . . .
Que haya noches eternas sin aurora . . .
Que ya no volverás . . .
No puedo no creerlo . . . Y no lo creo!
Dí que á mi lado temblará tu faz,
Que te he de ver, como á los astros veo
En suave y honda é infinita paz.
Di que en mis noches largas, pesarosas
Tu imagen brillará consoladora
Y con tus manos fuertes y piadosas
Del cruel insomnio detendrás las horas.
Y al aletear confuso de la idea
Y en el suave rumor del sentimiento
Dilo — aunque no lo crea —
Que en mí se agitará tu pensamiento.
Dime que volverás, dímelo, vida,
En esas horas de misterio llenas
Que el ala de la noche adormecida
Arroja cual crespón sobre mis penas.
Sé que no vuelven las marchitas hojas
Al tronco añoso que les dió la vida;
Que para siempre, las corolas rojas,
Se arrancan, como carne dolorida.
Sé que no vuelve ya la misma espuma
A besar de la playa las arenas.
Que cuando torna en el Abril la bruma
No es la que antaño amortajó mis penas.
Sé que el rayo de sol que me ilumina
Ya no es aquel que iluminó tu frente,
Que el huracán que hace torcer la encina
No es el que ayer se desató inclemente.
Que ni la sangre misma que palpita
Es la que otrora estremeció mis venas,
Que todo pasa, y sin cesar nos grita
El adiós sin retorno . . . Más serenas,
Quiero creer que volverán las notas
Del canto de tu voz junto á mi oído
Como un vago rumor de cuerdas rotas,
Como un tenue suspiro adolorido.
Como una sombra vaga, fugitiva . . .
Como un aliento leve . . . nada más . . .
Como una gota en una flor cautiva . . .
Pero anhelo creer que volverás.
Dilo con fe, porque creerlo quiero,
Dímelo una vez más,
En este instante, ya talvez lo espero . . .
Díme que volverás!

CLOTILDE LUISI.

Enero 1909.

Playa de los Pocitos



PAISAJE

Para Apolo.

La ruta se perdía como entre un vaho violeta
que ahogaba los contornos, distancias y colores,
y grupos silenciosos de rudos labradores
á ratos perfilaban su escuálida silueta.

Rodaban en el aire los últimos rumores
de la caduca tarde, y apenas si una veta
de parpadeante oro abría una ancha grieta
en el Ocaso rojo nimbado de vapores.



Playa Ramírez



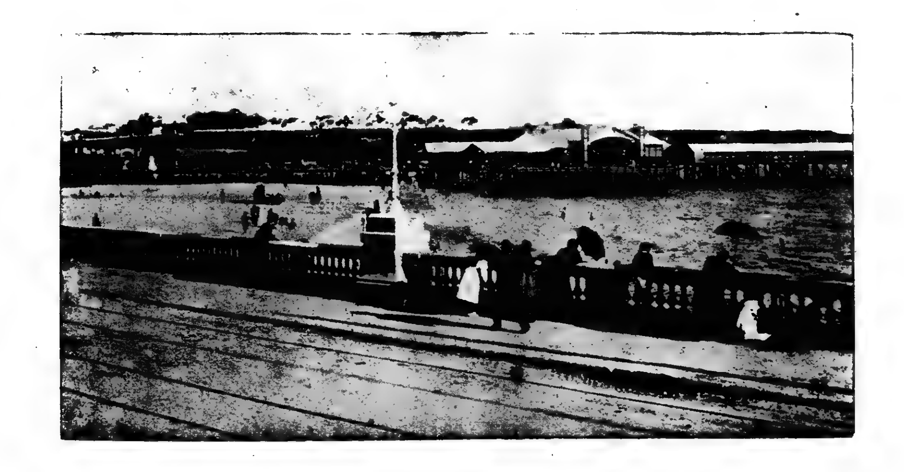
BÍBLICO

A Francisco A. Schinca

La paz era de claustro; la luz languidecía.
Ya todo se esfumaba como una alegoría
de una remota estampa de polvorientos años...

Balaban en el valle los últimos rebaños,
y entre la sombra ambigua de la arboleda huraña,
en éxtasis celeste soñaba la montaña.

JUAN PICON OLAONDO.



Idealidad vencida

Para Apolo.

Cada vez que usted se aleja de mi lado, empiezo á reprocharme,—no por lo que hayamos hecho ó dicho, porque si hay charla espiritual y delicada es la suya,—sino por permitirme yo, el lujo podría decirse, de estar en su presencia.—Y pienso en inventar algún medio, en hacer algo, para despertar en usted el deseo de no verme, provocando el hastío,—que es á lo que inevitablemente está abocada su alma joven y bella, al contacto de la mía, vieja y fea. Solamente que su generosidad, esa otra bella condición suya, no le ha permitido todavía, que se detenga en el examen.—Es muy grande en usted el deseo de hacer caridad.

—Si no admirara todo lo que hay de infantil é ingenuo en eso que acaba de manifestar, tendría motivo sobrado para resentirme.

—Si de ingenuo, podría pasar, pero lo de infantil... en una persona que ya se va internando en la zona polar de la vida, en la que ya empiezan á nevar los años!

—No diré la del cuerpo,—á pesar de que no es mucho tener 30 años,—pero sí la del espíritu, porque ciertas almas, llegadas á cierta altura tornan otra vez, por la bella y encantadora infancia del espíritu.

¡ Bienaventuradas de ellas! — porque vivirán en perenne frescura, sin sentir las arideces de la vida!

—Todo eso va muy lindo, pero disculpe que le interrumpa,—quiero decirle algo respecto de nuestra gloriosa entrevista en la quinta.

—¿ Por culpa de quién, fué que la gloria de esa entrevista, resultó tan triste?

—Los dos nos portamos como hidalgos, sólo que tanta felicidad no estaba hecha para mí, y pasó de largo...

Por primera vez en mi vida—al menos que yo lo recuerde,—el arte de la coquetería, me dió resultado.—Mientras me hacía la *toilette*, pensaba yo en el placer grande, inmenso, que sentirá una novia, cuando empieza en los aprontes para recibir la visita del novio,—que se detiene en mil detalles, para no sentir el pase de los minutos que la aproxima á la hora de la cita; de esos minutos que en la espera parecen eternizarse;—á la vez que, con la deliberada intención,—por algo que es exclusivamente femenino — de presentarse siempre linda ante los ojos de él, y se interroga silenciosamente ante el espejo.—No por el placer de conquista, que es patrimonio del alma aventurera de ustedes—sino por la tranquilidad que se adquiere, al ver siempre entusiasmado. á eso que se adora, que lo convence á uno, de que todavía no ha llegado el hastío á su alma.

Yo también ese día estaba, me sentía linda.

Llegué á la quinta, dispuesta á esperarle toda una vida, si al fin, la esperanza me lo prometía á usted,—pero no se hizo esperar mucho rato.

Yo traté de ocultarme entre las plantas, para ver si sus ojos, venían poseídos del dón de buscar lo que se desea.

Pasó cerca mío, no se cómo pude contenerme sin llamarle.

Llevaba su rostro, una expresión de alegría,—le iba sonriendo bellamente á la vida.

Su alma, sus ojos, todo lo que en usted hay de exquisito, al sonreír, parecía proclamarlo, la nevada blancura de sus dientes.

Si yo hubiera sido su novia, habría ido hacia usted con los brazos abiertos; — pero, su presencia produjo en mí la sensación del contraste, que me recordó mi vejez y fealdad, —desvaneciendo la ilusión que me había estado acariciando, de provocar una pasión grande, fuerte, de que su alma es susceptible.—Y le dejé pasar, que llegara hasta el Prado,—pensé que usted esa tarde debería pasarla doblemente más feliz, al lado de una joven y bella como usted,—yo me conformé con esperarle, con llamarle, si al regreso volvía á pasar por mi lado.

Esperé hasta las 7,—hora en que pude convencerme, de que ya no quedaría nadie más que pasar.

La espera me había helado, — de todos lados salía, y sentía frío.

Luego que me hube convencido de que ya no volvería, pensé en escribirle, haciéndole ver de que había cumplido; de que si yo, en nombre de mi sentimiento, pude haberle llamado cuando pasó por mi lado,—usted en nombre de su juventud, hizo bien en seguir de largo.—Pero la idea—esa idea, de cuya influencia no podemos independizarnos en absoluto, por más superior que sea el plano en que nos agitemos, — de que usted debió haber pasado una tarde muy feliz al lado de otra,—mientras yo me helaba esperándole,—empezó á preocuparme ,y acabó por hacer triunfar mi orgullo de mujer.

—Es decir que por la preocupación de siempre, los dos pasamos un mal momento.—Por esa misma preocupación, usted estuvo tan vaga y tan indecisa al designar el lugar de la cita, que fué sin rumbo cierto,—por si la casualidad, la ponía al alcance de mi vista.—Así que anduve largo rato, vagando por las avenidas más desiertas. — Pero la idea de que otra... ¿por esa idea me habrá usted tratado mal, verdad?

—Mal no, usted había cumplido, solamente que yo exigía demasiado,—que sus ojos vinieran poseídos de ese

dón, *de buscar lo que se desea*;— por eso regresé bastante triste;—pero luego, cobré mi tranquilidad habitual, de la que me había desorbitado una fugaz quimera.—Y si al principio lo lamenté, más tarde me felicité, de que nuestra entrevista, tuviera el fin que tuvo.—A no haber sucedido así, hoy tendría un cargo de conciencia que me mortificaría.—La espera sin resultado, fué el Jordán que lavó á mi alma, librándola de toda ulterior tentación.

Yo no debo hacer nada, por fomentar en usted mi sentimiento, que por ley de las cosas, tiene que ser efímero.

Déjeme á mí, seguir siendo ruina, y no intente gastar su primavera en reverdecerla.

Soy una alma, muerta ya para la vida del sentimiento inmune de sus pasiones, — que sólo desea hacer vida de Orfebre, para la gloria del verso. — Déjeme, pues, seguir tejiendo mi filigrana, y no intente sacarme de esta penumbra, donde es ya debilitada la sensación de la vida.

—Es muy bello su deseo; pero, es demasiado frío.—Nadie tiene derecho á alejarse de la vida, mientras sienta arder en sus venas, la roja onda sanguínea.

Hoy está usted romántica, como coqueta el domingo, al pensar en nuestra entrevista.

¡Y que mi alma, que todavía siente estas cosas, crea apagado el fuego en sus venas!

Acérquese, quiero ver á su alma reclinada en la ventana de sus ojos.

Tiene razón, en sentir á veces lo que siente.—Estos carbones tienen que haber quemado mucha vida.—Pero, yo volcaré el ánfora de mi sentimiento, y ella se sentirá renacer, retoñará nuevamente.

Y ya que siente placer en ser ruina, tendrá que resignarse, y ostentar el verdor del musgo, ó soportar el peso de la yedra;—porque es á lo que están predestinadas las ruinas.

Sin que por eso mi deseo importe hacerla abdicar de la gloria del verso.

A mi contacto, despertará lo que en usted duerme, y arderá la vida en sus venas, que cantando, subirá hasta el alma de sus versos, para llevarle en sus ondas, el encanto de su nuevo ritmo, con una nueva vida.

Hay algo de inacabado, de franco, en el verso que no lleva algo del perfume, luz y calor de la vida.

El que más y mejor lleve, hablará de ella fuerte é intensamente.

La sensación artística que ése provoque, se traducirá en una lágrima, ó en un delicado deseo de caricias.

—Ese es el horla, que la exquisita sensibilidad de su alma, pone en todo lo que roza, ya sea hablando, ó escribiendo.

—Por eso en mis éxtasis contemplativos, delante de ciertas manifestaciones de lo bello, siendo ardientemente el deseo de la caricia.

Hay la música de un poema, en la naturaleza que se desborda, que se expande, que se identifica en una comunión.

—¡ Señor, no hagáis que me arrepienta por los *siglos de los siglos!*

Sabes tú, que me considero vieja y fea, como para poder resistir á toda bella tentación.

¡ Yo no soy responsable, de que esta alma joven arda en deseos!

¿ Por qué, pues, me has puesto, en el trance, de decir con aquel que vivió acompañado de *cómica y riente desolación*: «¡ Apreta, apreta, caballero, la espada» !... Si hiciste más fuerte, y más bella á la tentación?

Bueno, le regalo mis manos... Y todo, porque sonríe bellamente, y dice palabras divinas!

Isidro RODRÍGUEZ MARTÍN.

Margarita Práxedes Muñoz

Ha muerto también en uno de los pueblos del interior de la Argentina, la distinguida escritora y médica peruana Margarita Práxedes Muñoz de cuya obra intelectual ofrecimos algunos fragmentos á nuestros lectores cuando la escritora errante visitó nuestro país de paso para la vecina orilla.



Talento sólido y vigoroso, que tan pronto se manifestaba en una página literaria de bello estilo, como en un estudio sociológico ó doctrinario, Margarita Práxedes Muñoz deja un vacío en el mundo literario, muy difícil de llenar, hoy, que en la lucha por la vida, cada vez más cruenta, claudican verdaderos cruzados del Ideal Liberal y de la falange acrática.

En la playa

A Manuel Ugarte.

Para Apolo.

El mar se dilataba de un verde azul intenso,
i el sol, siguiendo el jiro de su augusto descenso,
caía al horizonte, proyectando una raya
de claridad purpúrea, hasta la misma playa.
En las grises arenas, tras la ola muriente
que extendía su espuma, otra ola insistente
se enarcaba, i tras ésta, con un avance lento
de grupos separados o unidos por el viento
la marea venía con su turba lijera
de crestas espumosas, a bañar la ribera.
Y como era el instante de la luz vespertina
que se aleja entre velos de ascendente neblina,
sobre el claro paisaje se oscurecía el cielo.
De las sombras nocturnas descendían al suelo
copiosos, impalpables, sutiles, inseguros
cernidos levemente, los átomos oscuros.
Vagaban en el aire pavores sepulcrales,
alientos i murmullos, suspiros i señales,
i la pálida tarde que alejándose iba
al perderse en la vaga, brumosa perspectiva
dejó caer el beso de su último celaje
sobre la mar. Seguían subiendo del oleaje
los pliegues rumoreantes, las ondas cristalinas
aún bajo las lóbregas tinieblas vespertinas.
Seguían, pues por toda aquella mar desierta
no rodaba una ola melancólica o muerta:
cada una, vehemente, luchaba por sí misma,
recibiendo en su seno la luz como en un prisma;
traían en su linfa traslúcida, animada,
la flotante dulzura de una suave mirada;
alzaban en sus jiros la comba de la frente
con el ansia divina de una sien de vidente;
sujerían un ruego, se elevaban ceñidas
con guirnaldas de lirios en su senda tejidas,
o exaltadas al soplo de ardorosa plegaria
oraban a una estrella naciente o solitaria.
Así, en el brioso avance de la marea plena,
que enorme i persistente ya cubría la arena,
cada ola venía febril, perseverante,
siguiendo su incansable rodar hacia adelante;
i del esfuerzo mudo, de la insistencia altiva
del impulso constante de cada onda viva,
del afán que las lleva hacia un borde lejano
se formaba la eterna pureza del Océano,
que por todas las playas, cercanas o remotas,
va esparciendo su espuma de perlas o de notas!

Y en la línea oscilante do moría el anhelo
del agua fervorosa, yo sentí el desconsuelo
con que lo humano rueda, como oleaje callado
tras la playa ilusoria del futuro ignorado.
Sentí las corruptoras i lánguidas quietudes
en que duerme la vida de tantas multitudes,
de tantas almas muertas que la luz no reanima
porque están impregnadas del lodo de la sima;
de esas aguas silentes que al empuje del viento
no se mueven, ni bullen, ni dan un leve acento,
e inmóviles al peso del légamo diluído
jamás hincha sus senos el ansia de un latido.
¡ Oh, qué fría la lucha ¡ Oh, qué larga la senda
para la ola pura que a lo ideal ascienda;
qué horrible i pavorosa la inmensa travesía
por medio de esa calma! qué inútil la porfía
por dejar el reposo tenaz, perseverante,
salvar sus languideces, rodar hacia adelante;
qué estéril el ensueño de que a un ímpetu libre
se levante la intensa vida armónica i vibre
bajo el cálido aliento de esperanza suprema,
como al ritmo la dócil floresta de un poema;
i qué vano el esfuerzo porque todo se eleve
i no haya corazones dormidos bajo nieve,
cual los fósiles bosques, por la tierra cubiertos,
que no elevan el himno de sus árboles muertos!

Y en tanto que la tarde se esfumaba en lo oscuro,
llevado por mi angustia soñé con el futuro,
con la era solemne, con el tiempo lejano,
en que igual a las aguas que rueda el Océano,
sin tener una ola desmayada o dormida
que no luche i se encumbre persiguiendo la vida,
del intrépido esfuerzo, de los raudos vaivenes,
de la chispa que luzcan las ondas en las sienes,
del latido constante, del obstinado empuje
de la espuma que sueña, de la linfa que ruje,
levante su armoniosa pureza soberana
el impulso vehemente de la marea humana.
Así ella, — aunque sea la hora vespertina
que se aleja entre velos de ascendente neblina;
aunque sobre la tierra se empañe el claro cielo,
i caigan de las sombras eternales al suelo
copiosos, impalpables, sutiles, inseguros
cernidos levemente, los átomos oscuros;
aunque vaguen en lo alto pavores sepulcrales
alientos i murmullos, suspiros i señales, —
llegará, cual los mares, cantando a las ignotas
riberas en que suelte sus perlas i sus notas!

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.

El primer beso

Fué una viejecita blanca, una viejecita de nieve, encorvada y temblona, de esas que en los cuentos del divino Perrault regalan á Cenicienta su chapín de cristal y ofrecen al príncipe enamorado para que, de rodillas, ante el lecho de púrpura, pueda despertar á la hermosa durmiente. Figúrate que al entrar en el templo, junto á la tallada cancela, á la hora de la primera misa, me la encontré con un rosario de cuentas colgado en su vestido de pliegues rectos, y su mantón negro, triangularmente erguido sobre la cabeza como la capucha de un hábito.

Era una mañana fría, color de azucena. Entré con unción, levanté la pesada cortina verde cuandó en el mismo instante en que me herían los reflejos de los cirios que desde larga distancia picaban la sombra, sentí la primera caricia dada en la mejilla por una mano de seda oliente á incienso. Jamás en mi niñez solitaria y huraña, en mis ocho años de candidez meditativa se había posado así una mano con tan blanda finura sobre mi rostro. No recordaba haber sido arrullado con la canción maternal, ni había sentido el aleteo de los ósculos entre los labios que entreabrió el primer suspiro del ensueño.

Conservo esta impresión como una reliquia. Está guardada en la sacristía de la pequeña iglesia, de la iglesia que levanté á la castidad de mis días blancos, para que algún día entren á rezar mis recuerdos y tengan donde esconderse mis maldades.

No sé con precisión cuánto duró aquella caricia ni lo que me dijo la anciana — algo muy suave y muy alado que se evaporó como una nube — lo que sí sé, es que apareció en la soledad de mi espíritu un ángel hecho de ráfagas azules, y que cuando evoco mis memorias infantiles miro á la viejecita de nieve, encorbada y temblona, junto á la cancela tallada, á la hora de la primera misa.

LUIS G. URBINA.



Gavota de las Damas Amarillas

Algunas damas rubias, no ya jóvenes, pero apenas salidas de la juventud, vestidas de una ajada seda de color de crisantemo amarillo, la bailan con caballeros adolescentes, vestidos de rosa, un poco aburridos, que llevan en su corazón las imágenes de otras mujeres más bellas, la llama de un nuevo deseo. Y la danza en una sala muy vasta, que tiene todas las paredes cubiertas de espejos; la danzan sobre un pavimento entarimado de amaranto y de cedro, bajo una gran lámpara de cristal don-

de las bujías están para consumirse y no se consumen nunca. Y las damas tienen en sus bocas, un poco marchitas, una sonrisa tenue, pero inextinguible; y los caballeros tienen en sus ojos un tedio infinito. Y un reloj de péndulo señala siempre una misma hora, y los espejos repiten siempre las mismas actitudes, y la «Gavota» continúa, siempre dulce, siempre lenta, siempre igual, eternamente, como una pena de amor.

Gabriel D' ANNUNZIO.

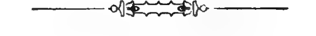
Obertura

Un recuerdo inextinguible de algunas mujeres que han pasado por mi vida, y que no pudieron besarme . . . y que yo no pude besar . . . Y luego, en el jardín, estas noches de luna, parece que la vida de los sueños florece en la sombra dormida del mundo; y parece que las novias que se fueron, ó que se murieron, pasan de nuevo cerca mi corazón, con su palidez de azucena y de claustro, y su sonrisa de santidad.

Hay momentos en que la vida se creyera una quimera de plata; otros, parece que hemos pasado ya por el jardín de la muerte. Pero las visiones huyen, y se diría que son sombras de la vida soñadas en una obscuridad de otro mundo . . .

Sombras ó mujeres en flor, pasando entre las flores, en el esplendor de la luna muerta, y ya no vuelven nunca . . .

Juan R. JIMÉNEZ.



Sol de Invierno

Es mediodía. Un parque.
Invierno. Blancas sendas.
Simétricos monticulos
y ramas esqueléticas.
Bajo el invernadero,
naranjos de maceta,
y en un tonel, pintado
de verde, la palmera.

Un viejecillo dice,
para su capa vieja:
« El sol, esta hermosura
de sol! . . . » Los niños juegan.
El agua de la fuente
resbala, corre y sueña
lamiendo, casi muda,
la verdinosa piedra.

Antonio MACHADO.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

SOR DEMONIO, *por Felipe Trigo.—Librería de Fernando Fé.—Madrid.*— Ya en distintas ocasiones, he hablado con verdadera delectación del pujante novelista que con su obra tendenciosa y educativa ha señalado un nuevo horizonte á la novela contemporánea. Sucintamente expondré aquí mi impresión sobre el último libro con que acaba de obsequiarme.

Sor Demonio es, á la vez que una vibrante novela, un vasto estudio psicológico de complicadas ramificaciones y una sátira sangrienta. Honorio, el protagonista, es el prototipo del hombre celoso que á fuerza de conseguir los favores de mujeres fáciles, casadas y solteras, duda de la *honorabilidad* de su esposa á quien maltrata y escarnece sin tener una sola prueba de su culpabilidad. Sus temores, débiles al principio, vánse acrecentando poco á poco, á medida que él se hastía de las caricias de su mujer, y el enigma de los celos, indescifrable y adusto como una obsesión trágica, concluye por arrojarlo al abismo del ridículo. Felipe Trigo, usando de una cruel ironía conveniente á los actos de Honorio que cree á cada instante coger *infraganti* á su mujer en el lecho conyugal, satiriza los celos y nos dice, reflejando sus observaciones, á qué tristes y bufas escenas conducen ellos al individuo que por un mero prurito de vanidad duda de la fidelidad de su consorte y no tiene reparo en manifestárselo á su querida.

Ese *marido hidalgo y metafísico*, como llama á su personaje el ilustre novelista, es la encarnación de la fatalidad y es el blanco de la sátira. Pintado vigorosamente y con rasgos firmes de una verosimilitud reveladora y serena que ponen su alma al desnudo y hablan de su *mentalidad*, Honorio es, vuelvo á decirlo, el prototipo del hombre celoso para quien la virtud de su esposa es un juguete de sus temores y de sus rancios convencionalismos.

Otra de las figuras más interesantes que se destacan en la novela es la de Dulce, querida de Honorio y esposa de Julián, hombre ignorante éste, que cree ingenua á su mujer y lo manifiesta á todos los vientos, dejando á la adúltera á cubierto de toda sospecha.

Trigo nos ofrece en *Sor Demonio* una obra de estudio y de tendencias demoledoras, que perdurará por su estilo y por el ideal que sustenta. La humanidad ha menester de esas obras para emanciparse de ciertos prejuicios y ciertas aberraciones.—*Pérez y Curis.*

EL TORMENTO DE SÍSIFO, *por Augusto Martínez Olmedilla.—Librería de Pueyo.—Madrid.*—Cuando leí *La caída de la mujer* de este mismo autor, tuve la oportunidad de manifestar mi concepto favorable acerca de aquella obra, concepto que hoy repito y amplío con motivo de la lectura de *El Tormento de Sísifo.* El argumento de esta novela es hermosamente humano. En resumen: trátase de un proletario dotado de un excelente temperamento de artista, que no puede desarrollar por la esclavitud que sus medios de vida le imponen; un luchador que se afana por llegar á la luz, por demostrar el fruto de sus facultades, y que después de haber luchado tenazmente, se acerca al lugar de sus aspiraciones y el destino le es adverso, obligándolo, como á Sísifo, á cargar nuevamente la piedra de sus desgracias, hasta que halla en él suicidio el fin de sus tribulaciones.

El sujeto está muy bien tratado y tanto él como los otros personajes de la novela se mueven, dialogan y gesticulan con soltura y naturalidad.

En *El Tormento de Sísifo* la frase fluye fresca y espontánea y las descripciones evocan dulcísimas acuarelas, tan grande es el cariño que el artista ha puesto en ellas.—*Pérez y Curis.*

Nuevos libros recibidos

LAURACHA, por Otto Miguel Cione; JUICIO SOBRE EL LIBRO POR LOS JARDINES DEL ALMA DE OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS, por Pío Gandolfo; FRENTE Á LA IGLESIA, por Gumersindo Ardanaz; GRANADA, por M. L. D' Ayot; VANIDAD DE VANIDADES, por E. Gómez Carrillo; APÓSTOLES REBELDES, por Santos García Mallarini; CANTO Á LA SIRENETA, por Guzmán Papini; LA DISCIPLINA ESCOLAR Y LOS CASTIGOS CORPORALES, por Horacio Dura.

En nuestro próximo número hablaremos de los libros anotados.

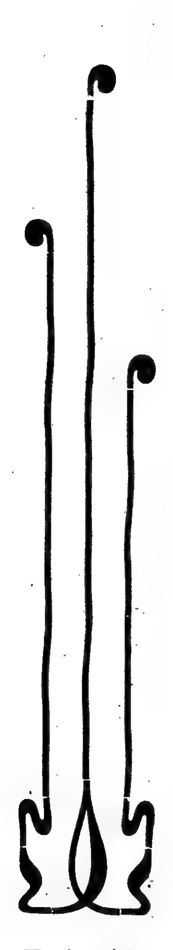
APOLO

AÑO IV

Número 26

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -



MONTEVIDEO — ABRIL DE 1909

APOLO

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY, LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

● ● ●

Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV — Montevideo, Abril de 1909 — N.° 26

Homenaje al proletario

Dispuesto, muy tarde ya, á gozar de la paz del hogar, abandonando el pesado tragín cotidiano que llevara á su organismo el germen inevitable de la muerte, dejó de existir el 11 del mes pasado, frente al sol esplendoroso y á la naturaleza que le sonreía, el padre del director de esta REVISTA.



JULIÁN PÉREZ Y RIAL

Para él también hay un recuerdo; una ofrenda al noble, al humilde proletario cuyas manos encallecidas no sufrirán ya el dolor de las rudas faenas; cuyos ojos, ora llenos de infinita mansedumbre, ora de indignación ó de tristeza, no recorrerán más estas páginas que eran su alegría y su orgullo —por el esfuerzo de quien las sustenta—y cuya voz ya no modulará la elegía de los grandes infortunados y de los parias de la suerte.

«APOLO» publica hoy el retrato del extinto como un homenaje á la memoria del obrero cuyos errores no han logrado empañar la lumbre de sus ideales de libertad y de sus sueños reivindicatorios.

LA REDACCIÓN.

Hacia el ocaso

Es inútil que los apologistas del gobierno y la prensa asalariada se obstinen en pregonar los progresos del país bajo la administración del presidente Williman. Este ascendió al poder, no por el voto espontáneo del pueblo, sino por el voto impuesto por su predecesor; fué á él con un programa de proyecciones inmensas y de fórmulas salvadoras y quedó allí extático, estupefacto, deslumbrado ante la obra de su protector y reconociéndose ignaro en achaques de gobierno.

Pero tenía que regir los destinos de la nación, mal ó bien, y comenzó su política de retroceso, encaminando á aquélla hacia el ocaso de la bancarrota definitiva.

Para ciertos mandatarios, la apatía y el abandono absoluto son altísimas virtudes. Hé ahí por qué gobiernan automáticamente, como seres iletrados en quienes el instinto animal triunfa sobre todas las facultades del entendimiento, y pasan... pasan sin dejar ningún otro rastro que el de su inferioridad intelectual ó el de sus triunfos mujeriegos.

No es de ahora que el mal reina en nuestro país. Ha tiempo ya que el malestar cundió en él con tanta eficacia, que el éxodo de los trabajadores, siempre en aumento, lo convirtió muy pronto en un páramo maldito, en el cual es estéril el humano esfuerzo.

La campaña, despoblada por la falta de trabajo y por la poca seguridad de paz que ofrece el gobierno actual; las quiebras y los concordatos que á menudo se suceden, y á los cuales están abocados los comerciantes del interior, á causa del mal de la emigración, repercuten en esta capital é impiden la realización de las operaciones de la Bolsa que es como el termómetro de la política y de la situación de un país.

Y, sin embargo, en los círculos allegados al gobierno y en los de la prensa servil, se habla, con increíble desparpajo, del superavit de las cajas del Estado, y se cita la presente administración como una rueda de progreso y bienestar generales.

El caso no necesita comentarios. Provocaría la risa si no causara indignación á las almas amantes de la verdad, á aquellas que están por encima de todas las comodidades que ofrece el presupuesto.

Los proletarios, cuyo único patrimonio es el jornal reducido, desconcertados ante la crisis que amenaza paralizarlo todo, no trepidan en abandonar el país, buscando en otro, lo que éste les ha negado por boca de su inhábil representante.

¿Dónde está el progreso, pues? —En la mitología . . . ó en la mente de los eternos presupuestívoros.

Ya es hora de que la prensa independiente, hable bien alto, y diga á todos los vientos, de la desolación que sobrevendrá mañana.

¿Por qué engañarse á sí mismo si el pueblo no calla sus miserias ni ignora la bancarrota del país puesto que harto conoce la ineptitud de quien lo guía?

Y, ¿cómo evitar, por otra parte

los efectos desastrosos que tal ineptitud ocasiona principalmente á la clase proletaria que es la que más sufre en la hora aciaga de la derrota?

El actual gobernante se ha manifestado, en los hechos sobretodo, enemigo recalcitrante de la falange obrera. Testimonio: las frecuentes prisiones y los desmanes cometidos, al comenzar su ejercicio, contra pacíficos obreros que habíanse congregado en un centro social para protestar contra los atropellos de la policía.

El deber de un magistrado es captarse las simpatías de todo el pueblo, sin distinción de clases ni partidos y coadyuvar á su engrandecimiento, no permitiendo que se le veje y explote miserablemente. El presidente Williman se ha colocado en los antípodas del verdadero magistrado y allí está rodeado de sus apóstoles: los apóstoles del ocio.

Y, en tanto que las clases pobres se anegan en la miseria, aquéllos presentan un proyecto de pensión á un ex-presidente que condujo el país al abismo del dolor.

PÉREZ Y CURIS.

Por el huerto amigo

Para Vicente Medina.

Para APOLO.

Tiempo hacía que no iba por aquellos lugares. Después de una larga estadía en ellos, á raíz de un duelo de familia, después de una larga estadía de la que regresé á la ciudad en pleno invierno, no había vuelto por allá. El último recuerdo que de aquello conservaba era demasiado melancólico. Había encontrado á mi vuelta á la ciudad un ambiente más propicio para amortiguar mis tristezas y aunque no me lo hube confesado abiertamente, tácitamente temía que mi visita abriera de nuevo en mí las heridas que el tiempo se había encargado de cicatrizar. Sin embargo, mi falta de consecuencia con la vieja quinta de mis abuelos, me aguijoneaba en la conciencia como un delito de ingratitud. Pensé, para resolver mi visita que con ella pudiera resultar lo que con aquellos amigos que en un momento de intimidad con amargas confidencias le dejan á uno el espíritu envenenado de dolor, pero que al encontrarlos más tarde bajo la presión de otras circunstancias, borran aquel precedente de honda tristeza rectificando que las amarguras son también efímeras porque son de la vida, y hacia ella me fuí.

La casa solariega no había cambiado en nada. Era en su caducidad, siempre la misma semi-ruina de la que por tanto tiempo fuí su buho soñador.

Como una buena abuela que guardara para amabilizar sus chocheces los juguetes y los garabatos de su nieto, á ella la encontré llena de mí: libros de mi infancia, borradores de mis primitivos ensayos,

dibujos míos en sus paredes y acá y acullá cosas colocadas en otra época, con afán decorativo, por mí mismo; cosas que nadie había osado tocar en el mucho tiempo transcurrido desde aquel entonces y que ella ostentaba con cierta coquetería, que aunque ya marchita, me supo al reproche de toda una consecuencia afectiva no correspondida. Todo en ella hablando de mi pasado en ella vivido.

Después de un rápido paseo por la amplia casa bajé al huerto. En aquel momento sentía ansia de volverlo á ver. Una fruictiva emoción me invadió mientras fuí penetrando en él. De todas partes surgían formando dulce coro, voces amigas que hablaban de cosas queridas. Las hojas de los árboles escintilando al contacto de la brisa bajo la esplendidez de un pleno sol de estío, tenían toda la elocuencia de un saludo entusiasta; las flores en su colorido exuberante propio de la flora de la estación, despertaban mil asociaciones gratas á mí espíritu; los pájaros parecían que habían estado guardando en mi espera aquellos mismos trinos del ayer lejano para alegrarme; aquella epifanía y los frutos mórbidos se ostentaban como una espontánea oblación de aquellos árboles tan unidos á mi pasado que me hablaban con acentos fraternales. Debo de confesarlo, me sentí avergonzado ante aquella inmerecida recepción porque me consideraba el amigo pródigo de aquel hermoso y familiar jardín,

Por todas partes surgiendo mis recuerdos y envolviéndolo todo, como las lianas que se extendían desde la floresta hasta los cuadros de las hortalizas, ya rastreando, ya trepando á los arbutos ó ya cayendo de ellos en cimbreantes cascadas.

¡ Cuántas evocaciones intensas y queridas ! . . . ¿ Y cómo no ser así si en aquella heredad he pasado casi un tercio de mi vida, si á ella fuí, cierto día de mi adolescencía, con el alma en noche, herido el cuerpo casi de muerte y tras el curso de muchos días sombríos matizados de muchas esperanzas, á la par de las corolas que allí se desplegaban triunfantes, fueron abriéndose flores luminosas en mi espíritu y mi físico, nutrido de una nueva y sana savia, surgió de nuevo vigoroso á la vida cuando también aquella su vegetación se hacía pomposa como un canto á la primavera.

Al llegar á una encrucijada de senderos busqué el viejo banco de rústico pino que estuviera junto al lago y al que en mis horas más ingenuas de lirismo para mí solo llamaba «*banco de mis sueños*» ¡ oh amarga decepción ! El banco no existía ya, ni tampoco el antiguo sauce que lo doselaba y que por tantas horas protegió, como una mística ala, la inspiración de mis primeros cantos y tantas veces mezcló sus gemidos casi humanos con la recitación de mis primeras tristes estrofas líricas. En los canteros de su torno, donde yo mismo ejercí de labriego para formar un pequeño jardín de plantas escogidas, no había más que matas silvestres que lo habían ahogado todo. En el cuadro de mis rosales favoritos sólo un rosal se conservaba apenas reverdecido, triste, como un Jeremías sobre su ciudad en ruínas. Más allá, junto al cerco vecino, había flores pero eran de unas matas nuevas. Aquellas flores eran ajenas á mí, tan ajenas que abrían sus corolas como pupilas abiertas, extrañadas de mi presencia. Y entonces pregunté : ¿ qué se han hecho mis plantas amigas, aquellas que retribuían cada uno de mis cuidados con una

De la novela "Zarza Florida"

CAPÍTULO VII

Dyonisos presentía que algo nuevo iba á florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima á rasgarse.

Sus ojos, que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color, se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excelsa belleza de Lais le inquietaba. Huía de ella. Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, á los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El pasado le inspiraba un pavor profundo. Temía el recuerda, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del Mercado, acabaron de convencerle.

—¿Qué dirías de un hombre que, al soltar un ave á la libertad del vuelo, colgase de sus alas las más pesadas joyas?

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia á todo, y todo será tuyo.

Vete al desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por fin á tu alma, purificada por la penitencia de toda escoria terrena.

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

—¡Es preciso, Señor, es preciso! todo cuanto me rodea me recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogimiento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, á hablarle al oído.

Era toda su vida, que surgía de nuevo, materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Cortaba las cañas más bellas, y combinándolas sábiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento á los altos cañaverales arruinados.

De noche estudiaba el curso de los astros prefiriendo siempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice ó los contornos del cuerpo de las Vírgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

Una noche, á la entrada de un

bosque de mirtos, volvió á aparecérsele.

A través de las vestiduras sutiles era más vivo é intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros, largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, á cuyos cuellos los aldeanos ceñían coronas de violetas y de ciclamos.

Ella le cantó al oído, con una voz tan cálida que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

—Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban á los hombres y los dioses violaban á las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber sido poseída por un dios. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí al alma de Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas tú fecundarás mis flancos, que, semejantes á la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se ofreció desnuda bajo la alucinante fosforecencia lunar.

El, cayendo de rodillas, le quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánforas colmadas.

Mas ella, resbalando, la acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloroso, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras, en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas, resumiéndolas todas, entrañando en su cuerpo todo el encanto diabólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Lais.

La perseguía constantemente, rozándole á veces con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole á orillas del camino, á la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlonamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando, ebrio, al son de la flauta de caña, hacía danzar entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de quietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos; erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

El, aterrorizado huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse á respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, á fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

Francisco VILLAESPESA.



Como hoy, la aurora visitaba el nido
Que hiciera con mi amor otro amor santo.
Donde haciendo llorar supe del llanto,
Y supe del querer por ser querido.

Como hoy llegaba, sin hacer ruido,
Leve esparcía sobre el lecho el manto
De claridad; nos despertaba, y, cuánto
Sabíamos de amor en aquel nido!

¿Por qué has venido hoy con tu alegría?
¡Para darme tristeza, aurora mía!
¿No ves que pálido es mi rostro, ahora?

Y, si sabes que el nido está muy triste,
Que la amada se fué, que ya no existe,
¿Para qué me visitas, buena aurora?

Ovidio FERNÁNDEZ RÍOS.



VISTA DE PIRIÁPOLIS

Balada del paisaje sombrío

Del libro "Alma de Idilio", próximo á aparecer

Atrás quedaba el paisaje
Todo inundado de sombra . . .

El tren seguía avanzando
Por la senda silenciosa.
Bajo una gasa de niebla
Ligera como una cofia.
Súbito — atronando el valle
Con sus rugidos el Bóreas —
El agua del encrespado
Mar cubrió todas las rocas
Erguidas allá entre el musgo
Malaquita de la costa :
Cruzaron el horizonte
Las intrépidas gaviotas ;
Las nubes y las tinieblas
Fingieron simas caóticas
Y la lluvia en la avenida —
Cayó sobre un lecho de hojas.

Atrás quedaba el paisaje
Todo inundado de sombra . . .

A través de los cristales
Mirábamos las remotas,
Adiáfanas lejanías
De la tarde. Melancólicas
Visiones de otros inviernos

En otra vía hiperbórea
Se erguían en nuestro espíritu,
Frías, endebles y torvas,
Rememorando la génesis
De nuestras angustias todas.

¿No viste cómo los sauces
En la ribera tortuosa
Desmayaban tristemente
Bajo la lluvia sonora,
Mientras modulaba el río
La elegía de las hojas
Y en los árboles desnudos
Se adivinaba la poda?

¡Tú ignoras de aquella tarde,
La sugestión voluptuosa!

Aquella tarde sombría
Como faz de Dolorosa
Mi labio inerte se hubiera
Estremecido en tu boca,
Ante la desolación
De las glorietas que lloran
Cuando en su seno, ateridas,
Se refugian las palomas.

Yo adoro en las tardes grises
La comunión de tu boca.

. . . .
. . . .

Cesó como á algún conjuro
La tempestad, y en la onda
Del iris, tembló un reflejo
Sutilísimo de aurora.
Volvió el tren. Luego, la tarde
Dijo su postrer salmodia,
Y atrás quedóse el paisaje
Todo inundado de sombra . . .

PÉREZ Y CURIS.



ESTABLECIMIENTO DE AGUA SALUS

Oración á la palmera

¡Árbol del sol! ¡Árbol de Oriente! ¡Espíritu de árbol! ¡Penacho de verdor! ¡Amigo del desierto! ¡Guía del caminante! Bendito seas, y benditos los pueblos que amparas con tu sombra.

Déjame contemplarte en la llanura, allá en el fondo cerca de las rosadas nubes que se deslizan sobre tu copa, é ir hacia tí. Déjame reposar á tu sombra.

Tú eres el único árbol que ama, sin que la impureza de los labios manche el verdor de tus ojos. Tú envías los besos en polen, y tu amor, como las canciones, las lleva el aire cupidinesco. Tú amas velando como los ángeles. Tú te fecundas en las nubes, en el viento, en todo cuanto hay de más puro en la tierra, y por eso es tu fruto de oro, y es dulce, y es ligero y cría en cuna de gloria.

Tú, palmera, nunca miras hacia abajo y á la tierra: siempre va alto tu mirar. Desovillándote como las flores, te vas destrenzando y subiendo como un minarete, siempre con la mirada abierta á la azulina bóveda del cielo, ó á las irisaciones brillantes de la llanura.

Tú, palmera, eres la amiga de los profetas; como ellos te elevas solemnemente y contemplas la planicie hasta el fondo, y como ellos presientes lo porvenir adivinando las tristezas que la humanidad prepara, y vas apuntando las centurias en el rosario de tu tronco, como el reloj de los bosques. Tú te apiadas de los sufrimientos de los hombres tejiendo las palmas de los mártires! Tú eres la adorada de los artistas que esperan ser coronados por tí y como ellos buscas la belleza! Tú eres la palma de la victoria, la hija querida del sol, y eres un suspiro y eres un símbolo, y allí donde encuentras la luz, allí tienes la patria.

Imitemos al árbol sagrado! Tengamos la claridad por patria, el azul por dosel, y apuntando al sufrir de los años, miremos á lo alto: como ella!

Santiago RUSIÑOL.



Rimas frágiles

Para Apolo.

Íbamos juntos recitando versos
evocando visiones inefables...
— Yo miraba tus tersos
cabellos adorables.

Al nombrar tus poetas, dulcemente
sonreías i con algo de tu pena.
Yo miraba tu frente
luminosa i serena.

Tus palabras sabían de conjuros
i encantaban. Qué dulces i qué bellas!
En tus ojos oscuros
ardían dos estrellas.

Y luego á media voz y temblorosa
versos de amor, llena de unción dijiste...
Y, te ví mui hermosa
i, Dios santo! mui triste!

II

Ansiabas sorprenderme en mi retiro
i fuistes á él. En un rincón oscuro
lloraban mis quimeras. Inseguro
se hizo tu paso entonces i un suspiro

se escapó de tu pecho...
No creías
que hubiera soledades tan inmensas
cuando á veces charlando te reías
diciéndome: qué tienes? en qué piensas?

Pero desde esa tarde ya te veo
de otra manera. No eres ya la misma.
Y te sigue turbado mi deseo
i quiero preguntarte qué te abisma...!

Jorje GONZÁLEZ BASTÍAS.

Santiago de Chile.

El diamante de mi anillo

Para Apolo.

Es extraño, la piedra brilla hoy con un resplandor de sangre, de tal modo intenso que parece una brasa.

No es un reflejo rojo, uno de los tantos reflejos multicolores que tienen los brillantes y que se desvanecen para formarse de nuevo al menor movimiento del dedo que los ostenta. Todo él es intensamente rojo, y en vano muevo la mano en un sentido y en otro, que ningún nuevo color aparece en su habitualmente tan variado iris.

Vagamente pensativa me pregunto el por qué del extraño fenómeno buscando en los fuegos sombríos de la tarde muriente una aplicación más ó menos plausible. Dígome que se trata de un simple juego de luz, que mi diamante no puede haberse convertido en rubí por arte de magia, pero es en vano, por que, como esta joya, ha tenido siempre para mí un valor de misterio ¿cómo evitar que lo misterioso obsesione mi alma?

La joya es hermosa, labrada de un modo singular, en un estilo imposible de precisar, pues nunca he visto nada semejante, ni en las imágenes de las viejas joyas más célebres, ni en la infinita variedad del arte moderno. A su rareza se une para mí, la circunstancia en que la adquirí. Un amigo á quien mucho estimo me la ofreció de vuelta de un largo y azaroso viaje advirtiéndome que la joya tenía una historia y prometiendo contármela. Al día siguiente mi amigo desapareció de un modo misterioso sin que nunca nadie haya sabido de él. Yo quedé con el dolor de haberlo perdido y la punzante curiosidad de saber la misteriosa historia de mi anillo.

La tarde muere completamenmente, los celajes rojos han desaparecido y la piedra continúa empeñada en disfrazarse de rubí, como para burlar mis pretensiones de explicar su secreto. A medida que la luz se extingue, brilla con más intensidad; es un foco ardiente que lanza rayos.

Pensativa, sigo con los ojos uno de ellos, es un río de sangre luminosa que se dilata extraordinariamente como en un sueño y va á desaguar en un vasto resplandor vaporoso.

Algo se agita allí, no puedo dudarlo, es una figura humana.

¿La sombra de mi amigo?...

No... Vuélvese en este instante, no reconozco esa cara: ¿quién es? De nuevo inclina la cabeza atento á algún objeto muy pequeño que no puedo percibir. La luz roja del diamante se hace más intensa ¿estoy soñando?.... No, estoy despierta. Aquel hombre no parece preocuparse de mí, viste de un modo raro y á su alrededor brillan mil pequeños objetos que cada vez percibo con más claridad. Parece que hubieran introducido dentro de mi habitación y junto á mi ventana abierta sobre el jardín, ya completamente oscuro, un pequeño bazar luminoso; ¿qué quiere aquel hombre? ¿qué hace en mi casa?... estoy

por preguntárselo pero no puedo moverme y siento dolorosamente en mis sienes que su cabeza melancólica piensa en la mía. No puedo explicar el misterio pero es así.

¡Cuánto secreto penoso! Fatigada de buscar su clave, pierdo la rigidez del que investiga y me abandono á ellos, resuelta á dejar pensar dentro de mi cerebro á aquel otro cerebro, como si tuviera un cáncer doloroso en mi pensamiento.

Porque aquel hombre sufre, sufre el augusto dolor del alumbramiento de la idea. Sufre el dolor de los que tienen dentro de sí un ideal que no pueden exteriorizar.

Muchas joyas han labrado sus hábiles manos, joyas que han ido á reposar en las blancas gargantas de las princesas y en las cabezas de las reinas; otras muchas estan allí á su alrededor, elegantes, puras en la línea, vivas en la expresión. Yo las veo extasiada.

Es increíble que con unas cuantas piedras y un pobre trozo de oro muerto ó plata vieja, puedan hacerse tantas maravillas.

Son flores que parecen respirar, son gotas de rocío de una transparencia que Dios envidiaría para las suyas, son hojas de una gracia suprema, son perfiles inimitables, son las volutas movibles de una cabellera, son serpientes que completan su misterio simbólico en la luz vaga de las esmeraldas, son mil líneas armoniosas que cantan la belleza suprema de la forma, junto á la mística palidez de los ópalos. Y todo ello realzado por el brillo estelar de los diamantes, por los zafiros tristes, por los topacios solares, por las amatistas, moradas como carnes que sufren, por el iris de la nácar y la candidez de las perlas. Y luego, como una corte que se oprime y se empuja por rivalizar en encantos, los variados berilos, las rojas cornalinas, el sardónix y el jacinto, los corales sanguíneos, granates, rosados, verdosos, negros, grisáceos, parduzcos, blancos, toda la gama coqueta de los jardines desconocidos que florecen allá lejos, bajo las aguas azules del océano. ¡Oh, qué maravilla!

Tiendo las manos y de nuevo me clava en mi sillón un dolor agudo, el dolor de la idea de aquel hombre que piensa en mi frente...

El artista no está contento...

¿Qué es todo aquel conjunto maravilloso junto á su ideal? ¿De qué le sirve tener ante los ojos la visión nítida de la Belleza si sus manos han de manejar irremediablemente la materia pesada.

¿Qué son el oro y la plata y los brillantes, qué es la frágil delicadeza del esmalte, junto á la luminosa transparencia del ideal soñado?

Su cincel ha creado obras de sorprendente magia, pero su imaginación las ha creado más sorprendentes todavía...

Es en vano. Nunca, nunca, la torpe arcilla de las manos será capaz de realizar completa la idealidad del genio inspirado. La obra de esos instrumentos materiales se resentirá siempre de su materialidad, será siempre imperfecta.

El artista lo sabe. Pero esa amiga del corazón que es la Esperanza, se burla del saber y del razonamiento y le murmura al oído: Llegarás. Y las manos vuelven á la obra imposible, constantes y ansiosas.

Mujeres

En el Círculo de San Luis hablan de la mujer. Y no de la mujer actual, casadera y con dote, como podría suponerse, sino de la mujer al través de la Historia, combatiente en sangrientas luchas, maestra en las artes de la política, curtida en todo linaje de intrigas palaciegas.

Un general ilustre, que á la vez es escritor — demostración viva de que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza, — cantó á la mujer fuerte, á la moza de arrestos, fruto maduro y sano de la llanura castellana, del terruño aragonés, del vergel andaluz y del huerto levantino.

Evocó el cuadro de nuestra lucha de independencia, y de su fondo de sombras destacó en pincelada de luz, amplia y vigorosa, el arrojo de las hembras de Gerona y Cádiz, el heroísmo femenil, que en Zaragoza tuvo nombre y se llamó Agustina

Otro escritor, que no es soldado, habló de la mujer en tiempos de paz, de la influencia que con los ardides de su entendimiento y con las astucias de su ingenio logró ejercer en la política de los Estados. En el curso de su conferencia, y, sin duda para edificación de los jóvenes congregantes, citó nombres é historias de favoritas de reyes. Acaso pretendió advertir á los que gustan de encaramarse y trepar por árboles genealógicos, que no es difícil hallar la rama podrida, ó que el tronco mismo, falto de robustez y savia, dé en tierra con su florida pompa. Tal vez quiso demostrar que no todas las noblezas se adquirieron en lid reñida, y que muchas de las flores que en campos de zafir ó de gules lucen la lozanía de sus pétalos, fueron prendidas por la galantería de un monarca en el pecho de damas complacientes.

Cantada la hembra fuerte y la mujer hábil, pregonadas las virtudes y excelencias de su espíritu, y encarecidas las artes y sutilezas de su ingenio, es de esperar que una voz se alce para encomiar las gracias, los encantos y los hechizos de su cuerpo, armas que le dan indudable triunfo en la lucha de la vida.

Esto seguramente contentaría á los devotos y jóvenes congregantes.

En la edad juvenil, nada dice el tipo de la mujer fuerte, con fuego de ira en los ojos, que debiera encender la llama del amor; con odio en los labios, que debieran brindar dulzura; con muerte en los brazos, que debieran ofrecer caricias. Esa imagen no podrá desalojar del pensamiento á la que se concibe en el brioso amanecer de los sentidos, cuando con nuevas sensaciones alborean nuevos sentimientos: prontos á acariciar los brazos, prometiendo los ojos un amor que pide con la boca.

Las almas mozas sueñan con mujeres débiles, para que al amor se rindan; sólo fuertes para que resistan al hastío del goce; en cerebro joven todo ideal encarna, adquiriendo lineamiento y contornos de mujer. Como mujeres nos representamos á la Gloria y á la Verdad; aquélla más deseable, porque no prodiga sus caricias; ésta doblemente hermosa, por ser doncella y estar desnuda.

Dentro de las mujeres de la Biblia, que indudablemente conocerán á la perfección los congregantes, ¿serán sus tipos predilectos la mujer que desde la torre de Thebes arrojó la piedra que destrozara el cráneo de Abimelech; Judit, tajando el cuello de Holofernes, ó Jael, taladrando las sienes de Sísara? No; será la Sulamita, la gentil pastora del cantar de Salomón, que pide para su desfallecimiento amoroso sostén de flores, que enamorada salta del lecho y la ciudad recorre y á los centinelas pregunta; ¿Visteis por ventura al que ama mi alma? Será Rut, la espigadora sencilla, que enamora al labrador rico con amor que trasciende á sana fragancia de campo fértil; será María Magdalena, la mujer admirable, pecadora por el amor de los hombres, santa por el amor á Cristo.

Harto sé que ninguna voz hablará en este sentido. Los místicos de todas las edades, aquellos que como el dulce Granada, encendidos de espirituales ardores, labraban en talla primorosa el idioma castellano, y éstos que en el día encubren con lenguaje plebeyo, carencia de fe, todos consideran que es la mujer temible instrumento de pecado; aseguran que la gracia, el donaire y el primor del cuerpo son cebo infernal y traza engañosa del demonio.

Ahora, como antes, se dice que la forma bella es envoltura de espíritus llenos de fealdad, de vicio y de impureza. Y si esto es así, si es cierto que en la otra vida rehuiremos el trato de las almas impuras, ¿no es justo que en esta existencia miserable adoremos el hermoso barro que las contiene?

El cuerpo es tierra; y pues que abandonado del alma á la tierra vuelve, démosle en la vida terrena el culto que merece.

ENRIQUE DE MESA.



Otoñal

Para APOLO.

Hêlas!... ces temps là sont finis
Et les oiseaux d'antan ne sont plus dans leurs nids.

Jean Richepin.

Ya no estaremos juntos — en los claros de luna —
Ante el mar que compuso — sidéreas melodías —
Ni aspiraré el perfume — de tu cabeza bruna —
Que apagaba los llantos — de mis melancolías —
Ya no habrá más delirios — fundidos en miradas —
Repitiendo gorjeos — de ardientes ruiseñores —
Como hoy no hay en Provenza — las justas celebradas —
Bajo el buen rey Renato — entre los trovadores —
Ya no habrá más murmullos — en tus manos ducales —
De besos ardorosos — con lágrimas regados —
Cuya estela era un vuelo — de comunes ideales —
Ofrenda á corazones — de hermanos ignorados —
Ni las cítaras de oro — de tu voz armoniosa —
Semejarán un canto — de invisibles sirenas —
Pues nuestro idilio es algo — como marchita rosa —
Envuelta en el rocío — de opalescentes penas...

Niza — 1907.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.



Rimas tiernas

(ARMAND SILVESTRE)

Para Tomás O'Connor d'Arlach.

Especial para APOLO.

Dices que se parecen nuestros ojos
Porque es uno el matiz que los colora;
Del Sol poniente á los celajes rojos
Se parecen también los de la Aurora.

Y aunque en vago crepúsculo inflamada
La misma llama para entrambos arde,
En tus ojos se ve cual la alborada;
En los míos tan sólo cual la tarde.

Y á su trasluz cualquier rumor que [avanza
Es alegre ó es triste, según la hora;
Sonríe entre tus ojos la esperanza;
Entre los míos el recuerdo llora.

La Paz, Bolivia, 1908.

ROSENDO VILLALOBOS.

APOLO

AÑO IV
Número 28

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS



MONTEVIDEO — JUNIO DE 1909

APOLO

Revista mensual de arte y sociología

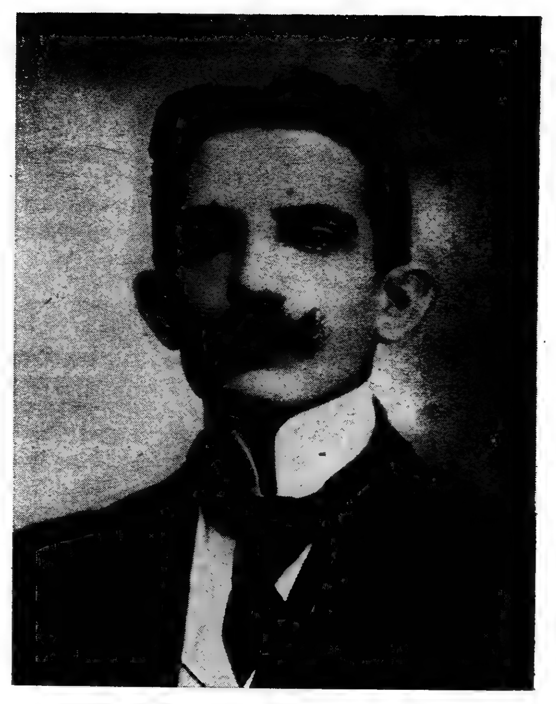
Director-Redactor: Pérez y Curis

Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

A. R. de Carricarte

Se ha radicado entre nosotros, donde triunfará por sus altísimas cualidades de artista y su verbo de buena cepa, el gallardo prosador Arturo R. de Carricarte, con cuyo retrato engalanamos esta página. El es ya conocido de los lectores de Apolo. En varias ocasiones hemos ofrecido á nuestros lectores páginas suyas de vigoroso estilo y hondos conceptos.

Luchador infatigable, siempre en peregrinación por los países de América que tanto deben á su brillante pluma, el señor de Carricarte ha colaborado en las principales revistas hispanoamericanas, para las cuales su nombre ha sido un verdadero símbolo de consagración.



Presentimiento

Nunca supe por qué me pareciste
Siempre, una flor para vivir un día;
Una estrella fugaz que alumbraría
En una noche solamente. Fuiste

Mi buena amiga, y de mi labio oíste
Palabras de ternura y de alegría;
Y aunque tu boca amable se reía,
Siempre en tus ojos te encontraba triste.

Eras sólo de un ser, alma y esencia;
En ti fué la visión de una existencia
Que murió sin morir, pues no vivía.

Y al cumplirse la ley, severa y fuerte,
No pude sorprenderme con tu muerte
Pues sin saber por qué, ya lo sabía!

Ovidio FERNÁNDEZ RIOS.

El Camino

Para Apolc.

El camino largo se extendía á lo lejos hasta perderse confuso en el horizonte.

Entre el verde claro y brillante de los álamos nuevos resaltaba extrañamente su tinte rojizo, presentándolo á ratos á la imaginación desarreglada del fatigado viajero, cual coralina serpiente que se estirase perezosa entre las yerbas.

¿Habéis oído nunca hablar á los caminos?... Sin embargo los caminos hablan al viajero solitario á quien la marcha y la tristeza han envuelto el alma en un crespón gris y espeso. Pero hablan allá, lejos de las ciudades y los pueblos, donde los hombres no importunan con la cháchara de sus negocios, ni alborotan los animales, ni los pesados carros lastiman al pobre camino con sus duras ruedas.

... El camino largo y rojizo se extendía á lo lejos entre su doble hilera de álamos nuevos. El sol bajaba á mi espalda alargando desmesuradamente mi sombra. La melancolía de la tarde moribunda había borrado las ideas de mi mente... ya no pensaba... me había abandonado suavemente al balanceo de mis propios pasos, cual si estuviera en una cuna, arrullada por el cantar de la brisa entre las hojas de los árboles.

Poco á poco ese murmllo suave se apoderó de mi ser, se alojó en mi cráneo con extraña persistencia. En un momento creí que me hablaban, luego tuve la certidumbre de ello. De entre el rumoreo de la alameda se destacaba una voz infinitamente triste que me hablaba, una voz apagada, contenida é ingenua, como la de un niño temeroso...

Era el camino que me contaba su historia, agradecido talvez á mis livianas plantas que apenas rozaban su ya curtida espalda.

. . . .

Antes yo era blanco, me dijo el viejo camino, y sobre mi larga espalda paseábanse las niñas del lugar con suave paso. Ningún vehículo se atrevía á herirme con sus ruedas porque yo era un camino olvidado. Y yo contemplaba á las hermosas criaturas. Y era mi felicidad. Todas las mañanas la niña Aurora me recorría jugueteando, mostrándome su sonrisa dorada, sus ojos de luz y sus largos, larguísimos cabellos rojos.

¡Oh! La niña Aurora! ¡La hermosa criatura!

¡Cómo llegué á amarla!

No había otra como ella entre todas las chicas que habían pasado alguna vez acariciando mi espalda.

Los picarones álamos sonreían con su sonrisa verde, y yo sentía extrañas sensaciones al contacto de sus sedeños cabellos rojos. Los pájaros reían con largas y sonoras risas.

Entonces, un día; maldito día! formulé un deseo.

Quisiera que ella fuera yo, y yo fuera ella; que fuéramos una sola cosa los dos; que ella me abrazara tan, tan estrechamente que ese abrazo se hiciera infini-

to, sin que nadie pudiera separarnos; que mi cuerpo se penetrara del suyo como en los abrazos supremos del amor... eternamente.

Y mi deseo se cumplió.

¡Oh! vano de mí, que no quise conformarme con el suave placer de verla y de aspirar sus caricias!

Quise algo más intenso, quise el abrazo supremo y lo he tenido.

La he absorbido en mi ser, y es por eso que ella ya no existe sino en mí.

¿Qué es el amor sin dos personas, sin dos almas, sin dos individualidades fuertes y completas.

!Oh, vanos, los que en su ambición ilimitada, sienten el deseo inquieto de beber el ser amado!

Cuando lo han realizado, nada queda.

Tú que me escuchas, dale á tu amante todo lo que quiera, pero no le des tu voluntad de vivir según tu propio ser y tu propia alma.

Una mañana en que la niña quedó jugando más que de costumbre, algo pesado y luminoso que lastimó mi espalda con dolorosa quemadura, pasó sobre el cuerpo hermosísimo de Aurora que se deshizo en magnífico lago de sangre, tiñéndome con sus colores rutilantes en toda mi larga extensión.

La bebí poco á poco, con fruición dolorosa, hasta que de ella no quedó nada, nada... sino su larga cabellera roja, envolviéndome con su finísima red que no me ha abandonado más.

. . . .

Ya no vienen viajeros al cercano pueblo; ya no van á pasear á la montaña por donde todas las mañanas asomaba Aurora. Dicen que los cielos han cambiado, y que de su magnífica cabellera roja, no queda más que una parodia en el camino viejo y quemado, que se empeña siempre en ostentar sus colores.

—

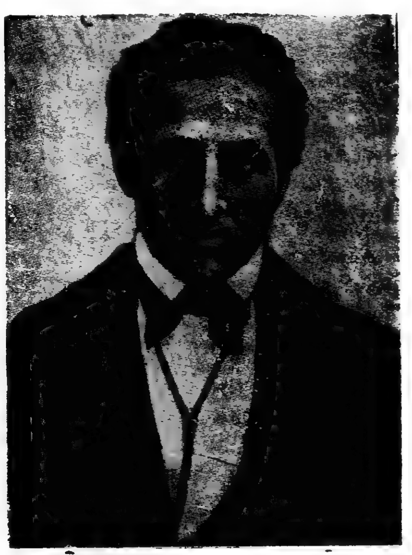
La voz del camino rojo que antes era blanco se perdió en un suspiro quejumbroso.

Ya era noche. Las luces del pueblecito se encendían melancólicas delante de mí.

Talvez había soñado.

GLADYS ELIS.

Montevideo.



JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

LA SOEUR

Para Apolo.

(Adaptatión française de la poésie castillane de Francisco Villaespesa la «Hermana».



En un pays très lointain,
Jusquè soir, dès le matin,
Près de la fenêtre assise,
Les yeux sur la route grise,
Sans se lasser, au printemps
Une triste soeur m'attend.

A la joyeuse hirondelle
Au nid printannier fidèle
Elle dit avec douceur:
— Au nom de l'épine amêre
Q'une fois sur le Calvaire
Du front de notre Seigneur
Tu tiras de pitié pleine,
Oh! dis— moi si dans la plaine
Tu l'as vu marcher! - L'oiseau
Jetant son cri le plus triste,
Se perd au ciel d'améthyste...
Elle reprend ses fuseaux...

Et, quand un voyageur passe
Sous sa fenêtre, ma soeur,
Demande à ce voyageur,
De l' attente jamais lasse:
— ¡Au nom de l'amour premier
Que peut-être encor tu pleures,
Dis-moi si dans ce sentier
Tu l'as aperçu ¡demeure! —
Lui s'éloigne lentement
Et monte aussi son calvaire,
Laissant un peu de poussiére
Se disperser dans le vent.

Ma pâle soeur, quand la lune
Tremble au fond de la nuit brune,
Crie: — ¡Au nom du Crucifié,
Oh! dís-moi dans quel sentier
Il vit ton rayon dernier! —
La lune au loin illumine
Toute la plaine, décline
Puis, dans la mer de satin
Comme une lampe s'éteint.

Peut être un jour, si je passe
Sous ta fenêtre, ma soeur,
Comme á l'autre voyageur,
De l'attente déjà lasse
Tu me diras: — Pélerin,
As tu vu dans ces chemins
Celui que j'attends, mon frère
Que de voir je désespère?

Héctor Díaz.

Genève, 1907.

RIMADO Á MANOS QUERIDAS

Para Apolo.

Salud, mañana, tarde y mediodía,
Que en vuestro seno quiebra melodía
La mano espiritual que tanto adoro
Y que me hace rimar: hombre canoro.
Salud mañana, porque la primera,
Con buen sol la acaricias lisonjera,
Y presides de un hábito sagrado
La sonriente labor de su tocado.
Tú que la ves hacer y deshacer
El gesto de oración, y amanecer
En el gesto las venas opalinas,
Cadenas de las manos peregrinas.
Tú que ves la graciosa somnolencia
De aquella transparencia
De sus manos, salud, salud, si aciertas
Las manitas á ver, recién despiertas.

Hora silenciösa, mediodía
Que en clámide de sol te envuelve el dia,
Dime cómo en tu seno era su mano:
Como la flor rosada del manzano.
Y tú, más que una estrella pensativa,
Recogida vestal, tú, tarde esquiva,
Que abres nardos y cierras girasoles,
Cuenta las languideces de mis soles.
—Ruído de fabla asusta mis palomas,
Ni mis sandalias se oyen en las lomas,
Yo recogida estoy, soy como una
Vestal que sólo habla con la luna...

Enrique BANCHS.

Buenos Aires.

Ideas y Sentimientos

II

Los Simuladores

Integran esa numerosa legión que sorprende á los incautos y á los noveles artistas, ya sea con su [illegible] y abundan- tosa cual un manantial de ripios ó con sus quejas de afectada sensibilidad, diferentes tipos y que merécenme distintas apreciaciones.

Perdono al simulador del talento que, [illegible] vanidad, ensaya, *poses* extrañas y atrae sobre sí las miradas de sus semejantes. Ese desea vivir y procura el alimento que satisfaga su estómago ó colme su vanidad.

Perdono al simulador del tra- [illegible] Es dueña de su voluntad la Pereza, única imagen ante la cual se arrodilla. Ese es un ser enfermo [illegible] ral

[illegible] inspiran odio y á la vez desprecio — á los simuladores del sentimiento. Del talento y del trabajo se vive, mas no del sentimiento. ¿Por qué enlodar, pues, esa virtud que es el único tesoro de muchas almas sinceras?

La hipocresía me exaspera porque no hay nada que pueda justificarla. Por eso, odio tanto al artista hipócrita como al más empedernido y concupiscente de [illegible]

Que un escritor perverso me lea una página suya, sentimental, llena de humanos propósitos y capaz de conmover hasta el llanto á quien no conozca sus crueles instintos, eso yo no lo tolero. Se es sensible por naturaleza y no por el medio en que se vive ni por efecto de las circunstancias.

La simulación es la única habilidad de las almas inferiores que andan á tientas en la sombra ocultando sus movimientos á las miradas del sol. Ella protege á algunos como férrea coraza y lleva al cerebro de otros como un hálito de inteligencia aparente.

¿No veis cómo muchos imbéciles cubiertos, en otro tiempo, de harapos, y hoy coronados de insolencia, han dado en llamarse ácratas, no obstante su egoísmo indiscreto y su gran sed de oro? — Si penetráis esas almas encontraréis en ellas un depósito de lacras. Ellas han proclamado la Acracia — como podrían haberlo hecho con el absolutismo — para vivir á expensas del pueblo cuya generosidad explotan so pretexto de conducirlo al triunfo definitivo. Para los actos de la vida prática no se inspiran en las ideas de Bakounine ó de Kropotkine, cuya obra, sin embargo, ensalzan entre la clase avanzada. En la vida práctica son sus maestros los autócratas y los déspotas de los que imitan

los modales aun cuando tratan de envolverse en un manto de igualdad.

Uno de ellos me ha servido de estudio en mis largas peregrinaciones de proletario y de hombre libre. Yo sé que la revelación de su nombre y de sus hechos de intimidad darían al traste con su insolencia y su ensoberbecimiento de burgués acaudalado. Pero, no importa; lo señalo con el índice y escribo su nombre en mi libro de venganzas. Un día haré la revelación y él tendrá su castigo. Castigo terrible, porque los simuladores de ese jaez no me mueven á piedad.

La Acracia es un sentimiento.

PÉREZ Y CURIS





BENIGNO VARELA

Oración

A Nuestra Señora la Poesía

Para ACRACIA.

Señora: Tú que suave como la luz del alba
La verdad enclareces y doras la quimera,
Señora: Tú que eres divina primavera
Cuyo milagro todo lo purifica y salva,

Hacia nosotros tiende tus manos generosas
Que ofrecen armonía, cariño, dulcedumbre;
La vida del espíritu va perdiendo mil rosas
Y ya sólo sabemos gemir de incertidumbre.

Por tu virtud ayer quede santificado,
Reciba cada día que se torna pasado
Un benéfico germen de salud y hermosura

Para que todo sea entusiasta, fecundo,
Y esté lleno de amor y más perfecto el mundo
Cuando en el obtengamos una vida futura.

Alberto SÁNCHEZ.

Bogotá, 1909.



…ta de la Plaza
…stitución. (1902)

El aguinaldo

[illegible]

A Pérez y Curis.

El día anterior, un domingo 31 de Diciembre, Aquiles Milton se había pasado toda la tarde recorriendo los bazares de lujo y las grandes tiendas de novedades, ansioso de encontrar en ellos el aguinaldo con que se propusiera obsequiar a su primita Lulú, una rubiecita fina, movible, nerviosa, cuyos adorables quince años a ratos la hacían grave, á ratos sentimental, a ratos un diablillo terrible que revolucionaba toda la casa con los agudos de sus risas y con los gorjeos de sus charlas.

¡Qué buen corazón aquel Aquiles Milton! Aquel domingo 31 de Diciembre él tenía en su poder veinticinco pesos, sí, como ustedes lo oyen, toda una espléndida fortuna para un humilde muchacho como lo era Aquiles, cuyo sueldo nada rumboso y ganado trabajosamente en casa de un consignatario de frutos, unido á una pensión graciable que percibiera su buena madre, la viuda del antiguo maestro de escuela Zacarías Milton, apenas si sumaba lo estrictamente necesario para que ambos vivieran sino con privaciones, al menos con relativas estrecheces.

¡El regalo para Lulú! Desde tres meses atrás esto había constituído la preocupación constante de Aquiles Milton: había sido su pensamiento, su idea fija, una obsesión temerosa y dulce, acariciadora y terrible á un mismo tiempo. ¿Qué le regalaría él a Lulú cuando llegase el tan anhelado como temido 1.º de año? Milton había cavilado mucho esta elección. Su bolsa no le permitía lujos mayores. El, que era pobre ¿qué podría ofrecerle á aquella su muy amada Lulú, criatura acostumbrada á los mayores boatos y magnificencias, puesto que sus padres vivían en la opulencia?

Grave problema éste. Y no porque Milton fuera un ambicioso vulgar, ni un fatuo, ni tan siquiera uno de ésos tantos vanidosillos del peor gusto; no, sino porque Milton en la optimista adolescencia de sus veintitrés años, pertenecía á esa clase de enamorados peligrosos que como dijo el poeta, no tendrían reparo en hacer fuegos de artificio con el sol, la luna y las estrellas siempre que este espectáculo proporcionara grato placer á la dama y señora de sus pensamientos.

¿Le regalaría á Lulú una joya, una graciosa bombonera, un *bouquet*, de flores raras y exóticas traídas expresamente ese día para él desde tierras muy lejanas y desconocidas? En todo esto había pensado el bueno de Milton, allí en sus horas de labor asidua en el escritorio del consignatarios de frutos; allá en su lecho de adolescente sentimental, en los largos insomnios de las noches inacabables, ó, cuando la esperanza, sonriéndole dulce y prometedoramente, aparecíasele en sueños en forma de un hada generosa que pregonábale riquezas y honores que Milton brindaría a su buena madre y a su primita Lulú, su muy amada y soñada prometida.

¡Pobre Milton! Desde hacía tres meses, época en que comenzara á amar a Lulú forjándose mil planes fantásticos e ilusorios, Milton, sin descuidar por eso la asignación mensual que entregara a su buena madre, había logrado realizar algunas economías sobre su ya exiguo presupuesto personal. Privándose de ciertos gastos supérfluos y guardando en su caja de ahorros los pequeños honorarios con que á veces los clientes del consignatario de frutos premiaban [illegible]

alguna comisión que le confiasen, Milton, después de esos tres meses de duro ahorro, había logrado reunir aquellos veinticinco pesos que él ahora destinase para el soñado aguinaldo.

—Esta tarde lo compraré—habíase dicho Milton aquel 31 de Diciembre tan pronto hubo saltado del lecho. Efectivamente, esa tarde, dichoso, feliz, henchido de un orgullo muy justo y muy legítimo, Milton diose á recorrer los barrios centrales de la ciudad inquiriendo precios y consultando gustos.

Caminó mucho. Todos los escaparates le fascinaban. Una loca y desmesurada ambición parecía haber despertado de repente en su cerebro de buen muchacho hasta entonces resignado con su suerte. En cada vidriera, alguna joya, algún bibelot, algún objeto artístico, poníale á punto de dicidirse, pero luego, impulsado por el deseo de hallar otro más hermoso, titubeaba nuevamente, y vuelta otra vez á detenerse ante nuevos escaparates donde los curiosos se apiñaban en un éxtasis de infantil admiración.

En una joyería central, un delicioso medallón de oro con una perla le fascinó.—¿Cuánto quiere usted? habíale dicho al joyero, un hombre muy amable y muy ceremonioso que vistiendo irreprochable traje negro de levita atendía el despacho.— «Treinta y dos pesos, ni un centésimo menos», habíale respondido éste. Milton ofreció veinticinco, todo lo que él tenía, pero el hombre muy correcto y muy ceremonioso no cedió un céntimo. Milton se marchó, triste, apesadumbrado, renegando de la terquedad inusitada de aquel hombre por lo demás tan fino y tan ceremonioso.

Por fin, á las 7 de la tarde, entre dos luces, y ya casi entrada la noche, Milton pudo realizar su ansiada compra. En una casa de antigüedades logró adquirir un hermoso guarda joyas de porcelana fina con cinceladuras de oro, objeto que, según la palabra honrada de Mister Butifar, el propietario del establecimiento, era un joyel de la más legítima porcelana de Sevres.

Y en verdad que el tal joyal pregonaba un *cachet* y un buen gusto exquisito. Era aquello un objeto hermoso y delicado, una frivolidad galante digna de las blondas y amables marquesitas del Trianón, una monería sólo propia del talento de un gran artifice. La porcelana era tan diáfana que parecía rasgarse al menor soplo. Elegantes alegorías de la época del Imperio aparecían diluídas en tenues acuarelas. Filigranas del mejor gusto la exornaban en graciosos dijes y florituras, y una llavecita diminuta, también de oro, así como debieran ser las de las hadas, servía para asegurar aquel adorable estuche de monerías.

Milton pareció encantado. ¿Qué mejor regalo podría ofrecerle á Lulú que aquel juguete delicado, diminuto, etéreo como un ensueño y frágil como una sonrisa? En un instante él perfiló sus planes. A la mañana siguiente, de paso que iría á saludar á sus tíos augurándoles feliz año, él ofrecería á Lulú aquel obsequio como prueba de un hasta entonces acallado pero infinito amor. Y esa noche Milton se durmió plácidamente, feliz de pensar en el efecto que producirían sus palabras, cuando, entregándole el joyel á Lulú, él, hasta entonces tímido é incapaz de confesar su amor, la dijera su declaración romántica y efectista: «Toma, Lulú, es para tí. Yo quisiera poder ofrendarte todas las riquezas de los emperadores, pero creeme, Lulú, que si esto es muy poca cosa, por tí mi amor es infinito como el universo todo». Sí:... «como el universo todo»... Esta frase le sonaba al oído de una manera maravillosa—«como el universo todo»... «como el universo todo»...

. . . .

. . . .

¡Año Nuevo! ¡Año Nuevo!—Todos los recibimos con placer: todos, aunque

en ese día, allá en nuestra mesa y en la hora de las íntimas expansiones, lloremos en silencio al ver á nuestro lado un nuevo blanco, un hueco, una nueva brecha abierta por la fatalidad, un nuevo vacío que no volverá á llenarse porque el ser que antaño lo ocupara ya se ha ido de nosotros para siempre...

¡Año Nuevo! ¡Año Nuevo!—La imaginación da un formidable salto atrás. Los recuerdos se agolpan á nuestra mente y las ilusiones nos sonríen de un modo grato al corazón... Un nuevo desaliento nos arredra y una nueva esperanza nos fortalece. Evocamos felicidades perdidas y auguramos felicidades entrevistas. Damos un traspiés en la vía-crucis de nuestro Calvario y ensayamos un majestuoso vuelo hacia la cumbre. Desmayamos y nos sentimos titanes. La fe nos anima y la esperanza nos hace fuertes, nos agiganta, nos hace despreciar al rudo destino y retar á muerte á ese enemigo intangible y por eso mismo traidor que se llama lo irreparable...

¡Año Nuevo! ¡Año Nuevo!—Un aleluya de parabienes futuros repiquetea en nuestro corazón alborozado. Ese día el sol es más chispeante y la naturaleza se nos muestra más pródiga. Las penas se ahogan en una consolación mutua y necesaria. Las bienaventuranzas se prodigan á manos llenas. Cosa rara: ese día el hombre deja de odiar. Cosa incomprensible: ese día el hombre augura la dicha ajena como ansía la suya propia. Cosa inusitada: ese día la bondad se universaliza como ante el peligro de un acabóse final... El Año Viejo se fué! El Año Nuevo se insinúa como una bella alborada que canta, y que es de oro, y de rosa, y del azul más azul!...

. . . .

. . . .

—Volveré á almorzar.—Habíale dicho Aquiles Milton á su buena madre esa mañana, y ambos se habían dado un largo abrazo y un fuerte beso no sin pensar mutuamente que ese día, el buen padre, el antiguo maestro de escuela Zacarías Milton, ya no compartiría con ellos la entrada del nuevo año.

Con su pequeño joyel, Milton marchaba por la calle como un hombre honrado y dichoso que no tiene por que ocultar su felicidad. ¡Qué hermosa mañana aquella! La alegría del sol, la placidez del ambiente, el azul moaré del cielo se exteriorizaba en los rostros risueños de los numerosos transeuntes. La ciudad toda gustaba loca dicha. En las calles, festoneadas de árboles, la multitud se expandía bullanguera. Los carruajes y otros mil vehículos rodaban entre un estrépido de fustas cimbradoras y de gritos. Los tranvías eléctricos pasaban veloces cargados de enormes masas humanas que traían y llevaban del uno al otro extremo de la metrópoli.

Milton marchaba con su buen alma de veintitrés años henchida de dulces emociones. Bajo el espolvoreo de oro de aquel sol de estío, mil graciosas siluetas femeninas cruzaban á su paso. Luego, hermosa coincidencia: esa mañana todo el mundo parecía andar de compras. Los ramos de rosas y de crisantemes, los paquetes denunciadores de confituras, las cestas de champagne y de bourdeaux, las joyas, las ropas y los zapatos flamantes, veíanse á cada instante pregonando un bienestar común.

Aún faltaría un cuarto para las once, cuando Aquiles Milton llamó á la puerta de la regia mansión donde habitaran sus tíos. Muy pronto entró. Por las escaleras, porteros y lacayos subían y bajaban con obsequios. En el *hall*, regio, observó un movimiento inusitado entre la servidumbre. En las escaleras un viento de borrasca le intimidó... Cuando flanqueó el salón, suntuoso y magnifiscente como un hermoso templo del arte, Milton tuvo la primer noticia de aquella horrible hecatombe que de tan alarmante manera había puesto de punta los nervios de la bella Lulú.

—Cálmate, mi querida Lulú, yo prometo traerte ahora otro más hermoso.

—Sí, hija mía, escucha á tu padre: él cumplirá su palabra...

Y el padre hablaba y la madre suplicaba, entanto Lulú, acoquinada allá en un ángulo del salón sobre un canapé de brocato, sacudía todo su cuerpecillo en espasmos de santa ira que tenían la virtud de avivar hasta el acero la mirada de ordinario bonancible de sus glaucos ojos.

Y fué allí donde Aquiles Milton supo toda la verdad de la horrible tragedia. El encantador *Bibí*, el liliputiense perrillo de lanas de Lulú, el mimoso de la casa, el amo, el dueño, el señor, el antojadizo gustador de frutas secas y de bocados exquisitos, el gran goloso de bombones y de confites, aquél mimado entre los mimados y festejado entre los festejados, aquel que durmiera en lecho de pieles y que en invierno gastara mantas de riquísimo astrakan, esa mañana, víctima del pie burdo y aldeano de un lacayo torpe, había fallecido despanzurrado.

¡Horror!

—No quiero que me traigan nada. Yo sólo deseo á *Bibí*. Sí, lo quiero vivito y coleando.—Chillaba Lulú.

Valiente antojo. Aquel milagro era imposible. El pobre *Bibí* ya estaba en el cesto de los desperdicios hechos un adefesio. ¡Oh! lo que pedía Lulú era algo mayor que los tan admirados trabajos de Hércules. Bueno estaba el pobre *Bibí* á esas horas!

Y toda argumentación resultaba inútil. Se retiró el padre en busca del prometido sustituto de *Bibí*, se retiró la madre desconsolada por la enorme pena que embargara á su hija, y Aquiles Milton, frente á su primita erizada, optó por sentarse á tres pasos de ella hasta tanto la crisis pasase, imitando así á Dieguito Miraflores, el amigo asiduo de la casa, quien, desde los comienzos de la tragedia, había tomado heroicamente aquella digna resolución. Milton estaba consternado. ¡Bonita suerte la suya!... ¿Habríase visto mayor fatalidad? Traer él su aguinaldo, venir con la resolución formada de confesar su amor á Lulú y ahora, por un mísero perrillo de lanas á causa de la impericia de un lacayo torpe desbaratarse de semejante manera todos sus planes!

Miraflores, el hombrecillo de salón, el que supiera bailar á la suprema elegancia el schotis Luis XV y fuera sabio conocedor en tocados femeniles, mostrábase en circunspecta pesadumbre.

En un cuchicheo discreto, como así lo requerían las circunstancias, él deslizaba al oído de Milton detalles horripilantes.

—Eran las 9 y 3/4—decía,—yo mostrábale á Lulú un *magazín* de modas. *Bibí* dormitaba en aquel corredor de la izquierda... Pasó José, apremiado por un llamado urgente... Un aullido horrible llegó á nosotros... Luego, nada: todo en silencio... ¡Oh, el desastre se había consumado!

Milton, casi sin escucharle, repetía estúpidamente una misma frase: ¡horrible!, ¡horrible! horrible!...

Y luego, proseguía Miraflores todavía espeluznado por la espantosa visión, qué cuadro aquél!... Lulú presa de un agudo ataque de nervios. El padre, el señor de Meneses, prometiéndole un inmediato sustituto. La madre, la señora Milton de Meneses, llorando junto á la hija desconsolada. José, el pérfido victimario, huyendo, la dama de llaves, la servidumbre entera, también huyendo... Toda una fuga, un correr loco y desatinado por pasillos y corredores.

Y de pronto, deteniéndose bruscamente en su peroración, Miraflores también acabó por huir de Milton, pues un nuevo estremecimiento de Lulú le predijo que la crisis se agravaba de una manera harto alarmante...

Entonces Milton quedóse solo frente á Lulú. Transcurrieron tres minutos Dolorosa espectativa. Luego, ¡Oh, visión celeste! Qué veían sus ojos? Con que Lulú ahora le hablaba y le sonreía, á el, á Aquiles Milton en persona?

La esfinge habló:—Hola, eres tú?...

Milton, perplejo, mudo, asombrado, reducido á un átomo, balbuceó anhelante—Claro, soy yo. Sí, Aquiles Milton... tu primo... tu...

—Já! já! já! Pero, tú estabas aquí? Pues créeme que no te había visto... ¡Pero qué cara tienes! Estás, ¿cómo diré?... Vaya, pues que no doy con la palabra!

Y después, en un mohín nervioso—¡Hola! Pero qué veo?... Qué es lo que tienes ahí, envuelto en papel de seda y atado con un cintillo?... ¡Vamos, ya caigo; será... será...

— El joyel,—dijo Mlton obsesionado por su idea fija.

—El joyel?... Pues muéstramelo. ¿Qué es eso del joyel?...

Milton fué nuevamente héroe en aquel instante. El valor vigorizó su espíritu. Recordó su declaración romántica, hermosa y efectista, y, habló:

—«Toma, Lulú, es para tí... Yo quisiera poder ofrendarte todas las rique- » zas de los emperadores, pero, si esto es muy poca cosa, créeme, Lulú, que por »tí mi...»

—Es muy bonito, pero no es de Sevres, dijo en ese instante una tercera voz á sus espaldas.

Lulú miró al intruso. Aquiles Milton le reconoció instintivamente. Si: era Miraflores.

—¿Pero, de verdad, es para mí?... es para mí?... Pero, es cierto que tú te has acordado hoy de tu primita Lulú?... Y qué bello es! Pero, escucha: qué era lo que me decías hace un momento?... «Yo quisiera poder ofrendarte las rique- » zas de todos los emperadores, pero, si esto es muy poca cosa, créeme, Lulú, que »por tí mí.. mí...» ¿Qué era lo que ibas á decirme?... «mí?...» «mí?...»

Y mientras así parloteaba, adorable y encantadora en medio de su loco aturdimiento, Lulú miraba y remiraba el joyel.

Repito mis palabras: Es muy hermoso pero no es de Sevres, afirmaba á todo esto el pedantesco Miraflores.

Milton estaba exasperado. Su fastidio era inmenso ante este nuevo desbarajuste de todos sus planes, ante esta impertinente cortada de su declaración, cuando, por fin ya á solas con Lulú, tan sólo le faltara decirle la última frase de su declaración soñada: « ... pero créeme, Lulú, que por tí mi amor es más »grande que el universo todo!»

Y en esos momentos, frente á Lulú, entre los dos rivales se entabló una discusión tan enojosa como interminable. ¿Era de Sevres el joyel? No lo era? El pobre Milton acaso habría sido engañado miserablemente por el judío del bazar de antigüedades?...

Y entonces, he aquí, que Lulú, acaso ya pasada la primera impresión que le produjera el joyel, acaso obedeciendo á un arranque felino de su adorable cabecita blonda de muñeca frágil, tuvo una frase cruel que mató de raíz todas las ilusiones y los largos ensueños de su buen primo Aquiles Milton:

—¡Ah, mí querido Aquiles, exclamó, yo creo que Miraflores está en lo cierto... Este joyel, no pasa de una simple imitación. Créeme, Aquiles, que yo jamás consentiría en ser tu esposa... Serías un mal marido. Nunca me serías útil para las compras!...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Montevideo, 1909.

La Pálida Pensativa

Para Apolo.

Al verla tan pálida y tan triste, una inmensa compasión se apoderó de mi alma. Ese silencio en que se envolvía su lánguida niñez, fué para mí desde entonces, la revelación de un misterioso poema de dolor. Sus lindos ojos negros, se adormían pensativos como si estuviesen contemplando la fatídica visión, de su negra desventura; su boca tan bella, ¡cómo se marchitaba! esa boca que parecía hecha para los ardientes besos de amor, se contraía ya, en su temprana vida de rosa enferma, en un gesto de amargo sufrimiento.



Y al verla así, tan pálida, tan triste, en su trágico recogimiento de melancólica flor de claustro, al instante, sospeché la cruel historia de una novia abandonada al olvido de su primer amor.

¿Quién sería el infame — pensé — que así robaba la felicidad á esa alma de candor y de virtud? ¿Quién sería el que así agostaba aquel jardín de primavera con el helado cierzo del Desengaño?

Y compasivo, me acerqué á la dulce niña que meditaba en su sombrío ensueño, y la dije:

—¿Por qué esos lindos ojos se nublan de lágrimas?

—¿Por qué esa recóndita tristeza en esa vida donde sólo debían florecer ilusiones y alegrías?

¿Quién es el ingrato, niña, que así paga ese amor con el olvido?

Y llorando, en la resignada actitud de su sufrimiento, y con una voz angustiosa murmuró:

— Quién ha llenado por siempre mi vida de dolor quien ha trocado mis alegrías en pesares, mi risa en suspiros, y mi corazón en eterno manantial de lágrimas, es.... la bella madre mía, la adorada madrecita de mi alma, la que reposa su último sueño, allá... bajo los sauces del cementerio...

Rafael Angel TROYO.

Cartago de Costa Rica

De Heliotropos

DESPUÉS DE VERLA

¡Oh, mis visiones matinales! Deja
Que al evocarlas te bendiga y cante:
Tú pasaste también con la radiante
Elegancia de un cisne que se aleja.

En la avenida se perdió una queja
De tu vestido, y en tu faz distante
Se posó mi pupila agonizante,
Ávida y pertinaz como una abeja

Después, un ramo de visiones raras
Pobló mi fantasía en las avaras
Dilataciones de una enredadera;

Pero volviste pronto á las aladas
Rondas de mi cerebro, y las habladas
Imágenes huyeron por la acera...

Y hoy, en la urna
del alma mía,
¡Oh, mi virgen, perduras todavía!

EUCARISTÍA

A Luis Roberto Boza.

(Santiago de Chile).

¡Oh, albura de magnolia, eucaristía
Del alma de las vírgenes! Pagana.
Mi fantasía moduló un hosanna
Confidencial en tu gloriosa orgía.

Pulcra en las formas de la amada mía
Y el alabastro ëres, oh, galana
Evocatriz, en tu promesa arcana,
De un heraldo de amor y de harmonía.

En un ampo de nieve la inocencia
De cándidas imágenes evocas;
En una curva de mujer tu esencia

Sacude las eróticas desidias;
Y el mármol, orgulloso de tus tocas,
Alcanza un beso del cincel de Fidias.

CAMAFEO

Flor de Chipre dulce y rara
Y alegre como un rondel,
Gracia que evoca el pincel
De Antonio de la Gandara;
Su faz luminosa y clara
Del nardo tiene el mador,
Y en su labio abrasador
Hecho de orobias y miel,
Hay una ürna: joyel
Para los himnos de amor.

¡Oh, la noche, noche umbría
De sus ojos de cristal!
El alma de un madrigal
De Amado Nervo sería.
¡Oh, que es pura la harmonía
De sus formas, y el rubí
De sus pómulos; allí
Vertió Natura un oval
Celaje primaveral
Sobre un ampo de alhelí.

Es su frente de alabastro
Un ánfora de abadires;
Trasunto de los zafires
Del mago Eugenio de Castro.
Con encantamientos de astro
Rasgando el etéreo tul,
En su pensamiento azul
Florecen tiernos decires:
¡Un venero de elixires
Más glorioso que Mosul!

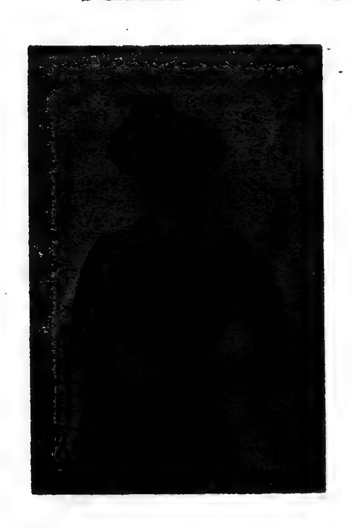
Su cuello ebúrneo y erecto
Ha de la nieve el albor,
Y ese cuello es un primor
Hipérdulico y dilecto.
Bajo corsé predilecto
Dos rosas muriendo están,
Y sus movimientos dan
Los vértigos del amor;
¿Acaso sabe una flor
Como su seno al imán?

¡Oh, virgen de fuego y nieve,
Adorable virgen mía:
¿Que eres una canturía
Del alba exótica y leve,
Y una flor que canta y llueve
Polen vaporoso y miel?
Dime entonces el rondel
Soberbio de la alegría.
¿Podrá mi espíritu un día
Armonizarse con él?

PÈREZ Y CURIS.

Heliotropos

Con el presente número comenzamos la publicación de las poesías de *Heliotropos,* libro de nuestro Director, cuya segunda edición aparecerá á fines del corriente mes.



Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

FUEGO Y TINIEBLAS, *por Claudio de Alas.—Santiago de Chile.*—Claudio de Alas, el poeta colombiano residente en Chile, nos ha enviado un ejemplar de su libro, publicado con el afán de dar á conocer al público la verdad del terrible drama de la legación alemana. Escrito en forma de novela y, por lo tanto, más atrayente y artístico que una simple crónica, *Fuego y Tinieblas* trae las siluetas del asesino y los principales personajes que intervinieron en su captura. La pluma contundente de su autor traza en breves pero fuertes rasgos al criminal Willy Beckert Frambahuer, para quien tiene duras frases de condenación por las circunstancias y el modo artero en que privó de la vida á un servidor tan fiel y de tan nobles sentimientos como era Exequiel Tapia. *Fuego y Tinieblas* es un libro sangriento pero ungido de verdad. Mi aplauso es para su autor.

SENDA DE TORTURA, *por Benigno Varela.—Librería de Pueyo.—(Madrid).*—Es la novela íntima de un doloroso que sabe sobreponerse al gran dolor de la vida. A pesar de la inquietud con que parece haber sido escrita (á juzgar por la precipitación y el prematuro desarrollo de algunas de sus escenas) *Senda de Tortura* es obra de un novelista espontáneo y hábil, y de un buen observador, tan seguro de su arte cuando pinta un paisaje ó describe las cosas de la naturaleza, como cuando descurre sobre las almas.

La prosa de Benigno Varela es matizada y atrevida. Prosa de combate que tiene el ritmo y la frescura de una poesía heroica, y en cuyos giros audaces el vigor del anatema surge de pronto como una ola que todo lo inunda.

Senda de Tortura es un libro sincero y fuerte, y por lo tanto, laudable. El triunfo aguarda á su autor.—*Pérez y Curis.*

Nuevos libros recibidos

Agradecemos el envío y prometemos ocuparnos en nuestro número próximo, de: PUEBLO ENFERMO, *por A. Arguedas* (París); ENSAYO DE UNA FILOSOFÍA FEMINISTA (REFUTACIÓN Á MOEBIUS), *por M. Romera Navarro* (Madrid); FLOR (novela) y LA LITERATURA VENEZOLANA EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE, *por Gonzalo Picón—Febres* (Caracas); RUFINITO *(Sucedido histórico)*, *por F. García Godoy* (Santo Domingo); AÑORANGAS LÍRICAS, *por Lisímaco Chavarría* (San José de Costa Rica).

«Apolo» en Europa

La acogida que en España han dispensado á nuestra revista los mas conspicuos representantes de las letras, habla con mucha elocuencia del alto concepto en que se tiene á APOLO fuera de aquí.

Los sonetos de nuestro Redactor en Madrid, el poeta Francisco Villaespesa, que hoy publicamos y forman parte de dos libros: *El jardín de las quimeras y Las horas que pasan*, próximos á aparecer, nos han sido enviados galantemente por su autor, como un testimonio de adhesión á nuestra noble é improba tarea.

Julio Raúl Mendilaharsu, nuestro corresponsal en Europa, también nos ha enviado colaboraciones inéditas, suyas y de muchos escritores que le han hablado de APOLO en España y Francia. Hoy publicamos parte de esos materiales; en el próximo número insertaremos otros y los que han ofrecido enviarnos, por intermedio del joven poeta, Felipe Trigo, Vargas Vila, Leopoldo Díaz, Amado Nervo y otros más.

Con sus últimos números APOLO ha acabado de consagrarse, ocupando con sólo otra revista, el primer peldaño de la escala literaria de América. Otras publicaciones, sostenidas por empresas que las han mercantilizado, vienen más ricas de ornato, *más llenas de avisos*, pero ninguna presenta un selecto material inédito ni cuenta con un cuerpo de redactores como APOLO, redactores que, como se ve por el presente número y los precedentes, y como puede atestiguarse por los originales que conservamos, nos remiten periódicamente composiciones que agradecemos.

¿Se nos llamará egoistas?

La egolatría, en este caso, se impone porque tiende á la verdad que todos han ocultado siempre. Y se impone á pesar de todos los imbéciles que han querido detener nuestro avance, sembrándonos de escollos el camino y de todos los felones que han pretendido ensañarse con el alma proletaria que sostiene esta revista.

APOLO

AÑO IV

Número 29

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS

MONTEVIDEO — JULIO DE 1909



GALERÍA MONUMENTAL DE MONTEVIDEO — PROYECTO

ESTE NÚMERO CONTIENE:



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV — Montevideo, Julio de 1909 — N.º 29

De los Lises y de las Rosas

El Mirador de Lindaraxa y El Libro de Job, por Francisco Villaespesa

Lo que es á la prosa, de la España actual, aquel Mago del Verbo, admirable é inimitable que es, Valle-Inclán, lo es al Verso, este extraño y sugestivo Poeta, que es Francisco Villaespesa; un espíritu significativo de la raza, en el cual se hallan, mejor que en otro alguno, los vestigios y el determinismo de las épocas pasadas, pero no estancado y desdeñoso como en los viejos clásicos, sino movimentado, actualizado, en un vuelo atrevido para evadirse del sueño ancestral, pero impregnado siempre de un orientalismo morboso, lleno de perfumes de harem, y del de las rosas penetrantes de los jardines del Generalife; pensamiento, indiferente si no hostil á las influencias de afuera, y, siempre soñador, como un joven Kaid, á la sombra de un rosal, porque la musa de Villaespesa, no tiene peplum, como la de los jóvenes poetas seudo-helenos, sino blancos velos de Sultana, que ocultan apenas á medias; los ojos tentadores de la Huri; su poesía, es revelatriz de un estado de alma, soñador y plácido, con murmurios de un surtidor en un patio árabe y un meditativo claro-obscuro, de ajimez; porque la Musa de Villaespesa, es eso: oriental y clásica, con la plástica admirable de un espíritu móvil hasta lo infinito;

Villaespesa, no es un poeta orquestal y huracánico á lo Hugo:

su arte, aunque polífono y rico hasta la prodigalidad, lo es en colores y matices suaves, no en grandes ritmos timbálicos y asordadores: su caudal musical, no es de Wagner, es de Verdi;

el tecnicismo de su música verbal, exquisito y profundo, lleno de intensidades sonoras y apasionadas, lo hace un mágico de la sintaxis y un evocador de la sensibilidad, que nos hace sentir por igual, la emoción artística de sus rimas y la emoción sensual de sus pasiones;

porque es Villaespesa, un emotivo exquisito é intencionado, lleno de esa devorante sinceridad que hace á los grandes artistas, mostrarse moralmente desnudos, á la sola luz ritual de su pensamiento;

no que Villaespesa, sea un vesánico de esos atacados de psicopatía sexual, que nos dan en el desnudo de sus creaciones, el olor y el horror de la carne en orgasmo;

no; la sensualidad de Villaespesa, no viene de la expresión acre y brutal de la palabra, es una rara y exquisita voluptuosidad, que se escapa, más de la música de la estrofa, que del pensamiento del verso, lleno de una arcaica y delicada rareza;

arcaica, más que clásica, se diría la musa de Villaespesa, porque ella representa, como la prosa de Valle-Inclán, un regreso consciente y sa-

bio, hacia las fuentes luminosas y sonoras de la vieja poesía española, pero, no para imitarla servilmente, como los poetas, ó escritores sin genio, sino para rejuvenecerla y modernizarla, con los elementos líricos, y los ritmos nuevos, que el andar de los tiempos ha traído como sano caudal, á la antigua métrica castellana y, de cuya alianza sutil, viénele un nuevo esplendor, y, una extraordinaria potencia de color y de sonoridad;

porque eso, y, no otra cosa, ha sido el Modernismo, entre nosotros, iberos, é ibero-americanos, un suave y disimulado regreso á las formas de verso de la ya olvidada métrica del siglo de oro; regreso espontáneo y por imposición de imperiosas evocaciones étnicas, en algunos, muy pocos, como Villaespesa; inconsciente, mezclada de fiebre gálica, y, con mucho de mistificación, en otros:

en el dominio de algunas de esas rimas de Villaespesa, ¿no os parece hallar, mucho de preciosismo añejo, de Juan y Jorge Manrique, de Juan de Encina, ó Padilla, el Cartujano? vagas, muy vagas reminiscencias, pero ciertas, son,

y, en el dominio del endecasílabo, ese metro todo de gracia y armonía, metro italiano, traído á España, como una cautiva galera de Venecia, por ese caballero de la rima, que fué Andrea Novagiera, y, aceptado el primero por Boscán Almogaver, ¿no halláis en Villaespesa, el apropiado manejo, la gracia y la soltura, con que manejáronlo luego, aquellos grandes petrarquistas, que fueron Hurtado de Mendoza, Acuña y Cetina?

y, el *habitarun di quoque silvas*, el sabor de la égloga, de que habla Virgilio, ¿no lo sentís con un olor de miel, en todos los versos de Villaespesa, en que evoca el campo y sus paisajes, con tal pureza de contornos, y, tal idealismo geórgico, que recuerdan el de aquel gran guerrero, que era, sin embargo, como un pastor de Tíbulo, y que se llamó Garcilaso?

leyendo nuestros más amanerados modernistas, no se os vienen á la mente muchos cantares de viejos maestros, desde Cetina á Hurtado de Mendoza, de Garcilaso y Villalobos á Juan de Mena y Santa Teresa, pasando por el *divino* Herrera, aquel que *fablaba perlas?*

si algo más que apuntes fuesen estas líneas, de este movimiento de regreso, largamente hablara yo, y de estudiarlo habría con más cuidado y precisión;

pero, notas al vuelo son estas, notas en que la erudición cansa y estorba, y, sólo el perfiil del Poeta ha de salir apenas diseñado, de entre el tumulto de la prosa, concisa por deber, y concisa con dolor;

porque díjelo ya, en una llamada inaugural de estas «Notas»: fáltame el espacio, fáltame el tiempo, y, sólo algo breve, como un *point sec*, puedo hacer de los escritores y poetas, que juzgo, y, cuyos lises y cuyas rosas, me plazco en deshojar:

de Villaespesa, decía que la ciencia del efecto, la severa plenitud del vocablo rítmico, pocos como él la poseen, de tal modo, que se diría que una música verbal preside la armonía de las rimas y la virtuosidad sabia del vocablo;

los ritmos habituales que en ciertos poetas preciosistas sirven como recurso á una técnica pobre, adquieren en Villaespesa, una elegancia personal tan rara, que se dirían nuevos, tal es la fluidez, la sobriedad ,el alto sentido artístico con que los maneja;

la crítica, incomprensiva de sí, no ha querido ver en Villaespesa, el Poeta, significativo que es, como no ha querido ver, la verdadera trascendencia, que tiene, ese grupo aislado de nuevos poetas que con los Machado, Diez Canedo, Jiménez, y Zayas y Pujol,forman una fuerza nueva, y, han hecho cambiar de rumbo, el pensamiento poético de España, grupo excelso, que aún siendo revolucionario, permanece clásico, clásico del Siglo de oro, del cual es un rosal en retoño;

la España, que hace diez años, no tenía nada digno de atención, que ofrecer al espíritu inquieto de nuestra América, tiene hoy, ese grupo de poetas, que con el arte inimitable y, la prosa única de Valle-Inclán, y, las gallardías artísticas de Manuel Bueno, marchan á la reconquista del pensamiento americano, y son dignos de ella;

entretanto, vayan esos libros de Villaespesa, á encantar las mentes americanas, con la fascinación irresistible de sus tristezas, y, el perfume de perfección que se escapa de ellas, como de un rosal oculto, en el cual cantara un pájaro la orquestación invisible de sus poemas musicales, llenos de coloración y de armonía, cerca á las zarzas en flor de los cármenes de Granada;

allá hay un grupo de almas, llenas de sensibilidad meridional y de cultura estética, que sabrán recoger y admirar, estas misteriosas canciones, que subiendo de las profundidades aisladas del corazón de un Poeta, van á perfumar el nuevo mundo, con el olor de la vieja encina lírica, la vieja encina española, súbitamente reflorecida y poblada de jilgueros:

que cantan la vieja canción en ritmos nuevos.



La Soledad

Junto al lago

Para APOLO.

A ti, Julieta amada...

Hoy mi jardín de pálido poeta
con azucenas de orfandad se viste,
un solo nombre vive en mí: *Julieta!*

¡Canta, mi amor, tu soledad y piensa
que sin el sol de su mirada inmensa
mi alma solloza como un agua triste!

Llega hasta mí una música divina
de besos y nostalgias: Es Julieta
que supira en el piano una indiscreta
confesión de latidos... Ella trina
— alondra y surtidor y brisa fina —
su canto — encaje y tul y perla rara —

¡Canta, mi amor, tu soledad y piensa
que al ver el sol de su mirada inmensa
mi alma revive como un agua clara!

Surge en delgada y gótica silueta,
la tentación de la primera cita;
la buena luna sabe ser discreta
y parece que se oye á Margarita
decir: ¡un beso!.. ¡júrame!.. ¡te adoro!

¡Canta, mi amor, tu soledad y piensa
que sin el sol de su mirada inmensa
mi alma la sueña como un agua de oro!

Una forma sublime en la glorieta
de mi espíritu, vaga... se detiene
y me mira... un crepúsculo violeta
junto á sus ojos inspirados tiene:
Es mi quimera y es mi hurí, la inquieta
revelación de mi ansiedad obscura.

¡Canta, mi amor, tu soledad y piensa
que bajo el sol de su mirada inmensa
mi alma la espeja como un agua pura!

Silencio y luto en mi jardín inerte...
ni pájaros, ni brisas... de etiqueta
severa viste el lago y el poeta,
— mi corazón — se acuesta con la muerte.
Ella se fué!.. ¡decrepitud secreta,
Vacío, Eternidad, Horror y... Nada!

¡Canta, mi amor, tu soledad y piensa
que sin el sol de su mirada inmensa
mi alma está muerta como un agua helada!

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montevideo.

To your Hands

Para APOLO.

! Deja, tan solo un instante
Mirar tus pálidas manos,
Con el coral de sus uñas
Y sus dedos alargados;
Trozos de lirio que anuncian
Como gloriosos heraldos.
La exquisitez de tu alma
Poblada de sueños blancos!

Las imagino en un templo,
Unidas ante un santuario,
Vibrando con las plegarias
Como cirios extasiados. ...
Ó en un hermoso jardín
Entre jazmines y nardos,
Oyendo en la primavera
Triunfante gorjear de pájaros...
Ó recorriendo los libros
De poetas olvidados,
Bajo la luz de la luna
Y los besos de los astros...

JULIO RAÚL MENDILAHARSU

Madrid, 1909.



Nuestras obras

Exornamos esta página con el retrato del ingeniero uruguayo don Carlos Ricci y Toribio, quien, en colaboración con el famoso arquitecto italiano Comendador don Augusto Güidini, proyectó la Galería Monumental que se construirá en el radio comprendido entre las calles Rincón y Buenos Aires, y Plazas Independencia y Constitución, tomando como centro la calle Sarandí.

Por el grabado que luce nuestra portada, los lectores de Aro lo podrán admirar la magnificencia de la obra proyectada.



¡El vaso roto!

A Carlos M. de Vallejo.

¿No sabes porqué ahora me resisto
Á quererte, sabiendo que me quieres?
Por que todas las glorias y placeres
Sé de tu cuerpo sin haberlo visto!
No te extrañes si llegas á saberlo
Porque he trocado en odio mis ternuras.
Yo gusté tus caricias y locuras
Y tu amor conocí, sin conocerlo!
En un sueño tu amor perdió el encanto.
La misma causa fué porque odió tanto
Demetryos á Krysis, que habia querido
Y en un sueño sus gracias consiguiera.
Lo que despierto pretendí que fuera
En aquel sueño fué, sin haber sido!

Ovidio FERNÁNDEZ RÍOS.

Un motivo sobre «Motivos de Proteo»

Para Apolo.

Al cerrar el libro del admirable estilista y pensador oriental, una interrogación apremiante se ha alzado en mi espíritu:

— La ironía ¿es un signo de fuerza?

Porque hasta ayer la convicción tuvo el espacio de la duda de hoy, y siempre forjé para los altos pensadores llenos de ironía fina y ática, leyendas portentosas de vigor mental, de fuerza irresistible, de poderío intelectual sojuzgador y omnipotente.

La duda ha surgido á modo de deslumbramiento, como si entre densas nubes tempestuosas un cárdeno relámpago hubiera irradiado su luz inesperada sobre un panorama desconocido é insoñado. La ironía representó siempre en mis creencias el sumun del vigor y de la fuerza, creía entrever en ese resquicio del espíritu, un á modo de atolón de la Malasia, una laguna perfumada que entornan multiformes corales, serenas las aguas, llenas de gérmenes, prestas á saciar la sed del peregrino entre las salobres olas del océano.

Así contemplaba á aquel gran Cervantes Saavedra cuya ironía infinita llevó á encarnar en un desantentado trashumante los sentimientos más generosos y más altos que la humana imaginación ha concebido; que hizo de un zafio gañan el prototipo del sentido de la realidad, el sereno pensar y el honesto vivir. Loco y desatentado el generoso que desface entuertos, grosero y rústico el sér equilibrado que pesa la vida y la vive serenamente. Ironía más sangrienta jamás se ha visto. Y luego, en el tiempo que se pierde hacia los confines remotos de la historia en el pasado de ayer, en el presente de hoy, los más delicados espíritus dieron entrada á la ironía para serpentear con las galas de su mente las enseñanzas fecundas, las normas exactas, la finalidad de una vida y el norte de un propósito. Así la veo deslizar, esa ironía helena, majestuosa y serena, sin amargura ni odio, entre las páginas llena de unción de los pensadores modernos, de los pensadores del día, de los que sienten pasar la vida inestable y tumultuaria sin dejar otro rastro en las evoluciones del cosmos que las soñaciones de nuestra ambición y nuestra vanidad.

Y he aquí que Rodó se ofrece de lleno, con gesto de profeta, sin un solo vestigio de esa adorable ironía, sin que señale en el árida ruta de su peregrinación al través de las sendas que su «Proteo» recorre. un solo alto donde repose junto á las aguas perfumadas de un atolón polinesio el cuerpo atlético de ese «Proteo» singular, que siendo «Proteo» solo se envuelve en la túnica del alto pensar, del austero pensar, y que muy rara vez siente, con sentimientos de hombre pasional, la entereza del instintivo, la realidad del «humano»...

Yo hubiera amado más este «Proteo» si hubiera sentido palpitar arterías, vibrar nervios, gritar pasiones, gemir duelos y angustias entre sus austeros pensares y su vivir metafísico. Porque he-

visto en él mucho de aquel Emerson humilde y diáfano, arrebatado entre las ondas de la elocuencia de Carl Wagner, pero he advertido á este « Proteo » dominado por la exclusividad del pensamiento y no sólo se vive la vida mental; también se siente . . . .

Y la sutil pincelada de una ironía exquisita hubiera puesto nota de color y de vida entre las austeras lucubraciones del pensador, oriental, habría vencido en plena lucha de pensamiento y arte á ese Emerson, gran Profesor de Energía, y á ese Wagner mistificador de humildades. Porque Rodó ha mostrado la magia de su estilo insuperable en cada página, la alteza y la intensidad de su pensar en cada línea, la amplitud de su horizonte mental en cada párrafo, pero ha hecho obra mental, obra de metafísico, obra de liniamientos morales y de preceptos de ética demasiado escuetos dentro de su alta finalidad.

No es unilateral la vida ni « Proteo » puede serlo sin hurtar á su nombre la primera condición que le caracteriza.

Norma, enseñanza, finalidad son de una pureza ideológica insuperable en este libro admirable.

Cabe graduar al gran artista juzgador de Darío, al sereno analista de « Ariel » como guiador moral de fuerza insólita y de pureza insuperable. Pero falta en su libro la palpitación de la vida, falta en su obra lo que ha hecho surgir en mi espíritu con la lectura de sus páginas: la duda, que es elemento de existencia, que es característica de actividad, que es exponente de fuerza, de vigor, de acción que es lo único que puede hacer de un libro ó de una mente, algo « abierto sobre una perspectiva indifinida ». Si la afirmación absoluta se estampa, queda cerrado el círculo, el horizonte se reduce, algo concreto como un muro limita la « perspectiva » y entonces no se acrece en el mañana lo que debió ó quiso ser objeto de perpetuo « devenir ».

Yo hubiera amado más este « Proteo » si hubiera señalado en todas sus líneas los dos aspectos posibles, los dos caracteres coexistentes y contradictorios que señalan cuanto vive como un sello de realidad, inconfundible é imprescindible.

Rodó nos lo muestra sólo visto bajo un aspecto, un color y una sola perspectiva.

Los cuerpos en el espacio tienen tres dimensiones, y más amplios, más grandes, más luminosos, son los artistas cuanto más se acercan en el lienzo á esa impresión de tres longitudes, imposibles de encerrar en un plano único . . .

Adoraré siempre el arte supremo de aquel insigne Cervantes Saavedra que encarnó en un desatentado trashumante los sentimientos más generosos y más altos que la humana imaginación ha concebido, que hizo de un zafio gañan el prototipo del sentido de la realidad, el sereno pensar y el honesto vivir . . .

Arturo R. de Carricarte.

Montevideo, Junio de 1909.

Elogios líricos

I

Tus manos

La bondad de tu mano es un milagro
de suavidades y de transparencia;
y á sus puras caricias le consagro
la más blanca ilusión de mi existencia.
Vivir entre tus manos como una
rosa de paz ó una paloma herida,
es sentir en la plata de la luna
diluírse el ensueño de la Vida.
¡Oh, frágil mano que mi mano estrecha,
yo te daré perfumes, mientras queden
rosales en mi senda florecida!
¡Oh, mano de piedad! ¡Oh, mano hecha
para cerrar los ojos que no pueden
soportar las tristezas de la Vida!

II

Tus ojos

Tus ojos son dos flores de tristeza,
dos claros lirios de melancolía,
que perfuman tu lírica belleza
de una inefable y mística poesía.
Ojos que aman la plata de la luna
y la pureza de los alabastros....
Ojos de paz que son igual que una
noche profunda constelada de astros.
¡Ojos, ebrios de ensueños, que tenéis
ardores de fulgentes mediodías
y claridad de noches tropicales!...
¡Ojos de buen camino, florecéis
en las tinieblas de mis elegías
como dos luminosos madrigales!

III

Tu voz

Tu voz tiene un dulzor de áticas mieles
y un éxtasis de mística poesía....
Tu voz huele á jazmines y á claveles,
y suena á coplas de mi Andalucía.
Tu voz se ha hecho para el rezo, y para
dar á las almas débiles aliento....
¡Si alguna estrella en el azul cantara,
tendría las dulzuras de tu acento!

Voz de palabras castas y tranquilas,
voz que impregna de llanto las pupilas
á donde nunca se asomara el llanto!...
Voz hecha de piedad y de poesía,
para hablarnos, en horas de quebranto,
del Cielo, de Jesús y de María.

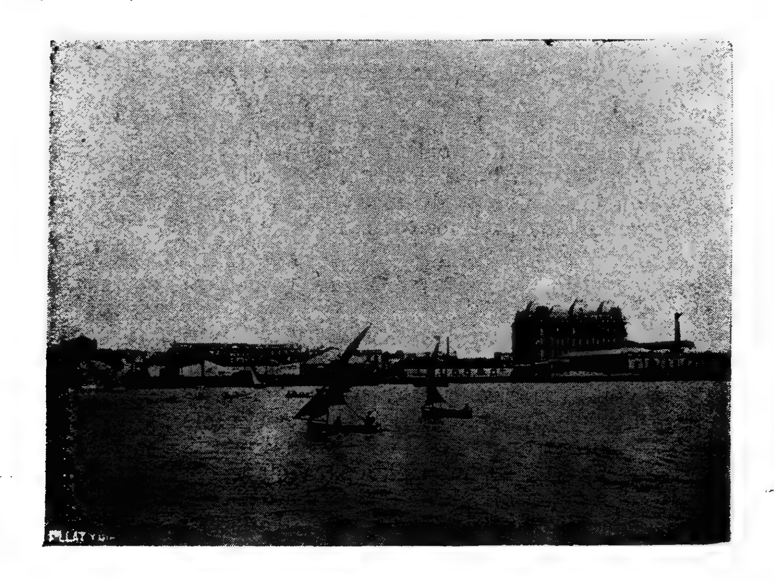
IV

Envío

Jamás borrarte en el olvido esperes.
Me obsesiona tu amor. Cuando te veo
se pára el corazón, porque tú eres
su sangre, su Verdad y su Deseo.
Mis blancas alas cruzarán ilesas
por el fango de todos los pantanos...
Mi vida entera es tuya, es una de esas
sortijas que fulguran en tus manos.
Mi ambición ya no aspira á más laureles
que á morir á tus plantas, de rodillas...
Y por morir por ti, mi amor quisiera
ser uno de esos fútiles papeles
en que sueles probar tus tenacillas
para rizar tu negra cabellera.

Francisco VILLAESPESA.

Madrid, 1909.



La Leyenda del Doctor Exquisito

Fragmento

Para Apolo.

Era allá por los tiempos en que aún Espronceda dominaba con el gesto mosquetero de su romanticismo, la ingenuidad del sentimiento lírico en América, y en que el gesto hiperbólico del viejo padre Hugo señalaba para los pobladores del nuevo continente los confines del universo intelectual...

Era asímismo por los tiempos en que Becquer, taciturno, mantenía aún en suspenso á las almas contemplativas, añorando la vuelta de las obscuras golondrinas, y en que, con odas de Quintana, cándidos bardos loaban las emancipaciones políticas de su patria.

Cuando he aquí que un día, cierto indio genial de Nicaragua, impelido por quien sabe qué extrañas clarovidencias, y atraído por quien sabe qué sirenaicas melodías, abandona la eglógica paz de su villorrio y emprende viaje hacia el país de Francia, en busca de las alucinantes maravillas, que ensoñara en las noches de sus nativos lares.

Ignórase cual fuera su nombre entre la tribu; él decía llamarse Rubén, y hasta diz que Darío, mas en el caso al narrador le basta para denominarle, su voluntad de haber tal nombre, que prestigia el encanto de una melodía pánica...

Ibase pues, á Francia.

Y allá en la vieja tierra de los Luises, en la ciudad dionisíaca, heredera de Roma, al borde trágico del Sena; en pleno bulevard halló la gruta feérica, donde traviesos gnomos, elaboraban filtros enigmáticos.

Ya no eran elixires de larga vida, ni hechizos captadores de corazones, como en el medio-evo. Eran tóxicos prodigiosos, que enloquecían la carne y el espíritu, tóxicos como aquellos que arrebataban á las jóvenes brujas, iniciadas apenas, á través de la noche, cabalgando en escobas, hacia el *sabbat* monstruoso del aquelarre... Eran tóxicos, enemigos de la tranquilidad del Alma, prohibidos por la Moral y condenados por la Ortodoxia rígida.

Rubén, naturalmente, quiso poseer los filtros de ese laboratorio, en que la alquimia renovaba sus fórmulas esotéricas, hacia fines del siglo décimonono. Pero los gnomos, tenían celebrado pacto solemne con Luzbel, y exigieron no ya el Alma del indio, más si algo que era tanto como la esencia de su Alma; exigiéronle el don de su Sinceridad

Y el indio peregrino, preso ya en las redes de araña del encanto, firmó el pacto, vendió su Sinceridad á cambio de los filtros mágicos.

Tendiéronle los gnomos en un lecho ritual é infundiéronle un hondo sueño inmóvil.

Agiles, con esa agilidad de que ellos solos saben el secreto, procedieron á las formalidades de cierta impía liturgia, por cuya incógnita virtud el que firmara el pacto, íbase á consagrar doctor en Rimas y Ficciones.

Cuando se despertó, sintió en el pecho un vasto frío, y en sus venas, donde corriera la tumultuosa sangre de su estirpe, había un perfume raro, destilado en los alambiques de los gnomos.

No sin cierto recelo abandonó Rubén la gruta misteriosa, donde dejara el palpitar humano de su vida, oprimiendo en las crispadas manos, el tesoro de sus venenos químicos.

En la calle, profanos transeuntes, creyeron, con grave irreverencia para su título doctoral, que aquel hombre que de tal modo olía á esencias de tocador galante, fuese un reclamo de la perfumería de moda.

Así fué como el indio genial de Nicaragua, convirtióse, por obra de cualquier hado irónico en el Doctor Exquisito de esta leyenda.

Deseoso de mostrarse ante sus coterráneos, en aquella imprevista consagración de su persona y de asombrarles con el brillante alarde de sus munificencias, embarcóse de nuevo nuestro héroe, desandando la ruta que anduviera.

Llegado que hubo á América, y revestido con un traje precioso de antiguo prestidigitador, que había adquirido en una tienda del *Faubourg*, comenzó á desplegar ante la atónita candidez de los americanos, una serie de gestos nigrománticos, malabarismos del circo parisiense, y en dosis cautelosas á expender sus venenos, al precio módico de la estupefacción.

En el primer momento, algo como un impulso retroactivo del ambiente, pareció enajenar el éxito de la empresa.

Sus prácticas ocultas y sus ritos herejes, produjeron católicos recelos en las musas honestas, que inspiraban las trovas de aquellos bardos simples.

Y las primeras extravagancias de maese Exquisito, fueron vistas con esa inveterada desconfianza hacia las cosas nuevas, arraigada en las almas perezosas, que vegetan en la tranquilidad de sus rediles.

Afirmaba el Doctor que más allá de Hugo, más allá de ese límite para ellos, hasta entonces extremo, había un mundo de inspiración y de prodigio, un mundo pleno de una belleza nueva, ubérrimo en tesoros de delicia y de horror.

Hablábales, en un lenguaje raro, de raros hombres, enfermos de un misterioso mal, nacidos bajo la influencia cabalística de los astros malignos...

Y todo esto perturbaba el curso monótono de aquella vida aldeana, la somnolencia plácida de los días, en su gotear isócrono.

Mas, paulatinamente, fué operándose entre el rebaño lírico, un fenómeno digno del más severo análisis.

Bajo el extraño influjo de los filtros que el Doctor, con fina diplomacia íbales dando, un estremecimiento desconocido hizo vibrar las almas... Misterios de penumbras y vaguedades de nieblas, invadieron el campo de la psicología. Sibaríticas ansias atormentaron sutilmente las sensaciones, y refinados espeluznos recorrieron los nervios.

En la tosca emotividad colonial, nació la percepción estética del matiz.

Y, prefirieron los oídos á las charangas patrióticas de los clarines, la melodía encantada de la siringa, en los crepúsculos.

Las elegantes drogas comenzaron á producir su efecto; el flamante maestro había logrado inyectar en las venas de los colonos cándidos, el virus demoníaco de las neurosis, y los intoxicados íbanse difundiendo en villas y ciudades, de uno á otro confín del continente.

Olvidáronse, presto, de las obscuras golondrinas, y no cantaron ya para la independencia de las patrias.

Renegaron del culto de Espronceda y de Becquer, y el venerable Hugo pasó como reliquia al museo de las antigüedades.

Y en su defecto diéronse á adorar los nuevos ídolos que el mago se había traído de París, un viejo mendigo mitad cabrío, mitad mono, católico y corrompido, degenerado y genial, que reía como un ebrio y lloraba como

un niño, y un elegante caballero mitad francés y mitad griego con enhiestos bigotes de espadachín, y sombrero de copa.

Los carneritos de panurgo de la literatura, convertidos en traviesos cabrillos, se negaban á seguir tras el cencerro académico, para lanzarse á su árbitro á los prados, triscando como en tiempos de la mitología.

Aquellos venerables vasos seculares tallados con las reglas de un arte simple, que de padres á hijos íbanse trasmitiendo, para apurar en ellos, el vino generoso de las inspiraciones, fueron abandonados en la sombra de las antiguas arcas de caoba.

Y en su lugar, finísimas, delicadísimas ánforas parisienses, de las más raras formas, sirvieron para escanciar aquel champagne histérico que burbujeaba en el espíritu de los intoxicados.

Mas, contra aquel avance inesperado de la nueva fiebre, en el ambiente irguióse una protesta clamorosa.

Aquello semejaba una irrupción de hetairas ebrias, en la paz solariega de una mansión tradicional, donde se mantuviera el culto de la virtud doméstica, bajo la égida mansa de los abuelos.

Un vasto cacareo de alarma, cundió por todo el continente. Las comadres de la retórica, azoradas, lanzábanse á las plazas, comentando en corrillos, con alardes teatrales, la invasión pavorosa, de aquella locura iconoclasta.

Diéronsele á los intoxicados, fuertes inyecciones de *suero burgués*. Quísose prohibir que el mago envenenador continuara expendiendo sus diabólicas drogas.

Mas ya era todo en vano.

Habíase iniciado en el organismo intelectual de América, el proceso fatal de una neurosis, que iba á ser más intensa de hora en hora, hasta alcanzar su instante de suprema crisis, para perderse luego como las cosas todas en el eterno torbellino de las transformaciones.

AURELIO DEL HEBRON.

El Nudo

Para el inefable Rodó — entusiastamente.

Su idilio fué una larga sonrisa á cuatro labios . . .
En el regazo cálido de rubia primavera
Amáronse talmente que entre sus dedos sabios
Palpitó la divina forma de la Quimera.
En los palacios fúlgidos de las tardes en calma
Hablábanse un lenguaje sentido como un lloro,
Y se besaban hondo hasta morderse el alma ! . . .
Las horas deshojáronse como flores de oro,
Y el Destino interpuso sus dos manos heladas . . .
Ah ! los cuerpos cedieron, mas las almas trenzadas
Son el más intrincado nudo que nunca fué . . .
En lucha con sus locos enredos sobrehumanos
Las Furias de la vida se rompieron las manos,
Y fatigó sus dedos supremos Ananké . . .

DELMIRA AGUSTINI.

SAMUEL BLIXEN

Por estar ya en prensa nuestro número anterior, no pudimos adherir nuestro pésame al de toda la intelectualidad uruguaya, por la muerte del compañero en letras Samuel Blixen, tronchada dolorosamente su vida en flor, por la acción de un mal fulminante.

Y APOLO hoy lo hace. Se adhiere de todo buen corazón y con



todo sentimiento, á la gran demostración de condolencia que han llevado á cabo, ante el glorioso caído, todos los hombres de un pueblo, sin distinción de clases ni de ideas.

Y APOLO entre toda la vorágine de diarios y revistas que se han ocupado extensamente de Blixen, destacándose luminosamente y ocupando un lugar de honor, se hace suyo el dolor de todos, por ser el más alto exponente de nuestra literatura, que tanto amó y luchó por ella el querido Maestro muerto.

Y con esta humilde página APOLO ya lleva en sí la misión de hacer saber la triste nueva á todos los distinguidos cenáculos intelectuales de América y España donde el autor de *Cobre viejo* gozaba de justa y merecida fama.

Sobre su tumba deponemos la flor de nuestras afecciones y la garantía de todos los respetos.

UN RECUERDO

Traducción de Leopoldo Díaz.

Ella miraba fijamente el suelo.
En el hondo silencio, los instantes,
abismos eran de dolor y duelo.
¡Oh, si por siempre juntos, anhelantes,
un imprevisto golpe nos hiriera!
Lentamente clavóme sus brillantes
ojos. Aún miro su convulsa boca
hablándome palabras, y evocando
una rojiza llaga, que sangrando,
parece que salpica á quien la toca.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

GESTO

Lucha, mas noblemente. No te arredres
Cuando el dolor sus garfios sobre ti
Clave sin compasión; cierra, si puedes,
La herida, y sigue batallando así.
Lucha, orgulloso de tu erguido cuello,
Y antes que refugiarte en el Poder
Entrégate al Nirvana, haz ese gesto;
Sé único dueño de tu propio ser.

(Inédita). PÉREZ Y CURIS.

La rosa natural (1)

Para APOLO

ESCENA XIII

Alberto y Elena

ALBERTO—Elena.

ELENA—¿Qué?

ALBERTO—Escúcheme.

ELENA — ¿Para qué... para qué?

ALBERTO — ... un momento, un instante; después tendrá tiempo de ejecutar su venganza.

ELENA— (acercándose) ¿Mí venganza?

ALBERTO Sí, su venganza. Justa, muy justa; pero venganza al fin.

ELENA—Y usted...

ALBERTO—Sí,... tiene razón. La culpa no es suya. Ahora talvez usted no crea en mi sinceridad.

ELENA—¡Quién sabe! Pensaré, calcularé...

ALBERTO—No, Elena. Deje esa máscara por un momento y crea que hablo con el corazón.

ELENA—Uf... ¡el corazón!... eso es muy viejo.

ALBERTO—Hoy he sentido como un recio latigazo de vida en el espíritu, y ha pasado por mí como un relámpago, la certidumbre, la evidencia de algo muy doloroso. ¿Quiere que sea profundamente sincero?

ELENA—Por curiosidad... ¿Qué va usted á decir?

ALBERTO Hace un momento, para salir de una situación violenta para todos, propuso usted...

ELENA Sí... una justa moderna. Una lucha en que se pondrá á prueba, la voluntad, el carácter, el amor... propio.

ALBERTO Pues bien; yo no la acepto. Renuncio á ella y me declaro vencido de antemano.

ELENA—¿Lo ha pensado bien?

ALBERTO No lo he pensado... lo he sentido.

ELENA—Es extraño. Provocar una situación para retroceder antes de llegar al final. ¿Qué fué de ese espíritu práctico con que se ganan las más grandes empresas?

Mire usted (señala al chalet) Ahí está el enemigo en acecho, esperando la oportunidad de ganar la partida. Ahí dentro, sí, ya ha empezado la lucha. El interés tiende sus redes, la conveniencia afila sus garras, el fuerte clava las uñas sobre el débil que al fin ha de entregarse cansado de luchar... Por mi parte ya estoy preparada para todo. Ustedes me han transformado. ¿Voy á permanecer inmutable, acaso? Meditaré, tendré en cuenta lo que convenga (con dolor).

ALBERTO—Precisamente, por eso es que yo no acepto la lucha. Porque usted ha cambiado, porque usted es otra. ¡Si el escepticismo me hizo dudar frente al raudal purísimo, ¿cómo quiere usted que me haga creer en la corriente oscura y turbia? (Con sinceridad y calor) Vuelva usted á ser la mujer de antes, la que arrojó una flor como ofrenda del alma y verá entonces cómo lucho y triunfo. Triunfo, sí. Frente al peligro de perderla para siempre, he sentido latir el co-

(1) Bella comedia en un acto de nuestro querido amigo el aplaudido escritor Ismael Cortinas, que será representada próximamente en un teatro de Buenos Aires.

razón. Dejemos que hable libremente. No se cubra usted con esa máscara cruel—que la hace egoísta y calculadora — porque entonces se habrá perdido todo... todo, y no valdrá la pena luchar ni vencer...

ELENA ¿Acaso soy culpable?

ALBERTO - No, el culpable soy yo. La culpa la tenemos todos los que en la vida nos creemos buenos, fuertes, desinteresados, pero llegamos á dudar de sus más nobles fines, á fuerza de chocar con el interés sórdido y brutal; olvidando que hay un refugio inviolable en el alma de ustedes, al que sólo debe llegarse por el amor: ese amor único dominador y exclusivo, absoluto y tirano, egoísta de su propio bien, que no duda, que no razona porque es impulso misterioso y secreto... Elena: en este instante soy un hombre sincero. He experimentado el dolor hondo y profundo de ver alejarse una primavera. Haga usted que vuelva y me verá resuelto y luchador, con generoso brío, con noble impulso...

ELENA (Dulcemente) ¿Y si fuera tarde?

ALBERTO — No: en su alma puede reverdecer la florescencia de la esperanza y el ensueño. Perdone usted al que no supo mirar hasta el fondo, para bañarse en la onda serena que es fuente de eterno y bienhechor consuelo...

ELENA — (Con ironía) ¿Para qué... para qué?...

ALBERTO—No repita usted esa frase cruel, que envenena y que mata.

ELENA—De usted la he aprendido.

ALBERTO – Olvídela... como la olvido yo. Y si la recordamos, sea tan sólo para preguntar: (al oído y amorosamente) *para que* engañarse, *para qué* mentir, *para qué* ahogar los más nobles impulsos, *para qué* desvirtuar lo más hermoso, lo más humano, acaso lo único que hace bella y amable á la vida? Míreme, Elena: ¿no me ve transfigurado? Aquí, junto á usted, después de la prueba dolorosa, siento palpitar un hálito misterioso de vida nueva y fecunda, que llega á lo más íntimo de mi ser. (Muy cerca y con ternura. Elena con gran turbación esquivará la mirada). Yo la quiero, sí la quiero... pero como era antes, afectuosa y sonriente, candorosa y buena... Junto á usted siento renacer todas las esperanzas. ¿Recuerda aquellas tardes de dulce y suprema poesía?... ¿Recuerda aquellos versos? (Tratando de que Elena lo mire y muy dulcemente)... «*Ojos claros, serenos que de dulce mirar sois alabados: ¿por qué si me miráis, miráis airados?*»

(Pausa. Elena muy emocionada y tratando de ocultarse á las miradas de Alberto se acongoja).

¿Llora usted?

ELENA- -No, no...

ALBERTO - (Insistiendo para que lo mire) Olvidemos lo pasado y vamos hacia el porvenir que nos sonríe. Yo sabré tener el brazo firme y la cabeza erguida... (Elena lo mira aparentando enojo)... «*Ojos claros, serenos, ya que así me miráis, miradme al menos*». (Se estrechan las manos y se miran por un instante con amoroso abandono. Alberto va á besarla, pero Elena, con ademán de coquetería, lo rechaza suavemente).

ELENA—No... hay que ganar la apuesta.

ALBERTO—Es que... la lucha era por la otra mujer... la razonable, la egoísta, la prosaica. Yo quiero á ésta...

ELENA Vanidoso! ¿Y si la

mujer razonable no lo perdona?

Alberto — Ya me ha perdonado.

Elena — Quien sabe! Además no podemos faltar á la palabra empeñada. (Siéntese murmullo de diálogo en el chalet) Ahí llega el adversario.

Alberto — ¿Qué hacer entonces?

Elena — ¡Qué hacer!... El brazo firme, la cabeza erguida...

. . . .

Ismael CORTINAS.

Montevideo, Junio de 1909.



HOTEL DE LOS POCITOS — MONTEVIDEO

La Sala

Para Apolo.

El polvo se ha hospedado en las persianas
como capas de abrigo, y hay inciertas
cintas de luz sobre las porcelanas,
donde las rosas se consumen muertas.

Los lirios de la alfombra se han gastado
de los coturnos de oro con el peso.
Sobre el piano, los bustos, el teclado
custodian con sus órbitas de yeso.

Todo tiene un perfume, y cuando arde
el misterioso encanto de la tarde,
prendiendo su reflejo en las cortinas,

llega hasta el alma un mar de evocaciones
y al claror de las luces vespertinas
se ven pasar las viejas tradiciones.

Julio J. CASAL.

Blasco Ibáñez

En la otra margen del Plata, donde ha dado una serie de notables conferencias, se encuentra el distinguido autor de «La Bodega».

Apolo le saluda cariñosamente, esperando que antes de partir con rumbo á España, visite Montevideo y deje en él la dulce impresión de su admirable talento.



V. BLASCO IBÁÑEZ

De Heliotropos

OJOS PENSATIVOS

Una pagana de ojos pensativos.
Su carne en flor invoca mis caricias
Cuando mi labio bebe con delicias
La önda de sus ósculos votivos.
Flor de Eros que provocas avaricias
Y enciendes corazones sensitivos:
Una pagana de ojos pensativos
Dióme tus mieles á mi fe propicias.
Pagana de Efraím á cuyo acento
De alondra, el alma de mi amor palpita
Como un pétalo herido por el viento:
¡Gloria á la luz de los ensueños rojos,
Que estremece tus párpados y agita
La gracia pensativa de tus ojos!

MAITINES DE AMOR

I

... Y te dirá mi labio la olvidada
Melodía de un búcaro de besos.
¡Oh, los maitines del amor! Un mirlo:
Mi alado numen, oficiaba en ellos,
Bajo la luz etérea de tus ojos

Y la divina unción de tus ensueños;
Llegó el invierno pregonando inmensas
Añoranzas de amor, y el ritornelo
Del amor mío se extinguió en la fría
Desolación de los paisajes muertos.
Las avenidas se tornaron grises,
Veladas por la sombra y el misterio
De los nublos perennes y lejanos,
Y quedó la campiña como un yermo,
Huérfana del amor, adormecida
Bajo la triste caridad del cielo.
No hubo más rosas ni geranios. Hondos
Lamentos de almas exhaló el sendero
De nuestra cita en la silente hora
Del crepúsculo pálido y sereno;
Los taciturnos álamos, refugio
De nuestra vida espiritual, gimieron;
Emigraron las aves; y las viejas,
Solitarias campanas del convento,
Preludiaron conmigo la elegía
Conmovedora del exilio eterno.
¡Qué triste es el exilio de dos almas
Que á un mismo epitalamio se han abierto!

II

Amada, ven. Mi angustia y los brumosos
Hibernales crepúsculos huyeron,
Y Primavera enflora la avenida
Espolvoreada de oro.
En el sendero
De nuestra cita los acantos ríen
Y las lilas de nieve abren sus pétalos
Al soplo de los céfiros y pueblan
Con sus aromas la región del viento.
Mira mi labio y ven. Bajo las frondas,
Entre esencias de impúberos espliegos,
Tú me hablarás de las canciones mías;
Yo te hablaré de tu perfume intenso,
Y te dirá mi labio la olvidada
Melodía de un búcaro de besos.
Y vosotros,
Espíritus volubles del invierno:
¡No volváis á decir en los maitines
De mis amores la canción del Tedio!

PÉREZ Y CURIS.

¡Mujer al fin!

Para Apolc.

Alicia, en coche, iba de compras á las tiendas. Vestida de blanco, virgen y rubia, daba la impresión de una mujercita delicada, joven y linda. Como esa mañana hacía calor, viajaba con las ventanillas del carruaje bajadas y el tibio aire sano acariciaba su rostro de líneas correctas, gráciles y puras.

Mientras el vehículo rodaba, Alicia leía...; leía un libro de amplia presentación de las cosas humanas, de la vida y de los seres. Hija de padres ricos, pero sin ilustración, ella misma elegía sus lecturas; mejor dicho, compraba volúmenes al acaso, sin reparar en su género ni en autores, guíada por una curiosidad instintiva de leer, de leer mucho y de todo. Su natural buen sentido la apartaba de las obscenidades escritas; pero, no de las tenuosidades sicológicas del análisis de las almas y tampoco de los refinamientos sugestivos de la carne.

Así es que sabía mucho de la vida, de los hombres y de las mujeres; y sin ser una cerebral determinada, siendo sólo una frívola entidad social, tenía un criterio de arte y adoraba los libros selectos. Por eso hasta en los viajes á tiendas leía, pero siempre atenta á las infinitas variedades de la calle, á los saludos de la gente conocida ó amiga, ó á los trajes de las demás mujeres. Mientras, frente á ella, en el asiento delantero del carruaje, sobre un lujoso cojín, se adormecía Lulú, su perrita preferída, alba y virgen como su dueña, cuidada como una señorita, llena de perfumes y con alhajas al cuello, como una mujer elegante y con dinero.

Cuando el carruaje enfrentó á la Catedral, Alicia suspendió su lectura, se persignó, hizo una caricia al animalito, saludó sonriente á una amiga que pasaba y al tomar el coche por Sarandí continuó leyendo El tomo que Alicia llevaba entre sus manos se titulaba «La mosca de oro» y era un detenido estudio de la mujer. Cuando el carruaje se detuvo frente á una lujosa tienda de modas, Alicia no quiso bajarse sin antes terminar el párrafo. Este era por demás intesante. «Como esas moscas de brillantes colores, tornasoladas, —decía el autor,— que lo mismo se alimentan en un estercolero que en una sabrosa confitura, así, así es la mujer en sus amores. En su hambre de amar, no repara en categorías y se fija tanto en un astroso de la calle como en un dandy de salón. Por eso, por eso se puede decir de ella que bajo su epidermis blanca y suave como un armiño tiene mucho cieno...» Al llegar aquí Alicia, con un gesto de asco cerró el libro y bajó del coche.

Llamó á Lulú, pero ésta, mimosa, se negó á seguirla. Entonces élla cerró la portezuela y penetró en la tienda Allá adentro dejó, olvidadiza, transcurrir el tiempo, entusiasmada con el contacto de los géneros finos y de las sedas sutiles y la vista halagadora de las mercaderías lujosas y caras.

Al volverse al carruaje Alicia notó que Lulú faltaba de allí. Sorprendida, casi nerviosa ya, dirigió su vista á todas partes y de pronto, á la distancia, vió á Lulú, su arístocrátíca perrita, ligada á un perro sucio, bohemio y flaco, uno de esos animales errantes, descuidados, verdaderos hijos de la calle y el lodo. Avergonzada, corrió á refugiarse en su coche y dió orden de partir ligero.

Ya en viaje, hizo una pelota con el libro y los cojines de Lulú y lo pisoteó todo, furiosa, mientras exclamaba entre hondos sollozos:

—Oh! la mosca de oro! Lulú la puerca! Perra, hembra, mujer al fin!..

ANGEL C. MIRANDA.



VISTA DE PUNTA ARENAS

Azucena de Milagro

Para APOLO.

María de Cervantes, cándida, suave y fina,
Era una religiosa hija de Santa Clara;
No se le pasó noche sin tomar disciplina
Y en veces con la Virgen dialogó cara á cara.
Pan Celeste le daba en solemnes momentos
Francisco de Garayta, un fuerte dominico
Que difundió el espíritu de los dos mandamientos
En aquel corazón de virtudes tan rico.
Tuvo al morir la monja delirios muy extraños;
Francisco la exhumó pasados doce años
Para guardar sus restos bajo un altar mayor.
Estaba intacta; el fraile besó de la clarisa
Los labios que guardaban una leve sonrisa
Y dijo unciosamente: "Lo ha querido el Señor...
Hay una santidad que sonríe de amor."

Alberto SÁNCHEZ.

Bogotá.

El Patio de los Arrayanes

(2.ª edición)

Para Apolo.

Algo muy exaltado y vital. Y al mismo tiempo algo muy triste y muy suave: un desbordamiento de verdadera vida. No es la falsa sutilidad á lo Martínez Sierra que dora sus composiciones con mieles recogidas de abejas amaestradas. No, sino esa otra más ruda que huele á jaramago y que naturalmente se elabora en panales de corteza de encina y en el hueco de algún árbol centenario y venerable.

Sombríos y vigorosos son los versos de Villaespesa de una trágica intensidad d'annunziana. Hace amar á la vida santificando á la Muerte. Morboso y acre nos hace percibir el olor enervante y asfixiador del pantano y el sutilmente perverso de las carnes tísicas.

Flota en todo el libro, acordando con esta briosa eflorescencia de juventud, un ambiente de melancolía y honda amargura byronianas. Desolación de un alma sedienta é insaciable, nostalgias melancólicas de algo que quizá no existió nunca, desesperanzas abrumadoras de lo que no existirá jamás acaso.

Sed de inmortalidad, sed de infinito
¿en qué los labios en flor podré apagarla
si de amarse las almas se fatigan
y hasta los labios de besar se cansan!

Es Villaespesa entre todos los poetas contemporáneos el más sincero y el más humano. Sus versos tienen un fuego y una inspiración tan extraord naria como no se halla sino en los grandes maestros de la poesía. Vibrantes y pasionales, á veces, rugen como tigres en brahama. Otras, suaves y melánecolicos, tienen el nostálgico encanto que se ve en las sonrisas de algunas muertas jóvenes.

Adviértese en «El patio de los Arrayanes» como en todas las obras de este joven y admirable maestro ese transcendente é inconfundible sabor á realidad que para el gran Zola constituía el principal mérito de las obras artísticas. Y esta cualidad es tanto más apreciable aquí cuanto que, para la mayor parte de los que se intitulan poetas, el hacer versos sólo consiste en aderezar cortos renglones de una armonía más ó menos sonora. Un adjetivo suyo es siempre tan justo que no parece sino que nació allí mismo, al lado de aquel nombre á que acompaña. Imposible parece una sustitución por otro sin que resulte en menoscabo de la idea. Y no se juzgue menudencia este detalle de acierto que, si al parecer es insignificante llega á constituir frecuentemente, el ánimo de toda poesía. Un adjetivo es siempre, de por sí, algo muy bello. Pero si es además significante y preciso adquiere una transcendencia universal que jamás hubiera podido sospecharse en él de otro modo.

¡Y luego, qué sobrio vigor de descripciones, qué maravilla de sugestión, qué enorme vitalidad siempre!

Tus rizos me envolvieron. Y entre el vago
olor á musgo de tu cabellera
suspirante absorbí como un veneno
el acre aroma de tu carne enferma.

Niego absolutamente que pueda expresarse esta idea mejor de ningún modo. Todas las palabras ¡cada una! evoca, por la virtud de su contextura eufónica y de su significado íntimo, una serie inmensa de sensaciones no escritas.

Y tan intensamente expresivo siempre.

Para mí no hay duda de que Villaespesa es el primer poeta español contemporáneo. Y «El patio de los Arrayanes» uno de sus mejores libros.

RAMÓN VILLEGAS.

Madrid 1909.

Chile---Mujer

Para APOLO.

Cariñosamente, á Miguel Luis Rocuant.

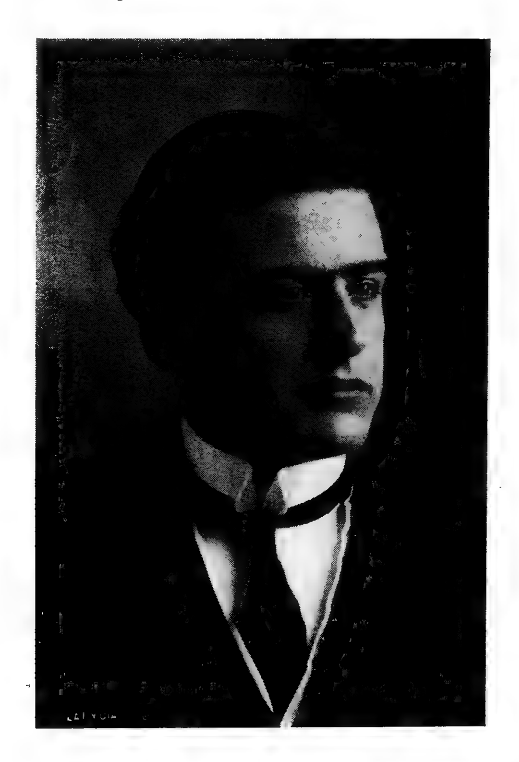
Opulentas cabelleras de color de tempestad:
noche lóbrega sus ojos, noche lóbrega que brota
envolvente y suave luz...
Epidermis, — terciopelo de magnolias y carmín: —
y sus bocas, — tibia púrpura que incita,
de los besos al festín!
Curvas lentas y tremantes,
que en sus ritmos voluptuosos se difunden perturbantes
tras la seda de sus trajes y la bruma de los mantos...
Y, sus senos, — senos santos!
Dos palomas de alabastro
que aletean voluptuosas bajo el velo del corset.
Pantorrilla ebúrnea y dura,
terminada en una joya, que es su pie.

Sensitivas en el duelo, y salvajes en amor.
Si se sienten cautivar, se agigantan y se incendian:
y se tornan explosión,
cuando el beso del Engaño, les comprime el corazón.
Soñadoras...?
No, no, no!
Almas fieras de tres faces:
fuego, hielo y convulsión...
En conjunto...
Satanaces de opulentas cabelleras,
y de curvas tentadoras,
y miradas turbadoras,
que dispersan envolvente, suave luz!

CLAUDIO DE ALAS.

Santiago de Chile.

Ricardo Paseyro



Síntesis

Para **Apolo.**

Santos Chocano comenzó encendiendo
Y azuzando después mis propias iras
Y oí con fiebre entre el clamor horrendo
Crujir las horcas, crepitar las piras!

El bardo luchador trepó á las cumbres
Y en las cumbres sus versos atronaron;
Se encendieron de ardor las muchedumbres
Y el tirano y el déspota temblaron!

Mi lira lo siguió... Fué tal su empuje
Que ensoñé como mío su entusiasmo
Y siento en mi interior algo que ruge
Y se enciende mi ser todo hecho espasmo!

. . . .

La caricia ondulante en suave giro
Mi frente acarició, mi mustia frente,
Y llegó hasta mi ser como un suspiro,
Y hasta el alma sintió lo que hoy no siente..

Una nueva existencia la dolora
Descubrió en un repliegue de mi vida,
Hablando Campoamor el alma llora
La lágrima mejor, la más sentida.

Y es su intenso pensar tan noble y llano
Que confundo en un haz doble suceso:
El empuje marcial del gran Chocano
Y el suave deslizar de «El tren expreso».

El uno se revuelve como un potro,
Al sufrir y al amor el otro ensalma,
El uno es luchador, profundo el otro
Y son uno los dos dentro del alma.

Chocano es la pasión que habla impetuosa,
Campoamor el decir bello y profundo;
Y en síntesis grandiosa,
Chocano y Campoamor, la voz del mundo!

Ricardo PASEYRO.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Ensayo de una Filosofía Feminista. —(*Refutación á Moebius*), *por M. Romera Navarro.—Madrid.*—He ahí un bello libro escrito no sólo con el objeto de refutar, como su título lo indica, las ideas de Moebius, sino también de castigar su terrible misoginia y su obra sistemática en contra de la mujer. Con gran acopio de datos científicos que desvirtúan muchas veces los asertos categóricos del escritor alemán, y una preparación amplia y discreta que ridiculiza la filosofía barata de los autores de folletos antifeministas, Romera Navarro aborda el tema, recorre las páginas de *La inferioridad mental de la mujer* y señala — confirmándola con citas que fortalecen su aseveración—la secuela de errores en que ha incurrido Moebius. No queremos hacer en estos renglones la apología del libro que los motiva. Es que sin ser feministas, y más aún: no aceptando del todo los conceptos demasiado amables que ha dictado la tolerancia de Novicow, comulgamos en parte las mismas ideas de su joven autor, en cuanto se refiere á la igualdad mental entre el hombre y la mujer. No se es feminista, en el sentido bajo con que suele aplicarse tal palabra por parte de algunos empedernidos, sino humano y equitativo, cuando se lucha afanosamente por la emancipación de la mujer ó por el solo reconocimiento de su capacidad intelectual y moral. Ni se es noble, ni siquiera discreto, cuando se hacen cargos que no han de justificarse jamás. De esa falta de nobleza y de discreción Moebius adolece á menudo. Y Romera Navarro se ha empeñado en demostrarlo con argumentos abrumadores de este jaez:

«En varios pasajes de su libro, repite Moebius, que cuando alguna mujer descuella como superior á las demás en cualidades mentales, pierde los caracteres femeninos ,y su espíritu más que de mujer parece serlo de hombre. De manera que llega al extremo de quitar á la mujer hasta la posibilidad de tener talento, porque en cuanto uno de sus individuos lo posee, lo considera como un talento masculino, que por anómala combinación ha venido á encarnarse en una criatura femenina. La biografía de los grandes genios nos asegura, por el contrario, que todos ellos encontrábanse dotados de cualidades morales, de temperamento y de carácter que los distinguía de su sexo y los asemejaba al sexo contrario. Ejemplos: Cicerón, Demóstenes, Julio César, Virgilio y Bacón, del cual se dice que hasta sufría un síncope en todos los menguantes de la luna.»

De lo cual se deduce que Moebius suele evadirse por la tangente cuando le faltan argumentos con que combatir las femeninas aptitudes.

Más tiempo y más espacio quisiéramos para poder expresar todo lo que la lectura de la obra de Romera Navarro nos ha sugerido, y para analizar á la vez ciertos folletos que circulan aquí de la índole del libro de Moebius, cuyos autores ensayan *poses* de hombres avezados y se jactan de observar bien la vida y las costumbres de los pueblos.

Romera Navarro ha demostrado en su *Ensayo de una Filosofía Feminista* ser un temible contrincante y un sutil analizador, al que no escapan las más pequeñas aberraciones.

Nosotros lo felicitamos sinceramente.

La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve (*Ensayo de Historia Crítica*), *por Gonzalo Picón-Febres.—Caracas (Venezuela).*—Obra elevada, obra hermosa, por lo bien meditada y escrita y por el alto desinterés personal que ha demostrado su autor al ocuparse de los escritores de su país. Es la obra de un artista. Gonzalo Picón-Febres, que es á la vez prosador y poeta, pone en sus estudios críticos, laudables por su caudal de observación y su bella erudición, cierto matiz de tolerancia que, siendo un gran estímulo para las nuevas generaciones, no implica ni mucho menos un menoscabo de la verdad, ni siquiera un desvío de su reposado criterio.

Su libro, exento de omisiones dolorosas y de venganzas preconcebidas, es *rara avis* en nuestro mundo literario, donde siempre, ya sea por falta de preparación especial ó por un prurito de amor propio exagerado, exclúyense nombres de altísimas personalidades, se evitan citas necesarias y trátase de colocar por encima de todo la propia personalidad. *La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve* es un libro que ha aportado tesoros de detalles á la Historia Literaria Americana tan tergiversada hoy por los antologistas que han puesto al servicio de la casa Maucci sus aptitudes mediocres y su escasa inteligencia. Impreso lujosamente por los talleres de *El Cojo Ilustrado*, y ornado todo él con los retratos de los escritores ve-

nezolanos del siglo pasado, el libro de Picón-Febres es, lo decimos sin temor de equivocarnos, el mejor, el más completo y acertado entre sus similares publicados en América.

Por lo cual felicitamos á su autor.

PEREZ Y CURIS.

Nuevo canje

LETRAS.—*San José de Costa Rica.* —De esta escogida revista de arte ha llegado á nuestra mesa de labor el número 6, cuyo sumario es nutrido y excelente. Trae los retratos de la poetisa Ada Negri y de nuestro redactor en Costa Rica, el literato Rafael Angel Troyo.

Voces Americanas

El gran escritor Santiago Argüello ha vertido en el número 4 de su hermosa revista *La Torre de Marfil* los siguientes conceptos sobre APOLO:

«Dirigida por el poeta Pérez y Curis, es ya una preciosa antología Muy bien presentada, y, sobre todo, muy selecta de material.

La entrega vigésima tercera publica un exquisito cuento de Felipe Trigo: una tempestad moral frente á una tonante tempestad de la tierra, dentro de un tren que arrastra sus vértigos, en fuga por la noche estriada de relámpagos. El *Solís*, de Alberto Sánchez, se distingue por profunda belleza emotiva, y por cierta dulce sugestión de lejanía en el tiempo. También es bella la *Retrospectiva*, de Pérez y Curis, director de APOLO, y poeta y prosista merecedor de aplausos.

Nota

En la sección *Bibliográficas* nos ocuparemos de todas aquellas obras que se envíen á nuestra redacción en cantidad de 2 ejemplares: uno para el director y otro para el secretario de redacción.

Breviario Epistolar

A. REYES.—*Montevideo.*—Nada me importan los desahogos de ciertos *genios* inéditos que creen hallar en toda poesía de su agrado un fondo ultra-filosófico. La palabra de esos simuladores que dicen *ceremonia* por ceremonia y *evocatriz* por evocador no puede tomarse en serio.

Eso es todo cuanto tengo que decirle sobre su necio interlocutor.

RAFAEL ANGEL TROYO. — *Cartago de Costa Rica.*—Gracias por sus conceptos. APOLO ha ido siempre sin intermitencias.

ISAAC MUÑOZ.—*Madrid.*—Espero los ejemplares de la edición italiana de *Morena y Trágica.* ¿Recibió ya los números de APOLO que me pidió, con el pequeño estudio que escribí sobre aquel libro suyo?

PEDRO CÉSAR DOMINICI.—*París.* — Le agradeceré me envíe su domicilio. Tengo una carta, contestación á la de usted, y algunos libros míos para enviarle. Hace ya tres meses que no recibo su hermosa revista.

MANUEL RODRÍGUEZ TOVAR. — *Guayaquil.*—Su libro *Impresiones* no ha llegado á mi poder. Envíemelo con *Voces del alma.* Nos ocuparemos de ambos en la *Sección bibliográfica.*

M. SALVADOR ULLOA.—*Iquique.*—Recibí *Voces de Arte.* Muchas gracias por el envío y por los amables conceptos que sobre mi labor literaria ha vertido usted en aquellas páginas. Dígame qué números de APOLO le faltan, para enviárselos inmediatamente en caso de que no estén agotados.

F. GARCÍA GODOY.—*Santo Domingo.* —Agradezco al compañero el envío de su nuevo libro. Fernández Ríos se ocupará de él en la *Bibliografía* del próximo número.

FÍGARO.—*Montevideo.*—Pongo á su disposición el ejemplar de *La Literatura venezolana en el Siglo XIX*, que he recibido hace poco tiempo. Allí encontrará usted datos hermosos sobre la obra de Juan Vicente González y Romero García.

A. ARGUEDAS. — *La Paz (Bolivia).* —En el próximo número me ocuparé de *Pueblo enfermo.* Gracias por el envío.

LORENZO VICENS THIEVENT.—*San José.* —Hermosa poesía la suya. Saldrá en el próximo número. Gracias por el envío.

JUSTO DEZA.—*Buenos Aires.*—Agradezco el envío de los versos dignos de toda loa. En el número de Agosto los publicaré.

PEREZ Y CURIS.

APOLO

AÑO IV

Número 32

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS



LA PINTURA

MONTEVIDEO — OCTUBRE DE 1909

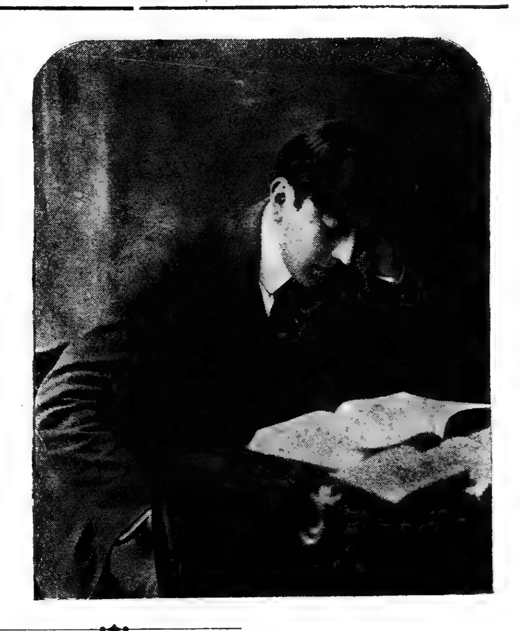


Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV — Montevideo, Octubre de 1909 — N.º 32

Florencio Sánchez



El altísimo dramaturgo cuyo retrato aparece en esta página, partirá en breve para Europa. En su gira por las principales ciudades de aquel continente, Florencio Sánchez hará representar sus obras, contando para el caso con una gran compañía dramática que se ha comprometido á traducirlas exactamente.

Antes de irse el querido compañero, saldrá á luz su hermosa obra Nuestros Hijos bellamente editada por los talleres « El Arte ».

Nuevos y brillantes triunfos le deseamos al noble amigo y genial creador.

Á UN ARTISTA

No vejes al humilde ni adules al magnate.
Sé noble; hiere al Zoilo tenaz que te combate.
Pero de frente. Sólo la Gloria se conquista
Con los geniales rasgos del numen de un artista
Y el gesto de un espíritu de luz, que no se abate
Convierte en evangelio la norma de tu vida;
Ten probidad, no para que el vulgo, ese suicida
Moral, en un instante de lucidez te nombre.
Sino para elevarte tú mismo, porque el hombre
Que en ti hubo, se hizo un mago del verbo, que no olvida.

PÉREZ Y CURIS.

Balada del Deseo

En el Mar de lo Infinito, boga y llega el Mensajero, el bajel que trae la Noche...

tenebroso como un muerto, lentamente va avanzando, con sus velas de Misterio.

el bajel que trae la Noche. Tenebroso como un muerto!

¡oh, las tardes del Otoño, precursoras del Invierno, cómo brillan, cómo cantan, en un ritmo de colores, en los mares y en los cielos. ¡Oh, las tardes del Otoño, las auroras del Invierno!

ya el Crepúsculo se muere en la Sombra y el Silencio.

¡Oh, la muerte del Crepúsculo, el Poeta del Ensueño.

---

ya se besan en la sombra, en divino Epitalamio, las estrellas soñadoras y los pálidos geranios, cuyos pétalos muy tristes, van cayendo lentamente, lentamente, como sueños que se mueren en su nítida blancura.

¡Oh, los sueños de las flores! ¡Oh, la muerte de los sueños!

á la luz del Plenilunio, albas rosas de la Tarde van abriéndose como almas que escucharan en su angustia, el coloquio formidable de la Sombra y el Misterio.

¡oh, las rosas de la Tarde! ¡oh, las rosas del Silencio!

¡oh, la Amada de mi vida! ¡oh, la Amada de mis sueños! Ilumina este crepúsculo con la lumbre de tus besos, de tus besos, que son astros.

y el perfume de tus labios caiga en mi alma como un bálsamo de ventura y de sosiego.

¡oh, los rojos tulipanes de las frondas de tus besos!

¡oh, la Amada! ¡oh, Bien Amada! ven, reclina tu cabeza, tu cabeza triste y blonda como el halo de una estrella; ven, reclínala en mi pecho.

¡tu cabeza perfumada por los místicos ensueños! ¡oh, tu pálida cabeza! ¡oh, mi reina, coronada con las rosas entreabiertas en praderas ignoradas y en silencio de las selvas, de las selvas que te guardan su perpetua primavera, de las selvas donde viven mis ensueños de Poeta.

Tu cabeza con un nimbo de jazmines y violetas.

---

que me toque la caricia de tus grandes ojos tiernos, algas verdes, que se mecen en los mares muy remotos de la Gloria y del Ensueño.

que me toquen con sus alas tus libélulas de fuego.

¡oh, los ojos de mi Amada, misteriosos y serenos; playas tristes, donde mueren las oleadas del Deseo!

---

que los lirios de tus manos, cual capullos entreabiertos, como brisas perfumadas, como rayos de un lucero, se deslicen en la selva autumnal de mis cabellos, y serenen mis pasiones tempestuosas y soberbias, y dominen la implacable rebeldía de mi cerebro.

mi cerebro que es tu Ara; mi cerebro que es tu Templo; mi cerebro, donde imperas tú, mi Diosa, entre la mirra que te queman mis pasiones, y los cirios del Deseo, y mis himnos amorosos, y el perfume que te brindan las corolas de mis versos.

y una flor que se abre augusta, con sus pétalos soberbios, una flor en holocausto ante Tí: mi Pensamiento;

¡oh, los lirios de tus manos domadoras del Deseo! ¡oh, los cirios de mi templo y las rosas de mis versos!

Por las flores del Crepúsculo; por

las rosas del Silencio; por las algas de tus ojos; por las frondas de tus besos; ven, reclina tu cabeza en las sombras de mi pecho.

¡Bien Amada! ¡Bien Amada! ven, responde á mi deseo; ven, unamos nuestros labios en un beso que sea eterno...

. . . .

¡ven, mi Amada, que es la hora!

¡ven, mi Amada, que aún es tiempo!

¿tú no sientes cómo pasa la caricia del momento?

¡Ven y amemos! Aún es hora.

ya declina en el silencio con la tarde nuestra vida.

ven y amemos, que aún es tiempo; aún hay flores en el bosque; aún hay luces en el cielo; aún hay sangre en nuestras venas y palpitan nuestros besos...

son las tardes del Otoño, precursoras del Invierno... ven, tus ojos agonizan en las ansias del Deseo;

aprisione yo tus manos, y tus labios, y tus senos;

y te brinden sus perfumes las corolas de mis versos.

---

es la hora del Crepúsculo. Todo se hunde en el silencio.

es la tarde en nuestras almas; y la noche avanza presto.

nuestras vidas ya se pierden en los valles del Misterio.

aún dibuja la ventura un miraje en nuestro cielo.

es la hora de la muerte ó la hora de los besos.

. . . .

Ven y unamos nuestras bocas, en un beso que sea eterno

Ven y unamos nuestros cuerpos, cual dos llamas de un incendio.



DÉCIMA

Sólo quiero el desamparo,
La tiniebla y el olvido
De la tumba; hoy he perdido
Para siempre, lo más caro:
Mi madre, el único faro
Que en la mundanal contienda
Vertió su lumbre en mi senda;
El único ser que quiso
Encontrar un paraiso
Donde levantar mi tienda.

JULIO FLÓREZ.

PORTRAIT

Para APOLO.

On dirait qu' elle fait éclore
du fond d' une illusión
le grand soleil qui la dore
et la change en papillon.

—

Dans son amoureux delire
on penserait que ses yeux
font petiller le sourire
pour illuminer les cieux.

Quand l' aube blanche et morose
surgit du brouillard, elle sait
que pour la changer en rose
il suffit de son reflet.

—

Et comme tout ce qu' elle touche
se transforme en madrigal,
je voudrais froler sa bouche
pour me rendre son egal.

París 1909.

MANUEL UGARTE.

Periodistas Cubanos

Modesto Morales Díaz

Para APOLO.

En tesis general la experiencia nos hace escépticos, y el escepticismo está totalmente reñido con las palabras absolutas, las ideológicamente «definitivas». Y bien, mi experiencia del diarismo me obliga á declarar, una vez escrito el nombre Morales Díaz, que es imposible hallar ejemplo más acabado de voluntad, de energía, de fe y de lealtad que el que ofrece en su larga actuación en la política y en el periodísmo militante el actual director de «El Triunfo», el gran diario liberal cuya valiente (y valiosa) campaña contribuyó en buena parte á la exaltación del actual Gobierno.

Bajo las órdenes de Morales Díaz (si es que puede decirse de ese modo en referencia á las fraternales indicaciones del más llano y más deferente de los compañeros) bajo su inspiración he trabajado largo tiempo. En el período de la ardua lucha, en plena campaña electoral y después de la resonante victoria del 14 de Noviembre; tengo, pues, motivos para conocerlo á fondo.

Morales es un gran sugestionador: ata el cariño, conquista el afecto y la estimación. Una nobleza de carácter rara en estos tiempos en que la doblez impera; una voluntad insuperable y una lealtad á toda prueba hacen de él, en una colectividad política, el hombre de confianza.

Eso es lo que es él para el ilustre Presidente de Cuba: su confidente y su confianza. No conozco ejemplo alguno de adhesión más positiva y más desinteresada y perseverante que la que Morales Díaz ha consagrado en todo tiempo al General Gómez. Bien es cierto que este Mandatario ejemplar se hace amar por sus dotes excepcionales, por su cultura y su bondad. De todas suertes, la fidelidad de Morales para con él ha llegado muchas veces á la abnegación. Ultimamente, pudiendo haber tenido con más facilidad que nadie, pues es una de las figuras más populares de Las Villas, un sitial en el Congreso, hizo oblación de todo derecho y renuncia de todo título para ceder su plaza á otros que obtuvieron el triunfo ¡oh generosidad! por la obra y el esfuerzo de Morales. La correspondencia de el Director de El Triunfo es tan voluminosa como la de un Ministro: todos acuden á él, quien en demanda de un consejo, quien en solicitud de su apoyo decisivo, quien para lograr su nunca rehacia mediación en bien del terruño. Y jamás un *nó* sale de los labios de Morales; á todos procura satisfacer, á todos secunda, á todos ayuda. Esa es su ambición: hacer el bien.

En «El Triunfo» su labor ha sido proficua en todos sentidos: logró en tiempos de penurias llevar á la Redacción lo que más vale y lo que más pesa en Cuba; después, nuevo triunfo, conquistó á Ramón Catalá, el co-propietario de «El Fígaro» para que asumiera la administración de «El Triunfo». Y Catalá aceptó, por y para Mora-

les; y ahí está la obra de esos dos grandes corazones unidos, de esas dos inteligencias y de esas dos voluntades: «El Triunfo» es hoy uno de los primeros diarios de Cuba. Sobre Catalá he de escribir pronto; bien lo merece el más bueno, el más sano y más generoso de los amigos.

Al frente de «El Triunfo» Morales Díaz cumple como muy pocos podrían hacerlo: sostener un diario adicto al Gobierno (en cuya adhesión no puede caber la duda) y esto sin servilismo, siendo á la par intérprete de la «realidad y la opinión nacional», es cosa extraordinaria. Para llevarla á cabo; qué derroche de tacto, de energía, de esfuerzo, de habilidad y, sobre todo, de buena intención!.

Son muy pocos los que conocen bien el significado de esa frase, la « buena intención »; es decir, olvido absoluto de sí mismo, perenne anhelar de justicia; constante preocupación de los ajenos intereses, y, de contínuo, el sacrificio del propio egoísmo, de todo medro.

Así resulta « El Triunfo » un diario sin tacha, que, en todo tiempo, en el combate y en la victoria, ha ostentado una divisa que nadie ha osado manchar ni aún la calumnia rozarla: la de una honradez absoluta.

No á todos es posible realizar tal tarea. En horas de penurias, faltando todo, dinero, máquinas, colaboradores, puesto que los comienzos de « El Triunfo » no fueron esplendorosos, Morales Díaz decidió justificar el nombre de su diar o: conquistar *el triunfo*. Y en buena lid lo ganó! No sólo el triunfo, descontado para todo observador imparcial, del candidato liberal, sino el triunfo de su diario mismo, de la hoja de cuatro planas que, .entamente, fué creciendo con un linotypo hoy y dos mañana, la gran rotativa después, y los grabados y las doce y las diez y seis grandes páginas de la edición matinal...

Y, aquí, siempre, la obra de Morales Díaz: todo esto sin la prebenda oficial, el apoyo del gobierno ó la humillante subvención, sino haciendo el periódico necesario al público; sumando adeptos por su labor incansable, su información moderna, oportuna y seria.

Hace pocas semanas se organizó un banquete en honor de este valeroso adalidad de la causa liberal: en la lista de comensales figuraban los nombres más prestigiosos de Cuba y, en primera línea, los de sus más encarnizados adversarios políticos. Porque enemigos políticos tiene muchos Morales Díaz, pero enemigos personales ninguno. No puede tenerlos quien es modelo de amigos, de compañeros y de leales.

Hoy se cumplen dos años de la aparición de « El Triunfo » y al recordar esa fecha he deseado tributar un homenaje justiciero al que es alma de ese diario, siempre para mí querido. Sean, pues, las líneas que preceden, la ofrenda del compañero que no olvida y que, siempre, lejos ó cerca, está con « El Triunfo » ya que en la vida le ha tocado muy pocas veces ser de los « del triunfo ».

Arturo R. de Carricarte.

Agosto 2 de 1909.

Cómo es dulce morir

Para APOLO.

Recostarse en la playa, en la húmeda arena,
Envolver las espaldas con su blanda frescura,
No moverse, ni hablar, ni sentir una pena
Mientras pasa la brisa en la inmóvil figura.

Llenar con el cobalto del cielo misterioso
Los ojos que se cierran ávidos de infinito,
Y en la última mirada llevar todo lo hermoso
Que la luz en los cielos y en los mares ha escrito.

Ver en el horizonte, pálida é incolora,
Esfumarse la nave que conduce al hermano
Hacia las tierras vagas donde se goza y llora,
En busca de un reposo que se halla en nuestra mano

Sin una sola lágrima, sin un solo suspiro,
Extinguirse en la arena do mueren las espumas;
Sin rencor ni deseos, dejar que el vasto giro
Nos lleve en sus revueltas de luces y de brumas.

Clotilde LUISI.



Profecía de Al Motanabbe

Para APOLO.

Abdallah Abú Attibe, el orgulloso poeta árabe, que propagó á los cuatros vientos que no existía guerrero que le venciera, mujer que no le amara, vate capaz de superarle, cantó un día: « Al Motanabbe, cuya voz resonará en los venideros tiempos, dirá cosas que jamás han oído los hombres y otras hará que nunca supieron los graves abuelos del canto.»

Pasaron los días y los años. Los pueblos, que levantaran sus livianas tiendas en los desiertos cálidos, ó las flechas de sus mezquitas, en las ciudades que descansan en las fecundas llanuras de Asia Menor, repitieron las canciones del poeta ú oyeron extasiados las maravillosas leyendas y raras anécdotas que, á la sombra de la tienda del caudillo ó el alcázar del señor, cayeron de los labios de Abú Attibe como sonoras gotas de miel y leche manadas de hinchado seno de las huríes.

Los sabios ancianos, de luenga barba y cansados ojos turbios; los ardientes caudillos que, victoriosos siempre, empuñaran el corvo alfange y, al paso de sus negros corceles, allanaran los pueblos del Nilo, del Jarasán, del Ganges, de las playas del mar Egeo y las risueñas riberas del Guadalquivir; los graves teólogos que, en silencio y á solas, interpretaran las santas leyes y enseñaran al hombre la voluntad que Alá dictara á su Profeta; los ulemas que, en pos de las huestes guerreras, llevaran la nueva fe á los fieles del Zerdestía, á los idólatras de la piedra tallada, á los amantes de los genios del mar y la tierra, á los absortos indios brhamanistas y á los rubios cristianos célibes, nunca pudieron sobrepasar la sabiduría de Al Motanabbe ni desmentir jamás los altos dictados de su genio. Pero sucedió que, un día, presentóse en casa de Abú Attibe un extraño niño, cuyas pupilas brillaban como las estrellas en las noches oscuras y serenas del ancho Sahara; cuya tersa frente se elevaba como la cumbre de las Pirámides. Y dijo el niño al poeta: «He oído repetir á los pueblos de Arabía tus proféticas leyendas, tus profundos apólogos, tus finos epigramas. Sé que nunca los sabios, los santos doctores, los soldados conquistadores y los más inspirados Sensitivos pudieron doblar tu vencedora espada ni aventajar tu canto. Sé que has dicho que los hombres oirán de tus labios cosas que jamás supieron tus antepasados, y que harás otras que nunca pudieron hacer ellos. Y bien: Nuestros nómadas abuelos pusieron veintinueve letras al alfabeto; por lo que vengo, pues, á desafiarte á que, de tu genio usando y obrando al contrario de ellos, reformes el alfabeto, sacándole una letra ó poniéndole otra ».

Al Motanabbe, sorprendido, sintió que el asombro penetraba su espíritu y turbaba su genio; pero, serenándose luego, irguió el guerrero busto, levantó la luminosa frente, interrogó en silencio los enigmáticos dictados del destino, y, con triste acento, respondió de este modo al sublime niño:

Al Motanabbe, que nunca dobló la cabeza en las luchas del campo y de la idea, la inclina ahora ante tí! ¡Me has vencido! Pero ¡ay! que, interrogado por mí el destino, me ha respondido que tu débil cuerpo debe sucumbir al peso de tu alma. La precocidad, insaciable como las negras águilas que roban los tiernos hijuelos á las blancas ovejas del Líbano, devorará tu vida! Vas á morir en breve — ¡oh privilegiado niño! porque un alma grande como la tuya no cabe bien en la estrecha y mezquina tierra!»

Jamás predecía en vano Abú Atibbe; por lo que, cuando no había aún èl dedo de los astrólogos marcado el paso de cien soles, el hermoso niño genial, vencedor del poeta, cerró los negros ojos para siempre.

Lloró Al Motanabbe la temprana muerte de aquel niño maravilloso; y, como su voz debía ser oída en los tiempos futuros, quiso que, por medio de su canto, las venideras edades supieran que el mismo Alá, encarnado en la figura de un niño y avergonzado de la torpeza de los demás hombres, había una vez tenido que bajar al mundo para vencer á un poeta!

León SEGUY.

Por senderos lejanos

Para Apolo.

I

Escancia el rojo vino
de tu amor en mi vaso,
y sigue luego el paso
del triste peregrino.

Es muy ruda la senda
y mi sed muy arcana;
como un rey y una aldeana
nos haremos leyenda.

Bogaremos los mares
de Citeres, juntando
nuestros cuerpos amantes;

y entre vino y cantares,
me moriré besando
tus senos palpitantes...

II

Por mi sendero de abrojos
pasé junto á tu ventana,
y se prendaron mis ojos
de tu escultura pagana.

Luego al postrarme de hinojos
en tu discreta persiana,
ví florecer los sonrojos
en tu cara-porcelana.

No quisiste abrir tus flores
á mi corazón divino,
aquella tarde de amores;

y bajo el frío y la escarcha,
el doliente peregrino
rompió de nuevo su marcha...

Juan SERRANO.

Caracas.

El Futurismo

En otra ocasión, y á propósito del Modernismo, expresé en las columnas del *Nuevo Mercurio*, que con tan buen éxito redactaba en París Gómez Carrillo, mi opinión acerca de las escuelas literarias, en cuya efectividad no creo, pues pienso que los escritores no son ocas para formar algarabía monorrítmica, ni números de un casillero telefónico sujetos á un mecanismo de exactitud desesperante. Juzgo, sí, que cada uno de ellos tiene su individualidad intelectual bien definida, su amaneramiento de estilo; su alma, simple ó compleja, distinta de las otras, por la que rige sus pensamientos, á cuyo influjo brotan las ideas, se cristalizan en verbo luminoso y riegan por el haz de la tierra simiente generosa ó egoísta, dulce ó amarga, pero siempre marcada con un sello característico que viene á ser, como el blasón en la heráldica, el distintivo de cada caballero del Ideal.

¿Por qué, pues, ufanarse en fundar escuelas literarias, como quien funda hospicios para inválidos ó casas de corrección para muchachos extraviados? ¿Puede imaginarse que pase esa idea de una mera ficción en la hora actual? ¿Qué amplios no tendrían que ser los moldes de una escuela para que dentro de ella cupieran las tendencias de quince ó veinte escritores ó poetas de verdadero valer, ó qué estrechos resultarían á la postre, si todos los que la proclamaran siguiesen una misma ruta, cual condenados del Dante, cargando la capucha de plomo de un manifiesto tendencioso, pero al fin estrecho á pesar de su falta de reglas, manifiesto que recortaría las alas al espíritu y no dejaría alzar el vuelo libremente á la traviesa imaginación, la locuela adorable y caprichosa, que se resiste siempre á todo yugo?

Estas consideraciones que á mí se me antojan muy claras, no lo son para algunos. De aquí la causa de que un buen amigo mío, personalidad literaria de alto rango, haya lanzado desde las columnas de una gran revista de arte puro, la revista italiana *Poesía*, el manifiesto de una nueva escuela que bautiza con el nombre brillante de *Futurismo*. Francisco Marinetti, tal se llama mi amigo, no se conforma con ser uno de los primeros poetas de la Italia moderna, la Italia de D'Annunzio, Ferrero, Panzzachio, Fogazzaro y Balin D'Abate, sino que aspira ahora á reunir al rededor de una bandera llamativa á todos los rebeldes, á todos los inflamables llenos de prevención contra el Pasado, que ambicionan borrar con su huella toda la ruda labor que en cinco mil años ha realizado la Humanidad, para sin estorbos poder ser ellos los únicos en los dominios del Pensamiento

Este propósito es ingenuamente descabellado. Estamos fuertemente ligados al Pasado, del cual no podemos librarnos. El Progreso mismo es como un largo cordón á través del cual pasa la electricidad acumulada durante miles de años y que ha de convertirse en luz en el foco que está en el extremo que nos corresponde. Si se rompe ese cordón, la comunicación cesará; las fuerzas acumuladas se dispersarán locamente y sobrevendrá algo semejante al caos, un caos espantoso, más aún que el de los elementos físicos en la edad prehistórica.

El Pasado es la fuerza de gravedad que impide nos despeñemos en el abismo. Suprimirlo, pues, no es posible. ¿Cómo haríamos tal cosa? Sería preciso acabar con el recuerdo antes que todo, lo que es imponderable para las

humanas fuerzas. Y en el caso improbable de que esto pudiera conseguirse, la vida perdería entonces su mayor encanto.

Yo me declaro siendo nuevo y ansiando conquistar el Futuro, respetuoso y admirador con el Pasado. Las cosas que fueron los hechos que se realizaron, tienen un encanto y una armonía inimitables. Recordar es vivir de nuevo en épocas anteriores: y amar las cosas viejas establecer comunión con los humanos que nos precedieron en esta jornada azarosa: con los que lucharon, y sufrieron ó gozaron, vencieron ó fueron vencidos, igual que hoy nosotros. Por eso yo prefiero, contra la opinión de mi amigo Marinetti, *La Victoria de Samotracia* al auto rugiente que parece correr sobre metralla.

Demoledor es el manifiesto de la escuela en embrión, pues proclama algo que equivale á la anarquía; una anarquía intelectual extremada. Condena la literatura que ha exaltado la inmovilidad pensante, el éxtasis y el ensueño, y quiere en cambio exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso de trote, el bofetón y el puñetazo. Ni más ni menos que una escuela de energía á la que de seguro se afiliará como Profesor Teodoro Roosevelt, con sus escopetas, sus osos y sus vestidos amarillos.

¿Querrá Marinetti reirse un poco de la tontería humana ó creará sinceramente lo que expresa? No lo sé: pero es lo cierto que en Europa ha levantado gran polvareda su manifiesto, que ha sido el tema obligado de la prensa, sobre todo la francesa, y que no hay literato ó poeta que no se ocupe en él.

Pero con todo, sea cual fuere el móvil que le dió origen, á pesar de tanto ruido semejante al de nogales sacudidos por el viento, pasará el *Futurismo* como pasan las cosas que no han conquistado su derecho á la vida. Las escuelas hoy están abolidas en literatura, son algo exótico en nuestra época y más si como ésta de Marinetti ellas proclaman que sólo en la lucha existe la belleza y que la Poesía debe concebirse como un violento asalto contra las fuerzas ignotas si anhelan glorificar la guerra, el militarismo y el desprecio de la mujer; si quieren destruir los museos y las bibliotecas y ansían que la vida se reduzca al momento único, convirtiéndose la humanidad en un rebaño de búfalos que saltan libres en las praderas, emprenden galopes vertiginosos ó se dan de cornadas para probar la resistencia de sus testuces.

Dentro de la Estética acrática y amoral que profeso, no hay cabida para la idea que preconiza la necesidad de escuelas literarias. La literatura hoy es más subjetiva que objetiva; las impresiones personales que cada escritor tiene de la Vida, son las que deben integrar sus ideas, y lo que cada uno produce debe estar de acuerdo con ellas, para ajustarse á la verdad, fuente la más rica de belleza.

Zola creía que la naturaleza en toda obra de arte había que verla á través de un temperamento y Remy de Gourmont sostiene que los escritores son unidades heterogéneas que no pueden sumarse desde luego. Yo me estoy con estos grandes pensadores, y en el caso especial del *Futurismo*, juzgo que la vanidad, esa epidemia que tantos daños causa entre los hombres de letras, es el móvil que ha impulsado á Marinetti, ansioso de hacerse célebre y de ocupar en el soñado cenáculo el lugar que Víctor Hugo entre la pléyade brillante de los literatos franceses que dieron esplendor á las letras en el segundo tercio del siglo pasado.

GUILLERMO ANDREVE.

San José de Costa Rica—1909.

Nocturno

Una noche,—Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas;—Una noche—En que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,—A mi lado lentamente—Contra mí ceñida, toda muda y pálida,—Como si un presentimiento de amarguras infinitas,—Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,—Por la senda florecida que atraviesa la llanura—Caminabas.—Y la luna llena—Por los cielos azulosos, infinitos y profundos, esparcía su luz blanca;—Y tu sombra—Fina y lánguida,—Y mi sombra,—Por los rayos de la luna proyectadas,—Sobre las arenas tristes—De la senda se juntaban,—Y eran una—Y eran una—Y eran una sola sombra larga,—Y eran una sola sombra larga,—Y eran una sola sombra larga.

Esta noche, solo, el alma—Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,—Separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,—Por el infinito negro,—Donde nuestra voz no alcanza,—Mudo y solo,—Por la senda caminaba.—Y se oían los ladridos de los perros á la luna—A la luna pálida,—Y el chillido de las ranas.—Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba—Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,—Entre la blancura nívea—De las mortuorias sábanas,—Era el frío de la muerte: era el hielo del sepulcro,—Era el frío de la nada.—Y mi sombra por los rayos de la luna proyectada,—Iba sola; Iba sola por la senda solitaria;—Y tu sombra esbelta y ágil,—Fina y lánguida,—Como en esa noche alegre de las muertas primaveras,—Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,—Se acercó y marchó con ella,—Se acercó y marchó con ella,—Se acercó y marchó con ella ¡oh las sombras enlazadas!—¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!—¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

José Asunción SILVA.

EN VERSALLES...

Aromas de un parque olvidado

Para APOLO.

Bajo la sonora fontana olvidada
del antiguo parque de leda enramada
canta el agua fresca su grácil canción
como una leyenda de amores tranquilos,
y el claro remanso retrata los tilos,
y los terebintos y el verde acarón.

Una vaga queja suspira el ambiente,
que en el alma impresa queda lentamente
entre el oloroso frescor del jardín,
y de la arboleda de ramaje oscuro
parece que brota un raro conjuro
que dice una gloria que toca á su fin.

Evoca recuerdos de tiempos pasados
cuando el aire finge cantos escuchados
bajo las acacias, en noche estival;
cuando en par abiertas las altas ventanas
daba el dulce clave las notas galanas,
que el alma de todo llenó de ideal.

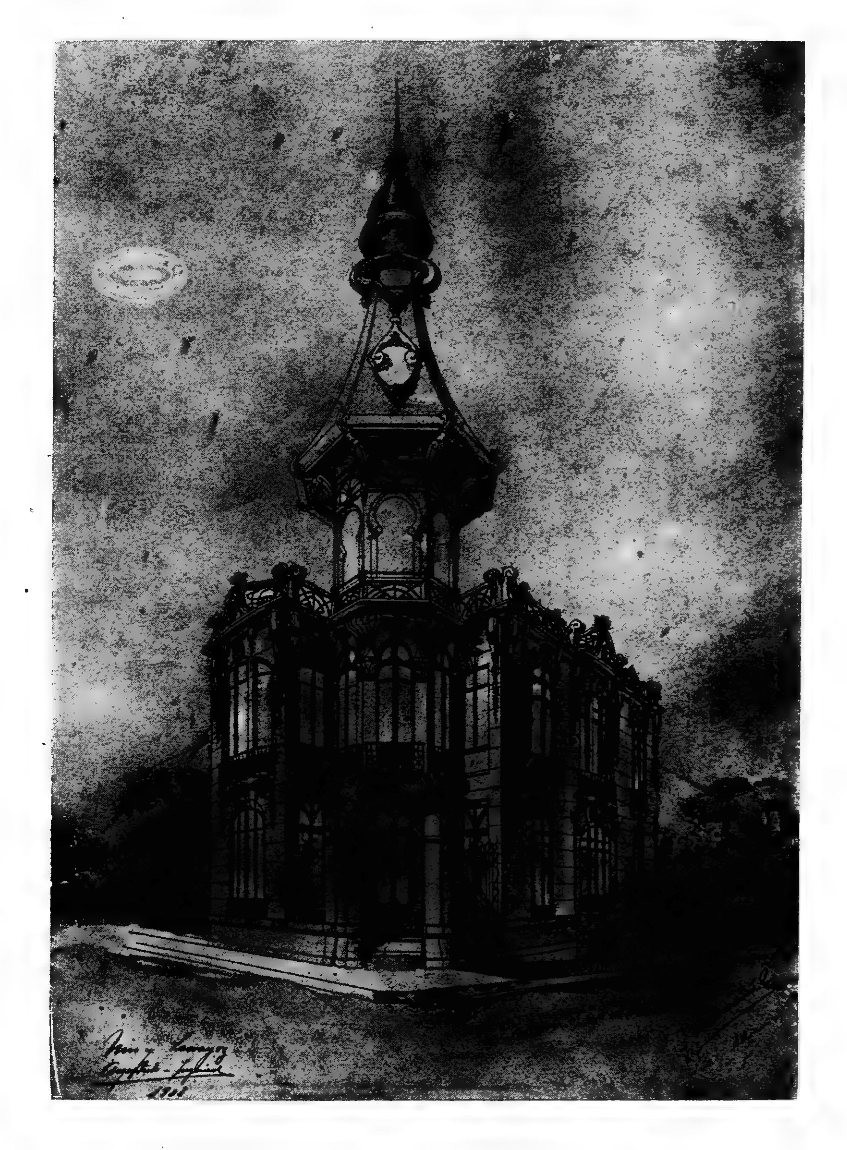
En su laberinto y en sus avenidas
aun suenan confusas las notas perdidas
de los galanteos del fino minué
que nuestras abuelas en aquel palacio,
muy ceremoniosas, danzaban despacio,
señalando el ritmo con su lindo pie.

Y las aventuras de los amadores
tuvieron testigos en los corredores
largos, que conducen al blanco salón,
donde las damitas iban comentando
sus novios idilios, quizás suspirando
al bello recuerdo de la evocación.

Enrique PUIGCERVER.

Alicante (España).

Página Artística



CONSTRUCCIONES MODERNAS — *Hotelito-cottage, estilo art-nouveau italiano.* — Tres plantas; dependencias de servicio: abajo; salas, comedores, hall; principal; dormitorios: altos. — Ubicado en la calle Juan M. Blanes esquina Cebollatí, adyacencias de la Playa Ramirez.

Arquitecto-proyectista: Alfredo Nin. -- Plafones de A. Goby. — Decorado por Padé. — Construído por V. M. Carrió, para el doctor Juan Carlos de Alzáybar.

El Grito

(Del libro en preparación «Las Prosas de Iris»)

Para Apolo.

Al celebrado escritor don Vicente Blasco Ibáñez

Era un hecho que yo ya había podido constatar por repetidas ocasiones, que siempre que mi amigo Andrés Bremón oía interpretar el vals de Octavio Cremieux «Quand l'amour meurt», Bremón quedábase absorto, pensativo, con la mirada meditabunda de sus grandes ojos sombríos fija allá muy lejos en algo que yo jamás alcanzaba á ver, y que, á buen seguro, Bremón sólo vería en el espejismo alado de su quimérico ensueño...

Observando este raro efecto mil veces repetido siempre que mi amigo escuchaba la música inspirada de «Quand l'amour meurt» donde quiera se encontrase, mi imaginación, echándose á indagar efectos y causas, había creído dar con la verdad, imaginándome al efecto que la música de Cremieux, melancólica y apasionada, evocaría en el alma sutil é impresionista de Bremón la nostalgía de algún amor lejano, de alguna aventurilla amorosa cuyo recuerdo aún no se hubiese extinguido con los mil accidentes diarios de su vida accidentada de bohemio y de artista gustador de todos los goces y de todas las sensaciones.

Sin embargo, no obstante la franca amistad que ya me ligase á aquel muchacho, yo nunca me había aventurado á solicitar de él una franca explicación al respecto, ni tampoco Bremón parecía tener gusto en satisfacer mi curiosidad, pues, cuando en uno de esos instantes de su arrobamiento pudo ver que yo le observaba, Bremón, turbándose visiblemente, había iniciado de inmediato una conversación fútil é inoportuna.

Yo conocía á Bremón desde seis años atrás, época en que él había llegado de Buenos Aires, y tanto yo como mis amigos de cenáculo sólo sabíamos por sus propias confidencias, que él era oriundo de Mendoza, y que, hasta la edad de veinticinco años, había vivido en plena campaña, ora como administrador de una estancia, ora como capataz de un establecimiento vinícola, ó como juez de paz ó comisario de partido. Luego, también á estar á sus propias declaraciones, Bremón había sido durante sus cinco años de permanencia en la metropoli bonaerense donde él se había rebelado poeta, cultivando y perfeccionando así una modalidad ya innata que Bremón jamás antes hubiese cultivado en serio, pero que en él siempre se había manifestado por la melancolía y el entusiasmo que á toda hora le había inspirado la campaña, los hermosos crepúsculos camperos, sus bellas alboradas, sus noches de cielos diáfanos tachonados de constelaciones oscilantes, el silencio majestuoso de las selvas comnolientas, los soles implacables de la canícula, la poesía ya legendaria de las costumbres campesinas, todo, belleza virgen, que Bremón no había exteriorizado sino de una manera imperfecta pero espontaneamente sentida en sus estrofas incultas de trovador silvestre, en *estilos* y en *cielitos*, ó en décimas fluídas pero sin leyes gramaticales ni los engarces fastuosos de un estilo. Y es por eso, que yo, conociendo el alma sentimental y tierna de aquel bardo sensitivo, siempre que la ocasión se presentaba, afirmábame más aún en la creencia de que la música de «Quand l'amour», evocaría en el alma de Bremón, á no du-

darlo, el recuerdo melancólico de algún dulce idilio campero de aquella su primera adolescencia.

Una tarde,—hace de esto dos semanas,—como no viese á Bremón en las reuniones del cenáculo ni en las noctámbulas tenidas del café donde solemos congregarnos, me hice el propósito de irle á buscar á la casa de huéspedes donde Bremón habitase en un cuchitril de cuatro metros cuadrados, allá en lo alto de un tercer piso y junto á los tejados y las bohardillas.

Emprendí la ascención por la vetusta escalera de peldaños de madera obscura y desgastada; subí los cuarenta escalones, y, ya en lo alto, fuime derecho hacia el refugio del bohemio.

Pero ya próximo al dintel, cuando iba á empujar la puerta, me detuve sorprendido. Allá dentro, Andrés Bremón, con voz hermosa y bien timbrada cantaba su partitura favorita «Quand l'amour meurt».

Según entonces pude escuchar, la letra que Bremón había adaptado al vals de Cremieux no era sino unos versos pasionales ungidos de inspiración, rebosantes de sentimiento, que sollozaban, que reían, que imploraban, que maldecían...: los versos de *El adiós supremo*, aquel pequeño poemita que tanta nombradía y lauros le proporcionase al poeta años antes cuando recién se diese á conocer en nuestro ambiente literario.

Y mi curiosidad, mi sorpresa, el dulce metal de aquella su voz para mí hasta ese momento ignorada, así como toda la ternura y el gusto exquisito que Bremón ponía en aquel canto, hicieron que yo continuase inmóvil, el oído pegado á la puerta, aguardando el final...

Adentro, la voz de Bremón se alzaba poderosa, se desvanecía en molicies tiernas, sollozaba en melancolías infinitas, exteriorizaba todos los gritos y las lágrimas de la pasión y del sentimiento, interpretaba, en fin, todas las sensaciones de un espíritu complejo é impresionista en el doloroso instante en que siente *morir su amor* ante la desilusión del desamor, de un ultraje ó de la traición de la mujer amada.

Yo estaba maravillado. Aquella voz me seducía. Sentía correr á lo largo de mi médula tan pronto como una dulce caricia, como un letal escalofrío de angustia; tan pronto el alborozo retozaba en mi semblante como el horror dejábame rígido... Andrés Bremón ya iba á concluir su canto.. Ya sólo le faltaba melodizar las últimas notas de «Quand l'amour meurt». Yo ya me preparaba para aplaudir, para abrir la puerta de un empellón y darle un abrazo de felicitaciones al bohemio, cuando, bruscamente, inesperadamente, en el último compás de la inspiradísima música, oí que Bremon lanzaba un grito estridente, terrible, de cólera y de piedad, en fin, un grito para mí inexplicable..

Durante un segundo me quedé alelado. Luego, bruscamente, de un solo empellón abrí la puerta y entré...

En el centro de la habitación, con los ojos llenos de angustia, y consternado hasta el alma, Bremón me miraba en silencio.

—He venido á ver á usted, le dije. Su ausencia de dos semanas por el cafe mucho nos ha inquietado y, temiendo por su salud resolví enterarme personalmente... Cuando iba á llamar á su puerta le oí cantar á usted ese vals de Cremieux... sí, usted bien sabe á cual me refiero: á «Quand l'amour meurt» Estaba encantado de su voz y de la maravillosa interpretación que usted sabe hacer de esa música, cuando de pronto... su grito inesperado me produjo miedo y me hizo temer un accidente...

Bremón, ya repuesto, me miraba de soslayo y con una mirada en la que no ocultaba su recelo dejando traslucir su descontento. Parecía cohibido por

mi brusca aparición, é igualmente, fastidiado enormemente por mi presencia en aquel sitio.

Sin responderme me indicó una silla. Yo, algo turbado á mi vez, curioseé unos segundos á mi alrededor. Aquella habitación ya me era harto conocida. Era el mismo cuchitril donde tantas noches hubiese pasado largas horas con aquel poeta, charlando de arte, evocando autores favoritos, recitando versos de nuestra propia cosecha. Era un cuartucho desmantelado y miserable. Un lavabo, dos sillas desterioradas y una mesa humilde que lo mismo servía de bufete que de comedor, constituía todo su mueblaje. Claveteados á las paredes algunos retratos de cofrades amigos, algunos perfiles fotográficos de mujer y media docena de postales con paisajes, veíanse en pintoresco desorden. Un tintero, unos blocks de papel en blanco, una lapicera y un candelabro de bronce yacían esparramados sobre aquella mesa; luego: nada más.

—Pues sí, estimado Bremón, tiene usted toda una bellísima voz y un gusto exquisito para manejarla, dije yo, queriendo reanudar la conversación.

Bremón, por toda respuesta abrió de par en par la única ventana que allí había y volvió á sentarse frente á mí, pero tomando esta vez un aire triste y meditabundo,

En tanto, yo había vuelto los ojos hacia aquella ventana sintiéndome gratamente emocionado ante el hermoso espectáculo que tenía ante mis ojos. Era aquella la hora del crepúsculo. El sol ya había desaparecido del horizonte pero sus últimos reflejos pintaban de mil matices las alturas del cielo y coloreaban de oro y grana las cúspides, los minaretes, las azoteas, todo aquel infinito mar de tejados y de pretiles que surgía á la distancia entre chimeneas humeantes y mil postes telefónicos.

—Es un crepúsculo de maravilla!—había dicho Bremón, mirando á su vez por la ventana.

Hubo un largo silencio. Nuestros labios enmudecieron y nuestros ojos miraban ávidamente hacia afuera... Ahora, el fresa, el naranja, el azul cobalto, el celeste pálido, el violado, el oro mismo se desvanecían poco á poco, en tanto un rojo vivo y violento lo iba conquistando todo... Y era aquel un rojo lacre, un rojo que ardía en oriflamas sangrientos en los cielos y como ascuas en la tierra.

Yo, inconscientemente, había afirmado las palabras de Bremón:

—Sí: es un crepúsculo de maravilla!

Un nuevo silencio gravitó sobre nosotros. El rojo crepúsculo aún se prolongaba. El horizonte entero ardía envuelto en llamas intangibles y amenazantes, en explosiones rojas, en reflejos cárdenos que empurpuraban hasta el incendio las cúspides, los minaretes, los ventanales, las techumbres, las vidrieras, los pretiles todos de la ciudad, y, no muy lejos, frente mismo á nosotros, coloreaba una redecilla de hilos telefónicos distendidos haciendo de ellos como un collar de frágiles rubíes que también chispeaban en centelleos rojizos...

Bruscamente, Bremón se puso de pie. En la media penumbra de la estancia, distinguí, también entre reflejos rojos, su erguida figura de tez cobriza y cabellera desmelenada. Yo no sabía lo que Bremón iba á hacer, pero, tuve como un presentimiento fatal, como una sensación de angustia inexplicable... Temiendo no se qué, quise hablarle, cuando oí su voz, potente y hermosa, entonar los primeros compases de «Quand l'amour meurt».

Enmudecí. Yo escuchaba á Bremón con religioso silencio. Oía brotar de su garganta las mismas ternuras, los mismos estallidos de pasión, la misma melancolía doliente que momentos antes hubiera escuchado de sus labios

cuando le sorprendí cantando al llegarme á su habitación. Y ahora las notas del canto se desgranaban bajo la serenidad augusta del crepúsculo, bajo la flámula roja de aquella tarde moribunda que sangraba en los últimos instantes de su bárbara apoteosis...

Yo escuchaba á Bremón. Luego, cuando él hubo acometido los últimos compases de la música, me sobrecogí de terror... Recordé el grito imprevisto, inarticulado, brutal é inexplicable con que Bremón momentos antes había rematado aquella misma música, y, sin saber por que, tuve horror de oirlo nuevamente.

¿Lo volvería á repetir? Y, si así lo hiciese ¿por qué aquéllo?... Acordábame del efecto que antes había podido observar en Bremón cuando en cafées ó teatros él oía ejecutar por orquestas ó simples murgas «Quand l'amour meurt». Esta música evocaría indudablemente en Bremón los recuerdos dulces ó tristes de algún grande amor aún no extinguido, pero ¿aquel grito?... ¿aquel grito?...

No pude meditar más. Bremón ya cantaba el último compás de «Quand l'amour meurt» y, después de la última nota, como yo lo había previsto, él volvió á repetir su mismo grito inarticulado, brutal é inexplicable...

Quedéme rígido. Un sudor de agonía me humedeció el rostro. Ya toda la pompa roja del crepúsculo se había desvanecido en los cielos y en la tierra. Sólo algunos pálidos destellos aún sonrosaban algunas vaporosas nubecillas muy lejanas. Un espeso polvo de sombra, una lluvia de cenizas, una niebla obscura, un espolvoroso menudo de grafito amortajaba á la tarde ya caduca y ensombrecía el paisaje sumiéndolo en una doliente desolación...

—¿Qué ha hecho usted?... ¿qué ha hecho usted?...—le dije á Bremón cuya silueta apenas si distinguía entre la opaca sombra de la estancia.

No me contestó. Yo deseaba ver su gesto, pero toda su figura ahora se ahogaba entre la penumbra. Luego, no sin asombrarme, lo oí que sollozaba, en sollozos largos y ahogados.

Todo aquello era tan absurdo para mí que mi razón flaqueaba en mil fantásticas conjeturas. Finalmente, una idea horrible me asaltó. Creí saber la espantosa verdad. Sí: ¡Andrés Bremón estaba loco!...

—Bremón, mi querido amigo, estimado poeta ¿qué le ocurre á usted?...

No me respondió. La noche se iba haciendo allá afuera y entre nosotros... Un imponente borrón negro iba cubriendo el tragaluz de la ventana. Todo el paisaje se ahogaba en sombras espesas. Después, á dos pasos míos, también bajo la obscuridad creciente que nos envolvía, la voz de Bremón se elevó hacia mí:

¡Amigo mío, me dijo, no se mueva usted... En esta penumbra que tan discretamente nos oculta, yo haré á usted una revelación... ¿Se sorprende usted?

Sí, le revelaré mi único y gran secreto... Aquel que sólo Dios lo sabe Aquel secreto que es mi eterno remordimiento!...

Calló otra vez. Ya no sollozaba. Su voz dulce y tranquila llegaba hasta mí por entre la niebla obscura que nos distanciaba...

—Usted acaso dirá que yo estoy loco!—prosiguió Bremón, esta vez riendo. Bien: no es así. Yo, en este momento, soy tan cuerdo como el que más...

Rió otra vez, lúgubremente, y su risa repercutió en la estancia por a través de la sombra que todo lo esfumaba con su crespón fatal...

—¡El grito!—prosiguió Bremón, animándose. ¿Usted quiere saber por qué aquel *grito?...* Ese *mi gri-to* inarticulado, salvaje, para usted acaso inexplicable... Bien: eso es lo único que Cremieux olvidóse de poner en su «Quand

l'amour meurt» y, con el cual, yo, Andrés Bremón, he sabido rematar soberbiamente esa página inspirada!...

Ya no me cabía la menor duda. El desgraciado poeta estaba loco. ¡Loco! ¡loco! ¡loco! monologaba yo, mentalmente. Sentí una infinita piedad por el pobre amigo.

—«Quand l'amour meurt»! prosiguió Bremón. ¿No ha visto usted como esa música interpreta todas las sensaciones de un amor que ya no será jamás?... Ha visto usted cuánta dulzura, cuánto desaliento, cuánta tristeza, cuánta melancolía de tiempos felices y que fueron, encierra toda esa música evocatriz y humanamente trágica?... ¡*El amor que muere* está ahí soberbiamente interpretado en notas y en modulaciones sugerentes, pero, lo he dicho, amigo mío, ahí le faltaba *algo*, le faltaba una nota, una tan sólo, y, esa nota, se lo repito á usted, era ¡*el grito*!

Me creí en el deber de intervenir.

—¿*El grito?* dije yo. *El grito* rompe la melodía; no tiene porque existir. Es inadecuado y absurdo.

Allá, entre la sombra expetral de la alcoba, sentí que Bremón se revolvía en su silla. Indudablemente mi inocente observación llegó á molestarle demasiado porque oí como su puño colérico golpeaba en un mueble al mismo tiempo que decía:

—¿Inadecuado?... ¿absurdo, ha dicho usted? Es decir: superfluo é innecesario como mejor nos plazca llamarlo ¿eh?... ¿Oh, no, mi amigo! Eso si que no se lo permito ni tolero!

Su aliento jadeaba. Su voz habíase vuelto dura y áspera. Yo le sentía saltar inquieto sobre su silla.

Un instante después pareció apaciguarse, y, Bremón se extendió en detalles y explicaciones.

—Es preciso, me dijo, haber amado una sola vez como yo he amado, y haber asistido á la muerte de ese mi propio amor, para avalorar el poema musical de Cremieux en todo su valor... Yo, mi amigo, amé allá en la pampa á una mujercita joven y bella. La amé hasta el delirio. Mis mejores *estilos* y *cielitos* fueron para ella... Ella me hizo poeta... Todos mis celebrados poemas de hoy le pertenecen... Sería un ingrato si yo no lo confesase. Yo era feliz con su amor y con sus caricias. Sus ojos negros y su cabellera lóbrega me encantaban Sus labios rojos como el *burucuyá* tenían para mí ambrosías divinas... Su cuerpo ágil y flexible era de ondina y de diosa. Sus dientes muy blancos y menudos eran perfectos. Su sonrisa fascinaba y sólo el tierno acento de su voz era suficiente para mitigar mís penas y mis desesperanzas. *Ella* se llamaba Rosario... ¡Un delicioso nombre de mujer! Una noche, noche lóbrega y de desgracia para mí, en un ímpetu de celos, de locura, de ideas horribles, tal vez descabelladas y sin sentido, recriminé á Rosario con acritud lo que yo llamaba su falaz engaño y su traición... Rosario negaba; negó todos los cargos que yo le reprochase. Acaso fuera inocente... Después creí que así realmente lo fuera... Pero, en esos instantes de locura, de arrebatos, de recriminaciones póstumas, de dolores infinitos en que yo sentía como aquí dentro, en este mi pobre y lacerado corazón, mi único y grande amor moría; en ese instante terrible y trágico en que el amor se nos exhibe en todas sus llagas y ensueños, en todas sus podredumbres y divinidades, en que el cariño lucha con el desprecio, y el amor propio, y la dignidad, y la venganza que se paladea agonizando!...; en ese segundo en que se vive toda una vida, toda una existencia de dolor y de placer, yo, el Otelo atávico de la pampa de mis mayores, yo, desatentado y sin saber

lo que hacía, eché mis manos convulsas al débil cuello de Rosario y... la estrangulé!!

—¡Y *el grito*! ¡*el grito*!—le interrumpí yo anhelante.

—¿El *gri-to*? ¿*el gri-to*?...—replicó Bremón sordamente. *El grito* que Rosario articuló en ese segundo de su breve agonía, *el grito* terrible, lleno de sorpresa y de reproche, de angustia y de muerte, es *el grito* que usted me ha oído hace un momento... Sí, ese es el grito con el cual Cremieux no supo rematar soberbiamente su página inspirada!

Un nuevo silencio, mucho más pesado y más doloroso se hizo entre nosotros. La noche ya era completamente y las primeras estrellas apuntaban en los cielos. Y, en la densa obscuridad de la estancia donde no podía distinguir á Bremón pero si le oía sollozar de nuevo, yo me preguntaba, angustiado y trémulo de piedad, si Andrés Bremón, el gran poeta bohemio, no estaba realmente loco!

JUAN PICON OLAONDO.

1909.



PLAZA LIBERTAD — MONTEVIDEO

A una Uruguaya

Para APOLO.

Cuando leas mis versos y tú pienses
Que ya soy un poeta;
Que soy el compañero inseparable
De la ruta de luz de las estrellas.

Que soy el taumaturgo que colora
Las cosas más pequeñas:
Un suspiro tremante de nostalgias
Que tantos sueños pálidos despierta;

Un murmullo de fuente que en la noche
Débilmente se queja;
Un perfume de flor que se estremece
Como el ala febril de una quimera;

Entonces, al oír de tu marido
La palabra sanchesca:
Recordarás al soñador que un día
Besó con ansia tus pestañas negras!...

Julio Raúl Mendilaharsu.

Madrid—1909.

De Heliotropos

TUS RUBORES

Cuando quedó la tarde nostálgica y desierta,
Y hablamos de las gracias eróticas, liliales,
Lesbias y tindaridas de vaporosos chales
Se erguían en tu mente de virgen inexperta.
Pálida como el triste semblante de una muerta,
Tu faz cubrióse luego de cálidos corales;
Y fueron mis palabras alados madrigales,
Y tus tristezas flores de pesadumbre incierta.
¡Tarde feliz aquélla! De tu sonrisa arcana
Abrióse levemente la ürna, y mi pagana
Pasión pidió á tu boca sus mieles y madores:
Y, cuando de tu rostro los lirios y alabastros
Glisaron en mis ávidas pupilas, tus rubores
Huyeron como el oro de los murientes astros.

LA TARDE

Horas de nostalgia. Trisan las alondras
Bajo el indeciso palio de la tarde.
Lilas y amarantos taciturnos cierran
Herméticamente sus corolas frágiles:
Anforas en donde titilan los besos
Y lágrimas de oro del sol de la tarde.
Baten en la senda de las margaritas
Blancas, á la vera de azules estanques,
Leves mariposas sus alas de seda;
(Son pétalos raros de flores del aire).
Y en las frondas dicen sus muelles baladas
Mirlos y bulbules en consorcio afable,
Mientras que las lilas del éter esfuman
Diáfanas visiones de un nuevo Versalles.

* * *

Cruzan la floresta, y allá en la penumbra,
Detienen sus pasos furtivos, iguales,
Y estrechan sus trémulas manos
Los enamorados amantes.
Y en tanto, derrama sangrientos rubíes
En el horizonte, la luz de un celaje.
Suspira el efebo; la virgen otea
Los ámbitos todos y ve aglomerarse

Cisnes en los lagos do emergen nelumbos,
Y en torno de Febo rodelas de sangre.
Apaciblemente trisan las alondras
Bajo el indeciso palio de la tarde.
—Y son estas horas de dulces nostalgias,
Amenas y breve.—Claman los amantes.
Y, quedo, se alejan de las avenidas
Pobladas de aromas que vienen del valle.

* * *

La tarde agoniza nimbada de nubes,
Y el último rayo de Apolo se esparce
En pálidas hebras y sonrisas vagas
Por cima del amplio cristal de los mares.

AVE Y FLOR

A Roberto de las Carreras.

En un gemido muere la tarde, y — como un faro
Cautivo de la bruma — ve al sol agonizar;
Y en su lenta agonía finge añoranza un raro
Celaje de amaranto que tiembla sobre el mar.
Luces de rosa y oro sobre las avenidas
Apenumbradas caen — del cielo — en comunión;
Y á sus reflejos vagos de hespérides dormidas,
Llora la virgen ebria de fe y adoración.
Acaso la pupila somnámbula del bardo
Que va á una nueva Hélade conmuévela otra vez;
Y en su mejilla suave como la flor del nardo,
De un beso del poeta presiente la embriaguez.
Sus manos que simulan heráldicas corolas
Palpitan en la falda ligera como un tul;
Y al ritmo de sus senos ensayan las violas
Que cierran el escote volar hacia el azul.
Volubles—en su frente—guedejas hacen ondas,
Albean en sus párpados palores de marfil;
Y en su oloroso peplo de vaguedades hondas
Suspira una gardenia con ansia femenil.
En la glorieta donde gustara con inmensa
Fruición las ambrosías del cáliz del amor,
Cabe una pensativa paloma de faienza
Sinceramente llora la virgen Ave y Flor.
El véspero ya exangüe sus palideces mira
Cubriendo la penumbra de opalescencia astral;

Y, bajo la turquesa del éter donde gira
Cual invisible espíritu la psiquis sideral:
—¡Pobre virgen
Plañidera cual ave que expira!—
Su espíritu y sus labios artísticos ayunan
Y la gardenia cae del peplo de surah;
Mientras allá en la sombra sus lágrimas adunan
La lira del crepúsculo y el bardo que se va.

CUAL UNA FIGULINA...

A Angel de Estrada.

El parque está muy triste y en la avenida orlada
De lirios y magnolias de una blancura ideal,
La pálida doncella sonríe inanimada,
Tal una figulina con ojos de cristal.
Los heliotropos mueren como los besos. Cada
Lucero es un doliente que va á su funeral,
Y en su corola exangüe pero soberbia, un hada:
Selene, ha derramado su lloro sideral.
Esfúmase el gallardo perfil de las acacias;
En el estanque hay cisnes dormidos, y sus gracias
No lucen ya las góndolas... en la ribera están
Inanimadas como la pálida doncella
Que sonríe y medita, y es indolente y bella
Cual una figulina sin ansia y sin afán.

PEREZ Y CURIS.

Visión Andaluza

Yo amo la bella armonía
de vivos claveles rojos,
rimando con negros ojos
y cielos de Andalucía.
El cantar hondo, gitano,
y el suspiro que desgarra
el aire, y en la guitarra
una ensortijada mano.
Sol. Alhamares de oro
que rozan astas de toro,
y olor á sangre y á vinos.
La navaja y la mantilla
y los ojos asesinos
tras las rejas de Sevilla.

Leonardo SHERIF

La Ruina

Para **Apolo.**

Como un despojo de la edad pasada,
sola con su tristeza y su destino,
vislúmbrase en el borde del camino,
una pobre vivienda abandonada.

Fué en otrora, de risas circundada,
albergue del humilde campesino;
hoy, si cruza á su lado un peregrino,
ni le presta el calor de una mirada.

En eterna agonía languidece;
á su vejez decrépita se abate;
y si el pampero despiadado crece

cuando sus muros derruídos bate,
en la angustez de su dolor parece
que algo en la ruina se levanta y late!

José Viaña.

Vibraciones

Para APOLO.

Toda mi gloria consistiría en en que pudiera trasladar al papel todo lo que siento. Hay momentos que invade á mi interior una ternura tan intensa que al querer desbordarse, por medio de palabras, llega hasta los labios y se transforma en un gesto de desdén ...

El corazón late tan apresurado que á veces creo que desea salir del pecho para exponer una como idealidad de cosas imposibles...

Esteta, me conmueve tanto una belleza física como una moral, y amo la sacra belleza del Dolor. Ayer, fueron unos ojos negros de mirar tríste, los que me hicieron decir muchas bellas cosas; hoy, fué una acción, una palabra, hermanas de las mías, que me trajeron lágrimas; mañana, al contemplar un cuerpecito ebúrneo y tierno, puente del arroyo (¿por ilusión de óptica?) pasarán por él todos mis lirismos en busca de un estro redentor!

¡Y siempre amando! Siempre en busca de una Perfección. Otras; en busca de esa ignota palabra que sea la placa fotográfica que reproduzca mi sentir!

De esa palabra que vive en mí; que tiene una sílaba del espíritu, otra del alma y otra del corazón; que hace años está compuesta aquí, dentro del pecho, y sin embargo no sube á los labios. Quizá sea porque el día que saliera fuera un monstruo que necesitara de muchas páginas de un libro para posarse, y las embardunaría...

Y á todo esto, ¿es digno de amarse cuanto se ama?

Algunos dirán que sí; desde luego que se ama ...

Y yo, ¿soy un escéptico ó un optimista? me lo pregunto.

Las dos cosas. Hay veces que á la Verdad le pasa lo que á Cristo: la crucifican, muere y la entierran. Pasado un tiempo resucita llena de irradiaciones... Mientras estuvo enterrada pudimos muy bien pasar sin ella, los que no la veíamos no la creíamos. Cuando resucita, algunos creen que es *otra.* Y somos creyentes. Suscita controversias. Es un tema para siempre. ¿Y si hay contrincante, cuál triunfa? Los contrincantes siguen discutiendo. Quien triunfa es la Verdad.

SILVA SERRANO.

Sarcasmo

Con paso incierto, con mirar sombrío,
llena el alma de hastío
y el corazón de amargos desengaños,
llegó junto á las márgenes de un río
un arrogante joven de veinte años.
Por espacio de un rato, tristemente,
contempló la corriente.
del desbordado río, ancho y profundo,
y con ojos de loco y voz doliente
dió su postrer adiós al traidor mundo...
Y cuando el infeliz enamorado
poco á poco se hundía
en el seno del río desbordado,
la mujer á quien más había amado...
con infernal sarcasmo se reía.

Benjamín García.

Y entraron los fríos

Para Apolo.

Sobre los vergeles el tiempo ha mandado—su gran lobo blanco (como alguien lo ha dicho);—De todas las cuerdas del arpa del año—sonó la más grave... y entraron los fríos.

Desde el nacimiento del Tiempo en un Todo—las oscilaciones de un péndulo arcano—fueron Primavera, Verano y Otoño...— é Invierno: este tiene cabellos plateados.—Es viejo en los hombres y viejo en las hojas,—los hombres lo alcanzan á veces, las hojas—en él mueren siempre, lo mismo las rosas... —Si el péndulo oculto lo impone, sollozan—y tiemblan los huertos, y mudan de pluma—bajo otros paisajes de sol, cual las aves,—muchísimas ramas, la ley aunque dura—se cumple: eres viejo, ¡lo nuevo que nace!

¡Todos los jardines ha poblado el frío!—Todos los jardines que en otros inviernos—temblaron, ahora, de nuevo han sentido—las mismas palabras heladas del viento—que llega: ese errante de labios cansados—que muerden y arrancan las hojas que quedan;—que al alma que pasa le cantan llorando,—y besan las ramas nudosas y negras...

Sufren los colores un grave desmayo—de frío... ansiedades... lebreles de miedo—sin ser vistos yerran... y pisan el vago—rumor de las hojas, á veces ligero...

Y sólo hay trazando los viejos canteros—violetas: las monjas humildes del prado—que indican la senda, que nunca atrevieron—su vista á los pasos que al huerto llegaron.

Enrique CASARAVILLA.

BIBLIOGRÁFICAS

En el próximo número nos ocuparemos, además de los ya anunciados, de los siguientes libros recibidos recientemente:

El Genio de la Especie, por A. Hernandez y Cid, (Barcelona; *Trébol y Visión Nupcial*, por Guillermo Posada, (Bogotá); *Lolita Acuña* (*novela*), por Dorio de Gádex, (Madrid); *Mis profetas locos*, por José de San Martín, (Buenos Aires).

NUEVO CANJE

Selecta.—*Santiago de Chile.*—Acusamos recibo del número 5 de esta interesante y lujosa revista mensual, literaria y artística, que publica le Empresa Zig-Zag. *Selecta* está llamada á ser en nuestro continente la mejor revista, tanto por su presentación artística como por la selección de sus materiales.

Revista Escolar.—*Ibagué* (*Colombia*).—El número1 de esta revista instructiva ha llegado á nuestra mesa de redacción. Interesante es el sumario que trae

Actualidades. — *Guayaquil.* — Hermosa revista ilustrada cuyos materiales hablan muy en favor de los intelectuales ecuatorianos. El número 26 que tenemos á la vista publica un ameno sumario y muchos fotograbados.

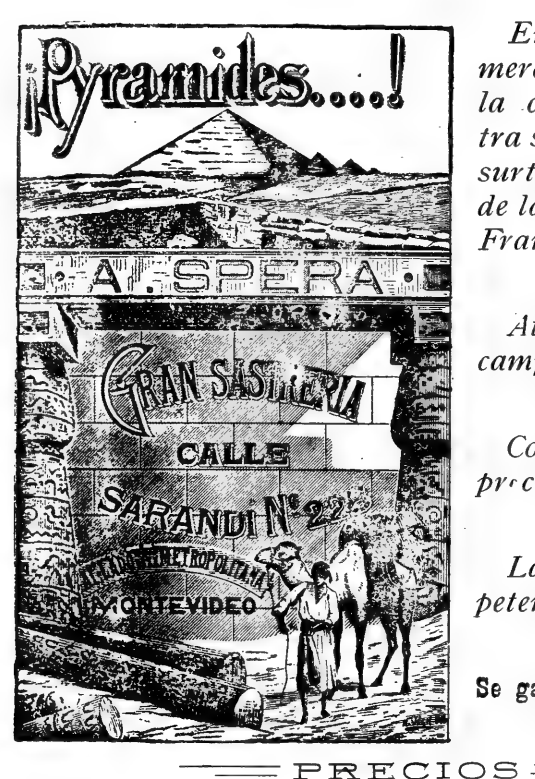
El Tiempo.—*Chichigalpa* (*Nicaragua*).—El conocido escritor Leonardo Montalbán ha empezado á publicar, quincenalmente, un periódico de literatura y variedades, con el título preindicado. Lo secundan en su labor los literatos Manuel Tijerino, J. D. Vanegas y Juan R. Avilés. En el número 1 que hemos recibido, están planteados los propósitos de *El Tiempo.* Esperamos su cumplimiento.

El Progreso.—*León* (*Nicaragua*).—De esta publicación literaria que dirige el joven poeta Lino Argüello, recibimos el número 22 que tiene plétora de excelentes composiciones.

Gran Sastreria PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

—

Atiende pedidos de campaña.

—

Consulte usted los precios que van al pie.

—

La casa no tiene competencia.

—

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de	$	10.00	á	$	22.00	
Jacquet	»	»	22.00	»	»	28.00	forro de seda
Smoking	»	»	18.00	»	»	28.00	» » »
Levita.	»	»	30.00	»	»	10.00	» » »
Frac	»	»	30.00	»	»	40.00	» »
Sobretodos	»	»	12.00	»	»	22.00	» » »
Pantalones	»	»	2.00	»	»	7.00	
Chalecos fantasía	»	»	1.00	»	»	5.00	

La casa tiene elemento especial para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

Y entraron los fríos

Para Apolo.

Sobre los vergeles el tiempo ha mandado—su gran lobo blanco (como alguien lo ha dicho);—De todas las cuerdas del arpa del año—sonó la más grave... y entraron los fríos.

Desde el nacimiento del Tiempo en un Todo—las oscilaciones de un péndulo arcano—fueron Primavera, Verano y Otoño...— é Invierno: este tiene cabellos plateados.—Es viejo en los hombres y viejo en las hojas,—los hombres lo alcanzan á veces, las hojas—en él mueren siempre, lo mismo las rosas... —Si el péndulo oculto lo impone, sollozan—y tiemblan los huertos, y mudan de pluma—bajo otros paisajes de sol, cual las aves,—muchísimas ramas, la ley aunque dura—se cumple: eres viejo, ¡lo nuevo que nace!

¡Todos los jardines ha poblado el frío!—Todos los jardines que en otros inviernos—temblaron, ahora, de nuevo han sentido—las mismas palabras heladas del viento—que llega: ese errante de labios cansados—que muerden y arrancan las hojas que quedan;—que al alma que pasa le cantan llorando,—y besan las ramas nudosas y negras...

Sufren los colores un grave desmayo—de frío... ansiedades... lebreles de miedo—sin ser vistos yerran... y pisan el vago--rumor de las hojas, á veces ligero...

Y sólo hay trazando los viejos canteros—violetas: las monjas humildes del prado—que indican la senda, que nunca atrevieron—su vista á los pasos que al huerto llegaron.

Enrique CASARAVILLA.

BIBLIOGRÁFICAS

En el próximo número nos ocuparemos, además de los ya anunciados, de los siguientes libros recibidos recientemente:

El Genio de la Especie, por A. Hernandez y Cid, (Barcelona; *Trébol y Visión Nupcial*, por Guillermo Posada, (Bogotá); *Lolita Acuña (novela)*, por Dorio de Gádex, (Madrid); *Mis profetas locos*, por José de San Martín, (Buenos Aires).

NUEVO CANJE

Selecta.—*Santiago de Chile.*—Acusamos recibo del número 5 de esta interesante y lujosa revista mensual, literaria y artística, que publica le Empresa Zig-Zag. *Selecta* está llamada á ser en nuestro continente la mejor revista, tanto por su presentación artística como por la selección de sus materiales.

Revista Escolar.—*Ibagué (Colombia).*—El número1 de esta revista instructiva ha llegado á nuestra mesa de redacción. Interesante es el sumario que trae

Actualidades. — *Guayaquil.* — Hermosa revista ilustrada cuyos materiales hablan muy en favor de los intelectuales ecuatorianos. El número 26 que tenemos á la vista publica un ameno sumario y muchos fotograbados.

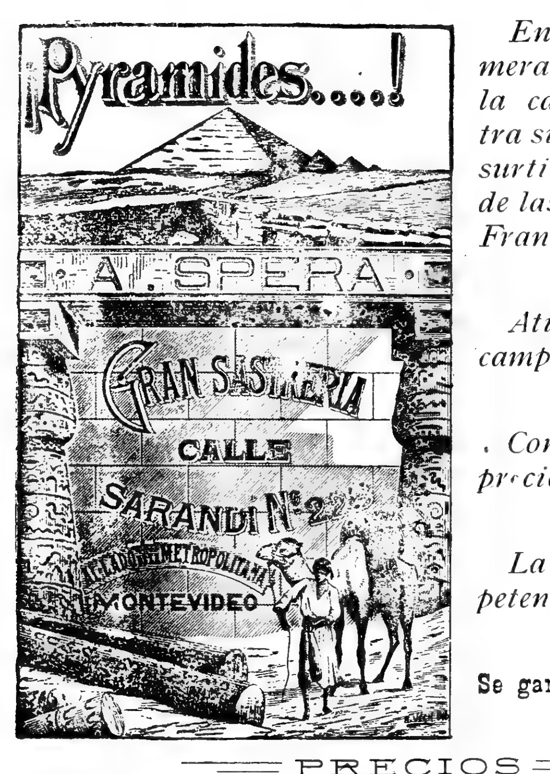
El Tiempo.—*Chichigalpa (Nicaragua).*—El conocido escritor Leonardo Montalbán ha empezado á publicar, quincenalmente, un periódico de literatura y variedades, con el título preindicado. Lo secundan en su labor los literatos Manuel Tijerino, J. D. Vanegas y Juan R. Avilés. En el número 1 que hemos recibido, están planteados los propósitos de *El Tiempo*. Esperamos su cumplimiento.

El Progreso.—*León (Nicaragua).*—De esta publicación literaria que dirige el joven poeta Lino Argüello, recibimos el número 22 que tiene plétora de excelentes composiciones.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

—

Atiende pedidos de campaña.

—

Consulte usted los precios que van al pie.

—

La casa no tiene competencia.

—

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de	$	10.00	á	$	22.00	
Jacquet	»	»	22.00	»	»	28.00	forro de seda
Smoking	»	»	18.00	»	»	28.00	» » »
Levita	»	»	30.00	»	»	40.00	» » »
Frac	»	»	30.00	»	»	40.00	» »
Sobretodos	»	»	12.00	»	»	22.00	» »
Pantalones	»	»	2.00	»	»	7.00	
Chalecos fantasía	»	»	1.00	»	»	5.00	

La casa tiene elemento especial para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

Imp. «La Rural» de E. Ramos — Florida 84 y 92.

APOLO

AÑO IV

Número 34

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

---- DE PÉREZ Y CURIS ----



MONTEVIDEO

DICIEMBRE DE 1909

OFICINA DEL COMERCIO

169 — SARANDI — 169

Teléfono: LA URUGUAYA, 699

ENRIQUE BRUSCO Y PAULINO BAGNATI

PERITOS MERCANTILES

JULIO R. MARTÍNEZ (Corredor)

OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS

Ovidio Fernández Ríos

Por los Jardines del Alma
(Poesías)

0.50 el ejemplar

Pérez y Curis

Rosa ígnea
(Cuentos) 2.ª edición

0.25 el ejemplar

Santos García Mallarini

Apóstoles Rebeldes

0.30 el ejemplar

Guía

Qvo Vadis?

0.10 el ejemplar

M. Medina Betancort

Cuentos al Corazón

0.40 el ejemplar

Pérez y Curis

Heliotropos

0.40 el ejemplar

Andrés T. Gomensoro

Rumbo al Sol

0.40 el ejemplar

Ismael Cortinas

El Credo

0.25 el ejemplar

PÉREZ Y CURIS

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

Edición de lujo: 0.50 el ejemp'ar

HELIOTROPOS

Segunda edición: 0.40 el ejemplar



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: PÉREZ CASTELLANOS, 111

AÑO IV — Montevideo, Diciembre de 1909 — N.º 34

EL PREJUICIO

A Manuel Ugarte, afectuosamente.

Para Apolo.

Serpiente vil, de colosal cabeza
i veneno mortal, vive enroscada,
con la fuerza brutal de su grandeza,
á la presente sociedad menguada.

Con su lengua mortífera ella hiere
al corazón que noble se levanta,
que despreciando fórmulas, prefiere
la libertad de una conciencia santa!

Serpiente vil de negros anillares,
mientras mas ignorancia hai en la tierra,
mas oprimen sus fieros tutelares
al torpe mundo que á su error se aferra

Las fatídicas sombras son su trono;
la humanidad, su corte palaciega.
Hija de los Avernos, en su encono
para la estupidez rayo que ciega.

Yo no la temo! La detesto. Libro
siempre con ella desigual batalla;
i la arrastro a mis plantas cuando vibro
la tempestad de mi furor que estalla!

Nunca el prejuicio i su mortal veneno
mancharán el cristal de mi conciencia
¡No obedezco jamas a impulso ajeno!
¡Mi ruta es la verdad; mi Sol, la ciencia!

Benjamín VELASCO REYES



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ | Redacción y Administración: PÉREZ CASTELLANOS, 111

AÑO IV — Montevideo, Diciembre de 1909 — N.º 34

EL PREJUICIO

A Manuel Ugarte, afectuosamente.

Para APOLO.

Serpiente vil, de colosal cabeza
i veneno mortal, vive enroscada,
con la fuerza brutal de su grandeza,
á la presente sociedad menguada.

Con su lengua mortífera ella hiere
al corazón que noble se levanta,
que despreciando fórmulas, prefiere
la libertad de una conciencia santa!

Serpiente vil de negros anillares,
mientras mas ignorancia hai en la tierra,
mas oprimen sus fieros tutelares
al torpe mundo que á su error se aferra

Las fatídicas sombras son su trono;
la humanidad, su corte palaciega.
Hija de los Avernos, en su encono
para la estupidez rayo que ciega.

Yo no la temo! La detesto. Libro
siempre con ella desigual batalla;
i la arrastro a mis plantas cuando vibro
la tempestad de mi furor que estalla!

Nunca el prejuicio i su mortal veneno
mancharán el cristal de mi conciencia
¡No obedezco jamas a impulso ajeno!
¡Mi ruta es la verdad; mi Sol, la ciencia!

Benjamín VELASCO REYES

El habla será la patria

Para Apolo.

—Pero allí hablan español ¿verdad?—me preguntaba un hombre de los que iban á partir para Chile, en la expedición que salió de este puerto en 3 de Diciembre último. Era un hombre de unos cincuenta años, minero de profesión, picador barrenero, había sido huertano allá en Algezares donde llevaba una tierrecica... luego se pusieron las cosas tan malamente que hubo que venir á la sierra... y ahora la sierra está muerta *y hay que ir ande Dios quiera, porque por encima de tó, hay que vivir.* Y este hombre pone en su pregunta un dejo de consoladora esperanza que torna melancólica la amarga expresión de aquel rostro en donde puede leerse la página triste: tiene su mujer, de la misma edad que él; una hija que se le casó muy joven, cargada de criaturas y pasando miserias y trabajos; otra hija soltera y un muchacho de unos catorce años que ya trabaja en las minas matándose...—Y no es lo peor eso, dice, si no que no hay trabajo... falta el pan... vamos en cueros...¡y ande se han comío tó lo que uno ha ganao, ande se han quedao con el sudor de uno;... no fían un *chavo*, ni dan una sed de agua!...—Así las cosas, se ha sabido que reclutaban mineros para Chile, y aquel hombre ha pasado unas horas terribles abismado con la cabeza entre las manos, dándole vueltas á la desesperada situación de su casa y á la salida única por aquel camino á través de los mares ¡tan largos! sin vuelta quizás!... Luego se ha erguido resueltamente, ha cogido la manta y ha dicho: «¡Voy á apuntarme!»

La mujer y la hija soltera han asistido llorosas y en silencio al drama interno, sabían lo que pensaba aquella cabeza, las vueltas que le estaba dando á las cosas, aquella locura y aquella desesperación en que se hacían los sesos agua... Se han levantado también desesperadas y se han puesto delante de él.—Nó, no te vas! Nos moriremos de hambre, saldré á pedir limosna!

—No, padre, no se vaya usté, que no le vamos á ver más!

En esto, ha llegado la hija casada con un pequeñuelo en los brazos; ha llegado también el mozuelo, el hijo, que tampoco trabajaba aquel día.

—Padre de mi alma, no se vaya usté, no se apunte usté!—dice la hija mayor.

El mozuelo replica:

—Pues hace bien en apuntarse, y yo con él! á la fin del mundo!

—No, tú, por el pronto, no; después, ya veremos.—responde el padre, marchándose afectado.

Las mujeres quedan desoladas llorando á lágrima viva, y el mozuelo refunfuñando:

—No lloren ustés más! No hay que llorar sino tener alma para hacerle cara á tó. Yo si no me lleva el padre, me iré solo!...

Sí; la misma página triste se puede leer en otros rostros desalentados, abatidos, desesperados... Y el hombre una vez apuntado en las listas de emigración á Chile, torna á preguntar: ¿Conque allí hablan español?

Y al contestarle de nuevo afirmativamente, al asegurárselo rotundamente, explica suspirando con aquel dejo de consoladora esperanza:

—Verá usté: en toa casta de hombres los hay buenos y malos; pero consuela el ir ande el habla es la nuestra; parece que, por aquello del habla, se han de apiadar más de nosotros; se siente, en cierto modo, la confianza de ir ande se tiene familia; y hasta la tierra, por remota que se encuentre, si es nuestra habla la suya, ya no nos parece tierra extranjera!

Si, el habla es la patria, el habla será la patria!..

De un barco de emigrantes, un hombre joven de corazón animoso, en el momento de partir y al ronco son de la sirena, se arranca con este cantar:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Y el barco al desatracar del muelle, parece un pedazo de patria que se desprende y camina sobre el mar...

Y en la inmensidad del océano, cuando la obscuridad ó la niebla borren el pabellón nacional y hasta la silueta de la nave, quedará como soberana y única personificación de la patria, caminando fantástico sobre las olas, aquel cantar!

El habla es la patria: Yo he visto en los cuarteles formar grupos los soldados, según sus dialectos. El lazo fraternal más fuerte era el habla.

Y por el contrario, motivo de rivalidad entre grupos, el habla distinta.

La patria es el habla: He visto á unos franceses en un hotel español celebrar una conmemoración de su país, una fiesta. Había en el grupo una cosa por encima de la conmemoración y de todo: el habla que los unía, que los exaltaba, que los confraternizaba....

¡Oh, verbo, espíritu de los pueblos, característica y personificación de los pueblos, dulce lazo fraternal!

¡Oh, América! El habla me trae tu aliento hermano, la visión de tus mares, tus ciudades, tus montes, tus ríos, tus selvas, tus llanuras.. Tus periódicos, tus libros llegan saturados de actividad febril, de tus progresos, de tus democracias...

Tus políticos, tus diplomáticos, tus comerciantes, tus periodistas, tus poetas, en suma, vienen á la vieja patria como arrogantes heraldos de la feliz aventura que corrieron aquellos hijos del hispano suelo que partieron de estas playas en sus valientes naos hace siglos...

Y es el habla! Estos días ¡Oh, América! ha pasado por nuestra ciudad uno de tus poetas, José Santos Chocano, y nos ha encantado con sus versos: Nos ha encantado porque, como digno hijo tuyo, lleva en su inspiración las bellezas arrogantes y el fogoso empuje de las tierras tropicales, la fuerza de tus razas poderosas y el deslumbramiento y la

riqueza de los fastuosos tesoros de tu suelo... Nos ha encantado porque nos ha pintado de una manera deslumbradora tu belleza; porque nos ha contado íntimamente tus pasiones, tus luchas, tus esperanzas; porque nos ha traído en su fantasía noticias de aquellos nuestros hermanos que con armaduras brillantes y espadas sangrientas, aun cabalgan conquistadores por el suelo americano, imperecederos en la leyenda!...

¡Oh, tierras hermanas, por vínculo de lenguaje siempre españolas!

¡Oh, poetas de América, poetas hermanos, Rubén Darío, José Santos Chocano, Amado Nervo y otros, engarzadores del habla española en aquellas remotas tierras, apóstoles del habla que recorréis el mundo haciendo su religión: yo os sigo, yo recorreré también mi Galilea haciendo la exaltación del verbo divino!

Y así haremos patria!...

Y si, con mengua de nuestros gobernantes, llegamos á la ínfima expresión de la nacionalidad, si llegamos á la nulidad completa, aun quedará flotando sobre los pueblos, como pabellón indestructible, la personificación española, el habla!

Y en la inmensidad de los mares, ya sin pabellón y sin nave, surgirá la patria en aquel cantar de un pecho español animoso!...

¡Oh, viejo fuerte que vas á América en busca del pan, lleva un beso mío á las hospitalarias tierras!

¡Animo, viejo fuerte! También los que son carne de mi carne han partido como tú... Quizás en tu sendero encuentres á mi madre... es muy anciana... ¡bésala!...

¡Adiós, viejo profético murriador del habla!

VICENTE MEDINA.

Lira Peruana

Tu espejo

Huiste y de tu estancia ya no queda
ni un recuerdo; el ropero que lucía
en tu alcoba, vi ayer que se vendía
con trágico clamor en la almoneda.
Yo que tanto te amara sin fortuna,
quedème ante tu mueble preferido
extático un instante, y conmovido,
dí un largo beso en su azogada luna.
Mueble feliz, también abandonado
quedó por tí; pero es para envidiado
porque en su limpio espejo al fin él pudo
besar toda tu carne nieve y rosa,
y ver tu cuerpo de pagana diosa,
incitante, magnífico y desnudo!

Tus labios

Yo no sé lo que siento, que al mirarte
tiemblo y gozo pensando en que te quiero
pues no sé si es que vivo para amarte
ó si por adorarte es que me muero.
Tu boca es una flor y es una herida,
y no sé si en tus labios de escarlata,
bebo una esencia que me da la vida
ó un sórdido veneno que me mata.
Tus labios pecadores y benditos
me sugieren ternuras y delitos,
y mientras te acaricio se me antoja
que son tus besos suaves y crueles,
porque tienes la boca dulce y roja
así como las sangres y las mieles.

El último beso

Tu boca hecha de miel y de ambrosía,
donde bebí de amor el rojo vino,
sobre tu rostro pálido y divino
como una fresca herida parecía.
Yo iba á partir y tú, con ansia loca,
estrechándote á mí nerviosamente,
con un gran beso, enamorado, ardiente,
toda mi alma absorbiste de mi boca.
Hoy nada me interesa cuanto existe,
pero aunque la nostalgia me tortura
al recordar tu amor y tu hermosura,
voy cruzando la vida menos triste
porque llevo en los labios la dulzura
de aquel último beso que me diste.

FELIPE SASSONE.

Alla Musa

Para APOLO.

Fata gentile, fede del mio cuore
E della triste giovinezza mia,
Siimi compagna tu nel cupo orrore
Rischiara a me dell' avvenir la via:

Componi tu il mio verso sol d' amore
E d' affetto gentil, e mai non sia
Che un canto d' odio acuto, di rancore
Cupo risuoni sulla cetra mia.

Innalza la virtude, innalza il santo
Ideal per cui pugno con diletto,
E con me pugna tacita d' accanto.

E imprimi il marchio orrendo di carogna
A chi non sente pei fratelli affetto,
A chi ricchezze sol avido agogna,

G. MOLA.



MUELLE DE LA ADUANA — MONTEVIDEO

Mármoles

Para Apolo.

A Carlos Canut de Bon.

I

Amo tu arte, amigo! Cuando en mi sien vacila
una idea insegura, como gota que oscila,
próxima á evaporarse, al borde de una flor,
el verso me parece una veste ligera
y envolver en ropaje de alabastro quisiera
ese lampo inasible de celeste fulgor.

La escultura es el ritmo en el silencio. Traza
relieves una línea, y en la forma se enlaza
el ensueño que intenta sus vuelos describir;
pero ya detenido su fervor ascendente,
en el blanco latido de la piedra se siente
el viento de sus alas de alígero batir.

Por eso yo amo el mármol que es mole de blancura,
el que va por los frisos en la suelta locura
de bacantes helenas olvidadas del tul,
el que sueña en estatuas de grandes ojos ciegos
y el que con paso augusto de intercolumnios griegos
avanza por la falda de una colina azul...

II

Yo sé que tú no esculpes; que la dócil arcilla
te suple la dureza que en los mármoles brilla;
que ignoras de los bloques el claro resonar.
Mohosas las espátulas, perdidos los escoplos,
sólo sigue la línea de tus líricos soplos
la gracia fugitiva de tu leve pulgar.

Y quiero que tú esculpas! Yo quiero que tú bregues
dando luz á las curvas, dando sombra á los pliegues
de una línea que busque gloriosamente un fin;
y quiero que á tu gama de blancos tonos áticos,
cuando cinceles gestos, ya heroicos ó ya extáticos,
Corneille le dé sus bronces y sus sedas Racine!

A veces, en mi anhelo, imagino tu esbelta
figura de esforzado, en blanca blusa suelta,
hirsutos los cabellos y á la luz del taller,

siguiendo con atento mirar desde tu banco,
lineales melodías por el silencio blanco
del mármol en que sueñas un cuerpo de mujer.

Y tomas el escoplo! Al beso de la línea,
la piedra se estremece, y cándida, virgínea,
esboza un cuerpo eréctil, sin velos de pudor;
y surge así tu ensueño sin vana vestidura,
desnudo, esplendoroso, vestido, en su blancura,
de frío, de belleza, de luz y de candor.

Y vívidos, febriles, enciéndense tus ojos
buscando entre la lluvia de los blancos despojos
que saltan á los golpes soñadores que das,
los últimos contornos que aun la piedra esconde
y cuyas líneas sientes, sin que sepas por dónde,
correr en ilusoria, melodía fugaz...

Al verte así en momentos en que nada te arredra,
fecundando la núbil blancura de la piedra,
yo siento que á los bríos que llevas en la sien,
ya esculpas tus idilios en pálidas baladas
ó eternices tus luchas en tragedias nevadas,
Carpeaux les da sus ritmos y sus alas Rodin!

III

En tanto, si no esculpes, si al mármol milenario
aun no has dado un golpe de cincel visionario
y á veces desesperas y lloras de dolor,
talvez, sin que lo sepas, un gesto de tu arcilla
es ya un instante plástico en que lo eterno brilla
sujetando á tu gloria en inmóvil temblor.

Confía en lo quimérico, y el sol suba ó tramonte,
no quieras con tus manos palpar el horizonte
que en torno de los ojos te desplegue lo real:
vivir de lo ilusorio es una vida intensa,
y si en ella tu enorme anhelar se condensa
tendrá que ser gloriosa, tendrá que ser triunfal.

Y un día—cualquier día—sobre níveo alabastro,
un toque de tu escoplo temblará como un astro,
y serán esculturas los sueños de tu fe;
los sueños que vestidos de blancuras pentélicas,
suben hoi de tu frente, cual las trombas angélicas
que evapora en celeste claroscuro Doré!

Miguel LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.

De crítica

"El caso" de Ibsen

Para Apolo.

Nada tan aventurado, en verdad, como disertar acerca de la obra de Henrik Ibsen, el formidable creador de Nora, ingenua y trágica, porque él, con su propia voz y en tono de sutilísima ironía puso á sus exégetas la más peligrosa barrera al formular aquella frase en que pedía á la crítica «que le desentrañaran el sentido de su último drama».

Exaltado como libertario, denostado como simbolista, repudiado como místico, hoy nos lo ofrece la señora Jacquinet (1) bajo el disfraz de irreductible individualista. Por más que el libro de la señora Jacquinet no avalore en mucho la bibliografía ibseniana pues su mérito no es extraordinario, ni tampoco venga á descubrirnos á Ibsen, y que aquel rebelde tan poco dado á las exhibiciones mundanas tuvo el privilegio, aun no prescripto de apasionar á los más altos espíritus haciendo familiar su personalidad literaria en todos los círculos intelectuales del mundo, es una obra, empero, que por su carácter de ardiente proselitismo y ser la más reciente, justifica el que se le otorgue más atención de la que en realidad reclama su valor sustancial.

De otra parte, si la personalidad de Ibsen no es un enigma, en cambio su carasterística mental constituye uno de los más arduos problemas de las letras contemporáneas. Puede decirse que tiene tantas «tendencias y tantos aspectos como analistas han estudiado su obra.

Ha despertado odios, inspirado adoración, desdén y reverencia y es lo particular que los sentimientos contradictorios de que ha sido objeto, nunca se han fundado en los sectarismos de dos escuelas opuestas sino que provienen de todas las escuelas que atribuyen por suyo el dogma de Ibsen los monárquicos y los demócratas, los acérrimos partidarios del naturalismo y los fervorosos prosélitos del misticismo. Quiere decir, filósofos y políticos, artistas y pensadores. No sería sorprendente que tan opuestas impresiones provocara su labor si cada libro respondiera á un distinto credo y á una manera diferente, entonces resultaría lógico el que distintos bandos pretendieran ungirlo Jerarca de su grupo, pero lo que hace singular el «caso Ibsen» es que en su labor se advierte una admirable unidad, una perfecta armonía, la más rigurosa consecuencia en finalidad y en procedimientos, hasta en las dos etapas de su vida unánimemente señaladas por la crítica.

Gran énfasis adopta la señora Jacquinet para «clasificar» á Ibsen como individualista. Nefando crimen, á juicio de esta escritora, pues esa tendencia, á su ver reaccionaria, constituye un grave peligro para el futuro desenvolvimiento de nuestra especie, representando, además, una regresión filosófica que entorpecerá grandemente la realización del ideal de suprema felicidad que persiguen los socialistas, únicos poseedores al presente, según propia declaración, de la verdad absoluta la cual una

(1) Ibsen y su Obra por Clemencia Jacquinet, Valencia, 1908, Sempere y C.ª, editores.

vez reconocida, transformará nuestro mundo en lugar de inacabables venturas, de inextinguible dicha.

Teniendo á la vista el libro de la señora Jacquinet el «problema Ibsen» se reduce á estos términos:

—«Fué Ibsen individualista ó socialista?»

«Demos, pues, de lado todos los otros aspectos bajo los cuales ha sido juzgado Ibsen y procuremos averiguar en qué consisten esas dos escuelas políticas ó ideales filosóficos.

El socialismo igualitario define el hombre como entidad colectiva integrante de la humanidad, el individualista lo proclama ser autónomo librado á sus propias facultades y aspiraciones.

Si alguna vez en la evolución de las ideas ha habido posibilidad de coordinar dos afirmaciones aparentemente disímiles, ha sido al tratarse del individualismo y del socialismo. Pretender, como este anhela, la dicha de la humanidad no es proscribir la facultad de mejorarse á sí mismo cada unidad. La sociedad perfecta será aquella en que cada individuo sea perfecto, si es esta la finalidad del socialismo, el individualista no la contraria. Cuando mucho las dos escuelas difieren en procedimientos, una busca el progreso de las partes para el mejoramiento del todo, la otra intenta el mejoramiento del todo para el progreso de las partes.

Cuestión de método no puede ser esencial y en este caso concreto debemos confesar que más razonable es seguir el sistema adoptado por la ciencia (de lo simple á lo complejo) que contrariar la tradición de nuestras investigaciones merced á las cuales, partiendo de lo conocido para ir á lo desconocido, hemos alcanzado las pocas conquistas logradas sobre la ignorancia y el error.

Hay un punto de intersección para esos dos impulsos provinientes de distintos orígenes, es la común ambición de progreso. Olvidar esto para fijarnos en detalles es desperdiciar energías.

Cuanto á Ibsen, realizó una magna obra de educación social. Con sus dramas llevó á la escena miserias, dolores y amarguras, dió cauce á muchos pensamientos que antes pugnaban en vano por aparecer ante el mundo carentes de la forma apropiada en que mostrarse, planteó problemas morales y sociales que todos afectaban ignorar y que ante la audacia de artista fué preciso analizar y considerar. La obra de arte no puede juzgarse por su mérito intrínseco sino por sus efectos sociales, la más genial producción si permanece desconocida ó ignorada por circunstancias fortuitas, no puede pretender que se equipare por razón de su trascendencia á otra cualquiera muy inferior, pero del dominio de todos y que en varios climas y en medios distintos haya ejercido influencia poderosa. Bjoesterne Bjoersen es dramaturgo de mérito igual al de Ibsen y, sin embargo, su labor, por estar menos vulgarizada, y resultar por consecuencia menos influyente en el orden social, no puede parangonarse con el creador de «La Unión de los Jóvenes». Tanto las ideas de éste como la forma misma en que hubo de emitirlas, (no debe olvidarse el valor hermético del verbo), así, también, como la encarnación de sus personajes que forman un conjunto tan armónico, tan inconfundible que su teatro resulta aparte en el movimiento intelectual de su época. Si individualista, su concepción personal era alentadora y optimista, y sea la que fuere la constitución social de mañana, será preciso crear, será necesario organizar, porque el caos es extinción,

no florecimiento. Resulta tanto más necesario insistir en esto, cuanto que la democracia ácrata es evidentemente disociadora, fundando su procedimiento en la acción de varias unidades difícilmente acopables. Predominando el individualismo «social» exclusivamente (distinto del individualismo «mental» que es el practicado por Ibsen) se anulan los esfuerzos encaminados á un fin común, pero no perseguido por procedimientos unificados sino contradictorios, ó cuando menos disímiles que se estirilzan y quebrantan mutuamente. Parece, pues, que es causa eferente de la debilitación del esfuerzo colectivo el predominio excesivo del individualismo, pero bien analizado, resulta que el colectivismo, á su vez, basado sin disputa en la teoría democrática e igualitaria que confiere paridad de derechos y de atribuciones (si bien con el sutil distingo de «á cada uno según su capacidad y á cada capacidad según su esfuerzo») sanciona en definitiva la teoría individualista. Y he aquí, una vez más, el punto de intersección de las dos teorías

No fuera demasiado aventurado el sugerir que Ibsen colocado en ese punto tangencial, resulta equidistante no sólo para esas doctrinas en el fondo concordantes, sino para todas las ideas en cuyos campos rivales lo ha clasificado la crítica.

Esta explicación, en definitiva, tiene la inmensa ventaja de que permite á todos los comentaristas de Ibsen creerse en lo cierto sin menoscabar por ello la exactitud de las apreciaciones más opuestas.

Los aficionados á esta clase de problemas tienen un inagotable venero en el «caso Ibsen», tan inagotable que después de veinte años puedo hoy repetirse la frase de Knut-Hansen que Sarcey (1) hizo suya «En presencia del movimiento ibseniano en Alemania y en Inglaterra, yo no puedo hallar otra explicación para ese fenómeno que juzgo incomprensible sino que la humanidad, burlándose de sí misma se había puesto de pronto á jugar á la gallina ciega».

Y todavía jugamos á la gallina ciega, mas no por Ibsen, sino á su costa.

Arturo R. DE CARRICARTE.

LAZO ETERNO

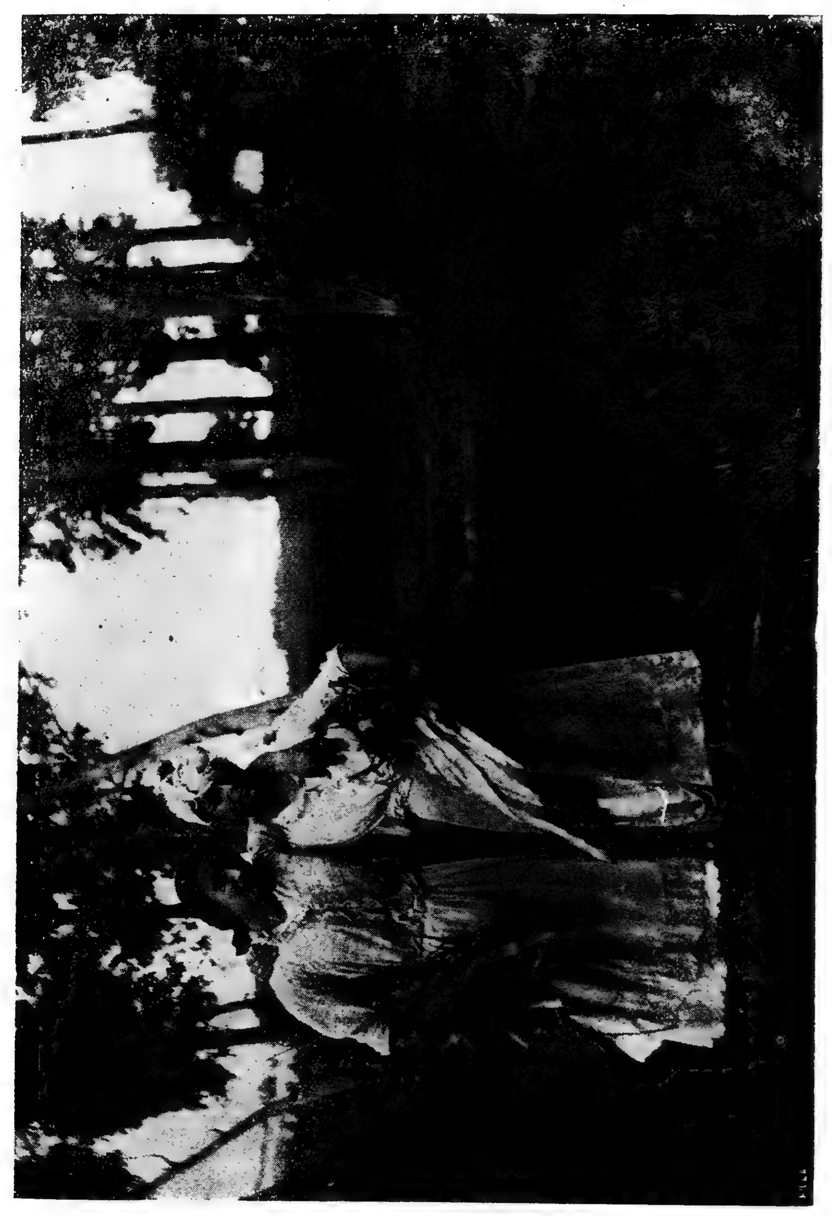
Almas
De la gloria voluble enamoradas,
Del infortunio inseparables son.
¿Que el infortunio las anima? Entonces,
Enamorado de la gloria soy.

Porque en la lucha
Grande y perenne que sostengo yo,
Surge un hacha de viento: mi firmeza;
Y una ráfaga helada: mi dolor.

PÉREZ Y CURIS.

(1) Sarcey y Knut-Hansen fueron anti-ibsenianos irreductibles.

Página artística



Criollas

Negativo de C. A. Castellanos.

De "Los Peregrinos de Piedra" (1)

Inspiración Taciturna

Muje un caimán. Sobre la tersa duna,
maniobra un beato pescador isleño.
Ara el barco los cauces de mi sueño
en una etiope religión boyuna...

El viento se adormece con alguna
musicación de Grieg. Y en el pequeño
drama del abanico marfileño,
tu escote se ha fugado con la Luna.

¡Oh dame de soñar, Amada mía!
A mí tu néctar de misantropía.
Libemos el café... Y así la sabia

Noche que quintaesencia mis antojos,
cristaliza desvelos en la Arabia
lánguida y taciturna de tus ojos!

Génesis

Los astros tienen las mejillas tiernas...
La Luna trunca es una paradoja
espectro—humana. Proserpina arroja
su menstruo al mar. Las horas son eternas.

Júpiter en la orgía desenoja
su ceño absurdo y junto á las cisternas,
las Ménades, al sol que las sonroja,
arman la columnata de sus piernas.

Juno duerme cien noches... Vorazmente,
Hércules niño, con precoz desvelo,
en un lúbrico rapto de serpiente,

la muerde el seno.—Brama el Helesponto.
Surge un ampo de leche. Y en el Cielo
la Vía Láctea escintiló, de pronto.

Julio HERRERA Y REISSIG.

---

(1) Libro que aparecerá en breve

La eterna historia

Para APOLO.

Al poeta de «Por los jardines del alma», Ovidio Fernández Ríos.

No, aquí no. Necesito aire, mucho aire. Quiero respirar ampliamente, á pulmones llenos: el recuerdo de mi pasado me ahoga, me sofoca. ¿Cómo evocar mi ayer de felicidad en este ambiente que me habla de mi presente abrumador? Vamos por ahí, por donde haya espacio y silencio: tal vez entonces me sienta fuerte para contar mi dolorosa historia.

Rosaura cubrió sus formas impecables con un sencillo traje color cielo, y en su graciosa cabeza puso, acaso como un símbolo de felicidad, un albo sombrero.

—¿Te gusto?—preguntó al mismo tiempo que con sus nerviosas manos acariciaba las mejillas de Alberto, su amante de ocasión.

—Estas soberbia, emperatriz del sufrimiento. Nadie creería, al verte tan gentil, que en tu alma anida el pesar. Vamos.

—

La noche imperaba. En el espacio, las estrellas parecían miriadas de ojos que contemplaran curiosamente á aquellos dos seres que vagaban á las horas en que la vida está como suspendida.

En la Avenida 18 de Julio, silenciosa y triste, sus pasos resonaban cual rudos martillazos dados sobre las piedras. Las lámparas de arco, que vistas de lejos y en conjunto semejan una enorme serpiente de luz suspendida en lo alto, daban á sus sombras, movimientos y formas extrañas. Ya parecían gigantes mostruosos, de colosal estatura y extrema delgadez, ó bien enanos de cuerpo ancho, muy ancho, en el que la cabeza se perdía entre los hombros.

Silbando un trozo de «Bohème» pasó junto á ellos un pálido noctámbulo: tal vez uno de esos soñadores de ideales incomprendidos para el rebaño.

Unos instantes después los distrajo una báquica canción entonada con voz aguardentosa y cascada por uno de los tantos infelices á quienes el alcohol transforma en seres de rasgos toscos y groseros, mezcla híbrida de hombre y bestia.

—Un vencido en la lucha por la vida—murmuró Alberto.

—¿Un vencido?—replicó Rosaura—¡Quién sabe! ¿Por qué no será un filósofo que encuentra el placer en el alcohol que enerva el pensamiento distrayéndolo de todas las preocupaciones que aniquilan? ¡Triste y repudiable filosofía!, es cierto; pero ¿somos acaso lo suficientemente perfectos para conocer todos los secretos del alma? ¿Existe una filosofía que sea universalmente aceptada como la única verdad? ¿Ha surgido, acaso, un pensador que nos haya trazado un plan de vida que conduzca por fuerza á la armonía soñada?

Acostumbrado á no ver chispear el pensamiento en la generalidad de las mujeres, Alberto miró con mezcla de asombro y regocijo á la que así razonaba.

—No sé adonde quieres llegar con tus palabras—exclamó.

—¿No sabes? Quiero decir que la inmensa diversidad existente en el pensamiento de los hombres, las distintas maneras de concebir el placer y el dolor, el bien y el mal, revelan la terrible desigualdad de las conciencias. Y que por ello estamos inhabilitados, si somos lógicos, para prejuzgar, que tal hacemos cuando atribuimos á un estado moral determinado causa filosófica Has dicho que ese beodo que acaba de pasar es un vencido en la lucha por la vida. Tal vez lo sea. Pero, ¿por qué no será su vicio un resultado de su pensamiento íntimo, de su modo de encarar y definir la existencia? Y después de todo... mirando bien las cosas... Sí: no hay tales vencidos: hay víctimas. Víctimas de una época que soberbiamente se llama civilizada, olvidando que está llena de prejuicios bárbaros y bárbaras instituciones.

—Me causas admiración—díjole Alberto.—Me hastían—y hasta me hacen mal—esas muñecas humanas que todo lo que son lo tienen exteriormente, en el rostro y en el cuerpo, pero que en el alma llevan el vacío, la nada. Más las que como tú, son hermosas y á la vez de espíritus plenos de vigor, las que saben hablar de algo más importante que los vestidos, los bailes y los paseos—porque saben hablar de la vida—me producen un placer intenso y profundo.

Una ráfaga fría los hizo estremecer, y á su vista se ofreció el amplio espacio de la ciudad ocupado por la Plaza Independencia. Sentáronse silenciosamente.

Con voz cariñosa y tierna, comenzó Alberto:

—Oye: me prometiste contar tu historia; desahoga en mí, todo el infortunio que te martiriza...

—¿Mi historia?... Bien... Yo...

La visión de su pasado ahogó sus primeras palabras. Una lágrima tembló aprisionada en las sedosas pestañas, y levantándose bruscamente continuó con un acento de sentida tristeza:

—¡Mi historia! ¡Tú la conoces! Y la conocen todos los hombres... y las mujeres: todo el mundo... ¡Hasta los niños! ¿No comprendes? Es la eterna historia. Amé: creí ser amada. ¡Fingía tan bien el canalla!... ¡Parecían tan sinceras sus frases!... Me entregué: el Asilo de Expósitos y Huérfanos guarda el fruto de mi amor... Después... el abandono. ¡El abandono de todos! Ni padres, ni hermanos, ni amistades... ¿Trabajar? ¿Y quién le da trabajo á una mujer que cometió el horroroso crimen de amar con toda el alma sin el consentimiento de la sociedad? ¡Oh, la sociedad! Es implacable. Abandonada, repudiada ¿qué hacer? ¿Matarme? ¡Nunca! Se matan los atormentados por su propia conciencia. Y la mía ¡está tan serena!...¿No es cierto que conocías mi historia? ¿Y quién no la conoce si es la historia de siempre, la eterna historia?

Hipólito COIROLO.

Montevideo.

Abre el alma....

Para Apolo

Abre el alma á las cosas adorables y bellas,
á los cielos azules, al sol de mediodía
y á la noche serena que siempre se atavía
con su diadema oscura fulgurante de estrellas.

Abre el alma á la vida, que en ti quedarán huellas
de su pie leve y blanco como una eucaristía;
abre el alma á la luz y á la diosa alegría,
y al son blando y amante de las dulces querellas.

Embriágate en la copa de todos los placeres;
liba en los frescos labios de todas las mujeres,
desbordantes de mieles y cariñoso halago;

ama el divino encanto de las cosas sencillas
y que tu alma tranquila refleje como un lago
límpido y transparente, todas las maravillas!

Alberto LASPLACES.



CALLE 25 DE MAYO — MONTEVIDEO

Poemas

Para Apolo.

EL DIAMANTE

Hoy, en una mano burda, instintiva, deforme, he visto el diamante más bello que pueda encender el Milagro... Parecía vivo y doloroso como un espíritu desolado... Vi fluir de su luz una sombra tan triste, tan triste, que he llorado por él y por todos los bellos diamantes extraviados en manos deformes...

EL RAUDAL

A veces, cuando el amado y yo soñamos en silencio,— un silencio agudo y profundo como el acecho de un sonido insólito y misterioso—siento como si su alma y la mía corrieran lejanamente, por yo no sé que tierras nunca vistas, en un raudal potente y rumoroso...

LOS RETRATOS

Si os asomarais á mi alma como á una estancia profunda, veríais cuanto la entenebrece é ilumina la intrincada galería de los Desconocidos... Figuras incógnitas que, acaso, una sola vez en la vida pasaron por mi lado sin mirarme, y están fijas allá dentro como clavadas con astros...

Delmira AGUSTINI.

Ruego en Madrigal

Para Apolo.

A una dama ingrata.

Vuestro prestigio en amor,
y ese donaire, señora,
que bien rima á cada hora
con vuestro leve rumor;
á vuestro sentir reclama
no desertéis, por ventura,
esa tan noble hermosura,
del bando de aquel que os ama.

Pensad que la juventud,
dama bella y desdeñosa,
pierde su aureola gloriosa
y hace vana esa virtud;
pues, el Otoño indiscreto
por nuestras vidas avanza,
y marchita la esperanza,
con un gran dolor secreto...

Por vuestra dicha es preciso
disipar ya ese desdén,
y por el amor también,
que os cerrará el Paraíso;
porque Cupido que acecha,
vuestra sublime elegancia
vencerá vuestra arrogancia,
irresistible, á su flecha...

Por mi Dios, Señora bella,
cuidad con tesón y empeño,
de no agostar el ensueño
de vuestra divina estrella;
pues, mañana, ya vencida,
y perdida por querer,
sentiréis que es padecer
querer y no ser querida.

Carlos Maria de VALLEJO.

Montevideo, 1909.

Diuturna

Para Apolo.

No se borra en mi memoria
El día aquel;
En que pasaste á mi lado presagiándome una Gloria
Y formando, para siempre, una extensa y lauta Historia
Que es más dulce que la miel!

¿Lo recuerdas? Es de tarde;
Tenue el Sol;
Tras las plantas del paseo se ve un cielo ígneo que arde...
El crepúsculo se inicia, de belleza haciendo alarde
En un giro de arrebol.

Y fué el bello Advenimiento;
¡Magistral!
Yo te ví; y mi alma triste fué llevada por el viento
De tu amor sagrado y puro, que me sirve de elemento
En mi äureo viaje astral!

Son tus ojos mi poema...
Y algo más...
Que lo forman grande y triste, melancólico es el tema,
Soñador, cual son tus ojos, que parecen brunas gemas
Conquistadas por Rajás.

¡Y son ellos, ellos solos!
Mi Corán,
Si me miran; cuánto dicen! de mi estro son los polos;
Me remontan al Parnaso, como si fueran Eolos,
Y hasta el Nimbo de esa gloria me lo dan!

SILVA SERRANO.

Canción triste

Vamos en la trágica senda
Muertos ya por no creer en nada,
¡Sin que descubra la mirada
Ni una esperanza que se encienda!...

Dilacerados en la contienda
Vamos con la vida cansada,
¡Sin hallar en nuestra jornada
Ni un corazón que nos comprenda!...

Y seguimos á la ventura
Hostigados por la locura,
Perdidos en rutas brumosas.

Con miedo de lo porvenir,
En este vivir por vivir
Y en lo inútil de tantas cosas!...

Ernesto Mario BARREDA.

Recuerda los encantos...

Para APOLO.

Recuerda los encantos de su pasada vida,
la novia que adorara con tan profunda fe,
la ilusión de sus años para siempre perdida
y las cosas felices del buen tiempo que fué.

Se alegra intensamente por su alma dolorida,
y porque á solas sufre gustando ese no sé
que silencio de ausencia, que á soñar lo convida
libremente, pues nadie sus dulces sueños ve.

Sin estudiar el mundo conoce sus secretos.
Sabe de las dulzuras, de los ritmos inquietos
que perfuman el alma y que más bellos son.

Piensa muchos poemas que casi nunca escribe,
no tiene una esperanza, pero, no obstante vive
adorando la vida de todo corazón!

JULIO J. CASAL.

París, 1909.

¡Hijos del Cid!

Para APOLO.

«Pueblo... despierta...»

A mi amigo Alfredo Rodó.

Hijos del Cid, erguida la varonil cabeza
Romped, con mano fuerte, los hierros que os humillan.
La Libertad reclama vuestra antigua fiereza,
Ya entre las negras sombras, vuestras pupilas brillan.

Hijos del Cid, que se alcen, en justas giganteas
Las franjas purpurinas, las hijas de la luz;
Filosos los aceros, lucientes cual las teas
Alumbren los senderos que ennegreció la cruz.

Hijos del Cid, los mausers sean, en vuestras manos
La deidad vengadora de las viejas leyendas;
¡Marchad! y al encontraros en frente á los tiranos
Marcadlos con el rayo de las nubes horrendas.

JULIO CARLOS NETTO.

Octubre, 1909.

De Heliotropos

BALADA DE OTOÑO

¡Qué triste está la playa! Otrora el vaho
Salobre de las agua nos unía.

La tarde va poblándose de brumas
Semivioletas; languidecen rimas
En la ribera solitaria, y caen
De los sauces las hojas amarillas;
Las ráfagas de otoño en el silencio
Del parque abandonado se concilian
Y una pareja de palomas blancas
Llora en la almena desolada y fría.

Ya la salmodia que los vientos cantan
Exasperados en la inmensa riva,
Suena en mi corazón como un preludio
De la balada enferma de la vida.

* * *

—No te vayas aún: en la discreta
Soledad de la tarde, amada mía,
Escucharás la öda de mis besos,
La serenata de mis frases líricas:
Y, cuando abrase á mi aterido rostro
El impoluto lis de tus mejillas,
Soñarás arrullada por el eco
De mi erótico labio de panida.

La elegía del mar quiebra en las rocas
Los acordes de un arpa amalecita,
Y el muaré de las agua finge un velo
Constelado de trémulas fluorinas.

¡Qué triste está la playa! Otrora el vaho
Salobre de las aguas nos unía.

De la lejana hoguera del poniente,
Donde se inmolan grandes amatistas
Y sardónix de fuego, baja un rayo
Puro como la luz de tus pupilas;
El último destello de la tarde
En las ondas del éter escintila,
Y una bandada de gaviotas vuela
Sobre los riscos de la playa antigua.

— Dame otro beso, amada. ¡Cómo el lirio
De tu labio de seda arde y palpita
Cuando aprisiona el mío! Y, ¡Cómo evoca
La santidad del alba de la vida!
Otro más... otro más... largo y sonoro,
Mientras que nuestro espíritu medita:
¡Qué triste está la playa! Otrora el vaho
Salobre de las aguas nos unía.

CRISOL

A Eugenio C. Noé.

La noche poemiza en el misterio
El Eldorado de las almas jóvenes.

Cuando oporina su tristeza evocan
Las almas de los dulces soñadores,
Y, cuando estiva los poetas le hacen
Una apoteosis de lirismo. Entonces
Ríen labios y espíritus
Y miriadas de ästros y de flores,
Los ópalos aurinos de Selene,
La fronda, el río, la llanura, el monte,
Y de los cielos el azul cimborio
¡Oh, la sonrisa inmensa de la noche!

Y, cuando eleva sus aromas mórbidos
Hacia el éter el búcaro del bosque,
Hay en los dulces
Arcanos de la noche,
De la noche silente y perfumada
Una como piscina de abluciones
En que se purifican las tristezas
Y los ensueños de las almas jóvenes.

PÉREZ Y CURIS



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: PÉREZ CASTELLANOS, 111

AÑO V — Montevideo, Enero de 1910 — N.º 35

La Rosa

Para Apolo.

La ancha rosa abierta empieza á deshojarse. Inclinada, lánguidamente al borde del vaso, deshace con lento frenesí sus entrañas purísimas, y uno á uno, en el largo silencio de la estancia, van cayendo sus pétalos temblando. Aquella en quien se mezclaron los jugos tenebrosos de la tierra y el llanto cristalino del firmamento, yace aquí arrancada á su patria misteriosa: yace prisionera y moribunda, resplandeciente como un trofeo y bañada en los perfumes de su agonía!

Se muere, es decir, se desnuda. Van cayendo sus pétalos temblando; van cayendo las túnicas en torno de su alma invisible. Ni el sol mismo con tanto esplendor sucumbe. En las cien alas de rosa, que despacio se vuelcan y se abaten, palpita la nieve inaccesible de la luna, y el rubor del alba, y el incendio magnífico de la aurora boreal. Por las heridas de la flor sangra belleza.

—

Belleza... melancolía. Esta rosa, más bella aún al morir que al nacer, nos ofrece con su aparición discreta una suave enseñanza. Sólo ha vivido un día; un día le ha bastado para ocupar la más noble cumbre de las cosas. Nosotros los privados de belleza vivimos — ay! — largamente. Nos conceden años y años para que nos busquemos á tientas, y avancemos un paso. Y confiemos siquiera en que la muerte nos dará un poco más de lo que nos dió la vida...

—

A qué prolongaría la belleza

su visita á este mundo extraño? No podemos soportarla sino breves momentos. La flor se despide: me habla de mi destino, porque es bella. Se vá, y no la he comprendido. Desnuda al fin, su alma se desvanece y huye. El crepúsculo se entretiene en borrar las figuras y en añadir la soledad al silencio. Entre mis dedos cansados se desgarran los pétalos difuntos. Ya no son un trofeo resplandeciente, sino los despojos de un sueño inútil...

RAFAEL BARRETT.



OTTO MIGUEL CIONE

UNA PÁGINA PARA «APOLO»

El estudiante de provincia que sueña con ir á doctorarse en la metrópoli; el mozo de pueblo que nunca se apartó de la sombra de su campanario y anhela conocer el mundo, suelen forjarse de la ciudad, objeto de sus sueños, una idea alambicada, sublime y muy superior á toda realidad. Con el fácil optimismo de la inocencia, ellos se figuran la ciudad como la realización de un orden perfecto, donde todo está nivelado por lo alto: donde todas las casas son limpias, cómodas y hermosas; todas las mujeres, espirituales y elegantes; discretas y delicadas todas las conversaciones; todos los objetos, de gusto: donde el mérito corre siempre parejas con la fama, y la misma maldad y el mismo vicio se presentan constantemente en formas interesantes y novelescas.

Obra en estos mirajes la natural exorbitancia de la imaginación candorosa y aguijoneada por los prestigios de lo desconocido; pero obra además la tendencia, no menos terca y congenial á la naturaleza del hombre, de no conformarse con las imperfecciones de la realidad que le rodea y de mantener, mientras la experiencia no le fuerza definitivamente al desengaño, la esperanza en una esfera de realidad donde lo ideal y soñado sea posible. Cuanto feo, de ruin y de mezquino, ya material, ya moralmente, halla el lugareño ó provinciano de nuestro ejemplo en su lugar ó su provincia, lo atribuye á la inferioridad de este menguado marco dentro del cual vive, lo considera propio y exclusivo de él, y no duda, ni por un momento, de que los escenarios grandes y encumbrados del mundo se hallen inmunes de tales sombras é imperfecciones. Claro está que no se equivoca en muchas de estas diferencias que anticipa entre la aldea que conoce y la ciudad que ignora; pero no es menos seguro que se engaña en otras muchas, y que la presencia de la soñada realidad le obliga luego á rectificar gran parte de sus cándidas imaginaciones, y á reconciliarse quizá con el recuerdo de su terruño, convenciéndole de que las ciudades son aldeas en grande, de que los cortesanos son lugareños bien vestidos, y de que no pocas de las ruindades, de apariencia y esencia, que le causaban enojo en el lugar donde nació, no eran, como suponía, desventajas de la vida de lugar, sino defectos y limitaciones inherentes á la naturaleza humana y á la condición de las cosas terrenas, aunque en la aldea se manifiesten en forma frecuentemente más grosera, desapacible é incómoda, que en los centros de la civilización.

En el juicio que los americanos formamos de nosotros mismos, de nuestra inferioridad y nuestro atraso, y de las excelencias de las sociedades lejanas que nos sirven de modelo ¿no intervendrá, con harta frecuencia, el género de ilusión á que me he referido?... ¿no intervendrá un poco del engaño del mozo de pueblo que imagina la ciudad como la realización de un orden perfecto y atribuye á miserias de su lugar muchas de las pequeñeces y fealdades que son de la esencia de las cosas y de los hombres?...

José Enrique Rodó.

De mis tristezas

Lejanías del recuerdo...

Para Apolo.

Yo no sé por qué he recordado hoy con entristecida ternura, á aquel buen hombre siempre taciturno y siempre miserable, que todas las tardes pasaba por mi puerta con su piedra de afilar y su zampoña vocera. En un instante, vuelve á mí aquella su mustia y escuálida silueta de desecho humano, evocada suspirando como si la hubiera amado. ¿Es posible, oh tú, alma desconsolada que te fuiste quién sabe á dónde en busca de pan ó de sosiego, es posible que hayas dejado una voz en mi corazón como dejaste un hilo dorado en la trama que dedos muertos ya, tejieron en un momento lejano de mi vida?

Sí, obrero vagabundo, tú dejaste una voz en mi corazón. Hoy te amo en el recuerdo, te amo porque en el vértigo de tu rueda volante, enmadejaste frente á mi puerta cariños hermanos, los míos y los de ella, después de haber recogido sobre los lomos de la piedra que pule, el desgaste maravilloso de sus armas de labor, dulcificado por el apremio amoroso de sus manos llenas de esperanza, y por sus ojos negros encendidos de ensueños. Te amo, peregrino del hambre, porque tú también te fuiste y eres un muerto como ella, una visión fugitiva que he visto desaparecer melancólicamente en los crepúsculos de mi alma, hacia una noche inevitable, el Olvido. Sigue sonando lejos tu pregón musical, en otras calles y para otros aceros consumidos en la faena de otras manos blancas. Sigue las nuevas rutas de tu máquina trashumante, á la búsqueda de los desconocidos ajuares que esperan la sabiduría de tu muela loca, para engalanar la gloria secreta de una noche de bodas. Mi corazón te acompaña, errante por donde vayas, á través de las tierras aciagas y de las eternas jornadas sin meta, bajo cielos sin horizontes ó junto á los caminos que no tienen puertas para llamarte. Donde quiera que te detengas, donde quiera que gire tu rueda laboriosa, estarán las palpitaciones de mi sangre acompasando el ritmo de tu pie tesonero y el voltear tembloroso de tu disco de piedra.

Ya no volverás á poner en mi calle, sobre la angustia

callada de los crepúsculos, la sonata dulce y triste de tu zampoña. Ya no vendrás á mi puerta á tejer en tu rueda veloz, ilusiones hermanas y hermanas esperanzas. Has caminado muy lejos en mi recuerdo, andariego taciturno, y si tuvieras por acaso en tus ojos la amargura inconsolable de mi pena, verías que arrastras con tu máquina los hilos rotos de un poema, y que sobre el lomo de tu muela temblorosa, hay sangre de mi corazón.

MANUEL MEDINA BETANCORT.



BLANCA LARRIERA SIENRA

La neocrítica en el Uruguay

El ministerio de la crítica no comprende tareas de mayor belleza moral que las de ayudar á la ascensión del talento real que se levanta y mantener la veneración por el grande espíritu que declina.

José Enrique Rodó.

Decir que en nuestro país, prescindiendo de Rodó, el admirable Maestro, no existen críticos de arte que loen en sus estudios serenos y amplísimos el rasgo invulnerable de una creación artística, paréceme superfluo y más aún importuno.

¡Graciosa *virtud* la de nuestro crítico cuyo ojo experto halla siempre los lunares mientras permanecen ocultos á los ojos de su entendimiento los grandes toques y la concepción genial!

Enamorados de lo frívolo en el análisis; apasionados de la frase soez y del bajo preconcepto; que llenan de escollos la senda de los peregrinos del arte, mis *neocríticos* habrían logrado la celebridad en un reino de magnates donde el amor á la lectura no hubiese arraigado aún y donde la esperanza de difundir el pensamiento moderno y la estética, las tendencias y modalidades de nuestros contemporáneos, hubiérase desvanecido como el perfume de una flor ensoñada.

Ignoro si en los demás países hispanoamericanos florece la neocrítica, exuberante como en el nuestro. Sé que en Cuba Arturo R. de Carricarte, en Colombia Sanín Cano y García Calderón en el Perú ofician noblemente de maestros espirituales observando el arte en todas sus facetas y estudiando y avalorando su plasticidad y su concepto sin supeditar jamás la belleza de uno de ellos á las debilidades del otro. Estarán solos esos cerebros de alto pensar ó entre la turba de los mediocres cuyos juicios parecen sentencias, como aquí el autor de ARIEL?

El espíritu crítico se revela en los escritores después del fracaso. El que no ha podido triunfar en la novela, en la poesía ó en cualquier otra forma de literatura después de largo tiempo de labor busca un refugio en la crítica y abomina de todos aquellos que consiguen lo que á él no le fué dado. Por eso el crítico literario que ha sido forzosamente un mal novelista ó un poeta mediocre nunca juzga sinceramente, primero por su ignorancia y luego por el odio que en él despierta el triunfo de los demás. Fray Candil, entre los contemporáneos, confirma con su obra mi aseveración. Ese *detective* grotesco de las letras castellanas, ese enemigo de los artistas, que, como Bavio y Moevio, satiriza á los Poetas—digo Poetas y entiéndase que la *poesía es congénita con el espíritu del hombre*— (1) porque no fueron hechos para su frente los laureles del Poeta, tiene aquí algunos emuladores, pocos, pero audaces y plagiarios como él.

Simuladores empedernidos, viviendo en eterno fracaso; asaltando por la noche los huertos ajenos, suntuosos ante su vista y en pleno florecimiento primaveral que contrastaba con el misérrimo aspecto de

---

(1) Shelley: *Defensa de la poesía.*

su propio huerto, de sus canteros desamparados, esos seres engreídos optaron al fin por la crítica, lanzando piedras á diestro y siniestro y atribuyéndose las cualidades del Genio. Al principio se les temió, pero luego, conocido su sistema de zaherir á todos para colmar su envidia; descubierto su afán de menoscabar las creaciones de los otros, se les odió unas veces y otras se les tuvo conmiseración.

Algunos letrados nuestros de valía y de renombre, en cuyas fuentes abrevaran aquellos fatuos *caballeritos*, fueron más de una vez amonestados por ellos y destrozados sus libros por el hacha que esgrimían.

¡Copiaban al Maestro y lo negaban! ¡No tenían siquiera el valor de reconocer sus méritos!

Y no podía ser de otro modo puesto que ellos, ingenuamente, creíanse superiores á él, y como, según sus declaraciones en público, nunca lo habían leído, nada tenían que agradecerle.

Así son mis neocríticos: tan volubles y desagradecidos como estériles.

En este ligero esbozo en que castigo su esterilidad y sus alardes de pernicioso exhibicionismo no es preciso citarlos á todos. Fustigando al más tenaz y encarnando en él á todos, nombraré, pues, á Víctor Pérez Petit, conocido fuera de nuestro ambiente bajo una faz distinta á la suya que lo hace simpático y hasta benévolo con los romeros del arte. Los otros, cuyo dictamen no ha trascendido del Uruguay, no merecen por suerte los honores de la cita.

El precitado escritor dióse á conocer al público allá por el año 1894. En 1895 fundó con Rodó y los hermanos Martínez Vigil la *Revista Nacional* donde iniciáronse muchos talentos que más tarde se hundieron en el olvido. Del cuadrilátero de escritores que redactaban aquella revista sólo Rodó triunfó... triunfó no sólo por su talento y su intuición artística sino también por su norma de tolerancia. Los otros bregaron aún, siguen luchando todavía, pero pertenecen á la gran banda que no crea ni trata de superarse; es decir, son los tipos representativos de la mediocridad.

Amante de la verdad y enemigo del convencionalismo, sea cual fuere su objeto, yo no ocultaré en este breve ensayo la veleidad del carácter y la petulancia del crítico nombrado. Pero, enemigo también del análisis crítico que es símbolo de impotencia, no bajaré á ensañarme con su obra, á escudriñarla profundamente ni á pregonar sus plagios ya divulgados y castigados hasta el delirio por los colibríes que mariposean sobre la flora magnética de Leopoldo Lugones.

En un almacén de libros conocí hace ya cuatro años á Pérez Petit. Por sus estudios literarios publicados en la *Revista Nacional* habíame impuesto de su criterio y de sus modos de ver el arte. Los libros por él juzgados no estaban nunca á la altura de los escritos anteriormente por sus mismos autores. A Daudet y Pérez Galdós los presentaba cual agotados intelectualmente (1).

Cuando le conocí en el lugar preindicado cogió un libro al azar, lo hojeó con nerviosa rapidez y lo arrojó con desprecio sobre el anaquel; cogió otro, muchos más, y todos sufrieron la misma pena, el

---

(1) REVISTA NACIONAL: *Números de 20 de Abril y 5 de Mayo de 1895.*

mismo castigo del ofuscado demoledor. Su gesto, á no estar tachado por el desprecio, hubiera sido el de un juez dictando una sentencia.

Recuerdo que entre los libros excomulgados por él en breves minutos figuraba uno de Contreras. Lo abrió y llamó mi atención, diciendo: *Psche, qué modo de hacer sonetos.* Leyó uno, luego otro, después otro, y fuese al fin satisfecho de su opinión categórica creyendo que yo, en mi silencio no de aprobación sino de lástima, habíalo confundido con un mago de las letras. Y he aquí que un día leyendo sus JOYELES BÁRBAROS observé entre muchos otros de LOS CREPÚSCULOS DEL JARDIN reminiscencias y plagios de aquel libro de Contreras.

Con esa falsa idea que suele tenerse de la propia personalidad, el criterio más disciplinado se ciega y equivoca. Y Pérez Petit, que no es un creador ni un artista sino un erudito (la erudición no es talento) que á fuerza de leer asimila mucho, no es persona autorizada para juzgar á un artista cuya obra sólo puede comprenderla un espíritu exquisito gemelo del suyo.

Tampoco es él un exaltador de temperamento digno de mencionarse como lo ha hecho, quizá engañado por el miraje, mi querido amigo el poeta Villaespesa. Los exaltadores aquí se llaman Florencio Sánchez, Carlos Reyles, Emilio Frugoni... y son de vigoroso temperamento y de instintos creadores. Pero no son críticos porque ellos, para elevarse, no osaron aplicar á la obra de los otros el bisturí de la crítica sino que fueron superándose cada día y en cada uno de sus libros.

Daniel Martínez Vigil y Raúl Montero Bustamante no son *neocríticos*, jamás han ensayado la crítica arrabalera.

El primero, á quien debe admirarse por la entereza de su carácter en una época de adulación, de mentira y positivismo, no es un poeta; es un aislado que versifica y suele observar las cosas á su manera (bastante discutible por cierto) sin hacer víctimas ni mofarse de la producción ajena.

Sumido el segundo en la sombra del prejuicio religioso que no le permite explayarse libremente sobre escabrosos temas de sociología, tiene, no obstante, un alto espíritu de observación que interpreta el arte sutilmente. Sus correspondencias de *La Prensa* bonaerense son bellas páginas que unen una galanura de estilo y una profundidad de concepto raras y admirables. Pero el prejuicio religioso suele cortar las alas de su pensamiento y éste da en tierra confundiéndose con el de la multitud creyente que juzga toda obra artística con la exigüidad de criterio que el dogma le impone. Y así no se puede ser sincero. No puede emitirse una opinión serena y equitativa porque el credo tiene el privilegio de exaltar á las almas distanciándolas de la reflexión. Además, Montero Bustamante rinde culto á nuestros bardos tradicionales. Y ese culto exagerado que no tiene razón de ser por cuanto aquellos copiaban el símbolo literario de boga en su época y nada trascendental nos legaron, ese amor á nuestros clásicos muy poco le favorece; antes bien, lo pierde, pues le lleva hasta negar talento á los poetas de la actual generación. (1)

(1) Esto he podido comprobarlo, después de escritas las páginas precedentes, leyendo un artículo suyo que bajo el título *La crisis literaria* publicó

Y entre éstos y aquéllos no existe paralelo.

Nuestros antiguos poetas ¿qué fueron sino pequeños Zorrillas ó Esproncedas pero sin genio? ¿Qué horizontes señalaron á la juventud de su época y qué influencias ejercieron sobre ella para que hoy se les reconozca superioridad?

Ninguno y ninguna.

Habiendo sido alguno de ellos el poeta de su tiempo, su obra no resistiría hoy el más somero análisis de un lector benevolente. Por eso es absurdo el culto á la tradición, el cual no debe aconsejarse á nuestros jóvenes que necesitan un campo ilimitado donde desarrollar sus facultades intelectivas y un fuerte estímulo contra la corriente regresiva de los cánones literarios.

Las letras americanas estuvieron de parabienes comenzado aquel brillante movimiento con el cual Rubén Darío, José Asunción Silva, Julián del Casal, Gutiérrez Nájera y otros pocos lograron emanciparlas de las tradiciones clásicas. Lo mismo aconteció en España: ahí están los libros de los escritores modernos, que son el mejor exponente de la propia individualidad y la más rotunda negación de la eficacia del escolasticismo poético.

. . . .

Críticos hay aquí que, por su *pose* doctoral y su inepcia en materia de arte, son el hazmerreir de los cenáculos selectos. Su obra permanece inédita y jamás se publicará. Esos deberían ensayar la autocrítica y estudiarse severamente para evitar las torpezas en que incurren á menudo.

Pero no es este libro á propósito para citarlos. Que otros los pongan en solfa y tracen con pulso firme sus siluetas de primatos.

Ciertos poetillas de abolengo aristocrático han gustado imitar á esos cuadrumanos, pretendiendo enaltecer á los mediocres y amortiguar la gloria de los artistas dignos de consagración. Esos expolia-

---

una de nuestras revistas. Montero Bustamante niega allí su propia personalidad, porque dicho artículo es una serie de digresiones erróneas que conviene discutir para soliviantar un tanto el espíritu de nuestros jóvenes literatos. El aludido escritor también niega, rotundamente, la eficacia de la inspiración personal y aconseja la *regimentación de la buena producción para que la literatura nacional recobre sus rasgos característicos.*

Tales rasgos no los ha perdido aquélla. Es que la literatura de cada época tiene sus características, su latido peculiar, sin dejar por eso de ser personales sus más altos representantes.

El individualismo en arte se impone y triunfa. No le pidáis á un artista que siga tal ó cual tendencia poque le exigiríais el sacrificio de su numen y de su libertad espiritual.

Cuanto á que el romanticismo *murió de anemia y de hipertrofia lírica la fórmula decadente* de Baudelaire y Verlaine es una gran aberración. Ambos murieron tranquilamente y por ley de la vida, como los astros y las flores pasado el ciclo de su esplendor.

Montero Bustamante habla del oficio de escritor. Tal oficio en nuestro medio no existe y por lo tanto no puede caer en descrédito á pesar de la literatura híbrida que él atribuye ¿á quién?... no se sabe.

dores que hurtaron á Samain y Baudelaire en Francia, y en América á Gutiérrez Nájera, Rubén Darío y Lugones, hanse erigido en fiscales de las letras y proceden arbitrariamente, con petulancia inaudita.

Contra la insolencia de esos pobres advenedizos que infestan nuestros periódicos el uso de la fuerza se impone.

Poetas: esgrimid el yatagán del ridículo y el garrote de los músculos, y el triunfo será vuestro.

PEREZ Y CURIS.



MARÍA CASTRO

Primera actriz de la Compañía Dramática Portuguesa

Flama revelatriz

Para APOLO.

Arde la bíblica zarza.
Sin quemarse, alumbra y quema...
¡Es el verbo, el rudo verbo
del Anatema!

Es el Espíritu Santo
de la Verdad lo que anima
su fuego, corona ardiente
de la cima.

Relampaguea en la noche
sobre el Horeb de mis sueños,
y á su luz se ve á los grandes
¡muy pequeños!

Se ve negros precipicios
asechando á las montañas
como fauces de monstruosas
alimañas;

torrentes desenfrenados
en una carrera loca,
tajos de luz en la carne
de la roca..:

aguas mansas que cobijan
el torbellino en su seno,
fuentes puras que descansar
sobre el cieno...

Se ve al lobo en los caminos
aguaitando á los corderos,
y puñales que amenazan
traicioneros;

y ojos en que resplandece
el rencor como una daga,
y manos que hunden aceros
en la llaga;

y máscaras de inocencia
sobre torvas intenciones,
y sonrisas que disfrazan
maldiciones.

Y abrazos que cierran lazos,
y crímenes que dan gloria,
y sangre ó lodo en los puños
de la Victoria.

Llama perenne, ilumina
como el verbo de un profeta;
arde y jamás se consume
el corazón del poeta!

EMILIO FRUGOÑI.

La ilusión del crepúsculo

Para APOLO.

Para Alfredo Marfetan.

Era en otoño.—En un salón dorado
que hablaba de extinguidas etiquetas
fulguraban las pálidas siluetas
de una pareja de tacón realzado...

En las vagas penumbras indiscretas
gemían un romance ya olvidado
sublimando el ambiente perfumado
de lilas, de heliotropos y violetas

Para gozar de nuevos panoramas
ó para usar de nuevos galanteos
el Rey del día se esfumó en las lamas

del estanque... Y la tarde de turquesa
que amparara sutiles devaneos
moría en la ilusión de la Marquesa.

JOSÉ G. ANTUÑA.

1910.

La Elegía del Peñón

I

Grita, pues, alma mía. ¡Lanza á los vientos tu clamor! Que tu amor sea poesía y tu dolor sea canto!

Grita, pues, tu pasión á las estrellas! Que suba á las estrellas tu clamor y su harmonía salvaje estremezca las ondas del supremo silencio en cuyo seno gesta, inmanente, el Destino...

¡Cuéntale al mar tu pena, al viejo mar que guarda tan inmensos secretos!

¡Dile tu pena al viento, para que él la disperse y la difunda, y la haga rugir en las tormentas, y llorar en las selvas, y resonar en las cavernas, y silvar en las jarcias de los navíos... ¡Dile al viento tu pena para que se la lleve más allá de los mares, á las remotas islas, hasta que algún girón llegue á *su alma*, hasta que llegue un eco.

II

Fué en un ocaso tempestuoso y bravío, en un ocaso de nubes, estremecido de relámpagos, en que el viejo océano con una insólita pujanza, batía en mis flancos sus milenarias cóleras... Fué en una hora en que me sentía como nunca solo y fuerte, contra el mar, contra el viento, contra el cielo, contra el hombre—una hora de tristeza infinita y de infinito orgullo, cuando tú—¡fugitiva!—posaste en mí tu vuelo que se extinguía.

En mí!... En mí, que soy como el dolor hecho roca!

En mí que soy oscuro, de la más oscura piedra, hirsuto y hostil y lleno de filosidades mortales.

En mí, que soy estéril, de una esterilidad suprema, que hago morir de frío los gérmenes que me traen las alas de los vientos.

En mí, que yergo mi soberana frente de granito, en el furor batiente de un piélago proceloso; y que domeño su inmensidad con la altivez sombría de mi dureza!

En mí, que soy el dueño de mi soledad y mi egoísmo... ¡que me siento enemigo del mar, enemigo del cielo, enemigo del hombre, y que soy tanto más duro cuanto más en mí propio me reconcentro!...

En mí, á quien el odio ha dado tan poderosa voluntad de muerte, que perece, aterida toda ave errante que busque en mí reposo...

III

¿Eras tú acaso el arma de la traición para rendirme? Eras acaso el filtro de algún hechizo artero? ¿O simplemente un lampo ingenuo de ternura que fué poder en ti pues emanaba del amor de los universos?

Porque yo te he amado. ¡Fugitiva!... Sí, porque yo te he amado... Amor, amor era sin duda aquella vibración de ignoto origen, aquella misteriosa palpitación de los átomos estremecidos, que perturbara, la dureza irrefragable de mi misantropía...

Amor era sin duda esa onda cálida que surgía de las profundidades entrañables de mi odio—como una Euménide que diera á luz un angel—como si en mi durmiera desde el principio de los siglos, la célula fecunda que, á tu influjo despertó, en un milagro!...

Parecía que, del corazón llameante del planeta, una vena de fuego, ascendiera hasta mí, para encenderme...

Diríase que el mar, endulzaba sus cóleras milenarias, y las fauces del monstruo que siempre mordieron iracundas mis flancos, iban á acariciarlos con su lengua.

De las lejanas playas amorosas, en el viento llegaba vagamente, como el eco de algún cantar perdido...

En la noche, temblaban con más febril angustia las estrellas, como anunciando oráculos inquietantes...

Y yo, el enemigo de todas las cosas, el que á todas las cosas odiaba, fuí para tí, como un regazo!

Como un regazo yo, el sombrío, el hirsuto, el helado...

Como un regazo, para tí, golondrina de arrullos inefables, golondrina que un día te posaste en mí crestón airado, golondrina que un día te refugiaste herida, en la tormenta, sobre mi mole obscura!...

Como un regazo..

IV

Y lo que era la fuerza de mi Odio, trocóse así en la fuerza de mi Amor!

Ah! si fuera como esas vagas islas que el horizonte ensueña, como esas islas pródigas, á las que ansía arribar el navegante, como esas verdes islas donde maduran los racimos bajo la gran sonrisa de los Dioses!...

Ah, yo hubiese querido florecer, como un jardín, en dorada primavera de rosas...

Y que fuera mi granito, mórbido como la carne!

Y que si alguien viniera á golpear mis flancos, fluyeran de mi entraña, manantiales de miel, de leche, de perfumes...

¡Oh, cómo te he amado, Fugitiva!

¡Oh, cómo entregué á tu leve fragilidad de plumas y de arrullos, todo mi orgullo secular que no arredraran las pujanzas del piélago, y despreciara el brillo de los astros!

¡Oh, nadie, nadie como yo ha amado con toda la potencia de su Odio convertido en ternura!

V

Mas... ¿cómo llegué á crer que tú podías amarme, con aquel mismo amor absurdo, que hacía palpitar mi dureza de piedra como si fuera la carne de un corazón?

¿Cómo llegué á creer que mi ternura inútil, pudiera hacerte olvidar de tus hermanas, y de tus horizontes, y concentrar en mí—en mí que era una roca—toda tu sed de vida?

¿Cómo llegué á olvidar que tú eras sólo un ave extraviada en su camino, un ave herida que abandonaran sus hermanas, y que sólo te detendrías en mí, los días fugaces, que bastaran para curarte de tu herida?

Cómo llegué á olvidar que tú eras sólo un ave fugitiva, con el divino don de la hora errante, y que tarde ó temprano proseguirías tu vuelo, en pos de las sonrientes lontananzas?...

¿Cómo llegué á olvidar—¡oh fugitiva!—que yo era roca y tú eres ave?

VI

Y te he visto alejarte.

Te ha seguido, tras el mar, mi mirada sombría, hacia el oriente, hasta muy lejos..., hasta que tu ala blanca, que era ya casi un punto imperceptible, se posara en el mastil de un navío, que iba á tierras lontanas...

He seguido tu ruta hasta más allá del horizonte.

Te he seguido hasta más allá de la mirada.

Como una noche que no tendrá mañana, así, así he quedado!...

VII

¡Llora, pues, alma mía, que ya sobre tu frente, no luce la cimera de tu soberbia!

Se ha rendido tu orgullo y tu dolor es blando, blando como el dolor cobarde de los hombres... ¡un dolor que se queja!

¡Alma mía!... te han despojado de

tu antiguo valor para sufrir... Ya no eres, no, la roca altiva contra la cual en vano se estrellaban las iras del destino... y á quien, las viejas Furias, consternaran jamás con sus ahullidos...

Te ha vencido el Amor! El Amor es más fuerte que el Orgullo... el Amor que no venció la Muerte!...

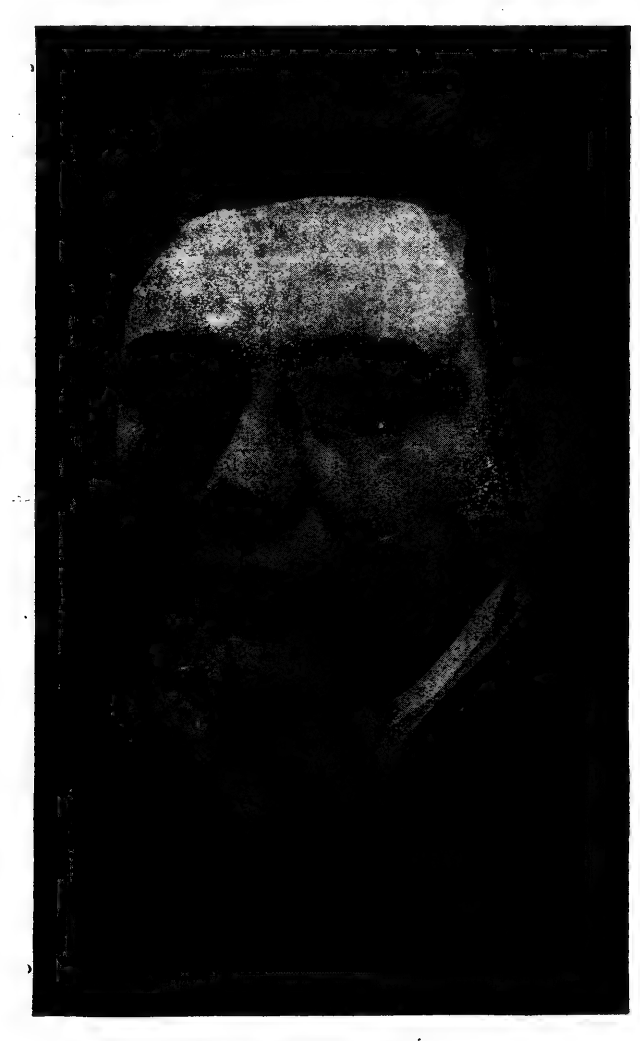
Gime, pues, Alma mía!

Dile tu pena al mar, al viento, al cielo, al hombre...

Y que tus enemigos, esos que no pudieron rendirte, te vean de rodillas, llorando por la quimera fugitiva...

. . . . :

AURELIO DEL HEBRON.



PABLO PODESTÁ
Primer actor de la Compañía Nacional

El Suplicio

Para Apolo.

Ruperto Olmos, el poeta y publicista sexagenario fallecido no ha aún cuatro primaveras, será indudablemente bien recordado por vosotros. La inmensa labor poética y periodística de este cruzado de las letras es frecuentemente citada con admiración. Su vida bohemia, inquieta, nerviosa y pródiga en toda clase de accidentes aun sirve de tema vastísimo á sus modernos apologistas; pero lo que es muy probable que todavía ignoréis, es el martirologio de los últimos años de su vejez achacosa y despiadada.

Oid: A los sesenta y dos años, no tan abatido por la edad como si ensañado por los mordiscos de la miseria, Ruperto Olmos fué atacado súbitamente de una parálisis parcial que en un mal día lo inmovilizó de repente sobre su vieja butaca de estudio, junto al pupitre, allí donde tan bellas producciones lapidara.

Fué aquel un ataque brusco, solapado, á traición, que inmovilizó de repente todo aquel organismo aún hermoso cuya musculatura férrea contrastaba admirablemente con la resplandeciente cabellera ondulante y la albina barba patriarcal del bardo.

En los primeros tiempos de su desgracia Olmos vióse visitado con harta frecuencia por amigos leales y no pocos admiradores. Algunos periódicos y revistas de las que él fuera asíduo colaborador mostraron su reconocimiento hacia aquel hombre cuyo cerebro fecundo tantos pensamientos saludables supo prodigar á las multitudes.

Además, aunque privado de moverse, de arrastrar una pierna ó de levantar un brazo, Olmos aún continuaba enviando producciones á los periódicos, pues, felizmente, su cerebro permanecía incólume, luminoso y clarovidente como en sus mejores años.

Desde la trágica inmovilidad de su sillón, Olmos recitaba las preseas de su sólido talento, que luego eran escritas en el blanco papel por Miguel Ambul, un chicuelo de catorce años, sobrino único de Olmos y á quien éste había recogido al perder aquél sus padres, cuidándolo y educándolo como á un hijo propio y utilizándolo después como su secretario ó amanuense.

Pero un día las visitas de los redactores de periódicos, de los camaradas y admiradores del poeta fueron cesando sensiblemente. Aquella inmovilidad lastimosa del pobre paralítico tal vez les ahuyentó porque les amargaba los éxitos de sus actividades diarias. Olmos veíase cada vez más sólo, y en mitad de aquel abandono, de aquel vacío que sentía hacerse á su alrededor, él pasábase mortales horas en aquella butaca de la mísera buhardilla donde vivía lejos de todo bullicio y alejado de todo ruido exterior...

Hubo inviernos muy tristes en que el frío del cierzo le llegó hasta el alma. Pasó noches de insomnio cruel, evocando recuerdos felices, experimentando la nostalgia de sus bohemias trasnochantes. Luego, conoció más á los hombres y palpó hasta el asco la ingratitud humana; pero su espíritu superior y su alma bondadosa muy poco sabían recriminar...

—¡Miguel!... ¡Miguel!... gritaba Olmos, con voz temblona.

Miguel, el chicuelo desarrapado, el hijo de su hermana muerta, el imberbe secretario del poeta, hacía su aparición con las manos aún pringosas ó con los carrillos enrojecidos por los moquetes que recibiera en un reciente pugilàto con muchachuelos de su edad.

—Escribe, Miguel, escribe,—balbuceaba Olmos transportado por la fiebre de su inspiración de poeta exquisito y de pensador profundo.

Miguel sonreía unas veces; otras refunfuñaba. Con mano pesada y con su caligrafía de rasgos torpes pero audaces, él llenaba carillas y más carillas. Eran veladas hermosas, bastantes extensas, en las que el pequeño secretario más de una vez acabó por dormirse hasta dar de bruces escandalosamente sobre las páginas inconclusas.

Pero muy luego el muchacho llegó á demostrar conatos de rebelión. Solía gruñir. Su oficio de secretario ya se le hacía intolerable. La calle, el libre vagabundear, los juegos infantiles, las pillerías del golfo emancipado le hicieron protestar contra aquel tutor que le obligaba á pasarse horas enteras llenando carillas y más carillas con letra abigarrada. Sí: ¿Cuándo acabaría aquello? ¿Cuándo de una vez por todas terminaría su ingrata cuan fatigosa tarea de llenar hojas y más hojas de papel, con metáforas ininteligibles, con historietas absurdas, con palabras científicas ó de grave liturgia cuyo significado Miguel aún no alcanzase á comprender pero que él escribía con perfecta ortografía gracias al socorrido diccionario que por indicación de Olmos le era preciso consultar á cada instante?

—Miguel, escribe,—murmuraba Olmos, en tanto su imaginación tejía madrigales delicados, narraciones interesantes ó conceptuosos análisis de acontecimientos recientes y de palpitante interés público.

De mala gana, forzado, sin voluntad nada buena de su parte, Miguel escribía. Su mano pringosa de muchacho desaseado no cesaba de esgrimir la pluma, y, sobre el blanco papel, garabateaba renglones infinitos con aquella su caligrafía torpe pero de rasgos audaces que aprendiera desde tiempos atrás durante las lecciones nocturnas que le prodigara Olmos, su tío, su maestro y su protector.

Y así la dura miseria era combatida diariamente. Las cuartillas llenadas por Miguel muy luego convertíanse en flamantes monedas de plata que alcanzaban para pagar al casero, comer un mal guijote y para no morirse de hambre aquellos dos seres miserables pero sublimes!

¡Y qué labor la de Olmos! Nunca el viejo maestro pareció más fecundo ni más hermosamente humano que durante aquellos últimos tiempos en que su vida declinaba tristemente hacia el ocaso. Su concepción era inagotable y su pensamiento de una clarovidencia feliz. Desmoronado, enclavado sobre aquella vieja butaca que ahora fuera su banco de suplicio, todo el cuerpo inmóvil, la hirsuta cabeza aureoleada de canas estremecida por un temblor perenne y angustioso, Olmos parecia resarcirse de la soledad en que se hallaba, concibiendo y lapidando hermosas páginas de un arte exquisito y admirable.

Pero á su vez, muy pronto Miguel pareció ya harto de aquella colaboración fatigosa con el maestro que le privaba de tantas horas de juego y de holgazanería aún durante las noches. Una tarde se rebeló. Perdido por las malas compañías con pinches de su edad, contaminado

por costumbres y hábitos perniciosos que poco á poco fué adquiriendo desde que la garra de su tutor paralítico mostrábase impotente para corregirle, Miguel creyóse con derechos y ánimos suficientes para gritar su emancipación.

—No quiero escribir!... No escribo más!—le gritó á Olmos, cierta vez, con insolencia

Y á partir de este día el suplicio del pobre viejo fué aún más terrible. La soledad se le hizo infinita. La ingratitud canallesca del muchacho lo exasperaba. Luego, todo aquel oro maravilloso de sus pensamientos que se iba á perder á causa de la maldita enfermedad que le privase de coger la pluma, aún amargaba mucho más su triste existencia.

¡Cuántas ideas, cuántos pensamientos, qué de hermosas concepciones perdidas é ignoradas!

—Miguel!... escucha.. Te lo ruego yo!... Te lo ruego yo que he sido más que un padre para tí!... Ven, escribe, escribe, hijo mío! Todo el dinero que por ello obtengas será para tí sólo, sí, para tí!...

Pero el muchacho ya no estaba á su lado. Tiempo há que vagabundeaba al azar con granujillas de su calaña que lo iniciaban lentamente en el pillaje y en el vicio. Y el viejo Olmos, rogaba, suplicaba, imploraba con los ojos llenos de lágrimas desde su inmovilidad de ser impotente y abandonado!... Oh! fué aquél un suplicio atroz! La parálisis había sido hasta entonces resignadamente sobrellevada, pero ra!...

A veces, en un arranque de locura, de inutilidad vana, el maestro hacía esfuerzos inauditos por arrancarse de aquella inmovilidad acaso para él mil veces peor que la misma muerte; pero ¡ay! sus brazos, sus piernas, su torso ya no le pertenecían; estaban en él como algo extraño ó superfluo. Y entonces, durante crueles horas de largo agonizar, Olmos lloraba en silencio, en tanto su venerable cabeza albina continuaba moviéndose con aquel temblor perenne y angustioso...

—Miguel!... Miguel!... Miguel!... Su voz se hacía tierna, dulce, implorante como un sollozo. Su suplicio era peor que el de Tántalo: allí muy cerca y al alcance de su mano yacían sobre el pupitre las carillas y la pluma que él no podría nunca alcanzar!

Y en aquel abandono nadie venía en su socorro. Los mil ruidos de la calle y los murmullos de los pisos bajos llegaban hasta él como un ronco zumbido de marimba vieja y rota. Estaba solo. Solo con la inutilidad de su impotencia, con el florecimiento de sus ideas que le subían á los labios en estrofas geniales ó en párrafos bellísimos que sólo el Maestro conociera!

Y cuando tras mortales horas de soledad se aparecía Miguel, desarrapado, sucio, casi en girones, oliendo á tabaco ó á bebida, Olmos conformábase con recibir de manos de aquél el escaso sustento que aún contribuiría á hacerlo vivir para prolongar su bárbaro agonizar...

Una noche, en la soledad de la bohardilla, á la luz parpadeante de una vela, el anciano, en un transporte de inspiración, de locura sublime, llamó á Miguel con voz anhelante:

—Miguel!... Miguel!...

Se sentía pletórico de ideas, genial, inspirado cual nunca.

—Miguel!... Miguel!...

Un silencio mortal le rodeaba. Los ruidos de los pisos bajos y de la calle eran muy vagos é irregulares. Ya debiera ser media noche; acaso el alborear.

—Miguel!... Miguel!...

A un paso de Olmos, sobre el pupitre, las carillas vírgenes, el tintero y la pluma abandonada le atraían, irresistiblemente.

—Miguel!... Miguel!...

Hizo un esfuerzo. Tentó. La parálisis le tenía inmovilizado como una roca, como un objeto cualquiera...

—Miguel!... Miguel!...

Y aquello fué milagroso, inaudito, casi inexplicable. Olmos se irguió. Durante un segundo pudo permanecer erguido, rígido, inmóvil, estirado como un muerto de pie. Luego dió un paso... Su brazo, como el de un autómata se alargó hacia la pluma ávidamente pero sin lograr tocarla... El viejo Olmos, el anciano poeta, cayó de bruces sobre el negro entarimado de la bohardilla.

A la mañana siguiente algunos vecinos le recogieron. Estaba muerto. Esa tarde los periódicos ensalzaron la memoria del Maestro y no pocos hombres lloraron su partida...

JUAN PICON OLAONDO.

Auto-bosquejo

Venticinco Febreros llevo ya hacia la meta;
Ojos verdes; cabello color piel de león;
Unos labios sensuales; una espalda de atleta,
Y un cerebro que piensa dentro del corazón.

Desconozco la envidia é ignoro el odio. Miento
Cuando creo preciso que se deba mentir;
Orgulloso á las veces; sé decir lo que siento,
Y bien sé que una causa me llevará á morir.

En mi silencio extraño amo á las muchedumbres;
Amo el vuelo del águila; amo al Sol, á las cumbres,
Y á una mujer que nunca le confesé mi amor;

Y á veces en la fiebre que mi pasión desata,
Cambiaría mis versos por un barco pirata
Para incendiar las naves de algún Emperador!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

De "Breviario Galante" (1)

Para Apolo.

RUEGO

Sólo te he visto una hora . . -
Apenas te pude hablar,
¡ Y todo es ya luz y aurora,
De entonces en mi soñar !

Tuyo soy ; porque te adora
Es mi ruego, familiar . . .
¡ Te escribo en verso, Señora,
Para poderte tutear !

Quiero acercarme á tus ojos . . .
Si es que te agravio, de hinojos
Pediré la absolución ;

¡ Tú eres mi Virgen, Señora,
Y tuteándola se implora
A la Virgen el perdón !



SOFÍA SCHUNK



MARÍA E. CHIOLINI

SU SOMBRA

Cuando con paso tan suave
Por el parque en fiesta va
Su personita . . . ¿ quién sabe,
Si anda, ó si volando está ?

Me pongo al verla, muy grave,
Temiendo al ensueño ya ;
¿ Es ala frágil de un ave,
O un alma de hada, quizá ?

Pero lo que más me asombra,
Es que apenas deja sombra,
De la túnica al trasluz

Su cuerpo que al sol deslumbra,
Proyectando una penumbra
Más gloriosa que la luz !

Angel FALCO.

(1) *Libro próximo á aparecer.*

De Arturo R. de Carricarte

El "nacionalismo" en América (1)

(Glosa de un libro chileno)

Para APOLO.

A José Manuel Carbonell, patriota y artista.

Uno de los problemas que en América solicitan más imperiosamente la atención de los pensadores y analistas es, sin duda alguna, el de la «nacionalización». Nuestros países parecen entender el progreso á base de inmigración extranjera, pero no cuidan de asimilar el contingente exotico una vez ingresado al núcleo social, ni menos de seleccionarlo antes de permitirle el acceso. Nuestra previsión política se ha descarriado por un falso concepto de internacionalísmo que no se han atrevido á llevar á la práctica ni aún aquellas naciones que por su gran pujanza material parecen estar á cubierto de todo peligro exterior. Además, esas franquicias extremas al elemento extranjero es peligrosa en sí misma allí donde el alma nacional no ha podido cristalizar aún de un modo definitivo, ni el substratus social es tan sólido que constituya una base suficientemente resistente para soportar el peso de formidables actividades conscientes, más poderosas y decisivas que las autóctonas, por cuanto el inmigrante en nuestros países se transforma en plazo breve de mozo y obrero en patrón y jefe, con el aditamento de la riqueza que ellos acumulan rápidamente y que nosotros no sabemos conquistar. Sobre la base que hoy se practica la inmigración, cada inmigrante llamado para acrecentar la riqueza pública nacional es una fuerza absorbente que acapara en provecho propio la mayor suma de riqueza que sabe extraer de nuestro suelo, descendiendo á sus entrañas para arrancar la veta de la mina ó roturando su superficie para hacerle transformar el grano en espiga que luego transmuta en oro.

Quienes vean exajeración en estas afirmaciones deben buscar la obra del señor Tancredo Pinochet Le-Brun, «La Conquista de Chile en el Siglo XX», en la cual, metódicamente, con sereno razonar y clara y brillante exposición bosqueja el cuadro alarmante que ofrece Chile en su presente, y el amenazador porvenir que aguarda á ese heróico pueblo del Pacífico, tan grande en las letras, tan grande en las artes y tan glorioso en la historia.

Esa valiente obra nos mostrará cómo el nativo desdeña sus propias

---

(1) En nuestro próximo número terminaremos de publicar este estudio del brillante escritor cubano.

Nota de la Redacción.

cosas, su patria, inclusive, su historia, su cultura; cuán inconsideradamente se deja arrastrar por un inconsulto afán de repoblación y con qué desdén los legisladores dan de lado cuanto debían primordialmente precaver, concitando con tal imprevisión el irónico desdén del extranjero á quien quieren halagar. En esas páginas vibrantes, y en las de esta glosa cuyo único mérito consiste en su buena intención, hallará el lector, con hechos recordados de veracidad indiscutible, las consecuencias fatales que la excesiva benignidad para con el extranjero proporciona al pueblo irreflexivamente hospitalario, al posponer el alto interés de la patria al transitorio individual; veremos cómo la imprevisión legislativa va restringiendo cada un día más el límite de las actividades del nativo y cómo la educación mal encaminada, huérfana de todo ideal, mantiene en su desolador desamparo un estado de cosas cuyo último porvenir será, fijamente, el aniquilamiento de la patria.

El señor Pinochet ha creído su obra beneficiosa para Chile y el autor de estas páginas entiende que las cuestiones que plantea interesan á la América toda.

Tal es la razón de ser del presente folleto, gentilmente editado por la brillante revista Apolo.

I

La lectura del hermoso libro del señor Pinochet Le-Brun no puede ser más fructífera en América. Los problemas que expone con una valentía y un civismo excepcionales, no son exclusivos de Chile: en un grado más restringido, ó en ocasiones más extenso, se observan en toda la América española con igual intensidad. Alguna vez se ha tachado esa obra de «estrecho patriotismo». Confieso mi imposibilidad para comprender cómo puede ser «amplio» el patriotismo ante la amenaza de una inminente absorción, ante el peligro grave de la patria, ante el riesgo próximo de que la tierra natal pierda cuanto le es privativo: desde el idioma hasta la propiedad de las tierras. Si ante tal atingencia el patriotismo no vibra enardecido, sino que sereno y frío se exterioriza, habremos de confesar que se trata de un patriotismo muy singular, bastante diferente de lo que entendemos en todas partes por *patriotismo*. Las escuelas en manos de extranjeros, pero no de extranjeros que aman el país de adopción, en donde libran la vida y gozan de preeminencias y prestigios, sino que desdeñan la tierra generosa en donde su posición social y sus elementos económicos han prosperado en grado imprevisto; las tierras vendidas por los particulares á sociedades y sindicatos extranjeros, cuando no cedidas por el gobierno gentilmente, graciosamente, á compañías exóticas; las industrias nacionales vegetando y viviendo vengonzantes, las industrias indígenas en manos de trusts extranjeros; ante tales cosas el patriotismo no puede, no debe, no es posible que sea un patriotismo cosmopolita, sería ilógico en presencia de tales cosas que se diera muestras de un avanzado y moderno altruísmo. El tipo de los *deranicés* no cabe en el marco sombrío del panorama que traza el señor Pinochet. Bien haya el que vengan á la patria extranjeros que contribuyan á engrandecerla, pero bien haya también quienes mantengan incólu-

m., el acervo patrio, quienes reafirmen el porvenir de la noción «patria»; quienes contrarresten las propagandas y tendencias malsanas, encaminadas á extinguir el concepto nacional y el ideal de independencia y autonomía moral, imprescindibles para que subsistan la independencia y la autonomía políticas. Si la mente, si el espíritu no vinculan el concepto de la patria y la bandera, bandera y patria desaparecerán en plazo más ó menos breve. Fuera de Inglaterra el inglés no concibe país grande, ni admite instituciones progresistas y amplias en grado mayor que las inglesas; fuera de Francia el francés no reconoce el progreso, la cultura ni la civilización. El francés lleva su exajerado patriotismo hasta el grado de que la enseñanza de los idiomas extranjeros en las clases elevadas es privilegio de un número muy reducido, y nulo en la práctica para las masas populares. En América hacemos los idiomas extranjeros obligatorios para las escuelas públicas. Y el idioma es el único baluarte que mantiene integérrimo el sentimiento patrio. Juzgándolo así la segunda intervención yankee en Cuba hizo obligatoria la enseñanza del inglés en las escuelas públicas...

La cuestión del idioma es tan decisiva que el Gobierno Federal de México se vió obligado en 1905 á promulgar una ley en la cual se prohibía el uso de idiomas extranjeros en las muestras de casas de comercio y en los anuncios y reclames de las mismas de no acompañarse de una traducción en castellano.

Bien sombrío es el cuadro que el señor Pinochet nos describe: escuelas, industrias, gobierno, instintos, ideales, todo tiene sello extranjero en Chile; todo tiende á la extranjerización. Y, sin embargo de que este cuadro es verdaderamente aterrador para los que tenemos un ideal de engrandecimiento americano sobre la base de la perpetuación de nuestra subraza, la impresión que deja el libro no es de desaliento ni de pesimismo. Al contrario, es alentadora. Porque los males no son nunca desesperados si se tiene conciencia de ellos. Ningún morbo social es fatal si ha sido diagnosticado y previsto, y, afortunadamente, no es el señor Pinochet el único que ha dado la voz de alarma ni el único que ha denunciado en su país la «extranjerización» de Chile. Un gran diario rioplatense adujo de «La Conquista de Chile en el Siglo XX» que «era una glosa más del famoso libro «Raza Chilena» de Palacios». En buena hora, la propaganda del libro en tan noble sentido jamás será excesiva: la publicidad del terrible peligro nacional que amenaza al culto país del Pacífico, es la muestra mejor de que tenemos el derecho, el riente derecho de abrigar esperanzas, de confiar en que los males denunciados desaparezcan más adelante; en que una saludable reacción se produzca en los elementos del Gobierno y que Chile se salve para la civilización genuinamente americana, para la grandeza y el esplendor de América.

Hace poco tiempo apareció en Montevideo un folleto en que se atacaba sañudamente al insigne poeta uruguayo don Juan Zorrilla de San Martín, y aunque el folleto aparecía suscrito por un pseudónimo, éste no pudo velar el nombre de un distinguido diplomático oriental, publicista eminente. El autor del folleto no quiso consignar en él sino burlas y dicterios contra el autor de la «Leyenda Patria» porque éste intentó resucitar la epopeya charrúa, porque tuvo amor hacia la raza aborigen, que sería díscola, que sería cruel, que sería sanguinaria, pero

Galería de "Apolo"



ARTURO R. DE CARRICARTE

que, en estricto derecho, era la propietaria de estas tierras magníficas que el español le arrancó con sus tradiciones, con su derecho, con su sangre y con su vida hasta el punto de extinguir la raza. Yo creo que los chilenos no tienen el derecho de insultar á los araucanos, que los peruanos deben mirar siempre á los incas con respeto y admiración, que los mexicanos deben tener para los aztecas y toltecas un recuerdo de amor y de respeto, que los antillanos debemos siempre conservar el culto de una memoria llena de unción hacia nuestros progenitores los siboneyes. El francés venera al galo, el inglés al sajón, el alemán al teutón, y se glorian de su ascendencia. Y, sin embargo, ingleses, franceses y alemanes nos enseñan la civilización y la ciencia y la cultura y las artes y las letras... No debemos admitir, proclamémoslo lealmente, que sea un europeo, un español, un compatriota de los insaciables y sanguinarios repobladores de América, quien nos dé lección de humanidad, respetando y amando á los aborígenes de América. Las Casas debe tener imitadores entre los descendientes del expoliado indígena. No es vengüenza pertenecer á una raza que no tuvo tiempo ni oportunidad de incorporarse al movimiento de civilización y cultura modernas; la vergüenza podría producírnosla el querer retrogradar, pero no el respetar la memoria de nuestros antecesores. Pues bien, si un diplomático, el que debe representar á su país ante el extranjero siente tal desprecio por los aborígenes de su país ¿qué mucho que los extraños miren con desprecio, no sólo al progenitor sino también al descendiente?

II

La cultura chilena, en el estado en que hoy se encuentra, si persiste será en lo adelante cultura «de» Chile, pero no chilena. Será la cultura de los «habitantes» de Chile pero no la de los chilenos. Y ¿por qué, con qué derecho renunciarán los chilenos al disfrute de su país, al derecho de tener una patria? La inmigración es provechosa cuando faltan brazos, cuando faltan pobladores, pero teniendo unos y otros, es un elemento perturbador si no se controla esa inmigración. El deber primero de toda sociedad urgida de nueva población es asimilarse el elemento extranjero que se avecina. Y mal podrá lograrse esta asimilación si el nativo se desarraiga y niega su patria. Es un problema continental el planteado en Chile. Es un magno problema que á todos interesa por igual, ya que padecemos la fiebre de la inmigración. Llevado á su última síntesis el análisis nos muestra que es falso el concepto de la imperiosa necesidad de la inmigración; el pretexto para establecer su urgencia es la carencia de brazos; pues bien, la capacidad de producción de un país no está siempre en razón directa del número de brazos disponibles para las tareas mecánicas, sino indefectiblemente en la de la capacidad del obrero. «En sus once millones de indios y mestizos embrutecidos por el fetichismo católico, la ignorancia, el fatalismo y el pulque; en sus trece millones y pico de habitantes, ociosos y viciosos en su mayor parte, México no produce lo que la improvisada Australia en un territorio más pobre, pues lo que hace la capacidad de los brazos, no reside en los brazos ni en los fetiches milagrosos, sino en el cerebro y en el corazón del hombre mismo; y

la China tiene tal sobra de brazos que hay parajes donde el trabajo de un hombre por semana cuesta diez centavos y las máquinas de vapor resultan inaplicables para la industria porque la fuerza muscular del séi racional es más barata que el carbón, mientras en el Far West de la Unión Americana, los carruajes se alquilan sin cochero, dice Roussier, por que este gentleman costaría más que el carruaje y los caballos.» (1)

Contemplemos la llegada de un trasatlántico cuya sentina viene abarrotada de inmigrantes, de «salvadores» de la patria; de los que vienen á engrandecerla, para mayor gloria de nuestra bandera; contemplemos los civilizadores, los engrandeceros, los salvadores: míseros labriegos cuyo noventa por ciento es analfabeto, rudos y toscos que vienen á «jacer la América» no á puro de inteligencia y de saber sino a fuerza de brazos y á golpes de puño. Y en compensación, los nativos demandan inutilmente trabajo ó piden tierras al gobierno sin lograrlas. (2) No son hombres lo que nos falta: son máquinas; no son bazos, son iniciativas. La tendencia de la industria moderna, qué decir, hasta la del comercio es suplir por la fuerza mecánica el esfuerzo manual. Nosotros que usamos en pleno siglo XX el arado fenicio, olvidamos que la naturaleza nos ofrece hulla blanca donde nó la hulla negra: los brazos que pedimos á las viejas naciones del continente. Y estas fuerzas naturales nos lo ofrecen todo sin exigirnos nada en cambio: ni tierras, ni exenciones de impuesto, ni siquiera el que nuestros compatriotas aprendan, para poder entenderse en su tierra nativa, un idioma extranjero. Los gobiernos de América otorgan todas las franquicias al capital extranjero, pero no inician ninguna obra nacional. Conceden á veces subvenciones tan cuantiosas para protejer una industria nueva en el país, organizada por extranjeros qué son los que van á beneficiarse, con tal munificencia que podría ese gobierno establecer con igual ó menor gasto por su cuenta propia la industria que otros van á explotar con capitales las más veces nominales y sin mayor aptitud que la que pueda poseer un nativo, falto de audacia para decidirse y falto de protección para ser alentado.

Tal ocurren en Chile, donde los bancos extranjeros «disponen de recursos mitológicos, que no traen al país para hacer sus operaciones. La ignorancia capital nacional les lleva depósitos en abundancia que asombra. El 25 por 100 de los ahorros nacionales están depositados en aquellos bancos que no tienen base legal y sobre los cuales no cabe vigilancia gubernativa». (3) Operan, sencillamente, con dinero de la nación, con capitales del gobierno, y que el gobierno tiene suficiente candidez para tomarle de nuevo, pagando interés leonino á pretexto de

(1) Agustín Alvarez: «La transformación de las razas en América», pág. 124, Barcelona, 1908.

(2) En la página 76 de su obra que gloso, el señor Pinochet revela que según la Memoria del inspector general de colonización correspondiente á 1903, siete mil chilenos habían pedido tierras al gobierno para colonizarlas y que el gobierno no accedió á ello para poder reservar tierras para los inmigrantes extranjeros.

(3) Discurso del señor Joaquín Walker Martínez citado por Pinochet Ibid página 127.

empréstitos que esos mismos bancos acaparan, gracias al dinero ganado... con dinero del prestatario. Debemos mirarnos en ese ejemplo doloroso y servirnos de las enseñanzas que él nos ofrece para no incurrir en los mismos errores. La patria hecha, conquistada, defendida por nuestros padres es un vínculo, una hijuela, del que no tenemos el derecho de deshacernos. Ni es ni debe ser renunciable un patrimonio para alcanzar el cual lucharon nuestros antepasados más que nosotros mismos hayamos podido combatir. Defender esa teoría no es patriotismo «estrecho»: es civismo y comprensión exacta de la política que siguen los demas pueblos de la tierra: todos, y muy especialmente aquéllos cuyos usos y hábitos queremos copiar servilmente sin análisis ni estudio. Es á los gobiernos á quienes corresponde esa labor de «nacionalizar». Sin olvidar que como expuso Bello hace más de 50 años, (1) «el espíritu comercial ha llegado á ser uno de los principales reguladores de la política.»

En un libro muy reciente, como que su aparición data de breves semanas, un admirable publicista argentino ha puesto de manifiesto lo que hacen y preparan los países europeos con la educación de sus nativos (2); es la enseñanza á la base social lo que constituye el más sólido asiento del país: nacionalicemos, pues, la enseñanza, nacionalicemos la industria, nacionalicemos ¡oh escarnio! nuestras TIERRAS para poder tener patria, para garantir su persistencia, para asegurar su futuro y su esplendor.

III

En la lucha por la vida (the strugle for life) cada día menos prevalecen y triunfan las armas naturales. Para dominar el espacio no buscamos saltarines sino monoplanos; para dominar la distancia no adiestramos la voz ni las piernas, sino que utilizamos la electricidad de la atmósfera robándole sus ondas, y contruimos automóviles; para dominar el tiempo nos servimos de todos los agentes transformados por las artes, por la industria y por la ciencia. El cultivo de la tierra no lo dejamos abandonado al capricho de las fuerzas ciegas sino que regulamos hasta el número de semillas y el número de frutos que debe dar cada árbol, como eliminamos los huesos innecesarios del animal cuya carne nos nutre para que dé en músculos, en sangre y en grasa lo que antes perdía en osamenta. Y, en el orden político, en el orden social, no podemos dejar que actuen libérrimamente las fuerzas naturales tampoco, sino que á ellas debemos sobreponer nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Una legislación adecuada es el arma con que podremos dominar todos los obstáculos, aunando en ella todos los empeños y esfuerzos para salvar la personalidad, para mantener incólumes la soberanía, el crédito, el prestigio, el honor de nuestros pueblos y, como consecuencia, poseer capitales, crédito é indutrias con que subvenir á las necesidades domésticas y traficar con el extranjero.

La comunidad es susceptible de progreso y, de hecho, avanza siempre en un sentido de mejoramiento moral y de constitucionalidad, así

(1) Principios de Derecho Internacional, por Andrés Bello, 3.a edición página 14, París, 1873.

(2) Ricardo Rojas: «La Restauración Nacionalista», Buenos Airs, 1909.

e el orden interno del mútuo respeto individual, como en el trato recíproco de las naciones entre sí. Pero es indudable que esa perfectibilidad colectiva puede ser acrecentada por medios externos, y no precisamente por una sanción coercitiva, sino, por el contrario, estimulando cualidades innatas y haciendo perceptible la utilidad y conveniencia de la prevalencia del derecho sobre el egoísmo irreflexivo.

Con una precisión y claridad sorprendente el ilustre pudlicista chileno señor Jenaro Abasolo expuso este principio indiscutible en su obra monumental «La Personalidad Política y la América del porvenir». «La sociedad, dice en la página 296, es la potencia creadora de sí misma, i es conciencia, i es elección de lo mejor.»

Ahora bien, que no es equitativo ni beneficioso incurrir en extremos exajerados: no existe un sólo tratadista acreedor á respeto que no reconozca como imprescindible el derecho de defensa, y es este el que menos se practica entre los países neomundiales. El «egoaltruísmo» de Fouillet y de otros pensadores, entre ellos el ilustre profesor cubano don Enrique José Varona, impone la *preservación* como elemento primordial de existencia. Será altruísmo contradictorio y absurdo el que se basa en la propia destrucción ó en el grave quebranto de aquel que realiza el beneficio. Y ocurre que, inspirados por egoísmo ciego, caemos en el extremo de un altruísmo enervante que nos hace abdicar derechos permanentes, hipotecando el porvenir sin ninguna ventaja real. Sacrificamos bienes inherentes á la soberanía so pretexto de preservar la soberanía; habituamos nuestros pueblos á la idea de una inferioridad idiosincrásica cuando sólo lo es circunstancial, y sembramos en ellos el fatalísmo letal, sin darnos cuenta de que el pesimista es un vencido de antemano. La profilaxis social que conviene á Hispano-america es la difusión del optimismo; inculcar la fe en el porvenir colectivo, la confianza en el destino propio, la evidencia de nuestros derechos, y la indiscutible capacidad para realizar ese destino, la facultad inalienable de ejercer los últimos. Tal es, á la postre fácil, el sistema de educación nacional que conviene, que urge á nuestros países. Y, claro está, debemos comenzar por llevar ese espíritu de fe á la escuela pública que es donde se incuba el núcleo de los dirigentes del porvenir. Inculcar en el ciudadano desde la infancia, no sólo los deberes que contrae por el hecho de nacer, para consigo mismo, sino también para con su patria, y, sobre todo, mostrar cómo es incompatible el bien individual que tiene por base el sacrificio de la colectividad.

No olvidemos que los pueblos que son tributarios en el orden económico lo son á plazo más ó menos largo en el orden político. Metrópoli económica es nuncio de metrópoli política, y para llegar á una servidumbre humillante no vale la pena recordar que Bolivar y Sucre, San Martín y José Martí, Sarmiento y Rivadavia, nos enseñaron cómo se muere por la patria, cómo se crea una patria, cómo se organiza una patria, cómo se consolida una nacionalidad. El español viviendo del pasado, ha empobrecido su país, nosotros olvidando nuestro pasado lo estamos envilenciendo y de hecho consentimos en que nos despojen de él. Los Estados Unidos del Norte que tienen una patria grande y fuerte se acuerdan de Inglaterra para amarla y admirarla pero no han copiado de ella ni su legislación ni sus procedimientos. Nosotros, en cambio nos acordamos de España para insultarla... y para imitarla

Los relicarios dulces

Para Apolo.

. . . .

Hace tiempo, algún alma ya borrada fué mía...
Se nutrió de mi sombra... Siempre que yo quería,
El abanico de oro de su risa se abría,

O su llanto sangraba una corriente más;

Alma que yo ondulaba tal una cabellera
Derramada en mis manos... Flor del fuego y la cera...
Murió de una tristeza mía... Tan dúctil era,

Tan fiel, qué á veces dudo si pudo ser jamás...

. . . .

Delmira AGUSTINI.

A la ciudad de Montevideo

Para Delmira Agustini.

Pienso en ti como en una lejana y sonriente
princesa que enamora con su alma singular;
tienes un ayer noble y un dorado presente
con que la luz de claro futuro sonrosar.

Más que soñarlo, vives tu sueño felizmente,
luces, fuera de títulos del saber y el cantar,
oro de primavera sobre la hermosa frente
y ojos de azul purísimo... porque miran al mar.

Mereces que un rey joven á conocerte vaya
peregrinando, y sobre la arena de tu playa
riegue todas las gemas de su país en flor.

Poeta que no tiene dádiva tan preciosa
para ofrecer, te envía con una mariposa
lírica el homenaje de su reino interior.

Alberto SÁNCHEZ.

Bogotá.

Carlos Caváco



O Sapo

Para os [illegible]

Sobre o pantano escuro, entre a folhagem baça,
onde não chega o sol, onde não sopra o vento
o mysterioso sapo a cabeça adelgaça
e fica a prócurar o claro firmamento.

Por elle a multidão indifferente passa
e não se prende a vel-o um unico momento,
pois seu olhar tristonho annuncia desgraça
e causa mesmo horror o seu côrpo nojento

Entretanto, se um dia algum mortal buscasse
saber d'alma do sapo o segredo profundo
e todo o seu mysterio ao certo presentasse:

talvez que ao conhecer d'esse animal immundo
d'alma o grande segredo, essa alma desejasse
para ser mais feliz no pantano do mundo.

OS NOSSOS OLHOS

Quando certa vez fallaram
os teus amôres, dos meus,
os meus olhos se encontraram
poisados nos olhos teus.

E tantas cousas disseram
os teus olhos para os meus,
que os meus olhos se fizeram
escravos dos olhos teus.

Foi assim que principiaram
os teus amôres, os meus,
quando os meus olhos ficaram
poisados nos olhos teus.

Porém, teus olhos deixaram
de se fisarem nos meus,
e então meus olhos cegaram
na falta da luz dos teus.

CARLOS CAVÁCO.

NOTAS SUELTAS

Para **APOLO**

La celebridad es como el pan: los que lo ven en la vidriera reluciente no saben el trabajo que costó amasarlo, ni adivinan las materias deleznables que entran á veces en su composición.

—

Hay almas femeninas que ejercen la atracción de esas ventanas abiertas por donde en las noches de estío se escapa la melodía de un piano.

—

Fulminar contra el destino, es confesar una inferioridad.

—

Hay amistades que como el amor de ciertas mujeres necesitan la presencia constante para subsistir.

Hay algo más subalterno que la mala fe del que lanza la calumnia: la pasividad del que cree en ella.

—

El amor es como el rayo: sólo cae sobre las cimas.

—

Por ciertos corazones la mujer pasa sin levantar un rumor: la nieve apaga el eco de los pasos.

—

A la posteridad y á las novias sólo mostramos lo mejor de nosotros mismos.

—

Ciertas fórmulas de cortesia son, como los guantes, un estorbo para quien las usa por primera vez y una necesidad para quien está acostumbrado á ellas.

Manuel Ugarte

Ante la alcoba

Para Apolo

De aquella alcoba en la penumbra triste
que tal vez para siempre has olvidado,
¡aun se buscan los besos que me diste
y los dementes besos que te he dado!

Aun distingo tus pasos en la alfombra
hollada apenas por tu pie pequeño,
mientras yerra mi alma por la sombra
perdida en el ocaso del Ensueño.

. . . .

En lo más hondo de mi pecho amante
el corazón callaba su latido,
creyendo percibir á cada instante
el frou-frou juguetón de tu vestido.

Si el menudo compás de un taconeo
en la calle desierta resonaba,
¡con qué ardor apremiábame el deseo,
pensando que eras tú la que llegaba!

Y cuando al fin entraste de puntillas
comprendiendo mi afán y mi ternura
me brindaste, nerviosa, tus mejillas
temblando de inquietud y de ventura . . .

Con qué vehemencia el corazón latía
cuando en tus brazos me tuviste [illegible]
al juntarse tu [illegible] con la mía
[illegible] de un ardiente beso!

[illegible] tus sonrojos
de mis manos lascivas al contacto,
mientras cerrabas tus oscuros ojos
[illegible] más sensible [illegible]

Yo te inicié en las [illegible]
[illegible] sombra [illegible] recinto,
[illegible] á tu carne las pasiones
[illegible] del instinto!

[illegible]
[illegible] tu cintura,
mientras todo tu cuerpo estremecía
un voluptuoso espasmo de ternura.

¡Cómo se queja en mi sensible pecho
la inmensa desventura en que me [illegible]
cuando medito en ti sobre este lecho
que sabe del ardor de tus caricias . . .!

Y con todo, mi espíritu iluminas;
aun tu recuerdo en mi memoria existe
que no puedo pagarte con espinas
los intensos placeres que me diste!

Por refinado instinto sibarita
al verte junto á mí pálida y [illegible]
como á la blanca Venus Afrodita
te quise contemplar toda desnuda . . .!

Y así te vi! ¡Qué formas ideales
Mi musa á revelarlas no se atreve
Parecían tus senos virginales
dos capullos dormidos en la nieve . . .

Pero no temas, no! Ninguna [illegible]
violará de ese ayer [illegible]
Jamás levantaré con [illegible]
la loza inmaculada del Misterio.

Mas en el pecho una esperanza [illegible]
que retempla mis crueles agonías:
Nadie, nadie tendrá para contigo
más ardientes vehemencias que las mías.

Como gemimos cuando el Mal nos roba
el ser que yace junto al foso abierto,
así he llorado en la querida alcoba
por nuestro amor ya para siempre muerto.

Aquellos días de ventura y calma
por siempre en el pasado se han perdido
sólo reina en los hielos de tu alma
la cruel indiferencia del olvido.

Y en el frío regazo de la estancia
cuando en mí mismo sin pensar [illegible]
esparce en el [illegible] su fragancia
la flor [illegible] recuerdo.

J. [illegible] VIANA

De mi ensueño

Para Apol[illegible]

He soñado que estaba contigo
De la alcoba en el [illegible] misterio
Y atrayéndome á ti, me besabas
Con cálidos besos;

He soñado que, amante, rodeabas
Con tus brazos [illegible] mi cuello
Y, muy bajo, á mi oído decías:
«Mi Amado, te quiero!»

Y entre [illegible] de rosa [illegible],
Reclinados los dos en el lecho

El Amor nuestras almas unía
En un lazo estrecho

Ah! qué dicha tener [illegible]
Mi cabeza en tu [illegible] seno,
Aspirando la esencia de nardo
Que exhala tu cuerpo

Sí, mi Amada, [illegible] cuerpo de [illegible]
Blanca rosa cual flor [illegible]
Con contornos de Venus [illegible]
[illegible]

A[illegible] M. AGUIA[illegible]

Nov[illegible]

Un triunfo

Bello y grande es el triunfo alcanzado por Apolo al entrar con el presente número en el primer lustro de existencia. Los cuatro años transcurridos desde su aparición fueron pródigos en tristezas y desencantos; la hostilidad del medio y la apatía del público refractario á las manifestaciones artísticas, en primer término, luego la guerra sórdida y baja de esos charlatanes é impotentes, se ofrecieron á mi vista como una barrera. No obstante eso y las hondas preocupaciones en que sume al proletario el problema de la lucha por la vida, siempre bregué por Apolo con inquebrantable tesón, dedicándole cariñosos cuidados y viviendo para él como un verdadero bohemio fiel al arte y la libertad. Y ahora, después de cuatro años de dudas é incertidumbres, he conseguido hacer de él, no una revista puramente nacional, pues tal intento nunca lo tuve, sino una antología hispanoamericana donde con pronto se refleja la grandeza de las selvas vírgenes y repercute el rumor del Plata y el Amazonas como se aspira el perfume de las campiñas castellanas que riega el Guadalquivir.



M. MORENO ALBA — BARRANQUILLA



[illegible] LUIS ROCUANT — S. CHILE

Los mas altísimos literatos con que cuentan España y la Améri-



F. GARCÍA GODOY - SANT. DOMINGO

ca Latina han apoyado á toda hora mi desinteresada labor en pro de las letras castellanas prestando su valioso concurso á APOLO y contribuyendo de tal manera á su rápido encumbramiento de ayer y á su triunfo de hoy que será definitivo. Compréndase que tal triunfo ha sido no para su Administración sino para su Dirección. No gusto mezclar guarismos en estas notas literarias y si lo hiciera una sola vez enumerando los suscriptores que aquí tiene APOLO daría una exacta idea de la incultura de nuestro pueblo donde los más se deleitan contemplando las láminas ó leyendo los chascarrillos de ciertos periódicos de ín[illegible] que merecía.

R. MINELLI GONZÁLEZ - ROMA

Por otra parte APOLO no ha sido hecho exclusivamente para el Uruguay. Antes que aquí, se le conoció en el resto del continente. Y en todas partes tuvieron una frase de aliento para él, frase que debo agradecer nuevamente al dejar cerrados cuatro años de lucha en los cuales mi voluntad triunfó sobre las zozobras naturales de la época y el ambiente.



J. DE DIEGO - S. J. DE PUERTO RICO

El lector juzgará de la importancia de APOLO por sus corresponsales-redactores de Europa y América, cuyos retratos intercalo en estas páginas, lamentando la falta de algunos que se me

[illegible]cieron hace tiempo y me im[illegible] de presentarlos.

Cuanto á la misión de Apolo [illegible] el Uruguay, ella está bien de[illegible]ida: propender á la evolución [illegible] la juventud intelectual dán[illegible] facilidades para exteriorizar [illegible] sus pensamientos. Y para [illegible] cumplimiento de esa alta mi[illegible] [illegible] se ha solicitado ni se [illegible] ningún subsidio. De ese [illegible] resalta más completo el [illegible].

El autor de estas líneas [illegible] [illegible]



MANUEL UGARTE — PARÍS

[illegible] sido los principa[illegible] les enemigos de esta publicación pues, negándose con [illegible] benevolen[illegible] [illegible] sus páginas, no han trepidado [illegible] criticar amar[illegible]gamente cuando mi [illegible] [illegible]queza rechazó de lleno sus ges[illegible] de adulación. Porque yo no adulo ni quiero que me adulen. Amo la franqueza brutal si se quiere, pero no transijo con los individuos que vienen á mí im[illegible]plorando un favor y poniéndose de rodillas. Esa actitud del es[illegible]clavo consciente que hoy pretende hacer objeto de sus lisonjas lucrativas al que, mañana [illegible] [illegible]gará [illegible] descanso, me produce nauseas y me lleva á la [illegible]dad. [illegible] [illegible] amistad [illegible]



[illegible] MANAGUA



[illegible] [illegible]ORÍA

tontos y de los farsantes. Por eso Apolo que es portavoz de mi espíritu, tardó en conseguir el triunfo.

PÉREZ y CURIS.

Sonetos

Añoranzas

Quedaron lejos la heredad; el valle
nativo; el río rumoroso;
el cementerio blanco y silencioso;
la vieja iglesia, la desierta calle.

Dejad con el recuerdo que batalle,
y busque á la distancia el orgulloso
campanario, que un tiempo, clamoroso,
midió mi vida en su menor detalle.

Quiero escuchar de nuevo sus campanas;
ver los maizales en que canta el viento;
necedades hablar con las aldeanas,



GUILLERMO ANDREVE — PANAMÁ

y vagar por los campos, cuyo aliento
perfumado aspiré muchas mañanas
que aun viven gratas en mi pensamiento.

¿Por qué?

Eso pensaba ayer; más vi sus ojos
y he arrojado al momento todo aquello
en el profundo olvido; si algo bello
hay en la vida, que hoy me cause antojos

es el ver en su rostro los sonrojos
de la virtud; el púdico destello
que se advierte en su frente: regio sello
de bondad, que disipa los enojos.

¿Por qué secreto influjo Ella ha llegado
á causar en mi ser tan honda herida?
Todavía lo tengo yo ignorado!

Mas no echo menos mi heredad perdida
ni el valle, ni la iglesia, ni el callado
cementerio. Comienza en mí otra vida.

GUILLERMO ANDREVE.

Panamá.



FROILÁN TURCIOS — TEGUCIGALPA



GUILLERMO LAVADO ISAVA — LA GUAIRA — VENEZUELA

Hoja de album

«Suavidades para la suave»

Para APOLO.

Eres astro en la comba del cielo;
Eres flor en la verde pradera;
Eres casta cual místico anhelo
I ideal como azul primavera.

Eres tierna y sutil como un vuelo;
Sugestiva como una quimera,
Y en tu alma, más blanca que el hielo
se adormece una alondra hechicera.

Es tu vida de ensueños y amores,
Va sembrando la senda de flores
A tu paso la Diosa Fortuna.

Y me finjo al mirarte tán bella,
Que del reino ideal de una estrella
Te has fugado en un rayo de luna.

GUILLERMO LAVADO ISAVA.

La Guaira- Venezuela- 1909.



L. CORREA—CARACAS, VENEZUELA

Nuestro corresponsal en Europa



JULIO RAÚL MENDILAHARSU



JULIO HERRERA Y REISSIG

La voz del vidente

A Pérez y Curis.

. . . .

(Y habló así, — desde la cima de la montaña dormida, — después de pasear sus miradas por el abismo circundante):

Mis ojos poséen el relámpago ignorado de una nueva luz... de una nueva vida.

He aquí á mis ojos — desafiadores y reverberantes, — dueños de un Gran Secreto.

Yo os daré la dádiva irrecompensable del secreto de mis ojos, á los santos juramentos de vuestras fidelidades...

Pero, cuando en la opulencia llameante de la orgía placentera; cuando en el alborozo sin límites de la delectación, sientas galopar por tu psiquis el garfio helado del desmayo, apaga los párpados...: el más glorioso de los homenajes al Secreto, es el homenaje de la tiniebla...

¡Sí! Porque yo le arranqué al seno de la tiniebla misteriosa, el tesoro del secreto de mis ojos...

(Súbitamente una grita lejana le sorprende en su profética actitud, y le hace callar. Los ecos de su voz se han ahogado ya en las cavernas del abismo espectante... La grita ha cesado. La voz reanúdase más vibrante, como vigorizada por el soplo de una inmensa fé):

La clarovidencia de la sombra, constituye el enigma...

¿Quién conoce los efluvios áureos de la sombra?...

Mi Gran Secreto se relaciona con los hombres. Vaticina devenires. Augura tiempos ulteriores.

Por él, — por este Gran Secreto que os revelo, — sabed que la cuádriga humana rescatará el caudal inmenso de sus ilusiones perdidas y lloradas...

Reconquistará las esperanzas, — de frentes esmeraldinas, — que se tornarán magnificentes realidades; ¡las esperanzas caídas á la vorágine del olvido, en el más angustioso lloro de los desencantos letales!...

(El vidente ha pronunciado las últimas palabras, débiles y trémulas, hasta convertirlas en agónicos balbuceos. Luego enmudece. Reclina la cabeza sobre el pecho, y así, rígido, inmóvil, como hipnotizado por extrañas fuerzas, parece que aguardara el correr de las horas. . Al fin sale de su profundo sopor. Sacude la espesa cabellera que flota á los aires, y vuelve á exclamar con voz estentórea, vivificada en quien sabe que fuentes de energía):

¡Aguardad las pascuas universales! Y saludadlas. Saludadlas, porque ellas condensarán los amaneceres de todas las maravillas resurrectas:

El de la Libertad, amordazada y gimiente en los dogales del Prejuicio;

El del Derecho, siervo de iniquidades triunfadoras;

El de la Justicia, burlada, víctima de bárbaras turbulencias;

El del Amor, — el del sacro amor, — esclavo de la ponzoña de las almas;

El de la Verdad... el de la Belleza...

(Dichas estas palabras, cayó de la cima de la montaña dormida, al abismo espectante. El abismo lo acogió — silencioso y solemne — en su lecho de sombras opacas y pavorosas)...

... ¡Oh, el tesoro del secreto, arrancado por el vidente al seno de la tiniebla creadora, fué reclamado por el fondo infinito del abismo!

. . . .
. . . .

Montevideo.

JUSTO DEZA.

Ante un cráneo



EULINA BARRETO

(Compañía Dramática Portuguesa)

El cráneo de un hombre es un libro abierto.

Yo tengo el culto de los libros.

Y en el hueco oscuro de esta caja de hueso están escritos los grandes, los misteriosos capítulos de la vida.

Esa mueca eterna, ¿es de dolor? es de risa?

El dolor es el reflejo de una alma enferma.

La risa es el llanto de la alegrta.

Dolor y risa son hermanos.

Compadeced á los que lloran.

Peró compadeced todavía más á los que rien.

El llanto se extiende desde la cuna al ataúd.

La risa es pasajera; la risa es una mentira.

Y este cráneo, ayer nido de ideas y hoy nido de gusanos, rió mucho, lloró mucho.

Hoy, ¿seguirá llorando?

¿Seguirá riendo?

Si lloras, te envidio.

Si ríes, te detesto.

Eres flor de tumba.

Eres mueca enigmática.

Cesó en tí el movimiento; pero no cesó el silencio.

Y el silencio es sublime en los labios descarnados de una calavera.

¿Amaste?

Si amaste mucho, tu sufrimiento será eterno.

El amor de un cráneo no se convierte en cenizas.

¿Odiaste?

Si odiaste, serás muy feliz.

El odio honra.

El odio es sierpe de plata.

Tiene alas y se remonta al cielo.

Se arrastra y baja al infierno.

El águila caudal no sabe odiar.

Es centinela del aire.

No sabe lo que pasa en la tierra.

¿Inspiraste envidia?

¿Sí?

En tu cámara oscura y fría como el olvido puede entonces alojarse el tronco del genio.

Ser envidiado es casi ser un Dios.

VARGAS VILA.

JOAQUÍN CASTRO

(Compañía Dramática Portuguesa)

De Ismael Cortinas

La rosa natural

COMEDIA EN UN ACTO, ESTRENADA EN EL TEATRO SOLIS, POR LA COMPAÑÍA CODINA

PERSONAJES

Doña Marta (60 años).
Elena (25 años).
Eduardo (28 años).
Don Lucio (70 años).
Alberto (30 años).
Don Pedro Rodríguez de Salazar (45 años).
Pepa (criada).

DECORACION

Casa quinta de modesta apariencia.—Buen gusto y distinción.—En primer término, á la derecha (del espectador) un juego de muebles de mimbre.—Sobre la mesita, un damero y varias revistas.— En segundo término: la fachada de un chalet con dos puertas practicables, terrasse y escalinata.—A la izquierda, profusión de árboles y plantas.—Un rosal florecido.—Dos bancos y una estatua de yeso.—Al fondo, verja practicable. Telón de foro con vista hacia el campo. Es de tarde. Mucha luz en las primeras escenas.—Después irá amenguando, á medida que la tarde declina.—(Epoca actual).

ESCENA I

Doña Marta, *Don* Lucio *y* Eduardo.—*Después* Pepa

Al alzarse el telón, se verá en primer término á doña Marta y don Lucio jugando una partida á las damas, sentados junto á la mesita.—Eduardo frente á la *terrasse* fuma un cigarrillo y lee un diario, acostado con indolencia en una mecedora.—Oyense vagamente los acordes del piano que tocan en las habitaciones del *chalet*. Al principio se oirá claramente el motivo musical, que será más vago á medida que se avance en el diálogo.)

Don Lucio.—Pues sí, señora mía; eran otros tiempos...

Doña Marta.—Ya lo creo; muy distintos.

Don Lucio.—... Otro carácter, otro espíritu.—Existía el generoso impulso que lleva hacia la cumbre, hacia lo grande, hacia lo heroico... Verdaderamente, entonces...

Doña Marta.—A usted le toca, á usted le toca, Don Lucio...

Don Lucio.—Ah... es verdad.

Doña Marta.—La imaginación le hará perder otra vez el partido... y serán cinco.

Don Lucio.—Espere, espere usted, mi respetable amiga.—Vamos á ver. Por aquí no hay salida para mi peoncito.—Veo en la misma senda á una gallarda y arrogante dama y... «jamás fuera caballero...».

Doña Marta.—Tiene tres jugadas.

Don Lucio.—Tres eran tres, las hijas de Elena, tres eran tres... (mueve una pieza).

Doña Marta.—... Y las tres eran buenas.

Don Lucio.—¡Elena!... Ahí tiene usted otro nombre del pasado... Toda una epopeya, mi respetable amiga... Por ella desatáronse las iras del pueblo Griego, que se lanzó sobre Troya poseído de todas las furias.—Viera usted en que forma magistral canta Homero la aventura, la singular y romántica aventura...

Eduardo.—(Que ha abandonado su asiento y ha escuchado las últimas palabras). ¿Aventura... de quién?

Don Lucio.—De Helena!...

Eduardo.—¿Mi hermana?

Doña Marta.—Pero hijo!

Don Lucio.—Hablábamos de algo remoto.

Eduardo. — Bah, bah... bah... Creí que se trataba de cosas más interesantes.—Amigo Don Lucio, con esos recuerdos se hace usted más viejo...

Don Lucio.—El espíritu no envejece nunca.

Alberto.—¿Le parece?

ESCENA II

Dichos y PEPA

Pepa.—(Entra por el foro y habla con precipitación). Señora.

Doña Marta. — ¿Qué quieres muchacha?

Pepa.—Este... nada.

Doña Marta.—Pero... esa confusión... ¿qué te ocurre?

Pepa.—Buscaba á la señorita... para decirle...

Eduardo.—No oyes que toca el piano?

Doña Marta.—Entra á verla.

Pepa.—Bueno; con su permiso. (Mutis).

Eduardo.—¿Con que el espíritu eh? Pero, mire usted que hablar del diluvio á estas horas! Y si yo le dijera que detesto los clásicos que usted adora: me parecen insípidos, aburridos. Tienen un solo mérito: curan el insomnio.

Doña Marta.—No le haga usted caso.

Don Lucio.—Amigo mío...

Eduardo.—Bah... no se alarme señor profesor.—Para mí el pasado es como si no existiera. En cambio para ustedes eh? ¿No fué uno de sus preferidos que dijo: «recordar es vivir...» (con ironía).

Don Lucio. — Cierto, cierto.— Bien lo dijo el poeta:

«Recuerde el alma dormida
Avive el seso y despierte
Contemplando:
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte
Tan callando...

Doña Marta.—... Cuan presto se va el placer... (Este último verso junto con las risas de Eduardo y la entrada de Elena y Pepa en escena).

Eduardo.—Pero Don Lucio, usted va á concluir por hacernos hablar en verso.

ESCENA III

Dichos y ELENA *y* PEPA, *por la puerta del chalet*

Elena. — (Muy risueñamente). Sí, hija, sí: puedes ir ahora mismo.—Y apúrate, apúrate, no sea cosa que le vaya á pasar algo más grave. (Riendo). Qué gracioso, saben ustedes lo que ocurre?

Pepa.—Señorita... Señorita.

Eduardo.—¿Qué hay?

Elena.—Que el novio de Pepa... está preso... por celoso. (Risas). ¡Quién había de decir:... el mosca muerta!

Doña Marta.—Pero que ha habido?

Elena.—Verán ustedes...

Pepa.—(Interrumpiendo). Nada, señora. Hace tiempo que esto estaba por suceder. — Nunca faltan atrevidos que le digan á uno ciertas cosas y le hagan proposiciones... vamos... y como *él* tiene ese genio así... que yo no sé de donde lo ha sacado...

Eduardo. — Sí, hubo ... castañas ...

Pepa.—Así me han dicho... y que está preso... y que quiere verme... y que se yo...

Elena. — Bueno ; no pierdas tiempo: vé, corre, corre... apurate muchacha.

Doña Marta.—Nó, espera. (De pié). Amigo Lucio: luego continuaremos la partida...

Don Lucio.—Como á usted le parezca señora.

Doña Marta.—Está refrescando mucho y ya sabe usted que mis achaques... Pepa, acompáñame.

Elena.—Abrígate, mamá.

Doña Marta.—(Retirándose con Pepa). Si hija, si... (á Pepa). Y á ver si tienen más juicio y tratan de evitar esos escándalos... (Pepa retira el juego de damas).

Pepa.—Señora... yo ya le he dicho...

Eduardo.—(á Pepa). Sí, cuidado con *ese*... que tiene muy mal genio.

ESCENA IV

ELENA, *Don* LUCIO *y* EDUARDO

Elena.—¿Pero usted no se ríe? No le causa gracia todo esto?

Don Lucio.—Si, la tiene.

Elena.—Ese amor violento, que ruge y estalla en puñetazos... Es extraordinario.

Eduardo.—Y ridículo.

Elena.—¿Por qué?

Eduardo.—(á Don Lucio) Ahí tiene usted la herencia de los tiempos heroicos donde ha venido á parar.

Don Lucio.—Vale más eso y no...

Eduardo.—Sí; ya se lo que va usted á decir: «los descreídos, los que no quieren á nadie, los que calculan»... Bah. Tienen razón.

Don Lucio.—Jamás. ¿Verdad, Elena?

Eduardo.—Sí. Esta ya se sabe: también mira á la luna...

Elena. — Cállate. Lo que yo quiero ni tú lo sabes, ni eres capaz de entenderlo...

Eduardo.—Lo sé, lo sé: estás esperando que venga alguno á decirte arrodillado: señorita, *yo la amo con delirio*! Pero no vendrá, porque hemos progresado mucho... ¿Cierto, Don Lucio? Usted es la única persona que conserva la línea... Pero con usted no hay que contar... Me figuro.

Elena.—Eso es: búrlate.

Don Lucio.—Oh... Me hacen mucha gracia sus alusiones. (á Eduardo). Qué quieres... Ya no estoy á tiempo de retroceder y aunque pudiera... no lo haría. Pero tu hermana ...

Eduardo.—Si es igual.—Mucha música, flores, y... sombras chinescas. Pero el sentido exacto de la vida, las cosas como son, en fin, el espíritu práctico... ¿para qué? Y usted tiene alguna culpa. Los versos, como todas las cosas dulces... indigestan.

Don Lucio.—Juventud, juventud.

Elena.—No hables así. Ni soy chiflada ni soy romántica. ¿Acaso ya no se puede sentir ni pensar sinceramente... honradamente?

Don Lucio.—Bien dicho. No hay que renunciar al ideal...

Eduardo.—El ideal... Ideal... Si fuera de Houbigant... menos mal.

Elena.—Eduardo: ¿qué te propones?

Eduardo. — Sencillamente: decirte que no estás procediendo bien.

Elena.—¿Y tú me lo dices?

Eduardo.—De mí no se trata. Yo confieso francamente mis aspiraciones: llegar á donde pueda, por el camino más corto. ¿Cómo ni cuando, no sé. Trabajar no tiene gracia: será algún hallazgo, un billete, una heredera. No me dejaré llevar por la correntada, les aseguro. Antes que ser un vencido digno de lástima, tomaré por asalto lo que se presente. — Pero tú, el espíritu en flor, jugando á los novios como una colegiala sin pensar en que el tiempo pasa y en que el porvenir,—desde la muerte de nuestro padre,—no es muy halagueño que se diga...

Elena.—Sobre todo si cuento con tu apoyo..

Eduardo.—Ya sabes que soy ave de paso. ¡Mis viajes!...

Elena.—¡Tus viajes... tus viajes!

Lucio.—Pero vamos á cuenta. (á Eduardo). ¿Cuántos novios tiene?

Elena.—Ninguno.

Eduardo.— Dos.

Elena.—No es cierto. Acaso puedo impedir que los hombres miren...

Eduardo.—Pero... ¿para qué negar si todo el mundo lo sabe. El afán de los dos rivales constituye la nota de la temporada.

Don Lucio.—¿Quiénes son?

Elena.—No haga usted caso... No es cierto... Nó...

Eduardo.—¿Qué nó? Mire usted lo que he recibido hoy. (saca una tarjeta del bolsillo y lee). *Pedro Rodríguez de Salazar y Compañía. — Sociedad anónima. — Gran casa fundada en el año...* (Bueno, el año es lo de menos).—*Negocios en general.—Ventas al por mayor.*—(Y al contado)—*Comisiones y arrendamientos.—Frutos del País.—Compra venta de propiedades.—Préstamos sobre hipotecas... etc., etc.* (Este es el membrete)... saluda á su amigo Eduardo del Campo y le manifiesta: (dos puntos) que hoy á las 3 p. m. irá por su casa de usted para hablar de negocios y á saludar á su mamá y señorita hermana, á quien le pide ofrezca mis respetos.» Aquí hay mucha intención.

Don Lucio.—Y poca gramática.

Elena. — ¿Qué negocios tienes tú con ese señor y compañía.

Eduardo.—Yo no debía decirte... pero es mejor que lo sepas.— Tenemos una hipoteca encima y en estos días se vence. Pero con Rodríguez hemos de arreglar. Además, proyectamos un viaje á Europa, pues yo le he ofertado mis servicios para alguna comisión comercial.—Para algo son los amigos.

Elena—Comprendo, comprendo.

Don Lucio.—¿Y el otro... quién es?

Eduardo.—Ah... el otro es más reservado y prudente. — Abogado... sin chapa.—Pchss... Un mozo bien... pero escéptico.—Me parece que no se casa si no hay... (seña de dinero). ¿Comprendes?

Elena.—Eduardo.

Eduardo.—Vive ahí cerca. Y parece que le gusta la vecindad, por que está edificando... ¿no vé?... Suele venir por aquí.—Se llama...

Elena.—Eduardo, Eduardo...

Eduardo.—Para qué andar con rodeos... Alberto Laguna; ya está .

Elena.—Nó, nó, don Lucio... no crea.

Don Lucio.—Bien; me parece muy bien. (Oyese el eco de algunas voces que tararean una canción popular que se indicará: cesando después unos instantes mientras continúa el diálogo). (Pepa hace mutis por el foro).

Eduardo.—(á Elena) Ves como estoy enterado? Uno se insinúa, pero el otro, éste, (golpea la tarjeta) no sabe perder los minutos y ataca de firme.—La verdad: prefiero á los que atacan. Calcule usted un hombre que ha amasado una fortuna con los puños, se vá á andar ahora con romances. Ataca con la seguridad de los fuertes, de los que se imponen y triunfan porque tienen voluntad. Es de los que llaman «profesores de energía». Ya se que no es tu tipo... talvez porque trabaja demasiado...

Elena.—Nó, por eso nó... es su única virtud.

Eduardo.—... pero ¡qué diablos! el amor no debe ser muy exigente hoy en día... Un brazo, firme, un aliado fuerte, un vínculo afectuoso... ¿para qué más?

Elena.—Lo oye usted, lo oye. Es indigno.

Eduardo.—Soy como todos: ni bueno ni malo. Hay que vivir la vida como es .

Don Lucio.—Egoista, prosaica.

Eduardo.—Así... así... una prosa rimada... cuando mucho. — (A Elena)) Convéncete, los que más la cantan, son los que menos la sirven. Ahí tienes á Don Lucio. Por mirar arriba, ni siquiera tuvo la oportunidad de casarse.

Don Lucio.—Tienes razón. Pero deja á tu hermana que haga su gusto. Ya hablará su corazón...

Eduardo.—Pues no se vá á casar nunca.

Don Lucio.—Cuántas... por casarse... se suicidan. Mira, no se por qué, pero cada vez que veo una esquela de invitación para una boda, me impresiona, porque me parece ver grabada una cruz misteriosa sobre los nombres de los prometidos.

Eduardo.— Una cruz.

Don Lucio.—Sí, una cruz.

Eduardo.—La suegra.

Don Lucio.—No te rías.—Hay algo impalpable que se ha soñado, que nos ha sonreído, y que ese día muere para siempre.

Eduardo.—Está usted muy fúnebre.

Don Lucio. — ... «No son los muertos, los que en dulce calma, la paz disfrutan de la tumba fría...»

Eduardo. — (Interrumpiendo) ¿Y usted por qué no se casó?

Don Lucio.—Por que no construí á tiempo. Me lo pasé cantando y cuando quise reaccionar vino otro más fuerte y más práctico...

Eduardo.—Sí: penche y mesa limpia. (Oyénse nuevamente los cantos de los obreros).

Don Lucio.—Ya te lo he dicho: Yo también equivoqué el camino. Pero se pueden conciliar las dos cosas.

Eduardo.—Me parece muy difícil.

Don Lucio.—¿Por qué? Escucha, escucha: ¿Oyes esos cantos?

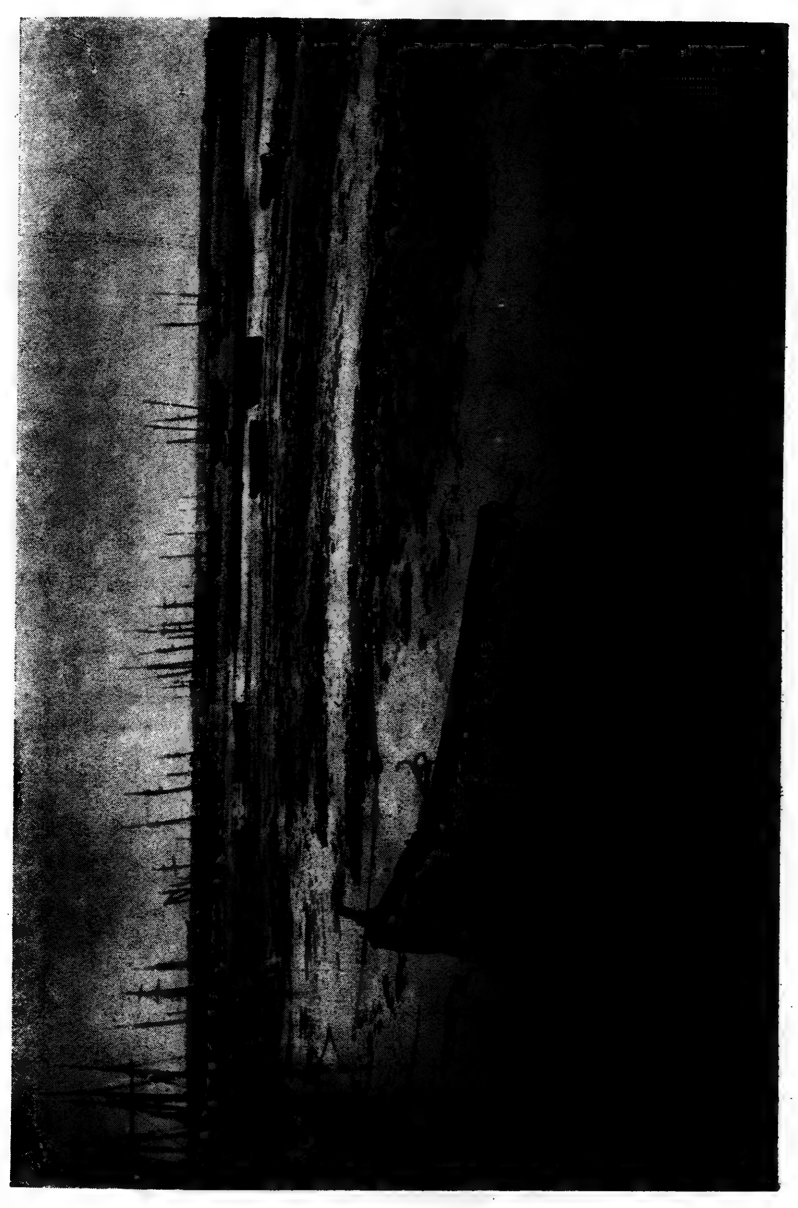
Eduardo.—Sí, ¿y qué?

Don Lucio.—Son unos obreros que trabajan en la construcción de al lado.—Ya lo ves: edifican cantando.—Así quería ver un filósofo á la humanidad.—¿No te parece un bello símbolo?... ¿No es hermoso?

Eduardo.—Habrán bebido. — Y además tenga usted en cuenta que construyen para otro, talvez para algún señor *afónico*. ¡Quién sabe si ellos fueran los dueños!...

Don Lucio.—Eres incorregible.

Página artística



BAJANTE
Negativo de O. Tálice

Elena.—Sí, pierde usted el tiempo predicándole.—Es caso perdido.

Eduardo.—No tanto.—Miro las cosas como son y por lo menos sigo mi camino.—En cambio tú no sabes cual elegir... Se van á cansar de esperarte y entonces...

Elena.—¿Otra vez?

Eduardo.—Sí, otra vez.—No está bien lo que haces. O uno ú otro; ó Rodríguez ó Laguna.—Lo de ayer en el Prado fué ridículo. ¿Sabe usted lo que pasó?

Don Lucio.—¿Qué?

Elena.—Harás que me vaya.

Eduardo.—Figúrese usted que fuimos á la batalla de flores.—Para que veas que no soy egoísta, te diré que iba orgulloso, si señor.—A cada paso oía exclamar: «Ché, mirá la de Del Campo» «¡Qué *budín*!» No faltó quien dijera: «la romántica». Como no faltó quien siguiera al coche.

Elena.—Eduardo, Eduardo.

Eduardo.—Dos caballeros, muy conocidos, que suelen venir por aquí, solicitaban un ramo. *Ella* se quitó uno que llevaba sobre el pecho y... ahí va eso.—La gente se fijó y vió que los dos se inclinaban á recogerlo... y que hablaban y discutían. ¿Tú sabes quien quedó con él?

Elena.—(Con ansiedad). ¿Quién?

Eduardo.—No sé, no pudimos verlo.

Eduardo.—Pero esta carta. En fin, tú tienes la culpa. Seguro que no ha ocurrido nada, pero de cualquier modo es ridículo. (A don Lucio). ¿Recuerda usted lo que decía hace un momento sobre el pasado? Bueno: lo que es nosotros no vamos á tener que decir: aquí fué Troya.—(A Elena). Aquellas Helenas eran con *hache*. Ahora la gente no las toma por la tremenda y la capa y la espada han sido sustituidas por la astucia.

Don Lucio.—«*Todo cambia, todo pasa, como las nubes del cielo, como las aguas que corren...*»

Eduardo.—Bah... bah... Me han hecho ustedes charlar más de lo que acostumbro.—(A Elena) Y al fin y al cabo, quien sabe no tienes razón.—Cualquier día vas á estar como ahora y sentirás de pronto por entre el follaje, la voz del amado que como Fausto te llamará cantando: «Elena... Elena... Elena... Elena» (Tararea el motivo de Mefistófeles). (Siéntese el sonido de una corneta de automóvil que llega frente á la quinta.) ¿Oyes?

Elena.—¿Qué?

Eduardo.—Mefistófele... en automóvil.—Mira si es puntual: las tres. (Elena hace un movimiento como para retirarse). Nó, no te vayas, espera. Aprovecha y decide.

ESCENA V

Dichos y RODRÍGUEZ DE SALAZAR *por el foro*

Rodríguez.—(Con afectada cordialidad) Felices tardes, señores.

Eduardo.—Hola, amigo mío. Es usted exacto como un cronómetro.

Rodríguez.— Veo que ustedes me esperaban. (A Elena saludándola) ¿Cómo está usted, señorita... Se siente usted bien de salud, eh?... ¿Y su mamá de usted? Bien? Ya sabe que me interesa.

Elena.—Gracias.

Rodríguez.— Ah, Don Lucio! (saludándolo). Siempre guapo, eh? Me alegro mucho; la salud es lo primero... (Pausa). Pues, si señor: ¿Con que todos buenos eh? (á Eduardo) ¿Recibió mi carta?

Eduardo.—Sí. Por eso lo esperaba.

Rodríguez.—(Pausa) Está bueno, está bueno. Si señor. (Después de una pausa, saca una gran cigarrera y ofrece con prosopopeya). Un cigarro, tres equis puro. De estos no

hay en plaza. Yo los recibo directamente.—(Le da uno á Eduardo).

Eduardo.—Gracias.

Rodríguez.—(A Don Lucio) Tome usted, verá que ceniza.

Don Lucio. — Agradezco ; no fumo.

Rodríguez.—(Sacando una cajita de bombones) Señorita... unos chocolatines. Sírvase con confianza. No hay que fijarse en la cantidad... sino en la calidad.

Elena.—Sí... gracias. (Pausa).

Rodríguez.—Si, señor, está bueno.—Por mí no interrumpan la conversación. Talvez trataban algo interesante.

Eduardo.—Hablábamos de construcciones. Don Lucio me hacía notar aquellos obreros que edifican y cantan al mismo tiempo. Decía que era un símbolo. ¿Qué le parece?

Rodríguez.—No, no, no.—O se edifica ó se canta. O se canta ó se edifica.—Primero la obligación y después la devoción.

Don Lucio.— Es que en este caso...

Rodríguez.—Todo lo que usted quiera... Pero lo que es yo no habitaba esa casa. No señor. ¿Qué dice usted señorita?

Elena.—Nada.

Rodríguez.—¿Está usted pensadora... ó pensativa?

Elena.—No, distraída.

Don Lucio.—(Acercándose á Elena) Y nerviosa. Vamos: eso no está bien.

Eduardo.—Y todo por una letra.

Rodríguez.—¿Cómo?

Eduardo.—Si le dábamos bromas con la Helena griega, por la cual destruyeron una ciudad.

Rodríguez.—¡Qué bárbaros!

(Don Lucio queda junto á Elena y Eduardo con Rodríguez.—Los diálogos siguientes han de ser simultáneos).

Eduardo.—¿Qué tal esos negocios? Siempre adelante.

Rodríguez.—Sí, Si, Sí...

Eduardo.—¿Ha meditado bien lo del viaje? Yo creo que le conviene.

Rodríguez.—Sí, amigo mío, hoy se resolverá todo!

Eduardo.—(Palmeándolo). Oh ... usted es hombre de empresa y ha de salir bien...

Don Lucio.—No te preocupes, hija...

Elena.—Es que ya me voy cansando de soportar ironías.

Don Lucio.—Bueno, bueno ; hay que esperar.

Elena. — Esperar ... esperar ... Siempre lo mismo!

(Se oyen nuevamente los cantos de los obreros.— El eco se escuchará por breves instantes).

Don Lucio.—¡Oyes, Eduardo! Otra vez los cantos.

Eduardo.—Vamos á escucharlos, porque tengo que salir... Hasta luego, señor Rodríguez.

Don Lucio.—Sí, te acompañaré por que tengo que salir... Hasta luego señor Rodríguez.

Rodríguez.—Que usted lo pase bien.

Elena.—(Suplicando). Don Lucio... yo quisiera decirle.-

Don Lucio.— Volveré más tarde. Ha quedado pendiente la partida.

Elena.—Pero ahora... ¿Dónde vá usted?

Don Lucio. — (Retirándose con Eduardo).

«A mis soledades voy
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos...»

(Quedan Elena y Rodríguez de Salazar en primer término y don Lucio y Eduardo cerca del foro, mirando hacia la construcción y simulando diálogo.—Cada vez que se produzcan

pausas violentas entre Elena y Rodríguez se oirá como un murmullo del diálogo de Eduardo y don Lucio).

Rodríguez. — (Después de una pausa) Si, señor. ¿Por qué está usted tan seria?

Elena.—¿Yo?

Rodríguez.—Sí, usted. (Como un piropo) Las caras bonitas se descomponen cuando se arrugan.

Elena.—Es que... ya soy vieja.

Rodríguez.—Vieja... (Acercándose insinuante) Ya quisieran muchos... y sobre todo algunos que usted conoce... y que la estiman.. si señor la estiman... la aprecian... y algo más. Saca una gran cartera) ¿Sabe usted lo que tengo aquí?

Elena.—Dinero

Rodríguez.—Es cierto; hay valores muy importantes, como para hacer temblar la Bolsa. Pero hay algo que... (Mostrando unas flores rojas) Mire usted...

Elena.—Ah... las flores... las flores... ¿Usted?

Rodríguez.—Sí, yo... Ya las vé, bien guardaditas. Esto quiere decir algo.

Elena.—Si, si, comprendo.

Rodríguez. — Es claro ... Las guardo porque son suyas. ¿Qué le parece?

Elena.—¿Y si se perdieran? (Pausa).

Rodríguez.—(Insinuante) Si usted quisiera, yo sería capaz de muchas cosas. — No encontraría palacio digno de usted...

Elena.—Yo... no sé... quiero demasiado mi casa: mis flores, mis pájaros. Aquí he vivido...

Rodríguez.—Eso es lo de menos. Flores, pájaros, fieras... colecciones magníficas, las compraría...

Elena.—Pero... no serían estos

Rodríguez.—Bah... no importa.

(Pausa. — Alberto Laguna llega frente á la verja y saluda á Eduardo y Don Lucio, simulando diálogo).

Rodríguez.—¿Toca usted mucho el piano?

Elena.—A veces.

Rodríguez.—Es claro... eso cansa. Si usted quisiera... no le faltarian, pianolas, aristones... Yo soy loco por la música. (Pausa). Si usted supiera qué triste es la soledad!

Elena.—(Con ironía y acongojada). Si, triste... muy triste... muy triste.

(En este momento ve á Alberto que la saluda desde el foro).

Rodríguez.—Se ha emocionado usted con mis palabras.

Elena.—No, no.

Rodríguez.—Yo no quise tanto. (Toma la cajita de bombones de arriba de la mesa) Tome usted... prúebelos, le van á agradar.

Elena.—(Después de habr mirado con insistencia á Alberto, que trae un ramo de flores rojas en la *boutonniere*) Escuche: esas flores no son las del ramo que yo arrojé. (Don Lucio se despide y hace mutis por el foro, izquierda).

Rodríguez.—Pero como nó . . Estoy bien seguro.

Elena.—Ahora yo también estoy segura de que no son.

Eduardo.—(Hablando hacia la izquierda) Cuidado Don Lucio, no vaya á pasar bajo los andamios!... ¿Qué?... Si, es *jettatura*, já, já...

Rodríguez.—(A Elena) Pero explíquese usted.

Elena.—No ve...

Alberto.—(A Eduardo) Deseo saludar á su familia.

Eduardo.—Si, pase, pase.

Rodríguez.—Pero...

Elena.—No tiene usted ojos para ver?

ESCENA VII

ELENA, RODRÍGUEZ DE SALAZAR, EDUARDO y ALBERTO

Alberto. — (Saludando á Elena). Muchísimo gusto.

Eduardo. — ¿Ustedes se conocen?

Rodríguez.—Sí, de vista. ¿Qué casualidad encontrarnos ahora... eh?

Alberto.—(A Elena) ¿Melancolías?

Eduardo.—Bah... Mi hermana se preocupa por cualquier cosa.

Alberto.—Las ilusiones, la quimera.

Eduardo.—Eso: Y al fin y al cabo, las ilusiones son para el alma de las mujeres como los polvos que llevan en la cara: concluyen por caerse, mostrando las arrugas y los surcos que deja el tiempo. Es mejor no usarlos.

Alberto.—Filosófico está.

Eduardo.—Tengo mis caídas. (A Rodríguez) ¿Qué le parece?

Rodríguez.—Eso no está bien.

Eduardo.—¿Po. qué?

Rodríguez.—Por que... se me ocurre que... en broma, es claro!... las ilusiones son rosadas... y los polvos son blancos. (Risas).

Eduardo.—Tiene gracia. Bueno, mis amigos, ustedes me dispensarán por unos instantes. Vengo en seguida. (Se dirige á las habitaciones).

Elena.—¿Por qué no pasan? Mamá está ahí.

Rodríguez.—Después iré á saludarla, sacando un gran reloj) porque á las cinco sin falta tendré que ir al Banco. Una operación importantísima.

Alberto. — Está tan hermoso aquí.

Eduardo. — (Despacio á Rodríguez) Y piense usted en nuestro asunto.

Rodríguez. — Pierda cuidado. (Eduardo, mutis por el chalet).

ESCENA VIII

ALBERTO, RODRÍGUEZ y ELENA

Rodríguez. — (Después de una pausa bastante violenta). Está bueno, si señor.—Si señor, está bueno. (Pausa) (Sacando nuevamente la cigarrera). ¿Quiere usted un cigarro?

Alberto.—Gracias.

Rodríguez. — Tres equis... puros. De estos no hay en plaza.

Alberto.—Gracias, no fumo.

Rodríguez.—Si señor, si señor, está bueno. (De pronto á Elena) Ahora me explicará usted...

Alberto. — (Interrumpiendo) Elena: le debo una disculpa.—Ayer no tuve oportunidad de acercarme para agradecerle sus flores.

Elena.—(A Rodríguez). Vé, todo queda explicado.... Estaba usted confundido.

Rodríguez.—Nó, la de la confusión es usted por que ignora lo que ha ocurrido. Saca la cartera y muestra las flores). Estas son auténticas...

Elena.—No es posible.

Rodríguez.—(Señalando las que tiene Alberto)... Y esas también.

Elena.—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

Alberto.—Cierto. Algo inesperado, inevitable, ridículo, si usted quiere, pero...

Elena.—No comprendo.

Rodríguez.—Verá, verá. Cuando usted arrojó el ramo, este joven se apresuró á recogerlo.—Pero yo (tocándose el párpado) que no me pierdo de vista, reclamé mi parte. Al principio discutió, protestó, pero como nos asistía igual derecho y se trataba de personas cultas...

Elena. — ¿Qué? (Con ansiedad) Diga pronto.

Rodríguez.—Pues... Yo le propuse una transacción: la mitad para cada uno. Ahora usted resolverá.

Elena.—¿Es cierto?

Alberto.—Perdóneme. Yo no he querido provocar esta situación forzada... y violenta. Fué un momento de vacilación y de duda. ¿*Para qué* producir una escena, *para qué*? Le aseguro que esta tarde he venido sin ánimo preconcebido y sin presumir estas explicaciones que soy el primero en lamentar.

Elena.—Basta, basta, basta. No tiene usted por qué disculparse, ni usted por que insistir. Yo no he arrojado ese ramo. Será de otra persona.

Rodríguez.—¿Qué bromista, eh? Estos dos ojos lo vieron perfectamente.

Elena.—Nó, nó. No he sido yo.... no puedo haber sido yo. (A Alberto) ¿Verdad, que nó?

Rodríguez.—Pero, si lo llevaba usted sobre el pecho. Vamos, estoy tan seguro como...

Elena.—Repito que nó. (Pausa). Usted, Alberto, mejor que nadie me conoce. Usted que me ha visto cuidar estos rosales con mimo, con ternura... Nó, no puede ser... (Transición) Yo sé que ya no creen en estas cosas. Usted, transa sus negocios, usted sus pleitos, y todo lo concilian, todo lo reparten, todo lo calculan; hasta el amor.

Alberto.—Elena.

Elena.—Sí, hasta el amor. Recién me doy cuenta. Para qué sentirlo intensamente, dominador y exclusivo? ¿*Para qué*, verdad?

Rodríguez.—Parece que hablara usted en verso

Elena.—¡Para qué!... Esa es la frase cruel, con que ustedes enfrían el alma, rompen el encanto de las cosas inefables; ahogan, sí, ahogan todas las vibraciones del espíritu; las más puras, las más nobles, las que sólo reclaman un poco de luz para vivir la vida... (Con emoción).

Alberto.—¡Vivir la vida!... Si se pudiera!

Rodríguez.—Es claro que se puede. Que se vá á vivir entonces... ¿la muerte?

Alberto.—Pero reconozca usted que el delito—si lo hay—es de todos. Las cosas son así.

Elena.—No son así.—Las hacen ustedes porque piensan los sentimientos.—¿Quieren que también pensemos nosotras?

Rodríguez.—Yo no comprendo. Todo esto por una flor.

Alberto.—Elena: usted exagera los hechos y su imaginación le hace perder el sentido exacto de las cosas.—Más de una vez, cuando hemos hablado cordialmente en este mismo sitio, le he reprochado su excesiva confianza, su optimismo, casi diré... Su ingenuidad...

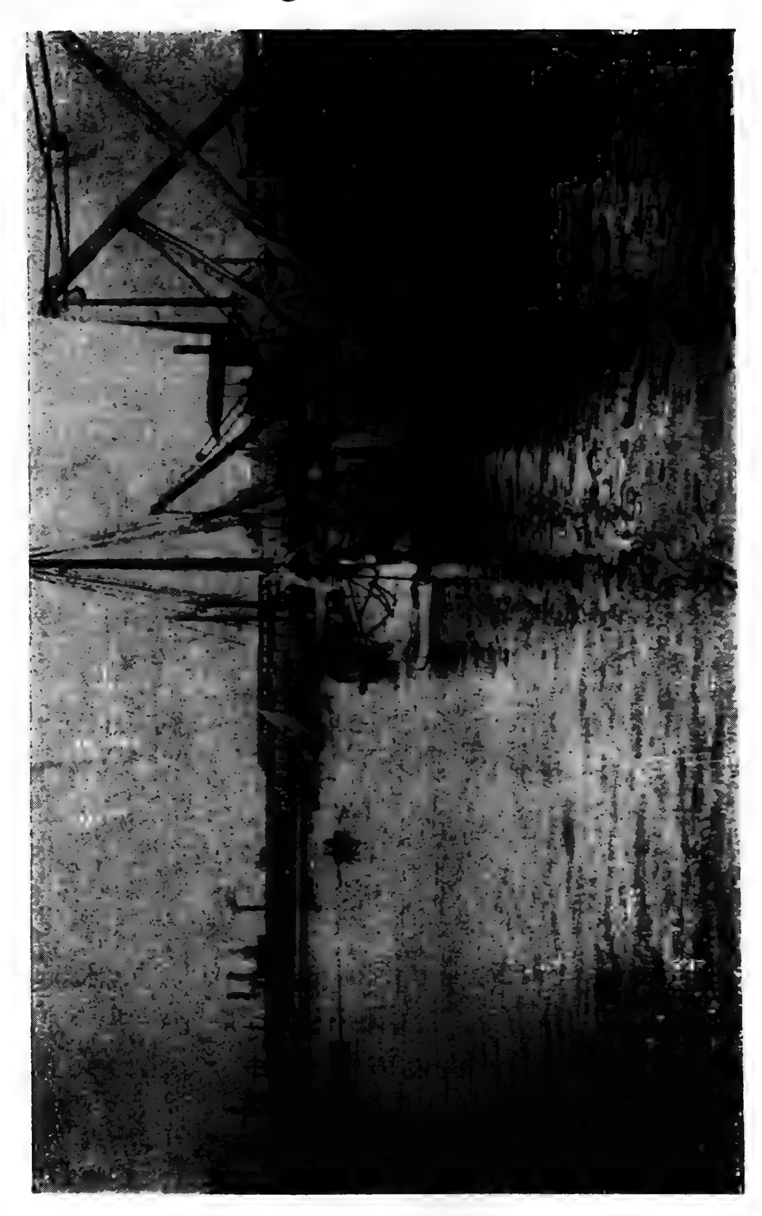
Elena.—Nó... Si esta es la última... de mis sinceridades. No lo puedo remediar. Soy... como soy. Ya se que me habrán juzgado desequilibrada...

Rodríguez.—No tanto, no tanto. Un poquito novelera.

Alberto.—Yo también en la adolescencia, padecí del mismo mal; pero unas cuantas lecciones rudas y crueles, me han enseñado á aquilatar fríamente las circunstancias.—El amor, es á veces una enfermedad.—Si dejamos al corazón que hable libremente; si derrochamos todas las emociones en el primer impulso, puede convertirse en nuestro peor enemigo.—Puede ser el pordiosero del alma. No es mejor proceder cuerdamente y ahorrar en la primavera para cuando venga el frío, con todo su cortejo de nieblas, estar á cubierto de sus rigores?

Rodríguez.—Es claro. El aho-

Página artística



RECUERDOS
Negativo de O. Tálice

rro... es la base de todo. El que nada guarda, nada tiene.

Elena.—Ya veo que están muy cerca uno del otro. Hay que calcular bien las probabilidades... pesar... medir.

Alberto.—Es usted un poco injusta. Cierto que hoy un conjunto de detalles se han conjurado como una acusación. Pero hay que vivir con la época. Las furias pasionales, quedaron para la novela y para el teatro.—Ya vé usted: yo que varias veces he arriesgado la vida en lances personales, por un suelto político, por una ironía, por una palabra, me vería cohibido de hacerlo por cuestión amorosa.

Rodríguez.—Yo igual.

Alberto.—Y es que en los otros casos se va á la lucha, no porque se crea que es el único medio de reparar agravios. Se vá porque los demás lo mandan, lo quieren, lo exigen.—El dilema es brutal: ó se mantiene el brazo firme y la cabeza erguida ó lo desalojan sin compasión, en medio de la indiferencia y el desprecio.—La vida es así. Convénzase usted...

Elena.—Si, si... No hable más. Comprendo que se luche por cosas que interesan. Comprendo que he vivido en un mundo muy distinto al de ustedes. Tiene usted razón, ahora me doy cuenta. Ha dicho una verdad inmensa... lo desalojan, si, lo desalojan...

Alberto.—¿De modo que no me guarda usted rencor?

Elena.—No... ahora no. (Con desdén) Si supieran ustedes lo que he aprendido en un sólo día se quedarían asombrados!

Rodríguez.—Pero vamos á ver. hablemos claro.

Elena.—Eso es, hablemos claro.

Rodríguez.—Es necesario concretar. Ya saben ustedes que á las cinco me esperan. (Vuelve á sacar el reloj).

Elena.—Ah... y no vaya usted á faltar. Ya sabe que lo desalojan, si, lo desalojan. Unicamente que se tratara de cosas sin importancia... de afectos ...de sentimientos... de amor... Entonces no hay peligro.

Alberto.—Vuelve usted á ser injusta.

Elena. — No, muy razonable. ¿Dónde se ha visto que por amor se sufra, se llore, se luche hasta el sacrificio... Usted lo ha dicho: únicamente en la novela y en el teatro.

Alberto. — Ah... esa imaginación.—Don Lucio es el culpable... Todos hemos pasado por esa crisis.

Elena.—Sí... yo también... *ya pasé.*—Es claro, él siempre me repetía: cada mujer es una lira y á los hombres superiores debe importales mucho que lo sean.—¡Los hombres superiores! ¡Pobre amigo mío! No darse cuenta que hoy las liras son cosas, objetos. Mírenlo, ahí llega...

ESCENA IX

Dichos y Don Lucio *por el foro*

Don Lucio. — Como disfrutan ustedes de la tarde apacible. Han buscado el rincón más delicioso para charlar á gusto.

Elena.—Llega usted á tiempo para sacarnos de una duda y para resolver con su experiencia un problema...

Alberto.—(Me figuro que no va usted á enterarlo).

Don Lucio.—¿Es muy grave?

Elena.—Yo creo que si... ¿verdad?

Don Lucio.—Vamos á ver.

Elena. — Figúrese usted: un pleito original.—Hubo una vez una mujer ...

Don Lucio.—¿Pero es un cuento?

Elena.—... hubo una vez una mujer de quien dos caballeros solicitaron un ramo de flores...

Don Lucio.—Ah... ya entiendo.

Elena.—... que fué arrojado... como una ofrenda... Uno de ellos lo recogió, pero como otro también lo reclamaba, á fin de evitar discusiones inútiles... ¿verdad?... lo repartieron por mitades. La casualidad los reunió después, para conocer la intención del homenaje... Aquella mujer no supo que contestar, pero consultó con un amigo muy viejito que pasaba por allí (abrazando á Don Lucio) y, como éste la queria de verdad, le contestó ... le contestó ... que ... ¿qué fué?... qué fué lo que le dijo? (Pausa).

Don Lucio.—Al principio quedó sorprendido, muy sorprendido... Era aquello tan *nuevo* y tan extraño?... Pero después se acordó de Salomón, que siendo mucho más viejo y más sabio, ya había resuelto un caso parecido.

Rodríguez.—¿Cuál?

Don Lucio.—El de dos mujeres que disputaban por un niño, diciendo que era hijo suyo. Entonces el árbitro, procediendo sabiamente, ordenó que se partiera en dos á la criatura. ¿Qué sucedió?... Una de las mujeres permaneció impasible, pero en cambio la verdadera madre, protestó, lloró, gimió, consintiendo por último que lo llevara su rival, antes de ver sacrificada á la criatura. Pues una flor dada por una mujer, puede ser como un latido de su alma. Si dos la disputan....

Elena.—Sí... ¿qué se hace?

Don Lucio.—Se divide como al niño en dos partes y se sabrá cual es el verdadero dueño.

Rodríguez.—Miré que gracia... ya está partida.

Don Lucio.—Ah... entonces no era para ninguno porque ninguno de los dos la quería... Al repartirla, mataron lo mejor que había en ella y por una cosa muerta no vale la pena discutir... (Dirigiéndose al chalet) Si ustedes me permiten voy á continuar una partida que había quedado pendiente... ¿Qué tarde más linda, eh?... Con permiso. (Mutis por el chalet).

ESCENA X

ELENA, ALBERTO *y* RODRIGUEZ *de* SALAZAR

Elena.—(Después de una pausa). ¿Lo oyen ustedes? No vale la pena discutir.

Rodríguez.—Sí, vale la pena, pero hablando sin rodeos. A franqueza nadie me gana y tengo aprendido que en todos los asuntos de la vida se debe ir al grano. Señorita: Usted conoce mis aspiraciones, las cuales espero realizar—¡Dios mediante! Y si usted no se opone. ¿Qué hago con estas flores?

Elena.—(Gesto de confusión) Yo... no sé.

Alberto.—Dígalo usted. Hace un momento hubiera considerado ridícula esta excusa. Ahora... también me interesa saberlo.

Elena.—Pues bien, verán ustedes como algo he aprendido.—Seré completamente razonable. Deme usted. (Toma las flores que Rodríguez tiene en la mano) Y usted también. (Toma rápidamente las que Alberto lleva en el ojal del saco —Después las tira al suelo). Esto ya no existe. Fué algo que pasó y que no tiene importancia.

Rodríguez.—¿Qué ha hecho?

Alberto.—Pero...

Elena.—Un momento, un momento. He dicho que seré com-

pletamente razonable. (Va hasta el rosal y arranca una rosa). Aquí hay otra flor. ¿La quieren ustedes?

Rodríguez.—Sí.

Elena. — Pues para obtenerla hay que llegar muy alto, muy alto... porque (se la coloca en el pelo) hay que llegar hasta aquí.

Rodríguez.—¿Pero cómo?

Alberto.—Elena!...

Elena.—Nada de frases, gestos ni actitudes. (A Alberto). Recuerde sus palabras: «Hay que vivir con la época; las furias pasionales quedaron para la novela y para el teatro». ¡Oh!... Voy á resultar una discípula muy aventajada! Las mujeres sabemos aprovechar muy bien las lecciones que se nos dan, por dolorosas que sean.

Rodríguez.—Otra vez la misma confusión.—¿Qué hemos de hacer? Discutir, luchar...

Elena.—Sí, luchar... Cada uno con sus armas, como si se tratara de una de tantas cuestiones que á diario les preocupan.—Será una justa moderna. (A Rodríguez). Usted, la voluntad de hierro, que vence todos los obstáculos á fuerza de rigor, el hombre práctico que todo lo conquista; continúe la pirámide de sus éxitos, amontone oro, mucho oro... y... quien sabe. Y en cuanto á usted (á Alberto) recuerde sus palabras: el brazo firme... porque sino lo desalojan en medio de la indiferencia y el desprecio...

Rodríguez.—¿Y después?

Elena.—(Con afectada gravedad) Después... resolveré. — Pensaré fría y juiciosamente lo que más convenga, meditaré todas y cada una de las circunstancias, calcularé las prababilidades y entonces... decidiré.—Hay que llegar muy alto. Seré una mujer digna de ustedes. ¿Aceptan?

Rodríguez.—Exagera usted un poco y plantea la cuestión en términos... así... pero acepto. Me gusta más la lucha franca y sin tapujos, aunque parezca grosera, que esa comedia sentimental digna de chicos de colegio.—El amor viene después, con el trato... con la vida en común. (A Alberto). ¿Y usted que dice?

Alberto.—Yo... estoy sorprendido.

Rodríguez.—Sí, también aceptará. Después de lo ocurrido hay que llegar á una solución. Bien, perfectamente bien. Al fin hemos hablado claramente. Ahora sabremos á que atenernos. ¿Y cuando decidirá usted?

Elena.—Ah... el plazo corre de mi cuenta. Tengo que hacer vida nueva: razonar, calcular, meditar friamente ...¿Han visto ustedes que sencillo es todo esto?

Rodríguez.—Ahora estoy contento.

Elena.—Y yo también alegre... muy alegre... muy alegre... (Con tristeza).

ESCENA XI

Dichos y Pepa *por el foro*

Pepa.—(Entrando apresuradamente) Señorita, señorita...

Elena.—Ah... Pepa.

Pepa.—... Perdonen...

Elena.—Habla.

Pepa.—Ah... Si usted supiera lo que ha ocurrido. ¡Un escándalo! Ese hombre cualquier día va á hacer una barbaridad; los celos lo tienen perdido... perdido.

Elena.—¿Pero... qué hizo?

Pepa.—Nada... una zoncera... Cuando supo que Don Melchor me perseguía y me hacía proposiciones *se le fué al humo*, ciego de rabia, lo provocó, lo insultó y armó un escándalo, llegando hasta pegarle. Ah... está hecho una furia. Y tie-

ne razón, porque el otro bien sabe que yo le he dado la palabra...

Elena.—¿Lo viste?

Pepa.—Sí, y ha llegado hasta amenazarme. . Está loco y el día menos pensado... Yo no sé.

Elena.—¿Y tú... lo quieres?

Pepa.—Naturalmente... Por eso lo atiendo. Ah... señorita, si usted quisiera, podría arreglarse todo esto...

Elena.—¿Casándose?

Pepa.—Sí... ó de otra manera... por que sino esto vá á concluir mal. El tiene ese genio así, que yo no sé de donde lo ha sacado...

Elena.—Vé... habla con mamá.

Pepa.—(Retirándose) Donde vamos á parar... Esto no puede seguir así... porque cualquier día... con ese genio... no faltaba más .. (Mutis por la derecha).

ESCENA XII

Dichos menos PEPA, *después* EDUARDO

Rodríguez.—(Después de una pausa). ¡Las cosas del bajo pueblo! Pobre gente!

Alberto.—¡Gente feliz!

Rodríguez. — Parece mentira: tienen que sudar todo el día para ganarse un jornal y aún les quedan ganas para armar alborotos por cuestión de faldas!...

Alberto.—Es lo único que les queda! Hacen bien.

Eduardo.—(Desde la terrase) ¿Pero, están ustedes en sesión permanente? ¿Qué ha resuelto ese comité? Seguramente cosas importantísimas.

Rodríguez.—¡Oh... ya lo creo! «Cosas grandes para el mundo, pero chicas... (rectificando) nó, nó... «Cosas chicas para el mundo, pero grandes para mí...»

Eduardo.—¿Usted también hablando en verso? Este Don Lucio nos vá á trastornar á todos. ¿Y se puede saber?

Rodríguez.—Ya se sabrá. (Acercándose). Por lo pronto he meditado bien las cosas y me parece que su viaje se realiza... Puede usted efectuar una comisión ventajosa para... los dos.

Eduardo.—¿Por qué no pasa aquí y hablamos del asunto?

Rodríguez. — Sí; y al mismo tiempo trataré con su mamá de algo que le interesa. Hemos de arreglar el asunto.... (Sacando el reloj) Ya es algo tarde pero tengo tiempo. (Sube la escalinata).

Eduardo.—(A Elena) Mira, podías darnos un poco de té.

Elena.—(Encaminándose al chalet) Sí, voy.

Eduardo.—(Muy afectuoso con Rodríguez) Pase, pase, amigo mío... Sin cumplidos. (Ambos hacn mutis por el chalet).—(Elena va á subir la escalinata).

ESCENA XIII

ALBERTO *y* ELENA

Alberto.—Elena.

Elena.—¿Qué?

Alberto.—Escúcheme.

Elena.—¿Para qué... *para qué?*

Alberto.—... Un momento, un instante; después tendrá tiempo de ejecutar su venganza.

Elena.— (Acercándose) ¿Mi venganza?

Alberto.—Si, su venganza. Justa, muy justa; pero venganza al fin.

Elena.—Y usted...

Alberto.—Sí... Tiene razón. La culpa no es suya. Ahora tal vez usted no crea en mi sinceridad.

Elena.—¡Quien sabe! Pensaré, calcularé.

Alberto.—No, Elena. Deje esa máscara por un momento y crea que hablo con el corazón.

Elena.—Uf... ¡El corazón!... Eso es muy viejo.

Alberto.—Sí, he sentido como un recio latigazo de vida en el espíritu y ha pasado por mí como un relámpago la certidumbre, la evidencia, de algo muy doloroso. ¿Quiere que sea profundamente sincero?

Elena.—Por curiosidad... ¿Qué vá usted á decir?

Alberto.—Hace un momento, para salir de una situación violenta para todos, propuso usted...

Elena.—Si... Una justa moderna.—Una lucha en que se pondrá á prueba la voluntad, el carácter, el amor... propio.

Alberto.—Pues bien; yo no la acepto. Renuncio á ella y me declaro vencido de antemano.

Elena.—¿Lo ha pensado bien?

Alberto.—No lo he pensado... lo he sentido.

Elena.—Es extraño. Provocar una situación para retroceder antes de llegar al final. ¿Qué fué de ese espíritu práctico con que se ganan las más grandes empresas? Mire usted. (Señala al chalet) Ahí está el enemigo en acecho, esperando la oportunidad de ganar la partida. Ahí dentro, si, ya ha empezado la lucha. El interés tiende sus redes, la conveniencia afila sus garras, el fuerte clava las uñas sobre el débil, que al fin ha de entregarse cansado de luchar... Por mi parte ya estoy preparada para todo. Ustedes me han transformado. ¿Voy á permanecer inmutable acaso? Meditaré, tendré en cuenta lo que convenga. (Con dolor).

Alberto.—Precisamente, por eso es que yo no acepto la lucha. Por que usted ha cambiado, porque usted es otra. ¡Si el escepticismo me hizo dudar frente al raudal purísimo, ¿cómo quiere usted que me haga creer en la corriente oscura y turbia? (Con sinceridad y calor) Vuelva usted á ser la mujer de antes, la que arrojó una flor como ofrenda del alma y verá entonces como lucho y triunfo. Triunfo, sí. Frente al peligro de perderla para siempre, he sentido latir el corazón. Dejemos que hable libremente. No se cubra usted con esa máscara cruel —que la hace egoista y calculadora—porque entonces se habrá perdido todo... todo, y no valdrá la pena luchar ni vencer...

Elena.—¿Acaso soy culpable?

Alberto.—Nó, el culpable soy yo. La culpa la tenemos todos los que en la vida nos creemos buenos, fuertes desinteresados, pero llegamos á dudar de sus más nobles fines, á fuerza de chocar con el interés sórdido y brutal; olvidando que hay un refugio inviolable en el alma de ustedes al que sólo debe llegarse par el amor, ese amor único, dominador y exclusivo, absoluto y tirano, egoista de su propio bien, que no duda, que no razona porque es impulso misterioso y secreto... Elena: en este instante soy un hombre sincero. He experimentado el dolor hondo y profundo de ver alejarse una primavera. Haga usted que vuelva y me verá resuelto y luchador, con generoso brío, con noble impulso...

Elena.—(Dulcemente) ¿Y si fuera tarde?

Alberto.—Nó; en su alma puede reverdecer la florescencia de la esperanza y el ensueño. Perdone usted al que no supo mirar hasta el fondo.

Elena.—(Con ironía) ¿Para qué... para qué?

Alberto.—No repita usted esa frase cruel, que envenena y que mata.

Elena.—De usted la he aprendido.

Alberto.—Olvídela... como la olvido yo. Y si la recordamos, sea tan sólo para preguntar: (al oído y amorosamente) *para qué* engañarse, *para qué* mentir, *para qué* ahogar los más nobles impulsos, *para qué* desvirtuar lo más hermoso, lo más humano, acaso lo único que hace bella y amable á la vida? ¡Míreme Elena: no me vé transfigurado? Aquí junto á usted, después de la prueba dolorosa, siento palpitar un hálito misterioso de vida nueva y fecunda, que llega á lo más íntimo de mi ser. (Muy cerca y con ternura.—Elena con gran turbación esquivará la mirada). Yo la quiero, sí, la quiero... la quiero. Pero como era antes, afectuosa y sonriente, candorosa y buena... Junto á usted siento renacer todas las esperanzas. ¿Recuerda aquellas tardes de dulce y suprema poesía?... ¿Recuerda aquellos versos (Tratando de que Elena lo mire y muy dulcemente)... *Ojos claros, serenos, que de dulce mirar sois alabados; ¿por qué si me miráis, miráis airados?* (Pausa.—Elena muy emocionada y tratando de ocultarse á las miradas de Alberto, se acongoja). ¿Llora usted?

Elena.—Nó, nó....

Alberto.—(Insistiendo para que lo mire) Olvidemos lo pasado y vamos hacia el porvenir que nos sonríe.—Yo sabré tener el brazo firme y la cabeza erguida!... (Elena lo mira aparentando enojo).. «*Ojos claros, serenos, ya que así me miráis, miradme al menos.*» (Se estrechan las manos y se miran por un instante con amoroso abandono.—Alberto va á besarla, pero Elena con ademán de coquetería, lo rechaza suavemente).

Elena.—No... hay que ganar la apuesta.

Alberto.—Pero... la lucha era por la otra mujer... la razonable, la egoísta, la prosaica.—Yo quiero á esta.

Elena.—¡Vanidoso! ¿Y si la mujer razonable no lo perdona?

Alberto.—Ya me ha perdonado.

Elena.—Pero... no podemos faltar á la palabra empeñada.—(Siéntese murmullo de diálogo en el chalet). Ahí llega el adversario.

Alberto.—¿Qué hacer entonces?

Elena.—¡Qué hacer!... El brazo firme, la cabeza erguida!...

ESCENA XIV

Dichos y RODRIGUEZ *y* EDUARDO *por la terrasse*

Rodríguez.—Todo se arreglará. Si señor.—Usted hará el viaje amigo mío, y su madre aceptará la prórroga que es un simple obsequio... (Viendo á Elena y Alberto). Ah... ¿Ustedes por aquí todavía?

Alberto.—Sí, el sitio es delicioso.

Rodríguez.—La verdad que el panorama es digno de un cuadro.

Eduardo.—Bonito anda el arte.

Rodríguez.—Nó, amigo mío. El arte... es el arte. Y hay que protegerlo. Precisamente ayer compré un cuadro bien grande, y con una buena firma.

Alberto.—¿Tres equis? (Risas).

Rodríguez.—Tiene gracia. Já, já, já. Bueno, amigo mío, la partida está empeñada. A luchar y... á vencer.

Alberto.—Sí.

Eduardo.—¿Qué partida?

Rodríguez.—Ah... Su hermana lo sabe. Y á propósito, señorita, ¿cuándo vá á vencer ese plazo?

Elena.—Pues... se me ha ocurrido, que no necesito mucho tiempo para resolver. Esta tarde, á las cinco.

Rodríguez.—Ah... (sacando el re-

Elena.—Uf... ¡El corazón!... Eso es muy viejo.

Alberto.—Sí, he sentido como un recio latigazo de vida en el espíritu y ha pasado por mí como un relámpago la certidumbre, la evidencia, de algo muy doloroso. ¿Quiere que sea profundamente sincero?

Elena.—Por curiosidad... ¿Qué vá usted á decir?

Alberto.—Hace un momento, para salir de una situación violenta para todos, propuso usted...

Elena.—Si... Una justa moderna.—Una lucha en que se pondrá á prueba la voluntad, el carácter, el amor... propio.

Alberto.—Pues bien; yo no la acepto. Renuncio á ella y me declaro vencido de antemano.

Elena.—¿Lo ha pensado bien?

Alberto.—No lo he pensado... lo he sentido.

Elena.—Es extraño. Provocar una situación para retroceder antes de llegar al final. ¿Qué fué de ese espíritu práctico con que se ganan las más grandes empresas? Mire usted. (Señala al chalet) Ahí está el enemigo en acecho, esperando la oportunidad de ganar la partida. Ahí dentro, si, ya ha empezado la lucha. El interés tiende sus redes, la conveniencia afila sus garras, el fuerte clava las uñas sobre el débil, que al fin ha de entregarse cansado de luchar... Por mi parte ya estoy preparada para todo. Ustedes me han transformado. ¿Voy á permanecer inmutable acaso? Meditaré, tendré en cuenta lo que convenga. (Con dolor).

Alberto.—Precisamente, por eso es que yo no acepto la lucha. Por que usted ha cambiado, porque usted es otra. ¡Si el escepticismo me hizo dudar frente al raudal purísimo, ¿cómo quiere usted que me haga creer en la corriente oscura y turbia? (Con sinceridad y calor) Vuelva usted á ser la mujer de antes, la que arrojó una flor como ofrenda del alma y verá entonces como lucho y triunfo. Triunfo, sí. Frente al peligro de perderla para siempre, he sentido latir el corazón. Dejemos que hable libremente. No se cubra usted con esa máscara cruel —que la hace egoista y calculadora—porque entonces se habrá perdido todo... todo, y no valdrá la pena luchar ni vencer...

Elena.—¿Acaso soy culpable?

Alberto.—Nó, el culpable soy yo. La culpa la tenemos todos los que en la vida nos creemos buenos, fuertes desinteresados, pero llegamos á dudar de sus más nobles fines, á fuerza de chocar con el interés sórdido y brutal; olvidando que hay un refugio inviolable en el alma de ustedes al que sólo debe llegarse par el amor, ese amor único, dominador y exclusivo, absoluto y tirano, egoista de su propio bien, que no duda, que no razona porque es impulso misterioso y secreto... Elena: en este instante soy un hombre sincero. He experimentado el dolor hondo y profundo de ver alejarse una primavera. Haga usted que vuelva y me verá resuelto y luchador, con generoso brío, con noble impulso...

Elena.—(Dulcemente) ¿Y si fuera tarde?

Alberto.—Nó; en su alma puede reverdecer la florescencia de la esperanza y el ensueño. Perdone usted al que no supo mirar hasta el fondo.

Elena.—(Con ironía) ¿Para qué... para qué?

Alberto.—No repita usted esa frase cruel, que envenena y que mata.

Elena.—De usted la he aprendido.

Alberto.—Olvídela... como la olvido yo. Y si la recordamos, sea tan sólo para preguntar: (al oído y amorosamente) *para qué* engañarse, *para qué* mentir, *para qué* ahogar los más nobles impulsos, *para qué* desvirtuar lo más hermoso, lo más humano, acaso lo único que hace bella y amable á la vida? ¡Míreme Elena: no me vé transfigurado? Aquí junto á usted, después de la prueba dolorosa, siento palpitar un hálito misterioso de vida nueva y fecunda, que llega á lo más íntimo de mi ser. (Muy cerca y con ternura.—Elena con gran turbación esquivará la mirada). Yo la quiero, sí, la quiero... la quiero. Pero como era antes, afectuosa y sonriente, candorosa y buena... Junto á usted siento renacer todas las esperanzas. ¿Recuerda aquellas tardes de dulce y suprema poesía?... ¿Recuerda aquellos versos (Tratando de que Elena lo mire y muy dulcemente) ... *Ojos claros, serenos, que de dulce mirar sois alabados; ¿por qué si me miráis, miráis airados?* (Pausa.—Elena muy emocionada y tratando de ocultarse á las miradas de Alberto, se acongoja). ¿Llora usted?

Elena.—Nó, nó....

Alberto.—(Insistiendo para que lo mire) Olvidemos lo pasado y vamos hacia el porvenir que nos sonríe.—Yo sabré tener el brazo firme y la cabeza erguida!... (Elena lo mira aparentando enojo).. «*Ojos claros, serenos, ya que así me miráis, miradme al menos.*» (Se estrechan las manos y se miran por un instante con amoroso abandono.—Alberto va á besarla, pero Elena con ademán de coquetería, lo rechaza suavemente).

Elena.—No... hay que ganar la apuesta.

Alberto.—Pero... la lucha era por la otra mujer... la razonable, la egoísta, la prosaica.—Yo quiero á esta.

Elena.—¡Vanidoso! ¿Y si la mujer razonable no lo perdona?

Alberto.—Ya me ha perdonado.

Elena.—Pero... no podemos faltar á la palabra empeñada.—(Siéntese murmullo de diálogo en el chalet). Ahí llega el adversario.

Alberto.—¿Qué hacer entonces?

Elena.—¡Qué hacer!... El brazo firme, la cabeza erguida!...

ESCENA XIV

Dichos y RODRIGUEZ *y* EDUARDO *por la terrasse*

Rodríguez.—Todo se arreglará. Si señor.—Usted hará el viaje amigo mío, y su madre aceptará la prórroga que es un simple obsequio... (Viendo á Elena y Alberto) Ah... ¿Ustedes por aquí todavía?

Alberto.—Sí, el sitio es delicioso.

Rodríguez.—La verdad que el panorama es digno de un cuadro.

Eduardo.—Bonito anda el arte.

Rodríguez.—Nó, amigo mío. El arte... es el arte. Y hay que protegerlo. Precisamente ayer compré un cuadro bien grande, y con una buena firma.

Alberto.—¿Tres equis? (Risas).

Rodríguez.—Tiene gracia. Já, já, já. Bueno, amigo mío, la partida está empeñada. A luchar y... á vencer.

Alberto.—Sí.

Eduardo.—¿Qué partida?

Rodríguez.—Ah... Su hermana lo sabe. Y á propósito, señorita, ¿cuándo vá á vencer ese plazo?

Elena.—Pues... se me ha ocurrido, que no necesito mucho tiempo para resolver. Esta tarde, á las cinco.

Rodríguez.—Ah... (sacando el re-

loj) bien sabe usted que á esa hora tengo precisamente un negocio importantísimo. Recuerda usted? Y ya sabe que si uno se descuida, lo desalojan, sí, lo desalojan... como decía el señor (por Alberto) hace un momento. Pero eso es una broma... (Despidiéndose) bah... (á Elena) lo conozco en su cara.—Hasta mañana, eh? Vamos Eduardo. (Se aleja con Eduardo hacia la verja y desde allí exclama): Pues sí, la partida está empeñada.

Elena.—Y si lo del plazo... no fuera broma?

Rodríguez.—Oh... yo sé que es.

Elena.—Nó, nó... esta tarde á las cinco.

Rodríguez.—(Después de dudar breves instantes). Bueno, en ese caso... por las dudas... á esa hora yo hablaré... por teléfono.—(Mutis con Eduardo.—Siéntese el sonido de la corneta del automóvil).

ESCENA XV

ALBERTO *y* ELENA

Elena.—(Después de una pausa). Ha visto usted como se vence á ese enemigo.

Alberto.—Sí, Elena... Y ahora... la flor es mía.

Elena.—Ahora... (Saca la flor del pelo). Ahora sí.

Alberto.—Pero, esa flor es la de la otra... mujer.

Elena.—No, es la mía. (La besa y vá á ofrecérsela á Alberto, pero reacciona con un gesto de amorosa ironía). Pero... hay que conquistarla, cumpliendo lo prometido. A las cinco (Se pone la flor en los labios).

Alberto.—(Estrechándole las manos) A las cinco. (Después de mirarse un instante amorosamente, Alberto se aleja y saluda desde la verja, mientras Elena sonríe con la flor en los labios). (Telón lento).

ISMAEL CORTINAS.



ATENEO DE MONTEVIDEO

nictálope á las sombras de la noche; como el perdido al astro que le oriente; como el herido al bálsamo calmante.

¡Perdóname!: Yo te deseo con el deseo bárbaro de Salomé por Yokanaan.

Yo te deseo porque eres Sol que, con su luz, hará destacar mi sombra gigantesca en el sideral mundo que ambiciono!

¡Oh! Ven mi Amada!

Escancia sobre mis labios tu cáliz de ardientes besos.

Como tras la fulguración del relámpago se siente la voz prepotente del trueno, así, tras la irradiación de tu hermosura se oye la súplica del enamorado.

Como el creyente que ha comulgado cree llevar á Cristo dentro de su pecho, yo, que he comulgado en el altar de tus amores, hace tiempo que te llevo dentro de mi alma.

Yo te busco, como el orfebre del Verbo busca la palabra—brillante para engarzarla en la frase—pensamiento.

Cuando de noche, en mis insomnios febriles de lienobio, pienso en tí, súbito siento vibrar mi lira microacústica como herida por tu imagen que me llega á visitar. Cuando noctívago soy, en la argentada luna me parece verte, te veo flotar dentro de ella, vaporosa, cual un ángel, un querub de doradas alas. —Me parece oir tu voz en el melancólico acento de una guitarra....

Tú eres rosa: si para poseerte tuvieran que herirme tus espinas, no importa: mi sangre será el riego fecundante; la sabia de un connubio!—Yo te busco, distinguiéndote entre mil flores, como la abeja al lirio predilecto, para libar el néctar productivo de tus besos.

Tú eres Sol que, con su luz, hará destacar mi sombra gigantesca en el utópico mundo que ambiciono!

¡Oh! Ven mi Amada!

Yo te quiero, como se quieren cuantos se aman; como los pájaros y el bosque; como los cielos y la luz. Yo te quiero, como á la remembranza de una dicha que pasó, como se quieren la luna y las estrellas; y te presiento, en el desierto en que me agito, como un simún que pondrá en peligro mi existencia envolviéndome en su racha de erotismo. Yo te quiero, un prurito de Amor. Te quiero como un premio á mis afanes mis ambiciones... mis sacrificios ¡Oh! queráronos cual se quisieron Oscar y Amanda, Pablo y Virginia, Romeo y Julieta. Te quiero... decir lo que le dijo Petrarca á Laura, Dante á Beatriz.

Te quiero porque eres Bella porque eres Pura, porque eres mi Estro.

Yo te quiero porque fuiste la nube perezosa que precedió á un crepúsculo; porque eres alba precursora de un día todo luz....

Tú eres límpida fuente, en cuya linfa se retrata mi alma; cual nuevo Narciso me enamoré de mi propia *imagen*, y moriré á la vera...

Yo te quiero: porque eres Sol que, con su luz, hará destacar mi sombra gigantesca en el mundo soñado que ambiciono!

SILVA SERRANO.



FRANCISCO SANTOS

Director de la Compañía Dramática Portuguesa

Remordimiento

Par. Apolo.

Reyunála, no más, ande la encuentres
Si te engañó, gurí;
Reyunála, no más, pa que en la vida
Pueda ráirse de tí.

¡Ah malhaya la oreja e la chiruza
Que despreció mi amor!...
¡No habérsela peláo p'hacer con eya
Presiya al maneador!...

El Viejo PANCHO.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Viaje Sentimental, por Francisco Villaespesa. — *Librería de Pueyo — Madrid.*

Contiene el libro así titulado una serie de sonetos de diversa índole, en los cuales la emotividad y el gusto estético de su autor han demostrado nuevamente su maravillosa delicadeza. Villaespesa es un poeta de alta alcurnia que ha logrado aduñar al sentimiento dulce y exquisito que em[illegible] de sus estrofas la harmonía y limpidez de sus versos cristalinos.

El autor de VIAJE SENTIMENTAL no ha hecho como otros poetas de América que después de publicar hermosos libros han concebido extrañas composiciones de ritmo quebrado y pueriles conceptos, como EL POEMA DE LOS BURRITOS de Leopoldo Lugones. Villaespesa, á más del don de sentimentalidad, posee el de la cultura artística que tantos elogios ha merecido de los más selectos escritores de Europa y América.

Ya en otras ocasiones me he ocupado con detención de su labor poética vasta y brillante. Con motivo de VIAJE SENTIMENTAL diré lo mismo que expresé sobre EL PATIO DE LOS ARRAYANES. Porque Villaespesa es un gran poeta que va confirmándose más cada día.

VIAJE SENTIMENTAL trae á manera de prólogo un conceptuoso *Elogio* de Vargas Vila y un bello soneto de Julio Florez.

Hacia la Gnosis, por Mario Roso de Luna. — *Librería de Pueyo — Madrid.*

La colección de artículos sobre ciencia y teosofía que bajo el título preindicado acaba de editarse en Madrid define concretamente la orientación literaria de su autor y lo [illegible] nutrido de provechosas lecturas y [illegible] en conocimientos generales. Hermosa á todas luces es la obra educativa de Roso de Luna. Sus artículos, escritos en un estilo de preciosa simplicidad que permite al lector interpretar fácilmente el concepto, son verdaderos modelos de vulgarización científica que encontrarán [illegible] divulgadores. Leed las composiciones intituladas *Nubes* [illegible] y [illegible] de distinta especie, pero ambas tendenciosas y bien concebidas. Y así todo el libro que parece hecho por un letrado amoral.

HACIA LA GNOSIS daría [illegible] para escribir un extenso artículo. Las líneas precedentes son la síntesis de la buena impresión que me ha causado su lectura.

En voz baja, por Amado Nervo. — *Poesías.*

El autor de PERLAS NEGRAS ha publicado en estos últimos tiempos dos libros: EN VOZ BAJA y ELLOS, de verso y prosa respectivamente. El primero que hemos recibido recientemente, es un volumen de poesías tiernas y sentimentales. La originalidad de Amado Nervo es cosa indiscutible en Hispanoamérica. Por eso y por su extrema sensibilidad es leído con agrado y juzgado sin diatribas de ningún género.

EN VOZ BAJA confirma una vez más la reputación que goza su autor entre los grandes poetas del continente americano. Amado Nervo y Luis G. Urbina son las dos glorias mexicanas en el concurso actual de la poesía castellana.

Dolorosa, por [illegible] Henríquez y Carvajal. — *Santo Domingo.*

Es un breve y doloroso poema, dedicado á la memoria de un hijo querido. Escrito en versos dodecasílabos el folleto DOLOROSA da una idea de la robusta mentalidad de Henríquez y Carvajal. El verso es fluido y melódico y está exornado de magníficas imágenes que acusan cultura estética y gran originalidad.

Flores del Campo, por F. Vázquez Ledesma (hijo). — *Canelones.*

He aquí un folleto de poesías [illegible]torias y revolucionarias que revelan á un poeta todavía en cierne. En efecto: FLORES DEL CAMPO es la primer obra de Vazquez Ledesma. No es extraño, pues, hallar en sus poesías defectos de técnica y a veces hasta parquedad de ideas. Su autor, en cambio, demuestra ser un intenso emotivo y á la vez un gallardo luchador que concurre con su verbo á destruir prejuicios tradicionales.

Cosas de la vida, por Federico Mertens — *Barcelona.*

Precursor de otros estudios de mayor trascendencia y de más hondos conceptos en este ensayo de novela cuya débil trama psicológica si bien carece de originalidad, demuestra que su autor posee verdaderas dotes de novelista. Cosas de la vida es una obra inspirada en la realidad y escrita sencillamente y con alto criterio: sus personajes han sido esbozados con singular acierto, y algunas de sus escenas, descritas con habilidad. El cuento *La peseta*, inserto al fin del volumen, es bello y original. El dice más en favor del talento de Mertens que todas las páginas de su novelita.

Cuentos para niños de 40 años, por Fósforo (Fco. Román González). — *San Salvador.*

El libro así intitulado trae un manojo de cuentos interesantes y llenos de chispa, que me recuerdan la modalidad y el gusto artístico de Fray Mocho, sin que por eso nada deba á las composiciones de este escritor el vigoroso talento del cuentista salvadoreño. Cuentos para niños de 40 años es un libro original y ameno que contiene muchas bellezas de estilo y demuestra, sobre todo, sagacidad y absoluto dominio de tal género de literatura.

La fiesta de la Sangre (Novela mogrebina), por Isaac Muñoz. — *Librería de Pueyo. Madrid.*

Esta elegante novela, cuyas escenas son verdaderas orgías de sangre, tiene todo el ardor del ambiente africano en que fué vivida. El alma árabe proteica y cruel aparece allí desnuda y sus principales rasgos que observa con detención el talento de Isaac Muñoz, van acentuándose aún en cada párrafo, en cada capítulo del libro, hasta mostrarse por completo al espíritu del lector. El ímpetu combativo de los hijos del Mogreb y el amor de Kamir, la ardiente y sensual musulmana que habla un lenguaje madrigalesco, están fielmente descritos en La fiesta de la Sangre, donde el autor de Morena y Trágica luce otra vez la belleza de su estilo.

PÉREZ Y CURIS.

Nuevos libros recibidos

Escritos, *por Ulises F. Espaillat (Santo Domingo)*; Aeroplani (Canti-Cantati) *por Paolo Buzzi (Milano)*; A Carta Anonyma (*Drama em tres actos*), *por Carlos Caraco*; Versos de una juventud, *por Edmundo Montagne*; Diálogos y juguetes escénicos, *por Adolfo León Gómez (Bogotá)*; El Sacrificio de Márgara, *por Benigno Varela (Madrid)*.

Nuevo canje

Luz Negra. — *Sincelejo (Colombia).* Acusamos recibo del número correspondiente á Abril y Mayo de esta interesante revista literaria, que dirige el señor Samuel González Tapia. Su material es excelente.

Crónica Moderna. — *Buenos Aires.* — El número 1 de esta revista mensual cuyo director es el conocido escritor Guido Anatolio Cartey, ha llegado á nuestra redacción. Contiene valiosas colaboraciones.

La Unión. — *La Victoria (Venezuela).* Hemos recibidos los números 44 y 45 de este periódico de literatura y variedades. Agradecemos la transcripción que hace de la poesía *«Balada de las Pupilas»*, original de nuestro Director.

Libros de Flammarión

La casa Granada y Cía. de Barcelona nos ha obsequiado con los siguientes libros del precitado escritor: El Mundo á través de las edades, Fecundidad de la Naturaleza, Historia de un sabio (2 *tomos*), La Naturaleza, Cielo y Tierra, Destino de los seres y de las cosas

AÑO V

Número [illegible]



MONTEVIDEO — FEBRERO DE 1910



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: PÉREZ CASTELLANOS, 111

AÑO V — Montevideo, Febrero de 1910 — N.° 36

Ética del Tiranicidio

No hay moral superior ni anterior á la moral que emana de la necesidad superior y anterior de la propia conservación. Subsistir es el primer mandato y la primera ley de la naturaleza. Esto es verdad sin reserva y sin limitaciones en el yo elemental. En el yo social y mental esta necesidad está subordinada ó controlada por sentimientos, pasiones é instintos que constituyen lo más bello, lo más noble, lo más fecundo y lo más formidable del ser humano. Subsistir continúa siendo la indesacatable orden suprema, pero la dignidad, el honor, el respeto propio, el orgullo, la decencia, la indesconocible tendencia á la desanimalización, á medida que la bestia se eleva por la generosidad y se espiritualiza por la cultura, le dictan términos más imperiosos aún que ella misma. Hay una cosa que se llama la conciencia humana, último y con frecuencia solo y verdadero Tribunal de vida ó muerte.

Como el primer interés de la naturaleza es la conservación de lo que ha creado, porque sus creaciones tienen un objeto que nosotros no alcanzamos, pero cuya importancia podemos presentir por las fuerzas protectoras y misteriosas de que rodea su obra, la primera moral es sin duda la que se inspira en la más plena satisfacción de ese interés. Por ello, no matar es el primer principio de moral, proclamado lo mismo por los dioses que por los hombres, porque él encierra íntegra la moral de la naturaleza, la moral fundamental de la humanidad. En definitiva, la naturaleza no tiene más principio absoluto de moral que la conservación de su obra. La vida es la base y la madre, es el vientre, es la fuente. En la preservación de la propia existencia, están todos los orígenes de la moral y del derecho. La naturaleza mata, pero la muerte consumada por la naturaleza es vitalmente esencial á la perennidad de las especies. La muerte del individuo, dice Weismann, es tan útil á la raza, que la selección natural ha exterminado lo potencialmente inmortal en todas las especies, excepto en las más inferiores.

Toda la historia del progreso humano está en la lucha secular del hombre contra las fuerzas destructoras de la existencia. La civilización es mensurable por el grado de duración y conservación de la vida. La más completa eliminación de todos los agentes mortíferos equivale sin disputa á la más completa y mejor entendida civilización, como la mayor aptitud para la propia protección es el privilegio de ese magnífico elegido que se llama el más fuerte. Hay civilización allí donde los más activos y temibles agentes de la muerte, las enfermedades, las epidemias, los vicios, los fanatismos, las guerras, las tiranías, han sido al cabo, en la mayor medida posible, vencidos y proscritos. Combatirlos y vencerlos ha sido la grande hazaña humana, á través de siglos de magnos y pacientes é incesantes esfuerzos.

La ciencia ha acabado con las epidemias, ó ha puesto en las manos del hombre los medios de prevenirlas; ha disminuido el número de las enfermedades, cura la mayor parte de ellas, y ha dado al hombre los medios de prolongar la existencia, atacada por la enfermedad incurable. La educación y la instrucción pública destruyeron los fanatismos. Una mejor apreciación de los propios intereses, la temibilidad de los armamentos modernos, el desarrollo de la amistad entre los pueblos, el arbitraje, han hecho de la guerra la posibilidad más remota en los conflictos internacionales. La democracia ha exterminado las tiranías y consolidado la paz doméstica de las Naciones. En suma, el triunfo es de la vida.

Entre los agentes de la muerte, ninguno probablemente es más potencial que el despotismo. Ni el cólera, ni el hambre hacen tantas víctimas en Rusia como la autocracia. Además, después de todo, estos flajelos no son sino cortejo natural de aquel despotismo asiático. Una repentina epidemia acaba de matar en la cárcel de Kiew trescientos prisioneros políticos. Las guerras promovidas por los despotismos que registra la historia de todos los tiempos, han causado incalculablemente más cadáveres y más estragos que todas las epidemias de que se tiene memoria desde los tiempos bíblicos.

¿Qué es el despotismo? En los más simples términos de exactitud y realidad corroborables por quien quiera que no sea un inconsciente, el despotismo es un monstruo que devora cuanto existe, hombres y cosas, grandes cosas, instituciones, costumbres, caracteres, virtudes, riquezas, patrimonios nacionales. El despotismo es la mayor capacidad posible para realizar el mayor daño posible, y el más irreparable, sin piedad y sin responsabilidad alguna, como un incendio ó una tempestad. El despotismo es el mayor azote del género humano. El déspota puede disponer en cualquier momento y á su antojo, sin motivo alguno y sin consecuencia alguna, de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestro tesoro, de vuestra vida.

Vuestra propiedad, no importa cual sea, no es vuestra sino de él, porque él es el amo, el dueño, el verdadero y único poseedor de todo. Lo que tenéis, no importa qué sea, es vuestro mientras á él no se le ocurra quitároslo, despojándoos y dejándoos desnudos, deshonrados y crucificados, en la vía pública, compadecidos acaso por el miedo, pero de seguro por el miedo injuriados y apedreados. No es imaginable un agente de la muerte capaz como él de tanto mal. Un día el tirano, cansado de comunes y familiares perversidades, estragado del crímen cotidiano, amanece con el capricho de concluir de una vez, de hacer de todos un solo enorme montón de muertos y despojos y gozar la sensación extraordinaria de una catástrofe máxima. Y es entonces el incendio de Roma. Los horrores del cesarismo romano, como los del cesarismo ruso, y los del cesarismo hispanoamericano, dicen mejor que la más alta pluma en qué medida la tiranía sacrifica los intereses humanos y viola y burla los más sagrados designios de la Naturaleza. «Me río,—dijo un tirano romano,—porque pienso que á una señal mía todos podéis ser degollados.» Entre los papeles secretos de otro de estos monstruos, se encontraron, al morir, dos larguísimas listas de condenados á muerte, las dos bajo títulos distintos: *Por el puñal*, encabezaba la una; *por el veneno* la otra, y en las dos se encontraba lo más granado de la ciudad imperial. Cuando otro de estos monstruos murió, los venenos que guardaba, echados al mar, envenenaron las aguas en una inmensa extensión. Otro de ellos gritó un día su deseo de que el género humano tuviera una sola cabeza para cortársela. Estrada Cabrera, en Guatemala, asesina por docenas y, ebrio de sangre, su cuchilla, no distingue entre los sexos. Cipriano Castro, en Venezuela, encarcela al Médico que denuncia la aparición de la peste bubónica en La Guaira, ordena á un médico, ó venal ó pusilánime, ó simplemente imbécil, que niegue la epidemia, declara sobre este dictamen perfecto el estado sanitario del puerto infestado, y cuando un mes más tarde es ya completa la invasión del flagelo, y general su reinado, todavía retiene la proclamación que reconoce y publica el espantoso peligro, para que pueda efectuarse, días después, una fiesta en que él va á hartarse de placer y de animalidad.

La lucha bajo la tiranía es meramente una lucha por la propia existencia. El tirano os devorará en una cualquiera de sus mil formas de exterminio, ó por la cárcel, ó por el destierro, ó por la miseria, ó por la guerra, ó por el suicidio, ó directamente por el asesinato. Y no vale que seáis amigos del tirano, y lo aduléis, y abdiquéis abyectamente en sus manos todos vuestros atributos. Eso no os proteje contra el tirano. Como él es absoluto y todopoderoso, é irresponsable, su facultad de hacer daño persiste lo mismo sobre vosotros, sus fámulos, que sobre los indiferentes y los rebeldes. Vuestra bajeza no lo desarma, y así como os ha hecho ricos en un momento, en un momento puede arrebataros lo que os dió, porque es de él lo que quiera que os haya dado, porque él es el amo, el único amo y señor de vidas y haciendas. De carne y sangre de inválidos están llenas las garras de la tiranía.

Bajo el despotismo surgen estas cuestiones: ¿cómo suprimir al déspota?

¿puede perderse tiempo en suprimirlo? ¿es dable la elección de los medios de supresión?

La sociedad tiene un código que castiga los crímenes cometidos por sus miembros. El despotismo es perpetrador incesante de todos los crímenes que estos códigos castigan, matar el primero de ellos. El tirano no es alcanzable por la justicia social, pero la sociedad, indefensa, está al alcance de todas sus depredaciones. Razonablemente, el mandamiento: *no matarás*, es aplicable al tirano? La razón humana dice que este principio fué instituído para protección de la humanidad, y que es contradictorio con sus fines el pretender que él proteja á los enemigos de la humanidad. *No matarás*, pero la humanidad, como la naturaleza, por necesidad de conservación, es decir, en cumplimiento de los fines para que el principio fué instituido, vive matando. Amparar al tirano bajo el Decálogo es traicionar el interés supremo de la naturaleza por la conservación de la especie. Amparar al tirano bajo el Decálogo es condenar á la victimación y á la muerte legiones de inocentes, es perpetuar la agonía de la sociedad, es renunciar el derecho indeclinable de la propia defensa y el indeclinable deber de la propia conservación. El suicidio es inmoral porque burla los designios de la naturaleza. La absolución del tirano es en realidad un suicidio. Mientras él viva nuestra vida depende de él, está en sus manos. Si nos la quita es más nuestra culpa que la suya. Su golpe es tan certero, y es tan seguro que lo descargará, que debemos esperarlo á cada instante. El puñal de Estrada Cabrera llegó hasta México. Es, pues, crasa torpeza dilatar su eliminación. Es igualmente estúpido vacilar ó descriminar acerca de los medios de ejecutarlo Lo que importa es la mayor expedición y la mayor seguridad del resultado. Es simplemente una cuestión de vida ó muerte, ni más ni menos que la lucha á brazo partido con una fiera en el bosque. En estas circunstancias ó matamos la fiera ó la fiera nos mata. Es más aciaga aún la lucha con el tirano, porque sobre la fiera tenemos la inteligencia, mientras que el tirano tiene sobre sus víctimas todos los recursos del poder, que constituyen la omnipotencia. Contándonos su hazaña el matador de Lilí, observé que ponía todo el énfasis de su narración en un comentario que aparecía y reaparecía insistentemente en todos los momentos de su historia: «Yo sabía que estaba en lista y que mi turno era simple cuestión de tiempo. Y antes de que me matara lo maté.»

El tiranicidio no es, pues, sino un acto de propia conservación por parte del individuo y de la sociedad, y equivale en sus consecuencias á una revolución. La revolución contra un despotismo no es sino un acto de reacción: es decir, de defensa, y al propio tiempo de esfuerzo por una transformación en que la vida sea más posible.

Si la sociedad tuviera sobre el tirano la acción que tiene sobre los malhechores comunes, el tiranicidio no sería necesario, pero estando como está sobre la sociedad, el tirano no es alcanzable sino por la muerte. ¿No siendo enjuiciable, puede discutirse que sea ajusticiable?

Los moralistas, almas cuyo fondo está todo hecho de tiniebla religiosa, protestan, y solemnemente juran que el tiranicidio es un crímen, que el dogma ordena no matar, que el asesinato no es ni puede ser elemento de salvación de los pueblos.

Esta peroración es toda teórica y retórica, y da pena ver como cae aplastada por el hecho incontrastable de que no se trata de un torneo académico, sino de un peligro inminente, una batalla á muerte entre el tirano y la sociedad, y entre el tirano y cada uno de los individuos de la sociedad.

No puedo discutir aquí la pena de muerte, pero absolutamente sostengo que el tiranicidio no es otra cosa que la pena de muerte extrajudicialmente aplicada por uno ó más individuos á nombre de la sociedad y en ejercicio del mismo derecho por el cual la sociedad mata judicialmente, el derecho de la propia defensa y la propia conservación. Con aparatosidad que los tiempos han venido modificando, pero á la que resta siempre un sombrío carácter de gravedad, de importancia y de imponencia en armonía con la significación y la trascendencia del hecho, la sociedad ahorca, electrocuciona, ó guillotina á los autores de cierto delito atroz que los códigos llaman asesinato en primer grado. No hay grado en que el tirano no asesine, ni atrocidad criminal que él no cometa con infernal espíritu de saña y de crueldad. ¿Es entonces humanamente sostenible que matarlo es un crímen, no siendo como no es enjuiciable, y siendo como son del todo impotentes el individuo y la sociedad para librarse de él de otro modo que por los medios violentos con que el animal racional se defiende del animal irracional?

Reduzco, como se ve, la cuestión á su fórmula más simple, más elemental, más básica, á una mera cuestión de lucha desesperada por la existencia. No hablo de dignidad humana, ni de intereses sociales, ni siquiera de intereses morales ni de patria. De cuanto es sumo en los esmeros del alma humana, no digo una palabra. Así planteada la cuestión, puede discutirse todo, la forma de muerte inclusive, menos el derecho perfecto de la sociedad y del individuo á sacrificar al tirano.

La sociedad no castiga con la muerte ciertos delitos porque tiene á su al-

cance otros medios de castigo que ha juzgado suficientes á los fines de la pena rectamente entendidos: la cárcel, los trabajos forzados, la prisión perpetua: pero es claro que si estos medios de defensa no estuvieran á su alcance, la sociedad penaría esos delitos con la muerte. El tirano comete todos esos delitos, los comete á diario, á diestro y siniestro, en todos los sexos y todas las edades, con la audacia y el escándalo á que la impunidad lo estimula. El tirano no es encarcelable. ¿Puede cuestionarse el derecho de la sociedad á detener de un hachazo la mano exterminadora?

Por lo demás, no es ni más ni menos que ocioso el disquisicionar sobre si el tiranicidio es salvador ó no de la sociedad. Esta especulación es oportuna, si alguna vez lo fuere, sobre el cadáver del tirano, no bajo su hierro suspendido sobre nuestras cabezas. Lo estupendo es que los que discutan el tiranicidio no discuten la guerra civil para derribar al tirano. Se arguye que tras un tirano suprimido por el asesinato otro tirano surge. Pero yo redarguyo que no se ha hecho todavía el experimento del tiranicidio sistemático, que contra la serie de tiranos impunes no se cuenta todavía una sola serie de tiranos sistemáticamente inmolados. Si el tiranicidio no salva políticamente á un pueblo, es incuestionable que lo salva vitalmente, haciendo así posible en lo futuro las regeneraciones de la paz y la libertad.

Lo social, lo moral, lo natural, lo vital bajo la tiranía es el tiranicidio.

Jacinto LÓPEZ.

Nueva York.

Nuestros colaboradores



JUSTO DEZA

PAISAJE

Campos de trigo, olivares,
parras, y bajo las parras,
jarras frescas y guitarras
y somnolientos cantares.

La tierra es una gitana
—pelo negro y clavel grana—
desnuda al sol, que envenena
la sensualidad del viento
con su lascivo y violento
olor á carne morena.

La polvareda asfixiante
es como la roja flama
de un horno encendido, y el
aire cálido y fragante,
es una boca de llama
que al besar quema la piel.

FRANCISCO VILLAESPESA.

Leyendo "Ecos de ausencia"

Para APOLO.

Ningún hombre puede merecer tanto mi admirativa simpatía como aquel que trabaja complacido creyendo descansar del trabajo. Vivir en irreductible intimismo con una grata voluntad, sonriéndole como á una hermana y derivando á la vez de su fecunda bondad satisfacciones que pasen por uno mismo y trasciendan hasta los demás, no es don que á todos fuera concedido. Uno de los suramericanos poseedores hoy de tal distinción, es el poeta colomboargentino Eduardo Talero. Acabo de leer su libro último. Como otros libros suyos éste representa horas perdonadas por la exigente labor del funcionario y del periodista, horas convertidas por esta vez en colección de muy agradables y bien trazados cuentos.

En *Ecos de ausencia* mal hubiera podido faltar la nota escrita cariñosamente en memoria de la primera patria. Talero guarda para sí aromas de las selvas colombianas, visiones de nuestra vida tropical y tono de nuestros cantares; así, los primeros ecos repetidos por ese corazón de ausente poeta al dictar su libro, han sido para nosotros. Los demás cuentos escritos pensando en episodios y lugares de que el autor conserva recuerdos valiosos, acreditan un espíritu reconocido para con todo lo que alguna vez le hizo el ofrecimiento de una estimable impresión.

Y en Talero casi toda impresion se grava fuerte y hondamente. A esa base y con el elemento de un expresar vigoroso y notable por su precisión, consigue que sentimiento y colorido sean tan virtuales al llegar al pico de la pluma como cuando salieron de la floresta espiritual. Su manera de decir, concreta sin sequedades y pintoresca sin superficialismo, logra, cuando es el caso, intermediar las palabras con una propicia y halagüeña sugestión. Gracias á lo primero derivamos de *Vidas bravías*, por ejemplo, tan claro ver como si hubiéramos asistido al drama ribereño: nos conmovemos tan de veras como si hubiéramos visto sepultar á la Carmela. Indudablemente debido á lo segundo, en *El deleite de morir*, y en *Se sigue amando*, el fantasma en cuya amigable aquiescencia hay diluída una leve gota de humorismo, recrea nuestra percepción con lo que sabe decir entre líneas.

Talero posee una fantasía muy apreciable, una rara generosidad que en su obra se transparenta, una alma sana y una inteligente manera de trabajar con que ha sabido adaptarse á las actividades de la vida en el ambiente por él escogido. Ha hecho, según ya dije, de su voluntad una compañera fecunda y de su perseverancia en la labor una virtud en que está su mejor goce. De todo nuestro continente y también desde ultraamérica, le llegarán voces de parabién; pero en la que para terminar estas líneas dejo consignada, deseo halle el poeta un eco fraternal que va desde su lejana tierra.

ALBERTO SANCHEZ.

Baladas de la tarde

EFÍMERAS

Botón que muere en la rama
sin haber llegado á flor;
suspiro preso en los labios;
nota que no tuvo són.

Con el ritmo de la hoja
que el viento otoñal llevó,
la pena de vuestra pena
pondré en doliente canción.

Y en esa canción la historia
de aquel desdichado amor;
botón que murió en la rama
sin haber llegado á flor.

CREPUSCULAR

Cada tarde cuando muere
alguna ilusión me arranca,
por eso al caer el sol
siempre hay en mis ojos lágrimas.

Las negruras de la noche
tras la luz de la mañana...
Tras la ilusión venturosa
la desilusión amarga...

Hay, cuando agoniza el día,
una agonía en mi alma;
cada tarde cuando muere
alguna ilusión me arranca.

Luis de OTEIZA.

Soneto

en alabanza de los de D. Luis de Góngora

En tu jardín pacífico y secreto
sabes juntar en bienoliente ramo
catorce rosas ¡oh maestro y amo
del verbo noble y el pensar discreto!

Sagital ironía, bravo reto
y amoroso, ternísimo reclamo,
son tus finas espadas. Yo te amo
por la magia sutil de tu soneto.

Por su cadencia y majestad bravía
me parece bajel que á toda vela
rompe las olas cuando muere el día;

con la proa al ocaso recto vuela,
y atrás deja una vaga melodía
y un aroma de flores como estela.

Enrique DIEZ-CANEDO.

Las bodas del caballo de oros

Para Apolo.

Erase que se era un mazo de barajas, virgen todavía del contacto de manos pecaminosas.

Todas las cartas eran á porfía hermosísimas; pero la más gallarda, la que se llevaba la palma por su donosura, la mejor acicalada, era la sota de espadas. Vestía casaquilla argentada con alamares de oro, cuello de volados cual damisela de la corte de Cosme de Médicis, y mangas acuchilladas de raso celeste. De los hombros se descolgaba airosamente una artística capa de seda gris perla y su cabeza era cubierta por bellísima gorra de vellorí azul, ornada de tenues plúmulas de oropéndola, prendidas al desgaire con abigarrado broche de piedras preciosas.

Todos los varones del mazo, la cortejaban, luchando con ahinco por conquistar tan precioso tesoro.

¡Vanos anhelos! El preferido de la graciosa esquiva era el caballo de oros.

Artístico yelmo de acero y esmalte glauco de cuya sobrecalva arrancaba elegante y cimbrador plumón negro de avestruz, cubría su cabeza, dejando ver por la visera alzada parte del rostro varonil. Su cuerpo ocultábalo fortísima armadura de Milán; peto cortante con arabescos de oro y el ristre de afianzar la manija de la lanza en las justas y torneos de puro bronce; espaldar del cual arrancaban los escamados guardabrazos. En las piernas los quijotes y las esquinelas hasta terminar en los escarpes ferrados á manera de pico de albatros.

El corcel no menos lujosamente aparejado ostentaba toda la barba afestonada, que guarnecíale el cuerpo; y si lujosos eran el pretal y las testeras, no le iban en zaga el ataharre lleno de áureos borlones y mucho más las gruperas caladas que ceñían las ancas robustas.

Mucho tiempo hacía que ambos amantes acechaban la ocasión de encontrarse á solas para unirse en indisoluble lazo.

El príncipe Boris de Argentovich daba una fiesta en su hermoso castillo de Perm con motivo de su enlace con la gentil gran duquesa Gregorowna de Ivanhoff.

Después del banquete nupcial, mientras las damas se aderezaban para el baile que iba á efectuarse en los regios salones del castillo, los caballeros se dispusieron á jugar á las cartas para hacer tiempo.

Comenzó el juego. Boris, encargado de tallar, estaba en desgracia.

Al poco rato, el príncipe que ya había perdido ingentes sumas, nervioso y airado con la suerte que tan adversa se le mostraba, arrojó sobre la mesa, la sota de bastos y el caballo de copas, diciendo:

Al caballo juego mi castillo contra todo lo que he perdido.

—Aceptado, contestó impertérrito un caballero búlgaro que hasta entonces no había jugado.

Con mano firme el príncipe, acostumbrado á este linaje de aventuras, oprimió las cartas y

las hizo deslizar pausadamente una por una.

De pronto un tenue estremecimiento recorrió su cuerpo. Debajo de la primera carta había entrevisto las plúmulas de la gorra de la sota de espadas; lejos de inmutarse, con audaz juego de manos, corrió la sota dentro la manga de su jubón. Debajo apareció el caballo de oros. El príncipe había recuperado lo perdido.

El caballero búlgaro, que no perdía de vista á Boris, cogió el caballo ganador y lo guardó en su cartera, diciendo:

—Lo conservaré como recuerdo de la noche de bodas del grande y generoso príncipe de Argentovich! .

Los salones rebosaban de lindas jóvenes, nobilísimas matronas y linajudos caballeros. Se esperaba la cuadrilla de honor con la que los recién desposados y tres parejas más iban á iniciar el baile.

La orquesta hizo oir los primeros acordes de una caprichosa música tzingana y los bailarines se dispusieron á comenzar la danza. Ya daba el príncipe los primeros pases de uso, cuando al efectuar un primoroso balance, enrédasele el fino encaje que rodeaba su bocamanga en un manojo de *aigrettes* de la dama que con él hacía la figura y se le rasgó hasta el codo.

Con asombro de todos los circunstantes, la sota de espadas, libre de su prisión cayó al suelo. Todos miraron á Boris esperando una explicación de lo ocurrido. Este, repuesto de su sorpresa iba á empezar un discurso cuando el caballero búlgaro adelantóse ceremoniosamente y dijo:

—Señor príncipe de Argentovich, ya que el destino ha querido descubrir la artimaña de que os habéis valido para ganarme, yo, Sigfredo de Spielborg, os devuelvo el naipe que había guardado como delicado recuerdo de vuestra noche de bodas, para que él os sirva de tarjeta de presentación ante los infames, follones y malandrines de los cuales seréis el rey con sólo desearlo;—y arrojó sobre la alfombra el caballo de oros.

Dicho esto fuese y con él todos los presentes, dejando al príncipe como petrificado.

¡Solo quedó Boris de Argentovich la noche de sus bodas!

En la alfombra roja de la sala de baile, una sobre otra estaban las dos cartas!

También estaban solos en sus esponsales el caballo de oros y la sota de espadas!

Otto Miguel CIONE.



PLÁCIDA CIBILS HILL

Tritoniada

Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado!
El mar es mi padre augus o... deja, deja que recuerde:
En los viejos episodios, fuí tritón, enamorado
de una joven oceánida oji-verde.

Sus cabellos impregnaban de su olor mi cuerpo todo,
cuando trémulos mis brazos musculosos la ceñían;
sus cabellos algas eran verdinegras, que de iodo
y de ozono, los perfumes embriagantes despedían.

Qué dichoso si los besos de sus labios escarlata
se posaban en mis labios, descendían por mi tronco,
y erizando de deleite mis escamas de oro y plata,
inspiraban á mi oblícuo caracol su canto ronco!

Cuántas veces en la noche, de la luna á los reflejos,
en la roca hospitalaria más distante y más esquiva,
constelada de rojizos carapachos de cangrejos,
entregábase á mis ansias, melancólica ó lasciva...

Cómo hendíamos las olas irritadas ó serenas,
con su mano entre mi mano y en la suya mi pupila,
y qué dulces serenatas nos brindaban las sirenas
en los hoscos arrecifes de Caribdis ó de Scila!

. . . .

Quién dió muerte á mis venturas? Un delfín gallardo y bruno..
— Te burlaron!— Me burlaron —Te vengaste?—Sabiamente!.
Demandando su tridente formidable al dios Neptuno
los clave sobre mi lecho de coral con el tridente!

Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado!
El mar es mi padre angusto... deja, deja que recuerde:
En los viejos episodios fuí tritón, enamorado
de una joven oceánida oji-verde...

Amado Nervo

Prólogo

De «Cantos de la mañana» de la poetisa Delmira Agustini

La creadora de belleza que ha concebido estas rimas extrañas, de gracia intensa y ubérrimo colorido, es una de las figuras más gallardas y complejas de nuestra lírica actual. No es la suya un alma puramente sentimental, de esas que sufren el contagio de la ajena angustia, ni su arte fruto no más del subjetivismo que encanta y conmueve; su poesía ofrece por igual las íntimas exhalaciones del alma humana y de la naturaleza, convertidas en imágenes de alto sentimiento estético. Su talento musical y su virtuosa imaginación aparecen de consuno hasta en sus más pequeñas manifestaciones de arte.

¿No percibís la frescura y el juvenil perfume que emanan de este título: CANTOS DE LA MAÑANA?

¿No os place la harmonía de ese frágil heptasílabo que acusa jovialidad?

Tal delicadeza innata en la poetisa hace *pendant* con su léxico florido. Luego, la amplitud del concepto y la belleza plástica, que caracterizan á la poesía moderna y revelan al verdadero poeta, coexisten en estas estrofas donde el hábil é inquieto numen de la artista juega á la originalidad en períodos de elegante construcción, á veces mórbidos y atormentados, más siempre ricos de fausto y sonoridad. Porque si bien Delmira Agustini gusta dotar á sus versos de una grande alma peregrina como la suya, no olvida, por eso, el el encanto de la dicción ni el sortilegio del ritmo que tan bellas cosas sugiere á los espíritus contemplativos de nuestra época.

En CANTOS DE LA MAÑANA, como en EL LIBRO BLANCO: su hermano mayor que tantos lauros conquistó entre los literatos hispanoamericanos (1), hay variedad de motivos y matices. De ahí la complejidad de esta gran Elegida que florece en nuestro ambiente como una orquídea en un vasto jardín inundado de rosas.

El verslibrismo de algunas de las composiciones que constituyen este opúsculo es harmonioso y personal, sin caer en el abismo de la extravagancia á que están expuestos los que creen hallar en él hondos veneros de originalidad. *Las alas* y ¡*Vida!* son creaciones que confirman ese concepto: el verso es suave y á la vez vigoroso, y su sentido profundo y original.

Los verslibristas contemporáneos se *distinguen* por sus estrofas monorrimas y sus cláusulas hiperbóreas. Y eso se explica porque el verso libre, no obstante su absoluta libertad, resulta aún más difícil para el poeta-orfebre que odia las asonancias y ama hasta el paroxismo el sereno desgranamiento de sus rimas.

---

(1) Debo dejar constancia aquí de que dicho libro no traspuso las fronteras del país. Los juicios de escritores extranjeros insertos al fin de la presente obra son parte de los recibidos por su autora y fueron enviados espontáneamente é inspirados en algunas poesías publicadas por revistas nacionales.

Delmira Agustini, que ha ensayado con felicidad todas las combinaciones métricas, maneja admirablemente el verso libre, melodizándolo, y engrandeciendo en ideas lo que la métrica y la rima restringen al pensador. Pero donde más se luce su maravillosa intuición de artista es en el dominio del soberbio alejandrino. Leed *La barca milagrosa* y *Supremo idilio*, boceto este último que es todo un suntuoso poema en que impera el pensamiento y fluye la melodía fresca y jocunda como el cristal de un río... Los hemistiquios de ese poema son tan perfectos y han sido cincelados con tal primor que concretan la consagración de su autora.

Yo no encuentro entre las poetisas autóctonas de América una sola comparable á ella por su originalidad de buena cepa y por la arrogancia viril de sus cantos. Otras hay, más dadas á la poesía amatoria y madrigalesca, que me halagan el espíritu y dejan en el fondo de mi corazón una estela de dulzuras infinitas. Pero el poeta debe cantarlo todo: un paisaje, un idilio, la alegría de las mañanas primaverales saturadas de perfumes y la insondable tristeza del invierno que todo lo arropa en su vellorí de brumas. Y, como no ha de seguir una pauta en sus inquietas lucubraciones ni ha de ceñirse á normas preestablecidas, su emotividad y su genio creador exhiben sus desnudeces y exaltan la vida. Porque el poeta es ante todo un sublime exaltador y no un pasivo observador de las cosas.

Delmira Agustini, que ha cantado con el mismo afecto sus paisajes interiores y todo aquello de la naturaleza que ha arrancado zalemas á su espíritu soñador, ha interpretado fielmente el divino evangelio del POETA.

La lectura de estos cantos coleccionados precipitadamente y sin previo examen, dirá al lector cuál ha sido hoy la modalidad de la elocuente poetisa, ya que ella, antes de iniciar una nueva etapa literaria, ha querido dar al público, á manera de ofrenda, la última floración de su primer ciclo artístico .

¿Qué tendencia ó qué credo sustentará mañana?

De renovación, sin duda. Porque quien no ha ido á beber inspiración en las fuentes de los maestros no volverá á los modelos de viejos clásicos que imponen las academias, sino que traerá en sus alforjas nuevas formas y modulaciones gratas que dirán del proceso evolutivo de su arte y señalarán una nueva orientación poética.

PEREZ Y CURIS.

Enero de 1910.

Limosna ideal

Para Apolo

Ilumina mis pasos; en mi senda
pon la misericordia de tus ojos;
llevo el alma entre sombras y entre abrojos
y no sé dónde colocar mi tienda.

Colma la pequeñez de mis antojos,
se mi ángel tutelar en la contienda,
dame á beber, como piadosa ofrenda,
el vino excelso de tus labios rojos.

Oye: mi corazón es un mendigo
que llega taciturno y sin abrigo
á pedirte merced para sus males.

Si tú tienes bondad no me abandones
que yo te pagaré con mis canciones
la limosna de amor que me regales.

F. Restrepo GOMEZ.

Bogotá.

Setiembre

Esboza en la campiña una acuarela
De tierno colorido tu pincel,
En que un paisaje de oro se constela
Y una glorieta reflorece en él.

¡Oh, artista: frágil es tu estela
Como de un ósculo de miel
La fragancia que el labio anhela,
O como el eco de un rondel!

Pues pasas por el fango de la vida
Como una blonda mariposa herida;
Pues huyes mientras el jardín que viste

Desnudo aún, luce su pompa en flor.
¡Oh, artista de alma soñadora y triste,
Sea tu numen para un gran pintor!

PÉREZ Y CURIS.

A las Musas

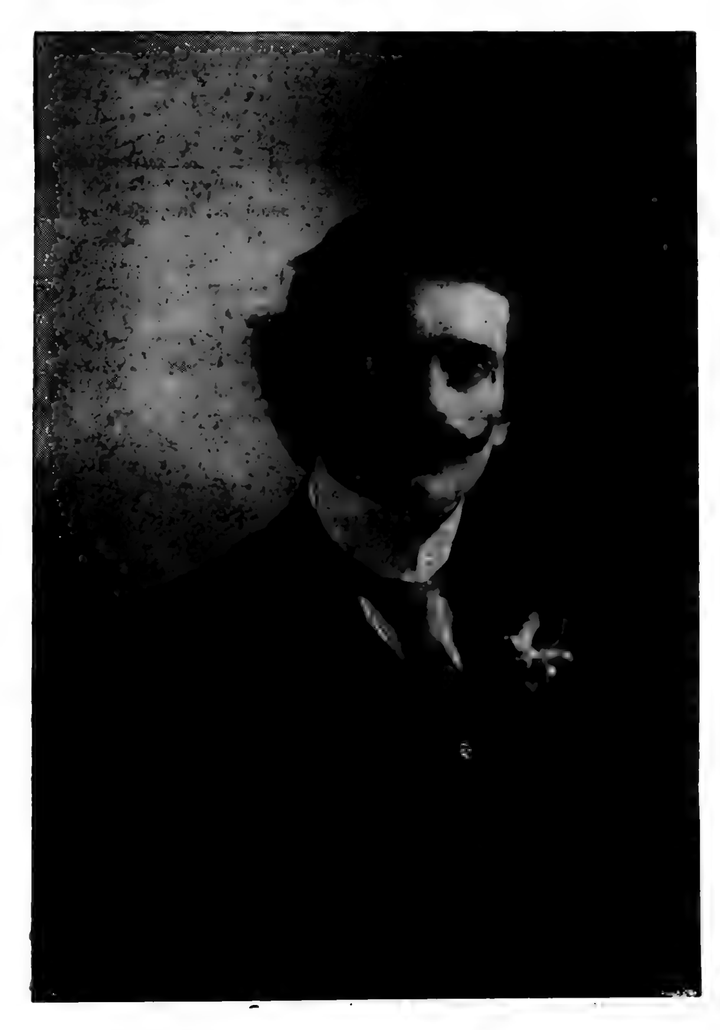
Para APOLO

De Proclo, poeta lírico, floreciente en Alejendría, año 400 de N. E.

Cantemos, sí, cantemos
á la luz que levanta á los mortales:
del gran Júpiter son las nueve hijas,
las Musas, diosas de armoniosa voz.
Cuando errantes cruzaban nuestras almas
los senos de la vida,
por gracia de sus libros saludables
fueron santificadas,
libres ya del funesto
asalto de los duelos terrenales.
Por ellas aprendieron nuestras almas
sobre las hondas aguas del olvido
á elevarse y llegar al astro, puras,
á que su suerte se halla unida; al astro
abandonado otrora
cuando cayeron á las playas deste
existir, locamente enamoradas
de la materia. Oh, diosas: el tumulto
calmad de mis congojas y extasiadme
con las cuerdas palabras de los sabios;
haced de los impíos que la raza
no pueda desviarme del sendero
sagrado, luminoso,
fecundo. De entre el caos
de las desenfrenadas muchedumbres
atraed mi alma errante á la luz santa,
constantemente; cólmenla los frutos
de vuestros caros libros, y que siempre
posea, permitidme,
el don de la elocuencia persuasiva.
Escuchadme, vosotras,
diosas que el gobernalle
de la sabiduría sacrosanta
á vuestro arbitrio manejáis; vosotras
que encendéis con las almas de los hombres
la llama que sublima;
vosotras que distante del abismo
tenebroso del mundo, arrebataislos
á las regiones de los inmortales,
con la pureza de los cantos rústicos
santificándolos. Oh poderosas
salvaguardantes: escuchad; mostradme
la pura luz en los sagrados libros;
destruid la niebla que mis ojos cubre,
á fin de que distinga sin obstáculo
entre el dios inmortal y el mortal hombre
Que un maligno demonio no me tenga
eternamente lejos de los buenos
bajo las insondables
corrientes del olvido,
y que un castigo infausto no sujete
con lazos de la vida mi alma trémula
en medio de las frígidas
aguas de aquesta humanidad, mi alma
que vagar ya no quiere deste modo!
Oidme, diosas guías
del supremo saber que da la luz:
por entrar en la senda que á vosotras
conduce, yo me esfuerzo; los misterios
y las iniciaciones
de las sacras palabras, reveladme!

EDMUNDO MONTAGNE.

Galería de "Apolo"



ANGEL FALCO

(Autor de « *Breviario Galante* »).

De Arturo R. de Carricarte

El "nacionalismo" en América (*)

(Glosa de un libro chileno)

en todos sus errores y llegar, como ella, al aniquilamiento fatal. Los Estados Unidos han querido, en todo tiempo, tener nación propia, nosotros hemos querido tener un mosaico de naciones en el que entren fragmentos de todos los exotismos excepto algo nacional y propio. Y así, en tanto que el coloso septentrional del Continente crece y medra, nostros nos empobrecemos, ó cuando mucho, permanecemos estacionarios, y si adelantamos es á costa de la renuncia á todo lo que nos es propio y autóctono, transformándonos lentamente de país hospitalario en «colonia» de los pueblos extranjeros surgidos en la tierra nacional. (1)

Hace algún tiempo apareció en Venezuela una novela, «Don Quijote en América», en la cual su distinguido autor, satirizaba á un innovador (don Quijote moderno) que quería convertir predios abandonados en jardines públicos, corrales inmundos en jardines de aclimatación, hosterías en grandes hoteles, callejas intransitables en avenidas suntuosas, todo esto hecho en breves días. Del espíritu del libro trasciende una ironía despiadada contra los innovadores, contra los sinceramente progresistas. Lo que se narra en el libro como sueño insensato, es lo que á diario realizan los yankees en su tierra, transformando en semanas un yermo en una ciudad ó levantando los cimientos de Chicago para impedir que las filtraciones de las aguas en aquel lugar inadecuado socaven los cimientos de los edificios. Es decir que cuanto expone el libro en cuestión como ridículo y fantástico, como fruto de un afán inmoderado de progreso, lo vemos practicar cada día en pueblos que no solamente hacen esas maravillas sino que dan vida á pensadores

---

(*) En el número correspondiente á Marzo publicaremos la conclusión de este estudio. El exceso de material nos ha impedido hacerlo hoy como habíamos prometido á nuestros lectores. — *Nota de la Redacción.*

(1) En la página 86 de su obra, el señor Pinochet declara que en una visita hecha á los establecimientos ingleses del Norte, en Chile, por el Presidente de la República, asistieron todos los elementos más respetables á agasajar al mandatario «incluso la colonia chilena» según declaración del diario *El Mercurio* de 19 de Abril de 1909.

Y esto ocurre nada menos que en un país donde el patriotismo de sus repúblicos es tal, que para ellos Chile está por sobre todo y ante todo, como afirma Ernesto Quesada en su obra «La Política Chilena en el Plata», Buenos Aires 1895, página 26. Y esta afirmación tiene tanto más valor cuanto que su autor es realmente un observador imparcial, pero en caso de partidarismo se habría de inclinar, forzosamente, en contra de Chile.

como Emerson, literatos y poetas como Edgard Poe y Cooper, pintores como Sergent, inventores como Edison, dibujantes como Dana Gibson. País que atiende á todo, y que en sus escuelas enseña á transformar un grosero alambre en objeto de útil adorno, ó un trozo de madera en artefacto práctico y bello y, á la vez, á pensar y á crear belleza; que ha reducido á reglas matemáticas la creación novelesca (*The Science of Plot* by W. B. Ransdem, New York, 1909), que ha organizado el negocio editorial en tal forma que son los editores los que solicitan á los autores y no éstos los que se humillan al impresor. Que han podido elevar á centenares de miles de ejemplares la publicidad de una revista de cuentos y novelas cortas, que ofrece pagar el más alto precio, «no á la más reputada firma, sino á la mejor producción» y que no tiene tasa en su presupuesto para aceptar originales (*The Black Cat*).

IV

Dos aspectos se denuncian en la obra del señor Pinochet: la acción disolvente del elemento extranjero y la desidia nativa para contrarrestarla; el desdén al trabajo y la incomprensión del ideal de la civilización moderna. En puridad la carencia de ideal es casi general en nuestra América. «Se necesita siempre como guía un ideal, (1) por distante que aparezca su realización. Si en medio de esos compromisos que por las circunstancias de los tiempos son ó se consideran como indispensables, no se tiene ninguna concepción de lo mejor y lo peor en materia de organización social, si nada se ve detrás de la exigencias del momento y se adquiere el hábito de identificar el bien inmediato con el bien definitivo, no puede entonces haber verdadero progreso. Por remoto que se halle el fin y aunque frecuentemente los obstáculos interpuestos nos obliguen á desviarnos del camino más corto, es evidentemente indispensable saber donde se encuentran.» Nosotros hemos desdeñado esta suprema orientación, y al organizar los servicios trascendentes del Estado, la instrucción, la distribución administrativa y hasta, en algunos países, la misma organización política, hemos seguido los más varios rumbos sin prefijarnos una línea predomiante de conducta ni cohonestar los elementos diversos encaminándolos hacia una finalidad común. Todavía el general Mitre se muestra más severo: «en la masa general de nuestros países, dice, se observa la ausencia de todo ideal». (2) De ahí el que sea estéril cuanto esfuerzo se ha realizado para asegurar el éxito de instituciones excelentes pero deficientemente comprendidas. Chile nos ofrece un ejemplo elocuente con la revolución de 1891: en ella se dilucidó una cuestión radicalísima de principios: el movimiento que encabezara don Jorge Montt sustentaba como programa la supremacia del Congreso abrogándole la suma de los poderes públicos en tanto que Balmaceda, el ilustre suicida, defendía el principio de la división de los poderes y de las prerrogativas inherentes al Poder Ejecutivo. Y véase como ni el que á juicio de los revolucionarios encarnaba una política centralizadora

(1) Herbert Spencer: «El individuo contra el Estado», página 222.

(2) «Historia de San Martín», página 25, I.

al grado de que se le acusaba de ejercer la tiranía, ni los que se lanzaron á la lucha armada en nombre de la democracia y la descentralización, pusieron coto á la creciente absorción de los colonos extranjeros. Y cuenta que durante la actuación de Balmaceda desde el 28 de Septiembre de 1887 hasta el 17 de Julio de 1891 se llevaron á cabo obras públicas de incuestionable importancia, no siendo las menores las relativas á la instrucción pública que fué notablemente reformada. La obra de Balmaceda, la obra de sus antecesores, la obra de Montt y de sus sucesores mancó en lo esencial, en lo definitivo de su orientación patriótica: ni esas obras públicas, ni la educación popular tuvieron un objetivo nacionalizador: las fuerzas vivas del país, sus recursos económicos, y el contingente más lucido de sus ciudadanos, destinóse en unos casos á las obras de ingeniería, en otros, con decidida preferencia, á realzar el ejército para garantir la independencia del Estado contra los ataques del exterior. Se vió, y Chile apercibióse para tal evento, la posibilidad de un choque con pueblos extranjeros que debilitase ó perdiese la independencia del país, pero no se advirtió el lento y continuo laborar del enemigo interno, la absorción del sentimiento, del concepto, de la riqueza de la patria por las colonias extranjeras en todo el territorio establecidas, que mantenían integérrimo el sentimiento de la patria nativa en contraposición al desprecio que el nativo les inspiraba; el nativo que le había cedido insanamente sus tierras, su riqueza, su industria y su cultura misma.

Y allí donde la tierra está monopolizada, dice Henry George (1) sus habitantes caerán forzosamente en una condición que aun cuando se vean recompensados con títulos y apariencias de libertad, lo será virtualmente de esclavitud. Basta aplicar este principio económico á los fenómenos sociales en general, y especialmente al desenvolvimiento político de los pueblos en formación, para comprender que, lógicamente, «una nación que pierda el dominio de sus tierras monopolizadas por el extranjero, cualquiera que sea su apariencia de libertad será virtualmente esclava».

Estudiando los efectos de la invasión árabe en España, dice Buckle, (2) «la invasión mahometana empobreció á los cristianos, la pobreza engendró la ignorancia, la ignorancia engendró la credulidad quitando á los hombres el deseo de comprender por sí mismo». La pobreza, pues, del nativo, en frente á la preponderancia del extranjero, es fuente de males innúmeros y de consecuencias fatales.

De otra parte, las excesivas franquicias otorgadas á una colonia extranjera dentro del territorio patrio, así como las excesivas concesiones hechas á otra nación más poderosa, están muy lejos de asegurar en la práctica el que la colonia se solidarice con el país de su residencia y de alcanzar de la nación favorecida una reciprocidad equivalente. Por el contrario, los hechos demuestran que está en razón inversa de las concesiones del pueblo débil la consideración y el respeto que el pueblo fuerte le otorgue. Del primer caso puede ofrecerse un ejemplo en la colonia yankee establecida en la isla de Pinos, te-

---

(1) «Progress and Misery, London, 1894, página 47.

(2) Henry T. Buckle: «Bosquejo de una Historia del intelecto español!», página 28.

rritorio de la República de Cuba; no obstante las liberalidades que el Gobierno cubano otorgó á esa colonia, ésta no tuvo reparo, en 1907, para pretender erigirse en dueña del territorio y pedir la incorporación de la pequeña isla á los Estados Unidos, desconociendo, con hechos, las autoridades locales, dependientes del Gobierno de Cuba. Sabido es que la administración del general Díaz no ha escatimado esfuerzos para atraerse la benevolencia del gobierno de Washington á la mira de obtener de éste la represión y aún la prevención de cualquier conato revolucionario encaminado contra la administración de Díaz, que intentara organizarse en territorio yankee; pues bien, no obstante la innúmeras deferencias y concesiones de toda índole que por espacio de más de diez años México ha venido haciendo á los Estados Unidos del Norte, éstos, cada vez que el interés nacional mexicano ha tenido necesidad de su cooperación, se han mostrado remisos cuando no hostiles. En 1906 estalló en Cananea, en las minas que regenteaba el yankee Mr. Green, una huelga de los mineros mexicanos en aquel fundo establecidos, é inicuamente explotados; Cananea está en la frontera de los Estados Unidos, en el estado de Sonora y Mr. Green, no tuvo reparo en llamar fuerzas yankees que gustosamente violaron el territorio de México para fusilar inermes mexicanos. Semejante hecho provocó las iras populares; México vibró lleno de noble indignación, la prensa independiente denunció el hecho y exigió del Gobierno que demandase la reparación condigna; la Cancillería de Washington se negó resueltamente á ello y tan sólo pudo obtenerse que se aviniera á declarar que las fuerzas invasoras habían traspuesto la frontera á pedido del Gobernador de Sonora, señor Izabal, y que dichas fuerzas no llegaron en formación ni como ejército nacional de los Estados Unidos, sino únicamente como fuerza policial cuyos auxilios habían sido requeridos por autoridad competente. Es de advertirse que aún habiendo ocurrido los hechos en esa forma, siempre resultaban violadas las constituciones del Estado de Cananea y la federal de México que exigen para la admisión de fuerzas extranjeras dentro del territorio mexicano requisitos prolijos, todos omitidos en aquella inolvidable ocasión. La única satisfacción efectiva que se otorgó á la opinión pública fué la destitución del gobernador Izabal. Todavía hay más: un año apenas después de haberse suscrito un contrato entre los gobiernos de México y Washington, en el que éstos obtenían el usufructo de la espléndida bahía Magdalena para ejercicios de tiro y prácticas de la Escuadra Blanca, casi sin limitaciones, concesión que indignó al país, un cónsul mexicano fué atropellado villanamente en la ciudad de El Paso, por un oficial de policía de esa ciudad. La cancillería mexicana sólo pudo obtener de la de Wáshington, la promesa de que se investigaría el caso, pero ni el castigo del culpable y ni aún siquiera las garantías pedidas por el atropellado funcionario. (1)

El cónsul comunicó al canciller mexicano, señor Ignacio Mariscal, su temor de ser nuevamente agredido. En efecto,, menos de dos meses después era víctima de un segundo atropello, esta vez mucho más brutal, pues las violencias que sufrió le retuvieron en cama largos

(1) *El País*, México, año XI, núm. 3,681, 24 de Abril de 1909.

meses. El cónsul reclamó nuevamente, la cancillería pasó otra nota á la de Washington y tras una larga tramitación se obtuvo, por todo desagravio, la imposición de una multa de cien pesos (cuando la legislación del Estado de Texas para delitos de las circunstancias de éste, señala mil pesos de multa y dos años de prisión) al policía yankee, pero ni siquiera se logró la indemnización de los daños materiales inmediatos y los perjuicios consiguientes experimentados por el cónsul. Poco tiempo después este funcionario era destituído. Sería demasiado malicia el suponer que tal destitución tuviera por objeto impedir un nuevo atropello al desamparado representante mexicano; pero, claro está, exonerado éste de su calidad consular, sería en lo sucesivo asesinado como simple particular y no como un representante de nación amiga, con lo cual quedaría á salvo el decoro de México y garantido de todo riesgo contra el agresivo esbirro texano, el maltrecho Derecho de Gentes violado con admirable contumacia. Parece que los casos citados, ya que son hechos de veracidad indiscutible, prueban, con más elocuencia que cualquier argumentación, la inocuidad de la tolerancia y lenidad de nuestros países en puntos atañaderos á su seguridad, á su interés y hasta á su decoro, para con las colonias extranjeras establecidas en su seno y para con las naciones poderosas de cuya amistad tienen pruebas tan fehacientes como las que los Estados Unidos han dado á México en el siglo último librándolo del magno problema de organizar y fomentar los estados de Nuevo México, Texas y California.

ALFA

A Amador Sánchez.

Para Apolo.

—El Pasado—El Futuro—La Esfinge de la Vida—
Recuerdos, esperanzas, mutismo de las cosas—
Un visionario pinta la Tierra Prometida,
Una mujer contempla un manojo de rosas.

La Aurora es Alegría y la Tarde es Tristeza—
Las estrellas nos miran desde remotos cielos,
La Historia de los pueblos sueña con la Grandeza,
Las almas acarician sus fervientes anhelos

¿Qué fueron Sakiamuni, Jesucristo, Mahoma?—
Su voz suena en los siglos luchando con la Muerte—
La Crítica destruye y la Fe se desploma—
¿Wagner? ¿Tolstoy? Vencidos—Sólo Nietzsche es el fuerte.

Las bacantes no ríen en los valles de Grecia—
Las sirenas no bordan su canto deslumbrante—
¿Progreso? Norte América—¿Agonía? Venecia—
Don Quijote en derrota—Sancho Panza triunfante.

¿Me sepultan las sombras ó la luz me ilumina?
¿Me avasalla el Olvido? ¿La Victoria me espera?
Nada sé—Todo ignoro—Mi vida es una encina
Solitaria que escucha trinar la Primavera...

Julio Raúl MENDILAHARSU.

Plegaria

Para Apolo.

Restaña este dolor en el que vivo
tan huraño de todo lo que existe;
torna tu corazón menos esquivo
á la mirada de mis ojos, triste.

Tengo un presentimiento compasivo
que de ilusiones mi esperanza viste:
he de besar tu rostro pensativo
aunque en negarlo tu hosquedad persiste.

Disipa este pesar que tiene opreso
mi delirante espíritu sombrío
al rojo sortilegio de tu beso;

bríndame en copa de piedad tu ofrenda,
que, esclavo de tu amor y tu albedrío,
sabré ser el "Don Juan" de tu leyenda.

Juan SERRANO.

Caracas.



EL PRADO -- MONTEVIDEO

?

Para **Apolo**

Sei proprio pazza; degna di rimpianto
Se ancora credi che a te porti amore,
Te ne portai... si t'adorai... e tanto
Ma ora non mi fai altro che orrore.

No, non lo creder: togli dalla mente
Tali pensier, or mi fai sol ribrezzo,
Come te, sonvi a mille fra la gente
E a te non serbo ch'odio e ti... disprezzo.

Sogno

T'ho riveduta, quegli occhioni neri
Pei quali un giorno ho tanto spasimato,
Quegli occhioni sì belli e menzogneri
Li ho contemplati, ma non ho tremato.

E m'hai parlato: la tua dolce voce
Scendeami nel cor quasi armonia
Del ciel, ed una lotta barbara... feroce
A lungo conturbó l'anima mia.

Di nuovo mi dicesti che il tuo amore
Per me non ha piú fine né misura,
Ed io senz'un sol fremito nel core
Ti domandai: *Ne sei proprio sicura?*

Le braccia tu allungasti per baciarmi
E in ginocchio giurasti che ne ardevi:
Ma io peggio ancor freddo de'marmi
Ti risposi un bel *no*, ché tu fingevi.

G. MOLA.

EL HONOR, MUJER!

I

—La señorita Elida, presa! La llevan en un carruaje con el señor y Pepa!

—¿Pero qué dices?—respondió Antonio, el mucamo de la casa

—Pues que, ¿no sabes lo que ha pasado?

—Cuenta, cuenta! Haz prisa, mujer...

Y Carmen, la cocinera de la familia, sin saber como comenzar, habló:

—La señorita ha muerto al hijo...

—Calla, bruta! Calla, que si te oye la señora, bonita te va á dejar!

—Sí, hombre, si es cierto. El novio que tenía la dejó gruesa y el señor que sospechaba de algo la amenazó con encerrarla en un convento si deshonraba á la familia. La pobre, por supuesto, se apretaba el corsé para disimular y el señor no notaba la cosa. Los otros días dió á luz, apretó la garganta á la criatura y la envió á tirar por la mucama. Pepa arrojó el bulto contra un portón, pero la vió un vigilante y la siguió. Ella echó á correr y entró aquí. Pero el vigilante fué á ver lo que era el bulto y se encontró con la criatura muerta. El asunto es que vino el comisario y la pobre Pepa asustada confesó la verdad. Ahora acaban de llevar á los tres en un carruaje...

II

—Dime, Antonio, pero es una canallada que Pepa esté en la cárcel. ¿Por qué soltaron al patrón y á la señorita y á ella no?

—Es que el patrón tiene muy buenos amigos y con un poco de plata arregló el asunto. Se ha dado también á Pepa una cantidad prometiéndole que saldría enseguida para que ella dijera que el nene es su hijo. y la infeliz ha caído en la tontera...

—Pero, ¿los doctores de policía no revisan?

—Los doctores dicen lo que les mandan los superiores, de lo contrario los echan del empleo.

—Pero esto es una barbaridad! Si ella no ha cometido la falta, ¿por qué la ha de pagar?

—El honor, mujer! El honor!... Si la gente sabe que Elida ha hecho eso, las demás hermanas no podrán encontrar marido, pues nadie las querrá...

—Ah! el honor!... Y dime, Manuel: ¿Los pobres, no tenemos honor?...

—Pero qué torpe eres. El honor es la sociedad, esas reuniones que efectúan los señores, como aquí los viernes.

—Entonces, se pierde el honor cuando se hace una cosa que á la sociedad no le gusta?

—Seguramente, mujer.

—Y á la sociedad le gusta que las mujeres casadas sean queridas de los amigos de la sociedad?

—¿Cómo le ha de gustar? ¿A quién le gusta eso?

—Y entonces, como don Blas, Enrique el sobrino de la señora y otros que tú sabes, son de la sociedad y todos están enterados de lo que hacen sus mujeres?...

—Pero entre ellos...

—Ah! entre ellos... Pero Elida y Carlitos el novio, son de la sociedad y sin embargo...

—Sí, pero ellos no son casados y no siendo casados...

—Ah, sí, sí! no siendo casados, el hijo...

—No tiene editor responsable, mujer, ¿entiendes?...

Marcos FROMENT.

Otoñal melancolía

Para **Apolo.**

En aquella tarde triste, Cárlos Milet no tuvo, como otras veces, ansias de apurar en pequeños y seguidos sorbos la favorita bebida. Se hallaba ante él la rebosante copa sobre la fría mesita de mármol, al parecer desprovista de la subyugante atracción de otras horas.

Aquel solitario, taciturno caballero de oscura barba entera, de naríz más acentuadamente aguileña sobre el rostro enflaquecido y cuyos ojos grises, ojos con extraños fulgores de fiebres que evocaban la mortal palidez de los aceros, dejó vagar su mirada tras los cristales de la amplia galería.

En el jardín de otoño era el miraje. El cielo plomizo, cejijunto el horizonte anunciador de borrasca, la tierra falta de alegrías y de encantos, y el viento frío, cuyo rumor hiciera pensar en cosas muertas, deshojaba implacable las últimas rosas enfermas.

Desolación inmensa en el paisaje yerto.

En el alma de Milet, que contemplaba aquello, comenzaron á florecer las flores sin perfumes, las flores pálidas de la más honda, de la más punzante de las melancolías. Irremediablemente se juzgó un fracasado, un vencido por siempre frente á la vida.

Como en los instantes postreros de los dramas humanos, en que por un minuto los protagonistas tienen la lucidez completa, absoluta, de lo que han sido, Milet apuró el acíbar moral de todo lo estéril, de todo lo infecundo de sus años.

Indolentemente dejó caer su busto. Tomaba ahora el melancólico, un relieve doloroso y artístico á la par que bien pudiera simbolizar en una tela la Amargura. Su barba, en el desfallecido inclinarse de la faz, rozaba la fina y delicada corbata modernista; sus ojos á medio cerrar parecían abstraídos en algo muy interior, sin mirar, sin seguir por un momento las azuladas espirales del humo perfumado del habano que las manos exangües del doloroso, sostuvieran.

A cada instante se abismaba más en su tormento; comprendía que la voluntad, que el entusiasmo y el optimismo creador en él, habíanse esfumado,—sufría la pena de quien no ha cumplido la ley de la vida. Por un momento se comparó á los árboles que iban quedándose desnudos;—los años le fueron así arrancando la esperanza y en vez de dejarle como á los arbustos, oscuros, esqueléticas las ramas, dejábanle á él blancos, nevados los cabellos de las sienes, que no alentarían ya, un sólo, un pequeño y azulado ensueño.

El viento inclemente seguía y del cielo caían las primeras enormes gotas de agua, preludio de lluvia sonora y copiosa.

Andrés T. Gomensoro.

No es amor

No es amor ni deseo
Lo que me lleva á ti para admirarte,
Te admiro, como veo
Una joya del arte.

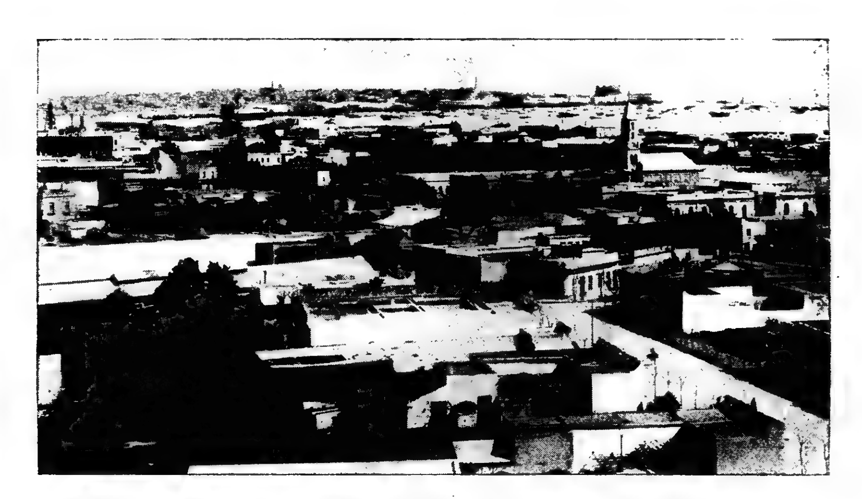
Como miro en el Louvre á la Gioconda
Irónica, risueña y pensativa;
Ni le hablo, ni quiero que responda
Como si fuese viva.

Aparte

Sigue para todos desdeñosa y fría.
Y que un vago ensueño
Sea el único dueño
De tu fantasía.

Me miras, y callas, con rostro risueño:
En tu oído cándido ¡ qué cosas diría,
Si no fuese un loco é imposible, empeño
Que yo fuese tuyo y tú fueses mía !

Francisco A. DE ICAZA.



VISTA DE MONTEVIDEO

Ingenuamente

Para Apolo.

Tú, que esperas amor de los amores,
Pobre poeta que pusiste un día
Tu esperanza en el búcaro de flores
Que por piedad te dió la Poesía.

Tú, que si te hieren los dolores,
Secas la sangre y dices: Dios no envía
Dolores, sino á aquellos pecadores
De alma oscura y torcida cual la mía.

Goza ahora del cielo, ya que élla
Prendió en tu cielo la primera estrella:
Y en la heredad humilde de tu vida,

Un haz de los claveles matizados
Con la blancura de su tez dormida
Y el rojo de sus labios encarnados.

Caracas-1909.

Luis CORREA.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

El Sacrificio de Márgara (NOVELA), POR BENIGNO VARELA. — *Librería de Pueyo.* — *Madrid.*

La realidad se ha encargado de confirmar el triunfo que en estas mismas páginas auguré á Benigno Varela con motivo de leer su novela *Senda de Tortura.* En efecto, el novelista se ha integrado en su nuevo libro; *El Sacrificio de Márgara* es una novela pasional de generosos sentimientos y delicada psicología. Las escenas allí descritas revelan un espíritu observador y un corazón de artista, que han aunado sus esfuerzos para exteriorizar á la vez sus emotividades. Cuanto á la prosa de Varela, mi opinión es invariable; hallo en ella frescura y vigor, á pesar del crítico de *Nuevo Mundo,* que ha querido encontrarla llena de americanismos. El tal crítico se me figura un pobre maestro de escuela ó un tonto de capirote que á fuerza de respetar la gramática, incurre en barbaridades de todo calibre. ¿Quién le ha dicho á él que no se debe innovar enriqueciendo el léxico y dando á la cláusula más pureza y morbidez que nuestros clásicos?

Prosiga Beigno Varela con esa su prosa de combate salpicada de nuevos giros, y no haga caso á las pedantescas observaciones de aquel crítico cuya ceguera no le permite ver grandes poetas en España.

Mármoles y Lirios, POR R. PÉREZ ALFONSECA. — *Santo Domingo.*

Es un pequeño volumen de versos suaves y afiligranados. El joven dominicano se revela poeta de imaginación exuberante y exquisito buen gusto. El poema *Romería Trágica,* dedicado á Villaespesa, rebosa sentimiento y espiritualidad.

Almanaque Ilustrado del Uruguay, DIRECTOR: RICARDO SÁNCHEZ. —*Montevideo.*

El ejemplar correspondiente á 1910 contiene valiosas colaboraciones y retratos de escritores nacionales y extranjeros. Hay en él—además de las firmadas por nuestros literatos—composiciones de Amado Nervo, Chocano, Ugarte, Rubén Dario, Carricarte, etc. etc.

PEREZ Y CURIS.

Nuevos libros recibidos

FEMINISMO JURÍDICO, *por M. Romera Navarro* (Madrid); CANTOS DE LA MAÑANA, *por Dalmira Agustini* (Montevideo); ULISES (*Novela argentina*), *por G. Laurencena* (Santa Fe); AMITOLOGÍA, *por Ambrosio L. Ramasso* (Montevideo); CREPÚSCULOS (*poesías*), *por Fernando y Francisco Lles* (Matanzas); BREVIARIO GALANTE, *por Angel Falco* (Montevideo).

APOLO

AÑO V

Número 37

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS

Los Contemporáneos



Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Con el fin de dar más amplitud á esta sección, correspondiendo de tal manera á los continuos envíos que nos hacen muchos escritores contemporáneos, dedicamos desde el presente número esta página y las siguientes de las tapas al estudio de las obras que se envíen á nuestra Redacción.

Así podremos hablar de un libro apenas se haya publicado, sin postergar nuestro juicio como hemos hecho hasta ahora, obligados muchas veces por falta de espacio.

Nota de la Redacción.

La Novela del Honor, POR RAFAEL LÓPEZ DE HARO. — *Librería de Pueyo. — Madrid.*

Rafael López de Haro es un novelista de buena cepa. Su última producción: LA NOVELA DEL HONOR ha acabado de consagrarlo. Ese libro es un hermoso estudio sobre el *honor*, bien escrito y hondamente meditado. Una ironía sutil y una fineza de observación discreta y á la vez intencionada campean en esas páginas donde la garra del novelista da terribles zarpazos contra esos males sociales que son los convencionalismos.

La propaganda anticonvencional hecha en forma novelesca tiene grandes atractivos y es, además, saludable y contundente cuando alienta grandes móviles de regeneración como en el libro de López de Haro.

Admirablemente descrita la escena del desafío entre Julio y Pepe, encanta por su verismo y por su desenlace lógico pero inesperado

LA NOVELA DEL HONOR, rica de bellezas técnicas y de humanos conceptos, consolida para siempre la reputación de su autor

Crepúsculos (Poesías), POR FERNANDO Y FRANCISCO LLES. — *Matanzas.*

Es un bello florilegio de rimas diversas que acusan una grande inspiración y una robusta mentalidad. Los hermanos Lles domeñan el ritmo á su antojo adaptándolo á las emociones que han experimentado en su primera juventud y vertiendo en el ánfora del verso perfume de sus corazones. Tanto las composiciones intituladas *Gestos* (de combate) como las *Del alma*, rebosan nobles sentimientos de humanidad.

CREPÚSCULOS es un libro amable y sincero que merece ser elogiado sin reservas.

Palabras de Pelea (Evangelio rebelde), POR ALCIDES GRECA. — *La Plata.*

Comprende dicho libro una serie de artículos sociológicos unos y los otros de combate, que su autor ha publicado en circunstancias y tiempos distintos. Sea como fuere, el libro de Alcides Greca, sino por su originalidad por su valentía y sus rasgos rebeldes, es



Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis

Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Julio Raúl Mendilaharsu — Corresponsal en Europa

Juan Picón Olaondo—Montevideo.
Francisco Villaespesa—Madrid.
Manuel Ugarte—París.
Enrique Olaya Herrera—Bruxelas.
Luis G. Urbina—México.
Rafael Angel Troyo—Cartago de Costa Rica.
Guillermo Andreve—Panamá.
Froilán Turcios—Tegucigalpa (Honduras).
Santiago Argüello—León (Nicaragua).
Arturo Ambrogi—San Salvador.
M. Moreno Alba—Barranquilla (Colombia).
Alberto Sánchez—Bogotá.
Miguel Luis Rocuant—Santiago de Chile.
Pablo Minelli González—Roma.
Rosendo Villalobos—La Paz (Bolivia).
Luis Correa—Caracas (Venezuela).
Guillermo Lavado Isava—La Guaira (Venezuela).
Remigio Romero León—Cuenca (Ecuador).
Juan Guerra Núñez—Habana.
José de Diego—San Juan de Puerto Rico.
F. García Godoy—Santo Domingo.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ | Redacción y Administración: PÉREZ CASTELLANOS, 111

AÑO V — Montevideo, Marzo de 1910 — N.° 37

¿Qué haré?

No sé qué hacer con una
imposible ilusión,
que, á toda hora, importuna
mi corazón.
Estoy enamorado,
y es de una estrella:
cuanto más la he mirado,
la he encontrado más bella...
En vano busco qué
hacer con mi ilusión.
¿Qué haré, Señor, qué haré?
...Haré una canción.

No sé qué hacer con cierta
dolorosa impresión,
que, al encontrarla abierta,
se me entró por la puerta
del corazón.
Tengo un amigo al lado
suave como un reptil:
cuanto más lo he tratado,
lo he encontrado más vil.
En vano busco qué
hacer con mi impresión.
¿Qué haré, Señor, qué haré?
...Haré una canción.

¡Oh madre Poesía!
Cada vez que sentí
un ansia, una agonía,
pensé en tí, madre mía;
y me refugié en tí...
Cuando llegue el momento
en que mi corazón
se hinche de sufrimiento,
...haré una canción;
y cuando venga el día
en que la reina de mi corazón
se me niegue y no quiera ser ya mía,
¡me quedará el consuelo todavía
de hacer una canción!...

José Santos CHOCANO.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: PÉREZ CASTELLANOS, 111

AÑO V Montevideo, Marzo de 1910 N.° 37

¿Qué haré?

No sé qué hacer con una
imposible ilusión,
que, á toda hora, importuna
mi corazón.
Estoy enamorado,
y es de una estrella:
cuanto más la he mirado,
la he encontrado más bella...
En vano busco qué
hacer con mi ilusión.
¿Qué haré, Señor, qué haré?
...Haré una canción.

No sé qué hacer con cierta
dolorosa impresión,
que, al encontrarla abierta,
se me entró por la puerta
del corazón.
Tengo un amigo al lado
suave como un reptil:
cuanto más lo he tratado,
lo he encontrado más vil.
En vano busco qué
hacer con mi impresión.
¿Qué haré, Señor, qué haré?
...Haré una canción.

¡Oh madre Poesía!
Cada vez que sentí
un ansia, una agonía,
pensé en tí, madre mía;
y me refugié en tí...
Cuando llegue el momento
en que mi corazón
se hinche de sufrimiento,
...haré una canción;
y cuando venga el día
en que la reina de mi corazón
se me niegue y no quiera ser ya mía,
¡me quedará el consuelo todavía
de hacer una canción!...

José Santos CHOCANO.

Tarjeta postal

(A la poetisa benigna, inspirada y bella, Delmira Agustini, autora de «Cantos de la mañana»).

Para APOLO

Besaron mis oídos «Cantos de la mañana»,
como rumor sedoso de lejano aleteo;
como eco de un arrullo; como amante gorjeo;
cual si al alba anunciase cristalina campana:

trovas de agua fragante que entre vergeles mana;
fina lluvia de polen que incuba al gineceo:
encarnación harmónica de estrofas del deseo,
en cuerpo de teutona con alma de gitana.

Tú, Delmira, has orlado con rubios arreboles,
la beldad matutina, bordándole aureolas
con la luz de tus ojos que irradian como soles,
con la voz de tus himnos que cantan cual las olas.

¡Cielos,... ráfagas,... mares,... alboradas de grana!...
¡Son gloriosos tus fúlgidos «Cantos de la Mañana!

Leoncio LASSO DE LA VEGA.

El llanto helado

Para APOLO.

En la calma infecunda, gastabas las pupilas
que mecían en sueños las nuevas esperanzas
cuando en raudal candente, las viejas añoranzas
retornaron las glorias de tus noches tranquilas.
Volvieron los recuerdos en refulgentes filas,
pasando ante tus ojos en raudas lontananzas,
y en el dibujo exótico de sus extrañas danzas
bordaban tus paisajes sus pinceladas lilas.
Amastes el pasado, desde tus noches yertas,
con sus encantos idos y sus canciones muertas;
y cuando tus pupilas sus lágrimas formaron,
para encontrar en ellas las dichas de un consuelo,
los fríos del presente sobre ellas se arrojaron,
¡y no brotó tu llanto petrificado en hielo!

Alberto LASPLACES.

Turris Ebúrnea

Ábreme, Torre de marfil, tus puertas!
El mal y el bien, los hombres y la Vida
á ti no alcanzan ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida:
ni á la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive á tu amparo la Belleza: muda,
impasible, glacial: última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego:

Yo—como el ave que Minerva escuda—
quiero en la lumbre de tu faz radiosa
apacentar mis círculos de fuego!

Guillermo VALENCIA.



EDMOND ROSTAND

Ingenuidad

La que interrogaba era una muchacha frescota, de insinuantes ojos, negros como endrinas, y una tez de color trigueño limpio y sano que despertaba como las frutas maduras, deseos de morder; traía apoyado en la cadera ampulosa un cántaro de agua fresca que se filtraba á través de la porosidad del barro y caía en gotas brillantes sobre la vía polvorienta.

—Y qué es de Cecilia?

La interrogada llevaba sobre la cabeza un rollo de ropa lavada que le escurría por las sienes y la nuca chorritos de agua fría; vaciló en contestar:

—Cecilia... se murió, ¿no sabías?

La compañera no sabía; hacía dos años que se hallaba en lugar distante y había regresado el día anterior. Cecilia había sido una buena amiga, humilde, inofensiva, con los ojos morados como dos uvas maduras untadas de aceite, siempre pálida porque tosía mucho y casi no tenía sangre.

Por un lado del camino real iba una muralla de construcción antigua, cuyas piedras estaban ocultas por un enmarañamiento de yedras verdes; al frente una hilera de árboles vetustos presentaban al viento sus ángulos nudosos y al abrir trabajosamente la ramazón cenicienta, dejaban ver atrás, como un rebaño apacentando, las últimas casas del pueblo.

Se sentaron de espaldas al barranco y descansaron sobre la muralla caliente el cántaro obscuro y la ropa lavada; desde abaja se las veía haciendo un contraste peregrino, bañadas de oro pálido por el sol muriente sobre la deliciosa solución de cobalto que teñía el firmamento.

—No notas como siendo temprano todavía se van retirando ya las muchachas del lavadero? Pues es que el río se ha puesto miedoso por lo de Cecilia. Ella y yo, por lo regular, íbamos juntas y escogíamos aquel pocito lleno de yerba-buena que tiene de un lado un árbol medio caído que da mucha sombra y muestra fuera una porción de raíces amarillas y delgadas como dedos de muerto. Un día acabamos temprano de lavar el último pañuelo y nos pusimos á conversar boberías. Se nos fué poniendo; la sombra caía fría y pesada; el río al colarse por entre las piedras iba conversando cosas que una no entendía pero que eran miedosas, y si caía en un pocito, entonces además de la conversación soltaba quejidos de criaturita enferma, reía como persona loca y lloraba delgadito como para que no le oyeran... Por debajo de las ramazones obscuras entraba un resplandor lívido que transformaba las aguas en corriente de azogue, y las piedras con lana verde comenzaban á verse como cabezas cortadas. Parecía que eran ellas las que se lamentaban tan triste, las lanas verdes flotaban como si fueran cabellos, la luz les daba de modo que las desigualdades llenas de sombra se veían como bocas abiertas que seguían gritando, gritando... De pronto las nubes se encendieron y entonces el río era como de sangre, corría en ondas gruesas y se quejaba más

ronco, iba contando un cuento miedoso. En los remansos el agua era como tinta, las piezas de ropa que teníamos al lado parecían animalitos que buscaban refugío... Tuvimos necesidad de correr, y corriendo ví un hombre que estaba escondido. Yo enfermé... élla siguió yendo sola, y al fin, aquel grandulazo que nos daba velas en las procesiones, ese la engañó...

La muchacha del cántaro se levantó estupefacta.

—¿Y no se casaron?

—¿Casaron? No. Y cuanod la gente comenzó á mirarla de cierto modo y hubo quien le hiciera una señal vergonzosa en la calle, Cecilia se escondió y apuró un veneno... Dicen, porque le dió una borrachera y luego la encontraron muerta... Hoy ¿quién va á esperar la noche en el río?

Luis TABLANCA.

Heroínas de Shakespeare

Shakespeare no tiene ningún héroe: sólo nos presenta heroínas. En todas sus obras no se encuentra una figura de hombre enteramente heroica, excepto el ligero esbozo de Enrique V, exagerado por las necesidades de la escena; y el más ligero todavía, de Valentín en *Los dos Hidalgos de Verona.* En sus obras más trabajadas y perfectas no encontraréis un solo héroe. Otelo hubiéralo sido, si su simplicidad no llegara al extremo de convertirlo en juguete de todas las ruines maquinaciones que lo rodean; y éste es el único ejemplo que se aproxima al tipo heroico. La energía de carácter de Coriolano, César y Antonio vacila en ocasiones, y aunque por momentos se sostiene, las vanidades terminan por abatirlos; Hamlet es indolente y se adormece razonando; Romeo es un mozo impaciente; el mercader de Venecia se somete lánguidamente á la adversa fortuna; Kent en *Rey Lear,* tiene un corazón noble, pero es demasiado rudo y grosero para ser verdaderamente útil en los momentos críticos, y desciende al nivel de simple criado. Orlando, no menos noble, es así mismo, por su desesperación, juguete del azar, acompañado, alentado y redimido por Rosalinda. En cambio, difícilmente hay una obra suya en que no aparezca una mujer perfecta, firme en una grave esperanza, y en un designio sin error; Cordelia, Desdémona, Isabel, Armione, Imógena, la reina Catalina, Perdita, Silvia, Viola, Rosalinda, Helena, y finalmente Virginia, quizás la más dulce, son todas intachables y fueron concebidas según el más alto tipo de la humanidad.

JOHN. RUSKIN.



De "Las Horas"

Para Apolo.

Amanece. En el húmedo vidrio de mi ventana
licúanse impalpables globitos de neblina.
El sol, tras una nube de fuego, se acoquina.
Y en tanto, lo saluda la matinal campana.

Abro el balcón. El puro aire de la mañana
me sorprende con una fragancia repentina;
y, con ligeras gasas de oro, se ilumina
la gruesa y uniforme arquitectura aldeana.

Dilátanse en los aires aromas matinales;
como una exuberancia de cosas virginales
espolvoreada sobre la vida de la aldea;

todo se impregna de aire, de fuerza, de harmonía,...
Y hasta mi triste alcoba huye la melodía
sonora de una vieja fuente que parlotea...

Lorenzo VICENS THIEVENT.

When I shall Return

Para APOLO.

Aunque voy por tierra extraña.
Solitario y peregrino,
No voy solo, me acompaña
Mi canción por el camino.

F. DE ICAZA.

A *las jóvenes poetisas de mi Patria.*

En un jardín, en medio de rosales.
Te encontraré de nuevo:
Será bajo el Azur de mi terruño:
Allá lejos muy lejos,
Donde el rumor del Plata se confunde
Con el dulce trinar de los jilgueros;
Donde el ombú se eleva, solitario,
Desafiando las iras de los vientos
Y en las verdes cuchillas se adormecen
Los ranchos de terrón, que tanto quiero;
Allá, donde sollozan las guitarras
Como el triste ciprés de un cementerio
Cuando cae la lluvia, lentamente,
En incolora procesión de duelos. ..

Recorrerán tus ojos pensativos
Mi volumen de versos
Que te hable de un castillo abandonado
Bajo el manto de armiño del Invierno;
Un castillo con viejos clavicordios,
Evocadores de pasados tiempos;
Con parques sin murmullos
Como naves desiertas de los templos
Y con lagos dormidos
Donde algún cisne esbozará misterios...

Yo besaré tus manos, delicadas
Como el vago suspiro de un arpegio
Y luego, en los jazmines de tus brazos
Dirán mis labios su cantar ingenuo.
Hermanos de las flautas pastoriles
De los idilios griegos...
Será bajo el Azur de mi terruño:
Allá lejos, muy lejos...

Ah, yo te contaré cuanto he sufrido
En mi largo destierro,
Al cruzar por los puentes de Verona
En busca de la sombra de Romeo;
Al soñar nirvanismos en Venecia
Mientras los gondoleros
Musitaban nostálgicas canciones
En su dulce dialecto.

Tú me hablarás de tus serenas horas,
Del fervor de tus rezos
Cuando las flautas místicas de un órgano
Elevan sus plegarias á los cielos
Y en un altar ondean espirales
Frágiles del incienso
Que esparcen la fragancia del Milagro
Con la edénica paz de los conventos.
¿Y llegaré á olvidar á Zarathustra
Para adorar tu blanco Nazareno?

Será bajo el Azur de mi terruño:
Allá lejos, muy lejos...
¡Ah, yo te contaré cuanto he sufrido
En mi largo destierro!...

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

Alta Savoya, 1909.

Sub Umbra

Era el anochecer. En la llanura
Tendió la sombra su ropaje lento,
Y habló la fatigada voz del viento
Con palabras de insomnio y amargura:
«—Atraviesa, también, tu Selva Obscura
Oh triste, lacerado pensamiento;
Lleva tu carga de Odio y sufrimiento;
Tu cilicio de Ensueño y de Locura....
«Atraviesa el infierno de la vida,
Oprimiendo los bordes de tu herida,
Para que tu Dolor más alto vuele;
Y sé como el errante Gibelino
Cuando, al final de lóbrego camino,
Empieza el alma «riveder le stelle!»

Leopoldo DÍAZ.

A Mariuccia

Para Apolo.

Amo in te la dolcezza di quei labbri
Tumidi e freschi qual 'na rosa in maggio,
Amo i tuoi occhí glauchi come il mare
Che mi saettan qual potente raggio.

Ed amo i tuoi capelli color d'oro
Quali spighe ondeggianti all'aura lieve
La personcina tutta, sí graziosa,
E le manine dal color di neve.

Ma piú di tutto in te amo la pura
Candidezza dell'anima sí bella,
Amo in te la virtú scolpita in fronte
Rilucente, qual'é fulgida stella.

Ma vieppiú io t'amo perché buona
E sincera tu sei, Mariuccia mia;
Ma dimmi, se t'adoro e t'idolatro. . .
Contraccambi tu un po'la mia follia?

G. MOLA.

NOTA ARTISTICA



Ernesto Laroche en su taller

En el salón de Moretti, Catelli y C.ª expone Laroche varios cuadros de última cosecha artistica. Todos ellos significan la confirmación de sus saneados antecedentes de artista de verdad. Del conjunto que se exhibe llama la atención una tela de grandes dimensiones que interpreta un trozo de naturaleza admirable de luz y de verdad, que permite vislumbrar en el horizonte las manchas blancas de unas serranías iluminadas y en el centro un conjunto de árboles prolijamente distribuidos, contrastando la nota oscura con la limpidez de la hermosa perspectiva. Se trata en realidad de una obra de sumo arte.

El otro que citaremos en esta crónica sucinta, de entre el selecto conjunto, es otro que presenta dos pequeños ranchos bellamente iluminados bajo un cielo azul. Rodeados de quebradas y de sombras sutiles dan al cuadro—quizás el más sugestivo de la colección—un ambiente de frescura natural y de misterio á un mismo tiempo...

César degommé...

La pasión de la Libertad es insaciable, como la vida; nada la colma;

el Universo es el enorme Símbolo de la Libertad, todo reside en él, todo está en su orden maravilloso; fuera de él, no hay sino el Caos;

la tiránica pasión de la Libertad, devora la Vida, la consume como una llama enfurecida sobre la cual soplaran desencadenados todos los vientos de la Rosa Náutica;

he ahí que al corazón de carne de los hombres, es sucedido un corazón de lava en aquellos que aman la Libertad, con un amor encima del Espíritu y de la Vida;

en esos visionarios del futuro, en cuyo corazón clama perpetuamente la tempestad, y, que ven la Vida, al través del cristal terrible, donde la Verdad, muestra al Hombre el esplendor de sus desnudeces martirizadas, la aurora boreal de la Esperanza tiende raramente, la luminosa red de sus mirajes;

y, ellos son perpetuamente tristes, cual si el dolor de todas las razas, llorara como un diluvio, en el fondo de su corazón;

los falsos espejismos de la Libertad, que á otros consuelan no tienen el placer de desarmarlos;

su salvaje obstinación no capitula ante ellos, porque está habituada á verlos desvanecerse al menor soplo del viento, y, á ver aparecer tras el áureo amaranto de ese velo, la soledad nocturna del desierto, empurpurada de nuevo con la sangre de los pueblos;

y, él, grita ¡Silencio! al clamor de los pueblos ebrios de una Libertad ficticia, puestos de rodillas en las tinieblas, viendo pasar precipitado el carro del último Amo que huye...

su visión neta y dominadora ve ya venir los *nuevos amos*, y, apresta contra aquellos sus flechas, pronto á traspasar con ellas el horizonte, donde el vacío momentáneo de la púrpura hace una mancha de divino azul;

. . . .

tal sucede hoy á los pensadores, con ese girón de pueblo, que fué Colombia;

Cocobolo ha huído, como un bandido; se escapó en la Noche;

la odisea de Castro, iluminó su Miedo, y, el jaguar asustado ante el incendio, eclipsó la cobardía del mono, tembloroso ante el cataclismo;...

y, el *mata moros degonflé*; el Hércules de feria, puesto en presencia del pueblo, se redujo á sus verdaderas proporciones, y, escapó...

Dictador perpetuo, lo habían aclamado los suyos, como los romanos á Julio César, después de su último abominable triunfo sobre la moribunda República Romana...

Y, él, se creía PERPETUO... ¡PERPETUO en la movilidad vertiginosa de nuestra vida democrática, hecha de mirajes y catástrofes, incierta y temblorosa como un mar!...

Dictador, si que lo era, este soldado obscuro y brutal, con el espíritu insondablemente pequeño y, el corazón más pequeño todavía;

él, mandaba en alto y en bajo, seduciendo á todos con la promesa de una paz que nadie pretendía turbar; de una tranquilidad sin orgullo de partido y sin amor de patria; en el seno de una fraternidad hecha de abdicaciones y de apostasías; en una política sin dignidad de Gobierno y sin sinceridad de ideas; gobierno de facciones y de exacciones; sin rumbos y sin decoro; teniendo por bandera la Venalidad afuera y el soborno adentro; de rodillas ante el extranjero, y el sable desnudo contra el pueblo;

su dictadura de cinco años, llenó con su fango, las cimas que parecían inaccesibles;

los corrompidos de todos los partidos se amontonaron, en torno de él, para servir su despotismo, disputándose por la bajeza la mayor zona de influencia;

los conservadores más envilecidos se unieron á los liberales más abyectos, para hacerlo Amo absoluto y Omnipotente, levantándolo sobre sus hombros como un Idolo;

predicó á grandes voces la muerte de los partidos y, el reinado de las facciones;

y, se embriagó con el humo de la adulación que la prosa mística de los conservadores, y, la retórica plebeya de los jacobinos le administraban á altas dosis; y, se creyó Eterno;...

y, se infló, en una hipertrofia de Vanidad; soberbio de su propia peque-

ñez, como de una grandeza, orgulloso de mostrar su propia Vulgaridad, como una distinción;

seguro de la complicidad de todos, confundiendo esa complicidad con la fidelidad, se dió todo entero, á saquear y despotizar, sin mirar una vez siquiera el obscuro y tormentoso horizonte, tras el cual, se agitaba confusamente el pueblo;..

. . . .

y, he ahí, que un hombre se alza; un hombre solo y desarmado, agitando en sus manos de Escritor y de Tribuno, una hoja de papel;

era Nicolás Esguerra, con su «Memorial á la Asamblea Nacional»;

ese Hombre, inerme, se alzaba ante la Muerte, sereno en su seguridad, sólido en su fuerza;

y, el Pueblo se alzó súbitamente tras aquel Hombre, transformado insensiblemente, en una Democracia, pensadora y agresiva...

y, aquel César, al cual faltaba todo, hasta el acento imperial de los grandes dominadores, tembló ante aquel pueblo que de súbito, se sentía heróico, y, de su trágica humildad que era un crimen, se lanzaba á la plaza pública, en una gallarda ascención hacia sus derechos conculcados;

ante el aliento plebeyo del Pueblo, ya casi olvidado, el Tirano tembló y creyéndose perdido, escapó en la noche, como un lacayo infiel... y, Colombia, quedó sin amo; en poder de los lacayos... ¿qué harán éstos? ¿qué surgirá, quién se alzará, bajo el cortinaje de ese solio, que el miedo del Amo, dejó vacío...

esos lacayos hechos amos, son incapaces de dar al Pueblo la Libertad;

y, el pueblo ha optado por la guerra; ¿qué surgirá de todo eso?

. . . .

la Libertad y la Tempestad, son gemelas; ¿quién osa encadenarlas? la mirada implacable del Destino, ve desde lo alto, y, juzga desde lo alto; su justicia, es tan grande, que se llama Perdón; sin la Misericordia, que reside en el fondo del Destino, la Gloria sería inaccesible para los pueblos y los hombres que han caído en la esclavitud; la Libertad, es Formidable, pero no es implacable; ella tiene Piedad de las cadenas que no ha sufrido... y, ella que no ha temblado, se estremece;

. . . .

y se inclina vertiendo sobre los pueblos el torrente armonioso de la palabra humana; y, escuchando las confidencias de su debilidad, las revela al mundo como un alarido.

Nada sorprende la Omnisapiencia de la Libertad; conociendo todas las caídas de los pueblos, no se sorprende de ninguna; he ahí, porqué ella continúa en amar ciertos pueblos: porque su gloria ha sido más grande que su desvanecimiento... por eso perdonó la Roma de los Césares: por eso continuó en amar la Francia de los Napoleones... ¿Continuará en amar á Colombia? ¿la perdonará? el Rescate del ideal, se impone para aquel pueblo; ay; ¿no será la hora demasiado tarde?...

¿sobre la tumba de ese pueblo, muerto para la Libertad, muerto de Sumisión é Idolatría, podremos escribir la palabra inconmensurable, la gran palabra, que salva y vivifica, Esperanza?... ¿Sobre ese epitafio lucirá el Sol de Betania?... ¿Lázaro resurgirá?... Yo, no lo creo...

Polífemo desventurado, en vano llenará con sus clamores los cielos y la tierra, un nuevo moscardón, más vil que aquel que acaba de abandonarlo, se alzará del fango para insultar su Miseria.

¡*Ave César*! dicen ya las brisas resurrectas de Bizancio...

¡Ave César!...

Vargas Vila

Los Contemporáneos

Con el presente número comenzamos la publicación en nuestra portada, de una serie de caricaturas de escritores contemporáneos. La de José Santos Chocano que hoy ofrecemos á nuestros lectores, ha sido reproducida de *El Cojo Ilustrado* de Caracas.

NOTA DE LA REDACCIÓN.

Retrato

Para APOLO.

Es la faz ovalada, pálida y sugestiva;
sus ojeras azules como de monje real
reflejan los insomnios de una labor activa:
(versos de amor, caricias, besos en madrigal.)

Rojos como la sangre de los dobles claveles,
son los labios sensuales que florecen al beso,
en ellos arde el fuego de amorosos rondeles
y las felinas ansias de un sátiro travieso.

Son dos discos llameantes los dos ojos castaños,
por los que el alma triste mira pasar la vida,
húmedos en nostalgias de los pasados años
ante el recuerdo amado de una muerta querida.

Revelan sangre noble de estirpe Bizantina
las blancas manos tibias, con uñas sonrosadas,
(que acusan camafeos de un mandarín de China,)
ofreciendo amorosas sus caricias doradas.

Artífice pagano, amó las tentaciones,
las bellezas de Diana, la desnudez de Europa,
y, nuevo Benvenuto, sus líricas canciones
van á posarse al bajo relieve de una copa.

Tentaron á su lira los grupos pastoriles,
las intrigas galantes en Cortes florentinas,
y en los Decamerones con duquesas sutiles
gozó el elogio ardiente de sus bocas divinas.

Y este nuevo Rolando de corazón amante,
logró amores serenos y desdenes perversos;
en unos fué vencido, en otros fué triunfante...
(mas siempre fué orgullosa la rima de sus versos.)

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo, 1909.

Galería de "Apolo"



CARLOS MARÍA DE VALLEJO

De Arturo R. de Carricarte

El "nacionalismo" en América

(Glosa de un libro chileno)

(CONCLUSIÓN)

Y si se piensa que cuando una nación de cultura superior administra un pueblo débil lleva á él sus progresos y sus beneficios domésticos diríjase la vista á Puerto Rico y obsérvese la situación que en el orden político, en el económico, en el social mismo se encuentra el nativo bajo la tutela del protectorado yankee.

V

Si he de producirme con entera imparcialidad, debo recordar que una de los más extensos territorios de América, la República de Colombia, que ha podido sustraerse al influjo extranjero, no ha logrado empero mayores beneficios. Sojuzgado el espíritu público por el reaccionario pensamiento católico, por la educación católica, hasta el punto de que el Presidente Reyes enviara al Vaticano una Diputación de sus Ministros portadores de una bandera colombiana, y que el Nuncio del Papa tomara siempre asiento á su derecha en las fiestas oficiales, el atraso material de ese país asombra, por el contraste que ofrece con el brillo, con el verdadero esplendor de sus letras, y el positivo mérito intelectual de sus hijos. Las comunicaciones, por ejemplo, como todas las obras públicas, están en embrión. Para transportar el mineral de oro desde las minas del interior que son tan ricas, se emplea el mulo como único transporte y para llegar desde el exterior á Bogotá la secular y culta capital, es preciso emplear todos los medios de locomoción tradicionales: vapor fluvial, lomo de mula, carro y ferrocarril. Los campos de la República de feracidad excepcional, permanecen yermos porque los transportes implican erogaciones que el precio del fruto no puede compensar. Existe un caso, muy comentado, de un culto colombiano que había vivido en Europa. Al regresar á la patria, hizo cuantiosos gastos para sembrar varias hectáreas de cafetos durante la fiebre cafetera á que el Estado de Sao Paulo en el Brasil debe su engrandecimiento. Cuando las plantas comenzaron á producir, la cosecha fué tres veces más abundante de lo que sus cálculos señalaron y al organizar el transporte del grano encontrose con que una vez puestos los sacos en el muelle marítimo más cercano aún antes de pagar el flete para el exterior, el precio del producto era igual al que tenía de cotización en las plazas consumidoras y tuvo que perder aquella inmensa riqueza que representaba centenares de miles de pesos y que implicaba la pérdida de un capital cuantiosísimo, de tiempo y de esfuerzo imprevisoramente aplicados. Quiere decir que cuando nuestra actividad se consagra al fomento de las artes ó industrias patrias, lo hacemos sin contar con todos los elementos que son imprescindibles y cuando abrimos nuestros puertos á la iniciativa y al capital extranjero, éste ab-

sorbe nuestro poder, anula nuestras esperanzas y destruye nuestro porvenir por una absorción irresistible. México está surcado en todas direcciones por ferrocarriles hasta ayer extranjeros, hoy en coparticipación del Gobierno, pero garantizando un oneroso interés al capital señalado á las empresas de ese modo nacionalizadas. En Colombia el elemento extranjero está en minoría insignificante, hay pocas industrias exóticas, no hay riesgos que provengan del exterior, pero en cambio permanecen sus bosques y selvas completamente vírgenes y carece de vías de comunicación. El problema, pues, consiste en aunar los dos extremos: fomentar las industrias y hacerlas nacionales, pero sin que ello implique el pagar con fondos del Erario, lo que los beneficios de la industria debían producir y que no pueden en la práctica producir; y tener en cuenta todos los elementos que entornan cualquier iniciativa y que son complementarios de cualquier labor para no caer en el fracaso del agricultor colombiano. México tiene 16,114 kilómetros de ferrocarril para 1.987,310 de superficie, mientras Colombia con 1.248,200 kilómetros de superficie, sólo tiene 729 de ferrocarril. En Yucatán estuvo vigente hasta hace poco tiempo la ley de nacionalización de capitales. Toda industria yucateca era nacional, pues el hecho de adquirir un terreno ó de poseer una fábrica implicaba la ciudadanía forzosa. No había, pues, terratenientes extranjeros. En Cuba se propuso una ley semejante y fué preciso desecharla en la Cámara, pero no como dice el Sr. Pinochet, «cediendo á altas influencias yankees cuyos intereses lesionaba», (1) sino porque las circunstancias del momento imposibilitaban la adopción de esa ley. Al rechazarla, la Cámara cubana consignó que la ley era patriótica y que el Congreso se reservaba estudiar el asunto, pero que el proyecto del señor Arteaga, era inadoptable por cuanto su articulado era demasiado radical. En el fondo fué una ley inconsulta, siendo el principal argumento aducido para no aprobarla el que, después de la crisis provocada por la revolución de 1906, y la desastrosa administración financiera de la segunda intervención, cualquier precepto tendente á dificultar la adquisición de propiedades territoriales por los extranjeros haría descender muy sensiblemente la valorización de las tierras dificultando el refaccionamiento de las grandes estancias nacionales cuyos propietarios necesitan cada año recurrir al crédito para lograr el poder hacer frente á las erogaciones correspondientes al corte de la caña, pagos de jornales y demás atingencias propias de la zafra de azúcar. Por lo demás el Congreso reconoció el patriótico espíritu de la ley en cuestión reservándose el legislar sobre la materia en oportunidad más adecuada. La ley Arteaga, así desechada, no es el primer acto que realiza el Congreso cubano en ese sentido, pues durante la primera República el senador señor Sanguily, eximio hombre de letras y patriota ejemplar, propuso una ley análoga y en la Cámara de Diputados el que fué presidente de la misma doctor José A. Malberti, formuló un proyecto de ley semejante siendo tanto en el Senado como en la Cámara pospuesta la resolución pertinente.

No debe confundirse esta práctica de discreta reserva ante el egoísmo extranjero, justificado en suma, con la preconización del sistema

---

(1) Página 51.

de aislamiento internacional, puesto en práctica con invariable resultado negativo. Se trata solamente de prever eventualidades del futuro, apercibirse para ellas y nunca, cualesquiera que sean las circunstancias, por graves y perentorias que se ofrezcan, consentir en que nuestros propios elementos vayan á robustecer al extraño, que en un momento dado utilizará las armas que nuestra inconsciencia le ha proporcionado para labrar nuestra pérdida. La política á la mira internacional ha sido definida exactamente en estos términos: «el jugador debe siempre calcular las jugadas del contrario. En todo cuanto emprendemos luchamos con lo impevisto: el más previsor gana siempre la partida.» (1).

Una de las causas que provocan los males que á la lijera quedan reseñados, es la falta de solidarización mental. Disgregados por inconsistencia intelectual, por exceso de personalismo, no comprendemos la disciplina colectiva, como se nos hace difícil lograr alguna disciplina mental. El general Mitre, entendía que ese espíritu de extraordinario personalismo que nos caracteriza, era un caso de manifiesta herencia directa: «nos lo legaron los españoles con su sangre», dice. (2).

La conquista, hecha á puro de esfuerzo personal, dejado á su albedrío la iniciativa de cada aventurero, determinó en éstos un espíritu de independencia, sin su necesario complemento para el buen orden social: la idea de la responsabilidad, limitándose á exaltar la confianza en el propio esfuerzo y la fe en la labor aislada, de donde á la larga, surgió el espíritu de disociación prevaleciente en nuestros países.

Nuestras democracias americanas han dado demasiado impulso al individualismo y han desdeñado lo que constituye la fuerza de los países más adelantados: la especialización y, con ella, la disciplina y la clasificación de las capacidades. Juzgándonos individualmente omniscentes nuestro esfuerzo colectivo se resiente de la atomización y las actividades disgragadas no tienen ni la unidad de acción que garantiza el triunfo ni aún siquiera la unidad del propósito que es imprescindible para que cristalice en un éxito. Este mal depende exclusivamente del error inicial con que la educación del pueblo ha sido acometida.

La preparación escolar deja poco campo al hábito y á la comprensión de las costumbres públicas. El respeto al orden, la necesidad de la vida normal, sin turbulencias ni guerras civiles, para asegurar el desenvolvimiento de las energías nacionales en todos sus aspectos, y el deber de mantener las relaciones partidaristas dentro de un pacífico razonar y una tranquila discusión son nociones muy poco difundidas. Cuando las violencias de hecho no estallan porque el gobierno posee suficientes elementos para asegurar el orden, las violencias de palabras, que engendran como inmediata consecuencia la perturbación de la paz moral aparece con todo su cortejo de mezquindades y de vilezas. En todo el Continente es la Argentina el país de nuestra habla que ha logrado sostener la paz más persistentemente, y con ella se ha engrandcido de modo portentoso, siendo un verdadero exponente de progreso y de cul-

---

(1) Nabuco: «La Guerra del Paraguay», página 101. París 1901.

(2) Ibid, página 23, I.

tura; á excepción de México, sojuzgado por la férrea mano del insigne Porfirio Díaz, sólo la gran Metrópoli del Plata ha conseguido asimilarse los grandes progresos mundiales. Pues bien, en un reciente editorial de *La Prensa* bonaerense (24 de Octubre de 1909), se lee el siguiente párrafo que es una síntesis admirable de un estado de alma colectivo: «quien con ánimo sereno tome nota reflexivamente de lo que ocurre en ese escenario (el político), se dará cuenta exacta de la profundidad en que radican la subversión y la anarquía de las ideas, obra de un largo cuarto de siglo de relajación de los resortes democráticos y gubernamentales, consumada por personalismos prepotentes. El hecho indica que hay mucho y muy arduo hacer para encontrar la huella abandonada».

Esta anarquía y esta subversión se advierten en todo el continente.

Juzgando imprescindible inculcar en la mente del niño la idea de la igualdad, no hemos sabido imponerle la idea de la relatividad dentro de esta igualdad teórica atañedera más que otra cosa al derecho positivo que no á las demás funciones sociales: la igualdad ante la ley que es la que persigue la sana democracia, pero que no es ni puede ser igualdad social ni mucho menos la igualdad mental. A cada uno según su capacidad y á cada capacidad según su mérito, esa es la fórmula más adelantada del acratismo europeo. Nosotros ampliamos la teoría hasta el límite; á todos sin medir capacidades ni méritos. Y de ahí parte todo el error. El hijo de un obrero oye en la escuela que él es igual al Presidente de la República y que cuando tenga la edad que requiere la ley, podrá él también ser presidente. Andando el tiempo llega al conocimiento de que ese Presidente, ha sido electo por la mayoría de votos y entonces si siente el deseo de ser Presidente no piensa en que ese alto cargo es privativo de las grandes capacidades, sino de las grandes audacias y mira de igual á igual al jefe de la nación y juzga á todos sus compatriotas por un mismo rasero, sin poder distinguir entre un alcohólico degenerado y los otros cultos é inteligentes ciudadanos. La base democrática se ha establecido entre nosotros en la igualdad y no en la capacidad; así vemos en muchos de nuestros países que iletrados aspiran á alcanzar puestos técnicos aunque carezcan del título que la ley les exige.

El otro problema es el de la nacionalización del sentimiento colectivo é individual. En estos mismos días la Argentina, por la acción del señor Ministro Naón, ha iniciado la «argentinización» del niño argentino.

Para lograr esto es preciso que la historia patria, que las necesidades patrias, que las letras patrias sean familiares á cada ciudadano; que en las escuelas elementales se comience á iniciar al niño en lo que es patrimonio nacional, en lo que son las necesidades nacionales, lo que tenemos y lo que nos falta. Y no obstante ello, un sólo pueblo ibero americano, Venezuela, cuenta con una historia literaria nacional merecedora de ese nombre: la del señor Picón Febres, honrado y valioso monumento de juicio imparcial, abundosa erudición é independencia de criterio. En los demás países neomundiales se ha desdeñado recopilar la producción literaria, como si tan desmedrada fuera que no hubiera hecho fijar en ella la atención de jueces tan severos como Marcelino Menéndez y Pelayo y Frederic Loliée. Cuanto á la

historia nacional, tan cultivada en todas partes, entre nosotros es mirada con el mayor desden. Si acaso las monografías abundan es en daño de la unidad de pensamiento que debe regir la confección de un texto propio para ser facilitado en las escuelas populares á aquellos ciudadanos que en el curso de su vida no han de volver á hojear semejantes textos. Ni un sólo país de América, desde Cuba hasta la Argentina, tiene un libro elemental de historia patria que responda á un fin verdaderamente pedagógico. Cuando mucho son libros de exposición ó narrativos, carentes de todo incentivo para provocar la reflexión crítica y facilitar la deducción y la comparación. Es más, esos mismos textos de historia narrativa están plagados de errores casi siempre. En México está de texto para la enseñanza elemental y la secundaria progresiva un libro del Ministro de Instrucción Pública, el notable literato don Justo Sierra ; pues bien, la prensa ha denunciado repetidamente inexactitudes contenidas en los varios tomos de enseñanza gradual, sin que se haya modificado el texto. La geografía nacional se mira como asignatura de importancia escasa, la oreografía se desdeña por completo y cuanto á la geografía comercial comparada se ignora hasta su significado. «En las escuelas y colegios argentinos se ha enseñado Geografía, y aun se enseña, con mapas extranjeros algunos de los cuales trazan en Misiones y en los Andes los límites que pretenden el Brasil y Chile. (1).

Y sobre base tan débil se pretende erigir el edificio pesado y abrumador de la enseñanza universitaria, única que preocupa y á la cual se otorga una errónea y descaminada influencia en la vida colectiva. Ultimamente el Presidente de la República Argentina, doctor Figueroa Alcorta, se ha visto obligado á reconocer (2) que en la gran metrópoli platense «el progreso material no corre parejas con el adelanto institucional ó político» ;efecto característico de la educación deficiente é inadecuada.

El señor Pincohet cita un caso que es realmente típico de nuestra incomprensión de los alcances de la enseñanza popular: un periódico satírico, dice, publicó en Santiago una caricatura que representaba un hombre macilento, cuyo traje, cubierto de harapos, mostraba las emaciadas carnes, y al pie del grabado se leía esta significativa leyenda: «es maestro de escuela: lo enseña todo».

Tal es la situación: contemplémosla de frente, no dejemos vagar el espíritu optimista en cuanto á la aplicación de los males sino en cuanto á la posibilidad de remediarlos mediante la voluntad y el esfuerzo; tracémonos un ideal superior de civilización y de progreso y aunemos nuestras voluntades posponiendo todo estímulo al de los grandes intereses de la patria, solidarizando, cada día más, á los pueblos de nuestra raza, en ideal confraternidad de amor, de justicia y de progreso, basado en la mutua ayuda y en el comun apoyo que preconizara, doloroso es decirlo, no uno de los nuestros, sino el más culto representante del gobierno yankee: Mr. Elihu Root, en el primer Congreso Pan-Americano.

---

(1) «Misiones» por Estanislao S. Zeballos, ex-Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.—Buenos Aires.—J. Pouser 1903, pág. 21.

(2) «La Nación», Buenos Aires Octubre 22 de 1909.

Sol de Mediodía

Para Apolo.

A Ovidio Fernández Ríos.

Sol de Mediodía. ¡Bendito seas! Tú despiertas en el alma mil sensaciones á un tiempo. En ti todo es sonoro porque todo es callado. Hablan en ti las cosas del presente y las cosas que fueron. ¡Tú evocas todo lo que no puede ser! Cuando muestras tu cabellera de oro comienzan á reir las vidas.

Los campos, las torres, las carreteras, dicen una añoranza siempre que tú te asomas! Sol de Mediodía ¡Bendito seas! murmuran en ti las fuentes de todos los amores. En ti cantan todas las aves y secretean en tu silencio todos los ruidos de la Naturaleza! Luminosa es tu sombra, porque ¡oh! tus reflejos son como una sombra! Sed infinita de amor se siente cuando tú llegas. Yo tengo ansias de ti ¡tantas como de placeres puede tener un marinero á la vuelta de un largo viaje! Sonríeme siempre, Sol de Mediodía! Acuden á ti todos los amparados por la fortuna, y todos los desgraciados, porque ¡oh! tú lo remedias todo! ¡Tanta música hay en tu luz que se olvida lo triste!

Por ti se aleja el odio. ¡Hasta por ti la sombra parece luz dormida! Sólo que tu belleza es un poco caprichosa ¡me hace decir las cosas que yo no quiero! Mas ¿cómo resistir? ¡Son tan grandes y tan claras tus pupilas y hay tanto oro en tu cabello!

Vuelven los campesinos por la ancha carretera. Las ermitas alzan hacia ti sus grisientos campanarios. A lo lejos se ven labradores emparvando mieses... ¿Cómo no amarte, si sólo por tí todo esto es bello? En ti cantan todas las aves y secretean en tu silencio todos los ruidos de la Naturaleza! Por ti hablan los colores y hay como una onda de savia en cada latido del Universo. ¡Siempre que tú te asomas ríen las vidas! ¡Tú evocas todo lo que no puede ser! Porque eres hermoso y triste y alegre, Sol del Mediodía ¡Bendito seas!

Julio J. Casal.

Niza, 1909.



Postura difícil

Siento el paisaje. Pero la vecina,
noble señora muy devota, muy
de mi pueblo, me ofrece su anodina
conversación de ama de llaves. Y

mientras la vieja va zurciendo prosa
debajo un cielo de color de pus,
le pregunto, pensando en otra cosa:
¿De qué murió Teresa de Jesús?

Luis C. López.

De mi diario

Una noche en el campo

A J. E. Rodó.

Para Apolo.

Es esta una de las noches más propicias para medir toda la intensidad de mi valor.

No siento miedo. Siento esa extraña sensación que produce la soledad; y la soledad es un vacío mortificante. Busco en mi derredor el reflejo de una personalidad extraña y encuentro un eco de la mía. En esos momentos es uno mismo el que se vé siempre. Nadie me contradice!

Hasta los propios seres de que me rodea mi fantasía, que antes se me antojaban tan extraños, los encuentro hoy demasiado similes para que me parezcan compañeros. No me producen, por lo tanto, la sensación de un choque, tan necesario á la simpatía de dos almas.

Me encuentro solo!...

No sugiere esta exclamación la idea inmensa de un espacio inmenso, interminable?

Es necesario haberse hallado solo, como yo esta noche para abarcar la intensión de esas tres palabras.

Me encuentro solo!...

Todos los ruidos que me son familiares durante el día, han cesado. El rancho de material está ubicado sobre la loma de la cuchilla y se siente el sordo clamoreo del viento sobre el tejado de pizarra.

Su lúgubre monotonía aumenta la tristeza de esta noche y la puebla de misterios.

Suena un golpe. El instinto avisor me pone alerta... Y llevado por un exceso de prudencia miro á mi derredor impacientemente. Esta impaciencia me ofende! A quién temo?

Si estuviera seguro de que detrás de la puerta hay un hombre armado... Bah! Es que no temo á ningún hombre. Lo que siento es vago; es acaso temor á lo sobrenatural. En la soledad se llena el alma de angustia y de incertidumbre. Y no hay nada peor que temer y no saber á quien.

El mismo ruido se repite, pero ya más cerca... Entonces ante la seguridad de un peligro, me siento fuerte y me vuelvo brusca y resueltamente: Veo un cascarudo negro empeñado en darse de golpes contra el suelo. Parece un sátiro!

Yo me entretengo en contar los porrazos que se da. He llegado á ocho y á la conclusión psicológica de que aporreándose cree que vuela. El cascarudo es muy estúpido!

Una cantidad de mariposítas revoletean sobre mi mesa de trabajo. Algunas permanecen quietas como en un letargo estúpido. Se parecen en su manera de volar á los cascarudos, pero no son tan imbéciles. Al contrario! Sospecho en ellas un cierto grado de capacidad intelectual. Poseen además la obstinación del sabio en sus investigaciones y llevadas por su terrible curiosidad mueren ardidas en la llama de la vela sin haber descubierto que es la luz.

. . . .

El viento ha calmado; es ya tarde y la quietud soñolienta de la noche me invita á dormir.

Durante el sueño pasan por mi imaginación voluptuosas formas de mujer. Sus delicados contornos me incitan á una sabia vida de besos y á soñar con encantadoras quimeras...

Y mientras sueño así, solo aspiro á que dure mucho esta noche triste con su ¡silencio infinito!...

MATEO MAGARIÑOS.



El Recuerdo

Para **Apolo.**

Aquella noche, fría y lluviosa, sujetando el sombrero con su pálida mano huesuda y sin sangre, llegó Aristóbulo al club, y en medio de la charla alegre reinante buscó un sitio junto á la estufa...

Sus ojos se perdían en la inmensidad de las órbitas, adornadas con grandes ojeras violáceas, que con la tos continuada que tenía dejaban revelar la enfermedad que le aquejaba

El bien sabía que poco á poco los días se agostaban para sí, y, mientras los demás hacían cálculos para un futuro alegre y sonrosado, él, echaba una mirada retrospectiva á su pasado, en el cual soñara con su porvenir...

Y ahora estaba triste, y sumergido en los muelles sillones del hall, dejaba ver, como poco á poco, la tisis concluía con aquellos pulmones cavernosos.

Ya el médico le había dicho: — amigo, usted se muere; la ciencia no puede con su enfermedad.

Y, sin embargo, esta revelación del facultativo, hecha á su ruego, había sido soportada por su alma fuerte de caballero andante...

Los demás departían con él un rato; luego le dejaban sumergido en el sillón y uno á otro se decían: — ¡Pobre Aristóbulo! ¡Se nos muere!

Y él, era víctima de dos males; la tisis y el recuerdo.

Un día se enamoró perdidamente de una bella rubia, fresca y lozana, pero coqueta como delicada flor de invernadero que al primer contacto pierde su lucidez y se pone mustia.

Y la chica, en aquel baile, en que él la conociera, pasaba junto al sillón del tísico, que hacía un esfuerzo para sonreir, sin dirigirle la mirada, y el pobre hombre, conocedor de su situación, no se atrevía siquiera á hacer por tratarla más intimamente, temeroso de la decantada negativa.

Y pasó el tiempo; la chica se alejó del país, y el pobre Aristóbulo vivía del recuerdo.

Pensando en ella, las horas transcurrían así como su vida, y el pobre enfermo con la obsesión en su recuerdo, marchaba, marchaba muy aceleradamente hacia la tumba...

Y su alma latía aún para aquella mujer que le había desdeñado, y el pensar en ella, era para Aristóbulo la lanceta terrible, emponzoñada de duda, esperanza y dolor, que se clavaba en lo más íntimo de su ser, deslizándose las horas, amargas unas, dolorosas las otras.

Y su vida, con estas faces, era rara; el poeta hubiera hecho de ella el poema de la muerte exótica!...

II

Había pasado algún tiempo y Aristóbulo no concurría á la reunión de la cual era tertuliano; estaba en la última faz de su terrible enfermedad.

Los amigos indagaron por aquel joven, espíritu alegre de un tiempo, hoy cuerpo agonizante, y sabedores de la triste nueva, salieron en masa á casa de Aristóbulo.

Estaba en cama.

Aquel rostro color resina, había sido adornado con dos man-

chas rojas, tan rojas, como las que quedaban grabadas en el paño, cada vez que lo acercaba á su boca para detener los accesos de su tos esputosa.

Los compañeros se miraron unos á otros, comunicándose de esta muda manera, la pésima impresión que les causaba.

Y Aristóbulo, reuniendo sus últimas fuerzas se incorporó en el lecho y habló:

—Saben, que hoy ha estado Antonio á verme, y me ha dicho que María Eugenia se ha casado.

—Vamos, hombre, no lo oculten.

—Bien notan que son estos los últimos restos que me quedan de vida; sólo lamento no poderlos pasar en mi viejo sillón del Club.

—Creen ustedes que pueden precipitar mi muerte con estas noticias?...

—No teman hacerme daño; muero con el cerebro sano, y con el recuerdo de la mujer aquella, que, casi sin conocerla, hubiera de haber sido mía...

—Acordándome de ella, no me acordaba de la tisis...

Un nuevo acceso interrumpió su conversación, obligándole á dejarse caer sobre la almohada.

Pasó éste, y Aristóbulo estiró su mano:

—Si no temen el microbio de mi mal, estréchenla; esta será la última vez...

—Me llevo conmigo dos cosas: el recuerdo de aquella mujer y el de los buenos amigos.

. . . .

Y en la noche, en medio de un hálito terrible de tristeza, las doncellas de la muerte, extendieron el negro sudario sobre el extenuado cuerpo de Aristóbulo...

. . . .

H. O. ARAUJO VILLAGRAN.

De "Heliotropos"

REMINISCENCIAS

¿Sabes? Te adoro, núbil gardenia,
Hostil al rito del Himeneo:
Porque has calmado mi neurastenia.
¡Qué horas aquéllas de devaneo!

Bajo la arcada de las magnolias,
Ó en la avenida blanca y riente;
Entre harmonías de arpas eolias,
Y á los fulgores del sol poniente:

¡Cómo irisaban sus mil facetas
En nuestras almas las ilusiones,

Y alboreaban asaz inquietas
Las mariposas de las ficciones!

¡Y de tus labios — urna de chistes —
Acariciando los ígneos velos,
Iban mis ojos — pájaros tristes —
Hacia el absintio de tus ojuelos!

¿Ríes? Aun piensas en la ilusoria
Voz de las frases esponsalicias,
Ríe, sí, pero dame la gloria...
Quiero la gloria de tus caricias.

No de tus labios arpados brota
Ya de mis himnos la melodía;
¿Para qué te hago versos y agota
Sus gayas formas mi fantasía?

Pues que la gracia de tus lunares
Madrigaliza mi pensamiento,
Fuerza es que cantes como los mares,
Como las frondas: novias del viento.

Mariposea cabe las flores
De mis estrofas, mariposea;
Liba su néctar; ve sus colores.
¡Oh, misteriosa luz de la idea!

Vive en el alma de quien te adora,
Para consuelo de sus cilicios;
Y, cuando rías como en otrora,
Piensa en los votos esponsalicios.

. . . .
. . . .

¿Sabes? Te adoro, núbil gardenia,
Hostil al rito del Himeneo;
Porque has calmado mi neurastenia,
¡Qué horas aquéllas de devaneo!

PÈREZ Y CURIS.

digno de loa y admiración. El revela á un escritor sincero y á un hombre, pero á un hombre libre que tan pronto decapita con su pluma al monstruo de la hipocresía como canta al águila de la libertad.

PALABRAS DE PELEA es un libro fogoso en el que palpita y hierve la mas noble savia revolucionaria.

Resurrexit (comedia), POR VICENTE A. SALAVERRI. — *Buenos Aires.*

La obrita de Salaverri está escrita en galano estilo y con un criterio amplio y bien equilibrado. Su fondo revolucionario responde al credo filosófico del autor que es un espíritu libre y un cerebro á todas luces privilegiado.

RESURREXIT obtuvo el premio en el concurso organizado por «Ultima Hora», diario de la capital vecina. Y en verdad que el premio fué bien adjudicado (cosa que rara vez sucede), pues la comedia de Salaverri es de efecto y su fondo tendencioso tiene rasgos de humana generosidad.

Vida adentro, POR J. DELGADO CARRASCO. — *Librería de Pueyo. — Madrid.*

Un bello conjunto de cuentos originales de fluído y elegante estilo constituye la obra de Delgado Carrasco. Páginas de la vida real, ricas de savia y jocundo colorido, las de VIDA ADENTRO encantan por su simplicidad maravillosa y por sus descripciones tan sintéticas como elocuentes. Los motivos de muchas de esas páginas son verdaderos hallazgos que el talento de su autor ha esbozado con sumo cariño y solicitud de artista.

VIDA ADENTRO es la revelación de un gran novelista. Ya tendré ocasión de ocuparme extensamente de PENUMBRA, novela que Delgado Carrasco publicará en breve. Entonces, con más tiempo y espacio,—pues ahora no puedo explayarme como deseara—pondré de relieve las grandes condiciones del autor de VIDA ADENTRO.

Isabel, distinguida coronela, POR BENIGNO VARELA. — *Librería de Pueyo. — Madrid.*

Benigno Varela es uno de los novelistas españoles que en breve plazo alcanzaron reputación en España y en América. Bien es cierto que la merece por su labor brillante y su perseverancia en el cultivo de las letras.

ISABEL, DISTINGUIDA CORONELA, tiene por título su último libro. Es una interesante novela bien ideada y ejecutada con primor. Los tipos y las escenas del ambiente madrileño, allí descritos, han sido observados con una sutileza y un amor de novelista poco comunes. Luego, el modo de novelar de Varela, sintético, y exento de largas disquisiciones (encuentro plausible la omisión de éstas en beneficio de las escenas) hace aún más atrayente á los lectores nerviosos de nuestros días la lectura de esa novela en la que se ha puesto en evidencia, con tino y audacia, muchos rasgos de la vida madrileña, adaptables algunos de ellos (los del periodismo, por ejemplo) á nuestro ambiente de sórdidas pequeñeces.

Ulises (novela argentina), POR GILBERTO LAURENCENA.

Gran sentimiento y poder de evocación son las dos características del autor de ULISES. Merced á ellos, el mal efecto que el viejo romanticismo de esa novela pu-

diera producir en el ánimo del lector, desaparece, confundido entre los bellos paisajes con que Laurencena ha decorado las páginas de su libro, revelándose un excelente pintor de la naturaleza. Sencilla pero elegantemente escrita, sin veleidades retóricas ni jactancias de psicólogo, la novela ULISES es un reflejo hermoso del talento de Laurencena.

PEREZ Y CURIS.

Nuevos libros recibidos

PRISMAS (*poesías*), *por Héctor Parra y Freire*, Montevideo; LA FIESTA DE LOS BESOS (*poesías*), *por Pío Pandolfo*, Santa Fe; REVOLVERATE (*poesía*), *por Gian Pietro Lucini*, Milano; CANTOS DE REBELIÓN, *por A. Sux*, Barcelona.

Nuevo canje

El Heraldo. — GUATEMALA.

Revista mensual de artes y letras que dirige Ed. Aguirre Velásquez. El primer número se presenta lujosamente editado y lleno todo él de excelentes materiales gráfico y literario. Contiene dicho número composiciones de Santos Chocano, Gómez Carrillo, Villaespesa, Amado Nervo, Guillermo Valencia y otros literatos ya consagrados en Hispano-américa. Hermosas reproducciones de cuadros de Watteau que alternan con retratos de bellezas tropicales ornan las páginas de EL HERALDO.

Voluntad. — CARTAGENA, (*España*).

Acusamos recibo del número 1 de la revista quincenal así titulada. Su sumario es interesante y ameno. Miguel Pelayo y Jacobo M. Marín-Baldo, suscriben bellas composiciones en verso.

Patria. — GUAYAQUIL.

Este semanario ilustrado de actualidades cuenta ya cinco años de vida. Puede decirse, por lo tanto, que se ha impuesto en el ambiente ecuatoriano. Los números 98 y 99 que acabamos de recibir contienen amenas colaboraciones.

Dejamos establecido el canje con las nuevas publicaciones arriba mencionadas.

Nota

En la sección *Bibliográficas* nos ocuparemos de todas aquellas obras que se envíen á nuestra redacción en cantidad de 2 ejemplares. Los envíos deben hacerse al Director de APOLO.

APOLO

AÑO V

Numero 38

Los Contemporáneos



Vargas Vila, POR FAUNO

MONTEVIDEO — ABRIL DE 1910

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Cantos de Rebelión, POR ALEJANDRO SUX. - *Casa Granada*. - *Barcelona*.

Cuando se me anunció la aparición del nuevo libro de Sux, supuse que éste, corrigiendo los defectos de que adolecían sus versos anteriores, daría al público si no un libro invulnerable, un gallardo volumen que revelara al menos un gran esfuerzo de originalidad. Sin embargo, no ha sido así: CANTOS DE REBELIÓN ha defraudado mis esperanzas. En dicho libro como en DE MI YUNQUE, el primero que Sux publicó, no hay labor de artista ni siquiera un rasgo de creador. Inspiración sí que la hay. Y ella matiza en parte la palidez de todo el libro. Las influencias que se notan en DE MI YUNQUE, en vez de haber desaparecido para siempre, reaparecen en CANTOS DE REBELIÓN además de otras que han ejercido sobre Sux escritores de nuestra América. Así, por ejemplo, la poesía *Delirio* es un remedo, mejor aún, un calco del poema *De mi locura* de Adriano M. Aguiar. En su nuevo libro Sux no ensaya, pues, ningún esfuerzo por superarse. Diríase que ha tratado solamente de escribir mucho para dar un grueso volumen. Y he ahí el error que padecen no pocos escritores contemporáneos. Para destacarse entre la multitud que canta, no es menester una vasta labor, sino un rayo de originalidad que ilumine cada una de las pocas composiciones que se ofrendan al lector.

Sux no escuchó las observaciones que se le hicieron sobre su primer libro. Y es por eso que ahora, no obstante haber transcurrido cuatro años—tiempo suficiente para que un escritor evoluciones y marche á cristalizarse—incurre en las mismas faltas de su labor de principiante.

Excelsa (POEMA DEL ALMA Y DEL SEXO), POR ANTONIO G. DE LINARES. *Librería de Pueyo. Madrid*.

EXCELSA es una novela-poema escrita con solicitud de verdadero artista é impregnada toda ella de un sutil perfume de poesía. No sustentan sus páginas ninguna tesis trascendental; el novelista erótico y sentimental—como él se dice en el prólogo, concrétase solamente á describir con gusto y sinceridad un fragmento de vida, matizando su narración de infinitas bellezas.

Aplaudo sin reservas á ese nuevo novelista que ha conciliado, interpretándolos humanamente, los divinos poemas del alma y del sexo.

Voces del alma, POR BENJAMÍN VELASCO REYES. — *Santiago de Chile*.

El joven poeta chileno ha reunido en el folleto así titulado diversas composiciones inéditas unas y publicadas las otras en revistas americanas. En VOCES DEL ALMA la figura del poeta se esbozá apenas. Otros libros suyos más sentidos y sobre todo *más vividos* marcarán la evolución de su talento artístico-literario.

APOLO

Revista mensual de arte y sociología

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Cantos de Rebelión, por Ale... Sux. — [illegible]

Cuando se me [illegible] la aparición del nuevo libro de Sux, supuse que éste, corrigiendo los defectos de que adolecían sus versos anteriores, daría al público si no un libro invulnerable, un acabado volumen que revelara al menos un gran esfuerzo de originalidad. Sin embargo, no ha sido así: Cantos de Rebelión ha defraudado mis esperanzas. En dicho libro como en De mi yunque, el primero que Sux publicó, no hay labor de artista ni siquiera un rasgo de creador. Inspiración sí que la hay. Y ella matiza en parte la palidez de todo el libro. Las influencias que se notan en De mi yunque, en vez de haber [illegible] siempre, reaparecen en Cantos de Rebelión además de otras que han ejercido sobre Sux escritores de nuestra América. Así, por ejemplo, la poesía [illegible] es [illegible] por [illegible], un calco del poema *De mi locura* de Alfredo M. Aguayo. En su nuevo libro Sux no ensaya pues ningún esfuerzo por superarse. Diríase que ha tratado solamente de escribir mucho para dar un grueso volumen. Y ha caído en el error que padecen no pocos escritores contemporáneos. Para destacarse entre la multitud que canta, no es menester una vasta labor sino un rayo de originalidad que ilumine cada una de las pocas composiciones que se ofrezcan al lector.

Sux no escuchó las observaciones que se le hicieron sobre su primer libro. Y es por eso que ahora, no obstante haber transcurrido cuatro años—tiempo suficiente para que un escritor evolucione y marche á cristalizarse—incurre en las mismas faltas de su labor de principiante.

Excelsa (Poema del alma y del sexo), por Antonio G. de Linares. — *Librería de Pueyo*. — *Madrid*.

Excelsa es una novela-poema escrita con solicitud de verdadero artista é impregnada toda ella de un sutil perfume de poesía. No sustentan sus páginas ninguna tesis trascendental; el novelista erótico y sentimental—como él se dice en el prólogo, concrétase solamente á describir con gusto y sinceridad un fragmento de vida, matizando su narración de infinitas bellezas.

Aplaudo sin reservas á ese nuevo novelista que ha conciliado interpretándolos humanamente, los divinos poemas del alma y del sexo.

Voces del alma, por Benjamín Velasco Reyes. — *Santiago de Chile*.

El joven poeta chileno ha reunido en el folleto así titulado diversas composiciones, inéditas unas y publicadas las otras en revistas americanas. En Voces del alma la figura del poeta se esboza apenas. Otros libros suyos más sentidos y sobre todo más *cuidados* marcarán la evolución de su talento artístico-literario.

APOLO

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis

Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Rios



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO V Montevideo, Abril de 1910 N.º 38

Paráfrasis

De codos en la mesa, la mejilla
apoyada en el dorso de la mano,
vuelvo á sentir como una pesadilla
la calentura de tu amor lejano.

Mis ojos no te ven, pero te siento
avivar el sopor en que me postro,
y estás tan cerca que me abrasa el rostro
el cálido perfume de tu aliento.

«¡La boca mi bacío tutta tremante!»
Sobre las vivas páginas del Dante,
ciegos á nuestro instinto, nos besamos.

Vimos una mirada de agonía . . .
El libro, melancólicos cerramos . . .
¡Y no leímos más desde aquel día¡

Francisco VILLAESPESA.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ | Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO V — Montevideo, Abril de 1910 — N.º 38

Paráfrasis

De codos en la mesa, la mejilla
apoyada en el dorso de la mano,
vuelvo á sentir como una pesadilla
la calentura de tu amor lejano.

Mis ojos no te ven, pero te siento
avivar el sopor en que me postro,
y estás tan cerca que me abrasa el rostro
el cálido perfume de tu aliento.

«¡La boca mi bacío tutta tremante!»
Sobre las vivas páginas del Dante,
ciegos á nuestro instinto, nos besamos.

Vimos una mirada de agonía . . .
El libro, melancólicos cerramos . . .
¡Y no leímos más desde aquel día¡

Francisco VILLAESPESA.

Julio Herrera y Reissig

No sin dolor, sin piedad, sin tristeza, acabo de ver por vez última al amigo muerto, al poeta cuya vida hoy se ha extinguido de una manera brusca, casi inesperada. Allá en la cámara mortuoria acabo de ver su cabeza yacente. Está sereno, inmutable, como adormecido en uno de aquellos sus ensueños que en horas de éxtasis le alejaran de la tierra. No parece haber sufrido ni siquiera experimentado la visión fugaz del moribundo que presiente su fin, y sin embargo, él vió acercársele La Intrusa, él sintió horas antes de expirar còmo la muerte le rozaba con su hálito helado, él vió allegársele esa misma muerte que al poeta tanto llenara de misterio, de congoja, de infinito asombro...

Envuelto en el sudario negro del ataúd y á la luz amarillosa de los cirios, hoy el poeta duerme su último sueño: sus ojos azules cerrados para siempre hacia la Eternidad, el arco amable de su boca contraído en un rictus acre, la comba frente nimbada bajo las hebras áureas de sus cabellos nazarenos. Esta mañana cuando me enteré por un diario matutino de la irreparable pérdida sentí como un anonadamiento letal. Aquello colmó mi estupor, tan inmensa parecióme la infausta nueva.

Desde hace quince años una afección al corazón retenía á Herrera en las alternativas dolorosas de una existencia condenada. Las crisis eran tan agudas como repentinas, pues á veces le sorprendían en la calle ó en pleno trabajo intelectual. Y nada predecía el asalto. Un ¡Ah! angustioso acompañado de un movimiento instintivo de la mano del poeta hacia su corazón, denunciaba en ese instante á los presentes el brusco despertar del acceso. Entonces tornábase pálido, trémulo, nervioso. Luego, penosamente, reteniendo con su mano aquel prolongado y ruidoso latir de su corazón enfermo, el poeta buscaba en las digitales y en el «hada morfina» el codiciado alivio...

Y estas crisis de su mal que se manifestaban por un galope desbocado de su corazón enfermo, latiéndole fuertemente y angustiosamente como el sonoro tic-tac de un reloj cuya marcha no es precisa, solía retener á Herrera en el lecho por espacio de semanas enteras, hasta que, un nuevo suspiro musitado por el poeta, predecía que en un retorcijón doloroso la sangre había logrado hacerse paso nuevamente á través de las arterias imprimiéndole al corazón su marcha regular y rítmica.

Pero hoy á las tres de la mañana el acceso sobrevino, y á las seis, ó sea tres horas más tarde, Herrera y Reissig había expirado entre el cariño y las manifestaciones de dolor de todos los suyos.

Ha despertado en verdad un unánime sentimiento de pesar la pérdida de este bardo cuyo estro exquisito supo auscultar en la belleza contemplativa el alma vibrante de las cosas y la dulce armonía del verbo. De imaginación fastuosa, ebria de

luz y resplandeciente de colorido; de potencialidad robusta, de concepción amplísima y feliz, Herrera y Reissig concibió poemas consagrados, sonetos delicadísimos de fino arte que se caracterizaban por su sentimiento puro, por su gracia amable y por su verdad sentida y hondamente interpretada.

Desde el genio cósmico de Hugo hasta la sutileza espiritualizada de Mallarmé, desde la visión macábrica de Baudelaire hasta la gracia fina de un delicado encantador de corazones, desde el simbolismo etéreo y vagaroso de un ultra-modernista hasta la sencillez plácida y serena de Theócrito y Virgilio, sus versos, dijeron del Amor y de la Vida, todo lo más luminoso y más sombrío. El amó de Lamartine sus entusiasmos líricos y de Samain sus bellezas ideo lógicas. Fué amable para la mu jer é irónico ante el prejuicio ó el convencional error. Sus poemas cantaron á la naturaleza en todas sus faces multiformes. En su paleta augusta, de mago hechicero, él esfumó cielos azules de una luminosidad arcaica; diluyó crepúsculos de oro vivo veteados de záfiro y de rubí; hizo vernos amaneceres diáfanos y noches lunares consteladas de astros en las que idilios lugareños respiraban santidad; ahulló con la tempestad y se adormeció en el silencio, porque su alma, pante sta y vibrátil, supo intensificarse con el pájaro que trina, con la nube que esboza su leve cendal, con la fuente que arrulla, con la ola que abofetea, con el rayo de sól que dice de alegrías lozanas, con la sombra que acecha, con el árbol cuyo ramaje pone su nota alegre sobre el azur, con la flor que emana vivacidad y aroma.

Y la prosa de este lírico no fué menos feliz. Artículos de crítica ungidos de una originalidad muy personal puesto que se hermanaba maravillosamente á su temperamento único, cuentos hermosos, narraciones interesantes, vieron con frecuencia la luz en el periódico y en la revista.

Fué incansable su labor. En la soledad de su existencia él trabajó con el ahinco de los infatigables y la santa fe de los iluminados. La obsesión de dar fin á un trabajo le asaltaba en la calle y en el mismo lecho. Más de una vez su sueño fué interrumpido para coger febrilmente la pluma y dar término á una estrofa abandonada á medio concebir. La palabra tenía para él todo el iris del prisma y el valor de una presea. Fué un artífice no superado en el engarce. El hallazgo de un adjetivo justo é insustituible le producía entusiasmos de esteta y alegrías de niño. La redondez armónica de una frase le acariciaba como una forma impecable de sensualidad serena. Sus versos pasaban por el cincel de un virtuoso donde ninguna aspereza lograba escapar á su oído sensible y á su visión clarovidente. Un simple detalle, una duda molecular, una disonancia sutil é inadvertida para profanos oídos, le atormentaba sumiéndole en cruentas vigilias. Y es que Herrera y Reissig detestaba la vulgaridad, la frase común, el «cliché» manoseado por las mediocridades. Un lapsus en la impresión de sus trabajos constituía la mayor afrenta que se le pudiera hacer, á él, cuyo corazón era sencillo, y dulce, y benevolente. Luego, cuando en mitad de su labor un

mandoble traicionero de su enfermedad le obligaba á buscar en el reposo el alivio necesario, entonces una duda dolorosa y un anhelo febriscente le asaltaban.—«No quisiera morir,—decia,—sin antes haber terminado esta página!» —Y era esta, su exclamación, como un ruego implorante, como el deseo póstumo de un condenado á muerte cuyo pedido no es posible denegar, como una protesta sórdida hacia la fatalidad ineluctable y aceptada, como una clemencia final, como una súplica, como una gracia postrera, mezquina, irrechazable...

Su iniciación fué temprana. Un misal amoroso recogió sus núbiles ofrendas de iniciado. En *La Razón* vieron la luz aquellos sus versos que le vislumbraron poeta: «Oriflamas», «El sauce», «Naturaleza» y la «Oda á España». Su primera y única obra aparecida en forma de libro fué el «Canto á Lamartine». Después de estos trabajos una evolución hacia el refinamiento de la forma y el super-engarce del vocable le atrajo la incredulidad de las muchedumbres y la admiración de los estetas. En *La Revista* aparecieron «Tus ojos», «La musa de la playa», «Epitalamio», «Holocausto», «Wagnerianas» y los «Conceptos de Crítica». En el *Almanaque Artístico,* que dirigí y sostuve durante tres años, Herrera y Reissig publicó «Las Pascuas del Tiempo», «Ciles Alucinada» y algunos sonetos brillantes, y, traducidos expresamente por él para esa misma obra, «Nina», de Zola; «Una carroña», de Clarles Baudelaire y «El sueño de Canope» de Albert Samain. En *Vida Moderna,* en los almanaques de Peusser y de Prieto que se editaron en Buenos Aires, é igualmente en infinidad de revistas y periódicos del país y del extrangero, Herrera y Reissig colaboró con asiduidad. Son también conocidos sus artículos de crítica á propósito de «Sueño de Oriente», de Roberto de las Carreras, de «Letanías Simbólicas», de César Miranda, y de «Mujeres Flacas» de Paul Minely. El prólogo á «Palideces y púrpuras», la obra de López Rocha, es una bella página analítica de esa literatura evocatríz, á veces difusa, pero hermosamente rara que personaliza á los modernos simbolistas. Son curiosamente exóticas sus décimas tituladas «Desolación absurda». Entre los asíduos del cenáculo, fuí de los pocos que tuvieron la oportunidad de conocer el bello prólogo que escribiese para una obra del inspirado poeta de La Plata Oscar Tiberio, libro que ignoro porqué causas dejó de aparecer. Una página sobre Andrés Demarchi, el creador de «El Enemigo», y otra sobre Ulises Favaro, le valieron muchos elogios. No hace aún un año y en ocasión de descubrirse la placa erigida á la memoria del cantor de nuestras tradiciones camperas, el llorado don Alcides De María, á Herrera le cupo pronunciar la oración fúnebre inicial de ese acto. Pero sobre todo como sonetista fecundo y perfecto su modalidad fué saliente. Allá en aquel tradicional armario, que fué para el poeta biblioteca y ropería, botiquin y *secretair*, él llegó á guardar más de doscientos sonetos imaginativos, bucólicos y pastoriles, todos ellos de una forma impecable y de una veracidad humana.

Mas su labor no sólo está ahí. Aun quedan muchas produccio-

nes inéditas que junto con otras ya publicadas, pronto verán la luz en sus «Peregrinos de Piedra», obra á medio editar, puesto que la muerte ha sorprendido á Herrera, cuando daba los últimos toques á las pruebas de la impresión ¡Qué destino implacable el suyo! Ni siquiera le fué dado ver recogidos amorosamente en un volumen las maravillosos preseas de su talento! Y esta ambición, muy justa, que acaso encarnó uno de sus ensueños más caros, le fué denegada ya en las postrimerías de su ruta...

La vida de Herrera y Reissig fué una odisea múltiple en sensaciones de todo género. Una idiosincracia exótica le distinguía con rasgos propios de un personalismo poco común, atrayéndole simpatías espontáneas ó adversiones pueríles. Él aspiró del Placer las sutilezas más abstractas y del Dolor sus más cruentas desdichas. Conoció las abundancias y las privaciones. Fué un peregrino impertérrito de la Vida, un camarada sencillo, un bohemio delicioso que en mitad de sus pobrezas nunca dió al oro más valor real que el de su brillo áureo, al igual de una partícula de sol chispeante!...

Como artífice él fué un sediento de Belleza. Soñaba con París y amaba á Grecia con la fe de un helenista. Las maravillas contadas del Louvre, los tesoros fabulosos del Vaticano, las telas de Ruben, de Goya, de Velázquez, de Murillo, de Rafael y de Salvador Rosa; las esculturas del Partenón y del Acrópolis; las ruinas de Roma, de Egipto y de Atenas; las curiosidades de la India y del Ganges, en fin, todo aquello que para un artista ecléctico es poesía deliciosa y sensación perdurable de belleza eterna, le evocaba ensueños, ansias infinitas, divagaciones entusiastas de ver, de palpar, de admirar. Y sin embargo, todos estos deseos no llegaron para él á más allá de lo intangible!

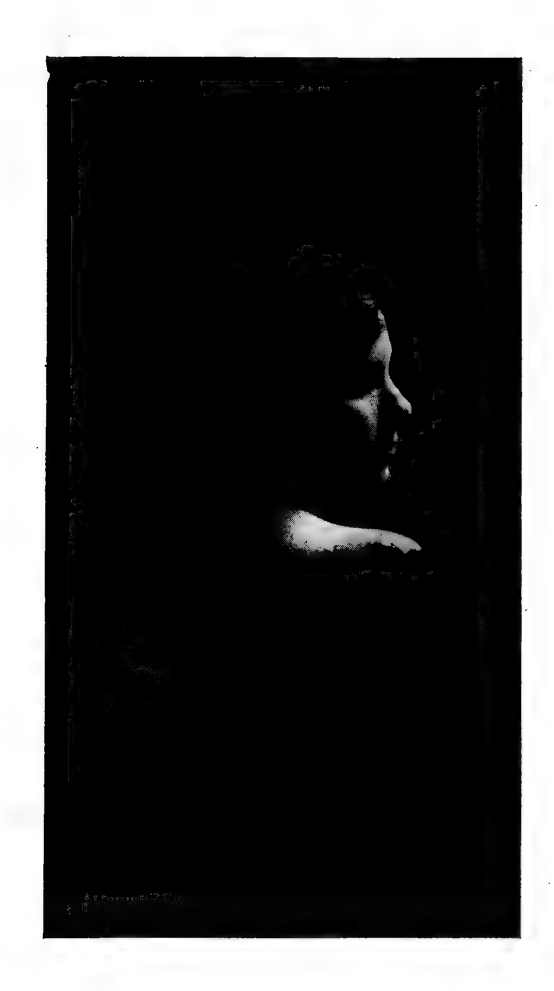
Allá en «La Torre» el supo congregar á su alrededor á una pléyade de intelectuales quienes hoy llorarán su muerte. En aquel santuario del Arte, en aquel poético mirador donde grabados de Doré y retratos de poetas exornaban pintorescamente los muros, divagué con Herrera horas de amistad inolvidable. Allí el sol del éxito resplandeció sus rayos y las sombras del desastre nimbaron tétricamente la derrota de los vencidos. Allí esperanzas y desilusiones se contaron sus cuitas en fraternal anhelo. Allí crepúsculos de oro y grana empurpuraron los vidriales en la serenidad augusta de la hora taciturna, haciendo sollozar corazones y sonreir á la esperanza, en tanto, allá abajo, muy cerca del paisaje marino y á treinta pies de profundidad, la metrópoli zumbaba su laborioso colmenar humano.

Y así fué Herrera un héroe y un mártir, un retraído y un noctámbulo.

Sobre su tumba, yo depongo una siempreviva de amistad y una rama de laurel simbólico.

Juan PICÓN OLAONDO.

Marzo 18 de 1910.



La sombra cruel

Para Apolo.

A Pérez y Curis.

En la pupila azul de aquel ocaso
vino una sombra en duda, desde lejos,
desde los cuentos, desde « allá más lejos » ;
desde que no hubo flores en el vaso ...

En la intangible estela de su paso
fruncieron los obscuros entrecejos,
las alamedas de los parques viejos
que sentían la ausencia de otro paso.

Y esa sombra, fué una pollera negra,
como una larga campanada negra
de un campanario en ruinas, cuasi negro,

una pollera que arrastró una enferma
en todos los destinos, yendo enferma
de santidad como un pájaro negro.

E. LASCANO TEGUI.

De "El libro de horas"

Que aparecerá próximamente en París

Para Apolo.

Cabe la sutileza de la hora tranquila,
llena de aromas vagos y de música blanca,
una admirable rosa floreció en tu pupila,
y en tu frente serena fué cada vez más pálida.

Cantaban en la noche los dulces ruiseñores
con voz inimitable su canción preferida,
murmuraban las fuentes, languidecían las flores,
y era santa la luna como una eucaristía.

Yo perseguía en la suave comunión del momento;
la dulzura indecible de ingenuos pensamientos...
y mi alma fué harmoniosa como una estrella clara.

Tú seguías la inmensa floración de los astros,
una sonrisa tenue era luz en tus labios,
y en la flor de tu mano temblaba una esmeralda...

II

Con un azul extático y cobarde,
se humedeció de amor el combo cielo
y en las extenuaciones de la tarde,
se escucharon las arpas del silencio...

Tus ojos pensativos, que Dios guarde,
abrieron sobre mi alma sus deseos,
mientras el sol en un postrer alarde
fué á caer como un pájaro á lo lejos.

Siguiendo los ejemplos cristalinos
de mis versos, tu gusto vespertino,
una canción sintetizó en tus labios.

Tus manos blancas destilaron mirra...
y así como una lámpara encendida,
palideció tu cuerpo en el ocaso.

Fernán Félix DE AMADOR.

París MIXCIX.

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

De «El Diario» que se publica en Santiago de los Caballeros (Santo Domingo), reproducimos el juicio siguiente:

En estos versos rebosantes de imágenes de suave y melancólico colorido, de factura netamente modernista, plenos de anhelos y ensoñaciones, ha marcado hondamente su huella un alma dotada de exquisita sensibilidad, en la que con frecuencia vibra con cierta intensidad la nota de un erotismo noble, de urdimbre delicada, que no se solaza morbosamente ante ciertas cosas de pronunciado carácter sensual que suelen muchos sedicientes poetas poner á flor de mirada con vivo y malsano regocijo. La inspiración de Pérez y Curis, el inteligente director de «Apolo», la preciosa revista montevideana, se encauza por rumbos más serenos y luminosos. Su musa es casta. El deseo, impetuoso y vehemente, no pone en ella llamaradas de incendio. Pérez y Curis es un poeta muy subjetivo, que ve siempre las cosas de una manera muy personal y muy propia, en una forma muy artística, en que hay combinaciones métricas y rítmicas que tienen como un agradable matiz novedoso, y en que ciertos vocablos flamantes ó perfectamente remozados que esmaltan el lenguaje poético le habrán sin duda merecido la acerba censura de ciertos *dómines* de palmeta para quienes el idioma es como cosa sagrada, intangible, que perdería mucho de su esencia divina con palabras nuevas, con más abundante léxico, como si pudiera condenársele á perpetuo estancamiento. Los idiomas, como todas las formas en que se refleja la vida, se desarrollan y viven siguiendo fases de caracterizada evolución, procesos de integración y descomposición como puede probarse fácilmente...

En *Alma de idilio* canta el poeta:

Anfora inagotable, la mañana,
La infinitud del éter fragancía,
Y en la floresta hay una algarabía
De púrpuras tremantes. Es la grana

De las rosas joviales. Una anciana—
Coge flores enhiesta todavía,
Y el sol un copo de su luz le envía
Que va á besar su cabellera cana.

En la serena limpidez del cielo
Hay arrebolamientos de eglantinas;
En el ambiente un trémolo sonoro,

Y en el ribazo azul del arroyuelo
Que baña la floresta, las divinas
Aromas fingen lentejuelas de oro.

De *Rimas sentimentales*, entre otras composiciones iguales ó mejores, escojo este bello soneto:

MIS ENSUEÑOS

Mi huerto es una penumbra eterna
Donde florecen, lentas y frías—
Cual en el borde de una cisterna,
Pátina y musgo—mis nostalgias.

Muere la tarde callada y tierna;
Y en tanto me hablan sus lejanías,
Miro en mi huerto: penumbra eterna,
Cómo se esfuman las ansias mías.

Sueños, ideales, dicha remota:
Vuestro impalpable perfume flota
Todas las tardes en torno mío . . .

Pero en invierno se hacen las noches
Foscas y amargas como reproches
Y mis ensueños mueren de frío!

. . . .

F. GARCÍA GODOY.

Santo Domingo—1910.

De rodillas

Para **Apolo**

Suave forma que cruzas por mi vida
como el alma errabunda de un ensueño;
oh! adorable quimera con que sueño,
en noches de ignorado padecer:
fija tus ojos en los ojos míos
por devolverme la perdida calma,
y alumbra las tinieblas en que el alma
implora de rodillas tu querer!

Sufre calladamente su tristeza
el corazón, latido por latido,
y ya es hora que sepas que he vivido
muriendo desde el día que te ví;
no esquives, pues, la luz de mi mirada,
sé más dulce, más buena y compasiva
que yo sabré quererte mientras viva
con toda la ternura que hay en mí.

Mis penas — taciturnas mariposas —
agrúpanse á la luz de tu recuerdo,
mientras llorando mi dolor me pierdo
en la región incierta de la fe.
Siempre, siempre buscando tu mirada
he de seguir las huellas de tu paso,
y de mi triste vida en el ocaso,
bendiciendo tu nombre moriré.

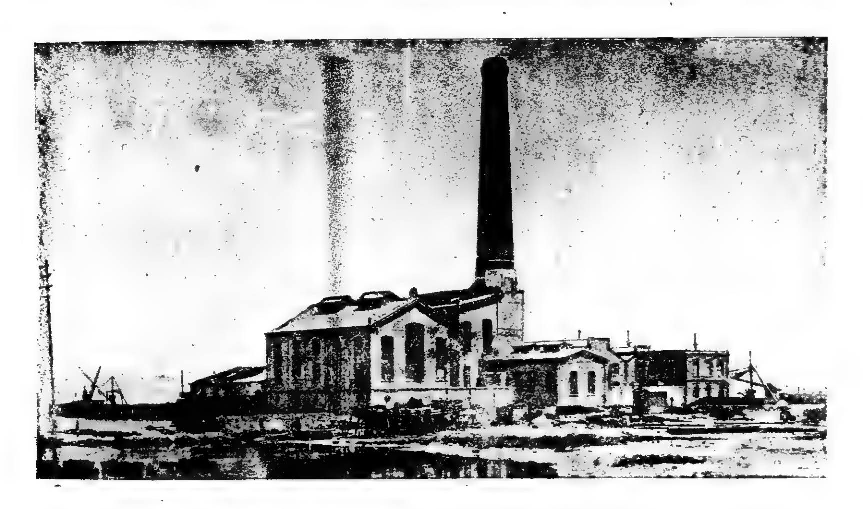
Y aún después que mi vida haya cruzado
el umbral de la muerte que la espera,
tras el breve pasaje por la esfera
de este mundo sin luces ni arrebol,
flotará de tu ser en lo más hondo
la vibración de mi doliente queja
como el destello que en la tarde deja
después de hundirse en occidente, el sol.

Porque tienes del canto la armonía,
de la luz la inefable transparencia,
de la Santa Madona la clemencia,
la dulzura del niño que se fué...
Eres como la luz que en la pupila
queda grabada con destellos rojos,
y aunque se cierren á la luz los ojos
en la penumbra cintilar se ve.

Yo ví un día tu imagen soñadora
y en el alma quedóse prisionera
como una inmaculada ave parlera
que inunda con sus trinos mi pasión.
Pero ¿qué importa que en el pecho vibre
la lírica efusión de su garganta,
si por desdicha mía solo canta
á expensas del enfermo corazón?

Tú no sabes que sufro lo indecible
y á vivir como un paria me condenas;
todas mis alegrías enajenas,
ya ni tengo el derecho de vivir;
que no es vida la vida que soporto
en esta proscripción desventurada:
¡Ilumine la luz de tu mirada
la horrible lobreguez del porvenir!

José VIAÑA.



LA USINA TRASATLÁNTICA — MONTEVIDEO

Literatos jóvenes de Colombia

M. Moreno Alba

Recio de cuerpo y musculoso; cabeza grande redondeada; boca pequeña; frente amplia y ligeramente convexa; ojos negros de mirar duro y penetrante, es, este poeta, acróbata y comerciante á la vez.

Tiene voz sonora y agradable y sus palabras bien pronunciadas, una entonación oratoria. Habla como declamando.

Nació muy cerca de la industriosa ciudad del Caribe donde reside habitualmente.

La obra literaria de Moreno Alba es córta, porque cortos son los años de su vida; pero es suficiente para haberle merecido fama en la literatura contemporánea. Cualquiera revista artística se honra hoy con la firma de Moreno Alba.

Su verso robusto y elegante viste casi siempre una idea profunda de pensador genial.

Así cuando dice:

« Tu dogma inaccesible no recibió la herida
del análisis crudo ... ni el beso de la Vida ... »

. . . .

« Porque si perpetuando la raza de los hombres
dais pábulo á la pena bajo sus varios nombres,
según el erudito filósofo germano,
también en vuestro alegre, glorioso predominio
reside, ajeno á todas las formas de exterminio,
el vigoroso germen del espíritu humano. »

Pero es también á veces exclusivamente artista y le atraen las mujeres jóvenes y elegantes que visten á la moda y usan Camia ó extracto de Chipre:

« Núbil modelo de coquetería,
ella conoce del plegado encaje
y de la crema pasamanería
para contraste en el color del traje

Consciente de su gracia femenina
viste el surah tornasolado y rico.
Y es adorable cuando el talle inclina
para donaire del porta-abanico.

Muestra la mano de color de rosa
un anillo de pálida esmeralda
cuando, con intención pecaminosa
se recoge los pliegues de la falda.

Moderna musa de la aristocracia
que idolatra la curva de sus flancos,
Polimnia de la moda y de la gracia
con medias negras y chapines blancos. »

En ocasiones la sangre castellana de sus mayores cobra un fugaz predominio sobre su espíritu de hombre moderno y,

« la antigua fe perdida sus alas desentume »

y canta entonces al humilde crucificado de Galilea:

« Jesús es como un astro, Jesús es como un lirio . . .
La bárbara y blasfema corona del martirio
apenas si en su frente dejara cicatriz.
Mostró la faz profunda de todo cuanto existe,
y en el heroico gesto de una dulzura triste
lo contempló la tarde doblada la cerviz.

. . . .

Por el que caminara sobre del Tiberiades ;
ante la sombra muda de todas las edades,
—conjurador solemne del agua y de la luz —
podrán pasar los siglos . . mas siempre los humanos
adorarán las puras, las enclavadas manos
del taciturno y pálido Poeta de la Cruz ».

Ahora escribe un poema de grandes alcances: « Oro de Sol » que prologará Arturo R. de Carricarte. Es un canto de la virgen tierra americana en el cual se sienten los estremecimientos de la selva combatida por los huracanes, se oye el bramido del tigre y el magnífico mugido del toro padre en celos. La publicación de este bello libro lo pondrá de hecho, entre los más distinguidos portaliras modernos.

Pero si como poeta Moreno Alba tiene un porvenir halagador, como prosista es mediano. Casi cursi. Demasiado limada y repulida, su prosa se torna amanerada. En ella sacrifica muy frecuentemente el pensamiento á la forma. Cuida más de la rotundidad del período que de la compresibilidad de la frase.

Sus cuentos, sin atractivos ideológico ó psicológico, calcados sobre temas exóticos en este medio, son insulsos. Esas escenas de *boudoir* de los decadentes franceses se tornan en cadáveres al pasar por su pluma.

Pero Moreno Alba tiene mucho talento y sabe preferir sus versos. Escribe muy poca prosa.

Lástima que el ambiente de mercantilismo de la *New York colombiana* vaya á pervertir el gusto y el talento de este exquisito y joven poeta colombiano.

G. PORRAS TROCONIS.

De "Las Horas"

Para Apolo

Paseo ansiosamente por tu acera
mirando la cerrada celosía . .
Esta noche he pensado :
« Hoy me abrirá ; veré su manecita
descorriendo el visillo ;
veré sus ojos, que á la calle miran
para saber si estoy ; y luego . . . y luego,
un crujido sutil : la celosía
se abre á dos lados, cual si fueran alas
para el amor nacidas ;
asomará su cabecita rubia ;
llegará hasta mi alma su sonrisa
como diciendo : avanza ;
aquí estoy ; te he esperado ; date prisa.
E iré, nerviosamente ;
le ofreceré estas rosas de la India
que para ella he cogido y que aprisiona
el rojo lazo de una roja cinta . . . »

Esta noche he pensado
como otras tantas, en tu celosía.
siempre cerrada para mi deseo,
siempre cerrada á mi esperanza íntima . . .
Y me vuelvo, sabiendo que á la noche
siguiente iré, llevado por la misma
ilusión de que acaso
me abras tu cerrada celosía . . .

Lorenzo VICENS THIEVENT.

VIRGEN HISPÁNICA

A Miguel Luis Rocuant.

La he visto cuando dormían
Los arrabales... El alba,
Predilecta confidente
De las flores solitarias,
Puso en el rostro de aquella
Jovial elfina de Hispania
Los rosicleres joyantes
De su sonrisa de nácar.

Sangre y fuego de las rosas
De luz su labio derrama,
Y su labio es un cendal
Muy cálido que no empañan
Las congojas que torturan
Ní las perfidias que matan
El sentimiento amatorio
De la cítara del alma.

¡Y es la rosa de Provenza!
¡Sangre y luz de la mañana!

La vi cuando su primera
Sonrisa de oro perlaba
El sol, é iba animándose
La flora de la sabana;
Y en el odorante y amplio
Sendero de las acacias
Una pareja de alondras
Su epitalamio cantaba.

Y ahora, bajo un fogoso
Mar de lumbre meridiana,
Vuelve al hogar lentamente
Por las avenidas áureas;
Y su veste de batista
Con lentejuelas de plata
Viene ungida del perfume
Que de las frondas emana.

¡Pobre virgen! ¡Cómo mueren
Los crepúsculos del alma!
Ya no mecen su cabello
Las brisas de la mañana!
Candentes irradiaciones
Sus morbideces abrasan,
Y en sus ojos hay connubios
De sonrisas y de lágrimas.

¡Pobre rosa de Provenza!
¡Sangre y luz de la mañana!

PÉREZ Y CURIS.



AVENIDA 18 DE JULIO — MONTEVIDEO

Como á mujer alguna...

Para Apolo.

I

Me dicen tus pupilas, fulgentes y amorosas,
que hay mundos de ternura nuevos en su interior,
brindándose al secreto de otras más ardorosas
para envolver sus ansias en un mismo fulgor.

Que ha tanto tiempo aguardan nostálgicas y solas,
la llama de un espíritu gemelo á quien amar,
y esperan incansables, brillantes como aureolas,
las hermanas ausentes que sueñan adorar.

Que ha tanto tiempo anhelan quemar sus negras alas
en vano, sin que puedan su inspiración lucir,
quien sabe si en castigo de sus soberbias galas,
ó acaso por su inmenso deseo de vivir.

Perdidas en un suave deleite no alcanzado,
consumen su esplendente reflejo sideral,
sufriendo las nostalgias del amor tan soñado,
opresas en las redes que tejió su ideal...

II

También las mías sueñan, amar al espejismo
que ocultan las pupilas enfermas de esperar,
y perderse en el hondo misterio de ese abismo,
logrando así el tesoro de su extraño mirar...

Si acaso en sus desvelos, Azema, tus pupilas,
presienten que está cerca la luz de su ilusión,
si se miran mis ojos en sus aguas tranquilas,
verás como por ellos se asoma el corazón...

Deja, pues, que confunda nuestra idilio la luna,
é iluminen sus rayos, nuestro encantado Edén,
que yo he de amarte tanto como á mujer alguna,
jamás he idolatrado con tanto amor, mi bien...

Carlos María DE VALLEJO.

Montevideo, 1910.

All'anima mia

Para Apolo.

All'Egregio Dr. Joaquín de Salterâin, affettuosamente.

Se nella vita un'argine—avranno le sventure,
E se i gagliardi sogni—cozzanti colle dure
Traversie del destino—per l'anima irrequieta
Pur non sará delirio—anima mia t'acquiete...
Fra gli spazzï di cobalto,—alta lassú nel cielo,
Arde una nuova face,—cade un funesto velo,
E fu per quella fede—che ti tempró i dolori
Nell'ora di caligine—priva di carmi e fiori,
Se di lassú, dall'alto—torna con nuovo maggio
A sorrider la vita;—e tu nel farle omaggio
Terse le amare lacrime—a quel che fu rivolto
Riconoscente esclama:—«Tu m'insegnasti molto».

Ma avanti, avanti sempre.—Se nel cammino ancora
Ti si parasse innanzi—una novella aurora,
Pallida, ma pur densa,—di piú grandi Ideali,
Di luce e scienza avido—spingi piú avanti l'ali.
Fino agli estremi spazï—sotto ai fulgenti rai,
Fin che la vita ha un fremito—deh! non t'arresta mai.
Avanti, avanti sempre—non soffermare il piede,
Pensa, ch'il tempo—altro quaggiú non riede
Ma fanno facil breccia—le lacrime e il dolore,
Ove manchi una fede,—ave manchi l'onore
Con l'onore e la fede—all'umana virtude,
Al lavoro ed al genio—nessun la via preclude.

G. MOLA.

La agonía del Príncipe

Para Apolo.

Un día llegó un viejo, muy viejo, hasta el Palacio
de un príncipe nocturno que moría en su lecho,
sintiendo en el abismo turbado de su pecho
el beso de una estrella, perdida en el espacio...

Y el viejo dijo: «Traigo, en mi búcaro terso
un bálsamo divino para curar tus males.
Será como una de esas maravillas astrales,
para tu alma vencida por los ritmos del Verso»

El moribundo príncipe apuró la bendita
esencia . . . La silueta de la santa Afrodita,
trasmigró sus encantos á un Patriarca abatido . . .
Se dibujó en sus labios una frágil sonrisa
y en el misterio austero de la tarde indecisa
se quedó aquel Patriarca blancamente dormido . . .

JUSTO DEZA.

Soledad

Para APOLO.

¡Qué triste está mi alma, qué melancólica,
Cómo extraña tus risas, tus frases buenas,
Vive aún con los besos que dió tu boca
Y hasta con sus caricias ardientes sueña!

¡Qué largas son mis noches, que paso á solas
En extraño coloquio con las estrellas.
Voy viviendo cual planta que enferma brota,
Voy viviendo cual planta que vive enferma!

Siento muchas nostalgias dentro del alma,
Nostalgias de caricias, pues mi morena
Ya no arranca los tristes á mi guitarra,
Ni ya suenan pausadas las habaneras.

Ya en los arcos sombríos de sus pestañas,
No contemplo extasiado sus finas hebras,
Y los claveles rojos de mis ventanas
No nacen ya como antes para sus trenzas.

Por los campos hay flores — mi castellana —
He visto golondrinas — es Primavera —
Mas en el pecho mío y en toda mi alma,
Reina siempre el invierno de mis tristezas.

Y ese invierno en que vivo; toda su escarcha
Va dejando implacable sobre la senda
En que vaga mi vida, mi vida amarga
Que avanza tras tu sombra, mas nunca llega.

Yo no puedo olvidarte, — la caravana —
De tu recuerdo eterno, callada llega;
Yo la siento, la sigo con la mirada
Que se pierde... volando tras de sus huellas!...

FERNANDO SILVA VALDÉS.

Gloria

Eco de rimas moduladas
Al oído de una mujer,
Cabe las regias balaustradas:
Nombra las aves extraviadas
De mis ilusiones de ayer.

Estela de íntimo perfume
Que al pasar deja una mujer,
Y embriaga y presto se consume:
Que tu recuerdo no se esfume
Hoy que en mí vuelve a florecer.

Mirada plena de deseo
En que arde un alma de mujer
Y en cuya gloria fugaz creo:
¿Qué silencias cuando sondeo
El alma de tu atardecer?

Eco, estela, mirada,
Vuestra gloria es así:
Bella como una häda,
Frágil cual la alborada....
Pero perdura en mí.

PÉREZ Y CURIS.

La Fe

(Monologando)

Para APOLO.

A O. Fernández Ríos.

La fe... ¿qué es la fe?... lo ignoro; mi alma exenta de pasiones, indiferente, escéptica, inmutable, no la conoce ó más bien dicho, la ha perdido...

Tal vez, en mi infancia, —víctima de mi propia precocidad; porque he sido precoz en todo mi yo—la he sentido, la he alimentado, pero desde que he cargado cuatro lustros, cuando recién debiera poseerla, cuando es llegado, para la generalidad, el momento propicio á las pasiones; cuando se empieza á vivir, cuando nacen las ilusiones todas, cuando se empieza, recién, á ver desfilar el cortejo de las quimeras, de las esperanzas, de los ensueños ... cuando debiera comenzar á sentir el fuego sagrado de la fe, de la fe santa, de la fe heroica, de esa fe que arrastra la mente y conmueve al corazón ya en un arrobamiento místico, ya en un arrebato de pasiones ó en una explosión de rebeldías... cuando en fin, se inicia en otros, la parábola de la vida, en mí ya ha terminado su trayectoria... en lugar de nacer, muere... ¿soy, pues, una aberración?... soy una entidad en la vida humana ó soy un átomo en el caos de lo increado?... soy un enigma ó soy un destino?... mi alma, la fe de mi alma... ¿pero es que tengo un alma como los demás?... — sí.

Entonces, si tengo un alma á imagen y semejanza de los otros; ¿por qué soy diferente á ellos?... por qué, entonces, no adoro, no idolatro, no me apasiono?... por qué, diferentemente de todos, para mí todo es uno y lo mismo, bajo sus mil faces y formas?... por qué no puedo creer en una cosa por sobre todas las demás?... por qué la duda, esa terrible duda, irguiéndose fría, impávida, desesperante siempre y á cada paso, entre yo y la creencia, entre el si y el no?

Por qué, queriendo amar, no puedo?... por qué, sintiendo la imperiosa necesidad de ofrendar mi corazón en aras de un ensueño, de una utopía, después de mirar en rededor, no hallo nada, sobrando tanto?... Por qué me siento solo, aislado, sin un punto fijo en la periferia de mi corazón



donde posar la visual de mis afectos?... Por qué, solo tengo fuerzas para el análisis?...

¡Oh! la fe... yo bendigo á aquellos que la respiran por todos sus poros... yo envidio á aquellos que cargan un ideal con la fuerza que ella les presta. Yo admiro á los esclavos de sus pasiones, á los idólatras de sus creencias, á los convencidos de sus doctrinas; á los que persiguen un fin, bueno ó malo; á los que luchan, á los que bregan, á los que sufren por el logro de una conquista; á los cruzados de la fe, que ante nada se arredran, á los que hacen tremolar el pendón de sus sinceridades, á los que tienen la fuerza de sus convicciones, á los que no desfallecen, á los exaltados, á los inconvencibles, á los extraviados, á todos los que aman con ardor, con fe, con verdadera fe... porque son bienaventurados; porque la vida tiene para ellos un objeto, porque les representa un algo... porque para el creyente que nada analiza, deja de ser un mero paréntesis abierto entre el ser y el no ser; porque para el ferviente, para el crédulo, hay algo aún más allá de la vida, mientras que para mí, todo ha terminado aún antes de la muerte puesto que he vivido muriendo, puesto que he ido enterrando bajo la lápida de mi descreimiento, una á una, todas mis ilusiones; una á una, todas mis creencias; uno á uno, todos mis ideales...

¡Oh! Todopoderoso... ¿por qué no me has dado una alma con fe?... y si me la has dado, ¿por qué ha sido tan mustia, triste, gastada, anémica, que no ha resistido el embate del más sencillo análisis?... por qué me la has desprovisto de todo atractivo, de toda sugestión?... por qué me has dejado sin un ídolo, sin una creencia, sin una ambición, sin un crimen siquiera?... por qué, haciéndome vivir, me niegas la vida?... por qué, no haciéndome sufrir, no gozo? ¿por qué, haciéndome gozar, no sufro?... por qué en el volcán de mis pensamientos, de mi ideología, has puesto la nieve perpetua del escepticismo?... por qué, queriendo ser, no puedo?... el corazón se supedita al cerebro, ó el cerebro al corazón?... quién es quién?... ¡supremo arcano!... yo declaro mi impotencia... yo pregono á gritos lo indefinido de mi ser, mientras no sacuda á mí yo, la fe que necesito... ¿quién me hace la gracia de una convicción?... ¿quién me hace la limosna, la suprema limosna de un poquito de fe!...

Santiago DALLEGRI.

La Barca

Habían quitado al tío Quico su barca, que era como si le hubieran quitado la vida. Aquella barca, que era el orgullo y la admiración del viejo. ¡Cuánto se la habían envidiado los pescadores de la aldea! Ninguna la aventajaba en ligereza y gallardía. Gustábale al tío Quico mostrarla á los compañeros, con esa vanidad con que los mozos enseñan á una novia hermosa.

A fuerza de tiempo, habíase encariñado con ella como con un hijo. Diríase que era un alma viviente, á la cual comunicaba, sin palabras, en medio de la infinita y magna soledad del mar, el secreto de sus esperanzas y sus incertidumbres. Y no parecía sino que se había establecido entre los dos una profunda y misteriosa reciprocidad de sentimientos. Cuando el abuelo se mostraba apesadumbrado, la barca, á pesar de que él remaba con vigoroso empuje, caminaba lenta, torpe, á disgusto, rimando, al deslizarse sobre la inquieta llanura del mar, la callada tristeza de su patrón. Por el contrario, cuando la pesadumbre era regocijo, ella, sin necesidad de que la tocasen, como si poseyera una voluntad oculta, cruzaba rauda y veloz sobre las olas, semejando en la lejanía, con las velas desplegadas, una paloma blanca volando á flor de agua.

Le habían quitado su barca, que era como si le hubieran quitado la vida.

Era aún más que su vida: era también la vida de su hija, viuda, y de su nieto, á los cuales él mantenía. ¿Dónde iba á ganar en adelante el pan de ellos, si desconocía todos los trabajos? Además, era ya muy viejo para emprender nuevos caminos. Desde muy pequeño dedicóse á las luchas del mar. El le había dado siempre para vivir. Primero, con el contrabando, trabajo lleno de peligros, pero que producía pingües ganancias. Días hubo en que fué perseguido á tiros por los carabineros, sin que lograran nunca alcanzarle. En aquellos momentos su barca parecía tener alas. Después, acabado el contrabando, se dedicó á la pesca Infinitas veces la borrasca le cogió en medio del mar. Y, sin sabérselo explicar, siempre salió triunfante de aquellas emboscadas siniestras de las olas revueltas.

A pesar de tantas luchas, á pesar de tantos afanes, no logró salir de la miseria. ¡Cuesta tan caro el pan del pobre! Y en recompensa á sus trabajos y á sus dolores, ahora, en la vejez, cuando tan difícil le sería luchar en campo extraño, le quitaban su único medio de vida. Y todo por una maldita enfermedad, por una pulmonía traidora que el año pasado le tuvo en cama cerca de dos meses. Sin dinero para atender á los muchos gastos que se ocasionaban, pidió á su vecino, el tío Jnan, una cantidad á cuenta de la barca, comprometiéndose á pagarla en un plazo de seis meses. Pasó el tiempo marcado y, por más esfuerzos que hizo, no pudo cumplir su palabra. Entonces el otro, valiéndose de la justicia, se apoderó de la barca.

Viéndose desocupado, quiso aprestarse á trabajar como ga-

ñan; mas en seguida desechó tales ideas. Prefería morirse de hambre. Consideraba á los campesinos como bestias resignadas, como esclavos. Aunque en el mar se habían quedado varios de los suyos, nunca dejó de amarle. Le encantaba aquella vida de lucha, de fiereza, de constante peligro; aquella vida que había que ganarla desafiando de cerca á la muerte.

Triste y solitario, vagaba de un lado á otro, hablando consigo mismo, como un sonámbulo. La mayor parte de los días veíasele en las tabernas, charlando con sus antiguos compañeros. Algunos de ellos, para enfurecerle, le trataban de cobarde por haberse dejado quitar la barca. ¡Bien le engañaron, bien le había atrapado el tío Juan en sus redes! ¡Y poco que se ufanaba de ello! A todo el mundo se lo contaba. Además parecía protegerle la Providencia. Ni un día pasaba sin que hiciera una gran pesca.

Estas palabras lograban agrandar el callado dolor que le consumía. Y aunque trataba de olvidar, seguía zumbando en su cerebro, con tenaz constancia, el pensamiento de su desdicha.

Cierto día se encontró al tío Juan en su camino. Con temblorosa voz le suplicó que le cediera la barca. Se comprometía, previa escritura, á pagarle la deuda en un corto plazo, y con un crecido interés. El otro se negó á sus deseos. Ni aunque le diera doble cantidad la cedería.

Perdidas todas las esperanzas, el tío Quico siguió concurriendo á las tabernas sin ánimo ni deseo de ponerse á trabajar. Para amortiguar sus penas, emborrachábase de vez en cuando, aún sin gustarle la bebida. Y gracias al jornal que la hija ganaba como lavandera, no perecían de hambre. Algunas noches, cediendo á una imperiosa tentación, se encaminaba hacia donde estaba la barca y daba en ella un largo paseo, haciéndose la ilusión de que era suya. Luego, vuelto á la realidad, su amargura era más grande. Y lentamente, el pobre viejo tornaba á la aldea, llorando por el camino.

Le habían quitado su barca, que era como si le hubieran quitado la vida.

Ya, varias veces, el nieto habíale preguntado:

—Abuelo, ¿por qué no me llevas contigo á pescar como antes?

El, entonces, inventaba cualquier disculpa para engañarle. Estas preguntas avivaban cruelmente su herida. ¡Oh!, no poder satisfacer aquel deseo pueril, que era la más grande alegría del pequeño.

Una mañana volvió llorando del colegio. Los nietos del tío Juan habíanle dicho que su abuelo era un tramposo y que por eso le habían quitado la barca. Después le dieron envidia ante los compañeros, contando que todos los días se paseaban en ella. Y el rapaz, muy afligido, preguntaba:

—¿Es verdad, abuelito, es verdad?

Al fin el abuelo no tuvo más remedio que confirmarla. ¡Ah! Pero él prometía que no habían de volver á decirle aquello. Ya que su nieto no se paseaba, tampoco los otros se regocijarían mucho tiempo. Desde hacía días acariciaba aquel secreto deseo de vengarse. Sólo le había detenido un vago temor de cometer una injusticia. Puesto que el otro daba motivo, estaba dispuesto á realizarlo. En vista de que no volvería á ser suya, prefería des-

hacerla para que no fuera de nadie.

Y aquella misma tarde, desde la orilla, estuvo observando al tío Juan, y, cuando le vió alejarse, se acercó á la barca y durante un rato se oyó un tenue ruido, como si fuera roída por los ratones. Después de tapar el agujero con una mezcla que llevaba, se ocultó en la maleza para ver el resultado.

Al cabo de una hora volvió el tío Juan. Sin sospechar nada, desamarró la barca y remó fuertemente, mar adentro. Al verle avanzar, una salvaje alegría sacudió el cuerpo del tío Quico. Dentro de muy poco, cuando la mezcla se deshiciese, el agua penetraría, sin darle tiempo al otro á evitar que se hundiese. Y puestc que sabía nadar, ya trataría de salvarse. Luego lo achacaría á cualquier rajadura abierta por el calor.

Mas, de súbito, su alegría se vió turbada por una sombra de remordimiento. Sentía las consecuencias de su propia maldad. Era como el dolor de haber matado á un hijo. ¡Quién había de decirle que cometería aquel crimen de destruir él mismo su barca! ¿Así era cómo él pagaba el que le hubiera salvado infinitas veces de la muerte? Y su cariño, y su gratitud, ¿dónde estaban? ¿Qué culpa tenía ella de la maldad de los hombres? Y la veía alejarse como una vida que se pierde en el misterio eterno de donde no se vuelve más.

Dominado por estas reflexiones, quiso dar una voz para que el otro volviese hacia la orilla. Pero ya era tarde. La barca empezó á cabecear, y, á los pocos momentos, acabó por hundirse. Viendo la torpeza con que el tío Juan nadaba, el tío Quico ahogó sus sentimentalismos con una sonora carcajada de salvaje alegría. Ya estaba vengado. Ya su nieto no volvería á llorar ni á tener envidia de los otros:

Pensaba alejarse, cuando vió los esfuerzos supremos que el tío Juan hacía al nadar. Seguramente no tendría fuerzas para llegar á la orilla. Temiendo una desgracia, que quizás pudiera evitar, se detuvo. ¡No! El no quería que se ahogara. Sería un crimen imperdonable. Su propósito fué sólo el de hacer desaparecer la barca.

Rápidamente, impulsado por un sentimiento humanitario, quitóse la ropa y se arrojó al mar. Muy pronto se encontró al lado de su enemigo. Al verle, el tío Juan lanzó un rugido de cólera.

—¡Ah, canalla; tú has sido el criminal!

—¡Déjate de insultos, si no quieres ir al fondo — contestó el tío Quico.

—¿Te atreves todavía á amenazarme? Veremos quien puede más.

—No he venido á pelear, sino á salvarte.

Antes de pronunciar estas palabras, el tío Juan habíale atenazado el cuello con una mano, mientras agitaba el brazo libre para mantenerse á flote. Sin poderse desasir de aquellos dedos que le ahogaban, y comprendiendo que allí no valdrían razonamientos, el tío Quico se aprestó á la defensa. Fué una lucha rápida, ciega, salvaje. Al fin, faltos de apoyo, se hundieron abrazados, en el fondo del mar.

Le habían quitado su barca, que era como si le hubieran quitado la vida.

J. DELGADO CARRASCO.

Orquídea, POR GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA. — *Librería de Pueyo. — Madrid.*

La novela así titulada es el bello exponente de un talento sólido y vigoroso que ahonda en el alma femenina con grande acierto y sagacidad. Bien escrita, y no exenta de hermosas observaciones y hallazgos felices, ORQUÍDEA se impondrá en el ambiente hispanoamericano por los atractivos de sus escenas y especialmente por el estudio acabado que sobre la protagonista hace su autor. Matilde ha sido estudiada con sentimiento y amor de psicólogo. El proceso de su enfermedad se desarrolla á su tiempo y los estados de alma de la enferma están descritos con tino y naturalidad. Gómez de la Mata se ha hecho acreedor al elogio.

Canto Otoñal, POR PABLO MINELLI GONZÁLEZ. — *Roma.*

Minelli González, el original autor de MUJERES FLACAS y EL ALMA DEL RAPSODA, ha publicado recientemente un CANTO OTOÑAL á Roma y á la Adolescencia. Sus versos son musicales y discretamente artísticos. Me han sorprendido gratamente algunas de las innovaciones bizarras que matizan dicho opúsculo, en el cual, el talento de Minelli sustenta su reputación alcanzada con otros libros.

CANTO OTOÑAL causará buena impresión en nuestro ambiente literario.

La Fiesta de los Besos, POR PÍO PANDOLFO. — *Santafé* (República Argentina).

Constituye el libro de Pandolfo un florilegio de sonetos llenos de sutilezas y gallardías espirituales. El joven poeta es un enamorado del arte, que canta á la belleza con febril entusiasmo y se extasía ante la calma de los crepúsculos, con melancolías de soñador. Si no fuera por la estructura ó mejor dicho por el tecnicismo de esas estrofas, algo descuidado, LA FIESTA DE LOS BESOS bastaría para consagrar á su autor.

PEREZ Y CURIS.

Nuevo canje

Flor de Loto. — MORELIA. — *México*).

Acusamos recibo del número 14 de la revista de literatura así titulada. Su material es ameno.

Germen. — BUENOS AIRES.

Ha vuelto á aparecer esta conocida revista de sociología y arte. Trae excelentes materiales firmados por escritores americanos de valía.

El Eco de Flores. — BUENOS AIRES.

Nos ha visitado por primera vez este periódico literario y noticioso que se edita en Flores (Buenos Aires). Contiene interesantes colaboraciones.

Iris.—MERCEDES. — *Uruguay*

Revista literario-noticiosa y social que redactan los señores Luis A. Amaral y Carlos A. Warren. El número 1, que acabamos de re-

cibir trae un bello sumario y algunos fotograbados nítidamente impresos.

Humanidad Nueva. — BUENOS AIRES.

Hemos recibido los números 1 y 2 correspondientes al tomo III de la revista socialista internacional que bajo el título indicado edita en la capital vecina el doctor E. del Valle Iberlucea. Excelentes son sus materiales gráfico y de lectura.

Revista de la Facultad de Letras y Ciencias. — HABANA.

Recibimos el número 3, vol. IX, de esta hermosísima publicación que dirige el doctor Evelio Rodríguez Lendian.

Entre sus materiales—dignos todos de reproducirse—nos ha llamado la atención un estudio sobre *Andrés Chénier y el Renacimiento clásico en Francia en el siglo XVIII*, debido á la brillante pluma del doctor Antonio María Eligio de la Puente.

El cuerpo de redacción de esta revista está compuesto por los mas caracterizados escritores cubanos.

Boletín del Archivo Nacional. — HABANA.

También nos ha llegado el número VI de esta publicación bimestral. Corresponde á Noviembre y Diciembre de 1909.

Vida Intelectual. — SAN SALVADOR.

Ha vuelto á visitarnos esta revista de ciencias, letras y artes, que edita la Academia de El Salvador. Los numeros 3 y 4, 3.ª época, que tenemos á la vista, registran valiosas composiciones.

Centro Artístico Uruguayo. — MONTEVIDEO.

La revista mensual que publica el centro arriba indicado, ha vuelto á aparecer después de una breve tregua. El primer número de su segunda época, nítidamente impreso y ornado de artísticos fotograbados, presenta un variado y ameno conjunto de colaboraciones.

Ideas y figuras. — BUENOS AIRES.

El número 29 de esta hermosa publicación artística que dirige el conocido poeta Alberto Ghiraldo, está dedicado todo él á Julio Herrera y Reissig, el poeta recientemente desaparecido. Las poesías de Herrera, seleccionadas especialmente para dicho número, vienen precedidas de una composición poética del director de IDEAS Y FIGURAS y de unas palabras de Más y Pi, quien discurre conceptuosamente acerca de la obra del autor de LOS PARQUES ABANDONADOS.

Establecemos el canje de práctica con las revistas precitadas.

Canje ordinario

Nuevos Ritos. — PANAMÁ.

El número 57 de esta interesante revista reprodujo el bello artículo de Carricarte: *Dos poetas*, publicado en APOLO. Agradecemos la amabilidad del distinguido colega.

Atlante. — BARRANQUILLA DE COLOMBIA.

También este semanario tuvo la gentileza de transcribir en su número 5 la poesía *Alma enferma*, de nuestro director. Gracias.

APOLO

AÑO V

Número 39

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -



MONTEVIDEO

MAYO DE 1910

De Heliotropos

LA SONRISA DEL DESDÉN

De nieve y rosa eras. Todavía
Tu rostro pleno de amarguras tiene
El pálido reflejo de la orgía
De luz de un iris harmonioso y lene.

Núbil enamorada de los astros,
La sideral sonrisa á cuyo asomo
Una lámina de oros y alabastros
Finge del cielo el transparente domo,

Suave constelación era en el orto
De tus hoyuelos, y en el ónix claro
De tus pupilas en que irradia absorto
El corazón de un pájaro muy raro.

Tú parpado sutil era una hoja
Pálidamente malva, y el glorioso
Lis de tu labio libre de congoja
El remedo de un vaso luminoso.

Tu cabellera exótica formaba
De un abanico griego la aureola,
Y Juventa en sus pómulos quemaba
Púrpuras de eglantina y amapola;

Evanescentes púrpuras que fueron
Símbolo de frescura y lozanía,
Y que al besarte la tristeza huyeron
Acongojadamente, como el día.

Púdica flor de la inocencia, el aura
De los amores te meció temprano:
Hero, Julieta, Margarita y Laura...
Todo eras tú: la flor del meridiano.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO V — Montevideo, Mayo de 1910 — N.º 39

Anhelo

Para Apolo.

¡Oh, poder traspasar las carnales barreras!
Ver do no ven mis ojos,
Desbordar ese mar de ilusión y quimeras
Que revuelve impotente sus eternos despojos!

Romper el horizonte estrecho é implacable
Del pobre cráneo inquieto
Y volar, como vuela la parcela impalpable
Que sabe del espacio el callado secreto.

Ver dónde están las luces que hasta este día ardieron
En dónde, el movimiento...
Dónde, el respiro inquieto de aquellos que vivieron,
Dónde, las notas cálidas de su sonoro acento.

Dónde se vierte el río de los humanos lloros,
Dónde luce la aurora de las miradas muertas,
A dónde van, de amor los ocultos tesoros,
Dónde, la idea fúlgida reflorece sus huertas.

. . . .

¡Oh! ¡Poder destrozar los materiales lazos?
Para mirar... ¡morir!
Poder reabrir los ojos, de la Muerte en los brazos,
Quién, como madre buena, me enseñara á vivir...

Clotilde LUISI.

«DIARIO DEL ARZOBISPO DE GRANADA»

FRAGMENTO

Para Pérez y Curis.

Hace seis meses llegó á este Palacio esa mujer; esa andaluza con mezcla de sangre mora, que tiene en lo negro de sus ojos y cabello todo el fuego abrasador de las costas del mediodia; que es bella como Salomé y pura como una vestal de la antigua Roma.

¡Seis meses! Seis meses que esa duquesita llegó á este lóbrego Palacio como dama de honor de nuestra augusta Reina, para tormento de mi cuerpo y de mi alma..

Vanos han sido mis empeños, mis astucias... cuanto en otras ocasiones me ha llevado á la cúspide del placer, en esta se ha estrellado contra la roca de esta virtud. Ana de Burgos, Carmen de Medinasidonia, Altisidora de Vivar... ¡cuán fáciles conquistas me parecen hoy! A mí, el Arzobispo de Granada, Primado de este Reino, Confesor de nuestro católico Monarca el señor don Felipe II, ¿qué mujer ha podido resistirse? En los pasillos de Palacio se susurra que conozco el tocado interno de nuestra Reina tanto como el Rey mi señor, y aquí y en presencia de Jesús digo que no mienten. ¿Por qué esta mujer se resiste á mis antojos para exasperar mis pasiones?... ¡Mis pasiones, que son gigantescas como las cumbres de esos montes encanecidos por las nieves!...¡Que no provoque mis pasiones porque hasta ese viejo decrépito de Roma ante quien se doblega la Cristiandad, se estremecerá de terror! ¡Soy el confesor de Felipe de Austria, el Monarca en cuyos dominios jamás se pone el sol!..

.. Pero qué logro con todo mi poder? En vano conmovería la Cristiandad; en vano haría temblar al Turco bajo las bóvedas doradas de Santa Sofía... Lucía, la dulcísima Lucía, la «duquesita andaluza» continuará resistiéndose á mis ruegos! Ya ella lo ha dicho: «Hasta mí no llegará sino el hombre que venga como esposo y como señor»... ¡Y yo no podré llegar esta ella sino como el ladrón que viola cercado ajeno! Mal haya la hora en que nací segundón!... ¿Segundón?... ¡Quien sabe!.. ¿Por qué había de ser yo el segundón y no mi hermano, ese sér raquítico y desmadejado que vive por las drogas y los brebajes? Y si fué cierto que él salió antes que yo del vientre de mi madre, ¿por qué nuestro padre no lo declaró á él el segundón de la familia y lo encerró en un claustro? Su cuerpo débil no soporta el peso de las armas, mientras que mis hombros de atleta pueden resistir diez mundos. Sus manos gráciles harían contraste con el oro de la Custodia y con los rasgos multiformes de las mayúsculas de los misales, mientras que mis manos nervudas y sanguíneas se hicieron para sobajarse con el hierro de las armaduras. Su naturaleza agotada dejará sin heredero de nuestro nombre a esta estirpe que dió un Virrey á España, catorce Obispos y seis Arzobispos, un Gran Comendador de la Orden de Calatrava, doscientos condes y veinte y tres inquisidores!... Mientras que yo...

. . . .

Una tarde á la hora del crepúsculo, subía yo por la escalera del jardin después de rezar el «Oficio Divino» en los bancos de la «Fuente de los leones». Las sombras iban invadiendo los inmensos corredores. Las enormes columnas y las arcadas atrevidas se perfilaban vagamente. El eco lejano de los órganos que en la Capilla tronaban el «Dios irae«, habrian acobardado el espíritu de otro hombre que no fuese el Arzobispo de Granada... Lucía sola, completamente sola bajaba hacia el jardín. Bajaba pausadamente por la gran escalinata, hundiendo su rostro en un ramo de rosas no más frescas que sus mejillas, ni más suaves que el raso de su piel. Sin verme, seguía bajando.

—Lucía, por qué bajáis sola hacia el jardín en esta hora de espectros y fantasmas?—La pregunté. Alzó los ojos y el espanto se pintó en ellos. Quiso lanzar un grito y cayó sin sentido sobre el mármol...

La levanté con mis brazos poderosos y subí á depositarla en uno de los bancos de las galerías altas...

..Mi Cruz pectoral toda constelada de diamantes y rubíes lanzaba irradiaciones fosforescentes sobre la blancura de sus senos; el anillo arzobispal fulguraba entre el negror de los cabellos y mis labios ardientes torturaban los suyos fríos y suaves...

...Por qué me detuve y no arranqué el «albo lirio», esa flor única con la cual adorna siempre su hermosura incomparable?... Deshojada y marchita, esa flor calmaría esta fiebre que me atormenta sin cesar. Quizá la contemplación de esa flor que moría, me hubiera detenido en la carrera desalada conque me lanzo á los sombríos reinos de Satán...

G. PORRAS TROCONIS.

Barranquilla—Colombia.

Es mi alma que llora en el silencio

para tí son estos
versos. Lilia.

Media noche: temblorosos
van llegando lentamente á la taberna,
los isócronos gemidos que se fugan,
del remoto campanario de una iglesia.
Repercuten los cristales,
con pausada intermitencia,
los chasquidos somnolientos de la nieve,
como labios misteriosos que se besan.
Taciturno,
se acurruca junto al mármol de la sucia chimenea,
con un gesto de cansancio doloroso,
el poeta.

Por su mente soñadora,
viajan mustias las ideas
—anquilosis errabunda de esfumadas soñaciones—
trístes, pálidas, enfermas.
¡Y es doliente...!
¡y es un trémolo de violas,
la canción que su delirio forja tenue...!
¡Forja tenue...!
¡forja tenue y muy doliente...!

«. . en remotas primaveras
fuiste mía ¿no recuerdas?
Sobre el halo de tu seno estremecido,
se extasiaban en mis labios las caricias avarientas,
y mis besos han viajado...
¡oh, mis besos...!
¿no recuerdas...?
han viajado sobre tí, desnuda y blanca,
sin ningún lugar secreto.
Y has vibrado junto á mí, languidecida,
los temblores de tu cuerpo;
y mis manos... ¡ay! mis manos han sabido
¡cuántas veces! tus deseos.

Una noche... (fué una noche ¿lo recuerdas?
¡es tan dulce este recuerdo!)
tú llorabas... y llorabas... y llorabas...
y caímos en tu lecho.

Desde entonces
¡pobre *Lilia!* para tí murió el misterio,
y tu amor fué taciturno,
y mis besos ! oh, mís besos!
han viajado, desde entonces, sobre tí, desnuda y blanca,
sin ningún lugar secreto.
Ya eres de otro

y aun mi amor vive en mi pecho,
y eres pura ante los hombres que te ignoran
porque nunca mis palabras han manchado tu recuerdo;
pero ¿acaso eres dichosa?
no; yo pienso
que á buscarte en altas horas de la noche
va un Deseo...
va un Deseo. .
va un Deseo....»

Montreal (Canadá) 1906.

VÁSQUEZ YEPES.



ELENA SERRA

Nivelación social

Para Apolo.

Al salir del local donde el mitin se había celebrado, el compañero Petate se embozó en la raida bufanda y encendió un cigarro. Petate, el insigne Petate, el orador fogoso, tenía frío. Restregóse las manos, zambullólas en los bolsillos del pantalón, y se alejó á paso largo del teatro de sus triunfos tribunicios.

¡Pues digo!.. Flojo fué su éxito de aquella noche. Los concurrentes, en masa, le vitorearon, proclamándole bienhechor de la Humanidad. Cierto, que su sistema era infalible para conseguir la ansiada nivelación: «¿Cuánto dinero hay circulando en la actualidad por el mundo?—Había dicho Petate:—Tantos millones.—¿Cuantos seres humanos pueblan el globo terraqueo?—Tantos. Dividiendo la primera cifra entre la segunda resulta un cociente de ciento cincuenta pesetas, que es la cantidad que corresponde, en ley de equidad, á cada hombre. Pues bien: ¡nada de violencias! Repartamos el dinero existente, y demos á cada cual las 150 del ala...»

Los aplausos interrumpieron su peroración: ¡eso era discurrir! Y el insigne Petate se enorgullecía, viéndose en camino de la celebridad...

Un bostezo cambió el rumbo de sus meditaciones: los aplausos no alimentan, y su estómago estaba totalmente vacío. ¡Y, si al menos tuviera donde guarecerse!... Bostezó de nuevo. ¡Ah, si él poseyese aquellos treinta duros que equitativamente le correspondían! Buena mesa y buena cama esperaríanle de fijo: en tanto que ahora...

Se había sentado en el quicio de una puerta, acurrucándose para paliar en lo posible los efectos de la helada. A poco, quedóse dormido...

. . . .

No tardó mucho en despertarse, zarandeado rudamente. Dos compañeros le sacudían para hacerle abandonar el sueño.

—¡A ver, tú, Petate, arriba!

—¡Te llaman los individuos de la Junta central, para felicitarte!

—¿Qué es eso? ¿Que sucede?—inquirió Petate, restregándose los ojos.

—Nada, hombre: que estamos de enhorabuena.

—¡Que ya mandamos!

Y se vá á poner en práctica tu sistema.

—¿De veras?

—Lo que oyes.

—Pero ¿cómo ha sido eso?

—Muy sencillo: tu discurso se ha propagado rápidamente por el mundo, y ha producido tal impresión, que todas las clases sociales, de común acuerdo, reconociendo su eficacia, lo quieren implantar.

—¡Magnífico!

Se levantó Petate, y entre sus compañeros, dirigióse á presencia de la Junta, que le felicitó vivamente, y le hizo entrega de sus treinta duros. El inmenso salón en que aquella se constituyese, estaba lleno de individuos, cada uno de los cuales tenía en la mano, en plata ó en papel, su cuota correspondiente. El insigne Petate creía soñar: ¡con qué sencillez habíase llevado á efecto lo que poco antes se juzgaba imposible! Ya todos eran iguales: con igualdad consistente y perdurable, puesto que tenía por base la equidad crematística...

Ante todo, érale necesario comer: ¡con el hambre que tenía!... Pero como el organismo social se había desquiciado, los establecimientos estaban cerrados, y no era fácil satisfacer el apetito. No obstante, supo

que el compañero Ceneque, uno de los más conspicuos innovadores, que había sido cocinero antes que innovador, acababa de improvisar una especie de casa de comidas, por puro compañerismo, naturalmente, mereciendo por ello los elogios de la Junta, la cual, teniendo en cuenta las dificultades de instalación, accedió a que cobrara sesenta céntimos por unos cocidos análogos á los que antes valían dos reales, bajo el odioso régimen de opresión, ya extinguido. Petate comió su cocido, y pagó á Ceneque: al hacerlo, cayó en la cuenta de que el bodegonero improvisado, destruía la nivelación social, puesto que acaparaba una parte del haber de sus compañeros, y acabaría por quedarse con todo, á medida que fuesen consumiendo cocidos y más cocidos.

A pocos pasos de la tasca de Ceneque, el insigne Petate vió á varios conspicuos jugándose al cané las 150 pesetas del reparto. Uno de ellos desplumaba á los otros lindamente, llegando á reunir en sus manos unas cuantas cuotas. Los desplumados, ávidos de desquitarse, buscaron un empréstito, y acudieron al compañero Ceneque, quien les anticipó algunas monedas de cobre, y, no pudiendo cobrarlas de otro modo, hubo de obligarles á que le ayudaran a servir á los parroquianos, cada vez más abundantes. El ganancioso, en cambio, aprovechó sus haberes para establecer una tienda de bebidas, en la que los compañeros iban dejando las escurriduras de sus respectivas cuotas...

Más tarde, el insigne Petate, necesitó renovar su guardarropa, y avistóse con otro compañero, que acababa de abrir una sastrería, sin ánimos de especulación, claro está, aunque cobrando por las prendas más caro que antes, en atención á las circunstancias, harto difíciles para organizar cualquier servicio, pues nadie quería trabajar mientras le durasen los treinta duros del equitativo reparto...

Por fortuna—ó por desgracia—el dinero duró poco. El insigne Petate vió cómo se extinguía en su bolsa el dulce peso del metal acuñado, sin probabilidades de renovación, pues el ilustre tribuno, como buen filósofo y hombre de palabra expedita, denigraba el trabajo manual, considerándolo como algo depresivo é indecoroso.

Pero á otros no les sucedía lo mismo. Pasada la influencia letal del dinero, la mayoría recordó sus antiguos tiempos, acudiendo en busca de trabajo, para ganarse la vida. Reaparecieron los patronos, á semejanza de los de antaño—los que, más hábiles ó más pillos supieron acaparar en sus manos el oro de los demás—y á su alrededor, pulularon de nuevo bandadas de trabajadores, en busca del indispensable mendrugo...

El ilustre Petate no salía de su asombro, viendo resurgir el organismo social tan enhiesto y regularizado como antes de ser adoptada su maravillosa reforma. ¿De qué servían, pues, las ideas magnas? ¿De qué los discursos elocuentes? Resuelto á todo, con tal de no trabajar—¡eso nunca!—reanudó la serie de sus brillantes éxitos tribunicios, interrumpida durante el breve lapso de nivelación... Algo desilusionado, ciertamente, volvió á hablar de injusticias, de opresiones, de iniquidades; quiso decir algo acerca de la desigualdad en que se encuentran los de abajo respecto de los de arriba, pero sus palabras sonaban á hueco, ya que tan reciente estaba la época en que todos eran iguales, con la igualdad más efectiva: la del dinero...

Sin embargo, no le faltaron partidarios. Los eternos descontentos, que sólo son capaces de chillar desde abajo sin fuerzas para elevarse ni una pulgada sobre su nivel habitual. An-

te ellos habló nuevamente, con el fogoso apasionamiento de antaño. Y hubo un día en que expuso su sistema de nivelación social: «¿Cuánto dinero hay circulando actualmente por el mundo? Tanto. ¿Cuántos seres humanos pueblan el globo terrestre? Tantos...» El triunfo no fué tan grande como la primera vez, pero aún le vitorearon, apellidándole bienhechor de la Humanidad. Nuevamente, al salir del mitin, sintió hambre y frío. Y resguardándose en el quicio de una puerta—como la vez primera—se durmió...

. . . .

Despertado por un rudo zarandeo, abrió los ojos.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—¡Arriba, hombre, arriba!

—¿Ha llegado ya la nuestra? ¿Me llama la Junta para implantar mi sistema?

Dos carcajadas le contestaron.

¡Vaya una túnica de terciopelo que tiene!—dijo una voz.

—Déjese de juntas y de garambainas—exclamó otra.—Lu que hay, es que nun es permitido pernotar en este sitio. Conque, largo de aquí.

El insigne Petate se había puesto de pie.

—¿De modo que no se ha planteado de nuevo la nivelación social?—dijo.

Volvieron á reirse los guardias.

—Nun sabemos de qué nos habla, buen hombre.

Entonces, el ilustre tribuno, tuvo un grito del corazón:

—Pues, la verdad... ¡me alegro! Para lo que íbamos á ganar con el reparto...

Augusto MARTINEZ OLMEDILLA.

Madrid—1910.

El Poeta

Para Apolo

Bajo un negro dosel que el viento enarca
pulsa el poeta su heptacorde lira.
Cuando la estrofa de su labio expira
sangra su joven alma de patriarca.

Y canta el triste amor que amó el Petrarca,
al eterno Ideal que no es mentira;
y mientras canta, en la penumbra mira
la indigna turba que nació en la charca.

Que avanzan hacia él en son de guerra,
que intentan apagar con su gruñido
del poeta los coros celestiales
los más inmundos puercos de la tierra.

. . . .

. . . .

Y dió el poeta su postrer jemido
y la risa reinó en los albañales.

A. BÓRQUEZ SOLAR.

Santiago de Chile.

Muertos ilustres



MARK TWAIN

Los peregrinos de piedra

Brillantemente editado por los talleres «El Arte», acaba de ponerse en venta el primer tomo de las obras completas de Julio Herrera y Reissig, el ilustre poeta recientemente desaparecido.

LOS PEREGRINOS DE PIEDRA, que así se titula dicho volumen, contiene diversas composiciones que su autor coleccionó bajo los títulos siguientes: *El laurel rosa*, *Los éxtasis de la montaña*, *La torre de las esfinges*, *Los parques abandonados*, *Las campanas solariegas*.

Anunciamos á nuestros lectores que LOS PEREGRINOS DE PIEDRA están en venta en todas las librerías de la capital y del interior de la República.

Angustia...

Para APOLO.

Menudos copos de grisácea melancolía
hielan mi enfermo corazón que llora;
y es en el polo del dolor el alma mía,
Yceberg solitario sin un rastro de aurora!
Me acongoja el recuerdo de amarguísimo día
y su alfange agresivo mis sollozos desflora...
La esencia de mi ser es una flor sombría
suspensa en el martirio de una lúgubre hora.
Al oprimirse mi alma destilando en collares
de lágrimas que llevan mis antiguos pesares
y el aroma sutil de mis pasiones mustias;
Cruza errante en las sombras de torvas inquietudes
como una viuda loca que buscara ataudes
envuelta en el sudario de sus propias angustias!...

JOSÉ M. ANGUITA ZEBALLOS.

Buenos Aires.

Héroes ocultos

Al otro lado del cequión vecinas
á una choza infeliz, tienden sus brazos
dos cruces, en que cuelgan á pedazos
dos coronas que hoy sólo son de espinas.

¿Quiénes duermen ahí? Leyes divinas
juntan quizás, en póstumos regazos,
á dos héroes que ayer, rotos los lazos,
combatieron rodando por las ruinas.

¡Ah! Yo sé que en incógnito heroísmo,
si entre los choques de la lucha acerba
muerde el polvo el intrépido soldado,

tendrá su tumba en ese polvo mismo;
y en esa tumba crecerá la yerba,
y en esa yerba pastará el ganado!...

José Santos CHOCANO.

Reclamo galante

A la Condesa Magdala.

Para APOLO

¿Por qué, bella señora, ya el surtidor sonoro
de vuestros suaves labios, no se muestra elocuente,
dejando oir su gárrulo de amor, sobre la fuente
del corazón que sueña con su cascada de oro?

¿Dudáis, acaso, hermosa, que siempre yo atesoro,
con el viejo entusiasmo que vos sabéis ferviente,
esa blanda ternura de adoración creciente
hacia vuestro donaire que, con gran celo adoro?...

Y, si queréis que siempre arrulle vuestra vida
con versos de amorosa pasión nunca sentida,
sed tierna y bondadosa con el que os ama tanto,

y á cambio de sus trovas galantes, noble dama,
brindad en recompensa de amores, al que os ama,
un beso, solo un beso, para inspirar su canto...

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo 1910.

Tú sabes amar!

Para APOLO

Nubia, la joven y ardorosa viudita, consagraba la mayor parte de las horas al cuidado de su hijito, niño de dos años, en quien adoraba una era reciente de amor y de felicidad, que sólo duró la brevedad de una primavera, para extinguirse cuando recién como un alba gloriosa, comenzaba para ella la dicha del amar.

Y Nubia, llorosa, recorría su cámara de deleites, llevando en brazos su varoncito y deteniéndose á intervalos á admirar el retrato de su muerto, colocado en la cabecera del lecho, permaneciendo en un éxtasis hasta que el peso del chico adormeciéndole los brazos, la volvía en sí.

Mas una tarde en que Nubia salió con su fruto á distraer su pesadumbre en la cercana playa, halló unos ojos que en la vivacidad de su mirar, habláronle de nuevas dichas y nuevos placeres. Como una planta que secárase por falta de agua, sintió renacer en el fondo de su alma, la esperanza de una augusta aureola, y la frescura de su juventud cobró bríos que indujéronla á gustar las vivaces miradas de los ojos hallados.

El amor tomó campo en el espíritu de esa viudita de las caricias, comenzando un idilio de ardorosos deseos. Amó á aquellos ojos de macho atrevido, y lloró al mismo tiempo el dolor de un hijo, estorbo en el nuevo comienzo de un amor que le hablaba de intensas delicias para un cercano futuro.

Y es que aquellos ojos que dulces miraban su tentadora voluptuosidad, tornábanse tristes al mirar al chico, que al grito de madre besábala siempre.

Hablábalo ella:

—El hijo es la gloria, fruto de un amor que encierra el poema de toda una dicha vivida. Consuelo y fortaleza de un dolor supremo, de una triste página cubierta de luto en el libro de mi vida. Mi hijo es caricia y arrullo, vida de mi vida, es flor perfumada que despide aroma de un lecho adorable que tornóse triste y frío, muy frío... Despojarme de él es destruir mi sentimiento para convertirme en la bestia ansiosa de gruesos placeres, insaciable, insaciable!...

Respondióle él:

—Odiar á tu hijo, es odiar á tí. Conquistar la dicha de poseerte, no es lograr la gloria de poderte amar para ser amado. Amar á tu hijo, fruto de tu vientre, vida de tu vida, es amar á tí. Mujer adorable, madre sana y digna, tú sabes amar!...

Y los tres muy juntos, cruzaron la playa. Ella murmuraba: mi hijo es mi dicha, tú eres mi amor; y él sonriente y tierno, susurrábale al oído: tú sabes amar...

MARCOS FROMENT.

La ausencia de tus labios

A Quela.

Para Apolo.

Estoy triste, muy triste, como üna agonía,
porque siento la ausencia de tus dos finos labios,
en esta grave hora de la melancolía,
cuando todas las almas olvidan sus agravios . . .

Aquí tengo un manojo de rosas en las manos,
para suplir la esencia de tu purpúrea boca.
Estas rosas me cuentan mis amores lejanos
de la niñez tan riente, de la niñez tan loca . . .

¡ Amada ! ; ya no puedo vivir sin las tibiezas
de tus dos finos labios. Mis sombrías tristezas,
reclaman á esta hora tus caricias primeras . . .

Arrúllame como una paloma enamorada,
y luego con el alma llena de unción sagrada,
verás cómo reviven en mí, las Primaveras . . .

Montevideo, 1910.

Justo DEZA.

De "Las Horas"

Para Apolo

Era un príncipe blondo que llegó cierto día
al palacio de una princesa medioeval ;
y que en lo más recóndito del corazón traía
los líricos destellos de un amor inmortal.

Y dijo el blondo Príncipe: « Princesa, vida mía,
en vuestros ojos urge mi tierno madrigal ;
y para vuestra boca, tengo en mi poesía
el perdurable elogio de un verso escultural ».

Calló, y en el unánime silencio de la sala
perdióse su palabra como el rumor de un ala . . .
Y la dulce princesa dijo con decisión :

« Prodigad las ternuras que mi amor os provoca ;
habladme de mis ojos, habladme de mi boca,
pero—os lo ruego, príncipe—dejad mi corazón, »

Lorenzo VICENS THIEVENT.

1910.

La humana canción

Del libro en preparación: "Albas Sangrientas"

I

El espíritu humilde que labra un poema,
Un poema fastuoso de ritmo y de luz,
Nunca ignora su triunfo aunque tema
Del vulgo profano la vil acritud.

Por eso el poeta
Que se obstina en negar la virtud
De su numen, sabiéndolo grande, parece coqueta
Doncella que oculta su gracia en un tul.

II

Hay hombres imbéciles
Que sonríen y agotan el léxico de oro de la adulación:
¡Pobres almas sin luz, que mendigan
Aplausos y buscan el lauro mejor!

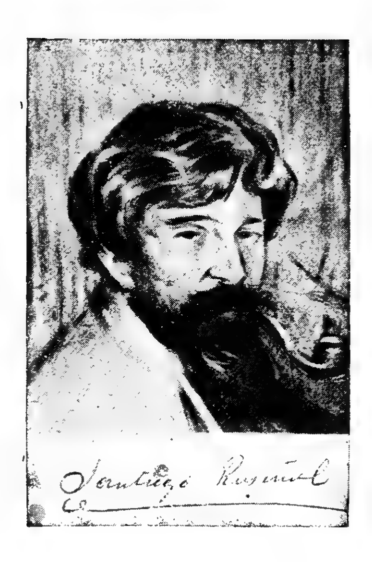
¡Oh, grandes pigmeos:
Apartaos que para vosotros mis odios no son!
Mis odios no vierten su luz en las almas
Que con trágica sombra proyectan su garra feroz.

III

Poeta que tienes
En la estrecha cárcel del dogma un jardín:
Yo sé que no sufres ninguna tortura,
Que tu áulica estrofa se arrastra por tí.

Alguien que predice como tú el reinado
De la hipocresía, desde su cubil,
Que tiene colmillos y zarpas ignora:
(Un dogal oprime su cuello y un aura
Capciosa envenena su espíritu gris).

PÉREZ Y CURIS.



Letta

Vi, entre muchas mujeres gentiles,
qué mujer! Parecía una flor.
Espiraban sus blondos abriles
un fragante veneno de amor.

Fulgecía. Candor de azucenas!
Y en sus ojos de plácido mar
cantaban sirenas.
Yo escuché el cantar.

Ay, Dios mío! Qué daño me ha hecho
la mujer de sonrisa de flor!
Cómo pudo sembrar en mi pecho
la semilla de un negro dolor!

Rufino BLANCO FOMBONA.

Remembranza

Para Apolo.

Añorando tiempos idos sin contrariedad alguna
bajo la glorieta amiga cuyas paredes frondosas
ocultaron las miradas inquietantes de la luna,
platicamos en silencio ¡tantas ansias, tantas cosas!

Hubo ensoñaciones. Eran nuestras almas como una
floración de idealidades, de recuerdos y de rosas.
Gustábamos los encantos de la vida, sin ninguna
tristeza que perturbara nuestras citas venturosas.

Hoy se fueron, como todo, aquellas horas benditas.
La glorieta está en silencio, sus paredes sin la fronda
de las hojas, con invierno se marcharon nuestras citas.

La luna filtra su dulce, delicada transparencia
calladamente, tendiendo su aterciopelada blonda
sobre el banco desolado que gimiendo está tu ausencia.

Julio J. CASAL.

La Rochelle, 1910.

Gotas de tinta

Para APOLO

Reir?

—Ríe mi vecino, el idiota y ríe el cínico de enfrente á quien mantiene la exuberante carne de una mujer.

Llorar?

—Llora la mujer en venta, con resignación de cansada bestia y llora el idiota también, porque ante su vista cruza un pájaro que con el batir de sus alas le hace parpadear.

¡Abrir el corazón y cerrar los puños en bravo crispamiento de nervios no lo hacen todos!... Pero.. hazlo tú. Y así podrás experimentar el placer de ser temido y la suave caricia que produce en el espíritu nuestro el ajeno respeto.

La amistad es un factor de intercambio espiritual, así como la moneda lo es del intercambio comercial.

Vale decir que así como en economía se adjudica al dinero un valor determinado por el humano esfuerzo, á la amistad se la valoriza según sea la compensación que de nuestros sufrimientos genere en nuestro espíritu.

La amistad es la cara limpia del interés que por el constante comercial traginar de los hombres suele estar siempre sucia.

El dolor me parió después de nueve meses de flagelante preñez. Por el dolor es que vivo y por él moriré. Entonces, ¿el dolor es el supremo regidor de la vida?—Nó.

Es el diapasón del inmenso concierto de nuestras sensaciones. El armoniza los ecos del Bien y del Mal.

El sol que te enceguece y hace arder tu sangre; la noche que te aduerme; el frío que te alfilerea las carnes y la primavera que vuelca en tu alma perfume de bondad y de belleza, no son más que manifestaciones de dolores, que son, que fueron y que serán.

Los políticos son como los asnos, que desean todos comer en el mismo pesebre.

Y el elector es como el arriero, que por repartirles el pienso interviene en sus peleas y recibe como agradecimiento de sus beneficiados, patadas y más patadas.

Cuando los años empiecen á empolvorar de blanco tus cabellos y el arado del tiempo abra surcos en tu frente, no dejes de recordar. Porque los recuerdos son en nuestra vejez la caricia de un amor que tuvimos ó el castigo de un delito cometido.

No aceptes nunca protectorado alguno ni creas que alguien pueda redimirte.

El primer protector de más universal fama, fué Cronwell y el pueblo inglés á quien protegió, lloró por mucho tiempo la vergüenza que perdiera al dejarse proteger tan sangrientamente.

Cristo se dijo Redentor. Creyeron los pueblos en que les redimiría, y depusieron su voluntad porque su palabra supo indicar mirajes jamás por millones de ojos vistos. Y Cristo no redimió más que á su nombre del anónimo.

Es que los protectores y los redentores redimen y protegen como acarician y aman las rameras.

Ojos hay, parecidos á focos eléctricos, que iluminan lo bueno y lo malo el Crimen y el Bien reciben sin distinción la irradiación de su luz.

Que son ojos criminales? No. Son ojos de mujeres coquetas y de usureros.

Cómo no sufrir hastío?

—Viviendo en perpetua interrogación con las cosas y los hombres.

La risa es un signo de franqueza.

El criminal ríe El hipócrita, el usurero y el ingenuo también ríen.

Y por la risa de cada uno de estos esclavos de sus pasiones, el fondo moral se exterioriza veladamente.

Por eso la risa es la más extraña flor de nuestro espíritu. tiene ella el perfume de nuestra savia interior.

La moral es un pan duro que intentan mascar los pobres y que los ricos digieren con ayuda del champagne.

Cómo no decir mentira? Dejando de ser lo que somos: Corazón y Cerebro.

La inercia es el colchón donde los que cargan arrobas de imbecilidad van á descansar sus cuerpos de las fatigas que tan enorme peso ocasiona.

No digas nunca que tus ojos no han sido ardientemente acariciados por las lágrimas. Porque entonces, el dolor que en tu interior se oculta puede que se ría de tu orgullo con la risa de tus propios labios.

CARLOS CASARES.

Montevideo, Abril de 1910.

Auroral

Tal es el título del libro, que á fines del corriente mes publicará el joven y talentoso poeta Emilio Trías Du Pré. AURORAL es un manojo de inspiradísimas composiciones. De dicho libro que será prologado por nuestro Director, entresacamos los siguientes sonetos:

EL INVIERNO

Lento, lento; majestuoso;
con paso grave y pensando
el invierno va llegando...
¡El Invierno irrespetuoso!

Y como un burgués dichoso
su fortuna acumulando,
por doquier, todo llorando
él, riente y desdeñoso.

Despiadado é irreverente
en reirse de la gente
encuentra grande placer.

Al pobre le infunde miedo;
al rico, quedo, muy quedo
el tedio le da á beber.

Las Piedras—1909.

MI ALDEA

Es coqueta y es airosa;
y en mi misión de profeta,
es un sueño de poëta
en un capullo de rosa.

Sutil, como mariposa,
que en la planta de violeta
retiene la fe secreta
de su vida misteriosa.

Y aunque sólo es una aldea,
á menudo se pasea
con gran majestuosidad.

Como todo lo que vive
tiene ambición... Y concibe
un título de ciudad!

EMILIO TRIAS DU PRE.

Ore Nostalgiche

Ai miei cugini lontani.

Cade la pioggia; la vien giú chiassosa
Il cielo é nero, e tuona lá lontano,
Chiude i petali auliferi la rosa
Mentre ingrossan le goccie mano á mano.

E la continua. Aumentano i ruscelli
Che aumentano a lor volta i fiumi, i mari.
Tutto tace all'intorno; i cari uccelli
Stendon l'ali sul nido de 'lor cari.

Gracchian dalle pozzanghere le rane
Ed a sgridare la natura ria
Dalla sua cuccia latra forte il cane.

Ed anch'io imprecco a questa sorte mia
E piango le contrade mie lontane
Ché affranto sono dalla «*nostalgia*».

* * *

Splende nel cielo azzurro e pien d'incanto
Un sole mite, il sol primaverile
Sorride la campagna ed al suo bacio
Sorride pur la mammoletta umile.

Cinguettan gli augelletti in mezzo ai prati
E intessono giocondi il loro nido:
La rondinella torna e risaluta
In mille modi il profumato lido.

Tutto é bel, tutto é vita; la speranza
Rinasce coll'amor sublime, austero...
Solo a me questa vita ognor piú pesa
Per me si scopre un orizzonte nero.

Sorridi pur, o bel puttin d'Amore
Ed a me traccia del piacer la via:
Son belle cose ma che passan presto
E altro non resta ... che la «*nostalgia*».

G. MOLA.

Sauce, Marzo 1910.

Nostálgicas

A una sanducera.

Para Apolo.

En las horas tristes de tristes ensueños
Tu imagen divina me viene á buscar;
Juntos recorremos valles halagüeños
Do nunca el olvido logra penetrar.

A la grata sombra del verde ramaje
Los dos extasiados decimos de amor
Frases ardorosas que escucha el follaje
Y ansioso repite claro surtidor.

. . . .
. . . .

Libélulas glaucas vagan silenciosas
Por la densa bruma que empaña la luz,
Flota en los ambientes perfume de rosas
Y la tarde pálida, vela su capuz

Cruzan fugitivas cual garzas lijeras
Las nubes grisáceas que el viento impulsó;
Siento las nostalgias de vanas quimeras
que en fraguas doradas mi numen forjó

Otoño 1910.

Julio Carlos NETTO.

POETA DESAPARECIDO



Juan de Dios Peza

La canción de la muerte

Me arrullaba amorosa la muerte
con una voz dulce, y yo le decía:
— No me cantes así, que estoy triste ..
¡ no me duermas aún, madrecita!...
déjame que juegue,
¡ déjame engañado creer todavia,
que divierte el juego
vano de la vida!

Vicente MEDINA.

Apostasía

I

Aquella noche, mi gran amigo Renato de Grelois, analizando cuidadosamente el libro de su filosofía, llegó al convencimiento que se imponía una claudicación absoluta en el sistema pesimista de sus razonamientos.

—Sí, se dijo:—aunaré todos los esfuerzos de un gimnasta de la voluntad, para vaciar mi yo en el molde poco escrupuloso de una tolerancia acomodaticia; y prodigaré iniciaciones en procura de relumbrones, aún de los más insanos y vejatorios.

Y ante un acopio tan insólito de enervamientos, las más puras idealidades iban cayendo como las hojas que flagela el torbellino.

—Y prosiguió: en holocausto de las timideces fracasantes, cuidaré que el arco punzador de los entrometimientos, esté pronto á lanzar siempre una flecha en contra de una sensatez perturbadora.

No pareció sino, en aquella indagación, que la ninfa Egeria, rebosante de risueñas esperanzas, trazaba el derrotero á un Numa que anhelaba tan solo un gobierno de conciencia. Tal fué su estremecimiento de éxtasis frente al hallazgo de una pauta sagrada é inviolable.

—Medito el plan de ataque contra el círculo apremiante de mi oscurantismo, que como una noche lóbrega, apaga el brillo de las aspiraciones legítimas y mata la recompensa de todos los merecimientos.

En el gran ensimismamiento reflexivo, su corazón atormentado, revivía á influencia de la doctrina utilitarista que pensaba abrazar con fe inquebrantable.

—Comparo la esterilidad en el aislamiento, con la voz exánime de un abate enfermo de incredulidad, en que las tibiezas de su prédica no alcanzan á conmover al más devoto de los secuaces; quiero revocar, de aquí en adelante, todo el programa de colaborador silencioso que me había confeccionado; quiero dar amplitud á la onda de mi lucha para que su irradiación se sienta hasta lo lejos.

Abandonemos el afán de revolucionar; no nos inquiete el imperio del prejuicio, que en el mástil del porvenir tremolará, lánguidamente el traje mortecino de los mártires, frente á los clamores iracundos de las imbecilidades histrionas.

En estos discurrimientos, acudieron en tropel las decepciones para rondar esa reacción completa que iba á operarse en todas las órdenes de su acción.

De Grelois continuó: —batallemos, pero por la oportunidad del triunfo, sin reparar en la fecundidad de su significación. Sepamos hasta el momento de morir, cuando señalándonos como promesa halagadora, trunquemos voluntariamente la labor, sin haberse erigido en paladín de ninguna causa.

Aquel virtuoso por idiosincracia; aquella integridad catoniana; el luminoso exótico de un puritanismo bíblico, atenido por el frío de la indiferencia, en una brusca ascensión á las más deprimentes banalidades, contemplaba la ruina de los más caros

propósitos, y como un Atila vencido en las contienda de la rectitud, prendía fuego á sus humanidades en montón, para gozar de las delicias superbas en el Walhalla de la popularidad.

En aquella noche, todos los autores favoritos, que deleitaran sus horas taciturnas con el panorama de contemplaciones brillantes, aquellos mismos que en otras veces dejaran una huella tan profunda de amargura, con su eterno desfile de personajes terroríficos; se agrupaban ahora en torno de sus exaltaciones para reforzar el hosanna más florido á la libertad mas coercitiva, como Hebes profanándose en la adoración á un Apolo que simulaba enloquecer.

De deliberación en deliberación, había llegado á ofuscarse con los espejismos de un Sahara bonancible; olvidando que sus tormentas no conducirían jamás el bagaje utópico de la caravana de sus sueños á El Cairo inasequible de las ambiciones.

Quizás disgustado con la mofa de su apodo: Alcibiades, —cuando se le huía como á un Luzbel sin infierno;—quería preparar un terreno donde la simiente de unas cuantas calaveradas produjera una buena cosecha de adulaciones.

La fama, como el musgo que esconde el agua cenagosa de las cisternas asfixiantes, aplacará el subido color de los vicios y de los defectos. Así podrá disputar en cualquier torneo los primeros premios, sin temer á ningún Nerón que dispusiera, —como castigo cruel á su osadía — el baño hirviendo donde estallarían sus venas. Sería Lucano afortunado.

Volar con los ímpetus de un cóndor, hacia las cumbres de una gloria inmensa, con las alas de una fama improvisada, obsequio de los discípulos generosos, en su gran ceguera de inconcientes; conducir turbamultas, hacia la conquista de reivindicaciones quiméricas, equivale á discernirse por sí propio la corona de laureles.

Puesto que Renato así dijo: desde el día de mañana, aportaré materiales á la construcción de mi popularidad, que como las más, descansan sobre pies de arcilla, al decir del profeta Daniel sobre Babilonia. Ella viste el traje deslumbrante de las aves tropicales con la música de los buitres; fragorosa como una catarata sin arrastrar las arenas de oro del Pactolo, siempre silencioso, con el silencio de la linfa oprimida entre rocas gigantescas. Tiraré los datos de mi destino sobre el tapete abigarrado de los exhibicionismos.

Debo torcer mi vocación íntima en obsequio á una dedicación para la cual no veo sino la conveniencia. Seré un Sainte-Beuve arrastrado á la crítica, sin tener por la medicina más que una gran afición. Pero la labor efectuada en la soledad del gabinete, no servirá sino á romper los crisoles, en que se funden junto con muchos desvelos la materia y los humos mefíticos de los triunfos exiguos.

El álgebra metafísica de los misterios hizo que hasta Hugo vociferara en sus ironías de «El Asno» contra la sapiencia del filósofo de Kœnisberg.

Las tenues ramificaciones nerviosas, que surgen en la paciencia de una disección no hacen sino enredar más el camino de mis elucubraciones. La ubre de las ciencias tan munificente en edades pretéritas, está ya exhausta en fuerza de haber ama-

mantado tantos Descartes químicos y Sócrates naturalistas; la secreción de la complicada glándula no se restablece sino con la excitación de una corriente de alta potencialidad intelectiva, de que estoy creyendo carecer.

Y en aquel equivocado examen de aptitudes, todos los resortes que movían su voluntad y su cerebro en múltiples vibraciones, polarizaban ahora la fuerza de sus elasticidades para impeler la inercia en una nueva adaptación. Subidamente se estaban cotizando, en el mercado de absurdos, flamante errores especulativos en detrimento de sabias mercancías.

No fué sino como un viento huracanado que colado por las grietas que dejaban sus falsas concepciones, arrasaba las mejores flores del jardinero solícito. El mismo que sorprendieran las albas, asechando los malos huéspedes de su fronda lujuriante, rendía la frente ante el cetro ponzoñoso de los azotes cruentos. . . . .
. . . .

II

Aquella metamórfosis completa, mariposa crepuscular abriendo sus alas al impulso de una voluntad caducante ¿no se poblaría de asombros al verse erguida de repente sobre un existir siempre austero cuando es tan sólo compañera de cosas que agonizan ó que mueren? Imaginemos el pudor más santo, blanco como los lirios y las hostias y veremos que la tinta bermeja del pecado, se destacará inmune del menor rastro de sombra.

Sin embargo, la irrupción de los desórdenes fué de un poder tan vasto y tan fuerte, que ejercieron el efecto de los caos ahogando la luz de las razones inconcusas. Hubo más; la causa tenía historia, longeva como naciente allá en un precoz desaliento de sus primeras armas, allá en los albores de un profuso abortamiento de cálices seráficos, que encontraron muerte en el ambiente enfermo de envidias maleficientes.

Y la obra secular de la fisiología neptúnica; formar cantos rodados del bloque anageométrico, como ideal armonización en el correr vertiginoso de su gran vientre de aluvión; estaba haciendo la cultura convencional con la psiquis de este errabundo egregio en su afán de adhesión incondicional.

Y fué en aquella noche, célebre y sin igual en las efemérides monótonas de una vida, que el hacinamiento de tantas perplejidades produjo la eclosión de esta guerra radical en todas las manifestaciones de un celoso en el cumplimiento del deber y en el reato de una obligación.

El Fedon de las inmortalidades populares, hería mortalmente á otro Catón que abolía la esclavitud hermosa de las abnegaciones. El príncipe augusto de un exagerado platonismo iba á vestirse con el traje plebeyo del epicureismo adulterado. En subasta privada, vendía las posesiones más regias de la nobleza espiritual para sufragar los electores que lo conducirían á la tentadora representación de los ascendientes.

III

¡Oh!, bien recuerdo la tristeza subjetiva con que idealizaba todas las faces de un discernimiento luminosamente bello;

bien recuerdo la modestia en que escudaba la molicie de hasta sus más grandes pensamientos; bien conocía cuanto por encima de todas las estulticias estaba su corazón; para no extrañarme, cuando vino hacia mí, ebrio de las caricias de la gloria:

—Tartarín-Quijote, Cincinato y Diocleciano, Pirrón y Diógenes, Adriano Sixto y De Vigny; austeros, cartujos, esquivos, filósofos: locos.

—Cleopatra perdiendo el mundo es igual que Penélope devorada por la nostalgia infinita de Telémaco.

—Monseñor Bienvenido, derrochando una fortuna de altruismos con mil Valjeanes tiene el mérito de Heliogábalo malbaratando los tesoros de un imperio ó de Calígula coronando su caballo. Porque los furores de los Hunos engendraron á Napoleón y la faustuosidad Oriental de los romanos engendró el parasitismo. Del parasitismo surgió la Edad Media y ésta produce al Dante. Cambises precedió á Darío y Lutero precede á Nietzche. La flor surge del pantano como la estrella brotó de las tinieblas.

—He abandonado mi retiro solitario donde extendía la neurastenia sus rémiges funerarias de fantasma letal, para asilarme entre las gentes, combatir, demostrar que vivo y que soy fuerte.

—El Werther suicidado por los libros, el agobiado por el peso de los remordimientos, surge á la palestra á luchar con las armas más envenenadas. Quiero trocar este invierno desolado por las rosas de una primavera divinal. He llamado en auxilio los optimismos anacreónticos, bellos como dijes de esmeralda, para ahogar á Leopardi en todo su hastío y en todo su mal.

—Como aristócratas del talento, somos hijos del desgarrante pauperismo. De aquí ha nacido el estoicismo que defendemos con la fiebre de budistas hiperbóreos, de aquí nuestro afán de extravagancias, que nos ha llevado á imponer la enmarañada selva de Sar Peladán y los ultragongorismos sobre la música acariciante de los líricos y el estruendo taumatúrgico de los Ercillas. Con la fuerza de nuestra petulancia monopolizaremos los favores de un siglo.

—Toda una juventud militando en las huestes de los imperativos de Kant, para que la dulce alabanza que anhelaron los ensueños del niño fantasista, encontrara el ensañamiento inícuo de los prosistas de una época carcomida.

—Viejo valetudinario sin tener siquiera un cuarto de centuria; adolorido por los hierros del convencionalismo, busco resarcirme con la conquista de unos cuantos triunfos sarcásticos. Todas las mieses de oro de un alma helenizada, que se agostaron con el fuego de los insomnios estériles, lucirán de nuevo antes que el enlutado de un ocaso se cierna sobre la tarde milagrosa de un poeta.

—¿No tengo acaso razón?

No queriendo disgustar á mi amigo, con la oportunidad de alguna refutación, dejé que prosiguiera en alas de su acongojante neurastenia.

—Mi espíritu conserva intactas, como en el primer instante, las huellas de todas las tragedias que he representado, sin jamás haber actuado en el sainete burlón que reconforta con ese desdén ingenioso que ayuda tanto á

olvidar el acre gusto de las derrotas humillantes.

– Ya volarán azoradas, todas las abejas de la colmena humana, que fueron á fabricar panales de felicidad con el néctar de las ilusiones bohemias, cuando sientan la diatriba que agita su cabeza de envilecidos. La trompeta del Apocalipsis me anuncia que tocan á su fin. Surja Pedro el Ermitaño aprestando los cruzados. Aspiro á la salvación del Santo Sepulcro de un Jeremías que llora la ruina de sus ideales.

– Venga Ida de Barancy á libertar el poeta D'Argenton del inmundo gimnasio Moronval. .

. . . .

Yo auguro para Renato De Grelois la gloria del «Don Timoteo» de José Mariano De Larra. A pesar de todo, no me resta sino prosternarme ante la hecatombe.

CARLOS PITTAMIGLIO BUQUET





MARÍA CONCEPCIÓN MUÑOZ ANAYA



A propósito de un poeta colombiano

No creo que lleguen á cuatro los años transcurridos desde el día en que Emiliano Hernández, ese cantor bohemio de gran talento, de fino espíritu crítico y de ojos verdes—ojos que ponen una nota enigmática sobre su rostro moreno de beduino me hizo conocer por vez primera versos de Luis Carlos López, uno de los poetas jóvenes de América de mayor originalidad y rareza. Los versos que el trashumante bardo maracaibeño me recitó con su grave voz de pastor anglicano, no son por cierto de los mejores de López, mas los hallé de una factura tan sorprendente, que sin esfuerzo se grabaron en mi memoria y despertaron en mi ser hacia el autor de ellos viva simpatía, que luego el tiempo ha trocado en amistad inalterable y en compañerismo intelectual libre de envidias rastreras y de solapadas veleidades.

Me agradan los poetas que, como López, viven con su época; esta época compleja en que caen todos los ídolos y se desvirtúan por añejas ó ridículas todas las creencias de ayer, grilletes del pensamiento, cortapisas de la voluntad y carlancas del libre albedrío de los humanos. No comprendo, si es acaso que no me desagradan, á aquellos cantores que ofrecen una dualidad desconsoladora entre su vida, producto innegable del presente y sus versos, remembranzas soporíferas del pasado más remoto, dualidad de acciones y de pensamientos que no sabemos como se engarzan, compenetran y equilibran. Yo bebo con placer el vino nuevo en odres viejos y me deleito con el vino viejo vaciado en odres nuevos, lo mismo que con el vino nuevo que forma espuma y aromatiza los odres nuevos también; ó aclarando la figura retórica, gusto lo mismo de los pensamientos nuevos vaciados en moldes antiguos que de los antiguos ofrecidos en moldes modernísimos tanto como de los que siendo nuevos se expresan de igual manera y forma. Por esto me agrada Villaespesa que adora el pasado con el más delicado romanticismo, pero que lo canta en versos que reflejan claramente las inquietudes de su alma compleja, y no tengo escrúpulo en manifestar que lo considero, en mi sentir, el primero de los poetas españoles del momento presente, superior con mucho á Salvador Rueda, á Manuel Machado, á Eduardo Marquina y á Juan R. Jiménez, que en grupo con él forman la vanguardia en el movimiento poético de la siempre muy amada madre España.

López, de quien quiero hablar, lleva publicados dos libros de versos: *De mi Villorrio*, desde hace un año, y *Posturas Difíciles*, desde hace dos meses. Conceptúo el primero mejor que el segundo, quizá porque los versos que contiene los fuí conociendo y apreciando uno á uno, á medida que el poeta los producía, y porque los conservo casi todos en la memoria. Un gran elogio hubiera yo querido hacer oportunamente de tal libro, que los ha recibido muy merecidos de varios distinguidos intelectuales; pero una razón poderosa fué obstáculo entonces para la realiza-

ción de mi deseo: la de haber tenido López el capricho de dedicarme ese estuche delicado de raras y valiosas joyas líricas.

El elogio viene ahora, si bien tarde por ningún motivo inoportuno, á propósito de *Posturas Difíciles*, libro que me agrada bastante, pero que coloco por debajo del primero; preferencia que no me lleva desde luego á negar que encierra así mismo versos de fina ironía, llenos de acabadas descripciones, de combinaciones métricas y gramaticales sorprendentes y de una gran percepción naturalista, cualidades distintivas de toda la labor poética de López, que la hacen, al par que su excesiva libertad de espíritu, apreciable y encantadora.

Estas cualidades que dejo señaladas han conseguido llamar la atención desde el primer momento sobre el poeta de Cartagena de Indias. De los más, para condenarlo por sus atrevimientos líricos y humanos. Los poetas mínimos de parroquia que todavía hacen acrósticos á las chicas en los días de cumpleaños, décimas en los matrimonios y deplorables sonetos en los bautizos y entierro del vecindario, los califican de sartas de disparates, ayuntados en esta opinión á los eruditos del pejugal graduados en Sigüenza, que se espantan leyendo los *Crepúsculos del Jardín* y que no pierden ocasión de hablarnos con énfasis de Horacio, Virgilio y el Dante, como si nosotros no los conociéramos tanto como ellos y no los admiráramos más que ellos. Para esos organillos de un solo són, para esos eunucos del pensamiento, no hay innovaciones, no hay audacias meritorias; todo lo simplifican y reducen á círculo mezquino, porque sus nervios jamás se alteran, porque sus gustos y aspiraciones rurales no se han visto sujetos nunca al tormento de soñar alto y de pensar muy hondo. De los menos, ha llamado la atención para meditar profundamente en el raro talento de este poeta vigoroso que marcha de frente al porvenir y á la cabeza de una legión de intelectuales jóvenes, ante cuyos atrevimientos de forma y de espíritu siente Darío que él y Lugones van pasando de moda y que muy en breve habrá forzosamente que contarlos en el número de los clásicos.

No hay duda alguna de que la falta de estrechas relaciones intelectuales es la que hace que los más generosos talentos de América sean poco conocidos fuera de su terruño. Salvo unos cuantos nombres de poetas ya muy célebres, los demás son ignorados no sólo por los analfabetos sino también por las masas aliteratadas de nuestras democracias *chauvinistas*. Tal vez me equivoque, pero creo con sinceridad, por lo que he podido observar personalmente, que aquí en Costa Rica, y sirva esto sólo como ejemplo, muy pocos son los que conocen siquiera de oídas á Guillermo Valencia, y aún entre el grupo de intelectuales hay quienes apenas han leído algunos versos suyos, pero no conocen toda su obra poética y artística, exquisita y delicada. Y si esto pasa tratándose de un egregio hijo de Apolo, ¿cómo exigir que se conozca á otros que si bien meritorios no han alcanzado aún la prodigiosa altura en que esplende el inspirado payanés? No es raro desde luego que ignoren en su mayor parte que en tierras de América nacieron — y viven casi todos — Ricardo Jaymes Freire, Luis Rosado Vega, Andrés Mata, Rufino

Blanco Fombona, Pacho Valencia, Víctor Londoño, Ricardo Miró, Fabio Fiallo, Osvaldo Bazil, José Gálvez, Néstor Carbonell y Manuel Pérez y Curis, por no citarlos todos. Apenas si comienza á saberse que en la lejana República del Plata vive un Angel de Estrada, de refinado gusto artístico; que en tierras de Nicaragua labra estrofas que compiten con las de Darío y Lugones un Santiago Argüello; que Salvador Díaz Mirón con *Lascas* ha evolucionado completamente y que Manuel Ugarte el socialista tenaz, el escritor vigoroso, es también poeta á las veces, lírico y enamorado. Fuera de las lindes de la bella República más ecuanímica de todas las de origen hispano, sucede otro tanto: vaya usted á hablar más allá del Colorado ó del Golfo Dulce á cualquiera de esos titulados eruditos lectores asíduos de las Invernizios y Braemés, de los Ohnet y Ponson du Terrail, que de vez en vez se dan un atracón de Ibo Alfaro y se sienten en ratos perdidos superhombres con Vargas Vila, vaya usted, repito, á hablarles de Roberto Brenes Mesén, de Rafael Angel Troyo ó de Lisímaco Chavarría y no sabrán si esos caballeros son condecorados de las musas ó modestos revendedores de cerillas y velas esteáricas. Pero yo no les hago cargo, sino más bien los disculpo. Yo mismo ignoro la existencia de muchos entusiastas compañeros de labor, y esto seguirá siendo así hasta tanto que la cultura general sea más elevada y las relaciones entre las Repúblicas Colombinas más frecuentes y más fraternales.

A todo lo dicho se debe el que Luis Carlos López sea poco conocido y por tanto yo he querido presentarlo á los lectores de esta culta Revista con que Próspero Calderón contribuye de modo eficaz al progreso de Costa Rica, dando á conocer de paso algunos de sus versos, en la seguridad de que interesarán de tal modo, por una ú otra razón de las expuestas párrafos atrás, que aún en el caso de que la crítica valbuenesca que atiende más á la pulcritud y mensura de la forma que á lo sustancioso del fondo, se cebe en ellos, siempre habrá de reconocer en López genialidad, facilidad de expresión, hondo sentido de la vida y humorismo irónico inagotable, ese humorismo concentrado que según el decir de don Miguel de Unamuno no es frecuente ni en españoles ni en hispano-americanos.

GUILLERMO ANDREVE.

Costa Rica—1910.

Poetas nuevos

INSTANTE LÍRICO

Cual nereida saliendo de la espuma
surgiste en la penumbra de la sala:
todo mi ser tembló, como una escala
de notas que solloza y que se esfuma . . .

Te ví nimbada de una excelsa bruma
por eso ignoro si eres plectro ó ala,
ó harmonía seráfica que exhala
todo el sahumerio que al amor perfuma.

Y me envolvía la luz de tu mirada
que tiene lampadazos de alborada
en cuyo fondo hay un ensueño que arde,

Y navegué anhelante en tu pupila,
como una estrella tímida rutila
al lado del lucero de la tarde . . .

1909. **ANTONIO GIANOLA.**

* * *

¿Recuerdas? De tu veste perfumada
La harmonía triunfal de los matices
Reinó contigo: tú con la mirada,
Y ella con sus relámpagos felices.

Era la hora del ángelus, y el manto
Del horizonte índigo cubierto
De livideces, fulguraba en tanto
Con la serenidad de un niño muerto;

Amorosas parejas el recinto
Del enflorado parque abandonaban,
Y en un lecho de rosa y de jacinto
Las miradas del sol agonizaban;

Y tú, del brazo del efebo, hallaste
Una penumbra misteriosa y triste,
Donde á los ritos del amor cantaste
Y á su deleite inmenso sonreíste.

Y entre el rumor de fuente tremorosa
Y las plegarias de aves que gemían,
El galán percibió la madorosa
Oblación que tus labios le ofrecían.

Y en el iconostasio de tu débil
Corazón ebrio de amorosa lumbre,
Vibró como una cítara muy flébil.
Del cariñoso efebo la quejumbre.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Hora á ti llegan vilipendios. ¿Quieres
Substraerte á las penas de la vida?
¡Ríe, mujer! con la sonrisa hieres
Á los que anhelan ulcerar tu herida!

Blanco Fombona, Pacho Valencia, Víctor Londoño, Ricardo Miró, Fabio Fiallo, Osvaldo Bazil, José Gálvez, Néstor Carbonell y Manuel Pérez y Curis, por no citarlos todos. Apenas si comienza á saberse que en la lejana República del Plata vive un Angel de Estrada, de refinado gusto artístico; que en tierras de Nicaragua labra estrofas que compiten con las de Darío y Lugones un Santiago Argüello; que Salvador Díaz Mirón con *Lascas* ha evolucionado completamente y que Manuel Ugarte el socialista tenaz, el escritor vigoroso, es también poeta á las veces, lírico y enamorado. Fuera de las lindes de la bella República más ecuanímica de todas las de origen hispano, sucede otro tanto: vaya usted á hablar más allá del Colorado ó del Golfo Dulce á cualquiera de esos titulados eruditos lectores asíduos de las Invernizios y Braemés, de los Ohnet y Ponson du Terrail, que de vez en vez se dan un atracón de Ibo Alfaro y se sienten en ratos perdidos superhombres con Vargas Vila, vaya usted, repito, á hablarles de Roberto Brenes Mesén, de Rafael Angel Troyo ó de Lisímaco Chavarría y no sabrán si esos caballeros son condecorados de las musas ó modestos revendedores de cerillas y velas esteáricas. Pero yo no les hago cargo, sino más bien los disculpo. Yo mismo ignoro la existencia de muchos entusiastas compañeros de labor, y esto seguirá siendo así hasta tanto que la cultura general sea más elevada y las relaciones entre las Repúblicas Colombinas más frecuentes y más fraternales.

A todo lo dicho se debe el que Luis Carlos López sea poco conocido y por tanto yo he querido presentarlo á los lectores de esta culta Revista con que Próspero Calderón contribuye de modo eficaz al progreso de Costa Rica, dando á conocer de paso algunos de sus versos, en la seguridad de que interesarán de tal modo, por una ú otra razón de las expuestas párrafos atrás, que aún en el caso de que la crítica valbuenesca que atiende más á la pulcritud y mensura de la forma que á lo sustancioso del fondo, se cebe en ellos, siempre habrá de reconocer en López genialidad, facilidad de expresión, hondo sentido de la vida y humorismo irónico inagotable, ese humorismo concentrado que según el decir de don Miguel de Unamuno no es frecuente ni en españoles ni en hispano-americanos.

GUILLERMO ANDREVE.

Costa Rica—1910.

Poetas nuevos

INSTANTE LÍRICO

Cual nereida saliendo de la espuma
surgiste en la penumbra de la sala:
todo mi ser tembló, como una escala
de notas que solloza y que se esfuma . . .

Te ví nimbada de una excelsa bruma
por eso ignoro si eres plectro ó ala,
ó harmonía seráfica que exhala
todo el sahumerio que al amor perfuma.

Y me envolvía la luz de tu mirada
que tiene lampadazos de alborada
en cuyo fondo hay un ensueño que arde,

Y navegué anhelante en tu pupila,
como una estrella tímida rutila
al lado del lucero de la tarde . . .

1909. ANTONIO GIANOLA.

* * *

¿Recuerdas? De tu veste perfumada
La harmonía triunfal de los matices
Reinó contigo: tú con la mirada,
Y ella con sus relámpagos felices.

Era la hora del ángelus, y el manto
Del horizonte índigo cubierto
De livideces, fulguraba en tanto
Con la serenidad de un niño muerto;

Amorosas parejas el recinto
Del enflorado parque abandonaban,
Y en un lecho de rosa y de jacinto
Las miradas del sol agonizaban;

Y tú, del brazo del efebo, hallaste
Una penumbra misteriosa y triste,
Donde á los ritos del amor cantaste
Y á su deleite inmenso sonreíste.

Y entre el rumor de fuente tremorosa
Y las plegarias de aves que gemían,
El galán percibió la madorosa
Oblación que tus labios le ofrecían.

Y en el iconostasio de tu débil
Corazón ebrio de amorosa lumbre,
Vibró como una cítara muy flébil.
Del cariñoso efebo la quejumbre.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Hora á ti llegan vilipendios. ¿Quieres
Substraerte á las penas de la vida?
¡Ríe, mujer! con la sonrisa hieres
Á los que anhelan ulcerar tu herida!

ALMAS ERRANTES

En tu garganta trina Filomela
Y el ave Amor sus infortunios llora,
Y tu frase hiperbólica y sonora:
Un colibrí que liba y se rebela,

Hiere con sus halagos, y en la hora
De nuestro idilio su virtud revela;
Aun perdura en mi espíritu la estela
De su voluble vibración canora.

Canta. Tus insinuantes harmonías
Riman así las añoranzas mías
Con la nostalgia de mi labio opreso;

Y, luego, cuando en tu cariño me hundas,
Se ahogarán nuestras almas errabundas
En la suprema beatitud de un beso.

Bibliográficas

Nuevos libros recibidos

Alma Criolla (NOVELA) POR F. JIMÉNEZ ARRAIZ. — *Caracas*; **El templo de Talía,** POR AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA. — *Madrid*; **La Clave,** POR FELIPE TRIGO. — *Madrid*; **En tierra americana,** POR G. PORRAS TROCONIS. — *Sincelejo* (*Colombia*); **Le vers libre,** POR MARINETTI. — *Milán*.

De dichos libros nos ocuparemos en el próximo número.

De la casa editorial Prieto y C.ª

Acusamos recibo y agradecemos el envío de las OBRAS ESCOGIDAS de *Jacinto Benavente* y TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO de *Manuel Bueno*. Dichos libros, elegantemente impresos, hablan muy en favor de la casa editorial.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

Administrador: LUIS PÉREZ | Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO V — Montevideo, Junio y Julio de 1910 — N.° 40

Leyendas de Jardín

Para Apolo.

II

Acércate á la fuente diamantina
donde la linfa milagrosa y pura
de esta pasión impenetrable brota;
baña la suelta cabellera endrina
en el raudal de su corriente clara;
retrata tu eucarística blancura
en el espejo azul de los remansos
donde el agua por verte descansara;
y luego de entregarte á la caricia
fresca del manantial adormecido,
ven á olvidar la historia de tu suerte
sobre mi corazón estremecido.

Vienes cansada del camino; vienes
á través de naufragios y tormentas
con un nimbo de mártir en las sienes,
¡tú la más blanca, espiritual y buena
de cuantas flores de hermosura y gracia
brotó la parda y desigual arena
de la vida: botón de aristocracia,
redoma de fragancia turbadora,
mujer y artista en cuyos ojos arde
una iluminación conmovedora!

Ninguna espina punzará tu planta
si este mi brazo varonil te escuda;
y ya que mi alma entristecida y buena
está de toda mezquindad desnuda,
tendrás para los duelos de la vida
y las ingratitudes de la suerte,
un óleo santo para cada herida
y una ternura fiel para quererte.

Abramos un paréntesis de dicha
en nuestras existencias sin objeto,
y hagamos de este amor una leyenda
de lírico y romántico secreto.

Ensayemos el beso irrevocable
en cuya dulce intimidad ferviente
tus manos estarán entre mis manos,
mis labios estarán sobre tu frente.

Mi alma contrita en el silencio llora
la desgracia infinita de no verte
llegar á los fantásticos jardines
donde mi queja pasional te implora;
y el corazón desesperado advierte
que la hora que pasa es una hora
cada vez más cercana de la muerte.

M. MORENO ALBA.

Barranquilla de Colombia.

Apóstrofe

Para APOLO.

Villano, cese tu alarde
que es despreciable por vano,
ya te conozco, aunque tarde:
todo lo abyecto es cobarde
i lo cobarde es villano.

Si no fuese caballero
de noble estirpe i blasón
yo te heriría altanero,
no de un tajo de mi acero,
de un sonoro bofetón.

Puedo hacer que mis lacayos,
—en mi indignación tan justa—
te ultrajen bajo los callos
de mis bravíos caballos
al acicate i la fusta.

Que es un canalla el que espía
no ignorabas ¡vive Dios!
i más rastrero, a porfía
tú marchabas noche i día
de mi senda i paso en pos.

¡Y yo confiado, inexperto,
sin tener de nadie dudas!
Pero, al fin ya he descubierto
que todavía no ha muerto
la descendencia de Judas!

A. BÓRQUEZ-SOLAR.

Santiago de Chile.



Galería de "Apolo"

CLOTILDE LUISI

De lo más hondo

Para Apolo.

I

Nada nos complace tanto como colaborar en el afecto de las personas, que nos son gratas.

II

La simpatía es el germen del amor.—Brota la simpatía de improviso.

III

Pensar eternamnete en la mujer amada, es ser sonámbulo, dijo Hugo.—Los niños pensamos con el corazón; los viejos con el cerebro.

IV

El amor es tanto más profundo, cuánto más propicia el alma para la franqueza.—Y la franqueza es innata porque es una virtud.—La franqueza hace sensibles á las almas.

Y así como las cuerdas sonoras repercuten las notas que las hieren, el alma exhala toda la gama de las virtudes, cuando otra alma ha tocado su sensibilidad.

Y es sensible el alma, cuánto más ingenua.

Y es ingenua, porque es infantil.—¿Los niños engañan, acaso?

V

Cuando el alma sueña, el espíritu vela.—Hay estados del alma en que las ideas que concibe, no tienen ilación.

Y de la confusión brota el sentimiento, como del caos brotó el mundo.

VI

La novia es para el alma, como la madre para el hijo.

VII

La tarea más difícil del hombre, es hacerse comprender.

VIII

El lenguaje más expresivo de las mujeres son las miradas, como el de los hombres, es el silencio.

El silencio del Infinito me ha hecho pensar en Dios.

Y como la materia surje de la nada, de la palabra nace la mentira.

Dicen, que Dios dió al hombre la palabra para ocultar su pensamiento.

IX

Las mujeres vulgares son para el alma culta, como los yuyos para el jardín.

Por eso el jardinero inteligente escoge las flores raras...

X

Cada día que corro por la vida, adquiero un poco de experiencia, por cada ilusión que pierdo.—Y este equilibrio me da esperanzas.

¡La esperanza de adorar á Dios!

Dios, es un consuelo.—En Él piensan los tristes.

XI

Siendo el amor el móvil de nuestra existencia; si por el amor na-

cemos, y por el amor vivimos y por el amor morimos, ¿no se desprende que es algo así como la voluntad de Dios?...

Y si Dios hace apta á un alma para exhalar las vibraciones de otra alma, ¿tiene el hombre derecho de impedirlo?...

XII

¡Amor!...
¡Dios!...
¡Cómo se abusa de estas palabras!

EMILIO TRIAS DU PRÉ.

M'ami?

Para APOLO.

« Bella é la vita
Quando peró si é amati».

Dimmi tu bella dagli occhioni neri
Vellutati e sereni
Che t'aggiri quassú pe'colli ameni
Tu dagli occhioni fieri,

Dimmi, io t'amo, t'amo alla follia
T'amo e t'adoro tanto...
Per te ho passato intere notti in pianto
Per te speranza mia

Dimmi non senti i battiti del cuore
Che mi sobbalza in petto?
Dimmi non credi al mio potente affetto,
Al mio verace amore?

Fors'é la speme del mio cuor fallita?
Dimmi adorata Jole...
Odio la terra, maledico il sole
Impreco alla mia vita.

Due tramonti

Para APOLO.

Scende rosso nel mare sconfinato...
Lento, l'astro maggior dell'universo:
Solo da poche stelle incoronato
E il firmamento nella notte immerso.

Nella stess'ora, simile ad un fiore
La gioia mia, la mia cara Nita
Con un nome sul labbro «Amore... Amore...»
M'abbandonava tetro in questa vita!

G. MOLA.

GALERIA DE BELLEZAS



JUANA MARÍA REYES

Paz...

Qué ternura de luz de la mañana!
Oigo tras de la rústica alquería
la voz confidencial de la fontana.
¡Qué ternura de luz de la mañana!
¡No te vayas aún, mañana mía!

Como tejida con sutil espuma,
envuelve cada copa amodorrada
la gran tela de araña de la bruma.
¡El bosque es un ensueño que se esfuma!
¡No te vayas tan pronto, madrugada!

Me baño del silencio en la onda rica,
y algo como blancura en mi presencio:
yo siento que mi sér se purifica
en la casta ablución de este silencio.

Y sólo á veces, con afán de cielo,
desde el hondo boscaje blanquecino
la alondra rasga el silencioso velo
con el cohete musical de un trino.

¡No te vayas, silencio, todavía!
Aun siento que me acosa
ese ronco zumbar del mediodía.
¡Ablucióname en tu onda silenciosa!
¡No te vayas, silencio, todavía!

Si te vas, se despierta la mesnada.
¡No te vayas, silencio, todavía!
¡No te vayas tan pronto, madrugada!
¡No te vayas aún, mañana mía!

SANTIAGO ARGÜELLO.

Managua.—1909.

Las vocales

(Jean Arthur Rimbaud)

Para Apolo.

A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul.

He de decir un día, oh! mágicas vocales
vuestros vagos y grandes nacimientos latentes,
A, negro corsé vestido de moscas lucientes
que despiden obscuras hediondeces fatales.

E, albura de las tiendas, vapores transparentes,
picachos, reyes blancos, y ombelas virginales.
I, púrpuras, sangre escupida, risa de ideales
labios, en cólera y embriagueces penitentes.

U, cielos, vibramiento de las ondas verdosas,
paz de las llanuras, y las nobles arrugas
con que marca la alquimia las frentes estudiosas.

O, clarín supremo lleno de extrañas fugas,
silencios que atraviesan los ángeles y mundos;
O, ei Omega violeta de sus ojos profundos.

Leonardo da Vinci

De: «El Libro de Horas», que aparecerá próximamente en París.

Vago y dulce señor de las barbas de seda,
beatífico y sublime, enorme y delicado
que en el suave silencio de su alma serena
vivió; tal un cisne solitario en su lago.

Su frente luminosa era un jardín de estrellas,
eran hondos sus ojos como mares arcanos...
una alondra cantaba dentro de su alma bella,
y los divinos lirios perfumaban sus manos...

El escuchó las voces lejanas de los astros,
y hermoso mago fuerte, triunfador del Destino,
con la flor de sus manos hizo muchos milagros.

Fué como San Francisco de bondad infinita,
y en el huerto sellado de su arte pensativo
floreció como un lirio: la ciencia de la Vida.

París, Octubre MCMIX. Fernán Félix DE AMADOR.

Pan

(Intermedio)

Toda á su arbitrio la verde floresta,
antes que el día su párpado entorne,
Pan soberano, en la paz de la puesta,
alza, mirando, su frente bicorne.

Ha visto, ha visto... El abrazo fué ardiente,
y una inefable nostalgia le queda;
su flauta trina dulcísimamente
la pastoral del Cisne y de Leda.

Ha visto, ha visto... y sintió que impelía
algún sagrado huracán aquel celo,
porque, al unirse los dos, parecía
que se abrazaran la tierra y el cielo.

Ha visto, ha visto... y es tanto el destrozo
que causa en él el nostálgico dejo,
que llegó á verles con saltos de mozo
y ahora sospecha que muere de viejo.

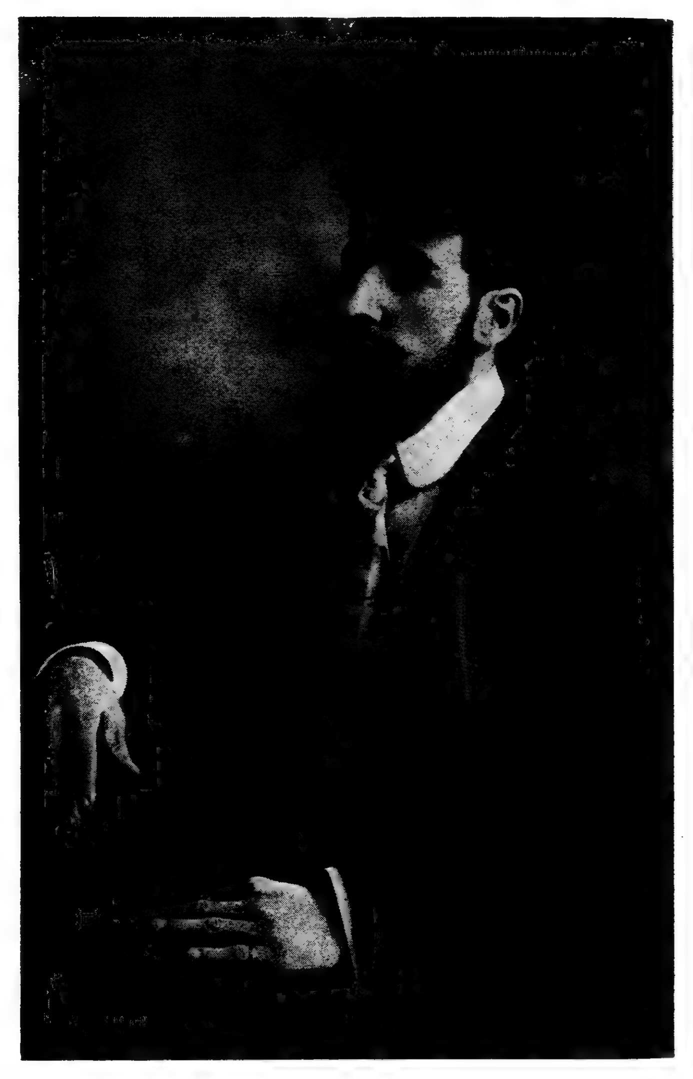
Ha visto, ha visto... Su mano fué incauta
cuando, al pasar, apartó la arboleda;
y, sin querer, canta y canta su flauta
la pastoral del Cisne y de Leda...

Envío

Pan: el amor ha traspuesto su infancia,
y en vano, en vano esperas que torne.
¡Pan!... ¿Dónde estás que, á esta larga distancia,
tu flauta es sólo ancestral resonancia,
mitología tu frente bicorne?

EDUARDO MARQUINA.

Galería de "Apolo"



PÉREZ Y CURIS

De "El poema de los besos"

Nocturno

Llegué á tu lecho. Encima de la almohada
Yacían en desorden tus cabellos;
Me incliné sobre tí sin decir nada,
Miré tus labios y canté con ellos.

La canción de mis labios, la exaltada
Canción te despertó, y á los destellos
De tus pupilas frágiles mi helada
Mano hundióse en el mar de tus cabellos.

Afuera el flébil ulular del viento
Y en la alcoba el rumor de tus suspiros,
Ambos me emocionaron como un lento

Miserere invernal ó una elegía
Que retornara con pausados giros
De la edad de mi cruel melancolía.

Desde el sendero

Opimo de violetas el sendero
En la luz del crepúsculo se anega,
Y al torvo frío del invierno entrega
Sus últimos despojos el otero.

Su desnudez misérrima el austero
Sauce gime, y en esta solariega
Mansión el alma de los cisnes ruega
Por la pálida lumbre del Hespéro.

Vibra el ángelus: llega á nuestro oído
De sus rituales módulos el eco
Vago y conmovedor; el aterido

Pájaro ve en los árboles la muerte
Y al posarse en el suyo ve en un hueco
La compañera de su nido, inerte.

PÉREZ y CURIS.

La hora única

Para Apolo.

He aquí, amigo mío, que ha pasado para tí la hora de la felicidad, y tú no la has vivido...

Sí, la hora de la felicidad ha temblado, para tí, como una lágrima ingenua en los ojos de la Quimera, y tú no la has bebido...—no has gustado su extraña sal divina...

Como un creyente antiguo volcado ante el estupor del Idolo, no viste la sonrisa que transmutó la mueca bárbara de su rostro, con el encantamiento de la gracia...

En los labios esquivos de la Ilusión, por un instante palpitó tu anhelo, como un supremo llamamiento, y tú no lo escuchaste... Tu oído, atento á la palabra que te nombra no supo oir, sin embargo, en la hora misma en que tu dicha hablaba...

Y he aquí que la hora de la felicidad se ha desnudado como una querida ante tu lecho y tú no has gozado...! en tus pupilas, ávidas, la voluntad fulmínea, sólo tuvo un relámpago de muerte.

II

Ya no más... Ya no más...

Sólo una hora, en la profunda obscuridad del cielo, sobre tu tienda de peregrino que sacuden los vientos del desierto, rutila el astro heráldico, que habla á tu corazón.

Sólo una hora, en el miraje torvo de la vida, la dorada manzana de la dicha pende, madura, del árbol del Destino...

Ay, de tí, si no la coges!

Ay, de ti, si tus ojos no ven, ni tus oídos no escuchan, si tu corazón no está aleteante, y tu voluntad no es tensa, como un arco!...

Ay, de ti, si esa hora te encuentra dormido al pie del árbol—y te contempla, y pasa...

Jamás volverás á encontrarla! jamás tornará á tí la encarnada quimera, con sus ojos de cambiantes reflejos, y trayendo en sus manos el don de la caricia inmortal!

III

La hora única!

¿Sabes tú, ¡oh, amigo mío infeliz! —el milagro de la hora única?

¡Oh, tú debes conocerla... porque ella ha palpitado junto á tí, dentro de tí, quizas, amigo mío!

Toda la espera trémula de tus días, toda la fiebre insomne de tus noches, todo el aciago anhelo de tu ilusión, van hacia ella, con impetuoso y ciego afán, tal como va la vida hacia la muerte.

Cuando sientes en tu pecho la angustia indefinible de un presentimiento, y toda la sangre afluye en torbellino á tu corazón, y te detienes, mudo, lívido, como si por primera vez te interrogaras á ti mismo y hallaras en ti un desconocido, es que tu hora se acerca, es que tu hora ya llega, caminando por un sendero oculto, con pies livianos...

Sientes oscuramente, la proximidad de la hora única, y por eso te has detenido en el camino, como aguardando la decisión de tu sentencia.

Toda tu vida tiembla á la espera de la desconocida, y miras con ojos turbados, pasar los transeuntes...

Entre la caravana viene *ella*. Tu hora ha de pasar junto á tí, confundida en el torbellino de las horas... Es menester que tus ojos la reconozcan... Es menester que se ilu-

mine tu inteligencia, y que tu voluntad se apreste á la conquista... Es menester que tu oído, atento, oiga la voz en el preciso instante que el destino te nombra.

Porque hay una hora, hay una hora en toda vida en que el deseo es potencia, y en que el dorado fruto de la dicha, pende maduro, del árbol del destino.

Una hora tan sólo en el vacío infinito, en que parece rendirse ante el Deseo, toda la adversidad de la Quimera...

Una hora tan sólo en que el Deseo se ilumina, como los astros, y en que el torrente de la vida afluye á él, tornándolo fecundo y bello para el Amor.

¡Hora sagrada, divinamente frágil, divinamente fugitiva, hora en que toda cosa vive su primavera triunfal!

Hora única, gestada en el vientre de la Eternidad, parida con el dolor de la belleza, y amamantada en las ubres del sufrimiento humano!

IV

Y..., si *ella* ha pasado junto á ti y no la has conocido..., si tus manos no la han tocado..., si tus ojos no han mirado en el vórtice de sus pupilas el signo misterioso de la sabiduría..., si no has bebido en el ánfora de su boca la miel paradisíaca del Deleite..., si no has sentido entre tus labios deslizarse su lengua como una sierpe que fuera buscando el corazón..., si entre las dos ajorcas de tus brazos crispados, no has sentido su cuerpo contorcionarse en un espasmo de pantera..., si no la has poseído así, inmensamente, hasta arrancarle un grito de dolor... ¡ay, de ti!... ya no serás más que una sombra..., tu razón de vivir se ha ido con ella!

Porque ella era, amigo, tu hora única... Fué creada por el destino para tí, y tú para ella.

Si no supiste conquistarla, si no fuiste capaz de extraerle el secreto de tu dicha, si la dejaste pasar... ¡eres más miserable que un mendigo!... ¡más inútil que un paralítico! más estéril que un eunuco!

Vagarás por el mundo, pero no como Ahasveras, llevado por un anhelo eterno, por una eterna sed, á traves de los mares y de los pueblos y de la historia.

Tú irás entre los hombres, con apariencia mansa de cordero, deslizándote anónimo y callado.

Nadie al verte se apiadará de ti, pues tu miseria no es la que viste de andrajos, ni tu dolor se cubre con púrpura de tragedia.

Tu sufrimiento obscuro no tendrá ni el consuelo de ser bello, tu miseria burguesa ni siquiera podrá ser socorrida.

Los que viven en contacto contigo ignorarán que sufres... Ni tus amigos, ni tus hermanos, ni la mujer que comparte tu lecho, sabrán jamás tu pena.

Tú solo, tú solo, cuando golpees tu pecho con los puños, escucharás que suena á hueco, como si fuera la tapa de un ataúd...

Tú solo, tú solo sentirás dentro de ti como se pudre un muerto, y como el frío que sientes nada puede calmarlo, y como te persigue el olor á la podre, á todas horas, hasta en la hora del sueño.

V

Amigo mío! hermano mío! no me mires con esos ojos vítreos de cadáver, suelta tu mano helada... déjame!... apártate!... Tengo miedo de ti!

AURELIO DEL HEBRON.

Montevideo,. 1910

Prólogo

De "Auroral" del poeta Emilio Trías Du Pré

El libro que habéis abierto pertenece al más joven de nuestros poetas. No obstante su juventud, este nuevo portalira canta como un convencido, y sus estrofas, ora ingenuas, (la ingenuidad es inherente al poeta) ora pesimistas como la canción de un paria, llevan en cada uno de sus versos, en cada uno de sus giros rítmicos y aterciopelados, la dulce savia del corazón del artista. Una psicología personal, sutil y harto definida, palpita en ellas y matiza las ideas también personales. Porque AURORAL es eso: un manojo de ideas en verso expresadas para deleite de las almas que sueñan todavía...

Emilio Trías Du Pré ha bajado á la arena de las justas literarias sin vacilación alguna, y triunfará fácilmente. Este, su primer libro, no está como otros de jóvenes escritores, plagado de reminiscencias y de lugares comunes. La imitación y el calco, en los que incurre á menudo, creo que inconscientemente, una gran parte de nuestra juventud, no se enseñorea en sus páginas para goce de dómines ni de críticos. Poesía subjetiva que da las íntimas impresiones de un temperamento artístico y en la cual expone Trías Du Pré sus humanos sentimientos y su inagotable sensibilidad, tal es el perfume de este libro tan lleno de vigor como exento de ñoñas extravagancias y de infantiles conceptos.

He observado en la elocuente simplicidad de muchos de estos cantos un homenaje de amor á toda la Naturaleza, desde lo más humilde hasta lo más suntuoso; ese bello tributo abre el alma del poeta y la muestra como es: enamorada de todo cuanto existe.

Entusiasta panteísta, yo he experimentado gratísimas emociones leyendo *La canción de la noche* y *El poema del invierno,* donosa como un madrigal aquélla, y éste desolado y gris como un paisaje de invierno en el que imprecaran todos los odios humanos.

Y si como poesía descriptiva y de puro psicologismo es laudable *El poema de invierno,* los sonetos coleccionados bajo el título *El paje* son también dignos de consagración por su riqueza harmónica y su gran melancolía sabiamente expresada en los últimos versos.

Merecedora de los más altos aplausos es asimismo la homogeneidad del léxico escogido por Trías Du Pré para la construcción de sus rimas. Los poetas noveles suelen usar vocablos altisonantes que disuenan con el conjunto de sus creaciones y dan á la euritmia de éstas el aspecto de un bello *panneau* que fuera pintorreado por profanas manos. El estilo de este poeta, sencillo y sin afectaciones, como el de Julio Flórez y el del mexicano Icaza, préstase divinamente para la compenetración de la corriente emotiva en el alma sensible de cuantos pueden sentirse artistas en nuestra época de brutal positivismo. De ahí que Trías Du Pré supedite la fraseología al concepto, sin dejar por eso de mostrarse un artista de la forma. Porque hay belleza técnica en estos cantos briosos que resistirán el paciente análisis de los académicos, de los pedagogos y de este hato de versificadores que tan pronto discierne títulos de notoriedad como profana soberbias consagraciones.

Bien es cierto que á Emilio Trías Du Pré no fué preciso decirle: Poeta: haz el análisis de tu propia obra.

PEREZ Y CURIS.

Mayo 24/910.

En un álbum

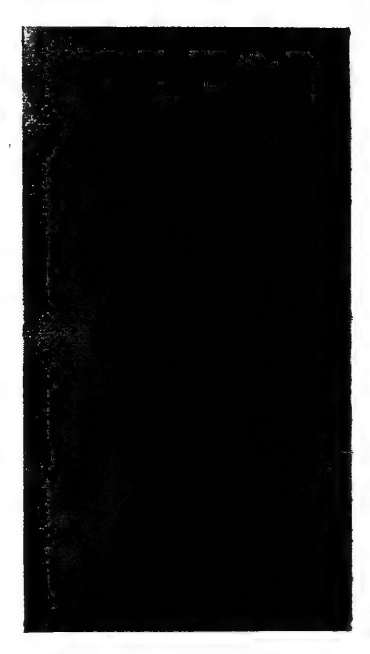
Para **Apolo.**

¡Oh, hermosa! ¡quién me diera,
de antíguo trovador un canto regio
que de tí digno fuera
y que hasta tí ascendiera
en un sublime y cristalino arpegio!

Pudiera, entonces mi canción sonora,
á ti llegar, señora,
luminosa en su gala y reverente;
y ofrendarte podría,
de tierna poesía,
una corona digna de tu frente.

Pero si no es pomposa
para tu sien de diosa
la diadema sencilla que te envío,
recíbela piadosa-
mente que es cariñosa
ofrenda para tí del pecho mío.

VASQUEZ YEPES.



PRIMITIVO HERRERA

El murciélago

Para **Apolo.**

**Extrangero simbolista, claudicante del Destino,
Grave numen del Misterio, venerado en el desdén:
Tú no añoras la comedia del cenáculo divino,
Bajo alientos de madonas, siemprevivas del Edén.**

**Tus enfermas bendiciones de la noche son camino
De las líricas serpientes sitibundas que no ven;
Y en el jacio donde oteas se retuerce el peregrino
Blasfemado como nunca por los látigos del Bien.**

**Como el Cuervo, en tus infames, negadoras sinfonías,
Has palpado con tus alas de Infortunio, siempre frías,
La nostálgica vendimia que florece en un dolor...**

**Eco — adiós de las tinieblas y del caos y la nada:
No has logrado en mis jardines la azucena idolatrada,
Ní la eterna madreselva de la luz que ora de amor!**

ROCH NABOULET.

Montevideo, 1910.

Mustia

A Pérez y Curis, poeta.

Jamás podré olvidarla! Por siempre la adorara,
aquella núbil virgen era una miniatura;
sus brazos parecían de mármol de Carrara
i un ánfora su boca de cándida ternura.

Tras el susurro blando de la fontana clara
de Mayo en una tarde deslumbradora i pura,
desvanecióse el tinte de su bendita cara;
i luego... la llevaron á la amplia sepultura.

Aquel carmín divino de sus mejillas cálidas
enrojeció una noche que entre mis manos pálidas
convulso la estrechaba con ansia irresistible.

Por eso hoi que está muerta, de la profunda huesa
hai noches en que sueño que sale su cabeza
á hacerme entre las sombras alguna mueca horrible...

Primitivo HERRERA.

República Dominicana.

De Propileos fúnebres

Para APOLO.

III

Ya no suena más el piano de Julio Herrera Reissig...
La tarde ha ido á enlutarse en el harem de un visir
Y se ha llenado de sombra la bernuza del emir
crepuscular.

El cuervo decorativo ha graznado en el muezín
Se destrozó una muñeca en la torre de marfil
Se ha derramado un tintero y sangrando en el atril
Una balada florece como la sangre de Ayax:
En la ruta en polvo de oro cayó el hijo de Phaeton
Se ha quedado sin auriga el regio carro del Sol.

E. LASCANO TEGUI.

DE LUIS ROBERTO BOZA

Para Apolo.

Habláis de la amistad, del amor! Vanas palabras! Vivimos como náufragos, y en este desesperante anhelo de ser dichosos, cada uno se aferra á la vida, con sus propias ganas. La existencia es difícil. Se bracea con angustia, se lucha á la desesperada. ¡*Yo, sólo yo*! Nada me importa, hermano mío, si atrás quedas, rezagado por la fatiga! No he de ser yo, ciertamente, quien vierta sobre tu boca sedienta, sobre tu frente quemada por la fiebre, las gotas del agua consoladora! No! La lucha es terrible é inhumana. Por alcanzar el summum de mi hartazgo, devoraré á mi amigo, á mi hermano,—si es preciso. La hora ha sonado, y la campana del siglo llama á los hombres á devorarse á si mismos... ¡Los antropófagos!

Es cruel esto. Es horroroso. Y esta lucha despiadada y canibalesca del fuerte contra el débil, del audaz contra el simple, va secando poco á poco la fuente cristalina del sentimiento en el alma de los hombres. La misericordia es una debilidad y el amor una cobardía. Llegamos, pues, al punto de partida de nuestros progenitores, los salvajes, ó, mejor dicho, los bárbaros... Cumpliremos dentro de poco nuestra labor histórica, extinguiéndonos nosotros mismos, el hombre devorando al hombre...

Sé bien que os reirés, vosotros, los imbéciles que vagáis por esos enormes Hospicios que se llaman las Universidades y las Cátedras... No ignoro que tú, pobre diablo de ministril; adiposo leguleyo; castrado funcionario, solapado discípulo de Hipócrates; no ignoro, lo repito, que estiraréis vuestras getas, en un acceso de idiota hilaridad. Mas, no importa! Porque yo lo digo á vosotros, los vagos, los soñadores, los filósofos, los independizados del medio, los que formáis, en fin, la legión dispersa de los pequeños grandes, muchachos de talento: mirad! extended la vista á vuestro alrededor! Observad cómo al débil se le oprime entre cadenas, aherrojándolo entre las cuatro murallas de esos presidios que llámanse talleres, hasta los cuales no llega el menor soplo de pura brisa. Observad sus rostros amarillos, angulosos, candidatos prematuros á la tisis, á la anemia, á la locura, al suicidio! Contad los latidos, apagados é inarmónicos, de sus corazones que vivieron tan de prisa! ¿Acaso no es ésta la manifestación más eficiente de la voracidad del rico ensañándose en la carne macerada por los suplicios de la miseria, de los humildes, de los últimos?... ¿No es, por ventura, ésta, la obra del patrón avariento, obra devoradora de vidas que son, por ley natural, por ley humana, tan dignas de ser dichosas, de ser enteramente dichosas?

Si queréis,—oh, vosotros, pequeños grandes muchachos de talento, que me leéis!—os mostraré un *specimen*, de estos bandoleros del poder, en cuyo presidio se agosta un puñado de existencias jóvenes, en un cuarto obscuro, pestilente, con la letrina á las puertas, para dar riquezas á las arcas suculentas del patrón! ¿Qué Gobierno, qué autoridad le pedirá cuentas de esas vidas que, en sus talleres, diariamente inmola? ¿Qué justicia señalará ante el

mundo la ergástula reparadora que debiera segar esa cabeza innoble?

Nadie. Por el contrario, para el mundo es un modelo, un industrial experto y económico. La sociedad le abre sus puertas. Las mujeres le sonríen... Y hasta el Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo le saluda, al pasar, echándole bendiciones desde el fondo afelpado de su lujoso carruaje...

II

Y tú *pálida virgen*, que me sonríes desde el solio soberano de tu belleza casta... No creo en tus palabras. Creo sólo en tu deseo, en tu inmenso y torturador deseo... Frágil maquinita, carnívora y débil panterita de seda: al través de tu sonrisa angélica, yo vislumbro tus colmillos que me han de morder. Y dentro de esa cabeza nimbada de oro ó de sombra, yo sé que nada hay, á no ser el mismo felino instinto que anima á mi gata «Rip».

Y entre Rip y tú, estoy por preferir á la primera. Esta devora á sus gatillos; y tú, me lo imagino, prostituirías á tus hijos...

III

Y tú, *mi amigo*! Me hablas de la amistad, de las mujeres, de la bondad humana, como no lo haría mejor un apóstol ó un maestro de escuela moral.

La amistad! Mientras un mendrugo quede en mi mesa hospitalaria, tendré tantos amigos como moscas ronden por el aire.

Las mujeres! Al través del tembloroso mimo de tus labios, mi amada, mi apasionada carne de flor,—yo descubro las ansias de tu apetito de incurable voluptuosidad, mientras, al través de mi vestín, tu mirada se clava en el sitio en donde guardo mi cartera de piel de Rusia...

Y la bondad? ¡Palabras! Me diréis que á diario los periódicos citan los nombres de las damas y los señores «filántropos»... ¡Palabras! La caridad, el bien, el sentimiento... ¡pura farsa! Es el ansia de publicidad, la satisfacción del espíritu vanidoso y pueril lo que mueve á esos sátrapas y á esas Mesalinas á arrojar una migaja que les sobra de sus festines, sobre el hogar desmantelado del hambriento.

Santiago de Chile.

LUIS ROBERTO BOZA.

CLARO DE LUNA

Para AFOLO

Quiero vivir la vida de los éxtasis,
Sustento por la luz de una mirada.
Esa vida tranquila que refleja
Su fondo puro, como una agua clara...

Quiero sentir el vértigo de dicha
Que procede al vibrar de unas pala-
[bras.
Aunque luego esa dicha se destruya
Al rodar por los antros de la Nada...

Quiero vivir la vida del poeta
Con un mundo de ensueños en el alma.
Quiero sentir de mi interior alzarse
Del rojo Día, la esplendente alba!

Quiero el contagio de un amor que
[emane
Una caricia eterna, delicada,
Y en una etérea sensación me excite
A lanzar sempiterno y fausto hosanna!

Quiero vivir la vida de los éxtasis,
Sustento por la luz de una mirada.
Esa vida tranquila que refleja
Su fondo puro, como una agua clara...

SILVA SERRANO.

La muerte del Cisne

A una poetisa.

Para Apolo.

Címbula negra que impasible cruza
El férvido helesponto
De la gesta de eróticas leyendas,
Los tiempos mitológicos.

La Tradición, sibila del pasado,
Vuelto hacia atrás el rostro,
Del canto que seduce y la tristeza
Nos revela el connubio misterioso.

Que á la caricia lene
Del ritmo sonoroso
Incentivo al placer, sigue el acerbo
De un íntimo remorso.

Con el blanco disfraz de níveas plumas,
Cabe el río sagrado del laconio,
Gozar pudo de un rey la esposa bella
Júpiter poderoso.

Como Danae, la princesa argiva
A quien el ardoroso
Rey del Olimpo fecundó lascivo
Con una lluvia de oro,

No quiso la ultrajada del Eurotas
Al dios guardar encono,
Mas, de entonces, presagio de su muerte
Es del Cisne el cántico armonïoso.

II

Vibrando poderosa
Como un timelo brónceo,
La voz de la Sibila
Que llega hasta nosotros,
De estas ansias agónicas nos dice,
Del fondo de su äntro pavoroso.

Cuando de Caisthro flotan
Los fébridos despojos
Sobre el cristal de las cerúleas aguas
Que agitó con espasmo doloroso.

Cavan su sepultura
Del Hectrópa en el arduo promontorio,
En la orilla apartada de aquel río
Que él amó sobre todo.

Para que la de Leda sombra amante
De su cantor no busque ya el consorcio,
Ni de su carne mórbida
Se reanime el deseo voluptuoso.

Ah! si tú, como el Ánade, pudieras
Del cavo pecho en lo hondo
Sepultar tu dolor, y alegres notas
Punteära tu plectro melodioso;

Si tu laúd ahogara entre sus cuerdas
El último sollozo,
La virgen Poësía tu alba frente
Circundara con nimbo más radioso.

Cual la esposa de Tíndaro, la pena
No turbe con sus ansias tu reposo.
Tiernos cantos de amor tu lira vibre
Dulce poetisa, ruiseñor canoro.

ADRIANO M. AGUIAR.

De "Los ensueños del Jardín"

Para APOLO.

La adoración

Llegó la sombra á tu redor, callada
como un ladrón que duda temeroso;
por no turbar tu lánguido reposo
la brisa se aquietó maravillada.

Sobre el césped magnífico, sentada
con tu blanco vestido vaporoso,
me pareciste un ángel delicioso
perdido en la glorieta de algún hada...

Me arrodillé ante ti; junté las manos
y te adoré confuso y febriciente
como adoran al Dios de lo infinito...

Despertaron tus ojos soberanos
y al mirarme espantada y sonriente
mi boca pálida bebió tu grito!

Los ensueños hermanos

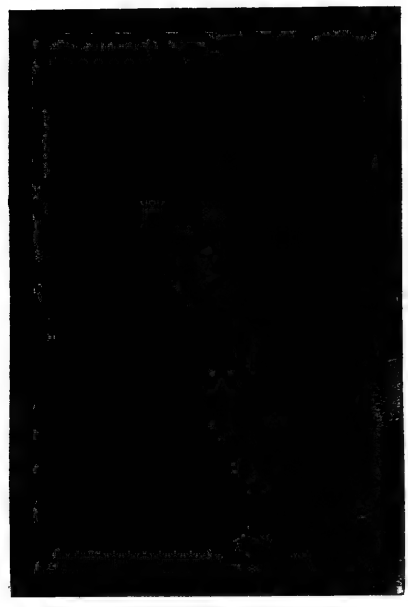
Bogaban en los mares de tus ojos
de la ilusión los cándidos bajeles;
una colmena de odorantes mieles
se opalizaba entre tus labios rojos.

Entre la floración de tus antojos
se elaboraban tus paisajes fieles
y el secreto pintor, con sus pinceles
carminaba tu piel con los sonrojos.

De mis labios las hondas amarguras
volqué en tu boca que vertió dulzuras...
y al aspirar tus gracias adormidas

pude después de un meditado empeño,
armonizar mi sueño con tu sueño,
¡como dos aves en un vuelo, unidas!

ALBERTO LASPLACES.



AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Filosofística

Esta será mi última carta. ¿Lo oyes, amiñera?

Abandonemos ya el romanticismo. Viene en la adolescencia, pero en la juventud es grotesco.

Los sentimientos son lo que los surcos hechos en la arena: profundos ó leves, van llenándose, muy lenta pero incesantemente, hasta desaparecer por completo.

Las pasiones más intensas, bajo la acción del tiempo, sufren lo que las rosas rojas bajo la caricia del sol, el descoloramiento, que llega hasta el tinte palidísimo que simboliza al Olvido. Y éste es señor del mundo psíquico al igual que la Muerte es diosa del corpóreo. En sus senos no cabe la excelsitud de lo eterno. Abren sus criptas bajo lo que empieza á vivir demasiado, porque su desaparición es necesaria á la «vida nueva». ¡Ay! y no se olvida — como no se muere — porque se desee. No cae bruscamente el huésped funeral; viene como la nocturna sombra: lento pero inexorable.

Y yo he olvidado.

¿Por què?

No por la miseria espiritual de que se acusa á la infortunada especie humana, sino por la ausencia, verdadera asesina del amor, y por el tiempo que tanto agosta y hace caer las hojas de los rosales en nuestro huerto, como atenúa (hasta borrarlas por completo) las afecciones dentro el pecho.

No nos culpemos, pues; ellos lo han verificado. Su obra no merece el anatema; resignación, acaso gratitud.

¿Por qué tardamos tanto?

Si interrogas á las hondas cavernas por qué en su fondo se siente el frío; te dirán que es la lejanía del sol: así, el corazón del amante.

La presencia no se sustituye con nada. El recuerdo es proyección desfigurada; sombra borrosa.

Nada perdura sobre la mísera tierra; no digas que tu dolor perdurará. Tanto cicatriza la herida hecha en el tronco joven por afilada hacha, como la que deja el dolor en los corazones tiernos. El rocío no se eterniza en la corola de la flor, ni el llanto en la mejilla humana.

En tus nuevos amores, cuida de estar presente; la presencia alimenta y mantiene en pie al

"El alma de mi ruina"

A la señora Luisa M. de A. Magariños, respetuosamente.

Hoy logré contemplar el albor de la mañana. Mi vista se dirigía por sobre la ciudad buscando mis lugares, mis calles y mis caminos. Principalmente el lado norte de la ciudad me llamaba. Una parte de su cuerpo se asomaba por detrás de la muralla de casas: las copas de los árboles. El sol, suave aún, extendíase oblícuamente, plateando y dorando cúpulas y torres. La nitidez de un cielo de verano sonreía. El arco triuufal de su horizonte se desgarraba por entre el sube y baja de los pardos techos: era la pureza de un color que se manchaba al llegar á la tierra. Crecía el murmullo y se hacía el ruido por toda la ciudad. El astro rey daba el impulso á la máquina humana y eran ya en la realidad, el trabajo, el hambre y la estulticia. Mi vista abarcó de nuevo el semicírculo del azur y caí como un pájaro en precipitado vuelo sobre las arboledas del norte. Allí, aun reinaba el silencio: érase mi mundo. Un armonium formaban las aves, armonium escondido entre el boscaje que se abría á la altura luminosa. Las trayectorias inconclusas y los colores indefinidos se unían harmónicamente. Faltaba el matiz de las flores, pero en cambio, las hojas de ciertos árboles, en voluptuosos compases, eran tan perezosamente columpiadas, que todo un harem de mujeres orientales cruzó por mi imaginación. Sólo la realidad de un vetusto estanque logró expulsarlos de mí. Noté primero un intervalo en la vegetación; luego, como algo que se ve apenas, una reja en forma de circunferencia hirióme la retina. Me acerqué á ella. Era antigua, muy antigua... su color, en su infancia, debió ser de un marrón obscuro. Ahora era apenas perceptible. Llena de manchas, de herrumbre y musgo, la pobre reja antigua se arqueaba dolorosamente. El matorral formaba en redor de ella una envoltura que le servía de estuche: su vejez necesitaba ya una coraza, ¡oh! hierro bendito. ¿Con qué intención te habrán modelado para colocarte en el límite de dos mundos? ¡Cuántas cosas has oído ¡oh hierro! ¡Cuántas veces los amantes se habrán apoyado en tí y sobre tu misma dureza de titán han libado sus encantos! ¡Con qué rítmico aleteo los pájaros se han detenido sobre tus lanzas y en sus dialogueos con lo invisible les has escuchado! ¡Qué manera de ser la de tu inercia! Eres jaula cuando á mitad de la noche, bajo los plateados puntos del cielo, prorrumpen tus ranas la ambigua orquesta que por el silencio del espacio cunde... ¡ah!... de tí soy entonces, ¡oh! osamenta... ¡oh! recuerdo que se enreda entre las zarzas de un escondido bosque. Todo tu misterio entiendo, todo soy contigo, ¡oh! hermano. ¡Tú, la noche y yo mismo y el silencio en un abrazo único!... ¡Dios mío! ¡Cómo te inclinas ya... y en la granulación de tus aguas putrefactas, qué invencible atracción... cómo se cumple un destino... cómo se encorvan tus años... cómo se suspende la muerte sobre tu sue-

ño arcano. ¡Oh! hierro, no morirás ¡oh! fuente surtidora de mi insaciable alma. El sueño que tu misma tristeza encierra, no despertará jamás. Los ladrillos que guardan tus verdes lágrimas, se desploman, caen uno á uno, lentamente, vencidos y caen de golpe, tumbándose en lo íntimo de tu seno. Las sierpes cavan en tu interior sus nidos y silvan cual brujas mientras tú silencias, enroscándose en tus roídas costillas. Las brisas crujir hacen á veces tus palabras que yo sólo entiendo y te levantan ya en peso las raíces... No hay piedad para tí, amarga y cruel sonrisa. Busca sí, bnsca en tu mundo, horada en tu mina, que yo siempre fuí. Todo ya te es sombra, todo te es ya olvido. ¡Cómo te agigantas... como los nudosos troncos inclinas sus ramajes para beber tu pureza y qué insondable eres. Ya se está borrando casi por completo un camino que llegaba hasta tu fuente: sólo existen tres ó cuatro huellas de pasos humanos, ¡oh! ruina... ya eres inmortal. Yo hasta tí llego flotando en el aire, desde un tiempo inmemorial, llego de un naufragio; todos los pasajeros han muerto: somos solos los dos. Amo tus cierzos inauditos y tus recogimientos huraños y tus éxtasis profundos. La sombría lentitud de tu círculo me fascina y me conmueve el imperturbable rostro de tu pasado. Amame deidad, excelsitud Apolinea de los vestigios. Tú y yo... y uno solo, indivisible, viviendo el delirio, inacabable, inagotable, siempre nuevo, siempre antiguo... y siempre insondable. Sigamos los dos. Imposible vivir sin tí. El recuerdo de los sobrevivientes me aterra y me llena de pánico el pensar que se puedan acercar á mí. Tómame por entero y tómame por siempre. Húndeme en tu silencio para no salir más ó difúndeme por el espacio... ¡por favor... que se acercan!...

José Pedro BELLAN.

Tus ojos

En las mañanas de seda y en iris tardes ensoñadoras, cuando aun no conocía tus negros ojos —tus ojos negros que resplandecen entre penumbras bajo el ala negra de tus pestañas—las blancas gaviotas de mi esperanza, las canoras alondras de mis ensueños, los gallardos cisnes de mis amores, todo lo que en el alma nace con alas de ave ó de perfume, volaba incierto á buscar su nido en las azules lejanías de los cielos infinitos. ¡Aun no conocía tus ojos negros!

Quiso mi buena ventura que viera, mi amada, tus negros ojos y al alzarse el ala negra de tus pestañas encontré en tus pupilas las lejanías de los cielos infinitos...

Desde entonces las blancas gaviotas de mi esperanza, las canoras alondras de mis ensueños, los gallardos cisnes de mis amores, todo lo que en mi alma nace con ala de ave ó de perfume, vuela en enjambre ansioso hacia tus ojos negros á hundirse en las lejanías de cielos infinitos que aparecen en tus pupilas cuando se alzan las alas negras de tus pestañas.

R. VALENTI.

Antífona Madrigalesca

Pour Mademoiselle Jeanette.

Quémame en tus ansias locas
pecadora que provocas
el afán de tantas bocas.

Con sus perversos enojos,
los verdugos de tus ojos
mi senda cubren de abrojos.

Que tus manos femeninas,
con sus suavidades finas,
libren mi frente de espinas.

Y tus caricias aleves,
(caben alfileres breves),
mis penas hagan más leves.

Haz que tu joven poeta
se extasíe en tu secreta
ojera color violeta.

Dejando de ser esquiva,
dame la llama que aviva
tu crüeldad sensitiva ;

Que á tu boca como rosa,
mi boca que es mariposa,
irá á libar amorosa.

Por tus sensuales abrazos,
soñaré con tiernos lazos
cuando me duerma en tus brazos.

Y en ese soñar ardiente
me hará delirar vehemente
tu hiperestesia ferviente . .

Si á tu frescura de Abril,
es mi exaltación gentil
y mi palabra sutil;

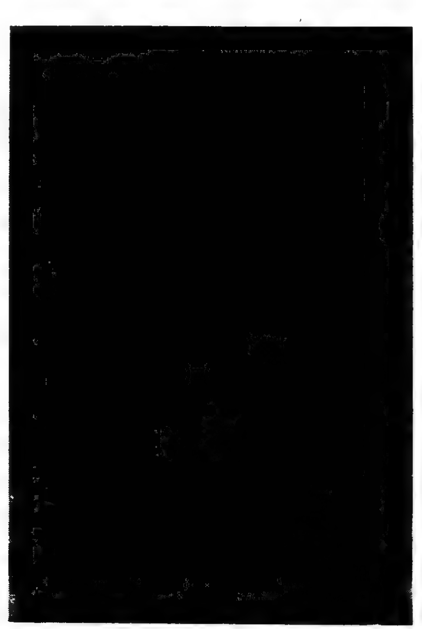
Apiádate de mi mal,
que así mi amor augural
tendrá su aurora inmortal.

(Esta antífona elegante
fué escrita por un amante
con la sangre de un faisán ;
es un elogio galante
del tiempo de L'Isle Adam).

Carlos María de Vallejo.

Montevideo.

Para Apolo.



Emilio Trías Du Pré

CIELO Y MAR

(POEMA)

Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar. Yo siento en el alma una alondra cantar: tu acento Margarita: te voy á contar un cuento.

Este era un rey que tenía un palacio de diamantes, una tienda hecha del día y un rebaño de elefantes; un trono de malaquita, un gran manto de tisú y una gentil princesita, tan bonita, Margarita, tan bonita como tú.

Una tarde la princesa vió una estrella aparecer. La princesa era traviesa y la quiso ir á coger.

La quería para hacerla decorar un prendedor, con un verso y una perla, una pluma y una flor.

Las princesas primorosas se parecen mucho á tí: cortan lirios, cortan rosas, cortan astros: son así. Pues se fué la niña bella, bajo el cielo y sobre el mar, á cortar la blanca estrella que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba por la luna y sobre el mar; mas lo malo es que ella iba sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta de los parques del Señor, se miraba toda envuelta en un dulce resplandor.

Y el rey dijo. ¿qué te has hecho? Te he buscado y no te hallé; y qué tienes en el pecho, que encendido se te ve?

La princesa no mentía, y así dijo la verdad: fuí á cortar la estrella mía, á la azul inmensidad.

Y el Rey clama: «No te he dicho que el azul no hay que tocar? ¡Qué locura! ¡qué capricho! El Señor se va á enojar.

Y ella dice: «No hubo intento, yo me fuí, no sé porqué; por las olas, en el viento, fuí á la estrella y la corté».

Y el papá dice enojado: «Un castigo has de tener; vuelve al cielo, y lo robado vas ahora á devolver».

La princesa se entristece por su dulce flor de luz, cuando entonces aparece, sonriendo, el buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas esa flor yo se la dí: son mis flores de las niñas que al soñar piensan en mí».

Viste el rey ropas brillantes, y luego hace desfilar cuatrocientos elefantes á la orilla de la mar.

La princesita está bella, pues ya tiene prendedor en que lucen con la estrella, verso, perla, pluma y flor.

Margarita, esta linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar: tu aliento: guarda, niña, un gentil pensamiento del que un día te quiso contar un cuento.

RUBEN DARIO.

DEL PAISAJE

Para Israel Vásquez Yepes, respetuosamente.

Se inquietan al impulso del ambiente
Las frondas neurasténicas y hurañas,
Y fingen enigmáticas pestañas
Que velan á la límpida corriente.

Como en la paz de un lienzo trasparente
Se ven surgir imágenes extrañas
Copiándose el ramaje en las entrañas
Azules y movibles de la fuente.

Emergen de la vega los aromas
Cuando tu busto de querub asomas
Entre las hebras del juncal espeso.

Y es allí cuando entonces me provoca
Robarme las dulzuras de tu boca
Con las lubricidades de mi beso.

TOBÍAS CASTAÑEDA.

Colombia 1910.

Retrato de Juan Montagne

Para Apolo.

¿Ves el daguerreotipo que resguarda
un marco oval y negro?
Precisamente. Aunque está umbroso el cuarto,
allégate y verás qué raro y bueno
ese rostro de un hombre cuya mano
en actitud juramental ha puesto
con ademán tan digno
abierta sobre el pecho
que una banda de ocultos signos de oro
cruza por sobre el hábito severo.

Mira, míralo, y guarda
la imagen y su aspecto.
Frente anchurosa y calma: no hay tortuoso
ni vano pensamiento
en esa frente que contornan grises
dulces cabellos.

Los extraños ojos
tienen claror de un alba en mar abierto.
Sobre la boca noble, bien cerrada,
narinas aptas á espacioso aliento.
Y cima el labio y en la barba, afeites
según se usaba en los patricios tiempos.

Mas, sobre la corbata que diez veces
rodea el amplio cuello,
qué imponente ademán el de esa mano
laboriosa, posándose en el pecho
sencillamente. Arroba más al alma
que la banda y sus oros de misterios.

Mira, míralo, y sabe
que ese antiguo señor fué nuestro abuelo,
á quien no conocímos y hoy nos guarda,
porque es dios tutelar de este aposento.

Edmundo MONTAGNE.

Página artística



Primeras tristezas

Para F. Martínez Rivas.

Esta tarde los niños están tristes. Pesarosos, meditativos, cuchichean en el jardín solitario.

El jardín también está triste: el invierno se robó todas las flores y todos los perfumes.

Están tristes los niños... y ellos no lo saben. Tienen la tristeza que deben sentir las aves cuando un poco de viento les desbarata el nido: una tristeza inmensa, pero inconsciente y vaga.

Todas las tardes, en ese mismo jardín, una abuelita de cabellos blancos y de dulce voz temblorosa les contaba cuentos maravillosos.

Y esta tarde no viene la anciana. La anciana se fué muy lejos... y los niños no saben á dónde. Y están tristes: son las primeras amarguras que llegan, son los primeros dolores que muerden.

Poco á poco va llegando la noche. Hay mucha tristeza. A intervalos cae una lluvia menudita y tenue. Se diría que el cielo también está triste... y que llora.

Los niños cuchichean en el jardín solitario. Esperan que llegue la anciana.. pero ella no ha de venir.

La dulce abuelita de cabellos blancos y voz temblorosa se fué para un país lejano, muy lejano, y no ha de volver nunca... y con *Ella* se fueron los cuentos maravillosos. La dulce abuelita duerme bajo un montón de tierra allá lejos, muy lejos. En un cementerio ruinoso abrieron un sepulcro muy hondo, y ahí la arrojaron por misericordia: sin oraciones, sin lágrimas, sin flores. Ahí la arrojaron como se arroja una cosa. Era pobre la anciana... y á los pobres los entierran así...

Cae la noche. En el jardín solitario los niños lloran porque esta tarde no ha venido la dulce abuelita de cabellos blancos, que les contaba cuentos maravillosos.

Los niños cuchichean... y no saben que están tristes. Y la anciana se fué para un país lejano, muy lejano.

ERNESTO SARAVIA MATEUS.

Breviario epistolar

Augusto Martínez Olmedilla.—*Madrid.*—Muchas gracias por todo. En breve recibirá carta mía.

Manuel Ugarte.—*París.*—Ha llegado á mi poder «Cuentos Argentinos». Me ocuparé de ese libro en uno de los próximos números. Le agradezco el envío y el cariñoso recuerdo.

M. Moreno Alba.—*Barranquilla de Colombia.*—Va en este número. Gracias.

A. O. Ll.—*Montevideo.*—«Bajo las estrellas» no se publicará. Esa composición está escrita, parte en catalán y parte en español.

Primitivo Herrera.—*Santo Domingo.*—Recibí «Helios». ¡ Adelante!

Luis Roberto Boza.—*Santiago de Chile.*—Su composición vino sin título. ¿Fué olvido, acaso? Agradezco mucho su recuerdo.

Miguel Luis Rocuant.—*Santiago de Chile.*—«Ronda» no se publicó antes por exceso de material. ¿Y la revista Selecta? No he recibido sino un número.

Edmundo Montagne. — *Buenos Aires.*—Le envío «Apolo». Gracias por su colaboración.

Benigno Varela. — *Madrid.* — «Fifí» no se publicó por estar en venta el libro del cual forma parte. Y «Apolo», salvo raras excepciones, no publica sino materiales inéditos ó poco conocidos. Envíe algo inédito y se le publicará con mucho gusto.

Alejandro Sux.—*París.*—Recibí su libro «Cantos de Rebelión». Le agradezco el envío pero no lo felicito, porque esperaba otra cosa de usted. El escritor que, desde las columnas de «La Actualidad», *señala fácilmente los defectos* de muchos buenos poetas de América, pretendiendo ser algo así como el padre espiritual de las nuevas generaciones, estaba obligado á producir algo mejor. Y usted, con ese libro, no ha logrado ponerse á la altura de aquellos poetas en quienes encuentra tantos errores. Lamento tener que castigarlo en esta ocasión, y sin pretensiones de maestro, porque odio ese título, le ruego que lea más y trate de ser un poco original siquiera, para conseguir el triunfo.

PÉREZ Y CURIS.

TRIBUTO

Siembras ángel de amor en tu camino
Olivos de virtud y de belleza,
Lanza tu aliento aromas, la pureza
Es tu fiel compañera, el peregrino

Derrama de sus cantos el más fino,
A tus plantas ¡Oh Maga!... y con tristeza
Deja una flor de paz en tu cabeza,
Zagala encantadora... Y si Longino

Oh trágico deicida!... con anhelo
Rasgó el costado santo, y los dolores
Izaron de Jesús su negro velo,

La turba de tus mil admiradores
Levantan con amor sobre tu suelo
Augusto pedestal de ricas flores.

Tobías Castañeda.

Colombia 1910.

APOLO

AÑO V

Número 44

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -



MONTEVIDEO — OCTUBRE DE 1910

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Cuentos Argentinos, POR MANUEL UGARTE.—*París.*

La sagaz observación y el vigor narrativo manifestados de consuno en **Cuentos de la Pampa,** palpitan en el último libro de Ugarte con rara intensidad, una intensidad dominadora y sugestiva que se enseñorea súbitamente del ánimo del lector. Y es que Manuel Ugarte sabe emocionar. Hay en **Cuentos Argentinos** páginas desconcertantes por su verismo y su matiz impresionista, y otras en que el espíritu del sociólogo, adelantándose á su época, muéstrase humano y condena formidablemente las injusticias de la actual sociedad.

El cuento **La sombra de la madre**, abunda en reflexiones sociológicas que inspiran nobles y elevados sentimientos. En síntesis: la nueva obra de Ugarte, es de deleite y á la vez de demolición; una demolición de los prejuicios y los errores tradicionales que aun persisten en nuestra América.

Canto al Centenario, POR PEDRO L. IPUCHE.—*Montevideo.*

En su canto, revela Ipuche condiciones de hábil versificador é inspirado cantor de las tradiciones. Sus versos son harmoniosos y fraternal el sentimiento que los inspira.

Idilio Trágico, POR AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.—*Librería de Pueyo.*—(*Madrid*).

Las novelas cortas que contiene el nuevo libro de Martínez Olmedilla, son breves estudios hechos á manera de narraciones donde se advierte un temperamento disciplinado de artista y observador. Al clasificarlos de estudios, debo declarar que hay en todos ellos, trama novelesca, siendo el trabajo de su autor, por lo tanto, más complicado que si se tratase sólo de estudios ó cuentos. Todas las composiciones de **Idilio Trágico,** despiertan sumo interés; los motivos tratados por Olmedilla son de exquisito buen gusto, y el estilo de todo el libro, gallardo y pleno de vigor, corre parejas con ellos. Sin intención de amortiguar el mérito de las demás novelitas, diré que siento predilección por la que ostenta el título de la obra (la más intensa y dramática de todas), y por las intituladas *Armas iguales* y *El cristal con que se mira...,* que tienen páginas de sana filosofía.

Martínez Olmedilla ha logrado con su último libro, un puesto avanzado entre los cultivadores del cuento en España

Lleguen á él, mi felicitación y mi aplauso.

Los Crepúsculos, POR JUAN M.ª OLIVER.—*Montevideo.*

El autor de **Los Crepúsculos,** no es un novicio en el arte; su nombre me es conocido desde que figuró en «La Alborada», al pie de algunas de las composiciones que hoy publica. Alejado un tiempo de nuestro mundo literario, Oliver vuelve á él con más brío que nunca, enamorado de su arte y de su ensueño.

Priva en sus versos esa nota de melancolía vaga y sutil que tan amablemente expresan las almas soñadoras, al contemplar la caída de la tarde. Sin embargo, Oliver es vibrante á las veces: leed *Arranque de vuelo* y *Lides*, dos composiciones que revelan al poeta vigoroso.

Los Crepúsculos, es el libro de un artista conocedor del sentido y de la forma. Hay en él bizarrías lexicológicas y aromas de sentimiento que gustarán, á pesar de la crítica.

Ensueño de Primavera, POR ANDRÉS T. GOMENSORO.—*Librería Mercurio.*—(*Montevideo*).

El autor de **Rumbo al Sol** demuestra en su nuevo libro que ha aprovechado bien las observaciones hechas con motivo de la publicación de aquel. En efecto: la novelita **Ensueño de Primavera** supera á su hermana mayor, tanto en la concepción ideológica como en la construcción de la frase, si bien es cierto que ésta peca todavía de extravagancia, principalmente en la colocación y uso de los epitetos.

Gomensoro evoluciona, y eso es mucho. Nada más triste que quedar estancado al comenzar la carrera literaria. No dudo que en su próxima novela **Frente al mar,** él se hará aplaudir por sus adelantos.

Estética, POR EDMUNDO MONTAGNE.—(*Buenos Aires*).

Edmundo Montagne es un ferviente adorador de la belleza, un artista por temperamento, que hurga allí donde late el corazón de lo bello. Recientemente ha publicado un folleto: **Estética,** donde vierte conceptos personales acerca del arte. Breves, sintéticas y consubstanciales con el espíritu del artista que las formula, las observaciones de **Estética,** son concretas é incontrovertibles como un axioma. Montague ha sintetizado en pocas páginas, y admirablemente, hermosas definiciones de la belleza.

PÉREZ Y CURIS.

Obras de la Condesa de Pardo Bazán

Tomo	1—La cuestión palpitante	1	tomo	$ 0.75
»	2—La Piedra Angular (novela)	1	»	» 0.75
»	3—Los Pazos de Ulloa (novela)	1	»	» 0.90
»	4—La Madre Naturaleza (novela)	1	»	» 0.90
»	5—Cuentos de Marineda	1	»	» 0.75
»	6—Polémicas y Estudios Literarios	1	»	» 0.75
»	7—Insolación—Morriña (dos novelas amorosas)	1	»	» 0.90
»	8—La Tribuna (novela)	1	»	» 0.75
»	9—De mi Tierra	1	»	» 0.75
»	10—Cuentos nuevos	1	»	» 0.90
»	11—Doña Milagros (novela)	1	»	» 0.90
»	12—Los Poetas épicos cristianos	1	»	» 0.90
»	13—Novelas ejemplares	1	»	» 0.90
»	14—Memorias de un solterón (novela)	1	»	» 0.90
»	15—El Saludo de las Brujas (novela)	1	»	» 1.00
»	16—Cuentos de Amor	1	»	» 0.90
»	17—Cuentos sacro-profanos	1	»	» 1.15
»	18—El niño de Guzmán	1	»	» 0.70
»	19—Al pie de la Torre Eiffel—Por Francia y por Alemania	1	»	» 0.75
»	20—Un Destripador de Antaño	1	»	» 0.90
»	21—Cuarenta días en la Exposición	1	»	» 0.90
»	22—Una Cristiana—La Prueba (novelas)	1	»	» 1.25
»	23—En tranvía (Cuentos dramáticos)	1	»	» 0.90
»	24—De Siglo á Siglo (1896-1901)	1	»	» 0.90
»	25—Cuentos de Navidad y Reyes.—Cuentos de la Patria.—Cuentos Antiguos	1	»	» 0.90
»	26—Por la Europa Católica	1	»	» 0.90
»	27—San Francisco de Asis (primera parte)	1	»	» 0.75
»	28—San Francisco de Asis (2.ª y última parte)	1	»	» 0.75
»	29—La Quimera (novela)	1	»	» 1.25
»	30—Un Viaje de Novios.—El Tesoro de Gastón (novelas)	1	»	» 1.50
»	31—El Fondo del Alma (cuentos)	1	»	» 0.90
»	32—Retratos y Apuntes Literarios (primera serie	1	»	» 1.00
»	33—La Revolución y la Novela en Rusia	1	»	» 0.40
»	34—Mi Romería	1	»	» 0.25
»	35—Teatro	1	»	» 1.15
»	36—Sud-Exprés (cuentos)	1	»	» 1.15
»	37—La Literatura francesa moderna—I. El Romanticismo	1	»	» 1.00
	Los Franciscanos y Colón (conferencia)			» 0.50
	Colección completa del Nuevo Teatro Crítico			» 5.00

Biblioteca Clásica

LIBROS ENCUADERNADOS EN PASTA ESPAÑOLA, CADA TOMO $ 0.80

Clásicos Criegos

		Tomos
Homero	La Iliada	3
»	La Odisea	2
Herodoto	Los nueve libros de la Historia	2
Plutarco	Las Vidas paralelas	5
Aristófanes	Teatro completo	3
Poetas Bucólicos	(Teócrito, Bion y Mosco)	1
Píndaro	Odas	1
Esquilo	Teatro Completo	1
Tucidides	Historia de la guerra del Peloponeso	2
Xenofonte	Las Helénicas	1
»	La Cyropedia	1
»	Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia	1
Luciano	Obras completas	4
Arriano	Expediciones de Alejandro	1
Poetas Líricos	(Anacreonte, Safo, Tirteo, Simónides, Arquílogo, Aristóteles, Meleagro, etc.)	1
Polibio	Historia Universal durante la República Romana	3
Platón	La República	2
Diógenes Laercio	Vida y opiniones de los filósofos más ilustres	2
Moralistas	(Marco Aurelio, Teofrasto, Cebes, Epicteto)	1
Josefo	Historia de las guerras de los Judíos	2
Isócrates	Oraciones políticas	2

Clásicos Latinos

		Tomos
Virgilio	La Eneida	2
»	Eglogas y Geórgicas	1
Cicerón	Obras completas	17
Tácito	Los Anales	2
»	Las Historias	1
Salustio	Conjuración de Catilina	1
César	Los Comentarios	2
Suetonio	Vida de los doce Césares	1
Seneca	Epístolas Morales	1
»	Tratados filosóficos	2



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO V — Montevideo, Octubre de 1910 — N.º 44

Epílogo

Para APOLO

La quise con amable desenfreno,
talvez la amaba con idolatría;
Sobre la gloria blanca de su seno
como un niño travieso me dormía.

Quise en vano salvarla de aquel cieno
donde le hallé que naufragaba un día,
Y desde entonces al hacerme bueno,
la nimbé de cariño y poesía.

Soñó mi empeño conquistar la gloria,
para extinguir con ella de su vida,
la sombra infausta que dejó la escoria;

le dí mi juventud, mi sangre, todo,
por alcanzar á verla redimida
de un antro de miserias y de lodo...

Juan SERRANO

Caracas.

La lección de las aguas

Linfas errantes que la madre Gravedad arrastra, sonorosas, con arrullos, balbuceo de infancia, por el flanco de la montaña, al pie de las colinas, á la sombra de los bosques, en el valle tendido como la palma de una mano abierta;

La madre Gravedad os junta en el cauce hospitalario, las de acá con esotras, con las de más allá;

Ya sois río; atrás quedaron los arrebatos torrentosos, el enarcado salto, el choque con las peñas, la espuma blanca con sus miles de pupilas que el sol irisa, que platea la luna, deshechas en el aire, sin dejar más huella que el ala de una alondra.

Ya sois río; la madurez trajo la serenidad; os deslizáis quedas, casi sin rumor, por las anchas vegas susurrando vuestro mensaje de bendición á las márgenes amigas, de doradas arenas, de bruñidos guijarros, ó de verde revestidas con yerbas y con plantas, como atavío de gala á vuestro paso, evocador de la vida.

Linfas errantes, espejo peregrino de cuanta cosa creada se asoma á vuestra faz; profundidad de cielo, vagar de nubes, resplandor de astro, sombra de selvas y —de la humana efímera labor— de los muros y las frágiles flotantes fábricas.

En cárceles de piedra os encerraron y, la sacra libertad perdida, ya no vagáis sobre el pecho de la tierra al impulso de lo que fuera vuestro instinto. ¡Linfas prisioneras, linfas esclavas!

Vosotras que vivís con las edades, en la eterna transformación de la materia, que no muere para la tierra, ó huye de ellas como el espíritu, carecéis del don fatal de la memoria; no conocéis el dolor indeleble, ni la dicha vana.

Donde hoy os oprimen rígidos muros, fueron, allá donde expira la luz de nuestro recuerdo, parajes sombríos, bajo el follaje de tupidas arboledas. Y llegaron los hombres, errantes como vosotras, y pararon; fuisteis para ellos límite y centro; cerca de vosotras nacieron y murieron las generaciones, y creció su número.

Alzaron sus hogares y sus templos, lucharon sus luchas y soñaron sus sueños.

Y se alejaron y tornaron cerca de vosotras; y partieron á la guerra y volvieron vencedores; y otras veces volvieron con la opresión de la derrota, míseros y humillados; con su número crecieron sus hogares, sus palacios y sus templos; y ellos ahondaron vuestra cárcel y fuisteis para ellos fuente de vida y vía generosa y compañeras fidelísimas.

Y creció su orgullo; y creció su poderío; triunfadores, no tuvo límite su soberbia; ávidos nada contuvo su ambición.

Y sucedió que los menos oprimieron á los más; lo que era de todos y para todos fué privilegio de los audaces y los fuertes: la iniquidad triunfó.

Tal evolución á través de los siglos, en que rodasteis, oh linfas errantes, á la mar, impacibles, ¿qué á vosotras las misérrimas querellas de los hombres?

Y un día llegó la aurora roja más con sangre de hombres que con resplandor de teas, visteis su reflejo profético y vibró sobre vos-

ctras un hálito de redención para los míseros. Si las cosas inanimadas jamás sienten, debió de estremeceros aquel ímpetu precursor de caridad y de justicia.

¡Ay de los endebles esfuerzos humanos; perecen en mitad de su luminosa trayectoria los empeños redentores de los hombres. Volvió la opresión; otro fué su nombre su esencia fué la misma!

Aquellos mismos que fueron arrojados del Templo por el látigo divino, invictos á través de los siglos, volvieron á su tarea; más que nunca es hoy suya la suerte de los hombres.

Crece la soberbia de los pocos afortunados como marea invernal en costas septentrionales; ¡ay de los míseros, cuán míseros son! ¡ay de los humildes! Y los soberbios les dicen á los míseros: dadme vuestro esfuerzo para hacer mi labor, vuestra sangre para regar los campos en que mi codicia, disfrazada de patriotismo, libra sus batallas; vuestras hijas para mi placer, vuestros hijos para que no perezca la cría de mis esclavos.

Y en mansiones y en templos y en palacios resuena en monstruosos eufemismos este evangelio de crueldad. Y los míseros no recuerdan que la fuerza es suya.

Fatigadas estáis, linfas errantes, de las cárceles de piedra. Si las cosas inanimadas alguna vez sienten, pasarán sobre vosotras, como ayer los reflejos anunciadores de libertad, un soplo de vergüenza y vibración de sollozos, no ya como errantes cantos, como rumor de profecía.

Os fatiga la opresión; crece vuestro caudal, crece con la augusta serenidad de lo inexorable; pasáis rugientes sobre los muros que os oprimen; nada os detiene; un día de vuestra cólera sagrada, uno sólo, hace temblar la labor humana acumulada en siglos; ¡ay de las mansiones de los templos, de los palacios! ¡un día más de vuestra cólera y la ciudad en que la opresión de los míseros impera—prototipo de cuantas urbes hoy florecen—donde se blasfema de Cristo, invocando su ley para encubrir la iniquidad, un día más de vuestra cólera sagrada, oh linfas errantes! y la ciudad se desmorona, socavados sus cimientos, arrastrada como los despojos de un náufrago...

¡Oh, la lección de las cosas sin alma!

París, 1910.

PÉREZ TRIANA.

Pensamientos

El mar posee un poder sugestivo que se impone como una voluntad. El mar hipnotiza: lo mismo hace toda la naturaleza. El gran misterio consiste en la dependencia del hombre con respecto á las fuerzas ciegas.

En su evolución habrá seguido la humanidad un falso camino? Por qué no pertenecemos á la tierra? Por qué al aire ó al mar? El deseo de poseer alas, los sueños en que creemos volar, sin sentir sorpresa, qué significan?

E. IBSEN.

Periodistas chilenos



EDUARDO CONTARDO CHAVARRÍA

Tu risa y mi hada

A la manera de un madrigal.

Para Apolo

El infolio éste es nuevo, do el cincel se desliza...

. . . .

Yo quisiera escribirte los catorce sonoros
versos de un gran soneto, que tuviera sus coros
tan graves y armoniosos como un coro de misa.

Haría el primer verso recordando tu risa...
En el otro lo glauco de tus dos ojos moros
como piedras preciosas lo engarzara en los oros
que cincelan los frailes de un convento de Niza.

Y en los versos restantes tronaría en mi cuerno
el leit-motiv de un canto que hizo un bardo moderno...
(Bardo que no se corta su crinada melena).

El infolio éste es nuevo, do el cincel se desliza...
. . . .
Pero, piensa Señora, que no sentí hoy tu risa
y... ¡Dentro de su torre se encerró mi Hada-buena!

TRÍAS DU PRÉ.

Toledo

(Transmigración)

A Amado Nervo, en país lejano.

Para AROLO.

Cuántas veces, ¡oh hermética! Toledo insustituible,
me adormecí en el ángulo de tus muros bermejos,
embozando mi rostro como en los tiempos viejos,
de amadores osados de un valor indecible.

Y en ese claroscuro que proyectan las tintas
graves de tus castillos, con más de cuatro siglos
de vida aventurera, entre torvos vestiglos,
enamoré atrevido tus mujeres extintas.

Como buen Caballero, yo descendí hasta el bajo
sereno y silencioso del culebreante Tajo,
y me batí en tus campos, Vega de las leyendas,

para volver airoso junto á la reja amada,
con la ondulante capa que suspende la espada,
en busca de los labios que premian mis contiendas.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo.

Bepo

Un gabinete rosa-perla, un nido de elegancia exquisita, de artísticos decorados y de exóticos muebles de palisandro, ríe con sus molduras doradas á la inefable caricia de un magnífico velador, que mano de mujer coqueta ha adornado con cintas y encajes azules semi-transparentes, donde la luz—cribada en ellos—toma tintes de cielo pálido, como el fondo diluído y milagroso de un cuadro parisino de Rafaelli.

El, un elegante caballero meridional, moreno, alto, de grandes ojo negros y espeso bigote, primorosamente cuidado, riñe á la esposa querida, una figura frágil y esbelta de campánula de río, en el albor evanescente de una mañana de Mayo.

Margot—la única hija de aquel matrimonio—canta á solas en un ángulo del gabinete, como un pájaro en la fronda, y á veces interrumpe su canción de inocencia para dar paso al arrullo de un beso, con que bendice la frente de su Bepo.

—Música, Bepo—dice, al ver el piano abierto—y ruedan sus dedos minúsculos y ágiles sobre el marfil del teclado... Una nota salta y gime, otra ríe, la otra regaña y ronronea en loca confusión de acordes extraños, nacidos en el alma blanca todavía, de Margot.

Bepo es bonito y no llora: (Bepo es un muñeco).

La pareja reñida vuelve los ojos, húmedos, al prematuro idilio de la niña, buscando en él punto final á frases obscuras que el marido, celoso, ha dejado caer sin escrúpulos—como nubes de invierno—sobre el ancho y riente verjel de la coqueta. Y, como para desahogar su corazón atormentado, él, arranca del piano á su Margot, elevándola sobre su cabeza, en un efluvio de cariño paterno, desplegado en la desolación amarga de su alma de amoroso creyente. Y ella, ella, la chiquitina adorable, alargando sus labios frescos en la actitud de un beso, le dice quedo, como una confidencia ingenua de su almita de mujer:

—¡Mañana me caso con Bepo, papá!

———

Una turba de niños juguetea alegremente, haciendo cabriolas y mil monadas en el gabinete rosa-perla: quién, al piano sentada, tocó la última lección del maestro —un aire de mazurca, sencillo y melancólico—; quién otro, saltimbanqui diestro, apoyando su cabecita desordenada en la estera de la alfombra, da «vueltas de gato»; otro ha tomado el álbum de la señora y divierte su curiosidad infantil, siguiendo—con el dedo enmielado—las curvaturas caprichosas de un río—prodigio de acuarela—en un paisaje primaveral de Donart...; y todos ríen, y todos charlan, y todos levantan una nota triunfal, en la algarabía tumultaria que, en los esponsales de Margot, alza una docena de chiquillos rubios.

Silencio... En grupo, junto á la puerta del dormitorio, en espera de la novia, avanzan curiosamente sus ojitos picarescos al interior, donde á Margot le prenden—como último toque de *toilette*—guirnaldas simbólicas de azahares, en la coronación de su blancura de virgen desposada. Y ella marcha len-

ta, casi triunfalmente, al gabinete donde brillan—como banderas desplegadas en un combate—los papeles de colores de las sabrosas confituras de almendra.

Aplausos, risas, notas dispersas, arrancadas al pasar al viejo piano, suenan locamente, envolviendo el cuadro encantador en una como explosión de alegría inocente y juglaresca.

Y después la ceremonia.

De un sillón anticuado, de terciopelo rojo, que se arrumbaba en el desván de los muebles inválidos, han hecho el reclinatorio; y santamente bella, beatificada en su inocencia blanca—no abierta aún á las rosas del pecado—se arrodilla la virgen, frente al pontífice grave y meticuloso, que alarga rolliza mano en señal de bendición.

Y Bepo está allí, al lado de la novia, impasible y sereno, fijos los ojos en el viejo Cristo ahumado que los niños han traído del cuarto de las criadas, para elevar, en el zócalo de la ventana, «el triunfo de la leyenda» y santificar, en el nombre de Dios, aquel simulacro tentador de la vida.

Margot está triste. En sus ojazos musulmanes tiembla el lloro, próximo á rodar por sus mejillas, y en la flor de la boca se adormece una como contracción de amargura, en el pliegue de sombras que la circundan. Bepo se ha caído; Bepo tiene el brazo mutilado, la nariz ahondada, un hueco enorme en la cabeza; Bepo está descuajaringado: ¡pabre Bepo!

Debajo de la escalinata del mirador, en un agujero cualquiera, ha colocado Margot los últimos restos de su esposo; y, tristemente meditativa, se sienta á la mesa aquella tarde, entristecida y pensando—á solas—cómo hará para pedir á sus padres otro Bepo.

De pronto, sus ojos brillan alegremente con un extraño fulgor: ha encontrado la solución del problema y, ensayando sonrisas maliciosas, alegre, con toda la jovialidad de su alma-mariposa, le pregunta á su mamá:

—Cuando papá se muera ¿tú te casarás con otro papá, mamaíta...?

Una onda de rubor cubre instantáneamente el rostro de la madre, como si aquel vaticinio—dicho por labios vírgenes—fuera una maldición caída en el estrago de su alma atormentada. Y antes que la sorpresa dejara libre el paso, talvez á una reconvención ó á un cariño de la joven madre, él, el celoso marido, concretando su egoísmo salvaje en el verbo candente de una mirada interrogadora, le contesta—gozándose en el efecto que sus palabras blasfemas producirán:—Sí, ángel mio, sí, se casará con otro ¡y quién sabe...! Y el ruido de un sollozo trémulo cortó la frase agresiva que, como flecha envenenada temblaba aún en el aire de la tarde agonizante y fría...

—¿Por qué preguntas eso, mi Margot?—dijo el esposo infame, como para llevar sus dardos envenenados al sagrado refugio del llanto.

—¡Ah! no te digo. Me riñes, papá. Y balanceaba su dedito de rosa, repitiendo: «No te digo, no te digo».

—Dime. Te doy lo que pidas...

—Mira: Bepo se ha muerto. Se cayó el pobrecito de la escalinata. Estoy sola, papaíto ¡cómprame otro Bepo!

—Mañana, sí, mañana, viudita.

—¿Verdad?

—¡Sí! ¡sí!

—Mañana, mañana viene mi

maridito. ¡Qué bueno es papá, mamaíta; dale un beso...!

———

Ya es la hora de paz.

En la cuna, arrebujada bajo las ropas de lino, blancas y sedosas como un capullo de algodón, Margot sueña con su nuevo Bepo; con la caricia tentadora del primer beso—desflorador de pétalos intocados—y vuelve á verse con sus guirnaldas de azahares, prendidas en la veste nupcial, como sartas de mariposas blancas y diminutas...

¡Sueño de niño! lirios abiertos en el arrobo virgen del bosque, ya nunca tomaré en vuestro vaso temblador el rocío de la mañana ¡blanco lirio!

Ya es la hora negra.

En el colchón de plumas, cubierto el rostro pálido con las manos tembladoras, ella, la madre infortunada, piensa, con honda melancolía, en sus primeras ilusiones de amor; en las caricias pasadas; en la inefable claridad de su espíritu, hoy ensombrecido y yacente... Y una como ola de desesperación anubla sus sentidos, pensando, en su infatigable mariposeo, convertir en realidad todo el cuadro entrevisto por el marido, en la bruma desesperante de los celos.

Ya es la hora trágica.

En el estudio, hundidos los dedos crispados en la melena hirsuta, él, cavila...

El libro que comenzó á leer, en la mesa de ébano, há tiempo abierto por la misma página. A intervalos, contestándose él mismo el monólogo terrible; se le oye murmurar: «¡Ella me engaña...!»

Suena una hora en el reloj lejano. «¡Es tarde!» Y se dirige al dormitorio, desperezándose como un felino antes de entrar en la madriguera. Al paso tropieza su mirada con la cuna de Margot, y el sentimiento de padre, sobrepuesto á todas las vicisitudes de la vida, cae, en la beatificación de un fulgor misterioso, sobre el sueño errabundo de la inocente. Y más allá, al extender el tul del mosquitero en el tálamo bendecido en nombre del Señor, le dice á la compañera de sus días:

—¿Sabes? Margot sueña con su nuevo Bepo, y tú... ¿con quién?

—¡Con quién! repite la infeliz esposa.

Y un ahogado suspiro vuela y llora en la desolación de aquella burguesía.

Edgard LEMAIS.

Trad. de Vázquez Yepes.

Mujer y gata

La sorprendí jugando con su gata.
y contemplar causóme maravilla
la mano blanca con la blanca pata,
de la tarde á la luz que apenas brilla.
Cómo supo esconder la mojigata,
del mitón tras la negra redecilla,
la punta de marfil que juega y mata,
con acerados tintes de cuchilla!

Melindrosa á la par su compañera
ocultaba también la garra fiera;
y al rodar, abrazadas, por la alfombra,
un sonoro reir cruzó el ambiente
del salón... y brillaron de repente
cuatro puntos de fósforo en la sombra!

Pablo VERLAINE.

Trad. de Guillermo Valencia.

Aniversario

Del libro «In Memoriam», próximo á aparecer

Para Apolo.

I

—Aun no hace un año que cayó la tierra,
la tierra del olvido, gris y fría,
sobre el negro sepulcro que me encierra;

aun no hace un año del eterno día
en que á mi cuerpo rígido abrazado,
enjugaste el sudor de mi agonía,

y en tu pecho mi imagen se ha borrado...
¡Aun no brotó una flor sobre mi fosa,
y ya á tu pobre Elisa has olvidado!

¿No recuerdas el pálido semblante
que levantó tu mano temblorosa
para besarme en el postrer instante?

¿Ni los labios que tanto te besaron
y que al plegarse para siempre, ansiosos,
en un débil suspiro te llamaron?

¿Ni aquellos ojos de mirar doliente
que á tus besos cerráronse, vidriosos,
para soñar contigo eternamente?

¡Ya no te acuerdas de tu pobre muerta,
la que bajo la negra sepultura
sólo al recuerdo de tu amor despierta,

y elevando al azul su pensamiento,
desde su negra obscuridad murmura
con un hilo de luz que apaga el viento:

— Señor, haced de mí lo que queráis,
mas tened compasión de esta criatura
que sola á su destino abandonáis!

II

Ya perdí la esperanza, y aun te espero.
Cuando mi cuerpo de terror se helaba,
la inmensa pena del adiós postrero,

más que por mí por tu orfandad sentía,
que si mi corazón agonizaba
era tu corazón el que moría!

Y más que el abandono de la fosa
más que este pertinaz misterio helado
que me amortaja en noche tenebrosa,

siento tu soledad entristecida...
Verte andar, como un niño, extraviado
por el gran laberinto de la Vida!

¡Ya no habrá quien mitigue tus dolores,
ni pupilas que velen tu destino
y que lloren al par cuando tú llores!

III

Una huérfana sólo en tí confía...
Vive por ella, como yo, en tu caso,
aun sin alma y sin vida viviría...

Aparta de su senda los abrojos,
disipa las tinieblas á su paso,
y haz que recuerde á Aquella que sus ojos

apenas reflejaron en la Vida,
á aquella pobre mártir infelice
que ni en la tumba su recuerdo olvida,

y que alzando su mano descarnada
desde su lecho secular, bendice.
su débil cabecita inmaculada...

¡Oh, Madre de Jesús, Virgen María,
oid de una madre muerta los clamores,
mudas plegarias que hasta el Cielo envía!...

Si un destino fatal á mi hija inmola,
sus llantos, su tristeza y sus dolores
los quiero para mí, para mí sola!

IV

No marchas solo. Sin cesar te sigo,
y á donde vayas, en tu ruta incierta
verás mi sombra caminar contigo.

Contigo sufriré la suerte esquiva,
y la que para todos está muerta
para ti eternamente estará viva.

Y al verte vacilar triste y cansado,
murmuraré á tu oído:—Aguarda... Espera...
La hora de la partida no ha sonado!

Y por tus sueños pasaré ligera,
derramando en tu espíritu agostado
las flores de mi eterna Primavera.

Y en la hora final de la partida,
cuando desciendas á la tumba á verme,
igual que en las tristezas de la vida,
besándote en los ojos, diré: —¡Duerme!

Y en la honda paz del ataúd estrecho,
al arrullo inmortal de tu cariño,
te dormiré, cantando, sobre el pecho,
como una madre que adormece á un niño.

Francisco VILLAESPESA

De Pérez y Curis

DE «EL POEMA DEL HOGAR»

Paréntesis matinal

Su pie sobre mi huerto posó la primavera...
Ya el canto de mis íntimos ruiseñores halaga
Mi oído, y el perfume de Flora me embrïaga,
Disuelto en la purísima frescura mañanera.

Trepando por el muro, la verde enredadera
Que cubre mis balcones, tamiza la luz vaga
Del crepúsculo, y veo que en un regato apaga
Su sed una paloma de la finca lindera.

Inundado de júbilo, yo elogio la menuda,
Magnífica sandalia que calzó Primavera
Al tornar á mi huerto, siempre semidesnuda.

Hago luego un paréntesis; á la puerta me asomo:
Que hay un concento de aves y yo lo escucho como
Si la voz de mi alegre primogénita oyera.

DE «ALBAS SANGRIENTAS»

Para mis hijos Apolo y Mercurio,
cuando entren en la adolescencia.

Norma

Apolo:

Oye, hijo: en la lucha por la vida
Triunfa ligeramente la canalla;
El vulgo es necio, su pasión estalla,
Y el que besa su pie sube en seguida.

El hombre libre, que es un mártir, cuida
Su libertad que todo lo avasalla:
Si cuando el vulgo aplaude, él, solo, calla,
Cuando aquel calla, él, solo, es un atrida.

Pero ese triunfo de los viles pasa
Fugaz, y el mártir solitario asciende;
La gloria acoge al luchador; la crasa

Multitud huye entonces de la arena,
Y el hombre austero que luchó, comprende
La avilantez del vulgo... y la condena.

Mercurio:

Tú, como Apolo, escúchame, hijo mío:
Sé altivo y noble, soñador y humano
Dí tus ideas, pero no al villano;
Da tu alegría, pero no tu hastío.

Sea tu corazón, como el sombrío
Bosque, un haz de misterios; y tu mano,
Baldón sobre la frente del tirano
Y fusta sobre el dorso del impío.

Odia los gestos y genuflexiones
Del pulido lacayo y los histriones;
Y, si grave y solícito, cultivas

La verdad: credo de las almas fuertes,
Más que á todas las furias vengativas
Teme á los hombres frágiles é inertes.



En el Yoshiwara (1)

A la espiritualidad exquisita de Aureliano Gonzáles Tizón.

Para APOLO.

— Oye:
Aquí en el Yoshiwara,
en esta bella noche enferma i lánguida,
lloran unos violines todos negros,
unos violines negros que en Italia,
cantaron sus pesares á los astros
que doraban el fondo de sus cajas;
de sus cajas tan negras i tan viejas,
tan llenas de harmonías y nostalgias:
adonde el corazón de los violines,
crueles sollozos largamente sangra!

. . . .
. . . .

Deja de sonreir, chica mimosa . . .
¿No ves mi cara pálida?

. . . .
. . . .

Cómo córneas polícromas
en la cara siniestra de la noche,
fulguran las chinescas
fantásticas farolas,
pendientes de las ramas gemebundas
(pobladas de hojas secas;)
que tapizadas de matices raros,
adquieren expresiones cadavéricas! . . .

. . . .
. . . .

Una alegre «musmé» nos acaricia
i nos cuenta una historia . . ., asaz extraña,
de un «samuray» que... ¿acaso importa?;
mientras que el compañero de mi infancia,
de «sacké» apura hasta la hez la copa!...

. . . .
. . . .

Un crisanthemo hermoso se deshoja
en la alegría errática de mi alma;
mientras que, en el ambiente se estremece
toda la vibración que hay en mis ansias...

. . . .
. . . .

Allí viene una «oirán» engalanada
con un regio «kimono»,
con un «kimono» extraño donde brillan
áureos dragones i dos Ibis de oro;
tiene en la mano una pantalla antigua
que figuró en el templo de «Asackusa»
en tanto que, en su pecho se columpia,
una joyita ebúrnea! . . .
Otra «musmé» me dice que me espera
en su blanco aposento . . .
«quiero besarte» murmura en mi oído,
i se aleja sonriendo,
mientras que de sus ojos algo oblícuos
resbala una caricia,
que después de contarme sus deseos
rueda por su abanico! . . .

. . . .
. . . .

Eh, compañero: en marcha . .
Un momento . . .
espera que sollocen los violines,
los violines enfermos;
¿no sientes en sus sones tan profundos
un hálito de fuego?,
así, como el vapor de muchas lágrimas
brotando de un efluvio sidereo!
Escucha como lloran los violines,
¡oh! qué amargo es su acento!;
se dijera que el alma se me escapa
en un suspiro trémulo,
i se ahorca en las cuerdas dolorosas
de los violines negros! . . .

. . . .
. . . .

Chica: estos versos,
escribí en un «Cnamisé» del Yoshiwara,
una noche en que el viento
sollozaba en las ramas,
i dos «maickos» risueñas
miraban una estampa de Utamaro,
i un «samuray» hojeaba,
sobre una mesa un album! . . .

JOSÉ M. DE ANGUITA ZEBALLOS.

Genios

Seres-faros que al lucir
tenéis por fuerza que arder,
cumplid con vuestro deber,
alumbrad hasta morir;
luchad por el porvenir;
alzaos sobre la insidia,
que no triunfa quien no lidia,
ni es grande el que se levanta
sin sentir bajo su planta
el pedestal de la envidia!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

(1) Del libro en preparación «Las Selvas del Río de Oro». — Buenos Aires 1910.

Poema

Para Apolo. *A Carlos M.ª de Vallejo.*

Su matinal canción murmura la fontana
á una voluble rosa que se ofrece entreabierta
en lo alto del tallo, sutil y casquivana,
como á las tentaciones de una engañosa oferta.

Espéjase temblando su corola temprana,
en el cristal bruñido de la fuente desierta,
y al mirarse se enciende el carmín de su grana,
tal como se sonroja una niña inexperta.

Una mano de nieve pone fin al idillo
de la eglógica fuente y la flor, cuya esencia
— inédito poema sin rimar de Virgilio —
perfuma de albo seno la divina turgencia,
mientras en la silente soledad de su exilio
solloza la fontana la canción de la ausencia.

José VIAÑA.

Ego

Para Apolo.

Ojos verdes y astutos de monje ó de bandido,
Una melena hirsuta como la del león:
Tan libre como el águila, altivo, descreído
Si pequeño el cerebro muy grande el corazón.

De natural bohemio, sin ambición, sin nido . . .
Una meta: el futuro; pasiones: la pasión
De la mujer y el vino: cuando más he sufrido,
He corrido mi pena con alguna canción.

Una carga infinita de ensueños y quimeras,
En mi huerto un continuo reir de primaveras,
Lo jocundo del trino, el perfume y la flor.

He de hacer una escala con mis sueños dispersos
Y subiré confiado recitando mis versos.
Hasta un cielo encantado de Locura y Amor.

MONTIEL BALLESTEROS.

Montevideo.

Rimas

Para Apolo.

Lluvia lenta para sentir
qué del vivir, qué del sufrir
con un ensueño evanescente
fulgurando bajo la frente
lejano, muy bello, lejano...
y el recrudecer inhumano
de la frígida herida hundida
en la leve alma aterida...

Lluvia, lluvia para sentir
qué del sufrir, qué del morir,
sino la grávida esperanza
de un misterio que no se alcanza:
la negra ribera severa
ó la albada y dulce ribera.

Silenciosa en que se reposa,
yo quiero luz, no quiero fosa:
luz celeste por cabecera
para este mal que desespera;
para este mal, para este mal
de lo infinito y lo inmortal!

Cayendo, llorando, diciendo
un gran perdón que no comprendo,
lluvia lenta para sentir
qué del vivir, qué del morir:
cae, cae perennemente...
mas no muera bajo mi frente
el bello ensueño evanescente,
muy bello, lejano, lejano...
oh terror, que fuera la vida
en alma blanca horrenda herida!

Un tirano sentir profundo,...
no sé qué... la entraña del mundo
me gruñe el crimen de su invierno!

¿Por qué sentir, por qué sentir,
para sufrir, para morir?

Me pesa el crimen de este invierno...

Oh lluvia, reza la oración
de tu gran llanto de perdón,
por siempre, por siempre en lo eterno,
sobre el absorto corazón!

EDMUNDO MONTAGNE.

Máximo Soto Hall

Te he visto en algún cuadro florentino:
Has sido tú escultor, pintor, poeta,
Espíritu que canta ó que interpreta,
Bohemio humano, pensador divino.

Nos hemos encontrado en el camino,
Y hoy te pinta mi pluma harto indiscreta,
Sin poner más color en mi paleta
Que el que á la gloria tuya ha dado el sino.

Empieza en tu florida primavera
Tu bella musa con sus alas de oro
A alfombrar de laureles tu carrera.

Y entre el aplauso de entusiasta coro,
Bravo batallador en tu trinchera,
Triunfante suenas tu clarín sonoro.

RUBÉN DARÍO.



"Pane lucrando"

El periodismo no es hoy un apostolado ni siquiera un culto. *Pane lucrando,* cualquiera de esos fracasados en el arte y en la lucha cuotidiana se prende como un náufrago á esa tabla salvadora que el destino puso á su alcance: la prensa, y arrógase fácilmente el título de periodista.

Yo no soy tan ingenuo para extrañarme de ello. Bien sé (de América hablo) que si existieron un Montalvo, un Juan Vicente González y un Martí, fué en épocas de más alto idealismo y honestidad que la actual en la que un grupo de mercaderes de sus conciencias, abroquelado tras el escudo de la ley, hace fuego contra la libertad, pretendiendo detener la corriente evolutiva que siguen todos los pueblos.

¡Oh, la prensa asalariada; antro de prostitución donde se corrompen todas las almas; donde se encubren todos los crímenes; donde todos los fracasados se dan cita!

Bien dijo Ibsen: «*Es inadmisible que los sabios martiricen los animales en nombre de la ciencia. Los médicos debieran servirse para sus experiencias de periodistas y políticos*».

PÉREZ Y CURIS.

El viejo de las gafas verdes

Para APOLO.

En uno de los barrios de Montevideo, llamado la Aguada, existe un gran establecimiento fabril que ocupa alrededor de 500 obreros. Don Fermín, el propietario, hombre viejo ya, tiene el rostro color mate, con pronunciadas arrugas, labios gruesos y un recargo en la papada que le dan el aspecto de un hombre en continuo eructo; bajo y barrigón; de mirada acusadora, como si la desconfianza hacia todo estuviera palpitante en su ser. Las gafas verdes que usa y su bigote, muy raro y grueso como cerda, dan á esta cara de bestia, un aire de repugnancia.

Sus operarios, á los cuales les paga lo menos posible, regañándoles hasta el último centésimo, le temen por su eterno mal humor y por su excesiva avaricia.

En su casa, don Fermin, controla las cuentas del gasto doméstico, discutiendo con su mujer y sus hijas todo centésimo que crea mal invertido. Odia las modas que le ocasionan un derroche inútil en el atavío de sus hijas; y grita contra las compañías teatrales que cobran precios fabulosos por los abonos, cuando en ellas se inscribe lo *chic* de la sociedad, y su mujer que mira por el porvenir de sus niñas le reclama el dinero para las localidades, puesto que en estas reuniones donde acuden los jóvenes de bien, existe la posibilidad de hallar novios para éstas. No puede conformarse que habiendo en su casa cuatro mujeres, haya que pagar una sirvienta para los quehaceres, que ellas bien podrían hacer sin sacrificar ese dinero inútilmente...

Hay en una de las calles apartadas de la ciudad, cierta casita conocida por el nombre de «Casa Rosada» por el hecho de hallarse pintado su frente de este color. Se reunen en ella todos los viejos adinerados y verdes, que asisten á desahogar toda la morbosidad de sus degeneraciones.

La Isidra, mujer entrada en años, gorda y grande como una vaca, les proporciona contínuamente niñas, de las cuales la mayoría no ha alcanzado aún los 15 años. Pero la Isidra, á pesar de su calidad de *madame* y sus años, sirve á algunos de los concurrentes que la consideran una maravillosa artista en la materia. Grandemente difícil, casi imposible puedo aseverar, resulta la entrada á esta casa de personas ajenas al círculo de estos viejos lascivos, y más aún siendo joven. Pero la Isidra, á quien conocí cierta noche de carnaval en un baile de máscaras que en el «Club X» se realizaba, tuvo la deferencia después de mucho insistir de permitirme la entrada á condición de quedarme recluído todo el tiempo que permaneciera en ella, en su dormitorio, desde el cual por medio de tres espejos colocados á ese efecto, podría dominar la sala sin ser visto por los que en ella se encontraran.

Un sábado, por ser este día el que más número afluía á la casita, me encaminé hacia ella, dando los golpes indicados de antemano para entrar sin ser visto. La Isidra, con su enorme corpulencia, caminando de espaldas á la sala, hizo imposible percibir mi llegada, pudiendo colarme oculto por

El Efebo

Tu cuello surge del seno como una torre de marfil. Oh efebo!; los bucles oscuros de tus cabellos, flotan sobre tu palidez, líquidos y más azules que la noche de ojos de oro con su traje de seda.

Entre las vestiduras negras, tus flancos puros y nerviosos, de los mármoles consagrados eternizan la gloria, y tu boca sangrienta es la tibia píxide en donde revive el perfume de las cremas fabulosas

Empero, tu lindo cuerpo de líneas rítmicas no calmará nunca el amor de las prometidas; tus grandes ojos, semejantes á gotas de mar, no bajarán nunca de sus cielos poéticos en los cuales sueñan, fraternalmente, los efebos antiguos con Narciso, gran corazón que murió de amarse.

LAURENT TAILHADE.

		Tomos
Ovidio	Las Heroidas	1
»	Las Metamórfosis	1
Floro	Hazañas romanas	1
Quintiliano	Instituciones oratorias	2
Quinto Curcio	Vida de Alejandro	2
Estacio	La Tebaida	2
Lucano	La Farsalia	2
Tito Livio	Décadas de la Historia Romana	7
Tertuliano	Apología contra los gentiles	1
Historia Augusta	(Historia Augusta)	3
Marcial y Fedro	Epigramas y fábulas	3
Terencio	Teatro completo	1
Apuleyo	El asno de oro	1
Plinio el Joven	Panegírico de Trajano y Cartas	2
Cornelio Nepote	Vidas de varones ilustres	2
Juvenal y Persio	Sátiras	1
Aulio Gelio	Las noches áticas	2
San Agustín	La Ciudad de Dios	4
Ammiano	Historia del Imperio Romano	2
Lucrecio	De la naturaleza de las cosas	1

Clásicos Españoles

		Tomos
Cervantes	Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso	2
»	Don Quijote de la Mancha	8
»	Teatro completo	3
Calderón de la Barca	Teatro Selecto	4
Hurtado de Mendoza	[illegible]ras en prosa	1
Quevedo	Obras satíricas y festivas	1
»	Obras políticas, históricas y críticas	2
»	Política de Dios	1
Quintana	Vidas de españoles célebres	2
Duque de Rivas	Sublevación de Nápoles	1
Alcalá Galiano	Recuerdos de un anciano	1
Manuel de Melo	Guerra de Cataluña	1
Antología	(Poetas Líricos)	12
Cristóbal Colón	Relaciones de sus viajes	1

Clásicos Ingleses

		Tomos
Macaulay	Estudios Literarios	1
»	Estudios Históricos	1
»	Estudios Políticos	1
»	Estudios Biográficos	1

		Tomos
»	Estudios Críticos	1
	Estudios de política y literatura	1
	Vidas de políticos ingleses	1
	Historia de la Revolución inglesa	4
	Historia del Reinado de Guillermo III	6
»	Discursos parlamentarios	1
Milton	El Paraíso perdido	2
Shakespeare	Teatro Selecto	8

Clásicos Italianos

		Tomo
Manzoni	Los Novios	1
»	La Moral Católica	1
»	Tragedias y poesías	2
Guicciardini	Historia de Italia	6
Maquiavelo	Obras históricas	2
»	Obras políticas	2
Benvenuto Cellini	Su Vida	2
Tasso	La Jerusalén libertada	2

Clásicos Alemanes

		Tomos
Schiller	Teatro completo	3
»	Poesías Líricas	2
Heine	Poemas y fantasías	1
»	Cuadros de Viaje	3
Goethe	Viaje á Italia	2
»	Teatro Selecto	2
Humboldt	Cristóbal Colón y el descubrimiento de América	2

Clásicos Franceses

		Tomos
Lamartine	Civilizadores y Conquistadores	2
Bossuet	Oraciones fúnebres	1

Clásicos Portugueses

		Tomos
Camoens	Los Lusiadas	1
	Poesías Selectas	1

APOLO

AÑO V

Número 45

Los Contemporáneos



Carlos Silva Vildósola

Director de *El Mercurio*, Santiago de Chile.

MONTEVIDEO — NOVIEMBRE DE 1910

Ediciones varias

Pompeyo Gener—Cosas de España	$ 1.00
Pompeyo Gener—Leyendas de amor	» 1.00
Vicente Medina—Poesía	» 1.00
Antonio Ledesma—La Nueva Salida de D. Quijote de la Mancha	» 0.90
Condesa de Pardo Bazán—Insolación (edición ilustrada)	» 1.00
Condesa de Pardo Bazán—Morriña (edición ilustrada)	» 1.00
Alejandro Larrubiera—Camino del Pecado	» 0.75
Upton Sinclair—Los envenenadores de Chicago	» 0.75
Manuel J. Sauri—Dios no existe	» 0.50
Matilde Serao—Historia de dos almas (novela)	» 0.45
José Asunción Silva—Poesías	» 0.50
José Antich—Andrógino (Poema en prosa)	» 1.00
J. M. Llanas Aquilaniedo—Pityusa (novela)	» 0.90
R. Rabelais—Gargantúa	» 0.90
J. M. de Pereda—La novela en el teatro	» 0.50
José Brisa—La Revolución de Julio en Barcelona	» 0.50
Francisco A. Sicardi—Libro extraño (2 tomos rústica)	» 1.80
Intimidades taurinas y El arte de torear de Ricardo Torres «Bombita» (1 tomo rústica)	» **0.90**
Eça de Queiroz—La ilustre casa de Ramírez (1 tomo rústica)	» 0.90
J. M.ª Gabriel y Galán—Obras completas (2 tomos rústica)	» 2.00
Federico García Sanchíz—Nuevo descubrimiento de Canarias (1 tomo rústica	» 0.75
J. Popper—El derecho á vivir y el deber de morir (1 tomo tela)	» 0.50
W. James—Fases del Sentimiento Religioso (3 tomos tela)	» 1.50
Campano ilustrado—Diccionario castellano enciclopédico (1 tomo tela)	» **1.00**

Obras de Luisa M. Alcott

CADA TOMO $ 0.50

	Tomos		Tomos
Las mujercitas	1	La Provincianita	1
Las mujercitas casadas	1	Los Hombrecitos	1

Obras de Valle Inclán (1)

Aromas de Leyenda; *versos en loor de un Santo Ermitaño*	1	tomo	$ 0.75
Historias de Amor (edición ilustrada)	1	»	» 1.15
Las Mieles del Rosal: *crónicas*	1	»	» 0.50

La Guerra Carlista:

I. Los Cruzados de la Causa	1	»	» 0.90
II. El Resplandor de la Hoguera	1	»	» 0.90
III. Gerifaltes de Antaño	1	»	» 0.90

(1) Ver las páginas 2 y 3 del presente catálogo.

Biblioteca Renacimiento

(Obras recomendadas por "Apolo")

La literatura francesa moderna —El romanticismo, por la Condesa de Pardo Bazán.

La *Biblioteca Renacimiento* acaba de poner á la venta un nuevo libro que seguramente causará sensación entre los amantes de la buena literatura. Titúlase La literatura francesa moderna—El romanticismo, y lo firma la Condesa de Pardo Bazán. Con esto bastaría para hacer su mejor elogio, pero debemos insistir acerca de la importancia excepcional del nuevo volumen por ser entre los de su ilustre autora uno de los más nutridos de ciencia crítica y sin duda ninguna el único español en donde se estudia con absoluto conocimiento de causa todo el movimiento literario francés desde Rousseau hasta Víctor Hugo. Este período es acaso el más floreciente de las letras francesas en los dos últimos siglos y preparó la producción posterior. Desde La cuestión palpitante no se han publicado en nuestro idioma páginas de crítica literaria tan abundantes en ciencia y tan pulcramente escritas como las que forman este tomo 37 de las obras de doña Emilia.

La misma *Biblioteca Renacimiento* ha puesto á la venta dos reediciones de la misma autora: Sus primorosos é interesantísimos Cuentos de amor y La quimera que es, sin disputa, la mejor novela de la Condesa de Pardo Bazán.

Obras escogidas, por Jacinto Benavente.

La *Biblioteca Renacimiento*, de Madrid, publica en tomo primorosamente editado las Obras escogidas, de Jacinto Benavente. Es ésta una publicación de notable oportunidad. Jacinto Benavente llega en este momento en su carrera artística á esa cumbre de consagración en qué las multitudes, siempre un poco tardías en lo de otorgar sanciones, se deciden á mirar al mérito cara á cara y con ojos de buena fe. Hace muchos años que Benavente es Benavente: como que van diez desde la representación de su maravillosa Comida de las fieras. Después de tanta lucha en favor del buen gusto y del arte sincero, ya no es extravagancia aplaudirle, sino casi obligación de ciudadanía admirarle. Cierto que están publicadas las Obras completas del ilustre autor de Los intereses creados: más aun cuando en sus fervores de arrepentimiento llegue la voluntad del público á grandes heroismos, el bolsillo es flaco y hasta docena y media de tomos son penitencia, si muy tentadora, demasiado cara. La *Biblioteca Renacimiento* resuelve el problema á los devotos pobres: aquí, en un volumen elegante, lujoso—no es lo mismo, caro lector, pero bien puede ir junto—con papel excelente y exquisita cubierta, va lo mejor de la obra total del muy admirado y admirable satírico y poeta. No ha sido labor fácil la selección, porque no son pocas las páginas maestras lo que faltan en ella. Se ha procurado y conseguido formar un á modo de mosaico, reuniendo obras completas que puntualicen cada una de las manifestaciones tan diversas y tan características del maestro. El autor de Lo cursi

Obras de Rubén Darío (1)

Cantos de vida y esperanza (1 tomo rústica)	$ 1.25
Viaje á Nicaragua (1 tomo rústica)	» 1.00
Obras escogidas (tomo 1.° rústica)	» 0.90
Obras escogidas (tomo 2.° rústica)	» 0.90
Obras escogidas (tomo 3.° rústica)	» 0.90
Prosas Profanas (1 tomo tela)	» 0.90
Peregrinaciones (1 tomo tela)	» 0.45
Los Raros (1 tomo rústica)	» 0.45
España Contemporánea (1 tomo tela)	» 1.00
La caravana pasa (1 tomo tela)	» 1.00
Tierras Solares (1 tomo rústica)	» 0.90

Obras de Vargas Vila

Á 0.25 CADA TOMO EN RÚSTICA, Y 0.45 EN TELA

	Tomos		Tomos
Aura ó las violetas	1	Flor del Fango	1
Copos de espuma	1	Las rosas de la tarde	1

Á 0.90 CADA TOMO—PASTA DE LUJO

	Tomos		Tomos
Páginas escogidas	1	Ibis	1
Alba roja	1	Laureles rojos	1
El Alma de los lirios	1	Prosas Laudes	1
Ars-Verba	1	La República Romana	1
El Camino del Triunfo	1	La Simiente	1
La Conquista de Bizancio	1	Los Parias	1
Los divinos y los humanos	1	Verbo de admonición y de combate	1
Flor del Fango	1		

Novelas de Eduardo Acevedo Díaz

Brenda	1	tomo	$ 1.50	Grito de Gloria	1	»	» 1.20
Ismael	1	»	» 1.20	Soledad	1	»	» 1.20
Nativa	1	»	» 1.50				

Obras de Samuel Smiles

0.90 CADA TOMO EN TELA

	Tomos		Tomos
El ahorro	1	Viaje de un muchacho alrededor del mundo	1
¡Ayúdate!	1	Vida y Trabajo	1
El Carácter	1	El Deber	1
Inventores é industriales	1		
Vida de Jorge Stephenson	1		

(1) Ver la página 3 del presente catálogo.

Los suicidas

Para **Apolo.**

Yo me explico el horror de los suicidas á la vida. La última cumbre de sus aspiraciones ha sido franqueada y después.... un gesto de metafísica abrumadora señalará á la Muerte como la única emperatriz conquistadora de las *finalidades ascendentes.*

Hamlet desde la infausta noche reveladora, ya nunca más oye la voz de Ofelia; la obsesión de venganza llena toda su vida.

Mientras describimos invariablemente la órbita de nuestro *trágico cotidiano,* el espíritu dilata enormemente el pensamiento de la vida y el *Yo* imaginativo, insosegable corre tras la cuádriga vertiginosa del Ensueño, porque va volcando rosas en su peregrinaje al infinito.

Sólo así concibo la existencia de los miserables; desde el crepúsculo eterno en que los ha sumergido su condición de humildes, á través de la negra noche de sus designios, ellos imaginan la torre de oro que guarda al poderoso y comprenden el reguero de estrellas que les brinda su Dios. (Finalidad inconsciente).

Y nosotros que describimos la órbita de un *trágico* que podríamos llamar *trágico perfeccionado,* rendimos homenaje á las mismas leyes y ofrendamos á los mismos dioses.

De esta manera ha planteado el sublime místico Maeterlinck su socialismo igualatorio, fundado en la psicología. Socialismo de conciencia, raro y profundo socialismo, por el que las acciones heroicas y las acciones banales se diferencian en la presencia ó en la ausencia del *yo trascendental.* Son círculos representando la vida con centros representando la ambición. «Le Trésor des Humbles», bello salmo de optimismo y de esperanza, es así como la encrucijada donde confunde destinos, la gloria épica y la existencia austera, la virtud, el silencio y el dolor.

Cuando mayor sea la inteligencia mayor será el área del círculo. Así tendremos el círculo del imbécil cuyo radio es el radio de su cabaña y el radio del círculo del sabio que se extiende al infinito. (Finalidad infinita).

Yo me explico el horror de los suicidas á la vida.

La última cumbre de sus aspiraciones ha sido franqueada y después.. un gesto de metafísica abrumadora señalará á la Muerte como la única emperatriz conquistadora de las finalidades ascendentes.

Ofelia cuando siente que la espina del desdén se ha clavado en su corazón se arroja á los abismos.

Los suicidas son los que han hecho con la finalidad consciente, la finalidad finita. (Se borran los círculos, pudieron ser idiotas como pudieron ser genios; puede ser infeliz el ignorante como el genio: el idiota preguntando para qué sirve su cabaña y el sabio preguntando qué es el Cosmos).

Carlos PITTAMIGLIO BUQUET.

Montevideo, Octubre 1910.

De Aurelio del Hebrón

Para Apolo

A UN REY MODERNO

Rey de la decadencia triste de los señores
altaneros y esquivos que eran dueños del mundo,
bien revela en tus ojos un cansancio profundo
que no eres tú de estirpe cruenta de forjadores.

Rey que estás bajo el árbitro de los legisladores
olvidando tu egregio despotismo rotundo
y has rendido con gesto fatal de moribundo
la espada centelleante de los dominadores:

yo te desprecio! engendro de esta vil democracia
burguesa; rey burócrata que has perdido la gracia
de reinar bajo el manto de los antiguos Reyes...

Suicídate! O esgrime con olímpica mano
la espada, y en un rapto de orgullo soberano
clávala sobre el Libro público de las leyes!

TU RISA

Tu risa tiene un sello de trágica fiereza
que exalta los sensuales misterios de la vida
y ha puesto en mi siringa de lírico panida
extrañas melodías que cantan su belleza.

Tú ríes con el gesto salvaje de franqueza
felina con que muestra su impaciencia homicida
la blanca dentadura de la fiera escondida
en la selva, teatro de su fatal destreza.

Tus instintos estallan con impulsos potentes
y es su signo esa risa que descubre tus dientes
de carnívora grácil, con astrales destellos...

Oh! yo adoro tus dientes de mortales blancuras,
y pienso en las sublimes y espantosas dulzuras
de sentirse mordido el corazón por ellos!

Periodistas Chilenos



CORNELIO SAAVEDRA MONTT.

Yo quisiera un verso...

Para APOLO.

Yo quisiera un verso todo hecho de
transparencias llenas de claror de luna
que hablase misterios y besase una
boca al fin de cada luminoso pie...

Y que fuese un verso, interminable, largo,
que nunca acabase para no llorar
el dolor tan hondo y ese gusto amargo
que se siente siempre después de gozar.

Yo quisiera un verso que me hablase esas
leyendas antiguas, de nobles marquesas
y de pajes rubios, que en la evocación
siguen aún viviendo. Lleno de armonía
yo quisiera un verso, claro como el día
Inquieto y vibrante como un corazón!

Julio J. CASAL.

La Paloma Azul

Para APOLO.

I

Suntuoso el gineceo
de las Musas de oriente
do hicieran el carnet
de un viaje en un fulgente
rayo de oro de Febo.
Manrique el argonauta
subió á la prora é hizo
el zig-zag de la pauta.
de una Paloma Azul.
Heros tronó su cuerno;
y el ritmo de tu verso
¡oh, Darío! fué tierno
al barco de Manrique;
en tanto que leía
Alfredo de Musset
sus versos á Lucía.

En coro las gaviotas
entonaron un salmo;
y crespadas las rotas
olas envolvieron en
copos de blancas larvas
(blancas larvas, tan blancas
como las blancas barbas
del viejo Víctor Hugo)
á la nave del loco.
¡Pobre loco!... Hizo Becquer
tu leyenda, ¡oh, loco
Manrique! que en pagano
culto, adora á la luna,
y ve siempre en sus rayos
la curvilínea de una
ninfa esbelta de Grecia,
ó una moza cristiana,
pues, Manrique es un bardo
de tierra castellana.

A la poetisa Delmira Agustini.

II

La sinuosa y pausada
curva deste volido,
que traza la Paloma
en el cielo florido,
escribe en letras de oro
la **Tierra Prometida**.
El carcaj está lleno;
cimbrando el arco moro,
los dardos con las puntas
de rubí y de topacio,
—como las hordas de Atilas—
huyen en el espacio...

. . . .

Y en sinuosa y pausada
curva, traza la pauta,
la Paloma de oriente
al gentil argonauta...

. . . .

. . . .

ENVÍO:

¡Oh, Palomas soñadas!...
Desde que el caballero
de la Triste Figura,
juró por tí en sus armas
en bíblica apostura,
persiguiendo tu pauta,
¡cuántos hacen el viaje
del gentil argonauta!

TRÍAS DU PRÉ.

1910.

Mi cuchillo

Para APOLO.

Tengo un viejo cuchillo lobero,
cuchillo de historia,
que al verlo mohoso no sé por qué infiero
que en antiguas edades de gloria
yo fuí su salvaje i audaz compañero.

Que los dos por las Islas nos fuimos,
de Castro a los Chonos,
rompiendo los bosques, hundiendo los limos,
i burlando del mar los enconos
triunfantes de todo los reyes nos vimos.

Me parece que aún lo tremola
mi mano siniestra,
que lo hundo hasta el mango, pelando en la ola
con el lobo que herido me muestra
sangrientos sus pechos, su vientre i su cola.

Que con él yo les quito la vida
a diez blancas focas
que vienen del Polo en fantástica huida,
que les rajo de un golpe las bocas
i senos al darles mi recia embestida.

Y que lanzo clamores salvajes
que el eco dilata;
yo el rei primitivo de aquellos parajes,
mientras pasa la gris cabalgata
del Austro que ruje sus rudos rendajes.

A. BÓRQUEZ-SOLAR.

Santiago de Chile.

El corazón negro

Erase un pobre corazón que estaba todo negro y al que nada podía tornar blanco.

En vano el pobre corazón les suplicaba á las palomas que dejaran caer al pasar sus alas sobre él; las palomas, enternecidas al escuchar sus súplicas, dejaron caer sus alas sobre él; pero el pobre corazón permanecía siempre negro.

Y en vano le imploraba á la luna que lo mirara durante largo tiempo: la luna lo miraba cuan do podía y el pobre corazón permanecía siempre negro. Y el agua

del arroyo lo lavaba, al propio tiempo que á las guijas del álveo; y la lluvia del cielo caía sobre él, como sobre los trigos, y el sol mismo sentía piedad de aquel pobre corazón negro.

Pero un día se acercó á él otro corazón que era feliz, puesto que era blanco, y tocó al corazón negro, y el corazón negro se rompió; pero antes de romperse se tornó todo blanco, y sus despojos eran cándidos como las propias plumas de las tórtolas.

Erase un pobre corazón que estaba todo negro y al que nada podía tornar blanco.

HELENA VACARESCU.

Alegrías dolorosas

Para mí las fiestas del carnaval son de una tristeza profunda, que está por sobre todas las frases hechas y por sobre todas las lágrimas que diluvian en las literaturas.

Yo veo la desolación más grande en esos momentos en que suenan infinitos cascabeles y vuelan infinitas serpentinas y un alarido inmenso desgarra las sedas de la tarde y los terciopelos de la noche.

Los cascabeles me dicen un pavoroso espectáculo de manicomio. Las serpentinas me fingen miles de víboras que se retuercen pcr los aires en una furia tremenda contra las pobres vidas enloquecidas. Y el alarido inmenso que desgarra sedas y terciopelos, es el propio dolor humano llevado al frenesí.

Las máscaras son más tristes mientras expresan mayores júbilos. Nada más desgarrador, en efecto, que esas faces de seda y de cartón convulsionadas de risas y llenas de gestos de comedia Puede que el que las lleve sobre su mísero rostro sea verdaderamente un ser feliz. La expresión grotesca de la felicidad me resulta más melancólica que la mayor desilusión.

Siempre ha sido costumbre en otros decir que el carnaval encierra y disimula todos los dolores. Porque siempre ha sido costumbre, á mí me pesa incurrir en idéntica exteriorización de impresiones.

Pero á pesar de todas las frases hechas y de todas las lágrimas que diluvian en las literaturas, es cierto que las fiestas de esos días funambulescos son de una tristeza profunda.

Y no quisiera hablar del almizcle espantoso que envenena la atmósfera; de las caras masculinas que surgen como oprobios por sobre los rasos llamativos de grotescos trajes de mujer; del espectáculo simiesco de cierta parte maldita de humanidad.

Desgraciada fiesta que viene tradicionalmente inspirando hechos y frases cursis! Desgraciada fiesta en la cual no hay más blancura que la de Pierrot eternamente blanco bajo la eterna harina de la luna!

CARLOS PAZ GARCÍA.

Los Clásicos del Amor

CADA TOMO $ 0.25

		Tomos
Voltaire	La Doncella	1
Casanova	Amores y Aventuras	1
Apuleyo	El Asno de oro	1
Longo	Dafnis y Cloe	1
Cuentistas Italianos	Obras Galantes	1
Bilitis	Las canciones eróticas	1

Colección Excelsior

A. Daudet—El Sitio de París	1	tomo	$ 0.45
H. de Balzac—Cuentos Droláticos, 1.ª serie	1	»	» 0.45
H. de Balzac—Cuentos Droláticos, 2.ª »	1	»	» 0.45
H. de Balzac—Cuentos Droláticos, 3.ª »	1	»	» 0.45
Jacques Souffrance—El Convento de Gomorra	1	»	» 0.45
Carlos Baudelaire—Pequeños poemas en prosa	1	»	» 0.45
Máximo Gorki—En la Cárcel	1	»	» 0.45
León Tolstoy—La Revolución en Rusia	1	»	» 0.25

Biblioteca La Argentina

0.20 CADA TOMO EN RÚSTICA

	Tomos
Hugh Conway—Misterio	1
Ch. Canivet—Hijo del mar	1
E. W. Hornung—Raffles	1
Victor Cherbuliez—El novio de la Señorita Saint Maur	1
Jorge Ohnet—Un antiguo rencor	1
Jorge Ohnet—Las batallas de la vida	2
Vladimiro Korolenko—El Desertor de Sajalin	1
A. Conan Doyle—Sable en mano	1
Adolfo Belot—El crimen de la calle de la Paz	1
Víctor Hugo—Bug Jargal	1
Octavio Feuillet—La novela de un joven pobre	1
Alberto Blest-Gana—La Fascinación	1

Obras de Ouida

CADA TOMO $ 0.25

	Tomos		Tomos
Bebé	1	La Condesa de Vassalis	1
La Princesa Xenia	1	El Secreto de Idalia	1
El Correo de la Reina	1	La Rodrigona	1
La Conspiradora	1	Los Malhechores	1

Obras de Guyau

Génesis de la idea de tiempo (1 tomo rústica)	$ 0.70
Los problemas de la estética contemporánea (1 tomo rústica)	» 1.00
» » » » » » (1 tomo pasta)	» 1.40
El arte desde el punto de vista sociológico (1 tomo rústica)	» 1.75
» » » » » » » (1 tomo pasta)	» 2.40
La irreligion del porvenir (1 tomo rústica)	» 1.75
» » » » (1 tomo pasta)	» 2.40
Esbozo de una moral sin obligación ni sanción (1 tomo rústica)	» 1.25
La educación y la herencia (1 tomo tela)	» 1.20

Obras de Julio Verne

0.25 CADA TOMO EN RÚSTICA

	Tomos
Veinte mil leguas de viaje submarino	2
Un capitán de quince años	2
La Jangada	1
Los hijos del capitán Grant	3
Norte contra Sur	2
De la Tierra á la Luna	1
Alrededor de la Luna	1
La Isla misteriosa	3
Un billete de lotería	1
Dos años de vacaciones	2
El Náufrago del Cyntia	1
Un descubrimiento prodigioso. El doctor Ox	1
Viaje al centro de la Tierra	1
Cinco semanas en Globo	1
La casa de vapor	2
Aventuras de un niño irlandés	2
Matías Sandorf	2
Clovis Dardentor	1
La vuelta al mundo	1
Familia sin nombre. Los primeros navíos mejicanos	2
Las tribulaciones de un chino en China	1
El camino de Francia	1
Claudio Bombarnac	1
La estrella del Sur	1
El Archipiélago de fuego	2
Keraban el testarudo	2
La esfinge de los hielos	2
El rayo verde	1
Aventuras de tres rusos y de tres ingleses	1
El Secreto de Maston. Un drama en los aires	1
Escuelas de los Robinsones	1
La Isla de Hélice	2
Las Fuentes del Orinoco	2
El País de las pieles	2

Novelas varias

Francisco Mastriani—La Ciega de Sorrento	1 tomo		$ 0.40
Andrés T. Gomensoro—Ensueño de Primavera	»	»	» 0.30
Alfredo Baccelli—El Triunfo	»	»	» 0.25
Carola—Rosas y Espinas	»	»	» 0.25
M. Maryan—Una deuda de honor	»	»	» 0.25
Oscar Metenier—La Cruz	»	»	» 0.25

es un satírico á quien sólo un irrompible lazo de buen gusto une con el poeta de LA NOCHE DEL SÁBADO, con el hondo investigador de psicologías de CARTAS DE MUJERES ó de LA CASA DE LA DICHA, con el miniaturista de AMOR DE AMAR, con el delicado escultor de FIGULINAS, con el maestro en sueños de TEATRO FANTÁSTICO. La filosofía de Jacinto Benavente es un pesimismo que pasa por todos los optimismos con altanería condescendiente. A diario suele dar á las multitudes el tónico de amargura que es necesario, pero envuelto en el azúcar de las fórmulas que más han de agradarle; es un sublime impostor archi-consciente. Tiene el secreto de todas las alquimias; conoce la vida y se conoce á sí mismo sobre todas las cosas; del amor que tenga ni á sí mismo ni á la vida, parécenos que habría no poco que hablar. En fin, estos son demasiado sentidos ocultos para una simple noticia bibliográfica. Apresuraos á comprar este libro, que bien lo merece: tal es de letra, de espíritu y de forma, que honra las más selectas bibliotecas. Tan en su sitio está sobre la mesa del pensador como en el cestillo de labor de la soñadora. Lectura para todos y arte para todos; filosofía para quien la busque y hermetismo para quien lo haya menester.

La Bruta, POR FELIPE TRIGO.

Acaba de ponerse á la venta la segunda edición de esta celebradísima novela de Felipe Trigo.

LA BRUTA, aparecida por primera vez apenas hace un año, ha tenido un éxito mundial. Distintos editores de países extranjeros apresuráronse á solicitar su traducción.

En efecto, no sólo por el problema pasional que entraña es interesante, humanamente interesante esta novela, sino también, y de un modo singular, porque (como consigna y advierte su subtítulo: *héroes de ahora*), estudia de un modo magistral é implacable ese falso espíritu de heroísmo que han derramado en los últimos años por la Europa las teorías de Nieztsche, ya un poco locas y egoístas por ellas mismas y mal interpretadas, sobre todo, por sus *prácticos admiradores*. Esto constituía una invasión que amenazaba convertirse rápidamente en plaga de locura, y, cuando menos en España, el ilustre novelista ha contribuído con su libro á cortarla de raíz.

LA BRUTA, aparte de este estudio de ambiente, tan hábilmente realizado que, siendo tal vez su principal objeto, apenas se ve en el libro, no es en la superficie sino la amenísima historia triste de una pobre mujer enamorada. Sus páginas están llenas por el sagaz proceso psicológico en virtud del cual, Aurea, una joven de gran corazón é inteligencia, de profundísima honradez, pero caída en ese mundo del arte y de los falsos héroes, es convertida en brutal cosa despreciable—y justamente cuando ella lo sacrifica todo á la idealización de sí misma—por la bestialidad y la egoísta indignidad del ambiente y de los hombres.

Esta segunda edición de LA BRUTA, está perfectamente presentada por la Casa Editorial de Madrid, Prieto y Compañía.

Teatro español contemporáneo, POR MANUEL BUENO.

Libro interesante por todo extremo. Leyéndole, se tiene idea clara y completa de lo que es contemporáneamente el arte dramático español. Manuel Bueno, el ilustre escritor bien conocido como hombre de extensa cultura, de espíritu original y de juicio inde-

pendiente hasta en sus simpáticos apasionamientos, hace en él una historia amplia é intensa de la producción teatral de nuestros días. Su labor crítica tiene jugosa amenidad de producción propia; nada de secas elaboraciones, sino juicios personales y hondamente humanos; ni aun cuando discute la *mecánica* de una vulgar comedia, se olvida Manuel Bueno de que está viviendo: y esa es la característica de su obra y el secreto de la irresistible simpatía que de toda ella trasciende. Dijérase que tiene este hombre la inteligencia en carne viva, ó acaso que el corazón, ni más ni menos que un vino generoso, *se le ha subido á la cabeza.*

El libro, repetimos, es interesante, ameno, jugoso, ligero, profundo. La información abundante y concienzuda va envuelta, no sólo en primores de estilo y sales de ingenio, sino en carne y sangre de doctrina. Manuel Bueno posee ó profesa una filosofía individualista oportunista que con empaque de revolucionaria, tiene toda la solidez del sentido común más empapado en lógica. Todo su eterno canto á la juventud es conciencia de fuerza, ni más ni menos. Todas sus paradojas—al menos por tales las tiene el *vulgo necio*—son sencillamente ingenuidad, en el más alto sentido de la palabra, digamos valor para mirar cara á cara y sin susto la realidad *real* de cosas y sentimientos. *Cuanto existe se justifica con sólo existir.* De esta seguridad se desprenden afirmaciones que bien pueden sonar á blasfemia en oídos cobardes y acostumbrados á las seculares mentiras. Por eso no falta quien se asuste oyendo hablar al autor de TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO, que es esto; un libro fuerte, sincero y de espíritu. Y además, agradable de leer como la más emocionante novela.

César ó nada, POR PÍO BAROJA. Pío Baroja ha hecho una novela entretenida y burlona acerca de una cuestión tan seria y transcendental como la cuestión religiosa.

La primera parte de este libro admirable transcurre en Roma, y desfilan por sus páginas tipos pintorescos y divertidos dibujados al pasar por el insigne autor.

La segunda parte de la novela tiene por fondo un pueblo castellano adusto y severo al cual el protagonista del libro trata de liberalizar.

Este intento de liberalización en el pueblo oscuro y rutinario constituye el núcleo de la última novela de Pío Baroja.

(*Boletín Bibliográfico*).

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Evocación Pagana, POR ANGEL FUENMAYOR.—Maracaibo (Venezuela); **Su Magestad el hambre,** POR ERNESTO HERRERA.—Montevideo; **César ó nada,** POR PÍO BAROJA.—Madrid.

NUEVO CANJE

La Vida—*Buenos Aires*

Acusamos recibo del número 1 de este periódico semanal de crítica, arte y sociología. Agradecemos la reproducción que hace de la poesía *Virgen hispánica,* del Director de APOLO.

APOLO

ANO V

Número 46

EGO

I

Yo soy un insondable soñador y un hermético,
Pero no á la manera de los bardos triviales
Y frívolos que juzgan sus acciones geniales
E ideal la extravagancia de su vivir poético.

Hay en mi libro de horas, descarnado y sintético,
Himnos á la divina Verdad y á los ideales
Del luchador que forja bellezas inmortales
Y el soñador que lucha, convencido y frenético

Hoy que el poeta rinde culto á la apostasía
Y homenaje á esos legos, encumbrados señores,
Yo, solo, como el último proletario que ansía

Vivir de sus esfuerzos, lucho entre dos horrores:
¡La ambición de los líricos cortesanos del día
Y el afán de los necios que les arrojan flores!

II

Rebelde á la mundana vanagloria y al rito
Imperial de los émulos de Longin y Aristarco,
Solo y sin mezquindades yo conduzco mi barco
De ensueños y quimeras en pos de lo infinito.

La fórmula de « todo por el arte » es un mito
Y aquel que la sustenta revuélcase en el charco.
La esclavitud no cabe de mi vida en el marco;
Yo amo más el poema vivido que el escrito.

Es más pura y más noble la conciencia de un mozo
De cordel, dueño único de su propio albedrío,
Que la de tanto artista que, fingiendo un sollozo

Conmovedor, evoca su libertad perdida.
¡La libertad y el arte, como la fe y el brío,
Acrisolan el alma y ennoblecen la vida!

PÉREZ Y CURIS.

MONTEVIDEO — DICIEMBRE DE 1910

Bibliográficas

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

César ó nada, POR PÍO BAROJA.—*V. Prieto y C.ª, editores.—Madrid.*

El autor de PARADOX REY acaba de conquistar otro triunfo legítimo. Leed, sino, su última novela CÉSAR Ó NADA en la que un rebelde por temperamento presenta al desnudo tipos disímiles de complicada psicología y gestos contradictorios. Un espíritu burlón retoza en esas páginas con saludable desenfado y un amplio concepto de la humanidad revela todo el libro. Maravilla el talento de Baroja por lo sintético y definitivo. Con sólo una frase pinta á un personaje, y á las veces, un gesto de éste, sólo uno, descrito por aquel formidable novelador basta para descubrir su alma y su idiosincrasia.

Tendenciosa y revolucionaria es la novela CÉSAR Ó NADA. Su protagonista intenta emancipar de los prejuicios religiosos á uno de esos pueblos castellanos tan apegados al dogma y tan refractarios á cuanto implique no ya un cambio radical sino la más leve reforma en su organización social. Tal intento narrado magistralmente por Pío Baroja paréceme una verdadera epopeya.

Las descripciones que ilustran CÉSAR Ó NADA son admirables por su sobriedad y absoluto verismo.

Ars-Verba, POR VARGAS VILA.—*Librería de Bouret.—París.*

Tal libro presenta otra de las modalidades del ilustre escritor colombiano: la elocuencia. ARS-VERBA es una recopilación de los discursos que Vargas Vila pronunció en su romería por algunos países de América y Europa donde se le tributó el caluroso aplauso de la admiración y se rindió homenaje á su talento.

Obra de arte por excelencia, no obstante los gestos rebeldes que se esbozan en muchas de sus páginas, ARS-VERBA significa un momento de tregua en la encarnizada lucha que desde hace varios lustros viene sosteniendo el soberbio sagitario contra los tiranos de América y su secuela de cortesanos empedernidos.

Tregua aparente... El carácter de Vargas Vila jamás podrá retirarse de la lucha. Por eso en todos sus libros, aun en aquellos que guardan alguna serenidad, surge, entre radiantes imágenes, su garra de luchador indomeñable, pronta al zarpazo que intenta destrozar la testa de la tiranía.

PÉREZ Y CURIS.

La Muerte del Cisne

El reputado novelista y escritor señor Carlos Reyles nos ha enviado su último libro LA MUERTE DEL CISNE, editado por la casa Ollendorff, de París. En nuestro próximo número nos ocuparemos de él, estudiando, aun cuando sea someramente, la personalidad pensante de tan ilustre escritor.

El Vampiro

De Tegucigalpa (Honduras) hemos recibido la novela EL VAMPIRO del delicado escritor y poeta Froilán Turcios, ya conocido de los lectores de APOLO.

En nuestro número próximo también daremos nuestra opinión sobre esa última obra del poeta hondureño.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:	Redacción y Administración:
LUIS PÉREZ	TREINTA Y TRES, 72

AÑO V — Montevideo, Diciembre de 1910 — N.° 46

El Artista

El artista ideal es aquel que reúne en una misma obra y con mayor intensidad esos atributos de la estética que se llaman sentido plástico y sentimiento poético.

Todo artista persigue esa conjunción tan difícil de alcanzar. Todos los cultivadores del arte quisieran ser creadores y de la noble lucha en que empeñan sus facultades resulta que unos se imponen por la idea; por la forma otros y los menos por ambas.

En poesía no existe hoy el taumaturgo divino que domeñe por igual, llegando al sumo grado de perfección posible, concepto y forma. El genio poético desaparece poco á poco. El culto de la tradición, unas veces, y otras el afán de ganar prosélitos, desvían de su ruta al poeta y cohiben su pensamiento. De ahí el mal de las escuelas á cuyas normas él se somete menoscabando su talento en una cristalización prematura y por desgracia definitiva. Un artista en perenne evolución es siempre un innovador que no pone límite á su talento; sus modalidades varían á menudo y aunque la idea que él sustente sea siempre la misma su arte es multicolor.

Pero aun logrando esa conjunción estética de que he hablado, el artista ideal ama sobre todo el sentimiento poético que perdura.

PÉREZ Y CURIS.

FLOR BENDITA

Para **Apolo.**

Cojo esta rosa del solar.—Galana
ofrenda os hace de ella el corazón.—
(¡Mirad, qué roja está y es de pasión,
por vuestros ojos, esta flor toscana!)

Flor que nació en Abril una mañana,
y naciera, al nacer, en la prisión,
donde han postrado mis fervores, con
las bendiciones de una buena hermana.

Flor que ha nacido para hablar de amores
á vuestros ojos, que por ser traidores
ocultan la frialdad de una estocada.

Flor que ha nacido para flor bendita...
y aunque os la ofrecen mirará marchita
porque ha nacido para ser amada.

1910. TRÍAS DU PRÉ.

SI TU SUPIERAS...

Si tú supieras con qué premura
todo el tesoro de su ternura
te ofrece el alma! ¡Qué triste está!
cuando á mi lado pasas esquiva
con el orgullo de reina altiva
que despertando pasiones vá!

Si tú supieras cuánto medito
puestos los ojos en lo infinito
de mi angustiosa desolación!
Cuánto me encantas y me enajenas
mientras descienden todas mis penas
á lo más hondo del corazón!

Cuando de lejos sigo tu paso,
puestos los ojos en el ocaso
de una esperanza que muere en él,
pienso que toda la vida diera
si en un instante besar pudiera
tu boca dulce como la miel.

Pienso—y en tristes dudas me pierdo—
que es inhumano que en el recuerdo
tan sólo á voces se pueda amar,
porque en la saña cruel de tu dolo
con mis deseos me dejas solo,
muriendo á fuerza de suspirar.

Ven; no desoigas el ruego mío,
porque padezco tan cruel hastío
que sin tus besos muero de esplín;
ven, y en tus labios la sed vencida,
ya sin objeto mi inútil vida,
entre tus brazos encuentre el fin!

José VIANA.

SOL BLANCO

Ayer cuando en el templo
el venerable párroco
te dió la comunión, yo te veía
desde un rincón sagrado...
Y nunca un sol más níveo
tuvo más rojo ocaso
que aquel sol del espíritu—la hostia—
al desaparecer tras de tus labios.

Julio FLÓREZ.

Los camellos

Lo triste es así...

PETER ALTEMBERG.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
á grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge;
y en sus marchitos ojos que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca del Esfinge.

Dijeron las Pirámides que el viejo Sol rescalda:
«Amamos la fatiga con inquietud secreta»...
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura;
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquísimo enjambre,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
qne amáis pulir el dáctilo al són de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡oh camellos de la llanura vasta,
que vais llevando á cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡novios de la palmera casta!
¡sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la humanidad redime.

Se pierde ya á lo lejos la errante caravana
dejándome — camello que cabalgó el Excidio... —
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy á mi labio exausta, y aguardaré paciente
hasta que, suelta en hilos de mística dulzura,
refresque las entrañas del lírico doliente;

y si á mi lado cruza la sorda muchedumbre,
mientras el vago fondo de sus pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

Guillermo VALENCIA.

Periodistas chilenos



HERACLIO FERNÁNDEZ

Ojos grises

Fúlgidos ojos extraños
de metálicos matices,
divinos ojos castaños;
haced mis horas felices.

Yo ví el valor de los años,
yo ví remotos países,
pero no ví en mis antaños
la luz de tus ojos grises.

Hoy esa luz ilumina
mi senda trágica y bruna
donde tu sombra camina.

Ojos con lumbre de luna,
que tenéis los míos presos,
he de cerraros en una
noche, al calor de mis besos.

FROILÁN TURCIOS.

El frío de la tarde

En mitad del camino que forman dos hileras de sauces y que costea, ondulando, la orilla del riachuelo, á veinte pasos del pueblucho que recorta sobre la barranca la línea complicada de sus tejados contra el fondo purpúreo del cielo de la tarde. Personajes, un viejo cargado de años y de penas que se apoya en un nudoso y fornido bastón de viaje, y dos ancianas ladinas que han salido á distraer sus nietos, haciéndoles contemplar las imágenes invertidas que refleja el agua.

Un hálito de tranquilidad envuelve y dulcifica todas las cosas, del mismo modo que la luz rosada de la tarde las hace risueñas. Se oyen, suavizadas por la distancia, voces de campesinos que suben á la sierra; los golpes mesurados del martillo de la herrería y la conversación melodiosa del agua que se dispone á velar el desfile de las horas nocturnas; una paloma se queja con voz de mujer, y los grillos alternan bajo la hierba sus agudas canciones. Por un camino distante que baja reptando al poblado, se ve pasar una procesión de campesinos que descienden lentamente.

Dice una de las abuelas:

—Ves? Magdalena? Allá van á enterrar á Dolores la novia de Antuco. Una linda muchacha muerta en hora mala. Ya es la segunda... ¿Recuerdas? Mal año éste para mozas casaderas...

—Malos años todos y siempre; buen año éste para las muchachas con novio.

—A tristezas de olvido prefiero el descanso bajo las rosas y los mirtos...

—¿Por qué dices eso? Juntas vimos la desesperación de aquel mozo que enviudó sin casarse; juntas le vimos cubrir á la difunta de ramas florecidas, como para impedir que la tierra hedionda manchara la palidez de aquella carne muerta. Además ha trasplantado al cementerio todos esos lirios rojos de la montaña que se abren por la tardecita como lagrimones de sangre que llorara el sol moribundo; y en las noches de luna han llegado á sorprenderlo, acodado en el bardal musgoso, esperando algo que ni él mismo habrá logrado explicarse...

—Por eso prefiero la muerte... Estas muchachas que desaparecen en el alborear de la pubescencia, dejan grabado su recuerdo de una manera borrosa, pero indeleble; dijérase un girón de neblina que se pone á danzar en el alma, que á ratos se compacta y toma una vaguedad encantadora de formas corpóreas, y á veces se disuelve, se disuelve sin extinguirse nunca.

Callan poco rato, y una de las abuelas nota la presencia del anciano, y pregunta:

—¿Quién es aquel señor que allí mira tan fijamente nuestras casitas?

—No lo sé, por mis días, responde la otra. Pero adivino que ha hecho una buena jornada, porque trae mucho polvo y parece cansado. ¿Ves? Ha llevado el pañuelo á los ojos.

Se acercan. Es un bravo capitán que arrima la nave de su cuerpo á la costa ineluctable; las espumas del mar de la vida blanquean en su cabeza; la transpa-

rencia glauca del piélago se ha quedado á hacer misteriosas sus pupilas; su barba de patriarca le llega hasta el ombligo.

—Buen señor...

Y sentados en el tronco de un árbol que derribaron las tormentas, cadáver enjuto y bien oliente á quien las gramíneas tratan de dar una sepultura verde, echándole por encima sus tallos jugosos, departen los tres como viejos camaradas; entre tanto los niños sobre las rodillas de las abuelas se están quietos con los ojos alelados.

—En mi pueblo, cuenta el anciano, tuve una novia, una muchacha hija de un hortelano que decía quererme mucho, pero que amaba más á su padre, puesto que le siguió el consejo de no dar su mano á un hombre sin fortuna. «Vete—me dijo una vez—y ve si en otros lugares logras con qué comprar ese pedazo de tierra de cultivo que exigen por única condición para darme á tí». Recuerdo su voz temblorosa de persona que hace de tripas corazón para dictarse una sentencia. Recostada á la pared de su huerto, con las manos envueltas en el delantal recogido á la altura del seno, lloraba en silencio, y el cielo de aquel Noviembre nubloso también lagrimeaba sobre nosotros una llovizna fría y menuda que enfangaba el suelo. «Que no tardes y me escribas mucho; ya verás cuando vuelvas cómo seremos felices; padre no exige imposibles: un pedazo de tierra de labor para que no nos coma la miseria...»

—Tal vez no le escribirías, insinúa con voz muy débil una de las abuelitas.

—¿Para qué? Yo confiaba en regresar á los pocos meses haciendo cascabelear en mi bolsa muchas monedas de oro, y olvidé que conmigo viajaría la infelicidad. Sufrí mucho, padecí demasiado, y al fin se cerró en mi corazón ese huequecito en donde anida la ventura. Hoy... tras de tantos años, vuelvo á mi tierra, sólo á buscar un rincón de paz donde son polvo los huesos de los que me engendraron. Magdalena... Magdalena habrá muerto...

Una de las abuelitas se siente mala, se levanta y se va con su muchachito de la mano. La otra la sigue.

—Adiós, buen señor; si entráis al poblado en mi casa hallaréis cama y cena.

En la luminosidad de la tarde, que ha tomado un vivo color de naranja, el río, lamiendo la barranca negra, brilla con brillo metálico. Los sauces cabecean lentamente y se besan con rumoreo pasional. Las dos ancianas se alejan dejando marcadas en el polvo las huellas de sus pasos, como las cuentas de un rosario de tristezas rezando en silencio.

—¿Por qué lloras? ¿Te duele su abandono?

—Sí me duele...

E inclinándose al oido de su compañera, muy quedo, como para evitar que la escuchen los niños que llevan de la mano.

—Yo soy esa Magdalena—le dice—¿no habías comprendido?

LUIS TABLANCA.



Las muchachas

Yendo hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta, bajo los árboles floridos como ramajes nupciales, yendo hacia la ciudad en donde el suelo de las plazas vibra, en la noche azul y rosa, con silencio de danzas fatigadas, encontramos á las muchachas de la llanura que venían á la fuente, que venían anhelantes mientras nosotros pasábamos.

La dulzura del cielo claro vivía en sus ojos tristes, los pájaros de la mañana cantaban en sus voces dulces (oh, tan dulces con sus ojos de buen augurio y tan tiernas con sus voces de palomas indicadoras!) Ellas se sentaron para vernos, tristes y castas y sus manos juntas parecían guardar sus corazones en jaulas... Nosotros vamos hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta, bajo los árboles floridos, para buscar novias—oh campanas de alegría en el silencio de las plazas! las campanas tiemblan como flores que se mecen.

Henri REGNIER.

De "El poema de los besos"

Baladas de los estados de alma

II

Sobre mi mesa de caoba
Yacen los búcaros vacíos.

Hoy no han dejado
Mis heliotropos favoritos
En la oquedad de aquesos búcaros
Su perfume desvanecido.

La soledad de mi aposento,
Otrora llena de un prestigio
De aroma, es hoy cual inodoro
Y humilde páramo maldito.

Sólo, filtrando sus clarores
Por los cristales conmovidos,
Besa la luna mi faz pálida
Donde refléjase el hastío.

Fuera, las ráfagas del viento
Han deshojado un eucalipto
Cada una de cuyas hojas
Sacrificadas lleva un ritmo
De desconsuelo hasta que expira
Cabe las márgenes del río.

¡Oh, artista dulce y peregrina
Cultivadora del espíritu!
Pon en los búcaros, mañana,
Mis heliotropos favoritos,
Que en su fragancia anegar quiero
Mi ensoñación y mi lirismo.

¿No sabes, jardinera,
Que el corazón del heliotropo late al unísono del mío?

III

Llora el violín en la noche
Y es un ruiseñor enfermo.

¿Qué artística mano arranca
Su melancólico acento,
Tan hondo como un latido,
Tan dulce como el ensueño?

¿Qué espíritu idealizado
Da á sus módulos el treno
De las almas taciturnas
En donde duerme el deseo?

* * *

—Sigue llorando en la noche,
¡Pobre ruiseñor enfermo!

Tu lloro que es un poema
De amor ha encontrado eco
En mi psiquis agobiada
Por los nublos del invierno.

Hermano mío es quien dice
Contigo su sentimiento;
Divinas son esas manos
Que juegan con tus misterios.

. . . .

El eco se fué apagando
Lentamente, y el silencio
Volvió á poblar doloroso
El corazón del invierno.

PÉREZ Y CURIS.

La loba parda

Oid un viejo romance de la sierra.

Yo lo escuché, de labios de un zagal, una tarde de invierno brumosa y triste. Cuenta el romance añejas andanzas de pastores y lobos, y por sus versos corren ráfagas invernales; sólo lo ilumina y templa la esperanza tenue de una primavera riente y fecunda. Evoca su ritmo el paraje desolado y agreste. Envuelto en el encanto del misterio, tiene el candor infantil de las antiguas leyendas: dialogan pastor y lobo, y á los requerimientos de la fiera hambrienta replica el hombre con montaraz jactancia.

Fué en el rigor de la invernada. La nieve que cayera en la noche había borrado los senderos; yo caminaba aterido bajo el cielo nevoso; temblequeaba dentro de mi capotón recio, con el rostro encendido por el azote de la ventisca. Era la jornada áspera y dura. Resbalando en la nieve, mil veces me perdiera en su monótona blancura sin embocar el puerto. Hube de bordear las asperezas de roquedal bravío, y, traspuesta la cumbre, atravesé los piornos abatidos al peso del nevazo; luego crucé un retamar; más tarde me acogió la cándida fronda de un pinar centenario.

En el silencio de la montaña, una esquila tintineó melancólica. La vereda perdíase en un calvero. Un pastor salió al camino.

Era mozo; bajo su manta, jironeada por el uso, asomaba el zamarro; zahones renegridos y lustrosos resguardaban sus piernas de la humedad serrana; mugrienta boina protegía sus greñas.

—¿Queda mucho para el pueblo?

—Poco, señor.

—¿Me perderé en el camino?

—Desde la salida del pinar no tiene pierde.

—¿Quieres acompañarme?

Nada dijo. Fijó un momento en mí la indiferencia de sus pupilas claras, y comenzó á caminar por entre los pinos, monte abajo.

Soplaba furioso el cierzo, y la nevisca, que antes cayera pausada y lenta, tornóse alegre y danzarina. Declinaba la tarde, y la voz del zagal, clara y vibrante, rasgó su helado silencio:

Las cabrillas van muy altas,
la luna va arrebatada,
las ovejas de un cornudo
no paran en la majada.
Estando el pastor en vela
vió venir la loba parda.
—Llega, llega, loba parda;
no tendrás mala llegada
con mis siete cachorrillos
y mi perra truquillana
y mi perro el de los hierros,
que sólo para tí bastan.—
—Ni tus siete cachorrillos
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros,
no valen para mí nada.
Entró y sacó una borrega,
hija de una oveja blanca,
que la tenían mis amos
PA *la mañana de Pascua .*
—Aquí, siete cachorrillos;
aquí, perra truquillana
aquí, perro el de los hierros,
á correr la loba parda.—
Siete leguas la han corrido
por unas grandes montañas,
y siete la han arrastrado
por unas veredas llanas.
Al subir un cotarrito

y al bajar una cotarra,
salió el pastor al encuentro
con un cuchillo sin vaina.
—Pastorcillo, no me mates,
por Dios y la Virgen santa,
que diré á mis compañeros
que no vuelvan á tu piara.
—Siete pellejitas tengo
para hacer una zamarra;
con la tuya serán ocho
PA *acabarla de aforrarla.*
Las patas para manguitos,
las orejas PA *polainas,*
y el rabo para agujetas
para coserme las bragas;
y en caso que sobre algo
PA *hacer un mandil* PA *el ama.*

Calló el pastor. Y el cierzo gemebundo arrastró en sus ondas de hielo la última cadencia del romance serrano.

—¿Quién te enseñó el romance?

—Mi padre.

—¿Lo inventó él?

—No, señor; mi padre se lo oyó á mi abuelo.

—¿Era pastor tu abuelo?

—Lo mismo que padre.

Habíase perdido en el espacio el último verso y aún escuchaba su ritmo. Era el romance que los pastores viejos cantaban en los hatos, allá en las noches largas, para alejar del corazón de los zagales el miedo del lobo.

Hubo un silencio. El pastor caminaba ligero, sin que sus abarcas dejasen huella en la crujiente nieve. Al coronar una loma paróse en firme y con su brazo señaló una dirección. Allí estaba el pueblo. Su caserío tiritaba bajo el manto de la nevasca; sólo indicaba su existencia la torre de la iglesia y el humo que lento ascendía de sus hogares.

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señor.

—Pues adiós, Juan; ya nos veremos.

Tornóse el pastor al hato, y yo, animoso, me aventuré en la senda que ondulaba en el robledo. Bien entrada la noche llegué á la aldea.

Después de un largo caminar sobre la nieve, ¿quién no ha sentido la voluptuosidad exquisita de la posada en el pueblecillo de la sierra?

En el zaguán obscuro sacudís, como matojo en primavera, los copos que blanquean vuestro capote; demandáis sitio en torno del fuego, y mientras la moza os escancia el retozón vinillo de la tierra, escucháis de labios de un serrano viejo los fríos fabulosos de las invernadas de antaño.

¡Antes eran las nevadas más fuertes y los lobos más feroces!

Llaman á la puerta, y un nuevo caminante reclama puesto en el hogar.

Es un baratillero que recorre los pueblos de la serranía. Viene de Canencia, y, dentro de su anguarina parda, farfulla que los negocios están malos, que la nieve cierra los puertos y dificulta los caminos del valle, que cada madrugada alumbra nuevas fechorías de los lobos hambrientos.

Un trago del pardillo de Escopete ahoga las quejas.

Y de tiempo en tiempo el cierzo silba, y los cristales tembleguean, y cae el hollín en la brasa, y un copo que penetra por la chimenea, enorme y solitario, se evapora en la cresta de las llamas rojizas. Y antes que el silbo se extinga y se evapore el copo, el viejo pastor dice con ademán solemne:

—Este, este es el lobo que mata nuestros corderos.

Y yo adormezco junto á la lumbre, mientras el viento simula aullidos y la brasa finge el fos-

forescer de las pupilas de la loba parda.

. . . .

. . . .

Vuelvo á la sierra en primavera y recorro el camino del invierno.

Zarandeados por los vientos marzales, los piornos han sacudido su carga de nieve; lloran los pinos sus invernales rigores, y el sol no tiene fuerza bastante para enjugar su lagrimeo.

En el pinar alcanzo á unos pastores que bajan á la aldea. Es la Pascua, y llevan cruzados sobre sus hombros los corderos que han de sacrificarse.

Pregunto por Juan, y me dicen que Juan ha muerto de frío.

Bajó una tarde á la aldea y no tornó al hato. Retuviéronle hasta la noche el amor de la moza y el amor de la lumbre. Intentó subir luego, y, por ser la niebla espesa y la ventisca fuerte, no acertó el camino.

—Allí le encontramos—dice el más anciano de los pastores,—junto á los pastizales, al pie los canchos, á la vera de aquel *boyizo*. Y su brazo indica el agrio declive de un barranco, en cuyo fondo, mugiendo, salta un torrente espumoso.

Caminamos en silencio. Al terminar el robledo, en la primera y suave ondulación del monte, asoma el pueblo su albo caserío, envuelto en los últimos jirones de la niebla azulada. El agua en las caceras ríe bullidora y salpica sus espumas á las márgenes, florecidas de margaritas blancas. Vestidas de fiesta, circulan por las callejas las mozas, y brillan al sol sus pañuelos rameados y sus zagalejos de colores vivos.

Y mientras el valle en su lozanía se alboroza, refugiado en las altas cumbres el enemigo del pastor, el lobo del invierno, enarca su blanco lomo, que se destaca del azul de un cielo castellano.

Y parece que, envuelto en los aromas de la brisa abrileña, flota irónico el ondulante ritmo del viejo romance serrano:

Ni tus siete cachorrillos,
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros
no valen para mí nada.

Y las campanas voltean jocundas. Y los hombres, para celebrar la Pascua, sacrifican los cabritos más tiernos de sus rebaños: los que no devoraron los lobos durante las largas noches de ventisca y hielo, en las rabiosas hambres invernizas.

ENRIQUE DE MESA.

LO QUE YO TE DARÍA

Un castillo de blancas azucenas
donde una mano leve
coloque entre armonías y rumores
rocío trasparente;
un rayo misterioso de la luna
empapado en el éter;
un eco de las arpas que resuenan
y el corazón conmueven;
un beso de un querube en tus mejillas,
algo apacible y leve,
y escrita sobre la hoja de albo lirio
una rima de Bécquer.

RUBÉN DARÍO.

Nápoles

Bacante poseída de embriaguez infinita,
Bajo el beso del Sol, eternamente rubio,
Del agua eternamente azul al suave efluvio,
Nápoles danza, Nápoles ríe, Nápoles grita.

En vano al horizonte como una ara maldita,
Siniestra espiral de humo rojo lanza el Vesubio,
El mar sereno y límpido, bajo el áureo diluvio
Del Sol, en una eterna fiesta de luz se agita.

Desde los verdiclaros jardines de la playa
Y el pintoresco y loco viejo barrio de Chiaia
Con sus rejas floridas que äire azul engríe,

Hasta el monte en que albea su vetusto castillo
Y sus cincuenta iglesias llenas de falso brillo,
Nápoles canta, Nápoles grita, Nápoles ríe.

Francisco CONTRERAS.

RETROSPECTIVA

Para APOLO.

Ataviada de sedas ondulantes
en medio de la sala, presidías,
un coro de oficiosos elegantes
expertos en mundanas cortesías.

Por todos adulada, recogías
mil frases cortesanas y galantes,
cuando calmando las angustias mías,
permaneciste sola unos instantes.

Con la inocencia de un incauto chico,
te balbucí mi gran pasión secreta,
y usando una crueldad que no me explico

en mis ingenuidades de poeta,
sonreíste detrás del abanico
con la frivolidad de una coqueta.

JOSÉ VIAÑA.

AL TRAVÉS DE LOS AÑOS

Para APOLO.

Era blanca, tan blanca como el lino
mi frágil vestidura de ilusiones,
vestidura que en míseros girones
me tornaran las zarzas del camino.

Por eso á la ciudad de donde un día
me alejé melancólico y sañudo,
hoy regreso, tras larga romería,
decepcionado, sin calor, desnudo.

Todo está como ayer, y sin embargo,
yo no sé... mas encuentro un tinte amargo
en todo... hasta en las aves y en las flores.

Y bajo la desgracia en que me pierdo
ahogo, resignado, mi recuerdo
en el agua, lustral de mis dolores.

F. RESTREPO GÓMEZ.

Periodistas chilenos



MISAEL CORREA

(Director de «El Diario Ilustrado»)

Inmortal

Morían las luces de la tarde
En el cristal de tu ventana:
Y sus fulgores temblorosos
Al despedirse acariciaban
Tu cabellera color de oro
Que, en ondas rubias, sepultaba
El alabastro de tu seno
Y el níveo mármol de tu espalda.
¡Qué embriagador era el perfume
Que las gardenias exhalaban!
¡Qué deslumbrante tu blancura
Y qué amorosas tus miradas!

. . . .

Si en el océano del olvido
Todo recuerdo al fin naufraga:
Si la luz muere y se marchitan
En el jarrón las rosas blancas.
¿Por qué en mi boca se estremecen
Todos los besos que me dabas,
Y no se borra en mi memoria
Este recuerdo que me embriaga?

EDUARDO ROSALES SÁENZ.

La Embarcación á Citeres

Corta el mar la barca de marfil pulido:
mascarón de proa fórmale un cupido
que, esforzadamente, sopla un caracol.
Diez remos plateados, á un solo chasquido,
parecen diez alas abiertas al Sol.

A veces, reposan los remos en coro;
y, al trémulo halago de un viento sonoro
que riza la espuma del líquido tul,
recorta la vela de púrpura y oro
su triángulo sobre la túnica azul.

En popa, cercada de blandos cojines,
la Reina ve absorta los vastos confines
con una mirada que vaga al azar;
y, en gesto tedioso de mudos esplines,
un brazo desnudo descuelga en el mar...

Esclavas etiopes prorrumpen en una
fantástica loa de amor y fortuna.
¡Oh diálogo alado de flauta y violín!
Las cañas se llenan de arrullos de cuna,
los arcos vibrantes sacuden la crín.

¿A dónde la barca? Quizás es á un rico
ducado, á un celeste País de abanico,
adonde dirige su vuelo de azor...
Un alba paloma le trae en el pico
un ramo de dulces naranjas en flor.

La Reina ha fletado su barca á Citeres:
entre olas de ensueños, isla de placeres;
y su barca luce marca de Watteau...
¡Oh amada! si en ella lugar no me dieres,
detrás de tu barca nadando iré yo!

José SANTOS CHOCANO.

Opiniones

Dejar que las abejas del espíritu, busquen mieles en las remembranzas del pasado, es un signo de impotencia.

—

La paradoja y la palabra profunda es propia de sabios y de necios...

—

Un ladrón honrado, no roba mil pesos... Se estafaríaá sí mismo.

—

Cuando un filósofo es buen psicólogo, puede permitírsele que haga literatura.

—

La decadencia empieza donde termina la confianza en el mañana.

—

Cuando riñáis con un bellaco, encareced mucho sus cualidades morales: así le humillaréis.

—

La libertad no se posee. Se vive en el afán de alcanzarla.

—

No conocemos la verdad. Ella es la vida: nosotros en la naturaleza somos parte.

—

En el hombre el descontento, es la iniciación del degenerado.

—

Nada tan zarandeado como la juventud. Es campo al que confían la fructificación de las semillas los nobles y los malvados...

—

Hasta mirando al porvenir somos egoístas. Y es que el egoísmo es un instinto, resultado de todas las manifestaciones fisiológicas: por lo tanto bueno y noble...

Admitir la Ciencia fuera de nosotros, es no quererla.

—

La insolencia, es la torpeza molestada.

—

Victor Hugo es la imaginación con visos de profundidad. Zola un héroe de tragedia épica, pero murió...

—

Tengo un amigo, á quien por su manera de afirmar y negar simultáneamente llaman incongruente. No lo merece. Es simplemente un caso de ¿velocidad mental? Habla y ya al hacerlo parte, seguramente, de una base negativa, y afirma; mas á tiempo que sigue afirmando, ya en su cerebro ha habido infinidad de trasmutaciones psíquicas. Tantas que le conducen á la negación... y niega.

—

Aplacad la furia de vuestros látigos. Los *periodistas,* no merecen el rencor incendiado de los Dioses: El odio.

El Periodismo en el orden de los valores, no es un eficiente que marque un punto. Apenas si es un resultado...

—

La música buena, es una bruja amable.

—

Desconfiad de los oradores que explotan el símbolo. Tan pronto cantan á Dios como maldicen al Diablo.

—

El derecho de todos es un principio democrático. Y la Democracia... ¡Ay, que dolor de hígado!...

Delio MORALES.

NUEVOS LIBROS RECIBIDOS

(DE LA LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF — PARÍS)

A punto largo, POR AMÉRICO LUGO; **Del Romanticismo al Modernismo,** POR VENTURA GARCÍA CALDERÓN; **Horas de Estudio,** POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA; **Para América—Desde España,** POR ADOLFO POSADA; **La muerte de Philoe,** POR PIERRE LOTI.

Las ediciones de la Librería Ollendorff son de buen gusto editorial. Por las publicadas últimamente, vemos que dicha casa pone empeño en enriquecer su biblioteca de libros castellanos procurando conseguir obras de los escritores que más se destacan hoy en la península y en América.

Ayer fueron *Pedro César Dominici, Manuel Ugarte, Ramiro Blanco, José S. Chocano, Rufino Blanco Fombona, Luis Bonafoux, Amado Nervo, Cristóbal de Castro, F. García Calderón*; hoy son *Manuel Díaz Rodríguez, Américo Lugo, Pedro Henríquez Ureña, Carlos Reyles, E. Rodríguez Mendoza,* los que responden á los deseos de aquella casa editorial que, con la **Biblioteca Renacimiento,** de Madrid, representa el mayor esfuerzo que puede hacerse en beneficio de las letras hispanoamericanas.

Biblioteca Renacimiento

(V. Prieto y Cía., editores — Madrid)

La **Biblioteca Renacimiento** ha publicado y anuncia nuevas obras de *Pío Baroja, Jacinto Benavente, Joaquín Belda, Manuel Bueno, Concha Espina, Alberto Insúa, Ricardo León, Rafael López de Haro, J. López Pinillos, Eduardo Marquina, G. Martínez Sierra, Condesa de Pardo Bazán, Felipe Trigo, Miguel de Unamuno, Francisco Villaespesa, Eduardo Zamacois.*

Próximamente editará obras inéditas de *Francisco Acebal, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, Azorín, Bernardo G. de Candamo, Rafael Domenech, Joaquín Dicenta, Andrés González Blanco, Juan R. Jiménez, Ramiro de Maeztú, Enrique de Mesa, Ramón Pérez de Ayala, Pedro de Répide, Santiago Rusiñol, Víctor Said Armesto.*

Imprenta La Rural, de Miguel y Fco. Ramos, calle Florida números 84 y 92a

Varios de la Colección Ollendorff

De Saint-Víctor (Paul)	Las dos carátulas— Contiene: Tomo 1.º Esquilo; Tomo 2.º Sofocles, Eurípides, Aristófanes; Tomo 3.º Shakespeare, El Teatro Moderno . . . . . . 3 tomos $ 2.70
De Fleury (D. Maurice)	Para llegar á viejos 1 tomo $ 0.85
Lemaitre (Jules)	Al margen de los libros viejos. . . 1 » » 0.90
Vibert (J. S.)	La ciencia de la pintura . . . . . 1 » » 0.75

Biblioteca de utilidad práctica
Colección de obras manuales de Economía doméstica, Industrias, Ciencias aplicadas, etc.

PRECIO DE CADA TOMO, EN TELA: $ 1.20

		Tomos
André (Emilio)	Manual de esgrima (florete, espada y sable)	1
» »	Manual práctico de pugilato (lucha de box, esgrima del bastón y del palo)	1
Bedel (A.)	Tratado teórico práctico de la fabricación de cerveza	1
» »	Tratado completo de manipulación de los vinos	1
» »	Tratado práctico para la fabricación de licores y vinos espiritosos artificiales	1
Bellanger (Camilo)	El pintor. Manual de pintura al alcance de todos	1
Carvallo (J.)	Elementos de higiene privada	1
Dessault (Marcel)	Tratado práctico de corte y hechura de trajes para hombres y niños	1
Durand	El cocinero de las familias. Tratado completo de cocina y repostería	1
Fleury (Paul)	Nuevo tratado de pintura industrial, adorno y decorado	1
Guedrón (Mauricio)	Manual metódico del tintorero saca-manchas	1
Gouillon (A. F.)	Método práctico para la fabricación de tintas, betunes, gomas en frío y lacre	1
Husson (Francisco)	Manual del cerrajero	1

Biblioteca Renacimiento

(Obras recomendadas por «APOLO»)

Nuevo descubrimiento de Canarias, por Federico García Sanchiz.

Bajo este título, el espíritu ameno y agudo de Federico García Sanchiz ha reunido sus impresiones de un largo y prolijo viaje á las islas Canarias. Al contrario que en la mayoría de los casos, este libro no es una ditirámbica alabanza al país descrito. García Sanchiz, con palabras de [illegible], lo dice al comenzar: «Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño». Fué el joven y exquisito literato á Canarias creyendo en las mil y una bellas mentiras que del archipiélago atlántico se cuentan. Sus ilusiones fracasaron al encontrarse con que Canarias es una tierra pobre, triste, perezosa, estéril. En galana y plástica prosa, pinta Sanchiz sus múltiples desencantos.

Pero hay más. García Sanchiz nos descubre un grave, un gravísimo peligro de las islas Canarias: acusa al archipiélago de separatista, documenta su denuncia y señala elocuentemente su vehemencia de levantisco. En una simple nota bibliográfica no se puede, no se debe tratar asunto de tanto interés. Del libro de García Sanchiz se desprende una desconfianza en la eficacia de su denuncia, basándose en cómo fueron desoídos los buenos patriotas que avisaron y profetizaron el levantamiento de Cuba y Filipinas. Obra de civismo será mostrar cuánto España ha cambiado en este punto. Todos deben leer Nuevo descubrimiento de Canarias, libro sincero, original, único en su género, y que desmiente otros que aun lucen en los escaparates y que se hicieron solamente para corresponder á favores políticos. Federico García Sanchiz pertenece á esa España del porvenir entusiasta, desinteresada y regeneradora. Repetimos que todos deben estudiar su libro, y no será un enojoso deber, sino un placentero gusto, la lectura de Nuevo descubrimiento de Canarias, escrito como está con poderosa vena del ingenio y la poesía, y en un castellano de una riqueza y una armonía peregrinas.

Iluminaciones en la sombra, por Alejandro Sawa.

La *Biblioteca Renacimiento* acaba de rendir un justo homenaje á la memoria de Alejandro Sawa, con la publicación de su libro póstumo Iluminaciones en la sombra.

Este libro admirable es el dietario de aquel alma, que se diría elegida por la Belleza y el Dolor para nido de sus amores, á la vez delicados y trágicos. Sawa fué escribiendo hasta el último momento de su vida, y en esas páginas que tienen una caliente intimidad, están sus penas y alegrías, sus [illegible] de [illegible] y el [illegible] de sus [illegible], todo dicho y expresado á la manera [illegible] interior de la [illegible] y con [illegible] sinceridad absoluta de la idea y el sentimiento que no [illegible] más [illegible] que el de sí propio.

Iluminaciones en la sombra lleva un magnífico prólogo de Rubén Darío, gran amigo de Alejandro Sawa.

De ese trabajo son las siguientes líneas en que la figura singular de éste queda retratada singularmente: «Era un gran señor, aunque no se que nunca haya [illegible] las [illegible]. Con su [illegible] y sus gestos pudo haber imperado por las [illegible]; pero aquel romántico [illegible] no representó sino la [illegible] [illegible] de su vida. Primero, galán joven, [illegible] de amor y ambiciones, rico de sus bellos ojos conquistadores, [illegible] de su voluntad de triunfar, con dos cosas que no suelen andar juntas en el mundo: una firme, otra ligera y superficial, [illegible]. Luego, [illegible] á la segunda de la vejez, fué hasta trágico; que como en el verso del Hugo que admirara en su juventud, fué ciego como Homero y como Belisario, engañado por el destino, pobre pudiendo haber sido rico, [illegible], ya tarde el tiempo, perdido para la dicha y para la [illegible] de los días postreros.»

Todo espíritu moderno hallará [illegible] analogías entre sus [illegible] y las que palpitan en Iluminaciones en la sombra. He aquí el mejor elogio de este libro raro y precioso.

Sirena (Novela), por Rafael López de Haro.

La nueva novela de Rafael López de Haro, Sirena, es un notable acontecimiento literario que habrá de motivar apasionadas discusiones. No se podía esperar de este autor una obra semejante. López de Haro, en Sirena, supera á sí mismo. Sin perder ni olvidar aquella [illegible] de vida que le hizo triunfar con sus otras populares narraciones, en ésta se acentúan y profundizan los sondeos del alma femenina con tan asombroso acierto que llegan á deslumbrar al lector.

Los personajes de Sirena han nacido para vivir eternamente: serán figuras familiares al público, como la Beatriz del Dante y la Teresa de Espronceda. Pocas veces, sólo en geniales momentos, se ha llegado á crear seres imaginarios tan hermosos como Sirena. No habrá mujer que no la envidie ni hombre que no la ame. Sirena es una divinidad.

		Tomos
Hendoux (León)........................	Tratado práctico de molienda y panificación....................	1
Krebs (León).............................	Fabricación de licores y bebidas económicas	1
» »	El libro de las familias. Tratado práctico de economía doméstica	1
Iches (Lucien)...........................	La abeja doméstica. Tratado práctico de apicultura.........	1
Lebrun (Renaud)........................	Manual práctico de equitación	1
Larbalétrier (Alberto).................	Los animales de corral. Cría de las gallinas, de los pavos, de los gansos, de los pichones, etc.	1
» »	Tratado práctico de manipulación de la leche, crema, manteca y queso	
» »	Tratado práctico de jabonería y perfumería. Manual razonado del tocador.................	1
Mauron Paul y Broquelet (A.)...	Tratado completo del arte litográfico	1
Niewenglowski (G. H.)..............	Tratado Elemental de fotografía práctica..........................	1
Poussard y Caillard.....................	Tratado de carpintería. Nociones de geometría y de arquitectura	2
Prieto y Villareal (Emilio).........	Manual de Topografía. Lecciones sumarias para el levantamiento rápido de planos......	1
Ribera Gómez (Dr. Emilio).	Manual sobre los árboles frutales (escrito especialmente para América)....................	1
Santini (E.)..............................	El Caballo. Tratado completo de Hipología. Estudio del caballo y su educación. Seguido de un curso de equitación para ginetes y amazonas	1
Saunier (Claudio).......................	Manual del relojero y colección de procedimientos usados en la relojería..............	1
Sauzat (M.)	Manual del zapatero. Tratado práctico de corte y confección del zapato.......	1
Steiner (Ch.)............................	Tratado práctico de la fabricación de aguardientes por medio de la destilación...........	1

		Tomos
Soulier (Alfredo)	Las grandes aplicaciones de la electricidad	1
» »	Tratado práctico de máquinas dinamo-eléctricas	1
» »	Tratado práctico de electricidad	1
Tramar (Condesa de)	La moda y la elegancia	1
» »	La mujer y el hogar. Guía moderna de la Señora en su casa y en la Sociedad	1
Valessert (Augusto)	Cría y aprovechamiento del cerdo. Salchichería	1
Villiers (H.) y Larbalétrier (A.)	Tratado práctico de medicina veterinaria	1
Weber (Ern.)	Sports Atléticos	1

Obras de Juan R. Jiménez

CADA UNA CONSTA DE I TOMO

Las hojas verdes	$ 0.50	Elegías lamentables	$ 0.50
Elegías Puras	» 0.50	Baladas de Primavera	» 0.50
Elegías intermedias	» 0.50	Ninfeas	» 1.25

Biblioteca internacional de Psicología experimental normal y patológica

OBRAS DE I TOMO, EN RÚSTICA—CADA UNA $ 1.00

Claparede	La asociación de las ideas.
Cuyer	La Mímica.
Dugas	La imaginación.
Duprat	La moral (Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional).
Grasset	El hipnotismo y la sugestión.
Malapert	El carácter.
Marchand	El gusto.
Marie (Dr. A.)	La Demencia.
Nuel	La Visión.
Paulhan	La Voluntad.
[illegible]sbury	La atención.
Pitres y Régis	Las obsesiones y los impulsos.
Sergi	Las emociones.
Toulouse, Vaschide y Pieron	Técnica de psicología experimental (Examen de sujetos).
Van Biervliet	La memoria.
[illegible]igouroux y Juquelier	El contagio mental.
Woodworth	El movimiento.

Ediciones varias

CADA UNA CONSTA DE 1 TOMO

Ricardo Gil	El último libro (poesías)	$ 0.50
L. Sacher-Masoch	La Venus de las pieles	» 0.70
Luis Coloma	Boy	» 0.90
Brantôme	Las Damas Galantes	» 0.30
Salvador Rueda	Lenguas de Fuego (poesías)	» 0.50
» »	Trompetas de órgano	» 0.50
» »	Fuente de Salud	» 0.50
» »	En la vendimia	» 0.10
» »	El patio andaluz (prosas)	» 0.50
» »	La Cópula (novela)	» 0.75
Oscar Wilde	La Casa de las Granadas	» 0.50
Eduardo Zamacois	Noches satánicas	» 0.50
Emilio Ferriere	La vida y el alma	» 1.00
Rodolfo Senet	Las Estoglosias	» 0.70
Emilio Carrère	El Caballero de la Muerte	» 0.75
» »	Románticas	» 0.25
Eduardo Marquina	Vendimión (poema)	» 0.90
» »	Las Vendimias (poema)	» 0.80
A. D. Xenopol	Teoría de la Historia	» 1.75
Rosendo Castells	Croniquillas y Recuerdos	» 0.75
Manuel Machado	Alma — Museo — Los cantares	» 0.75
Antonio Machado	Soledades—Galerías—Otros Poemas	» 0.75
Pedro de Répide	La enamorada indiscreta	» 0.75
» » »	Las canciones de la sombra	» 0.75
» » »	Los cohetes de la Verbena (novela)	» 0.75
Arturo Reyes	Cielo azul (novela andaluza)	» 0.75
M. Martínez Barrionuevo	El sacrilegio de Sor Adoración (novela)	» 0.90
Enrique Díez-Canedo	Versos de las horas	» 0.50
» » »	Del cercado ajeno	» 0.50
» » »	La visita del sol	» 0.50
Hugo Münsterberg	La psicología y el maestro	» 0.90
Andrés González Blanco	Salvador Rueda y Rubén Darío	» 0.90

Luis Taboada—Los Ridículos (edición ilustrada)	1 tomo		» 0.90
A. Martínez Olmedilla—Siervo y Tirano (novela)	1	»	» 0.75
Luciano de Polignac—El arte de descasarse	1	»	» 0.25
W. Fernández Florez—La tristeza de la Paz (Biblioteca de Escritores Gallegos)	1	»	» 0.50
Juan Mas y Pi—Canciones de la vida	1	»	» 0.25
A. Delpit—¡Desaparecido!	1	»	» 0.30
Royd Laynard—Secretos de belleza, salud y longevidad	1	»	» 0.30
Antonio Casero—Los Castizos (Poesías madrileñas)	1	»	» 0.90



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI Montevideo, Marzo de 1911 N.º 49

DE MI ENSUEÑO...

Para APOLO

I

A la hora en que enciende Aladino
De su lámpara el áureo mechero;
A la hora en que brota en la mente
La flor del recuerdo;
A la luz de la llama, que brilla
Como el ojo de un tigre en acecho,
Mientras blancas miriadas de estrellas
Tachonan el cielo;
En el diáfano tul de vapores
Que, serpeando, se elevan al techo
De la estancia en que alquimia sus filtros
Un mago hechicero ;
Al mirar las aéreas figuras
Que evocara el conjuro del Genio :
He creído que tú eras el Hada
Y yo, era el Negro ;
El esclavo que besa la fimbria
De tu veste de nítidos velos,
Que argentea en la nube azulada
Del àureo mechero.

II

Y á la hora en que surgen las sombras
Concitadas por un sortilegio,
En la incierta penumbra que deja
El tenue reflejo
De la lámpara en cálida alcoba
Perfumada con mirra é incienso,
Cuyo aroma enervante el ambiente
Caldea, saliendo
Al través la rejuela calada
De la arquilla de los pebeteros ;
En la blanca espiral de su humo
Balsámico y denso
Por un hilo de encanto, invisible,
Suspendidos con hondo misterio :
El fantástico dúo encarnamos
Del Hada y del Genio :
Tú, la virgen de cuerpo divino,
Yo el etíope de cárdenos belfos;
Tú la diosa que esplende en el ara,
Y yo, el sahumerio.

III

Burilada en el ágata rosa
De la piedra que es mi amuleto,
Medallón con cadena de oro
Prendido á mi cuello,
Tu figura de blanco relieve
Es venera que guardo en mi pecho,
Bella imagen hialina esculpida
En un camafeo.
De esa joya preciosa, que tiene
Por emblema tu busto soberbio,
Es divina leyenda tu nombre
Grabado en su exergo.
En el blanco alquicel que lo envuelve
El beduino que cruza el desierto,
Bajo el sol que lo quema, destaca
Su rostro más negro.
Al contrario : tu busto alabastro
Aun más blanco parece en mi pecho,
Que han quemado con llama de amores
Tus ojos de fuego.

IV

De la sangre de torva Medusa,
Muerta á manos del héroe Perseo,
Que dió muerte á la fiera gorgona
Mediante un espejo.
Brotó alado el caballo Pegaso
Que á los aires remonta su vuelo
Remedando del hombre el altivo,
Audaz pensamiento.
Como al golpe del casco del hijo
De Helicona brotara en el suelo
El raudal de Hipocrene, la fuente
Sonora del estro :
Así, al golpe de luz de tus ojos
Que, tan claros, remedan un cielo
Con sus iris cobalto, que irradian
Fulgor de luceros,
Ha brotado la lumbre ardorosa
Que ilumina mi obscuro cerebro,
Y tú eres la musa inspirada
Que llevo aquí dentro.

ADRIANO M. AGUIAR.

Bibliografía

Acabo de leer un libro de grandes proyecciones sobre nuestro continente y nuestra raza. Me refiero á EL PORVENIR DE LA AMÉRICA LATINA, de Manuel Ugarte.

Con ese sano optimismo que campea en todas sus obras de carácter sociológico, expone Ugarte múltiples consideraciones acerca del presente y el porvenir de los países lantinoamericanos, remontándose, para ello, á la época de la conquista; hace la psicología del tipo aborigen y discurre sobre la fusión de razas, fusión de la que más tarde había de depender (y aun depende) la existencia de estos pueblos jóvenes que marchan paulatinamente camino de la desaparición.

La primera parte del libro está dedicada al estudio de *La raza*; al de *La integridad territorial y moral* la segunda, y la tercera al de *La organización interior*.

Dice Ugarte en el brillante prólogo de su libro «aquí sólo hay ensayos y sondajes para un trabajo más hondo, que alguien emprenderá acaso algún día.» No obstante eso la obra del escritor argentino, que es un bello retoño de su robusta mentalidad, merece las más fervorosas loas por la sinceridad y el sentimiento de raza que anima todas sus páginas.

Nuestras guerras civiles y la apatía y carencia de aptitudes que pesan sobre nuestra raza hubieran merecido en el libro de Ugarte un capítulo extensísimo. Las primeras son el más poderoso factor de retroceso; las últimas, el germen de tal factor.

Aquí, y como aquí en los demás países de América, los ciudadanos y, especialmente los intelectuales, hacen gala de su falta de aptitudes para las luchas de la vida y de su poco amor á la libertad.

Hace días discutía el que subscribe con Angel Falco, el cantor revolucionario, y éste, exasperado por la intransigencia de aquél en cuestiones de ética personal, dijo con desparpajo *que la libertad la conquista el hombre que tiene los testículos bien puestos*. No le extrañó al autor de estas líneas tal manifestación. El sabe que Falco, poco experimentado y sin mayores nociones de la vida, pues aun *no ha vivido*, no se encuentra en condiciones de apreciar los sacrificios que impone la libertad antes de ser conquistada, y discurro, por lo tanto, platónicamente.

Y como el bardo precitado muchos son en América (intelectuales y simples vivientes) los que piensan de tal modo acerca de la libertad.

Y esa carencia de aptitudes de que he hablado es, precisamente, una de las principales barreras que se oponen al avance de la raza latina que los yankees humillan á cada paso. Si no fuera por el imperialismo de éstos, que tantos odios provoca, yo no hablaría de rivalidad de razas como no hablo de fronteras que para mí no existen.

Ugarte ha hecho obra de síntesis y, por lo tanto, muchos puntos de vista no han sido tratados por él sino someramente. De modo que no me mueve ni remotamente el afán de reprocharle; antes bien: aplaudo con simpatía y sin reservas de ninguna clase su paciente labor de sociólogo y la vastedad de su criterio abierto á las más

nobles manifestaciones de la vida.

EL PORVENIR DE LA AMÉRICA LATINA dará lugar á que se publiquen otros libros de su índole que tanta falta hacen en España y en América. Ugarte ha lanzado el primer grito de alerta. Y ese grito salvador encontrará eco en las conciencias libres.

———

Un poeta de alto vuelo cuyas estrofas dicen originalidad y exquisito buen gusto: Enrique Díez-Canedo, acaba de reunir en un volumen titulado IMÁGENES una bella colección de sus versiones poéticas. Diez-Canedo es un excelente poeta y, como tal, ha interpretado sabiamente los sentimientos de esos altos poetas cuyas rimas ha traducido. Hay en IMÁGENES versiones de Ronsard, Marlowe, Raleigh y otros entre los vates antiguos, y entre los del siglo pasado, de Hugo, Gautier, Baudelaire, Banville, Verlaine, Moréas, Samain, De Regnier, Francis Jammes, Paul Fort, Carducci. D' Annunzio, Swinburne, Walt Withman, A. de Quental, Bilac, etc.

La fluidez de esas versiones, unida al arte delicado del autor de VERSOS DE LAS HORAS, es límpida y maravillosa. Muchos guijarros se oponen al avance del poeta en los campos de la traducción, pero Díez-Canedo, con la poesía de su huerto interior y sus facultades esteticas harto disciplinadas, ha logrado sobreponerse á todo, haciendo una bella selección poética en la cual la intensidad del sentimiento responde al espíritu del poeta que ha cultivado con cariño los jardines de sus hermanos.

———

Alfredo Gómez Jaime se reveló poeta en su libro RIMAS DEL TRÓPICO, editado en Madrid. Su poema EL ENIGMA DE LA SELVA, que acabo de leer, significa un nuevo triunfo para el joven bardo colombiano. Poema objetivo, dulce é ingenuo como una leyenda antigua y exornado de suntuosos paisajes pintados con naturalidad, todo en él habla entusiásticamente del artista que lo ha concebido. Gómez Jaime, dominador del ritmo y amable cultivador de la forma, ha reunido en su poema belleza y amenidad, dentro de esa variedad métrica que ostentan sus otros libros. La poesía contemporánea se caracteriza por su tendencia á la síntesis. El poema precitado no es sintético, pero su autor le ha infundido tal aliento emocional que cada una de sus estrofas deleita y cautiva al lector.

PÉREZ Y CURIS.

"Por jardines ajenos"

En el próximo número publicaremos el prólogo del libro POR JARDINES AJENOS, de Pérez y Curis, que está imprimiendo actualmente la casa F. Granada y C.ª de Barcelona. Dicho prólogo confirma de nuevo la sinceridad de su autor en medio á la hipocresía que hoy gastan ciertos escritores.

De la España gloriosa

Un recuerdo á Bécquer

Para Arolo.

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, los saladísimos escritores sevillanos que tanta gloria dan al teatro español contemporáneo, han tenido la feliz ocurrencia de iniciar una suscripción para erigir un monumento á Gustavo Adolfo Bécquer, el exquisito poeta de las *Rimas*, monumento que habrá de levantarse en uno de los jardines de la risueña ciudad del Betis.

¡Bien hayan los poetas que han recordado al Maestro, y alabados sean todos los que lleguen á contribuir á la pía obra que da lugar á un florecimiento de bellas añoranzas románticas evocando la melancólica figura del amado Gustavo Adolfo!

En el más blanco mármol y labrado por manos de artista que haya padecido del mal de amar, el busto del trovador, colocado en los jardines del Alcázar, porque en ellos hubo amores de reyes y amores de humildes, casi escondido entre madreselvas, jazmines y mimosas, será como una imagen que mereciera el homenaje de peregrinos inflamados en santa devoción, los cuales vendrían de luengas tierras para decir ante el mármol todos sus dolores y toda su fe.

¡Cuántos dolidos del corazón, pálidos y sonrientes, un poco desilusionados, al llegar los maravillosos crepúsculos de la primavera arribarán á la mágica ciudad sevillana y ante la estatua del amado cantor pedirán curación para su mal y creerán en Dios porque sobre su alma sientan la lufluencia de aquellas palabras excelsas:

Hoy la tierra y los cielos me sonríen!

. . . .
. . . .

Por estos pobres caminantes enfermos del terrible mal del desengaño; por los hermanos poetas que dejaron en las zarzas del amor sus delicadas carnes, llagándose para siempre; por los que cegaron de tanto mirar el lejano azul de la esperanza hemos de desear que cuanto antes se levante en honor de Gustavo Adolfo ese busto que tantas veces habrá de recibir la ofrenda de unas rosas de thé,—las flores de los tristes,—ó de unas violetas marchitas, que acaso estuvieron sobre el seno de una muy amada mujer.

Acudid á la suscripción todos los que hayais sentido la punzada del desencanto en lo florido de vuestra juventud; y recordad que con el poeta dijisteis la salmodia de vuestra angustia en la dulzura de estos versos:

Volverán las oscuras golondrinas

...Porque bien merece el óbolo de todos los sensibles, para recuerdo eterno, el hombre á quien recurrimos en nuestros años de alborada para que llorase con su lira la tristura de nuestra esperanza ida dejándonos al mismo tiempo una grata emoción de consuelo.

Bécquer vive en el recuerdo de toda la juventud latina, aunque no le rindamos el ferviente culto que mereció en aquella gloriosa época del romanticismo, cuando todo era amor, y lances guerreros en defensa de las damas, y madrigales floridos trovados en las misteriosas rejas de las encantadoras

hembras españolas. A veces, cuando hablamos de nuestros poetas, encontramos que en los nuevos hay hijos espirituales de algunos de nuestros más inolvidables cantores; pero al buscar el sucesor de Gustavo Adolfo nos quedamos perplejos y confesamos dolidos: — ¡Aquel Bécquer!... No, no tiene a quien compararse; fué Príncipe de su tiempo y aun ocupa, después de muerto, el mismo lugar.

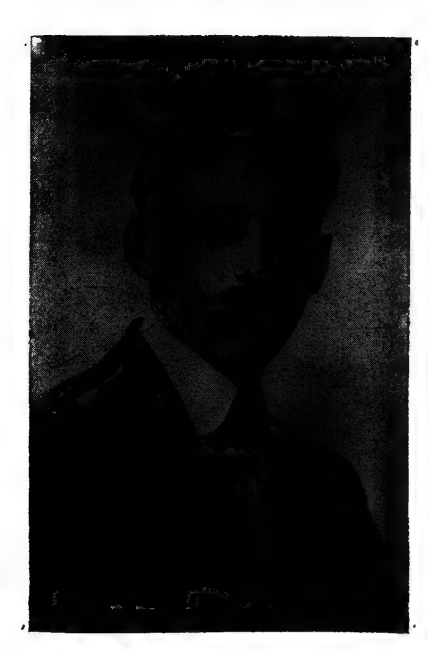
Y es imposible hablar de nuestros exquisitos sin recitar cualquiera de las maravillosas rimas del gran sevillano, que fué capitan de enamorados y padeció todas las pasiones.

Los autores de la deliciosa comedia *El Amor que pasa,* encantador poema de la vida provinciana, merecen bien de todos los que hemos amado, porque van á reparar un olvido.

Sevilla, la ciudad de la alegría, cuando albergue en sus jardines el busto de Gustavo Adolfo, será la Meca de los malheridos de amar, que irán á tejer coronas de laurel para orlar con ellas el blanco mármol que nos recuerde la dolorosa expresión del exquisito Bécquer, hermano de Verlaine, hermano también de aquel llorado José Martí.

Leocadio MARTIN RUIZ.

Poeta Dominicano



ARQUÍMEDES CRUZ

Tu mirar

Para **Apolo**

Tus miradas son suaves como caricias lentas.

Hacen nacer en mi alma el retoño fragante de esperanza, vencedor en los tiempos propicios, luminosos de lumen increada; son para mi alma la primavera que le canta y el sol que la ilumina, desde un cielo amigo, en el rubio amanecer de una mañana rozagante, olorosa como una flor; blanca y rubia; apaciblemente suave como el sonar de la égloga, donde las pianissimas vibraciones de la jovial música subjetiva de los sentires, se unimisman en una gran armonía triunfadora...

Cuando me miran tus ojos verde-claros, con la serenidad de cielos lejanos, todos los rumores se adormecen, y en mi predio interno se abre lenta, la rosa irreal, toda blanca del ensueño, cuyo aroma suprasensible penetra temblando con temblores de latido, en mi corazón que se enciende de juventud radiosa, como si el oro de la mañana y un soplo vivificante de montaña se entrase de lleno, en la médula misma de la vida, sonando en las venas, el hossanna...

Tu mirada perlada de ensueño, penetró en mi corazón, con suavidad acariciante, como un temblor de luna y como un soplo enivrante de viento favorable, haciendo espejear y resonar en ondinas, el remanso dormido, bajo la noche de balbuceos vagos...

Tus miradas plenas de ternura, con clarores extraterrestes de estrellas vagas, muy distantes, levantaron muchas veces mi espíritu hacia la conquista de irredentos mundos maravillosos para ofrendarte una rara presea aún no hallada; hacia supremas ascensiones en la búsqueda del verso soberano, que ornara tu frente impoluta, como diadema aromosa de retoños subjetivos, centelleantes de la lumen del pensamiento rejuvenecido; lo he sentido levantarse paso, lentamente, ávido de más espacio, como el mar en el flujo; lo he sentido vibrar como un arpa como si, sin palabras, quisiera cantarte, en sonetos rubios como tu caballerera temblorosa; lo he sentido luminoso, con una nueva claridad extraña, como si deseara dar toda su fuerza y toda su luz, en un relámpago enorme, que abriera desmesuradamente el horizonte misterioso, para que las tierras pródigas, los azules diáfanos, los prodigiosos horizontes ocultos, el universo entero, surgiera de pronto para ungirte con su aroma, con sus soles deslumbrados, con la música de sus océanos, en un himno magno melodioso, como si, obediente á una voluntad milagrosa, te glorificara ¡ÚNICA SOBERANA! con todas sus potencias, en un divino minuto ilusorio de apoteosis.

A veces tus ojos tienen la diáfana claridad del mediodía, y se vuelven transparentes como remansos á través de cuya superficie serenante se divisa el fondo, en un rítmo suave de luz apacible, al tactarla el sol con sus dedos indagadores de un rubio fluido...

Y son para mi pecho conmovido, cancionero de amor, como un fiat lux glorificante.

Los ojos son el libro donde se leen las almas sencillas, y el infinito que lo resume todo, para los espíritus fuertes y las almas grandes.

Tu mirar tiene no sé qué poder inmanente, qué extraño dulzor en su amable omnipotencia, qué don sobrehumano de producir una renovación en el ser, un mirífico anhelo, un ansia sin nombre: está lleno de esa gloriosa claridad creadora, que vierte en lo más hondo, como un raudal de melodías aún no sonadas, y arma al espíritu de grandes alas vigorosas, sonoras, que lo levantan cadenciosamente, por arriba de las cimas arrogantes de las cosas reales.

Y, entonces, qué vida intensa, qué fuerte potencia desconocida, qué plenitud desbordante, qué ímpetus indomables prontos á traducirse en acción victoriosa, siento fluir de las raíces de mi ser; qué agilidad para saltar el abismo y la aspereza fatigosa de la vida, para luego hacer flamear la inquieta bandera triunfadora, en la orgullosa soledad de las cumbres; qué anhelo de tomar altura el espíritu, para orientar el vuelo hacia las tierras magníficas y qué impulsos irrefrenables de hundir las sandalias desmedradas de viandante ávido de más allá, en la zona vedada que cierra la azulada curva renovadora, y así, seguir venciendo horizontes y más horizontes, arrancándole una palabra sin sonido al misterio en la mudez de su silencio vago, en una ansia ilimitada de espacio, sin sentir el ala enervante de la fatiga golpear perezosa los hombros heroicos.

¡Benditos seais verde-claros ojos acariciantes!

———

Figúrate un monte alto, exuberante de vida, con susurrantes frondas.

Abajo y á lo lejos, una llanura inmensa, que se esfuma en lo lontano de la curva grácil que cierra el horizonte enigmático; descolorida, con la tristeza irremediable de las vencidas frentes domadas; con el suelo roto, en la sequedad desolante de la tierra ávida del gran beso reparador de la tonificante linfa cancionera.

Momento á momento se siente sonar un clamor anunciador de que una vena musical de agua transparente, se ha abierto del seno túrgido del monte y cae en la llanura como una bendición profética.

La tierra se estremece en sus entrañas, como cuerpo que adivina el dulce acercamiento de la gran caricia esperada.

Y, las grietas sorben el agua cristalina, como si fueran labios enjuntos que tuvieran mucha sed

El agua suena con un rumor de joviales risas reparadoras, más bien parece que cada fresca onda consolante, hablara en lengua de armonía, de juventudes lozanas y de próximos remozamientos; y resuena en el espacio con la suave tonalidad, con la sana alegría simpática, con que voces amigas ungen de esperanza, de visiones favorables y de bálsamos, el alma del hombre que ha sufrido mucho.

Después, el milagro se realiza: la fecundidad cambia el aspecto sollozante de la llanura en oasis adorable, en cuyo seno abundoso hierve la vida jocunda y fuerte.

Y, á la clara risa del agua, que bajaba del monte, sonando buena-

venturas, con vivos resplandores de plata, se unió la risa jovial de la llanura remozada; fundiéndose en un solo clamor ondulante, en un solo canto venturoso, como si fuera el bello reir de una misma boca aromada...

Pues bien, soberana en la gracia: tus ojos en el éxtasis inefable, diáfanos con la diafanidad de la onda balbuceante en los días serenos, me revelaron en verbas sin sonidos, de luz, subjetivas, las maravillas desconocidas, el tesoro de ternura que llameaba en tu cofrecito sellado; el lento amanecer de tus sentires florecidos en primaveras; todo eso dicho á la distancia, con los labios inmóviles como si ese mundo fabuloso en potencia dentro de ti, con ansias santas de espaciarse, se hubiese fundido en tu gracioso mirar, para llegar íntegro, puro como el aire de la mañana, á mi recogido espíritu, sonante en la soledad, produciendo en él—ávido de ese aire y ávido de esa mañana—una inesperada eclosión y como un resurrexit y un soberbio despertamiento melodioso; y entonces, tu mirada reconfortante, anunciadora de armoniosas afinidades, de devenires gloriosos, fué para mi alma incomprendida y sola, lo que el agua rumorosa que caía del monte, sonando églogas á la abrasante gleba desnuda: la transformadora amable, la renovadora bendita, la transfiguradora de las cosas íntimas, la que infundió, en mi parcela interna, olvidada de la clemencia del ambiente indiferente, vida vigorosa, briosa exuberancia exultante, é hizo reventar los brotes á los rosales que morían y en sus ramas llameó la rosa fraganciosa, como si fuera un corazón que se abriera, en un vértigo superbo á la caricia infinita de un sol desconocido...

Y, esas rosas nacidas, como en una resurrección del ser, con la frescura del rocío bautismal del nuevo amanecer de mi espíritu, perfumaron tus manos finas y el oro puro de tus rizos, en dos poemas azules que tú ya conoces...

———

Y, ahora de pie, sobre mi egoísmo, como sobre el escudo, duro y sonoro de un vencido, ante ti, pronuncio, lentas: Alabados sean, glorificados sean, bendecidos sean tus ojos de primaveras; claros como el agua que corre; luminosos como la mañana; verdes como la mar; como el atardecer, serenos...

A tus ojos: la ofrenda balsámica del latido tremante que florece en las venas como loa aromosa de savia: esencia de vida.

A tus ojos: suprema unción de alabanza ondulante; á tus grandes ojos queridos, que llevo siempre abiertos sobre mi corazón; como piedras preciosas en joya de oro, así brillan aquí dentro, en el santuario...

A tus ojos: hossanna exultante en la lengua musical del alma sedienta, ávida de imposibles, en-

cendida divinamente en las brasas sagradas del ideal!

A tus ojos: todo lo que siento hervir con los hervores ígnaros de la ola que rebasa mi universo interno, libre y suelta, ondulosa, sonante, como verso desprendido de un himno: todo lo que balbucea dentro de mí gratas cosas extraordinarias, que no encuentran vocablo: todo lo que está pleno de juventud y desborda vigores de retoño: todo lo que surge de lo más hondo con la omnipotencia de un sol en llamas: todo eso es para tí: todo lo que está lleno de lontano...

Lino ARANDA CORREA.

Montevideo, Febrero de 1911.

Decorativa

A la señorita Delia Vilaró.

Se diría una fiesta de princesas galantes
pródigas en decires de oportuna eficacia,
paseando la nobleza de sus almas fragantes
en risueña harmonía con la luz y la gracia.

Un murmullo de espumas ha poblado el ambiente
insinuando suspiros de aromático vuelo,
y el alma de Beethoven se hace oir dulcemente.... .
como en una florida primavera del cielo.

Y envuelta en la caricia de una túnica rosa
que cae ligeramente como una gracia griega;
más bella que la aurora, divinamente hermosa
como una soberana que del palacio llega...

La Divina morena de las manos ducales,
de ojos negros y extraños, de un extraño misterio;
llenó la noche alegre de süaves modales
con su dulce presencia real digna de imperio.

Esteban ETCHEPARE.

EPISTOLA LITERARIA

El matrimonio de Tolstoy

Para APOLO.

. . . .
. . . .

Debo advertiros, antes que empecéis á distraeros en la lectura de mi epístola, que no encontrareis en ella, ni un elogio á *El Matrimonio* de Tolstoy, ni un aplauso á vuestra admiración literaria. *El Matrimonio* no me merece mención ni como arte, ni como ciencia.

Y no me achaquéis pedantería, si, peregrinamente me tomo la seriedad de verter en éstas, mis impresiones—descorteses quizás—pero sinceras, porque así pienso y así escribo; pues entiendo, y de ello auto de fe hago, que en arte sólo es dable hablar con sinceridad; que sólo puede hablar el que proclame el derecho del corazón sobre el cerebro, en estos tiempos de vulgarización en que andamos, y donde prejuzga más la frialdad de una idea, que el ardor de un sentimiento. No entendáis con esto, que doy á la pasión un precio desmesurado, ni que para los actos de la vida omito el fallo del pensamiento, que así como el cerebro analiza—y siglo de análisis es éste—el corazón sintetiza—y síntesis debe ser nuestra juventud. De niños pensamos con el corazón; de viejos con el cerebro. ¿Cómo queréis que el amor discuta? Ni razona; ni piensa.—Ama solamente.—Y es toda amor la niñez.

Amar todas y sobre todas las cosas, y de ese amor perenne que mantiene al espíritu y al alma. deducir lógicamente del teorema de la existencia los grandes corolarios de la vida: el Derecho, la Moral y la Social.

Y el libro que nos preocupa es una aplicación errónea de ellos. Siempre me ha disgustado la cátedra de moral—ensñanza no enseñable—y tienen para mí sus textos el valor que tiene un almanaque, que con la exactitud de un sirviente bien asalariado, me señala los días de veinte y cuatro horas, con la sensación del vértigo, como si la insolencia del número, me indicara mis horas de dolor y mis horas de placer.

¡Oh, la paradoja del almanaque!—¿Acaso son iguales los días que el calendario se afana en igualar?

También es la moral una paradoja.—Ella es vasta como es vasta la vida.—Cada ser tiene su moral propia.

Tolstoy receta en este libro, como única felicidad, la paz del hogar; y en su afán de psicólogo, relega á la mujer á una inferioridad intelectual, como si el siglo XX consintiera esa negación al derecho de vivir con el alma y con el cuerpo.

¡Hablad con el corazón y decid si es ese el summum del bienestar que apetecéis!...

Y delucile Tolstoy, si tiene la mujer derecho espiritual sobre el hombre, ó, el hombre sobre la mujer, que en tanto opino, que un libro que lleva á una finalidad falsa, es malo.

II

Tomemos otra faz del libro y descartemos sus protagonistas.

¿Os halaga el marido?

En cuanto á mí, os declaro que esa mujer no me enamora. La considero una mujer vulgar. Y las vulgaridades son de los necios.

Una Amada que se aburre no es merecedora del amor.

Y, si toda ideal; si toda ensueño ha ido al matrimonio y en el menguante de la luna de miel ha visto la defluación del ensueño y desconocido ha el ideal; si azorada, los últimos sorbos en el ánfora de la felicidad que soñara, le supieron á hiel, ¿quién más que ella tiene la culpa? ¿Por qué ha trocado sus sueños crepusculares de soltera por las vanalidades de mujer amada y hermosa? ¿Por qué en vez de plegar sus alas de oro junto al fuego del Amado, las tiende hacia el coqueterismo más insípido?...

Y tan vulgar es, que madre ya; cuando carne de su carne se inmiscuye en la vida; cuando el acto de mayor trascendencia en la vida de la mujer se realiza en ella; cuando despojada de lo humano se diviniza, como demostrando al hombre su omnipotencia; ella permanece indiferente y conserva la inconsciencia de su conciencia, hasta que el arrepentimiento de una falta presentida conmueva sus entrañas, para que comprenda que es esposa y que es madre. Es menester la presencia del mal, para que se inicie en el bien.

...Temo que huelgue deciros la concepción que tengo soñada de la mujer, por eso concluyo, no sin glosaros ante—á manera de epílogo—mis impresiones sobre Tolstoy: De buena gana os confesaría que soy un profano de este eminente literato ruso, pero un profano consciente. No creo en la belleza de su romanticismo dogmático, y fuera de *El Matrimonio* que me habéis hecho leer tengo mal leída *La Sonata á Kreutzer*; texto también de moral, que huele al cristianismo primitivo;—esa escuela de negación que predicaba el despojo de la personalidad en bien del amor á la solaridad humana. Tolstoy combate el egotismo del artista y es en *La Sonata* donde se caracteriza de dómine. El somete la Vida á la Moral.—Canta á la muerte como á la suprema salvación del bien.

Pompeyo Gener le incluye en sus estudios de patología literaria.

Emilio TRIAS DU PRÉ.

1911.

INTIMA

Para APOLO.

Las doce pausadamente,
rezonga el viejo reloj,
y en la quietud de la alcoba
se pierde el último son.
La tenue luz de la vela
vacila, con el temblor,
de las lentas agonías
de la desesperación.
Una campana, en la noche,
eleva al cielo su voz
con el acento piadoso
de su místico dolor.

Sobre la mesa unas cartas
que guardan con fiel unción,
el perfume de la mano
frágil que las escribió.
Ante mis ojos un libro
que no leo, en el ardor,
de una idea que me obsede
con tenaz obstinación.
Dentro del libro una rosa
blanca, que el tiempo secó,
y una pena que no muere
dentro de mi corazón.

José VIAÑA.

Alegoría del amor desolado

Para **Apolo.**

Yo soy el jardinero caviloso
ante mi pobre almáciga en que admiro
crecer la flor que llaman «tu suspiro»
y á la que dí por nombre «mi sollozo».

Damas de amor en tanto pasar miro;
van sembrando la angustia en mi reposo,
aunque á su dulce andar grave ó airoso
decora primavera mi retiro.

Suspiros dan á mi vergel llegando,
y la flor, copa azul, brindarse veo,
por si una dama en la que amé soñando!

Mas ay, se alejan, y á su paso, dura,
clava la flor su estilo en mi deseo
y vuelca luego su corola oscura!

Edmundo **MONTAGNE.**



Horas nuevas

Para APOLO.

I

Hoy ha entrado á mi alma luz de mi poesía
por la ventana abierta de mi melancolía.
Hoy han redivivido mis amores lejanos
como por el encanto de unas mágicas manos,

Y todo canta en mí; todo lo que convida
á decir, al espacio, un brindis á la vida:

Por el amor y el arte; por la vieja armonía;
por la cuerda del alma que dejó de vibrar
y que hoy hirió la clara luz de mi poesía
para que retornara á su antiguo cantar.

Por Dios, que, ante mis ojos, abre el cofre divino
de la naturaleza, con la llave del Sol;
y cede, cual promesas, para nuestro destino,
músicas á los bosques, y sangre al arrebol.

Por nucstro amor, amada; por las horas felices
y las amargas horas que en nuestra vida son;
por todo lo que sientes y todo lo que dices;
por el dolor y el goce de nuestro corazón.

Por el recuerdo que á ambos nos une en el pasado
y por la perspectiva de nuestro porvenir,
por lo que hemos sufrido y lo que hemos gozado
y por lo que aún nos queda por gozar y sufrir.

Y, sobre todo, brindo, por tu belleza, amada;
única, obsesionante, olímpica y triunfal;
por la divina flecha de luz de tu mirada;
por tu mano que oprime, dulce y confidencial.

¡Cómo ha entrado á mi alma luz de mi poesía
por la ventana abierta de mi melancolía!
¡Y cómo rediviven mis amores lejanos
como por el encanto de unas mágicas manos!

II

Yo viví muchas horas lejos de mi poesía;
viajé, ví, sorprendíme, me plegué al Universo;
pero se hizo un vacío dentro del alma mía:
¡le faltaba la bella música de mi verso!

Y sentía su urgencia á cada paso dado;
cuando sobre las aguas el sol se diluía,
y el buque, como un ebrio gigante, fatigado,
al femenino arrullo del mar, se adormecía;

sobre el suelo romántico de la España compleja;
de árabes alcázares bajo los corredores;
donde siempre hay relatos de alguna historia vieja;
donde siempre hay historias de algunos trovadores;

en París, en la urbe donde siempre agoniza
el recuerdo llevado, y otro recuerdo asoma;
en los nevados montes y lagos de Suiza;
en la Roma pagana y en la cristiana Roma.

Estos ojos, amada, que han visto tantas cosas,
por este resurrexit olvidan sus sorpresas;
ésta, mi alma, tiene para ti nuevas rosas;
y tú, para mí, tienes siempre nuevas bellezas.

Porque hoy entró á mi alma luz de mi poesía
por la ventana abierta de mi melancolía.
Porque hoy redivivieron mis amores lejanos
como por el encanto de unas mágicas manos.

LORENZO VICENS THIEVENT.

Emociones vespertinas

Para **Apolo.**

Tiene el oro del véspero risueño
un tenue encanto, adormecido y vago,
como la calma plácida de un sueño,
como las ondas trémulas de un lago.

El cielo es muy azul. Para el ensueño,
para pensar en tu amoroso halago
está bien el crepúsculo sedeño,
tal vez salido del pincel de un mago.

No declina la tarde todavía,
pero me invade una melancolía
y con tu amor y con tu sér yo sueño;

Y voy hacia el jardín donde me digo:
para soñar y para estar contigo
está bien el crepúsculo risueño...!

* * *

Tiene el jardín el duelo de no verte,
la tristeza más grande y más sentida
y el cobarde presagio de la muerte
por el recuerdo de tu despedida...

Ven, Lilia primorosa. Ya la suerte
me brindó la ilusión reverdecida
y un noble corazón para quererte
sobre todas las cosas de la vida.

Ven hacia mi jardín donde la rosa
contrasta con la pálida azucena,
donde el clavel pecaminoso posa

sobre la dalia un ósculo bendito.
¡Ven que te espero, Lilia, ágil y buena,
soñando sobre el banco de granito!

* * *

Te he esperado ya tánto!... La agonía
suprema del que aguarda no la sabes,
y está muy llena de monotonía,
de cosas tristes y nostalgias graves!

Abro el libro sutil del almo mía:
las páginas allí todas son suaves
y va cruzando la melancolía
por todas éllas, entre trinos de aves.

Al fin no volverás ¡pero qué importa!
Mi pecho varonil también soporta
la pena que engendró tu despedida,

porque en mi corazón todo ternura
canta la alondra del amor la pura
canción que endulza el duelo de la vida!

FILADELFO URUETA.

Síncelejo (Colombia).

El poeta de la aldea

Para APOLO.

Un soñador de quince á veinte años
que tiene el corazón de penas lleno
sin haberse embriagado en el veneno
de la experiencia y de los desengaños.

Sueña un cielo de rimas caprichosas
é ignorante del mundo y de la vida,
sabe vivir de la ilusión perdida
y analizar el fondo de las cosas.

Y ha recorrido todo lo que existe
con el vuelo atrevido é imaginario
de ese pájaro azul que hay en la idea,

Sin ir más lejos de la sombra triste
que proyecta el vetusto campanario
de su tranquila y apacible aldea.

JULIO J. CASAL.

Dejadme, quiero paz

Dejadme, quiero paz,.. Ya estoy hastiado
De este vivir sin goce ni placeres:
Para mi ya la vida ha terminado,
Y andaré muerto entre vivientes seres.

En la orgía el placer siempre he buscado
Sin hallarle jamás. Y las mujeres
El corazón y el alma me han helado
Con su hipócrito amor y sus quereres.

Dejadme, quiero paz... En el olvido
Quiero verter las hieles que he bebido
Y para siempre en él quiero abismarme;

Y si no logro allí borrar mis penas
Y romper de mi angustia las cadenas,
Me sobrará valor para matarme!!

Antonio MONTENEGRO (hijo).

Madrigal á su risa

Para APOLO.

Risa: cascada armoniosa
cual sonata musical;
risa: diadema ideal
de su boca color rosa;

¡Oh vuelo de mariposa!

Risa: nota prodigiosa
de una flauta de cristal,
ó de Chity un madrigal;
¡nunca oído por hermosa!

Risa la más melodiosa...

Con todas las armonías,
que amar pueda en mis poesías,
nunca lograré fijar

el sonido de su risa:
risa que sensibiliza
como las ondas del mar.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo, 1911.

Biblioteca Sociológica Internacional

EN VOLÚMENES DE 11 × 17 CM. DE 150 Á 250 PÁGINAS
EN RÚSTICA $ 0.16

		Tomos
R. W. Emerson	Siete ensayos	2
G. de Greef	Las leyes sociológicas	1
A. Loria	Problemas sociales contemporáneos	1
C. Kautsky	La defensa de los trabajadores y la jornada de ocho horas	1
F. Giner de los Ríos	Filosofía y Sociología	1
G. Sergi	Leopardi á la luz de la ciencia	2
A. Harnack	Esencia del Cristianismo	2
G. de Greef	Evolución de las creencias y de las doctrinas políticas	2
Th. Ziegler	La cuestión social es una cuestión moral	2
A. France	El Jardín de Epicuro	1
E. González-Blanco	El Feminismo en las sociedades modernas	3
James	Los ideales de la vida	2
G. de Azcárate	Concepto de la Sociología y un estudio sobre los deberes de la riqueza	1
Colajanni	Razas superiores y razas inferiores	3
T. Carlyle	Sartor Resartus	2
J. Fiske	El destino del hombre	1
A. Longo	La conciencia criminosa	1
R. Ardigó	La ciencia de la educación	2
J. Valentí Vivó	La sanidad social y los obreros	2
E. Laurent	Antropología criminal	1
P. Rossi	Místicos y sectarios	2
P. Dorado	Nuevos derroteros penales	1
A. Chiappelli	El Socialismo y el pensamiento moderno	2
D. Ruiz	Genealogía de los símbolos	2
G. Sergi	La evolución humana individual y social	2
G. Schmoller	Política social y Economía política	2
A. Angiolini	De los delitos culposos	2
G. Piazzi	El Arte en la muchedumbre	2
J. Antich	Egoísmo y altruismo	1
A. Dyroff	El concepto de la existencia	1
A. Asturaro	El materialismo histórico y la sociología general	1
P. Rossi	El alma de la muchedumbre	2
A. Angiulli	La Filosofía y la Escuela	3

		Tomos
C. Perrini	El Mundo y el Hombre	1
M. Legrain	Degeneración social y Alcoholismo	1
J. Jaurés	Acción socialista	2
P. Rossi	Los sugestionadores y la muchedumbre	1
Ellen Key	El siglo de los niños	2
G. Rodríguez	La Nueva Pedagogía	1
E. Grosse	Los comienzos del arte	2
M. Thury	El paro forzoso	1
G. Cimbali	El derecho del más fuerte	2
E. Ciccotti	El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo	3
I. Gascón	Los sindicatos y la libertad de contratación	2
A. Nicéforo	Fuerza y Riqueza	2
M. A. Vaccaro	Génesis y función de las leyes penales	2
H. Höffding	La Moral. Principios de Ética	1
» »	La Moral. La moral individual, social y de familia	1
» »	La Moral. La libre asociación de cultura	1
» »	La Moral. La cultura religiosa y filantrópica. El Estado	1
S. N. Patten	Los fundamentos económicos de la protección	1
S. Valentí Camp	Premoniciones y reminiscencias	1
T. Carlyle	Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia	2
Ellen Key	Amor y matrimonio	2
E. Reich	El éxito de las naciones	2
I. Orchansky	La herencia en las familias enfermas	1
A. Albornoz	Individualismo y socialismo	1
A. Chiapelli	Voces de nuestro tiempo	2
S. Valentí Camp	Atisbos y disquisiciones	1
A. Menger	El Estado socialista	2
L. Lacour	Humanismo integral	2
Th. Hertzka	Las leyes de la evolución social	2
A. Asturaro	Sociología zoológica	1
H. Zoccoli	La Anarquía. Los Agitadores: Max Stirner. P. J. Proudhon	1
H. Zoccoli	La Anarquía. Los Agitadores: M. Bakunin. P. Kropotkin. B. R. Tucker	1

		Tomos
S. N. Patten	Teoría de las fuerzas sociales	1
H. Zoccoli	La Anarquía. Las ideas. Los hechos	1
» »	La Anarquía. Apreciaciones éticas	1
J. Caballero	El Espíritu de la Enseñanza	1
L. Ferriani	Delincuentes astutos y afortunados	2
W. James	La vida eterna y la fe	1

Biblioteca Renacimiento

OBRAS DE I TOMO

Augusto Vivero y Antonio de la Villa	Cómo cae un trono (La revolución en Portugal)	$ 0.90
Eduardo Marquina	En Flandes se ha puesto el sol	» 0.90
Angelina Alcaide de Zafra	La tontería de un «gato» (novela)	» 0.90

Biblioteca de Poetas Americanos

$ 0.80 CADA TOMO EN TELA

		Tomos
Manuel Acuña	Poesías	1
Ignacio M. Altamirano	Rimas	1
Santiago Argüello	Ojo y Alma	1
Andrés Bello	Poesías originales	1
Manuel Carpio	Poesías	1
Francisco Contreras	Toisón	1
José S. Chocano	Alma América	1
» » »	Cantos del Pacífico	1
Rubén Darío	Prosas Profanas	1
José de Espronceda	Obras poéticas	1
Manuel Flores	Pasionarias	1
» »	Poesías inéditas	1
S. García Torres	Flores de amor	1
Emiliano Isaza	Antología colombiana	2
José Mármol	Obras poéticas y dramáticas	1
Salvador Martínez Alomia	Nieves	1
Amado Nervo	Perlas negras	1
» »	Poemas	1
Manuel de Olayuíbei	Canciones de Bohemia	1
Ricardo Palma	Armonías	1
Felipe Pardo	Poesías	1
M. Pimentel Coronel	Vislumbres	1
Plácido	Poesías	1

		Tomos
Efrén Rebolledo	Joyeles	1
Javier Santa María	Poesías escogidas	1
José Juan Tablada	Florilegio	1
Felipe Torcuato Black	Cantos de Bronce	1
Luis G. Urbina	Ingenuas	1
» » »	Puestas de sol	1
Manuel Gutiérrez Nájera	Poesías	2
Juan de Dios Peza	Cantos del hogar	1

Biblioteca Filosófica

M. Guyau—La Educación y la herencia	1 tomo tela	$ 1.20
Alejo Bertrand—Léxico de Filosofía	1 » »	» 1.20
F. W. Myers—Personalidad Humana	1 » »	» 1.50
E. Bradfort Titchener—Elementos de Psicología...	1 » »	» 1.50
Dr. A. Chávez—Resumen sintético de los principios de moral de Herbert Spencer	1 » »	» 1.20
Dr. A. Chávez—Síntesis del sistema de Lógica de Stuart Mill	1 » »	» 1.20

Biblioteca de los mejores novelistas contemporáneos

OBRAS DE 1 TOMO, EN RÚSTICA, Á $ 0.40 CADA UNA

René Bazin—La Aislada.
Paul Bourget—El Emigrado.
» » La Etapa.
» » El Fantasma.
F. Copée—El Culpable.
A. Daudet—La capilla del perdón.
» » Cabeza de familia.
E. De Bray—La venganza de una madre.
Claudio Farrére—La Batalla.
J. K. Huysmans—Las olas humanas de Lourdes.
Mauricio Leblanc—Arsenio Lupin.
» » Arsenio Lupin contra Sherlock Sholmes.
Mauricio Leblanc—La aguja hueca.
» » 813.
» » El hombre negro.
G. Leroux—El misterio del cuarto amarillo.
G. Leroux—El perfume de la dama de negro.
G. Leroux—El Fantasma de la ópera.
G. Leroux—El hombre de la noche.
» » El Príncipe Agra.
Pedro Loti—Las Desencantadas.
Guy de Maupassant—El buen mozo.
Myriam Harry—La Conquista de Jerusalén.
Ohnet—El vendedor de veneno.
» Camino del amor.
» El Aventurero.
» La Tenebrosa.
» La gente alegre.
» En el fondo del abismo.
» El Rey de París.
» El cura de Favieres.
» Inútil Riqueza.
» Un antiguo rencor.
» La Dama vestida de gris.
» La Hija del Diputado.
Prévost—Virgenes á medias.
» La Princesa de Erminge.
» El Otoño de una mujer.
» Cartas de mujeres.
» Pedro y Teresa.
Stendhal—Amistad amorosa.

[illegible] en los mis... [illegible] y sobre las más [illegible] cuestiones y [illegible] del amor, un [illegible] el precioso [illegible]

[illegible] el argumento de la novela [illegible]

[illegible] el [illegible] del amigo [illegible] Don José Ricardo Lobo, regala á los [illegible] numerosos [illegible] de la literatura de [illegible] pura, [illegible] y, en general, á cuantos saben gustar de deleites [illegible] de los [illegible] y de los sentimientos delicados [illegible] bellas páginas.

[illegible] Los Mortales, en [illegible] un libro de [illegible] un libro de [illegible] novela interior [illegible] al través [illegible] de los diálogos [illegible] la conciencia [illegible] y su evolución al través de las más interesantes cuestiones [illegible]

de dos amigos que platican de cien cosas [illegible] de amor y [illegible] al pie de una [illegible] sobre del [illegible] A la sombra de los [illegible] nos presenta el autor del libro [illegible] un análisis psicológico [illegible] en forma polémica [illegible]

La [illegible] de Los Mortales tiene un [illegible] sabor clásico [illegible] y [illegible] en sus páginas [illegible] sobre el problema nacional y otro [illegible] de la crisis [illegible] de nuestro siglo.

[illegible] de la gravedad de tales [illegible] el libro tiene un interés [illegible] y ofrece en forma castiza y original un nuevo aspecto [illegible]

La edición de Los Mortales [illegible] como todas las de la Biblioteca [illegible]

[illegible]

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Varios

Amor (drama en tres actos), por José Pedro Bellán — *Montevideo*. **El Porvenir de la América Latina**, por Manuel Ugarte — *Valencia (España)*. **Regrets**, por Julio Casal — *Madrid*. **Mafarka il Futurista** (romanzo) y **Distruzione** (Poema futurista) por F. T. Marinetti — *Milano*. **Alberto Nin Frías**, por M. Núñez Regueiro — *Rosario de Santa Fe*.

De la Librería Paul Ollendorff — París

Pasión y muerte de Miguel Servet (novela histórica), por Pompeyo Gener; **Camino de perfección**, por Manuel Díaz Rodríguez; **Imágenes** (versiones poéticas), por Enrique Díez Canedo.

La casa Ollendorff anuncia nuevas é interesantes obras de escritores hispano-americanos. Su campaña en pro de nuestra literatura es plausible desde cualquier punto de vista. Merced á su iniciativa que obtuvo buena acogida en estos países, muchos escritores de talento que no tienen editor en América han logrado publicar sus libros y difundirlos fácilmente.

- - BIBLIOTECA RENACIMIENTO - -

V. PRIETO Y C.ª EDITORES - MADRID

- - DE VENTA EN LA LIBRERIA "MERCURIO", SARANDI, 240 - -

ANGELINA A. DE [illegible]

LA TONTERIA DE UN «GATO» . . . 0.90

JACINTO BENAVENTE

OBRAS ESCOGIDAS . . . 0.90

JOAQUIN BELDA

MEMORIAS DE UN SUICIDA (novela) . . . 0.90

LA FARANDULA (novela) . . . 0.90

PIO BAROJA

CESAR O NADA (novela) . . . 1.00

AURORA ROJA (novela) . . . 0.90

JOAQUIN DICENTA

LOS BARBAROS (novela) . . . 0.90

CONCHA ESPINA

DESPERTAR PARA MORIR . . . 0.90

JOSE FRANCES

LA GUARIDA (novela) . . . 0.75

F. GARCIA SANCHIZ

NUEVO DESCUBRIMIENTO DE CANARIAS . . . 0.75

ALBERTO INSUA

LA MUJER FACIL (novela) . . . 0.90

LAS NEUROTICAS (novela) . . . 0.90

LA MUJER DESCONOCIDA (novela) . . . 0.90

WALDO A. INSUA

LA BOCA DE LA ESFINGE . . . 0.75

RICARDO LEON

LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS 0.90

CASTA DE HIDALGOS (novela) . 0.90

EL AMOR DE LOS AMORES (novela) . . . 0.90

RAFAEL LOPEZ DE HARO

SIRENA (novela) . . . 0.90

ENTRE TODAS LAS MUJERES (novela) . . . 0.90

LOPEZ PINILLOS (PARMENO)

DOÑA MESALINA (novela) . . . 0.90

EDUARDO MARQUINA

DOÑA MARIA LA BRAVA . . . 0.90

EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL . . . 0.90

ENRIQUE DE MESA

ANDANZAS SERRANAS . . . 0.50

G. MARTINEZ SIERRA

TODO ES UNO Y LO MISMO (novela) . . . [illegible]

LA [illegible] DEL DIABLO (novela) . . . [illegible]

CONDESA DE PARDO BAZAN

LA LITERATURA FRANCESA MODERNA . . . [illegible]

CUENTOS DE AMOR . . . [illegible]

LA QUIMERA (novela) . . . [illegible]

CUENTOS NUEVOS . . . [illegible]

DULCE DUEÑO (novela) . . . [illegible]

RAMON PEREZ DE AYALA

A. M. D. G. (LA VIDA EN LOS COLEGIOS DE JESUITAS (novela) . . . 0.90

ALEJANDRO SAWA

ILUMINACIONES EN LA SOMBRA . . . 0.90

FELIPE TRIGO

LAS INGENUAS (novela) 2 tomos . . . [illegible]

LA SED DE AMAR (novela) . . . 0.90

ALMA EN LOS LABIOS (novela) . . . 0.90

DEL FRIO AL FUEGO (novela) . . . [illegible]

LA ALTISIMA (novela) . . . 0.90

LA BRUTA (novela) . . . [illegible]

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA. - REVELADORAS. - LO IRREPARABLE (tres novelas) . . . [illegible]

SOR DEMONIO (novela) . . . [illegible]

EN LA CARRERA (novela) . . . [illegible]

CUENTOS INGENUOS . . . [illegible]

LA CLAVE (novela) . . . [illegible]

SOCIALISMO INDIVIDUALISTA . . . [illegible]

EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS . . . [illegible]

LAS EVAS DEL PARAISO (novela) . . . [illegible]

EL MEDICO RURAL (novela) . . . [illegible]

LAS POSADAS DEL AMOR (novelas cortas) . . . [illegible]

MIGUEL DE UNAMUNO

MI RELIGION Y OTROS ENSAYOS . . . [illegible]

PORTUGAL . . . [illegible]

FRANCISCO VILLAESPESA

BAJO LA LLUVIA (poesías) . . . [illegible]

A. VIVERO Y A. DE LA VILLA

COMO CAE UN TRONO (La revolución en Portugal) . . . [illegible]

EDUARDO ZAMACOIS

EL OTRO (novela) . . . [illegible]

Imprenta La Rural, de Miguel y Fco. Ramos, calle Florida [illegible]

APOLO

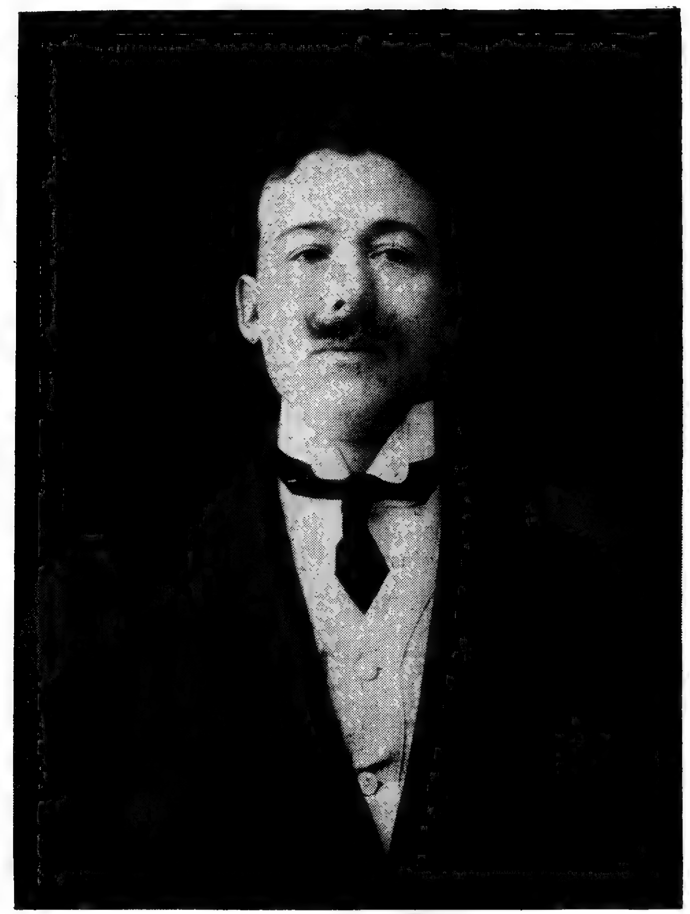
AÑO VI

Número 50

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -

Galería de artistas



ESTEBAN ETCHEPARE

MONTEVIDEO ABRIL DE 1911

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Conferencias del Ateneo de la Juventud (*México*); **El alma de la casa** (comedia en un acto), POR O. FERNÁNDEZ RÍOS. *Montevideo*; **Sombras** (cuento psíquicos), POR ANGELES VICENTE. -*Madrid*: **Canto á Venezuela,** POR J. T. ARREAGA CALATRAVA—*Madrid:* **La Patria y el Héroe,** POR F. GARCÍA GODOY.—*Santo Domingo.*

De la Librería Paul Ollenderff—París

La Insurrección (novela), POR L. RODRÍGUEZ EMBIL; **Críticas musicales,** POR GUSTAVO-E. CAMPA; **Susanita** (novela), POR JEÁN RAMEAU; **La Reconquista de América** POR FERNANDO ORTIZ.

Un libro de Montagne

En breve se publicará en Buenos Aires una nueva edición de «*Versos de una juventud*», de nuestro colaborador señor Edmundo Montagne. En esta edición aparecerán algunos juicios é impresiones que oportunamente fueron vertidos sobre esa obra por algunos escritores del Continente.

También sabemos que el inspirado é infatigable poeta pronto dará á las cajas un nuevo tomo de poesías que se titulará «*Sobre un atril*». Aparecerá esta obra para el invierno próximo, y no dudamos que, nuevamente, Montagne nos hará saborear una vez más sus versos personalísimos, á cuya originalidad se agrega un engarce bello de artífice consumado.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 27

AÑO VI — Montevideo, Abril de 1911 — N.° 50

La pedagogía del siglo

«Conócete á ti mismo», dijeron con Tales de Mileto los filósofos de la antigua Grecia; «enséñate á tí mismo, para hacerte dueño de tus sensaciones y de tus actos», dice hoy la Pedadogía, actuando de ciencia fundamental sociológica.

Pero hasta los presentes días (en que se ha afirmado con Greef, Barth, Azcárate y Giner de los Ríos, la realidad subsantiva de la sociedad, como sér concreto de organización biológica, adecuada á sus aptitudes, y de energía propia que se transforma en fuerza de cada una de sus diferentes partes para realizar el proceso de sus determinaciones peculiares, fuerza que después de vigorizada reobra sobre el centro de que procede), la Pedagogía no ha sido considerada como función social originaria de imprescriptibles derechos y de irrenunciables deberes, que alcanzan á todos los seres humanos, sin excepción alguna; pero derechos que favorecen más directamente á los más débiles y deberes que obligan más á los más fuertes.

Nadie puede desconocer el derecho de los padres para dar á sus hijos la dirección que juzguen más conveniente, dentro de sus medios, y el derecho de la patria para dictar las disposiciones que crea más útiles en favor de la instrucción y de la higiene de la juventud; y el derecho de la sociedad á intervenir en cuanto se refiere á la moralidad, á la salud y á la vida de todos sus individuos, del modo que más prudente estime en cada tiempo y lugar; pero superior al derecho de los padres, de los gobiernos y de la sociedad es el derecho de los jóvenes á ser educados sin preocupaciones, sin fanatismos y sin ficciones que atrofien su inteligencia. extremen su sensibilidad, perturben su razón y maten su libertad; y es el derecho que todas las personas tienen á la mutua educación integral y á la higiene científica para garantía de su conciencia y de su salud. También es sacrosanto el

deber de los niños para sus padres, maestros y protectores; y el deber de los desvalidos que encuentran refugio; y el de los perturbados que hallan corrección reintegradora; y el de los anormales, á quienes la beneficencia pública protege; ineludible es el deber de los humildes amparados; de los pobres atendidos; de los débiles, á quienes la colectividad fortalece con su ayuda; pero es más obligatorio, más imperioso y más inexcusable el deber de los poderosos, de los ricos y de los ilustrados, que sólo tienen poder, riquezas é ilustración, no por favores de la naturaleza, sino por privilegio de la sociedad.

El hombre no es hombre más que por la educación: la serie de mudanzas que desde el estado embrionario en su formación experimenta, pasando por distintos grados de la vida orgánica, no termina al dejar el claustro materno; continúa en plena luz y en pleno aire hasta que, por efecto de la higiene, de la enseñanza y de su actividad bien dirigida, llega á ser persona consciente, moral, fuerte, capaz de resistir toda clase de presiones contrarias á su libertad de pensar y de determinarse en actos buenos; luego la Pedagogía en los actuales tiempos es la acumulación de los recursos colectivos empleados reflexiva y metódicamente por la sociedad misma en favor del perfeccionamiento gradual de todos y de cada uno de sus individuos.

Hasta los últimos días del siglo XIX se entendió que toda clase de personas debía proceder en todo caso con sujeción á las circunstancias de su tiempo, y que los jóvenes debían ser educados para su época; pero hoy á la Pedagogia se ha confiado la misión de impulsar, de mover, de empujar á los hombres á la consecución de un medio social mejor que el presente, y de dirigir á los jóvenes hacia un ideal de justicia equitativo con arreglo á un plan científico susceptible de corregir los defectos que nosotros mismos, aunque entre errores viviendo, reconocemos en la educación que hemos recibido. Si por el fruto se conoce el árbol, y por el estado social que nos envuelve el sistema político-religioso-pedagógico vigente, ¿cómo y para qué hemos de seguir cultivando el árbol que da frutos dañinos y las instituciones que producen malestar, desdichas y crímenes sociales?

Sabemos positivamente que nuestro estado actual de luchas y de miserias es transitorio: que las condiciones intelectuales y morales humanas van mejorando bajo el influjo de la cultura social y por reversión, modificando favorablemente la vida colectiva; sabemos que el derecho público y privado, la amplitud de la idea moral y hasta el concepto de la justicia dependen de lo que pensamos y creemos, y que nuestros pensamientos y nuestras creencias se derivan de representaciones reflejos internos por virtud del funcionamiento de las células cerebrales á favor de las erecciones y vibraciones de sus fibrillas nerviosas; y también sabemos que el cerebro humano en su estado presente, según frase de Ramón y Cajal, «no representa el término infranqueable de la organización del substratum del pensamiento. Marchamos incesantemente en busca de mejores días.

La Pedagogía tiene, pues, que realizar en el siglo XX una obra de magnitud y trascendencia: la de recolectar materiales en el

campo de las ciencias de la Naturaleza y del espíritu y con ellos preparar el camino que la Humanidad ha de recorrer para llegar al logro de todas sus aspiraciones de solidaridad, de igualdad éticojudídica y de dicha de la vida en el culto del amor á todas las patrias, de dignificación de la mujer y de santificación de la familia.

M. RODRIGUEZ NAVAS.

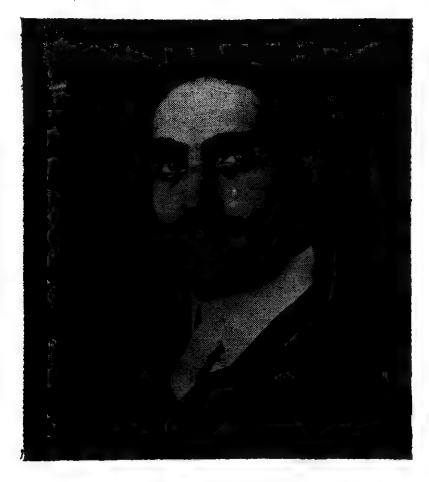
"Siembra y Vendimia"

Tal es el título de un libro de versos que acaba de publicar en Buenos Aires el poeta venezolano Ismael Urdaneta que estuvo entre nosotros á su llegada de la tierra natàl.

«**Siembra y Vendimia**» es un bello libro emotivo y original, lleno de feligranas y encantos artísticos que los cultivadores de la belleza sabrán admirar.

Con más detención que la que nos permite la brevedad de esta nota bibliográfica, hecha tan sólo para acusar recibo de los ejemplares que su autor nos ha enviado, hemos de ocuparnos próximamente del libro de Urdaneta.

Escritores Españoles



FRANCISCO DE P. L. DE LA VEGA

Un cantante notable

Esteban Etchepare

Pocas veces nos ha sido dado oir un cantante de dotes tan recomendables como las que posee por fortuna nuestro distinguido compañero Esteban Etchepare, que hace algún tiempo se encuentra entre nosotros después de haber cursado brillantes estudios de canto en Europa bajo la dirección de los más afamados profesores en la materia.

Una tenaz y dolorosa afección de que más tarde ha venido padeciendo en las cuerdas vocales, y que obligó al inteligente artista á interrumpir su bella carrera destinada á obtener envidiables triunfos, hizo necesaria la intervención de los médicos especialistas, quienes, después de haberlo sometido á un largo y enojoso tratamiento, recientemente le autorizaron para que vuelva á cantar, aunque sin atacar por ahora el registro primitivo de su voz: el de tenor que todavía no se encuentra del todo consolidado.

Y la voz vuelve á nacer hermosa, fresca y abundante, con impecable afinación y perfectamente bien timbrada.

Pero lo que más nos sorprende en este excelente cantante es el aplomo con que aborda las más difíciles y complicadas tesituras para barítono, de las que salen airosos solamente los consumados del canto.

A los quince días de volverle la voz, y casi sin ejercicio previo, le hemos oído interpretar notablemente, con dicción clara y correcta, «di provenza il mar» de Traviata; «non t'amo piú» de Tosti; y magistralmente, á la manera de los grandes cantantes, el famoso brindis de Hamlet.

Etchepare canta como lo exige el Arte Soberano: sabe impostar admirablemente y distribuye el matiz con inteligencia y buen gusto. Su dignidad artística es encomiable: jamás recurre á los bajos efectismos, ajustándose severamente á la música. Llega á los agudos sin bruscas transiciones, con inspiración y valentía, encendiéndolos con una sonoridad pasional simpática.

El concierto que con el concurso de algunos aficionados dará este notable cantante, el 8 del corriente mes, en la elegante sala del Instituto Verdi, está llamado á obtener un éxito lisonjero.

REMEMBRANZA

Entonces, cuando era mía,
las flores ¡cuán gratamente
perfumaban el ambiente
allí donde andar solía!

¡Con qué plácida harmonía
cantaba la alada gente!
¡Cómo la luna esplendente
al ver su faz sonreía!

Muertos aquellos amores,
tan dichosos, tan suaves,
fenecida mi fortuna,

ni aromas tienen las flores,
ni dulces trinos las aves,
ni claro esplendor la luna.

F. RODRIGUEZ MARIN.

El Trovero

Para APOLO.

I

Aladas trovas que vais
donde no va el trovador
aladas trovas que vais
diciendo penas de amor,
si encontráis á un rimador
suspirando una canción,
prevenidle la traición,
aladas trovas que vais
donde no va el trovador.

Prevenidle la traición
aladas trovas que vais
diciendo penas de amor,
prevenidle que fiador
no salga de su ilusión,
aladas trovas que vais
donde no va el trovador.

Y si halláis á un tejedor
que con las perlas de Omán
hilvane para su amor,
prevenidle al tejedor
que su Dama no se alcanza,
porque muertos á traición
ha expirado el corazón
y su hermana la esperanza.....

II

Si sabéis de su rigor,
dulces trovas que soñáis
con amor más que con gloria;
si sabéis de su rigor
y sabéis también la historia
que os contara un amador;
dulces trovas, que soñáis
con amor más que con gloria
id, cantando mi dolor......
¡Dulces trovas, porque sois
las penas de un trovador!......

III

Blanca cinta que me atáis
á una ilusión querida,
y que blanda reguardáis
como una venda, la herida,
que una mujer impiadosa
dentro abrió del corazón,
deshojad con mi canción
los pétalos de una rosa......

Y en galante postración
repetid mi juramento,
que si palabras,—el viento
se las lleva, al corazón,
¡Blanca cinta!, vos le atáis
á una ilusión querida,
porque blanda reguardáis
como una venda, una herida.—

Emilio Trias Du Pré.

La eterna mascarada

¡Todo es difraz! Bajo una frente hermosa
descubro un pensamiento pervertido:
allá contemplo un sér empedernido
con tristes ojos y la voz llorosa.

Aquí la corrupción con faz de diosa;
y allá, en risueño y apartado nido
de amores, el rencor vela escondido,
cual víbora en el cáliz de una rosa.

¡Todo es disfraz! Con cara placentera
y en el labio la alegre carcajada
la horrorosa perfidia nos espera.

¡Tuvo siempre el cobarde audaz mirada!
¡Piel sedosa y brillante la pantera;
¡Y resplandores la traidora espada!

MANUEL REINA.

Las funciones de un Gobierno

Son las de un gerente no las de un amo

El Gobierno es el órgano necesario de la sociedad.

Sin la existencia del primero, la segunda no pasaría de ser una abstracción.

La sociedad es el organismo, esto es, la estructura orgánica en que los órganos se encuentran dispuestos para llevar á cabo las funciones vitales; y el Gobierno es el medio ó el instrumento por el cual se llevan á cabo esas funciones.

De aquí se sigue que el gobierno debe corresponder forzosamente á la sociedad que representa, ser una emanación ó una consecuencia lógica de ella, so pena de que haya un desequilibrio entre la parte y el todo, y resulta, por ende, una sociedad enferma, ó un Gobierno morboso

El objeto fundamental de la sociedad es ayudarse mutuamente para el propio desarrollo físico, desarrollo moral é intelectual; y el objeto fundamental del Gobierno es el de ayudar eficazmente á la realización de los propósitos de la sociedad organizada.

Cuando una sociedad no cumple con ese objeto, no tiene razón de ser, y está madura para la esclavitud ó para la conquista.

Cuando un Gobierno tampoco cumple con esa misión, no tiene razón de ser, y resulta inútil, mejor dicho, nocivo.

Sólo á la sociedad corresponde el derecho de dominar por combinación, y no debe consentir jamás, ni por ningún motivo, que uno de sus miembros use del privilegio de ocupar el poder y de usarlo en provecho propio, independiente de los propósitos de la comunidad.

De aquí se sigue que toda oligarquía, y principalmente toda autocracia, sea antisocial, por más que reclame principios de paz, de orden, de regeneración y de progreso, porque nada de eso puede realizarse sin tener la libertad como fundamento, como medio y como fin.

Porque como dice una eminente autoridad norteamericana, toda ley de desarrollo, es una ley de adaptación, una ley para hacer frente á las circunstancias del caso; pero las circunstancias del caso no son por lo que el Gobierno concierne, las circunstancias de cualquier caso individual, sino las circunstancias del caso de la sociedad, las condiciones generales de la organización social.

La sociedad es mucho más vasta y más importante que el Gobierno, como lo es el organismo respecto del órgano; y de ahí se sigue que el Gobierno debe servir á la sociedad, pero que no tiene el derecho de dominarla, porque entonces se convierte en tiranía, cualquiera que sea el pretexto que invoque para su acción detentadora.

Porque no debe perderse de vista que el Gobierno no es ni un principio ni un fin, sino un medio.

No es un principio, porque no es el orígen de la sociedad organizada. No es un fin, porque la sociedad no se ha formado con el objeto de constituir un Gobierno.

Es un medio creado por la sociedad con el exclusivo objeto de que la represente, y honre la dirección de la cosa pública, funcionando conforme á las reglas que le dicte la misma sociedad, es decir, conforme á su constitución política, á fin de que mantenga, defienda y fomente los intereses del organismo en general.

Como consecuencia de estos principios racionales, indiscutibles, no es la sociedad la que debe adaptarse al Gobierno, sino éste á aquéca, estudiando sus necesidades, reconociendo sus anhelos legítimos, y buscando los medios de satisfacer las unas y de realizar los otros; sin que valgan en contra argumentos como la razón de Estado, y otros por el estilo, que más bien que argumentos, son argucias invocadas por el despotismo.

Porque no debe olvidarse que el Estado existe por la voluntad y para el provecho de la sociedad, y no ésta para provecho del Estado.

La acción del Gobierno es dirigente, en la forma; pero en el fondo, ante todo y sobre todo, es cooperativa.

El Gobierno no es más que la gerencia de una sociedad anónima, en la que todos los ciudadanos son accionistas.—El Gobierno dirige los negocios, y lleva la firma de la sociedad, pero con arreglo estricto á la Constitución de la misma, y el provecho exclusivo de ella.

Y todo lo que se haga saliéndose de los límites de la Constitución, es un abuso, y todo lo que haga que no sea en provecho de los intereses sociales, es un fraude.

Estos conceptos no son adaptables sólo á los gobiernos republicanos democráticos, sino á todos hasta las autocracias; pues si es cierto que en éstas no hay ley escrita que limite el poder del autócrata, sí existe la ley sociológica, ineludible y fatal, que exige que se gobierne en provecho de la sociedad, en favor de la cual se ha erigido esa autocracia, porque es irracional presumir que pueda haber un pueblo, ni entre los hotentotes, capaz de constituir un Gobierno para que lo explote, lo mutile y lo mate .

R. DE ZAYAS HENRIQUEZ.

Esperanza

Si élla te ha dicho espera, es necesario
que esperes, corazón! Dolido espera,
y en tu templo de amor el incensario
enciende en un ritual de primavera.

Suficiente no fué que de la altura
épica de mi orgullo te lanzaras,
á llevar á sus pies mi desventura
y á inmolarte en la dicha que soñaras.

Ella estaba tan alta que á tu ofrenda
no le dió asilo en su piedad, ni quiso
abrigar mi dolor bajo su tienda;
¡ suspirado y remoto paraíso!

Mas ya que á tus jardines la esperanza
torna en claro celaje vespertino,
pleno de rosas el cendal, avanza
¡oh noble corazón, á su destino!

Espera, espera hasta morir si quieres
espera hasta morir si es necesario. . .
Celestial entre todas las mujeres
élla, afligido corazón, si mueres
encenderá á tu amor un incensario.

LUIS A. CORREA

Caracas

De Froilán Turcios

A Baudelaire

Satánico poeta, permíteme que äbra
cual si abriese tu espíritu, las páginas fatales
en que va la theoría de tus fúnebres males
entre el himno sonoro de tu ardiente palabra.

Tu polífona frase en el tormento labra
exóticos zafiros y pálidos corales:
forjan tus manos blancas venenosos metales
y tu risa es gemido y tu mueca macabra.

Derrama llanto y sangre tu insólita poesía.
Hieres con tu sarcasmo, matas con tu ironía
y un doloroso tedio tu corazón consume.

Tus sueños son mandrágoras en que anidan serpientes,
mas exhalan tus rimas profundas y dolientes
de rosas y mujeres un cálido perfume!

Ayer murió mi ensueño

Ayer murió mi ensueño cual se esfuma un celaje.
Me impresionó de lejos su sideral figura
y fuí tras el aroma de su extraña hermosura,
y mis ojos amaron su corpiño de encaje.

La distancia embellece el matiz del paisaje
que es una árida estepa sin fulgor ni verdura...
Tal así me sedujo su celeste blancura
y su cándido cuello y el azul de su traje.

Las horas de la tarde pasé ayer á su lado,
de su ignoto perfume sentíme saturado
y luego el casto lirio trocóse en hoja seca...

Oí su risa importuna y su charla incolora...
y me dejó el recuerdo de su faz seductora,
de su cráneo vacío y su alma de muñeca!

El pesimista y el luchador

—Leí en el libro de la vida un triste
Capítulo de horror y desconcierto....
—Pesimista, tu vida es un desierto,
Pero yo amo el oasis que allí existe:

Porque es tu nenia al ideal que ha muerto
El último suspiro que tuviste
Para la humanidad.
—Pero subsiste
Mi corazón—á tu palabra—abierto.

—Pesimista, las luces y las preces
De mi palabra el ánimo iluminan,
Y ya que abierto el corazón me ofreces,

Oye: salta otra vez sobre la arena.
—¿Y si las multitudes me abominan?
—Ríe, el vulgo es feliz con su cadena.

PÉREZ Y CURIS.

Escultores Españoles



JULIO DELGADO TORRES

La primer arruga

Para Apolo.

—Buenos días, tía! gritaron los chicos alrededor de la cama de Eleonora, en alegre alborozo. Buenos días! que los cumplas muy feliz...

—Pero, ¿quién les ha dicho semejante cosa?

—Sí, mamá nos dijo que cumplías cuarenta años, que viniéramos á felicitarte...

—Cuarenta años! murmuró la solterona cubriéndose la cara con las manos como si pretendiera ocultar tan dolorosa verdad. Muchas gracias, queridos, retiraos que aún no me levantaré...

Eleonora era el tipo completo de la belleza andaluza. Hembra de corpulencia estética, de redondeces simétricas. Ojos grandes, negros, coronados por una aureola de violeta tenue, y embellecidos por largas y espesas pestañas, como los ojos, negras. Nariz grande y amplia, armónica, con su boca de gruesos labios. Poseía la convicción de su belleza y daba á su mirar la arrogancia de un ser superior. Tenía un defecto, insignificante, vulgar: 28 años perennes.

Por eso, tan pronto sus sobrinos le participaron la dolorosísima nueva, saltó del lecho cuando se hubieron retirado, y tomando un pequeño espejo que se hallaba sobre el lavatorio, comenzó á examinar su rostro para persuadirse de la veracidad que contenía la noticia.

Sobre su frente, simulando un superficialísimo rasguño, un hilo apenas perceptible interrumpía el delicado glacé de su cutis.

Y pálida, temblando por el terror á la vejez, pasaba su nerviosa mano restregándose la frente, y de nuevo, el hilo cruel, el terrible rasguño, como una acusación implacable y ruda, reaparecía á destruir la delicada suavidad que tantos admiraran.

No, no es posible, murmuraba; debo haber apoyado mal la cabeza durante la noche, sobre algún mechón de cabello quizás, y continuaba restregándose aquella fatal delación de su madurez. Recostóse nuevamente, boca arriba, así la frente en breves momentos recuperaría su delicado glacé.

Mas la intranquilidad que agitaba su espíritu la impulsaba á tomar el espejo cada segundo, y nada, nada, el hilo infame persistía, aumentaba en el estupor que su presencia le causaba.

El pasado acudió á su memoria.

Recién aun había asistido á una fiesta, y su presencia, como siempre, provocó el murmullo de sus incansables admiradores. Ahora este recuerdo, solo constituía una desesperación en su vida.

Ah! la fatalidad del tiempo!... murmuró. Y tornándose roja, muy roja, pensando en sus victorias de veinte años en las exhibiciones de bellezas, dejó caer el espejo, enrollándose en las cobijas hasta cubrir la cabeza.

Dos días permaneció sin poder abandonar la cama donde tantos ensueños había gozado después de cada triunfo en los salones que frecuentaba. Dos días, en que la arruga se pronunció como inexorable acusación de su vejez, abatiendo su ánimo, borrando de sus labios aquella sonrisa que solo decía de su intensa felicidad.

Jamás el perfume de sus carnes, volvió á embellecer el ambiente de los salones...

Sólo quedó, como recuerdo de su paso por ellos, la eterna pregunta sin respuesta: ¿por qué?... ¿por qué?...

MARCOS FROMENT.

Así es

Para APOLO.

A César Borja.

Recibir del dolor el duro embate
con alma varonil y fe valiente,
sonreir al destino indiferente
cuando más ciego su furor desate;

Tener esa altivez que no se abate
para azotar del criminal la frente;
ostentar sobre el yelmo refulgente
la divisa de fuego del combate;

Es luchar como bueno en la batalla;
enrojecer el odio como hierro
para marcar el rostro á la canalla;

Y si Tebas ó Roma nos olvida,
ser grande como Edipo en el destierro;
¡ó despreciar como Catón la vida!

C. F. GRANADO G.

Del libro «Hojas al Viento»

Flor de loto

Y no entiendo el amor; á veces me parece que el amor no ha existido y que es un egoísmo propio del corazón. ¡Yo fuí amado también, como en el mundo han sido amados otros muchos, mas sólo mi amor fué una efímera flor que, al soplo del destino, marchitada cayó.... La triste flor de loto reemplazó á la de amor, y el tiempo hoy ha borrado del alma que me amó, el cariño inmaculado que pasó. ¿Es verdad el amor? El amor no ha existido en otro corazón que no sea el mío. . y si existió, como todo, ha pasado, como pasa el riachuelo por la arena para perderse en el lejano mar.... Y tan sólo en esta alma traidora, el amor no se extinguió: ya mi amada no me ama, la fé en mi amor perdió, mas yo la seguiré adorando, que su amor para mí no ha sido flor de olvido, sino cariño inmenso, indefinido, que hoy para siempre ya mi corazón perdió....!

ENRIQUE HEINE.

Tú mi viejo rosal...

Para Apolo.

Como un pastor galante de los tiempos ducales
por los prados azules, iba guiando el cefiro
las nubes, en aprisco de corderos pascuales
y era dulce el crepúsculo como un largo suspiro.

Con el vuelo del pájaro y la voz de la fuente
el jardín se poblaba de sonrisas paganas,
como en esas antiguas églogas italianas
donde las flautas hablan serenísimamente.

Los ojos dilatados en húmeda amplitud,
dándome con tus manos toda tu juventud,
me hablaste con un ritmo pacífico y zahareño, . .

y tus frescas palabras, canto primaveral,
se quedaron colgadas de mi viejo rosal
como rosas enormes . . . abrumadas de Sueño . . .

Fernán FÈLIX DE AMADOR.

Paris, Setiembre MCMX

En el baile

Para Apolo.

Cien miradas lujuriosas por la sala se difunden;
Las bocas tejen su risa debajo de la careta,
Nadie calla, todos gritan y los gritos se confunden
Con la orquesta diminuta que una mazurca interpreta

Al saltar de los tapones corre el vino por la mesa;
Luego, manos como lirios alzan copas de cristal;
El mareo sube, sube, y al llegar á la cabeza
Se desata la cascada de la risa artificial.

Luego se calla la orquesta, niegan su luz las bobinas;
Se acabó la mascarada y nobles y campesinas
En un connubio de estirpes se hablan de amor con pasión

Y las bocas parloteras que al besarse se devoran
Al traducir las ideas que las mentes elaboran
Dicen quedo á los oídos frases de doble intención.

Fernando SILVA VALDÉS.

El viento Nocturno

El viento nocturno ha venido á decirme cosas muy tristes— murmuró el pobre hombre, mirándome extrañamente con sus míseros ojos de alcohólico. Lo sabe todo.... el raudo viento de la noche. En los pliegues sutiles de su ráfaga sonora, como sobre las alas de un pájaro hiperbóreo, vaga el alma misteriosa del futuro. El dice con su voz inmortal la historia de los siglos remotos y predice el porvenir á los hombres señalados por el dedo del aleve destino. El sabe el secreto de las hondas melodías y de las palabras mortuorias. Anoche, mientras soñaba inefablemente con unos ojos claros y distantes, me despertó el viento helado con un rumor de seda que cruje y con una caricia gélida y fugaz. Sentí sobre mi el frío de una lápida y me imaginé que bajo de ella todos mis pensamientos estaban muertos. Y fué entonces cuando oyó mi espíritu aquellas cosastan tristes y profundas.

Yo pregunté al miserable.

—¿Y que os dijo el fúnebre viento?

—No lo podré decir ahora, señor — contestó palideciendo, Son cosas que me hacen delirar.... Son cosas de la otra vida. Ni el agua del surtidor en las altas horas del plenilunio, ni el murmullo de los sauces en las necrópolis desiertas, ni los extraños rumores que en las leianías surgen de las sombras profundas, pueden poner en un espíritu visionario el terror que en mí produce ese ligero ruido metálico del vientecillo nocturno.... En fin, os haré, en parte, la confidencia trágica.....¿Veís mi cuerpo, mi cabeza, mi boca, mis ojos? Pues bien, dentro de algunos meses todo esto no será sinó un montón de tierra. El viento me dijo: «Pronto dormirás en la tumba» Y he aquí que tengo miedo de mi propio esqueleto.

La media noche sonó en la catedral. Una ráfaga de viento hizo vibrar las veletas del campanario. A la luz de la lámpara vi--mientras cruzaba mi cuerpo un escalofrío--vi durante un segundo, sobre los hombros del atormentado, una calavera amarilla que haciendo una horrible mueca, sonrió espantosamente.

FROILAN TURCIOS.

Galería de artistas



SEÑOR ALMEIDA CRUZ

¡Poeta yo!

Llamarme á mí con el mismo nombre con que los hombres han llamado á Esquilo, á Homero, al Dante, á Shakespeare, á Shelley... ¡Qué profanación y qué error.....! Lo que me hizo escribir unos versos fué que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como lo son todas las mías; que esas emociones subsistieron por largo tiempo en mí espíritu, se impregnaron de mi sensibilidad y se convirtieron en estrofas. Uno no hace los versos: se hacen dentro de úno, y salen. . . . . El que menos ilusiones puede forjarse respecto del valor artístico de mi obra, soy yo mismo.

Viví unos meses, con la imaginación en la Grecia de Pericles; sentí la belleza noble y sana del Arte Heleno con todo el entusiasmo de los veinte años y bajo esas impresiones escribí los *Poemas Paganos*; de un lluvioso otoño, pasado en el campo, le yendo á Leopardi y Antero de Quenthal, salió la serie de sonetos que llamé después *Las Almas Muertas;* en los *Días Diáfanos*, cualquier lector inteligente adivina la influencia de los místicos españoles del siglo XVI; y mi obra maestra, los tales *Poemas de la Carne*, que forman parte de los *Cantos del más allá*, que me han valido la admiración de los críticos de tres al cuarto, y cuatro ó seis imitadores grotescos, ¡qué otra cosa son sino una tentativa mediocre para decir en nuestro idioma adorable, las sensaciones mórbidas y los sentimientos complicados que en formas perfectas expresan en los suyos Baudelaire, Rosetti, Verlaine y Swinburne?. . . . .

¡No, Dios mío: yo no soy poeta. . . . . . Soñaba antes, y sueño todavía, á veces, en adueñarme de la forma, en forjar estrofas que sugieran mil cosas obscuras que siento bullir dentro de mí mismo, y que quizá valdrían la pena de decirlas; pero no puedo consagrarme á eso. . . . . .

¡Poeta! Puede ser. . . . . . Ese tiquete fué el que me tocó en la clasificación. Para el público hay que ser algo. Póneles el vulgo nombre á las cosas, para poderlas decir, y pega tiquetes á los individuos, para poderlos clasificar. Después, el hombre cambia de alma, pero le queda el rótulo. Publiqué un tomo de malos versos á los veinte años, y se vendió mucho; otro, de versos regulares, á los veinte y ocho, y no se vendió nada. Me llamaron *poeta* desde el primero; después del segundo no he vuelto á escribir ni una línea y he hecho nueve oficios diferentes. Y, á pesar de eso, llevo todavía el tiquete pegado, como un envase qne al estrenarlo en la farmacia contuvo *mirra,* y que más tarde, lleno por dentro de cantáridas, de linaza ó de opio, ostenta por fuera el nombre de la balsámica goma.

¡Poeta! Pero nó; no son las facultades analíticas la razón íntima de mi esterilidad. . . . . . Es que, como me fascina y me atrae la Poesía, así todo me atrae y me fascina irresistiblemente: todas las Artes, todas las Ciencias, la política, la especulación, el lujo, los placeres, el misticismo,

el amor, la guerra: todas las formas de la actividad humana, todas las formas de la vida; la misma vida material, las mismas sensaciones, que por una exigencia de mis sentidos necesito de día en día más intensas y más delicadas.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Un sueño

De Gabriel D'Annunzio.

Estaba muerta, sin calor. La herida
era visible apenas en el flanco:
¡estrecha fuga para tanta vida!

El lienzo funeral no era más blanco
que el cadáver. Jamás humana cosa
verá el ojo más blanco que aquel blanco.

Ardía Primavera impetüosa
los cristales, do cínifes inermes
golpeaban con él ala rumorosa...

Huyó de ella el calor. Yo dije ¿duermes?
Con un salvaje sonreír violento
más cerca repetíle: ¿Duermes? ¿Duermes?

¿Duermes?, y al recordar que aquel acento
no era el mío, me crispo de pavura.
Escuché. Ni un murmullo, ni un acento.

Cautivo de la roja arquitectura,
se dilataba en el bochorno un fuerte
olor á destapada sepultura.

El hálito invisible de la muerte
me estaba sofocando en la cerrada
habitación. A la mujer inerte,

¿duermes? le dije, ¿duermes? Nada, nada.
El lienzo funeral no era más blanco.
Sobre la tierra de los hombres, nada
verá el ojo más blanco que aquel blanco.

GUILLERMO VALENCIA.

Ada Negri

Fragmentos de un juicio crítico

Pocas figuras como la de esta escritora son interesantes y simpáticas en el conjunto general de una literatura.

El nombre de Ada Negri sale afuera del vaso cincelado, repujado, incrustado y doloroso de la actualidad literaria italiana, como un ramo de rosas blancas, olvidado por una mano aturdida en una estancia largo tiempo cerrada, con atmósfera artificial, rincones de penumbra sabia, muebles profundos y biombos y bandejas de nácares y laca.

Vino Ada Negri á plena celebridad de vida literaria no hace todavía muchos años (unos 15 á lo sumo), y fué de esta manera:

Publican los editores Fratelli Treves, de Milán, una revista literaria que lleva el nombre de *L'illustrazione Popolare*.

En las páginas mediocres y corrientes de esta ilustración comenzaron á aparecer, con cierta asiduidad, versos de una exquisita sinceridad doliente, que firmaba una pobre maestra de Escuela, enterrada en Motta-Visconti un burgo (borgado) de la áspera Lombardía.

Decían aquellos versos, con una transparencia de estilo que se recogía humilde para dar paso al sentimiento doloroso y abundante, la fatalidad menudamente trágica de una alma generosa y grande, condenada á vivir en la monotonía, la inacción y la miseria.

La maestra de Escuela de Motta-Visconti era Ada Negri.

El alma italiana recogió con simpatía larga y conmovida las lágrimas sinceras de sus versos. La mujer había triunfado, abriendo con sus manos débiles y humildes el camino de gloria á la escritora. Lo que tal vez no habían logrado apóstrofes valientes, lo alcanzaron unas pocas lágrimas.

El alma generosa y buena de Ada Negri, tan limpiamente reflejada en el agua casta de un estilo, obligó á volver la cara á la gente distraída que, en la fiebre moderna do la vida tumultuosa, no está hecha á la ternura de una voz tan fresca, tan graciosamente dolorida, tan sencillamente sincera.

Los hermanos Treves llamaron á Milán á la escritora. Las poesías publicadas en *L'Illustrazione* fueron recogidas en un tomo elegante de esta casa editora. Ada Negri les dió el título general de «Fatalitá», y el libro alcanzó rápidamente la décima quinta edición.

Hoy Ada Negri es la figura más graciosa y más amable de las letras italianas.

E. MARQUINA.

PRELUDIO INTERNO

Ilusión que ya duermes en el alma
el apacible sueño de la muerte:
Duerme tranquila, que mi amor te guarda
como guarda la tierra la simienta.
Germinarás bajo la luz extraña
de la estrella sombría de mi suerte;
En el mutismo de mi vida, nada
podrá turbar tu gestación silente.

Serás gala de verdes ramazones
y de lozana floración eterna,
si te nutres de savia de dolores:
Fijando tu mirífica raigambre,
como maraña de intrincadas sierpes
en las desolaciones de mi alma...

JUAN SERRANO.

Maraña, 1910.

Enrique de Mesa—ANDANZAS SERRANAS, pesos 0.50 . .

Condesa de Pardo Bazán:

LA LITERATURA FRANCESA MODERNA—EL ROMANTICISMO. pesos 1.00 . . . .
CUENTOS DE AMOR pesos 0.90 . . . .
LA QUIMERA (novela), pesos 1.25 . . . .
CUENTOS NUEVOS, pesos 0.90. . . . .
DULCE DUEÑO (novela), pesos 0.90. . . . .

Ramón Pérez de Ayala—A. M. D. G. (*La vida en los Colegios de Jesuítas*, (novela), pesos 0.90. . . . .

Alejandro Pérez Lugín (Don Pío)—EL LIBRO DE GALLITO, pesos 0.90 . . . .

José María Salaverría—LAS SOMBRAS DE LOYOLA, pesos 0.90 .

R. Sánchez Díaz—JESÚS EN LA FÁBRICA (novela), pesos 0.90

Alejandro Sawa—ILUMINACIONES EN LA SOMBRA, pesos 0.90.

Ricardo Torres (Bombita)—INTIMIDADES TAURINAS Y EL ARTE DE TOREAR, pesos 0.90 . . . .

Felipe Trigo:

LAS INGÉNUAS (novela), 2 tomos, pesos 1.75. . . . . . .
LA SED DE AMAR (novela), pesos 0.90. . . . .
ALMA EN LOS LABIOS (novela), pesos 0.90. . . . . . .
DEL FRIO AL FUEGO (novela), pesos 0.90 . . . .
LA ALTISIMA (novela), pesos 0.90. . . . .
LA BRUTA (novela), pesos 0.90. . . . .
LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA—REVELADORAS—LO IRREPARABLE (tres novelas), pesos 0.90. . . . .
SOR DEMONIO (novela), pesos 0.90. . . . .
EN LA CARRERA (novela), pesos 0.90. . . . .
CUENTOS INGENUOS, pesos 0.50 . . . .
LA CLAVE (novela), pesos 0.90. . . . .
SOCIALISMO INDIVIDUALISTA, pesos 0.90. . . . . . .
EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS, pesos 0.90 . . . .
LAS EVAS DEL PARAISO (novela), pesos 0.90 . . . . . .
EL MEDICO RURAL (novela), pesos 0.90. . . . .
LAS POSADAS DEL AMOR (novelas cortas), pesos 0.90. . . . .

Miguel de Unamuno:

MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS, pesos 0.90. . . . .
POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA, pesos 0.90. . . .

Francisco Villaespesa—BAJO LA LLUVIA (poesias), pesos 0.90 .

A. Vivero y A. de la Villa—COMO CAE UN TRONO—*La revolución en Portugal*, pesos 0.90. . . . .

Eduardo Zamacois—EL OTRO (novela), pesos 0.90 . .

Imprenta La Rural, de Miguel y Fco. Ramos, calle Florida números 84 y 92.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador: LUIS PÉREZ	Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI — Montevideo, Mayo de 1911 — N.° 51

Es el beso un Mesías...

Bendigo el labio de una mujer, un solo beso
Suyo volvió á mi espíritu la perdida esperanza.

Humanizando el beso la Natura sonríe
Doquiera: en la amplia ola que suspira en la playa,
En el viento voluble que columpia los árboles
Y en la flor y el rocío que por su faz resbala.

El sol — á cuyo asomo florece el beso - alumbra
Con su sonrisa enorme la mísera boharda
Del último bohemio, la mansión del magnate,
El lecho del ilota y el palacio del sátrapa.

Amor alienta en todos los seres animados;
Las cosas que palpitan impetran la fragancia
De un beso que las mueva febril é intensamente,
Ya al alborear la vida, ya á la luz tramontana.

La ley inexorable del instinto nos rige;
Vínculos y coyundas nuestra existencia atan;
Quien va contra el instinto niega los atributos
De la naturaleza majestuosa y preclara.

El beso es la simiente del amor; la inocencia
De la adorable virgen con inquietud lo aguarda.
Madrigal del instinto,
Es el beso un Mesías que redime á las almas.

PÉREZ y CURIS.

Pórtico de "El Poema de los Besos"

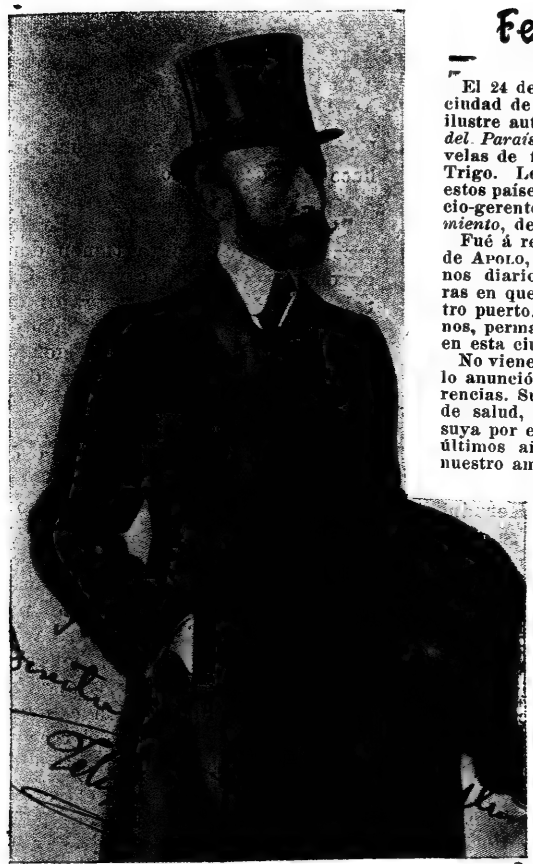
Films de la Corte

Son como los dióscuros. Son consonantes. Su fraternidad es gloriosa y provechosa. Son gentiles y jóvenes. Son los hermanos andaluces, los hermanos Alvarez Quintero, cuyo nombre es conocido y cuyas obras teatrales son aplaudidas, en España, en América y en Italia. La famosa consagración parisiense no ha llegado todavía, y ésta será difícil, dado que en París la importación española es muy limitada y arreglada «ad usum», y en particular, la andaluza. Allí se fabrica el jerez y el málaga; se da por compatriota de Salvador Rueda á la Otero, que es gallega aclimatada en Lutecia; y cuando se representa una pieza en que haya canto y baite jondos, para que el color local sea innegable, ella es escrita por algún colaborador de *Le Temps* ó de *La Vie Parisienne*, y bailada por Mlle. Polaire, argelina del bulevard. Y la influencia bulevardiera llega hasta Madrid. El señor Villegas, discreto escritor, que firma Zeda en *La Época*, que no es modernista y bien pudiera ser académico, traduce á Séneca, ese andaluz-romano, en este semifrancés: «Aquél es feliz, y sabe gozar de la vida, que espera el mañana sin inquietud.»

Los hermanos Alvarez Quintero, sevillanos, son proveedores de alegría andaluza. Recientes investigadores han querido demostrar que, contra la arraigada creencia, Andalucía no es alegre, sino triste. Para esto se hace notar la negrura de ciertas pasiones y melancolías, las puñalaítas en coplas y en veras, y lo mucho que se habla en verso de la tumba, de la madrecita, y del hospital. Andalucía no es ni alegre, ni triste. Es, como todas las regiones, según el color del ánimo con que se mira. En Málaga, en Córdoba, en Granada, hay, como en todas partes, gentes, paisajes y horas de sol ó de penumbra. Claro que junto á un carmen hay más ambiente de alegría que junto á un fiord; pero de alegría meridional. Todo es relativo. Tengo un amigo londinense que traduce el mundo en sanas jovialidades y danza unas gigas portentosas. En cambio otro amigo, el lírico Juan R. Jiménez, que es de la solar Andalucía, se asemeja á un ciprés nocturno con un ruiseñor lunar en la cima. Los Alvarez Quintero prefieren las visiones de gozo y observan y extraen de la realidad sus personajes con un propósito optimista, haciendo ver la existencia como una felicidad en la mejor de las Andalucías posibles. El escenario es siempre sevillano, puesto que es el que mejor conocen. No había de poner matas de claveles en Christianía ó en Stockolmo. En Sevilla nadie pide el sol. Ellos lo dan dialogado, lo reportan, y extraen de él considerables rentas. Todo lo cual les produce un excelente estado fisiológico, y, por consiguiente, casi la felicidad. De algo de ella le somos deudores los que acudimos á sus obras después de largas intoxicaciones nórdicas. Son unos bienhechores. Son de los que hacen ver bueno el vivir. Ya que vivimos, creedme, esto es lo que más nos conviene. Lo demás es buscarle cinco pies á la Esfinge.

Los hermanos andaluces que tanto animan y coloran las psiquis más bien inclinadas á lo gris, deben estar satisfechos de su obra.

RUBÉN DARIO.



Felipe Trigo

El 24 del corriente llegó á nuestra ciudad de paso para Buenos Aires, el ilustre autor de *La Clave, Las Evas del Paraíso*, *Sor Demonio* y otras novelas de fina psicología, don Felipe Trigo. Le acompaña en su viaje por estos países el señor Ruiz Castillo, socio-gerente de la *Biblioteca Renacimiento*, de Madrid.

Fué á recibirlos, á bordo el director de APOLO, quien los presentó á algunos diarios de ésta, en las breves horas en que el vapor se detuvo en nuestro puerto. Pronto volverán á visitarnos, permaneciendo unos quince días en esta ciudad.

No viene Felipe Trigo, como alguien lo anunció, con el objeto de dar conferencias. Su viaje responde á motivos de salud, quebrantada como está la suya por el exceso de labor en estos últimos años. No obstante observará nuestro ambiente y el de los países vecinos, reuniendo materiales para una próxima obra de mucho aliento, que devorarán con ansia sus numerosos lectores de América.

De un grupo de escritores y admiradores que aquí tiene el novelista, ha surgido la idea de obsequiarle con un banquete que se realizará en la primera quincena del mes entrante Se reciben adhesiones en la Librería «Mercurio», Sarandí 240.

El señor Ruiz Castillo viene á estudiar el movimiento librero en esta parte del continente para propender luego, con eficacia. á la difusión del libro español La casa que representa (*Biblioteca Renacimiento*) es la que ha emprendido con más acierto la ardua tarea editorial, presentando obras de las más autorizadas firmas hispanas en volúmenes elegantísimos de impresión nítida y con magníficas portadas en colores, que son verdaderas obras de arte.

Deseamos á los viajeros amigos muy grata permanencia entre nosotros.

Nuestros agentes en el exterior

Participamos á nuestros lectores de la Argentina que desde esta fecha es nuestro corresponsal y agente en aquella República, para la Región Cuyo, el joven escritor Eduardo Arancet, radicado en Mendoza.

El señor Arancet es un elemento activo, que dedicará sus esfuerzos al intercambio intelectual de las provincias andinas con este país.

En nuestros próximos números publicaremos colaboración inédita del nuevo corresponsal y de algunos intelectuales de Mendoza, San Luis y San Juan, que son desconocidos para nosotros no obstante su cultura artística y su bello talento.

Teatros y artistas

Solís—Con el éxito acostumbrado ha dado término á su fructífera temporada en nuestro primer coliseo la prestigiosa compañía de opereta dirigida por Ettore Vitale. En breve debutará en este teatro una gran compañía de opereta española bajo la dirección artística del ilustre literato y sainetista don José López Silva. He aquí el elenco de dicha compañía: Tiples: Anita Hernández, Asunción Nadal, Amparo Taberner, Dora Herrero, María Silvestre, Luisa Camps, María Hernández. Caballeros cantantes: Joaquín Nadal, Manuel Fernández, Valentín González, Eugenio Casals, Antonio Martínez, Jaime Rojas, Manuel López, Antonio Robles, Pepe Giménez, Manuel Diego, Mauricio Martínez. Maestros directores y concertadores: Prudencio Muñoz, Jaime Pascual. Banda de Cornetas: señoritas Niebla, Quintana, García, Palacios, Reyes, Liñan, Sofía, Díaz y Paquita. Gran masa de coro de señoras y caballeros.

Urquiza—La troupe liliputiense de ópera que actúa en este teatro y que tiene por director al paciente maestro Guerra, se desempeña á las mil maravillas. Hay que ver con qué gravedad cantan y gesticulan estos precoces artistas. La curiosidad por ver como se arreglan los chicos para desempeñarse solos en la escena, ha dado motivo para que el público acuda numeroso á cada función anunciada. La temporada toca ya á su término. Próximamente ocupará el teatro de la calle Andes una excelente compañía de drama italiana, en la que figura el notable actor Zago, de quien la crítica europea hace grandes elogios.

Politeama—Los amantes de las sensaciones fuertes ya tienen donde entretenerse. La compañía Garalt, que es muy discreta, es especialista en la representación de piezas del espeluznante género guignolesco, de comedias y dramas policiales, melodramas, etc. Los éxitos mayores de la temporada han sido: «La diadema de la princesa», El vendedor de cadáveres», «La mano del mono», «El otro», etc., etc.

Cibils — Este antiguo teatro, completamente rejuvenecido por obra y gracia de su empresario, el señor Dámaso Sierra, ha recobrado su merecido prestigio, debido al cuidado y selección con que las obras son puestas en escena. Ahí está fresco en la memoria de todos el recuerdo de la brillante actuación de la opereta «Lahoz».

La compañía del veterano Salvany, que actualmente funciona en este bonito teatro, se esmera en ofrecer al público espectáculos altamente morales y amenos, con lujo de decoraciones y vestuarios. «La princesa de los dollares», «La casa de los enredos» y «Después del matrimonio», constituyen los últimos éxitos de esta compañía, que tiene como principales figuras á las simpáticas tiples Irma Gásperis de Salvany y Pilar Madorell, y como primeros actores á Salvany y Robles. La empresa de este teatro anuncia para muy pronto el debut de la compañía dramática española que tiene á su frente al notable actor Carre-

a

Emilio
tor, intérpre
veneciano, de
rriente en el te
frente de una gran
mica, en la que figuran
meras actrices señoras Amalia Borisi, Giselda Gasparini y Yole Sclanizza. De él, dice la crítica europa que es un maravilloso y fino artista, que posee el don de reproducir con exactitud el tipo que representa, armonizando, simultáneamente, la palabra con el gesto, poniendo en su rostro expresivo al pensamiento en relieve. Es hijo de Venecia, á la que ama con ardor, y la conoce, y la estudia, y la reproduce en toda su gloria, en toda su humildad, en toda su degeneración. Su repertorio es extenso, formando parte todas las obras maestras de Goldoni, Jacinto Gallina y demás comedias originales venecianas. En

ra
en el teatro
funciones, para
ecretaría de dicho
ierto el abono que se
iendo rápidamente. En
temporada se representará
sabeau», última producción del ilustre maestro Mascagni, escrita para ser estrenada como primicia ante los públicos rioplatenses; y «Morgana», del autor nacional Rafael De-Miero, que se pondrá en escena en la gran función de gala á verificarse el 25 de Agosto.

Titta Ruffo, Bonci, Barrientos y De Luca—Estos cuatro célebres artistas líricos forman en primer término en el elenco artístico de la compañía de ópera que á fines de Agosto debutará en el teatro Urquiza, donde en breve se abrirá el abono, estableciéndose, además, la fecha del debut y el número de representaciones á darse.

RAÚL WIDRE.

[redacted]

Para APOLO.

Ya sabes que te guardo de amor todos mis fuegos.
Quisiera, para hacerte sentir yo sus ardores,
Como la Venus Cipria de los antiguos griegos
Desnuda acariciarte en un lecho de flores.

Los goces que he de darte al enlazarnos ciegos
Sobre el triclinio muelle, serán mucho mayores
Y, del amor oculto en los lascivos juegos,
Más cálida la gesta tendrás de mis amores.

Será tentar la blanca carne de tus caderas;
Será besar el lila color de tus ojeras
Y acariciar tus senos que erectan su botón.

Será posar gran beso de amor sobre la ardiente
Múrice de los labios de tu boca riente,
En un espasmo loco de erótica pasión!

ADRIANO M. AGUIAR.

Mayo 1911



ALCIRA OLIVERA

Es para tu dolor...

Ya que no puedo remediar dolores
y escalar me es vedado tu prisión,
deja que mi canción
diga amores.

Quizá se alivie tu pasión secreta
Si escuchas en la reja del torreón,
cantar al corazón
de tu poeta

Y es para tu dolor, oh; doña Elvira!
que escancio en copa de oro el dulce vino,
que te ofrenda este trino
de mi lira.

EMILIO TRÍAS DU PRÉ.

El retrato ovalado

El castillo en el cual mi criado prefirió penetrar á la fuerza antes que dejarme á campo raso, mal herido y exangüe como yo estaba, tenía la grandeza algo melancólica de las viejas mansiones de los Apeninos. Sus almenas derruídas y sus baluartes ruinosos evocaban la lectura de ciertas novelas de Mistres Radcliffe.

Sin duda, huyendo de nuestro ejército, sus dueños lo habían abandonado hacía muy poco, sin tener tiempo para llevarse otra cosa que sus alhajas, y dejando todo el mobiliario antiguo y rico.

Yo me instalé en una cámara del ala izquierda del castillo, decorada, aunque lujosamente, con gran sencillez. Sobre la regia tapicería que cubría las paredes destacábanse gloriosas panoplias y nobles trofeos heráldicos entre algunas pinturas modernas encuadradas en tallados y ricos marcos de oro. En el delirio que me produjo la fiebre, recuerdo que llegué á interesarme por aquellas pinturas, las cuales no sólo ocupaban la parte central de los testeros, sino numerosos ángulos entrantes que describía la extraña y complicada arquitectura. Así es que, conociendo yo mi facilidad para el insomnio, ordené á mi criado que descorriese las grandes cortinas de terciopelo, franjeadas de oro que cubrían el lecho para poder disfrutar de la contemplación de los cuadros.

Encendí varias bujías de un fino candelero antiguo, y cuando me disponía á desnudarme, hallé bajo las almohadas un pequeño libro, en el cual estaban enumeradas prolijamente las obras de arte que contenía la señorial mansión abandonada.

Entre los cuadros veíanse algunos representando viejos nobles, muertos hidalgos, cancilleres, guerreros ilustres..., y las horas me parecían rápidas en aquella compañía muda y gloriosa. Sería cerca de media noche cuando, al ir á sustituir una de las velas que ya amenazaba extinguirse, merced á un movimiento torpe hice oscilar el candelabro, y extendiéndose la luminosidad, llegó hasta un rincón de la estancia que, oculto á mi vista por una de las columnas del lecho, había hasta entonces permanecido en la sombra. Despierta mi curiosidad por aquel incidente, atrajo mi atención una pintura en la cual talvez no me hubiera nunca fijado.

Era un cuadro oval, de marco severo y valioso, al que asomaba su busto una joven pálida y ya núbil. Lo miré con indiferencia; pero después de una ojeada rápida cerré los ojos repentinamente, sin saber por qué, aunque obedeciendo á una voluntad resuelta é imperativa. Yo quería darme exacta cuenta del origen de aquel fenómeno, y averiguar dónde radicaba y cuál era la razón que me obligaba á cerrar los párpados; pero concluí por responderme con un movimiento equívoco, tal vez para dar lugar á un nuevo examen razonado que calmase la inquietud de mi alma.

Después de algunos minutos, haciendo gran acopio de energía, torné á fijarme en la pintura.

Entonces ya no pude achacar á debilidad ó alucinación el efecto extraño que me produjo el ova-

lado lienzo. La luz lo iluminaba totalmente, y la mujer asomada al marco de ébano parecía mirarme fijamente con sus grandes ojos soñadores y tristes.

Apenas lo hube mirado con atención, reconocí por la factura el estilo de Sully en sus mejores composiciones. Los tonos acerados del pelo y los marfileños de los brazos y la garganta, se fundían armoniosamente con la vaga media tinta que servía de fondo, dando al retrato una entonación sombría, realzada por el color del marco, cincelado y dorado al gusto morisco.

Tenía la seguridad de encontrarme frente á una obra maestra; y, sin embargo, me parecía que la emoción extraordinaria de que me hallaba poseído no provenía del talento del artista ni de la belleza inmortal de la retratada. Tampoco podía creer que mi imaginación, extraviada por la falta de reposo y por la somnolencia, hubiese juzgado aparición real aquella melancólica y dulce figura, pues el carácter del dibujo, el inconfundible estilo de viñeta y la magnificencia del marco, en seguida hubieran disipado mi calenturienta ficción. ¿Qué motivaba, entonces, la indefinible sensación que me producía?

Mientras reflexionaba, siempre dubitativo, no dejé ni un momento de contemplar el retrato. Tal vez duró aquella agradable tortura imaginativa una hora entera; pero al fin logré descubrir el secreto de la emoción que me causaba. El encanto de la pintura no residía en determinada facción, sino en su expresión vital, absolutamente adecuada á la misma vida; en una rara espiritualidad latente en toda la figura; existencia activa é inmortal, que primero me había hecho estremecer, y después me había confundido.

Obligado por la misma imperativa voluntad, volví á colocar el candelabro en su posición primitiva, lleno aún de un espanto respetuoso. La pintura volvió á dormirse en la penumbra, y aún en ella refulgía la mirada inextinguible de aquellos ojos melancólicos. Entonces abrí el libro que contenía la leyenda de todas las obras, y ávidamente leí en él la vaga y extraña narración que transcribo.

Era una joven de peregrina belleza, que á este encanto unía el de su carácter inquieto, amigo de la alegría y de luz. ¡Maldito el día en que amó y contrajo nupcias con el pintor apasionado y triste que adornaba su arte sobre todas las cosas de la Tierra! Ella, figulina loca y amable recha de sol y de sonrisas, ponía un foco de amor en todo, menos en el arte, su rival, y odiaba paleta y pinceles porque le hurtaban el cariño de su querido artista. Juzgad cuán grande sería su tristeza cuando su esposo manifestó el deseo de hacer su retrato. Pobre figulina, pletórica de pasión humana! Humilde y obediente, durante semanas enteras se colocó con resignación en la alta cámara de la torre, envuelta en la tibia luz cenital que caía pálida del techo, y su esposo trabajaba febrilmente, casi sin hablarle nunca, sólo preocupado con aquel retrato, que sintetizaba toda su pasión de artista ambicioso .

El hombre, extrañamente apasionado, lleno siempre de ensueños profundos, no reparaba en que la escasa luz, filtrada tristemente por la cristalería de la torre, consumía la salud de su esposa, que se debiliaba y languidecía á me-

dida que avanzaba la ejecución del retrato. Todos notaban esto, y no atreviéndose á decirlo á él, advertíanselo solícitos á la modelo. Pero ella sonreía siempre, sin exhalar una sola queja, prefiriéndolo todo á turbar el placer del artista, que pintaba día y noche sin comprender el sacrificio de la mujer que le amaba tanto. Los visitantes hablaban muy bajo del parecido maravilloso como de una doble prueba del genio del pintor y de su cariño hacia la mujer. Pero más tarde, cuando el retrato casi tocaba á su fin, no se admitió á persona alguna en la torre. Absorto en su obra, él no separaba la vista del cuadro ni aún para fijarse en su esposa. ¡Pobre figulina, hecha de dolor y de sonrisas! ¡No veía que los colores que poiban desapareciendo de las mejillas nía sobre las mejillas del lienzo verdaderas!

Cuando después de muchos días de vigilia no faltaba más que dar un toque de púrpura en la boca y una sombra azulada bajo los ojos, el espíritu de la joven palpitaba aún como la llama de una lámpara, y entonces el carmín y la sombra fueron dados. Durante unos momentos el artista permaneció en éxtasis delante de su obra; luego, palideció de entusiasmo, y al fin gritó con voz apasionada y vibrante:—¡Es colosal! Tiene todo tu espíritu y toda tu vida!

Y se volvió para dar un beso á su esposa.

Pero su esposa estaba muerta.

EDGAR POE.

Flor Argentina

¿De dónde viene aquella maravillosa, aquella
que cuando pasa, á paso de reina diosa va?
¿De Viena? Acaso..¿Acaso de Sevilla ó Marsella?
Acaso..., pues su imperio doquiera imperará.

Es la flor de Argentina, divinamente bella,
azucena del Plata, rosa del Paraná,
y que siempre aparece con su fulgor de estrella,
ya la pinte Boldini ó De la Gandará......

Ella es la que á las reinas del gran París emula,
pues como ellas encanta y sonríe y ondula;
y cual dea transforma, al golpe de su pié,

en primavera pura un triste otoño enfermo,
en el Bois de Boulogne el Bosque de Palermo.
Y la calle Florida en la rue de la Paix!

Rubén DARÍO.

París, 1911



NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

LA FELICIDAD

De una espesa selva salióle al camino un viejo ermitaño á un joven cazador, y con voz temblona le interrogó así:

Oh, mozo blanco, de ojos verdes y apacibles, detén tu paso. ¿A dónde te diriges?

—Al punto de mi felicidad,

—Pues mira, toma esta vereda de la izquierda y te vas, te vas hasta topar con aquella sierra donde ya se va ocultando el sol, subes á ella, bajas á un gran valle; tomas luego á la derecha, al lado donde el sol sale y verás, á lo lejos, una sierra muy alta, sube hasta la cumbre; no importa que te tardes un día entero y una noche; pero allá, en lo más alto de esa sierra encontrarás una fuente y al pie de la fuente un árbol. Sin probar el agua de la fuente, aunque la sed esté consumiendo tu sangre, tomas de ella en la cuenca de tus manos y la llevas al pie del árbol hasta humedecer sus raíces; después que hayas hecho esto, bebes de la fuente y comes del fruto del árbol, y eso será tu felicidad......

—No, buen viejo; yo tengo la felicidad en mi casa.

—Pues qué, ¿tienes en tu casa la fuente de la vida y el árbol de la......?

—No, buen viejo; pero tengo mi mujercita blanca; de ojos negros y cabellos negros, con unos brazos más lindos y torneados que las mazorcas de la ladera, y unas manitas tan pequeñas como las de un niño, que yo beso muchas veces y ellas me acarician luego que llego, dándome tanta felicidad, que ya no cabe más en mi corazón. Adiós, buen viejo!

RICARDO FIGUEROA.

Los heroicos mentales

Una mañana de 1869, después de haber bebido mucho, me sentí con la cabeza pesada, y, ¡rara coincidencia! con el corazón republicano; tan republicano, que resolví dar muerte al Emperador. Poseído de mi negro deseo, me encaminé hacia las Tullerías. La casualidad se puso á mi servicio; en ese momento, Napoleón salía á paseo, y de á pié. Lo asesiné primero con una mirada, y... para dicha de él, el Soberano parecía cansado y triste. Su rostro llevaba ya las huellas de la enfermedad que debía matarle. Al punto en mi alma el poeta intercedió con el sanguinario republicano. Perdoné al tirano y me alejé. Este día me dijo alguno —hubo un dios para los bebedores y para los Emperadores. Hubo también—agregué —algunos agentes de policía muy atentos y que me causaron cierto temor.

PAUL VERLAINE.

Notas de arte

Música y pintura

El compositor Chimenti

Ante un grupo de damas, críticos y periodistas, el joven pianista y compositor Armando Chimenti realizó días pasados una audición en el Círculo de la Prensa. En el programa figuraban solamente producciones suyas. Hay que advertir que este joven artista se ha formado solo, sin ayuda ni dirección de maestro, siguiendo el irresistible impulso de sus aficiones. Sentado al piano se ha hecho ejecutante, y compositor hojeando tratados de armonía y contrapunto.

Como ejecutante deja algo que desear, pues su técnica es defectuosa y la digitación incompleta. Pero, teniendo en cuenta sus especiales disposiciones y lo suceptible de su perfeccionamiento con el estudio, pasaremos por alto este ligero defecto del que adolecen, dicho sea de paso, muchos célebres compositores contemporáneos, y nos ocuparemos de su lado fuerte: el de la composición. Fuénos dado oir primero un preludio relativamente original, de idea melódica, selecta y bien desarrollada. Luego una paráfrasis sobre el famoso vals de «Fausto», bien comprendido y adornado con graciosas cadencias. En un melancólico nocturno y en otra composición descripta con felicidad y titulada «Chanson du matin», se revela un subjetivo exquisito, apasionado adorador del «poeta del piano», Federico Chopin. Su música es, pues, sentimental y delicada: arranca al teclado notas de un sonido simpático, aterciopelado, diluyéndolo y matizando con febriciente inspiración en arpegios sentidísimos, que hacen cantar al piano quejas muy dulces.

El talentoso compositor dió fin á esta audición, que dejará gratos recuerdos en nuestra memoria, con una soberbia polonesa sumamente pianística y de gran efecto, en cuyo desarrollo, por su brillantez, nos recordó en más de un pasage al genial Listz. En breve tendremos el placer de oir nuevamente á este joven músico, en el concierto que dará en «La Lira». El éxito está descontado de antemano.

Óleos

En el salón de exposición de cuadros de lo de Moretti, Catelli y C.ª han estado en exhibición durante largo tiempo tres telas de firmas norteamericanas, que fueron premiadas en la Exposición Artística pro Centenario Argentino. La más importante de ellas es un hermoso desnudo de mujer, en el que su autor, Piliph Harley, que demuestra poseer inteligencia y ciencia en el arte del color, ha sabido trasportar al lienzo con perfecto conocimiento de la anatomía y la fisiología, á un ser joven, palpitante de vida y de salud. Es por esto y por su manera exacta de entonar la carne y alumbrarla de saludable trasparencias, que el pintor subyuga, haciéndose admirar largo rato ante su obra inspirada. A muchos no les ha de gustar la modelo ele-

gida por pertenecer á la raza sajona, ni cierto amaneramiento académico en la posse adoptada; pero no por eso dejarán de reconocer la morbidez y tibieza de aquellas formas triunfalmente bellas; lo gracioso de sus brazos en adorable abandono; las mamas, verdaderos frutos, turgentes y pletóricos de savia rica; el vientre amplio y fecundo; y los muslos fuertes y bien torneados.

Dos paisajes completan este trío pictórico de producción norteamericana, copiando una, con real verdad, un parque abandonado, de ambiente tibio y amable, con mucha luz, mucho aire y lejana perspectiva; y la otra, una bahía esfumada por una densa niebla, que da al espíritu una sensación de honda tristeza.

El gobierno ha estado muy acertado al adquirir dichos cuadros para destinarlos al Museo Nacional.

—En lo de Moretti Catelli y C.ª exhíbese también un gran cuadro al óleo, verdadera obra de aliento, debida al pincel del inteligente artista nacional Carlos M.ª de Herrera. Esta producción, por su mérito intrínseco, es objeto de discusiones aunque no tan apasionadas como las que se mantuvieron entre artistas y amateurs ante el famoso cuadro de Galarza á caballo, hecho por Blanes Viale, tal vez porque el que nos ocupa se aproxima más á la verdad.

Se trata de nuestra gran figura histórica, Artigas, que, en el amanecer de un día de cielo tormentoso, aparece en actitud meditativa, descubierto, ginete en un rústico caballo criollo detenido sobre y al borde de la agreste meseta que lleva su nombre. La labor ha sido necesariamente grande. Se impone de luego la gallardía del relieve con que ha sido tratada la figura. Aquel conjunto de ginete y cabalgadura es tan real, se destaca tanto del medio ambiente que, sencillamente, asombra. La cabeza de Artigas está notablemente concebida y alumbrada de inteligencia. En la frente del héroe, Herrera ha puesto un chispazo de inspiración, ha impreso un tono inefable de luz. Y aquella mirada pensadora y dulce; aquel rostro varonil, de colorido admirable; la maestría con que esta tratada la indumentaria; ese verdadero caballo de carne y hueso que alienta; y, en segundo término, la luz necesaria distribuida; la amplia perspectiva que se percibe; el aire fresco y húmedo de la mañana, que la imaginación palpa; y el estado somnoliento, diremos así, de la naturaleza al despertar, todo, todo acusa en el autor de esa bella tela á un grande y emotivo temperamento de artista.

El gobierno debiera adquirir también ese cuadro para destinarlo al Museo Nacional.

RAÚL WIDRE.

HIDALGA

Para rimar mis versos castellanos
yo me inspiro en los bardos provenzales,
y escudando mis fueros ideales,
no reclamo el elogio de villanos.
Yo no llamo á la chusma «mis hermanos,»
pues me lo impiden mis noblezas reales;
é igual que los troveros medioevales
escribo madrigales cortesanos.

Yo tengo como biblia à don Quijote;
desprecio al escritor follón y aleve,
y cual don Luis de Góngora y Argote.
«he de seguir la senda de los raros;
que mendigar sufragios de la plebe
acarrea perjuicios harto caros.»

Montevideo, 1911.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO

En el crepúsculo

Para **Apolo.**

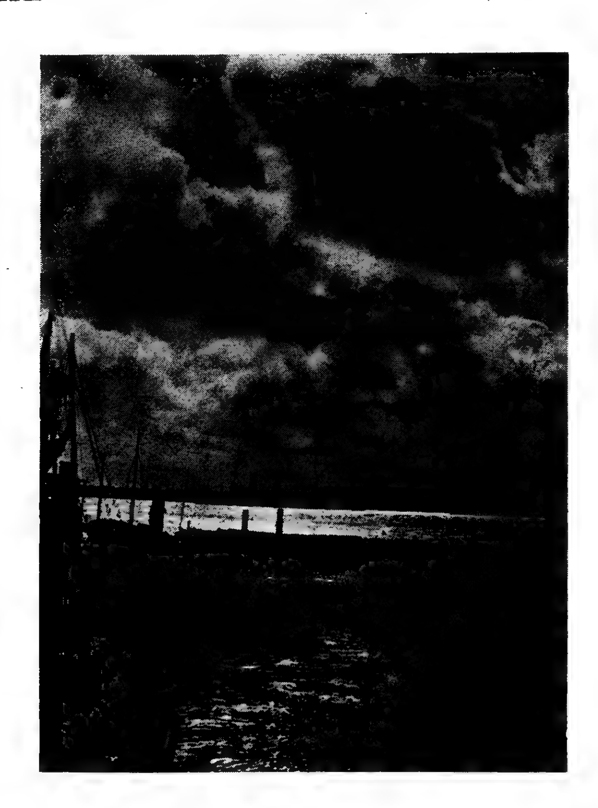
Más dulce que el glosar de una fontana
mi lira incomparable en el arrullo,
te idealizó en la hora tramontana
con todos tus encantos y tu orgullo.

Y surgiste gentil, dominadora
en la inefable música del verso,
mostrándote á mi ensueño en esa hora
emperatriz de todo el Universo.

¡Nada más sublimado ni más bello
que el influjo ideal de todo aquello
con que soñé bajo el encantamiento
de tus ojos. Tus ojos: hondo abismo
donde volcando todo el pesimismo,
torné radiante de contentamiento!

M. Euclides PEÑALVA

Marina



Algunas opiniones sobre "Apolo"

Acabo de recibir «Apolo». En mi periódico, de Noviembre, le dedicaré un saludo cariñoso.

Pedro César Dominici.

«Apolo» es un oriflama de arte.

Vargas Vila.

Su revista va cada vez mejor.

Manuel Ugarte.

Recibo con mucho gusto su Revista, que tiene la amabilidad de enviarme, pero siento que me llega con gran irregularidad, faltándome bastantes números. Y por si quiere Vd. enviármelos para que se complete la colección, abajo expreso cuáles son los que me faltan.

La Condesa de Pardo Bazán.

El librero Pueyo me envía los números de Junio y Julio de la revista «Apolo». Doy á Vd. muchas gracias por su atención y espero tener el placer de seguir recibiendo su periódico.

Juan Ramón Jiménez.

Le pido á Vd. perdón muy rendidamente por haberme tomado la libertad de enviarle un artículo con el objeto de que lo publique en el periódico que tan dignamente dirige.

Luis Morote.

«Apolo» no ha vuelto más con sus fragantes versos y sé que sigue su revista llevando el perfume de la eterna primavera de su alma de poeta.

Rafael Angel Troyo.
(Cartago de Costa Rica.)

... las páginas de «Apolo», que recojo siempre con el interés que despierta su escogido y ameno material de lectura.

Rosendo Villalobos.
(La Paz—Bolivia)

He recibido la última entrega de su magnífica revista «Apolo» verdadera joya literaria y artística. Es un periódico primoroso, por el cual felicito á Vd.

Adolfo León Gómez.
(Bogotá)

La lindísima Revista que tan magistralmente dirige Vd., y que sabe llevar adelante con tantos bríos, me trae de esas latitudes brisas de juventud, albores de un tiempo nuevo que abre amplios horizontes al espíritu, encerrado hasta hoy en rutinarios convencionalismos...

Ramiro Blanco.
(Madrid)

Debo manifestarle que la lectura de «Apolo» me ha proporcionado la más alta delectación.

Luis Tablanca.
(Ocaña—Colombia)

He recibido á «Apolo». Veo que la Revista gana terreno en los altos cenáculos del Continente.

Moreno Alba.
(Barranquilla de Colombia

...y le ruego enviarme siempre «Apolo»; me es grato discurrir por su jardín interior.

Tulio M. Cestero.

Con esta publicación presta Vd. un importantísimo servicio

á la América literaria i á todos los países de habla castellana en general.

A. Bórquez Solar.
(Santiago de Chile)

Ya, gracias á «Apolo», empiezan á ser familiares en este país los literatos del Uruguay.

Juan Guerra Núñez.
(Habana)

La casa abandonada

Esta noche estoy solo en esta casa vieja
que está vacía y triste como mi corazón.

El polvo de los años ha borrado los frescos
que pintó, en las paredes, algún sabio pintor.
¡Ah, quizá un día borren los años el ensueño
que florece sus flores para mi corazon!

Un frío de sepulcro llena toda la casa
que parece que tiembla con lúgubre temblor.
Hace frío en la casa abandonada y vieja.
Yo también tengo mucho frío en el corazón!

Mis pasos suenan como voces que desde el fondo
de una tumba salieran. Yo conozco esa voz.
Me detengo y escucho... Es el eco de siempre
¡Es el eco que siempre siento en el corazón!

En oscuros rincones hay historias dormidas;
pero al interrogarlas siento un vago temor.
Yo llegué, cierto día, á un rincón de mí mismo
y ¡Dios mío! que cosas le oí á mi corazón!

El patio de esta casa, que es frío y muy oscuro,
no ha recibido nunca ningún rayo de sol.
Es frío y muy oscuro el patio de esta casa...
Es frío y tan oscuro como mi corazón!

Cruza por las cercanas calles una rondalla...
Cantan... Ríen... La aldea está de fiesta hoy.
Pero á esta pobre casa no entra la alegría.
Esta solemne y triste como mi corazón!

Lorenzo VINCENS THIEVENT.

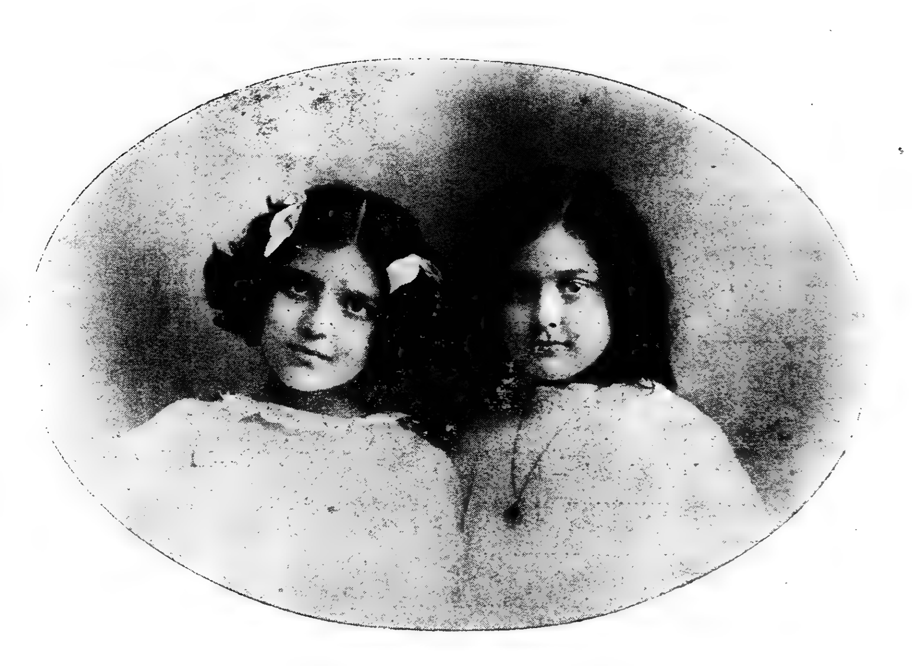
APOLO

AÑO VI

Número 52

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

---- DE PÉREZ Y CURIS ----



MONTEVIDEO JUNIO DE 1911

Biblioteca de Novelistas (Garnier)

CADA TOMO EN TELA $ 0.45

Anguita—Las hijas del Alcalde ... 1

Aranha (G.)—Canaán ... 1

Abdón de Paz—La Estrella de Meruán ... 1

Azevedo (A.)—Memorias de una Suegra ... 1

Balzac (H. de)

Prosperidad y Ruina de César Birotteau ... 1

La Piel de Zopa ... 1

La Prima Lisbeth ... 1

La Casa del gato que pelotea 1

El Tío Goriot ... 1

Eugenia Grandet ... 1

Alberto Savarus ... 1

Bazín (R.) — Donata ... 1

Beecher Stowe—La Cabaña del tío Tom ... 2

Belot (Adolfo)

La boca de la Señora X ... 1

El Artículo 47 ... 1

Dos Mujeres ... 1

El Drama de la calle de la Paz 1

Elena y Matilde ... 1

La Señorita Giraud, mi mujer 1

Bouilly—La madre de familia 2

Bourget (P.)—Mónica ... 1

Casanova de Seingalt—Memorias ... 6

Castelar—La Hermana de la Caridad ... 2

Conway (H.)—Misterio ... 1

» » Días sombríos... 1

Cottin (Matilde)—Matilde ... 2

Chateaubriand—*Atala, René*... 1

Cummins (Miss)—Luz interior 2

Darío Salas—Josefina ... 1

Demesse—El Testamento robado 2

» Las tres Duquesas... 2

Díaz (Eugenio)—Manuela ... 2

Dickens (Carlos)

Oliverio Twist ... 1

Tiempos Difíciles ... 1

La Tienda de Antigüedades... 3

Dombey é hijo ... 4

Aventuras del Señor Pickwick 4

Ducray-Duminil — Carlos y Fanny ... 1

Ducray-Duminil — Días en el Campo ... 3

Escosura—El Patriarca del valle 4

Fenimore Cooper

Lionel Lincoln ... 2

El Lago Ontario ... 2

Los Colonizadores ... 2

El Espía ... 2

El Ladrón de mar ... 2

Los Puritanos de América ... 2

Mercedes de Castilla ... 2

El Piloto ... 2

Feuillet—El Diario de una Dama ... 1

Flaubert (G.)—Salammbó ... 1

Gaitán—El Doctor Temis ... 2

Genlis (Mme. de)—Adela y Teodoro ... 2

Genlis (Mme. de)—El Sitio de la Rochella ... 1

Girón—Misterios de la vida... 1

Goldsmith—El Vicario de Wakefield ... 1

González (N. A.)—El último hidalgo ... 1

Greville—La Mamselka ... 1

» Villoré ... 1

Guittón (G.) y Le Bouge (G.)

La Conspiración de los millonarios ... 1

A fuerza de millones ... 1

El Regimiento de los Hipnotizadores ... 1

El Desquite del Viejo Mundo... 1

En Globo dirigible ... 2

Isaac (Jorge)—María ... 1

Jil—La Hija del adelantado... 1

Kock (P. de)—Georgina ... 1

» » » Magdalena ... 1

Lafuente—Un Caballero particular ... 1

		Tomos
Nakens (José)	Los horrores del absolutismo...	1
Naquet (Alfredo)	La Anarquía y el colectivismo	1
» »	La Humanidad y la Patria......	1
Nietzsche (Federico)	Así hablaba Zaratustra.........	1
» »	La genealogía de la moral......	1
» »	La gaya ciencia................	1
» »	El Anticristo	1
» »	Aurora	1
» »	El caso Wágner..................	1
» »	El crepúsculo de los ídolos......	1
» »	Más allá del bien y del mal...	1
» »	El origen de la tragedia.........	1
» »	El viajero y su sombra...........	1
» »	Humano, demasiado humano...	1
Nin Frías (Alberto)	Ensayos de crítica e historia...	1
» » »	Estudios religiosos..............	1
Nóvoa	La influencia espiritual del sexo femenino.....................	1
Octavio Picón (Jacinto)	Drama de familia................	1
Palacios	Las universidades populares...	1
Palacios (Alfredo L.)	Discursos parlamentarios.........	1
Palomero (Antonio)	Su majestad el hombre...........	1
Pedrell (Felipe)	Musicalerías	1
Pérez Arroyo	Cuentos é historias..............	1
Petronio	El Satiricón......................	1
Pío Baroja	El tablado de Arlequín...........	1
Poe (Edgardo)	Eureka (Estudio del Universo material y espiritual).........	1
Porras Troconis (Gabriel)	Proscenio bárbaro	1
Posada (Adolfo)	Autores y libros..................	1
» »	Pedagogía	1
Prat (José)	Crónicas demoledoras	1
» »	La Burguesía y el Proletariado	1
Praycourt (P.)	La moral del cura................	1
Proudhon (P. J.)	¿Qué es la propiedad?...........	1
» » »	Amor y matrimonio..............	1
» » »	El Estado—La dignidad personal	1
Rafanelli (Leda)	Un sueño de amor (novela social)	1
Ramírez Angel (Emiliano)	Después de la siega.............	1
Reclus (Eliseo)	Evolución y revolución...........	1
» »	La Montaña	1
» »	Mis exploraciones en América	1
» »	El arroyo	1
» »	Nuestro planeta..................	1
Renán (Ernesto)	Estudios religiosos...............	1
» »	El porvenir de la Ciencia.........	2

		Tomos
Renán (Ernesto)	El Anticristo	2
» »	La Iglesia cristiana	1
» »	Los evangelios y la segunda generación cristiana	2
» »	Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo	2
» »	Averroes y el Averroísmo	2
Rhoidis (Emmanuel)	La papisa Juana	1
Rizal (José)	Noli me tángere	1
Robert (Roberto)	Los cachivaches de antaño	1
Rochefort (Enrique)	La aurora boreal	1
Rodríguez Mendoza	Vida nueva	1
Rodó (José Enrique)	Ariel	1
Rojas (Ricardo)	El alma española	1
Ross Múgica	Más allá del Atlántico	1
Rydberg	Singoala	1
Salinas	Los satíricos latinos	2
Saenz Hayes (Ricardo)	Las ideas actuales	1
Schopenhauer (Arturo)	La libertad	1
» »	El amor, las mujeres y la muerte	1
» »	Fundamento de la moral	1
Serao (Matilde)	¡Centinela... alerta!	1
Sesto (Julio)	El México de Porfirio Díaz	1
Severine	Páginas rojas	1
»	En marcha	1
Soiza Reilly	El alma de los perros	1
» »	Hombres y mujeres de Italia	1
Sorel	El porvenir de los Sindicatos Obreros	1
»	La ruina del mundo antiguo	1
»	Las ilusiones del Progreso	1
Spencer (Herbert)	Origen de las profesiones	1
» »	El individuo contra el Estado	1
» »	Creación y evolución	1
» »	Educación intelectual, moral y física	1
» »	Estudios políticos y sociales	1
» »	La religión: su pasado y su porvenir	1
» »	La justicia	1
» »	Los primeros principios	2
Strauss (David Federico)	Estudios literarios y religiosos	1
» » »	La antigua y la nueva fe	1
Sudermann (Hermann)	El camino de los gatos	1
» »	El deseo	1
» »	Las bodas de Iolanda	1
» »	El molino silencioso	1
» »	La mujer gris	1

		Tomos
Taine (Hipólito)	La pintura en Italia	1
» »	Viaje por Italia	3
» »	Filosofía del Arte	2
» »	Los filósofos del Siglo XIX	1
» »	Los orígenes de la Francia contemporánea	2
Talero (Eduardo)	Ecos de ausencia	1
Tchekhov (Antón)	Vanka	1
Teniente O. Bilse	Pequeña guarnición	1
Tolstoi (Conde León)	La verdadera vida	1
» » »	La guerra ruso-japonesa	1
» » »	La escuela de Yasnaïa—Poliana	1
Torres (Carlos Arturo)	Idola Fori	1
Ugarte (Manuel)	Visiones de España	1
» »	El Arte y la Democracia	1
» »	Las nuevas tendencias literarias	1
Urquijo (Fernando de)	De mi cartera	1
» » »	Películas	1
Urales (Federico)	Los hijos del amor	1
Vandervelde (Emilio)	El colectivismo	1
Vasseur (Armando)	Origen y desarrollo de las instituciones occidentales	1
Voltaire	Diccionario filosófico	6
Wagner (Ricardo)	Novelas y pensamientos	1
Zola (Emilio)	El mandato de la muerta	1
» »	Cómo se muere	1
Zoydes	Pobreza y descontento—*George.* La educación del trabajo	1
Zozaya	El huerto de Epicteto	1
»	El libro del saber doliente	1

Ediciones varias

Gerardo Rodríguez García—Compendio elemental de Pedagogía	1 tomo	$ 1.25
Juan Héctor Picabia—A pelo y pluma (Divagaciones de un cazador filósofo)	1 »	» 0.75
José Camino Nessi—El libro de los viejos decires	1 »	» 0.75
Eduardo Benot—Arte de hablar	1 »	» 2.50
Carmen Blanco Trigueros—Notas de color	1 »	» 0.75
Luis Rodríguez Santos—Los dos primos	1 »	» 0.50
Alexis de Tocqueville—La Democracia en América	1 »	» 1.75

Obras de Pío Baroja (1)

OBRAS DE 1 TOMO EN RÚSTICA Á $ 0.75

Aventuras, inventos y mixtificaciones de S. Paradox.
Paradox, Rey.
Camino de Perfección.
Los Ultimos Románticos.
Las Tragedias Grotescas.
La Dama Errante.
La Ciudad de la Niebla.
La Casa de Aizgorri.

Biblioteca Científico-Literaria

CADA TOMO EN RÚSTICA $ 0.25

		Tomos
Carlos Fritsch	El Mar y sus abismos	1
Federico Engels	Religión, Filosofía, Socialismo	1
Juan Mas y Pí	La Educación del peligro	1
Sebastián Gomila	Visiones de Arte	1

Libros encuadernados

Alfonso Daudet	Safo	1	tomo	$ 0.80
Pedro César Dominici	El triunfo del ideal (novela)	1	»	» 1.00
Angel Cuervo	Dick (novela)	1	»	» 0.90
Rafael Angel Troyo	Poemas del Alma	1	»	» 1.50
Luis Coloma	Boy (novela)	1	»	» 1.15
Jorge Isaacs	María (edición lujo)	1	»	» 0 80

Ediciones de Leonardo Williams

Angel Ganivet	Epistolario	1	t.	$ 0.90
Leonardo Williams	Castilla	1	»	» 0.75
» »	Algunos intérpretes ingleses de Hamlet y el verdadero espíritu de Don Quijote...	1	»	» 0.40
Azorín	Los Pueblos	1	»	» 0.90
»	La Ruta de D. Quijote	1	»	» 0.90
Shelley	Defensa de la Poesía y otros ensayos	1	»	» 0.25

Biblioteca Renacimiento

S. y J. Alvarez Quintero	La flor de la Vida	1	t.	$ 0.75
Manuel Machado	Apolo (teatro pictórico)	1	»	» 0.90
R. Sánchez Díaz	Jesús en la Fábrica (novela)	1	»	» 0.90

(1) Ver las páginas 1, 3 y 18 del presente catálogo.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI — Montevideo, Junio de 1911 — N.º 52

Mensaje

Mensajerita blanca: extiende el abanico
de tus alas y vuela junto á mi novia ausente,
y llévala esta estrofa que guardo entre tu pico,
y bésala en los ojos, los labios y la frente.

En el jardín, muy sola, la encontrarás bajo una
parra frondosa y triste, sentada sobre un banco,
y recitando acaso mis versos á la luna,
vestida como siempre, de trajecito blanco.

Si se ha dormido, espera sobre su hombro, espera:
y mientras duerme, oh casta paloma mensajera!
abriga con tus alas su negra cabecita,

y al despertarse rima mi estrofa en tono blando
y dile que la luna me sorprendió llorando
junto á la reja amada de la primera cita.

Gregorio RUEDA.

Cartagena de Indias, 1911.

Stanzas

Primer libro

No digáis: es la vida un festín alegre, porque seréis cual necio, ó tendréis un alma baja. Sobre todo, no digáis: es desventura sin fin. ¿Seréis almas cobardes ó presto fatigadas? Reid como se agitan los ramajes primaverales; llorad como el cierzo, ó como la ola sobre la playa: gustad todos los placeres, sufrid todos los males y decid: es ya bastante la sombra de un sueño!

Los muertos me escuchan sólo: demoro entre las tumbas; hasta el final seré mi propio enemigo. Mi gloria es para los ingratos, mi grano para los cuervos. Sin cosechar jamás, laboro y siembro; más no me quejaré. ¿Qué importa el aquilón, el oprobio, el desprecio, la faz de la injuria! si cuando te pulso oh, lira de Apolo! vibras cada vez más sabia y pura?

Pienso en los cielos marinos, en la suavidad de sus ponientes, en el espumoso horror del mar enfurecido, en el pescador en su barca, en los cangrejos en sus huecos, en Neera la de los ojos azules, en Glaucus, en Proteo. Pienso en el vagabundo que calcula su camino, en el leñador encorvado y hacha en mano, en el anciano en el dintel de la cabaña antigua, en la ciudad y en sus rumores, en mi alma y en su pena.

Segundo libro

En el tiempo de mi juventud, Lira harmoniosa, tu voz era cantante como el agua entre las flores. Ay! que ahora eres tenebroso delirio. Tus cuerdas al vibrar me desgarran los dedos... El sereno arroyuelo atravesado por la luz, refleja los pájaros y el cielo del Estío; pero, oh, Lira! es más intensa la belleza del agua que va horadando la piedra en la negrura del antro.

Tú que llevas el luto de la Naturaleza y dejas que tus hermanas alaben á la diurna claridad, oh, hija del invierno sombrío! ya seas el adorno de la pálida muerte ó del radiante amor. Violeta de azur, ¡cómo agradas á mi alma, en la que en vano agito las cenizas del deseo! Los lises son orgullosos, la rosa es toda llamas y el mirto frívolo ama el placer en demasía.

Oh, cielo aéreo bañado de fulgores: golfo de allá abajo, círculos radiosos; inmóvil humo sobre el techo de las cabañas; negros cipreses recortados sobre gasas de azur; olivares del Cefiso, follajes harmoniosos que el espíritu de Sofocles agitó con el viento; templos, mármoles rotos que apesar de los ultrajes, guardáis en vuestras brechas el porvenir levante: Parnés, enhiesto Himeto que, rechazando las sombras, aun retienes la luz en tus flancos encendidos: montes, árboles, horizontes, bellas costas y ruinas, cuando os miré de nnevo ¡cómo os amé!

JEAN MOREAS.

El mesón de los amores

Dejad que os libe en ánfora de plata
la egreste abeja del edén soñado,
que dentro del mesón do habéis llamado
amor se paga con dolor.. ¡ingrata!

Bebed no más la copa que no mata,
pues sé que gusta el corazón cansado
hallar un mesonero en el andado,
si bríndale la paz y amor le cata.—

Entrad en el mesón; la puerta os abro,
y aunque fuerais también la Magdalena
el pan y el vino en vuestro loor consagro.

Le llaman *el mesón de los amores*,
y en siendo mesonera un alma buena
todos pagan aquí con sus dolores.—

Emilio TRÍAS DU PRÉ

Hebrea

Para APOLO.

Hebrea de ojos negros y aliento de ambrosía.
Más tierna y delicada que el lirio de Sarón;
Pastora que repastas majada al Mediodía
Sobre las áureas cumbres de Amana y el Hermón:

Si acaso consumieras de amor el alma mía
Con la pasión ardiente que diste á Salomón,
Como él, oh! Sulamita, no te compararía
A üna de las yeguas del carro de Pharaón.

Morena codiciada que exhalas los aromas
De tus maduros pechos, fragantes como pomas
Doradas por la lumbre del Sol en el zenit,

Quisiera de tu boca gustar el fruto opimo,
De jugos más copiosos que aquel cypro racimo
Que brotan de su seno las viñas de Engadí.

Mayo 1911. Adriano M. AGUIAR.

De "El poema de los besos" y "Albas Sangrientas"

Alianza

Un día, con el ritmo de mi verso elegiano,
Flotó de mis tristezas el perfume. Temprano
Anegáronse en lágrimas mis ojos y no había
Nada que amortiguase mi gran melancolía.
¡Ah, yo adoraba entonces los ponientes, los vagos
Ponientes otoñales y los días aciagos!
La limpidez de un cielo puro me entristecía,
El gorjeo de un pájaro me hablaba de la muerte;
Por eso yo adoraba los ponientes más vagos
Y los días más tristes que elegí para verte.

Mas otro día el ritmo de mi verso elegiano
Apagóse en tu boca que deshojó en mi mano
Su corola de besos... Y entonces la alegría
De la naturaleza se fundió con la mía.
Tus besos desterraron mis angustias, apenas
Sentí, recio, el latido de la sangre en mis venas;
Agostóse la adelfa de mi desesperanza;
De mi jardín huyeron las sombras, y su aroma
Desparramó en mi espíritu, loando nuestra alianza,
Tu acento que es un frágil arrullo de paloma.

La humana canción

IV

Triunfar sin ruegos ni genuflexiones
O no triunfar, es el dilema mío;
Aquellos que se curvan para el triunfo:
¿Vencidos, qué hacen?
—Que responda el cínico.

Por la prostitución de la conciencia
Luchan los pordioseros del espíritu
Que palidecen ante el triunfo ajeno...
Bregar aislado es el afán que hostigo,

Contra los viles mercaderes de almas
Y los conquistadores del ludibrio.

PÉREZ y CURIS



Dibujo á lapiz de VICTORIA MARGPOT

Marco, el amador de la belleza

(Cuento florentino)

Horae serenae!

En un día sereno, sentado en la pendiente rápida de una colina boscosa, mi espíritu se sintió uno con toda la belleza del árbol, del cielo y del aire puro. A lo lejos, por encima de la sonriente arboleda, se adivinaba Washington, la más moderna de las capitales. Cerré los ojos al presente. Acaso comenzé á dormitar, y no sabría precisarlo por qué coincidencia, el pensamiento mío reposó en Florencia. Como reminiscencia de una época gloriosa, ví desarrollarse las escenas de este cuento.

Vivía en Fiésole y dentro el monasterio del mismo nombre, un joven príncipe, cuyo nombre era Marco. Pertenecía á una de las

más renombradas familias de príncipes mercantes, tan notables por su astucia como por su amor á lo bello. La mala herencia se había detenido en el gallardo mancebo. Sólo la contemplación de la belleza, movía sus acciones y sugería sus ideas.

Los padres, se decía, habían muerto víctimas de la envidia del gran duque reinante, quien lo había recluido después, en un monasterio con el secreto designio se volviera monje. Su deseo no llego á cumplirse. El adolescente, cuyo rostro se asemejaba al de un angel pensoso, creció como rey que lo era de corazón. Llegó sin dificultad, por su recóndito sentido del arte, á dominar á todos los monjes. Ley resultaba su juicio, simpatía ó consejo.

Aquellos hombres santos alababan á Dios, consagrándose á algún arte

Por una fría mañanita otoñal, la abadía fué notificada que el Protector había muerto y Marco estaba llamado á sucederle, según voto unánime de la Comuna.

No sin amarga melancolía, abandonó el príncipe su tranquilo hogar y á sus fraternos compañeros, fuertes y puros.

Para gobernar á un pueblo voluble y refinado como el Florentino, se exigía otro temple.

No por mucho tiempo permaneció en la inquietud y el pavor engendrados por una nueva empresa.

Rememoró el instante más dichoso de su vida, cuando en el silencio divinal, allá sobre la superficie tersa de las aguas atisbó la suprema revelación: el alma y sus probabilidades!

Por distintos conductos nos arriba esta sublime nueva. En este caso, fué á través de la belleza de la fisonomía, donde el perfil clásico reflejaba la misma serenidad é inocencia que en Grecia. Desde este día, su vida cambió. Era tan honda é intensa su incomparable ventura, que viéndose dueño de los destinos de un pueblo, pensó en llevarlos á su serenante visión. Anhelaba también para ellos, la dicha suya.

Su coronación fué claro indicio de su propósito filosófico. Los austeros consejeros se mostraron adversos á tanta prodigalidad. Todos los sabios y artistas con que contaba Europa, fueron invitados á esta ceremonia que en la forma de una mascarada, debía reproducir la procesión de los Caballeros del Graal, al sitio donde se celebraba el Divino Banquete. Para Marco, el Graal era la belleza, medio, objetivo ó tendencia por los cuales en ese momento, era más fácil acercarse á Dios.

Al ser ungido en la gloriosa catedral, atmósfera de profunda espiritualidad radiaba del joven monarca. Cuando la insignia ducal iba á posar sobre sus sienes, la arrebató de las manos del Cardenal Arzobispo y adelantándose con ella al altar, dijo humildemente:

«Seré coronado el día de mi muerte, porque aun no se sabe si merezco tal recompensa».

La estupefacción fué general. Debía aumentar con el tiempo.

Seleccionó sus consejeros entre los hombres cuyo espíritu se inclinaba más á la filosofía que á la astucia, tan prevalente entre los estadistas de la época. Comenzó, desde luego, á desenvolver su filosofía política, fácil de resumir: *reformar por lo bello.* Se rodeó de una guardia compuesta de los jóvenes más bellos é instruidos del ducado, cualquiera fuera su origen.

Mandó construir en los jardi-

nes del alcazar, seis magníficas casas y las enriqueció de cuanto su mansión poseía de artístico y hermoso. Por turno, mandó vivir en ellas á las familias desvalidas de Florencia. Antes de morar allí, se les bañaba y mudaba de ropa. Se sentaban en la mesa regia y vivian esa existencia variada, cómoda, intelectual y placentera que constituia la maravilla del *Quattrocento*. Los seres felices aumentaron en proporción á la ambición despertada por aquel caudal estético, fácilmente accesible al esfuerzo y á la inventiva.

Mascaradas soberbias, ideadas por Boticelli, en que el arte más consumado señalaba las lecciones más saludables del pasado, se ejecutaban á menudo.

Se invitaba á los artistas y pensadores á exponer su arte ó filosofía á la juventud estudiosa.

Florencia volvíase el cerebro de Italia. Serena se avecinaba la edad de oro. Un joven puro y noble conducía á los Florentinos al descubrimiento del reino, que no es menester buscar fuera de nosotros mismos. El embellecimiento intensivo de la ciudad también preocupaba mucho al Duque. Edificios sugestivos, no sólo exponentes de alta idealidad, sino de esa fuerza y grandeza que la arquitectura difunde, se levantaron como por encanto, acrecentando las glorias de la cudad.

En el curso de los asuntos humanos, no era fácil presumir pudiera durar mucho esta tregua al despotismo y al envilecimiento ciudadano. La época recordaba uno de esos días en que acompañado de una alma encantadora, se pasan leves las horas en la ascención de una montaña. Desearíamos que ese momento feliz nunca tocara á su fin. Mas, como sobre aquel día, el sol habría de ponerse. El tierno y enajenador perfume de esta jornada, se evaporaría como el perfume de un lirio del valle.

Comenzaron á conspirar los que en la sombra prosperan. La agitación creció sorda, pero fuertemente. Un prelado, á quien Marco había despojado de una prebenda influyente, halló medio de envenenarlo. El hecho ocurrió en un banquete faustosísimo. Se había querido simbolizar con él, las nupcias de Psyquis y Eros. Profundo estalló el clamor del pueblo. Al esparcirse la noticia, el palacio fué invadido y al pie del lecho mortuorio, asesinados muchos de los del séquito del príncipe. El cuerpo del mártir fué reclamado por la muchedumbre, que se acordó del dicho de Marco, al ser coronado.

Con pompa extraordinaria se celebraron sus exequias y á indicación de los síndicos, el ataúd fué abierto para coronarlo. La preciosa joya había desaparecido del tesoro. Los que comprendieron lo sucedido, oyeron en lo íntimo de su ser, las voces de la juventud heroica y angéllica que glorificaban á Marco. Era conducido á los más altos sitiales del coro «cuya música es la alegría del mundo».

Así se esfuman los grandes sueños y se recompensan á los fieles caballeros.

ALBERTO NIN FRIAS.

Washington—1909.

Obsesión

Para Apolo.

Todas las noches siento que acarician mi frente
unos labios que saben disipar el dolor,
unos labios que dejan con su beso indulgente
la savia fecundante de yo no sé qué amor.

Y aunque es grande el anhelo, nunca logra mi empeño
descubrir el secreto de este dulce besar;
será, acaso, una novia que me visita en sueño
y me brinda los besos que no la supe dar?

Y no sé por qué extraño, triste sonambulismo
estando en este ensueño donde siempre me abismo
pienso en mi madre buena que fué á juntarse á Dios;

Y la melancolía me envuelve en su miraje
porque el mar de la vida me alegó con su oleaje,
sin besarle en la frente para decirle: ¡Adiós!

M. Euclides PEÑALVA.

El atorrante

Para Apolo

Allá va, taciturno y desgreñado,
Eterna encarnación de la indigencia,
Parece que sus ojos de inconciencia
Soñaran la caricia de un pasado.

No maldigáis su aspecto degradado,
Acaso lleve oculto en su conciencia
El pesar de la eterna indiferencia
Con que el hombre lo aparta de su lado

Soñó en la gloria y se perdió en la nada
Envuelto en una roja llamarada,
Odió, con la grandeza del vencido;

Y prefirió al abismo de la muerte
desafiar la tormenta de su suerte
Con la muda protesta del Olvido.

Mendoza, 1911. Eduardo Herrero.

El Peregrino

Para Apolo.

I

Nada más hondo que un dolor callado. —
Nada más cruento que una oculta pena. —
Es el dolor de amor idealizado
que todo corazón desencadena. —

Y andando su camino va el cuitado
bajo la fronda de una selva amena,
que en cambio del dolor de haber amado
se siente el alma más potente y buena. —

Y siempre aquejumbroso el peregrino
dentro de la escarcela lleva un sueño
para yantar al borde del camino. —

Le ofrece un surtidor cristal risueño
con que aplacar la sed de su esperanza,
que es una estrella que la mente alcanza.—

II

Traza en el cielo la argenteada pauta
— al peregrino — esa fugaz estrella,
y tiene luz de amor, que es la más bella,
y el engaño del son de alguna flauta. —

Es el divino encantamiento de una
divagación que del dolor emana;
es la estrella que brilla si la luna
hace sublime á la pasión humana. —

¡Mísero peregrino que tras de ella
vais en la andanza, con su luz por guía,
al ensueño de amor idealizado!...

Pero, ¿qué importa?...
Si nos da la estrella
para templar el alma una harmonía,
y al corazón un nombre suspirado!...

Emilio TRÍAS DU PRÉ.

Junio, 1911.

El Hogar

El poder del hombre es activo, progresivo y defensivo. Es el hacedor y creador por exce lencia, el que descubre y el que defiende. Su inteligencia es especulativa é inventiva; su energía está formada para las aventuras y la guerra, así como para la conquista, en cualquiera parte que sea justa y necesaria. El poder de la mujer, en cambio, se hizo para el gobierno y no para el combate, y su inteligencia no es inventiva ni creadora, sino que está organizada más bien para la dirección, para el establecimiento del orden y para las decisiones suaves. Atiende á las cualidades de las cosas, á su conveniencia y á su colocación y rango. Su principal función estriba en el elogio: no interviene en la pugna, pero es la que adjudica infaliblemente la corona del triunfo en el combate. Por su oficio y por su categoría está amparada de todo peligro y tentación. El hombre, durante sus rudas faenas en el seno de las muchedumbres, vése forzado á pasar por muchas pruebas y á arrostrar muchos riesgos; para él son las injurias, los errores y los fracasos inevitables; muchas veces será herido ó juzgado, otras veces se extraviará, y siempre resultará endurecido por la contienda. Pero mantiene apartada y libre á la mujer de tales contingencias; y dentro de su casa, como regida por ella misma, no entrarán, si ella no los busca, peligros ni tentaciones, ni causa de error ni de injuria.

Esta es la verdadera naturaleza del hogar, retiro dé paz, lugar de abrigo, no sólo contra toda injuria sino asimismo contra terrores, divisiones y dudas. No siendo así no es hogar. Si las ansias de la vida exterior penetran en su recinto, si las personas casquivanas ó desconocidas, si las gentes hostiles ó no amadas traspasan sus umbrales con anuencia del esposo ó de la esposa, ya no es hogar, sino porción del mundo exterior puesta bajo techo, y donde habéis encendido lumbre. Pero si es lugar sagrado, templo de Vesta, que custodian los dioses lares, ante quienes no llegará nadie que no pueda ser acogido con amor, si es esto, y ese techo y esa lumbre son sólo emblemas de una sombra y de una claridad más nobles —sombra de roca en tierra árida y claridad de faro sobre mar tempestuoso — entonces merece el título de Hogar y justifica su amable renombre.

Y este hogar rodea y envuelve á la verdádera esposa por donde quiera que vaya. Aunque las estrellas brillen al descubierto sobre su cabeza y la luciérnaga sea la única luz encendida á sus pies, su hogar está con ella en todas partes y se extiende á gran distancia en torno á la mujer noble, mucho más que bajo el techo de cedro pintado de bermellón, y proyecta á lo lejos su luz, para los que sin ella no tendrían hogar...

John RUSKIN.

EL PEREGRINO Y LA EXPERIENCIA

La Experiencia

¿Dónde marchas, peregrino,
No le temes al destino
De la ilusión asesino;
A la torva, cruel y fría
Desolación del camino?
¿Dónde marchas, peregrino,
Con la escarcela vacía?
¿Peregrino qué tesoro
Te acompaña, llevas oro
(O la tristeza del lloro)
Para las puertas abrir?
Peregrino llevas oro?
Solo su canto sonoro
Te apartará del sufrir.
Peregrino, no has pensado
Que el camino ha devorado
Al ingenuo y al cuitado
Inocente soñador.
¿A dónde marchas confiado?
Ese país encantado
Que sueñas, es el dolor!

El Peregrino

Experiencia, vieja y fría
Apártate de la vía
Tu creencia no es la mía;
Mira, llevo mi laud,
Oro de mi fantasía.
Llevo amor, llevo poesía
y llevo mi juventud!
No quiero tu vieja escuela:
Mi ensueño tan solo anhela
Eso impalpable que vuela....
La quimera, la ilusión.
¿Va vacía la escarcela?
Eso no le desconsuela
A mi joven corazón.
Déjame marchar lo mismo
Yo nivelaré el abismo
Con mi fé, con mi optimismo.
Déjame ir al azar
Llevo mi romanticismo,
Mi bohemia, mi lirismo
Y en los labios el cantar!

La Experiencia

Mira que lo real yo toco,
Peregrino llevas poco,
Peregrino, pobre loco,
Deja tu vana ilusión

El Peregrino

Experiencia no revoco
Mi pensar — ¿Que llevo poco?
¡Mi tesoro es mi canción!

Envío

Cuando sonría la suerte,
Cuando el sufrir sea fuerte,
Cuando se acerque la muerte,
Yo volcaré mi caudal.
Cuando el dolor me despierte
Cantaré, viril y fuerte
Mi joven canto triunfal!

MONTIEL BALLESTEROS

Salto 1911.

LOS ÉXTASIS

Para APOLO.

Cuando el Sol que se oculta en occidente,
de frente al mar contemplo,
y la tarde presenta el argentado
tenue ósculo del véspero,
—¡claroscuros de Dios! cómo os admiro!—
Y pienso en Tintoreto.
Es Selene, la pálida de insomnios,
que me habla del cielo
cuando absorto la miro, y me confía:
en vano es tu desvelo
débil átomo; ansías el dominio
de un mundo de misterios!

Son dos ojos tan límpidos y azules
cual dos trozos de cielo,
los que á veces me dan los inefables
éxtasis de mis sueños;
otras veces los lánguidos y obscuros
me hablan del deseo.
Es la cara llorosa de una enferma...
Madre del sufrimiento,
la que dice á mi alma los arcanos
de dolores intensos:
injusto en su dolor; he de vengarla
si es arma mi cerebro!

Silva SERRANO.

Pórtico

(Del libro «Por jardines ajenos», editado por la casa de F. Granada y C.ª. de Barcelona).

Este libro, en mi país, ha de exacerbar el odio de mis enemigos: los poetas serviles y los periodistas asalariados. Escrito mientras las nulidades abominaban de los poetas, y en una época de mi vida en la que toda suerte de preocupaciones hacía más dolorosa la gestación; escrito acaso mientras aquéllas doblegaban la cerviz, rindiendo parias á los críticos y á los césares de la prensa, este libro, como todos los míos, desconcertará á esas grandes nulidades pordioseras del elogio.

Y hay razón para ello: los que nacieron para llevar el dogal en la garganta maldicen al hombre libre, y éste á su vez siente conmiseración por ellos: ¡pobres seres inferiores que, de adulación en adulación, van vendiendo su conciencia al precio de las lisonjas convencionales

Mi pluma, pronta al elogio natural siempre que se ha tratado de una obra artística, no ha mendigado jamás el aplauso, y, puedo asegurarlo, nunca lo mendigará.

Mi intelecto corresponde á mi carácter. Yo no subordino el hombre libre al de talento.

¿Pero hay acaso un hombre de talento que no sea libre?

No. Hay talentos á medias: los que no saben conquistar su libertad ó aquellos otros que, habiéndola conquistado, abjuraron miserablemente de ella.

Ser libre es tener talento.

Así me expreso á menudo con los intelectuales indiferentes que me profesan un odio cordial. Esas digresiones sobre el talento son, pues, conocidas de aquéllos. Sin embargo, he querido ratificarlas aquí como un homenaje á mis viejas ideas.

Considero inútil manifestar que este libro ha sido hecho contrarrestando el avance de la crítica. Detesto el análisis minucioso al que se dedican los críticos escrudiñando los defectos de una obra de arte Tal mezquindad sólo cabe en el alma de las medianías amorfas.

Hago obra de estímulo para las nuevas generaciones y si á veces me excedo en el aplauso es porque sé qué incentivo ha menester el espíritu del adolescente cuya labor he observado.

¿Acaso tengo el derecho de matar en flor las nobilísimas aspiraciones de la juventud que sueña?

Dejo ese derecho para los críticos y los esclavos del dogma que discurren acerca del arte. Estos últimos, que todo lo juzgan con un criterio netamente religioso, me mueven á compasión; de ahí que en muchas ocasiones, estando á punto de castigar su insolencia y su hipocresía, me haya contenido á tiempo su mísera condición de ilotas.

* * *

No hay en este libro oraciones ditirámbicas dichas en agradecimiento á nadie. Los escritores de cuyas obras me ocupo merecen mi admiración unos, y mi simpatía los otros, por la pureza de su arte. Páginas de loa al talento, pero no de gratitud, éstas han de exasperar á ciertos literatos dudosos que adulan á la plebe, para encumbrarse, aun á trueque de quedar envilecidos para siempre.

«La Neocrítica en el Uruguay», capítulo violento de verdad y demolición que nadie en mi país se dignó escribir por no romper lanzas contra la crítica arrabalera en él entronizada, aleccionará á algunos escritores de la península que, ingenuamente, y deslumbrados por las hipérboles de quién sabe qué joven turiferario, dijeron himnos á ciertas mediocridades del Uruguay.

Lamento que entre aquellos escritores figure uno cuyo talento es digno de las loas que le he dedicado. Me refiero al poeta Villaespesa que tan lastimosamente desbarra cuando formula opiniones sobre nuestra literatura.

* * *

«Por jardines ajenos» lleva un soplo de optimismo á los cenáculos de América.

PEREZ Y CURIS.

Migajas

Para APOLO.

La idea es pura en la concepción; pero al expresarla la adulteramos, materializándola, porque escollamos con la imposibilidad de encontrar la identidad del símbolo que la represente.

—

La felicidad en el matrimonio es una lotería, á la que juegan millares de parejas y una sola acierta.

—

¿Por qué del parecido, con frecuencia idéntico, entre individuos que no los une consanguinidad ni parentesco, y que hasta pertenecen á razas distintas?...

Nadie puede ser insincero consigo mismo.

—

La modestia excesiva en ciertas personas no es más que una hipócrita vanidad.

—

El hombre de positivo talento es modesto porque ignora la potencialidad intelectual que posee.

—

El instinto de conservación nos prueba que la vida es necesaria.

—

El hombre es el intérprete de la Naturaleza.

RAÚL ERÚS.

Deseo

Dame la copa del ajenjo, glauco.
quiero tener esos horribles sueños
que da el licor amargo.

O bie ndame tus labios, Tierna mía.
que dulce debe ser y mareante
el vino de esa viña.

O dame á Baudelaire, al que en las «Flores
del mal» dejó su alma;
al que puso en la piel de la caricia
como el sudor, la lágrima;
quiero aspirar el delicioso aroma
que es espíritu y carne;
con vino, con amor ó con nostalgia,
pero quiero embriagarme!

Lino ARGÜELLO.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Varios

Voluntarios aristócratas (drama contra la guerra), POR A. HERNÁNDEZ—CID, *Madrid*; **Idealismos Juveniles,** POR JOSÉ CANTARELL DART, *Buenos Aires*; **La Epopeya de Artigas** (cantos épicos), POR RICARDO POLLO DARRAQUE, *Montevideo.*

De la Librería Paul Ollendorff (París)

Tratado de Derecho Penal y los Comentarios al Código Penal Colombiano, POR VICENTE CONCHA; **Ocios de Emperador,** POR CHARLES LAURENT; **Blancaflour,** POR TANCREDO MARTEL; **Ortología Castellana de Nombres propios,** POR MIGUEL DE TORO GISBERT.

La publicación de este último libro significa un triunfo para la *casa Ollendorff* que día á día nos sorprende con la bondad de sus ediciones. Miguel de Toro Gisbert, que ya tiene otros volúmenes en la misma biblioteca, labora incesantemente y su encomiable labor, variada y personalísima, resulta provechosa para quienes se dedican al estudio de la lengua castellana.

La de Vicente Concha es una obra de consulta, cuyo valor sabrán apreciar los que se dedican á esos estudios.

La *Librería Paul Ollendorff* tiene en vías de publicación obras importantísimas de escritores hispano-americanos y franceses. Sus bibliotecas elegantes y económicas, con magníficas portadas en colores que demuestran un buen gusto editorial, obtienen los beneficios del público, pues allí figuran obras de Amado Nervo, Manuel Ugarte, Bonafoux, Cristóbal de Castro, Villaespesa, Dominici, Blanco Fombona, Contreras, Chocano, Reyles, Diez-Canedo, Martí, Morote, Pompeyo Gener, etc., entre los autores americanos y españoles ya consagrados, y entre los franceses Lorrain, Theuriet, Bazin, Paul Adam, Capus, Bertheroy, Lombard, Maizeroy, Judith Gauthier, Uchard, Loti, D'Esparbes, Rolland, etc., etc.

Biblioteca Renacimiento (Madrid)

El señor Ruiz Castillo, de la importante casa editorial «*Renacimiento*», ha hecho una gira por el vecino país, estudiando el movimiento librero, para dar un fuerte impulso á la difusión de sus ediciones Dentro de breves días estará entre nosotros y luego visitará Santiago de Chile.

La *Biblioteca Renacimiento* anuncia ya la aparición de dos obras de Marquina: «La Alcaidesa de Pastrana» y «El Rey trovador», que tendrán, sin duda, tanto éxito como «En Flandes se ha puesto el sol» del mismo escritor.

Biblioteca Científico-Filosófica (1)

Adolfo Posada—Principios de Sociología	1	t.	rúst.	$ 2.00
Gustavo Le Bon—Psicología del Socialismo	1	»	»	» 1.75
Hegel—Filosofía del Espíritu	2	»	»	» 2.25
» Estética	2	»	»	» 3.75
Th. Ribot—La Psicología de los Sentimientos	1	»	»	» 2.00
» » Ensayo acerca de la imaginación creadora	1	»	»	» 1.50
» » La Herencia Psicológica	1	»	»	» 1.75
Kant, Pestalozzi y Goethe—Sobre Educación	1	»	»	» 0.70
Ferrière—Errores científicos de la Biblia	1	»	»	» 1.00
» Los Mitos de la Biblia	1	»	»	» 1.00
Gauckler—Lo bello y su historia	1	»	»	» 0.75
Hennequin—La crítica científica	1	»	»	» 0.70
Luciano Bray—Lo bello	1	»	»	» 0.90

Jurisprudencia, Filosofía é Historia

P. Leroy Beaulieu—Compendio de Economía Política	1	t.	rúst.	$ 2.00
G. Murray, M. A.—Historia de la Literatura clásica griega	1	»	»	» 2.50
Carlos Lemcke—Estética	1	»	»	» 2.00
H. Höffding—Psicología Experimental	1	»	»	» 2.25
John Ruskin—Las siete lámparas de la Arquitectura...	1	»	»	» 1.75
Eduardo Dowden—Historia de la literatura francesa...	1	»	»	» 2.25
Max Müller—Historia de las Religiones	1	»	»	» 2.00
» » La Ciencia del Lenguaje	1	»	»	» 2.00
Edgardo Quinet—El Espíritu nuevo	1	»	»	» 1.25
J. W. Burgess—Ciencia Política y Derecho Constitucional comparado	2	»	»	» 3.50
Enrique F. Amiel—Diario íntimo	1	»	»	» 2.25
M. Guyau—La moral inglesa contemporánea	1	»	»	» 3.00

Ediciones varias

Antonio Zozaya—Misterio (Tríptico campesino)	1	t.	rúst.	$ 0.50
Fernando Mora—Los vecinos del héroe (novela)	1	»	»	» 0.75
Benigno Varela—Fiebres Amorosas (cuentos)	1	»	»	» 0.75
Julio Cejador y Franca—Oro y Oropel (novela)	1	»	»	» 0.75
Curros Enríquez—Aires da miña terra (poesías)	1	»	»	» 0.75
Joaquín M.ª Bartrina—Algo (poesías)	1	»	»	» 1.00
Alfonso Hernández-Catá—Novela erótica	1	»	»	» 0.75
Prudencio Canitrot—Cuentos de Abades y de Aldea...	1	»	»	» 0.75
Alberto Camba—Baratijas	1	»	»	» 0.25
Delage y Goldsmith—Las Teorías de la Evolución	1	»	»	» 0.85
Luis de Camoens—Los Lusiadas	1	»	»	» 0.25

(1) Ver la página 19 del presente catálogo.

J. Ortíz de Pinedo—Poemas breves	1 t. rúst. $ 0.50
» » » » Dolorosas (poesías)	1 » » » 0.50
» » » » Huerto humilde (poesías)	1 » » » 0.75

Biblioteca de Autores Célebres

CADA TOMO EMPASTADO, MEDIO BECERRO $ 1.00

	Tomos
Alarcón—Teatro	2
Bossuet—Discurso sobre la Historia Universal	1
Bossuet—Oraciones fúnebres	1
Brantôme—Damas Galantes	1
Calderón de la Barca—Teatro	4
Celestina (La)—La Celestina	1
Courrier (Pablo Luis)—Obras	1
Chateaubriand—Los Mártires	1
» El Genio del Cristianismo	2
Chateaubriand—Memorias de Ultratumba	6
Cyrano de Bergerac—Historia cómica de los estados é imperios de la luna y del sol	1
Descartes—Obras Escogidas	1
Diderot—Obras Escogidas	2
Espronceda—Obras Poéticas	1
Goethe—Fausto y El Segundo Fausto	1
Goethe—Wérther, Herman y Dorotea	1
Granada (Fray Luis)—Guía de Pecadores	1
Homero—La Iliada	2
Hurtado de Mendoza—El Lazarillo de Tormes	1
Jovellanos—Obras Escogidas	1
La Bruyere—Los Caracteres de Teofrasto	1
Larra (Fígaro)—Obras Completas	4
Lópe de Vega—Obras Escogidas	4
Maistre—Obras Completas	1
Manzoni—Los Novios	2
Mirabeau—Cartas Amatorias	1
Montaigne—Ensayos	2
Moratin—Comedias	1
Moratín—Poesías sueltas y obras en prosa	1
Moratin—Orígenes del Teatro Español	1
Ninón de Lenclos—Cartas	1
Pascal (Blas)—Pensamientos	1
Pellico (Silvio)—Mis Prisiones	1
Pöe (Edgard)—Novelas y Cuentos	1
Prévost (Abate)—Historia de Manon Lescaut y del caballero de Grieux	1
Quevedo—Obras Festivas	1
» Obras Serias	1
» El Parnaso Español	2
Quintana (Manuel José)—Obras	1
Rousseau (J. J.)—Las Confesiones	2
Rousseau (J. J.)—Emilio ó la Educación	2
Rousseau (J. J.)—Julia ó la Nueva Eloísa	2
Sainte-Beuve—Juicios y Estudios literarios	1
Sainte-Beuve—Retratos de Mujeres	1
Scarrón—La Novela Cómica	1
Sévigné (Mme. de)—Cartas Escogidas	1
Soldevilla—Joyas de la Literatura Española	1
Solís—Historia de la Conquista de México	1
Teresa de Jesús (Santa)—Cartas	1
Volney—*Las* Ruinas de Palmira	1
Voltaire—Novelas Escogidas	1
» Cartas Escogidas	2

Biblioteca Contemporánea (Garnier)

CADA TOMO ENCUADERNADO EN TELA $ 0.90

		Tomos
Soledad Acosta de Samper	La Mujer en la Sociedad	1
Z. Aurora Cáceres	Mujeres de ayer y de hoy	1
Alberto Blest Gana	Durante la reconquista	2
» » »	Los Transplantados	2
» » »	El loco estero	2
Luis Bonafoux	Esbozos novelescos	1
» »	Huellas literarias	1
V. García Calderón	Frívolamente	1
Miguel Angel Corral	Voluptuosidad (novela)	1
R. Cúneo Vidal	España	1
Rubén Darío	España contemporánea	1
» »	La caravana pasa	1
» »	Letras	1
Juan B. Enseñat	Narraciones	1
Enrique Gómez Carrillo	Sensaciones de París y de Madrid	1
» » »	Cultos profanos	1
» » »	Literatura extranjera	1
» » »	Almas y cerebros	1
» » »	Como se pasa la vida	1
» » »	Vanidad de vanidades	1
» » »	De Marsella á Tokio	1
» » »	El alma japonesa	1
» » »	La Rusia actual	1
» » »	El libro de las mujeres	1
» » »	Cuentos escogidos de los mejores autores castellanos contemporáneos	1
» » »	Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos	1
Andrés González Blanco	Los Contemporáneos (1.ª Serie)	2
» » »	» » 2.ª »	1
» » »	» » 3.ª »	1
Alfonso Hernández Catá	Pelayo González	1
Lucio V. Mansilla	Mis Memorias	1
» » »	Rozas	1
Gregorio Martínez Sierra	Motivos	1
José Navarrete	Niza y Rota	1
Eugenio Pelletan	El mundo marcha	1
Enrique Piñeyro	Hombres y glorias de América	1
» »	El Romanticismo en España	1
» »	Vida y escritos de Juan Clemente Zenea	1
» »	Biografías Americanas	1

		Tomos
Enrique Piñeyro	Cómo acabó la Dominación de España en América	1
Ricardo Rojas	El País de la Selva	1
» »	Cosmópolis	1
Santiago Rusiñol	Hojas de la Vida	1
»	Desde el Molino é Impresiones de Arte	1
»	Pájaros de barro	1
»	Obras Dramáticas	2
Pablo Sébillot	Cuentos bretones	1
Manuel Ugarte	Crónicas del Bulevar	1
»	Paisajes Parisienses	1
»	La novela de las horas y de los días	1
»	Una tarde de Otoño	1
Eduardo Zamacois	Vértigos	1
Elías Zerolo	Legajo de Varios	1

OTROS CATÁLOGOS

Tenemos á disposición del público los siguientes:

Catálogo ilustrado de la **Biblioteca Renacimiento,** con retratos de los autores y opiniones de ilustres literatos, (nueva edición).

Catálogo de la *Colección Científica* dirigida por Emilio Borel y de la *Biblioteca de Filosofía Científica* dirigida por el doctor Gustavo Le Bon.

Catálogo de la casa F. Granada y C.ª de Barcelona.

Machado de Assis.

Don Casmurro 1
Varias Historias 1
Mármol—Amalia 2
Maizeroy—Penas del Corazón 1

Matthey (A.)

La Brasileña 1
El Juramento de una madre... 2
Sor Angela 1
Zoe chien-chien 1
M. C. de L.—Relaciones peligrosas 1
Merejkowski—La Muerte de los Dioses 1
Meunier—Carne de Placer...... 1

Montepin (*Javier de*)

La Hija de Margarita............ 6
Los Amores de un loco........... 1
El Compadre Leroux 1
La Confesión de Tulia........... 1
Genoveva Galliot 1
La Hija del Maestro de escuela 1
El Idiota 1
La Perla del Palacio Royal... 1
La Querida de su Marido......... 1
La Sirena............................. 1
Una nueva bailarina.............. 1
Una Pasión 1
Su Majestd el Dinero........... 5

Musset (*Alfredo de*)

Cuentos 1
La Confesión de un hijo del Siglo 1

Ortega (*Enrique*)

Justos y Pecadores 1
Los Casamientos del Diablo... 1
Pastor y Bedoya—El Dote de Margarita 1

Pérez Escrich (*Enrique*)

El Amor de los Amores......... 4
El Infierno de los Celos 4
Los Matrimonios del Diablo... 4
El Corazón en la Mano........... 4
El Pan de los Pobres........... 4
La Perdición de la Mujer...... 4
El Cura de Aldea................. 5
La Caridad Cristiana 4
La Mujer adúltera.................. 4
Las Escenas de la Vida......... 6
Las Obras de Misericordia...... 6
La Envidia 4
La Calumnia 4
La Madre de los Desamparados 4
Los Desgraciados 4
Los Hijos de la Fe................. 4
Perié—Sapos y Culebras......... 1
Pinheiro Chagas—Tristezas á orillas del mar 1

Ponson du Terrail

Los Piratas del alto bordo...... 7
El Capitán de los Penitentes negros 2
Las Noches del Barrio de Breda 1
Maese Rusiñol 1
Las Ultimas Aventuras de Rocambole 2
La Cuerda del Ahorcado...... 2
El Diamante del Comendador 1
Puerta Vizcaino—El Amor y la Caridad 2
Ramos (*J. A.*)—Humberto Fabra 2

Richebourg (*E.*)

La Madre Adoptiva............... 2
Juan Lobo 3
La Señora del velo negro........ [illegible]
Roche (*Regina*)—Oscar y Amanda 2

Saez de Melgar

La Pastora del Guadiela......... [illegible]
La Marquesa de Pinares.........
Sandeau—El Castillo de Montsabrey ....
» Mariana 1

Scott (*Walter*)

El Anticuario 2
Aventuras de Nigel 2
Ivanhoe ó el Cruzado............ 2
Quintín Durward 2
Redgautlet 2
Rob Roy 2

APOLO

AÑO VI
Número 53

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

---- DE PÉREZ Y CURIS ----



MONTEVIDEO   JULIO DE 1911

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

De la Librería Paul Ollendorff (París)

Torre de marfil, por Francisco Villaespesa.

El fecundo poeta de *Viaje Sentimental* ha aumentado con el libro cuyo título indicamos, su valioso bagaje literario. **Torre de marfil** es uno de los libros definitivos de Villaespesa, más ricos de matices y de motivos. El poeta español que forma parte de la Academia de Poesía Española, recién fundada, ha escogido para la Casa Ollendorff las más delicadas composiciones de su última cosecha. **Torre de marfil,** que ostenta una hermosa portada en colores, es, sino el mejor, uno de los mejores libros de Francisco Villeaspesa

Cantos de la Prisión y del Destierro por Rufino Blanco Fombona.

Pequeña Opera Lírica es el título de una de las obras poéticas que ya conocíamos de este autor, cuya personalidad se destaca entre las de los poetas americanos.

Cantos de la Prisión y del Destierro, es, principalmente, un libro de combate. Hay en él composiciones tiernas de una originalidad singularísima, pero, en casi todas sus páginas es el aliento del luchador el que priva.

Este nuevo libro de Blanco Fombona viene precedido de un prólogo del autor, que es todo un anatema contra el actual gobernante de Venezuela, cuyos actos han inspirado al poeta que nos ocupa, brillantes y vigorosas estrofas de una intensidad poco común.

Bolivar y el General San Martín, por Carlos A. Villanueva.

Libro laudable es éste, por la exposición de documentos que en él se hace y por la improba labor que representa, como toda obra de su índole, al ceñirse su autor á la verdad de aquel gran momento histórico de la independencia americana.

Mucho se ha escrito en América acerca de las ideas monárquicas de algunos de los libertadores; mucho se ha escrito pero hasta ahora nadie ha concretado nada.

El libro de Villanueva, bien escrito, y lleno todo él de preciosos documentos históricos, nos saca, en parte, de la penumbra en que estábamos. Su autor adelanta algo más que sus colegas del continente. Y en materia histórica, un detalle desconocido es, á las veces, hermoso hallazgo que basta para consagrar á un escritor.

Jornadas de Arte, por Felipe Pedrell.

Páginas de crítica musical en las que su autor confirma la reputación que goza en la península. Felipe Pedrell es uno de los escritores que en España se dedican con más ahinco al cultivo de la crítica de arte, noble y elevada. Su estilo fluido casi musical, se aviene con los asuntos musicales que trata y su fuerza interpretativa es una virtud que rara vez se encuentra en los que se desvelan por la harmonía de la oración y la sonoridad del vocablo.

Las Temporeras, por Claude Farrére.

El autor de *Los Civilizados* es bastante admirado en nuestro ambiente literario. Por ese libro, precisamente, quedó consagrado aquí, y tal consagración, bien merecida, por cierto, ha de ser juzgada ahora por cuantos lean su nueva obra **Las Temporeras,** vertida recientemente al castellano.

Esta hermosa novela que es también un libro demolador de los prejuicios que tanto afectan á nuestras sociedades, tiene escenas magistrales de un verismo fuerte y dominador que cautivará á los lectores amantes de la verdad.

Las Temporeras es obra de lucha, y, como toda obra de lucha tiende á regenerarnos aunque su autor no persiga tal fin, ella merece los más altos elogios.

Estos libros, como todos los de la Librería Paul Ollendorff, están esmeradamente impresos en buen papel, y los dos primeros y el último ostentan artísticas portadas de excelentes dibujantes.

Varios

El Ritmo de la Vida, por Vargas Vila; *Librería de la Viuda de Ch. Bouret, París*— **El Canto del Cisne,** por Roque C. Otamendi; *Buenos Aires.*

De estos dos libros nos ocuparemos en el próximo número.

Obras poéticas

El Parnaso Oriental....................	1	tomo	ilustrado,	en	rústica,	$ 0.80
» » »	1	»	»	»	tela	» 1.20
El Parnaso Argentino................	1	»	»	»	rústica	» 0.80
» » »	1	»	»	»	tela	» 1.20
El Parnaso Mexicano................	1	»	»	»	rústica	» 0.50
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.90
Pagano—Parnaso Argentino	1	»	»	»	rústica	» 0.50
C. B. A.—Parnaso Venezolano......	1	»	»	»	»	» 0.45
Del Valle—Parnaso Cubano.........	1	»	»	»	»	» 0.45
Donoso—Parnaso Chileno............	1	»	»	»	»	» 0.45
Tesoro del Parnaso Americano......	2	»	»	»	»	» 0.90
Campoamor—Los pequeños Poemas	1	»	»	»	»	» 0.45
» Doloras y humoradas	1	»	»	»	»	» 0.45
» Poemas	1	»	»	»	»	» 0.45
» Poesías y cantares...	1	»	»	»	»	» 0.45
» Obras poéticas.........	2	»	»	»	»	» 0.90
» » »	2	»	»	»	tela	» 1.60
Mármol—Poesías completas.........	1	»	»	»	rústica	» 0.70
» » »	1	»	»	»	tela	» 1.00
Sux—Cantos de Rebelión	1	»	»	»	rústica	» 0.45
Falco—Cantos rojos....................	1	»	»	»	»	» 0.30
Chocano—Obras poéticas	1	»	»	»	»	» 0.50
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.90
Plaza—Poesías	1	»	»	»	rústica	» 0.35
» Poesías completas................	1	»	»	»	»	» 0.50
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.90
Flores—Pasionarias	1	»		»	rústica	» 0.25
» »	1	tomo	ilustrado,	en	rústica,	$ 0.45
» »	1	»	»	»	tela	» 0.80
Peza—Poesías	1	»		»	rústica	» 0.35
» Poesías escogidas...............	1	»	ilustrado	»	rústica	» 0.50
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.90
» Glorias de México...........	1	»	»	»	rústica	» 0.45
» » » »	1	»	»	»	tela	» 0.80
» Monólogos	1	»	»	»	rústica	» 0.35
Acuña—Poesías completas............	1	»	»	»	»	» 0.45
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.80
Heine—Poesías completas............	1	»		»	rústica	» 0.50
Núñez de Arce—Poesías...............	1	»	ilustrado	»	»	» 0.45
» » » »	1	»	»	»	tela	» 0.80
Espronceda—Obras poéticas........	1	»	»	»	rústica	» 0.45
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.80
Zorrilla—Poesías completas.........	1	»	»	»	rústica	» 0.50
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.90
Balart—Obras poéticas	1	»	»	»	rústica	» 0.45
» » »	1	»	»	»	tela	» 0.80
Zorrilla de San Martín—Tabaré...	1	»	»	»	rústica	» 0.45
» » » » » ...	1	»	»	»	tela	» 0.80

Biblioteca de los novelistas (Bouret)

CADA TOMO EN TELA $ 0.45

		Tomos
Blest Gana (Guillermo)	La Fascinación	1
» » »	El Pago de las deudas	1
» » »	El Primer amor	1
» » »	La Aritmética en el amor	2
» » »	El Ideal de una calavera	2
» » »	Martín Rivas	2
Castera (Pedro)	Carmen	1
Champsaur (Feliciano)	El nido vacío	1
Chanteclair	La Modelo	1
Chateaubriand	Atala, René y el último Abencerraje	1
Decourcelle (Pedro)	Los dos Pilletes	2
Docteur (Carlos)	Por un título	1
Dumas (Alejandro)	El capitán Pablo	1
» »	El Caballero de Casa Roja	2
» »	El Caballero de Harmental	2
» »	La Hija del Regente	2
» »	Los compañeros de Jehú	2
» »	El conde de Monte-Cristo	7
» »	La Condesa de Salisbury	1
» »	La Guerra de las mujeres	2
» »	Memorias de un médico	6
» »	El Collar de la Reina	4
» »	Angel Pitou	2
» »	La Condesa de Charny	5
» »	Los Mil y un fantasmas	3
» »	Los Mohicanos de París	10
» »	Napoleón	1
» »	La Reina Margarita	2
» »	La Dama de Monsoreau	3
» »	Los Cuarenta y cinco	4
» »	La San Felice	8
» »	Sultanetta	1
» »	Los tres Mosqueteros	3
» »	Veinte años después	4
» »	El vizconde de Bragelonne	6
» »	Isabel de Baviera	2
» »	La Regencia	1
» »	Luis XV	2
» »	Las lobas de Machecoul	3
» »	El Speronare	2
» »	El capitán Arena	1
» »	El Corricolo	2
» »	Un año en Florencia	1
» »	La Villa Palmieri	1

		Tomos
Dumas (Alejandro)	Las Orillas del Rin	2
» »	Quince días en el Sinaí	1
» »	La Suiza	3
Dumas (Hijo)	La dama de las Camelias	1
Enseñat (J. B.)	Tritón	1
» » »	Por la Honra	1
Fernández y González	La Dama de Noche	1
Genlis (Madame de)	El Sitio de la Rochela	1
Gómez Carrillo (Enrique)	Del amor, del dolor y del vicio	1
» » »	La bohemia sentimental	1
» » »	Maravillas	1
Hernández (Dr. Fortunato)	Desequilibrio	1
Hugo (Victor)	De orden del rey	2
Ibo Alfaro (Manuel)	Malditas sean las mujeres	1
Isaacs (Jorge)	María	1
Kock (Paul de)	El Prado de Amapolas	2
López Penha (Abraham Z.)	La desposada de una sombra	1
Loti (Pedro)	Mi hermano Ives	1
Mary (Julio)	Los Ultimos Cartuchos	2
Varios autores	Mejores cuentos de los mejores autores españoles contemporáneos	1
Nombela (Julio)	Historia de un minuto	1
» »	La novela de un joven	1
» »	La Piedra Filosofal	1
» »	La realidad de un sueño	1
» »	Un Hijo natural	1
» »	La Niña de Oro	1
» »	El Secreto de la Vida	1
» »	Bisutería literaria	1
» »	El Ultimo duende	1
» »	La semilla y el fruto	1
Varios autores	Novelas cortas de los mejores autores españoles contemporáneos.	
Pardo (Miguel Eduardo)	Villabrava	1
Peza (Juan de Dios)	Memorias, reliquias y retratos	1
Rubén Darío	Peregrinaciones	1
Savage (Coronel)	Mi esposa oficial	1
Sienkiewicz (Enrique)	El Diluvio	2
Sinués de Marco (María del Pilar)	La Ley de Dios	1
» » » » » »	Sofía Restaud de Cottin	1
Theuriet (André)	Flavia	1
Wisemann	Fabiola	2
Zola (Emilio)	La caída del Padre Mouret	2
» »	Los Misterios de Marsella	2

Biblioteca Artística

OBRAS DE 1 TOMO, EN RÚSTICA, Á $ 0.50 CADA UNA

Altamirano	Clemencia.
Balzac	Los Soldados del Imperio.
Castanier	La orgía romana.
»	La Cortesana de Menfis.
»	La hija de Creso.
»	El Loto del Ganges.
Dominici	Dionysos (costumbres de la antigua Grecia).
Halevy	El abate Constantino.
Keller	Amores antiguos.
Louys	Afrodita.
»	La mujer y el Pelele.
»	Aventuras del rey Pausole.
Massón	Napoleón y las Mujeres (El Amor).
Rebell	La Nichina.

Biblioteca Científica

CADA TOMO EN RÚSTICA: $ 0.75

	Tomos
Ernesto Haeckel—Historia de la creación de los seres según las leyes naturales	2
F. Lanfrey—Historia Política de los Papas	1
A. Renda—El destino de las dinastias	1
D. F. Strauss—Nueva vida de Jesús	2
J. Fola Igúrbide—Revelaciones científicas, que comprenden á todos los conocimientos Humanos	1
P. J. Proudhon—De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política	1
José Ingegnieros—Histeria y Sugestión (Estudios de Psicología clínica)	1
» » Simulación de la locura ante la Criminalogía, la Medicina Legal y la Psiquiatria	1
Luis Buckner—La vida psíquica de las bestias	1
Augusto Dide—El fin de las religiones	1
Rafael Altamira—España en América	1

Carlos Octavio Bunge

La Educación .... 1 tomo en rústica $ 1.50

Obras de Carmen de Burgos (Colombine)

CADA TOMO EN RÚSTICA $ 0.25

	Tomos		Tomos
La cocina moderna	1	Salud y Belleza	1
Arte de saber vivir	1	Las artes de la mujer	1
Modelos de cartas	1		



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador: LUIS PÉREZ | Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI | Montevideo, Julio de 1911 | N.º 53

Visión India

Del Mahabarata. *Para* APOLO.

Cabe la margen del apestado Ganges
Fieros combaten Koravas y Pandavas;
Con recio empuje las índicas falanges
Unas sobre otras se precipitan bravas.

Rayan los cráneos ensangrentados franges
Que abren los golpes de ponderosas clavas,
Y sajan hondo los filosos alfanjes
La carne flaca de las turbas esclavas.

Alarde cruento de bárbaras pujanzas,
Perdido el brillo de sus hojas cortantes,
Sangre destilan las falas y las lanzas
Que los Ghatrias guerreros blanden triunfantes.
La tierra tiembla. Sobre el juncal las panzas,
La trompa al aire, al trote, jadëantes
Pasan los elefantes
Como una tromba, en apretadas filas;
Y en la pagoda husmea las matanzas
Un ídolo monstruoso de hoscas pupilas
Kalí, la torva «Diosa de las venganzas».

Junio, 1911.

Adriano M. AGUIAR.

El famoso madrigal de Gutierre de Cetina

Algunos rasgos biográficos del autor

Gutierre de Cetina, el eximio poeta sevillano que floreció á principios del Siglo XVI, enriqueció la lírica española con una serie de composiciones de tono y sabor anacreónticos, celebradas, entre otros notables escritores, por Argote, Saavedra, Fajardo, Góngora y Lope de Vega.

De sonetos, canciones y madrigales, consta principalmente la breve, pero fecunda labor del *Anacreonte ibérico.* Y decimos principalmente, porque también dió á luz un poema sobre *La Restauración de España* y un *Discurso sobre la Poesía castellana.*

Juzgamos pertinente hablar, siquier sea de paso, de este poeta, soldado y sacerdote,—que las tres cosas fué,—en cuyo blasón deberían resplandecer la lira, la espada y la cruz.

Gutierre de Cetina fué discípulo del dulce Garcilaso, un partidario de la escuela italiana, por lo cual trabajó fructuosamente en la restauración de nuestra Poesía, valiéndose de las nuevas formas admitidas por la escuela citada.

¿Qué caracteriza las composiciones de tan preclaro ingenio? Dulzura, delicadeza y armonía encantadoras. En todas las que conocemos palpita un sentimiento asaz pronunciado, una precisión maravillosa en el desarrollo del mismo, gran armonía y elegancia en la forma. Y siempre un estilo gracioso y una expresión tierna: siempre, como los afectos que las inspiran, dulces y delicadas son sus cántigas.

Es seguramente por lo que la Academia Española ha incluido el nombre de este escritor en el *Catálogo de las autoridades de la Lengua* y por lo que Rivadeneira ha insertado en la *Biblioteca de Autores Españoles,* cuarenta sonetos, cuatro madrigales, cinco canciones y dos epístolas del numen á que aludimos.

Pero el canto por el que más se conoce al celebérrimo vate, es el madrigal que tiene por *ritornello*: *ojos claros, serenos*; acaso el más hermoso que existe en español: es el tipo de los madrigales, pues que en pocos versos encierra un poema de galantería, un sentimiento profundo y delicado. Es superior éste al de Luis Martín: *Iba cogiendo flores...* al de Pedro Quirós: *Tórtola amante, que en el roble moras......* y al flamante de Luis G. Urbina: *Era un cautivo beso enamorado...*

Debemos convenir, empero, en que Urbina estuvo atinado: logró asir la mariposilla de que habla Martínez de la Rosa, tratando de las dificultades que ofrece el madrigal, sin arrancarle de las alas ni un átomo de oro.

Apenas si hay florilegio ó texto de literatura que no tenga el madrigal que celebró los *ojos claros y serenos* que hirieron al poeta. Los pocos versos de que consta la loa, bastarían para darle la reputación que justamente ha adquirido. Por esa sola composición, un su conterráneo, don Baltasar de Alcázar, lo felicitó en rotundo soneto.

No há mucho, Amado Nervo, poeta y diplomático nuestro, en alabanza de unos ojos ,dijo:

Tus ojos, clara piscina
donde abreva el ideal;
tu mirada, un madrigal
de Gutierre de Cetina.

Y Manuel José Othón, en su «Ultimo Capítulo», comedia estrenada con motivo de la celebración del tercer aniversario secular del Quijote, pone en labios del mismo Gutierre de Cetina la melíflua producción.

El viejo cuanto bellísimo madrigal ha inmortalizado, pues, á su autor; se le cita á menudo como modelo de gaya poesía.

Desgraciadamente, si Gutierre de Cetina volviera á la vida desconocería su obra, pues que ha sido alterada por manos profanas. De distinto modo circula por doquiera. Verdad es que su fondo es el mismo; pero su forma ha cambiado. Ved si no cómo nos lo dan á conocer algunos escritores:

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á aquel que os mira,
Porque no parezcáis menos hermosos,
¿Por qué á mí sólo me miráis con ira?
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

MANUEL J. OTHON

Ojos claros, serenos,
Que de un dulce mirar sois alabados
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á quién os mira
¿Por qué á mí sólo me miráis con ira?
¡Oh tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

ROQUE BARCIA.

Y CASI DEL MISMO MODO. A. GIL DE ZARATÚ

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á quien os mira
¿Por qué á mí sólo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

E. GARZA CANTU

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos
Mas bellos parecéis á aquel que os mira.

No me miréis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos,
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

CODICE DE DON JOSÉ M. DE ALBA

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
Más bellos parecéis á quien os mira,
¿Por qué á mí sólo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

SEDANO, PARNASO ESPAÑOL

Y seguiríamos. ¿Cuál será, pues, el menos alterado de los preinsertos? Imposible saberlo. Vive la idea, el fondo principal de la obra, el vino añejo y dulce que nos embriaga de poesía, y poco importa que el vaso de la forma esté un tanto desportillado.

Y ahora pongamos remate á estas líneas, reproduciendo un olvidado madrigal del mismo autor:

Cubrir los bellos ojos,
con la mano que ya me tiene muerto
cautela fué por cierto;
que ansí doblar pensásteis mis enojos.
Pero de tal cautela
harto mayor ha sido el bien que el daño:

que el resplandor extraño
del sol, se puede ver mientras se cela.
Así que aunque pensásteis
cubrir vuestra beldad única, inmensa,
yo os perdono la ofensa,
pues, cubiertos, mejor verlos dejásteis.

¡Oh! excelso Gutierre de Cetina, asombro y pasmo de las letras españolas! La tierra mejicana, que tuvo la dicha de hospedarte, debe haberse estremecido de gozo á tu paso. Sol de almos resplandores, si en otros días tuviste un orto glorioso, hogaño fulges en un cenit de oro: no has tenido aún acaso, para bien y regocijo del Arte.

Juan B. DELGADO.

A los trovadores áulicos

De «Albas Sangrientas»

Troveros que algún día
Loasteis la Verdad,
Y veis ahora en la venal jauría
De los necios, pudor y austeridad,
Sed discretos; el alma no es el limo
En que anegáis, con gestos de acritud,
La poesía y el rosal opimo
De la belleza en flor de juventud.

(En el alba sangrienta de mis luchas yo rimo
Apóstrofes sonoros á vuestra turpitud)

No embadurnéis el busto
De Apolo ni el perfil
De los panidas líricos; callad bajo el augusto
Baldaquino del templo de la Belleza.
Hostil
Es vuestra voz melíflua, troveros y rapsodas
Con almas de libertos en torres de marfil,
Que oficiáis vuestra misa en las pagodas
Del vicio obscuro y la pasión servil.

El arte—y, como el arte
La libertad—para vosotros es
Una mueca..... No alcéis el estandarte
De la teoría de poetas, pues
La poesía no persigue impuras
Aspiraciones. Poesía es:
Candor en las risueñas criaturas,
En las divinas flores eclosión,
Esperanza en la vida,
En el alma ilusión,
Y astral reflejo en la tiniebla erguida.

Y, decidme: ¿qué son
La verdad del artista y el talento
De las mujeres libres cuyo aliento
Espiritual nos llena de emoción?

Trovadores coreantes,
Sed discretos, callad.
No busquéis en la piara de mediocres triunfantes
Ensueños de pureza ni amor de santidad.

Si en el aula cubierta de artesones fastuosos,
Claudicasteis, poniendo vuestra musa á los pies
De los reyes del agio, no digáis rencorosos
Que todos los poetas os siguieron después.

Hay poetas que empañan el crisol de la vida,
(Troveros curvilíneos gestados con pesar);
Id con ellos, pensando que la rama garrida
Se dobla, mas al peso de su carga florida,
Y se yergue de nuevo, pronta para gestar
Y vosotros, en tanto,
Ascendéis á la cumbre con el canto
Prostituido y la súplica vulgar.

El poeta cautiva, como el mar, con su encanto,
Y no hay nadie que intente la conquista del mar.

¿No fué Apolo un rebelde cual Orfeo,
Y el emotivo Anfión
Un artista viril y un corifeo
De la lucha, fogoso de pasión?

Impúdicos troveros,
Ya que sois pregoneros
Del vicio, acariciad
Su desnudez.... Empero no habléis de poesía:
La poesía,
Qué fué del genio—patrimonio—un día,
Jamás abjura de su libertad!

PÉREZ Y CURIS.

De "El ritmo de la vida"

Háme sorprendido siempre, enormemente, que hombres del raro valer de Arturo Schopenhauer, hayan escrito grandes libros, con el solo fin de buscar, el fundamento de la Moral;

porque paréceme, que éste, se muestra á vuelta de poco esfuerzo, con una transparencia cristalina, y, no por modo de Revelación, sino de simple demostración, en vena de escudriñar;

basta querer ver, para hallar sin esfuerzo que; *la base de toda Etica, es, el, Interés*;

el Interés Colectivo, imponiéndose como norma al Interés Individual, para anularlo;

y, esa lucha entre el Interés Social, y, el Interés Individual, entre la Sociedad despótica y el Individuo libre, ha sido la lucha de todos los tiempos y, todos los momentos de la Historia, y, á través de ella, la Moral, ha sido el Código Social, imponiéndose al Individuo, para limitarlo y anularlo;

de ahí, que toda Moral, es anti-Individualista, y, por ende, anti-Natural, y anti-Humana;

es el Sacrificio del Individuo á la Colectividad; la absorción del Yo, por ese Minotauro llamado: *Todos*.

toda Moral se disuelve en leyes, como la nube se disuelve en agua;

de ahí, que la Ley, tenga el mismo origen que la Moral: el Interés Colectivo, en guerra con el Interés Individual; la guerra de *todos*, contra el el Yo que dedebería ser Sagrado é Intangible.

todo Precepto, todo Deber, todo ley, es un yugo;

código de rebaños;

se ayuntan los bueyes;

no se ayuntan los leones;

he ahi por qué, los hombres aman los bueyes y no los leones;

porque no los ayudan á arar sus campos;

los leones, no son explotables, he ahí por qué los leones son abominables;

los leones, no quieren ser esclavos;

he ahí por qué los leones son un peligro;

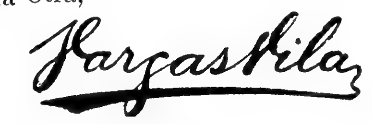
como los hombres libres;

no deben existir;

he ahí por qué se organizan cacerías contra los leones y contra los libres...

Sociedad y libertad son incompatibles;

es natural que la Una devore la Otra;



EL AMOR ES DOLOR!

El amor es dolor! lo presentía!
Y el dolor es placer, haber sufrido
Para poder gozar; yo lo he sentido
En mi poema de melancolía.

Placer de la tortura y la agonía
Tan intenso, tan hondo, tan vivido!
Grato y suave dolor, porque perdido
Es que te anhelo más, placer de un día!

—Y *ella* permite que mi angustia siga
Con su crueldad. —Oh dulce mi enemiga,
Volved á ciliciarme con desdenes,

No con indiferencias asesinas,
Para gozar cual Cristo con los sienes
Sangrando en la crueldad de las espinas!

Salto, 1911 MONTIEL BALLESTEROS.



Señorita María Teresa Jerez

A la niña María Teresa Jerez

En su cumpleaños

Son tus ojos, niña amada,
De luces una cascada,
Mas tu rostro espiritual
No traduce los colores
Seductores
De tu paleta genial.

C. de la PALMA (Violeta)

Agosto 1.° 1911

Alma andaluza

—Para Haroldo—.

Paseando mis melancolías por las playas de dormida arena de esta MALAGA paradisíaca, donde los vinos tienen el mismo sabor que los besos de sus mujeres, yo he recordado, esta tarde de otoño, querido HAROLDO, la divina frase de Madame Sevérine. «...En cada bella ciudad que visitamos, vamos dejando un pedazo de nuestro corazón...» ¡Porque nada es más doloroso que contemplar estos bellos sitios de ensueño, y pensar, al mismo tiempo, que pronto vamos á decirles adiós, á perderlos, quizás para siempre, como ¡hemos perdido tantas cosas lejanas ¡y amadas... Pero no melancolicemos. El recoger tristes añoranzas en la tierra del sol y los cantares, casi es un pecado. Olvidemos un instante que nuestro espíritu es doliente relicario, y busquemos refugio piadoso en el alma loca del vino. Andalucía nos dice.

«Yo haré sonrisa tu pena
Con una alegre balada,
Mientras mi mano de hada
Acaricia tu melena.»

De la Andalucía fantástica de GAUTIER y de la milagrosa Sevilla de Alfred de MUSSET,—confesémoslo tristemente,—queda muy poco: pero Andalucía sigue siendo uno de los lugares que el mundo ha escogido para sitios de peregrinación sentimental; y si *Carmencita* no lleva ya la navaja en la liga, ni blasfema, ni siquiera murmura, sus ojos, en cambio, siguen siendo siempre negros, siempre adorables, y tan bellos! tan bellos! La alegría no la ha abandonado; no la abandonará jamás: está en su alma; ¡es su alma misma! Esa alegría que se refleja en la reja que baña el sol, que aroman los azahares del patio riente y fresco, donde bordan arabescos las enredaderas del jardín.

¡Andalucía sigue siendo la Atenas sonriente de la gracia; el corazón de España, que eternamente canta y encanta! Sigue siendo, también, la patria clásica de la mantilla, del garbo, de la sal meridional. Las cabelleras de sus mujeres son siempre adorables en la fiesta de sus claveles rojos: y si la mirada ardiente de sus morenas ya no *derrite el asfalto de las aceras,*—como reza el lindo cantar de la tierra,—la gallarda manola que pasa suele llevarse todavía nuestro corazón, prendido en el fleco de su mantón de Manila... El piropo es otra de las cosas que para este pueblo jacarandoso y dicharachero sigue siendo una religión. Penetremos en la calle del Molinillo del aceite ó recorramos la aristocrática avenida de La Caleta é infaliblemente tropezaremos con el galán un tanto despreocupado, en eterna persecución de la morena de cara bonita que huye cual mariposa, esbelta en el anadear de sus caderas, ruborosa cuando *Don Juan* la dice apasionadamente, «marecita, ay! quién fuera *sordao* y *usté* bandera.»

...Tropezaremos aún con la reja que adornan macetas floridas y lujuriantes rosas, y donde el mozo de garbo pela la pava, y trata en vano de ocultar la cabeza tras las anchas alas del ladeado cordobés. La florista de mirar picaresco y piadosos labios... nos saldrá al paso, y levantando de la cadera ondulosa donde descansa, el jarro de las flores, nos dará á beber los nardos

embriagantes... En una esquina veremos aún la farándula del pueblo que se arremolina alrededor de la gitanilla graciosa y zandunguera, para admirar las danzas vibrantes, que se deslizan en movimientos intensos, que acompaña una guitarra de risas sin pudor...

¿...Seguimos caminando...? Escucharemos, un poco más allá, el eco inolvidable, único, del *cante flamenco* que se escapa de un balconcillo inmediato, y viene hasta la calle y la llena y la inunda. ¡ Es tan ingenuo, tan hondo ese *cante*, que diríase el alma sentimental de esta tierra saliendo de la garganta de la *cantaora* ! ¡ Si cantas andaluza, eres divina,—me digo; —porque el cantar nació contigo, en tu cuna; y si bailas, también eres divina, porque á la cuerda llorosa y sentida, ó riente y cruel, se ajusta el aire flamenco, que también baila contigo, ondulante, vibrante ! ¡ SALVE, MORENA !

Ricardo GÓMEZ CARRILLO.

Paisaje

Para APOLO.

Bajo el misterio de la noche en germen
alza la tarde su ropaje triste;
la sombra avanza y al llegar se viste
sus galas negras... En los nidos duermen

las aves que han truncado sus gorjeos;
la brisa inicia su canción de flautas,
y á las peñas que esbozan mausoleos
las ondas llegan á morir incautas.

En la sombría ramazón se incrusta
la tristeza letal, y la vetusta
é inmensa peña de la fuente—evoca

inclinada á la linfa que murmura—
un Cíclope de piedra que procura
besar las ondas con sedienta boca.

FERNANDO SILVA VALDÉS.

Teatralia

SOLIS.—La compañía cómica italiana que actúa en este teatro, tiene como director y primer actor á uno de los cómicos más eficaces que hayan desfilado por nuestros escenarios. Alto, enjuto, de mirada vivaz y traviesa, naturalísimo dentro de sus graciosas interpretaciones de «machietista», el capo-cómico Sichel, posée el secreto inimitable de provocar en el público con su gracia irresistible, verdaderas explosiones de hilaridad.

Pero no vaya á suponerse que para obtener esto, el artista se valga de gesticulaciones y de piruetas grotescas. No. Su procedimiento es sencillo y difícil á la vez. Toda su comicidad la pone en la voz, en lo que dice y ejecuta, con una expresión inteligente, maliciosa, ó torpe, que hace de los personajes que encarna este brillante cómico, acabadas y admirables creaciones risueñas. Nos ha hecho reir hasta las lágrimas en «Il portafoglio», su caballo de batalla, en «Un groso affare», en «Il tacchino», en..., en fin, en varias pochadas llenas de situaciones equivocas y de calembours picarescos é ingeniosos. Este demonio de Sichel es un cura neurasténicos, hipocondriacos, histéricos, y demás enfermos que sufren de nebulosas en el espíritu.

Convencido de esto, el público acude numeroso para reir libremente a carcajadas.

Entre los compañeros de escena de este mago de la risa, se destacan, Napoleón Massi y Arturo Garzes (característico), excelentes cómicos, ventajosamente conocidos por nosotros; Valpreda, Maccheroni, Pescatori, Gara; y como primera dama, Azucena Dalla Porta, de rostro hermoso, de elegante y distinguida figura, que en la función de su beneficio pudimos apreciarla debidamente, reconociendo en ella á una actriz discreta, que reune cualidades muy recomendables para el género que cultiva. Por su orden artístico siguen la Privato, la Piacentini y la Scarrone.

En breve debutará en nuestro primer coliseo la gran compañía lírica dirigida por el genial Mascagni, de quien oiremos como Dios manda. sus más celebradas producciones, entre las que se cuenta su última ópera «Isabeau», cuyas primeras representaciones en Buenos Aires provocaron tan variados juicios críticos y tantas discusiones apasionadas.

Se ha organizado una comisión de connacionales, músicos y críticos musicales para recepcionar y agasajar al ilustre maestro, que de un momento á otro llegará á ésta con su compañía.

URQUIZA.—La opereta está de moda. Los que la cultivan hacen fortuna. Sino que lo digan Franz Lehar, Leo Fall, Straus, Luis Ganne y otros músicos no menos afortunados, que con un poco de alegre y traviesa, aunque no siempre constante inspiración, satisfacen el gusto nada exigente de ese público bonachón, que se le arrulla fácilmente con melodías sencillas y digeribles, rimadas en valses, marchas, mazurcas, y minuets.

Montevideo, que no ha podido sustraerse á la chifladura reinante, quiere y pide insaciable, opereta. Y durante más de dos años consecutivos se le ha servido con preferencia el plato apetecido. No bien una compañía de ese género lía sus petates para irse á otra parte con su alegre música instrumental y de *pesos*, ya tenemos otra en vísperas de llegar. No hay vuelta de hoja: estamos irremediablemente *operetizados*. Entre nosotros triunfaron varias veces, la de Sconamiglio, la de la Cittá de Milano, la de Marchetti, la de Vitale, que en el mes entrante vuelve á Solís, la de Lahoz, la de Gatini-Angeline y no recuerdo cuantas más. Ahora tenemos otra en el teatro de los hermanos Crodara: la de Maresca-Caracciolo, que nos trae una troupe numerosa y bien combinada; que pone las obras en escena con todo lujo de decoraciones y vestuarios; y que tiene mujeres bonitas de formas idem, en cantidad, y de estrella de primera magnitud a la monísima y graciosa soprano Elodia Maresca. La «Donne vienesi», del mimado autor de «La viuda alegre» y de «El conde de Luxemburgo», que nos dió á conocer esta compañía, á ratos tiene música de verdadera y alta inspiración.

Pero aún cuando esta suele decaer, incurriendo el compositor en bajos recursos, apelando á menudo á los bailables, desilusionándonos, la partitura, en sus lineamientos generales, artísticamente considerada es más honesta que las nombradas. En la sinfonía con que comienza el primer acto; en el concertante final del segundo: en el dúo de amor del tercero; y en alguna que otra frase feliz, es donde realmente culmina la obra.

Luego, infinidad de reminiscencias y motivos que nos son familiares por lo oído, plagan el curso musical de esta producción del maestro Lehar.

En su interpretación se lucieron y cosecharon aplausos, la señorita Elodia Maresca, de bonita voz y agradable timbre; el tenor Grassi, que posee una voz bella, de las que no

Soñando

A. Pérez y Curis.

Era al morir la tarde — en la hora del misterio
Del hondo claroscuro—cuando medita el alma...;
La noche ya extendía su soberano imperio
Y todo iba quedando plácidamente en calma.

Los dos, cual fujitivos en busca de ternuras,
Llegamos silenciosos á la floresta amada;
Tú reposar quisiste...: tus finas vestiduras
Rozaron suavemente la alfombra perfumada.

El hálito nocturno, con lentas vibraciones,
Traía hasta nosotros aromas y canciones,
Rumores de fontana, susurros de embeleso...

Iba á besar tus labios con loco desvarío,
Me estremecí de pronto—me desperté—¡Dios mío!
¡Que ni siquiera en sueños pueda yo darla un beso!...

Mendoza, 1911 J. Enrique ACEVEDO



"Waterlóo"!

Para **Apolo.**

«Esta noche á las 9 lo espero. Eduardo, como se habrá enterado, dará una conferencia en la Sociedad Francesa. Su amiga.—M. L.»

He aquí un comprobante doloroso. Eduardo, el marido, propagando las ventajas que los candidatos de su partido reportarán á sus electores; Martha, su esposa, invitándome para que, mientras él lucha para mantener la holgura del hogar y el lujo, clave un puñal en las espaldas de la honestidad conyugal, como dijo Eduardo cuando, al combatir la ley de divorcio en la Cámara, se refería á las malas prácticas que ésta contribuiría á difundir en la fidelidad de las esposas hasta entonces sanas ó cuando menos discretas.

Era la segunda vez que me entrevistaría con esta mujer. La primera, fué en el Hipódromo, después de unos cambios de miradas. Se corría la tercera carrera y nosotros nos hallábamos en la *pelouse*. Con el pretexto de ver que caballo llegaba en punta, empinada sobre la punta de los pies, avanzó hasta mi lado. «Waterlóo»! «Waterlóo»! gritó al parecer entusiasmada. «Waterlóo», joven, verdad? No señora, entró segundo. ¡Qué lástima!—me dijo—un caballo al que siempre juego. Hablamos un rato sobre cuestiones hípicas; después, con breves escaramuzas entramos de lleno en nuestras relaciones. El marido era un tonto. Jamás quería acompañarla á las carreras, siendo ella tan aficionada se resignaba á venir con un niño, hijo de una vecina de la casa inmediata á la suya. Además, como se hallaba muy atareado en cuestiones políticas debido á la proximidad de las elecciones, se pasaba los días y las noches aburridísima, puesto que él rara vez estaba en casa, ni siquiera á las horas de las comidas. Me invitó á visitarla. Disimulando el fondo de la cuestión le entregué mi tarjeta. Días después recibí el billetito que acabo de leerles.

La noche, serenísima, engalanada por una luna que la embellecía con su delicado resplandor, me desafiaba para asistir á una cita que no escaparía á los ojos siempre escrudiñadores de los vecinos que solo se preocupan en saber quién entra y quién sale en las casas circunvecinas. Afrontando todo, me encaminé hacia ella. Martha, estaba en el primer balcón, desde el cual, al pasar, me habló: golpée.

—Vive aquí el doctor... pregunte al sirviente que acudió á recibirme.

—Sí, pero no está en este momento; respondió Martha asomando por la puerta de la sala. Si usted desea dejarle dicho algo, puede pasar.

Ya en la sala, tendida perezosamente sobre un sofá, una pierna caída, dejando ver la pantorrilla enteramente, me dijo: Ah! no puede usted imaginarse, cuánto me aprieta este zapato.

—Por mí no sufra usted un segundo. Puede quitárselo sin escrúpulos...

—Si fuera tan amable...

—Con el mayor placer...

Como ella no hiciera ademán de levantar el pie tuve que agacharme. Le desataba la moña, cuando sentí posar sobre mi hombro, con

suprema delicadeza, la otra pierna...

Hacía dos horas que nos hallábamos acostados, sin recordar ella su calidad de casada, ni yo mi situación peligrosa, cuando un carruaje se detuvo frente á la puerta. Con la sorpresa del caso, oímos cómo se abría. Salté del lecho y corrí á la sala, mientras ella apresuradamente cubría con sus ropas las mías que había colocado sobre una silla.

—Martha! gritó el marido, llamando con los dedos á los cristales de su dormitorio.

—Eduardo, eres tú?...

—Sí, vengo á avisarte para que estés sin cuidado porque tengo mucho que hacer y no vendré á dormir.

—Ah! respiré corriendo hacia ella y abrazándola fuertemente...

Cerróse nuevamente la puerta. Partió el carruaje, tornando nosotros con la tranquilidad tan bien ganada, á concluir de clavar el puñal en las espaldas de la honestidad conyugal...

MARCOS FROMENT.

Arabesco en gris menor

Para APOLO.

Recuerdo con qué impaciencia
aquella tarde de frío,
paseabas la opulencia
de tu gracioso atavío.

Envuelta en la boa gris
ágil, suave y caprichosa;
eras la más deliciosa
mujercita de París.

Ligeramente rosada
bajo tu lindo chapeau,
parecías escapada
de algún cuadro de Watteau.

Tu pie leve y delicado
como un pétalo de acacia,
era el objeto admirado
de toda la aristocracia.

Al hablarte de Rubén
observé que entristecías.......
¡Y pensar que merecías
un soneto de Verlaine!....

Esteban ETCHEPARE.

Montevideo—1911

Tengo una amiga...

Mi amiga es una extraña criatura muy inteligente, muy linda, muy sentimental. Tiene un alma de niño y es como los niños, versatil y caprichosa. Tras su adorable apariencia, esconde en el corazón una florecilla satánica que, en ocasiones graves, puede causar la muerte de algún incauto. Ama la luna y la penumbra crepuscular en el gabinete exornado de pesadas colgaduras; ama los claveles rojos y las músicas, que son encajes de sonidos, á las formas sútiles de aristocracia espiritual...; pero todo lo ama un instante... Sus amores tienen la duración del perfume de las violetas y cambian de matiz como las nubes, y son como las nubes ilusorias y nómadas... Van hacia todos los rumbos, en fugaz vuelo de mariposas... y nada hay más completo y difuso que su pensar amoroso. ¡Desgraciado del que crea que su impresión de una hora va á durar eternamente! ¡Desgraciado del que oiga sin sonreir su canción de sirena! Porque ella, en verdad, no sabe lo que ama, ni da importancia alguna á las palabras. Y es á un mismo tiempo triste y alegre, apasionada é indiferente, dulce y cruel, sincera y banal. ¿Qué es ella? ¿Qué es ella? Leal y pérfida, inspira deseos complicados y es un paraíso y un abismo. El tedio la roe interiormente, como el gusano á la flor... Ríe en los bailes, en los paseos, en todas partes; sonríe á la amiga que pasa, al majadero que la persigue, al petimetre que la devora con los ojos... Ella ríe y se burla, ó tiene lástima de todo y de todos... Entre sedas y rosas revuela su alma sutil precozmente melancólica. Sus límpios ojos castaños recogieron la tristeza de las cosas, y la ilusión no tiñe de azul su lontananza...

Ha vivido demasiado y aun no tiene veinte años. Nerviosa é impulsiva, una emoción anormal la hace vibrar, pero como sucede á esos minúsculos relojes exornados de rubíes, que las duquesas llevan en sus abanicos, su mecánica interna se inmoviliza pronto; y para disculpar la aridez de su espiritu, finge confundir la piedad con el amor.

Yo quiero mucho á esta amiga tan joven y tan enigmática. Me atrae con su gracia encantadora. Tengo fe en su afecto... de un día. Hoy es mi mejor amiga, á pesar de su divina juventud que perfumó en algún tiempo mi corazón. Daría una parte de mi alma por verla feliz. Pero jamás podrá serlo, porque su pensamiento y su hastío la llevan *más allá del Bien y del Mal.*

Froilán TURCIOS.

A una francesa

El mal que en sus recursos es proficuo,
Jamás en vil parodia tuvo empachos;
Mefistófeles es un cristo oblicuo
Que lleva retorcidos los mostachos.

Y tú, que eres unciosa como un ruego
Y sin mácula y simple como un nardo,
Tienes trágica crin dorada á fuego
Y amarillas pupilas de leopardo...

Amado NERVO.

Biblioteca Sempere

LIBROS POPULARES Á $ 0.15 EL TOMO RÚSTICA

		Tomos
A. Hamón	Determinismo y Responsabilidad	1
» »	Psicología del militar profesional	1
» »	Psicología del socialista-anarquista	1
» »	Socialismo y anarquismo	1
Alcalá Galiano (José)	Las diez y una noches	1
Aleramo (Sibila)	Una mujer	1
Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez	Emilio Zola (Su vida y sus obras	1
Alexis	Las chicas del amigo Lefevre	1
Altamira (Rafael)	Cosas del día	1
Angel Guerra	Literatos extranjeros	1
Argente (Baldomero)	Tierras sombrías	1
Bakounine (Miguel)	Dios y el Estado	1
» »	Federalismo, Socialismo y Antiteologismo	1
Barón de Holbach	Moisés, Jesús y Mahoma	1
Baudelaire (Carlos)	Los paraisos artificiales	1
Benuzzi (Rodolfo)	Creación y vida	1
Bjoernson (Bjoernstjerne)	El Rey	1
» »	El guante—Más allá de las fuerzas humanas	1
Blanco Fombona (Rufino)	El hombre de hierro	1
Blasco Ibáñez (Vicente)	Cuentos valencianos	1
» » »	La condenada	1
Bouhélier (Saint Georges de)	El rey sin corona (drama)	1
Bovio (Juan)	Las doctrinas de los partidos políticos en Europa	1
Bracco (Roberto)	Muecas humanas	1
» »	Se acabó el amor—*Bjoernson*—Una quiebra	1
Büchner (Luis)	Fuerza y materia	1
» »	Luz y vida	1
» »	Ciencia y Naturaleza	1
Buckle (Enrique)	Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo v y hasta mediados del xix	1
Bueno (Manuel)	A ras de tierra	1
Bunge (Carlos Octavio)	La novela de la sangre	1
Cantaclaro	Comentarios al Concordato	1
Capitán Casero	Recuerdos de un revolucionario	1
Comandante ***	Así hablaba Zorrapastro	1
Conde Fabraquer	La expulsión de los jesuitas	1
Cortón (Antonio)	El fantasma del Separatismo	1
Chamberlain (John)	El atraso de España	1

		Tomos
Chamfort	Cuadros históricos de la Revolución francesa	1
Ch. de Laclós	Las amistades peligrosas.........	1
D'Annunzio (Gabriel).................	Epíscopo y Compañía............	1
Darwin (Carlos R.)....................	El origen del hombre..............	1
» » »	Mi viaje alrededor del mundo	2
» » »	El origen de las especies.........	3
» » »	La expresión de las emociones en el hombre y en los animales	2
Daudet (Alfonso)......................	Cuentos amorosos y patrióticos	1
De la Torre..............................	Cuentos del Júcar.................	1
Del Castillo (Benjamín E.).........	Dos Américas.........................	1
» » » »	Mutualidad, Cooperatismo y Previsión	1
Del Castillo Márquez (F. X.)......	Bajo otros cielos.....................	1
Delfino (Victor)	Atomos y astros.....................	1
Deutsch (León).........................	Diez y seis años en Siberia......	2
Dide (Augusto).........................	Miguel Servet y Calvino.........	1
Diderot (Domingo)	Obras filosóficas.....................	1
Domenech (Francisco)................	Lo humano	1
Draper	Conflictos entre la Religión y la Ciencia.............................	1
»	Historia del desarrollo intelectual de Europa...................	3
Echagüe (Juan Pablo)...............	Prosa de combate..................	1
Engels (Federico)......................	Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado	2
Fabbri (Luis).............................	Sindicalismo y anarquismo......	1
Faure	El dolor universal..................	2
Finot (Juan)..............................	El prejuicio de las razas.........	2
» »	La ciencia de la felicidad......	1
Flaubert (Gustavo)....................	Por los campos y las playas...	1
» »	La tentación de San Antonio...	1
Flores García............................	Memorias íntimas del teatro...	1
France (Anatole)	La cortesana de Alejandría...	1
Francés (José)..........................	Miedo	1
García Calderón (Francisco)........	Hombres é ideas de nuestro tiempo	1
Garchine (Vsevolod)..................	La guerra..............................	1
Garnier (José Fabio).................	Perfume de belleza...............	1
Gautier (Judith)	Las crueldades del amor.........	1
Gautier (Teófilo)	Un viaje por España..............	1
George (Enrique)......................	Progreso y Miseria................	2
» »	Problemas sociales.................	1
Gómez Carrillo (Enrique)...........	Desfile de visiones.................	1
» » »	Por tierras lejanas..................	1
Goncourt (Edmundo de).............	La ramera Elisa.....................	1

		Tomos
González Peña (Carlos)	La chiquilla	[illegible]
» » »	La musa bohemia	[illegible]
Gorki (Máximo)	Los ex-hombres	1
» »	En la prisión	[illegible]
» »	Escritos filosóficos y sociales	1
» »	Los bárbaros (drama)	[illegible]
» »	Los hijos del sol (drama)	[illegible]
» »	Entrevistas	[illegible]
» »	En América	[illegible]
Grave (Juan)	La sociedad futura	2
» »	La sociedad moribunda y la Anarquía	[illegible]
» »	El individuo y la sociedad	1
Guerin Ginisty	El Fango	[illegible]
Gutiérrez Gamero	La derrota de Mañara	1
Guy de Maupassant	El Horla	1
» » »	La Mancebía	[illegible]
Haeckel (Ernesto)	Los enigmas del Universo	[illegible]
» »	Las maravillas de la vida	2
Haggard (Rider)	El hijo de los boers	[illegible]
Heine (Enrique)	De la Alemania	[illegible]
» »	Los dioses en el destierro	1
Hugo (Víctor)	El sueño del Papa	[illegible]
» »	William Shakespeare	1
Inchofer (Melchor) (Jesuita)	La monarquía jesuítica	1
Ibsen (Enrique)	La comedia del amor—Los guerreros en Helgeland	[illegible]
» »	Emperador y Galileo—Juliano Emperador	2
» »	Los espectros—Hedda Gabler	[illegible]
» »	Cuando resucitemos—Juan Gabriel Borkman	[illegible]
Ingegnieros (José)	La simulación en la lucha por la vida	[illegible]
» »	Italia en la vida, en la ciencia y en el arte	[illegible]
» »	Al margen de la ciencia	[illegible]
Inyesto (Mariano)	La verdadera religión	[illegible]
Jacquinet (Clemencia)	Ibsen y su obra	[illegible]
Jaurés (Juan)	Estudios socialistas	[illegible]
Kropotkine (Pedro)	La conquista del pan	[illegible]
» »	Palabras de un rebelde	[illegible]
» »	Campos, fábricas y talleres	[illegible]
» »	Las prisiones	[illegible]
» »	El apoyo mutuo—Un factor de la evolución	2
Labriola (Antonio)	Del materialismo histórico	[illegible]
Labriola (Arturo)	Reforma y revolución social	[illegible]

		Tomos
Laugel (Augusto)........................	Los problemas de la Naturaleza	1
» »	Los problemas del alma.........	1
» »	Los problemas de la vida.........	1
Leone (Enrique)........................	El sindicalismo	1
Lorenzo (Anselmo)........................	El Pueblo..............................	1
López Ballesteros (Luis)..............	Junto á las máquinas...........	1
Lubbock	La dicha de la vida..............	1
Mackay (Juan Enrique)..............	Los anarquistas	1
Maeterlinck (Mauricio)..............	El tesoro de los humildes.........	1
Malato (Carlos)........................	Filosofía del anarquismo.........	1
» »	La gran huelga (Horrores del capitalismo)	2
Márquez Sterling....................	La diplomacia en nuestra historia	1
Marx (Carlos)........................	El capital............................	1
Matto de Turner (Clorinda).........	Aves sin nido	1
Max Halbe..................................	Juventud (drama en tres actos)	1
Max Nordau..............................	El mal del siglo....................	2
» »	Las mentiras convencionales de la civilización....................	2
» »	Matrimonios morganáticos......	2
» »	La comedia del sentimiento......	1
Max Stirner..............................	El único y su propiedad.........	2
Mazzini (José)........................	Deberes del hombre	1
Merlino (F. S.)........................	¿Socialismo ó monopolismo?...	1
Merejkowsky (Dimitry)..............	La muerte de los dioses.........	2
» »	La resurrección de los dioses...	2
» »	El Antecristo (Pedro y Alejo)	2
Merimée (Próspero)	Los hugonotes........................	1
» »	Cosas de España....................	1
Michel (Luisa)........................	El mundo nuevo....................	1
Mirbeau (Octavio)	Sebastián Roch (La educación Jesuítica)	1
» »	El abate Julio........................	1
Mitjana (Rafael)........................	Discantes y contrapuntos.........	1
» »	En el Magreb-el-Aksa............	1
» »	¡Para música vamos!...........	1
Moebius (P. J.)........................	La inferioridad mental de la mujer	1
Moleschott (Jacobo)	La circulación de la vida.........	2
Morayta	¡Aquellos tiempos!	1
Morote (Luis)............................	Pasados por agua..................	1
» »	Rebaño de almas..................	1
» »	La Duma (2.ª parte de *Rebaño de almas*)	1
» »	De la Dictadura á la República (La vida política en Portugal)	1
» »	La conquista del Mogreb.........	1

Sobre el libro "Por jardines ajenos" de Pérez Curis

Ha llegado á mis manos y acabo de leer, con el cuidado y la reflexión que son necesarios para que la lectura nos resulte provechosa, el nuevo libro del poeta Pérez y Curis, con cuyo título encabezo estas líneas.

Editado por la importante empresa de publicidad de F. Granada y Cía., de Barcelona, forma el libro un tomo de 158 páginas, en 4.º, con elegante carátula de colores serios y artístico dibujo, perfectamente impreso en buen papel y bien presentado.

Esto, respecto al material; en cuanto á la obra en sí, comienza por una sencilla dedicatoria que, en una sola línea, dice mucho, y nos muestra con esta ofrenda á la memoria de su padre, cómo perdura en el joven escritor el noble sentimiento del cariño filial, ya exteriorizado en idéntico homenaje de veneración hace más de dos años, en una breve página de su revista APOLO, con ocasión del fallecimiento del autor de sus días.

Viene luego un severo Pórtico—que es de granito por lo recio: «janua crítica» con inscripciones lapidarias en la que el autor con serena energía, resueltamente, nos dice lo que es su libro; y á este pórtico, que es un contrarresto á todo avance malevolente de la baja crítica, sigue, en el mismo tenor decidido, y levantisco, el vigoroso capítulo: «La Neocrítica en el Uruguay»—que es, como bien lo expresa Pérez y Curis, un capítulo violento de verdades demoledoras de los Zoilos que ofician de críticos sin tener condiciones para ello.

Aunque guardando una forma culta, quizá sin apercibirse de que no hay siempre necesidad de decir alto y libremente nuestro sentir, movido por quién sabe qué injustificados agravios ó ríspidas rozaduras á su personalidad pensante, que no nos es permitido apreciar ni mucho menos queremos investigar, Pérez y Curis ha reunido en este magistral exedra de vapuleo á todos sus gratuitos ofensores, sin temer al «mugitus labyrintho» de que nos habla la sentencia latina; la protesta airada de los versificadores ramplones, aullante desconcierto de gozques ladrando por detrás de los bordales á una risueña Selene.

Pero, si el escritor que se ha formado por sí mismo y ha triunfado tiene la conciencia de su propio valer, esta su exaltación no debe hacerle olvidar que la ingratitud es defecto demasiado frecuente en los humanos, y que también, muchas veces ella es provocada por la arrogancia del bienhechor. Una superioridad que se nos exhibe con cierta frecuencia puede producir molestia, y luego, un desvío rencoroso. El talento de un hombre libre que vale por sí y que ha conquistado una sólida reputación, despierta siempre envidias, y no sería de extrañarse que por l s opiniones vertidas por Pérez y Curis en los prolegómenos de su nuevo libro, aún sin propósitos de polémica, algún Rabirius le saliera á la palestra obligándole á preparar sus tabletas otra vez y á empuñar su estilo para rechazar el ataque.

Después de estos introitos agrios, viene la parte elevada y sedante del libro, la parte verdaderamente artística de la obra, en la que por ninguna parte aparecen ni la roquícia ni los mezquinos sentimientos que alguien ha atribuido á Pérez y Curis.

Una docena de loas de fina factura, escritas con robusto estilo y merecidas por los poetas y prosadores á quienes van dirigidas, y media docena de notas breves, reunidas bajo el título de «Ideas y Sentimientos», forman la médula del libro que, sin duda, ha de llevar un vivificante soplo de aliento y nobles estímulos á todos los cenáculos literarios de América, porque respecto á aquellos de quienes se ocupa, este poeta de ideales generosos, seguro de su arte, no se bajaría á otorgarles por favor lo que ellos no pudieran pretender como una recompensa á su mérito.

A pesar de su literalidad, Pérez y Curis en sus loas sólo rinde culto á la verdad, sin sacrificar su independencia de escritor. Parco en el elogio, acertado en sus juicios el conjunto de la obra resulta en extremo favorable para su autor, un sensitivo enamorado de la Belleza; y si toda obra poética por sugestiva y personalísima que sea, es una obra social y toda obra analítica é interpretativa es de enseñanza, de este viaje «Por Jardines Ajenos» podemos decir—que es un libro en el que los ignorantes pueden aprender y en el que los doctos pueden aumentar su caudal.

No pretendemos hacer una crítica literaria detallada, del nuevo libro de Pérez y Curis, que á tanto no llegan nuestras fuerzas; dejamos esa tarea á otras plumas de más fuste que la nuestra, y deseamos tan solo, al poner de manifiesto nuestras impresiones respecto de él,—llamar la atención de los inteligentes sobre el mismo, para que puedan valorar su mérito, que es grande, no solamente por la plasticidad de la forma sino porque en él se hallan reunidos en estrecho consorcio la profundidad del sentimiento y la claridad en la expresión de la idea. Bien venido, pues, sea este libro que aparece como una nueva luz en el horizonte del arte nacional—alumbrándonos una ruta de Verdad y de Belleza.

ADRIANO M. AGUIAR.

Imp. La Rural, de M y F. Ramos, Florida 84 y 92A

APOLO

AÑO VI

N.os 54 - 55

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -

MONTEVIDEO

AGOSTO-SETIEMBRE DE 1911

Bibliográficas

(Obras recomendadas por «Apolo»)

El Tumulto, POR GEORGES D'ESPARBÈS.—(*Versión castellana de E. Diez Canedo*).

El lirismo épico de *Georges d'Esparbés* canta en la prosa de este volumen con fragor de tormenta. Es una sucesión de cuadros históricos henchidos por el aliento vital del heroísmo, una catarata de gritos y rumores, de quejas y exclamaciones de victoria, de abnegaciones y sacrificios entre el estruendo de la pólvora, las voces de mando y el estallido de triunfos que parecen arrancados de la vieja cepa de las edades mitológicas. Canto republicano entusiasta, es EL TUMULTO la epopeya en prosa de los anónimos, de los ignorados, de los que lucharon y murieron entregando su vida en holocausto de la *Indivisible*, cuyo verdadero significado fueron á buscar entre los despojos del campo de batalla.

La portentosa imaginación de *Georges d'Esparbés*, ha plasmado en EL TUMULTO una visión grandiosa de aquella lucha homérica que la Francia republicana hubo de sostener contra seis poderosas naciones á la vez, y es cada página un clarín que del fondo de las tumbas surge cantando el heroísmo del pueblo—jóvenes, ancianos, mujeres, niños—que harapiento, famélico, armado de los más heterogéneos instrumentos de combate, pasó triunfante la bandera de la república sobre cien campos de batalla, que fueron á la vez cementerio de héroes y perennes monumentos elevados al indomable empuje de la raza

Leyendo las páginas de soberana maestría de EL TUMULTO, conmuévense las fibras más hondas del sentimiento, y á despecho de cuanto pueda existir en el lector contrario á la idea de guerra, el corazón palpita con violencia, laten las sienes, y el escalofrío de tanta grandeza recorre la médula, provocando la admiración y el entusiasmo por quienes de manera tan terriblemente hermosa supieron defender el suelo de su patria contra los *cien mil esclavos que los déspotas lanzaron á sus fronteras*.

EL TUMULTO es una gloriosa lección cívica, una cantera inagotable de emoción, un galopar constante del heroísmo, y una fuente inexhausta, donde jóvenes y viejos hallarán la base de su propia elevación de alma. Libros como éste, además de una necesidad, son un bello presente á las generaciones jóvenes, y un reactivo contra el afeminamiento de los caracteres que es el primer síntoma de la decadencia y desaparición de los pueblos. La juventud de habla castellana encontrará en los cuadros históricos de EL TUMULTO, además de una prosa vibrante y castiza, materia abundante para el fortalecimiento de sus ideales de progreso republicano.

La versión castellana, del celebrado poeta *E. Diez Canedo*, es irreprochable, y la portada artística de EL TUMULTO un mérito más que agregar á la esmerada edición.

Camino de perfección y otros ensayos, POR MANUEL DÍAZ RODRIGUEZ.

El distinguido literato venezolano, don *Manuel Díaz Rodríguez*, ha compuesto un hermoso libro de juventud en el que se hallan condensados el entusiasmo, la fe en el arte y la serena concepción de la belleza. Por las castizas páginas de CAMINO DE PERFECCIÓN, en donde el idioma castellano se muestra purísimo y brillante, corre un dulce manantial de ensueño generoso celebrando el desinterés como la mejor coraza del ideal, como el arca santa del espíritu.

En estos tiempos de egoísmo, en que las sociedades parecen abdicar de su sentimentalidad en holocausto á lo práctico, á lo inmediato y tangible, causa verdadero agrado, sano placer, el entusiasmo con que, armado de todas armas—buen gusto, cultura literaria y filosófica,—sale á la palestra DÍAZ RODRÍGUEZ en defensa de su dulcinea la Belleza.

CAMINO DE PERFECCIÓN es un libro reposado, sereno, de esencia eminentemente crítica, sobre cuya base inicial ha bordado el autor varios ensayos de grandísimo valor en los cuales muestra peregrinas condiciones de crítico, sagacidad psicológica y, lo que es mucho, un espíritu abierto á la contemplación de todas las manifestaciones científicas ó estéticas. La noblemente apasionada y vigorosa juventud que trasciende en todas las páginas de este volumen, tiene á veces sus puntos y ribetes de ironía, de una piadosa ironía que da suaves cachetazos y, burla burlando, oportunos pasagonzalos á ese figurón especial llamado don Perfecto. Y buscando en la contextura de este personaje que en todas las Academias tiene silla y es el Aristóteles de las pasadas y venideras Humanidades, es como el celebrado literato venezolano se nos revela en toda su valía con una serie de estudios que bastarán á la crítica para dedicarle sinceros elogios.

El libro, primorosamente editado, forma un volumen de cerca de 300 páginas, y lleva una artística y simbólica portada del también muy celebrado pintor venezolano Tito Salas.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador: LUIS PÉREZ | Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI — Montevideo, Agosto-Setiembre de 1911 — N.° 54-55

Poetas contemporáneos

Gabriel Alomar

Gabriel Alomar es un poeta español; pero no es un poeta castellano; ha nacido en Mallorca y escribe sus versos en la provenzal lengua de Raimundo Lulio.

Sin embargo, no es un poeta regional; su poesía es de todas partes, de todos los tiempos; clásica y futurista.

Para convencerse de ello basta leer su último libro, *La columna de foc*.

Le precede un bello prólogo de Santiago Rusiñol, que, más que por la pluma, parece trazado por su florido pincel.

Rusiñol hace de Gabriel Alomar la siguiente pintura:

«El que escribe versos impecables; él que ha aprendido la Mitología como un cristiano la Doctrina; que ha bebido en el ánfora de Horacio, que tiene el Partenón por parroquia y Venus Afrodita por patrona, que (si los hubiera en los bosques) saldría á cazar faunos, á pesar de lo que le espantan las armas; él, que trata en sus artículos de cuestiones económicas, que es socialista, que es pagano, que estima la uniformidad, que es amante de la línea recta, de la Ciencia, del cinematógrafo y de los sonetos sobre bloques de mármol, es, aunque se ofenda (y ya sé que no se ofenderá), es... terriblemente romántico.»

Es cierto; Gabriel Alomar ha bebido en el ánfora de Horacio, como lo demuestra la Horaciana, que á continuación traduzco:

Bajo la parra, en la serena tarde,
junto á la boca del callado pozo,
Lesbia ¿recuerda que de amor moríamos
como poetas?

Tranquilo el aire en libertad pasaba,
sobre nosotros, bajo el puro cielo,
lo mismo que un dosel, nuestros amores
cubrían pámpanos.

La fértil tierra maternal brotaba
savia fecunda y, en abrazo ingente,
ávida nos juntaba, temblorosos,
como en un sueño.

Bebían luz los pámpanos rojizos
susurrando; la sombra salpicaban
manchas de sol que, plácidas, corrían
sobre la tierra.

Voces arcanas aportaba el eco,
canto difuso de lejanos coros,
sacra canción de la ideal y antigua
vida amorosa.

Saboreaba aromas infinitos
Lesbía sobre tu boca; paz divina
mandaba el cielo, y la caricia ardiente
dulce pasaba.

Sobre mi pecho el palpitar sedoso
de tu pecho de virgen yo sentía.
Vital frescor llevaban suavemente
húmedas auras.

¡Sombra perenne de la edad heroina,
místico arroyo de armonía pura,
símbolo augusto de esplendor sagrado,
oh, Poesía!

Indudablemente, Alomar es un pagano; la naturaleza es para él el más hermoso templo, templo que siempre se renueva, que nunca se desmorona como los que construye la débil Humanidad.

Léase este admirable soneto, titulado *Consagración*.

La verde hierba sin temor profana
la clave que los arcos sostenía;
ya no voltea al son de avemaría,
como antaño, llorosa, la campaña.

A solas, triunfante y soberana
la piscina se seca, donde un día
su frente impura á humedecer venía
con devoción la multitud cristiana.

Entre rotos pilares marcha, lenta,
una vaca en la iglesia destruída;
de la lluvia postrera el agua pura
en el santo pilón bebe sedienta,
y en el vencido altar queda cumplida
la gran consagración de la Natura.

Yo no veo ningún romanticismo en Gabriel Alomar, dicho sea con el respeto que merece su ilustre prologuista.

El romanticismo tiene dejos medioevales, querellas y suspiros de trovador enamorado, entusiasmo febril, pasiones locas.

Nada de esto se encuentra en Alomar; es un poeta clásico, frío, con la frialdad escultórica de los mármoles helenos. Sus versos están cuidadosamente cincelados; su soneto alejandrino *La cuadriga* tiene la plasticidad de un friso del Partenón.

Rusiñol nos pinta á Gabriel Alomar como un hombre feliz; esta ventura tal vez sea la causa de su frialdad; los románticos son siempre desgraciados ó fingen serlo; el poeta que no sufre es difícil que conmueva. Como dice Alfredo de Musset:

«Rien ne nous rend si grands qu'une grande doleur».

La columna de foc, que nos ofrece Alomar, es una bella columna; pero no de fuego, sino de mármol.

Emilio FERRAZ REVENGA.

ELEGIA PURA

Déjenme en el jardín fragante, porque quiero
ver el sol en el agua blanca de mariposas;
pues si esta tarde de oro pasa el frío y me muero.
me llevaré mi alma toda llena de rosas...

Al mar? al cielo? al mundo? Qué se yó... Las estrellas
suelen bajar al agua, traídas por la brisa;
el ruiseñor medita... Las penas son más bellas,
y sobre la tristeza florece una sonrisa.

JUAN R. JIMÉNEZ.

La ruptura

Para **Apolo.**

Érase una cadena fuerte como un destino,
Sacra como una vida, sensible como un alma;
La rompí simplememte y sigo mi camino
Con la frialdad suprema de la Muerte... Con calma

Curiosidad mi espíritu se asoma á su laguna
Interior, y el cristal de las aguas dormidas,
Refleja un dios ó un monstruo, enmascarado en una
Esfinge que parece testigo de otras vidas!

Delmira AGUSTINI

Poema escénico

Para **Apolo.**

Tiene lugar la escena en un jardín donde el cristal de una fontana juega al amor con la luna.—

LA DAMA

Diz que el amor del poeta
es un mal en los amores...

EL POETA

¡Oh! Señora, aunque digáis
tal cosa, no se os alcanza,
porque al hablar sois discreta...

LA DAMA

Ama el poeta...

EL POETA

...una esperanza,
que es como amar á las flores.—

LA DAMA

¡Pobre poeta! que amáis,
una flor de primavera;
poeta que andando vais
á caza de la Quimera.—

EL POETA

Decidme, Señora mía,
no sois acaso una flor,
¿que por ser flor de dolor
sois flor de la poesía? —
Mas, no sé, que si indiscreta
llamáis al amor Quimera
porque no sabe el poeta
amaros de otra manera,
no lo dice el corazón...

LA DAMA

Pero la canta mi labio...

EL POETA

...insincero, que la boca
si no reza una oración
nos hiere con un agravio.—

LA DAMA

No es galán el que provoca.—

EL POETA

Si el provocador os ama
y os da en su descortesía...

LA DAMA

Lección de filosofía
de nn galán para su dama.—

EL POETA

...como os dan al deshojar
las rosas su dulce aroma...

LA DAMA

En vuestros labios asoma
la ironía.—

EL POETA

...como el mar
que os moja al pie de alabastro
y os da caricias de seda;
como el luminar del astro
que al irse el fulgor os queda;
como os da ese surtidor
sus gotas de plata y oro;
como os da el eco traidor
de la brisa un YO TE ADORO;
si así dice el amador
que por amor la provoca
á vuestra boca, su boca,
dejad que las junte AMOR,
para borrar el agravio...

LA DAMA

Y vuestra filosofía
la dejáis...

EL POETA

...En la harmonía
de un labio con otro labio.

Calla el clapoteo del surtidor para que cante un beso.

Emilio **TRIAS DU PRÉ.**

Sobre el libro "Por jardines ajenos"

(Reproducción de *El Día*)

La crítica es quizás la más delicada tarea á que puedan dedicarse los cultores de la literatura. Y es que para ello se requieren cualidades esenciales, tales como la sinceridad y el conocimiento suficiente de la obra que se critica, es decir, erudición.

Carecer de alguna de estas condiciones es exponerse al ridículo. La sinceridad debe primar. Sin ella, la crítica queda relegada á un instrumento de bajo servilismo ó infame venganza. Erudición para un sano análisis.

Pérez y Curis, á quien conocíamos como á un ferviente cultor de la sublime Musa, se presenta con un nuevo libro, en prosa, de crítica y de combate. Desde sus primeras páginas, se respira un hálito de frescura en el estilo y se experimenta la sensación del valor de los conceptos vertidos en sus vibrantes páginas. Admira por la entereza con que expone su pensamiento. Y admira doblemente, si se tiene en cuenta que en nuestro mundo intelectual, la envidia no hace otra cosa que pretender minar con sordas y malevolentes injurias, la reputación de los elementos más descollantes en nuestra intelectualidad .

La loa surge de este libro valiente, como una gloriosa voz de aliento que consagrara caminos de triunfo, imposibles de asaltar por los mendicantes del elogio. La personalidad de los jóvenes escritores hispanoamericanos, se destaca en ella con toda su luminosa potencialidad. Son figuras conocidas y admiradas, comunes con nosotros por sus obras y hasta por sus ideales.

El anatema tiene caracteres de rudeza implacable. Es la severidad de un temperamento convulsionado por la vanidad de los adaptados ó impotentes.

POR JARDINES AJENOS, contiene también algunos artículos de lucha, que cierran el libro, dejando en nuestros espíritus un grado suficiente de esperanza, para creer que aun existen cerebros sanos y espíritus iconclastas .

En *Los simuladores* dice Pérez y Curis: «La simulación es la única habilidad de las almas inferiores que andan á tientas en la sombra ocultando sus movimientos á las miradas del sol».

En *El hombre sincero*: «Fuerte es el hombre sincero. Y cuanto más sincero más odiado es».

En *El Artista* hace la siguiente definición:

«El artista ideal es aquel que reúne en una misma obra, y con mayor intensidad, esos atributos de la estética que se llaman sentido plástico y sentimiento poético.»

Conceptos todos, que exponen ante los criterios elevados, la personalidad de un luchador valiente y talentoso.

El nuevo libro de Pérez y Curis, puede servir de encarrilamiento á todos aquellos que desviados de la verdadera senda, sólo se preocupan de crear ídolos y destruír reputaciones.

Marcos FROMENT.

Julio. 1910.

Egipto

Para APOLO.

Cuarenta siglos há. El cocodrilo,
El blanco ibís, la flor azul del loto
Son dioses. Las pirámides, el Nilo
La eterna faz de aquel país remoto
Divinidad velada en el sigilo.
Del Misterio, Hermes, el dios ignoto,
El Verbo creador tiene un asilo
En cada sér. Todo le está devoto.
Duermen las momias en los hipogeos
De Cheops y Micerino, mausoleos
De los reyes pastores y Faraones.
Perdieron su virtud los Icneumones;
Una puerta de bronce las edades
Separa. Hoy, son ruinas las ciudades
De Tantáh y Luxor.
Solo el fecundo río fertiliza
Aquel suelo sagrado que agoniza
Bajo la planta de un conquistador!

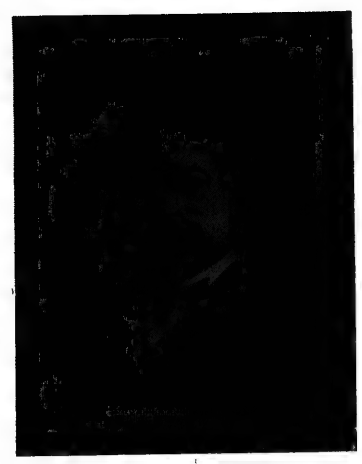
Adriano M. AGUIAR

Las gotas amargas...

Para APOLO.

Yo he querido, pulsando la lira,
Mil veces contarte mis cuitas, mis ansias,
Que van, como sombras traidoras y densas,
Envolviendo, alevosas mi alma...
En las horas de insomnio — que paso
Llenando incansable mis páginas blancas -
También he rimado á tus ojos, la rima
Que arrancarles pudiera una lágrima.
Pero a! largo silencio, que avanza
Cual ruda mordaza invisible, la Nada,
Se cierne triunfante como ave siniestra
Que impusieran mutismo sus alas.
Patrimonio del hombre, que vive
Del negro Destino sujeto á la garra,
Es del alma la fuente finita
Que vierte incesante las gotas amargas.

Mendoza, 1911 **J. Enrique ACEVEDO**



MARCOS FROMENT

Cuento blanco

(Para mujeres histéricas)

Para APOLO.

Pálida, ojerosa, flaca, muy flaca. Tenía los labios ardidos por el deseo, donde las huellas de sus dientes jamás desaparecían. Los hombres debiendo prosternarse ante su austera personalidad, que los veía llegar con un mortificante despotismo en la mirada.

Todos, tímidos, sólo deseaban desembarazarse de la primera entrevista, para respirar ampliamente lejos de ese verdugo de los anhelos.

Sintió frío. Frío en su orgullo rebelde. Y lloró una noche sobre el pecho del varón que sonriendo á sus impertinencias quebrantadoras, había persistido durante una semana en la obra en que tantos y tantos fracasaran.

Ni un beso! quejóse á una íntima. Ni un beso después de siete días! Ese hombre no tiene sangre. Le insulto, le grito, le pellizco; sí, le pellizco y siempre sonríe, ríe, sonríe...

Todavía nada, nada!—habló á su amiga por segunda vez. Un mes, te aseguro; de todo ríe, todo es para él broma. Esta noche resolveré en definitiva.

Lo he perdido!...—dijo en su tercera confidencia. Es usted un hielo, carece de sensualidad, desconoce la misión de la juventud en el amor. Sonrió sin murmurar una sola palabra. Busqué excusas para acercar mi rostro al suyo, le hablé á los oidos, le toqué la cara para gozar de la suavidad del cutis después de afeitado.

Me miró un rato. La sonrisa fué desapareciendo de sus labios, y con ella, mi última esperanza moría como el último rayo de sol, que al desaparecer lleva consigo las ínfimas caricias de su destello.

Adiós!—dijo extendiéndome la mano.—Adiós! Y desapareció en las sombras de la noche, donde he enterrado para siempre mis más caras esperanzas..

Marcos FROMENT.

José Martí, en Guatemala

Una página de amor

De la tierra del padre Hidalgo, el cura heroico, pasó Martí, á principios de 1877, á Guatemala, deteniéndose antes en la Habana, á recoger unas cartas de presentación para distintas personalidades del Gobierno de aquella República. Allí, apenas sacudido el polvo del camino, fué nombrado Catedrático de Derecho Político y Director de la «Revista Guatemalteca». Allí escribió, á petición del Gobierno, un drama histórico en cuatro actos y en verso, y también allí, una angelical alma de niña, sintió por él la más purísima de las pasiones. Era una distinguida señorita, hija de un General ilustre de aquel país, que lo amó locamente. Y dicen que Martí sufría como de un crimen, al tener que mostrarse indiferente ante aquel amor primaveral. Pero él, cuando fué á Guatemala, ya estaba comprometido en México con Carmen Zayas Bazán, á quien hizo luego su esposa y es hoy su viuda respetada: por eso no amó Martí aquella criatura tan tierna y talentosa. Martí salió á Méjico de nuevo á contraer matrimonio, y volvió casado á Guatemala. Y dicen que la pobre enamorada murió entonces de dolor, del dulce mal de sentir demasiado las ingratitudes de la vida. Martí, años después, pensando sin duda en esta historia romántica que estremeció su existencia, escribió estos divinos versos de ternura y melancolía:

«Quiero, á la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirio los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

¡...Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y Embajadores;
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo á ver,
salió á verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente,
al beso de despedida
era su frente, ¡la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos;
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
nunca más he vuelto á ver
á la que murió de amor!

Otras pasiones inspiró Martí á otras mujeres, pero acaso ninguna tan pura y tan hermosa como esa que inspiró á la niña de Guatemala, la de las manos de lirios y la frente purísima: luz y música hecha carne...

Néstor CARBONELL.

Del Libro: Corte de amor

He aquí un libro de juventud, un libro escrito en esta edad dichosa de sueños y de esperanzas. ¡Hoy esa edad se me aparece ya casi lejana! Al releer estas páginas, que después de tantos años tenía casi olvidadas, he sentido en ellas no sé qué alegre palpitar de vida, qué abrileña lozanía, qué gracioso borboteo de imágenes desusadas, ingenuas, atrevidas, detonantes. Yo confieso mi amor de otro tiempo por esta literatura: La amé tanto como aborrecí, esa otra, timorata y prudente, de algunos antiguos jóvenes, que nunca supieron ayuntar dos palabras por primera vez, y de quienes su ruta fué siempre la eterna ruta, trillada por todos los carneros de Panurgo. Como aquellos viejos é ignorantes doctores de Salamanca, ni siquiera osan presumir que haya tierras desconocidas, á donde se llegue surcando mares nunca navegados. Amparándose en la gloriosa tradición del siglo XVII, se juzgan grandes sólo porque imitan á los grandes, y presumen que hicieron como ellos el divino Lope y el humano Cervantes. Cuando algunos espíritus juveniles buscan nuevas orientaciones, revuélvense invocando rancios y estériles preceptos. Incapaces de comprender que la vida y el arte son una eterna renovación, tienen por herejía todo aquello que no hayan consagrado tres siglos de rutina. Predican el respeto para ser respetados, pero la juventud desoye sus clamores, y hace bien. La juventud debe ser arrogante, violenta, apasionada, iconoclasta.

No haya de entenderse por esto que proclamo yo la desaparición y muerte de las letras clásicas y la hoguera para sus libros inmortales, no. Han sido tantas veces mis maestros, que como á nobles y viejos progenitores los reverencio. Estudio siempre en ellos y procuro imitarlos, pero hasta ahora jamás se me ocurrió tenerlos por inviolables é infalibles, acaso porque los buenos cristianos sólo reconocemos como dogmática la doctrina de nuestro padre el Sumo Romano Pontífice. Pero hay muchos desgraciados, víctimas del Demonio, que discuten las parábolas de Jesús, y no osan discutir una mala comedia de Echegaray, ni un lamentable soneto de Grilo. Esas idolatrías han provocado la cólera divina. El Señor derribó á los ídolos y maldijo á los sacerdotes, secándoles el seso y alargándoles las orejas, como á Nabucodonosor. Esta adulación por todo lo consagrado, esta admiración por todo lo que tiene polvo de vejez, son siempre una muestra de servidumbre intelectual, desgraciadamente muy extendida en esta tierra. Sin embargo, tales respetos han sido, en cierto modo, provechosos, porque sirvieron para encender la furia iconoclasta que hoy posee á todas las almas jóvenes. En arte como en la vida, destruir es crear. El anarquismo es siempre un anhelo de regeneración, y, entre nosotros, la única regeneración posible.

Yo he preferido luchar para hacerme un estilo personal, á buscarlo hecho, imitando á los escritores del siglo XVIII. Leyendo á los antiguos aprendí dónde se hurtan esos postizos clásicos, con que disfrazan su miseria literaria todos los desventurados que van á segar en los fértiles

campos de Cervantes y de Quevedo, como los villanos gallegos van á las Castillas para cegar espigas en el campo del rico, pero hallo mejor hacerme un huerto y trabajar en él, solo y voluntarioso. De esta manera hice mi profesión de fe modernista: Buscarme en sí mismo y no en los otros. Porque esa escuela literaria tan combatida no es otra cosa. Si han caído sobre ella toda suerte de anatemas, es tan sólo porque le falta la tradición. Las obras que los críticos admiten sin protesta, y que todos los hombres admiran, son aquellas que cuentan cientos de años, y que nadie examina, porque ya tienen la sanción universal.

Si en la literatura de hoy existe algo nuevo que pueda recibir con justicia el nombre de modernismo, es, ciertamente, un vivo anhelo de personalidad, y por eso sin duda advertimos en los escritores jóvenes más empeño por expresar sensaciones que ideas. Las ideas jamás han sido patrimonio exclusivo de un hombre, y las sensaciones sí. Las ideas están en el ambiente intelectual, tienen su órbita de desarrollo, y el escritor es lo más que alcanza á perpetuarlas por el hálito de personalidad ó por la belleza de expresión. Ocurre casi siempre que cuando un nuevo torrente de ideas y de sentimientos transforma las almas, las obras literarias á que da origen son bárbaras y personales en el primer período, serenas y armónicas en el segundo, retóricas y artificiosas en el tercero. Podrá, aislada, la personalidad de un poeta, adelantar ó retroceder en la evolución, pero la obra literaria en general sigue su órbita con absoluto fatalismo, hasta que germinan nuevas ideas ó se forman nuevos idiomas.

Por todo esto no puede afirmarse, sin notoria injusticia, que sean las contorsiones gramaticales y retóricas achaque exclusivo de algunos escritores llamados «modernistas». En todas las literaturas—si no en todos los tiempos—hubo espíritus culteranos, y todos nuestros poetas decadentes y simbolistas de hoy, tienen en lo antiguo quienes les aventaje. Que yo sepa, no ha llegado nadie entre los vivos á las extravagancias del jesuíta Gracián, ya citado á este propósito por D. Juan Valera. Gracián, en su poema «Las selvas del año», nos presenta al sol como picador ó caballero en plaza, que torea y rejonea al Toro celeste, aplaudiendo sus suertes las estrellas, que son las damas que miran la corrida desde los palcos ó balcones. El sol se convierte luego en gallo.

Con talones de pluma
Y con cresta de fuego.

y las estrellas, convertidas en gallinas, son presididas por el sol,

Entre los pollos del Tindario huevo;

lo cual significa que el sol llega al signo de los Gemelos,

Pues la gran Leda por traición divina.
Empolló clueca y concibió gallina.

Si en la literatura actual existe algo nuevo que pueda recibir con justicia el nombre de «modernismo», no son, seguramente, las extravagancias gramaticales y retóricas, como creen algunos críticos candorosos, tal vez porque esta palabra, «modernismo», como todas las que son muy repetidas, ha llegado á tener una significación tan amplia como du-

dosa. Por eso no creo que huelgue fijar, en cierto modo, lo que ella indica ó puede indicar. La condición característica de todo el arte moderno, y muy particularmente de la literatura, es una tendencia á refinar las sensaciones y acrecentarlas en el número y en la intensidad. Hay poetas que sueñan con dar á sus estrofas el ritmo de la danza, la melodía de la música y la majestad de la estatua. Teófilo Gautier, autor de la *Sinfonía en blanco mayor*, afirma en el prefacio á las *Flores del mal* que el estilo de Tertuliano tiene el negro esplendor del ébano.

Según Gautier, las palabras alcanzan por el sonido un valor que los diccionarios no pueden determinar. Por el sonido, unas palabras son como diamantes, otras fosforecen, otras flotan como una neblina. Cuando Gautier habla de Baudelaire, dice que ha sabido recoger en sus estrofas la leve esfumación que está indecisa entre el sonido y el color; aquellos pensamientos que semejan motivos de arabescos y temas de frases musicales. El mismo Baudelaire dice que su alma goza con los perfumes, como otras almas gozan de la música. Para este poeta, los aromas no solamente equivalen al sonido, sino también al color:

Il est des parfums frais comme des chairs d'enfants,
Douces comme les hauts bois, verts comme les prairies.

Pero si Budelaire habla de perfumes verdes, Carducci ha llamado verde al silencio. y Gabriel d' Annunzio ha dicho con hermoso ritmo:

Canta la nota verde d'un bel limone inflore.

Hay quien considera como extravagancias todas las imágenes de esta índole, cuando en realidad, no son otra cosa que una consecuencia lógica de la evolución progresiva de los sentidos. Hoy percibimos gradaciones de color, gradaciones de sonido y relaciones lejanas, entre las cosas que hace algunos cientos de años no fueron seguramente percibidas por nuestros antepasados. En los idiomas primitivos, apenas existen vocablos para dar idea del color. En vascuence, el pelo de algunas vacas y el color del cielo se indican con la misma palabra: «Artuña». Y sabido es que la pobreza de vocablos es siempre resultado de la pobreza de sensaciones.

Existen hoy artistas que pretenden encontrar una extraña correspondencia entre el sonido y el color. De este número ha sido el gran poeta Arturo Rimbaud, que definió el color de las vocales en un célebre soneto:

A-noir E-bleu, I-rouge, U-vert, O-jaune.

Y más modernamente Renato Ghil, que en otro soneto asigna á las vocales, no solamente color, sino también, valor orquestal.

A. claironne vainqueur en rouge flamboiement.

Esta analogía y equivalencia de las sensaciones es lo que constituye el «modernismo» en literatura. Su origen debe buscarse en el desenvolvimiento progresivo de los sentidos, que tienden á multiplicar sus diferentes percepciones y corresponderlas entre sí, formando un solo sentido, como uno solo formaban ya para Baudelaire:

O mêtamorphose mytique
De tous mes sens fondus en un:
Son heleine fait la musique.
Comme se voix fait le parfum.

VALLE INCLAN.

Teatros y Artistas

Solís—El 19 del corriente debutará en este teatro, la compañía dramática francesa de Lucien Guitry, el más célebre de los artistas dramáticos del teatro francés contemporáneo. Este inteligente actor acaba de realizar una brillantísima temporada en Buenos Aires, mereciendo grandes elogios por parte de la prensa argentina. El conjunto que acompaña al gran artista es excelente. Entre los mejores elementos de la compañía, figura en primera línea Henriette Roggers, joven, inteligente y hermosa actriz, de brillante carrera escénica, habiéndose conseguido toda una merecida reputación en las creaciones de «Le Domaine», de Lucien Besnard; en «La bourre ou la vie», de Capus; en «Le roi Candaule», de Gide, y en otras muchas obras. Marée Magnier, es una de las artistas mimadas del público parisién, quien la ha aplaudido con verdadero entusiasmo en «Place aux femmes», y en «La bonne hotese», en la que está inimitable. Mlle. Jeanone Desclos es una de las más jóvenes artistas de París. Tiene talento, es hermosa y elegante, y ocupa uno de los primeros puestos de la escena francesa.

Además figuran en esta «troupe», Marie Sestat, Marcelle Homerey, Renée Charmoy y Augusta Prieur, todas ventajosamente conocidas en la interpretación del teatro francés. Entre los hombres, hay para nosotros nombres conocidos como el de Signoret y otros cuya fama ha llegado hasta aquí: Henry Lamothe, Charles Mosuier, Jean Duval, Louis Sauce, etc.

El dúctil talento interpretativo de Guitry, abarca el repertorio clásico y moderno del teatro francés. En la secretaría del teatro Solís queda abierto el abono para las cuatro únicas funciones que dará dicha compañía, llevando á escena las siguientes obras. «L'Aventurier», de Capus; «L'Emigre», de Bourget; «Le Tribun», también de Bourget y «Mariage de Mlle. Boulemans», de Fonsons.

Paderewsky—En breve y también en nuestro primer coliseo, dará dos conciertos este famoso artista polaco, reputado por la crítica contemporánea como el mejor pianista del mundo. Su técnica maravillosa, su manera única de decir y de arrancar sonidos aterciopelados al teclado, y su inspirada interpretación de los clásicos, le han valido el colosal renombre de que hoy goza, pudiéndosele llamar sin exageración, el príncipe del piano. Nuestro público tendrá la envidiable oportunidad de apreciarlo interpretando fielmente al genio de Beethoven, al divino Mozart, al romántico Listz, al sentimentalísimo «poeta del piano», al aristócrata y sutil Schumman, etc.

Adelina Patti—Esta celebérrima cantatriz española, que ha hecho las delicias de nuestros padres con su voz excepcional, á pesar de contar hoy sesenta y ocho años, pretende aun hacerse admirar en varios conciertos, habiendo firmado un contrato con el empresario norteamericano, Benjamín Harris, con el objeto de hacer una «tournée» artística en la próxima temporada, por las principales ciudades de los Estados Unidos.

Urquize—Otra compañía de prosa debutará en breve en el teatro de la calle Andes. La compañía cómico-dramática del teatro de la Comedia de Madrid, dirigida por el primer actor José Santiago, en la que figura la celebrada actriz Mercedes P. de Vargas. El repertorio es interesante. Hélo aquí: «La escuela de las princesas», «Lo cursi», «El automóvil», «Los buhos», «Rosas de Otoño», de Jacinto Benavente: «El centenario», «Las de Caín», «La musa loca», «El genio alegre», «Amores y amoríos», «La escondida senda», «Los peces de colores», «Los galeotes», «Las flores»: de Alvarez Quinteros; «El gran tacaño», Miguette y su mamá»: de Paso y Abatti; «El príncipe consorte: de Martínez Sierra; y otras comedias de Costa y Gorda. Arniches y García Alvarez, Antonio Palomero.

La temporada constará de diez funciones.

Politeama—Con éxito y por tercera vez, actúa en este teatro la compañía dialectal Cittá di Nápoli, dirigida por el actor Carlos Nunziata.

El cuadro artístico es discreto, destacándose de él su director y G. Trengi, y las señoras C. Muller y A. Caffeer ecci. El repertorio es copioso y variado. de piezas llenas de color regional, en las que la realidad está reproducida con cuadros exactos y vigorosos, intensificados de sincera y fuerte expresión, que ponen de manifiesto la elocuente capacidad artística de la apasionada raza napolitana.

Al final de las obras, hay una amena parte de concierto, en la que las señoras Franchi, Muller y el tenor Frengi cantan hermosas conzonettas y dúos napolitanos, con esa gracia y poesía sentimentales, que solamente saben sentirlas y colorearlas de expresión, los hijos de ese pueblo en el que el sol es tan pródigo.

El público que concurre á las funciones de esta compañía es numeroso, aplaude con entusiasmo á los actores y se retira más que satisfecho del teatro.

Cibils—La afortunada «troupe» nacional de Supparo-Arellano, continúa atrayendo enorme público, al que ofrece diariamente interesantes estrenos de obras de autores rioplatenses. «La dulce calma», «El león ciego», «La quiebra», «El alma de la casa», «El cuento del tío Marcelo», «Primavera», «Frente á la muerte», «El último caudillo», y sin olvidar las incomparables piezas del infortunado Florencio Sánchez, y otras más que no recordamos, han constituído verdaderos sucesos para los meritorios artistas que componen el elenco de la compañía que funciona en el antiguo coliseo de la calle Ituzaingó.

WIDRE.

Silencio

Para APOLO

El crepúsculo reza con murmurio de fuente
La oración del silencio. En los brazos del sueño
La campiña se entrega tan candorosamente
Como una niña en brazos de su adorado dueño.

La tarde, con un gesto de calma displicente
Se esfuma en las umbrías del paisaje zahareño,
Y sólo rompe el tedio crepuscular, la riente
Canción de una zagala de semblante risueño.

El aire está impregnado de olores excitantes,
Que recuerdan los tibios, rojos y palpitantes
Labios que cierta noche nos contaron un cuento.

Inician su chispeo los astros en la altura
Y así, por cada estrella que en el azul fulgura:
Sobre la frente mía chispea un pensamiento.

Fernando SILVA VALDÉS

FRAGMENTO

Dan los talentos imaginativos en pensar que poeta es como oficio. Poeta es algo como relámpago; se enciende á instantes; pero los campos de la tierra no se cultivan sin que el sol dore por la tarde las amarillas copas de las mieses. La vida práctica necesita un hombre práctico. Duro es traer á la tierra la imaginación que vuela á lo alto; pero si lo dice el deber: así lo entiende el que sueña; así lo sabe el que vive. Y puesto que vivir no es placer: puesto que para llegar á todo es necesario andar por lo que lleva á ello, cúmplase el deber, vívase la vida, ándese!

JOSÉ MARTÍ.



ISMAEL URDANETA

Pagana

Para APOLO

A Luis Berisso.

La Roma disoluta en el recinto
pleno de sol. Irrita su deseo
la turba y muestra su brutal instinto
de sangre y lucha, en vasto clamoreo.
Lauro en las sienes, imperial el plinto,
abre el César el trágico torneo;
y su diestra abandónase en el cinto
si cae un gladiador ó un macabeo.
El gladiador que muere, rudo el dorso,
se inmoviliza en un soberbio escorzo;
el mártir de rodillas. Sol de gualda.
Alegra el circo, y Roma disoluta
aplaude, mientras que Nerón escruta,
olímpico, al través de su esmeralda.

1911—Inédita. ISMAEL Urdaneta

El miedo

Para **Apolo.**

La conversación giró sobre diversos tópicos, sin método ni orden, con esa inconstancia con que familiarmente se habla, pasando de un tema á otro completamente opuesto, suscitado repentinamente, y de ese, á otro y á otro. Fué así y de una manera impensada que se llegó á tratar del miedo. Un jovencito nervioso y locuaz, y no muy valeroso por cierto, tomó la palabra y dijo:

—Pocos, muy pocos, han sentido y saben lo que es el miedo, el verdadero miedo, el miedo cerval, el miedo aterrador, el miedo mortal.—Lanzó un profundo suspiro, luego un ¡ah! prolongado, sonrió y prosiguió:

—No pueden imaginarse ustedes el susto que llevé no hace aún mucho tiempo. Ustedes saben lo que es el insomnio porque, ¿quién no lo ha sufrido alguna vez en su vida? Pues bien. Me había acostado á las diez de la noche sin ninguna juiciosa preocupación, pero sí con el maldito é incurable temor que me asalta á veces de desvelarme, defecto de toda persona nerviosa,—¿por qué no decirlo?—y apocada. Sentí en el reloj del comedor, inmediato á mi dormitorio, dar las once, las doce, luego la una, las dos, y no podía conciliar el sueño por más que en ello me empeñaba. Me alargaba en la cama, me encogía, daba vueltas y revueltas, me revolvía nervioso buscando cómoda posición, quedaba luego largo rato quieto, muy quieto, sin pensar más que en dormir, cerrando los ojos, respirando tranquilamente, haciéndome el inconsciente dormido. Pero era en vano: el sueño, reacio, no venía. Cansancio que hubiera deseado tener no sentía. Y respiraba, respiraba y no dormía.

Entonces trataba de provocar el sueño, bostezando larga y profundamente; abría desmesuradamente los ojos, hasta irritarlos y cansarlos, fijándolos fuertemente, como queriendo sondar la densa obscuridad que me rodeaba, en la que reposaban tranquilamente las cosas, en medio del mortal silencio reinante. Decididamente, el sueño me era esquivo. ¡Qué impaciencia no poder dormir cuando se desea. ¡Qué tormento! Y qué largas, interminables y eternas parecen las noches pasadas así! Preferible es estar de pie, andar automáticamente. ¡Qué exasperación! Comprendía que me estaba atormentando inútilmente, y trataba de tranquilizar mis nervios irritados, de tener paciencia, pero no podía. Al fin, después de infinitas tentativas y de mascullar mil maldiciones, á las tres de la madrugada, anulada la conciencia empezaba á dormir, cuando un ruído casi sordo, como de ropa mojada caída al suelo, me despertó. Aquel ruído provenía de la pieza inmediata á la mía. Oí atentamente, y como no se repitiera, me dije: «bah!, no es nada.» Disponíame á continuar el interrumpido sueño, cuando resonó en mis oídos otro ruído menos amortiguado y más distinto que el primero. Sobresaltado abri los ojos, los restregué y pensé todo temeroso: «es un ladrón». Y á medida que escuchaba atento mi intranquilidad crecía por momentos, apoderándose de mi alma un miedo desconocido hasta entonces. De pronto siento crugir el pestillo de la puerta, chillan sus goznes, y yo, que empezaba á temblar y á soltar á «la loca de la casa», ví

en el espacio de la puerta abierta, un hombre recio, corpulento, de feroz mirada relampagueante, inquisitorial, el que—¡ horror !—esgrimía un filoso puñal que relucía siniestramente en la obscuridad.

Al ver aquello, el corazón me golpeaba fuertemente el pecho; me zumbaban los oídos, y frío sudor corría por mis sienes. El horrible asesino, con gran cautela y de puntillas, dió un paso, dos, tres, hacia mi cama. Redobló mi temor. Quise gritar: «¡ Socorro, que me matan!», pero el terror me ahogaba la voz en la garganta y no podía articular una palabra. Y en terrible bandido frente á mí, contemplándome gozoso, me mostraba el centelleante puñal que en seguida hundiría en mi cuello! Se aproximó más á mi lecho y me tocó pesadamente los pies! Nuevamente intenté gritar, pedir auxilio, y no pude. Entonces, desesperado, aterrado, enloquecido de miedo, me refugié bajo las cobijas, que cubrieron mi cabeza trastornada. Así, suspendida la respiración, paralizado todo mi ser de mortal espanto, esperé que me asesinase aquel monstruo infernal, sin oponer la menor resistencia, sin exhalar la más leve queja!...

. . . .

Un ¡miau!, tembloroso y lastimero, que resonó en el silencio, me hizo recobrar la calma y volver á la realidad. Era mi cariñoso Micifuz quien me había dado aquel susto mayúsculo, y que esa noche se echaba á dormir sobre mis pies.

Había sufrido una ridícula y loca alucinación.

Raúl ERUS.

La musa del amor

Tríptico

Para Apolo.

¡Bendígote, divina! Si no me amas
¡ qué importa! si entretanto que te vea
oiré vibrar las gemebundas gamas
de mi verso que es mi única presea.

Una de tus miradas, una sola,
basta para embriagarme de ternura;
eres voluble así como la ola
mas tu inconstancia, igual, muy poco dura.

Si soy feliz al verte; que más quiero!
Antes de conocerte no sentía
la infinita bondad con que me hiero...

Hoy sólo tengo malestar que es gloria.
Hoy, cual la Aurora, mi melancolía
saltó el carro triunfal de la victoria!

II

¡ Noche hermosa y feliz! Noche de orgía
rara mi eterno duelo como una
palabra redentora, que á mi oído
llegó con un augurio de fortuna...

¡Noche hermosa yfeliz! Noche de orgía
entre expansiones amistosas; luego,
la mayor expresión de mi alegría:
la amada abandonándose á mi ruego.

¡ Oh! insondables misterios de la vida,
que logran despertar la fe dormida
de mi existencia lóbrega y escéptica.

Olvidaré del sol los resplandores!
sólo pondré en las Noches mis amores
porque á mi alma inundan de luz poética!

III

Yo la encuentro en lo etéreo...; en lo palpable;
en la imaginación, ó en el deseo...;
en la nube que elévase..., inestable...,
y en la imagen viviente que poseo...

Es un sueño de amor si no la veo,
y realidad feliz si se aproxima,
—y creyente seré en lo que hoy no creo:
pues no hay revelación como la rima!—

En todo está su ser. En lo que hallo,
desde la onda y luz de mi intelecto
hasta el mundo visual que me despierta...

Pero ¡ay! que en llanto doloroso estallo,
al verla en cuánto la buscó mi afecto
mas no en la estrofa que mi amor le oferta!

SILVA SERRANO.

Montevideo, Julio de 1911.

"Sonriendo"

Llegó un día á la redacción de «El Cojo Ilustrado», de Caracas, el libro *De mi yunque* del señor Alejandro Sux. El ático escritor venezolano Jesús Semprún, encargado á la sazón de la Bibliografía de aquella revista, acusó recibo del libro mencionado, con estas ó parecidas palabras:

«Hemos recibido *De mi yunque*, libro de versos del argentino Alejandro Sux. De la musa feroz de este poeta, consignamos una estrofa:»

(Y aquí una estrofa sangrienta).

Transcurrieron cinco años, y el señor Alejandro Sux remitió á la misma revista su nuevo libro *Cantos de Rebelión.* Jesús Semprún, encargado todavía de la sección bibliográfica de la revista caraqueña, se acordó de *De mi yunque*; recorrió la colección de «El Cojo Ilustrado» y encontró la notícula que dedicara á aquel libro de versos. Tal notícula resultaba de perlas para el nuevo libro, y Semprún, que es un espíritu selecto, la recortó cariñosamente, insertándola luego en «El Cojo Ilustrado», previa permuta del título y de la estrofa...

Señal de que el escritor venezolano no tuvo necesidad de modificar su opinión.

. . . .

Irritado el señor Sux por unas palabras mías que concretan el gesto de Semprún, había perdido el sueño, pero al fin ha logrado recuperarlo. Acontece que la aparición de mi libro POR JARDINES AJENOS llenóle de regocijo, regocijo que ha torturado su exquisita ingenuidad hasta que el señor Sux optó por exteriorizarlo en las páginas de «Mundial».

Y no creáis, lectores, que el autor de *Cantos de Rebelión* ignora qué es el delirio de las persecuciones; leed sus versos:

«...los humanos que forman la piara,
pobres bestias sin alma ni seso,
me desprecian, me escupen la cara...»

. . . .

Y bien: dice el señor Sux que POR JARDINES AJENOS es un libro bilioso; poetas y novelistas han afirmado que es la obra de un luchador, y yo agrego que es un libro en el que tan pronto se castiga á los poetas serviles y á los periodistas asalariados, como se desprecia á los troveros ramplones que han profesado la acracia, (la acracia es un sentimiento), no por convicción sino como un *modus vivendi.*

Y conste que el señor Sux es el único á quien le ha caído el sayo...

PÉREZ Y CURIS.

"El Madrigal"

Nuestro colaborador el delicado poeta Emilio Trías du Pré, acaba de entregar á las cajas los originales del poema con cuyo título encabezamos estas líneas.

En el próximo número nos ocuparemos de la nueva producción del poeta; por ahora adelantamos que ella contiene *escenas rimadas* concebidas con mucho arte y sentimiento exquisito.

La muerte de Philae, POR PIERRE LOTI, de la Academia Francesa. — (Versión *castellana de Pedro Simón Pineda*).

Lo primero que surge de este libro es una luminosidad trasparente, rosada, reflejo fidelísimo de la que se quiebra sobre la cadena de montañas de Libia, bajo la caricia de un sol poniente. *Pierre Loti* es un alma de artista diáfana y sensible, en la cual la belleza del pasado reverbera como sobre los floreados capiteles de las desenterradas ruinas tebanas, y en cuyo límpido espejo sensorio toma cada paisaje una forma plástica, luminosa, animada y definitiva. Las ruinas surgen de las profundidades de los siglos; siéntese gravitar el alma silenciosa de los desiertos líbicos, y ante la Gran Esfinge, como en las ruinas del Cairo, en las márgenes del Nilo ó en presencia de las inmensas necrópolis de los antiguos Faraones, el genio artístico y la aguda sensibilidad de este viajero poeta evocan toda una civilización cien veces milenaria, como si á través de los amontonamientos de columnas, techumbres, frisos, capiteles y estatuas el rosal de la existencia antigua floreciera...

En la magia de su estilo, desbordante de luz, ha engarzado *Pierre Loti* sus grandes amores por aquellas artísticas civilizaciones pretéritas, rudamente combatidas por los hombres primero, sepultadas por el desierto después, y exhumadas ahora por el sentimiento y la veneración de los modernos, para que sirvan de mofa y de irrisión á esa pandilla de turistas de las agencias de viaje que, guía en mano, recorren el Egipto profanando *beduinamente* el alma de ruinas tan gloriosas, de la misma manera que han profanado la limpidez y el silencio de aquellas latitudes con pintarrajeados hoteles á la moderna, y chimeneas y ferrocarriles. Y es tan poderosa la evocación, que al conjuro del artista vamos anhelantes recorriendo las páginas con una secreta esperanza de ver animarse las estatuas del templo de Ammón, y barrer al vigoroso impulso de sus gigantescos miembros petrificados, cuanto de bárbaro y sacrílego han llevado al Egipto los civilizados contemporáneos.

Pero la ilusión se desvanece, y después de recorrer El Cairo, de visitar los inmensos cenáculos de momias; cuando hemos contemplado Tebas y acudido á una galante audiencia de Amenofis II, tristeza infinita, mezcla de piedad y de silencio se apodera de nuestros corazones, mientras la diosa Isis mírase tristemente en las verduzcas aguas que inundan su magnífico templo y cubren toda la inmortal isla de Philae, gracias al descubrimiento inglés de que estas estancaciones hacen más productivos los algodonales...

Libro de luz y de ensueño, de piedad artística y de rebelión contra los vándalos que asuelan la patria de Ramsés, deja en el ánimo una duradera sensación de simpatía acrecentada por el brillante estilo de una traducción digna de la elegancia literaria que anima todas las producciones de este viajero infatigable que se llama *Pierre Loti*.

El señor De Phocas, POR JEAN LORRAIN. —(*Versión castellana por Carlos de Batlle*).

La literatura francesa contemporánea puede enorgullecrse de esta verdadera joya literaria que el maestro aurífice *Jean Lorrain* bautizó con el nombre de EL SEÑOR DE PHOCAS. El protagonista, real ó imaginario, creado por el malogrado escritor, no es héroe de folletín, es algo más y es otra cosa, es la síntesis de esas vagas y terribles dolencias del siglo, de esas modernas entidades patológicas que los facultativos llaman «las neurosis» pero que el sentido común de la humanidad mediana, que no se precia de clínico, se le ha antojado achacarlas á la falta de ciertos elementos que con el nombre de *principios* contribuyen en gran parte á la salud moral del individuo y de la especie.

Jean Lorrain ha sabido describir con rara perfección ese mundo especial de buscadores de sensaciones cuya febril curiosidad, perversos refinamientos y enfermizas originalidades han hurgado, aguijoneado y arrastrado en todo tiempo á cuantos se han empezado en gozar, como seres aparte, con las ponzoñas y venenos de la naturaleza.

Hay páginas y capítulos enteros en esta obra que son verdaderas *visiones*, otras hay que valen tanto como los mejores estudios de crítica artística que se han publicado en estos últimos tiempos, y casi en todos, sin exceptuar un solo capítulo, se muestra el autor como en realidad fué: un verdadero artista.

Pax, POR LORENZO MARROQUÍN.

La novela de costumbres latino-americanas, que con tan breve pero significativo vocablo ha dado á luz don Lorenzo Marroquín, miembro correspondiente de la Real Academia Española, ha suscitado numerosas controversias que consagran los talentos de aquel fecundo literato como crítico sagaz y agudo observador, y colocan esa curiosa producción en la categoría de documento étnico de grandísima importancia. Con efecto, si en la mayor parte de las repúblicas sudamericanas falta para su progreso y desarrollo el don considerado por el Cristo como la mejor y más valiosa prenda, no es porque carezcan de instituciones adecuadas, leyes justas ó sabias disciplinas, sino por la influencia que en sus destinos logran alcanzar hombres en quienes la audacia rivaliza con la indigencia intelectual ó con indigesta erudición enciclopédica sin fundamentos filosóficos. Tal es la enseñanza que se desprende de esta novela, y que la informa vigorosamente. Allí se ven pintados con magistral paleta al empleado subalterno, de obscuro origen, que delira con la magistra-

tura suprema; al chisgaravís que pone todo empeño en aparecer como hombre necesario, fastidiando continuamente y echando mano con pretextos humanitarios y piadosos de las situaciones más diversas de hacer viso: al usurero rapaz é inculto, al improvisador y patriotero caudillo militar que siembra la desolación y la muerte invocando los nombres de libertad y filantropía; y hasta al cagatintas ensimismado que pretende á los dictados de único perito y maestro en el dilatado campo de las matemáticas.

Recia tempestad se desató al aparecer la primera edición de PAX, y no pudiendo apagar el coro de aplausos que saludó á la obra, algunos de los que creyeron verse retratados en ella la censuraron de contravenir á los preceptos gramaticales, ó la tacharon de prolija. Tales esfuerzos dieron por único resultado la identificación de los personajes de la novela, al extremo de no designarse ya en muchos pueblos de otro modo que con el nombre de Landáburo al patriotero revolucionario, bajo el de Doctor Alcón al empleado ambicioso é hipócrita, Karlcnoff al cagatintas omnisciente y Montellano á los descendientes de Shylock. Y del propio modo que al zafio y comilón se le apellida Sancho desde los tiempos de Cervantes, así también Gachanah ha pasado á ser hoy el calificativo de los hebreos que viajan por América como agentes de negociantes y mercaderes europeos.

No brilla en PAX solamente la nota epigramática, también campea allí acrisolado lirismo, y con frecuencia halla el lector descripciones trágicas de grandísimo efecto, que ponen de relieve la variedad de estilo en que el autor puede ejercitarse con igual ingenio.

Por esta razón, y por otras muchas que descubrirá el lector, PAX está llamada á vivir largos años, como lo están los artículos políticos, que con el título de *Dictadura de la Incapacidad* publicó el mismo autor el año pasado, en los pueblos celosos de su independencia y libertad.

(BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO.)

APOLO

AÑO VI

Número 56

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE PÉREZ Y CURIS



MONTEVIDEO — OCTUBRE DE 1911

Bibliográficas

(Obras recomendadas por «Apolo»)

La Adorada, POR RENÉ MAIZEROY.—(*Versión castellana de Carlos de Batlle*).

Entre los libros modernos que más han apasionado al público, figura en primera línea la sensacional novela de René de Maizeroy, **La Adorada.** Y no es extraño: en la época actual, época en la que todo sentimiento tiene que ser analizado científicamente, en la que todo afecto tiene que ser desmenuzado y estudiado con microscopio, y en la que, en fin, toda pasión que rebase los límites del escepticismo y del convencionalismo modernos parece anormal, un libro apasionado y fogoso como **La Adorada** tenía forzosamente que causar honda impresión.

Sin embargo, preciso es confesar que el ilustre psicólogo René Maizeroy no ha ido á escoger su modelo entre los casos raros que la vida ofrece, pues el protagonista de su novela no es más que un hombre como los que encontramos todos los días en los círculos, en los paseos y en los salones; es un hombre que, enamorado ciegamente, y sin darse cuenta de su felicidad, se labra la propia desgracia labrando al mismo tiempo la de su **Adorada**.

Y René Maizeroy, para hacer esa doble desdicha, no emplea procedimientos rebuscados y falsos; emplea únicamente un sentimiento natural, humano y eterno: los celos.

Las páginas de **La Adorada**, harmónicas y vibrantes, llenas de color y de sol, de luz brillante y tristes nieblas, según los estados de alma que su autor describe, tenían forzosamente que llegar al alma de los lectores, y esas páginas, al ser vertidas primorosamente al castellano, han conservado todos los matices, todos los encantos y todas las bellezas del original.

La Adorada, que en francés ha obtenido un éxito extraordinario, lo obtiene también en castellano, y ¿cómo no había de ser así, si el mismo René Maizeroy, su autor, cuando se siente de mal humor, coge la versión castellana de su obra y se distrae leyendo algunas páginas en voz alta?

La obra forma un volumen elegantísimo, esmeradamente impreso en papel satinado y adornado con profusión de grabados, siendo la cubierta, tirada á tres tintas, un verdadero derroche de buen gusto.

Nobleza Americana, POR PIERRE DE COULEVAIN. — *Obra premiada por la Academia Francesa.*—(*Versión castellana de M. de Toro y Gómez*).

Pocas novelas ofrecen tanto interés político y social de actualidad como **Nobleza Americana.** Es la historia dramática y admirablemente escrita de uno de esos matrimonios americanos, ya famosos, en que la descendiente de un archimillonario yankee compra á peso de oro el derecho de llevar una corona de duquesa, marquesa ó baronesa. La prensa de los Estados Unidos ha protestado enérgicamente contra este éxodo de herederas y millones, que abre ancha herida en el patrimonio nacional de los Estados Unidos. Algunos hasta han pensado en proponer una ley que ponga vallas á la huída de los millones. También en Europa ha sido este asunto, objeto de grandes críticas, y recientemente ha sido presentado en uno de los teatros de París. El autor de **Nobleza Americana** conoce á fondo la psicología del pueblo yankee y traza un animadísimo y verídico cuadro del papel que desempeñan respectivamente el hombre y la mujer en la sociedad americana.

Uno de los últimos números de la *Revue* (15 de Febrero), publica un interesante trabajo sobre *Institutrices y Maestros en América*, en el que confirma su autor lo que dice el novelista acerca de la inferioridad y dependencia del hombre con respecto á la mujer; y trata de explicar este fenómeno por el hecho de que en las escuelas americanas elementales, la mujer ha sustituído casi por completo al hombre en la enseñanza, y este magisterio, casi en absoluto femenino, ha creado una sociedad en que la mujer es un ídolo y el hombre, su humilde servidor.

Esto de los matrimonios de ricas herederas de América con nobles europeos arruinados, también ha tenido resonancia en Sud América y dió lugar á que el ilustre ecuatoriano Juan Montalvo, escribiese su famoso artículo *Matrimonios deslayados*.

Mi tío Barbassou, POR MARIO UCHARD.—(*Versión castellana de M. de Toro Gómez*).

El célebre Alfonso Daudet, en su gracioso libro *Tartarín de Tarascón*, puso de relieve la parte extravagante y ridícula del carácter provenzal, con sus exageraciones, sus grotescas fanfarronadas y sus extravagancias.

La delicada pluma de Mario Uchard nos dá, en **Mi tío Barbassou**, una nueva encarnación del tipo provenzal, mucho más natural y simpática. Barbassou aparece á nuestros ojos como un héroe legendario, pero rodeado de una atmósfera de originalidad natu-



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador: LUIS PÉREZ | Redacción y Administración: TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI — Montevideo, Octubre de 1911 — N.º 56

Biblia Profana

Purificación del Templo

Salido que hubo Jesús de las Bodas de Caná, y después de pasar unos días en Cafarnaum, situada en las risueñas y plácidas orillas del lago de Genezaret, tomó rumbo á Jerusalem, con motivo de la Pascua y á fin de aprovechar ésta, para presentarse y revelarse como Mesías, en la Capital de Israel.

Entró Jesús al templo el día de su llegada y se halló, con profunda sorpresa, que en el gran atrio llamado de los gentiles, alegremente hacían su negocio una multitud de traficantes, vendiendo corderos, bueyes y palomas, para los sacrificios; y cambistas especulando con monedas griegas y romanas.

La ira, venciendo el natural pacífico de Jesús, se apoderó de él, en vista de tan magno sacrilegio. Hizo, de las cuerdas con que ceñía su túnica, un azote, y arremetió contra los profanadores, que huyeron del recinto santo con sus objetos de comercio.

Sólo permanecieron impasibles una hermosa hija de Israel, blanca como los lirios de Bitinia, encarnada como las rosas de Jericó, y un joven de aspecto soñador, como David, el rey augusto del salterio de oro.

—Salid—les dijo Jesús, alzando en són de amenaza el azote que vibraba en su diestra.

—¿Por qué nos arrojas, hijo de Nazaret?—le dijeron ambos—: No somos traficantes ni cambistas.

Jesús clavó sus ojos despreciativos en los negros y ardorosos de la joven y con voz firme repuso:

—Sal, flor de impureza. Tú eres infiel y engañas; traficas con los más hermosos sentimientos del alma; profanas el templo del amor; maldita seas!

Y dirigiéndose al joven agregó:
—Sal, germen de miasma. Mi padre te dotó con el verbo divino: eres poeta; pero en busca del aplauso vil, dejas las regiones de lo alto y rastreas adulando el gusto pervertido de las muchedumbres: profanas el templo del arte. Maldito seas!

Y Jesús, más indignado que antes, descargó el azote sobre sus espaldas, mientras, baja la frente, iban ambos á confundirse con los traficantes, y con los cambistas.

M. SOTO HALL.

Entre las ramas

Eligieron el árbol más oculto del bosque para fabricar su vivienda amorosa.

Un roble copudo y gigantesco, escondido en un paraje virgen de las plantas humanas, fué el predilecto á la consagración de aquel idilio salvaje.

Era una pareja de ruiseñores que, amante y jubilosa, llegaba á consolidar su amor en la fronda amiga del árbol centenario. Nacieron los dos en indiferentes nidos de un huerto tropical, bajo la majestuosa serenidad de una noche estrellada y al mediar de un estío largo y lujuriante. Cuando pudieron volar, presurosos é ingratos abandonaron los nidales paternos y de rama en rama, de jardín en jardín, buscando con parlera alegría el cotidiano sustento. Al despuntar la madrugada, como jocunda salutación á la luz, desgranaban sus himnos eglógicos, y en bulliciosa algazara pasaban el día revoloteando por entre la ramazón de los plantíos. Al llegar el crepúsculo, cuando sobre los campos empezaban á amontonarse las sombras, la enamorada pareja se guarecía en cualquier rama, para seguir la noche entre arrumacos y mimos.

Pero ello fué que un día el padre Invierno descargó su rudeza sobre aquellos lugares, y las dos avecillas, medrosas y heladas, hubieron de emigrar á horizontes lejanos, donde encontraran la caricia del sol. El viaje no les fué fatigoso ni largo y al atardecer del mismo día, llegaron á un bosque donde aun el verano tenía plantada la esplendidez de sus dominios. En amante connubio continuaron allí su vida de jolgorio los suaves trovadores bajo la paz beatífica de un cielo sin mancha, respirando la frescura de un ambiente aromado y con trovas cristalinas loando inconcientes, la augusta solemnidad de la naturaleza, que en aquel sitio ostentaba manificencias de templo. Y como al cabo la hembra experimentara la imperiosa, necesidad del nido, eligieron los dos el árbol más oculto del bosque, un roble soberbio y en su fronda opulenta fabricaron de hojarascas el pequeño recinto.

Ella se echó al tibio nidal, atristada, y enferma, y mientras amorosamente cumplía su sagra-

da misión, el macho solícito y ligero revolaba por las huertas distantes, en busca del sustento y á la tarde volvía con la garganta llena de granos y de arpegios para la dulce compañera.

Mas sucedió que algunos leñadores penetraron cierta mañana al fondo de aquel bosque, y al fijarse en el roble portentoso, refugio de la alada pareja llenos de codicia febril é ignorantes de la maldad, que cometían con el cortante filo de sus hachas arremetieron impetuosos contra el árbol espléndido. Los ámbitos del bosque se poblaron de ecos á medida que los hombres taladraban el tronco y en la apacible pomposidad del paraje aquellos ecos sordos eran como una agoniosa lamentación de la naturaleza, como un divino miserere por la hermosa pareja que calentaba á sus polluelos implumes en la fronda del roble que moría.

Cobarde y temeroso, á las primeras sacudidas del árbol el ruiseñor abrió las alas y con la rapidez de una flecha disparada hendió los aires y se internó en el corazón de la selva. Y á la vez que el golpe de las hachas hería la religiosa tranquilidad del espacio y con retumbos de truenos repercutía hasta el confín del boscaje, el prófugo alado, cual si se sintiera perseguido, duplicaba la velocidad de su vuelo á través de las tupidas marañas, olvidado de su amorosa compañera.

Llegó al límite del bosque, y un instante, amedrentado é inquieto, se detuvo en la copa de una ceiba elevada; brincó un momento entre el obscuro ramaje, desgranó una tonalidad quejumbrosa, y luego, como poseído de inquebrantable resolución, reanudó su fuga indolente y se perdió á lo lejos, en el desmayo azul del horizonte.

En tanto, el roble centenario donde la amante pareja fabricara su albergue, empujado por la fuerza del hombre se desplomaba, estrepitoso y trágico, con la egregía majestad de un monarca vencido.

Cuando la hembra canora sintió que el coloso caía, como en busca de amparo exploró con angustiosas miradas el frondaje vecino, porque quizás pensó que el compañero llegara impaciente á salvarla y á salvar á sus implumes hijuelos. En vano indagó tenaz á las ramas temblorosas, en vano observó el impasible horizonte, en vano aguzó el oído por sorprender la proximidad de un aleteo. Entonces, ya perdida la postrera esperanza, lanzó un himno desgarrador y, lejos de huir como el ingrato, con dulcedumbre de madre extendió el blancor de sus plumas sobre sus débiles polluelos, y resignadamente se dejó aplastar por la vigorosa ramazón del árbol que, impulsado por la mano del hombre, se desplomó sobre la tierra, solemne y pomposo, en una trágica apoteosis de muerte.....

F. RESTREPO GÓMEZ.

1911.

De un libro próximo á aparecer

En el jardín

Auroral manto de rosas
Cubre el jardín que dormita,
Rezan palabras piadosas
Las esquilas de la ermita.

A las plantas ruborosas,
El viejo pino recitó,
Todo ese mundo de cosas
Qué en el silencio palpita

La aurora en traje de tul
Sufre vértigos de azul
Y en el azul se deslie.

El sol envió un ígneo rayo,
Que al filtrarse de soslayo
Besa al pino que sonríe.

Desolación

Alma, madre, novia, vida!
Sacra fuente de mi huerto,
Eres la palma dormida
Nota azul en el desierto.

Con la brújula perdida.
Llega mi dolo á tu puerto,
Sembrando rosas su herida,
Desangrado y medio muerto.

Por tu desdén desolada
Y en el madero enclavada,
Gime mi pena afligida.

Vengo á buscar tu consuelo,
¡Ten compasión de mi duelo:
Alma, madre, novia, vida!

Más allá

A Roberto Buela.

Ambulaba en la sombra automáticamente
Como suelen algunos caminar por la vida.
Una idea obsesora se enseñoreó en mi mente
Y su peso doblaba mi cabeza abatida.
Mi conciencia gemía bajo el yugo candente
Que formó en mi memoria la caricia prohibida
Me alumbraron los ojos de la safia serpiente
Con la luz que despide la carroña podrida.
Un deseo infinito de cumplir penitencia,
Para limpiar las manchas de mi torva conciencia,
Llevó mi pensamiento más allá de la muerte.
Descendió hasta mi espíritu un rocío divino,
La luz de la bonanza alumbró mi camino
Y en medio de la noche la fe me hizo más fuerte.

Gerardo Y. RODRÍGUEZ.

Homenaje de "Apolo"



AL DRAMATURGO
FLORENCIO SÁNCHEZ

En el primer aniversario de su muerte

De "Los ritos confidenciales"

Para **Apolo.**

Caían á manera de guirnalda
Las ramas de los sauces, sobre el lago,
Y suscitaban un recuerdo aciago
Con el otoño de su tinta gualda.

Palidecía toda la esmeralda
De tu jardín, y el amarillo vago,
Se insinuaba en mi ensueño sobre el mago
Reclinatorio lila de tu falda.

Después bajó tu frente hasta la mía.
Olvidando mi lúgubre elegía
Aniquiló mi pena sus despojos.

Y al abrirse el prodigio de tu cielo,
Mi pensamiento azul tendió su vuelo
Por la curva celeste de tus ojos!

Te invadía la tarde en la lejana
Angustia del jardín hondo y fragante...
Una carreta en la quietud distante
Palideció su nota rusticana.

El clamor funeral de una campana
Desmayaba tu ensueño alucinante,
En la calma beatífica y sedante
De la lumbre litúrgica y arcana.

Hubo una larga pausa de gemidos.
Mis enfermos rosales florecidos
Deshojaron sus pálidas corolas.

Todo se diluía en el mutismo
De un sereno y profundo misticismo...
Y nuestras almas se quedaron solas!

Tejían las canciones del retorno
Bajo el asombro inquieto de los tilos,
Un desconcierto de enredados hilos
Que fraguaban las voces del contorno.

De la hoguera sonámbula de un horno
Las parábolas de humos intranquilos
Se dilataban, y clavó sus filos
Estridentes, la música de un corno.

El amor de la tarde en la floresta
Apagaba los oros de su fiesta
Junto á la unción humilde de los prados.

Y cuando me alejé de tus jardines,
Un coro de litúrgicos violines
Ofició mis silencios encantados!

Carlos SÁBAT ERCASTY.

Arrepentimiento

A. Roberto Buela

Turbada por los bruscos desenfrenos
De mis manos prosaicas, diste un grito
Y cruzaste los brazos en tus senos
Invocando el perdón del infinito

Dibujóse el azul en tus serenos
Ojos de virgen inocente. El rito
De tus pudores, resistiendo menos
Se deshojó como un clavel marchito.

La tarde se arropó tras la difusa
Tira del horizonte. La inconclusa
Página de tu Vida, lentamente

Se grabó en tu recuerdo; y entre tanto
Te miraba pensar, noté que el llanto
Corría por tu rostro amargamente.

Fernando SILVA VALDÉS.

Envío

Manos; tus blancas manos bondadosas
si el ruego acogen Dios te las bendiga,
que manos que perdonan son sagradas;
y si tus manos fueren impiadosas
que le negaran pan á quién mendiga,
también benditas; ¡Manos despiadadas!

Emilio TRIAS DU PRE.

Elogio de la Carne y del Espíritu

I

Hablé á la Carne y hablé al Espíritu:
Yo adoro en una viril é hidalga
Mujer, los módulos de vuestras voces
Y la concordia de vuestras ansias.

Y respondióme la Carne, trémula:
Doy al espíritu toda mi savia;
Yo soy jocunda como la aurora,
Y echo mi sándalo sobre la senda por donde pasan
Las hembras todas enardecidas por el deseo,
Todos los hombres atormentados por la nostalgia.

Quien abomina de mis encantos,
Ignora el triunfo de las humanas
Afinidades en el consorcio
De los sentidos y de las almas.

La poesía sin mi perfume
No es inodora, pero es estéril: ¡ ave que canta
Siempre cautiva, viendo el espacio
Desde el columpio ruin de su jaula!

En los paisajes la soñadora
Luz de la luna teje arabescos de ópalo y plata,
Y yo derramo sobre las ígneas rosas joyantes
Mi voluptuosa, vital fragancia.

Bajo los tiernos ojos ustorios
De las mujeres enamoradas
Hay un grácil curva violeta
Que mi amatoria fiebre dilata.

. . . .

Yo soy la sangre,
Soy la coyunda de la especie humana.

II

Luego en voz baja dijo el Espíritu:
Soy en la sombra luz que no apagan
Jamás los vientos de la tristeza
Ni los alardes de la desgracia;
Hacha de viento para la ira
Boreal en tierras hospitalarias.

¡Oh, los lisiados y los enfermos
Cuyas sonrisas florecen pálidas
Al suave soplo de mis dulzuras
Y al ritmo intenso de mis palabras!

¡Oh, las endebles vírgenes mustias
Que bordan todos, todos los días tras la ventana,
Soñando acaso con los mancebos
Que en los vernales atardeceres, erguidos pasan!
Ellas conocen mis alegrías,
Vírgenes débiles ebrias de sombra como los parias.

Guían al ciego y al peregrino
Mis luces blancas;
Y á los rebeldes excomulgados,
Y á los vencidos en la mundana
Lucha, mi esencia maravillosa
Los solivianta.

. . . .

Yo soy la esfinge,
Soy el enigma de la prole humana.

III

Sangre y Esfinge:
Yo adoro en una viril é hidalga
Mujer, los módulos de vuestras voces
Y la concordia de vuestras ansias.

PÉREZ y CURIS.

Arte y artistas

Carlos Severin

La pantomima, género teatral muy poco cultivado, debido á las dificultades que su arte sutil ofrece, tiene actualmente un intérprete de facultades extraordinarias é insuperables.

Este grandilocuente actor mudo se llama Carlos Severin, y es el orgullo de los franceses.

Ha llamado grandemente la atención de la crítica y públicos del mundo entero. En Buenos Aires, de donde viene, ha hecho furor.

Actúa en el alegre teatro de la calle Andes, y él por sí solo se basta y sobra para llenar el programa del divertido *music-hall*. Lo hemos admirado en sus incomparables creaciones tituladas «Conciencia» y «Pobre pierrot», convencidos de que el tal es un artista psicólogo en toda la extensión del vocablo.

Asombra la inspiración, diremos así, de su gesto inteligente; en el pensamiento y sensibilidad de la mirada, en los que expresa y define inconfundiblemente el dolor y el placer en sus matices y *nuances* más variados, más complejos, más íntimos y recónditos.

De este mimo se podría decir que tiene la genial virtud de reflejar y fijar asombrosamente el alma sobre el rostro.

Cibils

Los señores Arellano y Supparo, inteligentes directores artísticos de la discreta compañía que con tanta fortuna actúa en el bonito teatro de la calle Ituzaingó, no se dan un momento de reposo para responder dignamente á la franca protección que le dispensa el público, ofreciendo semanalmente interesantes estrenos, por lo que resulta atrayente el programa de sus funciones. Como de costumbre, esta compañía tiene actualmente en ensayo, y estrenará en breve, varias piezas de autores nacionales. En lo que va de la temporada, entre otras han constituído verdaderos éxitos las representaciones de «El drama de todos», una serie de cuadros á base de episodios de nuestras sangrientas guerras civiles, que es toda una dolorosa enseñanza. Su autor es el periodista señor Enrique Crosa; «El verdadero amor», comedia del fecundo dramaturgo Ramos; y la comedia «Partenza», hermosa producción que acusa en su autor, Otto Miguel Cione, una vez más sus especiales condiciones de observador fino y de hábil manejador del diálogo; la obra del inteligente escritor señor Ismael Cortinas, titulada «René Masón», es una comedia de tendencia antifeminista, muy bien tramada y de dialogado vivaz y conceptuoso.

Politeama

Desde el 24 del corriente actúa con éxito en este teatro, la compañía dramática española de drama, comedia, vaudeville, gran guiñol y obras policiales, de Ramón Caralt, que, como se recordará, en este mismo coliseo efectuó hace seis meses una temporada larga y fecunda en éxitos. Como primera actriz figura esta vez Mercedes Blanco, ventajosamente conocida por nuestro público.

WIDRE.

Jornadas de Ensueño

Para Apolo.

La abeja de Platón sobre el yermo latino
Deshojaba la fábula de los racimos de oro;
Sangre de nueve diosas, el vaso gongorino
Ha escanciado á las rosas de mi labio sonoro!

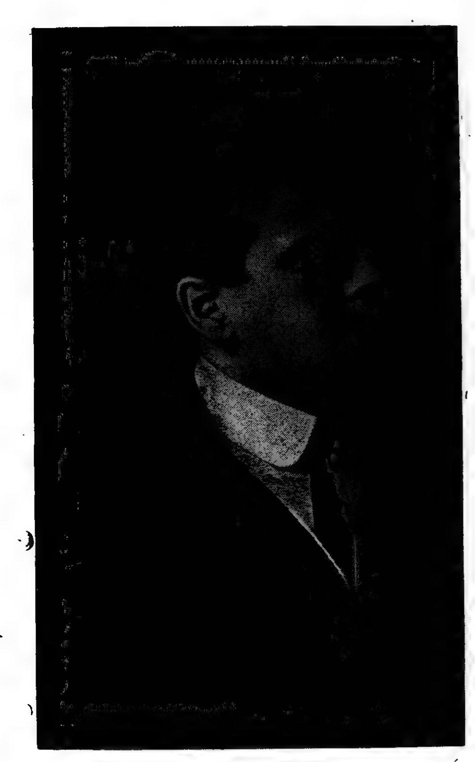
Se ha encendido de zarza milagrosa el tesoro
De Maetœrlinck ahora y un pálido destino
Ha abierto la ventana para que suene el coro
Ungido á la parábola lunar de su camino!

. . . La leyenda de bronce sepultó sus escudos
En el bosque de mirtos . . . Sangran sus pies desnudos
Entre espigas azules, los silencios en flor . . .

Y la paz nazarena de la emoción cautiva
Hila su rueca blanca bajo la nueva ojiva
Sobre el mito del tiempo, con un ruego interior !

VICENTE BASSO MAGLIO.

"Cosas del medio ambiente"



ELZEAR S. GIUFFRA

Así se titula el libro que el joven escritor Elzear Santiago Giuffra acaba de publicar entre los aplausos de la prensa nacional y extranjera. COSAS DEL MEDIO AMBIENTE contiene un estudio sereno y bien meditado de nuestro pequeño mundo artístico-literario; Giuffra se rebela en él un analista de mérito, que juzga nuestras cosas, no superficialmente, sino ahondando el concepto hasta buscar su origen y seguir su desarrollo.

El nuevo libro del joven escritor ha tenido aquí una acogida muy favorable.

Epistolario

(**A. Erlinda Núñez**)

Para APOLO.

Tengo á la vista tu sublime carta y no sé por donde empezar á contestarla. Hablemos de ti, primero. Dices que no sabes explicarme lo que sientes, lo que tu alma pasa, y sin embargo todo me lo explica esta palabra: «amo en silencio»—Amiga mía!...

Amar en silencio es un martirio, pero un martirio que puede tener término y en el cual se pueden gozar momentos de inexplicable encanto siempre que nuestro corazón abrigue la dulce esperanza de ser correspondido.

¿Crees que el ser á quien amas puede corresponder á tu pasión?

En ese caso *ama y espera*, sonríe y no llores—porque amar y ser amada es alcanzar sobre la triste tierra el prometido Edén.—El amor es el Iris donde se reflejan y abrillantan los colores mágicos del prisma; es la aurora resplandeciente que ilumina la noche de la existencia, y la nota de un himno sublime que al resonar en nuestro oído repercute en los ámbitos más recónditos del alma conmoviendo nuestro sér una sensación encantadora y dulcísima.

Por eso cuando amamos y nos creemos amadas, nos parece todo más bello, porque todo lo ven nuestros ojos, sublime, risueño, iluminado con las célicas tintas del amor y la poesía!...

Mas ¡ay! del corazón que ama sin esperanza! ¡Ay! del sér desgraciado que amando con todo el fuego de su espíritu ardiente deposita el raudal de su insólita ternura en un corazón ingrato ó pequeño que no sepa comprender la sublimidad del sentimiento que inspira!...

Entonces la vida es triste y el porvenir sombrío, estonces el alma se estremece sollozante envuelta en las sombras de la duda, y la existencia se convierte en un infierno más espantoso aún que la muerte

Por eso, amiga mía, te aconsejo prepares tu alma, ya sea para gozar las delicias supremas de un amor correspondido, ya para soportar con altivez de espíritu el dolor de los dolores: el olvido.

Yo he sufrido mucho. Hoy, gracias á mi entereza, mi alma está serena y mi espíritu tranquilo: quizá el sol de la ventura que en mis delirios vislumbré no vuelva á irradiar en el cielo de mi vida, pero á lo menos viviré tran-

De "Mis Oasis"

Para Apolo.

Una rosa me dice que en Otoño
Sus bellos labios se hallarán tan muertos,
Como en el corazón de un hijo ingrato
El canto oído en el hogar paterno;
Un jazmín me relata las historias
De espíritus tremando en los conventos,
Cuando el alma, en los éxtasis, exalta
Los misticismos de fervientes rezos,
En tanto que el suspiro de los órganos
Siembra un perfume musical de incienso;
Un clavel color sangre me sonríe,
Pintándome regiones donde el cielo
Tiene un sol esplendente, cuyos rayos
Se confunden en fiebre de los besos;
Una violeta me recuerda toda
La tristeza reinante en los inviernos:
Los árboles sin hojas, tiritando
Bajo el helado soplo de los vientos
O el paisaje velado por la bruma
Que es una gasa de azulado ensueño;
Un río, con las aguas murmurantes,
Me brinda orquestaciones del recuerdo
Que yace, constelado en la memoria,
Bajo caricias de un sagrado efecto;
Una fuente me expresa sus dolores;
Una montaña me repite el eco
De canciones nostálgicas, canciones
Donde las tardes vierten desconsuelos:
Una ola me trae los saludos
De los hermanos del nativo suelo;
Una nube me explica lo que sufren
Aquellos que, al llegar, parten de nuevo,
Cual judíos errantes que carecen
De familia y de patria. ¡Siempre en duelo
Cruzando por regiones ignoradas
En donde no reposan los abuelos!
(¡Felices los que moran en la tierra
Que les liga al cariño de sus muertos!)
Mas la Vida se calla . . . Permanece
Con su boca preñada de misterios.
Es una devadasi en los altares
Cuyo dios es la calma del Silencio.
Al verla, la inquietud surge en mi espíritu
Como interrogaciones á lo Eterno,
Y entonces, con profundas amarguras,
Busco un dichoso oasis en los versos
Que, llenos de armonía, van rodando
Sin poseer un fijo derrotero . . . .

París—1911.

Julio Raúl MENDILAHARSU.

La trova herida

Para Apolo.

El don del trovero es joya,
su corazón alhajero,
una dama la agraciada.
¿Cuál es la dama á quien quiero?

Del mirar de una mujer
voy herido!
llevo tánto el pobre canto
por dolido no florido,
que un sollozo quiere ser,
mas lo canto por no ver
todo lo que voy perdido!

Joya tengo; dama quiero.
Es mi cor el alhajero.

Y es mi fé—por bien soñada
bien amada,
guiadora á toda hora—
que la joya es relicario
que guarda un devocionario:
¡ay, el devocionador
de un amor
de trovero y dama en flor!

Pártame el pecho tapiado
el mirar que me ha extraviado;
que no esté más en la estrella
á donde azorado huyó;
que esté en ojos de la bella
como si fuese una estrella
el mirar que me perdió.

Joya tengo; dama quiero.
Cómo pesa mi alhajero.

Así clama,
y es del amor pordiosero,
así clama por su dama
con su trova este trovero

Edmundo MONTAGNE.



Gavota

Hay un trémolo suavísimo en los clásicos violines
Que remeda en un desmayo algo vago como un tul,
Y en la pompa dulce y suave de los rubios bailarines
Y en la seda recamada de brevísimos chapines,
Un ensueño va rimando su cambiante leve, azul.

—¡Oh marquesa!—Vuestros labios son de roja pedrería,
Yo quisiera el encenderlos en la gama de mi luz;
—Ved, marqués, perdéis el paso—
—Yo, marquesa, propondría
A los silfos que buscaran para vuestra gallardía,
En el cáliz de las flores los diamantes de Ormuz.

— Mas poeta, queréis reiros, vuestra frase es traicionera
El amor que vais jurando es tan sólo una ficción;
— Vizcondesa, garantizo por la dulce primavera,
Por las flores que ella enciende cuando pasa por mi vera
Que tenéis todo un palacio en mi pobre corazón.

Y hay un trémolo suavísimo en los clásicos violines
Que remeda en un desmayo algo vago como un tul,
Y en la pompa dulce y suave de los rubios bailarines
Y en la seda recamada de brevísimos chapines,
Un ensueño va rimando su cambiante leve, azul.

GOICOECHEA MENÉNDEZ.

ral y sencilla al mismo tiempo, que no choca con los sentimientos del lector, á pesar de lo extravagante de sus aventuras.

Al mismo tiempo el autor ha dispuesto con el mayor ingenio, al rededor de su famoso protagonista, una acción verdaderamente extraña, en que aparece el curioso contraste de la vida oriental con los refinamientos de nuestra existencia civilizada y en la que figuran como principales personajes, Andrés de Peyrade, sobrino de Barbassou y la joven odalisca Konye Gul. Los amores de Andreo y de Konye Gul, que se inician en la intimidad del harén, llegan á adquirir carácter trágico que excita el más vivo interés y tienen feliz desenlace. Los dramáticos episodios del rapto de Konye Gul por su madre, de su encierro en un convento griego, de su evasión y de la persecución de Daniel, hacen de esta novela uno de los más interesantes libros de aventuras.

A todo esto se unen lo elegante y literario del estilo, las originales teorías del autor y lo notable de las ilustraciones. En resumen, **Mi tío Barbassou** es un cuento de las *Mil y una noches* que se desarrolla bajo el hermoso cielo de Provenza y en medio de los refinamientos de la vida parisiense.

El conocido literato granadino don Miguel de Toro Gómez, ha traducido esta obra. Desde todos los puntos de vista, el texto castellano iguala al francés.

Mi tío Barbassou forma un elegante tomo de más de 300 páginas, esmeradamente impreso en papel satinado, con abundantes ilustraciones y con una artística cubierta á dos tintas.

Bizancio, POR JEAN LOMBARD.—(*Versión castellana de Miguel de Toro Gómez*).

Hay pocos libros que hayan llamado la atención tan poderosamente como la hermosa novela de Jean Lombard, que lleva este título. Y no sólo en el público, sino en la gente de letras, se ha dejado sentir su influencia.

Del mismo modo que allá en el ocaso de la Edad Media, la célebre novela caballeresca *Amadis de Gaula*, dió lugar á innumerables imitaciones y produjo en literatura el famoso ciclo de los *Amadises*, puede decirse que la inspiración de Jean Lombard al resucitar la brillante y fastuosa existencia del Imperio bizantino, con sus apasionadoras carreras del circo, sus luchas religiosas y políticas y su civilización semi-bárbara en medio de su refinamiento, dió lugar á que otros escritores distinguidos volviesen la vista á aquellas edades lejanas y tratasen de buscar inspiración para sus novelas en Grecia y en Roma.

La novela *Bizancio*, que nos presenta el cuadro de la hermosa capital de Oriente en tiempo de Constantino V Coprónimo, tiene además el atractivo del prodigioso estilo de Lombard que ha sabido pintar como nadie las grandes oleadas de la muchedumbre y cuya exuberante imaginación ha logrado hacer revivir de un modo inimitable, no sólo los variados incidentes de la épica contienda entre Verdes y Azules, sino también todas las suntuosidades de la vida de Bizancio. El traductor no ha omitido esfuerzo ni trabajo para conservar á este libro admirable toda la brillantez de su estilo, y ha completado su trabajo agregando al texto un léxico en que se hallan explicadas multitud de palabras desconocidas para la generalidad de los lectores. La obra forma un volumen de 388 páginas, elegantemente ilustrado é impreso, y con una artística cubierta á cuatro tintas.

La Bailarina de Pompeya, POR JEAN BERTHEROY.—(*Versión castellana de Miguel Zerolo*).

Desde los días en que Bulwer Lytton trazó en páginas, que tuvieron y aun tienen justa fama, *Los Ultimos días de Pompeya*, no había vuelto á figurar sino en los catálogos de los anticuarios y en los obras de los arqueólogos, el nombre de la insigne ciudad que compartió con Herculano las abrasadas caricias del Vesubio, en los albores de nuestra Era. La elegante pluma de Jean Bertheroy ha hecho resonar de nuevo armoniosamente este nombre en el campo de las letras, con su deliciosa novela **La Bailarina de Pompeya**. Los casi idílicos amores de la diminuta Nonia con el camilo del templo de Apolo podrían figurar dignamente en las Pastorales de Longo.

Al mismo tiempo que la sencilla trama de estos amores, que costaron la vida al pobre Camilo, traza el autor un cuadro lleno de animación y colorido, sin violencias naturalistas, de la vida sensual é intensa de aquella ciudad que tenía como patrona y divinidad tutelar á la Venus Física. En el seno de aquella ciudad entregada por completo al culto del amor y del deleite, aparece como hermosa protesta del ideal elevado y puro, único que puede hacer vibrar las aureas cuerdas del arpa de Apolo, la noble figura del Sacerdote Cresto.

Se debe al conocido escritor don Miguel Zerolo, esta hermosa y correcta traducción.

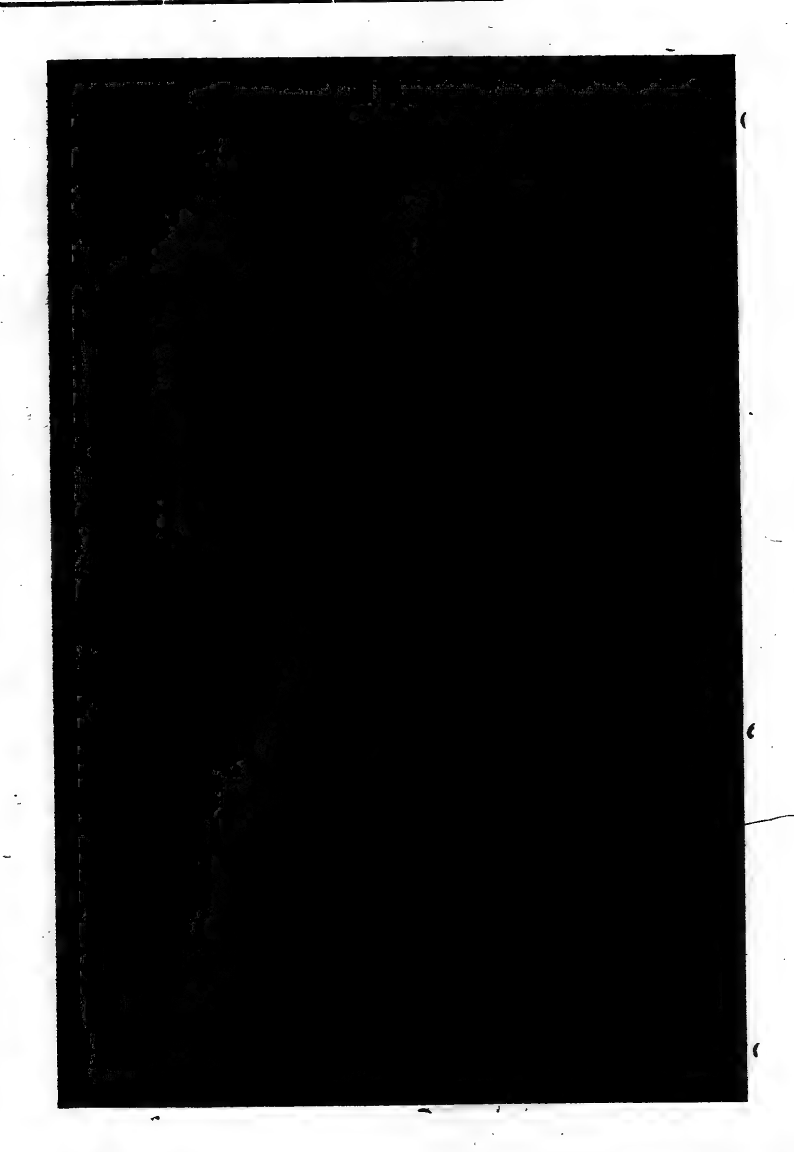
Forma la obra un elegante tomo de 300 páginas, impreso en papel satinado, con gran cantidad de grabados y una artística cubierta á cuatro tintas, tirada sobre papel nacarado.

(*Boletín Bibliográfico*).

APOLO

AÑO VI

Número 58



MONTEVIDEO — DICIEMBRE DE 1911

Bibliográficas

(Obras recomendadas por «Apolo»)

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

Mujeres, POR JACINTO OCTAVIO PICÓN, (de la Real Academia Española).

El ilustre autor de *Dulce y Sabrosa* acaba de publicar un nuevo libro digno de su fama, que avalora el caudal de la literatura española.

Si como estilista elegante y como novelador ameno, el crédito literario de Picón ha sido siempre justamente ensalzado, su mérito más reconocido fué siempre la agudeza con que supo descubrir los más hondos misterios del alma femenina. Así como en otros escritores predomina el héroe varón, en éste predominan las almas de mujer, y á la vista están todos sus libros, que pueden servirnos de testimonio para esta afirmación. *Dulce y Sabrosa, La Honrada, El Dulce Enemigo* y *Juanita Tenorio* son ejemplos que no nos dejarán mentir. Si en todos estos libros aparece estudiado el espíritu femenino con toda la sabiduría que atesora el ilustre novelista, en ninguno como en este último se detuvo su pluma á analizar, á disecar—más bien—todos los refinamientos, todas las virtudes, todos los encantos y perversidades que se encierran en ese bello mecanismo humano que se llama «mujer».

Por las páginas de este libro maravilloso no pasan sombras, ni fantasías, ni quimeras, ni vagas visiones de un alma atormentada: pasan seres vivos, con un caliente olor de humanidad, que ríen y que lloran, que juegan, que bostezan, que odian y que aman. Pasan las mujeres, unas veces con el corazón blando por la piedad, otras veces con la mirada torva del despecho ó del rencor. Allí donde la pasión tiene una línea de elegancia ó una sonrisa de gracia, ha sido descubierta por Jacinto Octavio Picón y servida por la sal de su estilo en este libro admirable que titula **Mujeres.**

Alivio de caminantes, POR RICARDO LEÓN.

El novelista de «*El amor de los amores*», el escritor insigne, el prodigioso estilista, acaba de publicar un nuevo libro, que seguramente producirá honda sensación entre el mundo culto amante de las letras españolas. Esta vez, Ricardo León se muestra tan admirable poeta lírico, como antes prosista y en «*Alivio de caminantes*» ofrece á los lectores el regalo de sus versos, compuestos con la sinceridad de su espíritu y rimados con toda la nobleza y la arrogancia de su inspiración poderosa.

No sólo es **Alivio de caminantes** un libro de intimidad; es también, y muy principalmente obra de combate, puesto que en muchas de sus poesías esgrime la sátira flagelando las carnes de los mercaderes que entran en el templo del arte con vilipendio de sus verdaderos sacerdotes.

El Alcázar de las Perlas, POR FRANCISCO VILLAESPESA.

Ninguna de las obras dramáticas estrenadas en estos últimos años, ha despertado tan grande espectación como ésta con que ha hecho sus primeras armas teatrales el insigne poeta Francisco Villaespesa.

Antes del estreno se suscitaron polémicas y discusiones que luego, ante la magnitud del éxito, se han desvanecido, reconociendo todos, con rara unanimidad, los altos méritos de la obra, sancionados por los elogios entusiastas de la crítica y por el aplauso del público.

En **El Alcázar de las Perlas,** se unen á la gran inspiración del famoso poeta, sus hasta ahora inéditas y ya formidables cualidades de autor dramático; pues no se sabe qué admirar más, si el interés de la fábula ó el ritmo de los versos inimitables con que está bordada, ó la intensa emoción de sus más culminantes escenas.

Y en el libro aún pueden apreciarse mejor que en el escenario las infinitas delicadezas, los preciosos matices



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI Montevideo, Diciembre de 1911 N.° 58

El entierro del camarada

Para «APOLO».

El fúnebre cortejo bajaba por la gran pendiente del cementerio del Buceo, y durante unos minutos, bajo la sombra de los altos cipreses y de las hermosas araucanias, no se oyó más ruido que el rozar de los zapatones de los obreros sobre los gruesos areniscos del camino recto é interminable.

Iban allí unos veinticinco hombres, toda la cuadrilla á la que perteneciera Eufrasio, expresamente autorizada por el Administrador de la Compañía para concurrir al entierro del pobre camarada muerto. Entre esos hombres se hallaba Guizot, el anciano capataz, un hombre enérgico, muy trabajador y minucioso; Rigo, el encargado del primer grupo de calderas, y Parral, el foguista más viejo de la casa; hombre complaciente y dócil, pero cuyo grave defecto consistía en emborracharse todos los domingos, con grave perjuicio de su mujer, á quien apaleaba irremisiblemente por la noche, para luego, al otro día, esto es, todos los lunes, pasárselo de holganza, con pérdida segura del jornal.

—¡Qué suerte perra! gruñó Parral, blandiendo los puños en una ráfaga de cólera.

Guizot, el viejo capataz que presidía el duelo, tuvo una frase elogiosa para el pobre muerto:

—Murió en su puesto como un buen soldado,—dijo con gravedad.

Un nuevo silencio enmudeció al grupo. Acaso las palabras de Guizot les hacía pensar, porque todos prosiguieron caminando, silenciosos, vestidos con las mejores ropas reservadas para los domingos y las grandes ocasiones, llevando el sombrero respetuosamente recogido en la diestra.

La voz monótona del sacerdote napolitano que iba delante mascullaba latines; al chirriar de los areniscos bajo los burdos zapatones, repercutía siempre en un frotamiento áspero y acompasado; el confortable sol de Octubre caía en los claros, sobre los hombres, bruñendo algunas cabelleras cenizas y dando lustre á algunas calvicies precoces.

—*Crick—Crick—Crick*.... Marchaban siempre, en columna, mientras á su paso los panteones y las tumbas de mármol ó granito, con portadas y dijes de bronce, centelleaban bajo aquel cielo muy azul, cielo lleno de luminosidades estivales y de una diafanidad serena. Y en tanto proseguían, en marcha siempre hacia el fondo del vasto cementerio, donde entre verdes acacias y paraísos, los desheredados de la suerte reciben piadosa sepultura en plena tierra, en el grupo se recordaba al pobre Eufrasio, al buen camarada sin padres ni parientes en América, y que, á causa de la rotura de una cañería de vapor, había fallecido la tarde antes en una sala del hospital.

Bruscamente, el grupo se detuvo. Entonces todos los ojos miraron con curiosidad, hacia adelante, creyendo haber llegado al sitio prefijado; pero muy pronto la estola blanca del sacerdote y el ataúd negro, se destaca-

ron otra vez en un recodo del camino, doblando hacia la izquierda, para internarse por un senderillo estrecho, trazado entre hileras interminables de nuevas tumbas que surgían á flor de tierra en una vecindad fraternal.

Mas después de un breve rodeo, la cuadrilla hizo alto junto á un montículo recién removido y en cuyo borde se hallaba la sepultura. Era la fosa de poca profundidad; apenas si la necesaria para cubrir bien la caja. A su alrededor, y en filas escalonadas, otras fosas iguales se extendían, cual bocas glotonas aguardando nuevos muertos. En muchas de ellas las aguas pluviales habían formado charcas cenagosas, donde los mosquitos zumbaban en enjambres bullidores, y las más próximas parecían haber sido rellenadas la víspera, ó tal vez breves horas antes, pues la tierra, enrojecida, aún se conservaba en terrones, como si las paladas se hubiesen sucedido con apremiante precipitación y sin tiempo para detenerse á apisonar.

—Ya hemos llegado,—había dicho Rigo haciéndose paso para llegar hasta el féretro y ver por última vez. Un corrillo apeñuzcado habíase formado alrededor del ataúd, un humilde ataúd de pino forrado con merino negro y que la Compañía había adquirido por su cuenta. Guizot, que también observaba, murmuró una frase:—Esto ya va á concluir, dijo.

Un movimiento de curiosidad estiraba los cuellos y abría enormemente los ojos. Todos querían ver. Las tumbas contiguas, donde reposaban otros muertos, eran pisoteadas en el deseo de no perder los detalles, y ya los sepultureros habían clavado el número correlativo de la caja: era el N.º 34937; los guarismos grandes, pintados en negro, sobre fondo gris.

Un último responso murmuró el sacerdote después de rociar la caja con agua bendita. Entonces, alrededor del humilde féretro, el silencio aún se hizo mayor: fué un silencio imponente, tétrico, que tan sólo los parlanchines gorriones se permitieron interrumpir con sus alocados gorjeos. En el sopor del aire adormecido, algo chirrió lúgubremente: fué como un quejido triste, desolado y agorero. Después el humilde ataúd comenzó á descender, descendió más, más, hasta que, durante unos segundos, aún se le pudo ver allá, en el fondo de la fosa obscura... Luego el capataz Guizot, adelantándose y persignándose con respeto, lanzó el primer puñado de tierra negra y dura... La caja sonó sordamente, hasta producir escalofríos, pero otros puñados se sucedieron, y así la caja continuó sonando, hasta que aquel golpeteo comenzó á debilitarse á medida que la tierra cubría al muerto...

—Ya no sufrirá más, dijo Guizot, enjugando con el dorso de la callosa mano una lágrima sincera.

—Cierto, le respondió Parral; ya no sufrirá más.—Y, con amarga filosofía, añadió:—Ni tampoco ya tendrá que trabajar...

No le respondieron. Silenciosos y conmovidos por esta escena se marchaban cabizbajos por entre las tumbas y los montículos, donde tantos muertos reposaran en una vecindad bonachona y fraternal. Los gruesos zapatones pisaban nuevamente las hojarascas secas, mientras los labios iban descifrando torpemente nombres, efemérides luctuosas, frases de cariño ó de trágica desesperación, y todo entre tristes ofrendas de cruces y de coronas, algunas ya marchitas por las inclemencias del tiempo.

Una vez de nuevo en el gran camino central una bocanada de aire salitroso, venido desde la costa, les oreó los rostros, haciéndoles respirar á pulmón pleno. Ya el capataz Guizot,—que había tomado punta,—apremiaba el paso con los ojos aún enrojecidos; pero el resto de la cuadrilla se había quedado rezagada, escuchando á Parral, quien ponderaba las bellezas del paisaje en tanto distribuía cigarrillos.

—Son de los buenos, decía Parral, pasando su petaca de mano en mano.

Fumaban todos. Las espirales de humo blanco salían de bocas y narices desvaneciéndose en ténues hilachas, bajo los rayos del sol, en tanto escuchaban á Parral, que indicaba perspectivas y sorpresas maravillosas. Sí, el buen muchacho, en ayunas, parecía estar encantado. Y en verdad que el cuadro era sorprendente: los arenales de la playa reverberaban á lo lejos, entre nimbos de luz ofuscadora; el río, muy azul, aletargado en una calma suprema, tenía irisaciones aceradas y bruñideces de blanquísimo estaño; las islas de Flores eran en la lejanía como tres puntillos nivosos sobre aquel plafón muy azul; arboledas frondosas de un encanto paradisiaco diseminábanse en lontananza, semejando manchones verduzcos, mientras escalando las lomas, hasta más allá de Carrasco, los plantíos de vides y de hortalizas formaban caprichosas cuadraturas, cual gigantescas piezas de un extraño dominó.

Por suerte para todos, á esa hora una brisilla del norte soplaba hacia el río, llevándose tierra afuera las molestas exhalaciones del vecino vaciadero de resíduos de la metrópoli y el hedor desagradable de los hornos de ladrillo que pululan en el paraje.

¡Ah, qué hermosa mañana! Tanta dulzura, tanta fluidez en el aire y en las cosas, tanta prodigalidad de la naturaleza toda junto á la paz infinita del cementerio pareció conmover profundamente a Parral, que,

acaso en un arranque de sentimentalismo lírico, acaso nostálgico de sus clásicos lunes de holganza, prorrumpió en una exclamación sentida:

—Aquí los muertos son felices, dijo; nadie trabaja...

Y, como ya esta frase la hubiera repetido momentos antes, el capataz Guizot se creyó en el deber de intervenir:

—No trabajan pero tampoco beben, como tú lo haces los domingos! replicóle riendo.

Como vuelto de súbito á la realidad, Parral le miraba asombrado.

—Cierto; tú tienes razón: ellos tampoco se emborrachan!

E indudablemente, la frase le hacía meditar. Posiblemente se maravillaba de no habérsele ocurrido tamaña verdad. Acaso la dulce visión de sus borracheras desfiló en esos instantes ante sus ojos, porque, sus pupilas cristalizadas de bebedor sempiterno se iluminaron, una placidez beatífica le dulcificó el rostro abotagado, su lengua chasqueó, y su boca, carnosa y concupiscente como la de un sátiro libidinoso comenzó á sonreír con paternal bonhomía.

Como ya hubiesen llegado hasta la portada donde les aguardaban los coches, Parral se obstinó en no regresar á Montevideo sin antes beber una copa en una taberna vecina al camposanto, y en la que, en perfecta paz y armonía vendíanse comestibles y brebajes, conjuntamente con urnas funerarias y otros objetos destinados al culto exclusivo de los muertos.

—Antes de irnos iremos hasta allí, hasta ese boliche. Una copa, una sola copa que yo pagaré de mil amores, repetía.

Guizot, siempre celoso de sus deberes y metódico en sus costumbres, se oponía á ello; pero Parral, muy serio, muy formal y hasta ofendido, fundaba gravemente su petitorio.

—Tienes que complacerme... Cuando yo les digo que sólo se trata de una copa, es porque será así como lo he dicho. Además,—añadía en un tono henchido de enternecimiento, este es un gusto mío y que yo abonaré en recuerdo á *él*, ¿oyes?... á *él*, á Eufrasio, al pobre amigo muerto que hemos dejado allá abajo...

Los sollozos le ahogaban; su voz hiposa tenía mucho de trágico y de cómico; todo su rostro húmedo por las lágrimas se extremecía en una epilepsia conmovedora, que ahondaba hasta el ridículo las anchas arrugas que lo surcaban.

Y ante esa súplica Guizot no pudo menos de acceder. Entonces, en tropel y formando ruidoso grupo todos penetraron al bodegón, donde la caña, la ginebra y el vino seco fueron servidos de inmediato.

Con la voz trémula y sollozante, Parral levantó su copa de ginebra, llena hasta el borde.

—Bebamos por *él*..., por Eufrasio..., por el pobre amigo que...

Como los sollozos le ahogaran, interrumpió su fúnebre brindis para apurar de un sorbo el ardiente líquido, á la vez que Rigo, Guizot y todos los demás hombres allí presentes le imitaban, sucediéndose entonces un silencio, durante el cual, en aquel extraño comercio atestado de botellas y de cascos, de urnas de latón y de hierro, el *gluc-gluc* de los bebedores pudo oírse con claridad.

—¡En marcha!—había dicho Guizot, indicando los coches; pero Parral, ya bebido el primer sorbo y puesto en tren de carrera hizo una tentativa de soborno.

—¡Nó!—exclamaba.—Otra copa; una segunda copa que yo también pagaré y luego nos marcharemos...

El viejo capataz se opuso terminantemente.—¡Basta! basta!... Hemos venido aquí para acompañar á un muerto y no á beber, repetía con firmeza.

Y estas palabras, muy razonables y muy juiciosas, parecieron convencer á todos, porque un murmullo de aprobación las acogió, á la vez que lentamente y de uno á uno comenzaron á abandonar el despacho buscando los carruajes.

Arrellenáronse en los bracks y volantines como pudieron. Ya el cortejo retornaba. A su paso los chalets, las pequeñas casitas y los barrios de obreros diseminados á lo largo del camino desfilaban á la carrera. Allá lejos, hacia donde iban, en la ciudad febril y bulliciosa, les aguardaba el taller, las rojas fauces de las hornallas siempre hambrientas de carbón, los tornos monstruosos, las calderas trepidantes, los tubos traidores donde el vapor hirviente chirriaba y mataba. Detrás de ellos, de donde volvían y entre las bellezas de un paisaje encantador, quedaba la paz, el reposo eterno, el pobre camarada caído en la lucha diaria por el Pan y por la Vida...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Otoño

Caen las hojas secas.—El viento marchita
las últimas flores que ábren los rosales.—
En las tardes grises, largas, otoñales
hay una tristeza vaga é infinita.—

Las sendas se enlodan.—La fuente recita
su postrer leyenda.—Sombras espectrales
semejan las cosas bajo los liliales.
reflejos del cielo.—La brisa musita.

Cánticos extraños.—Blanca, cual la cera
la pálida enferma mira la severa
calma del paisaje, y á la luz incierta.

grave y taciturna del ocaso triste,
la pálida enferma se finge que asiste
al último ensueño de una novia muerta . . .

Juanita FERNANDEZ MORALES.

Motivos de siempre

Resulta más difícil de lo que se cree el saber cómo ha de portarse un hombre para hacerse un medio lugar en el mundo. Si uno aparenta talento ó instrucción, se acarrea el odio de todos los ignorantes envidiosos porque lo toman por soberbio y capaz de cosas grandes. Si al contrario, se muestra humilde y modesto, lo desprecian por inútil. Si ven, que es prudente y detenido, lo toman por traidor y vengativo. Estas consideraciones, pesadas con madurez y confirmadas con tantos ejemplos como abundan, le quitan al hombre todo sentimiento de bondad, haciéndolo el más exagerado individualista.

***

Las extravagancias humanas son tan antiguas como ridículas; por consiguiente me guardaré muy bien de creer que haya habido siglo en que los hombres hayan sido cuerdos. Cada era ha tenido su locura favorita. La nuestra es de creer que somos lo que no seremos jamás.

***

¿Quiénes son los filósofos? Unos hombres rectos y amantes de las ciencias, que quisieran hacer á todos los hombres odiar las necedades que tiene la lengua unísona con el corazón y otras ridiculeces semejantes. Vuélvanse, pues, los filósofos á sus bohardillas y dejen rodar al hombre de modo que á fuerza de dar vueltas, se desvanezcan las pocas cabezas, que aun se mantienen firmes, y se convierta el mundo en un hospital de locos, que ese es su fin.

Buenos Aires 2/912.

ESTEBAN ETCHEPARE.

Galería infantil

Chita Sans, que tenemos el gusto de presentar á ustedes, y que hoy desfila por esta ligera sección, que APOLO, con general simpatía, destina á los niños, atrae verdaderamente la atención...

Los niños...! cabelleras rubias de ángeles, hermosos ojos que encierran promesas de ternura... caricias... besos...

¡Quién no ha sentido un instante la influencia de la caricia tierna y pura de la infancia...!

¿En qué estará pensando este *Pierrot* de medio metro de alto, con su carita angelical y sus cabellos llenos de harina?



CHITA SANS

Probablemente estará curioso por saber qué hay dentro de la máquina fotográfica que le ha hecho abrir, tamaños, sus ojitos brillantes. No por eso se ha olvidado la coqueta de adoptar una pose interesante y de arreglarse sobre la frente los bucles de su cabellera, nada más que para que adornen mejor su preciosa carita, capaz de dar envidia á las muy rosadas y pintadas de sus muñecas, pues es la admiración de todos, quienes le rinden cumplido homenaje á la belleza de que fué dotada por natura, y que sin duda tal como está en el retrato, con su actitud pensativa; sus grandes ojos alzados, como si siguieran una risueña visión infantil; su gorrito con borlitas cubriendo su cabellera y su trajecito para rendir homenaje al Dios Momo, resulta una belleza ideal y exquisita: un angelito de Rafael, escapado de uno de sus cuadros y vestido de *Pierrot*...

No dudamos que nuestras amables lectoras al contemplar á este travieso *Pierrot*, desearán cubrirlo de besos, y... es muy posible que la picarona las dejara hacer, siquiera para acreditar su seráfica actitud, que la hace todavía más bonita y atrayente.

Habría que elegir fragantes flores y rimar versos primorosos para hacer algo digno de esta hermosa *galería*.

ESOJ.

"El Alcázar de las Perlas"

Esta leyenda trágica, dividida en cuatro actos, puesta en verso por el gran poeta Francisco Villaespesa, antes de ser estrenada en el *Teatro de la Princesa,* lo fué en Granada, Córdoba y Málaga, obteniendo en todas partes clamoroso éxito. Cuando fué estrenada en la ciudad granadina, los periódicos de aquella capital relataron el argumento de la hermosa leyenda. ¡Cuál no sería la agradable sorpresa de Juan García Goyena al cerciorarse de que la obra escénica del renombrado vate se halla inspirada esencialmente en la leyenda de igual título, de su original, publicada en 1905!

Efectivamente, en dicho año García Goyena publicó un libro titulado *Al-lanhk-bar* (Alah es grande), uno de cuyos primeros ejemplares llegó á mis manos, con amable dedicatoria del autor, á quien hace años me une verdadera amistad. Aquí debo hacer constar que García Goyena es uno de los hombres más bondadosos que he conocido; su vasta cultura de literato corre parejas con sus dotes de exquisito poeta; su proverbial modestia quizá sea causa de que al presente no goce de envidiable fama.

El expresado libro, que fué por cierto muy celebrado por la crítica, contiene cuatro leyendas árabes, en prosa, *absolutamente* originales, «pues él inventó la acción y los personajes, así como sus caracteres y hasta sus nombres, fuera de los puramente históricos, y aun éstos hubo de amoldarlos á las circunstancias de las fábulas por él ideadas, á las que puso por nombres *El alcázar de las perlas, El etiope, El homúnculo* y *El hebreo,* intentando reproducir en ellas toda la Granada morisca».

García Goyena, al enterarse de la coincidencia, escribió una correctísima carta á Villaespesa, tan correcta como hábil, publicada en el *Heraldo de Madrid,* en la cual, entre otras cosas, le manifestaba.

«Sirve de base á su obra el constante deseo de Alhamar, desde que subió al trono, de dotar á Granada de un maravilloso alcázar asombro de las gentes, sueño de magnificencia no realizado por no encontrar artífice que lo llevara á efecto; la existencia en la ciudad morisca de un alarife de clase humilde, Azhuna, tenido por loco porque en sus sueños de arte cree ver en los aires alcázares suntuosos por él construidos; la aproximación del Emir y del artífice, que se comprenden y se unen para realizar la misma idéa; los amores de Azhuna con Sobeya (hija de un rico comerciante granadino), que le anima en su empresa y representa para el alarife el ángel de la esperanza; la impotencia de Azhuna para dar forma al alcázar soñado y la necesidad de que recorra el mundo en artística peregrinación en busca del ideal ansiado; la decisión de Sobeya de compartir con él los peligros del viaje; la realización de éste por ambos con asentimiento de Alhamar y del padre de la joven, esposa ya del alarife; el regreso de ambos á Granada al caer de una tarde sin haber conseguido su deseo, él abatido y ella siempre esperanzada; su detención en la vega, donde, al ocultarse el Sol tras los picachos de la Sierra, formando fantásticas visiones, mira Azhuna reflejarse en el cielo los contornos del alcázar, que dibuja rápido y tembloroso; la muerte de Alhamar y Azhuna sin ver la construcción del maravilloso alcázar.

Esta es la parte esencial del argumento de su celebrada tragedia y esta misma esl la de mi leyenda. ¿Qué existen diferencias entre ambas obras? ¿Qué duda cabe, siendo usted el autor de la tragedia?

Usted, huyendo de la sencillez de la leyenda, no apropiada para la escena, en derredor de estos personajes ha creado otros dignos de la corte de Alhamar y ha ideado otra acción secundaria, más plástica, por la cual Sobeya es perseguida por el poderoso y rebelde Abu-Ishac, que asesina á Azhuna, á quien roba los planos del alcázar; el que, á su vez, es asesinado por Sobeya, que recupera éstos y que toma así venganza de la muerte de su ama.

do; además, usted hace hablar á los acto res en magníficos versos, en contraposición con la humilde prosa de mi leyenda; pero todo esto, que indudablemente avalora la tragedia, no es más que el marco de la acción principal reseñada, que es su fundamento y esencia, y que, como llevo dicho, fué creada, sin inspiración ajena de ninguna clase, por mi fantasía

Siendo esto así, la cuestión á debatir no puede ser más sencilla, circunscribiéndose á estos dos extremos:

1.º El autor que de tal modo se inspira en otra obra, ¿debe pedir autorización para publicar la suya?

2.º Al publicarla, ¿debe hacer constar en los carteles y en el libro la fuente de su inspiración?

Respecto del primer extremo, mi criterio es tan amplio que entiendo que si bien por cortesía puede darse tal paso, literariamente no es imprescindible, pues las ideas deben ser de todos, y máxime de aquellos que al acojerlas las avaloran mejorándolas. Pero no puedo opinar lo mismo respecto del segundo extremo, pues los más rudimentarios principios de ética literaria exigen que se indique la procedencia de la parte fundamental de un argumento y de los personajes que en él intervienen cuando han sido tomados con los mismos caracteres y los propios nombres de otro autor».

Diez días transcurrieron desde la publicación de la carta, que en parte acabo de transcribir, durante cuyo lapso de tiempo Villaespesa dió la callada por respuesta, en vista de cuya conducta, García Goyena, teniendo en cuenta que ambos pertenecían á la *Academia de la Poesía Española*, y toda vez que con arreglo al caso 8.º art. 2.º de sus estatutos, uno de los fines de esta corporación es el de fomentar entre sus socios el espíritu de confraternidad y solidaridad y *servir de árbitro en sus diferencias*, acudió al ilustre Presidente de aquella, D. Alfredo Vicenti. rogándole se sirviera adoptar las medidas pertinentes al caso.

En este punto la cuestión, Villaespesa, desde Granada, dirigió un telegrama á García Goyena, publicado en el *Heraldo de Madrid*, el cual, copiado á la letra, es del tenor siguiente:

«Nada contesté á su carta fecha 16 por parecerme prematura toda discusión mientras V. no conozca mi Alcázar de las perlas. Cuando la obra se publique, V. reconocerá lo aventurado de sus suposiciones En tanto no puedo prestarme á ningún género de reclamo.—Villaespesa».

En verdad que á casi todo el mundo sorprendió el desenfado y hasta la incorrección de Villaespesa, máxime tratándose del demandante, cuya digna actitud, desde el punto y hora en que entablara el pleito literario, mereció generales alabanzas.

La contestación de García Goyena fué pronta y expresiva. Se publicó en el *Heraldo de Madrid* al día siguiente de haberse dado á luz el transcrito y comentando telegrama. He aquí la respuesta de García Goyena.

«Muy señor mío: Recibo su telegrama, y como en esta clase de cuestiones no pueden seguirse dos procedimientos á la vez y yo, en vista de su silencio, ya adopté el de los Tribunales, comenzando por el literario de la Academia de la Poesía Española, para continuar después por otros si fuera preciso, no he de apartarme de este camino por su tardía contestación, que contiene frases desconsideradas que me han sorprendido mucho, pues no corresponden á los términos en que me dirigí á usted, y que yo recogeré á su tiempo en forma adecuada».

Pero afortunadamente la intervención de la *Academia de la Poesía Española* tan eficaz resultó en este caso,—fuí el primero en holgarme de ello—que la publicación de las siguientes epístolas, insertas en el repetido y popular diario madrileño, puso término al pleito literario seguido entre ambas *partes litigantes*. —He aquí dichas cartas:

Señor D. Juan García Goyena.

Madrid.

Mi querido y admirado amigo: Deseoso de acabar de una vez la discusión que involuntariamente hemos entablado, y creyendo de justicia que el público conozca su resultado, puesto que pública se hizo, confieso espontáneamente, para su satisfacción, que entre los muchos libros que consulté para escribir mi tragedia *El alcázar de las perlas* se encuentra el tomo primero de las «Joyas de la literatura universal», con el título de *Literatura árabe*, publicado por la Editorial Ibero-americana, de Barcelona, el cual contiene, entre traducciones de los más famosos poetas

del Islam, dos admirables *Leyendas árabes puestas en prosa castellana*—así dice textualmente el libro—*por Juan García Goyena*, y en una de estas leyendas, *El alcázar de las perlas*, de un sabor arábigo prodigioso, encontré valiosos elementos para la formación de mi tragedia.

Es natural que, de haber sabido que dicha leyenda era original de usted y no una traducción, como indican los editores de dicho libro, yo no hubiese vacilado en declararlo así, como lo hago ahora, después de nuestra cordialísima entrevista de ayer, entendiendo que el autor dramático, cuando intenta escribir un trabajo histórico, se ha aprovechado siempre de todos los elementos que puedan dar á su obra carácter y ambiente de época. Y esta misma declaración pensaba y pienso hacerla en la autocrítica que se publicará al frente de la edición de mi *Alcázar de las perlas*.

En cuanto á lo que pudiera haber de personal en este asunto, una vez deshecho el error editorial que lo motivó, queda completamente desvanecido, puestos de relieve de una manera terminante su proverbial corrección y caballerosidad y mi buena fe; y felicitándole y felicitándome por ello, le envío, con un fuerte apretón de manos, el testimonio más sincero de mi admiración y amistad inquebrantables.

Francisco Villaespesa.

Madrid, Diciembre 18, 911.

Señor D. Francisco Villaespesa.

Mi querido amigo: En vista de nuestra conferencia de ayer y de las nobles manifestaciones consignadas en su carta de hoy, ¿qué quiere usted que le diga? Que desvanecido el error que motivó nuestras diferencias, sólo me queda agradecer á usted su correctísimo proceder y corresponder á su cariñoso apretón de manos con otro cordialísimo, repitiéndome de usted, como en mi primera carta, su más entusiasta admirador y amigo.

Juan García Goyena.

Madrid, Diciembre 18; 911.

***

El insigne Villaespesa, en la autocrítica de *El alcázar de las perlas*, publicada en *La Noche*, importante diario de Madrid, declara:

«El motivo inicial, la idea fundamenta de mi tragedia, surgió después de la lectura de la famosa leyenda de El Lammani, preclaro poeta descendiente de los árabes sicilianos, que floreció en Túnez en el siglo XIV y que fué huésped ilustre de la corte de los nazaritas. *El legado de Alhamar* es una maravillosa leyenda, digna de ser bordada en oro en el velo negro que cubre la Kaaba.

Alhamar agoniza en medio de la vega, al salir al frente de sus huestes y acompañado de D. Enrich, aquel hermano aventurero y bravío de D. Alfonso el Sabio, á combatir á los walíes rebeldes de Málaga y Comares y Cuadix.

En torno de su tienda se agrupan los caudillos. Su hijo primogénito solloza junto á la litera real. Alhamar, en trance de muerte, le entrega su espada de pedrería, su sello de oro y una misteriosa bolsa de cuero. El príncipe descubre en ella la silueta de un alcázar é interroga al padre acerca de aquellos extraños trazos. Alhamar, entonces, le cuenta que una tarde, en la que cabalgaba por la vega, tuvo de pronto, entre los últimos fulgores del sol, la visión de un alcázar quimérico que resplandecía en la cumbre de la Sierra. Clavó el acicate á su potro y partió á galope; mas, á medida que avanzaba en su carrera, el alcázar se iba desvaneciendo.

¿No pudo nacer de aquí aquello de Zorrilla:

«Lanzóse el fiero bruto con ímpetu violento?»

Murió el alcázar con el crepúsculo, y Alhamar tornó á la ciudad, pensativo, llenos los ojos de la mágica visión encantada. Venía la noche, cuando en una de las alquerías de la vega escuchó el ulular de la multitud y vió al populacho que apedreaba á un miserable fugitivo.

Ante la presencia del emir, huyeron las gentes. Descendió Alhamar de su cabalgadura y tendió la mano al caído.

—Sólo Alhamar es capaz de dar su mano á un leproso.

Y el miserable, diciendo esto al emir, entrególe un pergamino, en el que aparecían las siluetas de un alcázar maravilloso.

Esta leyenda de piedad y de ensueño, del divino leproso y de la más alta gloria de la casa del Nazar, dominó mi espíritu y fué el alma madre de mi tragedia.»

Pese á la declaración de nuestro gran lírico, encerrada en su autocrítica, yo creo, separándome del juicio de algunos reputados críticos, que la principal fuente de inspiración en que él ha bebido para componer su hermosa tragedia, es la leyenda de García Goyena, cuya influencia es más notable, más decisiva que la que puede repararse en la maravillosa obra debida á la fantasía del huésped ilustre de la Corte de los nazaritas.

Así lo podrá deducir el discreto lector de todo cuanto imparcialmente he manifestado en el *ayuntamiento* del *pleito literario* habido entre Villaespesa y García Goyena.

***

En mi concepto, el celebrado

poeta de *El mirador de Lindaraja,* aunque considerara la obra de García Goyena como una traducción, debió solicitar de éste, en virtud de lo que exigen los más rudimentarios principios de ética literaria, el competente permiso para valerse de los importantes elementos que ha utilizado en su primer trabajo escénico, toda vez que cualquier traducción es digna de respeto, máxime si se trata de la versión en castellano de una obra de la literatura árabe.

¿Cómo Villaespesa leyendo *El alcázar de las perlas* de García Goyena, pudo pasar inadvertido que esta obra era fruto de la fantasía de un escritor contemporáneo? ¿Acaso no se fijó en las llamadas á notas que aparecen al pié de algunas de las páginas de la leyenda? A veces dormitaba el buen Homero...

La conducta de Villaespesa contrasta con la de dos jóvenes literatos á quienes acaba de *conceder autorización* para hacer la parodia de su celebrada leyenda trágica. La parodia, que probablemente se titulará *La casa de las perras,* se estrenará en breve en uno de las principales teatros madrileños.

Los parodistas no desconocen los más rudimentarios principios de ética literaria...

***

La bellísima obra escénica de Villaespesa ha sido uno de los más grandes éxitos teatrales de nuestra época; noche tras noche se ha representado y, como el día del estreno, el nombre del poeta siempre ha sido insistente y calurosamente aclamado.

El asunto dramático de la obra, tan bello, pese á los que de nimio lo han calificado, aparece envuelto en la magnificencia de impecables estrofas líricas, de castizos romances, de sonetos magistrales, de kásidas y gacelas, en los cuales vibra con música deliciosa, ora la energía, ora la ternura del alma apasionada del glorioso autor de *El espejo encantado.* Los versos en que el legítimo sucesor de Zorrilla canta la misteriosa poesía de *las fuentes de Granada,* es de lo más admirable que ha producido la Musa castellana de nuestros tiempos.

La interpretación no puede resultar más afortunada: María Guerrero, á quien el poeta debe gratitud eterna, nunca ha dicho versos con tan pasmoso dominio de su arte; Díaz de Mendoza, en el papel de Azhuna, sobrio al par que delicado; los demás actores muy discretos.

Dos veces he visto la obra de Villaespesa, y, si muchas más la viere, siempre saldría profundamente emocionado al influjo de su maravilloso estro, pero nunca la influencia de tantas bellezas me perturbarían el ánimo hasta el extremo de ser injusto...

Francisco de IRACHETA.

Madrid, á 13 de Enero de 1912.

La cantiga del dolor

De « Flores de lys »

Para Apolo.

¡Así lo quiere el destino
que tu sigas el camino
y yo mi camino siga!....
Toma en la copa mi vino....
Yo tomaré de tu lino,
y andando por el camino
cantando iré mi cantiga. —

Así lo quiso el destino
que te encontrara á la vera
florida de mi camino....
Un ruiseñor hizo un trino
y se voló á la pradera....
. . . .

Hace mucho que sabía
esa suave melodía
que cantara el ruiseñor....
Yo, decírtela quería,
y el destino se oponía.....

Se la dije al ruiseñor
y el ruiseñor de aquel trino
hizo un canto fino....fino...
tan fino que era de amor.....
¡Así lo quiso el destino!...

Andando por el camino
recuerda de mi cantiga....
Yo, tejeré con tu lino
la cantiga de dolor
para que nadie me diga
que no cuido de mi amor.—
Tú, sigue por el camino
hasta que llegue y te diga
alguno, que se mitiga
tu dolor con otro vino;
pero nadie en el camino
te dirá de mi cantiga...
¡Así lo quiere el destino!...
. . . .

1911.

Emilio TRÍAS DU PRÉ.

Teatros

Los teatros reabren sus puertas. El calor declina, el frío avanza paulatinamente. Las gentes abandonan las playas para buscar abrigo y distracción en los espectáculos teatrales. El año se presenta con halagadoras promesas novedades en todos los campos. Para todos habrá satisfacción.

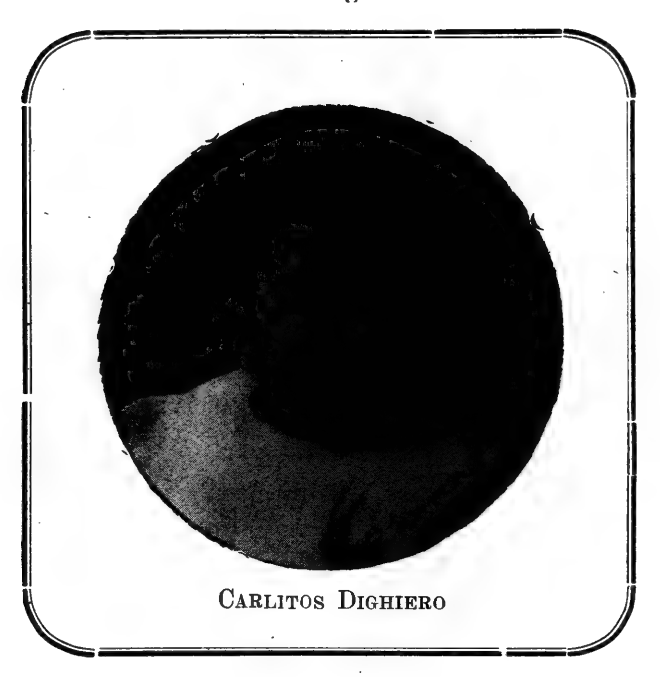
SOLIS, ofrece un agradable espectáculo. La compañía de óperas y operetas que allí funciona desde el jueves 14, compuesta por elementos en su mayoría jovencitos, ha despertado el mayor interés en nuestro público. Las obras son puestas en escena con todo lujo, mereciendo bastantes aplausos su director artístico, señor Arnaldo Billand. Figura como director de orquesta y maestro concertador el señor Enrique Giusti.

URQUIZA—Sagi Braba, el feliz barítono á quien nuestras cazueleras siempre miman, está conquistando, en compañía de su inseparable tiple señorita Vela, los mayores éxitos de boletería... Nada diremos de la labor artística de estos simpáticos cantantes, pero del resto de la compañía... Sagi sabrá porque lo trae.

18 DE JULIO—Zarzuela, género chico. Buen elemento y mejor dirección. Perdiguero ha sabido seleccionar un conjunto que pueda satisfacer á los innumerables aficionados á este género teatral.

Juanita Ramón y Mercedes Díaz, tiples ya conocidas y con muchos admiradores; Perdiguero, del cual no es necesario hablar; Grotti, buen barítono, que canta con mucho gusto, y otros elementos que escapan á nuestra memoria, son suficientes para acreditar á cualquier compañía de zarzuela. Por ello, es lógico que triunfen todas las noches... empresarios y actores.

FROM.



CARLITOS DIGHIERO

En un album...

Para APOLO.

Amor!—acorde dulcísimo arrancado de un arpa celeste por la mano de un ángel! Rayo de esplendorosa luz desprendido del trono excelso de Dios! Grandioso y sublime sentimiento, ¿quién no ha sentido tu mágica influencia? Qué corazón no ha palpitado al compás de tu ritmica armonía? ¡Todo lo bueno solo tú lo inspiras!...

El que no ha amado no ha gozado las delicias supremas de la tierra; el que no ha amado no puede comprender la inmensa felicidad, el inefable encanto, la magnitud grandiosa del sentimiento sublime que encierra esta sencilla palabra: ¡amor!

VIOLETA.

Febrero 19-1912.

Poetas uruguayos

Emotiva

Para APOLO.

Reclinando sobre mi hombro su alba frente
Aureolada por la luz de ideal ensueño,
Preguntóme mi divina, dulcemente:
«¿Cómo me amas?, ¿de qué modo?, dí, mi dueño!»
Adorable de abandono la inocente
Aguardaba mi sentir más halagüeño;
Toda el alma en las palabras y en la mente,
Con purísima intención y con empeño,
Conmovido, y en la forma más sencilla:
«Yo te amo, — la juré — con la ternura
Con que suelen prodigar al avecilla,
— Prisionera, tremulante de pavura —
Nuestras manos». — Y su boca sin mancilla
Como gracia me brindó la criatura!

Madre

Tres años hace que te fuiste
Sagrada, augusta madre mía!
Tres años hace que estoy triste,
Lo estaré tanto todavía!
El amor de mi alma se resiste
A creerte demacrada, yerta y fría.
Oh, no! tu ausencia para mí reviste
Misterioso viaje del que un día
Tornarás cariciosa é inefable,
— E imprimirás un ósculo impalpable
— Sobre mi sien, marchándote á hurtadillas.
Oh, madrecita mía tierna y santa!
De que me beses la ansiedad es tanta
Que te aguardo, durmiendo, de rodillas!

RAÚL ERÚS.

Concordia, 1912.

Nota de Redacción

La poesía de nuestra colaboradora Violeta, que insertamos en el número anterior, debía haberse publicado con el título *Flores del alma* y dedicada á la señora Otilia Schultz de Galarza.

Quedan salvados el error y la omisión que involuntariamente cometimos.

Idilio

A mi querida amiga Violeta con motivo de su canto á «Las mariposas»

Las lindas mariposas de la ilusión te dieron
Sus vívidos colores, sus alas de tisú
Y de las blancas flores de su jardin huyeron
Para besar las flores de tu alba juventud,
¡Y que felices fueron
Cuando saber quisieron
Como cantabas tú!
Y el ave de las selvas, dulcísima y canora
Despierta entre las hojas del verde guaviyú,
Cuando iba con sus trinos á saludar la aurora
Sintió que estremecido vibraba tu laúd,
Callóse de improviso
Porque saber quiso
Como cantabas tú!
Y tú, entre blancas nubes, cual misteriosa ondina,
Cual virgen de los cielos con túnica de luz,
Alzabas á los aires una canción divina
que trémulas dejaba las cuerdas del laúd,
Por eso, Carolina,
Soñaba el alma mía
Cuando cantabas tú!

B. C.

Perdonadme...

Para Apolo.

Señora, cuánto sufro en vuestro nombre
mi vieja soledad me causa miedo.
Si pudiera llorar... pero no puedo...
¿Es vergüenza, verdad, que llore un hombre?

Señora, por aquel nuestro cariño
si vierais en mis noches cuánto escucho
llorar el corazón... ¡Oh llora mucho!
¿No es vergüenza, verdad, que llore un niño?

La vida que desprecia el llanto vano
se entrega enamorada al fuerte y sano...
¡Despreciadme, Señora, despreciadme;

si me vierais llorar en vuestro nombre!
Si fuera un niño... pero siendo un hombre
¿es verguenza, verdad, mas... perdonadme...

Juan Talamoni.

A....

Epistolario

Voy a turbar nuevamente tu silencio que ya parece el sueño de los muertos.

Te quiero demasiado para no disculparte, y tan demasiado que bien podría decir de tí lo que aquel viejo — rezador y creyente — decía de una otra: «Al cielo me iba dentrando Cuando me dijo San Pedro *Si no la olvida no dentra,* Y me volví desde el cielo... »

Tanto hace que no me escribes!...

Con una paciencia heroica he resistido tu silencio (y digo heroica porque así debe llamarse cuando el cariño es grande).

Los días han pasado, se han sucedido los meses y con los meses las estaciones.

Cuando me escribiste la última vez era en el estío: los árboles estaban preñados de racimos, flores risueñas bordaban la llanura, y los pájaros preludiaban amores mirándose en los cristales de las aguas puras...

Después... oh! después vino el otoño con su séquito salvaje; los árboles perdieron sus hojas, languidecieron las flores, y los pájaros se ocultaron en el bosque á llorar su amor perdido. Luego vino el invierno frío, glacial como la indiferencia misma, y el corazón sensible y ávido de expansiones herido por la inconsecuencia. . . . .
. . . .

VIOLETA.

"Extasis"

Para APOLO.

Vívida imagen de la Venus griega
En dórica columna reclinada,
Un éxtasis á mi alma que te ruega
Brinda el célico azul de tu mirada.

Dime que amante hasta tu oído llega
El eco de mi voz apasionada;
Que con mi amor tu corazón se anega,
Anfora sacra por mi fe exaltada.

Roja amapola de un ardiente estío
Tu labio selle sobre el labio mío
Nema profundo de cariño tierno,

Y, en el deleite que mi afán provoca,
Con el beso quemante de tu boca
En mí sienta encenderse fuego eterno.

Adriano M. AGUIAR.

Febrero 1912

Azules

Para Apolo.

¡Azules, pero azules como el color del sueño!
—Son las pupilas tuyas de las que soy el dueño.

Pupilas que interrogan con su mirar profundo
Y que confraternizan con el plafón del mundo.

¡Oh pupilas amadas, celestes espejismos
Oasis donde apago la sed de mis lirismos;

Aunque vosotras no me prestaréis ayuda
En esta lucha eterna en la que á veces duda

El pensamiento, y queda el corazón partido:
Tan sólo por ser vuestro dueño hubiera vivido!

(Pupilas de mirada celeste que me atraen
A donde el alma vuela cuando las carnes caen.)

Amada ¿no recuerdas cuando sentados juntos
A la vera del lago, dimos en ver los puntos

Suspensivos de una bandada de marinas
Aves, que trasmigraban junto con tus divinas

Miradas errabundas... ¿No recuerdas —querida—
Que te dije galante, con la faz encendida:

Señora, tus pupilas —sin que esto encierre halago—
¿Son hermanas del cielo... son gemelas del lago?...

Fernando SILVA VALDÉS.

Hacia tí

Para Apolo.

Única flor de amor que he cultivado
en el jardín de mi íntima tristeza,
y el riego de mis lágrimas te he dado
en holocausto á tu gentil belleza;

¡no me abandones, no! piensa en mi vida,
tan triste como un árido desierto,
—¡qué soledad después de tu partida!—
y aun cuando vivo yo me siento muerto.

Tú eres oasis de esa triste vida,
y un eco en mi constante soledad.
Tú eres sangre que pierdo de una herida...
contigo arrastras mi vitalidad.

. . . .

Eras lumbre y calor al alma mía
en las noches sin luz de mis desvelos.
Eras la blanca claridad del día
que esmalta de matices á los cielos.

¡Pero has partido ya! Sólo me resta
morir de frío en medio del desierto.
—Tú eres un Sol brillante allá en su puesta—
Se han secado las flores en mi huerto.

Silva SERRANO.

Deseos

Para Apolo.

Dormir como el teru-tero,
bajo la ceiba florida
donde, aun, no ha entrado el Pampero
ni la luz de algún lucero,
¿Es anhelo de otra vida?....

Dentro de débil barquilla,
seguir la mansa corriente
de algún arroyo en que brilla
la verdura de la orilla
¿Es anhelo de demente?....

Libar de la lechiguana
la miel, que guarda entre el cardo,
luchar con la verde iguana
¿no es la vida americana?....
¿no puede anhelarla un bardo?...

Sí: es la vida que he anhelado,
para amortiguar congojas,
hoy que el tiempo se ha llevado
mi infancia y un ser amado,
como el Otoño, las hojas.

Ya, que nada ha fenecido
en mi vivir de ilusiones
¿por qué no he de hallarme henchido
de deseos que han nacido
en medio de las pasiones?...

Sólo, á mi Destino ruego
que, en la lid de un cataclismo,
no apague ese tenue fuego,
aunque quede sordo y ciego,
hundido en profundo abismo.

Pedro MASCARÓ y REISSIG.

Montevideo, Diciembre de 1911

Ite misa est

Para Apolo.

Mi pensamiento peca en tus encantos
con la inocencia de un amor culpable,
y mis ojos impúdicos profanan
en vertigos lascivos y cobardes:

¡el virgíneo blasón de tus pudores
y la nieve impoluta de tus carnes!...

La plástica belleza de tus formas
nevada de prestigios virginales,
con la fascinación de sus hechizos
y el mórbido perfume de sus carnes,
me suprimen tan hondo, que bien creo
que un instinto de locas pubertades:

¡en la redoma de mi ser dan vida
al fauno de las viejas saturnales!..

Y te amo con la roja decadencia
de un sátyro provecto... y en los parques,
donde más se complican mis deseos,
y es más firme tu amor inexpugnable:

¡germinan por mí ser todas las fiebres
de los siete pecados capitales!..

Si tu invicta belleza es el estímulo
de mis largos insomnios contumaces;
si el vértigo sensual que me corroe
en la ilusión se atreve á profanarte:

¿cómo cambiar en un amor platónico
la ingénita lujuria de mi sangre?..

Yo soy tan inocente de mi mismo,
que mi pasión al adorar tu imagen,
aunque bien lo quisiera, no podría,
en un amor ideal transfigurarse:

¡porque rueda el ideal hecho pavesas
ante el grito supremo de la carne!..

José M. de ANGUITA ZEBALLOS.